

REVISTA ESPAÑOLA
DE
AMBOS MUNDOS.

TOMO CUARTO.

MADRID:
ESTABLECIMIENTO TIPOGRAFICO DE MELLADO,
calle de Santa Teresa, número 8.

—
1855.

REVISTA ESPAÑOLA

DE

AMBOS MUNDOS

VOLUMEN XXXV

ANUARIO

ESTABLECIMIENTO TIPOGRÁFICO DE VALLADOLID

1961

1961

DON PEDRO DE CASTILLA.

ANALISIS DE LAS OPINIONES SOBRE SI FUE CRUEL O JUSTICIERO.

ARTICULO PRIMERO.

Al fin de mi *Exámen histórico critico del reinado de don Pedro de Castilla*, premiado por voto unánime de la Real Academia Española en el certámen que abrió el 2 de marzo de 1850, puse una nota con citas de varios autores, que han aplicado las calificaciones opuestas de cruel y de justiciero á este monarca. Dicha nota me parece incompleta; la escribí á punto de espirar el plazo del certámen y no pude perfeccionarla; hoy intento cumplir lo que entonces no me permitió la angustia del tiempo.

Mi idea fué patentizar que la opinion contraria á don Pedro se apoyaba en la razon y la autoridad, en los hechos y en los juicios de los varones mas reputados, y que reuniría todos los votos á no ser porque existieron quienes exageraran las obligaciones del vasallage; porque de aquel rey descendieron no pocos por líneas espúrias ó bastardas; porque algunos ingenios mas ó menos felices adulteraron y adulteran con las galas de la poesia la historia; porque no discurren con rectitud cuantos publican sus pensamientos.

Desde luego ocurre que la historia no se deriva de la adulacion ser-

vil al trono, del interés de familia, de la facultad de fingir que se concede á los poetas, de la ligereza de juicio de muchos que manejan la pluma. Muy otras son sus legítimas fuentes, y quien desea hallarlas se remonta á la época de los sucesos, proponiéndose la verdad por único norte; busca documentos; oye, por decirlo así, á los testigos presenciales; consulta despues á los inmediatos; y por último refiere y falla segun las leyes fundamentales de la moral eterna. Los que supongan que todo es lícito al que manda, hasta desoir los consejos y tiranizar á su antojo; los que no se conmuevan de ira ante quienes solo quisieron ver á sus plantas míseros esclavos con mordazas, para que no exhaláran quejas, y segures al cuello por si rompian las mordazas; los que no sepan someter la voluntad al entendimiento, la simpatía á la exactitud, enfrenando la imaginacion voladora y espaciándose en la cordura tranquila, renuncien á escribir de historia. Esta, sin los requisitos de verídica, imparcial y severa, carece de objeto; no puede servir de enseñanza; conculca todo lo bueno y santo; alienta al poderoso que triunfa; descorazona al desvalido que padece; ensancha la autoridad hasta la tiranía; restringe la dignidad humana hasta la esclavitud mas afrentosa; encomia las atrocidades; escarnece los infortunios; impulsa á dudar de la Providencia, es anticatólica é impía. Y contra su intencion sin duda la hacen tal los que apellidan *Justiciero* al soberano que de 1350 á 1369 ensangrentó á España y escandalizó á todo el orbe.

Para desvariar á su gusto prescinden absolutamente de la nacion que venia luchando desde Covadonga y acababa de vencer junto al Salado y en Algeciras por cerrar el Estrecho á los africanos, y reducir el emirato de Granada á sus ya decadentes fuerzas, y sujetarlo en fin á las armas cristianas: no hacen ningun caso de la sociedad necesitada de una organizacion robusta, y segun procuraron crearla Fernando el Santo, Alonso el Sabio y Alonso XI: rebusan indagar que hizo ó intentó el hijo de este por satisfacer tan perentorias necesidades; y solo consideran al rey don Pedro atacado y vencido por el bastardo don Enrique. Mirando á uno y otro como pudieran á dos particulares que jugaran pacíficamente una partida de ajedrez sin mas interés que el del amor propio, rebajan el punto de vista histórico á unas proporciones mezquinas, y cual si la condenacion de don Pedro significára la apoteosis de don Enrique, ignoran que toda aquella infausta era se resume en esta fórmula breve y clara—«Don Pedro fué cruel y tirano: don Enrique usurpador y asesino al sentarse sobre su trono; y Castilla, no llorando la catástrofe de don Pedro y aplaudiendo la exaltacion de don Enrique, de-

»mostró que para librarse de los tiranos, transigen los pueblos con los usurpadores, y les instan á llegar pronto, y se echan en sus brazos á ciegas, y les piden hasta de hinojos que remedien ó alivien sus males.»—Si la fórmula es dura, ni la razón ni la experiencia la reconocen mas suave; y la historia del rey don Pedro es una de tantas manifestaciones como se hallan en todos los países y siglos de que la legitimidad no pone á cubierto de la usurpación cuando se despeña á la tiranía. Esta es una verdad inconcusa; proclamada respecto de aquel rey castellano por los contemporáneos de sus inauditas crueldades; repetida por los que las supieron de boca de los testigos oculares, como nacidos de allí á poco; adoptada sucesivamente por los varones de mas peso; combatida por los irreflexivos ó parciales; nunca eclipsada; hoy semejante al sol en lo refulgente.

Don Pedro Lopez de Ayala, descendiente de la clarísima estirpe de Haro, soldado ilustre, muy instruido en letras, cronista el mas notable de su siglo, vivió desde 1332 hasta 1407. Contóse entre los que mas perseveraron al servicio del rey don Pedro: le llevó la lanza siendo doncel en ocasiones muy solemnes, y no abandonó sus banderas sino cuando salió huyendo de Castilla. Despues escribió su crónica y la de don Enrique II. y la de don Juan I. y el principio de la de su hijo don Enrique *el Doliente*, acreditando siempre dotes de historiador esclarecido y la de la imparcialidad sobre todas, pues al referir lo que ha visto, hermana la sinceridad y la energía, aplaude lo digno con entusiasmo y censura lo vituperable sin saña. De su veracidad son auténtico testimonio los documentos que existen de entonces y los autores que, aun escribiendo aisladamente sin noticia unos de otros, legaban á la posteridad aserciones como las suyas. Ninguna de las crónicas de Lopez de Ayala raya donde la de don Pedro de Castilla, ya se considere la relación que se denomina *abreviada* ya la que se conoce por *vulgar* y se recomienda por el mejor esmero y la mayor copia de datos. Una y otra pintan al rey don Pedro irascible, sordo á los consejos, desenfrenado en las pasiones, temerario, sin mas regla que su capricho, *cruel* en suma. Tal se le describe igualmente en todos los escritos del tiempo.

Hasta siete años antes de su muerte, acaecida el 9 de enero de 1387, escribió don Pedro IV de Aragon, sobrenombrado *el del puñal* y *el ceremonioso*, la crónica de su propio reinado. Allí afirma que don Fernando IV *el Emplazado* solia decir que, de haberse hallado presente á la creación del mundo, hiciéralo Dios de otro modo, y que por voz sobrenatural se le anunció esta formidable sentencia: *Puesto que has vitupera-*

do la sabiduría de Dios, de aquí á veinte dias morirás y á la cuarta generacion acabará tu dinastía. Lo cual se cumplió segun el rey historiador, porque don Pedro *mientras reinó no hizo sino mal* en la guerra que le declaró injustamente, en la muerte dada á su esposa, en sus tratos con hembras, *ora con unas, ora con otras, viviendo con ellas en pecado* y quitando la vida á muchas personas allegadas como doña Leonor, reina viuda aragonesa, y tia suya, *que hizo matar á moros, porque ninguno de Castilla quiso poner en ella las manos.*

Mateo Villani, historiador florentin como lo habia sido su hermano Juan y lo fué luego su hijo Felipe, califica á don Pedro de malicioso, muy atrevido de corazon y sañudo, cruelísimo, bestial, dado á hacerse obedecer ásperamente porque, temiendo á sus barones, halló manera de que el uno infamara al otro, y con pretextos los empezó á matar por sus propias manos, desalmado, que trasformó todo el ánimo real en tiranía. Sobre haber hecho matar á los que no quisieron reconocer por reina á doña Maria de Padilla, dice de este modo:—«No puedo prescindir de
»morder con diente de perpétua infamia la memoria de aquel inícuo ti-
»rano, y de traspasar en su vituperio la sencillez de mi habitual estilo.
»He leído y releído en antiguas escrituras lo que se refiere de atroces y
»perversos paganos, y de los bárbaros principalmente, y he hallado co-
»sas semejantes, pero no recuerdo haber leído nunca que se juntaran
»tanta injusticia, tanta impiedad, tanta crueldad en algun príncipe cris-
»tiano.»—Se debe añadir que este historiador juicioso no alcanzó todas las de don Pedro, pues murió el año 1362 de epidemia.

Juan Froissart, nacido en Valenciennes hácia el año 1337, cronista de Beltran du Guesclin á quien tanto debió don Enrique, habla de don Pedro no poco. Le tacha por la indole perversa, por la lujuria, por la detestable costumbre de aconsejarse de judíos; se escandaliza de verle acaudillar á los moros; halla natural que el que llevó tan mala vida acabara de mala muerte, *porque tarde ó temprano paga Dios á cada uno segun sus obras*, y que, haciéndose aborrecer de grandes y pequeños, desearan todos por soberano á don Enrique, aun siendo bastardo.

Ben Jaldun, escritor árabe del siglo XIV, en su *Enciclopedia histórica* trata de los reyes cristianos de España y particularmente de los de Castilla. Aunque equivoca ciertos lugares, compendia muy bien los trastornos de la época del rey don Pedro, á quien llama *Beter* en su idioma, y la guerra que le hizo don Enrique, conde de Trastámara. Palabras suyas son estas: «Andando el tiempo hácia la egira de 768
»(1367) la fortuna se mostró propicia al conde, el cual logró apoderar-

»se de todo el reino de Castilla; y los cristianos siguieron su bandera
 »á causa de lo mal que querian á Beter y de lo disgustados que estaban
 »con su gobierno.»

Don Pedro Gomez Alvarez de Albornoz, que en 1372 era arzobispo de Sevilla, escribió una *Memoria de los principales hechos de su vida* sobre las cubiertas de un decreto de Graciano, hoy existente en la biblioteca de la catedral de Toledo. Cómo juzga á aquel soberano se puede inferir de esta frase acerca de los tratos que hizo para traer de aliado al principe de Gales. *Nada cumplió de lo prometido segun su costumbre.* Del aplauso con que don Enrique fué ascendido al trono da tambien idea exacta en este pasage, cuando habla de su nueva entrada por Castilla. *En octubre volvió á Burgos, y á dos leguas le salieron á recibir procesionalmente el prelado y el clero y muchedumbre de ambos sexos.*

Hartos comprobantes son los que aduzco de la opinion formada por los coetáneos de don Pedro de Castilla sobre su carácter y su reinado; pero aun existe otro testimonio de entidad tanta que por sí solo bastaria á condenar sin apelacion la memoria de aquel soberano. Un caballero hubo llamado don Pedro Fernandez Niño, que «fué siempre con el rey don »Pedro fasta que murió é despues de su muerte nunca quiso obedescer al »rey don Enrique; é otros caballeros fueron de aquella opinion é algunos »salieron del reino, é aunque él non salió, siempre duró é tovo su intencion é pasó sus trabajos fasta que murió» segun en la Crónica de su nieto don Pedro Niño, asegura Gutierre Diez de Games. *Este cuento de los reyes, he traído* (dice el mismo cronista) *porque lo fallé así escrito de don Pero Fernandez Niño que fizo escrebir algunas cosas de su tiempo:* importante revelacion puesta al fin del capítulo segundo, cuyo titulo es el siguiente. «Cómo comenzó en Castilla la division entre los hijos »del rey don Alfonso, el fijo legítimo, que era el rey don Pedro, contra »sus hermanos, é ellos contra él, donde se siguió que muchos linages »de Castilla cayeron é otros se levantaron que non eran tamaños.» Al golpe se descubren el interés y el crédito de una relacion sacada de otra que se escribió por encargo de un tenacísimo parcial de don Pedro: pues bien, allí se le retrata con estas tintas. «El rey don Pedro fué ome »que usaba vivir mucho á su voluntad, mostraba ser muy justiciero, »mas tanta era la su justicia é fecha de tal manera que tornaba en »crueldad. A cualquier muger que bien le parescia non cataba que fuese »casada ó por casar, todas las queria para sí; nin curaba cuya fuese. »Por muy pequeño yerro daba grand pena: á las veces penaba é mata—

»ba los omes sin por qué á muy crueles muertes. Ovo privado un judío
 »que llamaban Samuel Levi: mostrábale desechar los grandes omes é
 »facerles poca honra, é facer sus privados omes de poco fecho non fi-
 »dalgos, nin omes de autoridad. Este judío otrosi enseñábale á querer
 »saber las cosas, que son por venir, por hechizos é casa de estrellas. E
 »dice aquí el autor que estas cosas eran fechas por el diablo autor de
 »la muerte, é que así engendraron muerte. Quiso saber mas de lo que
 »le convenia: ovo de tomar aborrençia con muchos: tendió el cuchillo
 »é alcanzó á muchos de su reino; por las cuales cosas le aborres-
 »cieron todos los mas de su reino, é con el gran temor que le habian al-
 »zábansese ya algunos... Aquel rey tenia á Dios muy airado de la mala
 »vida que habia vivido: ya non le podia mas sufrir, porque la mucha
 »sangre de inocentes que él habia derramado le daba voces sobre la
 »tierra.» Cualquier rasgo, por mucho que fuese su esmero, desluciria
 esta acabadísima pintura.

Ademas tiene contra sí don Pedro de Castilla otro gran testimonio. la bula de excomunion fulminada por el papa Inocencio VI, traída por su legado Beltran, obispo de Sena, y publicada en 1754, no habiendo querido ceder á las amonestaciones pontificias para que hiciera vida con la reina doña Blanca su esposa. Allí consta que la habia dejado *por movimientos non castos, é que tomara otra muger como non debia é manifestamente á abrazamientos mortales*, y que, sin dejarla tomó otra muger en matrimonio, *si tal nombre merece haber, estando el otro matrimonio primero atemplado é públicamente fecho, en escándalo del mundo, de su fama muy grave perjuicio é en deshonra é menosprecio de la Iglesia de Dios*. No hay escrito alguno de sus dias que no atestigüe sus desmanes.

Pasando de los escritores contemporáneos á los mas inmediatos, se encuentra igual uniformidad de pareceres. Don Rodrigo Sanchez, obispo de Palencia, nacido en Arévalo el año 1405 y muerto en Roma el de 1471, autor de una *Historia de España*, impresa en latin á su costa y merecedora de estima, tuvo tal idea del rey don Pedro que le equiparó con Herodes Berenguer de Puig Pardinna, escritor lemosin de principios del siglo XV, despues de afeár juiciosamente en el *Sumario de España* que Beltran du Guesclin socolor de dar libertad á don Pedro se le entregára á don Enrique, añade «y matáronle aquí, por donde vino á concluir sus dias y su malicia: fué muerto á muerte cruel, degollado por manoe de su hermano, así como aquel que habia sido el mas cruel principe del mundo; y en lugar de entristecerse, se alegró toda

«la tierra.» El Despensero mayor de la reina doña Leonor, muger de don Juan I, llamado Juan Rodriguez de Cuenca, al decir del marqués de Mondejar en sus *Memorias de don Alonso el Sabio*, escribió un *Sumario de los reyes de España*. Todo lo que dice de don Pedro se copia á la letra.

«E despues que finó este noble rey don Alfonso regnó su fijo el rey don Pedro, el qual, por sus pecados é de los sus regnos, obró de guisa que sus obras adebdaron de morir, segund morió. E dos meses antes que este rey don Pedro fuese á Montiel, donde él morió, acaesció que, estando en Sevilla, fizo llamar á un su físico que era grande estrólogo que decian don Abrahen Aben Zarsal, é díjole el rey estando apartado con él. Don Abrahen, bien sabedes que vos é todos los estrólogos del mi regno me dijisteis siempre que fallabades por vuestra estrología que mi nascimiento fué en tal constelacion que yo habia de ser el mayor rey que nunca ovo en Castilla de mi linage, é que habia de conquistar los moros fasta ganar la casa sancta de Jerusalem é otras muchas cosas de victorias que yo habia de haber; é agora paresceme que todo es el contrario, porque cada dia ves que todos mis fechos van en destroicion de mal en peor sin ninguna enmienda; por lo qual digo que vosotros los estrólogos, que esto me dijisteis, que me lo dijisteis por me li-songear, sabiendo por el contrario, é non sopisteis lo que me dijistes. E estonces el don Abrahen díjole. Señor esto nasció é nasce porque quiere Dios, é á lo de Dios é á sus juicios, no hay quien lo pueda estorcer, salvo lo que es la su merced.—E díjole el rey estonce. En toda guisa yo vos mando que sin ninguna dubda é sin ningun resclo me digades la verdad de esto que os pregunto—El Abrahen, despues de ser muy afincado del rey sobre ello, díjole—Señor, la vuestra merced ¿si yo vos dijere la verdad de esto que me preguntades, seré seguro de vos que non reciba mal por ello?—E el rey le dijo que fuese seguro sin ninguna dubda; é estonce le dijo el don Abrahen—Señor ¿si acaesce que un dia que faga muy grand frio sobejo ademas un ome entrare en un baño que esté muy caliente, sudará?—E el rey díjole—Si por cierto, ca por grand frio que faga, si yo entro en un baño que estoviese muy caliente, como vos decides, sudaria.—E estonce le dijo el don Abrahen—Señor, aquel sudor contra la constelacion del tiempo es, ca el tiempo non adebda sudar, salvo haber frio. E señor, tal constelacion es á vos que, por pecados vuestros é de los vuestros regnos, las vuestras obras fueron tales que adebdaron forzar la constelacion del planeta de vuestro nascimiento, asi como fuerza la calentura del

»baño al grande frior del tiempo.—E acabado el don Abrahen de le decir estas palabras, abajó el rey la su cabeza é fuese sin le decir ninguna cosa, mostrando el gesto que otorgaba en lo que decia. E este don Abrahen Aben Zarsal, que le dijo esto, fué padre de don Mosen Aben Zarzal, fisico que es agora de nuestro señor el rey don Enrique III.»

Sobre lo conceptuoso de este juicio histórico basado en auténticas noticias, es digno de atencion que se expresára de esta suerte uno de los servidores de palacio á tiempo en que ya estaban superadas todas las dificultades que desde la aciaga noche de Montiel nacieron acerca de la sucesion á la corona. Don Enrique III, nieto de don Enrique II *el Bastardo*, habia hecho bodas por capitulacion especial con doña Catalina, hija del duque de Lancaster y de doña Constanza, y nieta de don Pedro y de la Padilla. Asi y todo, el Despensero Rodriguez de Cuenca no pudo menos de patentizar lo mal que usó de su libre albedrío el soberano, de cuyo gran denuedo cabia esperar fundadamente la final ruina de los moros.

Cien años iban transcurridos desde la trágica escena de Montiel y todos los escritores habian condenado uniformemente las crneldades de don Pedro de Castilla, no habiendo manera de atribuirlo en alguno á odio ni á miedo, y con la circunstancia de no copiarse unos á otros. Don Enrique IV, sobrenombrado el *Impotente*, reinaba cuando se escribió la primera frase de que se ha hecho uso para rehabilitar á don Pedro como lo han intentado varios sin fruto.

Cierto anónimo hubo á las manos un ejemplar del *Sumario de los reyes de España*, compuesto por el Despensero Rodriguez de Cuenca, y apropiándosele sin duda en la creencia de que no habria otro, alteró el principio de la obra, adicionó unos reinados, y escribió nuevamente otros, entre cuyo número hay que contar el de don Pedro. Realmente este anónimo le desconceptua mas que todos los escritores antecedentes, como que le hace envenenador de su madre, y violento hasta el extremo de meterse á caballo en el Guadalquivir contra un legado del Sumo Pontífice que, segun afirma, vino en una galera á excomulgarle por haber dado muerte al abad de San Bernardo. Lejos de calificarle de justiciero, se expresa de este modo al tratar de la invasion que el *Bastardo* hizo contra Beltran du Guesclin y otros extrangeros por Castilla.—«Y como se supo en Toledo y en todo el reino que el dicho rey don Enrique era venido y venian con él muchas gentes, y prometia á los que algo valian, porque le ayudasen, y non le fuesen contrarios, á unos caballos y á otros oficios, ansi por esto y por la grande crueldad que

«habian visto en el dicho rey don Pedro, la mayor parte del reino favorecia á este don Enrique.» No obstante de ser el Anónimo adicionador del Dispensero tan explícito en la apreciacion histórica de don Pedro, tal como ya venia formulada por todos, sus alteraciones de cronología y mas aun ciertas palabras escritas incidentalmente originaron la opinion seguida mas tarde por algunos sobre merecer aquel monarca la calificación de *Justiciero*. Tratando de que el rey Bermejo de Granada habia sido ayudado por don Pedro de Castilla, añade, *segun que mas largamente está escrito en la Crónica verdadera de este rey, porque hay dos Crónicas, la una fingida por se disculpar de la muerte que le fué dada*. Esta especie soltada al aire es el apoyo fundamental de los que apellidan *Justiciero* al rey don Pedro de Castilla.

Por primera vez al cabo de un siglo se suscitaron así sospechas contra la probada veracidad del famoso cronista don Pedro Lopez de Ayala. Poco despues Hernan Perez del Pulgar, del Consejo de don Juan II, llamóle no obstante en sus *Claros varones de Castilla* hombre de gran discrecion y autoridad y ocupado gran parte del tiempo en leer y estudiar, *no en obras de derecho, sino en filosofia é historias*, siendo varios los libros agenos que dió á conocer en Castilla y los que produjo su pluma, como *el de Caza* y *el Rimado de Palacio*, ademas de las crónicas ya citadas.

Supuesta la de don Pedro, diversa de la escrita por Lopez de Ayala, faltaba atribuirle á un autor fijo y que pareciera autorizado. Lo ejecutó así Pedro Gracia Dei, rey de armas de los reyes Católicos y escritor de valer muy escaso, en la *Historia del rey don Pedro el Justiciero*. Sin otras pruebas que su dicho da por autor de *la presupuesta crónica verdadera* al obispo de Jaen don Juan de Castro. Lo propio repitieron años mas tarde en malas coplas don Francisco de Castilla, vástago de una de las ramas bastardas del rey don Pedro y el dean de Toledo don Diego de Castilla, descendiente del mismo linage y que verosimilmente fué el que puso al texto de Gracia Dei la glosa con que anda confundido. Facilísimo seria separar el texto y la glosa, aunque fuera tiempo malgastado, pues ni del uno ni de la otra se puede sacar algo de sustancia. Ni Gracia Dei, ni su glosador vieron la supuesta crónica del obispo don Juan de Castro, ni alegaron mejor testimonio que el del Anónimo adicionador del Dispensero, y esto sin conocer la relacion original y si solamente la sustituida. Ello si aseguran que el rey don Pedro fué muy buen cristiano y citan por prueba su testamento en buena edad y sana salud, y acordándose de la muerte; se fijan en las mandas que deja á

varios conventos, y no en que, ya casado con doña Blanca y en vida de ésta con doña Juana de Castro, llama á doña María de Padilla esposa y reina, señalando para la sucesion del trono á su prole. Tampoco les choca la cláusula nada cristiana en que, luego de prohibir á sus tres hijas doña Beatriz, doña Constanza y doña Isabel que se casen con don Enrique, ni con ninguno de los bastardos, dice á la letra.—«E si alguna »de ellas casare con alguno de ellos que hayan la maldicion de Dios é »la mia, é que no pueda haber ni heredar mis reinos ella ni ninguno de »estos sobredichos con quien les yo defiendo que non casen, ni ayan »ninguna cosa de cuanto les yo mando por este mi testamento.»

Con el referido dean don Diego tuvo correspondencia el insigne Gerónimo de Zurita sobre la crónica atribuida al obispo don Juan de Castro. Conocidas son la erudicion y sana crítica del que dió ser á los famosos *Anales de Aragon* tan justa y generalmente estimados: en ellos juzgó como Lopez de Ayala y demas coetáneos, á don Pedro de Castilla; hallando defectuosísimas las impresiones de la crónica de este soberano y las de don Enrique II y don Juan I hechas hácia los años 1495 y 1542 en Sevilla, y el de 1526 en Toledo, dedicóse á poner las oportunas enmiendas con presencia de muchos manuscritos para imprimirlas nuevamente al par que la relacion de los primeros años del reinado de Enrique III, no publicada todavía. Muy al cabo estaba naturalmente el gran analista de Aragon de cuanto se relacionaba con don Pedro de Castilla, al paso que el dean don Diego, como descendiente de este monarca é interesado en la rehabilitacion de su memoria, debia juntar para procurarlo todo lo que los impugnadores de la veracidad de Lopez de Ayala habian recogido desde que el anónimo adicionador del *Dispensero* y Pedro Gracia Dei escribieron mal de su crónica á los últimos del siglo XV hasta el año 1570, en que tuvo lugar la importante correspondencia á que se alude.

Comenzóla don Diego manifestando no tener duda acerca de la crónica atribuida á don Juan de Castro, aunque no habia podido topar con ella, pues *autores y otras personas de autoridad* aseguraban que la habia escrito. De ser falsa la crónica de Lopez de Ayala parecíale bastante prueba la enemistad del cronista con don Pedro y la circunstancia de componerse y divulgarse en tiempo del rey don Enrique, sin citar por supuesto otros testimonios que el anónimo adicionador del *Dispensero* y Pedro Gracia Dei. Sumamente cortés Zurita halagó cuanto pudo la opinion del dean don Diego, expresando que á nadie pesaría del hallazgo de la crónica del obispo don Juan de Castro ni de la justificacion de

don Pedro de Castilla, cuando se veian de tan lejos las causas y respetos particulares. Sin embargo le pareció que no habia para que gastar en esto muchas palabras ni fatigarse en fundar si hubo ó no hubo tal historia, porque *entretanto que no saliere, para los que no la viesen, seria como si nunca fuera*. Entre lo mucho notable que dijo despues hay necesidad de copiar lo siguiente—«Mas pues venimos Vm. y yo á estar
»tan conformes en abrazar y amar esta opinion por lo que algun dia
»puede suceder para que no lo creamos, sino que lo veamos, si Dios
»fuere servido, me parece advertir que suele haber grandes embustes
»para burlar de las gentes, introduciendo una nueva opinion y que-
»riéndola derramar por el vulgo con artificio.....No puedo entender con
»que fundamento, ya que carecemos de la relacion de aquellas verdades
»que no sabemos por no haberse publicado, se dé autoridad para tener
»por falsa esta historia vulgar que tenemos, cuyo autor fué Pero Lo-
»pez de Ayala....Los hechos que él escribe parecen á mi juicio tan
»verdaderos que *ninguna diligencia humana bastaria en estos tiempos*
»*á convencerle de mentira*; y muchos de ellos están muy averiguados
»con diversos instrumentos y memorias antiguas, y se tienen por noto-
»rios, y se comprueban por otras historias; no solamente de los reinos
»de Portugal y Navarra, porque dejemos las de Aragon y Francia por
»la enemistad que tuvieron con aquel principe, sino de Italia y Inglaterra. Cuanto mas que no sé yo que ninguna cosa grave que se intenta-
»se contra el rey don Pedro, que fueron muchas y muy escandalosas,
»se dejase de referir en su lugar, y fueron tan calificadas que los in-
»fantes y hermanos del rey, que intervinieron en ellas, y otros gran-
»des de estos reinos merecian mil muertes por sus atrevimientos y re-
»beliones; y aunque el autor no lo escriba con esta calidad, importa po-
»co, para condenar y mas agravar sus culpas y levantamientos, no lla-
»marlos traidores y rebeldes, si cuenta el hecho como pasó; pues de la
»misma suerte vemos que se hubo en los casos que cuenta de las eje-
»cuciones tan rigurosas y fieras que se mandaron hacer por don Pedro.
»Lo cual dejó el cronista de encarecer segun la calidad del hecho lo re-
»queria, pues por todo ello pasa sin exagerarlo con grandes encareci-
»mientos, contentándose con decir *que le fué mal contado, que no hizo*
»*en ello su servicio, que hizo lo que la su merced le fué*, y otras pala-
»bras tan comedidas como estas.....No sé yo, aunque he mirado en ello
»curiosamente, que de ningun hecho que este autor refiera se le pue-
»da imputar nota de falsedad; antes á mi juicio escribió con gran liber-
»tad y como convino á la dignidad de su persona, siendo de tanta au-

»toridad y habiendo intervenido en mucha parte de los consejos y ne-
 »gocios....Y el que primero le puso este nombre de falsa historia, no
 »descubriéndonos la verdadera *ni las razones y fundamentos de ella*,
 »debiera, como en cosa en que tanto iba, dejarle convencido en algo
 »como indigno que se le diese fé y crédito; aunque cuanto mas se qui-
 »siese esto apurar, como es materia de inquirir la verdad, puesto que
 »padezca y se ofusque, pero al fin ella misma como luz se irá descu-
 »briendo. Finalmente digo que, en ley de prudencia, será cosa acertada
 »no desechar ni infamar esto que tenemos hasta que en su lugar suce-
 »da otra cosa mejor, pues en mano de cada uno está darle el crédito que
 »quisiere conforme á lo que los mismos historiadores usan en lo que
 »ellos tienen por dudoso.»

Floja por demas fué la réplica del dean don Diego; dijo que el obispo don Juan de Castro no osó publicar su crónica *y los que la vieron no osarian tampoco copiarla*: reprodujo la especie de que, habiendo servido Lopez de Ayala á don Enrique, esto bastaba para tener su crónica por sospechosa; añadió que, si bien se miraba, algo diferian de aquel cronista ciertas palabras de los que impugnaron su obra; y que las relaciones puestas en las historias de otros paises eran tomadas de Lopez de Ayala, de cuya crónica se habian hecho muchos traslados. Sin duda no quiso apretar mas Zurita á quien se mostraba tan flaco de razones para sustentar sus pareceres, y limitóse á exponer que en su juicio hasta mas necesidad tenia don Enrique de autor que justificase sus empresas, porque en la crónica de Lopez de Ayala se le culpaba de muchas maldades y traiciones; y que, pues faltaba la supuesta crónica verdadera, no seria difícil juntar las cosas que se dejaron de decir en la que algunos tachaban de falsa, con lo que *se podria hacer un compendio que fuese muy provechoso y apacible á todas gentes*. Quizá esta insinuacion de Zurita originó la glosa puesta al texto de Gracia Dei y en que no se hace sino amplificar las especies emitidas por el dean don Diego de Castilla en sus cartas.

Asi el famoso analista de Aragon se adelantó á todos en atajar la opinion favorable á don Pedro de Castilla que iba tomando vuelo á impulsos del incremento de la autoridad real y de los intereses de familia: antes que otro alguno hizo patente que para quitar á don Pedro la nota de *cruel* no bastaba el descrédito de Lopez de Ayala, pues otros autores contemporáneos habian aseverado lo mismo; y tambien antes que otro alguno dudó con muy sólidos fundamentos de la existencia de la crónica atribuida al obispo don Juan de Castro. No los esforzó como podia y

se le alcanzaba de cierto, por no indisponerse con el dean de la Santa Iglesia Toledana, á quien profesaba amor y respeto; de otro modo no se concibe que dejara de alegar una prueba evidente de que la supuesta crónica del obispo don Juan de Castro no ha existido nunca, prueba que se deduce lógicamente de lo que el mismo Gracia Dei afirma con estas palabras «La historia verdadera del rey don Pedro escribió Juan de Castro, obispo de Jaen y despues obispo de Palencia, *que pasó en Inglaterra con el rey don Pedro por capellan de doña Constanza su hija.* Y en Inglaterra le dieron el obispado de Achis y despues volvió en Castilla con la reina doña Catalina, hija del duque de Alencastre, y en su tiempo fué proveido de los dichos obispados.»

Dando realce á estos apreciabilísimos datos con fechas de exactitud muy rigurosa se vigoriza un argumento que salta á los ojos, y contra el cual no hay réplica posible. Don Pedro fué á Bayona de Inglaterra el año 1366 á pedir ayuda para recuperar su corona: doña Catalina, hija del duque de Lancaster y de doña Constanza, vino á casarse con Enrique III el año 1388; por consiguiente el obispo don Juan de Castro estuvo no menos de veinte y dos años fuera de Castilla y en Inglaterra. Para escribir una crónica favorable á don Pedro se hallaba en las mejores circunstancias, pues no le podían alcanzar las iras de don Enrique *el Bastardo*, y era capellan de doña Constanza, á quien, segun la voluntad de su padre, correspondia la corona desde que su hermana mayor doña Beatriz pasó de esta vida. Tan celoso defensor de los derechos de doña Constanza se hizo el duque de Lancaster, su esposo, que llegó á desembarcar en Galicia con fuerzas no escasas, y tan confiado se lanzó á la empresa que trajo toda su familia, como que no desperdició prevenciones para llevarla á feliz remate. Mucho se la hubiera obviado don Juan de Castro con su crónica de don Pedro de Castilla, opuesta á la de Lopez de Ayala; entonces como ahora se justificaba con escritos la razon de blandir el acero: entonces como ahora se solia allanar con la pluma el sendero de la victoria. ¿Qué mejor manifiesto pudo esparcir el duque de Lancaster en apoyo de los derechos de su esposa que una crónica de don Pedro, cual se supone que la escribió don Juan de Castro? ¿Cómo se le habia de ocultar que, solo divulgándola profusamente, alcanzaría á neutralizar el efecto producido por la de Lopez de Ayala, de la cual se dice que don Enrique mandó sacar muchos traslados para cohonestar sus traiciones? ¿Por ventura es siquiera verosímil que el obispo don Juan de Castro, capellan de la heredera del rey don Pedro y á resguardo de la saña del usurpador don Enrique, escribiera á favor de

aquel y contra este, solo por el placer de escribir, y que el duque de Lancaster no sacara fruto de un trabajo tan en armonía con los derechos de su esposa, ó que, sacándolo oportunamente, no quedara un solo ejemplar de la crónica decantada ni en Castilla, ni en Inglaterra? Con-
teste quien guste á estas preguntas que destruyen hasta la probabilidad de la existencia de una obra que nadie absolutamente declara haber visto, ni el anónimo adicionador del Dispensero al hablar de una crónica verdadera y otra fingida, ni Pedro Gracia Dei al citar al obispo don Juan de Castro como autor de la verdadera.

Dos crónicas de don Pedro de Castilla existían entonces y existen ahora; pero ambas de Lopez de Ayala: una la *abreviada*, escrita sin duda en tiempo de don Enrique II, otra la vulgar, ordenada positivamente en el de don Enrique III. De la primera se hallaban muy pocos originales, y muchos de la segunda, de donde se quitaron algunas cosas que podrian ofender, despues de asegurada la sucesion del reino, como afirma Gerónimo de Zurita en el prólogo que dispuso para publicar una edicion de las crónicas de don Pedro Lopez de Ayala, á quien el eminente Ambrosio de Morales llamó *autor muy principal y señalado*, con motivo de examinar de órden del Consejo de Castilla los manuscritos de que se habia servido el gran analista de Aragon para ordenar el texto y las enmiendas y anotaciones. Sea dicho de paso que la circunstancia de escasear mucho las copias de la crónica *abreviada*, en que se pintan mas al desnudo ciertas crueldades de don Pedro, y la de ser abundantes los traslados de la *vulgar*, menos fuerte en algunos pasages, mueve á dudar que don Enrique *el bastardo* tomara tan á pechos como se dice la propagacion de la crónica del hermano, á quien arrebató la corona.

Tras de las especies vertidas en la segunda mitad del siglo XV sobre la crónica verdadera de don Pedro y sobre ser su autor el obispo don Juan de Castro, se supuso en la primera mitad del siglo XVI la existencia de un ejemplar de ella en el convento de Gerónimos de Nuestra Señora de Guadalupe, sacado de alli por el doctor don Lorenzo Galindez Carvajal y cambiado por sus herederos. Lo que acerca de esto hubo hallábase referido por fray Diego de Cáceres, monge de aquel célebre santuario, sobre una hoja de pergamino que servia de guarda al ejemplar allí existente de las crónicas de Lopez de Ayala. Don Fernando el Católico expidió una cédula al prior y monges en octubre de 1510 de la cual se copia lo siguiente—«Yo he sabido que en esa casa está una
»crónica del rey don Pedro, que diz que es la mas verdadera de cómo
»pasaron las cosas de aquel tiempo; y porque yo la quiero mandar ver,

»por la presente os ruego y encargo que luego la deis á la persona que
 »esta mi cédula os presentare, para que la traiga.»—En abril de 1511
 tomó la crónica de manos del prior el escribano Pedro de Vega, me-
 diante el correspondiente recibo. Despues de copiarlo el citado monge,
 dijo con textuales palabras:—«Este libro estuvo en poder del doctor Car-
 »vajal y sus herederos veinte y ocho años. Como quiera que se pidió
 »muchas veces por parte de este monasterio al doctor Carvajal antes que
 »muriese, nunca se pudo cobrar dél, diciendo que tenia necesidad dél
 »para cosas del servicio del rey. E despues dél muerto, lo pidió este
 »monasterio á su hijo Diego de Vargas Carvajal. E finalmente yendo á
 »Salamanca yo fray Diego de Cáceres *le cobré* en el mes de hebrero de
 »1539 de Antonio de Carvajal, comendador de la Magdalena, hijo del
 »dicho doctor Carvajal, *en cuyo poder estaba*, y le di conoscimiento fir-
 »mado de mi nombre como me lo entregó. *Y así fué cobrado y traído y*
 »*restituido este libro á esta santa casa á honra y gloria de Dios.*» Ya
 conocido un testimonio tan irrefragable, resta solo añadir que el libro
 sacado por el doctor don Lorenzo Galindez de Carvajal, y devuelto reli-
 giosamente por uno de sus hijos al monasterio de Guadalupe, no con-
 tenia la historia de que se finge autor al obispo don Juan de Castro, si-
 no las cuatro crónicas escritas por Lopez de Ayala *del rey don Pedro y*
don Enrique II., y don Juan el de Aljubarrota, y don Enrique III. su
hijo el Doliente, como el propio fray Diego de Cáceres asegura. Se ex-
 plica muy bien que llamara la atencion el ejemplar del monasterio de
 Guadalupe, siendo uno de los pocos de la crónica *abreviada* de Lopez
 de Ayala y encabezándolo el proemio que este buen cronista compuso y
 que en ninguno de los ejemplares de la *vulgar* se encuentra.

Dictando reglas Luis de Cabrera *para entender y escribir la historia*
 aventuróse á declarar que Felipe II leyó la crónica *desapasionada y ver-*
dadera escrita por el obispo don Juan de Castro, y que de resultas dis-
 puso que se borrara al rey don Pedro el sobrenombre de *Cruel* y se le
 pusiera el de *Justiciero*. Mas circunstanciadamente dijo Francisco de
 Pisa en su *Historia de Toledo* lo propio, pues supuso haberlo mandado
 Felipe II, *visitando los retratos de los serenísimos reyes sus antecesores*
en el real alcázar de Segovia. Tal vez sea verdad que Felipe II conside-
 rára así al rey don Pedro; no puede serlo que formára opinion semejan-
 te por haber leído la crónica del obispo don Juan de Castro, pues si á
 sus manos llegára un ejemplar de obra tan ponderada como nunca vis-
 ta, no se perdiera ciertamente de nuevo, antes bien dada á la imprenta
 y propagada hubiera servido para extender por todas partes y á todas

las generaciones el concepto que tuvo, según se supone, del rey don Pedro, como quien se creía señor absoluto de las vidas y haciendas de los vasallos.

Nada más oportuno ahora que citar una obra clásica y escrita bajo la protección de Felipe II por varón religioso, de quien tenía la más alta idea, y que se la presentó para que fuese publicada, no haciéndose en vida suya, porque le duró ya pocos meses. Se alude á fray José de Sigüenza y á la excelente *Historia de la orden de San Gerónimo*, que produjo su grave pluma. Ya estaba terminado el magnífico monasterio de San Lorenzo y acudían á verle y admirarle gentes de todos los países, cuando Felipe II, poco propenso al entusiasmo y al elogio, solía decir con su seriedad de costumbre—*Los que vienen á ver esta maravilla del mundo no ven lo principal que hay en ella, si no ven á fray José de Sigüenza; y, según lo que merece, durará su fama más que el mismo edificio, aunque tiene tantas circunstancias de perpetuidad y firmeza.*—Además, cierto día en que varios ministros celebraban á este insigne monge, unos por virtuoso y otros por santo, atajó el mismo soberano los discursos con las siguientes notabilísimas palabras. *¿Para qué os cansáis en eso? Decid lo que no es fray José y lo que no sabe, y acabaréis más pronto.* No se necesitan más pruebas en demostración del mucho caso que hacía el tal rey de los dictámenes de tal monge. Como su orden religiosa tuvo nacimiento en España y en los días del rey don Pedro y por virtud del celo ferviente de don Fernando Yáñez Figueroa y don Pedro Fernández Pecha, hombres de calidad y criados en el real palacio, hubo de trazar las circunstancias de aquel tiempo, y lo hizo con su habitual maestría, expresándose de este modo—«En tiempo que reinaba en Castilla y León el rey don Alonso el XII (ó el XI según diversas maneras de cuenta) padre del rey don Pedro, llamado *el Cruel* con harta razón y por esto único de este nombre (tanto puede en las cabezas un notable vicio que hasta el nombre mancha) aparecieron en España unos ermitaños, etc.»—Y más abajo—«Salió el rey don Pedro tan avieso y de tan fiera condición como todos saben; alborotóse el reino, llenóse de recelos el más seguro pecho; todo era sospechas, injurias, venganzas, muertes.»—Este voto, que en materias de sana crítica vale por muchos, cierra el debate sostenido durante el siglo XVI sobre la *crueldad* ó la *justicia* de don Pedro.

A las especies aventuradas en el siglo XV, por quienes se ha notado relativamente á la Crónica verdadera de este monarca y á ser su autor el obispo don Juan de Castro, añadieron algunos de sus defensores

otra, que, á no ser torpísimamente calumniosa, abonaria bastante su pésima causa. Dicha nueva especie se reduce á manifestar que don Pedro tomó aborrecimiento á doña Blanca, su esposa, porque la halló en cinta de resultas de haber faltado á la honestidad con don Fadrique, maestro de Santiago y uno de los bastardos de don Alfonso XI, que se adelantó á su encuentro hasta la frontera de Francia.

Nunca se inventó calumnia mas infame y grosera: se funda simplemente en un romance, cuya antigüedad no parece anterior á la segunda mitad del siglo XV. Lo citó primero que nadie Ortiz de Zúñiga con referencia á un *Romancero general* impreso el año 1573 en Sevilla. Toda la letra del romance es contraria á la historia, porque ni Coimbra fué jamás sitiada por don Fadrique, donde se le supone mientras, segun los falsos versos, doña Blanca daba á luz un infante; ni esta infeliz reina vivió nunca en Sevilla dentro de ningun palacio, de donde se finge que Alonso Perez, secretario de don Fadrique, sacó muy sigilosamente el fruto del forjado adulterio para que lo criara en Llerena una judía llamada Paloma; y aun resalta la falsedad mas notoriamente en otro romance, quizá de igual fecha y de la propia mano, en que se pinta la muerte de don Fadrique como consecuencia inmediata del alumbramiento de doña Blanca, y la prision de esta, originada por lo afligida que se mostró del asesinato del maestro. Además la calumnia se descubre ya desde los primeros versos del romance;

Entre las gentes se suena,
Y no por cosa sabida,
Que d'ese buen maestro,
Don Fadrique de Castilla,
La reina estaba preñada,
Otros dicen que parida.
No se sabe por de cierto,
Mas el vulgo lo decia.....

¿Qué testimonio histórico es el decir aislado del vulgo, y menos en contraposición de hechos auténticos y dichos graves y razones de crítica sana? De que esta calumnia tomara algun cuerpo se halla explicacion suficiente al final del mismo romance, donde se asegura que don Enrique el Bastardo hizo almirante de Castilla al supuesto hijo de su hermano el maestro y de la reina doña Blanca. Achaque es de los genealogistas atropellar por todo á trueque de encumbrar las estirpes de que se

hacen historiadores; y así los de la ilustre casa de los Almirantes no escrupulizaron mancillar el honor de una reina, solo para que esta familia trajera su origen del trono por ambas líneas, aunque ilegítimas una y otra. Sin duda el maestre don Fadrique tuvo prole, mas de ningún modo en la reina doña Blanca de Borbon, cuya castidad fué tan limpia como su desventura grande.

Hechos son consignados en la crónica de don Pedro Lopez de Ayala que don Fadrique dispensado de asistir á las córtes de Valladolid de 1351, estuvo como maestre de Santiago en Llerena, y que tampoco presencié las bodas de su hermano don Pedro; que este le vió en Cuellar á muy poco de celebrarlas, *é rescibióle muy bien* y que don Fadrique puso sus amistades con doña María de Padilla, *é con Juan Fernandez de Henestrosa, su tio, é con Diego García de Padilla, su hermano, por facer placer al rey*. Sin pasar mas adelante queda extirpada radicalmente la calumnia, pues no se concibe que don Pedro recibiera muy bien á don Fadrique, si hubiera deshonrado á doña Blanca, ni que don Fadrique fuera tan villano que, despues de alcanzar favores de la reina, se le declarára contrario *y pusiera amistades* con la manceba del soberano y con toda su parantela. Además el año 1353 fueron las bodas de don Pedro y de doña Blanca, el abandono de esta, la vuelta del rey á sus brazos por consejo de la Padilla para atajar las alteraciones ya amenazantes, y el nuevo desamparo de la infortunadisima reina. Si por su deshonestidad se apartó don Pedro de su lado ¿cómo tornó de nuevo á su compañía aunque por brevísimo tiempo? ¿Cómo siendo tan naturalmente iracundo, alargó los plazos á su venganza de modo que hasta el año 1358 no se deshizo de don Fadrique, ni hasta el de 1361 de doña Blanca? ¿Y qué verosimilitud hay en que nobles y plebeyos empuñáran las armas en demanda de que su rey hiciera vida con una reina tan mal guardadora de su decoro? Y si no tenían sospecha de sus fragilidades ¿Cómo dice el romance que andaban en lenguas del vulgo?

Al cabo, si únicamente se hubiera de apelar á la crónica de Lopez de Ayala para desmentir la infame calumnia, aun quedaria á sus desacordados propaladores el efugio de tachar por apasionadas las aserciones del cronista; pero existen pruebas mas luminosas de la inocencia de doña Blanca. Por privilegios y concesiones de don Fadrique en su calidad de maestre de la orden de Santiago, consta que el 4 de marzo de 1353 estaba en la Fuente de Cantos, el 19 del mismo en Usagre, el 1.º de abril en la Fuente del Maestre, y todo mientras doña Blanca de Bor-

bon hacia el viage de Francia á Castilla para casarse con don Pedro; mal pudo pues ir á recibirla hasta la frontera. Aun despues de forzar á los obispos de Avila y de Salamanca el rey don Pedro á dar por nulo su matrimonio, para contraerlo con doña Juana de Castro, siguió llamando á doña Blanca *reina y esposa*, como se vé en la confirmacion que el 16 de agosto de 1354 hizo en Medina del Campo de la donacion del lugar de Vallecillo, otorgada por su madre doña Maria á Juan Fernandez Cabeza de Vaca, cuyo principio dice á la letra: *Yo don Pedro, por la gracia de Dios rey de Castilla etc., en unõ con la reina doña Blanca mi muger, vi una carta de la reina doña Maria mi madre etc.*; de donde resulta por declaracion del mismo soberano que doña Blanca seguia mercediendo el título de esposa suya. Verdad es que trabajó para que se anulase este matrimonio hasta cerca de la Santa Sede, pero sin fundamentos que abonaran la instancia, como lo espresa claramente la bula ya mencionada y expedida por Inocencio VI en 1354, diciendo del rey don Pedro de Castilla: «Sobretomó otra muger, con la cual, *puestas por* *el algunas protestaciones frívolas las cuales alegó ante nos, que él ha-* *bia fecho con dicha muger antes que él contrajese matrimonio con la* *reina para colorar el pecado por él fecho & encubierta de la iniqui-* *dad d'él atemptada.*»

Evidentemente don Pedro estaba disgustadísimo de su enlace y se esforzó cuanto pudo por legalizar el abandono de su esposa: no cabe duda en que, si la hubiera hallado impurezas, le sobrarian razones para el repudio, y en que estas no fueran calificadas de *protestaciones frívolas* por el Padre comun de los fieles.

Solo mandando asesinar á la infeliz reina doña Blanca, logró don Pedro deshacer este matrimonio. Ni Alfonso Martinez de Urueña quiso darla yerbas con que muriese, ni Iñigo Ortiz, que la custodiaba en Medinasidonia, consintió en que, mientras estuviese en su poder, se la hiciera daño; cuando pasó al de Juan Perez de Rebolledo fué su fin desastroso, *e dello pesó mucho de ello á todos los del regno despues que lo sopieron, é vino por ende mucho mal á Castilla*. Consta ademas que Perez de Rebolledo no pudo seguir viviendo en Jerez, de donde era vecino, porque le baldonaban todos, y que al cabo pagó en la horca su alevosia. Otra nueva prueba justificativa de la inculpabilidad de doña Blanca es de consiguiente la indignacion general que produjo su asesinato y el encono manifestado contra el perpetrador de crimen tan horrendo hasta por sus propios convecinos.

Lo mismo atestigua el epitafio puesto verosimilmente á los princi-

pios del reinado de Isabel la Católica sobre el sepulcro de doña Blanca, cuando se le mudó de capilla en la iglesia del convento de Jerez de la Frontera perteneciente á los franciscanos. CHRISTO OPTIMO MAXIMO SACRUM. DIVA BLANCA HISPANIARUM REGINA, PATRE BORBONEO, EX INCLITA FRANCORUM REGUM PROSAPIA MORIBUS ET CORPORE VENUSTISSIMA FUIT; SED PRAEVALENTE PELLICE OCCUBUIT IUSSU PETRI MARITI CRUDELIS ANNO SALUTIS MCCCLXI. AETATIS VERO SUAE XXV. No parece probable que la lápida de este sepulcro se hallara en blanco antes del año de 1483 en que dentro de la misma iglesia fué trasladada de un lugar á otro; ni que, ya estuviera en idioma vulgar, ya en lengua latina, infamara la inscripcion las cenizas y la memoria de la víctima ilustre en tiempos en que aun no se habia acometido el temerario empeño de panegirizar á su verdugo. De todos modos es importante históricamente la aseveracion del epitafio, y mas si se puso por inspiracion de la grande Isabel I como parece casi seguro.

Hasta los primeros impugnadores de la *crueldad* de don Pedro y panegiristas de su *justicia* son favorables á la honestidad de doña Blanca. Relativamente á las bodas y al inmediato desamparo de la reina se atiene al texto de la Crónica de Lopez de Ayala el Anónimo adicionador del Dispensero, y afirma tambien que los hermanos del monarca y los grandes del reino, que estaban en Valladolid, *hobieron muy grande enojo é tovieronse por burlados é creyeron que algunos hechizos malos tenia fechos al rey la dicha doña Maria de Padilla*. Palabras del Anónimo son asimismo estas:—«E de acuerdo de todos..... enviaron á don »Juan Alfonso de Alburquerque al rey don Pedro... para decirle.... que »non era honra suya nin de sus reinos *dejar á tan noble é virtuosa reina como era la reina doña Blanca de Borbon é tan generosa é fermosa que ellos é todo el reino eran contentos mucho con ella*»—Refiriendo haber cumplido Alburquerque el encargo se explica de este modo: — «E el rey don Pedro, como lo oyó, fué muy enojado por lo que don »Juan Alfonso le decia, é respondióle que en ninguna manera non lo *faría, é que sopiese que la reina doña Blanca en sus ojos le parescia mal »é que doña Maria de Padilla le parescia la mas fermosa dueña que en »todo el mundo habia, é que era el su primer amor; por ende que él no »tendria otra muger si non doña Maria de Padilla*. E don Juan Alfonso »le tornó á afincar mucho cerca dello, *fablándole muchas razones, é »dándole muchos y buenos consejos, é amonestándole lo que dello podria »nascer*. E el rey le respondió, desde que vió que tanto le afincaba, muy

»sañudamente, diciéndole que, si mas se lo decia, que non se podria
»bien fallar dello.»—Aquí se consigna explícitamente la única y verda-
dera causa de abandonar don Pedro á la reina, su desenfrenada pasion
hácia la Padilla y el frenético ahinco de convertir en leyes supre-
mas sus mas detestables antojos.—Este Anónimo supone asesinada á
la jóven reina en Urueña y á golpes de maza por orden de don Pedro é
inmediatamente que entró en Toro y deshizo la liga, y por efecto de la
parte activa que atribuye en ella á tan desventurada señora. Nada ha-
bla del asesinato de don Fadrique.

Al revés, Gracia Dei y su glosador callan la muerte dada á doña
Blanca; y es de notar que tampoco emiten especie alguna contra su
honra, al citar el trágico fin del maestro de Santiago que fundan en
sus rebeliones, ligándose con Alburquerque y sosteniendo la liga den-
tro de la ciudad de Toro.

En resumen hasta fines del siglo XVI no existieron mas orígenes
para el elogio del rey don Pedro de Castilla que la noticia dada por el
Anónimo adicionador del Dispensero sobre ser fingida la Crónica de Lo-
pez de Ayala: el dicho de Gracia Dei dando por autor de la Crónica ver-
dadera al obispo don Juan de Castro; y la especie vagamente indicada
en un romance contra la castidad de doña Blanca. Aducidas ya prue-
bas muy bastantes de la veracidad del cronista Lopez de Ayala, de la
inverosimilitud de que don Juan de Castro escribiera lo que se supuso,
y de la atroz calumnia fundada en *el decir del vulgo sin que nadie lo
supiera por cierto*, resta indagar el giro que en los siglos posteriores
siguieron y siguen los opuestos dictámenes acerca de la *crueldad* ó la
justicia del rey don Pedro.

ANTONIO FERRER DEL RIO.

HISTORIA LITERARIA.

ESTUDIOS CRITICOS SOBRE LA JERUSALEN LIBERTADA DEL TASSO.

«*La Jerusalem libertada*, indigna del título de poema, es únicamente una fría y pesada compilación, sin proporción ni gracia, de un estilo oscuro y desigual, llena de ridículos versos, de voces bárbaras, de viciosos giros y de frívolas comparaciones: no hay en ella belleza alguna que disculpe sus innumerables defectos.» Tal juicio formaba y esparcía por toda Italia la famosa Academia de la Crusca, al darse á luz aquel extraordinario libro, que dirigiéndose á su autor, hacia poco tiempo después prorumpir á Clemente VIII en estas memorables palabras: «*Venid á honrar esta corona que ha honrado á cuantos antes de ahora la han recibido.*»—¿Cuál de ambos fallos tenía por norte la equidad y la justicia? Al de los *Infarinati*, dictado acaso por ciega envidia y mezquina impotencia, ha respondido el constante y unánime aplauso de la posteridad, concediendo al vate de Sorrento el privilegio otorgado solamente á los grandes poetas: el del Sumo Pontífice que le llamaba á Roma para coronarle en el Capitolio, parecía interpretar lo porvenir, conquistando al mismo tiempo la durable estimación de los doctos para quien tenía la gloria de formularlo. Estendida la justa fama de aquella obra inmortal á todas las naciones, apenas hubo idio-

ma que no sirviera de depositario á sus innumerables y subidas bellezas, galardón logrado sólo en el transcurso de los siglos por Homero y Virgilio, y apénas alcanzado hasta entonces por el inspirado autor de la *Divina Comedia*. Y no fué por cierto España el último pueblo que rindió al genio del Tasso tan merecido tributo: siete años despues de aparecer en Venecia, llenos de lagunas é incorrecciones los catorce primeros cantos de la *Jerusalem libertada*, dábala completa á la estampa en castellano Juan de Sedeño, dedicándola á Carlos Manuel, duque de Saboya (1).

¿Por qué pues tanto aplauso y tal ahinco en las naciones cultas de Europa para traer á sus nativas lenguas aquel poema, cuya calificación habia encendido viva guerra literaria en la misma patria del poeta, llenando sus últimos días de amargura..? ¿Por qué desde los postreros años del siglo XVI se repiten los ensayos para aclimatar en todos los países aquel laurel frondoso, nacido espontáneamente en el suelo de Italia?..... Cuando nos paramos á considerar que van pasados cerca de tres siglos y que lejos de amenguar esta manera de culto, tributado á la *Jerusalem libertada*, crecen hácia ella la veneración y universal respeto, no es ya para nosotros maravilla el anhelo con que todas las literaturas han pretendido poseerla. La *Jerusalem libertada*, (escribia en el pasado siglo un crítico, cuyo voto no puede infundir sospechas de parcialidad) presenta las cruzadas bajo un punto de vista absolutamente favorable. «Son en ella un ejército de héroes que bajo la conducta de un capitán virtuoso, viene á libertar del yugo de los infieles la tierra consagrada por el nacimiento y la muerte de Dios. El asunto de la *Jerusalem*, considerado en este sentido, es el más grande que jamás haya podido elegirse. Tratólo el Tasso dignamente, dándole tanto interés como grandeza. Su obra fué perfectamente desempeñada: casi todo aparece en ella ligado con arte; y conduciendo diestramente las aventuras, distribuye con no menos sabiduría las luces y las sombras. Haciendo pasar al lector de la alarma de la guerra á las delicias

(1) Los referidos catorce cantos, se imprimieron en Venecia el año de 1580 por Celio Malaspina: Angelo Ingegneri hizo poco tiempo despues dos ediciones de todo el poema, valiéndose de una copia corregida de mano del Tasso (Casalmaggiore y Parma), y echando en cara á Malaspina la infidelidad de su publicación; pero armado este de otro manuscrito más correcto, repitió las ediciones ya completas (Venecia 1581 y 1582), cuyo éxito movió á Febo Bonná, grande amigo del Tasso, á darla á la estampa, consultando al autor para que saliera con mayor lustre su propia obra. Bonná hizo dos ediciones (Junio y Julio de 1584), logrando ambas aceptación fabulosa. Esta variedad de impresiones fué causa de que Sedeño vacilára, «luchando con las nuevas y diferentes estampas que de la *Jerusalem* habian salido,» al emprender sus tareas.

de las pasiones amorosas, y llevándole desde la pintura de las volup-
tuosidades á los combates, excita gradualmente la sensibilidad, y
de libro en libro vá excediéndose á sí mismo (1).» Semejante juicio,
que contrasta grandemente con las censuras formuladas por otros no
menos respetados criticos, es á nuestros ojos cabal medida de la estima-
cion que merece la *Jerusalem libertada*; apareciendo tanto más alta la
gloria de su autor cuanto mayores fueron las dificultades con que hubo
de luchar para obtener el éxito á que aspiraba.

Resonaban, al acometer tan árdua empresa, dentro y fuera de la Ita-
lia los felicisimos cantos del Ariosto; y aplaudidas como nunca lo habia
sido obra de ingenio humano, sus peregrinas ficciones, copiosa y rica
suma de las creaciones caballerescas, habíase levantado la epopeya ro-
mántica á su más alto punto de idealidad, oscurecidos por el *Orlando*
Furioso cuantos ensayos se habian hecho desde *I Reali di Francia*,
Buovo d'Antona y Spagna hasta el *Orlando Inamorato* de Boyardo.
Mostrábase por el contrario la epopeya, que recibia el título de clásica,
pobre, fria y descolorida; y ya eran objeto de absoluto desprecio, ya
de sátiras y diatribas los poemas heróicos que teniendo por norte las
obras de la antigüedad, reconocian por fuente principal de sus bellezas la
dócil imitacion de Homero y de Virgilio. No habia en verdad produci-
do esta escuela, á cuya cabeza aparece el Trissino, ninguno de aque-
llos portentos del arte, que hiriendo viva y poderosamente la imagina-
cion de doctos y vulgares, fundan en el asenso comun los títulos de su
inmortalidad, avasallando al par el gusto y la razon y erigiéndose en
única pauta y exclusivo modelo. Ni la *Italia liberata* del mismo Tris-
sino, calcada fiel y nimiamente sobre la *Iliada*, sin alcanzar no obs-
tante ninguna de sus grandes bellezas; ni la *Alamanna* de Oliviero,
que teniendo por asunto la guerra hecha por Cárlos V contra los pro-
testantes, era un remedo harto desdichado de la *Iliada* y de la *Italia*
liberata; ni *Il Costante* de Bologneti, que evocando la mitología de
griegos y latinos, cantaba las aventuras del emperador Valeriano, apri-
sionado por Sapor, rey de los persas; ni tantos otros poemas como si-
guiendo las huellas de estos cultivadores del arte, vieron la luz pública
hasta mediados del siglo XVI, pudieron sostener siquiera la compara-
cion con el *Orlando Furioso*, quedando así vencida la escuela clási-
ca, cuya impotencia exageraban y aun escarnecian los admiradores de
Ariosto.

(1) - Voltaire, *Essai, sur la Poésie épique*, chap. VII.

No otra era la situación de la república literaria y la suerte de la epopeya, cuando concibió Torcuato Tasso el generoso pensamiento de ilustrar la historia de las letras italianas con la creación de un poema heroico, capaz de emular las glorias con tanta razón adjudicadas á las locuras del *Orlando*. Conocido su nombre y celebrado su talento poético desde su primera juventud, habia ensayado ya sus fuerzas en casi todos los géneros de poesía entonces cultivada: debíale la lírica los *sonetti* y las *canzoni*, en que siguiendo las huellas de Bembo se ostentaba digno admirador de Petrarca; dábale la Aminta el primer lugar entre los poetas bucólicos de los tiempos modernos; conquistábale el laurel trágico el *Torrismundo*, eclipsando la fama de Speroni, Dolce, Alamani, Martelli y Rucellai, que habian recibido el coturno clásico de manos de Trissino, y habíale grangeado por último los doce cantos del *Reinaldo* la estimación de los eruditos, revelando á Italia la existencia de otro gran poeta épico. Bajo tan brillantes auspicios acometió pues el Tasso la difícil empresa de la *Jerusalem libertada*, cuyo sublime pensamiento fermentó en su mente por el espacio de diez y ocho años. Ambicionaba su alma la gloria de Ariosto, y advertíale su razón de los escollos y peligros que debia encontrar, al emprender cuerpo á cuerpo dudosa lucha con aquel invencible coloso, á cuyas plantas habian caído marchitas las coronas de cien esclarecidos ingenios. Ni le consentia tampoco su educación literaria, formada en el respeto de la antigüedad clásica, volar sin freno por los espacios ideales, recorriendo á la vez el cielo y la tierra y acumulando situaciones, incidentes y resortes poéticos con aquella variedad prodigiosa, de que sólo pudo salir triunfante la rica vena y poderosa imaginación de Ariosto; variedad que, por lo libre y suelta, era únicamente propia de la epopeya caballeresca. El Tasso habia elegido el asunto de su poema en la historia de los tiempos medios: eran las Cruzadas el acontecimiento más grande presenciado por la humanidad en aquellos días, y fija su vista en esta empresa de gigantes, descubrió en el choque de la civilización cristiana y de la civilización sarracena los inmensos tesoros que su mente habia soñado. No hubo menester ya lanzarse, como Ariosto, al mundo fantástico, donde tal vez se hubiera extraviado; y exento de los temores, que al recordar la gloria del *Orlando Furioso* le aquejaban, halló franco y expedito sendero para bosquejar las costumbres de la edad media con el pincel de Homero y de Virgilio, realizando así en más amplia escala el meritorio pensamiento que desde su juventud habia iniciado en su poema de *Reinaldo*.

Sabia el Tasso, no obstante, que la poesía no es la historia, y no olvidaba que si bien el asunto por él escogido tenía verdadera grandeza para mover y excitar el entusiasmo de casi todos los pueblos de Europa lejos de disminuir su interés el encanto de lo maravilloso, debía acrecentarlo y ennoblecerlo, imprimiéndole aquel sello sobrenatural y divino alma de la epopeya. Mas ¿cuál debía ser la máquina empleada en un poema que tenía por asunto la libertad del suelo, donde había nacido y muerto el Salvador del género humano?.... Iba á poner Tasso frente á frente dos pueblos, opuestos en creencias, distintos en costumbres y lenguajes; armado el uno en nombre de Dios, llevado el otro á la defensa de sus hogares por el amor de la patria; y error imperdonable hubiera sido en él resucitar la mitología de griegos y romanos, al pintar aquella extraordinaria lucha, en que debían resplandecer la austera verdad y santa fé del cristianismo, contrastando las deslumbradoras supersticiones y ciego fanatismo de los mahometanos. Buscó, pues, lo maravilloso en el fondo mismo de la creencia de uno y otro pueblo, y halló en ellas inagotables fuentes: Dios y sus ángeles fueron los protectores del ejército cristiano, conducido á Palestina por el más sublime entusiasmo religioso: Satan y sus ministros, patrocinaron al pueblo de Mahoma, poniendo en juego las malas artes, con que magos y encantadores suscitaron contra los guerreros de Dios el desorden de los elementos y las tempestades de las pasiones. Fecundado así el pensamiento que le animaba, fuéle ya fácil cosa desenvolver la acción de su poema, dirigiendo convenientemente el curso de los sucesos á la conquista de Jerusalem y libertad del Santo Sepulcro.

Con semejantes elementos poéticos, no admitidos por algunos eminentes humanistas, bien que celebrados por casi todos los grandes críticos de nuestros días (1), aspiró el Tasso á dar forma á la elevada

(1) Hoy que la crítica literaria no se contenta ya con la simple apreciación de la forma exterior y quilata las obras del ingenio por sus verdaderos títulos, aplaude, en efecto, lo que culpaban los preceptistas del siglo pasado. Boileau, que no pudo negar al Tasso el haber ilustrado á Italia con la *Jerusalem*, decía que no hubiera logrado este objeto,

Si son sage héros, toujours en oraison,
N'eut fait que mettre, en fin, Satan á la raison,
Et si Renaud, Argant, Tancrede et sa maitresse,
N'eussent de son sujet egayé la tristesse.

Y el mismo Voltaire, cuyo juicio, en general, no podía ser más favorable á la obra maestra del Tasso, reprobaba la intervención en ella de los espíritus infernales. Pero este elemento poético, por emanar de la creencia cristiana y estar hermanado con las costumbres populares, no puede ser de mejor ley. Lo repugnante hubiera sido que el Tasso hubiese traído á su poema el desautorizado ajuar de la mitología.

concepcion de su mente; y no queriendo ser vencido por Ariosto en la riqueza y variedad de los acontecimientos, esforzóse por nutrir la accion de la *Jerusalem* de episodios interesantes y variados al infinito, que modificando el terrible efecto de cien y cien batallas, contadas siempre con nuevos y más brillantes colores, pusieran al lado de aquellas sangrientas escenas el grato y risueño espectáculo de la vida pastoral, y tras las solemnes é imponentes ceremonias del culto, presentáran la seductora pintura de los placeres y dulces guerras del amor, contribuyendo todos estos episodios al desarrollo y progreso de la accion, á que se agrupaban. Huia el Tasso así de fatigosa variedad y abundancia como de infeliz sequedad y pobreza; y desembarazado de estas dificultades, invencibles sin duda para quien no estuviese dotado de su ingenio, fijábase con singular empeño en la descripcion de los caractéres, parte muy principal de todo poema, y en que tomando á Homero por guia y maestro, excedia sobremonera al autor del *Orlando Furioso*, acusado por respetables criticos de haber fundido en un mismo molde todas sus figuras.

Era Gofredo de Bullon, duque de Lorena, cuyo valor admiraban al par Italia y Alemania, el capitan designado por los principes católicos para llevar á cabo la santa empresa de las Cruzadas. Guardóle el Tasso, al presentarle en la *Jerusalem*, el esfuerzo invencible y la piedad ardiente que le concedia la historia; é hizole grave, prudente y circunspecto, dándole la magestad y grandeza de alma, convenientes al caudillo que iba á colmar los deseos y esperanzas del mundo cristiano. Al lado de Bullon ponía á Reinaldo y Tancredo, principales personajes del ejército congregado contra la morisma: Reinaldo, apasionado, vengativo, fogoso á la manera de los antiguos héroes, debia recordar la gran figura de Aquiles con sus terribles ímpetus y tremenda cólera, siendo como el hijo de Peleo, necesario á la conquista de la ciudad asediada por los suyos. Tancredo no tan arrebatado, ni impetuoso, bien que no menos esforzado, más generoso y tierno, estaba destinado á despertar las simpatias y el cariñoso respeto de aquellos mismos guerreros, que al llorar con él la desventura de su amor, reconocian el temple superior de su alma. Güelfo, Raimundo de Tolosa, Baldovino y Eustaquio, Rugiero y Oton, los dos Robertos y finalmente Odoardo y Gildipa, dulces é inseparables esposos, cuya dicha y gloria consistió en pelear unidos y morir al golpe de un mismo acero, completaban la primera y más brillante cohorte de aquellos héroes, que al aparecer en un mismo cuadro ostentan la prodigiosa variedad de afectos, que hubiera podido prestarles la rica y nunca igual naturaleza.

Mas si brillan los paladines de la Cruz con entera y recíproca independencia, pensando, hablando y obrando cada cual de distinto modo, no son menos dignos de elogio los personajes que ennoblecen la defensa de la Santa Ciudad, dificultando su conquista. Clorinda, Argante y Soliman, traídos á Jerusalem, por el peligro del islamismo, ofrecen en la diversa fisonomía que los anima, tan prodigioso brillo que según la expresión de un respetable historiador, llegan á eclipsar en ciertos instantes á los mismos héroes cristianos (1). La primera (que se muestra en el teatro de los sucesos, salvando las preciosas vidas de Olindo y de Sofronia, y refrenando la impotente saña de Aladino, suspicaz tirano, encanecido en la crueldad), amamantada por una tigre, que pareció comunicar á su corazón la dureza y bravura, de que hace frecuente gala, odia profundamente el nombre cristiano y llevada de esta aversión, que se trueca al morir en ardiente fe, rechaza el tierno amor de Tancredo, por el mero hecho de profesar éste la ley de Cristo. Argante, dotado de fuerzas prodigiosas y encendido por el feroz deseo de exterminar á los cruzados, solo halla dique á su bélico furor en la diestra de Reinaldo, único héroe cristiano que ha logrado ver sus espaldas en mitad de los combates. Más reservado y prudente, si bien tan empeñado como Argante en el triunfo de los sarracenos, atiende Soliman, perdido ya su reino, á la defensa y guarda de la ciudad; y uniendo al ejemplo el consejo, ni da tregua á las armas, ni perdona fatiga para rechazar los terribles asaltos del campo enemigo. Y en medio de estas figuras trazadas con vigorosos rasgos, supo el Tasso colocar las tiernas y simpáticas de Erminia, velada de melancólicas y dulces tintas; infortunada virgen, que guardando en su pecho el más puro tesoro de amor, ni tenía la fortaleza de Clorinda para avasallar la pasión que Tancredo le inspiraba, ni poseía tampoco los artificios de Armida para someterle á su imperio. Es por último la creación de esta maga, que logra adormecer el valor y patriotismo de Reinaldo en sus encantados jardines, una imitación de la Alcina, bosquejada en el *Orlando Furioso* por el fecundo pincel de Ariosto, quien había tomado á su vez esta invención de la *Carandina* del *Mambriano*, poema debido al ingenio de Francesco Cieco da Ferrara; pero al seguir las huellas del vate de Reggio, aventajóle esta vez en gran manera el cantor de la *Jerusalem*, legando en sus versos en cambio de una muger sensual que se valía de las artes mágicas para saciar sus carnales apetitos, una princesa malhadada que por contribuir

(1) Guinguené, d'*Hist. littér. d'Italie*, part. II, cap. 16.

à la salvacion de la patria, encendia con sus propias manos la hoguera en que debia más tarde consumirse. Por esto, lejos de concitar la malquerencia de los lectores, como sucede à la torpe Alcina, y à su model, interesa vivamente la desgracia de Armida abandonada por Reinaldo, y queda hondamente grabada en la memoria su inconsolable tristeza.

Tal era el caudal de que disponia el Tasso para revestir de la forma poética la *Jerusalem libertada*. Al combinar tan varios elementos, al poner en relacion tan encontrados caractéres, para conducir à su fin una accion tan grande y heróica, desplegaba extraordinaria inteligencia del arte; y excitando sucesivamente la admiracion, la piedad y el terror, lograba fundar la unidad de interés de su epopeya, ley suprema de toda obra del ingenio, en la variedad misma de las situaciones. Mérito es este superior en la pluma del Tasso, reconocido por casi todos los críticos modernos, quienes al quilatar los aciertos de su inventiva, no vacilan en declarar que: «si tal vez no halló en su corazon acentos como los de Priamo y de Héctor en la *Iliada* y los de Dido en la *Eneida*, imaginó escenas, cuya creacion hubieran podido envidiar Homero y Virgilio (1).» Estas multiplicadas y admirables situaciones, ya enclavadas íntimamente en la accion principal, ya nacidas de los bellísimos episodios que las exornan y revisten, constituyen en efecto los principales encantos de la *Jerusalem libertada*. Desde la interesante aventura de Olindo y Sofronia (donde han creido descubrir algunos escritores cierta relacion misteriosa con la vida del Tasso y de la princesa Leonor, mientras la han condenado otros como extraña al resto del poema) ostenta ya el cantor de Godofredo aquella riqueza de tintas y delicados matices, que debia embellecer todos sus cuadros. Recordaba sin duda al trazar este episodio, ideado, segun insinuamos arriba, para bosquejar el carácter feroz y sanguinario de Aladino y la noble figura de Clorinda, una preciosa leyenda oriental, traída à las literaturas modernas por el converso español Pedro Alonso (2); pero dotando à Sofronia de aquella sublime abnegacion y varonil entereza, que sólo pudo aprender en la historia de los mártires, y dando al piadoso Olindo aquel amor puro y acendrado, que se alimenta en el silencio y aparece únicamente para conquistar la admiracion y el respeto de las almas elevadas, hacíala esencialmente suya; y despertando el mas vivo interés por aquella raza que, al yacer en duro cautiverio abrigaba tales virtudes,

(1) Mennechet, *Cours complet de litterature moderne*, tom. I, Lecc. XVI, París, 1858.

(2) *Disciplina Clericalis*, fáb. I, ed. de París, 1824.

parecía justificar bajo el aspecto meramente humano, el generoso empeño con que habían corrido los cruzados á salvar la Palestina. (Canto II).

Mas si han convenido los críticos en que este patético cuadro se halla un tanto desligado de la acción principal del poema, no sucede así respecto del bellísimo episodio de la fuga de Erminia, cuyo interés y oportunidad son unánimemente elogiados. Ni podía esperarse otra cosa, al ver pintadas con tan brillantes rasgos las sucesivas situaciones en que coloca el poeta á la desgraciada princesa, que lanzada de su reino por la espada de Tancredo y acogida á Jerusalem, contempla el terrible combate en que pone á riesgo su vida aquel denodado guerrero, y seducida por su amor abandona los hospitalarios muros, ganosa de curar sus heridas. En las dudas y temores que asaltan su corazón, ya representándole los peligros de su honor y su fama, ya impulsándole á atropellar por todo para llevar la salud al hombre á quien adora; en la infantil alegría con que acoge el proyecto de ceñir las armas de su amiga Clorinda, para salir sin riesgo de la bien guardada ciudad; en el angustioso anhelo con que espera, cercana al campamento cristiano, la vuelta del escudero enviado á la tienda de Tancredo para anunciarle su encubierta llegada; y finalmente en el susto y mortal congoja que se apoderan de su alma, al ser descubierta por el latino Poliferno, derramando la alarma en el campo cristiano, mientras huía despavorida sin dirección ni camino, supo atesorar el Tasso todas las bellezas del arte; preparando en las zozobras de aquella fatigosa y larga noche, á que sigue para la infeliz Erminia no menos triste día, la apacible mañana en que llega á orillas del Jordan y halla seguro albergue en un aprisco de pastores. Contraste consolador el que ofrece al pecho fatigado aquella hermosa campiña, donde se mezcla el murmurio del río al apacible canto de las aves, donde á los alegres acentos de las rústicas zagalas se une el son de dulce avena, y donde vestida de pellico ofrece la paz sus gratos dones, hablando por boca de un venerable anciano el lenguaje de la verdad que menosprecia y huye las vanidades del mundo!....(Canto VI y VII). La desconsolada virgen que tales riesgos había corrido por salvar la vida de Tancredo, ansiando infundirle el mismo amor que la devora y gozar á su lado la felicidad que su alma presiente, hállale al cabo exánime sobre la arena, junto al cadáver del feroz Argante; y derramando sobre él abundoso llanto y estampando en sus moribundos labios ardoroso beso, logra restituirle á la vida, al pronunciar mágicas palabras, alcanzando así el único bien que en la tierra ambicionaba. (Canto XIX).

No tan vario en sorprendentes situaciones, pero sí de los más bellos del poema, es el episodio del combate y de la muerte de Sueno, hijo del rey de Dania. Este valeroso príncipe, que inflamado por la fama de las grandes proezas de los héroes cristianos, y arrebatado de entusiasmo religioso, corría al suelo de Palestina para contribuir con dos mil vasallos suyos á sacar del poder sarraceno el Santo Sepulcro, vióse acometido, al pisar la Tierra Santa, por el poderoso ejército de Soliman, y oprimido de numerosas huestes comprende que sólo le era dado alcanzar

Corona di martirio, ó di vittoria.

Una noche entera pelea el malhadado ejército de Sueno, contando cada uno de sus soldados el número de veinte alfanjes asestados contra su pecho. Al brillar la nueva aurora, mira el hijo del rey de Dania delante de sí una muralla de muertos y ve correr á sus plantas un río de sangre. Sólo cien guerreros sobrevivían en tan desigual contienda; mas lejos de abatirse su esforzado corazón, levanta su voz para confortar nuevamente á sus vasallos, y ensalzando el ejemplo de los que con su sangre les habían trazado el camino del cielo, opone al enjambre de bárbaros que por todas partes le acosa, un corazón de diamante. Abruñado bajo el peso de tantos golpes, pero no vencido, cae finalmente el malogrado Sueno herido por la espada de Soliman, conservando en su diestra el hierro formidable, que esgrimido por la de Reinaldo, debía poner término á la vida de aquel príncipe agareno. Un guerrero solo salva la suya entre todos los desdichados daneses, que hallaron la tumba, donde pensaron conquistar eterna gloria; y sacado de entre los muertos por dos hermitaños, que le muestran el cadáver de su príncipe vuelta la faz al cielo, armado de su espada, y puesta la siniestra mano sobre el pecho en ademan suplicatorio, recibe de aquellos santos varones el hierro predestinado; y repuesto algún tanto en la gruta por los mismos habitada, parte en busca del campo latino, obedeciendo así los preceptos de la Providencia. De esta manera se enlazaba estrechamente á la acción el patético episodio de Sueno, digno modelo de narraciones heroicas. (Canto VIII).

Igual felicidad y acierto descubrimos en los demás episodios ingeridos por el Tasso en la *Jerusalem libertada*: tiene, no obstante entre todos mayor interés por las circunstancias que rodean á los personajes, la historia de los amores de Armida y Reinaldo, fuente de bellísimas

pinturas y patéticas situaciones. Armida, sobrina de Idraote, el más celebrado mago de Oriente, persuadida por él de que hace un señalado servicio á la patria, dirígese al campo cristiano para seducir y apartar del asedio de Jerusalem á los más valientes caballeros. Bella, como ninguna, astuta, diestra en todo linage de intrigas mugeriles, y amaestrada en las artes mágicas, aparece en los reales de Gofredo, segura de postrar la entereza de los más temibles paladines y aspirando á prender en sus redes al mismo caudillo. Llorándose desposeida de la herencia de sus padres, proscripta y fugitiva, implora con fingida pena su protección; y cuando esta no sea posible, ruégale que le conceda corto número de guerreros cristianos para rescatar á Damasco, cuya posesion facilitarán sus parciales. No logran sus lágrimas seductoras vencer la razon de Gofredo, atento siempre al fin de la santa empresa de la Cruzada: en cambio enardecido Eustaquio y otros jóvenes campeones por el dolor y la hermosura de Armida, y llevados del sentimiento caballeresco, conjuran á Bullon, en nombre de la galantería francesa, para que les permita restablecerla en el reino de sus abuelos; y el prudente caudillo cede al cabo á sus instancias, consintiendo en que diez caballeros de su campo abracen la fingida causa de la sagaz encantadora. Gozosa de su triunfo, esfuérsase esta por aumentar el cortejo de sus adoradores, desplegando todas las gracias y encantos de que la habian dotado arte y naturaleza; y arrastrando consigo la flor de los guerreros cristianos, encerrábalos en su castillo, bajo el influjo de mágicos conjuros, enviándolos despues á Egipto, en cuyo camino reciben libertad de manos de Reinaldo. (Canto IV, V y X).

Este príncipe, á quien la muerte dada á Gernando, hijo del rey de Noruega, habia lanzado del Campo de los cruzados, es desde aquel instante blanco de las iras de Armida: atraído por sus artes á la isla del Oronte, donde le adormece el deleitoso canto de las sirenas, vuela la ofendida maga á ejecutar en él los furores de su venganza; mas vencida por su varonil hermosura, siente brotar dentro del alma el fuego de una pasión desconocida, que la humilla y la avasalla. Trocado así el odio en vehemente amor, pónole dormido aun, en un carro y traspórtale á una de las islas Fortunadas, para gozar allí sin rivales ni testigos el fruto de sus deseadas caricias. La pintura de estos encantados jardines, que pone el Tasso en la cima de una escarpada montaña, recordando la isla de Aleina imaginada por Ariosto, respira toda voluptuosidad y molicie; oyéndose en medio del misterioso concierto de las aves, las aguas y los vientos la voz del fénix que dotado de lengua humana, brinda inagota-

ble dicha á los dos felices amantes. Reinaldo olvida en estos lugares la religion y la patria y con ellas las grandes hazañas de los Cruzados y los sueños de sus presentidas glorias; y mientras lloran su ausencia los paladines de la Cruz y sufren los estragos de las armas de Argante, Soliman y Clorinda y de los conjuros de Ismeno, enérvase y enloquece en brazos de Armida, decorando su pecho, avezado á bélicos arreos, adornos femeniles. Al cabo es roto este encantamiento por el poder superior de otro mago cristiano, que obedeciendo la voluntad de Pedro, el hermitaño, encamina á Carlos y Ubaldo al palacio de Armida, desvaneciendo todo obstáculo que se oponia al logro de esta empresa. La vista de los dos guerreros despierta de repente en Reinaldo el apagado instinto de la gloria, y reconocida por él la afrentosa postracion en que vive, al escuchar las nobles exortaciones de Ubaldo, aléjase de aquellas moradas del placer, sin que puedan ya aprisionarle de nuevo las tiernas, sumisas y apasionadas súplicas de Armida, que intenta al menos seguirle como esclava, pues que no puede ya señorearle como amante. Grande es el dolor y más terrible aun la desesperacion de Armida, al verse abandonada: dolor y desesperacion que traen á la memoria la malhadada suerte de Dido, pérfidamente burlada por el hijo de Anquises. Mas vuelta en sí, no apela como la triste reina de Cartago al hierro suicida para poner término á su quebranto; sólo el deseo de la venganza agita ya su corazon; y destruyendo sus jardines y palacio encantado, vuela en busca del Soldan de Egipto, para filiarse bajo sus banderas; otorgándose en premio al que la vengue del pérfido Reinaldo. Restituido en tanto al suelo de Palestina, descubre este en el escudo misterioso, con que le arma el mago cristiano, la historia de sus descendientes, y vencedor de la selva encantada, y triunfante de Soliman, Adrasto y Tisaferno, logra por último salvar á la desdichada Armida de la nueva desesperacion que la arrastraba á cortar el hilo de sus dias. (Cantos XIV, XV, XVI y XX).

Esta maravillosa é interesante historia, que se liga y rodea á la accion de la *Jerusalem libertada*, como se enlaza al tronco robusto del olmo la frondosa yedra, sobre enseñarnos hasta qué punto lleva el Tasso la fecundidad de su imaginacion, no temiendo la comparacion de dos grandes poetas como Virgilio y Ariosto, venia á resolver en el campo literario uno de los mas dificiles problemas apareciendo en ella en estrecho maridage el elemento heróico y el elemento caballeresco. Lástima grande que al poner en manos de Reinaldo el misterioso escudo, se dejara llevar del adulatorio propósito del cantor de Eneas y del vate de

Reggio, ensalzando más de lo justo el valor y las hazañas de una serie de príncipes que apenas logran celebridad en la historia, la cual terminaba en Alfonso II de Este, indigno pagador de esta no merecida alabanza!..

Tras estos felices esfuerzos de la inventiva del Tasso, admiran todos los críticos, al examinar la *Jerusalem*, la gran copia de rasgos sublimes que la avaloran y son claro testimonio de la constante aspiración de su ingenio á remontarse á las regiones de la belleza ideal, brillando al par en la pintura de los personajes y discursos que pronuncian, en la descripción de los combates y en la elección de las comparaciones. «Semejante inclinación, dice un escritor digno de todo aprecio, resulta ya desde la invocación del poema, dirigida á aquella musa, que

..... di caduchi allori
Non circondi la fronte in Elicona,
Ma su nel cielo infra i beati cori
Hai di stelle immortali aurea corona;

reconócese asimismo en la manera nueva y verdaderamente sublime, con que se hace la exposición; en aquella mirada que lanza el Eterno sobre la Siria y sobre el ejército cristiano, mirada que penetra en el fondo de los corazones de todos los gefes y que nos hace también penetrar en ellos, dándonos á conocer desde los primeros versos, no solamente los personajes sino también los caracteres. Sin hablar de pasajes y episodios enteros que parecen dictados por esta aspiración continua á lo grande, lo bello y lo honesto, hállese también esa dote característica del Tasso en infinito número de pensamientos y de afectos, indicados algunas veces por la actitud sola ó por la expresión del rostro, como cuando advertido Reinaldo por Tancredo de que Bullon quiere prenderle, sonríe antes de responder, y un gesto desdeñoso anuncia tras esta sonrisa la indignación de su alma; anunciados otras en el más noble y poético estilo, como son los de aquel anciano que muestra al mismo héroe, libre apenas de los brazos de Armida, nuestro verdadero bien, no en las llanuras agradables, entre fuentes y flores, en medio de ninfas y sirenas, sino en la cima de un monte escarpado donde la virtud habita.»

No cumple á nuestro intento el proseguir señalando todos y cada uno de los retratos, arengas y descripciones, donde brillan esta elevación y nobleza, pues que además de prolijo, sería infructoso semejante empeño, cuando basta la lectura de la *Jerusalem* para saborear estas

bellezas de expresion, superiores á todo elogio. Pero no juzgamos fuera de sazón el advertir que ya pinte y haga hablar á Gofredo en medio de los príncipes coligados, ya le presente al recibir el mensaje del Soldan de Egipto, cuyos pactos rechaza con magnánimo pecho; ora le ponga en mitad de sus soldados para aplacar la discordia que los divide, ora le muestre implorando la clemencia divina, ó elevando al cielo sus miradas en hacimiento de gracias, siempre hallaremos aquellas vigorosas pinceladas que dan vida y majestad á tan generoso caudillo, poniendo de relieve los inmensos recursos poéticos poseidos por el Tasso. Y no brillan menos estas preciosas dotes, respecto de los retratos de los demás personajes, terminados cuidadosamente aun en mitad del fragor de las armas; arte difícil donde no tiene el cantor de Gofredo numerosos rivales. Séanos lícito recordar sobre este punto algunos rasgos. Tancredo y Argante, cuya lid habia quedado aplazada desde los primeros cantos del poema, se encuentran al fin, y resuelven terminar el comenzado duelo: la lucha es terrible: cubiertos de heridas, despedazadas sus armas, corre la sangre por todas partes; Argante se derrumba al cabo, como una montaña; y mientras le ofrece Tancredo la vida, procura asestarle traidoramente una estocada, obligándole á darle muerte. Y sin embargo de esta accion reprobada, cuando vuelto en sí por los cuidados de Erminia y de Vafrin, su escudero, es conducido Tancredo al campamento cristiano, indignase de que se deje abandonado el cadáver de Argante, negándole así la honra debida á su insigne esfuerzo. (Canto XIX, oct. 116 y 117). Asaltados por Soliman los reales de Gofredo, embisten al valiente mahometano los hijos de Latino, cayendo uno á uno á los terribles golpes de su exterminador alfange; y mientras el triste anciano se lanza á la pelea, hallando la misma suerte que habia cobijado á sus cinco hijos, contempla Soliman á Lesbino, su querido page, acosado por la espada de Argilan, y vuela á socorrerle, separándose de Bullon, cuyo encuentro habia sido por él ambicionado. Tarde llegó al sitio donde Lesbino caía sin vida, cual tierna flor cortada por impia mano; y al mirar su rostro cubierto de la palidez de la muerte, aquel hombre para quien era la sangre grato espectáculo, siente enterrecido su feroz corazón, brotando de sus ojos abundosas lágrimas. El poeta exclama, al reconocer este triunfo del arte:

Tu piangi Soliman! Tu, che dirutto
 Mirasti il regno tuo col ciglio asciutto?
 (Cant. IX, oct. 86).

En la última batalla que pone término á la accion del poema, parece en cambio recobrase toda la ferocidad del sultan de Nicea: Odoardo y Gildipa, que al comenzar el combate habian logrado derrotar á los persas, encuentran (ya de vencida los sarracenos) al no desalentado Soliman que procuraba en vano traerlos de nuevo á la lid. Gildipa se adelanta á herirle la primera; pero insultando á entrambos esposos con descompuestas palabras, asesta el musulman tal golpe al pecho de la infeliz heroina, que rompiendo las armas que lo defienden, penetra su alfange en aquel seno.

Che de colpi d'Amor degno sol era.

Vacilando un momento sobre la silla, abandona las riendas, próxima á desplomarse del caballo. Odoardo vuela en su ayuda, y sosteniendo con el brazo izquierdo á su agonizante esposa, intenta vengarla con el derecho, agitado su corazon á un tiempo por la piedad y por la ira. El hierro de Soliman descarga de nuevo sobre aquel doloroso grupo, y cortado el brazo que recibia el cuerpo de Gildipa, cae esta desplomada, no tardando en seguirla el desdichado Odoardo, mientras se ufana Soliman de tal victoria. (Canto XX).

A estos rasgos originales, que pudiéramos multiplicar fácilmente, se agregan otros muchos de un mérito relevante, que descubriendo las fuentes en que el Tasso se inspiraba, enseñan el camino que debe seguirse para valorar las obras del ingenio con la sóbria y discreta imitacion de los antiguos. Ciertó es que esta manera de imitacion, la cual lejos de humillar el verdadero poeta enriquece sus mas estimables creaciones, se halla sólo al alcance de los hombres privilegiados que saben asimilar y hacer suyos los tesoros de otros tiempos, siendo el escollo natural en que se estrellan los impotentes esfuerzos de las medianías. Por eso al considerar el acierto y oportunidad con que el cantor de Gofredo recuerda ó imita, dando nueva vida y frescura á los incidentes y situaciones, que traslada á su poema, en lugar de dirigir contra él severos cargos, tenémosle por digno de todo estudio y alabanza. Sus imitaciones que provienen de la prodigiosa estension de su lectura, de la observacion asídua é inteligente de la antigüedad clásica y de la riqueza extraordinaria de su memoria, ni se limitan á un solo modelo, ni se encierran en una época determinada: el Tasso tiene presente al mismo tiempo todas las producciones y todos los géneros: la poesia y la histo-

ria le ofrecen sus creaciones, no sólo en el siglo de oro de las letras griegas y latinas, sino tambien en los de corrupcion y decadencia; y enriquecido ya con los despojos de la antigüedad, vuelve su vista al arte de la edad media para demandarle inspiraciones. Asi, mientras le vemos tomar por maestros principales á Homero y á Virgilio, no se desdén de seguir las huellas de Lucano y Silio Itálico, de Ovidio y Lucrecio, de Claudiano y Eliodoro, ni olvida tampoco á Julio César y á Tácito, pagando igual tributo á Dante y Petrarca, Sannazaro y Vida, sus compatriotas.

Tarea larga seria la de señalar todos estos recuerdos é imitaciones: sobre los ya indicados nos será permitido, sin embargo, traer aqui algunos ejemplos que justifiquen nuestros asertos. Argante (que aparece en la escena como embajador del Soldan de Egipto) al escuchar la respuesta dada por Gofredo á la demanda de aquel soberano, expresada por Aleto, pliega con ademan feroz su manto, y dando á escoger al caudillo cristiano entre la paz y la guerra, desplégalo con no menor ferocidad al oir el belicoso grito, con que responde el ejército cristiano á la propuesta del Soldan, sacudiéndolo despues y declarando guerra á muerte á Bullon y los suyos. Este rasgo era visible recuerdo de la pintura que hace Silio Itálico de Fábio, al declarar la guerra al senado de Cartago: he aquí el pasage de Silio:

Non ultra patiens Fabius texisse dolorem,
Concilium exposuit properè pratribusque vocatis,
Bellum se gestare sinu pacemque profatus
Quid sedeat legere ambiguis neu fallere dictis
Imperat: ac særo neutrum renuente Senatu,
Ceu clausas acies gremioque effunderet arma,
Accipite infaustum Libyæ eventumque priori
Par, inquit, bellum; et laxos effundit amictus.

(*De Bello Punico*, lib. II, v. 382).

Asaltada Jerusalem por los cristianos, y apretados en todas partes los sarracenos, veíase ya la ciudad á punto de rendirse, cuando herido Gofredo por una flecha, retrocede el ejército sitiador, restituyendo á los sitiados el perdido aliento. Soliman y Argante, rivales en el valor y en el anhelo de la gloria, ven llegado el momento de coronar sus esfuer-

zos, desbaratando á los cruzados. Argante provoca al rey de Nicea, diciéndole:

Solimano, ecco il loco ed ecco l'ora
Che del nostro valor giudice fia.
Che cessi?....O di che temi?....Or cortá fuora
Cerchi il pregio sovran chi più il desia.

(Cant. XI, Oct. 63).

Semejante rivalidad, que contribuye en gran manera á caracterizar á los dos caudillos sarracenos, tenia ejemplo en los *Comentarios* de César, donde los centuriones Vareno y Pulfion, ilustres ambos por sus hazañas, se excitan á salir contra los gaulas, que tenian cercado el campamento romano, con gran peligro de sus aguerridas legiones. Pulfion que disputaba á Vareno la supremacia de las armas, le dice:

¿Quid dubitas Varene?....Aut quem locum probandæ virtutis, tuæ spectas?....Hic dies de controversiis nostris judicabit.

Y estos recuerdos tan hábilmente aprovechados por el genio del Tasso, refiérense tambien á personajes entre cuyos caracteres no existe una relacion tan estrecha. Tal sucede con la expedicion de Argante y de Clorinda, en que intenta esta heroína poner fuego á la gran máquina de guerra que tan profundo terror habia infundido en los cercados: ni un rasgo siquiera hay en la pintura de uno y otro que traiga á la memoria la tierna amistad de Eurialo y Niso, simpáticas figuras trazadas por el delicado pincel de Maron; y sin embargo existe notable semejanza entre una y otra aventura, semejanza que se hace todavia más sensible al comparar las sucesivas situaciones en que uno y otro poeta colocan á sus personajes: proyecto, discursos, presentacion al rey, alegría y esperanzas de que éste se muestra poseido, hasta las mismas frases y aun los versos del Tasso parecen calcados sobre los de Virgilio, dándonos cabal idea del talento con que el cantor de la *Jerusalem* sabia apropiarse las bellezas de la literatura clásica, sin arriesgar su reputacion, ni ser tenido por descolorido copista.

Esta facultad de las inteligencias superiores, tan elogiada por los críticos franceses en sus primeros poetas, resalta aun más en el Tasso respecto de los pormenores, siendo tan frecuentes las felices imitaciones de los vates latinos, que, segun la opinion de algunos escritores, puede asegurarse que vió los objetos de la naturaleza á la luz que aquellos les prestaban. Da esta circunstancia cierta elevacion y dignidad al estilo y

lenguaje de la *Jerusalem*, convenientes en gran manera á la magestad del asunto; pero si lícito nos parece el observar que reconocen tan noble origen multitud de las bellezas de expresion que esmaltan el poema justo creemos tambien el dejar consignado que no pocas son originales del Tasso, quien pinta y describe con admirable sencillez y frescura, siendo generalmente afortunado en la eleccion de los símiles. Separar todas las imitaeiones de los rasgos originales empresa es propia de los comentaristas, quienes no han escaseado en verdad esfuerzo alguno en este linage de ensayos: á nosotros cumple solo manifestar que ya recuerde, ya invente, procura y logra siempre mantenerse á la altura de las situaciones, si bien la riqueza de imaginacion le lleva alguna vez a falsearlas con inútiles é impertinentes circunstancias. Defecto es este que exageraron los enemigos del Tasso, al aparecer la *Jerusalem libertada* y que han reconocido despues su más ardientes admiradores, hallándolo propagado á la mayor parte de los poetas del siglo XVI. «¿Quién puede gloriarse de estar exento?» (decia Metastasio, al comparar el mérito de los dos grandes ingenios, entre quienes veia dividido el campo literario). «Bueno fuera (añade) que las obras del uno estuviesen limpias de ciertos *concetti*, indignos de la elevacion de su talento; pero tambien repugnan en las del otro sus bufonías, poco decentes para un escritor ilustrado. Reconócese que en el poema del Tasso podrian haberse expresado los sentimientos amorosos de una manera menos afectada; pero lograría mayor estima el autor del *Orlando*, si los hubiese pintado de un modo menos natural. Sería no obstante el colmo de la malquerencia, de la vanidad y de la pedantería el afanarse por descubrir en estos seres luminosos algunos despreciables lunares, esparcidos entre innumerables bellezas.»

Huyamos pues la digna censura de Metastasio: el sumario exámen que hemos hecho de la *Jerusalem libertada* prueba que si este poema sólo puede ser antepuesto ó nivelado por la ciega parcialidad á las inmortales creaciones de Homero y de Virgilio, merece un lugar distinguido entre las primeras obras del arte. «Injusto seria (escribe un conienzudo crítico) preferirle entre los antiguos las producciones de Lucano, Stacio y Silio: entre los modernos, á pesar de algunos pasages sublimes de los *Lusiadas*, no puede Camoens sostener la comparacion, sin riesgo de ser vencido: Milton, más sublime aun, tiene contra si la rareza, la tristeza, en una palabra, la infelicidad del asunto: el Ariosto ha burlado con demasia en el suyo, apartándose á sabiendas de la dignidad de la epopeya: ni Francia ni otra nacion de Europa posee, finalmente,

obra alguna que pueda disputar á la *Jerusalem libertada* el galardón del poema épico: hallándose colocada inmediatamente despues de la *Iliada* y la *Eneida*, es por consecuencia el primero de todos los poemas heroicos modernos (1).»

Más adelante tendremos tal vez ocasion de completar estos estudios con el exámen de las traducciones castellanas de la inmortal obra del Tasso, reconociendo asi la influencia que ha podido ejercer en la literatura española de los tres últimos siglos.

(1) Ginguené, *Hist. litt. d' Italie*, parte II, cap. 16.

JOSÉ AMADOR DE LOS RÍOS.

UN PASEO

A LAS RUINAS DE HERCULANO Y DE POMPEYA.

Dos cosas existen en Nápoles que llaman preferentemente la atención del viajero, y que pudieran justificar por si solas la prodigiosa afluencia de extranjeros que á esta capital acude. Una de ellas es el Vesubio, sobre el que no hace mucho tiempo la *Revista de España y del Estrangero* publicó un exacto y notable artículo; la otra, son las ruinas, si así pueden llamarse de las dos ciudades que hemos nombrado al empezar estos renglones; celebradas y famosas en el día, que sus desiertas casas y sus calles silenciosas se presentan á nuestra vista como un recuerdo solemne de tiempos que pasaron; mucho menos conocidas y apreciadas en la lejana época de su existencia. Sea esto efecto de la natural propension de ciertos ánimos á dar grande importancia á lo pasado y tener en poco lo presente, ó de los motivos positivos que la maravillosa exhumacion de ambas ciudades prestan á nuestra admiracion, el hecho no deja de ser de todos modos igualmente exacto.

Este pais, que no es por cierto donde mas progresos ha hecho el movimiento que impele á los pueblos modernos hácia el fomento de sus intereses materiales, cuenta, sin embargo, varios caminos de hierro, y

uno de ellos que conduce hasta Nocera, distante unas veinte millas de esta capital, atraviesa las alegres poblaciones de Porticci, Resina, torre del Greco, á las que las columnatas de Herculano sirven aun de sólido cimiento, Pagani y otras varias, pudiendo dejar al viagero á pocos pasos de Pompeya. Nada hay comparable al aspecto que presentan los campos que por ambos lados del ferro-carril se estienden.

Su extraordinaria fertilidad les permite dar casi simultáneamente tres cosechas, y en un mismo término obsérvanse espesos trigos ó maizales, árboles frutales y pujantes parras, cuyas ramas entretejidas con las de los árboles inmediatos forman vistosos pabellones. Esto no obstante, tal es la calidad de aquellos terrenos y lo esmerado de su cultivo, que dejan rara vez de acudir al labrador con un cuarenta por uno; mientras que los mejores de nuestra Castilla destinados tan solo á los cereales producen difícilmente la mitad en las buenas cosechas.

Cuando se fija un poco la atención (y no es posible dejar de hacerlo) en lo rico y variado de estos paisajes, en los encantos de su voluptuoso cielo, y se siente la influencia benigna de este clima, compréndese sin dificultad por qué la Italia ha sido y será siempre la patria predilecta de las letras y las artes, aun prescindiendo de las causas naturales que deben tambien influir en la organizacion de sus individuos, y á pesar de los obstáculos que gobiernos mas ó menos ilustrados puedan oponer á su desarrollo. Embebidos en estas y otras consideraciones de igual naturaleza, atravesamos las deliciosas casas de campo de Porticci, punto de reunion de la alta sociedad en el otoño, y llegamos en pocos minutos al pueblecito de Resina, bajo cuyas casas yace en parte Herculano, circunstancia lamentable, puesto que á ella debemos que sus excavaciones se hallen desgraciadamente interrumpidas.

Las laboriosas investigaciones de algunos eruditos apoyadas sobre varios pasages de escritores antiguos, no habian sido bastantes para acertar con su situacion verdadera, y la casualidad vino tambien esta vez para mortificacion de nuestro orgullo en auxilio de la ciencia.

Un pobre labrador cavando un pozo en el sitio que ocupa el teatro, fué la causa de un descubrimiento que habia de llenar de admiracion á la Europa culta, suministrar nuevos materiales á la historia y producir una especie de revolucion en las artes, puesto que la imitacion de los numerosos objetos de tan inesperado modo exhumados, generalizóse desde entonces y se hizo en extremo frecuente.

Empezáronse flojamente las excavaciones en el año 1744, y á pesar de haber tenido ya lugar por entonces la estraccion de interesantísimos

objetos, continuaron punto menos que abandonadas, hasta que en 1738 el rey Carlos III comenzó á darles un nuevo y mas poderoso impulso. El verdadero y formal descubrimiento de la ciudad de Herculano puede, pues, decirse que data desde esta última época. Que su fundacion sea debida á Hércules, como algunos eruditos pretenden estribando la mayor fuerza de sus argumentos en la analogía de los nombres, ó que sea mas pobre y humilde su linage, asunto es que no juzgamos de la mayor importancia, ni su dilucidacion propia de un artículo de esta especie. Creemos que el lector se contentará con saber que existia ya en los primeros tiempos de la república romana, que los griegos fundaron en ella una colonia, y que sitiada por los romanos que no tardaron en someterla, conservóse constantemente en su poder, hasta que un suceso para nosotros felicísimo, vino á sepultarla. Cual haya sido este es cuestion que no se halla completamente resuelta, puesto que graves inconvenientes pueden oponerse á la opinion mas generalmente admitida, á saber: que las lavas y cenizas producidas por la horrorosa erupcion acaecida en el año 79 de nuestra era, de la que Plinio el Joven nos ha trasmitido tan circunstanciados y preciosos pormenores, contó en el número de sus estragos el soterramiento de estas dos insignes ciudades.

En efecto, las observaciones geológicas hechas modernamente, suministran indicios fuertes contra este dictámen, cuyo mayor apoyo por otra parte, ha sido hasta aqui, y aun continúa siéndolo un respeto exagerado por la historia. Pero ni aun en este terreno quieren darse sus contradictores por vencidos, y fuerza es confesar que no carecen completamente de valor los argumentos que aducen. Plinio el Joven que dedica á Tácito una larga carta refiriéndole la dolorosa pérdida de su tío, víctima de su inconsiderado amor á la ciencia y de las iras del Vesubio; Plinio el Joven que desde el cabo Miseno observaba tambien las diversas faces de aquella erupcion espantosa, y que con tan vivo colorido numera sus estragos, ni una palabra dice de los dos pueblos que nos ocupan; y solo Dion-Casio que escribió cien años despues su historia romana, sienta una opinion que á la sombra de su autoridad, y acaso sin el suficiente exámen, ha sido posteriormente propalada. Las fábulas por otra parte con que este historiador mezcla su narracion, como cuando dice que estrañas y gigantescas figuras vagaban por el espacio la noche que precedió á aquella erupcion famosa, que un rumor de trompas que de las entrañas del Vesubio salia habia difundido el espanto por las poblaciones comarcanas, y otras patrañas por el mismo es-

tilo, prueban al parecer de un modo convincente, que no es su simple aseveracion en la materia uno de aquellos argumentos que cierran todo lugar á la duda.

El espesor de las materias que hoy dia cubren á Herculano es nada menos que de 60 pies, volúmen escesoivo para haber sido de una sola vez acumulado, y entre las diversas capas que lo forman, y que hacen subir hasta nueve los geólogos, solo la quinta afirman que pueda haber ido á parar allí por medio de una erupcion volcánica.

Pero por bajo de estas capas encuéntranse otras cuatro que de ningun modo admiten como de la misma procedencia, y que habian ya bastado y aun sobrado para sepultar la ciudad, á escepcion de las últimas graderias del teatro colocado en la parte mas elevada de ella. Es cierto que se han hallado rollos de papiro carbonizado que constituyen hoy uno de los tesoros mas preciados de este real Museo, y que carbonizadas están tambien las vigas y maderos que forman el amazon de algunas casas; pero la fuerza de semejante argumento cae completamente por tierra cuando se sabe que este efecto puede muy bien ser producido sin el auxilio del fuego, y bastando para ello el que tales objetos hayan estado soterrados durante un largo espacio de tiempo y mayormente si han recibido el contacto de aguas que se hallasen mas ó menos impregnadas de ácido sulfúrico. Así se han observado bosques enteros sepultados por los aluviones, transformados en carbon completamente; siendo ademas una opinion acreditada entre las personas de la ciencia, no ser otra cosa el carbon fosil mas que una sustancia vegetal. El fuego por el contrario hubiera con mas probabilidad reducido á cenizas los papiros y hecho desaparecer completamente los innumerables objetos que han sido por fortuna conservados y entre los que se cuentan hasta legumbres, frutas, pan, etc., etc. Los geólogos y naturalistas concluyen pues de estas razones y de otras varias que omitimos por no hacer este apunte sobradamente prolijo, que el soterramiento de entrambas ciudades no pudo tener otro origen que el de uno ó mas inmensos aluviones que arrastrasen en su curso las materias volcánicas que el Vesubio ha depositado y esparcido por sus inmediaciones, asi como otras no volcánicas de que tambien se hallan cubiertas. No de otra suerte ha perecido en nuestros dias el pueblo de Gasalonga, inmediato al famoso monasterio de la Cava, y en la antigüedad las ciudades de Baia y de Puteolum, donde aun se conservan hoy dia en pie y como desafiando á los siglos de que parecen el emblema, los restos magestuosos del templo de Serapis y otras ruinas notables.

Destruída la opinion que suponía la catástrofe que nos ocupa producida por las encendidas lavas y cenizas arrojadas en la erupcion del año 79 de nuestra era, tocaba á sus contradictores indagar la época en que pudo haber tenido lugar. Séneca escribe, y lo refieren tambien otros autores, haberse verificado en su tiempo un fuerte terremoto que ocasionó grandes daños en estas dos desgraciadas poblaciones, y en Pompeya particularmente obsérvanse todavía señales que así parecen plenamente confirmarlo. Hemos visto poco antes además que Dion-Casio, que escribió en el último tercio del siguiente siglo, es el primero que habla de la destruccion de entrambas ciudades, y pues que así confundió la causa que la produjo, es de suponer que semejante suceso hubiera tenido lugar con bastante anterioridad á su tiempo. Pero lo que puede añadir nueva luz á la materia es una curiosísima circunstancia que puede observarse en varios puntos de Pompeya, y mas claramente en la calle de los Sepulcros. Hállanse en ella apoyados todavía contra las paredes varios fragmentos arquitectónicos con prolijas y elegantes labores, y que presentan claras señales de haber pertenecido á edificios que el terremoto que Séneca refiere debió haber destruido; y á su lado véanse otros pedazos de la misma piedra, en los que se observan idénticos dibujos aunque no del todo concluidos, con lo que se conoce que los habitantes de Pompeya trataban de reparar los estragos de la primera catástrofe, cuando otra mayor y mas completa vino á hacer inútil su trabajo y á ofrecer una nueva prueba de la vanidad é insuficiencia de la prevision humana.

Resulta, pues, de aquí que el suceso que nos ocupa debió acaecer de todos modos poco despues del ya citado terremoto, y por consiguiente en la época poco mas ó menos que hasta ahora le habian asignado; circunstancia que podría conciliar en nuestro concepto ambas opiniones, no viendo graves inconvenientes en admitir que un aluvion, si, pero un aluvion producido por la erupcion famosa de que nos hemos ocupado, fué la causa de tamaña catástrofe; no siendo en verdad cosa rara que el Vesubio arroje torrentes de agua hirviendo al mismo tiempo que las demas materias que encierra en sus abrasadas entrañas. De todos modos lo mas importante es que quede fijada la época que hasta aquí se habia comunmente señalado, pudiéndonos servir para determinar hasta cierto punto cual era el estado de las artes, y lo generalizadas que se hallaban en el pueblo romano, en un tiempo en que este habia llegado al grado mas alto de su poder.

La estrella de Roma derramaba entonces por el mundo sus mas vi-

vos resplandores, y estaba aun lejos el día en que la caída de aquel coloso, semejante á los héroes de Homero, debía hacer estremecerse la tierra que por tantos años lo habia sustentado. Fatigado de conquistas, y lleno el orbe de su gloria, Roma gozaba tranquilamente del fruto de sus victorias; y las inmensas riquezas de sus patricios allegadas del mundo entero y generalizadas en extremo, hicieron brotar por todas partes teatros, circos, templos y otros monumentos que aun con justo titulo nos admiran, ya que no podian emplearse en empresas industriales que aquella época desconocia, y que tan poco en armonía se encontraban con las ideas en ella dominantes. Así veremos en los dos pueblos que vamos á recorrer, ambos de no grande importancia en la antigüedad, edificios de inmenso coste, de puro gusto, y de los que aun bajo este solo aspecto, podrian gloriarse justamente las primeras capitales de nuestros días.

Apenas llegados á Resina apoderóse de nosotros uno de esos guías que por toda Italia pululan, conocidos con el modesto titulo de *Ciceronis*, y que tienen el raro privilegio de referir con un admirable aplomo los sucesos mas inverosímiles y absurdos. Acompañados, pues, de este inevitable personage, bajamos la estrecha escalera que conduce al teatro, habiendo encendido previamente las velas de cera que debian alumbrarnos en aquella nueva catacumba. La existencia de la poblacion á que el teatro sirve de cimiento, no ha permitido ponerlo á descubierto, ni dar en lo interior la suficiente estension á las excavaciones, habiendo sido preciso dejar algunos puntos obstruidos, y establecer nuevas entradas y salidas, que le hacen asemejarse á un verdadero laberinto. Pero aun en este estado obsérvase perfectamente su forma, su distribucion, sus dimensiones, y la imaginacion suple con facilidad lo que no pueden ver los ojos. Recorrimos parte de sus corredores, cuyas paredes se hallaban, y aun se hallan en algunos puntos revestidas de bruñidos mármoles, subimos por aquellas graderías en las que tantas veces se habia sentado el pueblo de Augusto, Neron y del gran Tito; entramos en el gran palco espacioso y casi intacto del procónsul ó gobernador de la villa, en donde se encontró la elegante silla curul de bronce que hoy se admira en el Museo, y nuestro pecho se sentia oprimido y nuestra imaginacion se espaciaba en un mundo de recuerdos. Entramos tambien en el proscenio, de una anchura considerable, y casi el doble de la que tiene el del teatro de San Carlos, uno de los mayores de Europa. El fondo lo forma una fachada sencilla, adornada con varias columnas, lo que constituia, como es sabido, la única decoracion en aquellos tiempos

conocida. Allí habian resonado hacia diez y ocho siglos los versos de Plauto y de Terencio, y allí tambien un gran pueblo divertíase y se regocijaba confiadamente la vispera del dia que debia dejarle sin patria, sin hogar, y á algunos sin familia. Asi es la vida.

En la parte anterior del proscenio hállanse unos nichos semicirculares que se suponen destinados á los músicos, y á entrambos lados de él encontrábanse las dos estatuas de los Balbos, que figuran hoy tambien en el Museo como la mayor parte de los objetos estraídos. Detras se encuentra una especie de aposento que nuestro guía calificó, no sabemos si con razon ó sin ella, de vestuario, y en cuya pared revestida aun de la materia que lo hubo soterrado, vése la impresion perfectamente señalada de un cuerpo humano, que el *lapilo*, reducido por el agua á un estado de pasta, pudo formar pasando por encima de algun busto, ó acaso mas bien de alguna de las máscaras que usaban los histriones, puesto que tan solo el rostro ha quedado señalado.

Lo que nos restaba ver en Herculano era una calle que conducia antiguamente hasta el mar, hoy retirado como una milla de la ciudad, y algunas casas en peor estado que las de Pompeya y que no presentan con respecto á estas ninguna particularidad notable. Es de deplorar que los demas descubrimientos que se han hecho haya sido necesario soterrarlos nuevamente por creer que asi lo exigia la seguridad de las poblaciones que se hallan sobrepuestas, y que no nos sea dado á nosotros admirar el foro, dónde los romanos desplegaban toda la grandiosidad de su arquitectura, y entre otros varios edificios, la soberbia casa llamada de los Papiros, por ser en ella donde se encontraron encerrados en varias cajas de forma cilindrica 800 rollos ó volúmenes de que hemos hecho poco antes mencion, y que la ciencia moderna ha conseguido desenvolver y descifrar en gran parte, á pesar de hallarse completamente carbonizados. De esta casa fué tambien estraída la estatua célebre de Aristides, y solo en su espacioso patio rodeado de numerosas columnas de mármol blanco, encontráronse quince estatuas de bronce que servian para adornar dos grandes fuentes, cuyos recipientes ó pilones estaban revestidos de mosaicos.

Lujo sorprendente en un pueblo no de la mayor importancia, y que sirve para darnos una idea de lo que podian ser las casas de los Luculos, Poliones y otros personajes cuyas riquezas tanto nos ha ponderado la historia. De Herculano, pueblo de mucha mayor consideracion que Pompeya, han sido estraídos los objetos de mas precio y de todos géneros que hoy forman la sin par coleccion de este Museo; y no cesaremos de

deplorar que no se ocurra el medio á algun entendido arquitecto de establecer un sistema de escavacion que conciliase la seguridad de las poblaciones que se hallen en la parte superior, con la continuacion de unas investigaciones de que tantas riquezas podríamos todavía prometernos. La Italia debe saber sobradamente el partido que saca de los tesoros de que la ha hecho la antigüedad depositaria, para que así descuide la esplotacion de objetos que pudieran doblar el número, ya tan considerable, de extranjeros que acude constantemente á rendirle el tributo no solo de su admiracion sino de sus riquezas.

Visitado Herculano, encaminámonos á Pompeya, descubierta por efecto de otra casualidad en el año 1748, y que yace en gran parte bajo una capa de *lapilo*, cuyo mayor espesor es de ocho á diez pies. Durante esta corta travesía fuimos repasando en nuestra memoria las infinitas vicisitudes por que la humanidad habia pasado, los trastornos, guerras y desastres de todo género que la habian afligido en el espacio de tiempo que las ruinas á que nos dirigíamos y las que acabábamos de dejar representaban; y al reflexionar al mismo tiempo sobre tantos imperios acabados, tantas ciudades destruidas y tantos grandes hombres de quienes queda apenas la memoria, una multitud de ideas tristes asaltaban nuestra mente. El hombre ha sido en todos tiempos desgraciado, nos decíamos, y las huellas que ha dejado en la historia, hallanse harto frecuentemente regadas por su llanto. Anduvimos algunos pasos mas, y nos encontramos en la calle de los Sepulcros, situada á la entrada de la ciudad, como es sabido era costumbre entre los romanos. Los viajeros y transeuntes podian de ese modo al echar una mirada sobre aquellos fúnebres monumentos, y al leer las inscripciones en ellos colocadas, inspirarse de profundas y severas ideas, y recibir altas lecciones de moralidad y virtud. A entrambos lados de la calle, vése una larga série de sepulcros, la mayor parte completamente intactos, todos de piedra, y muchos de ellos notables por su grandiosidad y elegancia. El pueblo romano es uno de los que mas han sabido honrar la memoria de los muertos, y á esta costumbre, tan propia para excitar una emulacion noble y generosa, se debió en gran parte segun Polibio, la superioridad que por tanto tiempo obtuvo sobre sus enemigos. Consérvanse en algunos de estos monumentos curiosos, bajos relieves representando los combates de gladiadores que precedian á veces las exéquias, varias alegorias de la muerte, sacrificios, etc. etc. Algunos de ellos encuéntranse vacíos, en otros véense todavía urnas cinerarias; vasos lacrimatorios, huesos y varias monedas con las que las almas debian de pagar su

pasaje al terrible barquero del Averno. La calle presenta una regular extension, se halla perfectamente enlosada con anchos pedazos de lava, en los que la huella de los carros está aun profundamente señalada, y de trecho en trecho se encuentran los *sediles*, bancos semi-circulares donde los vivos descansaban al lado de los muertos. Inmediato al sepulcro llamado de Diómedes, se observa el *silicornium*, lugar donde los parientes y amigos del difunto se reunian y celebraban un banquete en su memoria, y aun se ven en él la mesa, los asientos ó lechos en su derredor, y los restos del altar en que se hacian los sacrificios á las divinidades infernales.

En la estremidad de la calle está la puerta de Herculano, una de las cinco que hasta ahora se han descubierto, y á la derecha de ella una garita, donde se halló el esqueleto de un centinela, su casco y lanza. Aquel infeliz murió víctima de la disciplina, á la que es sabido que el pueblo romano debió en gran parte sus conquistas, y este solo rasgo pudiera servirnos, á falta de otros, como una prueba del grado de rigidez á que habian sabido llevarla. Al pasar bajo el arco de aquella puerta por la que habian pasado tambien millares de hombres colocados en situacion tan diferente de la nuestra, de costumbres y creencias tan diversas y al hallarse dentro de aquella ciudad casi intacta y surgida como por encanto del seno de la tierra, siéntese uno trasportado á otra edad, la memoria que ensancha en cierto modo los términos de la vida, trae á la imaginacion multitud de recuerdos y el ánimo se queda absorto y sorprendido. Todo allí se encuentra en un estado de conservacion admirable, teatros, casas, tiendas, y al contemplar las habitaciones que han sobrevivido diez y ocho siglos á sus últimos moradores, sus pinturas, sus muebles y utensilios, siéntese una emocion estraña y le parece á uno asistir á las escenas mas íntimas de la vida de un pueblo que estamos acostumbrados á admirar desde nuestra infancia. Háse dicho que un paseo por Pompeya es mas instructivo que la lectura de muchos volúmenes de historia y poesia latinas; nosotros creemos que puede al menos ser en muchas cosas su mejor y mas útil comentario. La descripcion detallada de todo lo que contiene, seria interesante para muy pocos, enojosa para los mas y excederia con mucho los límites de un artículo.

Habremos, pues, de contentarnos con apuntar tan solo lo que juzguemos mas notable. Nos hallábamnos en la via Domiciana, y una de las primeras casas, donde entramos fué en la conocida con el nombre de Salustio, por haberse observado este escrito en su fachada. Esta casa

es una de las mas bien conservadas y mejores de Pompeya, y en ella pueden contemplarse todavía pinturas de admirable frescura, de dibujo correcto y en las que se nota un conocimiento perfecto del claro oscuro y del colorido. Además de cierta clase de adornos de sumo gusto, que domina en todas las habitaciones hasta ahora descubiertas, y que presenta una singular semejanza con las conocidas *lochas* de Rafael, véanse también en sus paredes varios pasages mitológicos, descollando entre otros el que representa á Acteon convertido en ciervo, acosado por una trahilla de perros que encarnizadamente le persiguen, y á Diana gozándose en su venganza. La figura de la diosa está dotada de la conveniente espresion, y por estas y otras muestras que tanto en Pompeya como en Herculano se han descubierto, viénese en conocimiento facilmente de que el arte de la pintura no debió ceder en nada entre los antiguos al de la escultura de quien se le supone hijo, y que los cuadros de Zeuxis, Protogenes y Apeles podrian figurar dignamente al lado de las obras mas celebradas de Fidias y de Praxiteles.

Las costumbres de los antiguos, asi como lo que podríamos llamar ciertas formas ó conveniencias sociales diferian tanto de las nuestras, cuanto su sensual y complicada mitología de la pureza y espiritualismo de la religion revelada, y asi no es extraño ver á menudo reproducidas, bien por medio de la pintura, ó bien en estatuas, mosaicos y bajos relieves, escenas repugnantes bajo el punto de vista en que nuestra sociedad se halla colocada y alguna de las cuales la administracion napolitana se ha visto obligada á ocultar á los ojos del público, encerrándolas en la parte reservada de este real Museo.

Pocos son los asuntos familiares que hemos visto reproducidos en Pompeya, poquísimos los históricos y muchos los mitológicos, sobresaliendo en particular los que mas directamente hablan á los sentidos, objeto preferente del culto antiguo. El amor, las ninfas, las gracias, las bacantes, ofrecian inagotables inspiraciones á sus artistas, como á sus poetas y véanse representadas continuamente bajo diversas formas y actitudes, las mas veces aéreas y graciosas. Nosotros mirábamos todos aquellos diversos restos del arte antiguo como una ilustracion, digámoslo así á las palabras de sus poetas, de sus filósofos y de sus oradores; apreciábamos la íntima conexion que las letras y las artes han tenido en todos tiempos, sirviéndose frecuentemente de intérpretes las unas á las otras, y nos explicábamos de esa manera por qué al renacimiento de las letras debió ir unido el empeño que caracterizó á la época en que tuvo lugar, por la exhumacion y estudio de los monumentos ar-

tísticos que debían servirle de indispensable y fecundo comentario.

La distribución de la casa de Salustio, así como la de todas las demás que hemos observado, es sencilla, y puede servirnos para conocer hasta cierto punto el modo de vivir de los romanos.

Entrase por un pequeño vestíbulo que conduce á un grande átrio en medio del cual se halla el *impluvium*, lugar destinado á recoger las aguas de las lluvias, que iban á parar desde allí á una cisterna inmediata; á los lados de este átrio se encuentran varias habitaciones, por lo general reducidas, sin ninguna comunicacion interior, y recibiendo la luz por la puerta de entrada ó por ventanas colocadas á sus lados.

En seguida éntrase en el *tablinium*, pieza de conversacion y de recibimiento, que generalmente se hallaba adornada con mayor esplendor y esmero; de allí se pasa al *peristilum*, en medio del cual habia un jardín y á los lados pequeños aposentos, y por último se llega al *tridinium*, *triclinium* ó comedor, en donde se halla colocada una mesa cuadrilonga de piedra ceñida por tres de sus lados de asientos continuados, ó mejor dicho, lechos (puesto que sabida es la costumbre de los romanos de comer recostados) quedando el otro expedito para que los esclavos pudieran servir mas fácilmente. El lujo que en sus cenas desplegaban los romanos era verdaderamente prodigioso, y sirve para darnos una idea del grado de corrupcion á que habian llegado sus costumbres, despues que una no interrumpida série de conquistas les hicieron dueños de las riquezas del mundo entonces conocido y en especial del opulento imperio asiático. Baste saber que, segun Suetonio, Vitelio inventó un plato cuyo valor equivalente en nuestra moneda viene á ser de unos dos mil duros, y en cuya composicion hizo entrar lenguas de papayos, hígados de peces raros traídos de las regiones mas remotas, y otros ingredientes mas propios para aumentar su coste que para regalar los paladares. Las mesas eran tambien á veces de marfil y de metales preciosos, y algunas se hallaban cubiertas con una sutilísima lámina de conchas de tortugas que hacian venir con este objeto del Océano Indico, y á la que llegaban á dar un brillo y transparencia semejantes á la del mas terso cristal.

En las casas de mas importancia que la que acabamos de describir, como por ejemplo las llamadas de Pansa, del Fauno y otras, antes del tridinio hallase otro peristilo con sus correspondientes habitaciones á los lados, y en el centro vastos estanques ó elegantes fuentes. Los intercolumnios están á veces cerrados, hasta una proporcionada altura, con una ligera pared revestida de un estuco en extremo consistente,

cuya composicion nosotros no conocemos, y que era de muy comun uso entre los romanos.

Esta pared servia para sostener una línea continuada de tiestos y jarrones de balsámicas flores, y á veces en medio del perístilo hallábase tambien otro jardin. La naturaleza tenia siempre una buena parte en las producciones de todo género de los antiguos, y su sistema de arquitectura les permitia gozar mas que nosotros de su variado y aqui siempre apacible espectáculo.

En el perístilo suele generalmente encontrarse una especie de altar ocupado por la divinidad, cuya cualidad dominante mas en armonía se hallaba con los gustos y pasiones del dueño de la casa, lo que no obstaba para que tributasen el mismo culto á los lares y penates cuyas imágenes colocaban por lo comun en las alcobas. Las casas no tienen generalmente mas que uno ó dos pisos, aunque se han hallado algunas, entre otras la llamada de Diomedes, que cuentan hasta tres, repitiéndose en todas la misma distribucion con muy pocas variantes. No decimos que esta sea la mas cómoda, ni que pudiera ser la mas á propósito para satisfacer el gusto ni las exigencias modernas, pero si que presenta un conjunto grandioso y uniforme, que lo severo y rico de los muebles y adornos con que sus habitaciones se hallaban decoradas debia aumentar grandemente.

Al considerar el número de estatuas estraídas de ambas ciudades, multitud de objetos de todos usos y materias trabajados á veces con un esmero y gusto notables, los mosaicos que forman el pavimento de las casas mas miserables, la profusion de pinturas, pórticos, etc., etc., siéntese uno penetrado de admiracion hácia el pueblo que tales monumentos nos ha legado de su saber y de su riqueza, y poco dispuesto á convenir con cierto autor moderno, en que lo mas grande que hay en la antigüedad es la distancia que de ella nos separa. El orgullo de nuestro siglo no se limita á exagerar el estado actual de la civilizacion, en toda la estension que puede darse á esta palabra, sino que achica y deprime cuanto se refiere á épocas que no por lo distantes podemos sin injusticia dejar de considerar bajo algunos conceptos como muy superiores á la nuestra.

¿Cuántos filósofos puede nuestro siglo oponer á Sócrates y á Platon su divino discípulo? ¿Cuántos poetas á Homero? ¿Y qué monumentos en las artes transmitiremos nosotros á las generaciones sucesivas, que valgan los muchos que el genio de los griegos y romanos ha dejado esparcidos por el mundo, y que aunque mutilados por el tiempo aun hoy

nos admiran y sorprenden? Sin desconocer nosotros los adelantos que la constante tendencia del hombre hácia su mejoramiento y progreso ha producido en diversos ramos del saber humano, creemos que la evidente desproporcion que existe entre sus deseos y sus facultades le reduce las mas veces á describir un círculo vicioso; y al considerar los brillantes rastros de las antiguas civilizaciones, las tinieblas que por algun tiempo las ofuscan, cual reaparecen y de nuevo se ocultan, la humanidad se nos representa como Sísifo, agotando sus fuerzas por levantar la inmensa mole, que cercana ya á la deseada cumbre una mano misteriosa derrumba y precipita.

En la casa del Fauno que poco ha hemos nombrado, y á la que el género de las pinturas que en ella se observan ha hecho dar ese nombre, hallánse dos cosas notables; la una es un fragmento de vidrio en una ventana, que destruye la opinion que comunmente se tenia de que esta aplicacion era desconocida á los antiguos. Es sin embargo indudable que su uso se hallaba poco generalizado, y esta circunstancia como observa muy bien Th. Hope en su Historia de la arquitectura, parece haber influido no solo en el sistema de construccion de aquel tiempo, sino hasta en los hábitos domésticos de los antiguos. La luz del sol, dice, no podia penetrar en sus aposentos sin esponerlos en gran parte á las inclemencias del cielo; para ellos el interior de sus habitaciones debia ser la noche, el exterior el dia, y de ahí el que adoptasen el foro ó la plaza pública como lugar mas á propósito para sus asuntos y transacciones diarias, consagrando la noche al estudio, á la comida, á las reuniones íntimas, y á todas aquellas ocupaciones en fin que mas particularmente reclaman el hogar doméstico.

La otra particularidad de que hemos hablado al nombrar la casa de que nos ocupamos, es el soberbio mosaico que formaba el pavimento de una de sus habitaciones, y que hoy se encuentra en el Museo. Representa la batalla en que Alejandro destruyó el temible poder de los persas, hizo prisionero á su monarca y obtuvo por precio de su victoria uno de los imperios mas vastos y opulentos de que nos han hablado las historias. Vése en él á Dario subido sobre su carro, y apretando convulsivamente un inmenso arco, atributo característico de los reyes de su raza. Un fiel criado aguija sus caballos y procura ponerle en salvo sacándole de la pelea; á su lado cae traspasado por la lanza de un soldado macedonio uno de sus primeros caudillos, á juzgar por la riqueza de su traje y por la dolorosa espresion con que el monarca le mira dar su postrimer aliento; y el héroe de la Grecia montado sobre un vigoroso cor-

cel, agita á la cabeza de sus falanges su formidable espada, y arrolla y deshace cuanto encuentra. La expresion de las principales figuras, lo complicado de su composicion, lo correcto del dibujo y todos los demas accidentes que en él se advierten, hacen de este mosaico una obra maestra bajo todos conceptos, y han sido origen de que sea por algunos considerada como copia de alguno de los cuadros con que es sabido que Apeles quiso asociar su gloria á la del héroe macedonio su contemporáneo y amigo. En esta misma casa hánse hallado varios vasos de bronce, brazaletes y anillos de oro, pedazos de un lecho de marfil, algunas piedras preciosas, estátuas, bajos relieves y otros objetos que atestiguan la opulencia de sus antiguos dueños.

Contigua á ella encuéntrase otra, en la que entre varias preciosidades descuella una bellísima fuente revestida de mosaico formando caprichosos y elegantes dibujos; los frescos que adornan las paredes del aposento en que se encuentra, que es el tridinio, representan apacibles paisajes, viéndose en ellos varias figuras y poblaciones medio perdidas en un horizonte pintado con inteligencia suma. La casa de baños es una tambien de las que con mas gusto y riqueza se hallan decoradas, y sin exageracion podemos decir que bajo este aspecto al menos, escede á la mayor parte de las que hemos visto en las poblaciones modernas.

La vista de los edificios privados que hasta alli habíamos recorrido, y á muchos de los cuales su sistema de arquitectura les da un aspecto verdaderamente monumental, había escitado en nosotros tan hondas impresiones, que no creíamos que estas pudieran aumentarse, ni nuestra admiracion subir mucho de punto visitando los edificios públicos. Al hallarnos sin embargo en medio de aquel espacioso foro, lugar en un principio destinado á las turbulentas reuniones en que un pueblo indomable dictaba al mundo leyes, posteriormente á sus diarias transacciones; y al considerar las aras de aquellos templos en que solo falta la sangre humeante de las víctimas y cuyas prolongadas y solitarias columnatas parecen aumentar la magestuosa calma de aquellos lugares, una nueva y mas profunda emocion vino á apoderarse de nuestra alma. El espectáculo que contemplábamos era verdaderamente de aquellos que mas fuertemente escitan todas sus facultades y que nos trasportan y subliman á vagas y desconocidas regiones. Mirábamos de un lado el Vesubio, del otro el mar, y nos hallábamos en medio de una ciudad por la que habian pasado mas de diez y ocho siglos. Las fuerzas de la naturaleza, la inmensidad, la duracion de los tiempos parecian alzarse ante nuestros ojos, y el hombre se achicaba y como que desaparecia en el abismo

de todas aquellas ideas que embargaban nuestra mente y hacían rebo-
sar una especie de religioso entusiasmo en nuestro pecho.

Los templos mas notables son el de Venus, vasto y magestuoso; el de Isis, divinidad que los romanos importaron de Egipto, y cuya está-
tua así como algunos de sus atributos se encontraron derribados en
tierra; y el Panteon, al cual sirve de ingreso un pórtico espacioso ador-
nado con dos órdenes de columnas. En el medio hay un vasto recinto
cuyo centro lo ocupan doce pedestales destinados á otras tantas deida-
des, y á los lados del perístilo véense diversas habitaciones que servían
para los sacrificadores y augustales. En un lugar mas elevado hállanse
cuatro nichos, uno de los cuales se supone que debía ser ocupado por
la estatua de Augusto de la que solo se ha encontrado un brazo susten-
tando un globo, y á su lado se halló la de Livia, célebre por su hermo-
sura y por el ascendiente que obtuvo sobre su marido. Véense ademas
de una parte y otra altares y grandes macizos de mármol donde se de-
positaban los instrumentos que servían para los sacrificios, y se hacia
pedazos la carne de las víctimas que los sacerdotes repartían en seguida
entre el pueblo.

Contiguo al templo de Isis, hállanse los tribunales decorados con
varias estatuas de varones eminentes, y no lejos de ellos la Basílica,
donde desde un lugar elevado los magistrados anunciaban sus senten-
cias al pueblo, que las escuchaba esparcido por los vastos pórticos de
aquel magestuoso edificio. Debajo del lugar destinado á los jueces há-
llase la prision, desde donde los infelices que en ella gemían podían es-
cuchar el fallo que debía decidir de su suerte. En ella se hallaron varios
esqueletos, y á uno de ellos hubo que arrancarle los hierros que todavía
oprimían sus huesos carcomidos.

Faltábanos por ver el circo y los teatros; el primero se halla á algu-
na distancia de la parte de la ciudad hasta ahora descubierta, y las ca-
lles que conducen á los segundos son de mas que regular anchura,
bastante derechas, y están provistas de cómodas aceras que presenta-
rán como una cuarta de elevación.

Madrid no las ha tenido de esta forma hasta hace pocos años, y aun
hoy día se ven privadas de ellas diversas capitales. En Pompeya ademas
obsérvanse algunos trozos embutidos con menudos pedazos de mármol
de diversos colores, formando groseros mosaicos, que es de suponer
fuesen mas esmerados y perfectos en pueblos de mayor importancia, y
que de todos modos revelan un lujo á que no sabemos que ninguno de
los modernos haya llegado.

De los dos teatros que existen en Pompeya, uno se supone destinado á las representaciones cómicas, y el otro de mucho mayores dimensiones y capaz de contener veinte mil almas, al género mas elevado de la tragedia. En uno y otro las investigaciones del arqueólogo ó del anticuario serian completamente inútiles; la imaginacion suple sin ningun esfuerzo los pocos estragos que el tiempo ha hecho, y nada mas fácil que practicar en ellos las escasas restauraciones que serian necesarias para volverlos á su primitivo estado. La tragedia antigua tendria de ese modo un lugar en que manifestarse si no mas digno mas adecuado al menos que los teatros de París y de Londres, donde ha sido en estos últimos años representada con un celo y fervor laudables, y que es lastimoso no ver siquiera imitados por países á quienes ligan con la antigüedad vínculos mas estrechos, y depositario mas que otro alguno de sus tradiciones.

Los asientos se hallan dispuestos á manera de gradas, estando destinados los primeros, mas anchos y espaciosos y que es de suponer cubriesen elegantes cojines, á los senadores, magistrados y patricios; los segundos á la plebe, y los últimos, divididos en varios compartimientos á la manera de nuestros palcos, á las mugeres, division que no existió hasta el tiempo de Escipion el Africano, segun Suetonio nos refiere.

Vénse tambien varias de las cavidades en donde se hallaban empujados los grandes cepos que servian para sostener el *velarium*, especie de toldo que preservaba á los espectadores del ardor del sol y de la lluvia y que llegó á hacerse objeto de tan escesivo lujo, que se nos cuenta que en Roma, Neron mandó hacer algunos de púrpura, sembrados de estrellas de oro, en cuyo centro se hallaba él representado sobre un carro tirado por los caballos del Sol.

Lo que nos es mas difícil adivinar es el medio de que los histriones se valian para dar á su voz todo el volúmen y estension que aquellos vastos recintos requerian, y solo algunos suponen, no sabemos si con datos suficientes, que se colocaban en la boca ciertas planchas de acero propias á aumentar su sonoridad. Hánse encontrado algunos billetes de hueso de forma circular que se conservan en el Museo, y en los que se ven de un lado un número debajo de una inscripcion griega, y del otro la figura del teatro trazada groseramente.

El estado de conservacion en que el anfiteatro se encuentra, no es menos perfecto, y al contemplarlo viénense naturalmente á la imaginacion los sangrientos juegos, cuya ferocidad, toda la dulzura que una

civilizacion adelantada produce en las costumbres no fué capaz de desterrar, y de los que solo pudo purgar á la tierra la única religion que ha penetrado íntimamente en la parte moral del hombre, y fortificado sus mas nobles y elevadas facultades. Y esto nos induce á considerar una de las diferencias esenciales entre la civilizacion antigua y la moderna.—Los romanos semejante en esto á los griegos, no se representaban á sus dioses como seres morales y perfectos, dotándolos por el contrario de todas las miserias y flaquezas humanas, y ensalzando de este modo pasiones que el cristianismo posteriormente ha depurado ó proscrito.

De ahí esa inmensa inferioridad moral en que respecto al nuestro su estado social se encontraba, y de la que se resienten aun sus primeros filósofos; cuyas máximas, por otra parte, privadas de una sancion sobrehumana, ni podian ir revestidas de la autoridad necesaria para imponérselas al pueblo como precepto, ni generalizarse lo bastante entre sus individuos.

Por lo demas, no hay duda que las condiciones de su gobierno que tanto facilitaban el desarrollo de los caractéres, eran sùmamamente favorables al adelantamiento de las artes que amaban con extremo, y en las que, no menos que en las letras, nos han trasmitido tipos difíciles de sobrepajar, bellos como la naturaleza que los inspiraba, y como ella tambien inmutables y eternos. Su legislacion, ciencia que reasume en gran parte el saber de un pueblo, al mismo tiempo que retrata sus costumbres, ha sido justamentente llamada en muchos de los puntos que abraza, la razon escrita y aun se estudia en las escuelas; y no pocos de los conocimientos que poseian, y algunos de los cuales han naufragado en el calamitoso trascurso de los siglos podrian bastar seguramente para humillar un tanto nuestro orgullo.

Ocupados en estas reflexiones llegamos á la estacion del camino de hierro, distante un buen trecho del anfiteatro, á la sazón en que acababan de llegar tambien los convoyes de Nocera. Un satánico silbido volvió á poner en movimiento aquella imponente máquina que se arrastró al principio lentamente y con un ruido agudo y penetrante, adquiriendo á poco tal velocidad que nos creimos conducidos por una legion del infierno, viniéndonos tambien á las mientes las fantásticas cabalgaduras en que Goethe trasporta á Fausto y su siniestro compañero á las escarpadas cumbres del Brocken, donde las brujas y los espíritus celebran su fiesta.

Al considerar durante esta brevísima travesía, que solo una docena

de hombres se encuentran actualmente trabajando en Pompeya, y que las tres cuartas partes de la ciudad se hallan todavía sepultadas, acordámonos de lo que pocos días antes habíamos oído á una persona entendida, á quien dolía no menos que á nosotros tan vituperable abandono. Si Pompeya, decia, hubiese existido en el territorio de la Gran Bretaña, sus ruinas estarían no tan solo completamente descubiertas, sino que se hubiera inventado algun medio que asegurase su conservacion, preservándolas hasta de las mas ligeras influencias atmosféricas; en Francia hubieran sido descubiertas, y lo que es mas, aumentadas; y en España.... aun yacerían probablemente bajo tierra. Apreciacion que juzgamos harto característica, y cuya exactitud, aun en la parte que nos concierne, estamos tentados á reconocer, por mas que en ello padezca nuestro orgullo.

CAYO QUIÑONES DE LEON.

NAPOLIS 12 de junio de 1843.

EL PRINCIPE DE MAQUIAVELO.

CESAR BORGIA,

O LA ROMAÑA EN 1502.

I.

El viagero que recorre la Italia por la costa del Adriático, admira la pintoresca situacion de la pequeña república de San Marino colocada en la cumbre de un aislado monte conocido en la antigüedad con el nombre de *Titan*. Piensan algunos arqueólogos que fué el objeto de un culto particular aun antes que la mitología lo hubiese hecho mirar como uno de los puntos sobre los que apoyaron los gigantes su empresa de escalar el cielo. Cuando el cristianismo iluminó el mundo, sus primeros rayos, cual los del sol, vinieron á dar en la montaña donde un piadoso albañil colocado en el número de los santos fundó la congregacion social que lleva su nombre y que fiel siempre al espíritu de la primitiva Iglesia, ha visto pasar las edades sin participar de los dolores ni de los beneficios de sus violentas agitaciones.

En todos tiempos los habitantes de esta escarpada roca habian rechazado las agresiones temporales, que contra ellos á nombre de la autoridad espiritual habian emprendido los obispos de Montefeltre, conservando ilesa y pura su libertad. A nada daban importancia mas que á

su conservacion, siendo la condicion de su existencia política, formando su espíritu nacional. Estos cristianos exentos de ambicion, mas indiferentes á las promesas del porvenir, que á los reeueros de lo pasado, dejaban caer tranquilos las horas en la noche eterna de los tiempos.

Poníalos su pobreza al abrigo de la conquista. Los hombres poderosos tienen frecuentemente pueriles vanidades que satisfacer: los señores de la Romaña podian mirar el *Titan* como la garita de un centinela en medio de sus dominios y desear elevar su poder sobre un monte que dominaba la provincia entera. Los republicanos de San Marino no concebían tales pensamientos, y vivían en la mas completa seguridad.

El espíritu regenerador de la edad media habia penetrado aunque débilmente en la república del Titan. Una secreta inquietud se apoderaba de los ánimos, un ardor sin límites, un deseo vago agitaba la juventud siempre deseosa de novedades, parecíale así no encontrar bastante espacio para vivir sobre la montaña. Para mantenerlos en las costumbres trasmitidas de siglo en siglo los ancianos citaban las tradiciones orales de lo pasado. Se acordaban de que Guido de Montefeltre, conde de Urbino, gefe de los gibelinos en la Romaña refugiado en San Marino habia abandonado la vida aventurera de soldado para espiar bajo el cilicio las rapiñas que el espíritu de la guerra y de los partidos le habian hecho cometer. Por imponentes que fuesen tales recuerdos no podían contener á la juventud arrastrada por la fuerza impulsiva de hechos contemporáneos. Los pensamientos virtuosos que endulzan los últimos momentos del hombre encorvado por la edad no puede sentirlos lo mismo el que apenas comienza á vivir.

Aunque estraños á los sucesos de esta larga época trabajada por la guerra y la usurpacion los ciudadanos de San Marino se resintieron de su influencia: los cambios mercantiles los atraían á las ciudades de la llanura, y sencillos, crédulos y aislados, poco á poco se dejaron arrastrar á las dulzuras del lujo y seducir con la vista del oro. Pero de vuelta á la montaña al contacto de sus costumbres comprendían la inutilidad de los vanos objetos que habian tan vivamente excitado su atencion, tal vez tambien el peligro de usos políticos pero engañadores, dejaban de sentir deseos nuevos importunos, y cuando en medio de la familia que los oía hablaban de sus largas escursiones parecían alguna vez dudar de la exactitud de su memoria.

Nada habia cambiado en esta situacion incierta cuando en el segundo año del siglo XVI César Borgia duque de Valentinois, hijo natural del papa Alejandro VI, se apoderó con rapidez de los bellos señoríos de

la Romana. Dueño de Rimini sus tropas se acampaban al pie del Titan, sin que los habitantes de su tranquila cumbre supiesen aun que la mayor parte de las ciudades que se veian como un ramillete blanco en una vasta pradera hubiesen sido reunidas bajo la ley de un solo hombre, sin que pudiesen soñar siquiera en perder su independencia.

De repente las ideas nuevas germinaron en los ánimos; los nombres de civilizacion, de renacimiento, de desarrollo de facultades humanas anunciaron la existencia de una oposicion formada contra la trasmision estéril y monótona de las antiguas costumbres. Algunos ciudadanos avanzaban aun mas, á querer ser gobernados por un príncipe, cuya noble ambicion tendia al engrandecimiento progresivo de su poder; sin embargo, los sagrados nombres de patria é independencia pronunciados con entusiasmo acallaban inmediatamente esas voces sacrilegas.

La presencia de algunos extranjeros habia producido esta súbita efervescencia sin ejemplo aun en San Marino. Bajo pretesto de conocer las instituciones de la república se habian dedicado á hacerlas mirar como antiguallas: y parecia que sentian ver en el seno de la Italia un estado tan atrasado en el camino del progreso; habian hablado á sus habitantes de ciencias, de bellas artes, de política y de industria, enumerándoles las conquistas del talento humano. La vanidad nacional se agitaba en el ánimo de jóvenes ciudadanos y los hacia vivamente desear romper las lineas de lo pasado para lanzarse en una nueva carrera. La antigua union de la gran familia no existía ya; los ancianos y los jóvenes divididos en opiniones, se reunian bajo banderas diferentes; pero en uno y otro partido el amor á la patria hacia latir todos los corazones: aqui no veian la conservacion de ella sino en la observancia escrupulosa de las tradiciones: alli creian que las innovaciones debian reanimar el principio vital por largo tiempo aletargado. Ninguno de los dos partidos pensaba en que esta cuestion suscitada inopinadamente por agentes secretos ocultaba tal vez su opresion y sus cadenas.

César Borgia en efecto, habia enviado á la montaña hombres encargados de preparar los ánimos á recibir su ley. Nunca usó de la fuerza de las armas sino, despues de haberse frustrado la de la astucia. Este príncipe que por su carácter y por sus acciones personifica él solo una época entera, (la que precede en Italia al siglo de Médicis ó de las Artes,) debia para mantener sus conquistas en la Romana no dejar detrás de él ningun asilo á sus enemigos. En medio del foco de divisiones intestinas en que en el crisol de la civilizacion se fundía el porvenir, San Marino, con sus virtudes primitivas aparecia á las miradas del conquis-

tador como una fortaleza inespugnable ocupada por cristianos de la primitiva Iglesia, conservados en su estóica sencillez por alguna hada como un resto de superstición grosera hubiera hecho creer.

Importaba á Valentinois establecer su dominación sobre un pequeño estado, cuya alta reputación de sabiduría influía moralmente sobre las ciudades de la Romaña.

Su política había trazado el mejor camino para llegar al fin y en su impaciencia hubiera deseado trepar él mismo á la montaña para arrojar en el alma de los buenos republicanos la levadura de largas controversias que llevan pronto á su ruina á las gastadas instituciones. Esperimentaba por otra parte una viva curiosidad de ver lo que hoy se llama una sociedad momia. Pensaba que no podrían reconocer bajo un modesto traje al hijo de Alejandro VI, y tal vez á la importancia que al parecer daba á esta escursión romanesca era posible agregarle otro motivo secreto y extraño á sus intereses políticos.

Si en la llanura un solo hombre arreglaba en el fondo de su pensamiento la marcha de los sucesos, en el Titan los ciudadanos movidos por un hilo invisible ofrecían el imponente espectáculo que todas las sociedades presentan á su vez cuando las ideas nuevas vienen á destruir las antiguas. En esta revolución espontánea el presente intermedio entre el pasado y el porvenir asistía tranquilamente á la lucha para colocarse en seguida al lado del vencedor. Los hombres maduros se mostraban bastante indiferentes á los debates preliminares, que en aquel pueblo sin experiencia se asemejaba á un juego nuevo. Los ancianos en la plaza pública, á presencia de los magistrados, en el santuario de las leyes, defendían con incomparable ardor lo que doce siglos habían respetado. Recitaban la leyenda del santo fundador y con la lectura del Evangelio parecían fortificarse contra los ataques del siglo: sus abellos blancos, sus modestos vestidos, su varonil apostura, la influencia moral de su edad, la pureza de su vida eran elocuentes discursos, poderosas armas; parecían rejuvenecerse con el pensamiento de combatir por la igualdad cristiana.

Las conferencias de los jóvenes ciudadanos no tenían aquel carácter legal tan marcado como las de sus antagonistas. El lugar que habían escogido para sus reuniones lo indicaba bastante: era un sitio que el terror había dejado desierto, la yerba no crecía en su suelo, y parecía cubierta de una lepra caliza, viéndose en él dos postes en cuyos extremos había dos cajas de hierro que encerraban cráneos humanos. La agitación más viva reinaba en estas conferencias, emitíanse las opiniones

con el calor y la audacia que causan las pasiones y dan los pocos años. Pero esta fuerza y esta energía de la juventud hacia sentir mas el espíritu refractario de las ideas nuevas. Todo lo que la imaginacion tiene de seductor venia á reemplazar el orden antiguo de cosas, que encerraban la vida en límites demasiado estrechos. Era necesario recurrir á las ciencias, á las artes y á la industria, manantiales inagotables de goces y de bienestar. Era necesario conquistar otras costumbres con las armas en la mano, y como locos estos jóvenes escuchaban solo un instinto secreto, no teniendo nocion alguna de las cosas que podian cambiar su posicion. El cambio era una cosa precisa para ellos. ¡Asi se anuncian las revoluciones!

Habia en San Marino un joven que por una prudencia rara á su edad se habia hasta entonces llevado bien con los dos partidos. Con los ancianos se mostraba entusiasta de la virtud que despues de tantos siglos mantenía la república pobre, pero libre, sin renombre pero tambien sin dolores. Con los jóvenes ciudadanos su corazon se dejaba llevar de las risueñas promesas de una esfera mas ancha, su ardor marcial revelaba el encanto que tendria para él la idea de una batalla; se creaba fantasmas sobre las grandes palabras que servian de reunion á sus compañeros de edad. Este joven se llamaba Agosto, de unos 45 años de edad, pero habia recibido del cielo un talento precoz. En su situacion equívoca habia una cosa extraordinaria: nadie lo conocia por su familia, recién nacido se le encontró depositado sobre la tumba del santo fundador, confiado á la piedad de los ciudadanos. Sus primeros quejidos enternecieron todos los corazones; el gran consejo le habia adoptado á nombre de la patria; una muger desecha en lágrimas le presentó su pecho lleno que la boca moribunda de su hijo no tomaba ya, y Marina de la Penna, hija de una persona recomendable habiase encargado de velar por el pobre espósito, al que dió el nombre de Agosto. Educado en medio de todos, conforme iba creciendo, iba cada vez mas grangeándose el afecto general, las madres le acariciaban como á sus propios hijos y los ciudadanos se mostraban cada vez mas orgullosos de su buena accion. Tratado como hermano por sus compañeros, como hijo por los hombres, jamás habian intentado descorrer el velo de su nacimiento, y menos en hacerle sentir su desgracia. Pertenecía á la patria con tanto derecho como aquellos que alli habian recibido la vida; y como él mismo decia su familia era la mas numerosa porque se componia de todas las familias: su madre era la montaña.

Como todos los niños de San Marino, Agosto era alto, esbelto, acti-

vo, intrépido y fiero, pero aventajaba á los otros por la superioridad de su inteligencia. Siendo aun muy jóven adelantó á sus compañeros en las ciencias eclesiásticas, y en las fiestas nacionales habia recitado los cantos de la *Divina Comedia* del Dante, ó los sonetos de Petrarca. En los figurados combates á que los niños juegan, cuando luchaba con uno de mas fuerza que él, su destreza le daba la ventaja; su viva imaginacion adelantaba siempre el pensamiento un poco tardo de los de la antigua raza patriarcal, y su conducta en los momentos de indecision en que se encontraba la república demostraba su gran prudencia. Bello, gracioso, intrépido como la juventud, era sin embargo reflexivo, cual si las blancas canas del rector de San Juan *sotto le Penne* hubiesen sombreado su barba, singularidad que era preciso atribuir á sus relaciones con aquel anciano eclesiástico que le habia empleado en copiar los comentarios, sobre la moral de Aristóteles, por Juan de Gili, ciudadano de San Marino á quien su aficcion á las letras habia llevado á la corte de los señores de Urbino y de Rimini. Pero la ciencia daba al jóven un brillante barniz sin perjudicar por eso la enérgica sencillez de la educacion que todos recibian en la montaña, educacion basada en el trabajo y en la oracion.

II.

María de la Penna trenzaba sus hermosos cabellos con mas cuidado que de costumbre y sus miradas consultaban la placa de acero pulimentada que le servia de espejo. Los espejos de Venecia no eran conocidos aun en el Titan, el lujo consistia en algunos ornamentos de iglesia enviados de regalo por el papa Pio II. La muger que habia llenado para Agosto todos los deberes de una madre, encontrábase, sin querer, superior á las mugeres de San Marino por una circunstancia bien rara en esta montaña. Habia viajado. Educada desde la infancia por su tio Giovanni de la Penna que hacia poco tiempo habia muerto rector de la universidad de Padua, le habia seguido á Pisa donde el amor de las ciencias conducia á este sábio. No sin asombro se vió en la gran ciudad á los habitantes de la pequeña república ofrecer por la forma y sencillez de su trage, la simplicidad de sus discursos y la rectitud de sus pensamientos un contraste pintoresco con el lujo de sus ciudadanos y las es-

tudiadas pretensiones de su lenguaje. En esta época la reunion de sabios componíase en su mayor número de miembros del clero que no rechazaba á ninguna persona, fuese el que fuese su origen; el genio y el talento por sí mismos y de derecho se colocaban á la cabeza de la sociedad para llenar su mision de dirigir las masas. En el palacio de los pisanos el ciudadano de San Marino con su capa de lana oscura y su alto calzado de monte atado por una grosera correa habia impuesto el mismo respeto que si llevase suntuosos vestidos. Su sobrina con su hermoso pelo negro trenzado sobre su cabeza como una corona de condesa prendida de un velo blanco, con su falda de paño burdo corta, su corpiño de escarlata encantaba por su natural gracia en medio de las ricas damas que arrastraban largos vestidos de terciopelo de Génova ó brocado de oro adamascado de seda. Sin embargo á pesar de este contacto Marina habia permanecido sencilla, y de vuelta á la montaña quiso encargarse de la educacion del hijo adoptivo de la patria. La simpatía que demostraba hácia él era un sentimiento que no admiraba á nadie y Agosto la pagaba con su cariño y agradecido respeto los cuidados y amor de una verdadera madre, cuyo nombre merecia teniendo el alma de tal.

Marina consultaba al espejo, pero no encontró ya en él lo que en otro tiempo la embellecia sin saberlo. Su mirada se dirigió hácia Agosto que se hallaba á su lado; contempló con una especie de placentero orgullo la hermosura del jóven y su frente elevada que coronaba una reluciente y espesa cabellera. El suspiro de pesar que se formaba en el pecho de la muger espiró antes de nacer, cuando sus ojos entristecidos se apartaron del fiel acero para fijarse sobre Agosto para analizar sus facciones dulces, nobles, pero contraídas por una espresion salvaje; olvidó sus mas hermosos dias por él, y no vió mas que el ángel cuyos primeros pasos habia dirigido. Acababa de pasar por la imaginacion del jóven una de aquellas graciosas imágenes dulce recuerdo de aquellos hermosos dias.

—¿Por qué quieres detenerme? decia con un aire de impaciencia, ya deberia estar sobre los picos para contar las once ciudades, para ver el mar teñido de púrpura con los últimos reflejos del sol, y los puntos blancos de la otra orilla.

—¡Pobrecillo! respondió con un reprimido suspiro, contar las once ciudades, ver el sol reflejarse sobre las ondas y jugar con las fantásticas crestas de la Dalmacia no son ya diversiones de tu edad, di mas bien, que quieres reunirte con todos esos jóvenes locos que armados con palos claveteados envidian las costumbres de la llanura. ¡Ay! ¡no

saben lo que desean! al que es virtuoso, ¿qué le falta para ser feliz?

—Pues bien, si, querida Marina, quisiera estar en medio de ellos; pero para tranquilizarlos, para hacerles conocer aun esta virtud de los tiempos antiguos que desprecian hoy. Verdad dices, no tengo ya edad para permanecer ocioso, ó ir saltando sobre los precipicios: quiero, debo ser útil á la patria... déjame salir, iré á la plaza al lado de los venerables defensores de nuestra libertad.

—¡Patria, libertad! que bien grabadas tiene esas palabras!

—Son las primeras que mi boca ha pronunciado, las únicas que hacen latir mi corazon.

—¡Desgraciado, cuyos solos parientes son el misterio y la compasion!

—No, no, todos los ciudadanos son mis hermanos en esta gran familia.

—Quédate aqui, Agosto, quédate. ¿Piensas acaso que los ancianos fijan su atencion en tí en sus graves conferencias?

—Sin duda, yo les esplico lo que quieren los jóvenes ciudadanos: yo trato de hacerles comprender que seria posible introducir algunas innovaciones sin comprometer la independendencia de la república.

Nada respondió, empero estrechó entre sus manos la cabeza de Agosto, miróle afectuosamente, estampó un beso sobre la osada frente del jóven, añadiendo despues con dignidad:

—¡Ya tiene quince años!

Enseñándole entonces una imágen de la Virgen, Marina dijo al jóven tratando de contener el llanto que humedecia sus párpados:

—En nombre de la Madre de Dios, hijo mio, concédeme algunos momentos aun. Espero un huésped, un extranjero: quiero confiarlo á tu cuidado... Esta santa imágen que conoce todos los pensamientos, Agosto, me la dieron en la llanura, en una de esas ciudades que brillan en el seno de la civilizacion. Sin embargo, he abandonado sin pesar la gran ciudad, para volver á mi pobre montaña. ¡Ay! Mira como la Virgen tiene fija su vista en nosotros, oremos ante ella, hijo mio, la oracion calma las agitaciones del alma, y la da valor.

Arrodillóse delante de la santa imágen, inclinó su frente hasta el suelo, y el jóven enternecido, sin conocer la causa, la imitó con piadoso recogimiento.

En aquel momento llamaron suavemente á la puerta. Palideció Marina, y un hombre embozado en una capa de color sombrío entró en el cuarto. Este hombre parecia de elevada clase y á poco que se le exa-

minase con gran atencion descubriase en él un aire de grandeza y magestad. Sin embargo, era de mediana estatura, sus facciones no tenian nada de notable, su andar era brusco; pero la espresion singular de su mirada y cierto movimiento de cabeza producian al primer aspecto algo que causaba miedo; mas tarde la seguridad de su apostura y la energia de su gesto, contribuian sobre todo, á aumentar el temor que ocasionaba su presencia.

Marina se adelantó á su encuentro.

Por afable que fuese la sonrisa del extranjero su mano al estrechar amistosamente el brazo de la jóven la detuvo á una respetuosa distancia.

—Os reconozco muy bien, la dijo con acento frio y casi severo.

Su mirada fijóse entonces sobre Agosto: un movimiento de sorpresa y de placer agitó sus facciones; pero prontamente reprimido vino á perderse en la ordinaria movilidad de su rostro. Desembozóse el extranjero y se sentó. Segun la moda de aquel tiempo llevaba un justillo de un color vivo y en un cinto de piel de búfalo un puñal de una forma particular.

—Ven, dijo al jóven haciéndole señal de que se le aproximase, ven mi hermoso amigo, ¿te llamas Agosto? Para quince años estás muy alto y robusto.

Adelantóse hácia él Agosto, y por respuesta le dijo:

—Llevas un hermoso puñal.

—Sí, respondió el extranjero colocando una mano sobre el mango, el mejor obrero de la Romaña no imitaria semejante trabajo. Si deseas esta arma, te la regalaré mas tarde como una memoria, cuando nos conozcamos mejor.

—Te doy gracias, replicó el jóven meneando la cabeza, no sabia servirme de ella. Jamás tendré aqui deseo ni ocasion de ver brillar una hoja tan corta. En nuestra pacífica patria no conocemos mas armas que las defensivas. Nuestro acero amenaza de lejos, y bastaria este puñal para hacerme conocer que eres extraño á nuestras costumbres sino vieses tu asombro al oirme.

Amigo mio, tu lenguaje debe asombrarme en efecto. Sí, soy extranjero.

¿Un agente tal vez del obispo de Montefeltre?...

—No tomes ese aire amenazador: he nacido en otro pais.

—¿En Urbino acaso y su estenso territorio?

—El sonido de tu voz dulcifica esa pregunta y me recuerda la

union que reina entre los señores de Urbino y los hombres de San Marino. Mas largo es mi viage, he subido el Arno desde Pisa.

—¡Pisa la Sábía! exclamó el jóven, la desgraciada hermana de todas las ciudades libres..... ¡Cuántas veces me ha hablado Marina del encanto que hay en vivir en los hermosos valles que riega un rio! ¡Cuándo habla de Pisa es tan dulce su mirada!... Como ahora, mira.

Volvió la cabeza el extranjero hácia el lado donde se hallaba Marina. De pié frente á ellos, los consideraba esta con una especie de éxtasis. Un gesto de proteccion, un ligero movimiento de cabeza le fueron dirigidos, sin que ella lo notase absorta enteramente en sus recuerdos.

—¿Con qué te ha hablado de Pisa? replicó el desconocido: está bien. Cuando yo era jóven, estudiante, tambien ella me contaba allí las maravillas de su montaña, y sin ella no vendria yo así á visitar este pueblo de hombres libres sobre su escarpada roca.

—El águila coloca su nido sobre los puntos mas inmediatos al cielo.

—Sí, este monte domina toda la Romaña.

—Sus habitantes no tienen mas que dejar caer su vista para descubrir las mas grandes ciudades, añadió el jóven levantando con orgullo la cabeza.

—Debe ser un magnífico golpe de vista en efecto. Pero, mi hermoso amigo, dijo el huésped repitiendo con un poco de ironía las palabras del jóven ciudadano, ¿no me procurarás tú el placer de dejar caer una mirada sobre la Romaña? De tí reclamo el servicio de un hospitalario guía.

—Con mucho gusto, ciudadano de Pisa. No tenemos palacios que enseñaros, porque lo que nos tiene orgullosos no tienta la codicia de los príncipes.

—Estoy encantado de oírte hablar de esa manera. Me gusta, Agosto, me gusta ese noble orgullo que te hace levantar altivamente la frente. ¿No quisieras recorrer paises donde cada dia objetos nuevos se presentaran á tu vista? ¿No quisieras acercarte un poco á la corte de los príncipes? ¿El nombre de Roma ó de Ferrara, no hace latir tu corazón? ¿El traje de oro y de seda del page ó la armadura del guerrero no tendrían ninguna atracción para tu ambición?

—Te perdono ese lenguaje, respondió Agosto, no conoces aun nuestra felicidad.

—Ven, estoy impaciente por verlo todo.

—¡Ver! es poco, es necesario oír.

Y salieron juntos. No bien habian pasado el umbral de la puerta Marina dió un grito de desesperacion, algunas lágrimas asomaron en sus ojos, pero un movimiento convulsivo las detenia en los párpados. Se retorcia los brazos colocada delante del sitio que habia ocupado el forastero, devorada por amargos pensamientos proferia palabras inco-nexas, unas veces con impetuosidad, otras lentamente, parecia hallarse sumergida en una crisis de dolor ó de desesperacion.

—¡Ni una sola palabra para mí! ¡Ni una sonrisa de consuelo!—¡Todas mis esperanzas destruidas en un momento! ¡Castigo severo....justo! y por premio de tantos desvelos quiere arrebatarme á mi ternura, quiere....¡Dios mio, ayudadme! Tiempo ha que el arrepentimiento ha penetrado en mi desgarrado corazon....No, no, ¿por qué temblar? No consentiré dejar su patria, no bajará á la llanura....y él! él, yo que aguardaba hacia quince años, es así como cumple sus promesas! ¡Oh Pisa! ¡fatal viage!....todo es mentira lejos de la montaña....es necesario que no la abandone ¿qué sería de mí entonces sin esperanza para mantener mi vida?....¡qué, ni una palabra! ¡solo una mirada desdeñosa! ¡yo temblaba en su presencia!... ¡Dios mio, Dios mio! y tú, santa protectora, á la que he dedicado mi alma, dame valor.

Se sentó apoyando con violencia sus apretados puños sobre sus rodillas, fijó su sombría mirada sobre la puerta y permaneció por largo espacio en la misma postura.

III.

En el momento en que el huésped de Marina y su conductor llegaban á la gran plaza, un ciudadano de cabello encanecido y firme paso guiaba tambien por su parte á un hombre igualmente embozado en una capa. Este último, jóven aun, era de una estatura regular: su color moreno y su viva fisonomía anunciaban la superioridad de su talento, pero cierto viso de tristeza y reflexion parecia combatir momentáneamente su natural alegría. Era Nicolás Maquiavelo, ciudadano de Florencia que en lo sucesivo fué tan célebre y cuyo genio apreciado, ó desconocido, debia dar tantas lecciones á los pueblos ó á los reyes. Aunque habia preparado ya sus inmortales trabajos, aun su nombre no era

el terror de la virtud. Sin embargo, por un sentimiento secreto de importancia y de vanidad inherente á los escritores, ó tal vez por causas secretas, habia resuelto ocultar este nombre que podia pronunciarse en San Marino, sin temor de escitar recuerdos, y antes de subir la montaña, habia dejado en Rimini algunas personas que le acompañaban.

Saludáronse al encontrarse los dos conciudadanos con respeto el joven, con bondad el anciano. Los dos extranjeros se miraron con desconfianza. Hallábanse reunidos muchos ciudadanos en la plaza. Al lado de la iglesia algunos haces de lanzas groseramente labradas hallábanse guardadas por un hombre con un mosquete al hombro: una culebrina estaba colocada debajo de una tienda hecha con ramas de pino.

—Ved aquí lo que el rigor de los tiempos y la maldad de los hombres nos obliga á guardar cuidadosamente, dijo el anciano dirigiéndose á los extranjeros. Nuestro mas fiel aliado el señor de Urbino, nos envió esta arma, cuyo ruido desconoceríamos aun, si los jóvenes del país no nos hubiesen pedido como un favor el oirlo: uno solo se atrevió á ponerle fuego, y es este valiente joven.

Agosto hizo un gesto afirmativo, y su compañero satisfecho le dió un golpecito con la mano sobre la espalda.

La plaza estaba formada por un cuadro de casas casi todas uniformes, la mas vistosa era la del gobierno, pero las puertas estaban constantemente cerradas. Los negocios del Estado se trataban allí, al sol, en presencia de todos, y el sonido de la campana convocaba á los ciudadanos y á los servidores de Dios. El archivo estaba depositado en el santuario de la parroquia: á la puerta de esta administraban justicia los magistrados, pero los pleitos eran raros, porque ocupados todos en sus trabajos dormían tranquilos pensando en un porvenir pacífico y no deseando mas sino que el dia siguiente se pareciese al de la víspera. Estos detalles dados por el anciano tenían mas valor por la simple rusticidad con que los daba. Hizo notar á sus huéspedes la muchedumbre que se agolpaba á su alrededor, y los examinaba con desconfianza, porque el patriotismo les hacía mirar como un enemigo secreto, á los que no habian nacido sobre el Titan.

—Hoy, continuó el venerable ciudadano lanzando un profundo suspiro, sopla el viento de la discordia sobre la montaña: la division entre los miembros de la gran familia compromete la vieja república y la felicidad de este país.

Mostraron los extranjeros su sorpresa.

—¿Qué puede desearse mas hermoso, ni mas raro que la pacífica

existencia de esta república? respondió Maquiavelo. Habeis encontrado la solucion de un problema, que tantas naciones buscan inútilmente, una independencia que no turbará jamás la ambicion y la guerra. ¡Ah! conservad en su primitiva pureza vuestras instituciones sencillas, pero fuertes. Todas las ciudades de Italia, sobre las que la Providencia habia arrojado una chispa del fuego sagrado, que arde aquí como un faro, despues de haber salido en otro tiempo del estupor de la esclavitud, han vuelto á recaer en ella gastadas con sus agitaciones.

Estas palabras pronunciadas con noble franqueza circularon de boca en boca. Los viejos partidarios de lo pasado se aproximaron entonces con respeto al que las habia proferido, y en lugar de desconfianza le mostraron la mas risueña acogida. Guardaba silencio el huésped de Marina. Habia brillado en sus ojos una singular alegría, al oir hablar de querellas intestinas; demasiado prudente para contradecir una opinion que parecia dominar en aquel sitio, limitábase á examinar con calma todo lo que chocaba á sus sentidos. Preguntaba algunas veces á Agosto sobre cosas indiferentes, pero su aire, el acento de su voz, su continente, todo revelaba en él alguna cosa misteriosa. La conversacion de su jóven guia parecia ocupar solo su atencion. Sin embargo, cuando vió prodigar á Maquiavelo el respeto de aquellas gentes, trató de lisongearle aunque con destreza y circunspeccion, cual si tratase de procurarse un protector para una ocasion dada. Sin duda el ciudadano de Florencia guiado por un tacto seguro no hubiera dejado de concebir sospechas y aun temores sobre este extraordinario personage, si no hubiese estado enteramente ocupado en oir las relaciones de los buenos montañeses. Por otra parte el hombre del puñal se recataba mas desde que Maquiavelo le proporcionaba los medios de conocer la clase de hombre con quien le ponía en contacto la suerte. Mientras que la simpatía republicana se manifestaba entre el florentino y los ancianos del Titan con largos discursos, y grandes frases, dirigiéndose á su jóven conductor le dijo en tono cortado y rápido:

—Amigo, eres tú el solo de tu edad en la montaña, no veo aquí mas que cabezas calvas y barbas encanecidas.

—¡Silencio! respondió Agosto en voz baja, no turbes la felicidad de nuestros padres: se olvidan por un momento de la desunion que reina entre los ciudadanos.

—Así pues, la porcion mas varonil de la poblacion, continuó el ciudadano de Pisa, aquella para quien está reservado un largo porvenir soporta con impaciencia la monótona existencia, que recuerda la infan-

cia del mundo, que los poetas han llamado la edad de oro. Sé tú mismo juez, amigo mío. ¿El hombre maduro no tiene necesidades distintas de las de un niño en mantillas? ¿Las naciones envejecen como los hombres? ¿Encanta tu vista un juguete ó una espada?

—Creo que blandiría con placer una lanza, respondió Agosto, y que una coraza sentaría bien á mi talle, empero no compraria el derecho de ser guerrero á espensas de mi libertad.

—No hay vida mas gloriosa que la del soldado.

—No hay vida mas pura que la del verdadero ciudadano de San Marino.

No replicó el extranjero: sonrióse de este tono decidido, y el anciano confió al jóven el cuidado de guiar sus huéspedes al monte de la *Guaita*.

La *Guaita* significa Atalaya ó garita. Es el punto mas elevado de esta altísima montaña que rodeada de nubes casi constantemente oculta á los ojos los precipicios formados por inmensos trozos de roca desprendidos de la roca principal. Por este lado presenta á lo lejos la imágen de una torre gigantesca construida perpendicularmente por la mano de los hombres: pero al lado opuesto una bajada suave y cubierta de verde festoneada de viñas hace prolongar la vista hasta aquella célebre calzada bañada por el mar Adriático y llamada en la antigüedad *via Flaminia*. Los modernos la llaman la Marca de Ancona. Desde allí y no lejos de la ciudad de Rimini comienza el único camino que conduce á la república de San Marino.

Encaminándose hácia la cresta del monte, Agosto iba enseñando á los extranjeros los sitios mas notables, explicándoles la piadosa tradición de cada uno de ellos. Antes de llegar á la cumbre detúvose Agosto en el sitio donde se reunia la juventud. La concurrencia era allí mas numerosa que en la gran plaza, y cesó el tumulto cuando vieron á los extranjeros. Agosto continuó hablándolos.

—Aquí, dijo mostrándoles dos sombríos postes, Jacobo Pelizzaro que vendió la patria al obispo, espió en otro tiempo su crimen, y nuestros padres han visto morir aquí á Ripa Transone, falsario y ciudadano desleal.

Apresurando despues el paso iba á continuar su camino, pero los huéspedes detuvieron sus miradas sobre aquel sitio, lúgubre página de la historia del pais, y mientras Maquiavelo trataba de explicarse porque habian escogido los jóvenes con preferencia á cualquier otro aquel sitio por punto de reunion, desembozándose el desconocido se dejó ver con

marcada afectacion de la curiosa multitud. Tuvo su apostura de repente un no sé qué de magestuoso é imponente. Un erudito al verle así, hubiérale comparado á Rómulo al dar la señal del robo de las Sabinas.

—¡Bella juventud! exclamó con voz fuerte, apostaría mi cabeza á que recela sin saberlo de los grandes capitanes y de los artistas de genio.

Aun hablaba, cuando uno de los que mas influencia parecia tener en la reunion examinando con atencion su vestido y sobre todo la forma de su puñal se sonrió con él con cierto aire de inteligencia y le dijo á nombre de todos:

—Bien venido seas noble extranjero á la montaña. Pertenece á lo que veo á esas grandes ciudades, cuyos recursos desconocidos de nosotros las han colocado en el rango de las naciones. Pero sabe que no aguardamos mas que un momento favorable para salir del círculo en que han vivido nuestros antepasados, círculo demasiado estrecho ya para su raza, que ha crecido. Ansiamos mostrar á nuestra vez á la Italia lo que pueden los hijos de nuestros padres.

—Bien, muy bien, jóvenes, respondió el desconocido dejando conocer en sus palabras un aire de proteccion y superioridad; vuestra existencia es desconocida de vuestros propios vecinos, y es laudable la ambicion de querer ocupar un puesto entre los pueblos. ¿Que momento mas favorable quereis aguardar? Cada porcion del inmenso pais que se desarrolla á vuestros ojos tiende á tomar una nueva forma. Imitad este grande ejemplo. Señores poderosos encontrareis, que os ayuden en esta noble empresa. La naturaleza de vuestro clima os lleva á la intrepidez....

—Pero os hace tambien mirar la libertad como el primero de los bienes, exclamó Maquiavelo interrumpiendo al desconocido, y no moderando ya mas la santa cólera que enaltecia toda su persona. ¿Y quién os garantiza la conservacion de esta independendencia, que hizo á vuestros padres tan largo tiempo felices, cuando por satisfacer una impia vanidad, vais á buscar el yugo que los poderosos no tardarán en imponer á este monte libre, y libre siempre, cuando el resto del mundo gemit esclávo? ¡Jóvenes ciudadanos! no teneis derecho de comprometer la herencia de tantos siglos, y estoy seguro que legareis sin mancha á vuestros sucesores la independendencia, que sin mancha habeis recibido. Marchad á reuniros con vuestros ancianos, postraos delante de ellos en este sitio, donde la ley castigó al culpable. Abandonad este lugar donde se espian los crímenes como os lo recuerdan aquellas calaveras. La muerte está aquí pendiente sobre vuestras cabezas, no la muerte que da la gloria,

brillante velo con que se cubre la tiranía, sino la muerte infame que castiga para execración de la posteridad.

Siguióse un murmullo imponente á esta atrevida alocucion, agitóse la multitud cual las olas del mar levantadas por la tempestad y en la duda en que se encontraron los extrangeros sobre la naturaleza del tumulto continuaron su marcha hácia la *Guaita*.

Entusiasmado Agosto estrechó la mano del florentino. Tenia orgullo en cumplir su deber de guía, y sin embargo su pensamiento se ocupaba frecuentemente en sus jóvenes compatriotas. La elocuencia de Maquiavelo encantaba su alma, empero un secreto instinto de adelanto y de porvenir se rebelaba contra él.

La *Guaita* es una especie de bastion natural. Cuando las disensiones intestinas que devastaron la Italia obligaron á los habitantes de San Marino á ponerse en guardia contra la insaciable ambicion de los barones, la cumbre de este monte tomó el aspecto y el nombre de una fortaleza, *Castrum*, *Castellum*. En la segunda mitad del décimo siglo Beranger, rey de los lombardos, huyendo de las armas victoriosas del emperador Othon, vino aquí á buscar un asilo para él y los suyos. Jamás habia rehusado la hospitalidad este estado de cristianos. Entonces y bajo la inspeccion de un rey desgraciado se combinó un sistema de defensa. Tallóse la roca: el pico y la llana del santo albañil que habia fundado esta sociedad, sirvieron para conservarla. El piadoso pensamiento de Marino se trasmitió de siglo en siglo, la libertad pacífica tuvo un asilo sobre la tierra.

Llegados á la cumbre de la *Guaita* los compañeros de Agosto fueron muy bien recibidos por el ciudadano que se hallaba en ella de guardia. Este servicio de corta duracion se miraba como un placer, y muchas veces la familia del que estaba de guardia lo acompañaba sobre este pico. Una jóven cantaba allí hilando: la presencia de los estrangeros no la intimidó; pero la hizo guardar silencio. La impresion que los huéspedes recibieron al tender la vista y ver bajo sus pies aquella inmensa comarca, revelóse en ellos repentinamente, aunque de muy diferente modo. El hombre del puñal levantó magestuosamente su cabeza, animáronse sus miradas con nuevo brillo, en cuanto á Maquiavelo inclinó tristemente la cabeza; pero con una solemne admiracion.

—Aquí se respira libremente, dijo el último rompiendo el silencio, y sin duda respondiendo á algun pensamiento interior: ninguna sombría muralla ofusca los ojos.

—¿Vuestra señoría es de Florencia? no hay qué dudarlo, preguntó el

huésped de Marina, con el cortesano tono del habitante de las grandes ciudades.

—¿No hay calabozos mas que donde han dominado los Médicis? respondió Maquiavelo.

—No, por las llaves de San Pedro que las abren todos, replicó el desconocido; pero al lado de su mostrador trasformado en palacio, es donde el sonido gutural echa a perder la lengua de Boccacio y de Petrarca.

—Vuestra señoría tiene delicado oído, dijo el florentino con un ligero movimiento de altivez.

—¡Hola! señores, dijo Agosto con tono burlon, se levanta viento y creo prudente prevenir á vuestras señorías, que corren riesgo de ser arrebatados como ligeras plumas si tienen así sus capas.

—Aprovechémonos del consejo, respondió el huésped de Marina. ¡Muchas gracias, mi buen amigo! casos hay en que se echa de menos una buena pared para guarecerse.

—Si, replicó Maquiavelo, cuando irritado el cielo envia grandes calamidades, y desata todas las plagas, cuando el peligro es comun, entonces son iguales el poderoso y el débil.

—¡Agosto! exclamó de pronto con fuerte é imperiosa voz el hombre del puñal, ¿qué ciudad es esa que veo á nuestra derecha como un punto blanco?

—Esa es Ancona, respondió el jóven: á aquel lado está Rávena, aqui Faenza, alli Forli.

—¡Forli! repitió el florentino con entusiasmo: ¡Forli! ¡dónde acaba de ilustrarse para siempre Catalina Sforza, el honor de su sexo y la vergüenza del nuestro!

—¿Pues qué ha hecho? preguntó con viveza el sencillo habitante de la montaña. ¡Hola! ciudadanos, venid y rogad conmigo á este extranjero, que nos cuente una historia.

—¡Una historia! exclamaron todos los que se hallaban en la Guaita. La jóven que estaba hilando se colocó en primer término para oir mejor. Agosto continuó:

—¡Habla, habla, buen extranjero! las noticias no llegan pronto á nuestra montaña. Los crímenes de los Malatesta son conocidos de la Italia entera, y nosotros ignoramos sus detalles; nosotros que podemos ver desde aqui el techo de su palacio y el recinto de Rimini. Habla, extranjero, tus palabras nos servirán de mucho gusto. El acento de Florencia puede desagradar al habitante de Pisa porque es natural que no guste

la voz del que quiere dictarnos leyes... ¡pero bendito sea Dios! aquí podemos oír todos los idiomas, aun el latín del obispo.

—¡Un habitante de Pisa! repitió Maquiavelo sorprendido.

—Yo lo soy, respondió con altanería el desconocido echando mano á su puñal; el Arno no nos trae mas que agua turbia.

—Reconozco al Pisano en esas palabras, dijo el ciudadano de Florencia, el que arrastra sus días lejos de Pisa esclavizada puede sin temor estrechar la mano de un amigo de los Soderinos.

—La voz del que odia á los Médicis, replicó el huésped de Marina, del que ha conspirado contra su poder, es mas grata á mi oído que las espirituales hipérboles de Boccacio y las brillantes antítesis de Petrarca. Esta es mi mano.

Manifestáronse los dos extranjeros sus mútuos sentimientos con amistosa dignidad; pero con reserva.

—¿Qué hizo, pues, Catalina Sforza, preguntó de nuevo Agosto, y quién son esos Soderinos con cuya amistad se muestra tan orgulloso un ciudadano de Florencia?

—Me admiraría, sino hubieses nacido en esta montaña, de que en la edad feliz en que te hallas y en que los juegos ocupan siempre á los jóvenes, dices tanta importancia á conversaciones políticas; pero en el fuego que brilla en tus miradas, veo cuál es la fuerza de las instituciones, la que me ha enseñado la experiencia en su grande escuela. Los Soderinos, cuyo nombre sin duda acabas por primera vez de oír, son los que quieren infamar con el nombre de conspiradores.

—Perdona, extranjero, no comprendo el sentido ni el valor de esa palabra. ¿Los conspiradores forman una clase aparte en un gran pueblo?

—Siempre, y es la mas numerosa, cuando el pueblo desconoce sus deberes. Algunos conspiran contra la patria, estos son los príncipes. Los otros conspiran contra estos cuando los oprimen. La ambición de uno solo contra todos ó el odio de todos contra uno solo son los móviles poderosos de las conspiraciones.

—Gracias, añadió el joven, porque sin tí hubiera ignorado siempre lo que acabo de saber. ¿Los Soderinos serian, pues, príncipes que han salido mal en sus proyectos contra Florencia, puesto que tú su partidario te hallas errante lejos de las orillas del Arno?

—¡No! ¡no! exclamó Maquiavelo, son ciudadanos virtuosos que comprenden y lamentan mas vivamente que los demas los males de todo un pueblo.

—¡Y qué claman contra los opresores, porque no pueden ellos serlo! replicó Agosto.

Echáronse á reir los habitantes de la montaña; el desconocido con una brillante mirada de alegría, dió las gracias á Agosto por su maliciosa observacion, al paso que Maquiavelo dejaba marcar en su rostro el disgusto que le causaba el inofensivo epígrama.

Despues de un momento de profundo silencio el futuro historiador de Florencia tomó la palabra, recordó los tiempos en que hombres aventureros abandonando el arado por las armas llegaban á ser bajo el nombre de *Condottieros*, los árbitros de la Italia y se colocaban sobre los tronos que habian defendido. Presentó la Península devastada por los reyes de Francia Carlos VIII y Luis XII: y á César Borgia despojándose de la púrpura romana de Cardenal para aparecer bajo el nombre de Valentinois á la cabeza de un ejército sembrando el terror, tomando ciudades, pero detenido de repente delante de Forli por Catalina Sforzia, cuando la mayor parte de los señores de la Romaña huian cobardemente al acercarse el conquistador. Exaltó el valor heroico de aquella muger, que habia caido prisionera entre las manos del baron de Allegre, pero que reclamada por Borgia como buena presa, habia logrado desaparecer de la vista de todos.

—¡Ay! dijo al terminar, la Italia la busca, y la llora; la Italia que tan vivamente aprecia las hazañas, y tan impotente es para imitarlas!... La historia conservará el recuerdo de la condesa de Forli. La fama no es ingrata, condena la tiranía. Valentinois puede vencer, oprimir, su memoria será maldita...

—¡Amen! amigo de Florencia, dijo inmediatamente el hombre del puñal. Os doy gracias, por mi cuenta, de vuestra historia á pesar de las contradicciones que hay en ella. ¡Por San Miguel qué haceis á Borgia un gran político! Cuánto mas temible era la condesa mas importante era deshacerse de ella.

Guardaban silencio los habitantes de San Marino, reflexionando sin duda en la suerte reservada en el mundo al débil; iba Maquiavelo á tranquilizarlos cuando divisaron á lo lejos un grupo de caballeros, cuyas bruñidas armaduras resplandecian á los rayos del sol. El hombre que estaba de guardia en la *Guaita* dió la señal enarbolando una bandera, y bien pronto respondió el tañido de la campana de la poblacion.

VI.

La poblacion de San Marino hallábase en movimiento, cuando Agosto y sus huéspedes bajaron de la *Guaita*. Un mensajero habia anunciado la llegada de una embajada del duque de Urbino. Propagada rápidamente esta noticia, reuniéronse á la primera señal los jóvenes y los ancianos olvidando sus divisiones para mostrar á los enviados de su fiel aliado un justo tributo de amor y de reconocimiento. Habíanse colocado prestamente todos los habitantes desde la puerta de la ciudad hasta la gran plaza, todos los magistrados aguardaban á los enviados del duque. Confundidos en la muchedumbre los dos extranjeros observaban sin ser observados. Fácil era leer en su fisonomía lo que en ellos pasaba. Maquiavelo en el colmo de su entusiasmo hallábase allí, llevado por las masas del pueblo, en una esfera de su gusto, y circulaba libremente su sangre en la arteria pública. Habitado á las tumultuosas escenas de Florencia, respiraba sobre la montaña sin que ningun pensamiento de temor viniese á turbar las pulsaciones regulares de su corazon. El espectáculo de un pueblo reunido en la plaza pública para ejercer colectivamente los derechos individuales, le recordaba el Foro romano, é inflamados sus ojos buscaban la tribuna de las arengas. ¡Encontraba sobre este nuevo Palatino la imagen del pueblo rey en el tiempo de sus virtudes!

Las mismas causas producian diferentes efectos en el ciudadano de Pisa. Sin necesidad de disimular en medio de la muchedumbre, dejaba ver en su tétrico rostro una secreta inquietud. Animado de un principio opuesto, al que representaba el florentino, miraba bajo otro punto de vista aquella poblacion entregada á sus propias pasiones. No veia trono desde el que se hiciese oír una voluntad única para reunir y compactar los flotantes pareceres y voluntades, para mandar en virtud de una razon superior.

Interrumpióle en su meditacion el ciudadano que en la reunion de los jóvenes se habia sonreido con él con cierto aire de inteligencia, el que aproximándose y cogiéndole de la mano, le dijo en voz baja:

—¡Todo va bien! Ves, amigo, te cumplimos nuestras promesas, ¿cumplirás tú las tuyas?

El huésped de Marino se estremeció, empero, rápido en calmar sus

emociones, fijó sobre el que se le acercaba una mirada indiferente respondiéndole con frialdad pero en voz alta:

—¿Qué significa ese lenguaje, ciudadano de Titan? Sin duda te equivocas.

—Llevas un hermoso puñal, contestó sin desconcertarse el San Marínés.

—Sí, es un arma, que se ha convertido en el adorno mas necesario en nuestras ciudades, añadió con flema el pisano. Pregunta sino á ese noble habitante de Florencia, si algunas vëces no es mas prudente salir sin capa que sin puñal.

Hizo Maquiavelo un gesto afirmativo, terminando esta singular conversacion la aparicion de la bandera de Montefeltre que fué saludada con unánimes aclamaciones. Llegaron hasta donde estaban los capitanes los enviados del duque de Urbino, y el mas profundo silencio reinó durante su conferencia que duró mas de una hora. Despues uno de los magistrados levantó la voz é hizo saber al pueblo que esta embajada tenia por objeto hacer comprender á los San Marineses la necesidad de guardar una actitud imponente, y conservar, de concierto con el duque de Urbino, una neutralidad armada, aunque César Borgia hubiese mostrado por Urbino y San Marino sentimientos de estimacion, amistad y benevolencia, limitándose á exigir solo algunos subsidios para las necesidades de la guerra.

Un grito espontáneo interrumpió al orador. Fué acogido en el nombre de Borgia con aclamaciones que asombraron á los ancianos y á los enviados de Urbino. Los subsidios fueron votados inmediatamente por unanimidad.

—Ya lo veis, ciudadanos, nuestra adhesion por las santas leyes de la patria nos protege contra un poderoso enemigo. Sin embargo, acaban de hacernos saber que ciudades ricas y fuertes han sido abandonadas por sus señores á merced del conquistador. El nieto del noble duque de Urbino, Francisco de la Rovera, prefecto de Roma, ha abandonado su señorío de Sinigallia: Juan Sforzia anda errante lejos de Pésaro, y el orgullo de los Malatesta no hace ya temblar á Rimini. Los romañoles sufren hoy tristes represalias, ellos que en todos tiempos aventureros y turbulentos han combatido bajo tantas diferentes banderas: ellos que á la voz de un guelfo ó de un gibelino ó del primer condotiero trocaban la paz del hogar doméstico por el tumulto de las batallas, sin fuerzas contra la adversidad doblan la cabeza delante de un formidable enemigo. Ciudadanos, acabais de conceder los subsidios exigidos por el duque de

Valentinois, y os felicito por ello! El oro que juntamos no puede ser útil para nuestra felicidad, sino empleándolo en interés de nuestra independencia, en satisfacer y apagar la codicia de nuestros príncipes.

Un oficial de Borgia, que habia acompañado á los embajadores, presentó sus credenciales para cobrar las cantidades reclamadas.

Paguemos, paguemos, fué el grito general.

Reunianse en esta exclamacion dos pensamientos muy distintos, el porvenir y lo pasado. De pronto hendiendo la muchedumbre presentóse á los enviados de Urbino y á los magistrados de San Marino, un hombre vestido con el traje de los aldeanos de Montefeltre... Era este hombre el duque de Urbino en persona. La mas infame traición le arrebató sus estados. Bajo el pretexto de ejecutar una sentencia del Papa contra el señor de Camerino, habíase presentado sobre las fronteras de Perugia César Borgia á la cabeza de un pequeño ejército. Protestando de nuevo su amistad por el duque de Urbino le habia enviado á pedir prestadas cuantas armas y artillería tenia para vengar la causa de la Santa Sede. El de Urbino habia cedido á los ruegos de este formidable enemigo, que así que lo vió privado de medios de resistencia, entrando de improviso con sus tropas en el territorio de Urbino se habia apoderado de Cagli, una de las mas importantes ciudades, y dirigiéndose á la residencia del duque, solo pudo escapar éste de la muerte huyendo á favor de un disfraz.

Escitó esta noticia la mas violenta indignacion en la Asamblea. Palidecieron el florentino y sus compañeros, estremeciéndose ambos de rabia si bien suscitada por diverso motivo. Recobró muy pronto el pisano su ordinaria calma, en tanto que Maquiavelo fijando una melancólica mirada sobre el noble señor parecia echar de menos sus esperanzas. Sonreíase tristemente al ver los groseros vestidos que habian protegido al potentado abandonado por la fortuna; sin embargo, el aire noble del duque, su continente, la varonil y valiente expresion de su dolor presagiaban aun para él un venturoso porvenir.

El amor que Guidobaldo duque de Urbino inspiraba á sus vasallos y aliados hacia unir á su vida todo el interés de la legitimidad. Escapado al puñal de Borgia era el alma de un partido, y el horror natural que hace nacer la traicion se convertia en un refuerzo moral tanto mas poderoso y eficaz cuanto que aun estaba indecisa la usurpacion. Los romañoles no debian, por otra parte, de tardar en sentir el oprobio de un yugo humillante y coaligarse en favor de las víctimas. Valentinois, era temido, la desgracia de los príncipes destronados hacia olvidar sus pasa-

dos estravios, y reanudaba en cierto modo los rotos vínculos entre ellos y sus pueblos. Todas estas ideas espuestas por Maquiavelo como otras tantas probabilidades pusieron sombrío y meditabundo al ciudadano de Pisa. Nada le parecía indiferente de cuanto allí pasaba: los hombres mas notables por su prudencia y saber reuníanse á los magistrados para acordar las medidas que debían tomar en tales circunstancias, y en el seno de este pueblo, guardando un solemne silencio, parecido al del reo que aguarda el fallo de sus jueces, el hombre del puñal atormentábase con la sencillez, la calma y el aparato de aquella conferencia política, cual si se tratase en ella de sus propios intereses. Al fin hízose oír una voz. El pueblo fué de parecer de que lo grave de las circunstancias exigía que se pidiese socorro á las ciudades libres de Italia. Algunos ciudadanos nombraron á Florencia, á este nombre cediendo á un impulso natural de su alma salió de entre el pueblo Maquiavelo, y con una elocuencia desconocida hasta entonces en el Titan, presentó al gobierno de la república florentina como sordo á toda consideración que no fuese su política interesada: dejó entrever con destreza que la señoría aliada de la Francia, y respirando con pena bajo la influencia de los Médicis, trataría tal vez de adherirse á la fortuna de Valentinois. Aplaudido vivamente fué su discurso; el único que debió comprender mejor que todos su fuerza lógica y guardó el mas obstinado silencio, fué el extraordinario ciudadano de Pisa.

Designóse despues la señoría de Venecia, como á la mas independiente, como á la enemiga natural del conquistador de la Romaña. Guidobaldo resolvió ir él mismo allí á defender su causa poniéndose de acuerdo con su nieto Francisco de la Rovera. Esta resolución del augusto anciano causó en el pueblo esas dulces emociones, presagios de sacrificios y victorias... Echóse entonces de ver, que el mandatario de Borgia habia desaparecido, y algun tiempo despues el vigia de la *Guaita* hizo avisar al consejo, que numerosas tropas tomaban posicion alrededor del pie de la montaña. Era imposible la fuga.

—¡Imposible! dijo Agosto en medio de la consternacion general. Solo hay una cosa imposible para nosotros; el ser esclavos. ¡Hermanos! gritó, ¡hermanos, seguidme! ¡seguidme!

Y se alejó de todos aquellos que formaban el partido descoso de novedades.

V.

Cuando Maquiavelo se reunió al ciudadano de Pisa, dominándose éste le saludó con afable sonrisa, y estrechó en sus manos la suya.

—Florentino, mi buen amigo, le dijo: mucho me he alegrado de haberos oído hablar de ese modo: muchísimo tiempo hace que habia sondeado la política de los Diez, y si fuese bastante rico para comprarla, no vacilarian en venderme la república.

—Tal vez, respondió Maquiavelo; pero tu cabeza y la suya serian las arras de ese trato.

—Vamos, replicó, veo que en Florencia como en Pisa no se lleva tan mal la esclavitud en dejando suelta la lengua para hablar contra la opresion.

—¿Qué quieres? Es la protesta de los débiles...

—Pero por mucho que digamos que el príncipe puede atreverse á todos, los débiles forman siempre mayoría, dijo con alegría el pisano.

—Es un torrente devastador esa mayoría, cuando conoce la voz que la guia.

—¿Qué es necesario, pues, para dar curso á esas aguas estancadas?

—Salir bien al principio.

—¡Con tono triste ha pronunciado esas palabras el amigo de los Soderinos!

—Sin embargo, no se ha abatido mi valor al primer revés,

—Comprendo, noble ciudadano, el sentido de esas palabras... La causa de un florentino es hoy la de todo pisano que tenga orgullo: ¿porqué hemos venido á esa comarca donde el mas temible guerrero de Italia acaba de plantar su bandera? ¿Por qué nos hallamos aquí, sobre esta roca?... Responde francamente, nos hemos estrechado la mano con afecto: podremos tener opiniones diferentes sobre algunos puntos poco importantes; pero no hay motivos para que desconfiemos el uno del otro; habla: para Florencia, como para Pisa Valentinois.....

—¡Blasfemas! exclamó Maquiavelo: es un deber odiar á los Médicis, es un crimen comprometer la salvacion de la patria: águila ó boitre, ¿qué importa? siempre es un ave de rapiña.

—Detente, vas mas lejos que mi pensamiento. ¿Qué quieren en Florencia así como en Pisa? Establecer sólidamente un gobierno de su gus-

to: ¿quién ayuda en su noble empresa á los ciudadanos animados por el bien público? Un hombre poderoso. ¿Qué desea Borgia en este momento? Dinero. Y con algunos subsidios no podríamos...

—No, no, ciudadano de Pisa, le interrumpió Maquiavelo, es imprudente siempre entregar el país á los extranjeros. Piensa en la suerte de Ludovico, el Moro. Acabas de ver á un caballero obligado á huir de sus vasallos á ocultar su gerarquía bajo un grosero disfraz, ¿y piensas aun en el hijo de Alejandro VI? Señor pisano, no basta querer el bien, es menester querer el bien con discernimiento. Borgia ha llevado mucho tiempo la sotana encarnada: le ha quedado la maña del clero y su astucia bajo el casco de guerrero: y la doblez es una coraza que se ciñe perfectamente á su talle. Tiene demasiada avaricia por coronas para dejar escapar la ocasion de colocar sobre su frente la ducal de Florencia, si se le presenta, y despues otras aun. Recuerda su divisa *Aut Cesar, aut nihil*.

—Perdona, tus reflexiones son exactas. La imaginacion vuela, pero el amor de la patria ilumina...

—Cuando no ciega. Sin temor podemos hablar en esta montaña donde la libertad confia en el orden, como la igualdad en el trabajo. Sabe que el amor de la patria me aleja de Florencia, mas aun que mi odio á los Médicis. Mas vale que reinen los Médicis que no un extranjero. De dos enemigos combatamos por de pronto el mas terrible. Sabe tú que llevas un puñal, que este cuerpo endeble que ves, ha crugido entre los instrumentos de la tortura sin que mi boca implorase gracia, ni revelase el nombre del mas oscuro ciudadano. La pluma del escritor tiembla aun entre estas destrozadas manos, y sin embargo, escribo por el interés de ese pueblo que deja perecer sus mas firmes apoyos; por él he venido á Romaña.

—Espícate, ¿aborreces á los Médicis?

—Pero amo á mi país, y Valentinois, siembra en él oro, y corrompe alli como aqui á los jóvenes ciudadanos, fomenta las revueltas.

—Muy bien, ahora se vuelve contra él tu patriotismo. ¿Qué vienes á hacer aqui?

—Lo que se puede cuando uno es débil, está aislado..... ¿No seria glorioso sostener el valor de todos los príncipes que no han querido doblar la rodilla ante el *despurpurado*?

—¡Perfectamente! ¿hacer causa comun con los Savelli, los Ursinos, los Vitelli, en fin, con todos esos nobles señores que en secreto se juntan en Magione?... ¿Qué dices á esto, ciudadano de Florencia? ¿Por qué

me miras con aire sorprendido? ¿Tu amor por la patria no te llevaría por ventura al lado de los confederados á menos que no sea la misma señoría quien te envíe á ellos? En cuanto á Borgia es prudente saber si conviene mas perderlo ó ganarlo.

—Pero... ¿qué dices tú, ciudadano de Pisa?

—Una palabra para mi país y ayudo tus proyectos.

—Nunca aconsejaré nada contra él. Cuando una república se estiene por la conquista muy pronto pierde su libertad. ¡Admira la fecunda sabiduría que hay en la pobreza de los habitantes de esta montaña!

—¿Crees tú que no están ya cansados de ella?

—Mientras Roma fué pequeña, fué virtuosa.

—Pero destinada á gobernar el mundo, el espíritu humano le debe su progreso, su desarrollo. Piensa en la mágica influencia que aun hoy ejerce.

—Hoy domina de nuevo por el crimen.

—¡Cuidado con la escomunion!

—Desafío los rayos del Vaticano sobre esta roca desde donde se ven formarse las tempestades.

—Tratemos de detener en ella á Guidobaldo.

—Para que quede espuesto á las astucias del zorro. ¡No!... Valentinois se alegraría mucho de tener un pretesto para plantar su bandera sobre la *Guaita*. En Venecia es en donde el duque de Urbino servirá la santa causa de la libertad. El amor de sus vasallos y de sus aliados nos será muy favorable al ver que la usurpacion lo aleja de sus estados. La desgracia inspira grande interés.

—Ves muy largo, ciudadano de Florencia, y así me asocio á tu fortuna.

—He contraído la costumbre de meditar viviendo con Aloisio Almanni.

—Eso quiere decir que eres poeta.

—He emborronado algunas páginas jocosas, pero deja uno de reirse cuando ha visto el cadalso.

—Es decir que uno de los miembros de la *Sociedad de los Jardines* abandona los proyectos de conspiracion que allí se traman sin cesar contra los Médicis y conspira hoy contra Borgia.

—¿Quién te ha enterado tan bien, ciudadano de Pisa? ¿Y cómo sabes tú lo que pasa en los jardines de Rucelai?

—El que tiene el pensamiento de librar su patria debe saber todo lo que pasa en el palacio del opresor.

—Me basta esa palabra, Bruto y Casio no dirían mas.

—Ni tampoco harían lo que proyecto... en verdad, ciudadano de Florencia, la política mejor combinada se estrella muchas veces en la casualidad. Lejos estaba de preveer que encontraría sobre esta roca un enemigo de los tiranos de Toscana. Unamos nuestros proyectos, pues, y que Valentinois sepa bien pronto de cuanto es posible el amor de la libertad.

—Gracias; mil gracias, señor de Pisa, yo doy de muy buena gana un consejo, pero el valor físico no siempre es el compañero de la prudencia. Dejemos obrar al pueblo, su fuerza es el ódio á la tiranía y triunfa cuando quiere. El duque de Urbino conserva el amor de sus súbditos, Borgia al contrario no tiene en su favor sino tropas mercenarias, desunidas, ambiciosas, sin disciplina, dispuestas á servir al que mejor les pague...

—¡Vive Dios! que hablas como un sabio!

—Los condotieros saben hacer traicion, y no morir. Ese es todo el secreto de la decadencia y de la ruina de Italia.

—Todos los aliados de Borgia no son así, y el rey de Francia...

—El papa Alejandro se sirve del poder espiritual para adquirir el temporal, y como dicen los franceses

*Vendit Alexander sacramenta, altaria Christum
Emerat ille prius. ¿Non ipse vendere potest?*

Los sacramentos, y altares
Vende hoy Alejandro sexto.
Los vende que suyos son
Porque los compró primero.

—Pero el rey no mira lo temporal para conquistar lo espiritual.

—Es verdad, aun no saben todavía en Francia que aumentar el poder de otro es debilitar el suyo propio.

—Vive Dios, que tienes la vista mas larga que la espada de Carlo-Magno!

—Nada despeja tanto la imaginacion como los calabozos y el tormento. Se conoce lo que valen los príncipes cuando se les considera en el platillo de la balanza donde os pesa su justicia. Concebir el pensamiento de arrebatárles su poder, es haber destruido ya todo su pres-

tigio y lo que se llama conspirar contra ellos es siempre una reaccion natural.

—Es mas, señor de Florencia, es el presentimiento de un porvenir mejor, pero cuidado, será preciso que no os oigan las gentes de este pais. La necesidad que sienten de una existencia mas amplia, mas digna de un pueblo, esa tendencia á aproximarse al centro de las luces, los arrastraria contra las instituciones que tanto os admiran. Nosotros republicanos corrompidos ó ilustrados, como quieras, nos dejamos llevar de las olas fugitivas de lo presente porque nuestras pasiones ocultan el gérmen del bienestar, y alternamos asi sin percibirlo de la tiranía á la libertad y de la libertad á la tiranía. Pero las masas, ese rebaño que padece por todas partes, es esclavo, siempre esclavo, del pastor, de los perros, ora el pastor tenga el nombre de tiranía, ora tenga el de libertad.

Durante esta conversacion, en que cada cual trataba de engañarse mutuamente, llegaron á la casa de Marina.

En tanto en otra parte los jóvenes ciudadanos que habian llegado al pié de los sombríos postes rodearon á Agosto cuya exaltacion lejos de enfriarse por la reflexion aumentábase al contrario á medida que el pensamiento maduraba sus proyectos. Levantó con magestad la cabeza, y echando en derredor suyo una mirada segura: ¿hay algunos de entre vosotros, dijo, que dude de mi amor y adhesion á la patria?

Una respuesta y unánime exclamacion espresó el horror que semejante duda inspiraba; un noble pudor coloreó la frente de Agosto que continuó:

—Entonces puedo hablar con sinceridad. Me habeis visto trasportado por las nuevas ideas, cuando nos revelaban un porvenir mas vasto. Me he lanzado como vosotros en esta esfera de promesas en que las ciencias y las artes debian desarrollar nuestras facultades, en que la industria debia asegurar nuestro bienestar. No he cesado sin embargo de bendecir la existencia de lo pasado, monótona sin duda, empero exenta de revueltas y de esclavitud. Respondedme, ¿quereis por primera vez reconocer el yugo de un señor?

—¡No, mil veces no! gritaron de todas partes, antes morir!

—Pues bien, continuó Agosto, es preciso olvidar vuestros sueños, despedirnos de este fúnebre sitio, y volver á bajar á la plaza pública.

Manifestáronse algunos sordos murmullos.

—¿Con qué derecho nos habla asi cual si fuera nuestro amo? se pre-

guntaban. ¿Por qué renunciar á nuestras mas caras esperanzas en el momento de verlas realizadas?

No tardó en restablecerse el silencio. Agosto continuó entonces con las señales del mas profundo dolor:

—En vano trataríamos de crearnos nuevas ilusiones, amigos, hermanos míos, hemos comprometido la independencia del Titan. Algunos pérfidos extranjeros han hablado, y en nuestra buena fé hemos dado crédito á sus palabras. Nos han provocado á un cambio y en nuestra impaciencia tendíamos nuestros brazos á Borgia, sobre él solo fundábamos nuestro porvenir.

—No, no, dijeron algunas voces.

—Es Borgia! repitió Agosto con tono firme. ¿Qué confianza podemos tener en ese conquistador sin fé, ahora que conocemos sus crímenes?... Habeis visto al noble duque de Urbino, ese fiel amigo que ha contado en su desgracia con la lealtad de los habitantes de la montaña, con sus virtudes republicanas.

El entusiasmo que escitaron estas palabras manifestóse en la asamblea por un murmullo ligero al principio, pero que fué creciendo despues considerablemente. Restablecióse el silencio y continuó Agosto:

—Abrámos paso libre al duque de Urbino, pues que nuestros comunes intereses lo alejan de este asilo. Protejámos no su fuga, sino su retirada, y en lo sucesivo sometamos cuanto hagamos á la aprobacion de nuestros ancianos magistrados.

Todos los ojos siguieron entonces la mirada de Agosto, que se dirigió hácia la cumbre de la *Guaita*, como para llamar en su auxilio el pico virgen de toda dominacion estrangera. Gran sensacion causó este movimiento en el corazon de los San Marinenses. Aquellos ojos contemplaron con un sentimiento religioso de respeto y de orgullo aquel hastion. Podian distinguir sobre la pared el ancho escudo, donde el águila de la familia de los Montefeltre estendia sus inmensas alas sobre las tres torres titánicas y aquella escultura que tres siglos no habian bastado á destruir, recordando la constante proteccion que los señores de Urbino daban á la independencia de la montaña imponia la noble obligacion de proteger al desgraciado duque.

En lo interior de la ciudad habian abandonado los ciudadanos la plaza pública sin haber decidido nada de importante sobre las medidas que debian tomarse en aquella grave circunstancia, aplazando una nueva reunion general para el dia siguiente.

La traicion del fuerte despierta la prudencia del débil. La desapari-

ción del enviado de Valentinois, cuyas tropas se veían en movimiento al rededor de la montaña exigía la mas activa vigilancia, y con el temor de que agentes secretos no escitasen alguna revuelta en la ciudad, se resolvió que todos los extranjeros que se hallasen en aquel momento en ella, despues de haber justificado los motivos de su estancia en la montaña, presentasen un fiador ó quedasen prisioneros.

La aprobacion del gobierno vino á dar á la generosa empresa de los jóvenes ciudadanos nueva animacion. Ocupábase la poblacion entera de esta espedicion á la que se preparaban con imponente calma. Las puertas de la ciudad quedaron cerradas indistintamente para todos, con prohibicion absoluta de que sus guardas dejasen entrar, y sobre todo salir á nadie fuese quien fuese. Era importantísimo que Valentinois no pudiese ser informado de la excursion que se meditaba.

VI.

Marina estaba de pie, habia estendido sus manos sobre la cabeza de Agosto arrodillado delante de ella. Su continente anunciaba una resolucion fuerte, sin embargo sus ojos humedecidos con lágrimas y su trémula voz revelaban á pesar suyo su viva emocion.

—Sé valiente, le decia, nuestro santo protector y la Virgen Madre de Dios aparten de tí todo peligro y la muerte. ¡Pobre hijo mio, te bendigo! Mil riesgos te esperan en la llanura, pero no son los mas grandes los del combate. Resiste con valor los alhagos de los sentidos. Allí todo es mentira, todo es engaño. En la guerra no pienses mas que en el enemigo, pero en la hora de descanso no pienses mas que en Dios. Marcha, Agosto mio, libra á la Romaña del traidor llamado Valentinois.

—¡Marina, Marina! gritó con voz terrible al entrar el ciudadano de Pisa, ¿estás cansada de su vida? ¿Por qué envías al combate á un niño cuyo brazo es aun muy débil?

—Su brazo es temible, porque su corazon odia el perjurio y la traicion, respondió ella sacando gran valor del fondo de su alma.

—¡Muger! dijo el pisano con voz aun mas terrible, el padre de este niño ha hablado.

—¡Mi padre! exclamó con viveza Agosto, ¡mi padre! ¿quién es? ¿lo conoces tú, extranjero?

—Su padre, añadió Marina, es el padre comun de los hombres, su madre es la patria.

—¡Muger! repitió el pisano con imperioso tono, el padre de este jóven manda que me siga.

—No tiene padre, respondió Marina con imponente firmeza: ¿quién puede pretender este sagrado título? Nadie ha llenado con él los deberes de tal, nadie tiene el derecho de arrancarle á la gran familia. El desgraciado que le dió el ser, ha osado decir: ¿es mi hijo? ¿há cumplido sus juramentos? No, no, no tendrá padre en tanto que una muger de la montaña no pueda decir con orgullo: ¡es mi hijo!

—Buen extranjero, dijo Agosto, háblame de mi padre, si es verdad que tú le conoces....

—En Roma te aguarda....

—En San Marino debe repararse su crimen, apresuróse á decir Marina, y volviéndose con aire de autoridad hácia Agosto añadió: ¿oyes la campana que llama á los hombres libres á la tumba de nuestro santo fundador? Marcha, hijo adoptivo de los ciudadanos, marcha á orar por los culpables. Yo te bendigo....

El jóven salió precipitadamente, no escuchando mas que su entusiasmo. Atento espectador de esta escena habia visto Maquiavelo reflejarse diversos sentimientos en el rostro de su compañero. Lo imponente de su voz y de su gesto acababa de ceder de pronto al ascendiente de una sencilla habitante de una pobre ciudad, y la apostura de aquel hombre en quien todo revelaba una posicion superior al vulgo hubiera bastado para dejarle penetrar el misterio del nacimiento del jóven, si dominada de sentimientos demasiado vivos para poder reprimirlos no se hubiese apresurado á añadir Marina.

—¡Se ha marchado! Al fin puedo libremente reconvenirte....Quince años y mas me has hecho aguardar este dia, que ha llegado para destrozarme mi corazon....¡Debia yo volver á verte asi para espiar mi falta! ¿Nada soy para tí y esperas arrebatarme el solo bien que me hace amar la vida? No, no es hijo tuyo: el perjuro no merece tenerlo, tú no puedes nada aquí, ni sobre él ni sobre mí. El Arno no corre en nuestra montaña, tú rostro no tiene ya el candor y la gracia que me ha seducido. Ya no eres el estudiante de Pisa. Te ha envejecido el crimen, que veo impreso sobre tu frente, que ya no cubre una hermosa cabellera. Me asustaría tu mirada á no sentirme protegida por una fuerza mas que humana....ni te temo, ni te compadezco. Vuelve á Pisa: el que he llevado en mis entrañas, el que he guiado en su niñez, aquel cuyo nombre

has elegido tú mismo antes de su nacimiento, Agosto no abandonará la sagrada tumba que fué su cuna.

—Marina, respondió el pisano con voz mas dulce, el error de mi juventud y de la tuya debe repararse: ese niño que has criado como tierna madre, le amo ahora que le he visto, y á su vista se han conmovido mis entrañas. Puedo hacerle progresar en la carrera de las armas, ó de la Iglesia, puedo cumplir á mi vez lo que es para mí un deber de conciencia. En cuanto á nosotros, Marina, tenemos patria, costumbres, intereses diferentes. No nos queda mas que lamentar lo pasado. Que Agosto me siga y...

—¡Cállate!

—¿No tendrías orgullo en oír resonar en la Italia el nombre de tu hijo?

—El sepulcro es sordo.

—¿Con qué prefieres tu felicidad á la suya?

—La felicidad es ser libre y vivir en la montaña.

El hombre del puñal quiso entonces recurrir á la elocuencia de Maquiavelo. Preocupada enteramente con su dolor Marina no habia al pronto visto al extranjero. Dió al verlo un grito de desesperacion, y se tapó la cara.

Iba á responder Maquiavelo, iba á sostener á la hija del Titan en sus resoluciones, iba á elogiar la severa virtud de las repúblicas, que hace preferir la independendencia á todas las superfluidades del lujo, á todas las vanidades de la gloria, cuando entró una muger y vino á distraer la atencion.

Dos pedazos de paño grosero de diferente color, sujetos al rededor de la cintura por una correa de cuero de la que colgaban medallas antiguas é imágenes de santos de plomo pintado formaban el extraño vestido de aquel nuevo personage. Su andar atrevido, su feroz fisonomía, su tono de autoridad vulgar tenian un no se qué de solemne, que asombraba é imponia algunas veces á los que dirigia sus palabras de oráculo.

Antes de pasar el suelo de la puerta dió tres golpes con un palo que llevaba en la mano, y en cuya punta se veia una imagen singular adornada de lazos y cintas: cerró los ojos y dijo con tono grave:

—¡Quién quiera que seais los presentes, yo os saludo en nombre del destino cuyo órgano soy!

Adelantóse lentamente á su encuentro Marina.

—¿Eres tú, Zingana? la dijo, entra, entra, y bien venida seas!

La adivinadora abrió los ojos y los clavó sobre la joven, meneó después la cabeza, y con tono triste la dijo:

—Estás seria y colérica, muy cambiada te encuentro, hermosa hija de la montaña... Si, la huella de profundas emociones se ve aun marcada sobre tu rostro... Marina, ¿se han cumplido mis palabras?

—Siempre me has anunciado la verdad, Zingana, respondió Marina. Los pesares en que no quería creer, devoran mi corazón en este momento.

—¡Ay! ay! exclamó la gitana. Me echan la culpa cuando suceden las desgracias que anuncio, y jamás me dan gracias de las felicidades que pronostico.

Una carcajada interrumpió á Zingana, volvióse con aire severo hacia el hombre del puñal, y mirándole con dignidad:

—¡Hombre! le dijo, soy vieja, tengo el don de prevision, y el jefe de la Iglesia tres veces me ha bendecido. ¿Por qué te ries?

—Zingana, respondió el pisano, has robado las bendiciones del Santo Padre.

—No, no, tres monedas de oro han pagado sus oraciones.

—¿Ignoras que la Iglesia prohíbe tus impíos sortilegios? La hoguera es el castigo de las brujas.

—Están perdonadas mis faltas, el Papa ha querido conocer el porvenir.

—¡Silencio! vieja maldita mientes.

—¿Piensas que se equivoca nunca mi ojo, y que no puedo reconocer en el palacio de una dama romana y con trage seglar al que he visto cubierto con la tiara?

Arqueó las cejas de un modo extraño y terrible, y á pesar de la impaciencia que mostraba Marina por consultarla, fijando una mirada investigadora sobre el hombre que tan duramente la habia tratado, vertió en el suelo un saquito de arena fina que llevaba, y trazando en ella un círculo y signos cabalísticos, dirigióse después al extranjero con ese tono de entusiasmo que siempre produce un poderoso efecto.

—Entra en este círculo, tú, que me amenazas, sabrás lo que puede mi arte. Nunca es inútil la verdad, y tal vez un día al acordarte de mis palabras, podrás aprovecharte de ellas... Entra, te digo, me siento inspirada. Hace mucho tiempo que no me he hallado con tanta fuerza para leer en el porvenir, á no ser en el día en que en el palacio de una romana reconocí al papa Borgia.

—¿Qué has podido tú decir al sucesor de los apóstoles, bruja endiablada?

—¿Por qué tiemblan tus labios al proferir invectivas? Hombre tímido y pusilánime entra con paso firme en este círculo.

—En vano tratas de hacerme creer que tengo miedo. ¡Habla! dinos la suerte de Alejandro VI ó salgo del círculo.

—¿Has oído revelar al sacerdote el secreto de la confesión? El jefe de la Cristiandad nada debe tener oculto para los fieles. Yo he dicho á Borgia que se mataría él mismo.

—¡Ah! ah! ah! un papa suicida!

—¿Por qué no? es un hombre como tú... deja esa risa forzada, y pisa la arena sobre la que ya encuentro huellas parecidas á las que me han revelado el destino del pontífice romano.

Apoderóse de la mano del pisano, y obligándole á dar tres vueltas al rededor del círculo, pronunciaba lentamente estas palabras sacramentales:

—*En el nombre del Padre, en el nombre del Hijo, en el nombre del Espíritu Santo, yo te conjuro Satanás, Astaroth, y Belcebut!*

Marina con el rostro severo asistía con interior alegría á este espectáculo. Fácil era de ver la fé que tenía en las menores acciones de la maga. La venganza, este sentimiento tan dulce al amor engañado, haciale esperar y desear para el traidor un porvenir de tormentos. Solo Maquiavelo conservaba la tranquilidad de un alma libre de todo interés personal, y superior á las preocupaciones. En cuanto al hombre del puñal salió del círculo mágico agitado de un estremecimiento, é involuntaria convulsion.

La vieja, examinando con ojo ávido la señal de las pisadas sobre la arena mágica, dejaba escapar bruscas exclamaciones, cuyo sentido era difícil penetrar.

—¡Singular conformidad! dijo; la huella del sacerdote y la del guerrero... Qué líneas!... Victorias!... Victorias!... un abismo! un caballo con el vientre abierto.

—Dió un grito terrible el pisano.

¡Galla, condenada! exclamó, ¡calla! toma, aquí tienes oro, marcha á tu Aquelarre si quieres evitar la hoguera.

Arrojó dos monedas de oro, y apresuróse á abandonar aquel sitio: su rostro se hallaba alterado, una mortal palidez cubría sus facciones. Maquiavelo le acompañó, no solo para saber los motivos de su extraña conducta, sino tambien para tranquilizarle.

—Perdona, le respondió reponiéndose poco á poco, es una debilidad inconcebible, cuyo efecto no soy dueño de reprimir... Si, han pronosticado á mi madre el día de mi nacimiento, que conservaría la vida, si me metían en el vientre de un caballo vivo.

—Yo no veo en eso mas, que una profecía ordinaria, respondió Maquiavelo. Es un remedio que se emplea contra ciertos venenos como medio de transpiracion. Meneó tristemente la cabeza; pero en aquel momento llegaron á ellos algunos ciudadanos para intimarles la orden de presentarse ante los magistrados.

VII.

Habia circulado el rumor de que se habia tratado de seducir con oro y promesas á uno de los ciudadanos encargados de la guardia de la puerta de la ciudad, para que dejase penetrar por ella durante la noche á algunos soldados de Valentinois. Decíase que el seductor habia desaparecido en el momento en que los jóvenes ciudadanos trataban de prenderle. Todos los extranjeros habian sido llamados delante de los magistrados. Esta orden no produjo efecto alguno en Maquiavelo, empero el pisano se puso pálido y tembló.

El florentino nombró su patria; pero no pudiendo hacerse recomendar por ningun ciudadano, iban ya los magistrados á pronunciar su arresto provisional, cuando pidió permiso para escribir al duque de Urbino. En cuanto recibió éste el mensaje del extranjero, vino á buscarle en persona, y le abrazó tiernamente.

—En mi palacio, dijo, en medio de mis súbditos hubiera yo querido recibir al mas digno ciudadano de Florencia. El cielo me lo envia para consolar mi infortunio. Magistrados de San Marino, ¿qué podemos temer de Borgia, cuando un rayo de luz brilla sobre vuestra montaña? El amor de la libertad alienta el generoso corazon que palpita en este pecho: y me honro en estrechar la mano de un amigo, esta mano que debe enseñarnos á los que tenemos las armas á guiarlas á la victoria!

Inclináronse los gefes del gobierno delante de Maquiavelo, que bajó su cabeza ante el duque. En tanto que se tributaba este homenaje á su compañero, miraba el pisano á aquellas virtuosas gentes con ojos de envidia, de compasion y de cólera. Llególe su vez de responder á las preguntas de los magistrados:

—¿Quién eres? le preguntaron.

—Soy ciudadano de Pisa, respondió.

—¿Cómo te llamas?

—Lenzoli.

—¿Qué te ha traído á esta montaña?

La alta reputacion de que goza el gobierno de San Marino.

—Lenzoli de Pisa: jamás hemos rehusado la hospitalidad en esta montaña, conocemos sus leyes y sus deberes. Libre has subido á lo alto de esta roca, y libre bajarás de ella cuando nuestra falange haya conducido lejos de las garras del buitre al descendiente de los amigos de nuestros antepasados, y nuestro amigo mismo. Hasta entonces eres nuestro prisionero.

—Sábios magistrados, respondió Lenzoli con aquella calma y tranquilidad que tan á propósito sabia tomar, son muy prudentes vuestras decisiones para que tenga que decir nada contra ellas un partidario de la independencia de los pueblos. Feliz el príncipe que tiene amigos como vosotros. Me someto gustoso á vuestro fallo, porque este ciudadano ilustre sabe cuan grato me es el respirar el aire de aquí.

Poco tiempo antes habia entregado Maquiavelo á un enviado de Guidobaldo unas notas sobre el arte de la guerra: habia el duque combatido algunos de sus principios, y en la correspondencia que habia mediado entre ellos en esta disension habia anunciado el florentino su intencion de desenvolver un dia su sistema en una obra que iba á escribir. Esta circunstancia acababa de atraerle la recompensa mas lisonjera para un escritor, y el duque de Urbino respetando el incógnito que parecia querer guardar, habia hecho formar mil conjeturas al pisano. Maquiavelo estaba demasiado orgulloso con su posicion; pero demasiado generoso tambien para no acudir al auxilio de su compañero, cuyos secretos le habia hecho descubrir la casualidad. Habló, pues, por él, y aun obtuvo una libertad que modestamente rehusó el pisano solicitando como un favor quedar bajo la caucion y custodia del jóven Agosto, cuyo huésped era, cuando tuviese que separarse de los altos personajes con quien el cielo le habia puesto en contacto. Habia tanta cortesanía en sus modales, en su lenguaje, que encantado de ellos Guidobaldo le manifestó su benevolencia, y le invito á que con Maquiavelo subiese con él á la Guaita, para gozar de la puesta del sol.

—¡Buenos amigos! dijo el príncipe.

—¡Escelentes ciudadanos! añadió Maquiavelo.

El pisano guardó silencio.

Llegado que hubieron á la cumbre de la montaña, los tres extranjeros contemplaron maravillados el magnífico panorama que se ofrecia á su vista.

—¡Oh patria mia! exclamó con entusiasmo Maquiavelo, ¡Florencia! También el sol en este momento dora sus risueños contornos, las vidrieras de sus palacios, las tranquilas aguas de su río; pero el aire mefítico de la esclavitud ha corrompido tus ricos habitantes. La antigua virtud de la Toscana y de la Italia entera se ha refugiado sobre una estéril roca: allí permanece invencible... grandes ciudades, cuyos muros diviso, todas lanzais tristes gemidos, todas llorais vuestro antiguo esplendor, vuestra perdida libertad. Aquí solo, aquí escucha el cielo acciones de gracias... ¡Oid!... la voz del Rubicon al través de los siglos acusa aun á César. Los arcos levantados á Augusto y á Trajano no consuelan á Rimini y Ancona de sus pasadas desgracias, del malestar de los tiempos presentes y de los temores del porvenir. Yo te saludo, Rávena, donde el Dante exaló sus quejas. Espera y sé fiel Urbino, tu noble padre alza dignamente su cabeza, que no ha abatido la traicion. ¿Vosotras, que os doblais bajo el yugo de Valentinois y del extranjero, Faenza, Cesena, Cervia, Pésaro, no os alzareis á la señal de la venganza?

—Tengo el presentimiento de que será libre la Romana, dijo Guidobaldo.

—La Romana verá cumplirse su destino, añadió con profético acento Lenzoli.

—Cualquiera que este sea, prosiguió el ciudadano de guardia en la Guaita no nos ligaremos á él. Nuestros pergaminos prueban que el monte Titan jamás formó parte de la Pentápoli y del exarcado de Rávena. El rey Pepino no ha podido comprender en su piadosa donacion, lo que por ningun titulo le pertenecia.

La sangre fria y aire de importancia con que hizo el San Marinés su patriótica observacion, produjeron en los tres huéspedes un efecto que se manifestó por una risa sardónica en el pisano, por un gesto de aprobacion en el duque, y por una mirada de asombro en el florentino.

—Preguntad á la turba esclava, dijo Maquiavelo, lo que han hecho sus antepasados, y os responderá con un estúpido silencio. En un pueblo libre se trasmite de edad en edad todo lo que interesa á la patria. Esta historia oral es la fuerza de sus instituciones.

Dirigiéndose despues al ciudadano del Titan continuó:

—¿Y qué hombre libre no teme las santas artes y las mañas de Alejandro VI?

—Tanto como nuestros padres temieron al poderoso genio de Gregorio VII, respondió el ciudadano de la montaña.

—¡El poderoso genio! repitió Maquiavelo: ¿por qué hablar así de aquel mendigo, que encadenó los reyes y los pueblos?

—¿Por qué? exclamó el hombre del puñal con imponente voz y faltando á su pesar á la especie de reserva que parecia haberse impuesto. ¿Preguntan por qué hace el leon temblar á los ciervos? ¿Por qué el águila se cierne en los aires, por qué alumbra el sol al mundo? hablabas esta mañana del genio militar, que ha hecho reyes de algunos hombres muy oscuros, pero el verdadero genio no sufre dominacion alguna, porque él es todo, comprende todo como Dios: tiene la mision de regir el universo. El colocó tan alto á mendigos, á pescadores, á cuyo solo nombre bajaron eternamente la cabeza los gefes mas poderosos....¿A que llamarias tú genio, ciudadano de Florencia, sino á esta facultad de establecer grandes cosas en el mundo? Pontífice de un solo Dios quiso Ildebrando que no hubiese mas que un solo gefe para dirigir su pueblo. Habia comprendido bien el catolicismo. Vino á consumir aquella ley social, y á darle el último término de su desarrollo. ¿Sabes tú lo que sería hoy la humanidad, si un hombre salido de la clase mas baja no se hubiese colocado superior á los reyes? Un cuerpo sin fuerza, una de esas sociedades estériles, de que nos ofrece un pálido bosquejo esta montaña. El poder espiritual ha perfeccionado la especie humana: en el seno de la Iglesia se han elaborado las ciencias, cuyos beneficios nadie puede negar. El clero ha conducido con paso rápido el mundo por medio de los príncipes....mirad el camino que ha andado, hoy descansa. Discursos impíos anuncian nuevas teorías suponiendo nuevas necesidades. Se comienza á criticar el antiguo sistema, pero una época de transicion debe aguardar á los nuevos reguladores. ¿Vendrá otro Ildebrando y tal vez Alejandro VI, á quien acusamos como hombre, trata de tener firmes las riendas que han dejado caer las manos de sus predecesores? ¿No se ha visto recientemente el espectáculo imponente de dos poderosas naciones sometiendo sus diferencias y disensiones al desinteresado juicio del padre comun de todos los fieles, y poner fin con su fallo á interminables guerras? ¿Hay mas grande honor para la humanidad, que esa bendicion papal dada al universo, que ese poder moral que se estienda hasta los límites del mundo, á medida que la ambicion del hombre ensancha la esfera? ¡Eterno destino del nombre de Roma! tal vez Ale-

¿andro VI, como aquel rey de Macedonia, cuyo nombre lleva, sueña en efecto en un poder unitario universal. Las armas de su hijo César Borgia protegen esta grande idea, que fué la del héroe cuyo nombre lleva también. Ciudadano de Florencia, cree en mis palabras, largo tiempo he meditado en estas serias materias que preocupan todos los ánimos. La libertad no florecerá sino á la sombra de la silla del apóstol cristiano: los príncipes no sacudirán la obediencia filial que deben al poder espiritual, sino para oprimir los pueblos.

El asombro del duque y de Maquiavelo hizoles callar al pronto, cautivando su atención. Sin embargo, Maquiavelo respondió con aquella afición natural, que tiene todo escritor á disputar.

—Ciudadano de Pisa, yo que jamás rechazo una idea si es justa, por opuesta que sea á mi opinión, reconozco que hay verdad en tus palabras. No se puede negar el hecho, el clero fué largo tiempo el guía de la humanidad.

—Lo fué siempre, replicó Lenzoli, cuya elocuencia se animaba con esta discusión, su misión es la de serlo. El pueblo le sigue, como la columna de fuego que guiaba á Israel.

—Sea, dijo Guidobaldo: ¿pero hoy es por amor á la civilización por lo que el clero quiere aun ser el señor de los reyes?

—Dudarlo es una impiedad, el clero solo puede preveer el porvenir de la humanidad, porque tal es el objeto de toda ciencia. La ciencia de la especie humana debe ser el patrimonio de aquellos, para quienes nada tienen de oculto las conciencias.

—¿Pero, continuó el futuro historiador de Florencia, es por mantener á las naciones bajo una pasiva obediencia, ó para ensanchar la esfera de su existencia por lo que Alejandro VI y Valentinois cometen á porfía tantos crímenes? Todo el tiempo que el saber permaneció encerrado en los claustros, debieron los mongés ejercer una influencia natural: pero deben perderla ahora, que las ciencias y las artes brillan con todo su esplendor en el seno de las ciudades, El pueblo sigue siempre la columna de fuego que le guía, has dicho, pero los sacerdotes no forman hoy sino la de negro humo que vá detrás. Que el clero invoque el nombre de Dios para conservar la humanidad en las virtudes cristianas, y permanecerá omnipotente.

—Y los pueblos sumidos siempre en la misma ignorancia.

—Florencia acaba de ver á fray Gerónimo Savonarola estrellarse en sus proyectos. Ya no se cree que un hombre hable con Dios. Pasó el tiempo de las revelaciones.

—Pero, ¿qué hubiera hecho Savonarola, si como Moisés, Ciro, Theseo, Rómulo, hubiese profetizado con las armas en la mano?..

—¿Qué creencias quieren imponernos los debastadores de la Italia?

—Quieren afirmar las que condujeron el mundo al grado de perfección en que se halla.

—Es ya demasiado tarde. Han producido todo el bien que podían producir. Wiclef, Juan Hus, y Gerónimo de Praga han comenzado una nueva época, sus sucesores la acabarán.

—¡No, por la espada de San Pablo! Esos pretendidos reformadores quieren detener la marcha del progreso, y hacernos retrogradar. Vanas son sus palabras, frías sus interpretaciones como su letra; no, no sofocarán el espíritu del Señor. El cristianismo es eterno ¿y qué religion puede existir sin pontífice?

—¡E infalible sin duda!

—La diabólica risa que asoma á tus labios, ciudadano de Florencia, no destruya lo que es indestructible. *Ubi Petrus, ibi ecclesia*. ¿Qué es el cuerpo sin la cabeza? ¿Has visto tú andar á un decapitado?

—A San Dionisio de Francia, si no lo lleva á mal vuesa señoría.

—Burlona es la respuesta pero es la del que no puede contestar con razones. ¿No se necesita de un vínculo de unidad? El papa es Pedro por el poder, Samuel por la jurisdicción, Moisés por la autoridad, Melchisedech por el orden, Abraham por el patriarcado.

—Señor Lenzoli de Pisa, dijo Maquiavelo con tono entre serio y burlon, si manejas la espada tan bien como la palabra te abrirás paso en la refriega. Extraño es tu amor á la libertad, que anima tu corazón contra los mejores amigos de la democracia. Los papas fueron lo que debieron ser cuando solo se limitaban á emplear las censuras, pero han reunido la fuerza de las armas á la de las indulgencias para imprimir el terror y la veneración, y usando mal de uno y otro medio han perdido enteramente el primero y se han puesto á discreción del otro.

—Verdad dices, ciudadano de Florencia, respondió Lenzoli en el mismo tono. Así es que el papa actual ha reconocido el error y encargado á su propia sangre defender su propia causa. En cuanto á mí, soy amante de la libertad, pero no de la que aprisiona al hombre dentro del recinto de una ciudad, que inspira el mezquino sentimiento de la patria; soy amante de la libertad católica, es decir, poderosa, universal, porque es de origen cristiano. La palabra de Dios es universal como su pensamiento.

—¡Por mis barbas! ciudadano de Pisa, dijo Guidobaldo, tú has be-

bido en el vaso de algun alquimista que tenga pacto con el diablo, ó bien con Su Santidad Alejandro VI. No diria mas su hijo bastardo.

—Noble señor de Urbino, yo discuto franca y libremente con hombres capaces de comprenderme y de contestarme. Valentinois dicen que tiene una ambicion sin limites: su larga espada está apoyada en el poder papal, sin embargo, si mandase yo las tropas que vemos maniobrar en este momento en el llano, antes de que se hubiese puesto el sol, ya habría enarbolado mi bandera en este sitio en que estamos, porque diria á los habitantes de la montaña: obedecedme, sois ciudadanos del Universo.

—Mientras se realizan vuestros sueños, librenos Dios de los BORGÍAS.

—¡Amen, noble duque!

—Pienso en todo lo que acabo de oir. ¿Quién eres tú cuyo cerebro abarca una idea tan vasta que Dios solo ha podido concebir?

—He pasado mi juventud en la universidad de Pisa, mano á mano con el hijo de Lorenzo de Médicis (1). Pico de la Mirandola, Juan de Lascaris y todos los sabios que atraia la corte de Florencia no se han desdeñado de combatir mis doctrinas: la idea de la unidad religiosa ha engrandecido al mundo, ella sola debe regenerarlo eternamente en el porvenir. En cuanto al presente suscribo á cuanto querais para detener los progresos de Valentinois.

—Que me dé su socorro Venecia, y le enseñaremos lo que valemos en el arte de la guerra.

El duque de Urbino y Maquiavelo cambiaron entre si una sonrisa de inteligencia. Sorprendióla Lenzoli, y se arrugó su frente, anubláronse sus ojos, y se contrajeron sus labios al pronunciar las palabras siguientes:

—La dificultad está en abrirse paso hasta allí: las tropas de Borgia están al pie de la montaña.

—Las batiremos, respondió Guidobaldo levantando su encanecida cabeza.

—Os confundirá su número.

—Nuestros amigos de San Marino no están enervados por la molice.

—Cualquiera que sea su número debemos temer su encuentro con hombres avezados á los combates.

(1) Lorenzo de Médicis, cardenal despues, y papa bajo el nombre de Leon X, y que dió nombre á su siglo por el renacimiento de las letras.

—Mercenarios viles, añadió Maquiavelo, no defienden como nosotros por convicción una causa, y huyen cuando el peligro es mayor ó escude á la paga que reciben.

Un movimiento convulsivo agitó al pisano.

—Tal vez esa es la verdad, dijo con una especie de forzada resignación, cambiando la involuntaria expresión de su semblante. ¡Durmamos, pues, en el seno de la esperanza!

Y mañana, añadió el duque, el nuevo sol saludará nuestra victoria.

Doraban la base del monte en aquel momento los últimos rayos del astro del día.

—¡Esta es la felicidad! esclamo Maquiavelo. La encuentro al fin sobre esta montaña. Aquí no hay señores ni esclavos. No hay mas que virtudes. ¡Venturosa comarca!

—Un señor reina aquí, respondió Lenzoli con exaltación, pero es el de todos los pueblos. Venturosa comarca!... Tal vez sus habitantes no tratan de apartarse del sendero trazado por la religión. Las sutilezas, y vanas controversias no vienen á apagar en ellos la antorcha del catolicismo, creen con ciega sumisión en el verdadero Dios... Con todo, languidecen en esta tranquila felicidad cuando todo se renueva en torno de ellos... No, no hay felicidad posible para un pueblo que permanece estacionario!

VIII.

El ciudadano de Pisa fué confiado á la custodia de Agosto, como el mismo habia pedido. Hallábanse sumidos en la calma y mas profundo sueño todos los habitantes de la montaña. Solo Lenzoli no dormia, y permanecía asomado, inquieto y meditabundo, á la ventana.

—¿Quién será este hombre? pensaba el hijo adoptivo de los ciudadanos, todo es extraordinario en él, me impone un respetuoso temor á mí, que hasta ahora solo he temido á Dios omnipotente? por qué se entrega á una profunda meditacion á la hora del sueño? Por qué temblaba Marina algunas veces en su presencia?... Marina habitó en Pisa, y Pisa es la patria del extranjero...

Un gesto de Lenzoli interrumpió estas reflexiones. Despues de haber paseado una inquieta mirada sobre cuanto le rodeaba, cual si de repen-

te se hubiese acordado de su posición echóse de pechos sobre la ventana para mirar al llano, y pareció contar las hogueras que habían encendido las tropas acampadas en él. Un movimiento involuntario del joven hizo estremecer y exclamó con terror:

—¿Quién está ahí? á la guardia!

—¡Perdon! perdon! tartamudeó Agosto asustado con lo brusco de esta exclamación. No tema nada su señoría, yo soy su guarda en efecto, no se conocen traiciones en la montaña, y le ruego se entregue tranquilamente al sueño, de que yo también tengo necesidad.

—¿Estabas cerca de mí, joven? respondió el pisano. Ven acá, escucha: acércate... mas cerca aun: siéntate sobre mis rodillas... ¿estás temblando?

—No: pero hace muchísimo tiempo que no me ofrecen semejantes bancos, he manejado la lanza!... Tienes unas miradas tan extraordinarias!

—¿Te dan miedo, y has manejado la lanza?... Tranquilízate: mis ojos espresan la alegría que siento al encontrarme solo contigo... el sueño se ha hecho para esas gentes calmosas que solo piensan en sí.

—¿Por que no duermes tú, y en qué piensas?

—¿En qué? atrevida es la pregunta... pero me gusta tu carácter. Responde, Agosto, ¿has visto alguna vez un grande ejército?

—Desde que he nacido, ningún enemigo ha amenazado á la montaña.

—¡Qué noble oficio es el de la guerra!

—¡Oficio!... Nosotros no sabemos usar de las armas, sino para rechazar injustas agresiones.

—Querido mío, si los hombres fuesen bastante ciegos para rechazar el bien que se les presenta, ¿no sería justo y humano obligarles con las armas á recibirlo?

—Cristo no intentó ese camino.

—Otros tiempos necesitan otros medios. ¿Creo que sabes leer?

—Sí, en este libro que ves aquí, es un regalo que me hizo Marina: no hay página que no conozca.

—¡Es una hermosa obra!... La noche está clara, léeme algo.

—Con mucho gusto. ¿Qué quieres que te lea?

—Abre á la aventura, todo es bueno, es *La ley de gracia*.

Tomó el joven el libro, y leyó con voz alterada por una emoción, cuya causa ignoraba:

—«En el año quince del imperio de Tiberio César, siendo goberna-

»dor de la Judea Poncio Pilato, Herodes tetrarca de la Galilea, su her-
»mano Felipe tetrarca de Iturea, de la provincia de Traconita, y Li-
»sanias tetrarca de Abilena, y Anás y Caifás grandes sacerdotes hizo
»Dios oír su palabra á Juan hijo de Zacarías en el desierto: y fué por
»todo el país de las inmediaciones del Jordan, predicando el bautismo y
»la penitencia para la remisión de los pecados, según estaba escrito en
»el libro de las palabras del profeta Isaías: oyóse la voz de éste que
»gritaba en el desierto: preparad las vías del Señor, allanad sus cami-
»nos, todos los valles se llenarán, todas las montañas y colinas desapa-
»recerán, los caminos torcidos se enderezarán y los hombres verán á
»Dios su Salvador.»

—¿Comprendes este pasaje? preguntó el extranjero con un tono de voz que se insinuaba hasta el fondo del alma. Vamos, explícame lo que entiende el profeta por el camino del Señor.

—Es á la vez el tiempo pasado, el tiempo actual y los tiempos venideros hasta el reinado de Dios.

—Entonces, como dice el apóstol, todos los valles se llenarán, todas las montañas se allanarán. Pero hasta entonces nuestro deber es, contribuir á preparar el camino del Señor con los instrumentos que el tiempo coloca en nuestras manos. La guerra es hoy el medio de allanar los senderos.

—¡La guerra! ¡cuándo Cristo desarmó al apóstol!

—Si, los primeros cristianos no debían emplear sino la dulzura, la paciencia y la persuasión para propagar su fé sobre la tierra. Pero otra cosa es mantenerla en ella.

—No te comprendo.

—Lo creo. ¿Cómo comprenderás tú lo que se diga del porvenir cuando ni aun sabes lo que han querido decir en lo pasado? Pero mira, ¿no divisas en la llanura las hogueras de las tropas de Valentinois, dueño de la Romaña en nombre de la Iglesia?... Pues bien, si él viniese á decirte: una de esas grandes ciudades que ves, será tu patrimonio, entrégame tu montaña...

Indignado Agosto iba á responder; pero le intimidó la mirada del extranjero.

—Me aterra, dijo, ¿qué pretendes de mí? terribles historias me han contado acaecidas en esta montaña. Dicen que el enemigo del género humano para tentar á nuestros antepasados vino en figura de reyes, procónsules, bajo la mitra de oro de los obispos, y bajo la sombría capucha del anacoreta... Tiemblo á pesar mío, aunque el rector de

San Juan *Sotto le Penne* me demostró lo absurdo de estas groseras fábulas.

—No, querido mio, las que te parecen fábulas hoy, fueron otras tantas verdades en otro tiempo, y tal vez llegará un día en que la guerra no sea mirada, sino como una tradición de poetas, contradicha por los arqueólogos: entonces el llano y el monte nivelados se confundirán, entonces solo todos los hombres verán á Dios su Salvador.

—¿Eres algun ministro del Evangelio, que con tanta seguridad lo esplicas?

—No, no, hermoso niño, no soy mas que un pobre soldado.

—¿Y qué vienes á buscar en este árido monte?

—Vas á saber lo que vengo á buscar. Pero dime, ¿te interesa mucho esta montaña?

—Es mi patria, mi única familia.

—No, hijo, no. Me pertenece el secreto de tu nacimiento, y es llegado el momento de revelártelo.

—Es verdad... ¡has hablado de mi padre, y he podido estar tanto tiempo solo contigo, sin tratar de descubrir al autor de mis dias!... perdona, buen extranjero: hoy la patria debia ocuparme enteramente. Tiene tantos derechos á mi reconocimiento!...

—Me gustan y apruebo esos sentimientos; pero el que jamás ha estrechado la mano paternal ¿sabe los deberes que impone el vinculo sagrado, la santa autoridad de padre?

—Ninguno los ignora aquí: amor, respeto y sumision.

—Bien, bien. No en vano deposité tu cuna en el santuario de la montaña; mis deseos se han cumplido.

—¡Tú! ¡tú! exclamó, ¿fuistes árbitro de mi destino? ¡Ah! no detengas por mas largo tiempo los latidos de mi corazon.

—Pues bien, Agosto, abraza á tu padre...

—¡Tú! ¡tú! ¿por que no lo he adivinado?

—¡Si, hijo mio, soy tu padre! Forzado á confiar tu infancia á manos extrañas, he querido que fuesen puras.

Precipitóse Agosto en los brazos del extranjero con los ojos inundados de lágrimas.

—¡Padre mio! ¡padre mio! repetia entregándose á la mas viva alegría, cual sino pudiese cansarse de decir esta palabra.

—Si, lo soy: y para verte, Agosto mio, para gozar un instante de estos dulces abrazos, he desafiado los obstáculos, he salvado las distancias... no pensaba entonces que este momento de felicidad debia acarrearle terribles resultados.

—¿Qué dices? ¡Santo Dios! espílicate...

—He dado mi palabra solemne, querido hijo: sino estoy en la llanura antes de la aurora, es segura mi deshonra y mi muerte.

—¿Qué oigo!

—Tengo que vengar mi honor ultrajado en público palenque... al menos decia yo, si mi brazo hace traicion á mi valor, habré visto antes al que me debe su existencia. Quería adquirir con tu vista un motivo para amar la vida, y fuerzas para defenderla contra mi enemigo.

—¡Batirse solo!... ignoramos en la montaña semejantes costumbres. ¡No debía conocer á mi padre sino para llorarlo! .. ¿Ese extraño y singular combate lo aprueban los hombres sabios y juiciosos?

—¿Lo llaman el juicio de Dios?

—Eso es profanar su nombre.

—Hijo mio, desde que los hombres se han reunido en sociedad todo lo que tiene el carácter de una ley, todo lo que impone respeto á eso que se llama pueblo, es de esencia divina. Caballero, debo seguir las costumbres de mis iguales. Dios y la espada, he aquí nuestro derecho.

—¡Caballero! grande honor debe serlo, pero si el honor es grande el título de tal lleva consigo penosas obligaciones, segun lo que me han contado de la caballeria.

—Amar á su Dios.....

—Proteger al débil contra el poderoso, reprimir la injusticia, vengar al oprimido, ser fiel á sus juramentos y no faltar jamás á su palabra.

—Bien dicho, hijo mio, cuando la edad te haya hecho hombre te calzaremos la espuela.

—En nuestra montaña todos son hombres y caballeros, cuando saben distinguir el bien del mal.

—Agosto, tu padre te ofrece un campo mas vasto para que se distinga tu brazo en las batallas, y la rectitud de tu juicio en la administracion civil.

—¡Dios me salve! padre mio y señor, no abandonaré el monte en que fui criado. En quince años no ha desmentido un solo dia su ternura Marina y no la abandonaré con ingratitud. Ella sola debe ser mi madre, ella sola ha llenado los deberes y sufrido las penas de tal.

—¿Qué! ¿no deseas conocer á la que te ha llevado en sus entrañas?

—Ella ha podido vivir sin su hijo.

Hubo un momento de silencio. Combatia Agosto entre sus deberes de ciudadano y de hijo.

La palidez de Lenzoli, su acelerada respiracion, eran seguros indi-

cios de los rápidos y sucesivos movimientos que agitaban su pecho. Tomó la palabra.

—Agosto, es preciso que yo baje á la llanura. El tiempo corre prontamente al lado de un hijo: no debe sorprenderme el día en tus brazos.

—Padre mio, respondió el jóven palideciendo á su vez, ningun huésped, ningun habitante debe abandonar este recinto.

—Sálvame, dijo el extranjero cuya agitacion se aumentaba: te lo suplico, te lo mando.

—Los magistrados han dado su decreto.

—La voz de la naturaleza te habla: tú salvarás á tu padre.

—La puerta está guardada.

—No es imposible la huida si existe alguna brecha, alguna salida por el lado de los picos.

—No hay medio alguno de evasion, la naturaleza y el arte han hecho inaccesible este sitio.

—No se trata de subir á él, sino de bajar... la noche nos protege.

—Una muerte segura seria el resultado de este temerario designio.

—En este caso aqui tienes oro, corre á las guardias de la puerta, da y promete.

—Seria encargarme de una mision inútil.

—¿Prefieres esponerme á la vergüenza, á la muerte tal vez? ¿Serás parricida?

Esta terrible palabra produjo sobre el jóven una impresion tan viva, que lo sacó de repente del abatimiento en que se hallaba sumido.

—No, no, exclamó, tus pasos hollarán la llanura antes de salir el sol. Nada es aqui imposible para la virtud. Aguarda, espera. ¡Ayudadme, Dios mio!

Y despues de haber estrechado en sus brazos al sorprendido extranjero echó á correr precipitadamente, desapareciendo en las tinieblas.

(La continuacion en los números siguientes.)

REVISTA POLITICA ⁽¹⁾.

Aun cuando el ministerio tal como estaba á fines de mayo no augurara larga existencia, es lo cierto que empezó junio sin pronósticos de que su muerte se hallara cercana, ni de que la padeciera por influencias ó presiones desconocidas donde quiera que son verdad los gobiernos constitucionales. Pero á muy breves dias apareció en crisis el ministerio, terminando con dimitir cinco de sus individuos las carteras.

Todo provino de un decreto sobre Milicia nacional acordado en consejo, rubricado por la real mano el 3 de junio, é inserto el 4 en la Gaceta. Sus disposiciones se reducian á suspender el alistamiento forzoso, á no consentir mas allá del año corriente la exaccion de las cuotas á los exceptuados, y á transmitir el gobierno á sus delegados de provincia la facultad que tiene para excluir de las filas á los que no inspiren completa confianza.

Por de pronto la opinion pública celebrólo generalmente, casi por unanimidad la prensa, y el primer dia ni una voz sonó dentro de las Cortes en su contra. Sin embargo veinte de los treinta comandantes de la Milicia madrileña pensaron de otra suerte, é hicieron renuncia de sus cargos: con sobresalto ó por afan de hacer figura, se declaró el Ayuntamiento en sesion permanente: imitóle anhelosa la Diputacion de la provincia; y comisiones de su seno pasaron á exponer al duque de la Victoria y al conde de Lucena los inconvenientes de que se ejecutára lo mandado.

Consecuencia de esto fué que la noche del 5 se celebrára consejo de gabinete. Al empezar dominó el pensamiento de sostener el real decreto, fundándo-

(1) Esta Revista no es ya de la bien cortada pluma que ha trazado las de los números anteriores.

se en la conveniencia de reformar la ordenanza de la Milicia y en la posibilidad de patentizar que el ministerio no se habia excedido de sus atribuciones. Por que reconocida la necesidad de reforma, dilatándose indefinidamente á causa de las dificultades con que tropezaba la comision encargada de prepararla, y no llevando trazas las Cortes de ocuparse pronto y de plano en el asunto, algo habia de hacer en tal situacion el gobierno. Ademas éste no iba contra el espíritu de la ordenanza vigente con la calidad de interina. Por enero se prevenia hacer el alistamiento forzoso, y era ya entrado junio: para los gastos de la fuerza ciudadana se exijian las cuotas á los exceptuados, y estos gastos parecian ya nulos, despues de haber destinado las Cortes diez millones de reales á su armamento: nada mas natural que transmitir el gobierno sus facultades á los que le representaban en las provincias; y sobre todo si el real decreto contenia algo digno de censura, era de esperar que, pesadas las circunstancias, un bill de indemnidad de las Cortes saneara los procederes de los ministros.

Con el dictámen apoyado en tales razones dió por tierra el señor Madoz pintando el peligro de que el ministerio sufriera una derrota, y que ésta alcanzára al general Espartero en quien se vinculaban todas las esperanzas. De resultas, los señores don Claudio Anton de Luzuriaga, don Francisco Lujan, don Joaquín Aguirre y don Pascual Madoz dimitieron sus carteras á imitacion de don Francisco Santa Cruz, el cual habia manifestado irrevocable propósito de no ser ministro, luego que supo la renuncia de los comandantes de la Milicia y la oposicion que el Ayuntamiento de Madrid y la Diputacion provincial hacian al real decreto de 3 de junio.

Les sucedieron el general don Juan Zabala en Estado, don Manuel Alonso Martinez en Fomento, don Manuel Fuente Andrés en Gracia y Justicia, don Juan Bruil en Hacienda y don Julian Huelbes en Gobernacion, jurando en manos de S. M. el 6 de junio por la mañana.

Don Juan Zabala, de reputacion militar excelente y muy justa, no ha intervenido, que sepamos, en asuntos como los que ahora tiene á cargo. Don Manuel Fuente Andrés fué redactor del *Eco del Comercio*. Don Manuel Alonso Martinez cuenta á la sazón de 27 ó 28 años, y hace muy poco terminó el estudio de la jurisprudencia, siendo aventajadisimo entre sus condiscipulos de la universidad de la corte. Don Juan Bruil es un opulento comerciante de Zaragoza, director de la caja de descuentos de la misma, y ha figurado como vicepresidente en su última junta. Don Julian Huelbes hace ya tiempo que viene representando en las Cortes á su provincia de Toledo.

Ocasionada y resuelta contra las prácticas parlamentarias consideróse esta crisis ministerial con razones muy justas. Al par que el Consejo de ministros, juntábase en las Cortes un centenar de diputados la noche del 5 entre demócratas, progresistas puros y algunos templados, y hasta la una hablaron mucho, sin que determináran nada. Tentativas hubo para que las Cortes se manifestáran descontentas de los ministros salientes y aun hostiles á los entrantes; mas atajólo todo el general San Miguel, que presidió la junta aquella, poniendo por delante la contingencia de ofender al señor duque de la Victoria.

Por consecuencia de una interpelacion del señor Ruiz Pons sobre la caída antiparlamentaria de los cinco ministros y la formacion del nuevo gabinete y de una proposicion del señor Ulloa, pidiendo que las Cortes declaráran no haber quedado satisfechas de las explicaciones dadas sobre el asunto, platicóse largamente de los citados sucesos en las sesiones del 9 y del 12. Todos los ministros salientes hicieron uso de la palabra: el señor Santa Cruz con energía muy serena; el señor Luzuriaga con el buen seso que le es propio; el señor Lujan con apasionamiento; el señor Aguirre con sobriedad muy vigorosa; el

señor Madoz con desventura; resueltos los cuatro primeros á dar su apoyo al gabinete; ignorante el último de lo que haría, bien que determinado á retirarse á la vida privada, si se viese en el caso extremo de hacer la oposicion al duque de la Victoria.

Sustancialmente explicaron los ministros salientes sus renunciaciones, manifestando que su conciencia les habia inspirado obrar de esta suerte para evitar complicaciones, y que, á pesar de merecer la confianza de la corona y de no haber incurrido en la censura de las Cortes, usaron de su libre albedrío, por que la responsabilidad acaba donde éste cesa. Con tal motivo se puso de manifiesto la vida trabajosa que ha arrastrado el último gabinete, no alcanzando mayoría digna de tal nombre, sin embargo de los esfuerzos de sus individuos por caminar siempre de acuerdo, sacrificando muy á menudo las opiniones particulares y uniéndoles el vínculo de la moralidad y el patriotismo.

«Aquí no ha habido mayoría permanente (dijo uno de los ex-ministros):
 »aquí no ha habido mayoría actual, constante: aquí se ha formado una mayoría
 »de agregaciones, unas veces accidentales, otras veces, diré, preternaturales por
 »no decir contra la naturaleza de las cosas; y así no se puede gobernar.... Si
 »los ministros salientes hubieran tenido la simplicidad de creer que contaban
 »con la mayoría ¡cuántas y cuántas mortificaciones hubiera sufrido nuestro
 »amor propio! Para convencerse de esta verdad basta considerar la historia
 »parlamentaria de estos ocho meses, que ha sido una série de crisis, de amargos
 »de censuras ó de proposiciones de censura, que, si no llegaban á sazón,
 »no consistía en la popularidad que los ministros salientes gozáramos entre la
 »mayoría de los diputados.»

Quien hablaba de este modo era el señor de Luzuriaga, añadiendo que habian podido seguir de ministros, mientras su amor propio era el solo que hacia el gasto, mas no desde que el país iba á sufrirlo. Todo á propósito del mal efecto del decreto de 3 de junio entre las filas de la fuerza ciudadana, por lo cual no quedaba otro arbitrio que desvirtuar la Milicia ó reformar el decreto, y siendo lo primero contrario al patriotismo, y opuesto lo segundo al decoro, se decidieron á la renuncia.

Esto colocaba la cuestion en el terreno, ya señalado por la prensa y desde la tribuna, pues el decreto se habia firmado por todos los ministros, y parecia natural que juntos cayeran ó perseveraran en sus puestos. Cómo salió el señor Luzuriaga del apremiante raciocinio, lo revelan estas palabras suyas—«Señores, en toda esta clase de doctrinas, responsabilidad mancomunada y todas las que tienen relacion con ella, hay mucho de ficcion, de lo que se llama ficcion en derecho; y la ficcion en este caso estaba en oposicion con la realidad. Los ministros que hemos salido, por nuestro carácter, por nuestra profesion, por todas nuestras circunstancias, hemos debido ser aquellos, á quienes correspondia meditar esta ley, estudiar hasta que punto, por ejemplo, un decreto, que ha restablecido una ley, puede ser modificado por otro decreto; hasta que punto esa ley restablecida estaba en oposicion con el decreto nuevo y otra porcion de cuestiones de esta especie. Y cualquiera sabe que, por su profesion y estado, los dignísimos generales que para bien del país han quedado en el gabinete, no tenian que ocuparse de esto y que no era posible se ocuparan. No se les ha de juzgar por eso, señores; no se les ha de exigir que vayan á estudiar ahora la ley de 1836, que estudien la fuerza comparativa de un decreto, nó; se les ha de juzgar por si salvan ó no al país; ciertamente que por eso se les juzgará.» Hay que asentar que esto recaia sobre estar ya suspendido el decreto de 3 de junio por una real orden del 7.

De significativo hubo además en estos debates el coincidir el gabinete re-

constituído y cuatro de los ministros salientes en declararse contra los demócratas de una manera terminante: aquel por boca del señor Alonso Martínez; estos por la del señor Luzuriaga. «Entre los demócratas y nosotros hay un abismo,» decía el joven consejero de la corona. «No está el partido demócrata dentro del campo de los liberales,» decía el señor Luzuriaga. Y al par revelaba el señor conde de Lucena, obligado á explicar una frase suya, que al tiempo de ser llamado el señor Madoz para formar parte del gabinete, opinó que un ministerio donde entrara la extrema izquierda, tendría mayoría en las Cortes. Y además el señor Coello, aludido por el ex-ministro de Hacienda, sostuvo de palabra lo que en su periódico *La Epoca* había escrito sobre la semejanza de la conducta del señor Madoz respecto del duque de la Victoria con la del señor Bravo Murillo cuando derribó al duque de Valencia. Todo lo cual parecía dar á entender que de resultas de la crisis sobreexcitada por el señor Madoz, como se ha dicho, no imaginaba este quedar ocioso y libre para veranear donde mas sea de su gusto.

Nada fecundo en bien de España produjo la discusion así inaugurada y mantenida, á no ser la esperanza que puedan engendrar para tiempos mas ó menos remotos los aplausos con que fueron acogidas estas frases del señor Luzuriaga. «Soy muy amante de la union de todos los liberales, y lo he dicho antes de ahora, y no exijo para nadie el sacrificio de sus opiniones, porque los deshonraria. Opiniones legítimas y muy diversas caben dentro de la monarquía constitucional: caben y están bien, y en su dia cada una es provechosa al pais. Los espíritus extremos, contra su intencion, contra su buen deseo, van á acabar con la libertad; eliminando hoy á unos, excluyendo mañana á otros, harán que esto acabe.»

Por fin de lo relativo á la última crisis réstanos consignar solamente que, desaprobando las Cortes la proposicion del señor Ulloa, se declararon satisfechas de las explicaciones dadas sobre su origen, curso y remate.

Lo mucho que debíamos prometernos de la union de todos los liberales para consolidar el régimen parlamentario, se comprende por los maravillosos efectos de su íntima alianza para combatir al galbanizado carlismo. No han durado un mes sus postreros amagos. Dicese que la conjuracion estaba muy ramificada y que ha estallado prematuramente, porque la vigilancia de las autoridades logró descubrirla antes de que llegara á sazón completa. Ello es que los que se lanzaron al campo han desaparecido del todo: vanamente han buscado apoyo los ginetes sublevados de Zaragoza y los paisanos del campo de Bello, que se armaron á las órdenes de los Marcos, en el Maestrazgo y en Cataluña: acosados por columnas de tropa bien dirigidas y por los milicianos nacionales de los pueblos, varios cabecillas, y entre ellos el capitán Corrales, sublevador de la caballería de Zaragoza, han sido pasados por las armas: los soldados arrastrados á la sedicion han vuelto á sus banderas: los mozos, que abandonaron sus hogares, se han acogido á indulto.

Ni han tenido menos desdichada fortuna los que la buscaron propicia en Navarra: apenas asomaron dos ó tres partidas, inermes los mas de los que iban en ellas, cargáronlas resueltamente los carabineros y los guardias civiles, y no hallaron otro recurso que el de trasponer la frontera. Columnas iban de las vencedoras en Aragon á perseguir y exterminar á los que pretendían alterar la paz de Navarra: su Diputacion provincial se aprestaba á alistar compañías de cuerpos francos para el mismo objeto; nada ha sido al fin necesario.

No pequeña parte se debe del pronto y cabal triunfo á la noble y leal conducta del gobierno de Francia, cuyas autoridades han impedido la comunicacion entre los carlistas emigrados y los que alzaban de nuevo su empolvada

bandera. Justo ha sido por tanto el voto de gracias acordado para el vecino imperio por la inmensa mayoría de las Cortes Constituyentes.

Por dicha la victoria ha dado lugar á la clemencia. Diezmados habian de ser los soldados que se insurreccionaron en Zaragoza, y se les conmutó la pena en la de servir por diez años con destino á nuestras posesiones ultramarinas. Sentenciados estaban á muerte tres sargentos del regimiento de caballería del Príncipe y un paisano, complicados en la conspiracion descubierta en la corte: por su indulto habia clamado toda la prensa, y oido el parecer de los ministros, S. M. que anhelaba dar esta nueva muestra de su índole generosa, lo ha otorgado con general aplauso. Efecto contrario hizo en Zaragoza el indulto del faccioso Millan, puesto ya en capilla; mas instantaneamente el duque de la Victoria transmitió por el telégrafo eléctrico muy dignas palabras á los zaragozanos, y se calmó la efervescencia.

Aun no ha desaparecido completamente la partida de los Hierros en el territorio de Burgos: cerca de esta ciudad ha incendiado la silla-correo, que salió de Madrid el 10 por la noche, llevándose ademas la correspondencia del gobierno, que traia la silla procedente de Francia, y quemando las cartas de los particulares. Posteriormente detuvieron la diligencia en que iba lord Hobden mas allá de Buitrago, no molestando á nadie y limitándose á llevarse los tiros de caballos.

Doloroso es que la obcecacion de los carlistas parezca enfermedad grave y sin cura. Para ellos carecen de importancia y significado los lecciones de la experiencia. Miles de sus defensores soltaron las armas hace mas de tres lustros para tender los brazos en Vergara á los que habian mirado como enemigos. Todos los que en Valencia y Cataluña pugnaron todavia desesperadamente por sostener su arruinada causa fueron ahuyentados de todas sus guaridas y hasta del reino los que no acataron la legitimidad y la victoria. Años mas tarde pudieron todos regresar decorosamente á su patria sin mas que reconocer el trono de doña Isabel II y la Constitucion del Estado: muchos aprovecharon tal coyuntura, y se separaron por siempre de sus antiguas filas y rindieron homenaje al nuevo orden de cosas, con lo que mermaron considerablemente los partidarios del carlismo. Aquellos que persistieron en sus errores trataron de encender de nuevo la guerra fratricida, esperanzados en que les seria favorable el espíritu de reaccion difundido por toda Europa á causa de los trastornos que tuvieron principio en París el 24 de febrero de 1848. Otra vez apuraron las amarguras de la derrota, y se pudieron convencer de su impotencia, y tornaron á pisar países extraños. Cabrera, su prohombre, nada pudo á favor de una causa muerta, y distó infinito de ser lo que antes. Casi no vive ya ninguno de aquellos que por compromiso de honra, ó por agravios personales, ó por sus propios intereses radicados en el régimen antiguo, fueron á engrosar el ejército del Pretendiente. De los que aun no han muerto, se hallan los mas bajo la bandera triunfante, á cuya sombra nacen y crecen las nuevas generaciones todas. Mas no obstante lo elocuentísimo de tales hechos, hay carlistas reincidentes é ilusos que esperan mejorar sus horas, y no reprimen la satánica tentacion de probar nuevamente fortuna. Ahora acaban de salir muy escarmentados de su temeraria intentona; y asi y todo es fama que se esfuerzan por reproducirla. Tanta pertinacia y testarudez les impiden ver claro y que ya es pasado su tiempo: que para excitar disturbios si son potentes, porque en toda sociedad hay gentes de ánimo bullicioso, y aficionadas á aventuras, y á codiciar lo ageno por suyo, pero que ya no les asiste virtud para avanzar poco ni mucho en las vias de la victoria. Sangre correrá por desdicha y toda de hermanos: ellos originarán sin duda zozobras y desastres; pero no conseguirán otra cosa que precipitarse por

derrumbaderos, cuyo desemboque es el cadalso. Ultimamente el maestro de escuela de Matadepera, cerca de Tarrasa, se ha levantado por Montemolin al frente de diez ó doce hombres. Al punto salieron en su persecucion mozos de la escuadra y al toque de somaten han marchado á lo propio los nacionales de los pueblos circunvecinos, con lo que de seguro esta partida de facciosos acabará en su misma cuna.

Sucesos deplorables han afligido á la ciudad de Santiago de Galicia, originados por la carestía de los comestibles. Su Ayuntamiento hizo mucho porque se restableciera instantáneamente el reposo: no pudo conseguirlo, hallándose la Milicia nacional dividida y pensando parte de ella como los tumultuados: al cabo prevalecieron los juiciosos y dispersaron á la plebe, que les hizo frente á pedradas. Ya calmado el motin, un miliciano asesinó á su capitan, don Pedro Fernandez de Taboada, disparándole un tiro á boca de jarro. Inmediatamente se trasladaron las autoridades militar y civil desde la Coruña á las poblacion mal tranquila y la declararon en estado de sitio. Esta es una prueba mas de la mala organizacion de la Milicia y de la urgencia de su reforma. Cayendo la ley sobre el delincuente, apellidado Vallejo, ha sido fusilado por un piquete de nacionales de su compañía. Menos las compañías de preferencia, todas han sido desarmadas. Igual providencia ha considerado necesaria el capitan general de Cataluña respecto de la Milicia de San Andrés del Palomar, de Igualada y de Badalona, á consecuencia de los disturbios promovidos por los operarios contra los fabricautes.

Realmente, aunque el orden público no descansa aun sobre sólidas bases, hay fuerza en el gobierno para reprimir á los perturbadores, contando como cuenta con el apoyo de los sensatos. Lo que le trabaja á todas horas es la cuestion rentística y sin esperanzas de mejora. Harto expia la culpa del abandono en que dejó al señor Collado, cuando este se opuso muy cuerdamente á la abolicion de los derechos de puertas y consumos, promovida por irreflexivos diputados, ganosos de una popularidad vana y fugitiva y secunda solo en apuros y sinsabores. Necesitando cubrir un déficit no despreciable entre los presupuestos de ingresos y gastos, aventuráronse á hacerlo mayor todavía con suprimir recursos permanentes, y no parece sino que discurrieron de este modo. — «Nosotros ganemos la popularidad de abolir tributos, y compónganse como puedan los ministros de Hacienda para ir adelante.» — Por lo que hace al señor Collado se compuso, dejando seguidamente su cartera; su sucesor el señor Sevillano se compuso, no haciendo nada y calentando muy pocos dias la poltrona: su sucesor el señor Madoz se quiso componer de varias maneras, bien que se le malograron una á una, sin quedarle ya mas arbitrio, ni otra esperanza que un anticipo forzoso, cuyo proyecto leyó á las Cortes el 4 de junio.

Calculando alli el déficit del presupuesto en 200.000,000 de reales, fijábase en igual cantidad la partida que para cubrirlo se habia de aplicar de los fondos procedentes de la venta de bienes del Estado, del Clero, y del 20 por 100 de los propios. Interin fuera recaudada esta suma, los comprendidos en la contribucion territorial y de industria y comercio, cuyas cuotas anuales dentro de una provincia llegáran ó pasáran de 500 reales, adelantarian el importe de una anualidad de sus respectivos cupos, haciendo su pago por partes iguales dentro de los meses de junio, agosto, octubre y diciembre. Como el déficit no se cubria con el producto del anticipo, se podrian interesar voluntariamente por las cantidades que fueren de su gusto los contribuyentes de cuotas menores de 500 reales y los de cuotas de mayor suma y cualesquiera otras personas, admitiéndoseles en equivalencia de estas suscripciones voluntarias, los créditos vencidos ó que vencieren dentro del presente año por documentos expedidos

:

por las oficinas del gobierno, ó comprendidos en las distribuciones mensuales de fondos. Se entregarían á los anticipantes forzosos y á los suscritores voluntarios billetes, emitidos por el tesoro en cantidad igual á sus créditos respectivos con el interés anual de 8 por 100, pagado de semestre en semestre, contándose desde 1.º de setiembre. Estos billetes, los intereses que hubiesen devengado y el importe del descuento se admitirían como metálico por todo su valor en pago de los bienes del Estado, del Clero y del 20 por 100 de los propios y de la redencion de censos de que habla la ley de 20 de mayo. Todos los billetes que se emitieran así por el tesoro y no se hallaren amortizados de la manera señalada, se pagarían á metálico ó se admitirían en pago de contribuciones en dos mitades, una el 1.º de enero de 1857, otra en igual día de 1858. Por cuartas partes y en los plazos ya dichos se admitiría para el préstamo forzoso á la suscripción voluntaria la cantidad procedente del anticipo decretado en 19 de mayo de 1854, que se debía satisfacer en el presente junio. Si por consecuencia del exámen definitivo de los presupuestos, resultase un déficit menor que el calculado, se haría á los contribuyentes en el último plazo la correspondiente rebaja.

Treinta horas despues de leído este proyecto á las Cortes no era ya su autor ministro de Hacienda. Que suerte le hubiera cabido, si llegára á debate, no es posible augurarle, pareciendo sin embargo que verosimilmente no se librara de oposicion muy vigorosa, como que, aparte la cuestion de legalidad y la consiguiente diferencia entre una providencia decretada por el gobierno ó votada en Cortes, no se concibe qué elementos mayores de popularidad, de aceptacion y de conveniencia existan entre el anticipo impuesto por el conde de San Luis en 1854 y el propuesto por el señor Madoz en 1855. Ello es, que los aplausos obtenidos por este, cuando hizo su ostentoso programa, distaron mucho de reproducirse al poner en claro que todo venia á parar en un anticipo forzoso, convirtiéndose de resultas la ilusion halagüeña en tristísimo desencanto. No hay para que detenerse en el análisis de la última idea rentística del que fué victoreado como el segundo Mendizabal por el señor Alonso Cordero, debiéndose considerar caducada desde que abandonó su silla.

Un dictamen sobre la proposicion del señor Guardiola, relativa á que no se exigiera la parte de contribuciones de consumos, que dejó de satisfacerse por las pueblas durante las juntas, se discutía el 13 de junio, cuando el nuevo ministro de Hacienda hizo uso de la palabra en esta forma.

«Señores, yo respeto y aprecio, como es de apreciar, el celo con que los autores de la proposicion manifiestan su deseo, de que se condone á los pueblos, por quienes abogan, la cantidad que son en deber por el derecho de puertas y consumos; pero como han dicho muy bien los señores que me han precedido en la palabra, si esa condonacion se hiciera, resultaria un déficit mas en el presupuesto, déficit que despues tendria que pesar sobre los pueblos que han cumplido con sus obligaciones, ó bien tendríamos que venir á parar á lo que ha dicho muy bien el señor marqués de Albaida: á aumentar esos 6 ó 7 millones de déficit que hubiera, déficit que no se pagará, y trampa adelante.

«Yo, señores, no puedo manifestar cual será mi sistema, cual será mi plan. porque ni lo he estudiado suficientemente, ni he tenido tiempo para ello. He dedicado todas las horas que me ha sido posible al ejercicio de mis funciones, y creo que no he hecho poco en proporcionar los recursos que han sido necesarios para cubrir las apremiantes obligaciones que con la mejor voluntad de mi predecesor estaban desatendidas.

«He recibido ya la nota del presupuesto de gastos, y ahora tengo que bus-

«car recursos para cubrir ese presupuesto. Si apelaré ó no al derecho de puertas y consumos, no puedo decirlo de buena fé en este momento. Quisiera evitarlo; quisiera evitar tambien el anticipo forzoso; quisiera todo lo que es de querer cuando se procede con la lealtad y buena fé con que yo voy á obrar en esta ocasion. Yo me presentaré aqui ante todo con la franqueza que me es característica como un buen aragonés: al frente de la junta de Zaragoza he sabido acreditar que he tratado de que no quedase nada desatendido, y de que se cubriesen todas las obligaciones, procurando tambien al mismo tiempo algunas economías.

«Ahora estoy ocupado en un trabajo muy superior á mis fuerzas. Tengo que solicitar el auxilio de las Córtes: tengo que pedir informes á todas las personas que puedan ilustrarme, porque yo vengo aqui sin pretensiones de ninguna especie. Partiendo, pues, de este principio, desearia que ni el señor marqués de Albaida ni cualesquiera otros señores diputados me interpelasen acerca de mis intenciones hasta que pueda yo manifestarlas todas de una vez. He dicho.»

Estas modestísimas frases hallaron muy buena acogida en las Córtes. Dias andando, empezaron á circular noticias de que el plan del señor Bruil estaba cimentado en el restablecimiento de la contribucion de puertas y consumos, bien que tratára de dorar la pildora de suerte, que la atravesáran las Córtes. Es fama que al leerlo al Consejo de ministros en la noche del 19, se suscitaron dificultades ocasionadas á que otra vez quedara vacante la poltrona de Hacienda; dificultades nacidas, no de que el Consejo disintiera de las justas razones, que al proyecto servian de apoyo, sino de la contingencia inminente de que fracasara en los debates. A modificarle determinóse el señor Bruil, segun parece; mas ya de este primer tropiezo provino, que la paga de mayo, anunciada para el 20 de junio, no se empezará á satisfacer sino dos dias mas tarde; esto es el 22 en que el ministro de Hacienda leyó su plan ya modificado á las Córtes. Sustancialmente es como sigue.

1.º Que el tesoro cobre los recargos de la contribucion territorial afectos hoy á los gastos municipales y provinciales, y que ascienden próximamente al 3 por 100 de los productos de la riqueza.

2.º Que cobre tambien la tercera parte mas de las cuotas del subsidio industrial y comercial afecto hoy en mayor escala á los mismos gastos.

3.º Que el pago de uno y otro recargo que se calcula en 100.000,000 de reales, se verifique en este año por toda una anualidad.

4.º Que el gobierno alli donde lo juzgue oportuno, pueda cobrar directamente el 15 por 100 de la contribucion territorial.

5.º Que desde 1.º de agosto la sal se venda á 50 rs. el quintal la cual dará un aumento de 28.000,000.

6.º Que se autorice al gobierno á reformar los aranceles segun tarifas que presenta y sin tocar á la cuestion algodonera, calculándose en 15.000,000 el aumento anual de ingresos.

7.º Que se fije un derecho de 2 por 100 sobre las herencias de primer grado; de 8 y 10 sobre los de cuarto grado y estraños, y de uno sobre las mejoras de tercio y quinto, con otro pequeño derecho sobre los arriendos, calculado todo en 4.000,000.

8.º Que los pueblos reemplacen los recargos de la contribucion directa que se apropia el Estado con derechos sobre el consumo, conforme á tarifas que debe aprobar el gobierno.

Todos estos recursos se fijan al año en 143.000,000 y para éste en 119. El resto se toma de la desamortizacion hasta los 200.000.000 del déficit. Se

retira el anticipo y se aplazan para el año próximo el impuesto sobre la renta, la gran reforma de los aranceles, del papel sellado, de la contribucion industrial y la de consumos.

Mas que de complacencia parecieron de disgusto las impresiones producidas por su lectura. A la verdad, generalmente hablando, resalta en la sustancia del plan de Hacienda el buen sentido que el señor Bruil ha acreditado en todo, menos en el proyecto leído á las Córtes, declarando de abono, para los efectos de clasificacion y demas derechos pasivos, el tiempo transcurrido desde 1.º de junio de 1843 hasta fines de agosto de 1854, respecto de los empleados de todas las carreras separados entonces, ó que por motivos exclusivamente políticos renunciaron sus puestos ó cargos.

¿Se aprobará ó no se aprobará el plan del señor Bruil por las Córtes? Nos inclinamos á lo segundo. ¿Quién heredará su cartera? Fuere quien fuere necesariamente ha de proponer un anticipo forzoso, ó ha de recargar las contribuciones existentes ó ha de pedir las nuevas. Porque el déficit existe y es indispensable que se cubra ó el crédito viene á su última ruina. Sin aventurar conjeturas sobre lo venidero, basta para palpar la penuria de nuestra Hacienda lo que resulta de estos datos.

Las distribuciones de fondos acordadas en Consejo de ministros para los meses de enero, febrero y marzo de este año, ascienden á 109.495,746 rs.

Los ingresos presupuestos para dicho trimestre por las oficinas de Hacienda fueron 270.741,724 rs. y lo recaudado ha sido, 252.536,129 rs.

Resta manifestar á propósito de la Hacienda que el señor Bruil dijo, que presentaba su plan con *desconfianza*: que, si lo aprobaran las Córtes retiraria el proyecto de anticipo forzoso, y que de la propia manera retiraria el suyo en el caso de que se hallara otro de mas ventajas. A 25 de junio escribimos esto, y ya se asegura que el señor Bruil se dispone á dejar su cartera, impulsado por el convencimiento de que sus ideas rentísticas no hallan eco entre los diputados. Su tránsito por el Ministerio no habrá sido infecundo á pesar de todo; pues careciéndose absolutamente de recursos al tiempo del nombramiento, encontrólos para satisfacer el semestre de la deuda exterior á muy breves horas, para ir cubriendo las obligaciones de la Caja de Depósitos con esmero, para abonar los premios de la lotería y atajar así la baja de esta renta, para dar la paga de mayo. Se ha acreditado, pues, de muy celoso y de hombre de intencion sana.

Todo anuncia, no obstante, que pronto recibirán las Córtes otro ministro del ramo á prueba y será el quinto en menos de un año. Si con la facilidad que se destruye, se edificara, restaurariase la Hacienda de un soplo. Es lo que las Córtes no debieran de dar al olvido cuando vertiginosas y febricitantes abolieron los derechos de puertas y de consumos, imitando al que tira su fortuna por la ventana. Muchos, casi todos votaron la supresion funesta, y ahora nadie concibe la manera de suplir sus productos. Y no hay que hacerse ilusiones galanas de la cuestion de Hacienda depende el que la situación actual caiga ó dure con el código fundamental y todo.

Impreso ya lo que antecede, la comision de presupuestos ha dado su dictámen sobre el plan de ministro de Hacienda, reducido á que se sirvan desaprobarlo las Córtes, por contrario al artículo 12 de la ley de desamortizacion de 1.º de mayo, por insuficiente para las necesidades que agovian al Tesoro, y por ser de índole inconveniente y gravosa al desarrollo de la riqueza del país los escasos recursos que proporcionaria al gobierno. Este por boca del general O'Donnell declaró en el seno de la Comision de presupuestos que hacia cuestion de gabinete, no la aprobacion del plan del ministro de Hacienda, sino la de cualquiera otro que facilitara pronto recursos, siendo irrevocable el propó-

sito de retirarse todos los ministros, sino se proponian y se aprobaban sin demora. No faltó quien dijera (y parece que fué el marqués de Albaida) que no estaban obligados á enseñar al que no sabia; especie insostenible por lo menos entre cristianos, aunque de su religion no tengan mas noticias que las del catecismo de Ripalda.

Ya el señor Bruil habia dicho al presentar su plan á las Córtes, que estaba dispuesto á aceptar otro quo ofreciera mayores ventajas: y es lo que el general O'Donnell ha repetido en nombre del Ministerio todo. De resultas, abundan planes, cuya discusion está pendiente, uno del señor Figuerola, dando la preferencia al anticipo forzoso: otro de los señores Egozque y Labrador proponiendo la emision de billetes ó de asignados, cuya circulacion sea obligatoria y sin el mas leve descuento: otro del señor marqués de Albaida dividiendo en tres clases los gastos y reduciéndolos en mucho: otro del señor Sanchez Silva teniendo por mejor que se autorice al gobierno para abrir un empréstito nacional voluntario de 200.000,000 de rs. efectivos con un beneficio de 10 por 100 á los prestamistas en el acto de hacer la entrega. A estos planes hay que añadir los de los señores Gaminde y Gonzalez Alegre, de cuya sustancia daremos noticia si les toca el turno del debate, pues lo que ahora se susurra es que se tratará sobre el del señor Figuerola ante todo, y que verosimilmente será aprobado por gran mayoría.

Desde el 31 de mayo al 19 de junio se han votado todas las bases constitucionales aun pendientes, la 12, la 14 y las restantes de la 18 á la 27, no por su orden, á causa de retirar la Comision varias para redactarlas de nuevo, sino á medida que presentaba sus dictámenes, y discutiéndose entre tanto las no modificadas. Por evitar confusion es preferible que su numeracion nos sirva de guia para copiarlas á la letra.

12. Corresponde al rey convocar y abrir las Córtes, y suspender y cerrar sus sesiones y disolver el Congreso; pero con la obligacion en este último caso de convocar otras Córtes y reunir las dentro de dos meses.

Las Córtes se reunirán á mas tardar el dia 1.º de noviembre todos los años, y durante cada uno estarán reunidas á lo menos cuatro meses consecutivos, contados desde el dia en que se constituya el Congreso de los Diputados.

Cuando el rey suspenda ó disuelva las Córtes antes de cumplirse el término prescrito en el párrafo anterior, las Córtes nuevamente reunidas estarán abiertas hasta completarlo.

En el primer caso previsto en el párrafo anterior, la suspension de las Córtes en una ó mas veces no podrá esceder de treinta dias.

14. Es relativa á la Diputacion permanente de Córtes, para velar por la observancia de las leyes, y con facultades hasta para hacer la convocatoria, si el gobierno dejare pasar la época señalada.

18. Cuando el rey se imposibilitare para ejercer su autoridad y la imposibilidad fuese reconocida por las Córtes, ó cuando vacare la Corona, siendo de menor edad el inmediato sucesor, nombrarán las Córtes para gobernar el reino una regencia compuesta de una, tres ó cinco personas.

19. En cada provincia habrá una Diputacion provincial compuesta del número de individuos que determine la ley, nombrados por los mismos electores que los diputados á Córtes.

Estas corporaciones entenderán en todos los negocios de interés peculiar de las respectivas provincias, y en los municipales que determinen las leyes.

20. Para el gobierno interior de los pueblos no habrá mas que ayuntamientos, compuestos de alcaldes, regidores y síndicos, nombrados todos directa ó indirectamente por los vecinos que paguen contribucion directa para los gas-

tos generales, provinciales ó municipales en la cantidad que, conforme á escala de poblacion, establezca la ley.

21. Los ayuntamientos formarán las listas electorales para diputados á Cortes, y las rectificarán las diputaciones provinciales, con intervencion precisa del gobernador civil, dentro de los términos y con arreglo á los trámites que prescriba la ley.

Estas listas serán permanentes.

Los individuos de estas corporaciones y los funcionarios públicos de todas clases que cometan abusos, faltas, delitos en la formacion de las listas, ó en cualquier otro acto electoral, podrán ser acusados por accion popular, y juzgarles sin necesidad de autorizacion del gobierno.

22. El año económico empieza el 1.º de julio.

23. Todos los años dentro de los ocho días siguientes á la constitucion del Congreso, en el período de los cuatro ó mas meses consecutivos en que habrán de estar reunidas cada año las Cortes, al tenor de lo prescripto en la base 12, presentará el gobierno el presupuesto general de gastos é ingresos del Estado para el inmediato año económico, como también las cuentas de recaudacion é inversion de los fondos públicos del penúltimo año para su examen y aprobacion.

El presupuesto habrá de ser precisamente discutido y votado dentro del citado período de los cuatro ó mas meses de reunion forzosa de las Cortes.

24. No puede el gobierno, ni las diputaciones provinciales, ni los ayuntamientos, ni autoridad alguna, exigir ni cobrar, ni los pueblos están obligados á pagar ninguna contribucion ni arbitrio que no esté aprobado por ley expresa.

Los contribuyentes que apronten el todo ó parte de sus cuotas ilegalmente exigidas, sin ser apremiados ó ejecutados, perderán lo que hubieren entregado quedando á beneficio del Tesoro público.

Los ministros, corporaciones y empleados que á esto faltaren, y los empleados que obedecieren ó intervinieren en la exaccion de cantidades no aprobadas por las Cortes, perderán sus empleos y todos los derechos á ellos anejos, sin perjuicio de las penas que se les impongan como infractores de la Constitucion.

25. Las Cortes fijarán todos los años, á propuesta del rey, la fuerza militar permanente de mar y tierra.

Las leyes que determinen esta fuerza se votarán antes que la de presupuestos.

26. Habrá en cada provincia cuerpos de Milicia nacional, cuya organizacion y servicio se arreglará por una ley y el rey podrá, en caso necesario, disponer de esta fuerza dentro de la respectiva provincia; pero no fuera de ella sin otorgamiento de las Cortes.

27. Las leyes determinarán la época y el modo en que ha de celebrarse el juicio por jurados para toda clase de delitos, y las garantías mas eficaces para impedir los atentados contra la seguridad individual de los españoles.

Lo de mas nota en el curso de la discusion de estas bases se reduce á dos votos particulares del señor Rios Rosas, uno en contra de la diputacion permanente de las Cortes, y otro á favor de la intervencion de la Corona en la designacion de alcaldes; el voto particular de don Modesto Lafuente, que aprobado forma hoy la base relativa á la época en que deben ser presentados y discutidos los presupuestos; la oposicion de la fraccion conservadora á que se consignara la existencia de la Milicia nacional como base; y una enmienda del señor Alonso (don Juan Bautista), cuyo espíritu era que el juicio por jura-

dos para toda clase de delitos se estableciera tan luego como una ley lo decretara, y que se procediera á su formacion pronto.

Una enmienda del señor Escosura, aceptada en voto particular por los señores Lasala y Valera, y convertida en dictámen de la mayoría de la Comision, ha sido aprobada por las Córtes é incluida entre el número de las bases adicionales. Su importancia es gravísima á todas luces, como que trata de que se declaren parte integrante de la Constitucion del Estado, no sujetas á reforma sino por los trámites que ella, y vigentes por autoridad propia de las Córtes y sin sancion de la Corona, las leyes de ayuntamientos, diputaciones provinciales, orden público, libertad de imprenta, Milicia nacional, elecciones, organizacion de tribunales y relaciones entre el Congreso y el Senado.

Vigorosamente impugnó este pensamiento el señor Rios Rosas, sustentando un voto particular que hizo. A su ver si se trata de bases para esas leyes, poco ó nada se puede añadir á lo ya aprobado, y por consiguiente será una redundancia; si la idea es que formen dichas leyes las Córtes actuales, no parece que tengan vida para tanto. Dificil es responder con razones á este final de su discurso.

«A lo que con eso se daría lugar seria á que la nacion rompiese al año ó á los dos años ese lecho de Procusto, deshaciendo alguna de esas leyes, privándose á la Corona, para un porvenir indefinido, del derecho que tiene á cooperar á la formacion de las leyes juntamente con el Senado y el Congreso. Y bien ¿se han de hacer sin la concurrencia de esos tres votos solemnes leyes que rijan al país 30, 40 ó 100 años, privándose á las Córtes venideras del derecho que les dan los electores para hacer ó deshacer las leyes? ¿Es este el régimen constitucional que dan á su país la revolucion de Julio y las Córtes constituyentes? Esto no pueden quererlo las Córtes, ni lo consentiría la nacion.»

Sin embargo las Córtes lo han querido, votándolo el 30 de Junio. Por declaracion del señor Lasala en la sesion del mismo dia se sabe que una de las trabas que la comision intenta poner á la reforma de la Constitucion y de las leyes consideradas como parte integrante de ella, es que no puedan ser tocadas en el transcurso de diez años.

Entre los proyectos de ley votados últimamente por las Córtes se cuentan el del ferro-carril de Langreo; el del ferro-carril de Barcelona á Zaragoza; el de anulacion del contrato á favor del señor Feijóo y Sotomayor para trasladar gallegos á la Isla de Cuba, aunque inexplicablemente lo consideraron digno de estudio los señores Alonso (don Juan Bautista) y Ordax y Avecilla; el relativo á crear recursos para la conclusion del canal de Isabel II. Sustancialmente consiste en autorizar al ministro de Fomento á emitir acciones de á mil reales cada una para hacer efectivo un capital de cincuenta millones á que asciende lo que se calcula indispensable para la terminacion de todas las obras. Un 8 por 100 anual será el interés de estas acciones, y no bajará del 10 por 100 la cantidad destinada para su amortizacion todos los años. Garantía de la amortizacion y del pago de los intereses serán el producto de la venta del agua en lo interior de Madrid y sus afueras, un crédito de cuatro millones de reales que figurará todos los años en el presupuesto del Estado, y un recargo en los derechos que pagan los artículos que no son de primera necesidad en las puertas. Gracias al impulso que ya están recibiendo las obras de la traída de aguas á Madrid y al que van á recibir, segun parece, las de ensanche de la Puerta del Sol, que se proponen llevar á cabo dos capitalistas sin gasto alguno del ayuntamiento, ni otra condicion que la que se les permita rifar las casas que levanten de nueva planta, ganarán el sustento centenares de familias, reducidas hace

meses á la miseria por la paralización de todo, á consecuencia de la desconfianza y el desasosiego que han originado las circunstancias.

Dos personajes ilustres han fallecido en el último junio, el Señor don Florencio García Goyena y el señor duque de Castroterreño: aquel magistrado de ilustración grande y de rectitud muy entera, presidente del Consejo de ministros el año de 1847 y ahora presidente de Sala del tribunal supremo de Justicia: este ya nonagenario, decano del ejército de nuestra patria, muy consecuente en sus principios, enérgico para sostenerlos, á pesar de los años, en las ocasiones mas peligrosas, con prendas de carácter adecuadas á captarse el afecto de todos, acreditándolo así en diversos mandos militares; últimamente ejercía el del real cuerpo de Alabarderos.

Nuestras relaciones con los Estados Unidos han mejorado considerablemente de semblante. Al turbulento Mr. Soulé ha sucedido el sesudo Mr. Dodge como representante de aquella república en nuestra Corte. Sus palabras al poner en manos de S. M. las credenciales dan testimonio indubitable de las sanas intenciones de su gobierno. Ya no se habla de expediciones piráticas á Cuba, donde han cesado por consiguiente las comisiones militares y se disfruta completo reposo. Por sucesor del señor Cueto vá á los Estados Unidos como representante de España el señor don Alfonso Escalante. Y para que nada falte al buen sesgo de los tratos entre esta república y nuestra patria, Mr. Soulé que en escritos arrebatados acusó á Mr. Perry, su secretario en esta Corte, de *traidor y expía*, ha quedado muy mal parado de resultados de un manifiesto, que el ofendido se ha visto en la necesidad de dirigir á sus compatriotas, revelando la nada plausible conducta de aquel diplomático respecto de los españoles y su gobierno.

Aun no ha tomado posesion de su puesto en Méjico el señor Antoine y Zayas: á nuestro antiguo encargado de negocios, señor Lozano, se han remitido órdenes apremiantes para que venga á España: segun las últimas noticias están á punto de ser zanjadas todas las dificultades; y parece acreditarlo así la circunstancia de haber agraciado el presidente de aquella república ó nuestro último ex-ministro de Estado, señor Luzuriaga, con la gran cruz de la orden de Guadalupe.

Casi nada podemos decir hoy de Roma. Tras de la sorpresa general que allí produjo la sancion real de la ley de desamortización discutida y votada en Cortes, no parece haber ocurrido otra cosa que la reclamación de nuestro embajador el señor Pacheco contra la *Civiltà católica* por haber copiado lo referido, á propósito de la sancion de la ley sobredicha, por el *Diario de los Debates*. Solo se habla de haber sido consultado el cardenal Brunelli sobre este asunto, y de que, si como es monseñor Franchi solo encargado de negocios, fuera Nuncio, ya habria recibido orden expresa de la Santa Sede para retirarse de nuestra Corte.

Lo mas importante de lo ocurrido en el extranjero durante el mes de junio es la ruptura de las conferencias de Viena, la ocupación del mar de Azoff y la toma del Mamelon Verde por los aliados; el mal éxito de su primer ataque contra la torre de Malakoff el dia 18; el atentado contra la vida del cardenal Antonelli á las puertas del Vaticano; el viaje del monarca de Portugal á Francia y á la capital del mundo cristiano, y la presentación de nuestro embajador don Patricio de la Escosura en la corte de Lisboa, pronunciando en ocasion tan solemne un discurso notable sobre la fraternidad entre ambas naciones así por su origen, como por sus anales, y sus glorias y desventuras.

Aquí habíamos pensado cerrar la presente Revista; pero nos impele á alargarla una novedad grande. Cerca del anochecer del sábado 30 de junio se empezó á divulgar por Madrid que el señor duque de la Victoria habia dimitido

su cargo. No conociéndose aetecedente alguno que diera la menor probabilidad á este suceso, pusieronlo todos en duda, y hasta los que se precian habitualmente de enterados en los arcanos ministeriales, se encogian de hombros, y no acertaban el cómo ni el por qué de la dimision de Espartero. Este se habia hallado á lo último de la sesion en las Córtes, sin que ni en sus palabras, ni en su fisonomía se advirtiera ninguna señal de disgusto; platicado habia con varios de sus compañeros y con algunos diputados como todos los dias; y ni la mas leve sospecha concibió nadie de que su dimision se hallaba ya escrita. No obstante, escrita estaba de seguro, y al poco tiempo la tenia S. M. en sus reales manos; cuyo documento importante dice así, segun la *Gaceta*:

SEÑORA: Cuando toda la nacion resolvió el año próximo pasado recobrar sus derechos y extirpar los abusos que se habian introducido en el gobierno del Estado, fuí llamado por el heróico pueblo de Zaragoza para que autorizase y sostuviese el movimiento que con el propio objeto se habia verificado en aquella ciudad y en las demas poblaciones de Aragon. Acudí allí sin vacilar á coadyuvar y defender tan nobles intentos, y ofrecí en los términos mas solemnes que emplearía todos mis esfuerzos para que la voluntad nacional fuese cumplida. Entonces V. M. se sirvió mandar que viniese á su lado, nombrándome presidente del Consejo de Ministros; y acepté este honroso y delicado cargo con la firme resolucion de dejarlo luego que se verificase la reunion de las Córtes Constituyentes, que fué una de las principales peticiones que hice á V. M. al ocupar mi puesto, y que V. M. admitió sin repugnancia.

Reunidas que fueron las Córtes Constituyentes tuve la honra de presentar á V. M. la dimision de mi cargo, consecuente con la resolucion arriba mencionada; pero circunstancias de todos conocidas me obligaron á continuar al frente del gobierno, en virtud del mandato de V. M. hasta que fuese votada la Constitucion del Estado.

Esta ya lo está, puesto que lo están las bases; y estando cumplidas mis ofertas, y no permitiendo mi salud ocuparme de las cosas públicas, ruego á V. M. se digne relevarme del cargo de Presidente del Consejo de Ministros, y se lo agradeceré como el mayor favor que V. M. puede dispensarme.

Dios guarde la vida de V. M. por muchos años. Madrid 30 de junio de 1855.—SEÑORA.—A. L. R. P. de V. M.

BALDOMERO ESPARTERO.

Sobresaltada y afligida la reina ante suceso tan inesperado, procuró afanosamente inclinar al duque de la Victoria á desistir de su designio; mas nada de cuanto le dijo S. M. inspirada por su amor al bien de la nacion española, y previendo el conflicto que iba á resultar sin remedio, fué bastante para que el Presidente dimisionario se ablandara, y ofreciera seguir á la cabeza del gabinete. De palacio salió firme en su pensamiento, bien que oyendo de la boca de S. M. que la dimision no seria aceptada.

Apenas se despidió el señor duque de la Victoria de la Augusta Señora que ocupa el trono, ésta necesitada de consejo y de ayuda envió á llamar presurosamente al general O'Donnell para contarle lo acaecido y evitar que pasara adelante. Con asombro escuchó el conde de Lucena lo que S. M. se dignó decirle, y sin tardanza fué á casa de Espartero. Tras de una entrevista no corta y terminada, segun se asegura, con lágrimas y abrazos, determinóse el presidente del Consejo de ministros, á que su dimision no tuviera curso, y por tanto, la crisis quedó concluida.

Al parecer en su origen hay algo mas de lo que suena, y ciertamente las explicaciones del periódico oficial satisfacen á pocos. No falta quien pretenda hallar conexión entre el paso dado por el general Espartero, sin noticia de los demas ministros, y la venida á Madrid de unos comisionados de Zaragoza con objeto, que suponen encaminado á desaprobar la clemencia con los facciosos y la marcha poco liberal del gobierno. Fuera muy aventurado lanzarse á discurrir sobre esta conjetura, que acaso peque de muy vaga. Dias andando se aclarará todo, y Dios mediante, para la próxima Revista estaremos en proporcion de referir cuanto haya habido en este imprevisto y muy trascendental caso.

F.

CRONICA LITERARIA.

Lettres sur les representations theatrales dans le pays basque (cartas sobre las representaciones teatrales en el pais vascongado) por Mr. Michel.

A fines del siglo pasado Mr. Jomard, miembro del Instituto de Francia, anunció por la primera vez el hecho muy curioso en verdad de que en el pais vasco-francés existia de muy antiguo un teatro popular, y que con el título de *pastorales* se conocian en el Bearne y en otras provincias limítrofes del Pirineo varias piezas dramáticas mas ó menos rudas, que venian representándose de tiempo inmemorial en ciertas y determinadas épocas del año, y en tal ó cual pública solemnidad. En una de ellas, de que da minuciosa cuenta en el tomo XVIII de su *Historia literaria de Francia*, el ilustre académico creyó hallar vestigios de la antigua novela caballeresca conocida con el nombre de *Fierabrás*. Pero ya sea que el descubrimiento pareciese á la sazón de poca importancia, ya que la atencion del público estuviese dirigida hácia otro punto, el hecho es que la indicacion de Mr. Jomard quedó sin resultado y la investigacion no pasó por entonces adelante. Mr. Francisque Michel, escritor muy conocido por sus trabajos sobre la edad media y que á la publicacion ó reimpression de varios libros caballerescos y cantares de Gesta de los siglos XIII y XIV, ha añadido últimamente la de algunas obras en lengua *euskara*, ó vascongada como son los *Proverbios* de Oinhart y otros, fué el primero que siguiendo con asiduidad y constancia la leve indicacion hecha por Mr. Jomard, logró reunir datos enteramente nuevos y en extremo curiosos acerca de un teatro popular en toda la region conocida con el nombre de Gascuña ó Vasconia francesa; datos y apreciaciones que en este momento da á luz en una série de cartas dirigidas al autor de Clara Gazul, y del Ensayo sobre el rey don Pedro de Castilla, Mr. Prosper Merimé.

De las piezas mismas llamadas *pastorales*, por estar comunmente representadas al aire libre y por pastores, Mr. Michel parece haber recogido de la tradición oral, único archivo donde podia conservarse un teatro de tales condiciones, como unas treinta y cuatro, cuyos argumentos están tomados ya de la Biblia, como la pastoral de Moisés, la de Abraham y la de Nabucodonosor, ya de la leyenda como son las relativas á San Luis, San Pedro, Santiago de Compostela, San Roque, San Alexo, los tres mártires, Santa Inés, Santa Catalina, Santa Elena, Santa Engracia, Santa Margarita y Santa Genoveva.

Tambien la mitología ocupa su lugar en el teatro vascongado con la pastoral intitulada *Baco*; y la historia antigua está igualmente representada en las de Astiages y el grande Alejandro. Pero lo que mas abunda son los argumentos tomados de los antiguos cantares de Gesta, como la pastoral de Clodoveo, rey de los franceses, la de los Doce pares de Francia, la de Carlomagno, la de los cuatro hijos de Aymon, las de Godofredo, Tibaldo, y Ricardo duque de Normandía; así como una de origen mas moderno intitulada *El gran Sultan Mustaphá*. Otras hay cuya fuente no es tan fácil determinar, como son la de *Juan Caillabit y la princesa de Gamatia*, y la de *Juan de París*, y *Juan de Calés*, que pudiera haber sido tomada de un cuento inserto en la *Bibliothèque bleue*, coleccion de cuentos é historias populares publicada por un anónimo á fines del siglo pasado. Hay ademas en el repertorio vascongado tres piezas distintas intituladas *Napoleon 1.º*, de las cuales la primera abraza el período del Consulado; la segunda, que es la mas larga, el imperio, y la tercera y última su prision y destierro en Santa Helena.

No dice el autor si se propone ó no publicar alguno de estos dramas ó far-sas populares, pero es probable que no lo haga, atendido su mérito literario que debe ser corto ó ninguno. Todas las que hasta ahora se han descubierto están escritas en prosa, con muy pocos incidentes dramáticos, como era de esperar de un pueblo rudo, y poco civilizado: parecen tener bastante semejanza con los antiguos misterios y los autos que por Navidad, Semana Santa, y en otras fiestas solemnes de la Iglesia se representaban en nuestros templos, ó en los palacios de los grandes señores, aunque, como es consiguiente, son de carácter mas libre y casi enteramente profanos.

Pero oigamos lo que el autor dice acerca de la representacion de estos dramas populares, de los actores mismos, y de los preparativos mas indispensables de papeles para su ejecucion.

«Resuelto ya el punto de que ha de haber representacion dramática, los jóvenes del lugar, que por lo comun no saben leer ni escribir, van á casa de un letrado, que las mas veces es el maestro de escuela, y le declaran su intencion. Discútese desde luego acerca de la eleccion de la *pastoral*, y la gratificacion que ha de señalarse al director de la compañía, el cual reúne á un tiempo las varias capacidades de copiante, ensayador de papeles, contador y apuntador. Cuarenta francos, sin contar la manutencion, suele ser la recompensa señalada al individuo que reúne tantas y tan varias atribuciones. Escusado es decir que antes de salir á la escena, los actores ensayan su papel cuatro ó cinco veces cuando menos en una casa particular.

«La construccion del teatro en que se hace la representacion se reduce á las *modicis instravit pulpita tignis* de que ya habló un poeta. Algunas tablas fuertemente clavadas sobre vigas, que descansan sobre hileras de toneles vacios, forman el escenario que podrá tener como un metro y medio de elevacion sobre cinco metros de longitud. La parte superior del teatro está dividida en dos mitades iguales, de las cuales la una forma el escenario, y la otra el vestuario de los cómicos. Una cuerda estendida á la altura de unos tres metros, y de la

que cuelgan cortinas mas ó menos lujosas, segun la localidad y las circunstancias, forma una línea divisoria entre ambos departamentos, los cuales se comunican entre si por medio de aberturas practicadas á los dos extremos. A la izquierda del escenario se levanta una enorme tarasca, á manera de manequí que mueve los pies y brazos por medio de cuerdas ocultas debajo del tablado: es Alá, el Dios terrible de los musulmanes; cuyo oficio consiste en aplaudir los crímenes y fechorías de la gente malvada y hacer ridículas contorsiones siempre que á la escena sale algun personaje virtuoso, y de conciencia pura, ó santidad reconocida. Tambien sirve aquel espantajo para diversion y solaz del público durante los entreactos, si tal nombre merecen las interrupciones casuales y harto frecuentes de la representacion.

«No son los actores los únicos que tengan derecho para estar en las tablas, puesto que no solo las personas distinguidas del lugar ocupan un sitio preferente en ellas, sino que hasta las mismas costureras que han confeccionado los vestidos de los actores, los mozos que tienen á su cargo los bastidores y decoraciones; el ensayador de papeles que desempeña públicamente y de una manera harto visible el oficio de apuntador, y dos músicos, uno que toca el violin, y el otro la flauta, acompañándose al propio tiempo de una especie de pandereíta, tienen su asiento señalado dentro del mismo escenario. Estos últimos no tocan nunca en los entreactos, sino solamente durante la representacion acompañando el canto por los actores de ciertas oraciones dirigidas al Altísimo, ó los coros de niños que nunca faltan en dichas pastorales.

«Casi todas las que se conocen empiezan por un prólogo á la manera de Eurípides, en que se dá á conocer el argumento. En algunas de ellas, el mismo actor que recita el prólogo anuncia al público la conclusion del drama, y hace resaltar su moralidad, dirigiendo saludables consejos á los padres, ó á las madres, y á la juventud del lugar. En cuanto al tono declamatorio, puede decirse que es de la medida jámica y conforme en todo á las reglas contenidas en el *Arte Poético* de Horacio.

«Por lo que toca á los trages, escusado es decir que mediante un derecho adquirido de tiempo inmemorial, y que nadie hoy dia se atrevería á disputar, los jóvenes de la localidad piden y obtienen cuantos vestidos, joyas y arreos pueden hallarse en manos de gente rica y acomodada. El peinado, principalmente, es objeto para ellos de singular predileccion, y los actores de ambos sexos salen á la escena con la cabeza adornada de infinitas joyas y de todo género de cintas de seda. Cada actor se viste á su modo y segun su fantasia, procurando acercarse lo mas posible de la idea que tiene formada del personaje que representa. Asi pues el traje de un rey cristiano se compondrá las mas veces de un pantalon de casimir blanco con galon de oro, un chaleco de damasco de seda, botas de campana y un frac de paño negro, del corte y hechura usado en el dia; una corona de metal, una cadena de lo mismo, una espada de corte, baston con puño dorado, guantes blancos, dos relojes con sus correspondientes cadenas, y por añadidura la cruz de la Legion de Honor. Los cortesanos que acompañan al Rey usan un traje parecido, con la sola diferencia de llevar sombreros de tres picos, puestos en facha y adornados ademas de cintas y plumeros. Ni salen menos grotescamente vestidos los príncipes musulmanes con sus pantalones de mameluco, su enorme turbante siempre coronado de la proverbial media-luna, su marlota encarnada, botas de montar y un descomunal alfanje con puño dorado. Si hay intermedio de baile, los bailarines salen á la escena vestidos de payasos, con cascabeles en el calzado y en el sombrero, cubiertos de blanco y encarnado, y llevando además en la mano un baston con puño de metal.»

«Los concurrentes á estos espectáculos no están obligados á dar retribucion alguna, pero los actores tienen varios medios de cubrir los gastos de la representacion. Consiste el primero en el refresco que les ofrecen y costean las personas mas acaudaladas de la vecindad mediante una suscripcion voluntaria, y el cual se sirve indistintamente á actores y espectadores todo el tiempo que dura la representacion. Concluida ésta, empieza por lo comun el baile, en el cual toman parte todas las mozas y mozos del lugar; pero el honor de danzar los tres primeros *muchicos*, se saca á pública subasta por un comisionado de los actores, y es bastante frecuente el ver pagar por el primero 200 francos, 50 por el segundo y 30 por el tercero, con lo cual la compañía tiene lo suficiente para cubrir sus mas precisas atenciones.»

En cuanto á la época en que empezó á usarse esta clase de representaciones populares no es posible fijarla con exactitud, pues si bien es cierto que el argumento de algunas de ellas está conocidamente tomado de leyendas de santos, y cantares de Gesta, que estuvieron muy en voga durante todo el siglo XIII y parte del XIV, tambien lo es que otras relativas á la encarnizada lucha entre cristianos del Pirineo y árabes de nuestra península, y principalmente la que tiene por argumento la muerte de Roldan, parece mas bien una creacion indigena que no una imitacion de los antiguos misterios usados en aquellos siglos. A esta última opinion parece inclinarse Mr. Michel, quien, como suele acontecer en semejantes casos, se enamora de su asunto hasta el punto de suponer que el antiguo teatro vascongado tuvo, cuando menos, tanta importancia como el de otros países. Pero nada de lo que el autor dice en apoyo de esta su conjetura, nos parece concluyente, y por otra parte los restos que aun se conservan de este drama popular, alterados como están por las generaciones sucesivas, y modificados segun el tiempo y las costumbres no son tales ni tantos que nos permitan formar juicio cabal en asunto de suyo tan difícil como delicado. La estrechez misma del círculo á que hoy dia se halla reducido el teatro vascongado, sería para nosotros un poderoso argumento en contra de la grande importancia que se le quiere atribuir. El mismo autor confiesa que las pastorales en lengua *euskara* que ha logrado recoger han sido casi todas compuestas en el distrito llamado La Soule, cuya capital es Mauleon. En este pequeño recinto, del cual fueron naturales Oihenart, Archu, y los mejores poetas vasco-franceses es donde se conservan los repertorios dramáticos mas notables, así como tambien es el punto en que con mas frecuencia y mayor esmero se representan dichas pastorales. Ni en el Labourd (Labordan) ni en la baja Navarra se conoce esta clase de diversion, y nosotros podremos añadir que tampoco hay memoria de que los vascos-españoles hayan usado de ellas en ningun tiempo.

Tampoco es posible averiguar quienes sean los autores de estos dramas; todas las diligencias hechas por Mr. Michel con dicho fin han sido infructuosas. Todo lo que ha podido rastrear es que los maestros de escuela generalmente son los encargados en sus respectivas aldeas ó localidades de preparar y dirigir estas representaciones, y que por lo tanto ellos son los conservadores de estos monumentos literarios: á ellos ha acudido el autor para procurarse los restos del teatro vascongado que forma el asunto de sus interesantes cartas.

P. DE G.

DON PEDRO DE CASTILLA.

ANÁLISIS DE LAS OPINIONES SOBRE SI FUE CRUEL O JUSTICIERO.

ARTICULO SEGUNDO.

Alguien se inclina á dar por seguro que los poetas han comprendido mejor al rey don Pedro que los historiadores, interpretando inspiradamente las tradiciones populares; opinion excelente para repetida por quien la halle de buen sonido, pero no confirmada á los ojos del que en el crisol de la crítica se determina á depurarla. Don Pedro de Castilla merecería el sobrenombre de *cruel* y no el de *justiciero*, aunque hubiera desaparecido el testimonio de los historiadores y quedara solo el de los poetas.

Ante todo conviene examinar los romances, poesía genuinamente española. Dos llevo ya citados, el que infama villanamente á doña Blanca sin mas apoyo que la murmuracion del vulgo, y el que refiere el asesinato de don Fadrique, donde se supone echada á un perro su cabeza despues de enviársela don Pedro á doña María de Padilla en un plato. Varios romances hay sobre la prision de doña Blanca, y en ninguno de ellos se le atribuye la menor culpa, y en todos resalta la crueldad de su real esposo.

Dióme el sí, no el corazon,
Alevosa es su palabra,

*Rey que la palabra miente
¿Qué mal habrá que no haga?*

Dice en uno de ellos la infeliz reina.

Contemplando en sus desdichas
Está una Blanca que es blanco
Adonde tiran los tiros
Que arroja *un rey inhumano*.

Doña Blanca de Borbon
Que don Pedro presa tiene
Por mandado de su gusto
Y de quien mas que ellos puede,
Y entre las oscuridades
Aquella reina *inocente*
Un pagecillo divisa
Por entre menudas redes.

Frases que expresan un mismo concepto son estas copiadas de dos diferentes romances.

Otro, donde se pinta como prodigiosa la aparicion del pastor al rey en las cercanías de Medinasidonia, referida como suceso natural y no milagroso en la crónica de Lopez de Ayala, contiene estos versos testuales:

Y á grandes voces decia:
Morirás el rey don Pedro,
Que mataste *sin justicia*
Los mejores de tu reino.

Con todo le anuncia, (y es lo propio que se lee en el cronista) que, si se une á doña Blanca, logrará un heredero legítimo de su corona.

Tambien se conservan romances sobre la muerte dada á tan desdichada hermosura. Uno de ellos comienza de este modo:

No contento el rey don Pedro
De tener aprisionada
A doña Blanca en Sidonia
Sin razon ni justa causa,

A petición de Padilla,
Bella tigre de la Hircania,
Permite el rey que la reina
Acabe su vida amarga.

Ordena la perpetración del crimen horrendo á un privado suyo,
quien lo rehúsa noblemente, y enojado el rey da la comisión á un mon-
tero de maza, y

El villano otorgó luego,
Que siempre en villanos se halla,
Un vil acometimiento
Y una obra infame y baja.

Cumple el macero la orden inicua y

Con esto acabó la reina
Sin ventura y desdichada
Su vida, quedando virgen
De poca edad malograda;
Y por ser tan de improviso
Fué su muerte bien llorada
En general de sus gentes
Por ser de todos amada.

Al principio de otro romance á igual asunto habla don Pedro de es-
te modo:

Doña María Padilla
No os mostreis tan triste vos
Que, si me casé dos veces,
Hicelo por vuestra pro
Y por hacer menosprecio
A esa Blanca de Borbon,
Que á Medinasidonia envío
A que me labre un pendon,
*Será el color de su sangre,
De lágrimas la labor.*
Tal pendon doña María
Yo lo haré hacer para vos.

Luego manda á Iñigo Ortiz (el mismo que cita Lopez de Ayala) que mate á la reina, éste lo resiste y va á consumir el asesinato un balles-tero de maza, á quien enternecen los lamentos de la víctima inocente; pero, á impulsos de servil obediencia, *siembra sus sesos por la sala*.

Un romance, de antigüedad positivamente mayor que todos los que se refieren á la época del soberano de mas funesta memoria, tiene este encabezamiento. «El Prior de San Juan burla las acechanzas del rey don »Pedro el *Cruel* y evita que se apodere del castillo de Consuegra.» Otro romance describe la muerte del rey moro llamado el *Bermejo* con circunstancias idénticas á las mas horribles que se leen en Lopez de Ayala; otro sobre lo mismo tiene estos versos;

El rey, *como es tan cruel*,
De crueldad habia usado,
Tiróle al moro una lanza
El propio con la su mano.

.
Tambien matára á los suyos,
Que ninguno habia dejado,
Todos mueren á las cañas,
Que el *mal rey* lo habia mandado.

Hasta pintando la catástrofe de Montiel hay en los romances la misma severidad de juicio. Uno de ellos comienza de esta suerte;

Los fieros cuerpos revueltos
Entre los robustos brazos,
Están el *Cruel* don Pedro
Y don Enrique su hermano.

Atribuyendo á un page la ayuda prestada al *Bastardo*, ya en el suelo, contra su enemigo, acaba de la manera siguiente;

Y dió con el rey de espaldas
Y Enrique vino á lo alto,
Hiriendo con un puñal
En el pecho del *rey falso*.
Donde á vueltas de la sangre,
El vital hilo cortando,
Salió el *alma mas cruel*.
Que vivió en *pecho cristiano*.

«Lamentan los leales castellanos la muerte de su rey don Pedro, y los traidores partidarios del Bastardo don Enrique la celebran,» es el epígrafe de otro romance, cuyo autor se muestra parcial de aquel soberano, porque, á su decir, el rey no es cruel si le obligan las circunstancias, y porque justifica sus yerros de amor la hermosura de la Padilla. No obstante, hablando de la lucha entre don Pedro y don Enrique, se explica en esta forma;

Riñeron los dos hermanos,
Y de tal suerte riñeron,
Que fuera Cain el vivo
A no haberlo sido el muerto.

Finalmente se halla otro romance titulado «Resúmen de la Historia del rey don Pedro el *Cruel*,» donde se enumeran muchas de las muertes hechas por su mandato, y se dice:

Mas estando en Montiel
Le ha muerto ese su hermano,
Don Enrique se llamaba
Y, por rey se ha coronado.
*Fué España muy alegre
A Dios está alabando.*

No pueden ser mas terminantes los textos demostrativos de que tal como se vé al rey don Pedro en las historias se le descubre en los romances.

Durante el siglo XVII brilló la edad de oro de nuestro teatro, y como don Pedro de Castilla es un personaje dramático en grado eminente, apenas hubo autor que no lo sacára á la escena: unos lo creyeron *Cruel*, otros *Justiciero*, y no faltaron quienes trabajaran por su popularidad, mostrándole represor de los poderosos y amparador de los abatidos; pero es muy notable que todos le caracterizaron con ciertos rasgos á la manera que las historias.

Para afirmarlo así tengo presentes *Lo cierto por lo dudosa*, de Lope de Vega; *El rey don Pedro en Madrid* y *El Infanzon de Illescas*, de Tirso de Molina; *El Rey valiente y justiciero* y *Rico hombre de Alcalá*, excelente refundicion de Moreto; *Ganar amigos*, de Ruiz de Alarcon; *De esta agua no beberé*, de Claramonte; *El Médico de su honra*, de Cal-

deron de la Barca; *El Montañés Juan Pascual y primer Asistente de Sevilla*, de un Ingenio de la Corte; *El Diablo está en Cantillana*, de Velez de Guevara; *La Puerta Macarena*, de Perez de Montalvan, primera y segunda parte.

Ante todo rara es la comedia en que no se retrate al vivo la desenfrenada pasión del rey don Pedro por las mugeres, causa de tantos escándalos y de tan peligrosas turbaciones. Ya porfia por casarse con doña Juana, hija de un Adelantado de la frontera, á pesar de no ser correspondido, teniendo entregada aquella hermosura su voluntad á don Enrique el Bastardo, contra quien fulmina su hermano el monarca sentencias de destierro y de muerte; ya se empeña en la deshonor de la hija de un labrador acomodado, que le da franco albergue una noche, por haberse perdido estando de caza, y la persigue un día y otro hasta el punto de matar á un hombre que le estorba hacer uso de la llave que le ha proporcionado la infidelidad de una criada para sorprender á la que le apasiona en el lecho; ya intima á un infeliz amante que renuncie la mano de doña Esperanza, hija de don Perafan de Ribera, y de cuyos favores desea gozar en secreto, con la circunstancia de que ella le ha de manifestar por escrito que los admite y de que la ha de inducir á este paso el amante bajo pena de perder la cabeza, y sin embargo de que la noble jóven le desengaña, ronda su calle, tira piedras á su ventana é insulta las canas de un antiguo servidor de su padre y de su abuelo; ya se propone gozar á doña Mencía de Acuña, *ó perecer en la demanda*, mientras su esposo Gutierre Alfonso de Solís pelea con los moros junto á Tarifa, y la declara que, si se acomoda á ser su dama, la colmará de mercedes, *aunque le pese al reino*, y que, si prefiere ser su esposa, hará que Gutierre Alfonso muera en la guerra, y matará á la reina doña Blanca y hasta á doña María de Padilla, y como nada basta á vencer el heroísmo de la honesta señora, se enfurece y jura venganza, y al volver Gutierre Alfonso triunfante le comunica un feroz decreto para que asesine á doña Mencía de Acuña. Todo parece glosa del texto histórico ya citado, *A cualquier muger que bien le parescia, non cataba que fuese casada ó por casar, todas las queria para sí, nin curaba cuya fuese*. Y es necesario consignar una observacion importante; nunca puede satisfacer el rey don Pedro en las comedias sus criminalísimos antojos, nunca desiste de ellos por generosidad ó por arrepentimiento de la culpa; siempre se le malogran por causas independientes de su voluntad impetuosa; siempre cede á mas no poder y de consiguiente á pesar suyo.

En lo de ser valiente hasta la temeridad el rey don Pedro concuerdan las comedias y las historias: nada le turba, ni le aterra; á todo hace cara con ánimo indomable; ante sus ojos pasan vanamente apariciones de espectros y sombras; pues las acomete espada en mano, y siendo alguna de ellas de un diácono, á quien mató en Sevilla, no titubea en asegurarle *que le mataría de nuevo si fuera posible*. Impávido escucha las fatídicas predicciones sobre la muerte que le amenaza, si no hace alto en la pendiente de sus vicios y repara sus desafueros; algunas de las apariciones dejan por solo vestigio un puñal y una mortaja, y tan pasageramente impresionan al soberano que acto continuo se precipita en nuevos desmanes.

De igual manera que los cronistas dan los autores dramáticos testimonio de la violencia de carácter del rey don Pedro. Le pintan reven-tando un caballo en persecucion de don Enrique, con impulsos de dar á un magnate de coces y de hacerle *que rueda de un puntapié hasta el infierno*, y dándole de cabezadas contra un poste. Así parece que trata de abatir á los soberbios y de amparar á los humildes; pero en realidad solo se propone quedar airoso como soberano y como hombre, y, después que lo alcanza, no se cuida del desagravio de aquellos á quienes ha ultrajado el magnate, sino que proporciona á este caballo y dinero para que huya.

Mas ó menos explicitamente le condenan tambien los poetas en lo que originó las alteraciones de su reinado hasta derribarle del trono. Algunos le presentan como esposo de la Padilla, viviendo aun doña Blanca; ni uno solo atribuye á esta infortunada princesa la menor culpa; varios hacen alusion á su muerte injustificable y horrenda.

Yo no conozco mas que dos comedias en que resplandece por *Justiciero* este monarca, *Ganar amigos* y *El Montañés Juan Pascual y primer Asistente de Sevilla*; pero hay la singularidad de que no hace de protagonista ni en la una, ni en la otra; lo es el marqués don Fadrique en la primera y Juan Pascual en la segunda, y de modo que á ellos se debe el que la *crueldad* ceda su puesto á la *justicia*, como lo demuestran estos pasages. En *Ganar amigos* dice el monarca á su privado;

. Quiero
Teneros siempre á mi lado,
Que, pues el nombre me ha dado,
El mundo de *Justiciero*,
Por merecerle mejor,
Sin que el exceso me dañe,

Es bien que en todo acompañe
Vuestra piedad *mi rigor*.

Gracias á esta influencia logra don Fadrique salvar la vida á don Pedro de Luna, habiéndole mandado el rey que le asesine brevemente, como violador de la clausura de palacio para cortejar á una dama, y en secreto porque tenia innumerables amigos y parientes; y así el privado induce al rey á perdonar á don Fernando Godoy y don Diego Padilla, amigos que ha sabido ganarse con su hidalga conducta. Del ascendiente de Juan Pascual emanan tambien las justicias en la otra comedia. Le ha oído discurrir con cordura el rey don Pedro antes de darse á conocer en su casa, y, luego que se descubre, le manifiesta su resolución de llevarsele para que gobierne á Sevilla, con cuyo motivo hablan de este modo:

JUAN. Mirad que soy testarudo
Y lo que una vez sentencie
En justicia, no ha de haber
Ordenes que me lo truequen.
REY. Lo que hicieréis doy por hecho.
DON ALVARO. . ¡Que así con el rey alterque!
JUAN. Mirad que, sin escepcion,
Al que culpado aprendiere
He de castigar, sin que
Valgan glosas á las leyes.
REY. Ni aun mi casa reserveis.
¿Quereis mas poder que este?
JUAN. Mirad que me estrechais mucho
Y que puede ser que acepte.
REY. Juan Pascual, lo dicho, dicho.
JUAN. Pues, si remedio no tiene,
Lo dicho, dicho, señor.

Recordando á don Pedro con harta frecuencia este pacto, consigue Juan Pascual atajar una y otra vez sus desmanes y que prevalezca la justicia. Ya se ve que, si esto fuera exacto, resaltaría en aquel monarca el doble mérito de saber elegir las personas y someterse á sus consejos; por desgracia la historia depone en contrario, pues el rey don Pedro *usaba vivir mucho á su voluntad*, y nadie hubo que le templara el ánimo iracundo, ni Juan Fernandez de Hinestrosa, de índole compasiva y de quien hizo grande aprecio, ni doña María de Padilla, tambien muy be-

nigna y humana, y que en todo le tiranizaba el albedrío menos en inclinarle á la misericordia.

Varias son las comedias donde se atribuye al vulgo la opinion de la *crueldad* del rey don Pedro, y bien estudiadas aquellas en que mas se le favorece no se encuentran otras razones en su abono que la de la hermosura de la Padilla como disculpa de sus desvarios, y la de que un príncipe no debe ser tachado de *cruel*, si le obligan á serlo las circunstancias.

Este mismo tema sirvió al conde de la Roca para escribir *El rey don Pedro defendido*, al par que figuraba tan á menudo en la escena española. Su objeto fué mediar entre las dos opuestas opiniones y ajustarlas á una, sosteniendo que á este monarca no se le debe llamar el *cruel*, ni el *justiciero*, sino el *necesitado*. Puesto en semejante camino le urgia demostrar primero que nada, cual fué la necesidad que tuvo don Pedro de alejarse de su infeliz esposa, y de persistir en sus escándalos con la Padilla, y de imponer á los castellanos los hijos de esta dama por sucesores de su trono, causas todas de que se le rebelaran tanto los nobles como los plebeyos y de que unánimes aclamaran á don Enrique. No lo hace así el conde de la Roca, ni cabia en lo posible intentarlo, y de consiguiente sus artificios y sutilezas son como castillos de naipes, que vienen á tierra de un soplo.

Otro escritor del propio siglo, Salazar y Mendoza, mostrándose parcial de don Pedro en su *Monarquía de España*, y reconociendo sin duda la temeridad del empeño, soltó una especie de las mas peregrinas que se hallan en letras de molde, pues dijo: «Cuando el rey hubiera sido tan »perverso como algunos le han hecho, y fueran verdaderas todas las »cosas que dél escribieron, no tuvieron licencia los historiadores de »contarlas; porque, si bien la primera y mas parte principal de la historia es la verdad, no es este sumo rigor de justicia de los que no admiten interpretacion cristiana y benigna, para que no venga á ser suma »injuria é infamia.» Contra esta máxima insostenible hay anticipada respuesta en los aforismos que de las historias de Tácito sacó el doctísimo Benito Arias Montano. «El príncipe que desea que no digan ni escriban cosa mala dél, es menester que no lo haga sino tal que pueda »parecer delante de todos; que pensar que se ha de encubrir es imaginacion vana.» De un falso principio es imposible deducir cosa verdadera; y así dice el mismo Salazar y Mendoza que el fruto que se saca de patentizar crueldades como las de don Pedro de Castilla *no es otro sino holgarse los malos de que haya muchos como ellos para quedar me-*

nos culpados; mejor se podria afirmar que los malos se huelgan de que haya escritores que pongan en tortura el ingenio y cierren los ojos á la verdad para disculpar y aun defender á los que les precedieron en la senda de la iniquidad y del vicio, pues naturalmente han de concebir la esperanza de que, andando los años, no faltará tampoco alguno que les disculpe y les defienda. Por fortuna los varones mas insignes que juzgaron históricamente al rey don Pedro durante el siglo XVII no participaron de la opinion de Salazar y Mendoza, reducida á callar las verdades que perjudiquen á las personas de los reyes, á quien se debe gran reverencia por la dignidad en que Dios los puso.

El Padre Juan de Mariana, á quien nadie nombra sin aplauso desde que hizo á su patria el magnífico presente de una historia, cuando segun se dijo oportunamente, Italia solo tenia media y las demas naciones ninguna, es el primero que se debe citar ahora y con el detenimiento de que es digno por su gran fama. Y es forzoso empezar asentando que, al emprender la relacion de lo acaecido en la época de don Pedro de Castilla, mostróse un momento vacilante sobre si se habian de cargar al rey ó á los grandes las alteraciones, venganzas y muertes de aquellos diez y nueve años; pero á renglon seguido expuso que la opinion comun las atribuia al monarca, y que á los reyes cumple ser clementes, y disimular y atemperarse á las circunstancias *para no ponerse en necesidad de experimentar con su daño cuán grandes sean las fuerzas de la muchedumbre irritada, como le avino al rey don Pedro.*

Ya que el sabio jesuita entra de plano en referir y avalorar los sucesos todos con la copia de datos y la rectitud de juicio, propias de su superior entendimiento é instruccion vasta, deja de fluctuar entre las diversas opiniones, y en vista de hechos claros y horrorosos, fija y aun por decirlo asi, remacha la suya con seguridad y entereza. Hablando de las cualidades del soberano, le reconoce fuerte, de espíritu infatigable, osado y hombre de consejo; pero nota que oscurecian estas virtudes los vicios de tener á las gentes en poco, decir palabras afrentosas, oír soberbiamente, dar audiencias con dificultad hasta á los de su casa; y que á estos vicios de sus años pueriles se le juntaron despues la avaricia, la disolucion en la lujuria y la aspereza de condicion y de costumbres. Por haber estrechado torpes vinculos con doña María de Padilla sobrevino una situacion afrentosa que el eminente historiador describe con esta magistral pincelada: «En el palacio era todo deshonestidad, fuera del
»todo crueldad, á la cual todos los demas vicios del rey reconocian y da-
»ban la ventaja.» Sospecha temeraria y desvergonzada denomina á la

concebida vagamente contra la castidad de doña Blanca, y reflexionando sobre las causas que, para abandonarla, pudo tener su real esposo, halla la verdadera en el frenesí de la pasión hacia doña María de Padilla, y establece con fundamento indestructible que «después que un deshonesto amor se apodera del corazón y entrañas de un hombre aficionado, no hay que buscar otros hechizos ni causas para que un hombre esté loco y fuera de juicio.» *Lleno de una avenida de feas y torpes bajezas* asegura que se veía el reino por consecuencia de seguir todos á la Padilla.

Según avanza en el examen de los sucesos espantosos de este reinado el insigne Mariana se acrecienta su indignación noble, y necesita desahogarla, como campeón de lo verdadero y de lo bueno, dando más energía y acritud al lenguaje. Cuando se dispone á hablar de las bodas entre don Pedro y doña Juana de Castro, estampa su gravísima pluma: «Con su acostumbrado descuido y desalmamiento echó el sello á sus excesos con una nueva maldad tan manifiesta y calificada que, cuando las demás se pudieran algo disimular y encubrir, á esta no se le pudo dar ningún color ni excusa.» Acerca de la liga formada para conseguir que el soberano hiciera vida con su esposa, escribe terminantemente; «cualquier hombre bien intencionado y de valor deseaba favorecer los intentos de estos caballeros aliados.» *De abominable locura, inhumano, atroz y fiero hecho* califica la muerte dada á doña Blanca. Sobre esta víctima candorosa dice con muy sentido acento; «No hay memoria entre los hombres de muger en España, á quien con tanta razón se la deba tener lástima como á esta pobre, desastrada y miserable reina.» Y con este motivo llama á don Pedro de Castilla *rey atroz, bestia inhumana y fiera*. Después asegura que las cosas habían llegado á punto que el monarca *por su mucha crueldad* tenía poca parte en las voluntades de sus pueblos, *todos deseosos de poderse rebelar y vengar la sangre de sus parientes*; y tras de referir como se rebelaron al cabo y terminó don Pedro en Montiel su mala vida con mala muerte, saca de todo una lección elocuentísima y contenida en estas palabras. *No hay ejércitos, poder, reinos ni riquezas que basten á tener seguro á un hombre que vive mal é insolentemente.... Las maldades de los príncipes las castiga Dios no solamente con la mala voluntad con que mientras viven son aborrecidos, ni solo con la muerte, sino con la memoria de las historias en que son enteramente afrentados y aborrecidos por todos aquellos que las leen, y sus almas sin descanso serán para siempre atormentadas.*

Don Diego de Saavedra y Fajardo, celeberrimo en la república de las letras, se cuenta asimismo entre los que juzgaron á don Pedro de Castilla como le juzgó Lopez de Ayala. En su *Corona Gótica* trata largamente de aquel infaustísimo reinado y de suerte que, teniendo á la vista lo mas notable de lo escrito á su favor y en su contra, acaba con estas palabras. «He referido, sin dejarme llevar la pluma del amor ni del odio, las acciones del rey don Pedro y del rey don Enrique su hermano, dejando á los lectores el juicio de ellas. Muchos, atendiendo á lo mal acondicionado de los tiempos en que entró don Pedro á reinar, moderarán la nota de sus rigores: otros, considerando los estragos que hizo en los reinos, disminuirán el atrevimiento de don Enrique; pero ni de este podrán dorar tan aliñosamente la culpa que se desaparezca el yerro del fratricidio, ni de aquel cerrar tantas bocas de heridas que no queden muchas abiertas *para vocear sus crueldades; predicando á los reyes venideros que no apuren la paciencia y la fé de sus vasallos, porque hasta la lealtad de los españoles al fin tiene fin y se le ha visto el término.*»

Fuera descuido injustificable omitir en esta reseña un autor de muy legítimo renombre, don Francisco Ramos del Manzano, catedrático de jurisprudencia en Salamanca, y por la reputacion allí adquirida y con sus obras dadas á la imprenta, miembro del Consejo y Cámara de Castilla y preceptor de Carlos II. Para enseñanza de éste escribió el libro titulado, *Reinados de menor edad y de grandes reyes. Apuntamientos de historia*, dedicándolos á la reina madre. Aun sin tener la mas leve noticia del gran seso y pulso de Ramos del Manzano, ya concibe cualquiera cuanta circunspeccion guiaria su pluma en una obra destinada á ilustrar á un monarca, é impresa bajo los auspicios de la que le habia llevado en el seno, y todo el año de 1672, que es tambien circunstancia no despreciable para estimar el libro. Despues de hablar de don Alonso, *el del Salado y las Algeciras*, hace un brevísimo resumen de los príncipes castellanos hasta don Enrique *el Doliente*. De don Pedro expresa que tuvo sucesivamente por ayos á don Vasco Rodriguez de Cornado, adelantado mayor de la frontera; á don Juan Alfonso de Alburquerque, nieto de don Dionís de Portugal, y quizá á don Alonso Fernandez Coronel, señor de Aguilar; y por maestros á don Gil Carrillo de Albornoz, cardenal arzobispo de Toledo, de memoria venerable á la Iglesia y al siglo, y tal vez á don García de Torres, obispo de Burgos, esmerándose en que aprendiera el regio alumno las máximas del libro titulado *Regimiento de príncipes*, compuesto por fray Gil Romá, arzobispo de Berry y maestro de Felipe el

Pulcro de Francia, y traducido del latin al castellano por don Bernardo, obispo de Osma, de orden de don Alonso el XI y para enseñanza de su hijo. Consignados estos antecedentes, dice el grave Ramos del Manzano á la letra. «El reinado de don Pedro y la memoria mas comun que ha quedado dél no corresponde al cuidado de su crianza y amaestramiento, bien que no falta quien afirme que las violencias de su natural se em- bravecieron con haber tenido las mismas su ayo el de Alburquerque. Como quier que la crianza haya sido, quien hiciere censura libre é igual del resto de su vida y hechos, (entre la historia, que entonces se publicó con aborrecimiento reciente al muerto y atencion á la era de su sucesor, y entre las defensas que tambien entonces y despues se han escrito con empeño y respetos políticos, aunque debidos á la autoridad real) podria reconocer que, aunque para algunos castigos tuvo don Pedro causas justas que bastaran á dejarle con renombre de severo, ya que no de justiciero, pero en los mas, y en el número grande dellos y sobre todo en la fiera del modo de ejecutarlos, excedió la severidad justa de rey y de las leyes, con que parecieron antes venganzas que castigos. A la verdad las trágicas desaventuras, que padeció don Pedro y sus reinos, deben ser enseñanza y ejemplo á los súbditos para que en las violencias injustas de sus príncipes legítimos, cuanto quier les parezca tocan en tiranía, se valgan de la tolerancia, dejándolas pasar como á las demasiadas lluvias ó esterilidades de los tiempos, y no irritando mas las violencias con sollevaciones, contra la obligacion de vasallos; y no menos ejemplo y advertencia á los príncipes para que vean que el poder mas soberano, si se abusa dél con extremidad, se hace aborrecido y sujeto al despeño y ruina.» Tanto honra esta independencia de juicio á Ramos del Manzano como daña su dictámen sólido á la opinion de los que agracian á don Pedro de Castilla con el sobrenombre de *Justiciero*.

Tal le habia calificado años atrás don Lorenzo Ramirez de Prado en la dedicatoria al conde-duque de Olivares de las crónicas enmendadas por Gerónimo de Zurita; elogio que se comprende mal en la pluma del don Lorenzo á renglon seguido de estampar el de Lopez de Ayala diciendo que mereció el primer lugar en la veneracion de la antigüedad al prevenir con sus crónicas y segun es ley de la historia el acertamiento de las acciones con la noticia de varios accidentes, que llaman ejemplos los políticos, porque se proponen principalmente la razon, para imitar á los que obraron conforme á ella. ¿Cómo pudo ser venerado Lopez de Ayala si hubiera descrito cruel á un monarca digno del título de justi-

ciero? Bien es que en la buena lógica no debió de sobresalir el señor Ramirez de Prado, pues tambien asevera que la Europa estuvo *admirada de que fuesen las causas, que movieron á don Enrique, tales que le forzasen á romper el apretado vínculo de sus obligaciones naturales de sangre y respeto*; y en seguida da asenso á la especie, nacida no se sabe cuándo, de que don Enrique dejó encomendado al sucesor de su corona que prefiriera para el gobierno á los que se opusieron á sus pretensiones, desconfiara de los que las prestaron apoyo y tuviera por enemigos á los que permanecieron neutrales. Esto supone que las causas que movieron á don Enrique á ser rebelde, no militaron respecto de los que esgrimieron las armas con el fin de encumbrarle al trono; y supone además que el *Bastardo* se arrepintió de la usurpacion y el fratricidio, lo cual desmiente á las claras el hecho de transmitir la corona á su prole y no á la de su hermano.

Sin embargo de haber elegido el don Lorenzo un Mecenaz tan encumbrado como el conde-duque de Olivares, no salieron á luz entonces las crónicas de Lopez y Ayala segun quedaron preparadas para la imprenta por Gerónimo de Zurita. Sus *Enmiendas y Advertencias* publicó en un tomo separado el año de 1683 don Diego José Dormer, analista de Aragon y arcediano de Sobrarbe en la Santa Iglesia de Huesca. Sobre la importancia de dar á conocer el esmerado trabajo de Zurita para restablecer el texto de las crónicas de Lopez de Ayala, recomienda á este impreso la circunstancia de haber puesto en circulacion la correspondencia mediada entre aquel analista famoso y el dean don Diego de Castilla relativamente á la supuesta crónica del obispo don Juan de Castro, viniendo á resultar la inverosimilitud de su existencia. Y es notable que no asomara alguno cacareando haber hallado siquiera un ejemplar de este decantado manuscrito en tiempos en que se hizo moda falsificar documentos y crónicas bajo pretexto de esclarecer la historia patria.

Asi pasó el siglo XVII robusteciéndose mas y mas la opinion contraria á don Pedro con el voto de gravísimos varones, que no le emitieron sino despues de muy sério y prolijo estudio; y debilitándose la favorable con no añadir los que la sostuvieron el menor dato, y desechar alguno tenido por tal anteriormente, como el de suponer culpable á la desdichada doña Blanca; sospecha no admitida ni aun por los que presentaron en la escena como *Justiciero* á aquel monarca. Si para su defensa imposible se introdujo algun elemento no usado antes, fué el de la *fatalidad gentilica* en contradiccion del libre albedrio cristiano, pues á

esto equivale decir que á don Pedro de Castilla no se le debe de nombrar el *Justiciero*, ni el *Cruel*, sino el *Necesitado*.

Menos propicio á la rehabilitacion de este monarca habia de ser el siglo XVIII en que la crítica española avanzó mucho y por buen sendero. A la verdad yo no he encontrado que se escribiera á la sazón cosa de mas valer en abono de don Pedro de Castilla que lo que dijo el docto padre Andrés Márcos Burriel en carta al sevillano don Juan de Amaya. Se redujo á expresar que distaba tanto de tenerle por tan malo y descuidado en el gobierno, como le pintó la emulacion despues de su trágica muerte, que de muy *buena gana tejiera* él mismo *su apología*. De sentir es que le estorbáran el propósito otras ocupaciones, y de creer que mudára de opinion al ponerlo por obra y tras examinar hechos y compulsar datos, pues tambien semeja que el padre Juan de Mariana pensaba lo propio cuando llegó á esta parte de su excelente historia, segun las palabras con que la dió principio, y, despues de bien informado, mostróse contra el rey don Pedro mas rígido quizá que otro alguno.

Ciertamente hubo quienes acometieran la empresa por el padre Burriel indicada, pero sin probabilidades de quedar airosos; y tácitamente lo reconocieron así abrazando el partido de considerar al rey don Pedro como un reo cogido *in fraganti* y á quien es indispensable defender segun las reglas del derecho. No otro es el carácter de la *Apología del rey don Pedro*, hecha por don José Ledo del Pozo. Este dá pleno crédito á Lopez de Ayala, siguele paso á paso; y sentando por fundamento que el rey es señor de vidas y haciendas y no fijándose en los desmanes de su cliente, procura probar en un alegato de 441 páginas en fólío que á nadie mató sin delito; y á la manera que acaece en un tribunal de justicia solicitar el abogado que se declare libre de toda pena á aquel reo contra quien pide el fiscal la de muerte, Ledo del Pozo finaliza con estupendos encomios del monarca, ya sentenciado por la historia á tener perdurablemente una celebridad muy aciaga, y á que, sin ofensa del buen sentido, nadie le recuerde como su extraviado apologista de este modo: «Floreció en efecto en su glorioso reinado la administracion de justicia, »el establecimiento de las leyes políticas y el adelantamiento de las militares, misericordia con los pobres, la veneracion á la Iglesia, el respeto á la religion, el culto á los templos, el temor á Dios, y en una »palabra cuanto pudo concurrir á formar en don Pedro un íntegro legislador, un capitan valiente, un cristiano perfecto, un juez severo, un »padre caritativo, un monarca apacible, y un rey á ninguno segundo, »digno por esto de los nombres de bueno, prudente y justiciero.»

Igual camino tomó por entonces el doctor don José Berni y Catalá, abogado de Valencia, que escribió mucho y malo, en la *Jurídica defensa del rey don Pedro*, mejor que la *Apologia* compuesta por Ledo del Pozo en el sentido de ser bastante mas corta. Respecto de lo demás corren parejas ambas y nada nuevo contienen á favor de su defendido, si no es una certificacion legalizada del archivo del monasterio del Paular de Segovia, impresa por Berni, y en que se quiso hacer constar que sobrenaturalmente supo el padre don Sancho de Noriega *que el alma de don Pedro se fué al cielo, porque tuvo contrición al tiempo de su muerte*. Aun siendo esta revelacion verdadera, nada probaria á favor del monarca, sino de la infinita misericordia de Dios, que no necesita de pruebas consignadas en certificaciones de archivos, y por mas que sean de monasterios de Cartujos. Pero conviene manifestar, en obsequio de la critica sana, que la vision del padre don Sancho fué ridiculizada impunemente mientras la Inquisicion española seguia haciendo de las suyas. Don Tomás Antonio Sanchez, bien conocido en la república de las letras por su *Coleccion de poesias castellanas anteriores al siglo XV*, dirigió al doctor Berni una *Carta familiar* con el pseudónimo de *el bachiller don Pedro Fernandez* y suponiendo enviarsela desde *Burlada*. Allí sobre la supuesta vision del padre Noriega escribe lo mismo que se copia. «Vean
 »pues ahora los criticos modernos si les queda que apetecer para remate
 »y última clave de una *jurídica defensa*, en que vá nada menos que el
 »honor y crédito de un soberano; y si no lo quieren creer, que tomen
 »el caminito del Paular, y desengañense allí por sus propios ojos, y
 »dejen de ser criticos fastidiosos, y créanme, y miren que á algunos
 »por pasarse de criticos y no creer revelaciones, les va ya oliendo la ropa
 »á chamusquina. Y sepan, si no lo saben, que nos tienen ya apestadas
 »las orejas y aun los demas sentidos y potencias con sus melindres y
 »reglas de critica ó berengenas. Y no nos vengan ahora con el silencio
 »de los sincronicos ó coetáneos, con el argumento negativo, con la parcialidad del escritor, con anacronismos y con otras sabandijas de este jaez
 »que han inventado para espantarnos y encubrir su incredulidad. Cuando se les proponen unas noticias tan circunstanciadas, con tantos pelos
 »y señales, como la revelacion susodicha, agradézcanla y créanla, pesia
 »á sus almas, que tan bueno es como ellos el señor doctor Berni, y la
 »cree piadosamente y la tiene por *moralmente cierta*.» A elogios tan de fuera de camino, como los que adelantaban los panegiristas de don Pedro, era ya la sátira el mejor coto.

Para mayor ilustracion de un reinado tan controvertido se imprimie-

ron obras conocidas solo por los eruditos hasta entonces. Don Antonio Valladares y Sotomayor publicó la *Relacion* de Gracia Dei en su *Semanario*; y entre las siete crónicas salidas de las famosas prensas de Sancha figuraron las compuestas por Lopez de Ayala, y la que, bajo el título de *Victorial de Caballeros*, compuso Gutierre Diaz de Games de su señor don Pedro Niño, y el *Sumario de los reyes de España* del Despensero de la muger de don Juan I y las alteraciones introducidas por su Adicionador en el texto del manuscrito, producciones todas en que abundan los datos para juzgar al rey don Pedro. Su crónica por Lopez de Ayala apareció al fin con las enmiendas de Zurita, y esta y la de don Pedro Niño y el Sumario con preciosas anotaciones críticas de don Eugenio Llaguno y Amirola de la Academia de la Historia. Tales publicaciones divulgaron entre las gentes la opinion contraria al rey don Pedro de Castilla, tanto por la precision y solidez de razones de los que le juzgaron *Cruel* como por la vaguedad é insubsistencia de las sutilezas y excusas con que el rey de armas de Isabel I y Fernando V le propuso por *Justiciero*.

Al mismo dictámen se anticiparon ó atuvieron posteriormente varios escritores de justificada nombradía. Don Juan Ferreras en la *Sinopsis histórica cronológica de la historia de España*, despues de referir el asesinato de doña Leonor de Guzman, madre de los bastardos de don Alonso XI, escribe las siguientes palabras. «Tanto pudo el envejecido odio de la reina doña María, que fué el móvil de esta detestable accion de su hijo, empezando á teñir y manchar el papel y anales de su historia con la sangre de ella, que fué *funesto principio de las horrorosas crueldades que harán sudar sangrienta tinta á la pluma, por mas que algunos hayan querido buscar disculpa.*» No es menester copiar mas pasages en comprobacion del dictámen que sobre el reinado de don Pedro de Castilla formó este eclesiástico juicioso con presencia de todos los datos.

Ahora llega el turno de ser inscrito en el catálogo de los doctisimos varones que han tenido por incontrovertible la veracidad de Lopez de Ayala y demas coetáneos suyos, á fray Benito Gerónimo Feijóo, honra de la religion benedictina y esplendente lumbrera de España. Y no solo hay que parar la consideracion en lo que dijo este célebre monge del rey don Pedro, sino en la persona á quien lo dijo y dónde lo dijo, y por qué causas, todo lo cual añade importancia á las aserciones de un escritor de tanta autoridad y nota. Este en el tomo II del *Teatro crítico universal* contra los errores comunes, insertó un discurso titulado

Mapa intelectual y cotejo de naciones, y allí cierto cuadro sinóptico de los rasgos mas característicos de alma y de cuerpo en los hijos de las cinco principales naciones de Europa. Lo habia trazado un eclesiástico de Alemania, ultrajando con frecuencia á los españoles, y fué á parar a manos del que figuró años mas tarde como su glorioso monarca, y era á la sazón infante don Carlos, apenas salido de la niñez, y ya inflamado de patriotismo. Lo primero que le ocurrió fué quemar el tomo en que estaba el discurso, y despues la hoja en que estaba la tabla, cuando le hizo observar su maestro que el religioso español no asentia al parecer del de Alemania. Sabiéndolo Feijóo, recien venido por primera vez á la corte, solicitó audiencia del infante, y prometióle en ella desagraviar su honroso enojo. A este fin le dedicó el tomo IV del célebre *Teatro crítico* para el cual hizo de propósito dos discursos notables, titulados *Glorias de España*. Semejante epigrafe consentia cierta indulgencia respecto de quien no mereciera elogios, ya insinuando excusas, ya guardando silencio, y mas si la censura recaía sobre algun soberano, como que era vástago real el que inspiraba aquel trabajo, no histórico, en la acepcion rigurosa de la palabra. Sin embargo, la libertad de juicio del padre Feijóo no era de ninguna manera adecuada á encubrir lo vituperable, aun cuando escribiera en son de alabanza. Asi, despues de elogiar á don Alonso XI, se explica de esta suerte. «En el reinado de su hijo don Pedro mudó tanto España de semblante, cuanto distaba Pedro de Alfonso, »un bruto feroz de un héroe esclarecido. Con mucha razon dan á aquel »príncipe el nombre de *Cruel*, y con suma injusticia el de *Justiciero*; »si no es que quiera llamarse justicia la inhumanidad, la rabia, la fiereza. ¡Que espectáculo tan funesto dió España en aquel reinado á las »demas naciones, cuando la vieron padecer las furias de un rey sanguinario, los destrozos de las guerras civiles!»—Desde el padre Juan de Mariana hasta fray Benito Gerónimo Feijóo no se habian estampado frases tan duras contra don Pedro de Castilla.

Nadie superó durante el siglo XVIII al maestro fray Enrique Florez en ilustrar la historia de España; investigador diligente, crítico de gran seso, mereció que se le aplicara el mismo elogio que tiempos atrás á Ambrosio Morales, diciendo *que veía de noche*. Uno de los libros excelentes de este insigne agustino es el titulado *Memorias de las reinas Católicas*, en que fijó la genealogía de la casa real de Castilla y Leon, enumerando históricamente las reinas y las amigas de los reyes. Al tratar de don Pedro figuran como sus esposas doña Blanca, doña Maria de Padilla, doña Juana de Castro, y como sus damas doña Isabel, no-

driza del primogénito de la Padilla, doña María de Hinestrosa y doña Teresa de Ayala. Por las primeras líneas que traza el padre Florez se puede colegir de qué manera califica á monarca tan dado á mugeres. «Con sobresalto puede llegar la pluma á tratar de un reinado todo sus-
»tos. El asunto contraído á la reina puede indultar *de que reguemos con*
»*sangre cada plana*; pero no exime de oír calamidades, por haber subi-
»do hasta el sόlio los rigores.»—De la severa pluma de este ilustre agustino saliό una elocuentísima y bien fundada vindicacion de la inocencia de doña Blanca.

Un apreciablesimo *Compendio cronológico de la Historia de España* publicó el presbitero don José Ortiz y Sanz á últimos del siglo XVIII, dedicando once capítulos al reinado de que se trata, y ya dice no bien empieza. «Tenia don Pedro poco mas de quince años, pero la malicia
»suplia la edad en tanto grado, que desde luego comenzaron á temerle
»sus hermanos, la madre de estos, y cuantos estaban á su servicio.»—A tenor de la trascendencia del asunto se extiende mas de lo que se acostumbra en un compendio, y de suerte que por remate se expresa con este incisivo, apremiante y vehemente desenfado. «Tengo por un
»desvario canonizar todas las acciones de este rey, *que derramó mucha*
»*mas sangre en la paz que en la guerra*, como han querido hacer algu-
»nos desde el siglo pasado hasta nuestros dias; y es sensible haya hom-
»bres que gasten tan mal sus vigiliass. De buena voluntad mudaríamos
»sentencia si sus apologias estuviesen apoyadas en algun documento
»fidedigno. Ya no es tiempo de que los hombres sean creidos sobre su
»palabra en cosas que no han visto por sus ojos. Tres siglos hace que
»se anda buscando no sé qué *Crónica* de este rey, que dicen que era
»*la verdadera*, escrita por don Juan de Castro, obispo de Jaen; pero
»nunca ha parecido, ni nadie la ha visto nunca. La que tenemos de don
»Pedro Lopez de Ayala, que sirvió á don Pedro toda su vida y luego á
»don Enrique, dicen estos apologistas *es sospechosa y falsa por ser de*
»*un hombre venal y apasionado por don Enrique*. Esta es una solemne
»calumnia y solo digna de quien la profiere. El gran Zurita, el excelen-
»tísimo señor don Eugenio de Llaguno, y otros, han vindicado á don
»Pedro Lopez de Ayala, y demuestran que fué un historiador sincero.
»Mientras los defensores del rey don Pedro no produzcan su *verdadera*
»*crónica*, dejen ya de molestarnos con apologías enfadosas que no con-
»tienen sino palabras é impertinencias. ¡Salga esa crónica y veremos su
»cara! Mientras tanto será Ayala (y este *mientras tanto* no se acabará
»tan presto) el verdadero fiador de lo que sabemos de *don Pedro el Cruel*

»de Castilla; ni es razon despojarle de este título que desde que comenzó á reinar posee.»—Por nota añade en el mismo nervioso estilo. «Han sido tales y tantas las diligencias que nuestros sabios han hecho mas de dos siglos y medio, para hallar esta *crónica verdadera*, que no dudo de afirmar que no ha existido jamás sino en el cerebro de los apologistas de la crueldad.»

Acabó, pues, el siglo XVIII quedando malísimamente parada la reputacion del rey don Pedro; los historiadores aplicaron al exámen de las noticias de su reinado los grandes progresos de la crítica perspicaz y severa; los apologistas rebajaron tanto su causa que hubieron de considerarle como á un *reo convicto*, de cuya defensa no se puede prescindir en derecho.

ANTONIO FERRER DEL RIO.

EXPOSICION UNIVERSAL DE PARIS DE 1855 ⁽¹⁾.

SR. D. JOSÉ AMADOR DE LOS RIOS.

Muy señor mio y de mi mas alto aprecio: Mil dificultades que he tocado para instalarme convenientemente, en medio de la extraordinaria afluencia de gentes, asi por causas de que hablaré á V. despues, como por las atenciones debidas á mi esposa en su actual estado de salud, me han impedido escribir á V. antes, como hubiera deseado, no solo para manifestarle mi gratitud por sus favores y el resultado de sus recomendaciones para el señor conde de C..., sino tambien para ir desempeñando la palabra que le dí á nuestra despedida de ponerle al corriente de

(1) Comenzamos, con la siguiente carta, á dar cuenta en nuestra REVISTA de la Exposicion universal de París, que á la sazón llama hácia aquella capital la atencion del mundo industrial, agrícola, comercial y artístico. La circunstancia de hallarse en aquella capital, comisionado por la Sociedad Económica de Málaga el señor don Manuel Casado, y de proponerse este informar menudamente de todo á nuestro colaborador el señor Amador de los Rios, que se ha prestado buenamente á facilitarnos esta interesante correspondencia, nos proporciona el medio y el placer de prestar este servicio á nuestros lectores. Estos juzgarán de la competencia del señor Casado, y de su excelente criterio no solo por el plan que anuncia en la presente carta, sino por las apreciaciones que en ella hace del carácter francés en la cuestion actual. Los juicios artisticos é industriales á que descenderá en las siguientes probarán su inteligencia en estos asuntos y el acierto de la Sociedad Económica de Málaga.

todo lo que ofreciera la *Exposicion Universal* de mas notable, ya que V. no podia hacer un paréntesis en sus trabajos literarios, para visitar las orillas del Sena.

Diré á V. ante todo que el señor conde de C... ha correspondido á la carta de V., acogiéndome con el mayor agasajo y manifestándome lo mucho en que le tiene... Me dijo deseaba infinito conocer á V. personalmente; hablamos no poco de su *Historia crítica de la literatura española*, y fué tan amena su conversacion como debia esperarse de persona de tan vasta erudicion y claro ingenio. Tan satisfecho estuve en esta primera entrevista que pasamos cerca de hora y media, ocupados exclusivamente de cosas de España.

Al dia siguiente me presenté al señor A. de P., de quien obtuve la misma acogida, convenciéndome esto de que fuera de España es donde se hace verdadera justicia á los hombres que, como V., consagran su vida entera al estudio. Despues, no he tenido el gusto de ver al señor conde, quien acaso haya escrito á V. segun me dijo y convino con el señor A. de P., hablándole de *re litterariá*... El señor conde ha estado esta semana en el campo; y yo he dado principio á mis tareas en la *Exposicion*, dedicándome desde luego á pagar á V. la referida deuda. Creo que no desaprobará V. el plan que en vista de este inmenso teatro he adoptado: escribiré á V. varias cartas: en la presente trataré de dar una breve idea de la *Exposicion* manifestando la opinion general de Francia sobre la misma y su disposicion, digámoslo así, topográfica: en las restantes la describiré en conjunto y hablaré en especial de los objetos enviados por cada nacion: empezando, como buen hijo, por nuestra España y prosiguiendo con Francia, Inglaterra, etc.: la última carta la dedicaré á los descubrimientos ó perfeccionamientos mas útiles y trascendentales.

Mientras V. se sirve decirme (y se lo suplico encarecidamente) si le parece acertado dicho plan, por si llegára el momento de publicar estos apuntes, comenzaré observándole que la *Exposicion universal* de París puede considerarse como primera respuesta, que los paises industriales todos dan á la invocacion que la reina de la industria, la Inglaterra, les dirigió con la suya en 1851. La Francia que en aquella memorable ocasion ocupó el segundo lugar, debia naturalmente ser la primera en repetirla; y tal es la fuerza de esta verdad que nadie absolutamente se acuerda hoy de que haya habido, entre la de Lóndres y la actual, una tentativa de exposicion universal en Nueva-York, que no pudo tener eco porque los Estados-Unidos carecian entonces de derechos lejitimos para convocar un certámen de esta

importancia en su territorio. Este honor debia reservarse al pais que llevara la mejor parte en el torneo y que pudo dar á entender, al conformarse con el fallo que la posponia á su eterna rival, su intencion y su esperanza de combatir con mejor éxito aun, el dia que pudiera disfrutar de iguales ventajas que aquella, presentando la batalla en su propio suelo.

Tal es el puesto que de derecho corresponde á la Francia; pero tambien, reconozcámoslo ante todo, su único papel en tan importantes hechos, por mas que hoy se renueven por algunos de sus escritores las antiguas protestas para reclamar la prioridad de la idea. Sobre ser algun tanto difícil la averiguacion del asunto, nada significaria lo que no hubiera de presentarse como resultado material: tal es el modo de juzgar hoy en esta clase de cuestiones, reconocido y acatado por la generalidad de las influencias competentes, por mas que pueda mirarse, á veces, como contrario á los intereses del talento. Algo sabemos nosotros los españoles por lo concerniente á la aplicacion del vapor. De cualquier modo, es lo cierto, que si algun francés, tuvo una idea, para ello, que el principe Alberto de Inglaterra supo aprovechar, ni la idea ni muchos principes Albertos hubieran bastado para que la exposicion tuviese lugar en Francia.

La Exposicion universal, con efecto, envolvía toda una revolucion económica. El reunir en un local y exponer unos junto á otros los productos agrícolas é industriales de todos los paises del globo, con sus condiciones comerciales de abundancia, calidad, precio etc., habia de dar como forzosa y trascendental consecuencia la comparacion y la deducccion filosófica del cambio por mútua conveniencia. Era imposible ver la produccion de un pais representada por cantidades considerables de lana, seda, algodón y toda clase de materias primeras, mientras otro solamente presentaba hierro y carbon de piedra, sin descubrir una idea providencial en que el primero cultivará y elaborará el segundo. Todo esto lo conocian bastantemente los industriales franceses para no acoger con disgusto y aun rechazar semejante pensamiento; y sabido es cuanto era su poder desde la revolucion de Julio y la manera cómo los gobiernos que se sucedieron desde entonces sacrificaban de continuo á los intereses de esta clase, los de la Francia entera.

La Exposicion universal, pues, no hubiera podido efectuarse en este pais sin que la precediera una revolucion completa en las ideas económicas poco preparadas aun; y no sólo la primera pero ni la segunda, tal vez, hubiera tenido lugar en Paris por mucho que á ello impulsase

el sentimiento de orgullo nacional, si una voluntad de hierro servida por un brazo firme y poderoso no se hubiera sobrepuesto á las estrechas miras de los industriales, para en esto, como en otras muchas cosas, mirar por los verdaderos intereses y por el decoro de la Francia.

Nada prueba más la verdad de este aserto como lo ocurrido desde que Luis Napoleon dió su decreto en 8 de Marzo de 1853. Así como en Londres el príncipe Alberto habia encontrado eco en todas las clases de la sociedad, desde las inferiores que le suministraban el plano del edificio mas sencillo y barato (1), hasta la alta aristocracia que garantizó con sus bienes á los accionistas el éxito de la empresa y uno de cuyos miembros se hizo cargo por sí solo, en este concepto, de la enorme suma de 4.000,000 rs.; así en París Luis Napoleon no ha encontrado mas que obstáculos por todas partes; apatía en los unos, mala fé en los otros y ya en 22 de Junio alarmado y desconfiando del buen éxito de su proyecto apeló á la clase universalmente desinteresada y generosa de los artistas, con los cuales se cuenta siempre para todo lo grande y bello. Un decreto de dicha fecha convocó una Exposicion universal de bellas artes para el mismo dia 1.º de Mayo de 1855, y para mas seguridad la exposicion anual de 1854 era trasladada y unida á esta universal. Una comision numerosa elegida con el tino habitual y presidida por el príncipe Napoleon fué nombrada en Diciembre de 1853, la cual principian-do inmediatamente á tantear el terreno, pasó en 4 de Marzo una circular á todos los prefectos para que, *por todos los medios posibles*, estimularan á los industriales á fin de que se prepararan y decidieran á concurrir. La misma comision presentó é hizo aprobar en 6 de Abril un reglamento general, lo mas lato y previsor posible, en el que ya se incluia la division de los productos para su colocacion en el local y que habia de ser la base del sistema de clasificacion que habia de servir para los trabajos del jurado, al designar las recompensas.

En esta parte, y concretándonos á narrar, puede decirse que todo ha sido fácil despues de la experiencia de 1851; y así es que no se han apartado del mismo plan, que, como es sabido, consiste en tomar sucesivamente y segun su importancia cada industria y agrupar en su derredor cuanto á ello pueda referirse desde los primeros materiales empleados, hasta los artefactos secundarios y accesorios que concurren á la perfeccion del producto. Pocas excepciones ha sufrido esta regla; pero debemos notar la mas importante y, segun todos acertada, que consiste

(1) Mr. Paxton, jardinero del duque de Devonshire.

en haber colocado aparte la maquinaria toda, que naturalmente debe ser juzgada por hombres de conocimientos especiales.

Partiendo de estos principios se han dividido los objetos en treinta clases, de los cuales veinte y siete pertenecen á la industria y tres á las bellas artes, agrupándose en la forma siguiente.

PRODUCTOS DE LA INDUSTRIA.

PRIMER GRUPO. *Industrias que tienen por objeto especial la extraccion ó produccion de materiales en bruto.* 1.^a clase.—Arte de minas y metalurgia. 2.^a clase.—Arte selvática; caza, pesca y recoleccion de productos no cultivados. 3.^a clase.—Agricultura.

SEGUNDO GRUPO. *Industrias que tienen por especial objeto el empleo de fuerzas mecánicas.* 4.^a clase.—Mecánica general aplicada á la industria. 5.^a clase.—Mecánica especial y material de ferro-carriles y demas transportes. 6.^a clase.—Mecánica especial y material de los talleres industriales. 7.^a clase.—Mecánica especial y material de las manufacturas de tejidos.

TERCER GRUPO. *Industrias que se apoyan especialmente en el uso de agentes físicos y químicos y que se unen á las ciencias y á la enseñanza.* 8.^a clase.—Artes de exactitud; industrias accesorias á las ciencias y á la enseñanza. 9.^a clase.—Industrias que conciernen á la produccion económica y el empleo del calor, la luz y la electricidad. 10.^a clase.—Artes químicas; tinturas é impresiones: industria del papel, las pieles, el cautchue, etc. 11.^a clase.—Preparacion y conservacion de las sustancias alimenticias.

CUARTO GRUPO. *Industrias referentes á las profesiones sabias.* 12.^a clase.—Higiene, farmacia, medicina y cirugía. 13.^a clase.—Marina y arte militar. 14.^a clase.—Construcciones civiles.

QUINTO GRUPO. *Manufacturas de productos minerales.* 15.^a clase.—Industria de aceros en bruto y trabajados. 16.^a clase.—Fabricacion de obras de metal de trabajo ordinario. 17.^a clase.—Platería, joyería, industria de los bronce de artes. 18.^a clase.—Industria de vidriería y de cerámica.

SESTO GRUPO. *Manufacturas de tejidos.* 19.^a clase.—Industria algodónera. 20.^a clase.—Industria de lanas. 21.^a clase.—De sedas. 22.^a

clase.—De lino y cáñamos. 23.^a *clase.*—Trabajos de punto; tapices, listonería, bordados y encajes.

SÉTIMO GRUPO. *Mueblage y decoracion, modas, dibujo industrial, imprenta, música.* 24.^a *clase.*—Industrias referentes á muebles y adornos. 25.^a *clase.*—Confeccion de artículos de vestir; fabricacion de objetos de moda y fantasía. 26.^a *clase.*—Dibujo y plástica aplicados á la industria. Imprenta en caracteres y en talla dulce; fotografia. 27.^a *clase.*—Fabricacion de instrumentos de música.

OBRAS DE ARTES.

OCTAVO GRUPO. *Bellas artes.* 28.^a *clase.*—Pintura, grabado, litografía. 29.^a *clase.* Escultura y grabado en medallas. 30.^a *clase.*—Arquitectura.

Tambien se siguieron las tradiciones de la Exposicion de Lóndres en lo relativo á la composicion del jurado, nombrándose la mitad de franceses para sus miembros, y la otra mitad compuesta de extranjeros en proporcion á la importancia industrial de cada nacion entre las que mas figuran hoy, á saber y segun orden: Inglaterra, Austria, Bélgica, Prusia, Servia, España, Baviera, Sajonia-Real, Hannover, Ducado de Baden.

Finalmente, la construccion del edificio se encomendó á una compañía, que halagada con lo sucedido igualmente en Lóndres, y prometiéndose el mismo éxito, se encargó de todo, ejecutando el plano designado, que era bastante mas costoso que el de 1851, puesto que se trataba de hacer un palacio mixto con todo su recinto exterior de piedra y lo interior de hierro y cristal. Como vemos, pues, el gobierno ha hecho cuanto ha estado en su mano y obrado con acierto en todo; así es que con razon hubiera podido calcularse que teniendo en cuenta las ventajas de la experiencia y los atractivos de la ciudad, la Exposicion de París debía sobrepujar en brillantez á la de Lóndres. Todo, en efecto, hacia presumirlo así, y la predileccion de los extranjeros en general por la capital de Francia mas que nada: por otra parte, tres meses antes del dia señalado para la apertura, los pedidos de puesto hacian calcular un exceso, cuando menos, de dos mil expositores mas que los que concurrieron en Lóndres; pero se contaba sin lo principal que hubo en esta y

que puede llamarse la primera condicion de éxito en un acto de semejante género, es decir, el espíritu nacional.

Todos hemos visto y admirado con qué entusiasmo fué acogida la idea de un acto gigantesco industrial en la industrial Inglaterra; con qué buena fé y con cuánta actividad se prestaron todas las clases de la sociedad, no solamente á preparar el local destinado á recibir los productos, sino tambien á alojar á los fabricantes y ofrecer grata hospitalidad á los visitantes. Sin necesidad de aviso ni excitacion de parte del gobierno, los habitantes de Lóndres comprendieron que era caso de honra por el momento y cuestion de interés para lo porvenir el llamar el mayor número posible de extranjeros, contentándolos en todos sentidos: como por encanto se hicieron á tiempo provisiones suficientes para que ningun artículo de consumo se encareciera, y los duros y altivos británicos se esmeraron ¡cosa rara! en complacer á sus huéspedes, no solamente doblegando su carácter y dulcificando su trato, sino tambien sacrificando sus comodidades, á veces sin retribucion, desinteresadamente, ó mejor dicho, en vista de un interés noble y elevado.

¡Cuán opuesto ha sido el modo de obrar de los franceses en general y el de los parisienses en particular! Lo mismo que combatieron la idea cuando podian hacerlo, en 1851, han combatido su realizacion en cuanto ha estado en su mano en 1855. Entonces procedieron los fabricantes por el retraimiento, los escritores por la soflama y el desprestigio, quedando aislados y siendo casi objeto de burla un pequeño número de industriales y economistas ilustrados que, merced á corporaciones como la Municipalidad de Lyon y la del arrabal de San Antonio de París, salvaron el honor industrial de su país á costa de no pequeños sacrificios. Hoy, obligados los fabricantes á exponer, reducidos al silencio los desacreditadores de oficio, se desquitan los primeros con tardanzas poco justificadas, y se dedican los segundos á propagar ideas demasiado bien acogidas por el carácter peculiar francés, interesado por naturaleza é impresionable en demasia.

Esto, fuerza es confesarlo, constituye la principal rémora para que la Exposicion de Paris tenga la animacion é importancia que tuvo la de Lóndres. Aun suponiendo en los franceses las ideas económicas libérrimas que hoy dominan en la Gran Brétaña, habria de reconocerse en ellos la falta de ese verdadero y grande espíritu público que no solamente hace enaltecer la nacionalidad inglesa á pesar de la pobreza de su territorio escesivamente poblado, sino que la sobrepone á los demas pueblos. La misma clase de cálculo que se opone en Francia á la admi-

sion del libre cambio, se opone tambien al brillo de la Exposicion. Ningun fabricante dejará de confesar que la libre entrada de las primeras materias, como la de las telas mismas que él fabrica, estimulará su celo y actividad y mejorará su industria para lo porvenir; pero el interés del momento le aconseja abogar por la prohibicion que desde luego le dan monopolio y lucro: muy raro será el que siguiendo la generosa conducta de Mr. Dollfus de *Mulhouse*, sea capaz de calcular para dentro de algun tiempo y de hacer, no digo callar, sino tener paciencia al sentimiento del propio interés en aras del bien público. Asi tambien la gran masa de la nacion francesa se ha encontrado incapaz de formar un raciocinio análogo en esta ocasion: fácil seria hacer comprender á cualquiera de ellos que de un modo general, si acojen bien y contentan á los extranjeros, estos harán una permanencia mas dilatada en el pais y atraerán cada dia mayor concurrencia, de la que resultará un aumento considerable de la riqueza pública que mas ó menos se reflejará en él algun dia; pero son muy raros los capaces de obrar en consecuencia de semejante cálculo. Con esa ansia de lucro que les es peculiar y con su natural ligereza no han visto en el hecho de la Exposicion sino una ocasion que no volverá á presentarse para llenar bien el bolsillo. Los datos estadísticos publicados despues de la de Lóndres les han servido para calcular, exagerándolos, hasta donde podian subir las ganancias de cada uno; y procediendo aisladamente y sin concierto se ha preparado cada cual de por sí á recibir y despojar el mayor número de huéspedes posible.

La Francia entera se ha convertido en una inmensa fonda, ¡qué digo fonda! en una mala posada de camino, en una caravanera, donde solo se concede al viajero techo y abrigo á costa de un crecido estipendio; todo se ha reducido, todo se ha escatimado y hasta la antigua amabilidad francesa, se ha disipado y confundido ante la dureza que es propia de la codicia excitada, y á estas horas ante la amargura del desengaño. Desde Bayona á Strasburgo, desde el Havre hasta Lyon, no encuentra el viajero mas que semblantes torcidos, modales bruscos, jentes, en una palabra, impacientes por salir de las incómodas bohardillas ó de los húmedos sótanos donde se refugiaron para alquilar sus habituales moradas y descontentos de no haber encontrado digno precio para tanta molestia ó para terminar con la expresion de un diario parisiense, ánimos contristados de no poder desplumar mas que pájaros *de paso*.

En efecto, la única clase de poblacion capaz de ocupar tanto lugar como se hizo, es decir, la clase media de todas partes, no pudiendo so-

portar cuantiosos gastos y fatigada de una lucha continua y naturalmente descortés, ha debido abreviar su permanencia, tanto mas impresionada por las contrariedades y disgustos sufridos, cuanto mayores goces y mas fácil vida se prometiera; asi hemos visto gran número de viajeros que despues de dos ó tres dias de tentativa, y desesperados de no poder costear con los recursos calculados el tiempo que se proponian estar, se han ido á dar una vuelta por el palacio de la industria para juzgar del local y regresado inmediatamente á su pais, ansiosos de avisar á sus parientes y amigos lo ocurrido á ellos y lo que les espera á otros que se aventuren á lo mismo.

Tales causas obran poderosamente contra el brillo y la animacion de la actual Exposicion universal, y á ellas deben añadirse otras, sobre las cuales no insistiremos por lo fáciles que son de apreciar por todo el mundo: aludo á la guerra; á esa aborrecible y sañuda entidad que como repugnante anacronismo, viene á manchar con sangre, las delicadas maravillas del génio industrial moderno. Por mas esfuerzos que un gobierno fuerte é ilustrado haga, los gemidos de las víctimas encuentran un eco demasiado vivo en el hogar paterno para que no ahoguen por momentos los clamores destinados á ensalzar el talento. El dolor tiene un grito mucho mas agudo que el del entusiasmo y no parece sino que algun genio maléfico se complace en avivar la lucha cruenta y salvaje, precisamente cuando la civilizada y cortés principia á ejercer y demostrar su provechosa influencia.

¿Quién no ha de contristarse al saber que no pasa un dia sin que se cuenten por centenares las víctimas?.... ¡que son ya mas de 150,000 los hombres que han perecido!! Ciento cincuenta mil hombres! ciento cincuenta mil jóvenes perdidos para sus madres! ciento cincuenta mil cabezas perdidas para los adelantos del saber, tantos brazos perdidos para la industria! ¡Ah! caiga tanta sangre acumulada sobre la cabeza del que la abrió curso!!!

Perdone V., amigo mio, esta digresion triste y volvamos nuestras miradas hácia la realizacion de la idea concebida en mejores dias. Es innegable que el aspecto de los trabajos ejecutados es magnífico y digno del pensamiento. Insistiendo en el incalculado paralelo que involuntariamente he hecho entre esta exposicion y la de Lóndres es menester reconocer que en todo cuanto ha podido depender del Gobierno francés es, como debia suponerse, superior á esta última, lo mismo por la construccion del local, cuyo aspecto es grande y suntuoso, como por lo que en él se contiene; pero aquello que este no

podía suplir, la buena acogida del pueblo que atrae al pueblo para formar esa brillante y pintoresca amalgama tan necesaria en semejantes solemnidades ha faltado; y este es el lado flaco que presenta la exposición.

Con un soberbio palacio de aspecto verdaderamente monumental, cuyo área excede en 72,000 metros lo que era el de Londres, con un número de expositores que también excede á estas horas en 3,000, al de la misma y con tal variedad de objetos de valor que ha sido necesario ir agregando construcciones suplementarias á las primeras que se han llenado, (y eso que con los efectos rechazados se ha formado por una sociedad particular, otra exposición con mas de 5,000 mostradores), con toda esta superioridad de atractivo, en una palabra, la concurrencia puede calcularse en una tercera parte menos y tal vez en una mitad. No alcanzo en este momento datos fijos en la materia, pues los diarios solamente han dado cuenta de alguno que otro día excepcional; pero me consta que en aquellos en que se paga un franco por entrada lo mas que se han contado ha sido 14.000 personas, mientras recuerdo que en la de Londres, fué durante mas tiempo este número el mínimun; y eso pagando seis francos en el mismo concepto.

Finalmente, amigo mio, los accionistas de aquí temen, segun la marcha de la empresa, perder el dinero, mientras en Inglaterra hubo una ganancia de 5.000,000 de francos. A pesar de este defecto que solo es relativo, el solemne acontecimiento conserva toda su importancia. Ante la representacion efectiva de la industria actual en el mundo entero, cada uno se reconcentra en sí propio, desconfiando de tener fuerzas suficientes, siquiera para admirar; y el hombre menos pensador siente un involuntario estremecimiento, cuando desde el centro de una inmensa galeria, puede contemplar el mas rico y magnifico panorama que jamás vieron ojos humanos, las riquezas acumuladas de todo el orbe, el resultado del trabajo progresivo y constante de treinta generaciones. En la siguiente carta procuraré, como arriba dije, dar á V. la mas cabal idea del conjunto que la Exposicion presenta.

Me ofrezco como siempre á las órdenes de V. su afectísimo servidor y amigo Q. B. S. M.

MANUEL CASADO.

París 4 de Julio de 1855.

HISTORIADORES PRIMITIVOS DE AMERICA.

EL ALEMAN ULDERICO SCHMIDEL, EL ADELANTADO ALVAR NUÑEZ
CABEZA DE VACA, EL ARCEDIANO DON MARTIN DEL BARCO CENTE-
NERA, EL CAPITAN RUI DIAZ DE GUZMAN, Y EL JESUITA GUE-
VARA.

Maestra de las naciones llama Ciceron á la historia, y Bossuet, voz elocuente con que desde el fondo de la tumba las generaciones pasadas hablan á las presentes y á las venideras.

Un pueblo sin historia carece de la primera condicion de nacionalidad; es un espósito entre los demas pueblos de la tierra. ¿Ignoran esto los que se empeñan en repudiar en todos los terrenos la tradicion ibérica que eslabona su pasado á nuestro presente, su vida á nuestra vida?

Tema es este que nos atrevemos á recomendar á los ilustrados redactores de una Revista enciclopédica titulada EL PLATA CIENTIFICO Y LITERARIO, que hace un año se publica con grande y merecida aceptacion en la capital de la República argentina, y que se honra con la colaboracion de los hombres mas distinguidos del hemisferio hispanoamericano.

El mejor medio que se nos ocurre de dar las gracias á su apreciable director el doctor don Miguel Navarro Viola, por los elogios con que nos

abruma, y que aceptamos mas bien como generoso estímulo que como legítima recompensa de nuestros escasos merecimientos; el único medio de corresponder dignamente al honor que nos dispensa y al buen concepto en que nos tiene, es sin duda manifestarle con obras y no con palabras, cuan sensibles somos al cariño que sin conocernos personalmente nos profesa. Siempre los hidalgos corazones fueron agradecidos.

El artículo que va á leerse ha sido escrito para EL PLATA CIENTIFICO Y LITERARIO, y si le publicamos antes en la REVISTA, es por evitar estravios lamentables, portes inútiles y por otras razones análogas muy fáciles de comprender.

Es un artículo bibliográfico: pero aspira á llenar en parte una de las exigencias de nuestra literatura, perfectamente expresada por el señor Navarro Viola.

«La bibliografía debe marcar con el sello de su eleccion una obra buena entre las mil medianas y malas con que nos abruma cada dia la prensa universal.

«Pero sea que duerman en los armarios de algun anticuario ó bibliófilo los interesantes datos y producciones que nos son propias; sea que nos cuidamos poco de lo que nos pertenece, ello es que si no carecemos de todo, al menos lo ignoramos casi todo. Puede decirse que conocemos mas el interior del Asia, que el de estos paises. La palestra de la guerra de Oriente va siéndonos mas conocida, que los gloriosos campos de nuestras innumerables batallas...»

Estamos completamente de acuerdo con el doctor Navarro Viola, y para contribuir á los resultados que desea, nos proponemos hoy decir cuatro palabras sobre nuestros primitivos historiadores; tomando por punto de partida la importante coleccion de documentos para la historia antigua y moderna de nuestras provincias (1) hecha y dada á luz en Buenos-Aires por don Pedro de Angelis, riquísima mina para los que sepan explotarla. Igualmente nos proponemos rectificar las erradas opiniones de un hábil publicista y tambien las de un ilustre viagero que se ha mostrado severo en demasia, injusto y hasta *ingrato* al ocuparse de los referidos historiadores. Hemos nombrado á don José Rivera Indarte y á don Félix de Azara.

Rogamos únicamente á los lectores de la REVISTA que escribiendo para América y España, estamos en el deber de generalizar las cuestio-

(1) Se han publicado siete tomos en fóllo de 1500 á 2000 páginas cada uno.

nes tanto como sea posible, y para darles el doble interés á que aspiramos, entrar á veces en pormenores, si redundantes del otro lado del Oceano, indispensables aquí, y viceversa. Volvemos á prevenir á los sabios que todo lo saben (menos lo que ignoran) que no escribimos para ellos. ¡Ay! para saber algo, decia el profundo Goethe, seria preciso saberlo todo, y el hombre mas sabio á menudo solo sabe que no sabe nada! Traslado á los susodichos.

La coleccion de don Pedro de Angelis satisface una de las mas grandes necesidades de nuestra naciente literatura, principalmente bajo el punto de vista histórico y bibliográfico.

De las obras hablaremos mas adelante: empezaremos por los documentos.

Todos los documentos que comprende revisten un carácter especial y se recomiendan por diversos conceptos, habiendo sido escritos casi todos bajo el dominio español (1).

La mayor parte son de un raro mérito y se han conservado inéditos hasta ahora poco en nuestros archivos, ó en manos de algunos curiosos. Conociendo las dificultades que se hallan en todas partes para formar colecciones históricas, y mucho mas en América, es preciso ser justos con el señor Angelis, agradecer siquiera sus loables esfuerzos puesto

(1) Ademas de las obras y documentos pertenecientes á esta coleccion citados en nuestros anteriores artículos *El sistema colonial*, 1840; *Piratas y filibusteros*, etc., hemos tenido á la vista y consultado los siguientes, que tambien se encuentran en ella, y que apuntamos aquí como fuentes donde hemos bebido, como testimonio á que nos referimos en los puntos que tengan relacion con ellos.

»Epocas de algunos acontecimientos importantes segun los apunta el autor de la Argentina (Rui Diaz de Guzman).

»Descripcion de la naturaleza de los terrenos y costumbres de los Peguenches, por don Luis de la Cruz.

»Calidades y condiciones mas caracteristicas de los indios Pampas y Aneaces.

»Actas de la fundacion de Buenos-Aires, por don Juan de Garay, con otros documentos de aquella época.

»Documentos relativos al Estado Oriental, puestos al fin de las actas de la fundacion de Montevideo.

»Descripcion de las misiones al cargo del colegio de Tarifa, por fray Antonio Tamajuncoda.

»Descripcion de la provincia de Tarifa, por don Juan del Pino Manrique.

»Memoria sobre la navegacion del Tercero y otros rios que confluyen al Paraná, por don Pedro Andrés García.

»Informe del virey Vertiz para que se abandonen los establecimientos de la costa patagónica.

»Diario que el capitan don Juan Antonio Hernandez ha hecho de la expedicion contra los indios tehuelches, en el gobierno del señor don Juan José de Vertiz, gobernador y capitan general de estas provincias del Rio de la Plata, en 4.º de octubre de 1770.

»Proyecto de colonizacion del Chaco, por don Antonio García Solalinde.

»Expedicion al Chaco, por el rio Bermejo, por el coronel don Adrian Fernandez Cornejo.

»Informe de don Félix de Azara, sobre varios proyectos de colonizar el Chaco.»

que á él debemos esta primera, y á juicio nuestro, recomendable recopilacion, en su línea tan importante como las de Navarrete y Muñoz, aunque el trabajo del colector se resiente á veces de la precipitacion con que ha sido preparado para la estampa. Harto se hace con arrojar en circulacion un nuevo caudal de datos é ideas y marcar el derrotero de una senda no hollada por nadie todavía.

Debemos, por lo tanto considerar, nada mas que como un violento desahogo del espíritu de partido, la mordaz é injusta crítica de uno de nuestros mas justamente célebres escritores (1), asi como los repetidos ataques que la prensa patriota le ha dirigido con este motivo. El que muchos de esos documentos no se hayan adquirido legitimamente, lo que no afirmaremos ni negaremos, nada tiene que ver con que sean buenos ó malos. No defendemos á Angelis que era el escritor favorito de Rosas; no defenderemos al redactor de la *Gaceta* y del *Archivo*, de quien se asegura con razon ó sin ella que hallaba un diabólico placer en ahogar todas las reputaciones nacientes y que tan implacable se ha mostrado con todos los escritores que mas honra dan á las letras argentinas... defendemos la verdad, los principios literarios, el mérito verdadero, intrínseco, grande, si no de todos, de muchos de los documentos que él ha librado de la polilla y del olvido. Nos sublevamos contra los hombres de talento é instruccion que, en el calor de la pelea, juzgan todas las armas buenas para herir á sus adversarios, y como Galileo, dicen lo que no sienten, mienten contra lo que les dicta, no su buen criterio que se ofusca, pero si el eco de su envidiable reputacion que tanto trabajo les ha costado alcanzar!

Conviene, pues, no deslumbrarse por el prestigio de su nombre, y en caso de duda, tratar de averiguar por nosotros mismos la justicia de sus cargos. Conviene no olvidar que los errores sostenidos por personas de instruccion y talento, pueden pasar mucho tiempo por verdades innegables que encuentran panegiristas ardientes en la juventud inesperata, en la ignorancia atrevida y en la medianía presuntuosa é intolerable, y que una vez arraigados en la conciencia pública, es muy difícil estirparlos.

Consecuentes con estos principios cumplessen declarar remitiéndonos á las pruebas, que ni la razon ni la imparcialidad están de parte de los que han querido desacreditar la coleccion de Angelis, y que, si como hombre político y privado no tiene derecho á nuestras simpatias, como

(1) Don José Ramon Indarte, *Rosas y sus opositores*, pág. 138.

escritor instruido y laborioso vale mucho á nuestros ojos. Somos justos y leales hasta con nuestros enemigos.

Cuatro historias incluye en su coleccion, cuyo mérito á pesar de sus defectos es indisputable.

Antes de pasar adelante séanos permitido aprovechar esta ocasion de probar á un *sábio crítico* el error en que ha incurrido al pretender enmendarnos la plana.

Hemos dicho en nuestros estudios históricos políticos y sociales (1) y repetimos ahora que todas las historias del antiguo vireynato de Buenos Aires que conocíamos no llegaban sino hasta principios del siglo XVII; y en efecto, considerándolas por su orden cronológico, se ve que el viage al Rio de la Plata de Ulderico Schmidel concluye en el año 1552. Los comentarios de Alvar Nuñez en 15. La Argentina, poema histórico del arcediano don Martin del Barco de Centenera en 1592. La primera parte, única que se ha conservado de la Argentina de Rui Diaz de Sanman en 1575. La historia del Paraguay, Rio de la Plata y Tucuman, del jesuita Guevara en 1620 y finalmente la descripcion é historia de Azara, apenas llega al siglo XVI; concluye con el adelantado don Juan de Vera y Aragon, pues habiéndose el autor propuesto, como dice al fin, escribir solamente la historia del descubrimiento y conquista del Rio de la Plata, y como desde esa época no hicieron allí mas conquistas ni descubrimientos los españoles, da por finalizado su trabajo.

El juicio de este ilustre viagero sobre los precitados historiadores (2) nos parece demasiado severo y hasta injusto, pues las mismas razones que alega para escusar los defectos de sus propias obras, como la época, la escasez de libros y comercio con personas instruidas y capaces de ayudarle en sus investigaciones, el aislamiento completo y la imposibilidad de seguir en los desiertos del Nuevo Mundo el movimiento intelectual de la Europa, y tantas otras razones que pudieran aducirse (3) si hacen disculpables sus defectos ¿por qué no han de disculpar los de aquellos? Mucho mas, cuando si se examinan bien los tiempos, las circunstancias en que se encontraron, los medios con que contaban y los obstáculos que tenían que vencer, estamos ciertos que se inclinará la balanza á favor de los segundos.

Azara escribia en el siglo pasado, poseia una instruccion correspon-

(1) Pág. 24

(2) Descrip. é hist., tomo I, prólogo.—Voyages, tomo I., págs. 48 á 29.

(3) Robertson es el mejor que ha defendido á los primitivos historiadores en el lib. IV, pág. 190 de su historia de América.

diente á su clase y á la noble carrera á que se habia consagrado: se vio frecuentemente honrado con la confianza y amistad de los primeros personajes en América y España. El Gobierno, como él mismo nos cuenta, *le encargó muchas y grandes comisiones*, honor que ciertamente merecia por su capacidad y honradez: tuvo á su disposicion todos los archivos del vireynato, y asimismo confiesa que nada habria podido hacer sin el auxilio de los historiadores á quien tan acerbamente trata, cuando su propia obra, permitasenos ser francos, á pesar de tantas ventajas, presenta mas de un flanco vulnerable.

No es, no, que pretendamos rebajar en un ápice su reconocido mérito, y mucho menos empañar la brillante aureola que envuelve el nombre del célebre viagero. Creemos, con el ilustrado autor de su biografía (4), que son hijas de su profundo estudio del pais y de sus producciones las obras que han aplaudido ya los sábios de todas las naciones, que se han apresurado á verterlas á su lengua vulgar; y sin que nos impulse el deseo de lisongear el amor propio de nadie, añadiremos que el nombre de Azara no puede pronunciarse sin respeto, sin veneracion ni gratitud por ningun hijo del Plata, que conozca algo la historia de su patria. Prescindiendo de sus numerosos escritos y no interrumpidas tareas y comisiones, consagradas casi todas al bien, á las mejoras, á los adelantos materiales y morales de nuestras provincias, fué siempre en ellas un digno y enérgico protector de los verdaderos intereses de los pueblos y de la metrópoli, de la justicia hollada por almas torpes ó ambiciosas, de los derechos conculcados y del lustre del nombre castellano escarnecido alguna vez por el usurpador lusitano. Fué un hombre de corazon y de elevada inteligencia, un verdadero aragonés que frente á frente dijo á mas de un magnate amargas verdades. Habremos hecho su biografía en dos lineas diciendo: que si todos los hombres de la dominacion española hubieran sido como don Félix de Azara, la hora de nuestra emancipacion no habria sonado todavía.

Pero estos mismos títulos que tanto recomiendan sus trabajos, y que les han dado una justa celebridad en América y Europa, nos obligan á rebatir con mas fuerza, cualquiera opinion suya errónea, siempre que nos consideremos con derecho para hacerlo. La razon principal la hemos dado ya, ahora añadiremos otras no menos convincentes.

Despues de él, otros viageros y escritores en distintas secciones de América, han hecho nuevas observaciones y consignado nuevos hechos

(4) Se halla en el tomo II de la *Descrip. é hist.* pág. 218.

que, reunidos á los grandes acontecimientos de la revolucion, no pueden menos de arrojar una nueva luz sobre la historia, las costumbres, el carácter y la verdadera situacion de sus habitantes bajo el dominio español. Del estudio de estas observaciones, hechos y acontecimientos, debe necesariamente resultar una base de sana critica, apoyada en el espíritu filosófico, y en los adelantos y vigoroso impulso que la literatura ha recibido en nuestros dias, muy señaladamente en su parte histórica. Así, al impugnar á Azara no hacemos sino lo que mas tarde otros, con un caudal de datos y conocimientos superior al que hoy poseemos, harán con nosotros. Pesarán nuestros juicios en esa balanza y si son malos los desecharán; si falsos demostrarán su falsedad; si inexactos ó incompletos los rectificarán ó completarán, y si buenos é intachables los adoptarán sin temor, persuadidos como estamos, que la autoridad nada vale si descansa en cimientos de arena y que el libre exámen fuera del órden religioso, es la mejor garantía, la piedra de toque el mejor medio de comprobar las verdades que se proclaman.

Y cuenta que en esto no hacemos mas que seguir un saludable consejo del mismo Azara. «En cuanto á los hechos de toda especie que refiero, dice él, he procurado no exagerar nada, *sin pretender que las reflexiones que de ellos deduzco, se crean, no hallándose fundadas* (1).

Apoyados en estos principios, volvemos á repetir que nos parece demasiado severo, injusto y hasta ingrato con los primeros historiadores del Rio de la Plata.

Empezando por Schmidel á quien califica de mas *exacto, puntual, ingénuo é imparcial* ¿á quien se le oculta que su viage, no es otra cosa que un viage? No narra los acontecimientos con la hilacion lógica, el órden y la amplitud del historiador. A veces algunos muy importantes son para él meros incidentes, que no refiere, y si los refiere, lo hace con tanta brevedad y de un modo tan vago, que mas bien parecen suposiciones y rumores que hechos ciertos é innegables. Sus juicios, se resienten por otra parte del espíritu de division y rivalidad que reinó entre los conquistadores, divididos en bandos y parcialidades desde la partida de don Pedro de Mendoza, y él los condena ó absuelve mas de una vez, sin entrar en pormenores, sin dar siquiera razones de sus fallos inapelables. Véase, en prueba, como juzga (2) la rebeldía al adelantado Alvaro Nuñez, este mismo escritor que en el capítulo siguiente dice que: «enviado á España el adelantado, empezó entre los cristianos

(1) Descrip., Tomo I, párrafo V.

(2) Viage., Capítulo XL.

tanta discordia que ninguno deseaba el bien de otro; todo era pendencias y riñas, sin que en mas de un año ninguno anduviese seguro, etc.,» y el modo como cuenta (1) la muerte de don Francisco de Mendoza.

Ademas, como no puede menos de convenir Azara, refiere los hechos estropeando (lo que no es extraño en un alemán) corrompiendo y trocando tanto los nombres de las personas, rios y lugares, que solo los puede entender quien los conozca: por otro lado abulta el número de enemigos, suprime, no algunos, sino muchos acontecimientos ocurridos en su ausencia y á su vista; y á veces para dar variedad á su historia, escribe faltando á la verdad: que algunos indios tenían bigotes, que criaban aves y animales domésticos, que construían fuertes, atrinchamientos, etc.

Tal es el historiador á quien anteponiéndole á todos los demas se califica de mas *exacto y puntual, ingenuo é imparcial*.

Sin darle esa preferencia, sin poseer completamente esas cualidades tiene para nosotros un gran mérito el viage de Schmidel, ya se considere como monumento histórico de aquella época, ya como fruto de uno de los autores mas inteligentes del brillante drama de la conquista. Por él se puede apreciar debidamente lo que ella costó á los españoles en el Rio de la Plata. Le seguimos con placer al través de los infinitos peligros, aventuras, contratiempos y vicisitudes que por espacio de veinte años combatieron su borrascosa existencia y la de sus compañeros. Su manera de considerar los hechos y los hombres, escita nuestra curiosidad, nos habilita para examinarlos á la luz de la crítica y apreciar mejor lo que otros han escrito. Fuera de los casos espresados es exacto generalmente, muy circunspecto en sus noticias y detalles y le reconocemos las cualidades que Azara le concede.

La refutación de los cargos dirigidos al adelantado Alvar Nuñez como hombre político, se halla en otra parte (2) y seria agena de este lugar: los que versan sobre el número de indios, flechas envenenadas, errores en los lugares y fechas, cargos á veces incontestables y muy fundados, como son los mismos que su impugnador hace á Barco y Rui Diaz, cuyas obras merecen una crítica mas detenida que los *COMENTARIOS* de Alvar Nuñez, reservamos para cuando hablemos de estos historiadores esponer algunas de las razones que en nuestro concepto debió Azara tener en cuenta antes de condenarlos.

Seremos, pues, brevisimos con Alvar Nuñez: una observacion sola

(1) Capítulo XLIX.

(2) Estudios históricos, políticos, y sociales, pág. 32, 40.

nos permitiremos sobre el hecho principal en que Azara funda su juicio; la supuesta culpabilidad y tiranía del adelantado.

Conociendo el carácter *pacífico, humano y humilde* de los aventureros del siglo XVI, ¿no era natural que se sublevasen contra cualquiera que quisiese desviarlos de la senda de la virtud, arrastrarlos á la insubordinación ó al vicio? El resultado de la rebelión ¿no prueba que todos estaban disgustados de Alvar Nuñez? ¿Y donde está la mayoría, no está la razón y la justicia? ¿Quién duda que se ve el dedo de la Providencia en un movimiento simultáneo y general que hace palpitár todos los corazones y arma el brazo de muchos contra pocos, ó de todos contra uno solo? ¿No se revela en el triunfo la justicia divina? Y aquí recordamos involuntariamente una conocida cuarteta del insigne Quevedo.

Vinieron los sarracenos
Y nos molieron á palos,
Que Dios protege á los malos
Cuando son mas que los buenos.

Hay argumentos que no pueden tomarse por el lado sério y que cuesta mucho trabajo creer se hagan con sinceridad. Al oírlos una sonrisa irónica se asoma á los labios involuntariamente.

Por lo mismo que los soldados se sublevaban contra su gefe, por lo mismo que le cargaban de cadenas; por lo mismo que querian asesinarle, creemos que él era el inocente y ellos los culpados. La sentencia del Consejo de Indias pudo ser injusta como otras tantas. Ahí están en prueba las causas célebres. Convenimos que el citado historiador alguna vez sin poderlo remediar se dejase arrastar al escribir, de los ultrages que habia recibido. Pero ¿qué hombre no haria otro tanto en su caso? ¿Era ángel por ventura?

He aquí como se espresa don Antonio de Ardoíno, marqués de Lorito, al defenderle de los violentos ataques ó *de la incierta y mal enca-minada censura*, como él los califica, del padre Honorio Filiporo.

«Es regla legal, incontrovertible, que nadie se presume y presupone malo, antes de las probanzas, pues naturalmente todos se deben estimar por buenos, en cuya consecuencia debia el padre presentar la acusación de los delitos, producir plenarias pruebas contra Alvar Nuñez y sus compañeros, y con madurez pasar despues á sentenciarlos de escelerados: de otra forma, el capricho fomentado de vagas y generales oídas, que neciamente se creen, en propio contexto, i hacer justifica-

ciones imaginarias, está mas cerca de locura que de simpleza; y siempre los temerosos deben creerlo por malicia procedida de genio diabólico; i á lo menos es acreditarse cualquiera, á ojos vistos, de calumniador, i mas cuando hallaremos mucho en abono de Alvar Nuñez que acabara de destruir la vana voz del padre Honorio (1).»

Respecto de la Argentina de Barco se espresa Azara de este modo.

«Los profesores juzgarán su mérito poético; yo en cuanto á historia considero á esta obra tan escasa de conocimientos locales, y tan llena de tormentas y batallas, de circunstancias increíbles á los que conocen aquellos naturales, y de nombres y personas inventadas por él, que creo no se debe consultar cuando pueda evitarse. Pero su mayor empeño es desacreditar á los principales y á los naturales, siguiendo en esto el genio característico de todo aventurero y nuevo poblador como él lo era.»

Fuera necedad negar la parte de verdad que encierra esta critica; pero eso no obsta en manera alguna para que consideremos á Centenera de distinto modo, y espongamos las circunstancias atenuantes y las utilidades que puede reportar el estudio de su obra.

La Argentina es un poema, y como tal no podia tener su autor, ni parece razonable exigirle, toda la escrupulosidad de un historiador; y aunque se nos diga que habiendo versificado cosas insignificantes y hasta impropias á su asunto, pasando por alto otras que se prestaban mucho mas al idealismo y elevacion de la poesia, bien pudo ser mas minucioso y hacer, ya que no un poema, siquiera una verdadera crónica rimada de la conquista, juzgamos que tampoco se le debe considerar bajo este punto de vista, porque su obra, considerada artística é históricamente, ni es un poema, aunque tiene las pretensiones de tal, ni una crónica, sino narraciones mas ó menos completas, mas ó menos interrumpidas por digresiones, descripciones y *licencias* poéticas, pero al fin partes accesorias, nacidas de la narracion de varios acontecimientos ocurridos en un período determinado, no solo en el Plata, sino tambien en otras regiones de América, como se ve en todo el canto XXIII, consagrado esclusivamente á hablar de las mugeres, del terremoto, y del concilio que tuvo lugar en Lima, durante la permanencia del autor en aquella capital.

Podemos, pues, considerar la ARGENTINA como una coleccion de romances históricos, prescindiendo del metro; y solo asi le damos gran

(1) Exámen apologético, etc., cap. V.—Barcia, tomo 1.

valor. Como obra de poesia poco vale, segun nuestro humilde dictámen, por mas que Angelis pondere su mérito y diga «que si no fuera por multiplicar citas, reproduciria varios trozos que le parecen dignos de competir con los modelos mas acabados de la poesia castellana (1),» siendo de notar que los pocos que cita no son los mejores, como se verá si se cotejan con los que trascribimos mas adelante.

Hemos leído varias veces y muy despacio el mencionado poema, y sin la menor desconfianza aseguramos que aun cuando hemos encontrado algunas bellezas entre un Océano de octavas, no nos ha sido posible hallar en él trozo alguno que pueda parangonarse, sin pasar del siglo XVI, con otros de Manrique, Céspedes, Garcilaso, Herrera, Ercilla ó fray Luis de Leon, poetas que, como todos saben, habian ya abierto una nueva senda y dejado un rastro refulgente en el Parnaso español, cuando Centenera publicó su obra (1602).

Algunas ligeras indicaciones sobre la índole, el carácter y los defectos mas ostensibles del poema en cuestion, manifestarán lo que avanzamos, al paso que servirán como de comprobantes á varias proposiciones que hemos sentado en otros trabajos nuestros, sobre los primeros tiempos de la conquista, de la que podemos decir lo que el emperador Justiniano de los antiguos modos de testos: *conviene que nada se ignore*.

El primero y principal defecto es un prosaismo insoportable bajo todos conceptos; defecto que nace del modo de considerar el asunto, constituyéndose desde el principio el autor en la necesidad de referir al pie de la letra cuanto ha leído, oye, ve ó le dicen. Falta la unidad al poema, los versos son malos generalmente en la forma y en el fondo. Casi nos atreveríamos á asegurar que no se encontrarán seis octavas seguidas, una serie de pensamientos coordinados, desenvueltos y llevados hasta la realizacion de la idea primitiva ó que se sospecha, de una manera que satisfaga á una persona medianamente versada en la literatura. Ya una frase prosáica, rastrera, trivial ó de mal gusto; ya un verso inarmónico, unas veces muy breve y otras desmesuradamente largo; ya una repeticion empalagosa reforzada con sempiternos ripios, ya una imagen inadecuada ó una idea supersticiosa y necia al mismo tiempo, destruyen toda la ilusion, fatigan el ánimo, y obligan mas de una vez al pacientísimo lector (profano, se entiende) á tocar con la frente las narcóticas páginas que el verdugo de la curiosidad ha puesto entre sus manos. Escusamos decir que el conjunto es flojo, desaliñado é incorrec-

(1) Discurso preliminar al poema.

to, y que si no fuera por lo que espondremos en breve, por los curiosos datos episódicos, imágenes é ideas, que en todo el poema se encuentran diseminados, seria imposible acabar de leerle, y haria bien el lector en seguir el consejo de Azara.

En vano el autor empieza con voz atronadora invocando al Todopoderoso, *con cuya ayuda va á hacer un cuaderno.*

. recontando
Diversas aventuras y estrañezas
Prodigios, hambres, guerras y proezas.

Teniendo cuidado de advertir mas adelante (canto XXV), por si acaso alguno lo ignora, que

Aunque su musa en verso canta
Escribe la verdad de lo que ha oido
Y visto por sus ojos y servido.

Pero son tantas las aventuras, estrañezas y prodigios; ha oido y visto cosas tan estraordinarias y pasmosas, que es imposible darle crédito, por mas predispuesto que esté el ánimo á su favor, por mas que nos remontemos á la época en que escribia. Esta parte de su poema, sin embargo, no es despreciable, pues nos enseña con un candor y buena fé admirables, las preocupaciones, las mentiras y falsas creencias dominantes entre los primeros conquistadores. La mayor parte del canto III, en que se trata de la calidad de la tierra, animales, reptiles, y espantosisimas víboras y serpientes; de la sirena, del carbunclo, de unas mariposas que se tornan en gusanos y despues en ratones, y otras maravillas, es un catálogo, muy diminuto por cierto, de las grandes noticias entonces en boga; es decir, un cúmulo de mentiras á cual mas absurda é hiperbólica; que en aquellos tiempos hasta para mentir eran épicos los españoles. La costumbre de atribuir con sobrada frecuencia las desgracias y calamidades de sus compañeros á

El enemigo diablo que pelea
Contra el linage humano.

Gastando en esta ocasion (canto X), como siempre que le parece oportuno, nada menos que cuarenta versos en demostrarlo, refiriendo á

continuacion para mayor abundamiento, un viage hecho á España en tres dias, en el cual

. . . los diablos las velas marinaban
Y la nave con fuerza se llevaban.

La aparicion del ángel encima de la iglesia, frente á la casa de Segovia (canto VII), el pez que salió del *tumido Océano* corriendo tras una dama (canto IX) que se habia extraviado á orillas del mar, la cual, amedrentada con la brusca salida del irreverente caballero acuático, trepó á una altura, mientras el señorito

. la miraba
y al parecer gemidos arrojaba

el fuerte construido por los indios (canto XX) *con muchos troncos*

con sus trincheas, fosos y bastions

la congregacion de los monos y el discurso de uno de ellos *grande y viejo como alano*

Que por señor y rey era tenido
De aquel áspero monte y despoblado.

y que subido en un alto y viejo tronco estaba ya ronco de dar voces y gritos (Canto X). Las ninfas ó *faunos de dulce y harmonioso canto*, que dirijian la canoa de un salvage anti-diluviano, cuyo baston

Servir de antena en nave bien podia

y que vino á desafiar al gefe de la armada que atravesaba el Paraná (Canto XIII). La descripcion y noticia amplificada en una nota (Canto XXV) sin duda para mas claridad, del cerro de *Añapureytá* ó sea *lugar donde cantaba el diablo*, y donde

El que sube, de espanto, dicen, muere,

y otros muchos episodios tan extravagantes, como curiosos, derramados profusamente en todo el poema, revelan su índole y el espíritu que en América dominaba, no solo al vulgo sino tambien á los hombres mas inteligentes de los siglos XVI y XVII. Centenera al espresarse de ese

modo, no emitía una opinión suya, individual, aislada, reproducía, reflejaba el sentimiento y las creencias generales. Era el intérprete, el eco de lo que todos creían y aseguraban como él haber visto u oído. Y á la verdad, examinando despacio el origen de estos peregrinos partos de la imaginación vivamente escitada por una naturaleza y escenas tan peculiares, tan características, tan distintas del círculo de ideas en que se había educado el espíritu europeo, vemos una exuberancia de entusiasmo poético, que se traducía en ficciones y exageraciones estupendas. Todos los libros de aquella época están llenos de episodios semejantes. En la relación inédita del padre Rivadeneyra sobre el Río de la Plata (1), encontramos uno que merece transcribirse por ser invención de un entendido viajero (Orellana), y para que se vea la facilidad con que se propagaban y encontraban apoyo tales noticias hasta en las personas mas instruidas.

El mencionado padre, custodio de Tucuman, refiriéndose á lo que pudo averiguar Hernando de Rivera, dá cuenta de unas mugeres *que peleaban con arco y flecha*, contra ciertas tribus vecinas: á quienes hacían *fuerte y sangrienta guerra*; oigámosle:

« y en cierto tiempo del año hacen sus capitulaciones de paz y se juntan con estos indios comarcanos y tienen sus lascivias con ellos, y si las que quedan preñadas paren hijas, tiénenselas consigo, y los hijos crían hasta que dejan la teta, y luego se los envían á sus padres. . . . »

¿No recuerda el autor la fábula de las heroínas del Termodonte, las supuestas Amazonas, cuyo nombre ha eternizado con esta fábula la tradición en el primer río del mundo?

Pero ¿cómo se explica esa exuberancia de idealismo y entusiasmo poético en hombres tan ignorantes, de costumbres tan licenciosas y de carácter tan áspero y agreste, como eran en general los que forjaban y se abandonaban á estas quimeras?

Azara para espresar las proporciones colosales de la espléndida naturaleza del Nuevo Mundo esclama: «las sierras, los valles, llanuras, ríos, cataratas, y todo, son tan grandes y, en su parangón, las mismas cosas en Europa deben reputarse miniaturas y muñecos (2)» y Prescott, pintándonos las emociones que debieron sentir los compañeros de Colón al pisar sus playas, en medio de los extraños pueblos y de las ardientes regiones cuya prodigiosa fertilidad y magnífica vegetación so-

(1) Col. de Muñoz. Cod. 39. Documento núm. 33.

(2) Descrip., tomo I., pág. 42.

brepujaban en una proporción tan gigantesca á cuanto habían visto en su país, observa «que los relatos que ellos hicieron de vuelta á Europa, dieron nuevo pábulo á las imaginaciones ya escitadas con el estudio de los libros de caballería que, en aquella época, constituían la lectura favorita de los españoles.» Así el idealismo y la realidad obraban sobre todos, y el espíritu español se exaltó hasta aquel grado de entusiasmo que le habilita para referir las terribles pruebas por que pasó como descubridor y explorador de un nuevo mundo; el historiador anglo-americano nos dice y nos prueba, que la vida del guerrero de aquellos días fué una novela en acción, y que la historia de sus aventuras en el Nuevo Mundo, forma, bajo este aspecto, una de las mas notables é interesantes páginas de la historia del hombre (1).

Cousin, por otra parte, ha demostrado que el sentimiento de la poesía se desenvuelve fácilmente donde quiera que el espectáculo de lo bello, de lo grandioso, de lo infinito, de lo vago, de lo incomprensible, conmueve fuertemente el ánimo y en alas de la contemplación y de la duda nos arrebatamos involuntariamente del mundo material, lanzándonos en otro de idealizaciones, donde los hechos físicos y morales se chocan, se confunden y aparecen bajo una nueva luz. En estos casos la fantasía les presta sus colores, les da una forma nueva y la palabra los expresa, según la mayor ó menor inteligencia de cada uno.

Si no fuera ageno de este lugar, si no temiéramos distraer al lector con digresiones inoportunas y alejarnos demasiado del objeto de este artículo, demostraríamos, sin salir de nuestro país, cuan verdadera es la teoría de Cousin, refiriendo las impresiones de una tempestad en la Pampa, la contemplación del salto del Paraná ó las magníficas selvas del Chaco, la vista del desierto y su inmensidad; la sombría tristeza que se apodera del ánimo, las extrañas ideas que se despiertan en la mente, cuando se galopa tres ó cuatro días, sin encontrar una habitación humana, el efecto que produce el bramido de las fieras en los bosques vecinos, ó el rumor de la horda salvaje que se divisa en lontananza..... y tantas otras impresiones que, en nuestras «Brisas del Plata» hemos bosquejado detenidamente. Por eso nuestros gauchos casi todos son poetas; por eso, admirando el estro poético que les distingue, con mas verdad que poesía, hemos dicho en otra parte:

«Dulces trovas y cantos, que escondidos
Bajo el rancho de pálidas totoras,

(1) Conquest of Mexico., tom. I., pág. 38.

En las noches de invierno, repetidos
 Al son de una guitarra, junto al fuego,
 Del gaucho encantais las tristes horas,
 Acudid tumultuosos á mi ruego
 Y pura reveladme una lozana
 Virginal poesía americana!»

Volviendo á Centenera á quien casi olvidábamos, se ve que ya bajo este aspecto, aunque no se recomendase por otras consideraciones, ofrece grandísima utilidad el estudio de su poema. Seríamos sin embargo injustos, si despues de haberle tratado con tanta rigidez al considerarle como poeta, no apuntásemos aquí, siquiera en prueba de que no le juzgamos ligera y parcialmente, algunas de las bellezas, que hemos encontrado en su obra, perdidas en un océano de octavas como queda dicho.

Para pintar el arrojo é inquebrantable constancia de Garay (Canto XIV) se vale de esta magnífica imprecación:

Fortuna.
 Si el capitan Garay viera tú rueda
 Bien con su lanza audaz la clavaría

Cuando describe la naturaleza, tiene á veces momentos de verdadera inspiración, y de una pincelada, con una exactitud y sencillez inimitables, hace un cuadro completo

. encanalado
 El Paraná descende poderoso. (Canto II).

¿No parece que se vé bajar al río gigante desde las montañas auriíferas del Brasil, tal como nos le pintó Guevara, «rico con el tesoro de sus aguas, unas veces siguiendo vía recta, otras serpenteando; ya con mansa corriente, ya precipitándose de breña en breña y de risco en risco, formando á trechos islas, unas grandes y otras pequeñas, pobladas de bosques y sierras y hermoseadas de alegres primaveras....» No parece que se le ve «en el grande espacio por donde dirige su curso, recogiendo por una y otra ribera casi todas las vertientes, y no contento con las que le tributan los países vecinos, recibe muchos y grandes ríos de la costa del Brasil, y otros que le buscan de lo mas interior, y glorioso con tanto golpe de aguas, ensancha la madre á proporcion que lo engruesan

sus pecheros, hasta su derramamiento en el mar por una boca de cuarenta leguas, entre el cabo de Santa María y el de San Antonio (1)» ó en otros términos, reunirse con el Uruguay para formar en la embocadura del Guazú el soberbio Río de la Plata?

¿Y qué diremos de estos dos magníficos versos (Canto X), en los que parece se oye el bramido del Océano, agitado por el soplo de la tormenta?

Las olas parecía que centellas
Por cima de las aguas arrojaban.

Para demostrar (Canto XXV) la voluptuosidad y lánguida pereza con que se deslizaba la vida, bajo el cielo purísimo de la capital del Perú exclama:

. allí se vive.
Sin pena, sin dolor y sin tristeza,
Que no dura jamás el triste duelo
Que es Lima del Perú flor y belleza.

Pintando los efectos del hambre (Cantos V y IX) dice:

A los niños que mueren sollozando
Las madres les responden con gemidos
A muchos el pellejo como manto
Les cubre aquellos huesos descarnados.

Tiene composiciones (Cantos XI y XIV) tan naturales y valientes como estas, sobre todo la segunda que es muy nueva y digna de un gran poeta.

Los enemigos viendo el campo roto
Siguieron la victoria muy gozosos,
Cual suele el cazador ir por el coto
Matando los conejos temerosos.

¡Lástima que se encuentren confundidos los consonantes y asonantes en esta octava!

Su lanza sacó tal y tan bermeja,
Que el hierro pura sangre parecía.

(4) Historia del Paraguay, lib. I., cap. III.

Versos imitativos (Cantos IV y XXIV) de tanto efecto, como los siguientes:

Las naves van corriendo muy ligeras
 Rompiendo con gran furia el ancho lago,
 Con bolas, flechas, dardos y macanas
 La guerra aquí se hizo.

Imitaciones (Cantos V y X) sino muy felices muy oportunos de los clásicos latinos:

A que no fuerzas hombre detestado
 Del oro, que los ánimos perdidos
 Tras tí llevas con ansia tan nefanda
 Que ciega las potencias y sentidos
 ¡Oh mísero contento de esta vida
 Aguado con sobrados descontentos!

Se encuentran ademas rasgos muy bellos, pensamientos impregnados de legitima y verdadera poesia en la narracion de los padecimientos que sufrió la expedicion de don Pedro de Mendoza (Canto IV) en la horrible pintura que no creemos exagerada, de los estragos que hizo el hambre en Santa Catalina, en la gente de Zárate de la que formaba parte el autor (Canto IX): en el patético episodio de Jandubayú ó Yananballo como él le llama, forzado por la nina y Liropeya (Canto XII): en la descripcion de las islas del Paraná y Uruguay (Canto XIII) asi como en la de varios encuentros y combates singulares entre españoles y charruas (Canto XIV): en el desafio de Urambia y Caremo (Canto XX) y finalmente en las sentidas estrofas á la muerte de su compatriota Ana Valverde (Canto XXIV). Con estas premisas no necesitamos insistir mucho acerca del principal mérito que á nuestros ojos tiene el poema de Centenera. Al leerle ¿qué nos propusimos nosotros? ¿qué deben proponerse los que quieran estudiar la historia hispano-americana? Buscar en las pocas memorias contemporáneas que existen, tradiciones, hechos, rasgos, caracteres de la infancia de nuestra sociedad. Y porque Barco no merezca el título de gran poeta, porque sea crédulo y supersticioso, porque abuse del pictoribus atque poetis de Horacio, porque suprima, se equivoque ó juzge mal algunos personajes y acontecimientos, no hemos de desaprovechar sus opiniones, la multitud de curiosos detalles, de interesantísimas noticias de que abunda su obra. ¿Hemos de despreciar, por exemplo, los importantes datos que él solo nos suministra sobre la

administración de Garay y de su sobrino Mendieta, tan descuidada por los demás historiadores?

Planteada la cuestión de este modo, la respuesta no puede ser equívoca; así caen de su peso á un tiempo el injurioso desprecio de Azara y los exagerados elogios de Angelis, y el poema histórico del arcediano don Martín del Barco Centenera, ocupa el lugar que le corresponde, no despreciable por cierto. «*Repertorio de tradiciones, hechos, rasgos y caracteres de la infancia de nuestra sociedad.*»

Intencionalmente nada hemos dicho del espíritu *mordaz y calumnioso* que se le atribuye, porque siendo este un cargo que con mas virulencia se hace tambien á Guevara y á Rui Díaz de Guzmán, al hablar de ellos en un segundo y último artículo, indagaremos la causa de esta acusación y veremos el fundamento en que se apoya Azara para tratar de esa manera á unos escritores de quienes confiesa *haberse valido á pesar de conocer sus defectos, porque cree no existen otros originales* (1).

Mayo 25 de 1855.

A. MAGARIÑOS CERVANTES.

(1) Introducción á su historia, tom. I, párrafo XIV.

SOBRE LOS CANTOS DE LEOPARDI.

I.

Cuanto el hombre quisiere ser mas espiritual, tanto le será mas amarga la vida; porque sentirá mejor, y verá mas claro los defectos de la corrupcion humana. Al decir estas palabras el autor de la Imitacion de Cristo habla solo de la vida presente, y presupone una vida futura, en la cual será satisfecho ese deseo infinito, que ahora nos atormenta, y que lo infinito solo puede satisfacer. Y esa pasion de ánimo, y esas extraordinarias aspiraciones han dado ser á los místicos discursos, y alimento á las almas de los santos: almas inquietas y anhelantes por lo infinito, que solo en lo infinito se pudieron aquietar, y que apetecieron la muerte para vivir mejor y mas dichosa vida. El amor de Dios es la muerte de quien vive, y la vida de quien muere decia Lulio; y Santa Teresa exclamaba ¡Señor! ó padecer ó morir. Muero, porque no muero; esto es, muero porque no logro libertarme de esta cárcel oscura de mi cuerpo, que me impide ver la Divinidad, de que mi alma es una imagen; de que mi alma misma está llena. Si libre mi alma de los lazos que la sujetan y retienen, pudiera dilatarse y estenderse mas allá del tiem-

po y del espacio, mi alma se confundiría con Dios, y comprendería á Dios en su esencia. Si el alma pudiera ensalzar ilimitadamente todas las perfecciones que en sí concibe, y reducirlas luego á una perfecta unidad, el alma concebiría á Dios, y se reposaría en él con eterno reposo.

De estos deseos que nacen y se arraigan profundamente en algunos corazones, vienen á engendrarse en ellos el disgusto y menosprecio del mundo, y aun de los hombres: por tal arte, que muchos filósofos impíos han culpado al cristianismo, y le han llamado doctrina enemiga del género humano. Mas no consideraron ni notaron bien estos filósofos que el cristianismo, lejos de aumentar ese odio á la humanidad, si así quiere llamarse, le condena y aniquila, y que solo aumenta y da objeto efectivo al amor inextinguible del alma: la cual, si por desgracia pierde la fé y con ella el objeto digno de su amor, se consume dentro de sí misma en un amor desesperado y sin objeto. Porque este menosprecio de las cosas perecederas, y este amor de lo infinito y eterno están en las almas antes del cristianismo, por naturaleza y no sobrenaturalmente; y el modo que el cristianismo tiene de hacernos amar á los hombres es por ese mismo amor, que fuera del cristianismo nos hace despreciarlos y aborrecerlos. Dios ama á los hombres con grande amor, y por amor de Dios nosotros los amamos. Nunca un poeta católico hubiera dicho como Juvenal

*Terra malos homines nunc educat, atque pusillos:
Ergo Deus, quicumque adspexit, ridet et odit.*

Aquí el poeta y el dios, por quien habla el poeta, sienten un aborrecimiento y un desprecio artísticos por el hombre: porque así le acontece al artista, que ve que su obra no responde á la idea que de ella ha preconcebido: y porque, á no dudarlo, el hombre real es una caricatura con respecto al tipo ideal, que el poeta tiene del hombre en su mente.

Con respecto á ese tipo ideal que el hombre quisiera ver realizado en sí, uno mismo, por mas que le ciegue el amor propio, se considera tan mezquino y tan bajo, que acaba por despreciarse; y mientras mas sublime y mas alto es el ideal de perfeccion que imagina, mas profundo es el menosprecio en que se tiene: el cual, si va acompañado de la fé y de la esperanza de una rehabilitacion por medio de la penitencia y de la gracia, es humildad cristiana: pero si no va acompañado de estas virtudes, es como la desesperacion de Judas. Y el grito de esa desesperacion que en nuestro interior levanta la conciencia, si por dicha se ahoga en los delitos sensuales y en el agitado devaneo del mundo, no por eso deja

á veces de oirse temeroso y solemne. Hasta el poeta mas jovial y libertino entre los poetas paganos suele caer, en medio de sus placeres, en esa desesperacion melancólica, y asi es que le dice á Lesbia

*Soles occidere et redire possunt
Nobis, quom semel occidet brevis lux,
Nox est perpetua una dormienda.
Da mi basia mille, deinde centum.*

esto es, ahoga y házme olvidar con tus caricias este pensamiento triste de la efimera vanidad de nuestra vida.

El universo con todas sus pompas y con toda su hermosura es un caos para el hombre sin fé: y este mundo en que vivimos, que para el cristiano es un valle de lágrimas, por el cual camina á un término dichoso, es para el hombre sin fé un valle de lágrimas aun mas amargas y que solo se secan y fenecen con el ser propio suyo, que vuelve á perderse en los elementos de donde habia salido.

Y no hay que pensar que esta pasion de ánimo, que nos hace aborrecer y despreciar las vanidades del mundo, á nosotros mismos y á los demas hombres, sea una enfermedad que nos aqueje principalmente desde que el cristianismo se propagó; ni que tampoco se origine de la complicada, exquisita y defectuosa civilizacion de los tiempos modernos: porque antes se ha de creer que el cristianismo es un remedio eficacísimo de esta enfermedad para las almas enérgicas y grandes, que aun tienen la dicha de conservar la fé; y que la civilizacion con todos sus defectos, es asimismo un remedio y un consuelo para ciertas almas no muy inteligentes ni de muy elevadas aspiraciones: las cuales se dan por contentas de los goces mundanos, y de lo que llaman progreso; y tienen por cosa averiguada que la especie humana se va mejorando cada dia; que el siglo de oro está en lo porvenir y no en lo pasado; y que si bien cada hombre de por sí es infeliz y malo, sumando y uniendo muchas infelicitades y maldades de estas, por una prodigiosa y harto sutil manera, que aun está por descubrir, aunque ya tiene nombre, se podrán formar una felicidad y una bondad generales perfectas á maravilla.

Esta creencia y esta esperanza suplen la creencia y la esperanza en Dios, que faltan á algunas almas vulgares: pero nada hay que supla la esperanza y la creencia en Dios, cuando carece de ellas un alma enamorada; grande y de soberana inteligencia. Y sin embargo, esta alma persevera en el amor infinito de un infinito vago y fantástico, porque

no tiene objeto: y este amor hace brotar en ella el hastío y la desesperacion mas horrible. El alma del estupendo poeta italiano Leopardi es una de esas almas: y sus cantos de que ahora vamos á ocuparnos, la expresion mas sincera, elocuente y hermosa de los tormentos que esa alma llena de amor y falta de fé, ha padecido.

II.

En el hastío y la desesperacion de Leopardi no cabe duda que entraba por poco el mal estado de su salud. Desde la edad de veinte años padecia Leopardi atrocmente de los nervios y de las entrañas; pero la energía de su voluntad era tan invencible, y la claridad y despejo de su inteligencia tan grandes, que no se ha de imaginar que su voluntad se amilanase, ni que se ofuscase su inteligencia por el mal físico: asi como tampoco ni los bienes ni los goces pasajeros de este mundo las hubieran nunca satisfecho. El alma de Leopardi, aunque encarcelada en tan triste y dolorosa prision como la de su cuerpo, estaba siempre exenta y libre de alteracion alguna, que por influjo de su cuerpo pudiese modificarla: y ni en los escritos ni en el discurso de la vida del poeta se nota una vez sola que su dolor ó su alegría proviniesen de causas fantásticas; quiero decir, de esas alucinaciones, que suelen tener las personas nerviosas y enfermizas. Y como ademas era incrédulo hasta el ateismo, ni Dios se dignó nunca conducirle por sus caminos ni el diablo quiso nunca perder su tiempo en engañarle con palabras escondidas, ensueños místicos y elevaciones maravillosas. Impasible, pues, el alma de Leopardi, ó casi impassible al dolor físico, porque supo resistirle, y á los goces físicos, porque ni los buscó ni los tuvo: y no movida ni agitada por causa alguna sobrenatural, buena ó mala, entiendo que solo á una causa filosófica se han de atribuir sus movimientos y agitaciones. Y esta causa no fué otra que el deseo inextinguible de una felicidad suprema, y la negacion absoluta de esta felicidad por el entendimiento. De aqui la lógica y serena desesperacion de Leopardi que presta tanto brio á sus versos.

Los versos de Leopardi no solo son apasionados, amorosos y tristes, sino elegantísimos y perfectísimos de hermosura: la cual veia Leopardi escasa, confusa y fugitiva en el Universo; y en el arte, purificada,

limpia y permanente. Por eso amaba tanto la forma, y llegó á dársela tan admirable á sus versos.

Con la forma, esto es, con el conjunto armónico, misterioso y singular de ciertas palabras, se espresan vagamente mil ideas inefables, que con las mismas palabras, por no hallarse apropiadas para ello, en vano se pretenderían espresar. Por donde acontece á menudo que en una sentencia poética haya dos sentidos que entender y desentrañar; el espresado por las palabras, y basta el entendimiento para comprenderle; y el espresado por el conjunto singular de las palabras, que solo el sentimiento puede comprender. De esta manera, (y no como en la música, que despierta en nosotros ideas que no están en la música misma), de esta manera, repito, declara la poesía, y está en la poesía aquello que las palabras por sí solas no alcanzan á encerrar y á declarar. De lo que resulta, que los que pretenden y logran, con este intento, la perfeccion de la forma, son eminentísimos artistas: y los que los acusan de retóricos sin alma, ó no la tienen ellos, ó no saben lo que se dicen. En la prosa es conveniente el bien concertado adorno de la frase; pero no necesario, sino para hacerla inteligible, mientras que en la poesía es de todo punto necesario. La poesía casi se puede decir, que ha de ocuparse de cosas mas que inteligibles: y esto me parece que daba á entender el célebre Carlyle al sostener que solo se debe *cantar* lo que no se puede *hablar*. Ello es, que en la forma, construccion y organismo, por decirlo así, del estilo de los grandes poetas, como Leopardi, hay un espíritu, que se pone en comunicacion con el espíritu del lector, si el lector le tiene, y le dice cosas, indecibles por otro medio. Pero ni de ese estilo, ni del espíritu que hay en él, podemos nosotros ponderar el valor, apreciar los quilates, ni percibir la hermosura, si no es por el sentimiento. Analizarle, seria buscar en un cuerpo muerto la vida y el alma. Basta lo que va apuntado para que se entienda cuan extraordinaria es la mágica elegancia de los cantos de Leopardi y lo que se puede penetrar con su lectura en el recóndito y tenebroso abismo de la conciencia del poeta. Allí se concibe lo infinito, el deseo de lo infinito y la infinita desesperacion de no conseguirlo.

Por lo que hace al sentido exotérico de los cantos de Leopardi, Leopardi es tan terminante y tan claro, que solo dejarán de entenderle los que carezcan de entendimiento; y si bien el poeta no tuvo nunca el mal gusto de querer enseñarnos filosofía en sus versos, todavía se puede formar con ellos un sistema de filosofía moral;—la moral de la desesperacion, como la llama Gioberti, y aun se puede sacar por in-

duccion la filosofia primera en que se funda esta moral espantosa.

Supone Gioberti, grande admirador de Leopardi, que la incredulidad de este poeta proviene de la escuela filosófica que seguia, que era la de Descartes: y que asi como Hume con una dialéctica imperturbable, vino á parar en un nilismo metafísico, última consecuencia de aquella doctrina: asi Leopardi dedujo de ella, atrevida y desapiadadamente su moral desesperada.

Gioberti, como buen *misogalo*, y sin advertir que le quita á Leopardi mucha parte de su originalidad, quiere hacer recaer los pecados de Leopardi sobre los filósofos franceses: y no se atreve á confesar que un italiano pueda ser heterodoxo, incrédulo y blasfemo sin que los franceses le hayan pervertido. Gioberti se olvida á veces de Vanini, de Bruno, de Pomponazzi y de Maquiaveli. La filosofia psicológica, contra la cual tanto se enfurece Gioberti, y que, según él imagina, tuvo principio en Descartes, á quien por otro lado considera como metafísico de muy cortos alcances; esta filosofia existia ya antes de Descartes, y todo lo que Descartes y sus discípulos dijeron, se encuentra ya con creces en las especulaciones de los antiguos sábios de Grecia y de Roma, y en las de los modernos de Italia, anteriores al cartesianismo.

Buscar de este modo la filiacion de las ideas de un filósofo en las de otro filósofo suele hacernos caer en mil errores, y es por lo general inutilísima investigacion: porque nadie puede ya concebir idea alguna, que no haya sido concebida por otros anteriormente, ni pensamiento filosófico que no hayan tenido otros. Si la historia de la filosofia fuera la historia y enumeracion de estas ideas, en un pliego de papel se podria escribir. Por fortuna siempre hay novedad, cuando no en las ideas, porque el círculo de las ideas es por demás estrecho, y de difícil, si no imposible salida, en la manera de encadenarlas lógicamente, y de presentarlas por medio de la palabra.

En este punto Leopardi es diferente de todos los filósofos franceses: y las ideas, buenas ó malas, santas ó impías, que Leopardi espone, si son á veces las de los filósofos franceses, mas es por coincidencia que por imitacion. Y ¿cómo, atendida la pobreza de nuestras ideas, no dar á cada paso en esta coincidencia? Porque en resolucion, toda la filosofia se reduce á responder con mas ó menos ingenio, pero con poca variedad, y por lo regular poco satisfactoriamente á estas cuestiones, que el mismo Leopardi encierra en seis ó siete versos.

L'acerbo vero, i ciechi
Destini investigar delle mortali

E dell' eterne cose; a che prodotta
 A che d' affanni e di miseria carica
 L' umana stirpe, a quale ultimo intento
 Lei spinga il fato e la natura; a cui
 tanto nostro dolor diletto o giovi:
 Con quali ordini e leggi a che si volva
 Questo arcano universo, il qual di lode
 Colmano i saggi, io d' ammirar son pago:

Vamos á ver ahora como responde Leopardi á cada una de estas cuestiones: pero antes de pasar adelante nos importa decir que Leopardi es filósofo en sus versos á pesar suyo; que si bien la suma de toda la filosofía es corta, es grandísima la suma de las otras ciencias, sin las cuales no se debe filosofar; y que todo esto no cabe, ni puede caber en verso. Asi es que nosotros tenemos por gran poeta á Leopardi, no por su filosofía, sino por su sentimiento, y por la forma bella y perfectísima con que sabe espresarle.

III.

Lo primero que se ocurre al pensar en Leopardi, es que, hombre tan enamorado como él, debe buscar á Dios, para aquietar en Dios su corazón: pero Leopardi no le busca, porque entiende que no le ha de hallar y que le aborrecerá si le hallare. Ni una sola vez nombra Leopardi á Dios en sus versos. Para Leopardi no hay mas Dios que el destino, esto es, las leyes inflexibles de la naturaleza: la cual solícita del ser, pero no de la felicidad de los que son, no se cura de que vivamos felices, sino de que vivamos. Si Leopardi se apasiona, y personifica este destino, es para quejarse de él, é insultarle; entonces le llama—il cieco dispensator de' casi,

ó—il brutto

Poter ch'ascoso a comun danno impera.

Dios no es para Leopardi sino la idea de lo infinito objetivada; creación metafísica, que repugna á su razón, y en la cual no halla tampoco, como poeta, gran mérito ni hermosura. Los dioses del paganismo son preferibles, segun Leopardi. Ellos personifican las fuerzas y virtu-

des ocultas, que difunden la vida por el Universo, y son como inteligencias secretas, que mueven los astros en el cielo, que dan ser á los seres, y prestan hermosura y animacion á las cosas todas. Quien crea este Olimpo, y quien crea todo lo bueno y grande es la imaginacion: la cual con la ciencia pierde su vigor, y acaba por esterilizarse. Cuando no se entrevee aun el que llama Leopardi *indigno misterio*, la naturaleza se nos muestra cubierta de un velo, y habla poderosamente á la imaginacion, y la embriaga, y esfuerza á que finja y fantasee mil creaciones maravillosas. Por eso fueron tan sublimes los antiguos poetas,

. a cui natura
Parló senza svelarsi, onde i riposi
Magnanimi allegrâr d'Atene e Roma.

Hoy que el *misterio indigno* se va patentizando, y desgarrándose el velo, que toda la naturaleza cubria, cuantas bellas creaciones pusimos en ella, se desvanecen, y huyen asimismo para nunca volver. El mundo se achica y encoge, en vez de ensancharse, con los descubrimientos, y

. assai più vasto
L'etra sonante, e l'alma terra, e il mare
al fanciullin, che non al saggio, appare.

Los dioses, las ninfas, los faunos, las regiones fantásticas é ignotas, la música de las esferas, y los genios, que las agitan en arrebatada consonancia, todo desaparece,

e figurato è il mondo in breve carta.
Ecco tutto è simile, e discoprendo,
Solo il nulla s'acresce.

Y en efecto solo se aumenta la nada. Lo infinito está dentro de la misma conciencia humana; y cuando se ignora la grandeza del Universo, ponemos en él la grandeza imaginada por nosotros, nos hacemos centro de ella, y poblamos el espacio sin límites con las riquísimas creaciones de nuestra fantasía. Entonces el hombre puede aparecer á nuestros ojos como rey de la creacion entera. Con los descubrimientos de la ciencia, por el contrario, el hombre, aunque vea y note en el Universo una grandeza desmesurada, y pueda contar millones de millones de as-

tros, y millones de millones de leguas de un astro á otro, no por eso, por mas que sume y multiplique, podrá igualar con lo descubierto la idea de lo infinito que tiene preconcebida. Antes le sucederá que, con este nuevo conocimiento de lo que existe fuera de él, se pondrá en contradiccion consigo mismo, y dudará de lo que antes creia hallar dentro de sí. La consideracion de la escesiva pequeñez de nuestro globo, de la ruindad del hombre que le habita y de la vanidad y el orgullo de este hombre mismo, que se imagina señor de todas las criaturas y hasta creador de lo creado, no puede causar sino tormentos, y no puede inspirar sino burlas sarcásticas: el cuento de Micromegas de Voltaire, ó de estos dos versos tambien suyos.

O Jupiter, tu fis en nous créant
Une froide plaisanterie.

Lo que es Leopardi, mas profundo y melancólico que el apóstol de la incredulidad, dice animado de ese impio sentimiento.

Veggio dall' alto fiammeggiar le stelle,
Cui di lontan fa specchio
Il mare, e tutto di scintille in giro
Per lo vòto seren brillare il mondo.
E poi che gli occhi a quelle luci appunto,
Che a lor sembrano un punto,
E sono immense in guisa
Che un punto a petto a lor son terra e mare
Veracemente; a cui
L' uomo non pur, ma questo
Globo ove l' uomo è nulla,
Sconosciuto è del tutto: e quando miro
Quegli ancor più senza alcun fin remoti
Nodi quasi di stelle,
.....
..... al pensier mio
Che sembri allora, o prole
Dell' uomo?

Y de esta contemplacion del Universo, no solo deduce el poeta la ruindad del hombre, sino que estraviado por su mal genio, no vé en el mundo órden, ni concierto, ni fin, y niega horriblemente, cuando no la

existencia, la Providencia divina. En el *Canto del Pastor á la luna*, dice de este modo.

E quando miro in cielo arder le stelle
 Dico fra me pensando:
 ¿A che tante facelle?
 ¿Che fa l' aria infinita, e quel profondo
 Infinito seren? ¿che vuol dir questa
 Solitudine immensa? ¿ed io che sono?
 Così meco ragiono: e della stanza
 Smisurata e superba,
 E dell' innumerabile famiglia;
 Poi di tanto adoprar, di tanti moti
 D' ogni celeste, ogui terrena cosa,
 Girando senza posa,
 Per tornar sempre là donde son mosse,
 Uso alcuno, alcun frutto
 Indovinar non so. Ma tu per certo,
 Giovinetta immortal, conosci il tutto.
 Questo io conosco e sento
 Che degli eterni giri,
 Che dell' esser mio frale,
 Qualche bene o contento
 Avrà fors' altri; a me la vita è male.

La vida es un mal para el hombre, que no se contenta con la vida como fin y objeto de la vida: de suerte que, segun Leopardi, los que pueden vivir, sin trabajar para vivir, son mas desgraciados que los que viven trabajando para ganar la vida; porque la vida de estos últimos tiene al cabo un objeto, aunque vano, y la vida de los otros no tiene objeto alguno. El poeta al menos no logra descubrirle. Se le dirá quizá que este objeto es el progreso de la humanidad hácia el bien; pero el poeta contestará que este progreso no basta á satisfacer su deseo de una felicidad infinita.—Primero porque este progreso no es infinito; y aunque sea indefinido está limitado vagamente por las mismas condiciones y maneras de ser de la naturaleza humana: las cuales no deben cambiar; y si cambiaren, la especie humana transfigurada, ó por mejor decir, trashumanada, no será ya la que es ahora, y por lo tanto ningun lazo podrá unirnos á ella: ni habrá solidaridad entre nosotros. Y segundo, porque este progreso, dado caso que exista, es mas superficial que sólido y efectivo. La imprenta ha hecho que la ciencia se difunda, y que

toquemos y bebamos de ella todas las inteligencias vulgares—sceso è il sapiente

E salita è la turba a un sol confine,
Che il mondo agnaglia:

pero no ha conseguido crear filósofos mas grandes que Platon, ni poetas mas sublimes que Homero. La civilizacion aun no ha podido acabar con la miseria ni con la esclavitud: pero entre los esclavos del dia no hay Esopos, ni Epitectos, ni Terencios, ni Fedros. La filantropía no ha acabado con la guerra, y esta sigue siendo cruel y espantosa. El amor á la libertad no impide que siga habiendo tiranos tan fieros y atroces como Neron y como Calígula. Lo que es los Antoninos y Trajanos ha mucho tiempo que no empuñan el cetro. A pesar de los adelantos de la medicina, las enfermedades antiguas no desaparecen; pero en cambio aparecen otras nuevas, mas terribles y asquerosas, como por ejemplo, las viruelas, la sífilis, el cólera y la fiebre amarilla. Los medios de comunicacion son mas rápidos y seguros; y de ellos nos valemos para visitar lejanos países, para gozar á poca costa de las mas estrañas producciones de los otros climas, para comunicarnos nuestros descubrimientos, nuestras epidemias, nuestros infortunios, bancarrotas y crisis monetarias; y para enviar asimismo con mas prontitud ejércitos poderosos, que con bombas y otras invenciones admirables destruyan en un momento y reduzcan á cenizas las ciudades soberanas. A pesar de los nuevos prodigios de la gimnástica, aun no hemos tenido un Milon de Crotona, y á pesar de la flamante ciencia ortopédica. sigue habiendo jorobados, patiestevados y hombres y mugeres feísimos. Apenas tendríamos idea de la verdadera hermosura, si no se conservase aun el Apolo en el Vaticano. Dicen que el término medio de nuestra vida es ahora mas largo que nunca; lo cual, aunque sea cierto, que lo dudo, no probará en todo caso sino que tenemos mas tiempo para aburrirnos, para desesperarnos, y para hacer y decir tonterías. Acaso vivamos mas ahora, como acaso vivan mas las plantas en invernáculo, que las que viven al aire libre; pero las que viven en invernáculo tienen una vida raquítica y pobre. La supersticion dicen que ha desaparecido, pero yo no lo creo; antes bien imagino que de poética y hermosa que solia ser, se ha vuelto fea y prosáica. Los profetas y los oráculos valen mas que las mesas magnetizadas y que los sonámbulos. El dios de Delfos vale mas que un pedazo de madera; y no diré Isaias ó Daniel, sino el mas ruin pseudo-

profetilla samaritano vale mas que todos los *Medios espiritualistas* de los Estados Unidos. Los crímenes siguen siendo tan frecuentes y atroces como en los tiempos antiguos; y aunque no lo sean los suplicios, los criminales padecen mas en ellos, porque son en el dia mas débiles, pusilánimes y nerviosos. En fin, de cualquier modo que uno interroge y examine su conciencia, ve que el progreso es una mentira, y para acreditarle de verdad tiene que recurrir al mucho algodón que ahora se teje, á la baratura que tienen las calcetas, y á lo cómodamente que se viaja en ferro-carril, aunque sea en el de Madrid á Tembleque. Este es el progreso moderno, que no se ha de negar que tiene algo de ridículo. La ciencia de este progreso se llama economía política: y yo no sé si ella será tambien ridicula, pero es lo cierto que el gran poeta Leopardi se atreve á ridiculizarla de este modo:

Fortunati color che mentre io scrivo
 Miagolanti in su le braccia accoglie
 La levatrice, a cui veder s'aspetta
 Quei sospirati di, quando per lunghi
 Studi fia noto; e imprenderà col latte
 Dalla cara nutrice ogni fanciullo,
 Quanto peso di sal, quanto di carni,
 E quante moggia di farina inghiotta
 Il patrio borgo in ciascun mese; e quanti
 In ciascun anno partoriti e morti
 Scriva il vecchio prior: quando, per opra
 Di possente vapore, a milioni
 Impresse in un secondo, il piano, e il poggio,
 E credo anco del mar gl' immensi tratti
 Come d'aeree gru stuol che repente
 Alle late campagne il giorno involi,
 Copriran le gazzette, animo e vita
 Dell'universo, e di sapere a questa
 Ed alle età venture unica fonte!

Ni la economía política, ni los periódicos, ni todas las ciencias modernas podrán, segun Leopardi, lavar á los hombres del pecado original y de la condenacion que llevan escrita sobre la frente; no por que pecasen contra un Dios que Leopardi no reconoce, sino por que la naturaleza y el destino los condena, y

Porque el delito mayor
 Del hombre, es haber nacido.

A los que creen en el progreso moral, les responde Leopardi con esta tremenda profecía.—

Questa legge in pria
 Scrisser natura e il fato in adamante;
 E co' fulmini suoi Volta nè Davy
 Lei non cancellerà, non Anglia tutta
 Con le machine sue, nè con un Gange
 Di politici scritti il secol novo.
 Sempre il buono in tristezza, il vile in festa
 Sempre e il ribaldo: incontro all' alme eccelse
 In arme tutti congiurati i mondi
 Sieno in perpetuo: al vero onor seguaci
 Calannia, odio e livor; cibo de' forti
 Il debole, cultor de' ricchi e servo
 Il digiuno mendico, in ogni forma
 Di comun regimento, o presso o lungi
 Sien l' eclittica o i poli, eternamente
 Sarà, se al gener nostro il proprio albergo
 E la face del di non vengon meno.

Desgraciadamente por lo que hoy estamos viendo, creo que se puede deducir que la profecía de Leopardi se cumplirá. En lo único que tienen alguna apariencia de razon los que defienden la época presente es en suponer que el fanatismo religioso se ha mitigado, y que no es tan cruel como en otras épocas. Pero si verdaderamente el fanatismo religioso se ha mitigado ya, ¿dejarán por eso de existir otros fanatismos menos disculpables y mas crueles acaso? En el dia es verdad que no se sacrifican ya á los dioses, por el bien de sus pueblos, los Decios, los Curcios, las princesas vírgenes, ni los emperadores mejicanos; los cuales quedaban honrados y venerados entre los suyos, y tenian al morir este gran consuelo, que las mas modernas víctimas humanas de la Inquisicion no podian nunca tener, porque al par de ser sacrificadas, eran deshonradas: pero en cambio de estas victimas del fanatismo religioso, tenemos hoy mas que nunca las del fanatismo político. El mismo fanatismo religioso puede renacer con las mismas formas que antes tenia, ó con otras nuevas. «*Cuando los antiguos, dice Donoso Cortés, buscaban una víctima limpia de toda mancha é inocente, y la conducian al altar ceñida de flores para que con su muerte aplacara la cólera divina, satisfaciendo la deuda del pueblo, acertaban en mucho y erraban en algo.*» Quién

nos asegura, pues, que no acertaremos y erraremos en adelante de esta suerte? ¿El mismo Donoso Cortés no cree en la eficacia purificante de la sangre derramada de cierta manera? ¿No interpreta de este modo las palabras del Apóstol á los hebreos, *sine sanguine non fit remissio*? *El error estuvo solo*, (y continua hablando Donoso Cortés) *en creer que podia haber un hombre inocente y justificado hasta tal punto que pudiera ser ofrecido eficazmente en sacrificio por los pecados del pueblo, en calidad de víctima redentora*. Por eso sin duda tuvo que sacrificarse Dios mismo hecho hombre: mas no por eso dejarán de sacrificarse muchos hombres en lo sucesivo; ó ya porque no se crea en ese divino Redentor, ó ya porque se dude de la eficacia de su redencion; ó ya porque no se juzgue completa y general esta eficacia.

Me parece que bastará lo que llevamos dicho para conocer los motivos y razones mas ó menos plausibles, que Leopardi tuvo ó pudo tener, para estar tan mal avenido con la vida, con el mundo, y con el destino inflexible, que no creyendo él en Dios, imaginaba que dirigia las cosas todas. La ciencia de los misterios, esto es, la religion, es la sola ciencia de las soluciones supremas: y no siendo Leopardi creyente, á pesar de su mucha filosofia, y á pesar de todas las filosofías hasta ahora imaginadas, habia de hallar Leopardi mil dudas horribles, y ninguna solucion satisfactoria para ellas. No creyendo nuestro poeta en otra vida mejor, no era posible que se contentase con esta tan mala. La consideracion de que este mal es general y necesario, no basta á que un hombre de ingenio se resigne. Los tontos solamente se resignan cuando los males son necesarios, y tocan á muchos ó á los mas. El proverbio castellano lo dice. Leopardi tampoco podia consolarse con la idea de que era y seria siempre parte del gran todo; ni podia creer de buena fé que estaba en él, y que él estaba en el yo universal y absoluto, que nunca fenece. Opiniones son estas en extremo ingeniosas; pero poco consoladoras, y poco comprensibles. Veamos, pues, si en medio de sus dudas, tormentos y tinieblas, habia en Leopardi alguna idea, ó algun sentimiento, que le consolasen é inspirasen. Veamos cual era el origen de su entusiasmo poético; que le tuvo, á no dudarlo, hasta el punto de ser el mas gran poeta lirico de nuestro siglo.

IV.

Del inextinguible deseo de lo infinito nace el entusiasmo de Leopardi. Este deseo, aunque nunca satisfecho, aunque perpetua y constante causa del dolor del poeta, es sin embargo, el mayor bien que el poeta tiene, porque el poeta prefiere el dolor al fastidio; y porque ama este deseo inextinguible, que se sustenta de sí mismo, por no hallar otro sustento.

Hay en el amor de Leopardi algo del amor que Platon nos describe en el Banquete y en el Kedro: y mucho de aquel amor de que habla Esopo en la fábula maravillosa de Júpiter y Eros. Júpiter envia á Eros á renovar y á salvar el mundo y á encender en las almas escogidas y hermosas un fuego celeste, engendrador de todo bien. Αἰτὸς δὲ τὰς θείας καὶ οὐρανίας γυῖας ἐν φρίσσῃ, καὶ ταῦτάς ἀναβαλλεύων ἐπὶ μανίαν ἐρωτικῇ, μίρια ἀγαθὰ τὸ τῶν ἀνθρώπων γένος εἰργάσσοτο. Los sentimientos de Leopardi eran cristianos: y para ser cristiano solo le faltaba la fé. La caridad, en el mas lato y perfecto sentido de la palabra, ardia en su pecho. El amor divino, ese hijo de la Venus Urania, viene personificado en los cantos de Leopardi, y es el objeto de su adoracion y de su culto; su pensamiento dominante, y la única ilusion, que le queda, despues de perdidas las demas.

Ratto d' intorno, intorno, al par del lampo,
 Gli altri pensieri miei
 Tutti si dileguâr. Siccome torre
 In solitario campo,
 Tu stai solo, gigante, in mezzo a lei.

Leopardi es religioso, y sino lo fuese no podria ser poeta. Su religion es el Amor; su Dios el Amor.—Y no solo en sus cantos despliega ese entusiasmo, sino tambien en sus discursos en prosa. Cuenta en uno de ellos, titulado *Historia del género humano*, que al principio tuvieron los hombres para su consuelo varios agradables y bellos fantasmas, cuyos nombres eran Justicia, Patriotismo, Gloria, Virtud, Esperanza, etc.: mas no contentos los hombres con estos fantasmas, desearon la Verdad. Y la Verdad vino, y arrojó de la tierra á la Virtud y á la Espe-

ranza y á todas las demas ficciones. Solo les quedó á los hombres el amor sensual, aunque liviano y pasagero, único alivio de sus penas. Terrible fué entonces el reinado de la Verdad: y los hombres desesperados y furiosos blasfemaron de ella. Júpiter entonces (y prosigue hablando Leopardi), compadecido de nuestra suma infelicidad, propuso á los inmortales que alguno de ellos viniese á visitar y á consolar en tanto trabajo á la humana estirpe, y muy particularmente á los que no mostraban ser, por ellos mismos, merecedores de la universal desventura. A lo cual, habiéndose callado todos los otros dioses, Amor hijo de Venus Celeste, conforme en el nombre al fantasma así llamado; pero en virtud y en obras diferentísimo, se ofreció, (pues su piedad es singular entre todos los númenes), á hacer lo que Júpiter proponía y á descender del cielo: de donde él nunca jamás habia salido antes, por no sufrir el coro de los inmortales, que entrañablemente le querían, que se alejase, ni por muy corto tiempo del trato y familiaridad de ellos. . . . Desde aquella ocasion, rara vez suele ya descender Amor, y poco se detiene, así por el escaso y ningun merecimiento de la gente humana, como porque los dioses soportan molestisimamente su ausencia; pero cuando viene á la tierra, escoge los corazones mas tiernos y mas nobles de las personas mas generosas y magnánimas: y allí se reposa por breve espacio: difundiendo en ella tan peregrina y maravillosa suavidad y llenándolos de tan puros y elevados afectos y de tanta virtud y fortaleza, que estos corazones gozan por la gracia del Amor, de un sentimiento desconocido al resto de los hombres; no de algo parecido á la bienaventuraza, sino de su esencia misma!»

Este sentimiento beatífico que Amor puso en el corazon de Leopardi, es no solo el manantial de su entusiasmo, sino tambien el único motivo que el poeta tiene para apreciar en algo la vida, y para preferirla á la muerte.

Pregio non ha, non ha ragion la vita
 Se non per lui, per lui ch' all' uomo è tutto:
 Sola discolpa al fato,
 Che noi mortali in terra
 Pose a tanto patir senz' alcun frutto;
 Solo per cui talvolta,
 Non alla gente stolta, al cor non vile
 La vita della morte è più gentile.

El pensamiento de este Amor divino reviste, en un principio la forma del amor sensual, y se confunde y amalgama con él. La imaginación entonces pone en una muger su pensamiento amoroso; y en esta muger, toda la hermosura y la perfección toda, que es capaz de concebir. Mas tarde, ó ya porque el ardor de la juventud ha pasado, ó ya porque se reconoce que no existen en la muger las perfecciones imaginadas, ese amor divino se pone en Dios que es su verdadero origen, así como es su verdadero objeto y su verdadero fin. Y cuando, por desgracia, se duda de Dios, ó no se le puede amar, se ama á este Amor, como se ama á una idea. Idea sin copia, ni correspondencia, ni objeto que la represente en el mundo: idea vaga, que parece estar dentro de nosotros mismos sin ser nosotros mismos; y que se fija á veces, aunque de paso, y derrama su hermosura en las cosas que vemos y que entendemos: idea que encendió en Leopardi el amor de la muger querida, el amor de la patria y el amor de la humanidad; y que, perdidos ya, entibiados ó mal pagados estos amores, continuó siendo ella sola la causa y el objeto del amor de Leopardi. La única ocupación seria, el único asunto de la vida, era para este místico ateo de nuestro poeta pensar, soñar y adorar en su idea ya desnuda de toda apariencias, ya en cualquiera de sus manifestaciones fenomenales. Leopardi no buscaba en la poesía, sino formas nuevas y hermosas, donde esa idea se pudiese dignamente encarnar. Fuera de esta idea nada esperaba encontrar Leopardi, digno de su amor, ni en el mundo y la vida, ni mas allá del mundo y de la vida. Su desden era soberbio y horroroso; pero sublime,

Da che ti vidi pria
 Di qual mia seria cura último obbietto
 ¿Non fosti tu? quanto del giorno è scorso
 ¿Ch'io di te non pensassi? ai sogni miei
 La tua sovrana imago
 ¿Quante volte mancò? Bella qual sogno,
 Angelica sembianza,
 Nella terrena stanza,
 Nell' alte vie dell' universo intero,
 Che chiedo io mai, che spero
 ¿Altro che gli occhi tuoi veder più vago?
 Altro più dolce aver che il tuo pensiero?

Pero este mismo fantasma de hermosura, esta dama-duende, esta idea fugitiva que Leopardi amaba, se iba muy á menudo de la imagi-

nacion, y le dejaba solo: ó ya porque la imaginacion no tenia bastante fuerza para sostenerse con la idea querida en los espacios imaginarios ó ya porque la razon, que nunca abandonaba al poeta, disipaba la ilusion como un ensueño. Entonces del mismo sentimiento que habia nacido el Amor, nacia la desesperacion y el deseo de la muerte. La Muerte y el Amor son hermanos, segun el poeta, y á ambos dedica una de sus mas bellas canciones. Del Amor nace todo bien y todo mal cesa con la Muerte. Cuando el Amor no puede dar todo el bien deseado, la Muerte destruye el deseo, y por consiguiente el mal. El que ama verdaderamente desear morir. Con la Muerte logrará, fuera de este mundo, el bien que le pinta y hácia el cual le mueve el Amor; ó dejará de desear, si es imposible y fantástico su deseo.

Este afan y adoracion de la muerte del místico ateo, presenta caracteres muy semejantes, aunque por distinto camino, al empeño de mortificar la carne, de aniquilar los sentidos, de padecer el martirio y de acabar con la vida de los místicos creyentes. La vida de Leopardi debió ser un continuo sacrificio de la vida; y sin duda Leopardi se hubiera suicidado por su mano, si las enfermedades que padecia, y que con el interno trabajo de su pensamiento, él mismo acrecentó, sino produjo, no hubiesen prematuramente dado fin á su existencia. Bien se puede poner sobre su sepulcro estos tres versos, en los cuales trata el poeta de retratar á Alfieri:

Disdegnando e fremendo, immacolata
Trasse la vita intera,
E morte lo scampò dal veder peggio.

V.

Ya hemos visto que la muger que Leopardi amó, es como él mismo dice *la muger que no se encuentra. No se sabe si esta muger haya nacido ya, ó deba nacer algun dia. Lo único que se sabe, es que no vive ahora en la tierra, y que no somos sus contemporáneos.* La muger, segun Leopardi la veia y comprendia, es un ser muy inferior al hombre, é incapaz de percibir siquiera los sentimientos que sabe inspirar. Leopardi no podia poner seriamente su amor en objeto tan indigno; y por eso acaso, (á lo menos asi lo aseguran los amigos y biógrafos del poeta)

bajó éste á la tumba en el mismo estado perfecto, en que pudiera bajar un santo de los mas santos é inmaculados.

En el amor de la patria no fué Leopardi mucho mas feliz. La patria que él amaba no era tampoco su contemporánea; pero al menos esta patria habia existido en otro tiempo, y el amor de Leopardi pudo alimentarse de recuerdos, y con la vista de las ruinas y con el estudio de los grandes autores y la admiracion de los héroes maravillosos que en otra época produjo.

O patria mia, vedo le mura e gli archi
E le colonne e i simulacri o l'erme
Torri degli avi nostri,
Ma la gloria non vedo,
Non vedo il lauro e il ferro ond'eran carchi
I nostri padri antichi.

Todo este canto á Italia, los cantos á Angelo Mai, y al Monumento de Dante, y algunos otros, están inspirados por un tan doloroso, sublime y extraordinario amor de la patria, y escritos por un estilo tan bello y tan alto, que para hacer conocer el mérito de ellos seria menester citarlos todos. Yo para mí tengo que nada hay mejor en poesia; al menos no recuerdo haber leído poesias que me hayan hecho impresion mas profunda.

Pero donde está como concentrada toda la desesperacion de Leopardi, y recapitulada toda su doctrina espantosa es en el *Ultimo canto de Safo*, y en el *Bruto Minore*. Nosotros hemos dicho ya qué doctrina es la de Leopardi, y hemos notado y hecho notar á los lectores la belleza de sus cantos. Bien se nos alcanza, sin embargo, que para comprender y apreciar toda esta belleza no bastan nuestras pobres observaciones, y conviene leer con atencion al mismo poeta.

Muchos doctos italianos, Mr. de Sainte-Beuve en Francia y en Inglaterra The quarterly Review, han tratado de la vida y de las obras todas de Leopardi. Nosotros solo hemos hablado de sus cantos; y aun esto no basta para poder apreciar á Leopardi como poeta. Sus *Paralipómenos de la Batracomiomaquia*, poema satírico, donde, segun la confesion del critico inglés que hemos citado, tiene el poeta la misma facilidad y gracia que Byron en el Don Juan, y la misma agudeza y brio que Swift en la sátira política, demuestran que Leopardi sabia tocar todos los tonos, y que era siempre un altísimo poeta. Los italianos proclaman á Leopardi como poeta perfecto, rival del Tasso; y rival de Gali-

leo como perfecto prosista. El asiduo y profundo estudio que hizo Leopardi de los clásicos griegos y latinos y de su propia lengua, contribuyeron poderosamente á darle la felicidad de espresion, la sencillez y tersura de estilo, y la pureza, primor y armonía de lenguaje que notamos en todas sus obras, que le hicieron digno de aquellos títulos, y le conquistaron asimismo el de eruditísimo y sabio filólogo: Niebuhr le tenia por tal cuando aun Leopardi no pasaba de la edad de veinte y dos años. Leopardi conocia ya las literaturas y las lenguas griega, latina, hebrea, italiana, francesa, española, alemana é inglesa. Nosotros, esclama el critico inglés de *The quarterly Review*, nos acordamos involuntariamente de Hermes, del cual canta Homero.

ἤϊος γεγονώς, μέσση ἡματι ἐγκιθάριζεν,
εσπέριος βίως κγεψεν ἐκτιβόλου Ἀπολλωνος

Leopardi ha traducido los idilios de Mosco y otras muchas poesías griegas y latinas: ha escrito una obra *sobre los Errores populares de los antiguos*; y ha comentado y anotado varios autores: todo lo cual no nos incumbe tratar en este momento. Como Leopardi amaba la forma, esto es, la belleza hasta el extremo de creer que la virtud misma no era mas que una obra de arte, y el hombre virtuoso un artista inminente, la literatura griega y la forma del pensamiento griego, por ser las mas correctas, hermosas y acabadas, fueron las que él mas estudió; llegando á amoldarse su pensamiento en aquella forma, hasta el punto de no distinguirse, cuando él queria, una obra suya de la obra de un antiguo poeta helénico. Asi fué que su himno original á Neptuno, pasó entre los mas eruditos y perspicaces, por la traduccion de un manuscrito recien descubierto. Sus traducciones en prosa de Jenofonte, Isócrates y Epicteto son mas bien reproducciones que traducciones: y sus anacreónticas originales en griego parecen escritas por el mismo Anacreonte. Ademas hay publicados de Leopardi los Pensamientos, los Diálogos y la Correspondencia, obras todas que son la admiracion y la gloria de Italia, y que apenas se conocen en nuestro pais. La filosofía de Leopardi en sus cantos, en sus diálogos y en sus pensamientos es idéntica á la de sus Cantos, aunque mas clara y metódicamente espuesta. Leopardi, como ya hemos dicho varias veces, es un místico ateo. No le faltó mas que la fé para ser cristiano; ni mas que ser cristiano para ser santo: y es digno de ser estudiado no solo como eminencia literaria y filosófica, sino tam-

bien como carácter extraordinario y grande. Sus extravíos, su falta de religion, creo firmemente que mas fueron resultas de la naturaleza de su ingenio y de la manera y método que siguió en sus estudios, que consecuencia de sus horribles padecimientos físicos y de su malaventurada vida. «Antes de morir, dice Leopardi mismo, quiero protestar contra esa invencion de la debilidad y de la vulgaridad, y rogar á mis lectores que procuren destruir mis observaciones y mis razonamientos, y no acusar mis enfermedades.»

JUAN VALERA.

EL PRINCIPE DE MAQUIAVELO.

CESAR BORGIA,

O LA ROMAÑA EN 1502.

IX.

Entregada á un pénoso sueño que perturbaban funestas imágenes despertóse Marina sobresaltada y vió á la pálida luz de la lámpara el agitado y descompuesto rostro de Agosto. Levantóse como un espectro envuelto en su sudario.

—¿Qué tienes? dijo respirando con pena. ¿Qué, puede inquietar tu descanso la vispera de un combate? ¿Es la vez primera que tus ojos se hallan abiertos á estas horas?

—Marina, el extranjero....

—¡Habla!

—Tú le conocías antes.

—Si.

—¡Tiemblas!.....¿qué puedes temer de él? ¿sabes que es mi padre?

—¡Te lo ha dicho!

—Y lo he creído por el respeto que me impone.

—Si, le debes la vida pero es por un crimen.

—¡Que me importa! Es mi padre.

—Agosto, querido hijo, no le sigas al llano, te lo suplico de rodillas; ten compasion de mis lágrimas, no abandones tu patria. ¿Que ha hecho por tí ese hombre desapiadado que quiere robarte á mi ternura?..... Agosto ¿por qué me echas esa sombría mirada?..... Es verdad, una doncella de la montaña fué seducida por él, lejos de la tumba de su santo protector; y te concibió en sus entrañas....

—Habla, habla pronto, los momentos son preciosos.

—Se hallaba en Pisa, era joven, su dulce voz le prometia la felicidad.

—Continúa.

—Abandonada, volvió aquí á ocultar su vergüenza.... Agosto, déjame estrecharte entre mis brazos..... No creas en sus promesas..... Ayer un mensajero vino á anunciarme su visita..... La desventurada soñaba aun en la felicidad..... Para cometer otro crimen subia á esta sagrada altura..... ¡Oh, no te marches, no!....

—¡Abandonarte yo! exclamó el joven reanimándola con sus caricias, no lo pienses..... Abandonar yo á mi ma..... Marina. No, jamás. Tú eres necesaria para mí como el aire de la montaña. No me toca juzgar á la que me ha llevado en su vientre.... pero debo salvar á mi padre....

—¡Salvarle! ¿Corre algun peligro?

—El honor le llama antes de amanecer, lejos de este sitio, y sabes que está severamente prohibido dejar salir á nadie antes de que se haya marchado el duque de Urbino.

—Agosto, la voz de los magistrados es la voz de Dios.

—Nada temas, no daré yo el ejemplo de insubordinacion á las leyes. Puedes dormir, pues, tranquilamente ya, mi buena Marina; el hijo adoptivo de San Marino cumplirá sus deberes.

Alejóse Agosto y fué á llamar á la puerta de uno de los dos capitanes que tenia mas influencia en los negocios del Estado. Habian los años encanecido sus cabellos, empero su corazon era siempre joven, y en tanto que todos los habitantes gustaban de las dulzuras del sueño, velaba despierto. En su mismo cuarto agobiado de cansancio y de fatiga dormia vestido sobre una silla Guidobaldo.

—Padre mio, dijo al entrar Agosto inclinándose profundamente delante del magistrado, perdóname que venga á turbar el silencio de tu casa.

—¿Eres tú, joven? contestó el anciano ¿qué me quieres á estas horas? No he oido la campana de alarma. Responde y habla bajo, porque ves que está ahí durmiendo nuestro huésped.... que por un momento olvida sus reales infortunios.

—¿Crees, noble ciudadano, que quepa traicion en el corazon del hijo adoptivo de la patria?

—Si ignoramos cual es tu sangre, te hemos visto crecer á nuestros ojos: eres el hermano de nuestros hijos, el discipulo de nuestras instituciones. Explícate.

—Un poderoso enemigo ocupa la Romaña, y amenaza la independencia de San Marino: nuestro protector corre gran peligro.

—Hemos tomado severas y prudentes medidas para vigilar los extranjeros que se hallan en la ciudad y prender á los sospechosos. Las tropas de Borgia no sabrán la salida del duque sino cuando haya escapado ya este de sus manos: pero es preciso el mas profundo misterio para proteger la expedicion San Marinense, y la fuga de Guidobaldo. ¿Comprendes?....¿Por qué se asoman las lágrimas á tus ojos, cuando te exaltabas á la sola idea de una batalla?

—Hay en la montaña un extranjero....Escucha, sábio magistrado, este extranjero es mi padre, y yo le he visto abrazar mis rodillas. Me ha suplicado, cuando la naturaleza le daba el derecho de mandarme.

—¿Tú padre aquí, Agosto? y no se ha dado á conocer á todos?....

—Se ha dado á conocer á mí solo, y respetaré el misterio de mi nacimiento. Por mí solo ha subido á la montaña en el momento en que se hallaba espuesta su vida á un combate singular, á un duelo....El honor le llama al palenque, al juicio de Dios, lejos de aquí, en el llano. Si el nuevo sol le encuentra aun entre nosotros queda deshonorado para siempre entre los caballeros. Solicita marcharse en este instante mismo.

—¡Un duelo, fnnesta costumbre! ¡el hombre agitado por la pasion juez en su propia causa!....jóven, ese extranjero es tu padre, y dices que te ha suplicado: la noche está clara y tú conoces el camino de los picos.

—Es mi padre, pero aunque pudiese ser mas aun, es un extranjero. No debe conocer el medio de penetrar secretamente en el seno de un Estado, que jamás ha reconocido dueño.

—Ven, niño sublime, ciudadano de la montaña, ven á los brazos de un anciano próximo á morir, pero feliz al ver perpetuar las virtudes de nuestros mayores. Si, el extranjero bajará y saldrá por la puerta.

—Pero, sábio magistrado ¿no será comprometer la patria?

—La patria tiene brazos para defender su independencia.

—¿Y la causa de nuestro amigo? ¿y la importancia de su marcha á Venecia?

—¡Hijo mio! no haremos traición al príncipe perseguido por la desgracia.

—¡Hacerle traición!....No, Dios me inspira, se salvarán los dos.

Un golpe de misteriosa elocuencia revela al anciano asombrado, el proyecto del joven montañés. Aprobó su generosa resolución.

—Ve, pues, dijo, agradable es á Dios el evitar la efusión de sangre. Ve, hijo mio, yo te aguardo en la puerta de la ciudad.

—¡Ayúdeme el cielo! respondió Agosto besando la mano del capitán.

Marchóse á buscar y reunirse con el extranjero.

X.

—Calma esa impaciencia, padre mio. Quedará satisfecho tu honor, sígueme.

Embozóse en su capa el pisano, y echó á andar silencioso con una mano puesta sobre la espalda de su hijo y la otra en el mango de su puñal. Paróse de repente y dijo:

—¿Qué te daría yo que te gustase? habla, pide, el oro de una provincia no bastaría á pagar tu virtud.

Cogió Agosto su mano, y la besó con transporte.

—Solo una cosa deseo, cuando la muerte amaga la cabeza de mi padre, respondió: que esta mano defienda su vida y trace despues esta feliz noticia, entonces palpitará solo mi corazon con la esperanza de volverla á besar.

—Se cumplirán tus deseos.... Una palabra.... ¿Qué medio has empleado para hacerme salir de este recinto?

—He respondido de tí con mi cabeza.

—Marchemos; tus dias quedarán en seguridad. ¡No es una quimera la voz de la sangre!....

Llegaron á la puerta de la ciudad. Hallábase alli el magistrado en medio de un grupo de ciudadanos.

—Lenzoli de Pisa, dijo con gravedad: el gobierno de San Marino, paternal en su esencia, sabe entrar en los detalles de la vida privada. Lo único que no puede comprender es la traición. Una circunstancia solemne te llama al llano antes de amanecer, marcha. Esta puerta para todos

cerrada, va á abrirse para tí. Algunos ciudadanos protegerán tu retirada hasta las avanzadas del campo de Valentinois. No se dirá que en esta comarca en que se ejerce como un deber la hospitalidad, ha sido fatal esta á un extranjero. El desgraciado príncipe que se halla entre nosotros debe interesar á los pueblos y á los poderosos, porque Borgia no pone límites á su ambicion. Habla de Guidobaldo y de su desgracia: su causa es la de todos los generosos corazones, y nos complacemos en creer que lo es el tuyo.

—Buen anciano, venerable gefe de hombres libres, si la fortuna no frustra mis proyectos, yo volveré un dia á la cresta de estas montañas donde el Dios de los cristianos tiene tan celosos defensores. Los cortos instantes que he pasado en ella no serán perdidos para el porvenir, y el señalado servicio que recibo en este momento liga para siempre mi destino al suyo.... Adios. El duque de Urbino bajará, lo espero; el valor de los San Marinenses le abrirá paso hasta el mar de Venecia. El dia va á llegar, y debo acelerar mis pasos. Dad mis recuerdos al ciudadano de Florencia.... Hasta la vista, hombres de la montaña. ¡Los pueblos y los poderosos sabrán por mi boca vuestras virtudes!

Rodó sobre su quicio la puerta, salieron por ella los ciudadanos que formaban su escolta; Agosto guiando los pasos de su padre, volvió la cabeza hácia el grupo de los habitantes, en medio de los cuales hallábase aun el magistrado. Brillaba de alegría su semblante, y parecia llamar la bendicion del cielo sobre los viajeros y el jóven Agosto. Bajaba éste por la primera vez al llano, y todo tenia para él el imponente carácter de las nuevas sensaciones. La importancia de esta excursion nocturna, y la mano de su padre que pesaba sobre su espalda como un deber sobre su conciencia pura, agitaban aquella alma vírgen con una sensacion vaga, santa, indecible. Suspiró.

—¡Hijo mio! tienes oprimido el corazon, dijo rompiendo el silencio el extranjero, dejando brillar sus ojos en la oscuridad de la noche como los de un gato salvaje.

—Padre mio, respondió Agosto, pienso que nadie podrá culparme de que he faltado en lo que he hecho.

—No, no, ¡por San Pedro y San Pablo! Ya estamos fuera de este nido de águilas: no creia yo que era tan difícil bajar como el subir.

Oyóse en este momento un ruido bastante inmediato: echó mano á su puñal, y detúvose la escolta.

—¿Qué es eso? ¿Tan cerca estamos ya de las tropas de Valentinois? dijo el ciudadano.

—¿Tan alto han subido? añadió Agosto. ¿Qué hacer? ¿cómo continuar nuestra marcha?

—Marchemos sin temor, replicó el extranjero. El puñal es un arma excelente.... ¿No sabrias alguna cancion de la montaña? Los soldados no se desconfian de los aldeanos que van cantando.

—No sé ninguna.

—Pues sin embargo es preciso cantar; canta lo que primero te se ocurra. Tararea estas palabras.

Andar sempre
Finch' esser re.

Cantó Agosto estas palabras con tono triste y pausado, y cantábalas tambien el pisano, si bien en tono que mostraba no hallarse muy acostumbrado á este ejercicio. Comenzaba á rayar el dia; la cuesta de la montaña era cada vez mas suave, y encontraban mas destacamentos de soldados apostados en ella. Continuaba el pisano su canto, no hacian caso de los viajeros, y aun algunos repetian:

Andar sempre
Finch' esser re.

Parecian ser estas palabras misteriosas y conocidas á la vez como una señal convenida. El descuido aparente de las gentes cuya mision era el guardar el camino de San Marino, hizo nacer algunas sospechas en el alma de Agosto, pero las desechó inmediatamente apretando la mano de su padre. Dirigió al mismo tiempo sus miradas sobre los montañeses que caminaban delante de ellos: bajó entonces tristemente la cabeza, luchando con sus sombríos pensamientos.

—Padre mio, dijo saliendo de su preocupacion, ya estamos en la llanura, y es de dia. Bendecidme: los ciudadanos de la montaña me aguardan arriba....

—¿Qué importa! respondió con tono seco el extranjero.

Estremecióse el joven.

—Señor, he prometido por tí mi vida.

—¿Quieres perderla al volver á subir á esa estéril roca?

—¡Dios poderoso! exclamó involuntariamente, ¿habré comprometido la causa del duque de Urbino?

—Ah! ah! ah! hijo, en la guerra hay sus ardidés, respondió riendo con sardónica risa el extranjero.

—Mi juramento.... yo, señor, he jurado....

—Ya arreglaremos ese negocio en Roma con nuestro Santísimo Padre.

—¡Marina!.... ¡Marina!

—Niño, tus gritos son inútiles.... debe olvidarse á la nodriza cuando habla la razón. Es preciso obedecer á su padre, bien lo sabes.

—¿Qué va á ser de mí?

—Lo que yo quiera.

—¿Y de esos valientes montañeses?

—¡Qué importa!

La impaciencia y el desden daban cierta magestad á esta exclamación.

Brilló entonces en los ojos del jóven un rayo de esperanza.

Muy pronto llegaron cerca de una plaza á donde venían á parar muchos caminos. Allí había un grupo de oficiales que parecía aguardarlos. Al verlo, desembozóse el pisano, á quien todos saludaron con muestras del mas profundo respeto.

—Caballeros, les dijo, os traigo un jóven salvage que es preciso amansar en el arte de la guerra.

Dirigiéndose despues á la escolta:

—Ciudadanos, añadió, abierto teneis delante de vosotros el camino de la llanura: en cuanto al de la montaña inútil sería el que quisiéseis volver á subirlo. Sin embargo, si lo pudiéseis lograr alguna vez, dad memorias de mi parte al duque Guidobaldo y al ilustre ciudadano de Florencia.

—Amigos, gritó Agosto palideciendo de repente; huid, huid: hemos caido prisioneros de Borgia.

Desaparecieron los San Marinenses. Quisieron alcanzarlos algunos soldados, pero los detuvo un imperioso gesto del extranjero.

—¡Hijo mio! en efecto, estás en las garras del buitre, pero ¡por San Pedro y San Pablo! da de ello gracias á Dios y á la Virgen. Nada mejor podría sucederte. ¡Hola, caballeros! un casco cuyo peso haga levantar esta cabeza tan altiva en la montaña: un palafren manso cual si fuese para montar el Santo Padre.... Animo, amigo, tú volverás á ver tu montaña; entretanto toma esta espada para adornar tu cintura y defender tu vida.... Caballero Bayardo, le armareis caballero cuando haya sobre el campo de batalla dado pruebas de valor.... ¡Y bien! ¿qué significan esas sombrías miradas? ¿No tienes palabras para dar gracias á

estos altos y poderosos señores, que tal prisa se dan en trasformar á un rústico en un guerrero? ¡Por la Virgen santa! Pronto habia formado buena opinion de tí.... Caballeros, nuestro amigo el duque de Urbino nos hará el honor de bajar esta mañana acompañado de los montañeses. Preparaos á hacerle un buen recibimiento. Espero que tendremos largo tiempo el placer de tenerle en nuestra compañía. Los hombres de ahí arriba son un poco rudos en sus modales; les enseñaremos á vivir.... ¡Y bien, amiguito! ¿qué estás mirando siempre hácia ese lado? ¿á tus rústicos? Ya están lejos ¡vive Dios! Vamos, monta á caballo, y podrás verlos cómo corren por el llano como alma que lleva el diablo. ¡Por vida del Santo Padre! que en lo sucesivo he de escoger mis corredores entre los hombres libres de San Marino.

Montó sobre el caballo Agosto, y continuó en mirar con ansiedad á sus compañeros que ganaban rápidamente terreno y se aproximaban á un rio. Nada podia distraerle de este espectáculo, y su anhelante pecho, su boca abierta, sus espantados ojos pintaban todos sus temores.... De pronto lanzó un grito de alegría....

—¡Está en salvo! ¡está en salvo! gritó involuntariamente, ahora Dios me ayude.

—¿Quién está en salvo? repitió su padre, ¿quién está en salvo?

—El duque de Urbino.

—¿El duque? ¡por Satanás! ¡condenacion!

—Padre mio, la guerra tiene sus ardides!!!

XI.

Sobre la playa donde los obispos ortodoxos en el siglo II se retiraron durante el Concilio de Rimini, y deliberaron sobre los medios de extirpar el arrianismo, á la estremidad de la aldea que desde entonces tomó el nombre de *Cattolica* se alzaba un edificio cuya maciza arquitectura y paredes aspilleradas anunciaban la morada de un alto y poderoso señor. Bañaban las aguas del Adriático los fosos de esta fortaleza construída á fines del siglo XIII por el famoso Guido de Montefeltre, para mantener en respeto á los Malatestas, gefes del partido guelfo en la Romaña.

Hallábase levantado el puente levadizo: sobre la puerta principal ondeaba una gran bandera de purpura en que se leía AUT CÆSAR AUT NIHIL, ó *César ó nada*. No habia centinelas en los torreones, y solo algunos soldados daban en el patio la guardia de honor, y como en los palacios de los monarcas era libre la entrada á las galerías que formaban grandes arcos ogivales desde donde se veia un jardin donde ricos surtidores de aguas mantenian una lozana vegetacion.

Antes de llegar al pie del castillo, cuya entrada era tan fácil al parecer, era preciso atravesar un ancho campamento donde reinaba la mas severa vigilancia, para los que no hacian parte de él. Ninguno pasaba la fila de tiendas que formaba su recinto sin someterse antes á una minuciosa pesquisa por el Maestre de campo de servicio.

El ejército que ocupaba los alrededores de la fortaleza componíase de un conjunto y agregacion de hombres cuyo idioma, fisonomía y traje formaba el mas extraordinario contraste, variada coleccion como las de los antiguos mosaicos que descubre el arado del labrador en el suelo de los antiguos campos. Allí soldados de diferentes naciones conservando los hábitos de su respectivo pais, mostraban sus vicios y cualidades. Franceses, españoles, suizos, alemanes, italianos y aventureros de todos los paises del mundo se hallaban mezclados en las tiendas de campaña.

En otras tiendas mas vistosas que las de los soldados, hallábanse reunidos los oficiales subalternos; mostrábanse mas cultos, y sus modales eran mas parecidos, aunque perteneciesen á diferentes naciones, empero si era menos rudo su exterior que el de los soldados, su lenguaje tenia siempre la enérgica franqueza de unos perdidos aventureros. Hablando estaban sin ningun respeto de los principes y de la política de su tiempo, cuando entraron dos oficiales superiores, les dieron sus órdenes y pusieron fin á sus conversaciones.

Era uno de ellos el baron de Allegre, y el otro el marqués de Saluces, franceses ambos. Inspeccionaban el campamento, y despues de haber salido de la tienda de los oficiales subalternos continuaron ocupándose en los negocios del dia, y de la difícil posicion en que se hallaban en Italia los franceses.

—¿Qué hacemos aquí? dijo uno de ellos. ¿No nos da vergüenza en prestar el socorro de nuestros brazos á César Borgia? ¡Con qué infame traicion acaba de apoderarse del ducado de Urbino! ¡Y este es nuestro gefe! ¡y debemos de obedecer sus órdenes! ¡Vive Dios! El caballero Bayardo ha hecho muy bien en separarse de él, despues de haberle dicho

francamente buenas verdades. No os oculto, amigo mio, que quisiera que todos hiciésemos lo mismo. Aguardo una ocasion para imitar al valiente de los valientes. El rey, cuando conozca la conducta de Valentinois, estoy seguro de que aprobará el que todos los franceses sigamos el ejemplo del que es siempre el caballero *sin miedo y sin mancha*.

XII.

El castillo que hemos descrito era la mansion momentánea del duque de Valentinois, y su ejército el que se hallaba acampado alrededor. Deteniendo su marcha coronada por la conquista queria al parecer gozar de su victoria, y respirar lejos de los testimonios de respeto y de sumision que le daban las ciudades subyugadas. Ocultaba este reposo engañador nuevos proyectos, profundas miras, porque en conversaciones en apariencia frívolas, y destinadas á la distraccion estudiaba la política de las potencias, investigaba los secretos motivos de la correspondencia del rey Luis, calculaba el grado de confianza que debia tener en los españoles de Nápoles, meditaba en los ardides de Venecia, y para engañarse menos en sus cálculos, tomando por base el corazon humano, colocábase en la situacion de cada uno de ellos esforzándose en olvidar la suya propia. Preparábase así con mas seguridad los medios de parar los golpes que preveia. Así, pues, no podia emprenderse nada contra él, que no hubiese considerado en todas sus fases y á que no estuviese de antemano prevenido. Todo se doblaba ante él al viento de la fortuna, como en otro tiempo al nombre de Cristo, cuando bajo la púrpura romana cubria su fecunda cabeza con el capelo de Cardenal.

Para no dejar á los pueblos tiempo de volver en sí, el vencedor de la Romaña habia rápidamente avanzado hácia la Marca de Ancona. Habia desde luego inspirado el terror, y ahora para conservar estas hermosas provincias apenas subyugadas, combinando un sistema de severidad y de clemencia, de justicia y de rigor, queria poner orden en la conquista, y para llegar á este objeto pensaba en arrebatár á los Bentivoglios Bolonia, juzgando que esta ciudad debia naturalmente formar la capital de sus nuevos Estados... Despues... porque nunca se sacia la ambicion y se aumenta á medida que se logran sus proyectos, la Ita-

lia entera tentaba la codicia de Borgia, y palpitaba su corazon de principe á la idea de reunir bajo una sola ley tantas provincias agonizando por su mal gobierno.

Los destrozados salones del viejo castillo habian sido transformados en suntuosas habitaciones para que morase el duque, y segun sus deseos su despacho se hallaba en una posicion elevada desde donde podia estender su vista sin obstáculo á todo cuanto le rodeaba. Habia hecho abrir en él dos anchas ventanas, ofreciale la una al Septentrion el pais conquistado: á la otra al lado opuesto le presentaba la cifra de las nuevas ciudades por conquistar. Dos sentimientos contrarios debian llevarle á cada una de ellas: el pasado y el porvenir.

Hallábase allí Borgia, habia meditado largo rato sobre las vanidades que tantas penas causan, y tan poca felicidad dan, habia recorrido toda su vida, y abriendo una ventana habia fijado una triste mirada sobre el monte Titan. En aquel instante partida por ligeras nubes parecia aquella elevada montaña una patria intermediaria entre el cielo y la tierra. Recordábase Borgia que la adhesion de un jóven ciudadano de aquella montaña acababa de arrebatarse una de esas ocasiones que no presenta dos veces la fortuna, para haberse podido deshacer de un temible principe. Asustaba mas á Valentinois el carácter de Guidobaldo, que lisongeaba su ambicion el ducado de Urbino.

—Uno de sus antepasados, decíase á sí mismo dando rienda suelta á sus meláncolicas meditaciones, un Montefeltre ha construido este castillo, empero vuelto en sí y desengañado de lo que se llama gloria, ha terminado sus dias cubierto de un cilicio en la estrecha celda de un monasterio, despues de haber por muchísimo tiempo removido esta provincia... De él ha dicho el Dante:

*Romagna tua non é, e non fu mai
Senza guerra ne' cuor de' suoi tiranni,
Ma palese nessuna or ven lasciai.*

De nuevo ha tomado su vuelo el águila de Montefeltre: de nuevo ha abandonado el nido, donde de hoy mas nadie mas que yo posará..... Pero encuentro aquí para fastidiar mi vista este vanidoso emblema. Lo encuentro en ese escudo que me persigue... ¡Orgullosa familia! tú caerás. El emperador Justiniano de quien te jactas descender cedió la Italia al gefe de la Iglesia, y éste me la ha cedido á mi á su vez..... Mi bandera tremolará sobre el Titan, indomable hasta ahora, y anunciará mi

triunfo á los mares de Venecia y de Piombino. Juro que reconocerán mi autoridad ó perderé la vida.

Habíanse pasado algunos dias, los negocios habian absorbido la atencion del vencedor de la Romana, y habíase debilitado la impresion causada en su alma por la disposicion particular del gabinete consagrado á sus trabajos.

Veíase en medio de él una mesa cubierta de papeles, hallábanse sentados á ella el secretario y el canciller atentos á la menor palabra de su amo y en el mas sombrío rincón un jóven con una brillante armadura, inmóvil, con la cabeza baja, la vista fija, entregado á una dolorosa tristeza. Paseábase por el salón á grandes pasos el duque de Valentinois yendo de una ventana para otra, y de esta al sitio donde se hallaba el jóven caballero. Deteniase delante de él, examinábale con aire dulce ó severo segun el sentimiento que le dominaba en aquel instante, y continuaba sus paseos. Veíasele muchas veces levantar la cabeza, cual si hubiese tomado una repentina resolucion. Llevaba vestida una especie de dalmática de púrpura bordada de oro sobre su armadura, como para demostrar que á la vez era príncipe y soldado. Su cabeza descubierta presentaba una frente ancha, calva y surcada de profundas arrugas.

—Agapito, dijo á uno de sus escribientes, es preciso escribir al cardenal de Amboise.

Despues hablando consigo mismo, continuó:

—Monseñor de Rouen olvida nuestras condiciones. El dinero y los hombres no vienen; es preciso prevenirselo al Santo Padre.

Interrumpióle el secretario:

—Monseñor de Arli acaba de escribir á su excelencia, que el rey Luis habia dado órdenes al general Caumont para que despachase trescientas lanzas á las órdenes de Mr. Langues: el nuncio acompaña una copia de la carta de su magestad.

—¿Pero y el dinero? Mi tesorero no ha recibido ninguno de Francia.

—Puedo asegurar, respondió Agapito, que el tesoro de su excelencia se halla en el mas próspero estado.

—¡Hombres! ¡vengan hombres! y que Bolonia sea mia!

—El conde Luis de la Mirandola, añadió Agapito, está en camino con sesenta hombres de armas, y sesenta caballos ligeros y el general de Saboya se adelanta á la cabeza de quinientos montañeses.

—¡Gran refuerzo! Que no se olvide de hacer proposiciones ventajosas á Fracassa; es un capitán hábil y están muy bien montados sus gi-

netes. Se puede tambien enviar á Baldasar, á Siena, á Florencia para que nos traigan todos los vagamundos que quieran seguirles... haremos de ellos héroes.

Detúvose un momento con aire reflexivo y continuó despues vacilando:

—¿A Siena?... si... Pandolfo Petrucci es mas temido que amado..... ¿A Florencia? si aprovechamos este momento de inaccion en nuestra situacion respectiva... ¡Florencia!

El modo con que pronunció Borgia este nombre, junto con el movimiento de sus cejas espresaba una terrible amenaza; pero habiendo el canceller sorprendido esta mirada de enojo, paróse el duque delante de él.

—Spanocchi, le dijo con tono de confianza: ¿no sabeis nada de la señoría de Florencia?

—Absolutamente nada, excelencia, respondió Spanocchi.

—No sé esplicarme esta indiferencia... ademas no me viene mal, continuó el príncipe echando sobre sus confidentos una ojeada en que se pintaba la malicia y la hipocresía: el señor de Rouen falta á los tratados, puedo imitar su ejemplo. ¡Vive Dios! largo tiempo he sido fiel á mi alabrá, y por haber vacilado en marchar contra esa república mis antiguos condottieri, los mas temibles se vuelven ahora contra mí... los que querian crearme rey de Toscana... Esos Ursinos, esos Vitelli soplan con todos sus pulmones de acuerdo con los Médicis y Venecia..... En verdad el momento es favorable, las lanzas francesas de Caumont, y los montañeses del general de Saboya son inútiles aqui, y de Bolonia á Florencia el Apenino tiene caminos desconocidos...

— Su escelencia no ignorará, dijo Agapito respondiendo á las reticencias de Borgia, que el rey de Francia mirara como hecha al mismo toda agresion contra Florencia

—¡El rey!... ¡el rey!... ¿Sabeis bien, señores, la posicion en que se encuentra el rey?... Al ayudarle á volver á entrar en el Milanesado, me he allanado el camino de Bolonia, he derribado cuantos obstáculos se me oponian para la conquista de esa provincia. Al proporcionarle algunos hombres me he asegurado un ejército. Yo triunfo cuando su magestad cristianísima se halle encerrada en las garras de la magestad católica sobre el territorio de Nápoles, y mi nombre, mi nombre solo hace respetar al rey en Lombardía. Luis XII ha querido establecer en Italia una dominacion que compromete á su autoridad. ¡Da á Florencia armas contra Pisa, y apenas puede luchar contra el Gran Capitan Gonzalo de Cór-

do! No hablo de las tropas que me debe, nuestro Santo Padre me las aseguró por secretos tratados y yo mismo llevé el birrete á Jorge de Amboise. Bien merecia este honor que hubiese sido mi mas ardiente amigo en los consejos del rey... Ademäs un cardenal siempre ve en lontananza la tiara... ¿Por qué esta alianza con la Toscana?..... Cuando Florencia se apodere de Pisa, ¿no puedo yo apoderarme de Florencia?

Guardó un momento de silencio.

Cuando César Borgia no se hallaba empeñado en una discusion que exigiese un razonamiento seguido, su pensamiento mas vivo que la palabra, pasaba de un asunto á otro con la rapidez del relámpago, y su lenguaje pareciase al de los mercaderes que presentan en el mostrador muestras de todo lo que venden. Era preciso coger al vuelo sus ideas por una palabra, y encontrar en cada idea su vasto plan; pero en los rodeos de este laberinto el hilo de una exactísima lógica le volvia siempre el orden ó la unidad. Podria creerse que solo pensaba así en voz alta para extraviar y confundir á los que miraba como sus mas seguros confidentes. Era seguro de que no aventuraba una palabra sin objeto. Trataba de conocer la opinion de los demas, empero rarisimas veces manifestaba la suya mas que por reticencia. Insensible á la lisonja que miraba como la política del desprecio, servíase de ella con tanta mas habilidad, cuanto que la disfrazaba con rudas maneras. Amenazaba con tono reposado, con voz casi dulce. El canceller Spanocchi y Agapito su secretario poseian su confianza; pero de un modo relativo: con los dos á menos respiraba en seguridad. Saliendo de pronto de su meditacion, continuó:

—¿Ha visto alguno de vosotros á los señores Saluces y de Foix? ¿están aun enojados? ¿Y Alegre suspira siempre por su hermosa prisionera? ¡Vive Dios! Catalina Sforza nos ha mostrado de lo que es capaz, y apenas me tranquilizan los muros del castillo de Sant-Angelo donde esa dama está reducida á hilar con su rueca... Son muy difíciles de contentar estos franceses... La menor contrariedad á sus deseos les quita todo su valor: son celosos cuando dejan de ser vanos. Difícil tarea es el mandarlos. Dejémoslos agitarse en plena libertad. Solo temia á ese loco de Bayardo y se ha marchado bruscamente.... ¿Qué queria? ¿no soy el mejor amigo del rey? Luis no tendria enemigo mas temible que yo, y no debe maravillarme de que lisongee á Venecia, de que proteja á Florencia... Agapito, escribid, pues, al cardenal de Rouen. no olvideis que es el oido, la lengua y la mano del monarca. Recordadle, que me ocupo enteramente de sus propios intereses. Hallad medio de decirle, que

hablo con frecuencia de él, y que no veo en el sacro colegio más que á él, á quien pudiese apoyar con mi crédito, si la cristiandad llegase á perder á Alejandro VI... No dejéis de añadir que estoy enterado de todos los esfuerzos de los venecianos, para malquistarme con su magestad... ¡Vive Dios! todas sus atenciones para con ellos son hoy sospechosas. Parece que piensa en la Romaña; pero llegará día en que me venga de los patricios de San Márcos... Agapito, deseo que el rey responda por escrito al duque, por escrito, me entendeis. No será malo que la señoría tenga largo tiempo á su vista la prueba de la poderosa amistad que me profesa el monarca... mis enemigos se arrepentirán de sus perfidias. Venecia es el alma de los rebeldes.

En aquel instante Ramiro de Orco entró en el gabinete del duque, casi al mismo tiempo que el oficial encargado de anunciarle. Era éste un hombre de cierta edad, de imponente estatura, sus largas facciones flacas, cubiertas de palidez, su aire flemático y servil, con el aplomo imperturbable de su continente, lo mismo demostraba la costumbre de la obediencia, que la del mando. Justicia mayor de un príncipe ambicioso y conquistador, la Romaña, de que era gobernador civil, le había visto con el hacha ó la cuerda ejecutar las órdenes dictadas á su oído atento, y repetidas por sus labios siempre fuertemente cerrados, cual si á su pesar profriesen inútiles palabras. Su nombre presagiaba el terror, su presencia lo producía. El vestido de este ministro verdugo parecía una sombría mancha en medio de la corte errante de Valentinois, en que el fausto oriental de las repúblicas italianas se unía al caballeresco esplendor de los gefes guerreros. La especie de toga de terciopelo negro forrada de damasco morado que llevaba como juez, no ocultaba enteramente en sus anchas mangas el brazo del verdugo, que había con tanta frecuencia blandido con toda la impasibilidad de sus dobles funciones. Creíase ver chorrear sangre de su largo vestido, y, sus ojos redondos, negros, siempre en movimiento, siempre inquietos, animaban solo aquel rostro de muerto, sobre el que jamás se expresaba una emoción ni de alegría, ni de dolor. Era un ser intermediario entre la humanidad de una cólera omnipotente.

Al lado de semejante personaje Cesar Borgia, mas en relieve recibía de pronto un carácter de grandeza y parecían adornadas sus facciones de una bondad relativa. El que ordenaba el asesinato, ó el crimen realizado por el reflejo de la voluntad, noble atributo del hombre, sobre todo de esa voluntad de príncipe que emana del derecho divino, se levantaba bajo la sangre como la victoria rodeada de prestigio. El que no

ejercía dominación alguna, que no tenía miras políticas sobre las que pudiese mostrarse, el esclavo de mirada atenta y mano pronta, aparecía con todo el horror del crimen. La presencia del justicia mayor incomodaba siempre á Borgia; sin embargo esforzábale en recibirle bien. Comprendía además toda la ventaja que sacaba con la presencia de tal hombre. Era el terror de la Romaña, cargado de sus iniquidades combinaba con profundidad la fuerza de una sonrisa, la omnipotencia política de un perdon.

—¿Qué motivo os trae, fiel Ramiro? dijo saludándole con la mano y dando á su voz un acento mas varonil que el de costumbre, como para hacer contraste por un efecto de coquetería viril, con la robusta voz del gran podestá. ¿Por qué habeis dejado á Rimini, donde vuestra presencia hace temblar á los partidarios de Venecia?

—No es en Rimini, excelencia, sino en vuestro campamento donde se hallan los traidores.

Cambió entonces el duque una rápida ojeada con sus confidentes: quedaron asombrados estos.

—¡No, vive Dios! respondió Borgia moderando su impaciencia: ¿de que se trata, fiel Ramiro? ¿de alguna fanfarronada de los señores franceses? ¿de alguna glotonería de los señores alemanes? ¿de algun merodeo de nuestros valientes suizos?

—Su excelencia sabe bien, que no son de mi competencia esas bagatelas: pero han intentado poner en libertad á uno de mis prisioneros de estado, el conde Astorre, ex-señor de Faenza.

—¡Vive Dios, buen Ramiro! teneis mucha razon en no chanceros con semejante suceso. Ahorcad inmediatamente al culpable.

—Eso habia pensado yo, excelencia.

—No dudo que será alguna maquinación veneciana: ya lo veremos mas tarde. ¿Teneis detalles? ¿sobre quien sospechais? ¿quién os ha dado el aviso? ¿qué hombre es ese Astorre? ¿cómo se halla en vuestras manos?

Estas multiplicadas preguntas anunciaban la importancia que daba el duque á esta tentativa de fuga, pero su sangre fria no la dejaba percibir. Paseábase con paso tranquilo, y bajo la máscara de la indiferencia, prestaba la mas marcada atención á las palabras del podestá.

—Excelencia, dijo Ramiro con un tono falso y vago que hacia desagradable su voz al oído, despues de la toma de Faenza, gracias al valor de vuestro ejército, el conde Astorre Manfredi encontró un asilo en la corte de Ferrara, donde tuvisteis la bondad de permitirle que habitase. Es un jóven ocupado en los placeres, y en no sé qué especie de chu-

cherías, que llaman bellas artes. Echa de menos sus estados, no por sus derechos de alta y baja jurisdicción, sino lo que dice de no sé qué fábrica de vasos y jarras, donde no sé qué embadurnador llamado Miguel Angel....

—Decid, un gran pintor, Ramiro.

—Sea....pero este gran pintor debía abandonar á Florencia para habitar la ciudad de Faenza, donde de concierto habian formado el plan de crear una escuela académica.....esto no puede menos de ser contrario á los intereses de la religion, académico no me parece católico. Con tales noticias no he vacilado en arrestar al ex-señor.

—No encuentro, fiel Ramiro, que ese pobre jóven merezca semejante trato. Le estamos muy obligados por haber sido uno de los protectores de nuestra hermosa fábrica de porcelana. Habeis comido en nuestra mesa sin haber fijado la menor atencion en los magníficos platos en que comiais.

—En la mesa, como en todas partes, no pienso sino en las graves y bellas funciones que me habeis confiado.... pero en efecto, ahora me acuerdo de esas extrañas pinturas.

—Volvamos á Astorre.... los datos que me han dado lo pintan como un amigo de los Médicis, y los Médicis son agitadores.

—En fin, excelencia, el conde Astorre fué sorprendido por las tropas de don Hugo á los alrededores de Urbino.

—¡A los alrededores de Urbino! Teneis razon, Ramiro, dijo el duque sin que manifestase el repentino cambio de sus disposiciones para con el prisionero, mas que por el movimiento de sus cejas. Los Médicis son agitadores; por volver á entrar en Florencia harán cualquier cosa. Tal vez son agentes de Venecia.... ¿Y Guidobaldo no tiene interés en suscitar alguna insurreccion en nuestro ducado de Urbino?.... Si, teneis razon, esa tentativa de fuga es cosa seria.

—Eso es lo que yo habia previsto desde luego, y pienso que seria prudente, bajo no sé qué pretesto, por no sé qué crimen, siempre se encuentra cuando se quiere buscarlo, deshacernos del señor Astorre. En cuanto al verdadero culpable; el agente secreto de los enemigos de vuestra excelencia en su propio campo, el carcelero en su parte, nombra á un francés, al marqués de Saluces.

Borgia guardó un terrible silencio.

—El prisionero, continuó Ramiro, habita una sala baja de este castillo destinada al efecto, antes de que vuestra excelencia viniera á habitar en él..... es un cuarto sobre el jardín, ventilado, con luz..... no

siempre tenemos como podeis conocer, buenas prisiones á nuestra disposicion. Bajo las ventanas de este mezquino calabozo se vió ayer á un guerrero pasearse tristemente. Llevaba una armadura de acero, una charpa verde: tenia sobre su casco, con la visera baja, un penacho encarnado, y despues...

Hablaba el justicia mayor con toda su gravedad y lentitud acostumbradas, cuando del fondo de la estancia, vió adelantarse hácia él un guerrero, sobre el que sus ojos, habituados á verlo todo, reconocieron á medida que las designaba, todas las señales exteriores que le habian dado como filiacion del nuevo criminal. Asombrado el digno Ramiro de Orco quedóse cortado, cuando aquel personage, que no habia visto al entrar, le impuso silencio con el tono mas absoluto.

—Yo soy, dijo, yo soy el culpable, si es un crimen interesarse por aquel á quien han privado arbitrariamente del bien mas precioso del hombre.

Quiso responder Ramiro, pero Valentinois le hizo señal de que callase.

—Castigadme, señor, continuó el jóven dirigiéndose al duque. He manifestado al prisionero la piedad que me inspiraban sus quejas. He tratado, si hubiese estado en mi poder, de darle libertad. La presencia del señor de Faenza en el territorio de Urbino era estraña á la política de Médicis y de Venecia, y me he encargado de hacer entregar esta carta á la duquesa de Ferrara. El conde Astorre teme que otro mensage que ha enviado no haya llegado á la duquesa.

—¡A mi hermana! dijo Borgia con sorpresa.

Tomó la carta que le presentaba el canceller y leyó estas palabras:

Señora: Antes de poder penetrar en Urbino he caido en poder de los soldados del duque de Valentinois, vuestro augusto hermano. Los oficiales se niegan á crèer el motivo de mi viage. Mi apresuramiento en complaceros me quita los medios de verificarlo en este momento. El jóven pintor que os ha recomendado Pietro Perugino ha salido de su pueblo natal. Segun las noticias que he podido recoger despues de mi arresto, es en Siena en donde estudia Rafael Sancio, y no puedo ir allí. De todos los bienes de que me veo privado, nada echo menos tanto como la libertad que me priva, señora, de la felicidad de complaceros.

ASTORRE.

El duque permaneció con los ojos fijos sobre la carta, mas tiempo

que el que era preciso para leer su contenido. Parecia buscar algun misterio en el fondo de lo que acababa de saber. El recuerdo de su hermana y la carta del jóven conde turbaron su pensamiento. Sofocó un suspiro, y sin dejar penetrar nada de su emocion, dirigió de nuevo la palabra al ministro ordinario de sus venganzas.

—Somos muy prontos en nuestras sospechas, fiel Ramiro: pienso que nos hemos alarmado sin motivo. Veo que Astorre es un galancete de la corte de Ferrara, un *cavaliere servente* de nuestra hermana Lucrecia. Podeis volveros á Rimini, si haceis allí falta...

—¡Cómo! replicó enojado el podestá, me marcharé así sin tener la satisfaccion...

—De ahorcar alguno, buen Ramiro

—Siempre es tan buen ejemplo. No se sabe lo que puede suceder, y en estos tiempos de revueltas ¿no pueden tramar algun complot contra vuestros dias, contra vuestro poder? Teneis demasiada bondad. Nunca faltan pretextos á los traidores, y es preciso no creer ligeramente en sus palabras... un no sé qué me dice que ese jóven Astorre es mas astuto que lo que parece, que es el agente de no sé qué faccion...

—¿Un agente de Venecia, quereis decir? Uno de esos emisarios cerca de los Ursinos, de los Viteli.... No, no, el cultivo de las artes eleva el alma. Ramiro, buen Ramiro, dad las órdenes para poner en libertad al conde Astorre. Me alegro poder hacer algo en su favor, puesto que se interesa por él este jóven escudero.

XIII.

Deseando conocer mejor los detalles de una de esas circunstancias casuales que muchas veces habian ofrecido al duque Valentinois bajo las mas frívolas apariencias, la huella de alguna intriga ó el germen de algun suceso favorable, dirigió la palabra al jóven escudero.

—Espero que nos contarás tu romántica aventura con el conde Astorre, le dijo con tono afable. Necesito distraerme, ven aquí, cerca de esta ventana, y hablaremos.

Hallábase sentado en un sillón, apoyada la cabeza en sus manos, la vista fija en el campo. Pareció atento, y durante un corto momento de silencio no se oyó mas ruido que el de los escribientes: sus plumas re-

chinaban sobre el pergamino. Habíase acercado el escudero al duque. Mas osado que ninguno de los que le rodeaban apoyó una mano sobre la corona ducal, que adornaba el respaldo del sillón, y su brillante armadura reflejaba la púrpura del vestido de Borgia, y los vivos colores del terciopelo y de las franjas de oro que cubrían los almohadones aplastados con el peso de su cuerpo. El canciller y el secretario volvían de tiempo en tiempo la cabeza para considerar un cuadro tan nuevo para sus miradas; pero lo que hacia la parte mas importante era un misterio para ellos. Comenzó á hablar aquel jóven á quien tan avanzado veían en tan poco tiempo en el camino de la fortuna, y sintieron la impresion que hacia resaltar el mas profundo silencio:

—No creo que me podais vituperar, señor, el haber sido sensible á los lamentos de un caballero prisionero, dijo.

—No, no, amigo mio; pero te has apartado en esta ocasion de la prudencia, que reclama tu nueva carrera.

—Habia ido á pasearme antes de la aurora, bajo los hermosos árboles del jardín.

—¿Y por qué no dormia tranquilamente nuestro hermoso escudero?...

—¿Por qué, señor?... ¡Ay! ¡Ay! El aire es raro bajo estas bóvedas y el sueño no viene aquí siempre que se le llama.

—Pero bien, ¿y el conde Astorre? preguntó el duque.

—El conde no dormia como yo. Sentado cerca de la reja de la prision tenia en la mano un laud medio roto, del que sacaba sonidos que penetraban mi alma. Habia en su canto tanta tristeza, tanta pasion! lamentaba la desgracia de vivir lejos de su patria y de su querida en un idioma, que no es el nuestro; pero lo comprendia. La palabra libertad es la misma en todos los idiomas del mundo, señor!

—El conde cantaba, las cántigas de esos trovadores que vienen á mendigar á la puerta de nuestros castillos. Sigue.... Astorre.....

—Cantaba la libertad... ¡pero, señor, qué hermoso pais! ¡qué hermosa montaña! ¡Dios! ¡cuántos recuerdos de alegría y cuántos pesares á la vista de esa montaña!..

Hallábase alterada la voz del jóven por la mas viva emocion. Hizo un movimiento Borgia para mirarle y una gruesa lágrima cayó sobre su mano.

—Esa montaña, dijo, es el Titan. Sobre su cumbre vive un pueblo virtuoso y pobre. Acércate á esta ventana, jóven, ven, gozarás aun de un golpe de vista mas hermoso.

Hizo adelantar al joven guerrero apretando con violencia su brazo. Secáronse sus lágrimas: el gesto del duque y sus palabras acababan de producir sobre Agosto una terrible impresion. Presentóse en aquel momento un oficial portador de un mensaje indiferente. Despidió Borgia sus escribientes y quedó solo.

Recorrió con precipitados pasos la estancia, con la cabeza baja, lanzando suspiros.. Solo, al fin respiraba sin oposicion. Pero la tranquilidad no le aguardaba en la soledad; planes demasiado vastos, y sobre todo, temores demasiado reales, ocupaban su alma. Hacia dos dias que aguardaba con la mas grande impaciencia la llegada de un correo, y nadie sabia la perturbacion en que se hallaba su espíritu.

Borgia, nuevo árbitro de la Italia, hallábase instruido de las tramas que se urdian contra aun su mal afirmado poder. Despues de haber anonadado el partido de los Colonnas para ganarse el de los Ursinos, la defeccion de estos venia á alarmarle con tanta mas razon, cuanto que formaba un núcleo, á cuyo alrededor se reunian los descontentos de toda especie. Temia que un primer suceso no arrastrase en este foco de rebellion á los gefes cuya opinion vacilaba aun, y tal vez á sus mejores *condottieros*. No se le ocultaba ningun peligro; pero no habia permitido que se hablase de esta revuelta aun en su presencia. Sus confidentes mismos no se habian creido autorizados á manifestar sus propios temores. Si por algunas espresiones arrojadas á la ventura habian tratado de hacerle comprender que no ignoraba el ejército los esfuerzos de los nuevos enemigos que tenia que combatir, sonreíase con aire ladino y esta especie de lenguaje, este simple movimiento de su fisonomía, bastaba para conservar al general la confianza de sus tropas, confianza que no le abandonaba jamás, sin ocasionar tristes resultados. Ademas la fortuna habia ya hecho tanto por el hijo de Alejandro VI y la autoridad imponente del poder papal habia puesto tanto arte en consagrar sus favores, que se contaba con ella como con una aliada. Todos los terrores eran, pues, para el solo ser, que debia naturalmente soportarlos, y resignado á sufrirlos en silencio, muchas veces encontraba Borgia en sus temores un presagio y casi una garantía para la victoria,

Durante estas horas dadas al mas sério exámen de su situacion, calculaba hábilmente Valentinois todas las probabilidades que le eran favorables ó adversas. Consultaba entonces las instrucciones que su padre le hacia llegar con el mas profundo misterio: pero por muy ejercitado que se hallase el pontifice en el arte de engañar, no siempre eran adoptados sus planes. Si habia entre el padre y el hijo una gran

conformidad de gustos y de principios, diferían mucho en el sistema y en los medios de llegar á un mismo objeto. Había quedado en proverbio al hablar de los Borgias: *Alejandro jamás hace lo que dice, César no dice jamás lo que hace!* Tal vez esta aparente diferencia era una nueva combinacion de su política.

Sin embargo, ni el hijo ni el padre habían previsto la revuelta que tan terrible golpe acababa de dar á ese poder que podía creer improvisado la Italia, pero que había sido realmente con gran anticipacion meditado por los que iban acumulando sobre su frente nuevas coronas. Demasiado tarde, preveían al presente los dos, grandes é inevitables desgracias si los gefes de la insurreccion llegaban á entenderse entre sí y á combinar su plan de ataque. Era preciso hacer nacer la division entre ellos á toda costa, y la cabeza del Santísimo Padre no se ocupaba en otra cosa. Los mensajes entre la corte de Roma y el campo de Valentinois eran rápidos, continuos, sin que nadie dejase de ignorar esta misteriosa correspondencia.

«Prometamos, escribía Alejandro VI, hagamos juramentos sobre juramentos, esto á nada obliga; concedamos, concedámos en detall, para volver á recoger de una vez junto mas que hayamos dado. Se impide ladrar á los perros arrojándoles un hueso, y es preciso pasarles cariñosamente la mano por el lomo antes de amarrarlos á la cadena. Haced tratados, hijo mio, y no cumplais sino las cláusulas que os sean favorables. Esta es máxima general, regla de conducta de que no debe separarse ningun principe. En las presentes circunstancias os aconsejo á que por bajo mano hagais á los Ursinos y á los Savelli proposiciones que puedan lisongear su orgullo y acrecentar su poder, pero á condicion de que os desembaracen de los Vitelli y de mas rebeldes. Renunciad por un momento á vuestras miras sobre Boloña. Prometed á las gentes de iglesia prebendas, obispados, y aun el capelo de cardenal; á las gentes de guerra dinero y poder; prometed en vuestro nombre y en el mio, pero ¡por el alma de mi tio Calisto III, primero me arrojaré con tiara y todo al Tiber, que dejar de tener la dulce satisfaccion de vengarme de los traidores! Cuando erais niño, César, hijo mio, y tenían que darte á beber algun brevaje amargo, la digna matrona que te criaba, tenia cuidado de untar con miel los bordes del vaso. No hay clase de brevaje que no pueda hacérseles tragar á nuestros enemigos, como á nuestros amigos, en sabiendo hacerlo. Mas tarde os haré algunas advertencias sobre este asunto, porque nuestras cajas se vacian muy pronto en estos tiempos, y los fieles prefieren la peni-

tencia á las indulgencias. El pontificado degenera á medida que se van perfeccionando los pueblos, razon de mas para apresurarnos á ponernos á su cabeza, y á apoderarnos del poder temporal, pues el espiritual se nos va de entre las manos. Pastores tales como nosotros, deben conducir los rebaños á pastos abundantes y saludables. Respetemos los pueblos, hijo mio, César, nada seríamos sin ellos; pero seamos implacables con esos espíritus mezquinos que se arrogan un derecho de señorío sobre la cristiandad que es nuestro patrimonio.»

El hombre que daba estos consejos, era el que por una bula célebre, la bula *Inter cætera*, se constituia en el árbitro del mundo; empero es menester distinguir en él el gefe infalible de la Iglesia, y el principe ambicioso. Borgia como papa, deja á la historia un gran nombre, como individuo es execrable su memoria. Sin embargo, era preciso que el hijo siguiese ciegamente los buenos consejos de su padre. Este principe modelo, que un dia debia Maquiavelo ofrecer á la posteridad, tenia toda la virilidad de su edad, todo el vigor de su tiempo. Firme en sus resoluciones, creia prudente no comprometer ni aun con la menor concesion este poder unitario, seductora químera que dominaba su alma y fecundaba sus vastas concepciones. Valentinois acercándose al peligro acostumbábase á no apartar de él los ojos. Esta accion de la mirada parecia contener en ella cierta fascinacion secreta, como la de la serpiente que atrae su presa. La voluntad, don del genio, partícula de la Divinidad, manifestacion de la inteligencia humana, era en su pensamiento una antorcha, cuya claridad se reflejaba sobre la voluntad de sus inferiores, un vínculo que las reunia todas.

Puede fiarse en el tiempo cuando se influye sobre su marcha.

Pensaba Valentinois que no debia tardar de manifestarse la desunion entre los hombres coaligados contra él, porque los intereses de un mezquino interés eran los únicos móviles de su conducta, y estos intereses se hallan encontrados cuando no están sometidos á una sabia y prudente direccion. El nuevo señor de la Romaña contaba sobre las rivalidades de amor propio como con un socorro mas seguro que el de las lanzas mercenarias, y llegaba su esperanza hasta ver bien pronto reunirse á él algunos de los que con menos prudencia y audacia hubiese tratado, segun deseaba el papa, corromper, medio ordinario de una política sin fuerza. Sin embargo, á pesar de la confianza que tenia en la fortuna, no desdeñaba Borgia ninguno de estos auxiliares que proporcionan la astucia y el odio, y sus agentes secretos le habian prevenido que debian los rebeldes reunirse en Magioni sobre el territorio de Perugia pa-

ra concertar sus derechos y adoptar un plan de ataque y de defensa.

Hacia dos dias, como hemos dicho, que no habia llegado ningun mensage, y comenzaba ya Borgia á concebir inquietudes. Deseaba la soledad, y sin embargo, no hallaba en ella mas que temores y sombríos presentimientos. Fatigábase en inútiles esfuerzos. Hallábase inmóvil su pensamiento con la incertidumbre de su situacion, y por habituado que se hallase á dominar sus impresiones, tomaron estas sobre él, en el momento en que despidió á sus confidentes, un ascendiente que él mismo no conoció. Parecía escuchar el menor ruido, el cuyas fecundas meditaciones no bastaba á interrumpir antes la voz terrible del cañon! Entreabria la puerta de su gabinete, cual si hubiese distinguido un ruido lejano, un ruido de hierro en la estrecha y sonora escalera que conducia á su aposento. Paseábase de una ventana á otra, interrogando el camino de la montaña. En el movimiento de una numerosa corte, en medio del tumulto, en el campamento, sus rápidas emociones agotaron sus fuerzas y su valor. Cubrió el sudor su frente, hincháronse con lágrimas sus pupilas, dejóse caer sobre su sillón, y se asustó del lastimero ruido de su armadura!....

Estuvo así algunos instantes; pero un movimiento de cólera le devolvió inmediatamente toda su fuerza moral. Levantóse agitado de la ardiente fiebre del orgullo, y en aquel momento, uno de sus gentileshombres entró á anunciarle la llegada de un correo.

—¿Un correo? repitió el duque, que me traigan al punto sus despachos!

Pero este movimiento de impaciencia añadió un mal humor á sus burladas esperanzas. Anunciaba este correo la llegada de la duquesa de Este. Borgia hizo una seña con la cabeza y volvió á caer en un abatimiento mas profundo. Sin embargo, algunos momentos despues el recuerdo de su hermana lanzó poco á poco los sombríos pensamientos que le habian asaltado. La imagen de Lucrecia presentóse á su alma, asomóse su nombre á sus labios, y por la vez primera fatigado con las conquistas, echó de menos la vida muelle, voluptuosa, del prelado. Este pensamiento de molicie fué muy transitorio. El corazon no se reanima para lo pasado, sino cuando se despierta por recuerdos, y Borgia habia vivido en el seno de los placeres fáciles, tal vez criminales. Jamás habia experimentado esta felicidad tan verdadera que se prolonga por el sacrificio, esta pasion tan dulce que hace vivir á uno fuera de sí. Jamás aquel amor ó esperanza y el temor, el respeto que agitan el corazon habian purificado su imaginacion. Así es, como á falta de un refugio en

su memoria, se hallaba agobiado con la situacion presente. Pero bien pronto volvió á tranquilizar su frente, sus facciones recobraron su serenidad, una sonrisa agitó su boca largo tiempo contraída, y despues de haber arreglado al espejo su fisonomía, tanto le importaba no dejar ver la huella de lo que pasaba en su alma, dió las órdenes para que se hiciese un magnífico recibimiento á Lucrecia Borgia.

XIV.

Cerrada enteramente la noche, vinieron los camareros del duque á disponer en un salon una cama de campaña, sobre la que tenia costumbre de echarse y á preparar todo lo que la prevision humana podia sugerir para las necesidades de su amo, ora quisiese levantarse á trabajar, lo que acontecia frecuentemente durante la noche; ora desease recorrer disfrazado algunos puntos de su campamento. Velaba ademas constantemente en una pieza inmediata, donde se hallaban diferentes oficiales de servicio, uno de los hombres de su confianza. Despues que los maestros del campo hubieron recibido el santo y seña, todo quedó en reposo. No tardó el sueño en calmar todos los dolores, todas las impaciencias de los pequeños, porque los pueblos duermen, cuando meditan los que los gobiernan.

Habiendo quedado solo Borgia, permaneció largo tiempo de pie, delante de la ventana que le ofrecia la vista del Titan, cuya cabeza no se doblaba ante él.

Y sobre su roca escarpada, mecidos por la esperanza saboreaban la tranquilidad que tantos siglos habian asentado á la sombra de sus instituciones, los buenos republicanos de San Marino. Habian dejado sus trabajos por la oracion, y la oracion era su último pensamiento de cada dia, como era tambien el primero que agitaba su corazon al despertarse. Implorar á Dios y darle gracias comenzaba y cerraba para ellos el círculo de la vida.

Todos dormian á aquella hora, porque Marina habia abandonado la montaña. No se la veia ya mas, cual se habia mostrado un dia, y despues dos, y despues otro aun, sentada sobre una piedra, cerca de la puerta de entrada, la vista fija sobre el único camino que conduce á la

ciudad; atenta al menor ruido, vertiendo torrentes de lágrimas á cada burlada esperanza. La señal de haber salido bien la empresa habia sido dada, decian: habíase visto salir una barca de Rimini y dirigirse hácia el lado de Venecia. La prudencia sin duda impedia á los ciudadanos que acompañaban á Agosto y al duque de Urbino, esponerse á volver á subir tan pronto; tal vez hallábanse tambien guardados los caminos, era preciso acechar el momento favorable para engañar la vigilancia de los esbirros de Valentinois.

Participaba Marina por el pronto de todas las esperanzas que hacian nacer semejantes suposiciones, empero una secreta voz le inspiraba más fundados temores, y Maquiavelo encontrándola al paso, en el momento de dejar la ciudad, la habia dicho en voz baja estas palabras que sin cesar se presentaban á su memoria, ¡pobre madre! ¡te ha arrebatado tu hijo! Compadeciéndose despues de su pena le habia participado sus ideas sobre el extranjero. Todo inducia á creer que no era Lenzoli su verdadero nombre, ni Pisa su patria, porque las familias mas poderosas de Italia enviaban á estudiar en aquella ciudad á sus hijos, y con mucha frecuencia cual oscuros ciudadanos á fin de que no se distrajesen en sus estudios.

La pobre madre, despues de tres dias de esperar, tres noches sin descanso, durante las cuales la desesperacion le habia hecho adoptar resoluciones que las almas fuertes pueden solas concebir y ejecutar, habíase presentado Marina á los magistrados, pálida, con el cabello suelto, los ojos hundidos; pero con paso firme, sostenida en su accion por un sentimiento de deber y de amor, por esa profunda conviccion, que da á todo, un no sé qué de imponente y de respetable. Habia confesado su falta y reconocido á Agosto por hijo suyo: habia hecho sencillamente la relacion de su educacion en Pisa, cuando jóven y hermosa no se hallaba al lado de las doncellas de su patria: cuando fascinadas sus miradas por el lujo y por las tristes costumbres triunfaron poco á poco de la sencillez de su corazon.

Esta triste historia, sin ejemplo en la república, habia conmovido á los ancianos y en su inesperienza de las cosas del mundo aprobando el proyecto que habia formado de ir á reclamar del seductor aquel niño, que con tantos títulos sagrados pertenecia á la montaña, habian bendecido á la animosa madre, y aun, pues, que se dirigia hácia los confederados de Magione, con la franqueza y rusticidad de sus costumbres, habian confiado á su prudencia y á su patriotismo una especie de mision diplomática importante en las circunstancias actuales.

La hija de San Marino, sola, á pie, pero fuerte por su amor entusiasta, por la piedad, habia por la segunda vez bajado de la roca, no sin emociones, no sin volver frecuentemente la cabeza para tornar á ver aquellos lugares tan gratos á su corazon.

Valentinois desde lo alto de su torreón, delante de su ventana, enfrente de la montaña que iluminaba la claridad de la luna, como un espectro, el señor de tantas conquistadas provincias, no encontraba el sueño en medio de su ejército!

En uno de estos momentos solemnes que siguieron á la puesta del sol, fué distraida Marina de la piadosa observancia de las costumbres de su patria, por una voz bien conocida.

—¡Hola! hermosa hija de San Marino; ¿eres tú la que encuentro tan lejos de tu montaña, tú sobre las tierras de Juan Baglioni? ¿qué ha sucedido allá arriba? ¿se han cumplido tan pronto mis nuevas predicciones?

—Si, Zingana, si; nada está oculto para tí. ¡Me han arrebatado mi hijo, aquel que el honor me impedía llamar con nombre alguno: me han dejado sola, sin consuelo mas que el llanto! Asi voy á pedir á la Italia mi hijo, el fruto de mis entrañas, por el que ruego á Dios á cada hora del dia.

—La Italia es grande, Marina, y no tienes como yo la vejez que te proteja contra el fuerte y el débil, y un palo mágico ante el que no te se cierre ninguna puerta.

—Zingana, tengo el corazon de una madre, y hasta aqui en ninguna parte por donde he atravesado me han negado un asilo en el nombre de Dios nuestro Señor y de San Marino mi patron.

—¿Asi pues, es á Magione, en medio de los altos barones que alli se juntan donde vas á buscar á ese hombre tan altivo que he visto sobre la roca?

—¿No me has asegurado tú misma que pertenecía á una gran familia?

—Sin duda, porque su boca maldice, al mismo tiempo que su mano da el oro.... Vamos, pobre madre, caminaremos juntas, si quieres, porque yo tambien voy á Magione.

—¿Tú, Zingana? Los nobles tienen traillas de perros que sueltan contra los que les piden tendiéndoles la mano. ¿No me has dicho que dormias tranquilamente sobre la montaña?

—Las noches son descansadas y largas allá arriba, es verdad; pero los poderosos tienen debilidades, y si alguna vez se encuentra alguno que por divertirse nos suelta sus perros, otros tiemblan en nuestra presencia y poseemos sus secretos.

Dirigiéronse hácia una casa que veían á lo largo del camino. Mal recibidas fueron en ella nuestras dos viageras, porque se hallaba atestada de un gran número de hombres de armas y con trabajo pudieron conseguir un rincón en que aguardar la llegada del día.

Hallábanse retiradas en él hacia algunos minutos, cuando oyeron un ligero ruido. Sobresaltóse Marina, pero la gitana se apresuró á tranquilizarla.

Y saliendo inmediatamente habia dejado á su compañera libre para examinar y oír una escena que iluminaba débilmente la luna, pero lo bastante para que la hija de San Marino pudiese reconocer al extranjero que se habia encontrado en la montaña al mismo tiempo que Lenzoli.

Protegido por los equipages que obstruían el patio de la posada, embozado en su capa un misterioso personage dirigia sus preguntas con precaucion á Zingana.

—¿Qué sabes tú de Italia? le preguntó, pero la vieja se ofendió de esta manera llana y familiar de preguntarla.

—Deja tu arte, dijo Maquiavelo tratando de moderar su visible impaciencia. Quiero datos positivos. Vuestras bandas errantes tienen correspondencia y penetran por todas partes. Se sabe bien pronto en Nápoles lo que pasa en Milan, y gracias á vosotras, Venecia y Génova no tienen Apeninos que las separen.

El tono del florentino no era á propósito para adormecer el sentimiento de altivez y de independencia que daba á la Zingana tanta seguridad y dignidad. Creíase útil; y acostumbrada á la superioridad que le daba su papel de adivina, cualesquiera que fuese el rango del que la consultaba, tomó su voz un carácter de singular ironía.

—Porque no llevo un vestido de terciopelo negro, dijo, porque mis ojos ven claramente el cielo sin necesidad de tubos impostores, porque no tengo en un palacio el nombre de astrólogo ó de alquimista, se me mira con desprecio.....

—No, respondió Maquiavelo, los momentos son preciosos y yo quiero hechos: que provenga de tu ciencia, de la bondad de tus ojos, ó de la sutileza de tu oído ¿qué me importa? No es el porvenir lo que aguardo de ti, sino lo pasado, de ayer, de hoy mismo. ¿Conoces el peso del oro puro de Florencia? Pues ese oro es para ti.

—Cuando entro en una choza donde falta pan, lo doy yo que venia á pedirlo. Cuando las mugeres, los niños lloran, cuando los padecimientos de la miseria entumecen los miembros de hombres jóvenes aun, tengo oro para consolarlos; y yo que soy una mendiga, consuelo con este

metal que nada puede para mí.... Pues bien, no he visto en Urbino al conde Astorre de Faenza. Hace largo tiempo que está en poder de Valentinois. La duquesa de Este ha dejado á Ferrara para ir á buscar á su hermano Valentinois.

—¡Lucrecia Borgia!.... Zingana, á tu vuelta de Magione es preciso que penetres hasta su lado. ¿Se sabe algo de la condesa de Forli?

—La pobre Catalina se halla siempre en el castillo de Sant-Angelo, y ninguno de nosotros ha pasado el umbral de aquel sepulcro.

—¿Qué noticias hay de Nápoles?

—El Gran Capitan bate á los franceses del duque de Nemours.

—¡Gonzalo de Córdoba es vencedor!.... ¿Y qué mas?

—Nada, á no ser una muger que se dirige sola y á pie á Magione.

—¡Pobre muger!... Adios, Zingana. Silencio y discrecion.

—Mis secretos pertenecen á Florencia. ¿Cuándo se ha visto á un miembro de la gran secta faltar á su palabra? Adios, ciudadano. Me voy á dormir, y mañana estaré en Magione.

Volvióse al lado de su compañera á quien no habia desvelado la curiosidad. Marina en un profundo sueño pensaba en su hijo, y la gitana tendióse sobre un monton de paja al lado de la embajadora de la república de Titan.

Valentinois en su alta ventana tenia siempre fijos sus sombríos ojos sobre la amenazadora montaña.

—Siempre, ¡ay! amenazándome, pensaba. Siempre libre cuando la Romaña sufre mi ley; pero una ley de equidad y de proteccion. César Borgia no podrá ser uno de esos tiranos mas ocupados en despojar sus sóbditos que en gobernarlos. Yo he purgado de ellos esta parte de las tierras de la Iglesia. Como Hércules he derribado las cabezas de la Hidra, pero quedan aun algunas. Los conjurados son numerosos y poderosos, si la intriga y la astucia no consiguen desunirlos, es preciso á toda costa intentar conseguir sobre ellos una primera victoria... Mi autoridad demasiado hábilmente afirmada en estos paises conquistados no resistiría tal vez á una derrota... ¡Ah! ¡Ha sido tan repentina su defeccion! Gracias al cielo ignoran en mi ejército esta triste noticia, y la fortuna ha hecho ya tanto por mí, que no abandonará su favorito.... Además la sancion papal está ahí para consagrar todos sus favores.

Dejando precipitadamente la ventana, en la que tan largo tiempo habia permanecido en una apariencia de completa insensibilidad, púsose á recorrer rápidamente el salon parándose de vez en cuando.

—Esta conjuracion infernal, se decia á sí mismo, es la obra de la

:

Rovera. Reconozco su audacia... Se encarniza contra mis triunfos: le ofusca mi gloria, ¡para combatirme quisiera hallarse al frente de un ejército! ¡El titular de San Pedro Advíncula!.... La sotana encarnada se le enredará al andar, y el papa está en el Vaticano...

¡Estoy sin noticias de Roma!... Añadía después de una pausa.

¡Y la Francia influida por la tortuosa política de Florencia no me sirve hoy como otras veces!...

Es insoportable esta situación.

Sin embargo, de que mis sentimientos son los de un corazón generoso, el vulgo me condena, como condena todo lo que no puede comprender, me acusan, me aborrecen... He nacido, dicen de un adulterio; ¡pero mi padre está sobre los reyes!... Cuando en mi infancia me hallaba confundido con los hijos de los señores, dispuestos siempre á humillarme, yo que no tenía un nombre que recordase á Pisa una poderosa señoría, ¡cuántas veces he soñado en este día de la venganza! ¡Ha llegado al fin!... ¡La venganza! ¡Dulcísima ilusión!

¡Y sin noticias de Roma! ¡ni un consejo para salir de esta terrible situación! ¡Ni mandarme nuevos tesoros para ligar los aventureros á mi bandera!...

¿Mi padre se ha dormido en su blanco sudario, cuando yo no tengo sueño?... Nuestros mensajeros son fieles, ¿pero los habrán interceptado en el camino de Roma, los rebeldes? Sinigallia está por ellos y esta ciudad nos cierra la *Marca* de Ancona! Pero Urbino me pertenece y todos los caminos conducen á aquella playa.....

¿Habrán conseguido algunas ventajas sobre mis tropas en el ducado de Urbino?...

¡Ni una palabra de mis agentes secretos cerca de los confederados!...

¿La llegada de Lucrecia tiene un objeto secreto, alguna importancia política? ¿Oculta semejante paso secretos importantes? ¿O este conde Astorre, este doncel será el objeto de su viage?... No, Lucrecia Borgia puede proteger con una palabra sus numerosos cortesanos.... Mañana la veré... Esta idea me tranquiliza.

Durmamos, todo está tranquilo en el campo... Tengo necesidad de sueño... Mañana disfrazaré mis temores con el aparato y la pompa de una fiesta. La llegada de mi hermana me proporciona un pretexto.....

En vano intentó dormir... Un fuego devorador circulaba por sus venas.

Pocos momentos después las músicas del campamento anunciaron la llegada del día.

XV.

Desde la estremidad del campamento hasta la puerta del castillo hallábanse tendidas las tropas de Valentinois formando en la carrera por donde debia pasar la duquesa de Este. Su litera era llevada por cuatro caballos blancos, cuyo paso igual y tranquilo apenas dejaba sentir el mas ligero movimiento. Las cortinas de brocado de oro recogidas en los cuatro rincones formaban elegantes colgaduras: una trasparente gasa garantía á la hija de Alejandro VI de los incómodos insectos que sus criados espantaban lejos de los caballos con grandes abanicos de plumas de avestruz y pavo real. Estas áereas ondulaciones formaban una atmósfera mas dulce alrededor de su señora.

Hallábase Lucrecia muellemente recostada sobre almohadones: los rayos del sol reflejábanse en las piedras preciosas que adornaban su hermosa cabellera; dibujaban los voluptuosos contornos de su cabeza y de su cuello de cisne cuya postura era siempre graciosa. Este brillo del dia templado por las gasas permitía distinguir sus finas y delicadas facciones, y la encantadora sonrisa, con que respondia á los oficiales que al pasar la saludaban. Pero los que la habian visto antes, no hallaban ya en ella los mismos encantos que otras veces. Parecia preocupada, su mirada fija, su abatido continente, todo anunciaba languidez y tal vez un secreto dolor.

El duque de Valentinois adelantóse á recibir á su hermana rodeado de sus gentiles hombres, de caballeros, y de hombres de armas. Dos pages doblaron las rodillas delante de la litera para formar una especie de grada. Puso sobre ella el pie Lucrecia, apoyó su brazo sobre el guante de acero de un escudero y alargó á su hermano una mano blanca y delicada, que besó éste con todas las señales del mas profundo respeto. Condujo César á la duquesa de Ferrara á un inmenso salon, donde se veian bajo un dosel de púrpura las armas pontificales sobre un sillón vuelto de espaldas. Sentáronse los hijos de Alejandro VI sobre sillas de terciopelo un escalon mas bajo en el mismo trono, y recibieron los homenajes de los cortesanos, y gefes del ejército. Durante esta ceremonia las músicas militares hicieron oír sus dulces armonías. El brillo de los

magníficos vestidos que llevaban el hermano y la hermana deslumbraban los ojos, pero se olvidaban estas riquezas al ver el aspecto imponente de Borgia, y sobre todo al admirar el esbelto talle y las gracias de la duquesa de Este.

—Somos muy felices en veros, señora, dijo el duque con un tono de caballeresca cortesía en la que se notaba algo de la dulzura que recordaba al prelado. Alzaba la voz para ser oído de sus aduladores. No podiais venir á sorprendernos en un momento mas favorable. Descansamos de nuestras victorias y no tenemos enemigos que intenten atacarnos. Si hubiese podido preveer vuestra venida, todos los valientes caballeros que aqui veis, se hubieran distinguido en las justas de un torneo. No hay uno de ellos, que no hubiese arriesgado su vida por recibir de vuestras manos el galardón de su valor....¿Desde cuando, señora, habeis dejado á Ferrara? ¿y cómo está nuestro cuñado Alfonso, vuestro noble esposo?

Lucrecia respondió: eran tan dulces sus palabras y tan puro su acento que todos los que las oyeron, sintieron un estremecimiento de placer. Tenia su voz una especie de melodía. En cuanto Borgia pudo hablarla, sin temor de ser oído, la dijo en voz baja:

—¿Qué te trae aquí, Lucrecia? ¿Hay algun secreto que solo tú puedas confiarme? ¿Debo temer alguna traicion? ¿Se porta mal Alfonso?

—No, Cesar, respondió, tratando de dar á sus facciones una espresion menos seria, no vengo mas que para verte.

—¡Para verme, vive Dios! no lo creo. Tus ojos están abatidos, haces vanos esfuerzos por sonreírte.

—No, estoy segura de encontrar á tu lado la calma y la felicidad.

—¿Qué haces? tu mano busca la mia....Repara en que todos los ojos están fijos en nosotros.... Suspiras: ¡pobre hermana! el dolor te agobia: tus lábios no espresan la graciosa coquetería que ha brillado siempre en ellos.

Al aproximarse un grupo de oficiales, cambiando de pronto de lenguaje, añadió con el tono resuelto de un superior:

—Señora, ¿no reconocéis á nuestros valientes amigos el baron de Allegre, y el marqués de Saluces? Os los presento.

La duquesa de Ferrara les dirigió la palabra. El espíritu de coquetería pareció despertarse en ella, y triunfar un momento de su tristeza.

—Señores, continuó Borgia, la duquesa de Ferrara ha hecho voto de ir á Loreto. Quiere hacer esta devota peregrinacion á la *santa casa*. Nuestro deber es limpiar la Marca de Ancona de todos los pigmeos que se encuentran en ella. El honor y la caballería nos lo mandan. Carlota

de Albret, nuestra noble y bella esposa, no aguarda sino el fin de la campaña para venir á nuestro lado. Gracias á vuestro valor podemos esperar ver muy pronto, señores, á la duquesa de Valentinois. Pero plaza, plaza á nuestro fiel Ramiro de Orco.

Esta recomendacion, como la supuesta peregrinacion era un efecto de la prevision del duque. El justicia mayor era para aquellos caballeros un objeto de desprecio y de horror, y complaciábase en hacérselo conocer. Alejáronse, pues, para dejarle libre el paso, guardándose de mancharse con el contacto de aquel asqueroso personage: pero él, no viendo mas que á su amo, permaneció insensible á semejantes demostraciones de odio y de desden. Sus ojos clavados en los del duque espiaban una órden, mas bien que una mirada de benevolencia, como si para él fuese tan indiferente una cosa como otra. Sin embargo causó su vista en la duquesa una penosa impresion, que en vano trató de ocultar. El sonido de la voz y la arenga de podestá aumentaron aun la secreta sensacion de disgusto que la causabá. Mientras que el canciller Spanochi y el secretario Agapito la cumplimentaban trató de inquirir la causa de la turbacion que sentia su alma.

—¿Quién es ese hombre? pensó en sí misma. He temblado.... ¿Por qué me atemoriza su presencia?.... Presagia el dolor.... ¿Habré hecho un viage en valde?.... ¡Ay!

Sofocó un suspiro y desechando las ideas que podian entristecer su semblante, reunió sus fuerzas, y volvió á recobrar su serenidad.

Durante este corto momento de preocupacion, habia anunciado Agapito á su amo la llegada de un embajador de Florencia.

—¿Un enviado de Florencia? dijo Borgia en voz baja, ¿estais bien seguro, Agapito, de que sea un enviado de Florencia?

—Si, excelencia, respondió el confidente. Investido con el título de embajador de la Señoría, solicita presentar sus credenciales. ¿Cuándo querrá recibirle su excelencia?

—Hoy, se apresuró á decir Borgia; al instante mismo que lo introduzcan con el ceremonial acostumbrado.

El esplendor de una especie de fiesta prestábase naturalmente á la recepcion de un embajador, y Valentinois era demasiado hábil en aprovecharse de las circunstancias para dejar perder esta. La presencia de la duquesa de Ferrara rodeada de sus damas y de sus gentiles hombres, aumentaba la pompa que seguía por todas partes al hijo de Alejandro VI. Sabia éste que el arte de causar las primeras impresiones entra por mucho en la ciencia de los reyes. Esta embajada de Florencia en la

actual situacion de los negocios de aquella parte de la Italia, debia tener un objeto importante.

La idea de que la Señoría se hallaba encargada de aplacar las disensiones suscitadas por los Ursinos, vino á devolver á su alma toda la energía del triunfo. Libre entonces un momento por el movimiento que esta recepcion causaba en la corte, lo aprovechó para explicar á su hermana las razones que le habian obligado á dar un pretesto plausible á su preseneia en el campamento.

—Todas las acciones de los príncipes, dijo, se hallan espuestas á la sospechosa curiosidad del vulgo, que les atribuye una secreta intencion. No creerán en esta peregrinacion, imposible hoy, pero al menos para los mas es un motivo.... ¡Ah, Lucrecia! ¡qué difícil es escapar á estas miradas que parecen sondear la conciencia, y leer lo que pasa en el corazon! No nos pertenecemos hoy á nosotros mismos, tenemos que dar cuenta á los que nos deben obediencia. Si para todos tenemos una voluntad, no la tenemos para nosotros mismos, no somos libres nosotros que impedimos á los demas el serlo....

—Si, hermano mio, respondió la duquesa. ¡Cuántas veces he echado de menos, y cuántas los echo de menos aun, los felices tiempos en que Roma solo tenia placeres para nosotros!....

—Basta, Lucrecia. Olvidemos lo pasado. Nos hallamos sentados sobre tronos, y el de nuestro padre está allí en nombre del rey de los reyes.... ¡Vive Dios! ¿Qué tienen que ver los placeres con nosotros?.... Te vuelvo otra vez á preguntar, ¿qué vienes á hacer á un campamento donde la tranquilidad no es mas que aparente?

—¿Qué dices, César?

—Conspiran contra mi elevacion; los Ursinos, los Savelli, todos esos altos barones tan orgullosos y tan poderosos se han conjurado para perdersenos!.... Los Borgias son el horror de la Italia.

—Cuando el ejército triunfante del duque de Valentinois estiende sus conquistas, ¿qué podemos temer?

—A soldados mercenarios que se venden al que mas les da.... ¡Ah! ¡si llego un dia á dominar pacíficamente la Romaña!....

—¿Desde cuando César ha dejado de contar con la fortuna y con los socorros de su familia? Alfonso de Este tiene soldados, y Lucrecia Borgia no ha tenido hasta ahora ocasion de sacrificarse por su hermano.... ¿Ves estas inútiles joyas que me adornan? Son el valor de una provincia. ¿Piensas tú, César, que pueda engalanarme con ellas, si desprendiéndome de ellas puedo volverte una hora de tranquilidad? Las joyas de Juan

Sforza, las del príncipe Biselli, y del duque de Ferrara, tuyas son, hermano mio. Tendré orgullo en no deber á ageno auxilio las miradas que me diriges.

—¡Oh, Lucrecia! Engañosa serpiente, ¿conspiras tú tambien contra mí? ¿Qué ha pasado por tu ligera cabeza? ¿No te acuerdas de que en otro tiempo me has hecho abandonar la Iglesia mas que para conquistar ciudades, para cambiarlas por joyas? Hermana mia, la hija de nuestro padre debe llevar sobre si inestimables tesoros, el valor de provincias en sus orejas por pendientes y por adorno en sus cabellos. Guarda los regalos de tus maridos, Lucrecia. No olvides que en la capilla del Vaticano las custodias son de oro puro adornadas de diamantes. ¡Vive Dios! Las arcas pontificales no estarán siempre vacías, y el lodo del Jheto, barrio de los judíos, aun esconde bastantes doblas de oro. Además, el rey Luis cumplirá su palabra, si no quiere que haga yo el juego á Gonzalo de Córdoba.

—Mas bajo, mas bajo, hermano mio. Se acercan aqui; con mas comodidad hablaremos en mi estancia.

Acababa de tomar mas aplomo la duquesa: su continente y sus facciones anunciaban menos abatimiento, sus ojos húmedos y medio cerrados chispeaban seductores. Seguia todos los movimientos del duque; los interrogaba, y por una calculada coqueteria, ensayaba sobre él ese poder absoluto de la belleza, que subyuga siempre á uno, aun cuando los vínculos de la sangre debiliten su imperio. Borgia por otra parte....

Pero un heraldo de armas anunció á Nicolás Maquiavelo, embajador de la república de Florencia, y Valentinois no pudo obtener de su hermana una respuesta sobre el objeto de su viage.

Entró Maquiavelo en la sala de audiencia con el vestido lleno de polvo de un viagero. Habíase echado solo de prisa, por encima de su ropilla de terciopelo negro, una larga toga de la misma tela de color azul con listas de oro como para representar á la vez á la Señoría y al pueblo de Florencia. La pompa de esta recepcion no pareció causarle impresion alguna: seguia con paso firme al heraldo que le conducia hasta el pie del trono, y asi que hubo llegado cerca de Valentinois inclinó la cabeza, pero al levantarla, perdiendo de repente todo el aplomo que habia conservado en su marcha, palideció, se turbó, y con mano trémula presentó sus credenciales, sin atreverse á fijar sus miradas en las del amo de la Romaña. Sin embargo, Borgia con aquella fria dignidad, aquel impasible rostro que sabia tomar en las ocasiones solemnes, recibió las credenciales que uno de sus gentiles hombres puso en

sus manos, recorriólas como para dejar tiempo al enviado para reponerse de su emocion: despues dirigiéndole la palabra con una graciosa sonrisa:

—La señoría de Florencia, dijo, al enviarme un embajador no podia hacer una eleccion que me fuese mas agradable. Señor Nicolás Maquiavelo, vuestra fama os ha precedido en esta córte, y me gozo mucho de veros en ella. Amais la libertad de vuestra patria: sé cuánto habeis sufrido por ella. Me complazco en honrar en vos un buen ciudadano de Florencia, un diplomático que ha probado su habilidad en la córte de Francia, un escritor de talento y alegre, que sabe tomar tambien el tono serio del moralista, y si tengo buena memoria un hombre á quien la teoría del gran arte de la guerra le es tambien familiar como al duque de Urbino, que Dios guarde!

Pronunció estas últimas palabras con un aire tan fino y tan afable, que Maquiavelo se repuso inmediatamente de la alteracion que habia sufrido al aspecto de César Borgia. Si este último habia empleado mucho arte en el arreglo de su discurso, el embajador que habia interpretado su misterioso sentido, no respondió á él con menos destreza y dignidad.

—Me apresuro á dar gracias á su excelencia, dijo, por la buena opinion que se ha dignado formar de mí. No tengo otro mérito que el de amar á mi patria y sus instituciones, y este mérito es muy comun en Florencia como su excelencia no debe ignorarlo. La señoría me recompensa de haber cumplido mi deber cerca del rey Luis, enviándome cerca de Romaña y de Valentinois, príncipe del Adria y de Venafre, señor de Piombino..... Estos nuevos titulos de Borgia siendo en boca de un embajador un reconocimiento auténtico le causaron un movimiento de satisfaccion. Maquiavelo continuó:

—El mismo celo por la república me animará por todas partes, á donde dirija mis pasos en su nombre. He reflexionado, es verdad, sobre el arte de la guerra; pero teorías inciertas valen muy poco al lado de los gloriosos trofeos de César Borgia. La bondad de su excelencia me confunde y en interés comun de su potencia y de la república florentina le snplico me conceda una audiencia.

—Me apresuro á acceder á vuestro deseo, señor embajador, mañana os recibiremos con mucho placer. Tenedlo entendido, Agapito. Esta noche se la consagramos á nuestra muy querida hermana la duquesa de Ferrara.

Hizo una señal con la cabeza: inclinóse profundamente Maquiavelo; pero sus miradas se encontraron y se entendieron. Levantóse entonces el

duque, púsose un guante y dió la mano á su hermana para acompañarla á los aposentos que numerosos tapiceros habian adornado de un modo digno de la princesa que iba á habitarlos. Mientras atravesaban la sala en medio de la apiñada multitud, un guerrero con la visera calada, se aproximó al embajador de Florencia, le apretó la mano, y le dijo al oído:

— Un amigo de la libertad te ruega que sigas sus pasos.

Sintióse Maquiavelo arrastrado á favor del ruido y del movimiento. El que le guiaba hallábase cubierto de una armadura, un penacho encarnado coronaba su casco, una ancha banda verde cruzaba su coraza. Su voz dulce tenia un no sé qué de resuelto y firme que inspiraba confianza. Comenzaba á anochecer y las sombras del jardín ofrecian un asilo favorable para una entrevista secreta. Pasó el guerrero el pórtico y cuando protegido por los árboles, no pudo temer ser sorprendido, paróse delante del enviado de Florencia y le dijo en voz baja:

—Háblame de la montaña, de sus felices habitantes... ¿Has dejado hoy mismo la altura sagrada, la roca tranquila y santa?

Después alzándose la visera dejó ver á la sorprendida vista del florentino las facciones del joven Agosto.

—Tú le has visto, continuó, tú has visto en todo su poder al que me ha dado el ser, al que sobre la Guaita estrechó tu mano en las suyas, porque sin conocerte te concedia ya su estimacion... Déjame contemplar aquí un instante á un hombre que he conocido libre, cuando yo era libre, cuya voz admiró mi alma... ¡Oh noble ciudadano! ¡cuánto he vivido en pocos instantes! ¡Cómo se ha ensanchado mi pensamiento cerca del amo de la Romaña!... Pero háblame de Marina, de la humilde hija de la montaña. En el seno de los honores suspiro por ella, todo mi anhelo es volverla á estrechar en mi reconocido corazon.

—Marina te busca lejos de la montaña, respondió Maquiavelo gozoso de volver á ver al joven; pero recordando al punto su nueva posicion continuó con un tono mas respetuoso: Agosto, esa muger valerosa se ha presentado á la asamblea. Ha reclamado sus derechos de madre para justificarte, porque graves acusaciones pesaron sobre vos cuando se cansaban de aguardaros. Víctima de un traidor Marina, os ha presentado presa de la traicion. ¿Quién podia pensar que bajo el nombre de un ciudadano de Pisa, el duque de Valentinois vendria á reclamaros como hijo suyo? ¿Quién podria creer que César Borgia pudiese acordarse de una doncella seducida!...

—Es mi padre; pero he mamado la leche de una muger de San Marino. Soy, seré siempre el hijo adoptivo de la montaña... En tanto que

una gota de sangre circule por mis venas, palpitará mi corazón por la libertad de San Marino. Yo velo sobre ella, yo soy aquí su salvaguardia, estoy en rehenes por ella á los ojos de Dios!.....

—Admiro ese noble sentimiento de gratitud, dijo Maquiavelo. Frecuentemente los favores de la fortuna pervierten la rectitud del alma. Jóven, cualquiera que sea la suerte que os esté reservada, ¿no olvidareis la felicidad que da la libertad?

—Jamás... ¡Con que mi madre halla en su ternura fuerzas y valor, y camina errante llamando á su hijo! ¡Buena y querida Marina! Su imagen está siempre delante de mis ojos.

—Buen jóven, exclamó Maquiavelo estrechándole en sus brazos, yo mismo he dirigido sus pesquisas, y engañado por una palabra que soltó en la montaña el falso ciudadano de Pisa, dirigí lejos de aquí sus pasos.

—¡Ah, señor embajador, dijo Agosto con terror, ojalá que jamás penetre en el recinto de este campamento! Velad sobre ella, os lo suplico; esta armadura es mi prision, y he prometido al duque de Romaña, he jurado no descubrir el secreto de mi nacimiento. Debo obedecer sus órdenes. No soy príncipe para que pueda perdonárseme el ser perjuro. Si no es dulce mi suerte, al menos será brillante: ¡pero la suya, la de mi madre! Tiemblo de pensar en ella. Hay en la comitiva del duque gentes que adivinan su cólera, y que hieren á la menor señal.....Veis esos brillantes salones iluminados, esta mañana mismo uno de ellos sombrío y triste encerraba un prisionero. Su crimen era haber inspirado sospechas....Lisonjeábame yo de haber obtenido su perdón; pero los agentes de la alta política de los príncipes son mensajeros mas pronto que el de la esperanza. Cuando he querido romper su cadena, el conde Astorre habia desaparecido, y el mas lóbrego silencio ha respondido solo á mis lamentos. ¡Ah, desgraciada Marina, si alguna vez tu virtuoso resentimiento viene á importunar al que no reconoce superior y cuenta con tantos esclavos decididos....!

—Os doy gracias, jóven, de que me hayais creído digno de una buena acción, no faltaré á vuestra confianza. He dejado de ser, como sobre vuestra montaña, un ciudadano independiente: soy hace algunos instantes el embajador de Florencia, pertenezco á la república. No pienso que su excelencia confunda las opiniones del hombre privado, francamente emitidas en San Marino, con las que la señoría me ha ordenado manifestar aquí en su nombre. Sin embargo con vos, Agosto, pero con vos solo, continuaré siendo lo que fui en la montaña.

—¿No ois pisar sobre la yerba? dijo Agosto, se acercan por este lado.... Escuchemos.

—Al fin estamos solos! dijo una voz que hizo estremecer á Agosto y á su compañero.

—Si, respiro, añadió una voz mas débil y mas dulce. ¡Cuán puro es el aire! ¡Como embriaga los sentidos el perfume de estas flores! Al fin vuelvo á hallarme cerca de tí.... ¡Cuán venturosa soy!

—Seguidme, dijo Maquiavelo al jóven: venid, hay secretos que no es prudente sorprender.

Esta vez tocó á Maquiavelo llevarse con violencia á Agosto.

(La continuacion en los números siguientes.)

EL MANZANO Y EL CASTAÑO.

A un castaño robusto que lleno
de savia y lozano,
por encima del muro de un huerto
tendia sus brazos,
estas frases, en prueba de afecto,
le dijo un manzano,
que espaldera formaba sujeto
al muro con clavos.
«Con placer te mirara aqui dentro
cual yo colocado,
disfrutando el cultivo y el riego
que falta en los campos.
Si la mano de algun jardinero
doblase tus ramos
y les diera la forma que tengo,
sus puntas cortando,
parecieras sin duda mas bello
y fueras encanto
de los muchos que buscan recreo
aqui en el verano.
Del dosel con tus ramas dispuesto,
De cesp ed en bancos,
gozarian la sombra, y el fresco
del c efiro grato.

Ni cultivo ni goces por cierto
disfruto tan caros.
á juzgar por sus malos efectos,
responde el castaño;
mas á cuanto describes prefiero
vivir en mi estado,
libre y fuerte, mis ramas tendiendo
en medio del campo.
Mientras débil, raquítico y preso
cual misero esclavo,
á quien ponen cadena en el cuello
y esposa en las manos,
por mil puntos herido del hierro,
sin savia, encorbado,
hecho estás un anciano decrepito,
teniendo mis años.
Ni un rasguño en mi tronco presento:
salud rebosando,
por do quiera, á las nubes elevo
frondosos mis tallos;
y á mi sombra el pastor al sesteo
trayendo el ganado,
á sus mansas ovejas ofrezco
solaz y descanso.
Corta vida entre achaques y enteco
arrastras, manzano,
siempre sano y robusto, del tiempo
resisto al estrago.

La salud como el bien de mas precio
juicioso pintando.
dió á los hombres un sano consejo,
el fuerte castaño.

PASCUAL FERNANDEZ BAEZA.

REVISTA POLITICA.

Tampoco el mes de julio ha transcurrido sin trastornos. No escarmentados los montemolinistas con los desengaños recibidos últimamente en Aragon, Valencia y Navarra, se determinaron á buscar suerte menos adversa en el principado de Cataluña; con cuyo objeto el cabecilla Marsal descendió por las vertientes españolas del Pirineo el 2 de julio al frente de ciento cincuenta ó doscientos hombres, oficiales no pocos de ellos de las filas carlistas, y que eran una especie de cuadro para organizar las fuerzas que levantarán con los que daban por seguro que se les agregarían tan luego como divisaran su bandera. Por cartas que se les cogieron posteriormente, se ha sabido que cifraban sus esperanzas de victoria en los disturbios que debían de estallar al propio tiempo en varios puntos de Cataluña y principalmente en Barcelona, explotando la cuestión fabril para fomentarlas.

Y efectivamente el mismo 2 de julio y á la hora del almuerzo, sin haberse reproducido ningún altercado entre fabricantes y obreros, que hiciera temer la perturbación del reposo, estos abandonaron el trabajo y se dieron á vagar por las calles tanto en Barcelona como en otros pueblos de su comarca. En el de Sanz fué alevosamente asesinado de un tiro de pistola el señor Sol y Padris, ex-diputado, joven de aventajadísimas prendas, de instrucción suma y bien sazonada, de alma bondadosa, bien querido de cuantos le trataban mas ó menos de cerca. También parece que en Igualada quitaron la vida los tumultuados al fabricante Ramis y á su esposa. Tratando de dar color al movimiento los obreros de Barcelona, y después de tirar á escudarse, por lo que pudiera suceder si iban mal dadas, con el popular nombre de Espartero, tanto en la divisa de su

bandera como en sus vociferaciones significaron querer *pan y trabajo y asociacion ó muerte*.

Por de pronto la autoridad militar no pudo hacer otra cosa que replegarse con las tropas á la ciudadela y las Atarazanas, dando circunstanciado parte al gobierno de ocurrencias tan alarmantes. Aun ofrecieron mayor peligro con la presencia en Barcelona de gentes alborotadas que iban de otros lugares para dar incremento al tumulto. Este no se desbordó por fortuna, y los obreros barceloneses acordaron enviar una comision de su seno á la córte para que hiciera valer sus instancias; y vino, segun generales susurros, mas con la soberbia de quien impone que con la mansedumbre de quien suplica. Sea como quiera es la verdad que no hizo el papelon que tal vez esperaron algunos.

De que modo pensaba el gobierno en asunto de tanta monta lo revela bien á las claras la siguiente comunicacion del señor duque de la Victoria, de que fué portador el coronel Sarabia, á la capital de Cataluña.

«Excmo. señor: He sabido con el mas profundo sentimiento que algunos obreros, extraviados por los encubiertos enemigos de la libertad y del órden público, invocan mi nombre al propio tiempo que desobedecen las leyes y desconocen la autoridad.

«*Los que con sus ocultos manejos les han inducido á la sedicion*, quisieran divorciarme del gobierno de la reina, porque solo en la division del partido liberal cifran la esperanza de su triunfo que no pueden alcanzar por otros medios; pero se engañan miserablemente. El nombre de un soldado siempre leal, siempre fiel á sus compromisos y esclavo de sus juramentos, no puede ser la bandera de una insurreccion contra el trono de doña Isabel II y su legítimo gobierno.

«Yo confio en que esos desgraciados, victimas de una perfidia, escucharán mi voz paternal, la voz de un soldado, hijo del pueblo, que no le ha engañado nunca, y que no tiene mas ambicion que la de afianzar la libertad y la ventura de la España.

«El gobierno se ocupa con solicitud en la suerte de los obreros, y en breve propondrá á las Córtes los medios de mejorarla sin desatender los intereses y derechos de los fabricantes.

«Pero es menester que los obreros se persuadan de que los esfuerzos del gobierno serán estériles mientras no se restablezca la tranquilidad pública, por que solo á la sombra de la paz y la confianza, pueden encontrar el alivio que desean. Los disturbios difunden la alarma en el pais, ahuyentan los capitales, disminuyen la demanda de trabajo, y se aumenta de este modo la miseria de los infelices que no tienen mas patrimonio que sus brazos.

«A las Córtes está tambien encomendada la formacion de una nueva ley sobre la Milicia nacional, y es de esperar que en su sabiduria decretarán lo mas conveniente á los intereses de la libertad.

«Entretanto, obligacion es de los obreros, como de todos los buenos españoles, respetar las leyes existentes y esperar tranquilos en sus hogares el fallo de las Córtes. Por mi parte estoy resuelto á cumplir con los deberes que me impone mi posicion, oyendo las quejas reverentes de todas las clases y de todos los ciudadanos, remediando sus necesidades, aliviando su suerte y promoviendo su bienestar; pero castigando al propio tiempo severamente á todo el que atente contra las leyes, conspire contra la libertad y el órden público, ó desconozca la autoridad de las Córtes y el trono constitucional de nuestra reina.

«Hágalo V. E. entender asi á los leales habitantes de Cataluña, en quienes tengo una ciega confianza, y con cuya eficaz cooperacion y patriotismo nun-

ca desmentido cuenta el gobierno de S. M. para asegurar el imperio de las leyes.

«Dios guarde á V. E. muchos años. Madrid 6 de julio de 1855.—El duque de la Victoria.—Señor capitán general de Cataluña.»

Entretanto el gobierno tomaba activas disposiciones para que confluyeran allí tropas de diversos puntos del reino, inclusa la corte, desde donde fué en cuatro dias un regimiento. Esta resuelta conducta del gabinete, los esfuerzos de la corporacion municipal de Barcelona, la actitud firme de su milicia, las manifestaciones de la de muchos puntos de Cataluña y hasta de Palma de Mallorca, ofreciendo al capitán general sus servicios, la presencia de dos compañías de la de Gerona en la ciudadela, el buen sentido de la inmensa mayoría del vecindario y las noticias que llegaban del mal efecto que producian tales ocurrencias en toda España, dieron vigor á la autoridad de dia en dia y aislaron cada vez mas á los sediciosos. Algo hubo tambien de atajarles en la pendiente por donde se precipitaban ofuscados, la aparicion de varios pasquines con *vivas á la religion y á Carlos VI* y ofertas de una onza de oro de enganche y de seis reales diarios á los que se alistaran para engrosar sus filas. Ello es que, á poco de llegar allá el coronel Sarabia, pudo enviar el parte telegráfico siguiente:

BARCELONA 11 de julio á las tres de la tarde.—«Anoche, despues de largas conferencias, desistieron de sus exigencias las comisiones de trabajadores que, á nombre del señor duque de la Victoria, habia recibido. Convinieron en volver á las fábricas con el mismo jornal que el dia en que voluntariamente se retiraron de ellas, mientras el gobierno resuelve definitivamente la cuestion. Se someterán las desavenencias que puedan suscitarse entre fabricantes y trabajadores á un jurado mixto. Los presos y culpables sufrirán las penas en que hayan incurrido. Muchas fábricas funcionan ya: los grupos han desaparecido. Reina el orden: el principio de autoridad ha salido ileso, puesto que ninguna concesion se ha hecho, y se cumplen todas sus disposiciones.»

Sin embargo el desenlace no ha sido completamente satisfactorio: aplazada está la cuestion y no resuelta: no se ha celebrado una paz sino un armisticio, que violarán los obreros cuando mejor les plazca, abandonando las fábricas todas, alarmando la ciudad con su actitud amenazante, sin mas limite al desfreno que su voluntad propia, y sobre todo con la certeza, apoyada en el ejemplo reciente, de que por mas que se alboroten no se les ha de imponer castigo.

Lo terminado bien y pronto ha sido la faccion montemolinista que Marsal capitaneaba. Desde que asomó por las montañas de Recasens no tuvo instante de reposo; y antes de las cuarenta y ocho horas de su entrada por la frontera, batidos y dispersos la repasaban cuantos no perdieron la libertad ó la vida entre San Lorenzo y la Estela, donde el coronel don Ricardo Pieltain les dió alcance, ó dando en manos de los nacionales de los lugares fronterizos que al punto se pusieron en movimiento y rivalizaron en decision por la buena causa, habiéndolos que, sin tomar alimento alguno, anduvieron diez horas á la carrera, segun testimonio de Roger, su bizarrísimo comandante, para cortar la retirada á los facciosos. De los apresados fueron pasados por las armas la mañana del 10 un comandante, dos capitanes, dos subalternos y varios soldados. De los que pudieron volver á pisar el vecino imperio ninguno ha podido eludir que se le interne, pues aquel gobierno sigue ejerciendo la mas exquisita vigilancia para frustrar los planes de los facciosos. Entre los presos figura el antiguo brigadier carlista don Ignacio Burjó, no emigrado sino residente en España, aunque segun lo que aparece, se disponia á salir por mar de Cataluña á fin de evitar

compromisos en su edad bastante avanzada. Con esta nueva intentona montemolinista ha coincidido el destierro del obispo de Urgel á Mallorca en virtud de orden del capitán general del Principado don Juan Zapatero, y por razones que hasta ahora no han llegado á nuestra noticia.

Dícese que uno de los Tristany ha recorrido disfrazado distintos pueblos de la montaña para tantear los ánimos en que están sus antiguos parciales y que los ha hallado mal dispuestos á probar nuevamente fortuna. Se sabe que los montemolinistas habían enviado cuatro mil duros á Tortosa para que también hubiera allí movimiento, y que entraba en sus planes que vinieran pronto á Cataluña el ex-infante don Juan y Cabrera. Todo les ha salido al revés de como se lo pintaba su fantasía, y sin embargo se susurra que aun abrigan propósitos de lanzarse de nuevo al campo. Tanta obstinacion ya indigna al espíritu mas reposado y tolerante, y hasta autoriza para negar todo sentimiento de patriotismo á los que impulsan tan descabelladas empresas contra la voluntad de los españoles, patente á los ojos de cuantos no persisten en ser ciegos ó padecen achaques de ilusos. Ciertamente la amada patria está necesitada de venturas; pero ni Montemelin ni los desacreditados principios que simboliza su nombre, son ni pueden ser fuente de ellas. Y dejados parecen de la mano de Dios sus secuaces, si al cabo de tantos escarmientos no conocen que por mucho que maduren sus planes y que por grandes que sean sus brios, solo conseguirán traer nuevos dias de luto á España y mas víctimas aun al cadalso.

Ademas de estar evidentemente la opinion pública en contra de los montemolinistas les falta la union que pone en camino del triunfo: muchas de las cartas que se les han cogido ponen de manifiesto la grande rivalidad que existe entre sus gefes de segunda clase, encargados de preparar el terreno para que vengán los superiores á España.

Sin embargo, Estartús, uno de los cabecillas que entraron con Marsal en Cataluña y no tuvieron mas salvacion que la huida á Francia, ha vuelto á penetrar por la parte de Camprodon en nuestro suelo al frente de treinta y cuatro hombres, acompañándole dos generales carlistas, Borges y Torres, la tarde del 16 de Julio. A la madrugada siguiente ya los tenia cercados con alguna tropa un segundo comandante del regimiento de Ciudad-Rodrigo en el Más denominado de las Saletas. Libertóles de la extremidad á que se hallaban reducidos su arrojo, pues calando bayoneta y avanzando á la desesperada se abrieron paso, no sin tumbar cinco de los nuestros, muerto uno y los demas heridos. Siete de los suyos, oficiales cuatro, cayeron también sin aliento, prisioneros quedaron algunos, y tuvieron que abandonar parte del equipaje, 24 fusiles y unas 700 proclamas.

Despues de esta derrota ha circulado el importante documento, que á continuacion se transcribe, y corrobora que la discordia entre los montemolinistas toma cada vez mayor incremento.

«Los oficiales abajo firmados certifican que las armas que el señor brigadier Gofans entregó para entrar en España no eran de recibo; que la tropa no tenia mas que un paquete de cartuchos por plaza; que los dias 2, 3 y 4 la tropa no fué racionada suficientemente; que al entrar no se tenia confianza alguna; que al salir de la casa-castillo de Palau no se sabia que una fuerza de unos cien nacionales estuviese á veinte minutos de dicho castillo; que á la primera descarga que hizo dicha fuerza, el señor brigadier Gofans no dió disposicion alguna; que dirigida la retirada hácia la derecha por el señor brigadier Estartús, el señor brigadier Gofans se puso á la cabeza hasta las inmediaciones de San Baudilio, desde donde desapareció con los pocos caballos y guias, sin dar orden ni disposicion alguna; que el brigadier Estartús tomó entonces el mando

y dirigió la retirada, haciendo frente al enemigo en cuanto le permitía el estado de las armas y de la tropa que llevó reunida hasta unos quinientos pasos de la frontera; que habiéndose quedado atrás, no pudo impedir la entrada de Francia, que un grito de algunos cobardes determinó antes de tiempo; que la mayor parte de los que cayeron en poder de la policía francesa, fué porque quisieron.—Subtenientes.—Buenaventura Borges.—Ramon Vives.—Francisco Carabasa.—Miguel Martin.—Por don José Arrumi, Miguel Martin.—Por don Jaime Martin, teniente coronel, Francisco Carabasa.—Capitan graduado, Ramon Millan.—Armengol Bartan.—Felipe Muxi.—Buenaventura Sibilla.—Miguel Garcia.—Juan Jujo.—Bernardo Masolliver.—José Mos.»

No dándose aun por vencidos los parciales de tan pésima causa y dominados sin duda por el convencimiento de que, pasada esta que imaginan feliz coyuntura, ni por asomo se les vuelve á presentar otra, insisten en luchar á brazo partido con la mala fortuna. Recientemente dos de los Tristanys (Rafael y Ramon) han salido á campaña, viniendo por el valle de Andorra, y Juvany, oculto en las escabrosidades del Monseny varios dias, les apoya en sus proyectadas correrías. Todos juntos no tienen mas de cincuenta hombres, y de los pueblos no se les incorpora nadie. Tanto los soldados como los milicianos nacionales van en su seguimiento, acosándolos por todas partes, y es casi seguro su pronto exterminio.

Si se relaciona ó no se relaciona con estos sucesos no se nos alcanza; pero es indudable que acaba de ser destituido el ayuntamiento constitucional de Figueras y reemplazado con el antiguo, presidiendo el acto el gobernador civil de la provincia y presenciándolo el gobernador de la plaza.

Entre las provincias de Burgos y Palencia sigue, ya asomando, ya escondiéndose de repente la faccion de los Hierros, sin pasar nunca de treinta hombres. Un choque tuvieron el dia 6 en el puente de Rampalis con 18 guardias civiles que les obligaron á una precipitada fuga. Cuatro dias despues les dió alcance una partida de tropa junto al pueblo de Fondevilla: se parapetaron detrás de unos carros que pasaban casualmente por el camino; y aun así hubieron de dispersarse, dejando cuatro muertos y diez caballos y llevándose varios heridos. Desgraciadamente este encuentro costó asimismo la vida al bizarro gefe de la partida de tropa. Bien distribuidas fuerzas se han lanzado á la persecucion de los facciosos, pero ellos han apelado al habitual recurso de esconderse en sus madrigueras. Juntos de nuevo han sido batidos por una columna, corriéndose luego hacia la provincia de Santander, segun las últimas noticias.

Tambien el orden público se ha alterado en la capital de Estremadura. Allí hay un mercado con cajones de mamposteria, propiedad de varios particulares que los alquilaban á los vendedores. Cuando el 20 de julio de 1854 se adhirió Badajoz al alzamiento de otras provincias, pidióse tumultuariamente facultad de vender donde quisiera cada uno, y se concedió lo que se pedia, y hace pocos meses se señaló á los vendedores un sitio no bien acondicionado para el efecto y sin cajones. Gracias á las reclamaciones de los propietarios de estos se instruyó el oportuno expediente, informado por el ayuntamiento y el gobernador de la provincia, sobre el que recayó una real orden prohibiendo vender comestibles fuera de los cajones del mercado. Por bando se publicó el 1.º de julio y debia empezar á regir á los quince dias; pero ninguno de los vendedores la obedeció al cumplir el plazo, y la noche del 17 se juntaron todos en grupos; se mofaron del gobernador de la provincia, quien no halló mejor arbitrio que el de la retirada, rompieron cristales en la casa de uno de los propietarios de los cajones; comenzaron á derribar algunos de estos, é incendiaron las maderas que los arrancaron á porfia. Dicese que bastantes milicianos nacionales se les incor-

poraron é hicieron barricadas en las avenidas de la plaza, que el inspector les arengó expresando que la Milicia era hija del pueblo y amante del orden y que no se hostilizaría á nadie; que sonaron voces de *¡viva el pueblo soberano! ¡abajo los cajones! ¡fuera el ayuntamiento!* que al día siguiente hicieron dimision sus individuos por exigencias de los amotinados, no resistidas, ni coartadas por el gobernador de la provincia; y que habiendo pedido éste á la autoridad militar la conveniente ayuda, se le respondió *que eran cosas del pueblo, que los nacionales lo arreglasen, y que él solo obraría en caso de conflicto*. A consecuencia de una reunion celebrada en casa del Capitan general y á que asistieron los oficiales de la Milicia, quedó autorizado su subinspector don Vicente Laguna para disponer la eleccion de nuevo ayuntamiento, y cumpliolo así en el breve tiempo de dos horas, sin mas que reunir dos vecinos de cada uno de los doce barrios en que la ciudad está dividida, á fin de que votaran los concejales. Por su primer bando el nuevo alcalde constitucional facultó á los vendedores ambulantes para que se colocara cada uno donde mejor fuera de su antojo, y despues se presentó en la plaza mercado, donde hizo que cesaran en su faena destructora los que derribaban los cajones, prometiéndoles enviar prosidarios para que sacaran los escombros. Don José de la Puente, gefe de estado mayor de aquel capitan general, ha llegado á enterar al gobierno de lo allí acontecido.

Tampoco parece muy asegurado el sosiego de la provincia, en cuya capital sobrevinieron las ocurrencias expresadas, como lo indica la alocucion siguiente:

«Vecinos de Badajoz: los eternos enemigos de la causa de la libertad, del trono de doña Isabel II y del gobierno que preside el ilustre duque de la Victoria, quieren hoy anudar en toda la provincia el roto hilo de sus tramas. Me son conocidas, y siempre dispuesto á confundirlos, sea cual fuere el terreno que elijan tengo que salir á deshacer sus maquinaciones. Este es el motivo que me obliga á dejaros por pocos días. Os recomiendo, entretanto la mayor calma, y que no consintais ni que por un momento se turbe el orden público. Tened confianza en vuestras autoridades: no escucheis las sugestiones de los malévolos de todos los colores, que desearán precipitaros para perderos.

«Milicianos nacionales: el triunfo de nuestra causa está en la union, en la subordinacion y en la ciega obediencia á las disposiciones del gobierno que preside el vencedor de Luchana. Prestad con resolucion y firmeza á las órdenes de vuestros gefes y oficiales el servicio que reclamen de vosotros las autoridades civiles y militares. El sagrado depósito del orden público os está encomendado, y no dudo que sabreis conservarlo con lealtad y decision de extremeños, añadiendo un titulo mas á vuestras glorias. Que á su vuelta pueda continuar llamándoos amigos y compañeros vuestro gobernador civil, RAMON CUERVO.»

Sábase que esta autoridad ha permanecido dos dias en Zafra, mandando desde allí prender entre otros sugetos al cura de Montemolin y al prior de Magasela.

Día de gloria, aunque no en grande escala, ha sido el 12 de julio para las armas españolas con el triunfo alcanzado por la guarnicion de Melilla sobre los moros. Aprovechando el coronel Buceta la llegada á aquellas aguas del vapor *Vigilante*, resolvió salir á inutilizar la artillería con que los enemigos hacian frecuentes disparos á la plaza, y dañaban sus edificios. Para ello organizó los trescientos ochenta y siete hombres de que podia disponer en tres columnas: al frente de la primera fué en persona hácia Santiago contra los cuarteles de las cinco kabilas que hacen el servicio del bloqueo y ocupan

el puesto mas avanzado: de la segunda confirió el mando al comandante del regimiento de Aragon don Joaquin Garrido, yendo á los altos del Tesorillo y de San Lorenzo con el comandante de ingenieros don Luis Negron y el capitán de artilleria don Andrés de Castro; y puso la tercera á las órdenes del comandante de la Albuera don Juan Ibañez para ocupar la batería de la Horca, acompañándole el capitán de artilleria don Pablo Boix con encargo de inutilizar el cañon que allí habia. Todas se movieron á las tres de la madrugada y media hora despues ocupaba cada una sus respectivas posiciones: doble tiempo duró la inutilizacion de la artilleria y el repeler á los moros, que atacaron vivamente por varios puntos, sin que pudieran estorbar el incendio de los cuarteles, mezquitas y edificios de Santiago. Realizado el propósito del coronel Buceta, dispuso que las tres columnas se retiraran por escalones, rechazando los fogosos ataques de la muchedumbre enemiga; operacion que auxilió vigorosamente el vapor Vigilante, cuyo gefe don Rafael Sostoa atracó todo lo que le fué posible á la costa. Grande ha sido la pérdida causada á los moros: menor la nuestra, es sin embargo muy sensible, pues el comandante de Aragon don Joaquin Garrido y trece soldados entre los de este cuerpo, el de la Albuera y la primera compania disciplinaria han perecido gloriosamente, quedando herido don Francisco Martin y don Manuel Rojas, tenientes ambos de la Albuera y treinta y seis individuos de tropa. Enterada S. M. de la bizzarria acreditada por todos en esta jornada, ha mandado que se les den las gracias en su real nombre, y que se haga propuesta de los que mas ocasion hayan tenido de distinguirse, á fin de que reciban el justo premio.

Su turno llegó en las Córtes constituyentes á la cuestion de Hacienda. Empezóse por desechar el voto particular del señor Gaminde en que proponia la conversion en deuda consolidada de la deuda flotante y los créditos reconocidos por el gobierno con interés del 3 por 100 y siendo el 40 por 100 su tipo; el desestanco del tabaco desde principios del año que viene; la venta de las salinas del Estado, percibiendo el gobierno 38 rs. por cada quintal métrico elaborado en ellas; la venta asimismo al contado de las fincas urbanas del Estado; la reduccion del presupuesto de las oficinas á las dos terceras partes de su actual importe; la presentacion urgente de un sistema de contabilidad que asegurara la regularidad y exactitud de los ingresos y los gastos. Contra lo que se esperaba generalmente y pretendia ademas el gobierno fué desechado tambien por 86 votos contra 56 el voto particular del señor Figue-rola sobre levantar un anticipo forzoso de 200.000,000 pagaderos por los contribuyentes, cuyas cuotas llegaran á 500 rs. ó pasaran de ellos, y eso que su autor se habia manifestado propicio á admitir enmiendas, aun en el sentido de que los que lo desean pudieran suscribirse voluntariamente al anticipo. Sin que nadie hiciera uso de la palabra se desecharon por unanimidad el voto particular del señor Labrador sobre la emision de billetes ó asignados, cuya circulacion fuera obligatoria sin descuento alguno, y el del señor Avecilla sobre la emision de 500.000,000 de títulos al portador en empréstito voluntario al tipo fijo de 94 por 100 y con interés de 8 por 100 al año, amortizables en toda clase de pago de fincas del clero y del Estado, entendiéndose que los que no se amortizaran en dos años se admitirian despues en pago de toda clase de contribuciones. Tres votos particulares quedaban todavia, uno del señor marqués de Albaida, otro del señor Gonzalez Alegre, que fueron retirados por sus autores y el último del señor Ramirez Arcas, al cual tocó la buena suerte de ser tomado en consideracion por gran mayoria y luego aprobado con modificaciones muy leves.

De resultas, se halla autorizado el gobierno para emitir en billetes del Te-

soro 230.000,000 de rs. por via de empréstito voluntario: se abonará á los suscritores por premio de anticipacion un 10 por 100 en el mismo acto de la entrega y el interés anual de 5 por 100. Si pasasen treinta dias sin que se emitan de esta manera todos los dichos billetes del Tesoro se repartirán los restantes entre los que por contribucion territorial ó subsidio de industria ó comercio pagan de 500 rs. arriba, viniendo á ser ya asi forzoso el anticipo; de consiguiente no gozarán los obligados á cubrirle el 10 por 100 de descuento, mas si el 5 por 100 de interés al año. Estos billetes serán exclusivamente admitidos para la compra de bienes nacionales ó redencion de censos.

Por la precipitacion en abolir recursos permanentes como los derechos de puertas y consumos se ha venido á parar á reproducir el pensamiento del ministerio caido en junio de 1854; pensamiento que aceleró sin duda su ruina. Tambien alli se partió de la base de un anticipo voluntario, agraciando á los suscritores en tal sentido con el 6 por 100 de descuento en el acto de la entrega y el 5 por 100 de interés al año: tambien se fijaban treinta dias, pasados los cuales el anticipo seria forzoso, bien que repartiéndose y cobrándose sobre la base de un semestre á los contribuyentes todos, en cuyo caso no se abonaria el descuento al entregar las cuotas, pero si el 6 por 100 de interés al año. De suerte, que el pensamiento de don Jacinto Félix Domenech, mal recibido por la nacion toda, y el del señor Ramirez Arcas, aprobado por las Cortes y vigente ya como ley del reino, son idénticos en la sustancia, bien que variarán en los fines, pues aquel se encaminaba á extinguir la deuda flotante, y éste se propone cubrir un déficit, que fuera de muy poca monta, si unos recursos permanentes suprimidos se reemplazaran acto continuo, y segun era razonable, con otros. Es la obligacion impuesta al gobierno por las Cortes para cuando los presupuestos de 1856 sean presentados en el próximo octubre.

Se han empezado ya en bastantes provincias á sacar á pública subasta los bienes del clero, segun la ley de desamortizacion sancionada en mayo, lo cual ocasiona altercados entre los gobernadores civiles y prelados, algunos de los cuales han resistido mucho entregar los papeles indispensables que se les pedian con intancia, sucediendo asi especialmente en Avila, Barcelona y Plasencia. Este último obispo, de orden del gobernador civil, estaba ya en camino hácia la corte para responder de su conducta ante el gobierno, quien se ha apresurado á decirle que no prosiguiera su viage, deteniéndose en Talavera de resultas. Aunque todo anuncia que la desamortizacion se llevará á cabo sin tropiezos de monta, y aunque en pago de los bienes que se ponen de venta, se admitirán por todo su valor los billetes que emita el Tesoro á los que tomen parte en el anticipo, se sospecha que éste distará mucho de cubrirse por los suscritores voluntarios, y que habrá al fin de ser forzoso. No se comprende bien que asi suceda, pues el 10 por 100 de descuento por premio de la anticipacion voluntaria es para muy atendido, y su cobro seguro, pues se efectua al propio tiempo de la entrega; y sin duda, el empréstito forzoso se hace, no cubriéndose el voluntario; y cuesta no poco trabajo creer que haya quien sin mas ni mas se acomode á perder un 10 por 100 de una mano á otra.

Cada vez se aleja mas la situación presente de la idea predominante cuando los generales O'Donnell, Dulce, Ros de Olano y Mesina desenvainaron sus espadas el 28 de junio de 1854: cada vez hallan menos eco en las Cortes constituyentes los designios de procurar la union entre todos los liberales. Declarando benémeros de la patria á los militares que el año 1846 se sublevaron en Galicia, cuyo suceso debe perpetuar un monumento en la ciudad de Santiago de Compostela; otorgando muchas mercedes á los que, por consecuencia de lo

acontecido en la corte los días 26 de marzo y 7 de mayo, fueron deportados á Filipinas; reconociendo como de abono para los efectos pasivos los once años transcurridos desde 1843 hasta 1854 á los que por motivos puramente políticos dejaron ó perdieron entonces sus destinos, y no los obtuvieron, ni solicitaron de las administraciones posteriores, nada mas se logra que mantener vivas las pasiones, y enconar las heridas de cuya cicatrizacion depende la ventura de España. Volviendo los ojos atrás de continuo, se entorpece la marcha resuelta hacia adelante: negándose todos y cada uno á olvidar en las aras de la patria sus agravios, no se vé el término á los piques y despiques de los partidos. Todos han errado á menudo y rara vez hicieron justicia á sus adversarios: todos tienen que realizar sacrificios costosos y que sofocar memorias tristes para no mirarse con ojeriza y no abrigar propósitos de venganza: si vencedores hoy unos hombres y mañana otros piensan principalmente en suprimir hasta donde les sea posible los tiempos en que el poder no estuvo en sus manos: si cada partido de los que dentro de la monarquía constitucional caben y están bien, persevera á su vez en tan deplorable conducta: si ninguno quiere ser el primero en salir del angosto círculo de las pequenezes, de las recriminaciones, de las personalidades: si ha de haber siempre dominadores y dominados: si estas hostilidades sin tregua no han de llegar nunca á remate ¿qué beneficio, cuál progreso alcanza la nacion del sistema por cuyo triunfo no ha perdonado fatigas ni esfuerzos en largos años?

Ya la comision encargada de examinar los actos de los diferentes ministerios desde junio de 1843 hasta julio de 1854, ha presentado su dictámen proponiendo que se exija la responsabilidad al que el conde de San Luis presidia. Oportuno ha creído aquella empezar por éste, aun siguiendo el orden inverso, en razon de haber sido uno de las mas reprobados por la opinion pública y el que mas inmediatamente con sus grandes desafueros é inmoralidad motivó la revolucion de julio.

Cuarenta y cuatro son los cargos formulados contra aquel gabinete. Veinte y seis de ellos versan sobre diferentes decretos concediendo á varios ministros créditos supletorios, cuya suma total asciende á 64,840,270, rs. y 2 mrs. fuera de presupuesto y contra las atribuciones de las Cortes, infringiendo consiguientemente el artículo 76 de la constitucion de 1845. A continuacion siguen diez cargos sobre haber legislado aquel gabinete por decretos, imponiendo la anticipacion voluntaria ó forzosa de un semestre; restableciendo los monges Gerónimos en el Escorial; procediendo en 1854 al sorteo de veinte y cinco mil hombres para el servicio de las armas; ordenando que para efectuarlo rigiera un proyecto aprobado solo por el Senado; declarando vigente el proyecto de ley de Bolsa; circulando órdenes el 22 de marzo de 1854 para que los capitanes generales declararan los distritos de su mando en estado excepcional ó de sitio; prendiendo y confinando á varios redactores de periódicos de la corte; concediendo á la casa de Zangroniz por cinco años la facultad exclusiva de establecer por medio de buques de vapor comunicaciones regulares entre la Habana, el Havre y Liverpool con diferentes privilegios; autorizando la introduccion de colonos españoles en la isla de Cuba, y dictando disposiciones sobre el régimen de los mismos. Uno de los cargos contenidos en esta serie y correspondiente al número XXVIII, dice así á la letra.

«El ministerio de la Guerra con fecha 28 de abril del corriente año remitió á esta comision por conducto de los señores secretarios de las Cortes copia autorizada de una carta oficial y reservada, fechada en 30 de diciembre de 1853, y suscrita por don Eduardo Fernandez de San Roman, subsecretario del mismo ministerio durante el gabinete Sartorius, de la cual resulta la existencia de un

delito gravísimo cuyas tendencias se comprenden á la simple lectura de su contenido.

«Esta carta aparece dirigida al general Mata y Alós, director general del cuerpo administrativo del ejército, y en ella se previene con dicho carácter de reservado, que de real orden se remita el presupuesto de 1854, y que de acuerdo superior y con el solo objeto de presentar su importe con la menor cifra posible, se habían verificado varias bajas en algunos capítulos que eran los detallados en la nota que se le acompañaba adjunta, y que aparece también al pormenor en la copia auténtica remitida á la comision por el actual señor ministro de la Guerra; *por consiguiente* (sigue diciendo la carta) *conviene que en los pedidos mensuales se aumente á los capítulos referidos el importe en la dozava parte de sus respectivas bajas.* La diferencia de la dozava parte es de 516,340 rs. al mes, que reunidos los doce del año en una suma forman un total de 6.196,145 rs. vn. que se habían de exigir al país de una manera ilegal, engañando con el dolo mas reprobable á las Cortes por medio de un presupuesto falso.

«Este atentado por si solo es bastante, á juicio de la comision, para motivar la acusacion del ministerio Sartorius; pues, como ya queda dicho, constituye un delito grave, y que está previsto y penado por nuestro Código penal.»

Todos los demas cargos giran sobre las concesiones ilegales de ferro-carriles y subvenciones por cuenta del Estado para la construccion de los mismos. Se acusa, pues, al ministerio de que el conde de San Luis fué presidente, por haber declarado en vigor las contratas para abrir los caminos de hierro de Sevilla á Cadiz y de Alar del Rey á Valladolid y Burgos; y resuelto el expediente sobre el ferro-carril del Grao de Valencia á Játiva de una manera definitiva, y señalado el subsidio de 15.000,000 de reales á la empresa del ferro-carril de Almansa á Alicante; y sacado á subasta la construccion del de Madrid á Irun por cuenta del Estado, y autorizado la construccion de dos ramales, uno desde los costaderos carboníferos de Espiel y Belmez al ferro-carril de Córdoba á Sevilla, y otro desde Toledo al ferro-carril de Aranjuez á Almansa; y eximido del pago de derechos á toda clase de materiales y útiles que se introdujeran del extranjero para la construccion de ferro-carriles.

Este dictámen importante, que ha quedado sobre la mesa de las Cortes, concluye del siguiente modo.

«La comision, cuyo cometido con arreglo á la proposicion de los señores Orense y Pomés está limitada á reunir datos y comprobantes para exigir la responsabilidad á los ministerios que desde junio de 1843 hasta 17 de julio de 1854 hayan infringido la Constitucion y las leyes, y atentado á la propiedad y seguridad individual de los ciudadanos ha llenado su encargo de la manera que le ha sido posible, atendida la falta de datos bastantes para cumplirlo en que se ha encontrado por las razones expuestas en el preámbulo de este dictámen; pero despues de haber pesado detenidamente los 44 capítulos de cargo que preceden, opina que ofrecen mérito bastante para exigir la responsabilidad al ministerio Sartorius en los términos que las Cortes constituyentes en su alta sabiduría y deseo de justicia tengan por conveniente.»

De prisa terminaron las Cortes la discusion del proyecto de ley que fija la reserva del ejército en sesenta mil hombres: aprobaron el dictámen general de la comision de presupuestos; declararon de utilidad pública las obras que para el ensanche de la Puerta del Sol son indispensables; y acordando simplemente el dia 17 de julio *que para la primera sesion se avisara á domicilio* por unanimidad de votos, dieron punto á sus tareas con propósito de no anu-

darlas, según se dice, hasta fines de setiembre ó principios de octubre.

A diferencia de las Cortes que hicieron la Constitución de 1812 y de las que formaron la de 1837, se han dado por fatigadas las actuales á mitad de camino, y contra su acuerdo de no parar hasta andarlo todo, y contra el propósito del ministerio de procurar que lo recorrieran de seguida, han dejado el país con hambre y sed de ley fundamental que le gobierne. Y sin duda llegarán manifestaciones en este sentido á no ser por *el desagrado* con que oyeron las Cortes una que hizo sobre lo propio la diputación provincial de Palencia.

Ocho meses y diez días han pasado desde que las Cortes constituyentes, convocadas por la Corona, se juntaron el 8 de noviembre de 1854 hasta que sin aparato han suspendido sus tareas el 17 de julio de 1855. Las leyes que han formado son estas:

1.^a Renovación de ayuntamientos.—2.^a Supresión de la contribución de consumos y derechos de puertas.—3.^a Reemplazo de 25.000 hombres para el ejército.—4.^a Fijando la fuerza del ejército.—5.^a Fijando las fuerzas navales.—6.^a Autorizando al gobierno para el cobro de contribuciones.—7.^a Emisión de títulos para la extinción de la deuda flotante.—8.^a Relevando á los ayuntamientos de la recaudación de las contribuciones.—9.^a Pago de la cantidad que adeuda el Tesoro público al heredero de don Juan Alvarez Mendizabal.—10. Concesión del ferro-carril de Barcelona á Granollers.—11. Concesión del ferro-carril de Barcelona á Mataró.—12. Cange de las acciones de carreteras y ferro-carriles.—13. Pension á Doña Amalia Benaval.—14. Pension á doña Primitiva Escalera, viuda de don Benito Zurbano.—15. Concesión del ferro-carril de Mataró á Arens de Mar.—16. Ferro-carril de Barcelona á Martorell.—17. Ferro-carril de Tarragona á Reus.—18. Autorizando al gobierno para otorgar á don José de Salamanca la concesión del ferro-carril de Madrid y Aranjuez á Almansa.—19. Declarando nulo el contrato de construcción del ferro-carril de Socuéllamos á Ciudad-Real.—20. Autorizando la constitución de la compañía del ferro-carril de Alicante á Almansa.—21. Declarando sin efecto varios decretos relativos al ferro-carril de Alar á Santander.—22. Autorizando la sociedad del ferro-carril del centro.—23. Autorizando al gobierno para garantizar préstamos al Tesoro con títulos del 3 por 100 y constituirlos en poder de particulares.—24. Crédito de 10 millones de reales para el armamento de la Milicia Nacional.—25. Pension á doña Eufemia Ibañez y Gallo.—26. Pensiones á los heridos, viudas y huérfanos de la revolución de julio.—27. Pension á don Manuel de Orense y doña María Rosa Doriga.—28. Concesión del ferro-carril del Grao á San Felipe de Játiva.—29. Autorizando la sociedad del ferro-carril de Alar á Santander.—30. Pension á doña María Vicenta Jorge.—31. Autorizando la formación de la sociedad del canal de la Albufera.—32. Sometiendo á un nuevo reconocimiento las cargas de justicia.—33. Establecimiento de líneas electro-telegráficas.—34. Determinando que la Milicia Nacional como fuerza pública, no puede discutir ni representar sobre negocios políticos.—35. Pension á los padres de don José Pinilla.—36. Autorizando la introducción de tubos de hierro para la traída de aguas de la Fuente de la Reina.—37. Concediendo dos años de rebaja á los quintos que pasen á ultramar.—38. Autorizando la construcción de cementerios, donde sean sepultados los cadáveres de los que mueran fuera de la comunión católica.—39. Incompatibilidades parlamentarias.—40. Declarando propiedad particular los terrenos baldíos y realengos repartidos con arreglo á los decretos de las Cortes.—41. Desamortización civil y eclesiástica.—42. Declarando nulo el contrato de construcción del ferro-carril de Sevilla á Cádiz.—43. Declarando nulo el de construcción del ferro-carril de Almodóvar á Málaga.—44. Conce-

sign del ferro-carril de Almansa á Játiva.—45. Ferro-carril de Sevilla á Córdoba.—46. Ferro-carril de Jerez á Matagorda, en el Trocadero.—47. Ferro-carril de Almansa á Alicante.—48. Declarando caducada la concesion del ferro-carril á Irun.—49. Enjuiciamiento civil.—50. Ley general sobre ferro-carriles.—51. Abolicion de los derechos que pagan los portugueses á su entrada en España.—52. Pension á doña Juliana de la Asuncion, viuda de Javier Antonio Diola.—53. Anulando las concesiones provisionales de los ferro-carriles de Alar á Valladolid y á Burgos, y de Palencia por Carrion.—54. Autorizando al gobierno para adoptar medidas extraordinarias.—55. Pension á doña Juana de Carrillo Ibañez, viuda de don Luis Molina.—56. Aclarando la ley de 11 de octubre de 1820, sobre los poseedores actuales de las grandezas de España y títulos de Castilla.—57. Pension á doña Francisca y doña María Josefa Garcia.—58. Pension á doña Teresa Otalora y Rubalcaba.—59. Derecho maestral del campo de Calatrava.—60. Pension á los huérfanos del brigadier Rivera.—61. Autorizando al gobierno para abrir un crédito con objeto de consignar en un cuadro la coronacion de don Manuel José Quintana.—62. Autorizando al gobierno para arbitrar fondos con que atender á las obras del canal de Isabel II.—63. Concesion del ferro-carril de Barcelona á Zaragoza.—64. Concesion del ferro-carril de Langreo, limitándola á las lineas de Sama á Gijon, y de Noreña á Oviedo.—65. Reorganizacion de la sociedad del ferro-carril de Langreo.—66. Pension á doña Maria de la Soledad y doña Maria de la Merced Villalon Daoiz.—67. Pension de 6 rs. diaros á las familias de Ramon Deyto y Julian Navarro, y otra de la misma cantidad á Antonio Navarro.—68. Pension á doña Florencia de Bermeo, viuda de don Cayo Muro.—69. Pension á doña Agapita Ruiz de Medrano, viuda de don Arcadio Blanco.—70. Pensiones á la familia del brigadier Hore.—71. Crédito extraordinario para la reparacion de las murallas de Cádiz.—72. Prohibiendo la simultaneidad de empleos.—73. Pension á doña Matilde Salinas, viuda de don Tomás Mones.—74. Autorizacion al gobierno para emitir 230 millones de reales en billetes del Tesoro, á fin de cubrir el déficit de los presupuestos.—75. Pension á doña Matilde Ruiz Pons, viuda de don Pedro Fernandez y Taboada.—76. Prorogando por un año el plazo concedido á la R. Comp. de canalizacion del Ebro.—77. Declarando de utilidad pública las obras necesarias para llevar á cabo el ensanche de la Puerta del Sol.—78. Suprimiendo los derechos que satisfacen los españoles por el pase á la plaza de Gibraltar.—79. Concediendo una pension de 2,500 reales á cada uno de los hijos de don Cristóbal Solano, don Carlos y don José, que repectivamente disfrutarán hasta la edad de 24 años.—80. Sobre reorganizacion de las milicias provinciales como reserva del ejército activo.—81. Disponiendo indemnizacion á los deportados y desterrados por causas políticas á consecuencia de los sucesos de 1848.—82. Disponiendo tambien la indemnizacion á don Bernardino Roca Solano, armero de Zaragoza, para lo cual se le concede al gobierno un crédito de 85,236 rs.—83. Disponiendo igual medida para los vecinos de la villa de Porrera, y restableciendo el decreto de las Córtes de 4 de agosto de 1823.—84. Declarando de abono á los empleados para los efectos de clasificacion y demas derechos pasivos, el tiempo trascurrido desde 1843 á 1854, en el caso de haber sido aquellos separados del servicio ó de haber hecho dimision de sus destinos por motivos puramente políticos, y en el de haber permanecido en situacion pasiva durante los once años.—85. Aprobacion de los presupuestos generales del Estado para 1855.—86. Estableciendo reglas para los senadores y diputados que formen parte de cualquiera junta ó corporacion.—87. Concediendo una pension á doña Maria de la Encarnacion Tremiño y Chacon.—88. Disposicion relativa á la deuda del personal.—89. Pension

á doña María del Carmen Gonzalez Otero.—90. Pension á doña Clara Pradera.—91. Autorizando al gobierno para ratificar el tratado de reconocimiento, paz, amistad, comercio y navegacion, y extradicion, celebrado con la república dominicana.

Lo interesantísimo del dictámen general de la comision de presupuestos últimamente aprobado por las Cortes y sancionado por la Corona, exige que se dé á conocer aunque sea solo en extracto.

1.º Que los gastos del servicio ordinario del Estado durante el año de 1855 se fijen en la cantidad de 1,498.240,300 rs. vn.

2.º Que los ingresos ordinarios y extraordinarios se calculen en la cantidad de 1,335.921,073 rs. vn.

3.º Que el déficit resultante de los 162.319,073 rs. vn. se cubra por una ley especial, teniendo por base los productos consignados en la desamortización.

4.º Que el descuento gradual sobre los haberes de las clases dependientes del Tesoro se exija en el año de 1855 de todos los individuos, incluso los del clero, exceptuando los cuerpos armados del ejército y de la marina, carabineros del reino y monjas en clausura al tenor de la siguiente escala:

Hasta	6,000 rs.	inclusive el	10	por	100.
Desde	6,000	á	12,000	el	12 por 100.
Desde	12,001	á	20,000	el	14 por 100.
Desde	20,001	á	30,000	el	16 por 100.
Desde	30,001	á	40,000	el	18 por 100.
Desde	40,001	á	50,000	el	20 por 100.
Desde	50,001	á	80,000	el	22 por 100.
Desde	80,001	en adelante	el	25	por 100.

5.º Que queden anuladas las acciones existentes en el Tesoro público autorizadas por real decreto de 13 de agosto de 1852. Se reconocen por equidad las que existen en circulacion. En lo sucesivo no obligarán al Tesoro español otros documentos de crédito que los emitidos en virtud de una ley.

6.º Autorizando al gobierno para emitir acciones de obras públicas con destino á cubrir los 60 millones de reales comprendidos en el presupuestos de gastos para este servicio, quedando sin efecto las emisiones de dicha clase de valores, verificadas por reales decretos de 2 de diciembre de 1852 y 16 de diciembre de 1853, en la parte que no hubiesen tenido ejecucion.

7.º Autorizando también al gobierno para que negocie las obligaciones de compradores de bienes del clero secular, á vencer en los años de 1856 y siguientes, en cantidad bastante á producir los 65.000,000 efectivos presupuestos como ingresos extraordinarios.

8.º Disponiendo que los recargos sobre las contribuciones y rentas públicas, afectos á obligaciones provinciales y municipales, continúen rigiéndose por las disposiciones vigentes en la materia.

9.º Fijándose en 640.000,000 de reales el máximo á que podrá ascender la deuda flotante hasta 30 de junio de 1856, recogiendo ó inutilizando desde luego los 120.000,000 de reales en títulos del 3 por 100 que se mandaron emitir por el artículo 4.º de la ley de 7 de febrero último.

10. Prohibiendo conceder suplementos de crédito ó créditos extraordinarios por transferencia del todo ó parte de los de un capítulo á otro del presupuesto.

11. Subiendo el precio del quintal castellano de la sal que se expendia en

los alfólies desde 1.º de agosto para el consumo alimenticio al precio de 50 reales vellon.

12. Creando en equivalencia á los derechos que se exigen por pago de matricula en todas las escuelas y universidades, y para títulos y diplomas de cualquier naturaleza, una clase de papel sellado cuya escala de precios se establecerá por acuerdo del Consejo de ministros, sin que desde la publicacion de esta ley puedan exigirse otros derechos ni emolumentos.

Disponiendo que desde 1.º de octubre queden suprimidas las depositarias ó dependencias encargadas de la recaudacion de fondos, cuyo cobro se subroga con el papel del sello correspondiente.

13. Restableciendo la clasificacion y categoria de las provincias de la Península en el estado que tenían por decreto de las Córtes de 15 de febrero de 1837. A los empleados de Hacienda y Gobernacion les serán abonados los sueldos correspondientes á la categoria de la provincia en que desempeñan sus destinos.

14. Mandando que los empleados no obtengan jubilacion si no cuentan 60 años de edad cumplidos, ó acreditan por medio de expediente instruido en forma legal, su absoluta imposibilidad fisica para continuar en el servicio activo. Para los ascensos que desde la publicacion de esta ley obtengan los empleados activos ó cesantes, servirá como sueldo regulador de las declaraciones de haber de cesantía, jubilacion y monte pío el del nuevo empleo, siempre que se haya desempeñado en propiedad por espacio de dos años con el goce de haber señalado al mismo dentro de los presupuestos respectivos.

15. Declarando que las pensiones remuneratorias que subsisten en concepto de dudosas cesarán desde la publicacion de esta ley. Se reserva á los interesados el recurso de apelacion para ante el tribunal contencioso administrativo.

16. Se suprimen igualmente las pensiones remuneratorias concedidas á virtud de reales decretos, y que no hayan sido confirmadas por una ley. El Tesoro público será reintegrado de las cantidades satisfechas en tal concepto, siempre que se declarase la responsabilidad de los ministros que refrendaron los reales decretos de concesion.

El gobierno se compromete á presentar á las Córtes el 1.º de octubre los presupuestos que hayan de regir para la Península y posesiones de Ultramar desde 1.º de enero de 1856 hasta 30 de junio de 1857, nivelados los gastos con ingresos de carácter permanente.

Acompañan á esta ley por orden alfabético, el resumen general de los presupuestos de 1855, ascendente á 1,498.240,375 rs. vn.; el presupuesto de ingresos que sube á 1,115.921,300 rs. en los ordinarios, y á 220.000,000 en los extraordinarios; y multitud de disposiciones referentes á varios artículos de la misma ley de presupuestos.

Concluye este importantísimo documento con las disposiciones, insertas á continuacion, sobre el presupuesto de ingresos:

1.ª El descuento gradual se entenderá concedido sobre las clases á que afecta, solo por el corriente año, en consideracion á los apuros del Tesoro, sin que desde 1.º de enero de 1856 sufran las viudas descuento alguno.

2.ª En el caso de que los apuros del erario exigieran que el gobierno presentare el descuento gradual como ingreso de 1856, procurará que no grave á los interesados en mayor cantidad del producto del tanto por ciento sobre que recae la contribucion territorial.

3.ª El gobierno preparará para un porvenir próximo y oportuno la trasformacion de la renta de tabacos en *renta de aduanas*.

4.ª Se estamparán en un solo establecimiento todos los documentos sella-

dos que en calidad de tales produzcan renta para el Estado, ya sea en papel que se titula sellado, como el de reintegro, multas, documentos de giro, sellos de correos, títulos, diplomas, patentes, contraseñas, matrículas universitarias, y cualesquiera otros, sea la que fuese la dependencia que haya de expedirlos ó el objeto á que se destinen, centralizando por consiguiente el grabado en una sola direccion.

5.^a Se pondrán de acuerdo las direcciones de estancadas y casas de moneda para abrir cuños y fabricar troqueles del signo monetario que no se presten á tan fácil imitacion como los actuales.

6.^a El ministro de Hacienda procurará dar unidad para el año próximo al establecimiento de la casa de moneda de Madrid, que tiene sus dependencias en tres edificios distintos, ruinoso el uno, y otro inservible para el objeto.

7.^a La acuñacion en las casas de moneda del reino deberá ponerse á la altura de los adelantos y en disposicion de llenar con rapidez las necesidades del comercio y de los demas ramos de la riqueza pública.

8.^a Los gefes de los varios departamentos administrativos acompañarán anualmente á los presupuestos del Estado, memorias que indiquen en el decenio último la marcha sucesiva de las rentas, los resultados de las reformas practicadas en el personal y el material, las ventajas é inconvenientes del sistema adoptado, con todos los datos estadísticos que permitan la pronta resolucion de todo lo relativo á estas materias.»

Se ha celebrado el primer aniversario de la revolucion de julio tanto en Madrid como en las provincias, por lo que hemos visto y se sabe, sin entusiasmo. Todo lo que se ha mandado de oficio se ha hecho, como el clamor general de las campanas de las iglesias de la corte la tarde del 17 de julio, y la funcion religiosa el 18 en San Isidro, yendo procesionalmente el ayuntamiento desde las casas consistoriales con bastantes convidados, presididos todos por los señores duque de la Victoria y conde de Lucena, y hallándose tendida por la carrera la tropa y la milicia. A las invitaciones de colgar é iluminar las casas, son mas los que se han hecho los sordos que los que se han dado por entendidos. Músicas si ha habido en los cuarteles de los milicianos y curiosos no han faltado tampoco; pero la alegría pública de otras funciones patrióticas, en el buen sentido de la palabra, no podia existir de manera alguna, como que no era fiesta nacional sino de partido, idéntica á la que se celebraba de 1840 á 1843 por el pronunciamiento de setiembre.

Lo prueban del modo mas solemne las alocuciones de los gobernadores civiles que no parece sino que se han dado santo y seña para hacer recuerdos inexactos y capaces solo de enconar los ánimos y de perpetuar los odios, segun procuraron conseguirlo cuantos se opusieron denodadamente á que en diciembre de 1852 se diera el famoso golpe de Estado, y segun la divisa de la bandera alzada por los generales O'Donnell, Dulce, Ros de Olano y Mesina el dia 28 de junio en el campo de Guardias. *Union liberal* se pedia por todos los que desean la consolidacion del gobierno representativo, y en las barricadas de Madrid la *Union liberal* quedó rota. Vanamente han propalado los gobernadores civiles en sus proclamas que los madrileños derrocaron un poder ominoso, si consta que este poder estaba ya caído cuando aquellos se echaron á la calle: lo que derrocaron fué el ministerio que representaba la *Union liberal* como compuesto de los señores duque de Rivas, Cantero, Córdoba, Laserna, Rios Rosas y Roda. Asi este aniversario no lo podian solemnizar mas que los progresistas, y por afinidad los que pertenecen á la democracia; pero los demas amantes del liberalismo se han limitado á deplorar en tales dias que se malograra, ahora un año, la ocasion mas propicia de entrar de lleno en las vias

parlamentarias, profesando cada uno sus opiniones para discutir las, y no para encarnizar las voluntades, triunfando cada partido en su hora con las votaciones y no con los pronunciamientos, de los que jamás queda la nacion gananciosa. Ya Dios sabe cuando se podrá realizar esta gran idea, en que se cifra indudablemente la felicidad de nuestra patria.

Pasando ahora á tratar de las relaciones exteriores vemos con dolor que aun no se han transigido nuestras diferencias con los Estados Unidos, para donde acaba de salir el representante español don Alfonso Escalante, que sucede allí á don Leopoldo Augusto de Cueto. Difícil estreno va á tener en su delicadísimo cargo, si es verdad lo que en correspondencia de Washington dice el *Heraldo de Nueva York*. Segun su texto Mr. Marcy, ministro de Estado, habia discurrido la manera de arreglar amistosamente las disputas entre los Estados Unidos y España, garantizándonos la posesion de la isla de Cuba y oponiéndose á todo plan de expedicion secreta. Le ha impugnado violentamente Mr. Jefferson Davis, ministro de la Guerra, declarando que al primer pretexto los Estados del Sur se alzarán como un solo hombre para ir á plantar la bandera de la Union en la isla de Cuba; y que la ocasion mas propicia de obrar era esta en que la guerra tenia ocupadas á las primeras potencias de Europa. De resultas el presidente Mr. Pierce se hallaba perplejo, debiendo optar por Mr. Jefferson y el Sur ó por Mr. Marcy y el Norte.

Ya no estamos en buena armonia con Roma. Esperándose allí por todos que la ley de desamortizacion no fuera sancionada por la reina doña Isabel II; habiéndoles sorprendido la noticia que les aseguraba lo contrario con la promulgacion de aquella ley en la Gaceta; y empezándose á ejecutar durante el mes de julio en las provincias, cuyos *Boletines oficiales* llenan mucha parte de sus columnas con los anuncios de las subastas, necesariamente habian de venir á parar á no buen término las cosas. Asi de órden de la corte pontificia monseñor Franchi se ha retirado de la nuestra; y el gobierno ha remitido al señor Pacheco un memorandum en que parece se descarga de la culpa que se le pueda atribuir en la ruptura de relaciones con el Padre comun de los fieles. Tan luego como el señor Pacheco ponga dicho memorandum en sus manos debe de regresar á España.

Nada parece haber adelantado el asunto de la admision del señor Antoine y Zayas en reemplazo del señor Lozano como nuestro representante en la república mejicana, donde quizá se haya verificado un gran cambio político á estas horas, pues ya eran muchas las poblaciones y las gentes alzadas contra la dictadura de Santa Ana.

Estos dias se ha hablado mucho de reiteradas demandas por parte de los representantes de Francia y de Inglaterra en nuestra corte para que vayan á Italia veinte mil españoles y puedan pasar á la Crimea los franceses que se hallan en los Estados Pontificios, dándose por seguro que, de hacerlo así, Francia é Inglaterra nos garantizarán la posesion de la isla de Cuba, nos facilitarán medios de salir de los apuros del Tesoro y seguirán oponiéndose resueltamente al desenvolvimiento de los planes de los montemolinistas. Hasta se ha propalado que con este objeto habia venido nuestro embajador en Paris á la frontera y debia de ir el ministro de Estado á Bayona, aun cuando llevara la mision aparente de felicitar al emperador Napoleon III, cuyo viage á Biarritz estaba positivamente anunciado. No ha tenido lugar la entrevista porque el emperador hubo de regresar á su corte antes de que llegara á territorio francés el general Zabala. Todo esto lo ha dado por falso la Gaceta, afirmando que el viage del ministro de Estado español no envolvía misterio alguno y que su fin verdadero y no aparente era felicitar al emperador de los franceses, como lo hará el se-

ñor Olózaga en su nombre. A pesar de la negativa de la *Gaceta*, muchos que se dan por bien informados persisten en la exactitud de las anteriores noticias; sobre lo cual no podemos decir otra cosa que, *para verdades el tiempo*.

Desde el 12 de julio se halla en el Escorial la corte. Allí se presentó á los pocos dias el príncipe Adalberto de Baviera, de quien se dice que aspira á la mano de una de las hijas del señor infante don Francisco. Su pronta salida de España, donde ha sido muy obsequiado, se interpreta en el sentido de que no tardará en venir de la corte bávara la petición formal de la mano de la señora infanta.

De Crimea nada importante se ha sabido en todo el mes de julio mas que la muerte de lord Raglan acaecida á fines del antecedente, el progreso de los trabajos contra la torre de Malakoff en que persisten los aliados, habiendo rechazado una vigorosa salida que hicieron los rusos para inutilizarlos ó entorpecerlos, y la gran mejoría del estado sanitario de las fuerzas de los sitiadores, en las cuales ha hecho grandes estragos el cólera morbo.

Después de visitar á Roma y á Nápoles y á otros varios estados de Italia se ha detenido el rey de Portugal en Cerdeña, donde ha sido muy particularmente agasajado en memoria de la afectuosa y sincera hospitalidad que debió á la reina doña María de la Gloria y á sus súbditos todos el soberano Carlos Alberto en los dias aciagos de sus desgarradoras tribulaciones y últimas desventuras. A estas horas el joven monarca estará ya en Bruselas.

S. A. la infanta doña Luisa Fernanda ha recorrido todo el Tirol con el señor duque de Montpensier, su esposo, y á pesar del riguroso incógnito con que hicieron el viage, no hubo punto donde no fueran colmados de obsequios. Muy distinguidos y satisfactorios se los deben á todos los miembros de la familia imperial de Austria, en cuyos estados se hallan ahora.

F.

DON PEDRO DE CASTILLA.

ANÁLISIS DE LAS OPINIONES SOBRE SI FUE CRUEL O JUSTICIERO.

ARTÍCULO TERCERO.

Viniendo al siglo XIX, en que la crítica sigue marchando con paso triunfal y seguro, declaro que solo tengo noticia de un autor respetable que se haya inclinado un poco hácia don Pedro de Castilla, al hablar incidentalmente de su reinado. Aludo al buen estadista don José Canga Argüelles, que en el artículo *Enagenaciones de la corona* de su excelente *Diccionario de Hacienda con aplicación á España*, dice de paso: «La lucha continua que el rey don Pedro mantuvo durante su reinado contra los grandes, cuya ojeriza quizás hizo dar nombre de *Cruel* á quien solo era amante de la justicia y del orden, prueba en mi opinion que no se avenia con sus usurpaciones, y que no entraba en el giro de sus ideas la política que hiciera á su padre tan favorable á las enagenaciones.» Al reparo que sugiere la especie de timidez con que el ilustre Canga Argüelles se pone de parte de don Pedro, hay que añadir la circunstancia de que á renglón seguido le desdora, patentizando su falacia, pues afirma que, aun cuando el monarca habia ofrecido al príncipe de Gales el señorío de Vizcaya por el socorro que le trajo, y á su condestable la ciudad de Soria, y aun cuando estos le facilitaron la mas

completa victoria sobre su hermano don Enrique, *no realizó la entrega de aquellos señoríos*; siendo de advertir que, para afirmarlo de esta suerte, recurre al testimonio de Lopez de Ayala, y que ni siquiera insinúa las razones que le mueven á recusarlo sobre lo concerniente á la calificación de *crueldad* que de su crónica resulta contra aquel soberano.

Un infeliz folleto y un mal libro escritos y publicados, el primero mientras reinaba Fernando VII por el último abad del monasterio de San Cucufate del Vallés con el anagrama de don Lino Picado, y el segundo en Sevilla el año de 1850 por D. J. M. M., abogado de los tribunales nacionales, dan tambien por *Justiciero* al rey don Pedro de Castilla. Es singular que sus autores hayan coincidido en presentarse como paladines de tal soberano, ocultando mas ó menos sus nombres. Quizá les ruborizaba (y esto les honra mucho) romper lanzas á cara descubierta por quien tan mala fama conserva en la memoria de las gentes, y así trajeron calada la visera á la liza. Ni uno ni otro impreso resisten á la crítica por muy suave que esta sea: el folleto se parece sobremanera al de Berni y Catalá en lo pobre y deslabazado; el libro, titulado ostentamente *Historia del reinado de don Pedro de Castilla*, es una producción lastimosa, en que ni asomos hay de buen juicio. Cuéntase que, defendiendo un abogado á cierto reo, contra quien pedia el fiscal pena de presidio por diez años, lo hizo de modo que los jueces le hubieron de condenar á la horca; esta especie, inventada sin duda, es exactamente aplicable á la defensa que D. J. M. M. ha escrito de don Pedro de Castilla, el cual sale de ella peor librado que de la censura de Lopez de Ayala.

De muy otro peso es el voto del célebre don Alberto Lista, nacido con vocación irresistible á la enseñanza y dedicado solícitamente á propagarla entre la juventud española, no menos de sesenta años. Este crítico insigne enriqueció la traducción que hizo de la *Historia Universal* del conde de Segur con un compendio estimabilísimo de la de España, donde resume su opinion acerca de don Pedro de muy cabal manera, y realza lo seguro y exacto del juicio con este valiente lenguaje.—«Otros reyes habian sido incontinentes, vengativos, pérfidos y aun crueles; pero ninguno convirtió estas horrendas pasiones en máximas de política sino don Pedro: ninguno fué causa de la muerte anticipada de su madre: ninguno dió muerte á su esposa, á su tia y á otras muchas señoras; ni se bañó en la sangre de tres hermanos y de un primo; ni persiguió á los demas para matarlos: ninguno en fin, se portó con la no-

»bleza de Castilla de tal manera, que nadie se podia fiar del rey ni el
 »rey de nadie. *Don Pedro fué mal rey, mal ciudadano, mal caballero.*
 »Sus maldades y excesos pasaron mucho mas allá de lo que podia su-
 »frir la paciencia y la lealtad española. Se toleraron algunos actos de
 »crueldad y de perfidia en Alonso el Onceno, porque su politica se diri-
 »gia á libertar el reino de la prepotencia y arbitrariedad de los grandes;
 »mas no se quiso tolerar los innumerables excesos de don Pedro, come-
 »tidos solamente con el fin de que fuesen respetados los caprichos de su
 »incontinencia. El mismo, matando á su hermano don Fadrique, puso
 »la daga que le asesinó en manos de don Enrique. El mismo, designan-
 »do por herederos del trono á los hijos de su manceba, dió osadía á su
 »hermano bastardo para aspirar á la corona. El mismo, quebrantando
 »todas las leyes divinas y humanas, rompió los vinculos de la obediencia
 »y la lealtad. Con su muerte pareció que la patria y la humanidad
 »se libertaban de un gran peso; y Castilla, la nacion mas leal á sus re-
 »yes, la menos propensa á alborotarse, aplaudió su trágico fin con acla-
 »maciones sinceras. Cuando los infortunios, que proceden de la mala
 »conducta de un rey, llegan á un grado tan alto, cesan todas las leyes
 »politicas y sociales, y se recurre á la fuerza brutal. Son insensatos los
 »reyes que, como don Pedro, apelan á ella. Su poder, si es inmenso, es
 »porque se funda en la fuerza moral. ¡Ay del monarca que mine con
 »sus excesos este único cimiento de su autoridad!»

De mis investigaciones para concurrir al certámen abierto por la Real Academia Española me resultaron todos estos datos, y hube de calificar de *Cruel* al rey don Pedro de Castilla. Como se descubre á las claras, no quise consultar mas que á autores nacionales, salvo los pertenecientes á la época de aquel soberano. Sin acudir á otros extrangeros que los de nuestros dias, pude citar á Dunhan, Romey y Rossew de Saint Hilaire, tres historiadores de España, que juzgan al hijo de Alonso XI de la misma desfavorable manera, y á Mr. Próspero Mermée, el cual tratando de propósito sobre su reinado en una muy apreciable obra, y mostrándose no poco benévolo á veces, vióse obligado á ser un eco mas de la opinion grave del cronista Lopez de Ayala.

No tengo que arrepentirme de haber economizado labor ni fatiga para llevar á dichoso remate mi obra. Si al reunir los materiales, que iban á servirme al efecto, procedí impresionado de algun modo fué en el sentido de buscar anhelosamente explicaciones que indujeran á sanear todo lo posible la conducta de este rey castellano, y afirmo que hice mil probaturas y escudriñé si habia resquicios por donde salir adelante con

:

el empeño. A causa de no proporcionármelos ni las mal llamadas historias, ni los romances, ni las comedias, ni los panegíricos altisonantes, ni las defensas jurídicas ó alegatos forenses, que se han escrito sobre don Pedro de Castilla, tenaz en mi designio, recurri hasta á las tradiciones que nos quedan de su persona.

Mucho cabria decir sobre este linage de datos. Positivamente las que nacen hablillas vulgares pasan, andando los tiempos, á tradiciones, y se efectua que segun la expresion elocuente de un español insigne del último siglo, «cree el docto lo que finge el vulgo y despues el vulgo cree lo que el docto escribe, y hacen las noticias viciadas en el cuerpo político una circulacion semejante á la que hacen los humores viciosos en el cuerpo humano.» Sin remontarse á tiempos antiguos se demuestra que las mas válidas son poco fidedignas, aun cuando merezcan exámen sério, porque ó tienen significado conceptuoso ó transmiten noticias trastrocadas por personas, de quienes se pudiera afirmar en estilo llano que oyeron campanas sin saber dónde; pero noticias que acaloran la diligencia del que estudia, y hasta lo ponen en camino de averiguar las verdaderas.

Dos ejemplos valgan por innumerables que citaria, si mi propósito fuera este, para corroborar lo que he asegurado. Mientras estuvo en pie el convento, que dentro de Valladolid tenian los religiosos de la órden franciscana (y hace muy poco tiempo que está por tierra) se enseñaba en la techumbre un agujero, aseverando que por alli se habian llevado los demonios el cuerpo del alcalde Ronquillo. Ya mediaba el siglo XVI cuando éste bajó al sepulcro, y sin embargo de ser época nada remota, propalóse en obras impresas y tuvo crédito general semejante especie, absurda por varios conceptos, y entre otros el de no haber sido enterrado en aquella iglesia, ni en ninguna de las de Valladolid el tal individuo, sino en Arévalo y detrás del altar mayor de un convento de monjas. Con todo, no por esto se debe menospreciar como desprovista de sustancia la tradicion que le supuso trasladado en cuerpo y alma á los infiernos, pues simboliza sin duda alguna la manera de pensar de la muchedumbre sobre las atrocidades jurídicas del alcalde Ronquillo; siendo tales y tantas que los que le alcanzaron y sobrevivieron no podian menos de acoger favorablemente y con ansia todo lo que vilipendiara su memoria, y mas poniendo en accion la justicia divina contra su implacabilidad sanguinaria.

Escrita no, que yo sepa al menos, pero contada ha circulado la noticia de que entre los designios que trajo de Nápoles el señor don Cár-

los III fué uno el de abolir el Santo Oficio; providencia que llegó á acordar y no á resolver, segun dijo á don Ricardo Wall, su ministro de Estado entonces, *porque se le habia aparecido el demonio*; añadiéndose que de resultas el ministro hizo dimision de su cargo, bajo pretexto de estar enfermo de los ojos, para que se la admitiera el monarca, bien que á las personas de su mayor afecto dijera por lo bajo y con su jovialidad de costumbre que *no le faltaban alientos para habérselas con los hombres, mas si para luchar contra los espíritus infernales*. Esta especiota, cuyo origen trasciende mas á enciclopedia que á fanatismo, no fué soltada como al aire, ó sin que la invencion arrancara de algun dato cierto. Se me ocurrió así cuando la supe de los labios de varon muy insigne, que alcanzó mas de la mitad de aquel reinado y me la refirió en son de burla. Mis indagaciones dieron por fruto lo que sospeché al pronto. Efectivamente hubo cosa de Inquisicion de por medio, aunque no sobre suprimirla, en lo que determinó á Wall á pedir su retiro, obteniéndolo á fuerza de fingir que se le debilitaba la vista. Lo que sucedió fué que, por consecuencia de haberse publicado un breve pontificio prohibitorio de cierta obra sin preceder el régio *exequatur*, se impuso destierro al inquisidor general á doce leguas de la corte y se dictaron providencias para que en lo sucesivo no se renovara el abuso. Dos años y medio estuvieron vigentes, al cabo de los cuales se declaron suspendidas, para explicar algunas de sus disposiciones; y como se ejecutara de este modo sin intervencion y hasta sin noticia del ministro de Estado, por razones cuya reseña fuera prolija, no se creyó bien ya en su puesto y pudo abandonarlo como se ha dicho. Y aun otros dos pormenores del forjado suceso se apoyan en alguna base. Para determinar al rey á que, muy en contra de su indole y su costumbre, retrocediera de lo mandado, se hizo uso de sugerencias supersticiosas que inflamaran su piedad sincera. Cuando Wall se vió compelido á explicar de algun modo á sus intimos amigos su propósito irrevocable de tornar á la vida privada, no tuvo ociosa la jovialidad de su genio. Con el fin de vencer al monarca, representósele como castigo de la Providencia, lo que no fué sino casualidad emanada de la cobardia de un gefe; artificio que produjo el efecto anhelado por sus autores, sacando partido de la coincidencia de que el mismo dia en que se cumplia un año de haber salido el Inquisidor general para su destierro, cayó en poder de los ingleses la capital de la isla de Cuba. Por su parte el ministro de Estado solia repetir durante el espacio de tiempo corrido desde que solicitó su retiro hasta que le obtuvo para el Soto de Roma. «*Conozco que estoy en vísperas de chochear, y*

»cuando yo no lo conozca lo conocerán los otros y el mal no tendrá ya
»remedio.»

Habiendo hecho constar mi dictámen sobre las tradiciones, reducido á que, por absurdas que parezcan al golpe, siempre son dignas de grave estudio, y pasando á las que se relacionan directamente con el rey don Pedro de Castilla, se verá por las citas de algunas que nos le retratan ni mas ni menos que los historiadores de su era.

Entre otras figuran las siguientes, suponiéndose á la ciudad de Sevilla teatro de todas. Noticioso el rey de que en el convento de San Francisco habia un lego muy forzado y diestro en el manejo de las armas, no paró hasta encontrarse con él de noche y provocar pendencia, en que se vió tan mal parado que hubo de declarar que era el rey de Castilla y de conceder á aquellos religiosos agua abundante de la de los caños de Carmona.—Rondando la calle á una dama, se topó con un hombre y obligóle á sacar la espada y riñeron y le dejó tendido sin vida, de todo lo cual se enteró una vieja, que asomándose con un candil á su ventana, conoció al coronado matador porque al andar le sonaban las choquezuelas.—Durante la procesion del Corpus un zapatero asesinó á un prebendado en venganza de que habia dado muerte á su padre y con el despecho de que únicamente se le sentenciara á no asistir en el transcurso de un año al coro; y de resultas el monarca falló que el zapatero no hiciera en igual período zapatos.—Dicese que acaeció que un sacerdote no quiso dar sepultura á un pobre, por no haber dejado con que pagarla, y que el rey en castigo mandó que juntos fueran enterrados el muerto y el vivo.—Apasionadísimo don Pedro, con el ímpetu que solia, de una señora, y persiguiéndola sin descanso, obligóla á buscar refugio en el convento de monjas de San Clemente: allí tambien corrió desenfrenado al monarca á satisfacer su apetito, sin que le importara quebrantar la clausura, á tiempo en que la misa mayor iba á ser comenzada: y saliendo á impedirselo el diácono con las vestiduras sacerdotales, no vaciló un momento en descargarle fiero golpe, que le dejó muerto á sus plantas.

Temerario, violento, desenfrenado en la lascivia, *cruel* en suma, se concibe á este monarca segun tales textos, que no han menester ninguna glosa por ser idénticos á los de los cronistas y aun á los de nuestros poetas dramáticos del siglo XVII, por mas que intentaran en ocasiones dibujar con rasgos de *justiciero* á personage tan á propósito para el teatro. Como por donde quiera que se le mire atentamente se le descubre de igual modo, me atrevo á dudar que, entre las once memorias

presentadas ademas de la mia para aspirar al premio, hubiera una en que no se le calificara de *cruel* con mas ó menos brioso empuje, pues á nadie se pudo ocultar un hecho de gran bulto; y es el que á continuacion expongo.

Desde el año de 1777, en que empezó la Real Academia Española á estimular por medio de certámenes literarios la aplicacion á la poesia y á la elocuencia, habia elegido una y otra vez por asunto el dar á conocer á varios personajes de nuestra historia, aunque siempre con la circunstancia de que fuera haciendo su elogio. De los reyes *don Alonso el Sábio, de Alonso V de Aragon y Felipe V*, del obispo *don Alonso de Madrigal*, mas conocido por el sobrenombre de *El Tostado*, quiso tenerlos esta corporacion y los tuvo de todos menos de Alonso V de Aragon, por no considerar digno de premio ninguno de los presentados ni la primera, ni la segunda vez que anunció el mismo tema. Solo cuando á sus muy ilustrados miembros ocurrió fijarse en el rey don Pedro de Castilla, les pareció imposible pedir un *elogio* de su persona, y dejando en libertad el pensamiento, no demandaron sino un *exámen histórico crítico de su reinado*. Tal convencimiento adquirí de la *crueldad* de este monarca, luego que hube completado mis investigaciones, que si me aseguraran que mis contricantes, ya fueran once ó ya doscientos, le creian digno de loa por *su justicia*, no me hubiera ocurrido ni por asomo que alguno de ellos pudiera disputarme la palma, pues calificarle de tal manera, y despues de un *exámen* recto y maduro, ni lo conlleva la *crítica* sana, ni cabe dentro de la severa *historia*.

En la noche del 27 de marzo de 1831 recayó sobre mi trabajo el voto unánime de la Real Academia Española, no adjudicando el accesit á ninguno de mis contricantes. Indudablemente, á partir de aquel dia, tiene mas peso la opinion que da por segura la *crueldad* de don Pedro de Castilla, puesto que la primera corporacion literaria española premió como *exámen histórico-crítico* el que llevaba por lema lo que dijo el gran Tácito de Tiberio con estas palabras: *Postremo in scelera simul ac dedecora prorruptit, postquam, remoto pudore et metu, suo tantum ingenio utebatur*, que en el texto de la obra evidenciaba la exactitud de la aplicacion de todas estas tachas al soberano, que en los campos de Montiel cayó bajo el golpe de puñal fratricida.

Tres meses despues, el 29 de junio, fué la solemne adjudicacion de los premios de poesia y de elocuencia en el gran salon de juntas del que era ministerio de Comercio, Instruccion y Obras públicas entonces. Casi todos los consejeros de la corona concurrieron á presidir el acto an-

te mas de seiscientas personas, á quienes tocó esquila de convite, no cabiendo mas en aquel local espacioso; para que nada faltara al brillo de la ceremonia (segun tuve ocasion de notar al leer el discurso de gracias) autorizola con su presencia aquel privilegiado sexo, en quien están simbolizadas la abnegacion y la hermosura, que atesora consuelos para todos los infortunios y sonrisas para todo linage de glorias. Allí correspondió al señor Martinez de la Rosa como director de la Academia, avalorar el mérito de las obras premiadas. Lo que sobre la mia expuso es como sigue y muy del caso para esclarecer mas y mas el asunto que ahora me ocupa.

«Uno de los problemas mas curiosos, que ofrece la historia de España, es el reinado de don Pedro de Castilla, apellidado por unos el *Cruel* y por otros el *Justiciero*. ¡Cómo si entre ambos dictados no mediara un abismo!

«Amamantado con hiel en el pecho materno, solitario en su niñez, oprimido en su adolescencia, de altivo corazon y pasiones violentas, impaciente por sacudir el freno cual inquieto tigre en su jaula, mal contento con la ambiciosa nobleza, y viendo otros tantos enemigos mortales en cada uno de sus hermanos, no parece un monarca, que maneja desde el trono las riendas del Estado, sino un atleta vigoroso ciego de ira, que combate solo en un circo contra muchedumbre de contrarios y descarga cien golpes y recibe otros ciento entre los ayes y maldiciones de la aterrada turba, hasta que cae al fin sangriento y exánime, amenazando todavia con ademan y gesto.

«Mas á la par que los cronistas y antiguos historiadores han tratado severamente á aquel príncipe, siendo su testimonio tanto mas digno de fé cuanto se hallaban mas cerca de los hechos, no parece sino que nuestros poetas dramáticos del siglo XVII se empeñaron en rehabilitar su memoria, ya les cautivase aquella figura extraña, colosal, tan propia de la escena; ya comprendiesen, con el instinto que frecuentemente les guiaba, que en las tradiciones del vulgo habia materiales que podian aprovecharse y que á pesar de los vicios, que afearon la vida de aquel príncipe, ostentaba dos cualidades muy populares siempre en España, ser enamorado y valiente.

«Mas si es lícito en el teatro dejar campea la imaginacion sin sujetarla á las trabas de una severa critica, no acontece lo mismo cuando se va á juzgar á un monarca en el severo tribunal de la historia. Es menester emplazarle, oir su acusacion y sus descargos, examinar testigos, carearlos, que solo así, y no de otra suerte, podrá darse una sen-

»tencia justa, y aun no será poca dicha si así se consigue. Tal ha sido
»la loable empresa que acometió con buen éxito el autor de la Memoria
»á que ha otorgado el premio la Academia. Descúbrese en su obra el
»prolijo estudio de los hechos, el cotejo de datos, la sana crítica que
»investiga, la imparcialidad que sirve de guía, el recto juicio que pro-
»nuncia el fallo. En el cuadro que ha trazado con mano maestra se ve
»retratado fielmente al monarca de Castilla con sus dotes, con sus defec-
»tos, en toda su selvática grandeza; activo, incansable, sediento de
»venganza, cual si un ardor febril corriese por sus venas, arrostrando
»peligros, atropellando obstáculos, desafiando juntamente el poder de
»los reyes, la enemistad de los grandes, la ira de los pueblos, los rayos
»del Vaticano, heraldos de la cólera del cielo, y como algunos persona-
»ges de los tiempos heroicos, tan gratos á la musa griega, correr de
»precipicio en precipicio, cual si una ciega fatalidad le arrastrase, hasta
»que en los campos de Montiel se cumpliera su fatal destino.»

No mas que plácemes y satisfacciones me ha producido esta obra, y lo atribuyo simplemente á haber juzgado como *cruel* al rey don Pedro de Castilla. Con lo escrito entonces á propósito de mi trabajo por los periódicos de la capital, de provincias y de fuera de España, llenaria páginas sin cuento en corroboracion de no haber sonado sin eco mi voz en el larguísimo debate acerca del sobrenombre que merece este soberano, y de que el de *Justiciero* se le aplican ya pocos, y esos por tema y no con razones que satisfagan á los menos exigentes y escrupulosos. Unicamente voy á citar lo que me escribieron tres personajes, que me honraban con la amistad mas estrecha y han pasado ya de esta vida.

El cardenal don Judas José Romo y Gamboa, cuya perspicacia y rectitud de juicio igualaban á su ingenuidad para decir lo que sentia sin contemplaciones de afecto, me escribió desde Sevilla el 15 de julio de 1854 lo que á continuacion se traslada, y donde se verá que alternan los elogios y los reparos.

«Aunque no llegó tan pronto como me anunciaba su *examen histórico* premiado por la Real Academia Española, tuve por fin el gusto de recibirle y mucho mayor de leerle, que verifiqué al instante, causándome especial satisfaccion ver la maestría con que desarrolla tantos sucesos complicados sin perder el hilo de ellos, ni el norte de la verdad, que es el timbre mas recomendable de la historia.

»Prévio este conocimiento, poco le puede importar á vd., habiendo merecido el glorioso premio de la Academia, mi voto particular sobre

»su estilo y pureza de lenguaje; mas con todo considero oportuno manifestarle, que no se deje llevar tanto de su aversion á lo moderno que incurra en la nota del arcaismo, pues por lo mismo que ha nacido para brillar en la literatura, necesita huir cuidadosamente de los extremos. Prescindiendo de esto le doy la mas cumplida enhorabuena por un escrito, que no solo se trasmirá á la posteridad, sino que fijará la opinion sobre *un rey supersticioso y brutal en toda la extension de la palabra*....

»En medio de mis escasos conocimientos en historia puedo valerle á vd. respecto al trozo en que hace mérito de doña Aldonza Coronel, en la página 117, ayudándole á deshacer unas equivocaciones que reclama el honor de una señora tan ilustre. No es la primera vez que he tenido ocasion de una advertencia semejante, pues hace cuatro ó cinco años que, habiéndome favorecido el señor Cueto, consultándome una tragi-comedia, que habia compuesto sobre el punto, procediendo bajo equivocaciones parecidas á las de vd., le desengañé antes de imprimir su drama, y lo rectificó oportunamente. Es el caso que en el convento de Santa Inés fundado por doña María Coronel, donde yace incorrupto su cuerpo, poseen un manuscrito, acerca de aquella señora y su hermana doña Aldonza, que pusieron á mi disposicion; causa por la que tengo noticias exquisitas fundadas en escrituras públicas y otros documentos auténticos. Para que forme vd. una idea, basta decir, que doña María Coronel, despues de haberse echado aceite hirviendo en la cara, para librarse de la lascivia infernal de don Pedro el *Cruel*, no solo asombró al rey con una resolucion tan heróica, sino que la restituyó los cuantiosos bienes de su marido y los suyos, y los de doña Aldonza, con los que fundó el convento de Santa Inés, del que ambas hermanas fueron abadesas.

»En este supuesto, me parece que está vd. en el caso de rectificar la especie cuando reimprima la obra, y aun tal vez convendrá mas me dirigiese vd. una carta con este objeto é insertar la contestacion en un pequeño apéndice.»

Otro personage, el señor don Manuel Godoy, que desde la mas alta fortuna cayó en la mas abatida desgracia; por cuya circunstancia poseia naturalmente un profundo conocimiento de los hombres y de las cosas, fuera de la clarísima razon con que estaba dotado, á pesar de que apasionados nuestros padres le negaron toda capacidad, y fuera tambien de la experiencia que alecciona á los que llegan á edad tan avanzada como la suya, me escribió desde París con fecha del 14 de agosto de 1831

una carta de su puño y letra, que fué la última, por haber fallecido al mes y dias, y cuyo tenor es el siguiente:

«Mi singular amigo: hasta ayer no me llegó su carta apreciable del
»2 de julio, acompañada de la historia solemne del famoso rey don Pe-
»dro, escrita por vd. y á justo título aceptada con preferencia á la una-
»nimidad de la científica Academia de nuestra patria; el señor don Luis
»Olona, á quien vd. habia encomendado me la trajese, se ha detenido
»en Londres, y esta ha sido la causa del retardo. Apenas recibida, he
»dado ya un repaso para poder decir al autor de ella que, segun mi
»pensar, merece preferencia, sobre las que ya he leído como parte de
»resúmen histórico por varios escritores, pues, bien que los hechos sean
»los mismos, descritos como vd. lo hace con sublime y lacónico estilo,
»satisfacen al lector sin atormentarlo con frases y regiros que, no
»siendo elocuentes, le cansan y adormecen sin haber concluido. Repi-
»to á vd. las gracias, de que ya encargué al señor Olona, en tanto que
»lo verifico tal que lo deseo al templado otoño. Adios, mi buen amigo;
»á los ochenta y cinco años demasiado he escrito; pero escribo al amigo
»de quien se repite constante.—El principe de la Paz.»

Por último, el señor don Diego Medrano, ministro que fué de la Corona, secretario y vicepresidente del Senado diversas veces, y persona de tanta modestia como gran seso, tuvo la benevolencia de enviarme al Pardo en 3 de febrero de 1854 su grave opinion formulada del modo que sigue:

Humilde, pero franco juicio de la obra del señor don Antonio Ferrer del Rio, titulada: EXAMEN HISTORICO CRITICO DEL REINADO DE DON PEDRO DE CASTILLA.

«Es costumbre antigua del que hace estos ligeros apuntes, siempre
»que se ha visto en la necesidad de dar su pobre parecer sobre alguna
»produccion literaria de sus amigos, leerla con detenimiento, poniendo
»al lado un papel para anotar las observaciones que le vayan ocurrien-
»do; y esta misma práctica ha observado en la ocasion presente con to-
»da la desconfianza que no podia menos de inspirarle la circunstancia
»esencialísima de tratar de una obra aprobada y premiada por tan dis-
»tinguida corporacion como es la Real Academia Española. Sucedió lo
»que no podia menos de suceder, que el papel indicado quedó casi en
»blanco, ó mas bien reducido á contener merecidos elogios; dando lu-
»gar únicamente la obra á las indicaciones que siguen:

1.^a »La introduccion es bellísima y oportuna: pues que, en seguida de manifestar á grandes rasgos el aspecto que presentaba la Europa en el siglo XIV y sucesos algo anteriores, hace una ligera, pero atinada reseña de nuestra historia hasta llegar al periodo, cuya ilustracion se propone. Este preliminar era tan indispensable, como que nada constituye un error mas craso en historia que el intento de calificar los hechos ocurridos, sujetándolos á un exámen de actualidad, es decir, calificar los sucesos y personajes, que en ellos intervinieron, juzgándolos por las ideas y reflexiones que sugiere la civilizacion adelantada de la época en que se escribe, sin tener en cuenta las costumbres bárbaras quizás, el estado de atraso, las preocupaciones y los errores del tiempo, que en aquellos tuvieron lugar.

2.^a »Trata con circunspeccion en la página 26 del asesinato de doña Leonor de Guzman.

3.^a »Observa la misma parsimonia al calificar en la página 31 los de Garcilaso y otros caballeros de Burgos.

4.^a »En las páginas 33 y siguientes, se hace una bella descripcion de la sociedad castellana de aquel siglo.

5.^a »Las semblanzas ó retratos, que se forman de don Alonso XI y su esposa doña Maria, de doña Leonor de Guzman, de don Juan Alfonso de Alburquerque, de doña Maria de Padilla, de doña Inés de Castro, de los bastardos de don Alfonso y de otros personajes, que figuran, son en general exactos y alguna vez severos; pero siempre imparciales y justos.

6.^a »La calificacion del personage, objeto principal de este epitome, despues de haber recorrido todos los actos de su vida, aplicándole con preferéncia el dictado de *Cruel* sobre el de *Justiciero*, con que escritores apasionados le apellidan, *se justifica hasta la evidencia, y se comprueba del modo mas patente en las eruditas y oportunas notas con que el trabajo concluye.*

7.^a »La narracion es fácil y sencilla, el lenguaje correcto y puro, el estilo fluido y grave, cual corresponde á la historia, y no carece de sentencias oportunas, expresiones felices, no pocas observaciones ligeras; pero filosóficas y profundas, que nacen naturalmente de los mismos sucesos que refiere.

8.^a »Segun se insinuó al principio de estas indicaciones, el trabajo precioso en cuestion no podia merecer mas que elogios; pero á fin de que no se diga que lo juzgan la pasion y la amistad, no se quiere omitir el hacer mérito de un pequeñísimo descuido que se ha notado,

»y tal se cree el de la página 111, línea 12, que dice, *y del vencedor*
en la memorable llanura de las Navas de Tolosa. En la época de este
 »gran suceso era la Sierra-Morena, á la cual pertenecen las Navas, un
 »verdadero desierto sumamente fragoso, que, aun despues de haber si-
 »do descuajado en parte para las nuevas poblaciones, que se formaron
 »en el reinado del señor don Carlos III, todavía no puede llamarse en
 »ninguno de sus parages propiamente *llanura*, y mucho menos en el
 »sitio en que se supone tuvo lugar aquella gran batalla, que salvó á
 »la Europa de una nueva irrupcion. Parece, pues, que habria sido me-
 »jor decir *en las memorables quebradas de las Navas de Tolosa*, ó bien
 »*en el fragoso y áspero campo de batalla de las Navas*, etc. ú otra ex-
 »presion semejante, que significase lo montuoso y quebrado del ter-
 »reno.»

En el año de 1852 dió á luz don Modesto Lafuente el tomo VII de su muy estimable *Historia general de España*, donde se contiene el reinado del príncipe que fué azote y terror de sus pueblos durante cerca de cinco lustros. A la satisfaccion grande que me causó ver que su fallo no diferia del mio en nada, y que me honraba sobremanera, citándome en son de alabanza, puso colmo don José María Amado Salazar el mismo año, dando á luz un libro, cuyo título es el que se copia: —*Historia crítica del reinado de don Pedro de Castilla y su completa vindicacion, sacada de las obras que mas le acriminaron, y especialmente de la que premió la Real Academia Española en el certámen de 2 de marzo de 1850.*

Si yo fuera propenso á envanecerme, nada me estimulara mas en este punto que el libro del señor Amado, flojo sin duda por la mala causa que defiende; y que en vez de menoscabar lo que valga el mio, le da mayor realce y peso. En circulacion se hallan uno y otro: al fallo del público me someto sin la menor reserva ni zozobra; júzguelos y sentencie, y téngase por inapelable su voto.

Como, aun cuando el señor Amado se propone contradecirme, nunca me cita sino de manera propia á obligarme, faltara yo á las reglas de la mas vulgar cortesía, dejando correr sin contemplaciones la pluma para estampar lisa y llanamente lo que opino de su trabajo; y así me reduzco á notar nada mas que alguno de los errores de que arranca y que en el prólogo consigna, al exponer que intenta disculpar muchos de los actos del soberano que le enamora, negar la certeza de otros que miras bastardas le han atribuido y demostrar que ligera ó maliciosamente faltan á la verdad sus acusadores.

Segun el señor Amado nunca monarca alguno ascendió al trono de Castilla en época tan adversa y fatal como la que cupo en suerte al infortunado don Pedro. Nada mas inexacto; sin subir á épocas remotas, ni descender á otras posteriores, su abuelo don Fernando IV y su padre don Alonso XI empezaron á gobernar en tiempos incomparablemente mas azarosos, como que sus minorías fueron largas y turbulentas, y ni iban los moros tan de vencida, ni la tarea de uniformar la legislacion del pais tan adelante. Ya don Pedro era mayor de edad cuando se ciñó la corona, y hallóse á los moros asediados en Gibraltar, despues de vencidos en el Salado y de expulsados de Algeciras, y por consiguiente á punto de quedar en incomunicacion absoluta con los africanos, y reducido á sus solas fuerzas el emirato de Granada; y en cuanto á dar unidad fecunda á la legislacion de Castilla, el Ordenamiento de Alcalá de Henares, cuya fecha es de 1348, era un gran paso en tan buen sentido.

Ocho hijos bastardos atribuye á don Alonso XI, mas ricos y poderosos y mayores en años que el legitimo heredero de la corona; lo de mas ricos y poderosos ni es verdad, ni se lo creerá nadie, y á lo de mayores años sucede lo propio, dado que, si se exceptuan los gemelos don Enrique y don Fadrique, de la misma edad que don Pedro con la diferencia de unos meses, todos los demas eran menores y algunos de ellos hasta niños. Tan luego como pasó de esta vida su padre, subleváronse don Enrique y don Fadrique á impulsos del miedo; se sometieron asi que se les aseguró de peligros; mas despues fué mala manera de mantenerlos obligados el asesinarles su madre.

Antes que otro alguno presume el señor Amado que acomete la empresa de vindicar al rey don Pedro, reconociendo la veracidad de Lopez de Ayala, y aun tomando su crónica por base y punto de partida. Harto revela con esta asercion terminante que le es del todo desconocida la *Apología del rey don Pedro*, escrita é impresa en el siglo pasado por don José Ledo del Pozo y con plan y fundamento idénticos á los que juzga el señor Amado originales de su caletre. Ya con esta noticia, búsquela y la encontrará sin trabajo; léala y se convencerá de que hubo quien le precediera en ese camino; parangone aquella obra con la suya y falle imparcialmente sobre quien supera á quien, ya se atienda á la forma ó á la sustancia, y sobre si, habiéndose de quedar muy atrás en la tarea que emprendia respecto de los que se esforzaron por llevarla á remate, no valia mas que empleara mejor su ingenio, su estudio y sus horas. Con muy otro instinto que el señor Amado, escribió el señor

García Jove, mozo todavía, unas *Reflexiones sobre el reinado del monarca*, que acaban de ver la luz ahora. Nada contienen de nuevo, ni el malogrado García Jove se hallaba en edad adecuada á escribir de historia; mas ya se advierten allí indicios de que hubiera progresado en sendero tan espinoso.

Cuando en la solemne adjudicacion de los premios de la Academia hice alusion al personage, que habia dado asunto á mi escrito, lei, entre otras, estas palabras:— «A no haber sobrevenido la terrible noche de Montiel, nadie se hubiera estimado en tan poco que probase á atenuar en lo mas leve la censura de que es digno aquel mónstruo de crueldad y de barbarie; pero es tan meritoria la virtud santificante del infortunio que, no obstante la ley providencial que condenaba á morir á hierro al que á hierro habia matado, todavía puede la inspiracion poética, nunca el grave análisis de la historia, buscar simpatías á un príncipe, que acabó en funeral desventura el proceloso hervor de sus desmanes.»

Cuestion es para ventilada muy despacio la de inquirir hasta donde se extiende en puntos históricos la facultad de fingir que se reconoce á los poetas. Por de pronto no titubeo en afirmar que las producciones dramáticas en que se propende á vindicar la memoria de los que la dejaron infame, como por ejemplo, *el conde don Julian y el rey Mauregato*, me hacen el mismo efecto que aquellos romances del *Guapo Francisco Esteban* y otros héroes de esta calaña, y que las relaciones enderezadas á apologizar muchos rasgos de los contemporáneos *José Maria y Jaime el Barbudo*, y que obras tales como *El corazon de un bandido*. Me parece inmoral y de pésimo ejemplo la improba tarea de buscar disculpas ó explicaciones á las fechorías y á las perversidades, y atribuir á las gentes de mala vida superioridad de sentimientos. Por razones análogas juzgo que se rebaja y prostituye el estro sublime de origen celeste, dedicándolo á rehabilitar en el concepto público á aquellos sobre quienes recayó el fallo condenatorio de los que les conocieron de cerca, y que ha sancionado de siglo en siglo la posteridad casi en masa.

No hace muchos años que el insigne poeta don José Zorrilla quiso hacerlo así en lo primera y segunda parte de *El zapatero y el rey* á propósito de don Pedro, soltando especies que la crítica histórica desprecia por absurdas, aunque en las tablas ganara con ellas muchos aplausos. Se nos figura á pesar de todo, y consuela á los amantes de la verdad el creerlo, que la boga de los estudios históricos va desterrando hasta de la escena el detestable abuso de alterar sucesos notorios y de

desfigurar bien conocidos caracteres. Si don José Zorrilla no tuvo aprension ninguna en presentarse como adalid del rey don Pedro, otros poetas del calibre de don Manuel José Quintana, don Antonio Gil de Zárate, don Dionisio Solís y don José Espronceda, fijándose en la época misma y á impulsos de inspiracion dignísima y noble y aun santa, se anunciaron como campeones de la verdad y de la justicia y de la inocencia, al describir las grandes virtudes, los espantosos infortunios y el trágico fin de doña Blanca, á quien cupo en mala suerte partir el tálamo con aquel monstruo.

Llegada es la hora de que un resumen general de lo escrito ponga remate á mi trabajo. Contra don Pedro de Castilla está el voto unánime de los que alcanzaron su tiempo. Lopez de Ayala, cronista de muy legítimo renombre y que no abandonó su servicio mientras se pudo mantener en sus reinos; don Pedro IV de Aragon, que muy á su pesar le hizo guerra; Juan Froissart, que le veia desde Francia; Mateo Villani, que le calificaba desde Florencia; Ben Jaldun, que le podia temer en Granada; Inocencio VI, que desde la altura de la silla apostólica le juzgaba con recto fallo; el arzobispo Alvarez de Albornoz, deudo sin duda del cardenal del propio apellido, que, abominando sus crueldades, huyó á Italia; el que escribió de su reinado por orden de don Pero Fernandez Niño, que fué de los parciales resueltísimos de su causa y de los defensores de su memoria, sin que le intimidaran los sufrimientos, ni alcanzara á domar su entereza otro poder que el de la Parca; todos, todos le calificaron de *Cruel* y le pintaron con negras tintas,

Testigos inmediatos fueron Berenguer de Puig Pardinna, Rodriguez de Cuenca, dispensero mayor de la reina doña Leonor, esposa de don Juan I, don Rodrigo Sanchez de Arévalo, obispo de Palencia: cuando escribieron sus historias, ya habia acabado el espíritu de partido á propósito de don Pedro y de don Enrique el Bastardo; doña Catalina, nieta de aquel, y don Enrique III nieto de este, hicieron bodas y con ellas manifestóse el gran pensamiento de sepultar en el olvido las divisiones que produjeron la catástrofe de Montiel el 23 de Marzo de 1369: sin otro estímulo que el de la verdad se manejaban ya las plumas; y sin otro interés que el de que brillara como la luz del medio dia, tambien los referidos escritores acriminaron á don Pedro por sus bárbaras crueldades.

Si á fuentes de origen tan legítimo y puro pudieran acudir siempre los que inquieren las cosas pasadas, ya no habria arcanos de ninguna especie en historia. De mucho mas abajo nacen y turbias corren á vista

de ojo las que siguen por direccion opuesta. Su primer principio no se descubre mas allá de la mitad segunda del siglo XV en el Anónimo Adicionador del Dispensero, que, pintando á don Pedro tan *cruel* ó mas que le describen Lopez de Ayala y sus contemporáneos todos, se complace en decir á bulto que hay dos crónicas suyas, *la una fingida por se disculpar de la muerte que le fué dada*. A este noticion vago corresponde el añadido por Gracia Dei sobre ser don Juan de Castro, obispo de Jaen, el autor de la verdadera. Y júntase al uno y al otro el del vil romance, que circuló á la par sin duda, suponiendo que la reina doña Blanca estuvo en cinta por consecuencia de sus deshonestos amores con el maestro don Fadrique, segun *sonaba entre las gentes aunque no por sabida cosa, ó como lo decia el vulgo, no sabiéndose por de cierto*.

Estas son las únicas fuentes donde beben los que porfian con el fin de que el título de *justiciero* se añada al nombre de tal soberano. Dicho y probado queda á la larga que nadie ha visto la llamada crónica verdadera y que todas las probabilidades y las mas fundadas conjeturas mueven á asegurar que la pluma del obispo don Juan de Castro no produjo tal obra; y lo de que hubo un ejemplar de ella en el monasterio de Guadalupe, hasta que el doctor Lorenzo Galindez de Carvajal lo extrajo de allí de orden de Fernando V, devolviendo el hijo de aquel en su lugar y al cabo de años otro manuscrito de las crónicas de Lopez de Ayala, queda muy formalmente desmentido con la simple cita de la nota estampada por fray Diego de Cáceres, monge de aquella casa, en el pergamino que servia de guarda al libro precioso, rescatado por su grande y solícito celo. Sobre la ignominia de atribuir á doña Blanca de Borbon culpas de impureza; ignominia que alcanza tanto al mal romancista que soltó la especie con todos los visos de embuste, como á los que la prohiaron é hicieron por acreditarla de positiva, inventando que don Fadrique salió al encuentro de aquella infeliz hermosura hasta la frontera, y sosteniendo que en tal sazón se enamoraron perdidamente y dieron motivo á don Pedro para huir de su esposa, nada resta añadir tampoco. Fuera de que es contrario á la hidalguía mas comun, y que cabe dentro de cualquier pecho, mancillar el honor de una dama por meras hablillas, es evidente que don Fadrique no fué á recibir á doña Blanca á la frontera ni á parte alguna, no habiéndose movido de las tierras de su maestrazgo, como consta en las fechas de los privilegios que expidió mientras la reina hacia el viage.

Por no querer pasar por alto lo que la poesía lírica y la dramática de la antigüedad mas remota han opinado sobre don Pedro, ni las tradi-

ciones referentes á su persona, se ha demostrado asimismo que su retrato no lo varían en la esencia, por mas que á veces se note el ahínco de hermosearle con ciertos rasgos.

Dos series de escritores siguen, pues, desde fines del siglo XV hasta la época presente, rumbos distintos á propósito de don Pedro de Castilla: unos le califican de *Cruel*, otros de *Justiciero*. Mas los que le califican de *Cruel*, no sin examinar auténticos datos y reconocer la veracidad de Lopez de Ayala, se llaman Hernan Perez del Pulgar, Gerónimo de Zurita, fray José de Sigüenza, el Padre Juan de Mariana, don Diego de Saavedra Fajardo, don Francisco Ramos del Manzano, don Diego José Dormer, don Juan Ferreras, fray Benito Gerónimo Feijóo, fray Enrique Florez, don Eugenio Llaguno y Amirola, don José Ortiz y Sanz, don Alberto Lista, don Francisco Martinez de la Rosa, don Modesto Lafuente, bien conocidos todos por el puesto elevado que ocupan en la república de las letras: de un mismo punto de partida arrancan uniformes, y vienen por senderos iguales á parar en un término propio, robusteciendo mas y mas cada uno el juicio, en que concuerdan sin discrepancia, con nuevas razones, segun los progresos de la crítica y el mayor fruto de sus diligentes indagaciones. Por el contrario, los que encomian á don Pedro de Castilla por *Justiciero*, oponiendo á la autoridad de Lopez de Ayala el supuesto de que le contradijo el obispo don Juan de Castro en fé de lo que Gracia Dei aventura, se llaman don Diego ó don Francisco de Castilla, don Luis Salazar y Mendoza, don Juan Antonio de la Vera, don Lorenzo Ramirez de Prado, don José Berni y Catalá, don José Ledo del Pozo, ó no osan estampar sus nombres como el que se vale del anagrama de don Lino Picado y el D. J. M. M. de Sevilla, ó lo anuncian pomposamente como don José María Amado y Salazar, por efecto sin duda de la irreflexion natural de los pocos años. Estos han colocado la cuestion en terrenos muy diferentes, pues, cuando se les puso en aprieto que les hizo evacuar alguna de sus posiciones, no omitieron diligencia á tal de parapetarse dentro de otra, y aun sostienen así su bandera, bien que batiéndose cada vez mas en retirada. Imposibilitados de presentar la crónica del obispo don Juan de Castro y hasta de citar quien la haya visto, y sonrojándoseles culpar de adúltera á doña Blanca sin prueba alguna grave, ni leve; ora afirmaron que, aun probadas las crueldades del rey don Pedro, no se hallaban autorizados los historiadores para contarlas; ora tantearon el recurso de poner la fatalidad gentílica de por medio, á fin de que á don Pedro no se le sobrenombrara el *Justiciero*, ni el *Cruel*, sino el *Necesitado*. Mas siendo entre católicos

muy obvio que dependió simplemente de su libre albedrío ser ó no ser azote de sus vasallos y escándalo de todo el mundo, y negándose á transacciones los que, luego de remontarse á las solas y legítimas fuentes, y fortalecidos por la crítica sana, y con la verdad por único norte, se presentaban invencibles á fuerza de multiplicar datos para confundir á sus impugnadores, hoy han llegado ya á reducirles á no tener otro arbitrio alguno de persistir en su temeraria porfía que el de sostener un contrasentido, cuya fórmula es la siguiente:—*No se puede negar por mas tiempo la veracidad de Lopez de Ayala; mas de su crónica resulta que don Pedro de Castilla no fué Cruel sino Justiciero.*

Harto declaran de esta suerte que es causa perdida la suya. Para sostenerla ya no sugiere argumentaciones sutiles la adulacion servil al trono, pues no se exageran, como en dias antiguos, las obligaciones del vasallaje; ni el interés de familia, aun cuando no se hayan extinguido todos los que de aquel soberano descendan por líneas bastardas; ni la facultad de fingir que se concede á los poetas, dado que, por mas que algunos ingenios, mas ó menos felices, adulteren con las galas de la poesía la historia, ya su voz expira sin que halle eco entre las gentes de mediano discurso, y mas con la multiplicidad de recursos que ofrecen la rapidez fabulosa de las comunicaciones y la imprenta vivificante y la crítica razonada y la creciente aficion á los estudios graves, para estorbar eficazmente que echen raíces tamaños errores. Segun el punto á que ha llegado la cuestion debatida siglo tras siglo hasta el presente, bien se puede afirmar de plano que, si aun hubiere quien se obstinare en salir á la defensa imposible y hasta absurda del rey don Pedro de Castilla, solo conseguirá hacer patente la ligereza de juicio de muchos que manejan la pluma y que no discurren con rectitud cuantos publican sus pensamientos.

ANTONIO FERRER DEL RIO.

HISTORIADORES PRIMITIVOS DE AMERICA.

EL ALEMAN ULDERICO SCHMIDEL, EL ADELANTADO ALVAR NUÑEZ CABEZA DE VACA, EL ARCEDIANO DON MARTIN DEL BARCO CENTENERA, EL CAPITAN RUI DIAZ DE GUZMAN, Y EL JESUITA GUEVARA.

II.

Pasemos á Rui Díaz de Guzman: empieza Azara manifestando que siendo sobrino de Alvar Nuñez, y habiendo sido procesado por las razones que esplica, tuvo que ausentarse del Paraguay y retirarse al Perú, donde escribió su historia; y que basta esto para que no se le tenga por escrupuloso. Dice ademas que en vez de verdades cuenta novelas, altera las fechas cuando lo necesita para intercalar expediciones fingidas, forja grandes batallas, ejércitos numerosos, fortalezas, flechas envenenadas y otras cosas que inventa para honrar á su padre, abuelo y tio; acrimina á varias personas, y finalmente, su narracion hace conocer que estaba poco impuesto, principalmente del rio Paraguay y de sus naturales.

En cuanto á la razon que da Azara para considerarle como poco escrupuloso, es decir, su parentesco con Alvar Nuñez, asi como las acriminaciones que dirige á varias personas por los motivos que supone, la lectura detenida y el cotejo de su historia con las de otros, demuestra cuán distante estuvo Rui Díaz de dejarse dominar por tales influencias

hasta el extremo que aquel nos pinta. Y no solo es así, sino que hasta se encuentran en él rasgos de la mas noble y estricta imparcialidad. Véase en prueba como refiere (lib. III, cap. XVI) el motin suscitado contra su padre por sus enemigos, y las dos prisiones que sufrió, con la circunstancia de que en la última (cap. XVII) «ademas de haberle remachado dos barras de grillos, fué metido en una mazmorra con notable riesgo de la vida, padeciendo mil vejaciones y molestias.» Y Rui Diaz, sin embargo, su hijo, convencido como nosotros de la injusticia hecha con su padre, ni una sola reconvencion dirige á sus autores, contentándose con añadir «que al cabo de un año se le desterró á una casa fuerte donde estuvo otro año, hasta que fué Nuestro Señor servido librarle de esta prision.»

Mucho tendriamos que decir si tratásemos de examinar detenidamente las causas verdaderas del proceso á que dió margen la conducta del historiador en la Guaira, de cuya provincia era gobernador, obligándole á salir del Paraguay. Pero aun dando de barato lo que Azara supone, nadie nos negará que si hay parcialidad, esta no puede entenderse de sucesos que no figuran en su historia, aunque pertenezcan á su vida pública, pues como queda ya sentado, y el mismo Azara confiesa, la segunda parte no fué escrita, ó si lo fué, se ha perdido; y la primera concluye de 1575 á 1576 con la noticia del nombramiento de Gonzalo de Abreu, sucesor de Garay, época en que el autor apenas tendria veinte y un años, segun el cálculo de Azara, que opina nació en 1554, *sobre poco mas ó menos*.

Añade el referido escritor «*que en vez de verdades cuenta novelas,*» y aduce en prueba cuatro ejemplos que, con perdon suyo sea dicho, considerados aisladamente y como él los presenta, no tienen para nosotros el carácter que les da. ¿Pues qué? ¿nunca se ha visto á una bestia feroz hacer lo que la leona con la *Maldonada*? ¿Es tan inaudito, tan difícil de creerse que encontrándose aquella en la crítica situacion que describe Rui, se apiadase de su victima? El leon africano que en el circo de Roma, devorado por el hambre, se puso á lamer los pies del esclavo que le arrojaban en vez de despedazarle; el que en Florencia dejó caer de su boca el niño que una madre desesperada le pedia de rodillas, y otros mil casos que podrian citarse, ¿no demuestran de un modo incontestable que tambien los animales tienen corazon y un destello de inteligencia que á veces les hacen elevarse hasta el hombre, así como éste degradado por sus pasiones, descende á veces y se confunde con ellos?...

Creemos que se leerá con gusto la sencilla y patética narracion de Guzman, que podria servir de argumento para una bellissima leyenda.

Despues de referir el hambre espantosa que sufrieron los fundadores de Buenos Aires, cuyo cuadro no nos parecerá exagerado si recordamos las relaciones contestes de todos los escritores, escepto Azara, y lo que nos dice uno de los primeros exploradores del Rio de la Plata (1), añade Rui Diaz:

«Sucedio que una muger española no pudiendo sobrellevar tan grande necesidad, fué constreñida á salirse del real é irse á los indios para poder sustentar la vida. Y tomando la costa arriba llegó cerca de la Punta Gorda en el monte Grande, y por ser ya tarde buscó donde albergarse; y topando con una cueva que hacia la barranca de la misma costa, entró por ella, y repentinamente topó una fiera leona que estaba en doloroso parto. La cual vista por la afligida muger, quedó desmayada, y volviendo en sí, se tendia á sus pies con humildad.

«La leona que vió la presa, acometió á hacerla pedazos, y usando de su real naturaleza, se apiadó della, y desechando la ferocidad y furia con que la habia acometido, con muestras halagüeñas llegó hácia la que hacia ya poco caso de su vida; con lo que cobrando algun aliento, la ayudó en el parto en que actualmente estaba, y parió dos leoncillos, en cuya compañía estuvo algunos dias, sustentada de la leona con la carne que de los animales traia. Con lo que quedó bien agradecida del hospedage por el oficio de comadre que usó.

«Acaeció que un dia, corriendo los indios aquella costa, toparon con ella una mañana al tiempo que salia á la playa á satisfacer la sed con el agua del rio; donde la cogieron y llevaron á su pueblo, y tomola uno de ellos por su muger (2).»

Y al fin del capitulo siguiente concluye su historia de este modo.

«... habiendo salido á correr la tierra un caudillo en aquellos pueblos comarcanos, halló en uno de ellos y trajo en su poder aquella muger de que hice mencion arriba, que por hambre se fué á poder de los indios, la cual, como Francisco Ruiz la vió, condenó á que fuese echada á las fieras para que la despedazasen y comiesen. Y puesto en ejecucion su mandato, cogieron á la pobre muger, y atada muy bien á un árbol, la dejaron una legua fuera del pueblo, donde acudiendo aquella noche á la presa gran número de fieras, entre ellas vino la leona á quien

(1) Véase la curiosísima carta de Ramirez sobre el viage de Gaboto, en la coleccion de Muñoz, tomo 34.—Documento núm. 4.

(2) Argentina, lib. I, cap. XII.

esta muger habia ayudado en su parto. La cual, conocida por ella, la defendió de las demas fieras que alli estaban y la querian despedazar; y quedándose en su compañía, la guardó aquella noche y otro dia y noche siguiente, hasta que al tercero fueron allá unos soldados por orden de su capitan, á ver el efecto que habia surtido de dejar alli aquella muger, y halláronla viva, y la leona á sus pies con sus dos leoncillos, la cual sin acometerles se apartó algun tanto, dando lugar á que llegasen. Lo cual hicieron, quedando admirados del instinto y humanidad de aquella fiera; y desatada por los soldados, la llevaron consigo, quedando la leona dando muy fieros bramidos, y mostrando sentimiento y soledad de su bienhechora, y por otra parte su real instinto y gratitud, y mas humanidad que los hombres.

»De esta manera quedó libre la que ofrecieron á la muerte..... algunos atribuyeron esta sentencia tan rigurosa al capitan Alvarado, y no á Francisco Ruiz; mas cualquiera que haya sido, el caso sucedió como queda referido.»

En cuanto á las alhajas de plata, que suponemos serán las que poseian los chiriguanos, ó las piezas de este metal, las manillas de oro y manzanas de cobre que los caciques guaraní dieron á Gaboto en remuneracion de sus dádivas, y que el autor indica (lib. I, cap. VI), y tambien Guevara (lib. II, cap. I), como procedentes del Perú, esceptuando las manzanas de cobre, cuyo metal parece que era muy raro entre los peruanos, rebajando por supuesto algo de los *quinientos marcos de vagilla*, no vemos inconveniente en creer lo que afirma.

Es verdad que no ha faltado quien ponga en duda con muy sólidos argumentos la existencia de tantas riquezas y primores en la fabricacion de los metales como se cuentan de los indios; pero Prescott al demostrarnos (*Conquest of Mex.*, t. I, pág. 88; t. II, pág. 5) con hechos y autoridades irrecusables los progresos que habia hecho la mineralogia entre los mejicanos, que encontraron el medio de sustituir el hierro, cuyo uso no conocieron, con una liga de estaño y cobre, nos habla de su perfeccion en el arte de labrar y cincelar los metales, dándoles curiosas y fantásticas formas, y haciendo entre otras cosas, vagillas de oro y plata, esculpidas con rara y delicada maestría, en cuyas ingeniosas obras, segun la opinion de los historiadores que cita (Sahagun, Boturini y Torquemada); no podian menos de reconocer su inferioridad los plateros españoles. Y se sabe que en esta parte estaban tanto ó mas adelantados los peruanos que los mejicanos. Garcilaso cuenta (*Comentarios reales*, t. II, cap. XXV al XXXI) cosas mas asombrosas de su ha-

bilidad. Y si bien es posible que haya mucha exageracion en lo que refiere, por mas que diga y repita «que escribe lo que mamó en la leche, vió y oyó á sus mayores» (t. cit., pág. 203), algo ha de ser cierto de las imágenes, pilares, sillas, planchas, caños, alhajas de oro y plata, y de aquel famoso jardin donde habia «muchas yerbas y flores de diversas suertes, muchas plantas menores, muchos árboles mayores, muchos animales chicos y grandes, bravos y domésticos, y sabandijas de las que van arrastrando, como culebras, lagartos, lagartijas y caracoles; mariposas, pájaros y otras aves mayores del aire, cada cosa puesta en el lugar y mas al propio á lo natural que remedaba;» ¡siendo todas estas maravillas ¡oh carísimo lector! de oro y plata macizas!

Proviniedo, pues, los metales y alhajas de los chiriguanos y guaranis del Perú, en donde hicieron frecuentes irrupciones los primeros por la parte de Santa Cruz de la Sierra, de cuyo territorio se enseñorearon al fin, bien se puede creer lo que nos cuenta Guzman.

Bien se puede creer, porque sin ir hasta el Perú, en las provincias argentinas, despues de 1840 principalmente, se han explotado algunas minas *de oro y plata* que ya eran conocidas en tiempo de los incas, y de las que hizo poco caso el gobierno español, unas veces por los exorbitantes gastos que demandaba su explotacion, otras por lo apartado y peligroso de los sitios donde estaban situadas, y no pocas por las atenciones de interés preferente que pesaban sobre los gobernantes.

En un antiguo documento escrito por persona competente, de la coleccion del señor Muñoz (t. XXXIX, núm. 34), se lee:

«En esta tierra ai minas de oro descubiertas, i se an hallado entre los naturales muchos metales de plata ricos, tiénense noticias de muchas minas de plata, i anse hallado grandes asientos dellas del tiempo de los Yngas....»

Y Ramirez hablando de sus amigos los guaranis que le acompañaban, dice:

«Estos traen mucho metal de oro y plata en muchas planchas y orejeras.»

Y mas adelante.

«El señor capitan general pudiera aqui resgatar mucho oro y plata, é no lo hizo porque los indios no tuviesen pensamiento que la intencion de nuestra hida hera con quidia del dicho metal....»

Pero queremos, en prueba de lealtad y del sincero anhelo con que buscamos la verdad, queremos alejarnos de este terreno, queremos salirnos de los estrechos límites del prólogo y buscar a Azara en el vasto

campo de su obra. Nos place creer que no ha sido en este sentido que habló de las alhajas de los indios, aunque en distintas ocasiones recarga y vuelve sobre el mismo tema. Leyendo con detencion las razones que espresa mas adelante, parece probable, pero no indudable, que tanto en este hecho como el que se refiere á Garcia Rui se equivocó en algunos detalles, tergiversó alguna fecha, el nombre de algun lugar ó rio, cosa muy natural á uno que escribe por tradicion, sin documento de un carácter oficial ni grandes conocimientos de un país que entonces era muy poco conocido; y solo así eslabonando Azara diestramente muchos hechos ciertos con inducciones suyas que presenta como verdades innegables y que no estamos en el deber de creer, porque no las hemos visto en ningun autor (y hemos leído algunos), en vez de rectificar como debia los errores de Rui y Lozano buscando y demostrando su origen, los abruma (tomo II, pág. 14) con todo el peso y el rigor de una crítica que podrá, en efecto, ser cierta bajo algunos, pero no bajo todos conceptos. Los hechos capitales aquí, prescindiendo ahora de detalles y fechas, eran la existencia ó la posibilidad de que existiesen las alhajas regaladas á Gaboto: la identidad de Alejos Garcia y de su hijo; es si pudo ó no conocerle ó no conocerle el autor, y mientras Azara no alegue otras razones que las que da, nos abstendremos de calificar de novelas lo que Guzman nos cuenta.

Respecto á las transmigraciones de los chiriguanos, probablemente Azara se refiere á lo que dice Rui Diaz en el cap. V del lib. I; y los profundos estudios, cálculos y observaciones de Humboldt en una de sus obras mas famosas (vistas de las Cordilleras) sobre las primitivas razas del imperio mejicano y peruano, su marcha, civilizacion, cosmogonia, monumentos etc., nos hacen creer por induccion que no son tan gratuitas ni faltas de tino las suposiciones del autor de la Argentina; y como por otra parte, en este como en otros puntos relativos á los pueblos primitivos de América solo se pueden hacer hipótesis mas ó menos fundadas, segun la juiciosa observacion del sabio jesuita Guevara, porque se rozan con cuestiones que están fuera de los límites de la historia y que acaso ni filosóficas son (Humbolt-Essai sur la Nouv. Esp. t. I, página 349) no alcanzamos la razon de tachar y calificar de erróneas opiniones que en nuestro concepto, tienen tanto fundamento, pueden adoptarse y defenderse tan bien como las mas probables y que mas visos tengan de verdad.

Réstanos el último caso y el mas difícil de resolver por cierto: las observaciones de Azara son muy fundadas y de gran peso, pero á jui-

cio nuestro, no desvanecen del todo la duda. Prescindiendo por un instante de su mayor ó menor verdad, el hecho referido por Rui, tiene un carácter de verosimilitud indisputable. No se conserva tradicion entre los indios, no se ha alegado en repetidas ocasiones por los portugueses, y siempre que se ha tratado de deslindar sus respectivos límites de los de España, no solo que ellos fueron los primeros descubridores del Rio de la Plata, sino tambien el ulterior derecho que habian adquirido en seguida, por varias excursiones, practicadas en el territorio argentino, por algunos aventureros de su nacion en el intervalo que medió entre el descubrimiento de Solís y la llegada de don Pedro de Mendoza?

No dice Rui clara y espresamente (lib. I, cap. V) que en el año de 1526 salieron de San Vicente cuatro portugueses, entre los cuales iba Alejos García, y despues de narrar el resultado de la comision que les encargara don Martin Alonso de Sosa, señor de aquella capitanía, no escribe que «los indios que habian ido con él á la jornada, le acometieron una noche y le asesinaron lo mismo que á sus compañeros sin dejar con vida mas que á un hijo de García, que por ser de poca edad no le mataron,» y aun dando de barato que así no fuese, ¿por qué hemos de tener á Rui Diaz por impostor en lo que despues cuenta cuando ningun interés tenia en mentir? ¿Por qué hemos de preferir la opinion de Alvar Nuñez á la suya? ¿Por qué no hemos de creerle cuando afirma que conoció al niño y que se llamaba Alejos García como su padre? ¿No nació Rui Diaz en 1554? ¿Suponiendo que el hijo de García tuviese ocho ó diez años cuando aconteció esta catástrofe, no tuvo aquel tiempo de sobra para conocerle en su niñez y hasta en su juventud? ¿Por qué calificar esto de novela?

A la verdad, mas estraordinarias y sin disputa falsas, son otras cosas en que no se ha fijado Azara, como los milagros que atribuye Rui á Alvar Nuñez «al que estando cautivo, fué el Señor servido de darle el don de hacer cosas miraculosas, como fueron el sanar enfermos, dar vista á los ciegos, y lo que es mas, resucitar un muerto con solo tocarle, diciéndole: en el nombre del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo. ¡Tan grande era su fé!» (Lib. II, cap. I.) La nuestra por grande que sea se resiste á darle crédito, aunque con este motivo el autor del *Exámen apoloético* de la vida y peregrinaciones de Alvar Nuñez, observa «que se puede piamente creer que Dios obraba milagros en las curas de los indios para disponerlos y atraerlos al conocimiento de la Divinidad.»

¿Y qué diremos del espantoso reptil que «despues de muerto por los españoles fué averiguado de los naturales de aquel partido que ha-

cian adoracion á esta serpiente, en quien estaba el diablo y les hablaba y respondia?» (Lib. II, cap. III.) Errores cuyo origen hemos explicado ya, y cuyos ejemplos mas notables se reducen en la historia mencionada á los dos que acabamos de citar; siendo por otra parte rarísimos los de otro género, siquiera incurra á veces el autor en el mismo defecto en que incurre Schmidel con toda su *imparcialidad, ingenuidad y exactitud*, al hablar del número de los indios, sus atrincheramientos, etc., siquiera no poseyese los documentos y datos que Azara tuvo á su disposicion en los archivos de la Asuncion y Buenos Aires.

Dice en fin, Azara, que la narracion de la historia de Rui Diaz nos hace conocer que estaba poco impuesto en el curso del rio Paraguay y sus naturales: y ¿qué contestaría el célebre viajero si le demostrásemos que las recientes observaciones de d'Orbigny y de Bonpland y de los marineros de la Beagle han patentizado que él tambien se equivocó algunas veces, á pesar de sus conocimientos científicos y especiales en la materia? ¿Qué diria si le recordásemos lo que él escribe con una franqueza y modestia que le honran al hablar de los tributarios de este mismo Paraguay y del Paraná, Tebicuaré, etc..... «no puede menos de haber en estas observaciones *muchos yerros* que no podrán corregirse hasta que pasando *bastantes siglos* se estienda la poblacion por todos ellos.» Desc. é hist., tomo I, cap. I.) ¿Y dejarán por eso de ser menos recomendables sus trabajos? Su gloria menos legitima y grande? ¡No! porque como observa uno de esos entendidos viajeros, en ciertas regiones de América, donde la naturaleza en toda su fuerza y primitiva virginidad aun, se desarrolla lejos del alcance de la ciencia, existen muchos misterios geográficos que ésta todavia no nos ha revelado. Causas que si no ignoramos, apenas conocemos vagamente, porque no poseemos una serie de observaciones que las consignent como hechos averiguados é incontrovertibles, producen continuos fenómenos; y el cambio de direccion de un rio, por ejemplo, la pérdida ó aumento de sus afluentes, ó la explosion de un volcan, producen á veces resultados que pueden variar la topografía de un pais en un espacio y tiempo determinados.

Dejamos al buen juicio del lector, deducir si es injusto ó no Azara cuando tan duramente juzga á un hombre que, además de reunir en un grado eminente las circunstancias que hemos apuntado mas arriba, nació en el centro de una colonia (la Guayra) rodeada de tribus belicosas con las que era preciso luchar continuamente; á un hombre que conoció la desgracia desde sus mas tiernos años, y, sin instruccion ni modelos que poder imitar, pues sobran razones para creer que nada de lo poco que

se habia escrito sobre América, esceptuando tal vez el poema de Barco habia llegado á su noticia, compuso, perseguido y proscripto, una historia, que indudablemente merece ese nombre.

Hé aquí resuelta la cuestion con dos palabras, que soltaríamos antes, ahorrándonos tiempo y trabajo, si, como tenemos de costumbre, á riesgo de desagradar á cierta clase de lectores, no hubiéramos querido esponer primero los hechos para en seguida fundar nuestra opinion, que emitir esta desde luego en tono dogmático y magistral. Ahora que nos consideramos con derecho para hacerlo, decimos que la Argentina de Rui Diaz, salvo algunos defectos, (¿y qué obra no los tiene?) que no negamos, es una verdadera historia mas en el fondo que en la forma: que su fondo es bueno deduciéndolo de lo que llevamos espuesto, y su forma mas que aceptable, atendida la persona, el pais, la época, las circunstancias en que se encontró y elementos con que contaba el autor: lo que equivale á decir que el plan está perfectamente dispuesto, que el estilo, sino muy correcto, en cambio es fácil y sencillo como elevado y vehemente cuando conviene, la narracion está realzada con oportunos rasgos de ingenio y amenizada con muchas noticias interesantes y curiosas; y si es cierto que los pensamientos trazados sobre el papel transparentan el alma de su autor, el corazon del proscripto debia ser muy bueno, el hombre privado debia corresponder al escritor público, cosa rarísima en todos tiempos y hoy mas que nunca, segun parece.

«Y como es superfluo, dice el historiador de Méjico (William Prescott), refiriéndose á un compañero de Cortés, criticar segun las reglas del arte una obra, que indudablemente ha sido escrita en la mas completa ignorancia de esas reglas, y que en todo caso, por mas que la critiquemos, será siempre leida y releida por doctos é indoctos, mientras las composiciones de los historiadores mas clásicos dormirán tranquilas en sus estantes;» por estas y otras razones, que comprenderá facilmente el que sepa discernir el mérito inapreciable de esta clase de libros, asignamos á Rui Diaz de Guzman el primer lugar entre los historiadores del Rio de la Plata.

Seremos mas breves con Guevara: Azara, despues de consignar el escasisimo mérito (en su opinion) de Lozano, otro historiador, que no hemos podido obtener á pesar de haberle solicitado con empeño, pero que conocemos, y que no nos parece tan malo como él dice; continúa de esta manera:

«Guevara purgó á Lozano de algunas cavilaciones y maledicencias

añadiendo otras insulsas; omitiendo cosas sustanciales, pone otras que no lo son, é ingiere sin venir al caso la historia del Tucuman.»

Como esta acusacion es de una vaguedad sin límites, como no es posible determinar cuales son esas cavilaciones y maledicencias mas insulas que las de Lozano, como no encontramos en el libro de Guevara esas omisiones notables de que se queja su Aristarco, como no reconocemos en la crítica el derecho de declarar que hay cosas insustanciales en una obra sin demostrarlo antes, y como el motivo de ingerir la historia del Tucuman en la del Rio de la Plata, es tan fundado como el de hablar del Paraguay, pues si tomamos la palabra del Rio de la Plata en la mezquina acepcion que Azara quiere darle se limitará únicamente á sus dos riberas, y no como parece mas natural y lógico y se ha entendido siempre, desde la creacion del vireinato de Buenos Aires por provincia del Rio de la Plata, es decir, todo el territorio comprendido en los límites señalados en el capítulo de nuestros Estudios Históricos donde exponemos la razon fundamental para considerarla de esa manera, no nos parece fuera de propósito, sino muy recomendable y natural intercalar en la historia del vireinato, la de una fraccion de él: y recapitulando todas las razones expuestas bien pudiéramos despreciar un ataque tan vago é indeterminado ó contestarlo con una simple negacion.

Pero es un escritor digno de todo nuestro aprecio el que habla; un escritor que merece hagamos un esfuerzo para comprender sus palabras, siquiera por la plena confianza con que serán generalmente acogidas; sus ataques se dirigen á otro que tambien apreciamos mucho, y del que tenemos una opinion enteramente diversa. Veamos, pues, si con la censura del primero en una mano, y la otra del segundo en la otra, ponemos al lector en el caso de fallar por sí mismo, ya que no le sea posible conciliar nuestras encontradas opiniones.

¿Qué entiende Azara por cavilaciones? ¿Acaso lo que cuenta Guevara de los pigmeos? (Prim. part., cap. III); ¿pero no dice ea seguida de manifestar el fundamento de lo que acaba de exponer: «Despues de toda esta autoridad, *dudo mucho* de la existencia de los pigmeos?» ¿Será por ventura el asentimiento que parece dar á lo que refiere Rui del famoso idolo (la serpiente-diablo) encontrado cerca de los Xarayes? (Pr., part., cap. XI). No: pues con sobrada cordura observa luego que este suceso merece el crédito que se da á los que escriben, «no como testigos oculares, sino por relacion de soldados que á las veces fingen mónstruos de horror, para aparecer héroes de valentía en su vencimiento.» Dígase

lo mismo de los *Cesares* (1), en cuya cuestion, despues de exponer con rara perspicacia, apoyado en cuantos hechos y datos existian en su tiempo, lo mas notable que se había escrito y se decia sobre el particular declara terminantemente. (Lib. II, cap. XII), que los *cesares* tan circunstanciados son *entes imaginarios* «que hizo existentes el vulgo con ficciones y novelas.» ¿Acaso lo que dice sobre el origen de los indigenas, sus tradiciones históricas, religion, cosmografía, migracion, gobierno, leyes, costumbres, idioma, trages, diversiones, casamientos, manera de fechar, nociones en la medicina y aptitud para las artes de imitacion? Ciertamente que no, cuando su impugnador se ha aprovechado tanto de esta primera parte de su obra, escrita con sagacidad, erudicion, sana critica, modestia é indisputable talento. «Esto nos pareció notar en las naciones americanas que habitan el Paraguay, Rio de la Plata y Tucuman,» dice el autor al fin, y ese modo de expresarse en un hombre tan competente como Guzman demuestra bien cual era el espíritu que guiaba su pluma.

¿Se referirá acaso Azara á lo que cuenta de la singular manera de reproducirse el guayacan? (Seg. part., cap. II). No: porque á continuacion añade el historiador. «Esta generacion es descrita sobre el dicho y autoridad de los indios, poco curiosos en indagar los arcanos de la naturaleza.» ¿Será sobre la breve pero preciosa reseña que nos hace en el mismo capitulo, de algunos árboles originarios de aquellas regiones? No, porque ademas de ser exacta, algunos, como el aramo, el *guembe*; el *caragnatá*, el *caycobé* y otros, están descritos con un brillante colorido poético que da la mas completa idea de su forma y propiedades. ¿Será porque confunde las especies ó altera los nombres? Justamente Guevara es el primero de los escritores que conocemos que ha hecho la siguiente importantísima observacion.

«Nuestros conquistadores, en la imposicion de los nombres á las cosas de indios y en la traduccion de voces exóticas, no se ciñeron escrupulosamente á la propiedad, ni esta era posible hallarla para denominar en nuestra lengua los árboles, las plantas, los frutos, las aves y animales tan peregrinos en Europa como agenos de su nativo idioma. Ellos, pues, se contentaron con alguna semejanza, á las veces genérica para denominar objetos peregrinos, y por medio de esa denominacion impropia, nos precisan á aprender las cosas diferentes de lo que en sí son.» (Seg. part., cap. XI, pág. 46).

(1) Ciudad encantada que se suponía existía en varios puntos de la América Meridional. La invencion se debe al inglés W. Raleigh.

Casi lo mismo que decimos de los árboles puede decirse de la parte de historia natural, si bien es probable que incurriera Guevara en mayores errores, cuando el mismo Azara no pudo evitar este escollo; pero nada hallamos que nos parezca desnudo de fundamento. Las extraordinarias petrificaciones del Paraná y Uruguay son conocidas de todos. Azara habla de ellas en el capítulo *de los ríos*: los huesos antidiluvianos y de una raza de hombres gigantesca, es un hecho averiguado. La gruta de Fingal en Escocia presenta fenómenos iguales á los de la cueva situada en la falda del cerro de *Ocompis*:—el origen que la tradicion atribuye á la laguna de *Yupacaray*, cuya historia está encerrada en su nombre, nos parece muy natural y digno de fé, siendo Guevara uno de los hombres mas profundos en los idiomas de los indios, y observando con tanta oportunidad: «que estas fábulas solo prueban que el humano ingenio, amigo de novedades, estiende hasta á los ríos, montes y serranías su estéril actividad y fecunda invencion.» (Seg. part., cap. III). ¿Serán cavilaciones para un cristiano el milagro que se verificó en la fundacion de Corrientes, con el leño sagrado que se mantuvo intacto en medio de las llamas con que le rodearon los infieles; (Lib. II, cap. XIII) cuando por mil circunstancias, preescindiendo de la creencia religiosa y de la sublime tradicion simbolizada en aquella cruz, que en tiempo del historiador existia y que creemos existe todavia, se puede explicar ese fenómeno?...

¿Serán maledicencias manifestar el origen de aquella calumnia tantas veces reproducida por el vulgo de Indias contra los jesuitas, de un peñol de Plata que beneficiaban escondidamente con detrimento de los quintos reales? (Lib. I, seg. part., cap. III). Se encontrará en el mismo caso la esplicacion confirmada por la historia, del justísimo motivo porque cayó en desgracia del soberano el descubridor del Río de la Plata (Libro II, cap. I,) y el carácter interesado del veneciano Gaboto que no debia ser muy bueno cuando á su vuelta le prendieron por delitos cometidos en Indias. (1).

¿Serán calumnias el narrar lo que sucedió despues de la rebelion contra Alvaro Nuñez: hechos que están mas que justificados por la mul-

(1) En el tomo 78 de la coleccion del señor Muñoz, en los apuntes de documentos y papeles del año de 1530, sacados de los libros de la casa de Contratacion de Sevilla, se lee:—La Reina—Alcalde de la justicia de Sevilla.—Soy informada que luego que vino á esa Seb. Gaboto, nuestro piloto mayor, los oficiales de la compañía, lo mandaron prender por delitos cometidos en Indias é le pusieron en las Atarazanas. Yo los mando que envíen á Gaboto preso al Consejo de Indias, etc.

titud de autoridades contestes que corroboran los juicios del historiador? ¿Lo que él nos cuenta, nos parece lo mas natural y probable atendida la indole de todo motin y sublevacion injusta contra una autoridad legitima? ¿Cave maledicencia para con unos hombres semejantes? ¿No era una consecuencia necesaria del paso que acababan de dar que «los leales al rey, (nombre entonces odioso) se ausentasen á los montes, donde vivieron algunos meses en increíbles penalidades; que algunos fueron ahorcados, pagando su lealtad con pena capital de infames; que solo el delito gozase inmunidad, y que á todos fuera lícito cuanto licenciaba la autoridad, codicia y lujuria.» (Lib II, cap. VI). Quien que conozca lo que aconteció en todas partes ¿extrañará lo que pasó en la fundacion de Santa Cruz de la Sierra, ni la conducta de los indios quienes «al principio correspondiendo al buen tratamiento de los españoles, eran humildes en el servicio, agradables en el trato, y prontos en pagar su moderado tributo, pero que luego que aquellos los gravaron con exacciones, se alzaron y con muerte de muchos castellanos se refugiaron á los montes y apostataron de la fé recibida?» (Lib. II, cap. VIII). ¿Es hoy un misterio para nadie que en los primeros tiempos de la conquista, los guaraníes aceptaban la paz de miedo, no sinceramente, puesto que en cuanto podian se rebelaban de nuevo? (Lib. II, cap. IX). ¿Serán maledicencias sus justas y filantrópicas reflexiones sobre *el infame abuso* que introdujo en América la insaciable codicia, y que parece obra divina *fantasia delirante*, reduciendo á esclavitud á los naturales *como si fuera fino hacerse dueños de sus tierras y ricos minerales*? ¿No cumple con sus deberes, como ministro de justicia y fraternidad, como ungido del Señor, como digno representante de la doctrina del Crucificado, cuando trata, atropellando intereses y preocupaciones muy poderosas y temibles, de arrancar la máscara á esa misma codicia. «Grande artifice de novedades para sus intereses, que se ingenió en llevar adelante sus ciegos proyectos y con la introduccion de un nuevo abuso suplió la privacion de otro?» (Lib. II, cap. XIX).

¿Se le debe calificar de maldiciente al dejarse arrebatar de una justa indignacion cuando habla de hombres y acontecimientos que no pueden menos de despertar las mas dolorosas impresiones en todo corazon bien puesto. Por mas imparcial que quiera ser un escritor, ¿no hay ocasiones en que es imposible conservar esa inapeable é indiferente serenidad que afectan algunos espíritus fatalistas, descorazonados y escépticos? Por nuestra parte, creemos con Villemain que la justicia imparcial del historiador no debe ser impasible: ¡qué es preciso que se exalte ó abata,

que sufra ó espere, que se regocije ó conduela de las cosas que cuenta!... ¡Es preciso que sea hombre antes que todo!

Ya hemos expuesto nuestra opinion respecto del modo como la critica puede y debe calificar de insustanciales ciertas circunstancias que concurren en una obra, y como para nosotros nada de insustancial ni inútil encierra la historia del ilustrado jesuita, como, en nuestro concepto es *buena*, bajo cualquier aspecto que se considere, en vez de hacer su apologia, que ciertamente no necesita, nos limitaremos á transcribir algunos periodos que patenticen las bellezas de que está llena y las buenas dotes que recomiendan á su autor. En estas pocas lineas, se verá el acierto, la facilidad y exactitud con que retrata la naturaleza, marca los abusos, describe una batalla, señala una circunstancia especial y característica de los salvages, ó elegante y filosóficamente diserta sobre las cuestiones que se propone examinar. No necesitamos añadir para dar mas importancia á estos fragmentos, que la historia de Guevara es muy poco conocida en España.

SALTO DEL GUAZÚ.

« Tiene su nacimiento á espaldas de la Cananea, desde donde y hasta descargar en el Paraná, corre mas de doscientas leguas, poderoso y rico con las aguas que le tributan otros rios, sobre sus márgenes oriental y occidental. En medio de su carrera se atraviesa una alta serranía, de cuya eminencia se precipita con todo el ímpetu de su corriente. Sus aguas parte siguen su curso natural, parte azotadas contra los peñascos, se rarifican en sutil espuma, que elevada sobre la cordillera, forma argentada nube, en la cual reverberan los rayos solares con indecible hermosura. Objeto á la verdad delicioso, que imitando la reflexion del espejo, deja claros intermedios para admitir los rayos del sol y transfundirlos por la parte opuesta con encontradas refracciones que ofrecen la novedad mas peregrina á la vista.» (Lib. II, cap. VI).

Merece tambien leerse la bella pintura que hace Azara en el capítulo IV del tomo primero de su *Descripcion é historia*.

FISONOMÍA DE LOS SALVAJES.

« las otras naciones de estas tres dilatadisimas provincias son de estatura y correspondencia de partes bastantemente propor-

cionadas, con alguna diferencia en facciones y en los que declina en aceitunado, en unos mas claro y en otros mas oscuro. La frente ceñida y humilde: rasgados y muertos los ojos; las narices chatas y abiertas; el rostro prolongado con demasía y abultado sobradamente. Todo el encaje de la cabeza y testura de facciones es vivo diseño de un ánimo agreste, incivil, tosco y propiamente bárbaro.» (Lib. I, cap. III).

EL YAHÁ.

«Justamente le podemos llamar el volador y centinela. Es grande de cuerpo y de pico pequeño. El color es ceniciento con un collarín de plumas blancas que le rodean; las alas están armadas de un espolón colorado, duro y fuerte con que pelea. Son amigos de sociedad y andan acompañados de dos en dos. En su canto repiten estas voces: ¡Yahá! ¡Yahá! que significan. «Vamos, vamos» de donde se les impuso el nombre. El misterio y significación es, que estos pájaros velan de noche, y en sintiendo ruido de gente, empiezan á repetir *Yahá, yahá*, como si dijeran, «vamos, vamos, que hay enemigos y no estamos seguros de sus asechanzas.» Los que saben esta propiedad del Yahá, luego que oyen su canto se ponen en vela, temiendo vengan enemigos para acometerlos.» (Libro I, seg. part., cap. V).

UNA CARGA DE GARAY.

«Los dos capitanes (Garay y Melgarejo) subieron Rio de la Plata arriba, y despartidos de una tormenta, Melgarejo libró con felicidad y Garay casi pereció náufrago con toda su gente. Al fin, ganó tierra, y entró en mayor peligro: porque Yapican con su ejército, repartido en siete escuadrones, se descubrió que caminaban hácia los náufragos españoles. A los cuales Garay: «Amigos, dice, aquí no resta otra cosa que morir ó vencer: peleemos con valor y la victoria esperemos de Dios;» y llamando en su ayuda al glorioso Santiago, cerró con el enemigo, y rompió el primer escuadrón que constaria de setecientos charruas. En seguida la caballería (doce eran los caballos) rompió los demas escuadrones con mucho destrozo de infieles.» (Lib. II. cap. XI.)

BATALLA DE LA MATANZA.

« Los querandis habitantes del país, se alteraron con la vecindad del español, y convocadas sus milicias y las de sus aliados, secretamente se avecinaban á la ciudad para sorprender á los porteños. Entre los indios se hallaba Cristóbal Altamirano, aquel noble extremeño que dijimos quedó prisionero de los charruas, y al presente era de los querandis, del cual se valió Dios para descubrir los intentos del enemigo. Porque compadecido de los españoles, escribió con un carbon un billete y asegurado dentro de una calabaza, fió el depósito á la corriente del riachuelo que corre al Sur de la ciudad. El lo encomendó á las aguas; Dios lo guió, y recibido de Garay se enteró del contenido y previno para esperar al enemigo. El cual estaba tan inmediato, que al siguiente día arrimó sus tropas y presentó la batalla. Peleóse de entrambas partes con obstinacion: los infieles arrojaban mechones de paja atados á las flechas y pusieron en confusion á los españoles que tenían que atender á las flechas que herian y á los mechones que abrasaban. Entre tanto las tiendas y pabellones de algodón y cañamazo ardian á su vista, y no se podia remediar el daño. El aprieto fué á la verdad grande, y venciera el enemigo si el valiente Juan Fernandez Enciso, no entrara espada en mano entre los infieles y con ella cortara la cabeza al comandante querandi.

«Muerto el general, que es el alma del ejército, los enemigos huyen precipitadamente y se les siguió el alcance muchas leguas con tanto destrozo y mortandad de infieles, que volvió á Garay un soldado:—«Señor general, le dijo, si la matanza que es ya tan grande continúa, ¿quién quedará para nuestro servicio?—Ea, dejadme, respondió Garay, que esta es la primera batalla, y si en ella los humillamos, tendremos quien con rendimiento acuda á nuestro servicio.»—Fué el fin de esta victoria y destrozo del enemigo en el sitio que desde entonces hasta hoy se llama el pago de la *Matanza*.....» (Lib. II, cap. XII).

ARMAS DE LOS INDIOS Y MODO DE MANEJARLAS.

«Venian desnudos trayendo dardos en las manos: arma que se compone de un palo largo, cuyo remate es en punta que suple bastante-mente la falta de mojaras. Es arma arrojadiza y algunas naciones

acostumbran usarla con un cordel que atan hácia la empuñadura, y la manejan á diestra y siniestra sobre el juego del brazo despidiéndola con tanto impulso, que á veces traspasa de parte á parte al ginete y le cose contra el arzon de la silla.»

«... algunas naciones usaban y aun hoy dia usan las bolas ó *libes*, que juegan con singular acierto y destreza extraordinaria. Son los *libes* tres bolas de materia sólida, cada una del peso de libra, poco mas ó menos, envueltas en cuero, asidas por la estremidad de tres cordeles largos, cada uno de dos varas y media ó tres, unidos todos en un mismo centro. En tiempo de caza y de guerra, cuando el lance ofrece oportunidad para su uso, juegan al aire los libes dándoles vuelta sobre la cabeza, hasta que tomando vuelo, los arrojan á grande distancia y enredan con ellos la caza que siguen y al enemigo que acosan. (Primera parte, cap. IV).

BIOGRAFÍA DE GARAY.

«Perdió la provincia en Garay una gran cabeza para el gobierno: los pobres lamentaron la muerte de su padre, en cuyo beneficio expendia gruesas cantidades: los soldados la de un excelente capitán, tan desinteresado en aprovecharse de los despojos, cuanto liberal en repartir lo que tenia, hasta vender los vestidos de su muger para socorrer necesitados. Fué hombre de gran corazón, de excelente disposición en las batallas de infieles, proporcionando con tanto acierto los medios á los fines que todas las batallas concluyó con felicidad y admiración.» (Libro II, cap. XII).

DIFICULTADES QUE SE PRESENTAN AL ESCRIBIR LA HISTORIA DEL RIO DE LA PLATA.

«La historia del Paraguay, Rio de la Plata y Tucuman, es obra verdaderamente difícil, superior á estudios ordinarios, y poco menos que insuperables á toda humana diligencia. Los tiempos juiciosamente críticos en que vivimos; la falta de escrituras en gentes que usaban por anales la tradición de sus mayores, en cuyos lábios, al pasar de unos á otros, se vestían los sucesos con nuevo traje, cortado y cosido al gusto

del analista; el descuido en archivar los monumentos primitivos, que hacen respetables la antigüedad; la poca fidelidad de algunos historiadores, y relaciones que salieron á luz, unas sin mérito para ello, otras que se conservan manuscritas; la falta de sinceridad con que los primeros conquistadores nos refieren sus proezas, haciendo escala para el asenso con falsa ponderacion de sus méritos, y abatimiento de sus émulos; la distancia de mas de dos siglos, que han corrido despues de la conquista, y finalmente lo vidrioso de algunos sucesos, dificultan esta obra, que algunos emprendieron y que aun desca el orbe literario.»

«Lo cierto es que no le faltan méritos para que los curiosos se entretengan con su lectura. La cualidad de ella y su asunto tienen toda la especialidad y atractivo que busca la curiosidad en las historias de Indias: novedades que deleitan, prodigios naturales que admiran, conquistas que entretienen, tiranos y levantamientos que asombran.» (Introduccion).

Revindicados los historiadores del Rio de la Plata, como era de nuestro deber, ya que tantas veces los hemos tomado como intérpretes y guias en nuestros estudios relativos á toda la América antes española, concluiremos previniendo que las aventuradas proposiciones sentadas por Azara en el último párrafo de su crítica, son una consecuencia necesaria de su modo de juzgarlos: que esas proposiciones están desmentidas por los hechos, y las nuevas observaciones realizadas posteriormente; y que, por mas que diga, es cierto ó al menos hay datos muy poderosos para creer que ciertas tribus del Plata comian carne humana; hoy mismo algunas *envenenan* sus flechas; han sido esterminadas algunas parcialidades de indios, porque eso y no otra cosa puede significar la palabra *naciones* empleada vagamente por los historiadores; y que está probado que la avaricia y crueldad, si no han sido la única causa, son acaso la primera de la disminucion de la raza indigena.

En todos paises y tiempos el hombre ha sido el azote de las razas inferiores en civilizacion é inteligencia sometidas á su yugo. ¿Que pasa hoy mismo en la India con los sabios y filantrópicos ingleses? ¿Pueden darse mayores infamias que las que han hecho los *libres* republicanos de la Union con las diezmadas é infelices tribus del Oeste? ¿Qué hacemos todavía en el Sud los descendientes de los españoles?... Pero basta, que esto no merece una seria refutacion...

Y de paso y por via de aclaracion advertimos tambien que la obra suya que se ha publicado últimamente como nueva (tomo II, pág. 230) es la misma, salvo algunos variantes y supresiones, que en 1809, con

su consentimiento y bajo el título de *Voyage dans l'Amérique Meridionale*, publicó en París Mr. Walkenäer. Con el objeto de ilustrar nuestras opiniones y rectificar algun error si le habia, hemos cotejado ambas obras. Esta observacion no es ni puede considerarse como un reproche: es una simple advertencia. Creemos por el contrario que ha hecho un eminente servicio á la literatura el señor marqués de Nibbiano en publicar el original tal como salió de la pluma de su ilustre tio. Le damos cordialmente las gracias.

A. MAGARIÑOS CERVANTES.

CIENCIAS, ARTES É INDUSTRIA.

ANÁLISIS SINTÉTICO DEL DIBUJO CONSIDERADO BAJO TODOS SUS ASPECTOS Y RELACIONES (1).

Dios, unidad, variedad y armonía infinitas, creó el espacio finito, porque nada es infinito sino Dios; y puso en él determinado número de mundos, que el hombre, por su incapacidad de contarlos, considera infinito. Entre ellos cupo un lugar señalado á la tierra, en que vivimos.

Hechura finita del ser infinito, es concreta en su forma y su esten-

(1) Creemos que nuestros lectores verán con gusto el siguiente recomendable artículo, producción del señor don Demetrio de los Rios, catedrático de la escuela de Bellas artes de Sevilla, y uno de los jóvenes mas aventajados de la escuela especial de arquitectura. El punto de vista general y sintético, lleno de interés y novedad, bajo el cual el señor Rios considera el dibujo en todas sus fases y relaciones, ya cuando sirve para dar cuenta y espresar con la forma cuantos seres materiales existen en la naturaleza, ya cuando simboliza todas las concepciones de la mente, todos los seres morales ó emanados del espíritu; ora como base de las nobles artes, que tan preciosas obras han dado al mundo, y de las liberales, cuya necesidad á todos afecta; ora cuando aparece en el campo de las ciencias como su lenguaje particular, y prestando eficaz auxilio á la industria del hombre: bajo cualquiera de estos aspectos en que el autor estudia y analiza el dibujo, lo hace de una manera que en nuestra humilde opinion merece fijar la atención de los inteligentes sobre los primores de un arte que por lo muy generalizado vulgarmente no se aprecia como es debido. Própónese el señor Rios, segun tenemos entendido, escribir una extensa obra sobre el particular, y el presente artículo es, en cierto modo, el programa. Esta consideracion bastaria para que le franqueásemos con placer las columnas de la REVISTA, puesto que á su innegable interés, reúne la circunstancia de *instruir deleitando*, objeto y fin principal de las publicaciones del carácter de la nuestra.

sion, que el hombre se jacta de haber medido y figurado, y en ella existen finito número de seres, pero sin cuento; seres que efectúan individualmente y todos juntos su evolucion en una rigurosa escala de lo inanimado á lo animado, de los menos á lo más perfecto.

Desde la piedra al árbol, desde el árbol al fruto, y desde éste al hombre, que es el ser superior de la tierra, semejanza, aunque finita, del Criador, obsérvase la unidad que preside á sus sublimes obras, en las leyes universales á que todos los entes están sujetos: variedad prodigiosa caracteriza el número inapreciable de estos; armonia admirable relaciona la variedad de los seres con la unidad de las leyes á que todos obedecen. La unidad, la variedad y la armonia finitas, forman el encanto de la naturaleza, obra de Dios, unidad, variedad y armonia infinitas.

El hombre, que goza de estas cualidades en mayor escala que los demas seres, sus subordinados, aunque tambien en prefijada esfera, pretende conocer las analogías que en orden á la unidad, variedad y armonia del universo existen. Examina por la sensacion que á sus sentidos causan los objetos, sus propiedades; y quiere no solo conocerlos, sino apropiárselos imitándolos.

Imágen del Criador, intenta el hombre crear; semejanza de su Dios, quiere imitar sus magestuosas producciones. Hieren su vista los cuerpos con su forma, su magnitud, su posicion y sus colores, y el hombre pretende representarlos de este modo, valiéndose del arte, vinculo que acredita más que otro alguno su semejanza con la Divinidad. Porque trata de conocer las propiedades y relaciones de los seres, da origen á la ciencia, atributo no menos digno que el arte para probar la procedencia divina del hombre. Tanto uno como otra tienen un punto comun de partida; se separan rara vez en su camino para volverse á unir, y tornan de nuevo á separarse para converger hácia el sitio de donde han salido; á Dios, origen y conclusion de toda creacion, principio y fin de toda consciencia.

Cuando el hombre imita los objetos que le rodean, dando forma tangible á esta imitacion por medio de la materia, á sus esfuerzos modificada, entonces tiene ocasion la *Escultura*, noble arte; manera del arte en general ó variedad en su manifestacion.

Si los cuerpos, seres animados ó inanimados, tienen su semejanza en un plano, determinándose sobre él su forma, su magnitud, su posicion, su color, y en suma, todas sus propiedades sensibles á la vista, la *Pintura* tiene lugar entonces, manera plástica, no menos bella que la

escultura, y aun en el sentir de los filósofos, más elevada en la escala de las manifestaciones estéticas.

El dibujo solo atiende á representar en un plano la forma, la magnitud y posicion de la materia. Esta es, pues, la definicion mas lata del dibujo, objeto de las presentes lecciones.

Pero existe en el universo *la unidad* de que la *forma* difiere, segun la materia, en suma *variedad* de seres y con la mas rigurosa *armonia*: *la magnitud* de estos difiere tambien, guardando iguales relaciones con la forma dentro de un limite entre lo mas grande y lo mas pequeño, que se llama *tipo*; y la *posicion* de cada individuo tanto inerte como animado, tanto absoluta como relativa, es peculiar á su manera de ser, conocida inmediatamente que se descifre su forma; luego esta es la piedra angular del dibujo, su principal, su exclusivo objeto; pues que obtenida y bien caracterizada, lograse, casi siempre, dar cuenta al propio tiempo de la materia, de la magnitud y de la posicion de los cuerpos.

En el solo caso en que estos, siendo de igual configuracion difiriesen en el color, lo que acontece de ordinario cuando dos objetos iguales en forma son producidos por la industria del hombre con diferentes materias, entonces y solo entonces el dibujo será ineficaz y habrá de necesitar del colorido para convertirse en pintura, si ha de dar exacta cuenta de las cosas.

En los animales, seres dotados de voluntad, es tan variada la posicion respectiva de los miembros que los constituyen, para cada una de las funciones que desempeñan, que existiendo siempre la misma forma general, en el individuo la modifican en extremo, siendo en este concepto esenciabilisimo el estudio de las posiciones, como que demarcan las multiplicadas actitudes, de que es susceptible el ser animado. Modifícase la forma en tal grado para cada movimiento, que puede decirse que varia para el propósito del dibujante, y en este caso, la posicion y la forma son sinónimos. Laoconte procurando desprenderse de las serpientes que le rodean al propio tiempo que á sus hijos, en tan terrible momento adopta una posicion violenta, esforzada, sobrenatural. Todos sus músculos aparecen en la mayor actividad; su cuerpo toma una actitud resuelta, desesperada, y cada miembro contribuye poderosamente á la accion, variándose todo en las formas de Laoconte, á quien muy de distinto modo considerariamos sobre el tripode sagrado, ó reposando en apacible sueño.

La forma, y constantemente la forma, por esta y las anteriores consideraciones, es el fin á que se dirige el dibujo, ó lo que es lo mismo,

el dibujo es el intérprete fidelísimo de la forma. Veamos en este concepto hasta donde alcanza su inmenso, su ilimitado poderío y que importancia tiene para con el hombre.

Comencemos por asentar que en el dibujo hay que tener presente: 1.º La estension de sus facultades con relacion á lo que representa: 2.º su importancia respecto al objeto que se propone: y 3.º sus distintos modos de manifestarse.

En el primer caso el dibujo es de dos distintas suertes considerado, ó *imitativo* ó *simbólico*.

Si figura el hombre cuanto es objetivo, ó está fuera de sí, tomándolo de la naturaleza para trasladarlo ó repetirlo en el plano, el dibujo es imitativo. Si vierte en formas gráficas, tangibles, lo que dentro de sí encierra, ora sea abstracto ó concreto, refiérase á la idea ó espresese el sentimiento, el dibujo es entonces con justo motivo llamado simbólico.

En el imitativo discurre el hombre libremente por los tres reinos en que divide todos los seres materiales para su estudio; porque en efecto, trata entonces de conocer cuantas formas ofrece la materia en su variedad inmensurable.

Siguiéndola en su desenvolvimiento sucesivo, en todas partes la alcanza y donde quiera que la contempla, allí con entera verdad la describe. Comienza diseñando las indecisas, vagas, fugitivas y aéreas nubes, que exhaladas por la tierra, ascienden hasta el cielo, donde en multiplicadas y caprichosas formas se esparcen, sin concretarse jamás á ninguna determinada y cierta.—Aunque incompleta, aunque en embrión, si tal palabra se nos consiente, fijase ya en los seres inertes ó en los minerales; donde desde las sustancias térreas, cuyo aspecto es mas irregular é indeterminado, hasta las cristalizadas, hasta las preciosas piedras silíceas, los zafiros y los metales, que tienden á las formas poliédricas mas exactas, recorre la naturaleza en escala siempre ascendente todos los cuerpos inorgánicos, que mas y mas se van perfeccionando en la forma, á manera que se depura la sustancia, á manera que es mas simple, mas perfecta. En el profundo seno de los mares eslabónase la inmensa cadena de la creacion entre el mineral y el vegetal, ofreciendo este maravilloso paso de transicion, en el coral y otras plantas submarinas, tan participes del organismo como de la materia inerte. El hombre sigue la forma, reproduciéndola constantemente en sus variadas manifestaciones y al entrar en el reino de la vegetacion, halla prodigiosa é infinita progresion de seres que imitar, no solo en su exterior figura, sino en su interior esencia. Desde las diminutas hojas del musgo

con escrupuloso detenimiento delineadas, para lo que ha necesitado el hombre de oportunos instrumentos que, por demasiado pequeños é imperceptibles, agranden y esclarezcan los objetos; hasta la secular encina, el erguido álamo y el empinado cedro; hasta la dilatada arboleda ó el bosque frondoso, donde en todas clases y proporciones crecen, cuantos vegetales entapizan y enriquecen la tierra, todo ofrece larga materia al dibujo imitativo para proseguir en sus felices ensayos sobre las formas.

Mas si se pretende no abandonarla en su desarrollo hácia lo perfecto, preciso será escrutar de nuevo los escondidos antros del insondable piélago; para hallar otra vez anudada la no interrumpida cadena de los seres. Allí encontraremos en los pólipos, entes semi-animales semiplantas la aseveracion de semejante hecho. Aun la forma tiene mucho de irregular é indeciso, como acontece con los árboles y las plantas; pero bien pronto se la verá simétrica y bajo la manifestacion mas perfecta, mas armónica y mas bella. Contemplándola en los animales, desde el pececillo humilde que en las dulces aguas de los arroyuelos mora, hasta el cetáceo gigante que absorbe el agua de los mares: desde la aérea y delicada mariposa hasta el águila caudal que al sol roba su lumbré: desde el tímido cordero al corpulento elefante, ó al rey soberbio de las selvas.

El hombre, criatura predilecta del Supremo, es la forma bella por excelencia y el dibujo á ella mas que á ninguna con toda eficacia se consagra. A tal extremo llega, que no satisfecho aun con perfilar su hermosa musculatura y correctos contornos, espresando no solo su exterior figura, sino hasta los secretos mas recónditos, que en punto á organismo la naturaleza atesora en sus entrañas; delinea con suma veracidad y sorprendente acierto las pasiones, los móviles de su accion; los afectos morales que impresionan su alma, las emociones que agitan su sensible espíritu, el amor ó el aborrecimiento, el valor ó el miedo, la alegría ó la desesperacion, la ternura ó la rabia, la veneracion ó el desprecio, la estolidez ó el talento; y en suma, cuantas facultades morales ó intelectuales se revelan al exterior; porque afectan notoria y visiblemente á la figura de hombre.

El fuego, el agua, el vapor, y todos los fluidos apreciables por el sentido de la vista, pero de insegura y mutable forma; los rudos riscos de desigual configuracion y singular fractura; los elementos inorgánicos poliédricamente cristalizados; las plantas, en cuyo aspecto nótase ya el ser que se anima y vive; los animales de simétrica y armónica forma;

el hombre contorneado por la mano del Omnipotente Artista, vivificado al impulso de su divino soplo, por los afectos y pasiones, resortes de su natural existencia, son individualmente objeto del dibujo, y sin embargo, su mision no está cumplida.

Codicia el hombre representar todos estos entes en sus mútuas relaciones, y formando el bello conjunto de contrastes que un paisaje le ofrece hasta donde alcanza su mirada, lo consigue por medio del dibujo imitativo. Hondos valles y elevadas montañas, cascadas, rios y torrentes, selvas y prados, rebaños y hombres, todo cuanto recoge en el magnífico panorama de la naturaleza en un solo punto de vista, todo lo diseña individual y armoniosamente. Aspira á mas; sus ojos alcanzan espacios reducidos, pero su imaginacion hasta lo indefinido abarca. Comarcas enteras, reinos y continentes, la tierra, en conclusion, es figurada con asombrosa exactitud, merced al dibujo.

Y aun esto es poco: giran innumerables mundos en el espacio dentro de sus órbitas, obedeciendo á la imprescriptible ley que el Hacedor les impusiera; y el hombre que sospecha haber descornado el velo de este inescrutable arcano, se atreve á formular el sistema planetario, y lo formula, meditándolo con el dibujo.

No es posible ascender en lo material mas arriba; la medida de las espresiones gráficas ha de colmarse necesariamente, porque nada se sabe, ni aun se supone mas acerca de la materia. Si esta fuese infinita, infinita seria la forma, é infinito tambien el dibujo por consecuencia; pero bástale ser indefinido en este concepto, ilimitado, perderse en el espacio inmenso donde se confunden millares de gigantescos astros, para ser grande, eminentemente grande y poderoso, examinado como imitativo.

Reflexionemos sobre el dibujo simbólico. Hay otra segunda naturaleza en el hombre que no es la material, y en que supera á todos los entes corpóreos del universo: tal es su espíritu, emanacion del Altísimo; alma que manda al corazon, raudal fecundo de sentimientos, y que dirige á la inteligencia, facultad suprema por cuya mediacion se elabora la idea.

El sentimiento y la idea se revelan al exterior por la forma, pues que el hombre en su esencia finita no dispone de otro elemento; y el dibujo en este caso es intérprete del sentimiento y de la idea, razon por que le denominamos simbólico.

En tres maneras, segun nuestra opinion, puede conceptuarse éste: geroglífico, alegórico, y mítico ó theográfico.

Como geroglífico es padre y entraña en sí á la escritura, parto gi-

gante de la inteligencia humana. Desde que el hombre conoció en sí mismo la facultad de pensar y sentir, halló recursos para comunicar lo que en su interior sentía ó meditaba á sus semejantes, y bien por actitudes, y combinando mas tarde los sonidos de su voz, logró al fin organizar el lenguaje, atributo que le separa del resto de los vivientes. La escritura fué la espresion del lenguaje y naciendo de tal origen, siguióle siempre por igual camino.

Al principio era el habla imitativa ó de accion, expresando el hombre con sus ademanes lo que queria significar; sabido es que el dibujo imitando variedad de objetos, fué la primer escritura. Esta se denomina geroglífica, es la primitiva de todos los pueblos, y debe su existencia al dibujo; es el dibujo mismo.

Pero cuando el lenguaje fué articulado, y despues de ensayada la escritura geroglífica, para cada sonido ó articulacion se apeló á un signo que lo sustituyese, estos caracteres ó cifras, ya alfabéticas, ya rúnicas, ora cunneiformes ora cúficas, fueron trazadas y se trazan en todos tiempos por la mano del dibujo; si bien de semejante adelanto vino á perderse la escritura universal, que es la geroglífica; pues como universal escritura y no de otra suerte es el dibujo considerado por todo el mundo.

El es la primera escritura, segun nos atestiguan los monumentos de la historia, y continuó prestándole siempre su eficaz influjo, pues que siguió suministrándole figuras simbólicas y convencionales para traducir el lenguaje á escritura; y aunque en tal manera abdicó, por decirlo asi, de sus omnímodas facultades para representar inmediatamente la idea, no por semejante motivo es menos grande el dibujo, bajo este aspecto analizado.

Ha sido necesario revestir de formas materiales las abstracciones, para enunciarlas en el lenguaje; porque no ha encontrado este recursos mas propios que significar por medios de rodeos y similitudes, lo inconcreto por lo concreto, la idea por la materia ó la forma, y lo mismo le ha sucedido al dibujo. En el que por *alegórico* tenemos designado, queremos comprender la manifestacion de los entes morales por medio de la forma diseñada.

Cuantas concepciones fantásticas fragua el poeta en su inspirada mente, dando cuerpo á cualidades propias solo del espíritu y revistiéndolas con brillantes atavios ó de repugnantes y afrentosos ropajes: cuantos seres abstractos, invisibles é incorpóreos aparecen en su imaginacion con forma acomodada á su peculiar esencia, otros tantos acepta el dibujante y los figura. Las virtudes y los vicios; la razon y las pasio-

nes; la ilusion, la mentira, los sueños y la realidad, la verdad y la certidumbre; el tiempo, lo terreno, lo perecedero y lo inmortal; lo vil, rastro y miserable y lo grande y sublime; el bien y el mal en fin, toda abstraccion del espíritu ó de la materia, toda idea es alegorizada por el dibujo, si es lícito decirlo así, sirviendo en tal caso para mostrar al hombre, lo árduo, espinoso ó malo de unas cosas y lo selecto, venerable y bueno de otras, con el objeto de moralizarle y guiar su razon, de continuo ofuscada por las pasiones y los vicios.

La espresion simbólica del dibujo no acaba aquí; recorre la ascendente progresion de los entes invisibles, impalpables é incorpóreos, hasta el último término y fin de todas las cosas, hasta la divinidad, hasta el ser infinito por excelencia. No puede encumbrarse absolutamente mas arriba, en la inmensurable escala de las gráficas manifestaciones. En tal modo le designamos bajo la asercion de mitico ó *theográfico*; porque lleva su aspiracion hasta representar la divinidad por medio de la forma.

Sujétase por lo general, para conseguir tamaño objeto, al antropomorfismo y no pocas veces suele aparecer la divinidad bajo otros simulacros mas groseros, segun la civilizacion y cultura del hombre; segun las influencias exteriores que han concurrido á formar sus sentimientos, segun la indole de los climas y acaso la sensacion que en él ha producido la naturaleza local de cada pueblo.

Algunos hay que han reverenciado la divinidad como fuente inagotable de todo mal, fulminadora del rayo, origen de las tempestades, destructora del mundo y aniquiladora de todo lo creado. A este poder disolvente y aterrador debia calmársele con sangrientos humanos sacrificios, con crímenes y horrores; y una deidad de tal modo concebida, no podria simbolizarse con la forma *bella*, porque lo bello repele el mal y el exterminio, era necesario revelarla con repugnantes y espantables figuras, tales como fueron multitud de falsos idolos.

Entre los pueblos del antiguo Oriente, los indios adoradores de la naturaleza creadora, ofrecen en sus divinidades, no solo la forma del hombre, sino la de los animales y aun las plantas, combinadas bajo míticas concepciones, que simbolizan acertadamente los misterios de su cosmogonía. El animal por sí solo y la planta aisladamente bastan para ser emblema de la teogonía india ó deidades dignas de adoracion. Lo mismo acontece con los egipcios, persas, medos, fenicios y otros pueblos de la civilizacion primitiva.

Entre los griegos y romanos recopiladores, por decirlo así, de la

antigua cultura del mundo y los mas avanzados en ella, encontraremos la divinidad representada casi siempre por el antropomorfismo, manera en realidad la mas perfecta; si bien para completar la fisonomía de cada deidad, se le agrega constantemente un atributo, animal de ordinario, ú otro objeto cualquiera.

El dios Pan, los faunos, los sátiros, las náyades, los tritones, los minotauros y otras imágenes no menos monstruosas de la teogonía griega, son remedos de los primitivos pueblos del Oriente, de que los helenos no supieran eximirse, ó divinidades de orden muy inferior á los dioses del Olimpo.

Las formas de cada uno de estos eran adecuadas á su significacion y destino en la mitología griega, revelándose en ella el sensualismo de una creencia que admitia para representacion de la divinidad, multitud de deidades, capaces de la debilidad, de los desmanes, de las pasiones, de la torpeza y aun de los crímenes mas punibles y repugnantes del hombre.

No así acontece en la religion revelada. El hombre imagen y semejanza de Dios, es el único ser digno en la tierra de simbolizar la divinidad del arte; Dios, que tomó esta forma y la esencia del hombre para vivir y morir entre nosotros y por nosotros; Dios, uno y trino, significado por el dibujo; en el Padre eterno, en el Hijo, y en el Espiritu Divino y Santo, y en figura de cándida páloma pura y sin hiel.

¿Si es poderoso el dibujo como primero y mas elemental intérprete de la forma, para alcanzar tan sublime manifestacion, pudiera ser mas ilimitado, mas grande, mas inmenso en orden á sus atribuciones? Imposible. Tambien ha llegado, pues, en lo moral á la mas eminente altura, como en lo físico, tambien seria infinito bajo este concepto si para concebir la divinidad no fuera nuestra inteligencia harto finita, y aun mas para espresarla.

Analicémosle con relacion á su objeto. Cuando contemplamos con agradable admiracion, la unidad que preside á cuantos entes naturales nos rodean, su variedad prodigiosa y sorprendente armonia, y pretendemos asimilarnos al Creador, imitando cuantos objetos producen semejante sensacion á nuestra vista, á nuestra alma, obedecemos entonces á un impulso que nos mueve á buscar la perfeccion por este camino. Gózase nuestra fantasia en un pintoresco paisaje, donde en multiplicados términos se pierden de una en otra las altas y multiformes montañas hasta proyectarse y confundirse con el cielo de caprichosas nubes tachonado; donde lozanos y corpulentos árboles estienden en términos

mas cercanos, sus espesas ramas que dan reposadas sombras al verde suelo de flores matizado y por los ardientes rayos del sol fuertemente colorido. Acaso alguna henieta roca surcada en mil tajos, que desde la cima al valle llevan saltando las cristalinas aguas, en multitud de variantes reflejos descompuestos, presta en el primer término animación al espectáculo del paisaje, arrojando detrás de sí oscura é intensa sombra, que con la fuerte luz de sus altos filamentos mágicamente se contraponen. Pormenores avaloran y enriquecen este admirable conjunto por todas partes presentado en la naturaleza. Serpeantes arroyos pierden sus fluidas venas bajo el césped que cubre la tierra donde se apacentan numerosos ganados. Alguna rústica cabaña, algun pastor en sus menesteres pecuarios entretenido, viene á completar el cuadro de la campaña. Muchos objetos, en fin, contemplamos á la vez varios, entre sí por su varia forma, por su magnitud varia, por sus varios colores, y aunque de una misma especie, diferenciados entre sí por la luz y por las distancias; pero ninguno de ellos desarmoniza con los demas ni con el conjunto; relaciones íntimas las adunan, sin que se repugnen entre sí y ni con la reunión de todos ellos, á la cual preside una misteriosa unidad, que desde el mas pequeño al mayor, desde el mas próximo al mas distante á todos abraza.

Este sorprendente resultado causa placer en el alma del hombre que instintivamente reconoce en el *lo bello* y el hombre quiere reproducir lo bello; porque un impulso sobrenatural le guía á imitarlo. Dios es la belleza infinita, creador de toda belleza, y el hombre semejanza suya pretende ser tambien creador de objetos bellos; pretende perpetuar, digámoslo así, el placer que á su alma han producido en la naturaleza, con su fisonomía, sus accidentes, sus circunstancias relativas; y entonces los dibuja, modo de reproducir lo bello imitándolo. Lo bello es, pues, objeto del dibujo, en semejante caso.

La *estética* nos dice que el arte es la manifestación sensible de lo bello; y como esta manifestación se hace muy principalmente por la forma, y la forma, es como hemos probado ya, el fundamento del dibujo, el dibujo, sin duda, es arte; porque manifiesta lo bello, gráficamente por la forma, valiéndose de los perfiles y claro-oscuro, manera plástica de efectuar la manifestación.

Pero no es lo bello el objeto único del dibujo. Lo útil en su aserción ordinaria, es tambien su principal propósito, esto es, aquello que satisface á la perfectibilidad del hombre en punto á su materia, así como lo bello habla á su espíritu, sin que por esto se excluya por útil

lo que afecta á las necesidades intelectuales ó morales del hombre.

Hay que advertir ademas que las dos maneras de ser del hombre, física y moral, están estrechamente adunadas y con admirable armonía: en muchas de sus producciones se reconoce este dualismo; pues obras que tuvieron su origen en la necesidad material, contéplanse tambien como modelos de belleza. En no pocas acontece que ha sido necesaria la ciencia para realizarlas y el arte para embellecerlos, condicion inherente al hombre que al obedecer las imperiosas exigencias de la frágil materia en punto á su mejor bienestar, no puede sujetar los impulsos de su alma que desea tambien ser complacida.

Resumiendo, observaremos que el dibujo se propone lo bello, lo útil ó ambas cosas á la vez: veamos lo que se deduce de todo esto, con rapidez y concision.

Cuando se propone lo bello, forma el dibujo la base de las nobles artes, lo que nos da margen á las siguientes consideraciones para comprobar semejante verdad en la práctica harto reconocida.

Definido el arte, segun la opinion mas seguida de los estéticos, debe recordarse, que segun sean los medios de espresion, asi variará éste, dando origen á distintas bellas artes: tales son la Pintura, la Escultura, la Arquitectura, la Poesía y la Música. Propongamos un acontecimiento cualquiera digno de todas, menos de la Arquitectura, por no adecuársele convenientemente, y sea éste un episodio de nuestra brillante historia.

Megara, por ejemplo, poseido del mas ardiente entusiasmo, del amor patrio mas ferviente, resuelve dar la muerte á toda su familia y acabar con su existencia antes de humillarse á sus enemigos. Mírase á sus pies su anciano padre, desgarrándose con una mano las entrañas, al par que con la otra entrega á su hijo el matador acero: la tierna esposa de éste, débil y cobarde muger, en cuyos instintos de vida, puede mas la conservacion que otro sentimiento alguno, implora de rodillas su conmiseracion, y para ser mas eficazmente escuchada, preséntale en los brazos sus tiernos hijos. La desesperacion, que mueve todos los resortes vitales de esta muger, no es enteramente un acto de material egoismo. Es madre, es esposa y tiembla por sus hijos y su esposo. La actitud de este personage es la mas eminente de toda la accion. Vese puesto entre dos afectos encontrados, entre dos riesgos irrecusables y tiene que decidirse en el momento. Todas las pasiones mas enérgicas y poderosas se apoderan de él en aquel instante, se combaten, se aniquilan, renacen otra vez con mayor violencia y es necesario tomar instan-

táneamente una resolución inapelable. Los lamentos de la esposa, el llanto de sus hijos, su debilidad de hombre le acobardan: la voz del padre moribundo que impone á su hijo la muerte antes que entregarse á la cuchilla del enemigo, le fortalece, le alienta, le resuelve, en fin al grande sacrificio.

Su voluntad impera, y en la actitud de Megara resplandece el hombre que en la esfera de lo moral ha superado á la materia, que en la esfera de lo bello está dando un espectáculo sublime.

La poesía, la música, la pintura y la escultura pueden reproducir tan sublime espectáculo. Pinte la poesía en sonoros y fluidos al propio tiempo que elevados y sentidos versos, triste, melancólica y desesperadamente el lamentar de la esposa, sus descompuestos arranques y sobrenaturales esfuerzos; enternezca con el inocente y lastimero llorar de los niños, admire con la resolución enérgica del moribundo anciano y esfuércese en bosquejar con viriles rasgos la interior lucha y la heroica resolución de Megara; y mientras dentro de la forma métrica y rímica mas se aproxime gráficamente, con mas vivos colores y con entera verdad á tan noble objeto, la poesía cumplirá mejor con su destino. Si con palabras mas apropiadas al asunto nos recuerda todo esto, de modo que lo veamos casi delante de nuestros ojos, que en nuestra imaginación lo tengamos presente, y al verificar tal descripción, válese de giros, de entonación que nunca desfallece, sin destruir jamás el encanto armónico del metro y de la ritma, expresión de la poesía, esta habrá llenado su importante misión para con el hombre.

La música expresa todas las pasiones, todos los encontrados afectos que mueven á Megara y á su heroica familia. Llorar con la esposa y sus tiernos infantes; es grave, es imponente con las palabras del anciano, al arrancarse del seno las entrañas, y hace que se escuchen los gritos salvajes del hijo en la superior lucha que experimenta. El medio de que la música se vale, combinando los sonidos, los tonos, para producir tan mágico efecto, es su esencia plástica, su forma.

Veamos un grupo ó bajo relieve, un dibujo ó un cuadro en que se presente la descrita escena.

Por la actitud resueltamente definida y con inteligencia de los personajes, que cada uno y todos conspiran al mismo fin; por sus determinadas y distintas formas, en las que ni musculatura, ni escorzos, por violentos que sean, se omiten para que la acción se pronuncie hasta la altura que requiere: por los valientes trazos y enérgicos perfiles que pintan en cada uno de aquellos individuos la violenta pasión que le agi-

ta; que delinea, así en el rostro como en lo restante del cuerpo, la agonía del padre, el dolor de la muger, el estupor de los niños y la heroicidad del protagonista; por las fuertes ó suaves masas de luz y sombra que hacen moverse aquellos seres casi vivientes; por los colores, en fin, que esparcidos con mas ó menos brio y violencia, vienen á dar el último soplo de animacion al cuadro, tanto la pintura como la escultura logran, en lo que á cada cual corresponde, el gran propósito del arte.

Para despertar la idea del mas alto patriotismo en el corazon humano con el recuerdo de Megara, no es necesario que hieran nuestros oidos los canoros acentos de la poesia, ó los mágicos sonidos de la música, que nos traen á la imaginacion aquellos personajes, presentándose en ella, segun el poeta ó el músico los concibiera: la pintura y la escultura nos los ofrecen sensiblemente á la vista, sus formas están allí y sus formas visibles y tangibles están sujetas al dibujo. Con este y el colorido, la pintura tiene su medio plástico de manifestacion; le es, pues, de todo punto indispensable, porque el segundo sin el primero ni aun puede suponerse. El escultor que no ha concebido la forma de antemano, no puede dársela á la materia; y medítela ya sobre el plano, ó proceda resueltamente sobre el bulto, el dibujo, mas tácito ó mas explícito, ha de ir siempre envuelto en su composicion.

De igual suerte procederíamos á probar su necesidad respecto de la arquitectura, pero siendo este trabajo mas que sobrado para un artículo, proseguiremos en nuestras investigaciones, examinando su influencia en las artes liberales, que se refieren á lo útil, embelleciendo de ordinario sus producciones.

Cuantos tallados muebles ó de elegante figura hacen grata la vida del hombre, que al par de atender con ellos á su recreamiento físico, en su bella construccion se complace, ornando con rica profusion y ostentoso aparato los magníficos salones de los palacios, complemento quizá de su sorprendente arquitectura; cuantos vasos sagrados, cuantos utensilios propios de los menesteres ordinarios fueron labrados ya en mármoles y jaspes, ya en metales preciosos, ó en fin, en pastas y piedras artificiales, como acontece á la porcelana del Japon ó el pedernal de la China, prueban la cultura pasada ó presente de los pueblos: cuantos vistosos trages y pomposos atavios engalanan y realzan la magestad y hermosura del hombre, desde el salvage que traza en su rostro extravagantes dibujos para embellecerse, hasta el grave europeo ó el musulman, exornado con profusion de mil bordados, desde los mas antiguos pueblos del Oriente, hasta el indio americano; cuantas estampa-

ciones y multiplicados adornos avaloran las preciadas telas y estofas de Tiro ó de Sidon, de la India ó de la Persia, y son hoy la mejor riqueza de la Gran Bretaña; cuantas preciosas joyas; en fin, cuanto creara la necesidad y ornara el lujo, ó el lujo solo inventara; cuanto á nuestro alrededor cuotidianamente nos sirve con forma siempre agradable ó con ornamentacion alguna, depende del dibujo; pues este arte engendrador de la forma es tambien padre de la ornamentacion donde quiera que se encuentre. Su poder es ilimitado en las artes nobles como en las liberales, porque todas le necesitan.

Veamos lo que acontece respecto de las ciencias y de la industria humana. Sin detenernos en las morales, entre las que demostraríamos su influencia respecto de no pocas de ellas, recorramos, y es sobrado campo, las físicas, las matemáticas, y algunas de las físico-matemáticas ó de aplicacion.

La física no puede explicar muchas propiedades de la materia, ni sus experimentos sobre este particular, sin las figuras que de ordinario acompañan á la ciencia escrita. Los procedimientos del laboratorio químico para averiguar la accion atómica de los cuerpos, quedarían sin entenderse á falta de las eficaces aclaraciones que aquel arte presta á la ciencia que descompone la materia para conocer sus elementos orgánicos é inorgánicos. La geología no mostraria de modo alguno sus sabias hipótesis sobre la creacion y desenvolvimiento de la tierra, y la historia natural enmudeceria en sus descripciones de todos los seres reconocidos en mineralogia, botánica y zoologia, si como hemos asentado ya no tuviera el dibujo imitativo tal objeto. Geo-graſſia vale tanto como decir dibujo de la tierra, y topo-graſſia significa tambien dibujo de los sitios ó lugares. Pero estas dependen mayormente de las ciencias matemáticas, y no queremos pasar á ellas sin recordar entre las físicas á la medicina en sus diversos ramos, de los cuales raro será el que no se auxilie del dibujo.

En las ciencias exactas, las que tratan de la estension y configurabilidad particularmente, no pueden comprenderse sin las demostraciones gráficas, pues sin la conviccion de los sentidos, no es fácil llegar de ordinario á la del entendimiento. Ciertó es, que el dibujo es incapaz de representar en absoluto las abstracciones de la geometría; pero teniendo esto en cuenta, los teoremas de esta ciencia y sus derivadas, no se esclarecerían, sino fuera con las figuras que el dibujo les proporciona y ni hasta ahora ni nunca podrá escribirse sin tan indispensable auxilio. La geometría descriptiva ha surgido mas bien de la inteligencia humana

para perfeccionar el dibujo, que este sirve para explicarla, y es en efecto, la ciencia que mas le realza y le hace mas útil para infinidad de importantísimas aplicaciones.

No se olvide que hasta la astronomía se estudia trazando de continuo, con el lápiz en la mano, y tengamos presente que de igual suerte se resuelven los problemas de la mecánica, ciencia fisico-matemática de suma importancia para los adelantos del siglo. Bajo el aspecto industrial ofrece el estudio de cuantas ingeniosas máquinas pudiera inventar el hombre y sin el trazado de ellas, es mas que improbable su realizacion y la de los artefactos que producen.

No es menos importante la mecánica aplicada á las construcciones; y en este concepto apenas puede dar un paso sin el dibujo. Con el lápiz en la mano ha calculado el hombre cómo extraer de las entrañas de la tierra los preciosos metales; cómo domar la soberbia corriente de los caudalosos rios por medio de colosales y magníficos puentes; como salvar los hondos y espantosos precipicios con viaductos sobre el abismo estribados; cruzar los valles, las selvas y los montes con caminos que le conduzcan á los confines mas remotos, lanzar los promontorios á la sima profunda de los mares y romper el corazon de las rudas rocas, para despues de haberse sepultado á través de inmensas montañas, aparecer de nuevo á la clara luz del dia, triunfante y sin detenerse jamás en su marcha progresiva.

En lienzos innumerables y en multitud de preciadadas tablas, han consignado esclarecidos pintores las brillantes concepciones del genio que los dominara, diseñándolas de antemano con el lápiz, que bosquejó el primitivo embrión de la idea y le perfeccionara despues, con la correccion mas admirable. Por el dibujo son grandes Fidias, Lisipo, Praxiteles, Bunarroti, Cellini, Cano y Alvarez, y en plano se desarrollaron los sublimes pensamientos que presidieran al Panteon de Agripa, al Anfiteatro Flavio, al Templo de Teseo, á las catedrales de Colonia, París, Milan y Sevilla, al grande Vaticano, y en fin, á cuantos monumentos ennoblecen al género humano, atestiguando su civilizacion, pues el dibujo debió siempre y en todos casos ir envuelto en la realizacion de tan inmensas obras del genio.

En planos se estudia el trayecto de los caminos férreos, asi como el perfeccionamiento de las máquinas de vapor, que sea sobre la superficie de los continentes ó sobre las aguas de los mares nos conducen de polo á polo, anulando las distancias y aventajando al tiempo; los puentes colgantes ó insulares y los túneles, los faros, las radas y los puer-

tos, las naves, las murallas, castillos, fortalezas y baluartes, en fin, cuanto es de utilidad extrema, de necesidad absoluta al hombre civilizado.

El gran genio de la guerra, Napoleon, meditaba sobre planos topográficos la estrategia de las batallas que tantos lauros dieron á la Francia; Colon trazó su ruta en sus cartas por medio de desconocidos mares y dió á Castilla la posesion de un Nuevo Mundo; Franklin concibió desenvolviendo sus teorías de la electricidad, por medio del dibujo, el modo de arrebatarle al cielo el rayo; Ulloa y Jorge Juan midieron el meridiano no sin haber hecho de antemano sus especulaciones con presencia del dibujo; Newton meditó profundamente con él las leyes de la gravedad, á que está sujeto el universo; Tolomeo, Copérnico y Ticho-Brahe esplicaron por su mediacion los sistemas astronómicos, y de igual suerte Kepler y los modernos hicieron prodigiosos adelantos en tan sublime ciencia; Arquímedes resolvió con el lápiz en la mano los fecundos problemas de la geometría; Monge ha echado los cimientos á la descriptiva que otros han perfeccionado.

¡Cuántos genios, cuántos artistas, cuántos sábios han alcanzado gloria inmortal con el dibujo!.... ¡Cuánto consigue el hombre con él y cuanto podrá conseguir todavía! La direccion de los globos aerostáticos, la cuadratura del círculo, el movimiento continuo, lo imposible en suma, y cuantos arcanos intente arrancar el hombre á la naturaleza los meditará siempre con el dibujo donde quiera que haya materia, y por consiguiente, forma.

Se ha visto cuan grande es como imitativo y como simbólico, y acabamos de significar cuánto puede en las artes, las ciencias y la industria: las maneras de considerarse el dibujo son tambien dignas del mayor estudio; pero baste apuntar aqui, que se entiende por *natural* el que se efectua tal como vemos los objetos y sin abstraccion alguna, mientras que al *convencional* se le supone alguna condicion abstracta para su inteligencia.

Hemos llenado nuestro propósito al querer analizar el dibujo en su estension, esencia y manera de ser: concluyamos, pues, diciendo que émulo del lenguaje, mas poderoso que la escritura, espiritual como el arte, útil como la ciencia, atributo precioso del hombre, é instrumento activo de su infatigable ingenio, no nos admira vulgarmente, quizá porque estamos harto familiarizados con él, á causa de su inmensurable grandeza; porque le vemos y le hallamos en todas partes, porque sus obras están presentes ante nosotros, y nos sucede respecto de él lo que

con el sol que admiramos todos los días, con la bóveda celeste que siempre nos cobija, con los astros que derraman su perenne luz sobre nosotros.

Pero á poco que se fije la atencion sobre el dibujo, surge su importancia gigante á nuestra vista; su influencia es ilimitada, su estudio debe ser de suma consideracion, bajo el sistema general que nosotros nos hemos trazado. Gran servicio se haria en las ciencias, las artes y la industria si probada su necesidad absoluta, se formase un cuerpo de doctrina, un código fundamental, donde se encerrasen los principios mas selectos de este arte, en todo su desenvolvimiento y desarrollo progresivo.

DEMETRIO DE LOS RIOS.

EXPOSICION UNIVERSAL DE PARIS DE 1855.

CARTA II.

Aspecto general de la Exposicion en sus diferentes partes.—Palacio de la industria.—Galeria anexa.—Galeria de union.—Palacio de las Bellas artes.—Cercado agrícola.—Exposicion de horticultura.

Para cualquiera que conozca á Paris, las consideraciones espuestas en nuestro anterior artículo sobre la concurrencia de extranjeros á la Exposicion serán puramente económicas. Asi es, en efecto, y la animacion de esa magnífica llanura, poblada de árboles, cubierta de verdura, llena de jardines y fuentes, marcada con grandes monumentos y adornada con templetes y mil graciosas construcciones de todo género, de esos *Campos Elíseos*, en fin, tan propiamente llamados asi, en nada se resiente y ofrecen un aire de fiesta dignos de todo punto y á la altura de la solemnidad. A pesar de su inmenso espacio, vanamente trataria de recorrerse todo él para encontrar un punto que no dijera algo del grande acontecimiento. Desde su entrada por la plaza de la Concordia, hasta el colosal arco de la Estrella, todo se halla cubierto de obras nuevas que la Exposicion ha necesitado, y á la cual han debido sacrificar estos campos algunos de sus mejores encantos. Por la derecha se ve aprovechado el reducido espacio que ya deja la ciudad, siempre invasora, por

el Jardin de horticultura: por la izquierda el palacio de la Industria con su galería anexa, la union de ambos comprendiendo el antiguo y célebre panorama que la Exposicion absorbe y ocupa, el palacio de las Bellas artes y el cercado agrícola; además, como secuela y fruto de la especulacion particular, la exposicion chinesca, el bazar internacional, y los mil establecimientos de comida, juegos, curiosidades, etc., que con su sello particular se añaden hoy á los muchos que ya habia. Inútil será decir que este gran centro industrial ha conseguido los favores de la moda, deidad omnipotente en París, y que cuanto la ciudad encierra de elegante y rico concurre á él diariamente, supliendo esta afluencia la que de otra clase pudiera faltar, sin pérdida alguna para la perspectiva del conjunto.

Entre todas estas diferentes construcciones descuella por sus proporciones colosales, por su situacion y por el lujo arquitectónico de sus cuatro fachadas el palacio de la Industria, verdadero centro hácia el cual convergen las demas, que parecen como sus accesorios y que lo son en efecto, si se exceptúa la exposicion de las bellas artes que colocada mas lejos parece complacerse en su orgulloso aislamiento. El palacio de la Industria puede mirarse como un magnífico y brillante aparcador donde lucen y se ostentan con su mas perfecto acabado los productos de la elaboracion y del ingenio, que mas particularmente se ven representados en las demas galerías.

Consiste en un inmenso salon rectangular de doscientos metros de largo por cuarenta y ocho de ancho rodeado completamente por una galería de veinte y cuatro metros, interrumpida y dilatada en los cuatro angulos y en sus dos mayores costados por seis grandes pabellones salientes al exterior, y cada uno de los cuales contiene una doble escalera de extraordinaria anchura y magestuoso aspecto. El perímetro de todo el edificio es, como queda dicho, de piedra sillería, y los seis pabellones, que además de las escaleras contienen salidas exteriores y vestuarios, están adornados con columnas corintias, emblemas y medallones, que bajo el friso, y abrazando con él todo el edificio, han dejado lugar suficiente para inscribir con grandes caracteres los nombres mas célebres en la historia de los adelantos humanos; cuatrocientas diez y seis ventanas dan ventilacion á este vasto recinto.

El interior se ve todo construido de hierro y fundicion, y cubierto con un ciervo de cristales, cuya altura en medio es de treinta y cinco metros. El salon central, que solamente está cubierto por su techumbre de cristal, tiene por lo tanto toda esta elevacion. Las galerías están

divididas horizontalmente por un piso alto que sostienen grandes columnas de fundicion espaciadas de ocho metros y cubiertas por cierros de cristales de veinte y cuatro de ancho y diez y seis de alto; dicha galeria mide en sus rodeos seiscientos veinte metros; las columnas que sostienen la bóveda del salon, están igualmente espaciadas de ocho metros, y en total son doscientas ochenta y ocho columnas de hierro de treinta y cinco centímetros de diámetro y nueve metros de alto, las que sostienen en el piso bajo las vigas de fundicion y planchas de las galerías superiores y de la bóveda central. En el piso alto hay setenta y dos columnas menos, por no existir la subdivision de las galerías en dos cada una, que abajo se observa.

La luz llega en abundancia á todas estas partes. En el salon central por su gran bóveda trasparente; en las galerías superiores por las ventanas altas y por su diáfana techumbre; en las inferiores por las ventanas bajas y por grandes ojos cuadrados que á mayor abundamiento se han abierto en su techo á distancia conveniente.

De los seis pabellones mencionados, cuatro de ellos, denominados segun su situacion Sud-oeste, Sud-este, Nor-oeste y Nord-este, ocupan los ángulos del edificio y presentan portadas de buen aspecto adornadas segun el orden compuesto. El del Sud, destinado á efectuar la comunicacion del palacio con su *anexo*, nada ofrece de particular, pero en cambio el opuesto, es decir, el del Norte, es el mas importante, y presentando la principal entrada del edificio, ha sido decorado de un modo digno é imponente.

Su gran puerta, cuyas dimensiones son quince metros de ancho por veinte de alto, se encuentra adornada superiormente por un gran frontispicio, en cuyo acroterio dos matronas en diferentes actitudes representan á la industria y á las artes concurriendo con sus productos á la Exposicion universal: el arco superior está coronado por un grupo colosal en cuyo centro domina una gran estatua de muger, significando á la Francia en el acto de distribuir coronas á la industria y al comercio. En ambos lados de la puerta, y sobre dos contrafuertes adornados con columnas corintias se ven dos grupos de genios sosteniendo emblemas con las armas y cifras del emperador; en los arranques del arco dos Famas se asientan de un lado y otro, y por último, el pórtico mismo de entrada se halla primorosamente esculpido, formando todo ello un conjunto notablemente bello como pensamiento, y que nada deja desear como ejecucion; su material es la misma piedra que el resto del edificio.

Es menester, sin embargo, no entregarse de tal modo á la admira-

cion, que demos lugar á que los agentes de la empresa vengan, como á mas de uno ha sucedido, á llamarnos hácia la vida exterior exigiendo el óbolo con que, pedido de otro modo, se enorgulleceria cualquiera de contribuir para tan buena y magnífica cosa, pero de la manera que se hace aja, cuando menos, las ilusiones humanitarias que tan fácilmente se forman en estas ocasiones. Es preciso para entrar tener un franco los dias comunes de la semana y cinco los viernes, pero uno ó cinco, ello ha de ser ni mas ni menos, en la inteligencia de que allí no se devuelve ni se cambia dinero, como se puede leer en varios carteles escritos en diversos idiomas. Asi, por poco descuido que haya en proveerse del plateado talisman, hacen volver atrás bonitamente para ir á pagar un tanto por el cambio de moneda en cualquier despacho de los establecidos en los alrededores. Zanjada esta cuestion puede creerse que la entrada por una puerta que ya se sabe mide quince metros de anchura, debe ser cosa desahogada cuando no hay gran bulla, pero los mismos agentes advierten el privilegio esclusivo de cierto espacio ó callejon entre dos verjas de hierro que cerradas por otra transversal hacen sospechar por su rara disposicion y su forro de terciopelo de Utrech, la existencia de alguna trampa no muy decorosa para las señoras que tienen que hacer empuje de un modo ya indescriptible en nuestra sociedad, un tanto inglesada. En fin, digamos pronto, que pasadas estas nuevas horcas caudinas que representan un contador mecánico, el chasco, el franco y el recelo de la trampa, todo se da por bien empleado al penetrar en el vestibulo recorriendo vagamente con la vista los objetos de uno y otro lado y llegar atraídos por la profusion de luz á la gran galería ó salon central destinada á recibir las obras de gran tamaño sin distincion de clases ni de naciones.

La sensacion que en tal momento experimenta la mayoría de los visitantes es bastante parecida á un sueño. La multitud de objetos grandes y ricos que toca uno, tan variados, tan diversos y heterogéneos que difícilmente puede la razon explicar cómo y por qué se encuentran allí reunidos y al mismo tiempo el ruido confuso y raro de bulla, de agua que corre, pájaros, instrumentos de música, balidos de animales etc., dan verosimilitud á esta sospecha. A la derecha tres ó cuatro grandes señores de la corte de Carlos I departen amigablemente dentro de un aparador; magníficos ferreruelos de terciopelo azul y escarlata con ricos bordados de oro de Venecia, gola y frisona flamencas, espada de Toledo al costado con empuñadura artísticamente cincelada, nada les falta para presentarse en un sarao: mas adelante un caballero, cubierto de brillan-

te armadura como el caballo que monta, parece aguardar, alta la lanza y baja la visera, la hora de penetrar en el torneo; por una coincidencia inesplicable otro caballero igual, ó al menos semejante, se ve bajo el primero, pero de tales dimensiones que con caballo y lanza, bien podría justar desahogadamente por entre los cuatro pies del primer caballo: más alto un inmenso faro de cristal con mil reflejos gira constantemente sobre su eje mientras la circunferencia descansa sobre otros cinco parecidos pero mas pequeños que tambien giran: al frente un enorme marco de mas de seis metros de alto y proporcionadamente ancho, contiene un cristal plano de una sola pieza y al través del cual una hermosa estatua del precursor del Salvador hace pensar en el dia en que fué permitido al ángel de las tinieblas ensayar su poder tentador contra él ofreciéndole un espectáculo que debió parecerse á este: mas allá un diamante del tamaño de una nuez deja admirar á los codiciosos sus deslumbrantes destellos; a la izquierda una gran máquina óptica recuerda tiempos de fantástica agorería. Poco á poco, sin embargo, desaparecen las ilusiones al soplo de la razon, para ceder el puesto á una admiracion juiciosa: todo lo que á la vista se presenta ostenta el saber y la habilidad de algun hombre; los cortesanos de Carlos I son de cera y lucen ropas, alhajas y armaduras que se fabrican para la ópera y demás espectáculos públicos; los grandes círculos giratorios son faros lenticulares del sistema de *Fresnel*, el magnífico cristal de una sola pieza es un prodigio de la fabricacion de *St. Gobain*, la imágen del Bautista es una admirable fundicion destinada á una iglesia, el diamante, la famosa estrella del Sur y la gran máquina óptica un modelo de la que sirve para las observaciones astronómicas por reflexion en el mercurio en el observatorio de Greenwich.

Pero esto es solamente un punto de observacion donde la acumulacion de objetos impide que la vista se estienda. Quien desee disfrutar del mas sorprendente panorama que sea dado encontrar, aparte tan excepcionales circunstancias, hágase conducir inmediatamente arriba y cerrando los ojos para no ceder á la tentacion de pararse en el camino, ábralos en el promedio de la galería superior en una de las estremidades del salon.

Bajo la gran bóveda de cristal cubierta por un toldo que con un sencillo mecanismo hace aumentar ó disminuir la luz para graduarla segun está el dia, se abraza de un golpe de vista todo lo mas selecto de la exposicion de todas las naciones. Los objetos de gran tamaño, con efecto, para los que se destina este salon, representan por la misma dificultad de su

trasporte un gran valor realizado por la mejor visualidad posible y para que la perspectiva sea todavía mas pintoresca no solamente casi todos los paises del universo se encuentran representados por sus respectivas banderas que adornan todo en derredor el balcon de la alta galería, sino que tambien las capitales y principales ciudades manufactureras figuran por sus nombres escritos con letras de oro en grandes flamas de diferentes colores pendientes en ambos lados de la misma bóveda. En el centro hay una gran fuente de fundicion circular, adornada con personajes mitológicos de tamaño natural, y cercada de flores; el agua cae de ella en abundancia por multitud de saltadores y caños, prestando frescura á todo el salon, y particularmente á la glorieta formada en su derredor con asientos cómodos y elegantes; tras de estos, gran número de naranjos alternados con estatuas contribuyen con sus aromas, como el agua con su frescura á la amenidad del sitio. Los medios puntos que de un lado y otro cierran la bóveda, están tambien adornados con transparentes alegóricos, que imitan los antiguos cristales de colores, y cuyos rótulos consignan el objeto de la solemnidad; en un extremo se lee: «*La Francia convida á las naciones á la Exposicion universal;*» y en el opuesto, «*La equidad preside al aumento de los cambios.*»

Decir ahora lo que la vista abraza de objetos notables, seria formar un catálogo que cada lector puede obtener completo á muy poca costa; pero para dar una idea de la variedad de cosas admirables, las unas por el valor de su materia, las otras por su forma, y otras, en fin, por los servicios que prestan y el ingenio que demuestran, que alli resaltan, marcaremos los grandes trofeos musicales de Pleyel y Erard, los escaparates del diamantista Lemonnier, un admirable púlpito gótico delicadamente esculpido, los renombrados cristales de colores de Bohemia, los colosales y brillantes candelabros de Baccarat, los grandes aparatos ingleses de salvamento y buceo, la graciosa y elegante pajarera de la emperatriz, donde cantán á su albedrío tan alegres como en el bosque los mas raros y preciosos pájaros, un modelo de imprenta con multitud de operarios y los compositores modernos simplificados en extremo para la música, los vapores de hélice, y tantos otros que callamos por no ser difusos, ó que hemos indicado ya.

Despues de haber disfrutado asi del conjunto que forma una perspectiva sin igual en el globo, se deben recorrer las galerías inferior y superior. En ellas el espacio está dividido, segun el que cada nacion pidió en tiempo oportuno y ha sido posible concederle. Las banderas colocadas en el balcon marcan el puesto de cada una. En el lado dere-

cho domina casi exclusivamente la Francia, que solamente tiene junto á sí en reducidos cuadros delanteros a España y Portugal por una parte, Cerdeña y Estados Pontificios por otra; en el izquierdo la bandera inglesa ocupa casi hasta el promedio, dividiéndose lo restante las demas naciones.

Como se ve, pues, la gran competencia es entre Inglaterra y Francia, sin embargo de que todos los paises figuran dignamente, sobre todo los Estados de Alemania; pero el pueblo inglés se conoce que ha hecho esfuerzos sobrenaturales para presentarse con los mas elementos posibles de victoria, y para ello no ha tenido en cuenta ni escaseado sacrificio alguno, sin mirar al tamaño de los objetos ni á lo delicado de su construccion; asi se ve que han presentado órganos de grandes dimensiones, aparatos marinos completos, yachts de tamaño casi verdadero; asi tambien modelos primorosamente acabados y que dan una idea exacta de esas magnificas obras que, como el puente tubular de *Britannia* y los docks de Londres, etc., constituyen los mejores títulos de su orgullo nacional; asi, en fin, aparatos hidráulicos entre los que llama particularmente la atencion una especie de esclusa, cuyas ventajas son dejar el paso libre al pescado sin disminuir la fuerza de la caida de aguas utilizable en los rios, y para hacer de este ingenioso aparato una verdadera maravilla, el pequeño modelo funciona de continuo y los pescados que pueblan el pequeño rio, son pececitos obtenidos por medio de la fecundacion artificial, segun los procedimientos de Mr. Coste (francés).

Por lo que respecta á nuestra España, si bien las circunstancias nos han sido mas contrarias que á ninguno de los demas pueblos, y de ello nos resentimos, no es, sin embargo, nuestra exposicion tan pobre como algunos han dicho. Siendo natural dedicarla capitulo aparte, y tal nuestro propósito, diremos ahora solamente que nuestros paños de Tarrasa y Sabadell figuran al nivel de los mejores belgas por finura y buen tinte; que nuestros tejidos de seda de Barcelona, principalmente los magníficos brocados de *Escuder* siguen inmediatamente á los de *Lyon*, que son los primeros del mundo, y que las armas y hierros cincelados de los dos Zuluagas (Eybar y Madrid), son superiores a cuanto alli se ve. Nuestros hermanos de Portugal figuran tambien dignamente, sobre todo en porcelana de escelente calidad, en cristal y en paños; su exposicion es notable por el buen gusto y la inteligencia con que han sido colocados los objetos.

Por lo demas y para terminar por hoy con el palacio de la industria,

tratando cual nos propusimos del conjunto, diremos que en todo él sobresale por su riqueza y lo sorprendente de sus admirables trabajos raros, como fruto de una civilizacion distinta, la esposicion de la India inglesa, en la que se admira una tienda real de campaña con todos sus muebles, emblemas y adornos de un lujo verdaderamente asiático, las procedencias de Australia y Californias, con enormes piedras de oro nativo, y para que Europa no palidezca entre tanta riqueza, brillan y atraen las miradas unas charreteras y escarapela de magníficos brillantes que, hechos para el duque de Brunswich, presenta el ya citado diamantista *Lemonnier*. La esposicion de Turquía, en la que se advierte un esmero particular, ostenta tambien ese carácter rico y oriental que tanto encanta por aqui; sus bordados en oro son dignos de la antigua nombradía que tuvieron, como tambien sus tapices.

Ya queda dicho que todo lo que es maquinaria y fabricacion se encuentra en la gran galeria llamada *anexa*, y por lo tanto la mayor parte de los inventos importantes deben buscarse alli; con todo, como cosas de porvenir para la industria y la humanidad, deben notarse en el palacio los hilos, cuerdas, telas y tapices de hilaza de coco que presentan los ingleses, no ya como una rareza de reciente invencion, sino como un ramo formal de industria que, de paso sea dicho, nos demuestra todo el partido que puede sacarse de la pita, tan abundante en nuestra Andalucía, los objetos de cautchuuc endurecido, una cama del mismo, elástico, flotante sobre el agua de una gran tina, cuya utilidad debe ser inapreciable para las enfermedades largas pues en ella el agua suple a la lana, los compositores de imprenta simplificados en extremo, y finalmente, los prodigios mecánicos de la relojeria suiza.

Por lo demas, los accesorios todos del palacio se encuentran en igual grado de altura, y la comodidad de los visitantes ha sido atendida con toda precision; asientos cómodos y abundantes, cochecitos para que las personas débiles puedan hacerse llevar lo mismo arriba que abajo, aparadores provistos de todo para comer y refrescar, nada falta para hacer agradable tan extraordinaria mansion, de donde es ya tiempo de salir para visitar la galería *anexa*.

Paris, 14 de julio de 1855.

CARTA III.

Amigo mio: siguiendo el orden de nuestras descripciones y segun lo prometido en mi anterior, debemos ocuparnos hoy de la galería anexa, llamada así porque la idea de su construccion fué suplir la falta de espacio que desde luego se advirtió en el palacio de la industria, demasiado adelantado ya para variar su plan: está hecha de hierro y cristal, pero cubiertos con madera los huecos de sus paredes laterales. Mide mil doscientos metros de largo por veinte y cuatro de ancho, y la altura de su bóveda es de diez y siete metros; por estas dimensiones podrá formarse juicio de su vasta capacidad, aumentada desde el centro hasta su extremo N. O. por dos galerías altas en forma de tribunas, anchas de siete metros cada una, y que por lo tanto dejan entre sí bastante espacio para no perjudicar á la perspectiva de los objetos espuestos.

La entrada de este recinto, si no es tan hermosa como la del palacio de la industria, da quizá mas lugar á la sorpresa y admiracion. Como aquel, tiene tambien esta galería su glorieta central, donde puede el visitante descansar y serenarse. En el medio hay tambien una gran fuente de fundicion, cuyo adorno, en vez de estatuas, es un colosal ramo de flores del mayor tamaño conocido, tan perfectamente imitadas, que fácilmente se confunden con las naturales del pequeño arriate que rodea la taza. El agua brota en miles de hilos que salen de las flores y que subiendo y cruzándose forman sobre ellas como un vapor de frescura, una especie de condensacion tangible de sus aromas: estas flores son de cobre. En los cuatro ángulos que desbordan el círculo, cuatro grandes *gruas* ó pescantes se ostentan admirables de ligereza y de poder. Desde este centro la galería se divide, encontrándose todo el promedio de la parte N. E. ocupado por grandes máquinas de movimiento que lo reciben á voluntad por medio de un gigantesco árbol central en comunicacion con poderosas máquinas de vapor situadas al efecto fuera del edificio. En los costados tienen colocacion los aparatos, telares y máquinas mas pequeñas: las paredes se encuentran revestidas con productos de industrias accesorias como son, trofeos de herramientas y útiles de trabajo, cueros y telas fuertes.

El promedio de la parte N. O. se ve cubierto con muestras de las materias primeras de toda clase de fabricacion. Todo esto habla mas á la

imaginacion que lo que precede, cuyo aspecto cansa a veces por lo medurado y uniforme. No solamente se ven aquí los minerales y plantas, sino tambien modelos que dan idea del cómo se obtienen y utilizan, cómo se esplotan, se cultivan y elaboran: la colocacion de estos reflejos de minas, de grandes aparatos de destilacion, de escavaciones subterráneas, etc., se presta mucho á lo pintoresco, y los espositores parecen haberlo comprendido muy bien. Por ejemplo, figurándose en un monte una esplotacion minera, se ha formado un barranco; éste ha sido aprovechado por un inventor de un puente rústico ingenioso para dar una muestra de su obra, y sobre ésta, á su vez, un preparador de pieles ha colocado un tigre en tan natural actitud y de tan hermoso aspecto, que admira é intimida á la vez.

Mas allá atrae las miradas de los curiosos un modelo en grande escala, de la esplotacion de las minas carboníferas de *Anzin*. El monte se presenta por un lado con su aspecto pardo grisiento: por los restantes los diferentes cortes practicados ponen de manifiesto multitud de galerías tales como realmente existen, y los trabajos de toda clase que allí se ejecutan. Todas las proporciones se ajustan matemáticamente con arreglo á la estatura de los trabajadores, que son muñecos de gonze de tres pulgadas de altura, que se prestan á todas las actitudes que exigen las labores en que se encuentran ocupados, y que dan lugar á ver funcionar los diferentes mecanismos con que se ayudan. Unos bajan por los pozos con sus grandes aparatos de descenso sujetos en correderas, y provistos de los garfios de seguridad del sistema de *Fontaine*, que en el caso de romperse la cuerda del torno, salen, y enclavándose en las paredes, los dejan suspensos evitando su caida. Otros prosiguen las escavaciones alumbrados con lámparas de seguridad inventadas por el inmortal Davy, que por su nuevo perfeccionamiento resguardan al minero hasta de su propia imprudencia, apagándose en cuanto las abren; lo que estos sacan se carga en carretones, que ruedan fácilmente por los ferro-carriles que se estienden por las galerías principales; mas allá, los trabajadores se ocupan en consolidar las bóvedas y apoyar las paredes para oponerse al desplome ó derrumbamiento que á veces entierra ó incomunica á estos infelices; otros, en fin, mas afortunados, atienden á la accion de los aparatos destinados á enviar el aire que falta en las entrañas de la tierra, por medio de grandes ventiladores de hierro. Monte, máquinas, aparatos, herramientas, productos, todo es de una exactitud maravillosa, y solamente al ver la buena combinacion de todo ello, puede uno darse cuenta de que valga tan poco una cosa que parecia

deber extraerse con tanto trabajo de semejante profundidad: no hay descripción que pueda suplir una representación tan completa del sistema empleado.

La variedad de las colecciones de mármoles naturales ó pulimentados, es otra de las cosas que embellecen esta parte de la exposición, como también la colocación de los productos químicos de toda clase, principalmente los de mayor uso en la industria y en la farmacia; magníficas cristalizaciones artificiales de sales de hierro y de cobre, cromatos de potasa para tinturas de preciosos reflejos, compiten allí con las cristalizaciones naturales en hermosura de color, en brillantez y en transparencia. Productos de perfumeria, velas estearicas colocadas en forma de grandes pirámides de singular blancura, marroquies y charoles de mil colores, elaboraciones, en fin, completas; trasformaciones las mas variadas de la primer materia, se admiran al lado de la materia misma de donde proceden, suscitando mas de una duda injusta. En fin, mencionaremos para terminar, los productos alimenticios, granos y plantas de todas las partes del mundo, en muestras repetidas en las colecciones de los diversos países, que por su precio de obtención dan idea de la abundancia á que por favor de la Providencia es de esperar nos conduzcan á todos algun dia los progresos de las comunicaciones y la disipación de los antiguos errores económicos que tanto coartan aun el comercio; vinos transparentes y apetitivos, algunos admirablemente presentados, principalmente los austriacos, que dando á este artículo la importancia que merece, han colocado los suyos en un aparador de alambre de forma cónica que ocupa el centro de su círculo, y en el cual los frascos de cristal forman como labores en espiral en una gran columna de raro y particular aspecto. Las galerías altas están ocupadas por los objetos de mas pequeño volumen.

Tenemos, pues, talleres y máquinas por un lado; materias primeras por otro; tal es el promedio en general: pequeños aparatos y productos de primera ó segunda elaboración, tales son los costados en esta galería: antes de dejarla y persistiendo en el mismo sistema que seguí en el palacio de la industria, le señalaré como adelantos sobresalientes: 1.º varios métodos ó procedimientos para el larage del carbon de piedra, separándolo de ciertas materias sulfurosas y plomíferas que no solamente perjudican á la combustion sino que son causa de deterioro para las máquinas: 2.º el modo de utilizar el polvo del mismo carbon que antes se tiraba trabándolo con una sustancia bituminosa ó alquitranada: 3.º la combustion de los gases que en forma de humo negro y sofocante

se perdian y aun perjudicaban y que hoy ahorran combustible, cosa, sea dicho de paso, que tengo visto en Málaga hace ocho años en la herrería de la Constancia; 4.º la simplificación cada vez mayor de las máquinas de vapor y la estension del piston de fuego horizontal: 5.º como antítesis de las máquinas de vapor en las que éste se utiliza para conseguir fuerza, otra máquina destinada á utilizar una fuerza perdida formando vapor que caliente y seque ciertas materias: su aplicación está desde luego en las fábricas de papel, que situadas junto á una caída de aguas tengan un escedente de fuerza perdida y necesitan calor en cambio. Admira tambien por sus grandes proporciones una enorme locomotora sistema de Crampton, segun creo, y que se dice marcha á razon de 60 leguas por hora.

En otro género vense máquinas para costura de las inventadas en Nueva-York: diez ó doce de ellas funcionan constantemente. Turbinas de nueva invencion para sacar partido de las caídas de agua mas insignificantes; y para que el lujo tenga tambien su representación particular en este recinto, vese hermosa y elegante carruagería alemana é inglesa, haciéndose notar entre la primera un soberbio coche de ceremonia destinado para servir los dias de gala al primer magistrado municipal de Viena.

Señalaré, en fin, dos cosas que son las que mas han llamado la atención en esta galería, la una por su extraordinaria importancia en el porvenir de la industria en general y es la electricidad figurando como motor en dos ó tres máquinas y produciendo una fuerza de cuatro ó cinco hombres con un gasto insignificante; la otra por lo curiosa y como dificultad vencida; es una especie de colmena trasparente en la que dejando á las abejas el ancho de un simple panal se las obliga á permitir observar sus admirables trabajos. Es lo extraordinario que no los abandonan y todo el mundo puede verlas salir y entrar por un estrecho pasadizo que da á los Campos-Eliseos, trabajar en sus celdas y tributar los mas rendidos homenajes á su reina que se digna dejarse saludar durante horas enteras para que todas lleguen una á una retirándose sin volver la espalda hasta encontrarse á una gran distancia: este es un pequeño triunfo para los naturalistas á quienes se habia acusado de poetas y aun de aduladores del sistema monárquico.

Siendo el edificio que acabo de describirle, un *anexo* del palacio de la industria como su nombre lo indica, tiene su principal entrada por el mismo palacio y al efecto otra galería va directamente hácia él desde la puerta del pabellon del Sud ya nombrado; encontrándose en el cami-

no la rotonda que ocupaba el antiguo y célebre *Panorama*. Su dueño ha sido expropiado mediante una considerable indemnización, y la dicha rotonda forma una especie de salón de descanso en el centro de la comunicación que se designa con el nombre de *galería de unión*. Es seguramente éste uno de los puntos mas bonitos y donde mas se disfruta. Todo el espacio que media entre el palacio y la rotonda como el circuito exterior de esta última se encuentra ocupado con muebles de lujo é instrumentos de música, entre los que he contado hasta 220 pianos de todo género y caprichosas formas; las paredes se ven revestidas con hermosos tapices y papeles pintados; pero lo mejor, lo que constituye la verdadera joya de la exposición es el interior del mismo Panorama: jamás nuestra linda aunque vulgar expresión de *es una taza de plata* pudo ser mejor aplicada, pues contiene la plata y joyas de la corona y los productos de las diversas manufacturas imperiales.

Quien sepa lo que son estas manufacturas, cuyas elaboraciones son tan caras pero tambien tan perfectas, como que su objeto es *la perfección á toda costa*, no extrañará la admiración que se apodera del visitante que esperando ver tapices mejor ó peor fabricados, se encuentra con magníficas pinturas, reproducciones de los grandes maestros sin que nada flaquee en la corrección del dibujo ni en la delicadeza y entonación del colorido; cree uno al pronto haberse equivocado y encontrarse en el palacio de bellas artes; no hay tal cosa, esos cuadros admirables no están hechos al pincel sino tejidos en los talleres de Aubusson y de los Gobelinos.

Para que se comprenda bien todo el mérito y el gran efecto de estos artefactos conviene advertir que están hechos por hombres que, mas que como artesanos deben ser considerados como verdaderos artistas. Sabido es que hay dos géneros principales de tapices, el tejido en bordado mas ó menos fino y el aterciopelado. Al primer género pertenecen esos magníficos tapices históricos tan renombrados desde la edad media en España por los de Segovia y Toledo, y en Francia por los de Nancy; al segundo se refieren los no menos admirables de Turquía. De ambas clases habia fábricas reales en París y eran la antigua de los Gobelinos y la Savonnerie, hoy dia unidas, pero que representan siempre distintos métodos. Nada diré del de la primera cuyo dibujo exacto y prolijo se obtiene por un mecanismo antiguo y conocido muy semejante al que se emplea para los tejidos de seda en los telares inventados por el inmortal Gacquard: pero la manera como se fabrican los segundos debe notarse, porque deja amplia libertad al trabajador, para que distribuya los colo-

res a su albedrio, disponiendo, absolutamente como un pintor, hasta de las mas delicadas tintas. Tal vez no desagradará á V. una pequeña explicacion de como se hacen.

El artista, pues repito que tal debe llamarse, tiene el telar mecánico á sus pies; al frente un dibujo cualquiera que ha de copiar con los colores toscamente distribuidos semejante á los que sirven para los bordados en cauevas de las señoras: por encima de su cabeza penden los hilos de lanas de todos colores; principia copiando con cierta exactitud el modelo tirando de los hilos y colocándolos en la trama que tiene á sus pies y en la cual se sujetan con un sencillo mecanismo: cuando tiene asi concluida cierta parte trata de desvanecer los colores, para sombrear, y al efecto corta bien largas las lanas colocadas y con una especie de cardador, bate aquella trama cortando de vez en cuando y cada vez mas raído, con una tijera para ver el efecto de su trabajo: de este modo en fuerza de batir y cortar, desvanece los colores y sombrea absolutamente como un dibujante pudiera hacerlo con su fumino ó un pintor con la brocha dulce. Como comprenderá V., el cuadro que resulta puede tener toda la delicadeza de entonacion que el artista alcance á concebir; asi es que entre ellos han llegado á crearse talentos de primer orden, que no han titubeado en abordar las mas sublimes creaciones de los primeros genios de la pintura y se ostentan hoy en el Panorama copias exactísimas de los cuadros de mas renombre, entre los que merecen especial mencion, una *pesca milagrosa*, copia de Rafael; una *Virgen del pez*, del mismo, y un *Jesus en la tumba*, de Miguel Angel. Escusado es decir que el nombre de los que han trabajado estos admirables tapices figura en el catálogo como firmantes del cuadro.

Despues de los tapices lo mas digno de admiracion que la rotonda encierra son las porcelanas de *Sevres*. El grado de perfeccion que esta fábrica ha llegado á alcanzar en los productos es sabido de todo el mundo, como tambien que no es fácil conseguir hacerse de una pieza de cierto valor, pues solamente se fabrica allí para las testas coronadas ó para premiar talentos á quienes la fortuna haya favorecido, cosa bien rara por cierto. La finura del trabajo, su transparencia, la elegancia de las formas, todo admira y sorprende, dejando tras si muy distante esas vistosas figuras que la industria particular espone constantemente en el mercado; en cuanto á la pintura con que se adornan, baste decir que se deben á los primeros pinceles de Paris que ostentan tambien sus aspiraciones en copias de grandes cuadros entre los que se admiran sobre todos alguno de nuestro sin igual Murillo, y graciosísimas miniaturas que de seguro

escitarán la curiosidad de mas de un alto personage y de alguna linda dama cuya vista é imaginacion podrán recrearse y soborear al par que el paladar, aquellas con el continente y éste con el contenido.

Perfectamente adaptada la colocacion de los objetos á la forma circular de este precioso recinto, crece el valor de ellos segun su proximidad hácia el centro, y digo el valor por lo precioso de la materia. En él se encuentra una especie de gran aparador redondo, que contiene en rica visualidad la plata y joyas del imperio; de modo que considerada en conjunto la rotonda del Panorama viene á ser como un delicado fruto cuya brillante semilla son los diamantes de la corona, agrupados bajo graciosos templetos en derredor del afamado y deslumbrante *Regente*. En la parte mas esterna del mencionado aparador y corriendo una galería se ven magníficas piezas notables por sus formas, aun mas que por lo rico de su materia; pero descuellan entre todas las pertenecientes á un servicio de mesa completo, mandado hacer por el emperador en los talleres de Mr. Cristophle, y que con ser de metal plateado por el galvanismo, ha costado sin embargo 800,000 francos; esto dará una idea de su valor artistico; las principales piezas figuran alegorías referentes al poder ó á la gloria de la Francia.

En cuanto á los diamantes no es cosa fácil esparcir por ellos la vista; toda la galería que los rodea se encuentra constantemente llena de gentes que aguardan impacientes su turno para recrear un momento sus ávidas miradas; ¡tan cierto es que la codicia es siempre reina entre las pasiones ó los afectos humanos! Los hombres pueden admirar allí á su paso, obras artisticas infinitamente superiores, las mugeres tienen algo mas allá, adornos mas bonitos, mas ligeros y elegantes; nada, sin embargo, puede distraer á estas ni á aquellos de su estática contemplacion, y es preciso llamarles la atencion hácia la bulla compacta que espera sofocada de calor que ellos pasen, para que se decidan suspirando, á seguir adelante: ¿suspiran de entusiasmo al ver las formas de las joyas debidas á Vielt, á Fechter, á Lemoinne, ó á Bapst? ¿Se acuerdan del diamante de Carlos el Temerario, vendido en tres libras por un suizo, y rescatado en fin por Saucy, para ser robado en tiempo de la República? ¿Piensan en los diez y ocho *Mazarinos* (1), en los cinco *Médicis*, en los cuatro *Valois*, en el *Richelieu*, ó en los doce *Borbones*?

(1) En Francia los diamantes que existian en la corona, tomaban el nombre de la persona de la cual procedian, y así es que Mazarino, á pesar de su miseria característica, regaló diez y ocho magníficos para ver figurar su nombre al lado del de los Borbones, Médicis y Valois. Casi todos fueron robados una noche en tiempo de la República.

Nada de eso: el asunto es que en la última valuacion ó aprecio, los diamantes de la corona en 1829 figuraban por 29.000,000 de francos, y entre ellos *el Regente*, que por si solo vale doce. Este mérito de aprecio es, para mi, el único que tienen; tal vez no entienda bastante la materia, pero dado que no los he de heredar, prefiero mirar hacia cualquiera otra parte, y ahorrarme el calor y los empellones que me costaría el mas rápido exámen; pero ya es tiempo de ocuparnos de otra cosa no menos importante, aunque de menos lujo, y es el *Cercado agrícola*.

París, 5 de agosto.

CARTA IV.

Con el nombre de Cercado agrícola ó Exposicion de agricultura, se ha designado definitivamente una vasta estension de terreno que en derredor del *Panorama* y de la *Galería de union*, resulta comprendido entre dos líneas, que desde los ángulos posteriores del palacio de la Industria, se dirigen á la galería anexa; y digo definitivamente, porque habiéndose dispuesto en un principio una simple galería con techumbre de madera, ó como aqui dicen una *barraca* de tablas, con destino á toda clase de instrumentos agrícolas, ha sido tal la profusion de ellos que se ha presentado, que unida á la acumulacion de otros mil objetos análogos, ha requerido; primero, la construccion de otra nueva barraca; despues poner á cubierto unos cuarenta coches de lujo que en ninguna parte cabian ya; en seguida levantar pabellones para objetos especiales que los requerian, como por ejemplo, los telescopios é instrumentos astronómicos en general, que necesitan cielo abierto para funcionar, al mismo tiempo que exigen proteccion contra la intemperie; en fin, han llegado objetos de tal magnitud y de tal mérito en este mismo género, que por un lado no era posible ni aun necesario ponerlos bajo techado, y por otro no podian escluirse de la Exposicion; asi son las grandes portadas de hierro, los pabellones de zin, los invernáculos, yachts de vela, barcos de vapor, etc.; ha sido preciso, pues, ir ensanchando los limites de la Exposicion, y colocar de una manera ú otra los objetos, y he aqui como *definitivamente* se ha decidido aprovechar los grandes ángulos que de la forzosa irregularidad de la union de las diferentes construcciones resultaba, trazando como *últimos limites* las dos mencionadas líneas que unen la fachada trasera del palacio, con el promedio de la galería anexa, comprendiendo la de union.

El aspecto general de todo ello es bastante confuso y se necesita visitarlo repetidas veces para poderlo comprender y examinar con fruto. Los objetos pierden bastante con esa colocacion mas que irregular, y al pronto no se puede menos de acusar por ello de imprevisora á la comision: es un trabajo impropio el que se necesita para hacerse bien cargo de todo, y una comparacion juiciosa casi imposible. Justo es, sin embargo, reconocer que no era fácil calcular hasta donde iban á llegar las exigencias de local, ni que pudieran reunirse tal cantidad ni tal clase de objetos. La Exposicion de Londres, único precedente que pudiera servir en la materia, ha quedado muy atrás, y cada dia aparece en mayor inferioridad relativa. Para concretarme á una sola cosa, ¿quién pudiera calcular que de Inglaterra iba á llegar una casa modelo, con alojamientos para gran número de trabajadores y sus familias, con muebles, utensilios, etc., de tamaño natural, una gran casa de dos pisos, en fin? Tal idea, sin embargo, ha ocurrido á un Mr. Jorge Clark, y el jurado ha creído deberla admitir.

Como digo, la vista, salva alguna que otra escepcion, tiene poco lugar para recrearse, y los objetos sorprenden mas bien que admiran, y sin embargo, tal es el poder de todo lo bello, que he visto muchas personas perderse con cierta complacencia en aquella especie de *pandemonium*, dejando vagar el espiritu por entre las mil ideas encontradas que al aspecto de tan distintos objetos se despiertan. El hombre, por otra parte, propende de tal manera á dejarse alucinar por lo que le interesa, que los espositores se persuaden fácilmente de que el primer curioso que se les presenta es capaz de comprender una materia de ellos tan conocida, y se apresuran á provocar las cuestiones, demostrando las ventajas de su invento, cualquiera que sea; así es que en poco rato, si la cabeza resiste, puede uno salir henchido de conocimientos de labranza, de ingertos, mecánica, veterinaria, astronomía, hidráulica, marina, guerra, adornos.... ¿quién sabe?.... aquello es un mundo en pequeño, con algunos, pero no todos, los inconvenientes del grande.

La galeria primitiva de los instrumentos agrícolas tiene cierto carácter rústico conveniente á su objeto. El centro en toda su estension está ocupado por máquinas de vapor y aparatos hidráulicos ó de destilacion, algunos de ellos parecidos á los que se ven en la galeria anexa, pero con aplicacion especial á las explotaciones agrícolas. Las máquinas de vapor son en su mayor parte loco-móviles, con dos ó cuatro ruedas, muchas de ellas susceptibles de aplicaciones generales, y pudiendo á voluntad desenvolver una fuerza hasta de diez caballos. En los costados se ven

otra multitud destinadas á infinitos géneros y á diversidad de manio-
bras, las unas para perfeccionarlas, las otras para abreviar ó ahorrar fa-
tigas: las hay para levantar pesos, para suspender los podadores, para
segar, trillar, aventar y limpiar los granos, para torcer y anudar las
mieses, para pisar y estrujar la uva, para elevar los líquidos, amasar el
pan, cortar sin desperdicio en tablas los troncos de árboles, y otras que
no recuerdo; agréguese á esto la multitud de cavadores y sembradores
mecánicos, y mas de trescientos arados diversos, y se tendrá una idea
de esta galería: muchas de las dichas máquinas demuestran un verda-
dero progreso en lo simple de su construccion y en la poca inteligencia
que requiere su manejo; es una circunstancia que debe notarse mucho,
porque entre nosotros corre muy válida la dañosa idea de que los proce-
dimientos agricolas no son susceptibles de adelanto sino á costa de su
simplificacion, casi siempre necesaria para la verdadera economía en las
esplotaciones rurales. Esto último, que es una verdad, viene en con-
clusion á confirmar otra no menos cierta, y es que pocas cosas pueden
quedar en el mundo estacionarias ante los esfuerzos combinados del tra-
bajo y del ingenio.

Los alrededores de esta galería son una llanura de cierta estension,
cubierta con gran número de tiendas de campaña (modelos tambien),
algunas de las cuales contienen y resguardan al mismo tiempo otra cla-
se de curiosidades: alternando con ellas, se ven objetos de gran tamaño,
como son piedras de molino de tres metros de diámetro, una hélice co-
losal de cobre destinada al navío de noventa cañones *el Imperial*, pa-
bellones rústicos, etc.; luego, y á medida que se aproxima uno hácia
las afueras del panorama que corresponde al centro, se ven mas cuida-
dosamente colocados, objetos que sin dejar de tener el mismo carácter
agrícola, son de mas lujo y mejor visualidad: primero un gran cenador
de mimbre, con bancos, mesa y lámparas colgantes de lo mismo, des-
pues pabellones chinescos, portadas de hierro y de zin, que ya noté,
bancos elegantes formando calle, mas allá un ligero yacé pintado de
blanco con arboladura de pailebot y velas desplegadas, de una elegan-
cia apreciable solamente para los que han nacido en un puerto de mar,
y en fin, adornos de jardinería de toda especie. Como se ve, todo esto
es bueno, bonito y susceptible de gran efecto, pero pierden en este sen-
tido por la falta de espacio y de orden, que no ha sido posible conciliar,
muchas veces por culpa de los espositores, como ha sucedido con los
coches, y pues la ocasion se presenta, permitame que en esta ojeada
general me detenga en ellos un instante.

La negligencia y parsimonia de los fabricantes ó las dificultades del transporte ha hecho que la carruageria se encuentre diseminada en tres partes bastantes distintas unas de otras. Creo haber dicho que en la gran galeria central se admira un hermoso coche de lujo procedente de Bruselas y que parece, por sus blasones, destinado á la familia real belga. Tambien dije que en la galeria anexa se encuentra representada la fabricacion inglesa y alemana con carruages de toda clase; pero en vano habia buscado la francesa, y por cierto que me parecia extraño hubiese abandonado el campo á sus rivales cuando tan notable fué su triunfo en la Esposicion de Lóndres: razon tenia para extrañarlo, pues al encontrarla en el Cercado-agricola, mi sorpresa ha sido igual á mi admiracion.

Bajo un toldo cerrado de bastante estension, se encuentran colocados en tres hileras que dejan calle, unos cincuenta carruages de vario género, alguno que otro belga y suizo, otro muy hermoso mejicano, pero la mayor parte franceses. Como la materia se presta al lujo, nada se ha escaseado, de modo, que ricos metales bruñidos y relucientes, preciosos barnices realzando pinturas al pincel, dificiles y delicadas esculturas, cristales, telas riquisimas, no se sabe que admirar mas en todos esos coches si su valor ó su elegancia, si su comodidad ó ligereza: muchos se ven enganchados con hermosos caballos disecados que lucen arreos admirables y hasta los trages de los cocheros se pueden juzgar sobre manequies de madera con caras de cera y peluca empolvada. Entre los muchos notables le citaré por lo nuevo un soberbio coche de corte hecho por *Leclerc*, cuya caja es toda de cristal de espejos, con lo cual se puede cambiar el color diariamente cambiando una tela ó un papel que lo reviste en su interior: ya se comprende que no hay barniz que pueda sostener comparacion con el brillo que presenta esta caja: hay tambien un charabanc todo de hierro, que mediante una buena combinacion de resortes es suceptible de diversas formas para variados usos, siendo al mismo tiempo ligerisimo; hay en fin, un tilbury de *Becquet* que es un prodigio de elegancia y ligereza.

Tambien bajo este mismo techo se ven algunos coches de ferro-car-ril de primera y segunda clase; pero lo que descuella en este género son otros que se encuentran en una galeria contigua y que proceden de Suiza: estos, que son de extraordinaria magnitud, permiten en la primera clase, el suficiente desahogo para que entre cada dos asientos encontrados, haya una mesita redonda para jugar ó escribir; ventaja inapreciable para los que tienen que hacer largos viages, y pasar muchas horas en el coche, siendo, como por lo regular son, hombres de negocios,

aficionados á aprovechar el tiempo. Como recuerdo de otro tiempo que aquí *fué* y en España es, por desgracia todavía, se ven, en este mismo local, ingeniosos aparatos para bestias, los cuales sobre un aparejo permiten que á voluntad se siente una persona en cada lado ó se coloque un colchoncito para enfermos, pudiendo llevar dos cada animal: estos aparatos están en uso en los trenes de equipages militares del ejército francés.

Ahora terminaré, segun costumbre, al dejar el Cercado agrícola, mencionando algunos de los objetos que en él se contienen y que me parecen de mas importancia. En primer lugar, hay una demostracion de los procedimientos de seca ó *drenage* que tan en grande escala se están practicando hoy en Inglaterra y Francia para hacer productivos los terrenos pantanosos y que cada dia se hacen aqui mas populares, merced en gran manera á los luminosos artículos que sobre la materia ha publicado el *Diario de los Debates*. El procedimiento consiste en recoger el agua escedente en tubos de barro que se estienden convenientemente á cierta profundidad y en direccion segun el declive del terreno, para darle escape ó para conservarla en caso de que pueda ser útil algun dia. Este método bastante antiguo y que tradicionalmente se conserva en algunos puntos de Andalucía (1) desde el tiempo de los árabes, esos admirables cultivadores que tan deplorablemente hemos renegado en ciertas cosas que nada tenían que ver con nuestras creencias y que tanto bueno nos enseñaron, necesita gran cantidad de tubos de varios diámetros que, los unos agujerean para recoger las filtraciones y otros escotan en un punto de la circunferencia de las juntas, tapando la apertura resultante con chapas curvas del mismo barro que se adaptan, lo suficiente para que la tierra no pase, pero sin oponerse á la filtracion del agua que en los tubos se acumula. La necesidad de tan gran cantidad de tubos haria caro el establecimiento de esta mejora si no se hubiese inventado una máquina que en un dia y con poquísimo costo, elabora multitud de ellos, dispuestos para el horno; y ya que he dicho horno, le haré notar uno de nueva invencion que alli mismo se encuentra para los tejares, que consume, segun se quiere, leña ó carbon de piedra, y cuyo invento garantiza una economía de treinta por ciento sobre los antiguos, toda vez que se propone no quemar mas que uno y medio hectólitros por millar de tejas.

(1) En el valle de *Abdalagis* cerca de Antequera hacen, hoy dia, eso mismo abriendo en los terrenos húmedos grandes zanjas que revisten y cubren con lajas de pizarra que tienen alli abundante y que sin gasto ni pérdida de superficie suplen perfectamente la entubacion de barro.

Citaré también como sumamente útil para los labradores y para vulgarizar, en el pueblo todo, ciertas nociones de astronomía, que son tan útiles en la vida, un orientador fijo y exacto de las líneas celestes, fuerte y á prueba de la intemperie, que constituye un bonito y útil adorno para la plaza de un pueblo y que su espositor Mr. *Ouvriere* de Marsella se ofrece á colocar en cualquier punto, mediante un moderado precio. Finalmente merece un lugar preferente en esta mencion un barco de vapor venido de Nantes y procedente de las dependencias del Estado, y cuyo casco está construido con hierro y madera, segun el sistema de *Guibert*, y que para esplicarlo en pocas palabras viene á ser un barco de chapa de hierro con una funda de madera que lo protege ó sean dos barcos de hierro y madera, el uno dentro del otro con cierto espacio intermedio. Basta enunciar el pensamiento para que se comprendan sus inapreciables ventajas en casos de choques y encallamientos, tempestades, etc., está además resguardado en sus costados con defensores elásticos de gran fuerza. La magnitud de este barco que puede atravesar el Océano, dará idea de lo que es susceptible de contener el vasto recinto cuya descripcion termino.

Pasemos ahora á otra seccion que puede considerarse como dependencia de la esposicion agrícola, puesto que se trata de jardineria, pero que con razon está colocada aparte, conteniendo principalmente curiosidades y objetos de lujo y reereo. Su situacion, su arreglo, el esmero y buen gusto que en ella se advierten, hacen de la *Exposicion de horticultura*, un sitio delicioso para disfrutar de las dulzuras campestres, combinadas con las comodidades de la civilizacion. Ocupa un vasto jardin que desde las espaldas de los del palacio del Eliseo, se extiende hasta la calle central de los Campos Eliseos, frente al palacio de la Industria. Tiene su entrada por una gran puerta de hierro, con adornos, blanca y dorada, lijera y de buen gusto que recuerda algunas cancelas de nuestra sin igual Sevilla; y desde un pequeño soto, tapizado de verde y menuda yerba, y rodeado de árboles seculares se extiende la vista por un risueño panorama que en todas direcciones presenta bosquecillos, montes, templetes, cabañas, fuentes, estanques, saltadores y la entrada de cien calles que serpentean en todas direcciones y por las que el curioso quisiera penetrar á la vez. La frescura y amenidad del sitio, el encanto de los cuadros de flores raras que con sus mil vivos colores atraen las miradas para sorprender mejor con sus perfumes, el ruido del agua, el canto de multitud de pájaros que parecen dichosos en cercas cuyas rejas mejor que doradas están ocultas

con verdura, forman un conjunto sin igual, una idea del Paraíso.

Como V. ve la disposicion que se advierte viene á ser la de un jardín inglés; pero, amigo mio ¡qué jardín!! las horas que allí se pasan vuelan como minutos y luego ¿lo creerá vd.? Sale uno sin poder dar razon de nada; contento... ¡eso sí! pero incapaz de estudio, el corazon se lo lleva todo y nada deja á la cabeza; esta es mi disculpa, pues la necesito por no darle una relacion mas ó menos clasificada de los frutos mas hermosos y raros, de las plantas mas extraordinarias, de los juegos de aguas y adornos que allí se encuentran; solo recuerdo dos cosas que principalmente me impresionaron de igual modo, la una por su magnitud, la otra por su pequeñez. La primera es la gran flor *Victoria magna*, única hoy en Europa y que obtenida en Inglaterra á fuerza de estudio y perseverancia crece en agua caliente y se ostenta cada dia mayor en un estanque, que ya va siendo pequeño para ella, pues aumenta su circunferencia una pulgada diariamente. La segunda es una reduccion de varias plantas y arbustos en proporcion poco mas ó menos de pulgada por vara y que con sus hojas correspondientes, con sus flores y frutos se admiran en gran número bajo una campana de cristal. El trabajo y el estudio que la obtencion de estos fenómenos ha necesitado y lo sorprendente del resultado, sobre todo el último, son extraordinarios; los procedimientos de que para ello se han valido son originarios del Japon y en su esencia consisten en hacer crecer la planta en una atmósfera reducida, desde el primer dia; pero con sus sucesiones de temperatura, humedad, luz, etc., todo en una exacta proporcion: dejo á su juicio calcular lo delicado de las operaciones y la paciencia que para ello se necesita; así es que los curiosos se agolpaban en tropel para admirar tan particulares productos mientras yo ansiaba ceder mi puesto y salir de aquella atmósfera calurosa y enana, para disfrutar lo que Dios prodiga, que es siempre lo mejor.

He terminado por hoy con la idea general que me propuse dar á vd. del conjunto de la Exposicion industrial en sus diferentes secciones: réstame antes de abordar un estudio mas sério decirle algo del palacio de las Bellas artes que forma, como suele decirse rancho aparte; pero esto será objeto de mi próxima, que me prometo á mi mismo no tardaré en escribirle.

Paris 14 de agosto de 1855.

MANUEL CASADO.

EL PRINCIPE DE MAQUIAVELO.

CESAR BORGIA,

O LA ROMAÑA EN 1502.

XVI.

Para dar á nuestros lectores una idea mas clara de esta historia, para dar á conocer mejor á César Borgia y su época es preciso trasportarnos al territorio de Perusa.

Cabalgaban dos viajeros por el camino de Magione, el uno cubierto con un casco, y una armadura completa de acero, era el duque Pagolo de los Ursinos: el otro envuelto en un ropage encarnado con un ancho sombrero del mismo color, era el cardenal de los Ursinos, su hermano. Veíase sobre el caparazon de su palafren un escudo con el oso, del que su familia tomaba el origen de su noble nombre.

Continuaban en su camino los nobles hermanos cuando vieron venir hácia ellos unos cincuenta ginetes que acompañaban á dos señores de los que el uno vestía el traje ordinario de las gentes de distincion, con una larga cadena de oro, en tanto que el otro con una especie de sotani-lla negra podia en rigor pasar por un clérigo. Dirigióles la palabra el primero de estos inclinándose respetuosamente.

—¿No es al duque y al cardenal de los Ursinos á quienes tenemos el honor de saludar?

Respondió el cardenal con gravedad:

—Somos los que acabáis de nombrar, señores, lo veis en nuestro escudo, y os lo declaramos sin temor, aunque la prudencia exigia saber antes el nombre de los que nos hacen una pregunta indiscreta en estos tiempos de revueltas.

—Monseñor, respondió el nuevamente llegado, yo soy Juan Bentivoglio de Bolonia y este el pronotario de Bentivoglio.

Era esta una dignidad civil que participaba de eclesiástico y de magistratura.

—Bien venidos seais, señores, dijo el duque de los Ursinos. Juan Pablo Baglioni no se sorprenderá de veros entrar en su ciudad de Magione en nuestra compañía. Mi hermano el cardenal ha dejado á Roma con pretesto de ir á Bracciano.

—El cardenal de Bentivoglio, vuestro hermano, paréceme que hubiera podido venir por su lado. Cuanto mas numerosos sean los confederados mas posible será emprenderla contra Alejandro y su bastardo, ¡que Dios confunda!

—Así sea, señor duque, dijo Bentivoglio. Todos estamos interesados en poner un dique al torrente. Los Borgias obran como el león de la fábula: lección severa para los miembros del Sacro colegio.

—Antes y despues, son dos épocas muy diferentes, señor conde, replicó el cardenal y lo mismo os dirá vuestro hermano mi querido colega. En el cónclave el Espíritu-Santo nos ha prometido muchas cosas, y fuera de allí el diablo nos ha cumplido la palabra.

—Paciencia, prosiguió el duque, nuestros hombres de armas tienen buenas lanzas, y podemos alistar mas peones bajo la bandera de la venganza que el bastardo de Satanás contará jamas bajo la suya. Pero señores, el camino no es tan estrecho que no podamos cabalgar cuatro de frente: vuestra escolta nos seguirá.

Colocáronse el duque de Ursino y el conde de Bentivoglio el uno al lado del otro, los dos clérigos caminaron juntos.

—Vamos poquito á poco, señores; *chi va piano va sano*.

—Y *Lontano* añadió el pronotario. César el despurpurado no sigue esta máxima. ¡Bendito sea Dios!

—¡El diablo sabe todos los oficios! Puedo aseguraros que Borgia cabalgaba tambien bajo la sotana encarnada, y nunca las hacaneas del Santo Padre fueron sus monturas, el vuelo de la ropa talar le impe-

dia correr á las citas amorosas y sorprender al duque de Gandía, su hermano, en los brazos de su hermana Lucrecia por la que reventaba de celos al decir de todos.

—¡Infame raza de impúdicos, incestuosos y bastardos! exclamó Pagolo de los Ursinos....Pareceis sorprendidos, señores de Bentivoglio, pero nosotros los romanos conocemos todas las hazañas de esta familia.

—Familia bien unida, hermano mío, añadió el cardenal. Julia Farnesio ó la señora Vanozia, esposa adúltera de aquel pobre Domingo Arimano, debe hallarse orgullosa de haber dado á luz ese bormiguero de hijos que tanto se parecen á Borgia su respetable padre. ¡Por el próximo concilio! Pondremos en claro las infamias alejandrinas y cesarinas. Que me echen del cónclave si no hago unos versos latinos sobre los amores borgiales. Es un bonito asunto para un poema épico, y Petronio hubiera dado mil gracias á Apolo porque se le hubiera inspirado. Lucrecia, ¡qué oportuno es el nombre! prodigando sus favores á todos los miembros de su familia, despues los celos reciprocos, los respectivos asesinatos, y la tiara y la púrpura cubriéndolo todo con su respetada sombra. Ah! ah! ah!

—Me admirais mucho, monseñor, dijo el pronotario. Los crímenes políticos de Valentinois son conocidos de todo el mundo. Habia, en efecto oido decir que el duque de Gandía habia sido hallado en el Tiber atravesado con nueve estocadas, pero estaba lejos de creer que una intriga amorosa hubiese sido el motivo de semejante asesinato, y que su hermano hubiese sido el autor.

—¡Ah! nuestro Santo Padre Alejandro concede á sus hijos las indulgencias y las dispensas que se concede á él mismo, prosiguió el cardenal. Pero señores Bentivoglios, ¿cómo habeis podido llegar sin riesgo desde Bolonia hasta aqui? Ha bastado vuestra escolta para protegeros contra las hordas de bárbaros que el vándalo atrae sin cesar sobre el hermoso suelo de la Italia: este César Ibero, este Borgia de Francia, como se llama por la gracia del infierno, su pais natal.

—No se puede, dicen, añadió el duque, dar un paso por los caminos de la Romaña sin encontrarlos guardados por esbirros con un verdugo á su cabeza.

—Hemos tomado el camino de Florencia, respondió el conde, y con el mas profundo misterio hemos hecho nuestra marcha hasta el punto de la cita dada por Spinelli. Nuestra escolta se compone de hombres de Vitellozzo, que se ha quedado enfermo en la *Cita di Castello*.

—¡Cómo! ¿no vienen los Vitelli?

—No, pero su gefe se hará representar en la junta.

Arqueó las cejas con aire indignado el duque de los Ursinos, pero creyó prudente no profundizar mas sobre este asunto, y apresuróse á decir:

—El pobre Tomás Spinelli ¡cuánta pena se toma! Es el alma de la confederacion; bien merece que el congreso le forme un pequeño señorío con algunos retazos.... Mi hermano los recogerá.... Pero ya diviso el campanario de Magione.

—Y oigo tocar la *oracion*; quitaos los sombreros, señores, no olvidemos nunca lo que debemos á Dios: *Ave Maria gratia plena*....

El cardenal murmuró el resto del Ave María, y los viajeros llegaron bien pronto á las puertas de la ciudad, donde se reunian los enemigos de Valentinois. Tomás Spinelli aguardaba á la puerta de Magione la llegada de los confederados. Factotum de la conspiracion, acumulaba las funciones de maestro de ceremonias y de cuartel-maestre, asi como habia ejercido las de correo. Hizo llevar á los señores romanos á la casa que el duque de Gravina les habia dispuesto anticipadamente, y á los señores boloneses á la que se les habia preparado. Pero Juan Pablo Baglioni aguardaba aun otros huéspedes, y Spinelli se quedó en la puerta atisvando la llegada de los barones.

El misterio que debia proteger la reunion de Magione y asegurar su éxito, no habia impedido á los conjurados ostentar durante su viage el lujo, cuyo gusto se ha trasmitido en los italianos hasta nuestros dias. Una comitiva numerosa y vestidos cubiertos de oro, daban á su incógnito mas importancia y escándalo que si hubiesen acudido á una conferencia anunciada á son de trompetas. Sin embargo, por una casualidad de que todos sacaban un feliz agüero, ninguno de los nobles viajeros habia tenido que evitar ó combatir en su camino los destacamentos errantes de Valentinois. El buen derecho, ó lo que parece tal, la magia especial que hace mirar la causa que uno abraza como la única buena y la única justa, inspira demasiado frecuentemente una ciega confianza que impide preveer los riesgos. Habíanse adelantado los conjurados con la certeza de que ignoraba Borgia completamente sus maniobras; y no se le ocurrió á ninguno de ellos el pensar que por un ardid político, Valentinois fingiendo no hallarse instruido, dejaba á sus enemigos en el seno de la seguridad y de la esperanza, como ordinariamente sucede á los que cuentan con la fortuna, á fin de poder con mas seguridad sorprender ó desbaratar sus intrigas.

Reinaba en la pequeña ciudad de Magione la mas grande confusion y ruido. Habíanse celebrado ya muchas reuniones preparatorias, pero

mirábase esta como la última y la mas importante, y con esta esperanza habian acudido mas conjurados que á las anteriores. Faltaba uno solo de los gefes, pero esplicábase su ausencia. Sin embargo, sospechaban todos los conjurados que el pretesto de Vitellozzo podia muy bien encubrir una traicion, si en ello tenia interés, pero hallábanse dispuestos á creer ciegamente en su enfermedad real ó fingida, para aprovecharse de la fuerza moral, de la fama de aquel condottiero: ademas el éxito debia unirle á la empresa y su solo nombre podia producir este éxito.

Los Ursinos gozaban en esta asamblea de la alta consideracion que da el poder. Los duques de Gravina y Pagolo de los Ursinos habian sido los primeros en dar la señal de la defeccion desertando de la bandera de los Borgias para alzar la de la rebelion. Su odio contra Alejandro VI no era mas que el justo pago del que manifestaba aquel papa contra los barones romanos, cuyas riquezas codiciaba.

Bien pronto se engruesó el partido de la oposicion con todos aquellos cuyos intereses se hallaban lastimados por el espíritu de conquista y la exigencia de Valentinois. Juan Pablo Baglioni, queriendo defender el territorio de Perusa, habia atraído á la conjuracion á Oliveroto de Fermo, Pandolfo, Petrucci y su ministro Antonio de Venafre. Los Bentivoglios por su parte habian arrastrado á Juan de Loreto y otros condottieros de menos nombradía. Los Vitelli no buscaban sino ocasiones de guerrear, y los Colonnas y los Savelli reuníanse á estos descontentos con el único objeto de debilitar el poder que los Borgias aumentaban cada dia á espensas de todos los tiranelos de la Italia Central. En fin Venecia, privada de sus posesiones y de su influencia en la Romaña habia organizado esta formidable liga, prometiendo socorros á los señores despojados de sus feudos, y enviando secretamente cerca de los insurgentes al conde Pitigliano con ámplios poderes. Hasta entonces habíase limitado la prudente política de este representante á no pronunciarse abiertamente sobre nada, á dejar hacerlo todo sin comprometerse nunca. Venecia temia á Francia y á Roma, es decir, al poder temporal por un lado y al poder espiritual por otro.

Motivos de un órden menos elevado habian hecho de Tomás Spinelli uno de los principales agentes de la rebelion. Sus seis lacayos disfrazados de soldados no habian tenido necesidad de combatir la falange victoriosa aunque se hubiesen hallado cara á cara con ella. Valentinois no combatia contra el microscópico ejército de este gentil hombre, y en tanto que él prudentemente se ocultaba, su muger, contando con razon con el poder de sus ojos, se habia presentado al conquistador para ase-

gurarse una conquista. Habíase dignado César Borgia detenerse en el torreón de Spinelli. Sus seis soldados, tornaron á convertirse en lacayos y motivos tenían para felicitarse de la generosa munificencia del huésped, y el marido se hubiera resignado probablemente á las inevitables consecuencias de la guerra, si las cosas no hubiesen pasado mas adelante. Pero cuando volvió á su castillejo nada anunciaba el paso de un ejército devastador. Todo se encontraba en el orden acostumbrado, hasta parecia tener el torreón un cierto aspecto de grandeza que no se notaba en él antes del suceso de que acabamos de hacer mencion; pero faltaba en él la señora castellana. Aunque no habia sido despojado de sus posesiones habíalo sido de su muger, habia encontrado en su celoso furor el medio de agregarse á un partido lisongeando su vanidad á expensas de su honor. Aunque el peligro comun fuese real y urgente no impedia esto, que se riesen un poco de este Menelao en la asamblea de estos nuevos griegos. La razon era muy sencilla. Valentinois al volverle su muger se justificó plenamente del crimen de raptó, y la Elena restituida á su noble esposo habia al verle vertido mas lágrimas que las que exigia la decencia. El odio de Spinelli contra Borgia parecia tan natural y tan fuerte que se habia convertido en el agente principal sino en el motor de la liga formada en interés del feudalismo italiano.

Reunidos todos los conjurados, resolvióse abrir la conferencia por una ceremonia religiosa, á fin de dar á las decisiones que iban á tomarse el carácter legal y solemne que imprime á todo la sancion divina. Era trasformar el conciliábulo en congreso y la conspiracion en reaccion natural. El mismo cardenal de los Ursinos cantó el *Veni Creator*. La pompa eclesiástica hacia olvidar que se obraba contra la gerarquia de Roma. Terminada la ceremonia, abrióse la sesion con toda la apariencia de una imponente calma, pero bien pronto dejó cada uno ver su genio ocupándose mas de ellos mismos que de el objeto de la reunion. Reemplazó á la dignidad de la sangre fria, el ruido: los discursos y pomposas frases sucedieron á la fuerza elocuente de un atento silencio, y el arreglo de pequeñeces, la cuestion de presidencia, como la vanidad de títulos, ocuparon mucho á aquellos principes que parecia haberse reunido alli para luchar en magnificencia. Sin embargo, en medio de aquellos hombres cargados de resplandecientes bordados se destacaba una gran figura de púrpura sobre un fondo de oro. Era la Rovera, cardenal de San Pedro Advincula. Reunido á los descontentos por su propio impulso, sin que nadie le hubiese convocado, parecia obrar en nombre de su sobrino, Francisco de la Rovera, señor de Sinigallia, pero en el fondo

para vengar los agravios que el mismo habia recibido de César Borgia. De carácter ardiente, inquieto, turbulento y astuto, con la conciencia del poder de su genio se habia proclamado él mismo presidente de la asamblea porque habia comprendido que merecia el solo no aquel honor, sino aquel cargo.

Desdeñando el vano ceremonial á que se habian sujetado las menores acciones de los príncipes de la Iglesia, el cardenal de la Rovera anunciaba en sus movimientos la energía de un soldado. Su voz sonora siempre, tenia momentos en que una cosa extraordinaria recordaba á esos mensajeros de la fe, á esas campanas que tan frecuente y diversamente se habian agitado para la discordia, los combates y el triunfo. Chispeaban sus ojos á la vista de una lanza, su capa encarnada tenia la forma de un manto guerrero: oíase debajo de su sotana el crujido de una cota de malla. Sus espesas cejas, y negros y relucientes bigotes cortaban su rostro y marcaban distintamente en él su carácter. En la frente su genio audaz y reflexivo, en la mirada la impetuosidad de su voluntad, en la boca su crueldad natural. Colocado á la cabeza de los enemigos de Valentinois por la influencia moral de su superioridad, debia asustar mas el solo al usurpador de la Romaña, que todos los confederados juntos. Mostrábase insensible á la molicie de la vida, y su lacónico lenguaje formaba contraste con su charlatana elocuencia, como su varonil exterior con su fatigado continente. Pero lo que sobre todo le animaba contra su antiguo colega era de un interés tan elevado que ninguno podia medir su altura. Era necesario derribar un rival. El cardenal de San Pedro Advíncula dejaba ya presentir lo que mas tarde seria bajo el nombre de Julio II!.....

Por largo tiempo dominó en el congreso el tumulto de las pretensiones individuales. Cada uno hizo valer sus derechos por un lado, sus agravios por otro, y todos exalaron mas odio, que espusieron justos motivos. Todos pintaron el desorden de la vida privada de su antiguo señor, cual si ellos mismos tuviesen limpia la conciencia. Estos principes, á sueldo en otro tiempo del que hoy acusaban, no se ruborizaban de hablar á nombre de la moralidad. Impaciente la Rovera de emplear el tiempo de la sesion en deliberaciones útiles, cubrió con su poderosa voz las voces de los demas.

—¡Por San Pablo y su espada! gritó; señores confederados, vergonzoso es perder un tiempo precioso en chismear como mugeres. Acabemos, acabemos. No estamos aqui para juzgar á Valentinois, sino para tratar de los medios de derribarlo.

El duque de los Ursinos y algunos otros condottieros apoyaron fuertemente esta opinion.

—Sin duda, nobles señores, añadió el cardenal de los Ursinos, se trata de derribar el coloso, pero para vencerle es preciso combatir con él. Necesitamos decidir con qué armas, y en qué lugar hemos de darle la batalla.

—El territorio de Bolonia se halla amenazado, exclamó al punto el pronotario de Bentivoglio.

—El de Perugia, inmediato á Urbino, dijo á su vez Baglioni, es el que está en peligro.

—Detengamos los pasos del enemigo en la Marca de Anconá, prosiguió Oliveroto de Fermo.

—Batámosle por todas partes donde podamos alcanzarle, respondió la Rovera agitando de un modo terrible su brazo.

Pero el conde Pitigliano con toda la flexibilidad de un talento consumado y la reconocida destreza de los agentes de Venecia, hizo comprender que exigia el interés comun que se tratase primero de libertar la Romaña, para que se aumentasen las filas de los confederados con la presencia de los señores despojados de sus estados.

Esta proposicion suscitó numerosas reclamaciones. Combatiéronla por todos lados. Era preciso segun los deseos de cada miembro interesado, preservar antes que todo á las señorías que Borgia se aprestaba á invadir, debiendo la asamblea proteger á cada uno de sus miembros. Asi un funesto egoismo vino á frustrar el pensamiento fecundo de una causa comun. Una violenta discusion alejó la sangre fria y la prudencia necesarias en tan grandes circunstancias; poco á poco acaloráronse los ánimos, y los insultos mezcláronse á las razones.

—No tengamos miedo, señores, dijo al fin el cardenal de los Ursinos. ¡Bendito sea Dios! Triunfaremos porque debemos triunfar. El grotesco César volverá á pasar el Rubicon; yo me encargo de cantar nuestras victorias en el estilo de Lucano. La divisa de Borgia, *Aut Caesar, aut nihil*, es ya objeto de la risa de todo hombre sensato..... Con motivo de esta divisa he compuesto ciertos dísticos que quiero someter á la latinidad de la asamblea.

¡Cuerpo de Dios! exclamó de repente con voz de trueno el cardenal de San Pedro Advíncula, pegando sobre la mesa que tenia delante un golpe con una espada desnuda, dejando muda de sorpresa á la asamblea. ¡Cuerpo de Dios! ¿Pensais derribar en el suelo á un tigre con latines, como se exorciza con un poco de agua? Dejad, creedme, vuestros

epigramas, vuestros versos y corred á tomar mosquetes y buenas dagas. Cambiad esos vestidos dorados por corazas y muslos de hierro, de hierro de Milan, ¡cuerpo de Dios! ¡Por San Pablo y su espada! Mi colega de los Ursinos escoge mal su tiempo para recitarnos sus versos latinos, cuando en buen italiano deberíamos estar ya mandando el ejercicio á nuestros soldados. ¡A las armas! ¡A las armas! Este es el discurso mas elocuente que yo pudiera oir. Yo tengo dinero, mucho dinero, porque lo encierro bajo cien llaves para las buenas ocasiones. Dadme hombres, y os prometo hacer la guerra tan bien, si no mejor, que todos los Borgias del mundo, con sus franceses y sus gascones.

La Rovera, á quien la naturaleza habia dotado del genio de los grandes capitanes, para no dejar á los habladores tiempo de reponerse, se aprovechó del silencio que acababa de producir el asombro, y que le aseguraba la victoria.

—¡A las armas! continuó. ¡Hombres! ¡Hombres y dinero! Cuanto poseo está al servicio de la confederacion. No hago caso de un escudo sino cuando sirve para la paga de un soldado. Señores de Ursinos ¿cuántos hombres proporcionareis al ejército coligado?

—Dos mil peones y trescientos caballos, respondió el duque de Gravina.

—Los Paville prometen otro tanto, añadió uno de los miembros de esta familia.

—Tenemos ya cuatro mil peones y seiscientos caballos, añadió la Rovera, sumando.

—Petrucci hará subir el ejército á seis mil hombres, dijo Antonio de Venafre.

—¡Seis mil hombres! Repitió el presidente con voz gozosa y terrible.

—Juntad mis soldados á los vuestros, dijo á su vez Oliveroto: la Italia conoce su valor.

Baglione y los Bentivoglios prometieron sus tropas. Spinelli tomando nota de las promesas recordó la ausencia de Vitellozzo, y el agente veneciano encantado del nuevo giro que tomaban las cosas dió á nombre de su república la seguridad de considerables subsidios.

—¡Por San Pablo y su espada! ¿quién nos resistirá? exclamó de nuevo el cardenal presidente. Vamos al caso, pongámonos á la cabeza de nuestros soldados. *San Marcos y los Ursinos*. Hé aquí nuestro santo y seña. Matemos, matemos. No haya cuartel para las tropas del traidor.

Desabrochando entonces su sotana encarnada, apareció cubierto con una armadura completa, y colocando su larga espada sobre un libro de

los Evangelios, hizo solemne juramento de apoderarse de la Romaña. Produjo un vivo entusiasmo este inesperado movimiento, y todos los confederados salieron por un momento del mezquino círculo en que los tenían aprisionados su egoismo é intereses personales.

Iban á separarse ya hasta el dia siguiente, cuando prolongó la sesión la repentina aparicion de un nuevo personaje.

Era este una muger. No revelaban sus vestidos un elevado nacimiento, pero en la elegancia de su talle, en su noble porte, en lo arreglado y limpio de su trage, aunque sencillo, descubriase cierto aire de distincion. Eran hermosas sus facciones aunque alteradas por el dolor. La seguridad de su continente, y la mágica espresion de su mirada predispuso á su favor á la asamblea. Volviéronse todos los ojos hácia Spinelli, cuya maliciosa sonrisa parecia decir: una víctima mas!

—¿Quién te trae aquí, muger? preguntó el cardenal de la Rovera tratando de dulcificar su voz.

No respondió sino despues de haber examinado con lenta atencion á todos aquellos señores que componian el congreso.

—No está entre vosotros el que busco, contestó vivamente conmovida.

—¿A quién buscas, pues?

—A un traidor, á un raptor.

—No debe hallarse en nuestras filas. Búscalo en el campo de Borgia.

—A él iré.

—¿Pero habla, quién eres? ¿Qué vienes á hacer aquí? ¿Qué quieres de nosotros?

—Soy Marina de San Marino: quiero encontrar á mi hijo.... Sin embargo, cuando he dejado mi montaña, y el techo bajo el que Marino de la Penna, mi padre, habia vivido ochenta años, y sido tres veces gefe del Estado, he prometido venir á Magione, y decir á los señores confederados los secretos confiados á mi prudencia.

Habia tanta dignidad en el tono del femenino embajador de la pequeña república, que la sonrisa de ironía que habia hecho nacer su repentina aparicion, quedó suspensa en los lábios de los miembros de la asamblea.

—No habeis llamado á vuestra asamblea un representante de San Marino, dijo con la calma de un orador ejercitado, pero hemos sabido por un ciudadano de Florencia, amigo de la libertad, que se reunian en Magione los enemigos de Valentinois.

—¡Un florentino! exclamaron al mismo tiempo muchos miembros.

¿Está descubierto nuestro secreto? Que responda Spinelli: ¿hay algun traidor entre nosotros?

Afirmó Spinelli que no se había confiado mas que con el consejo de los Diez. Confesó que no concebía como un ciudadano extraño al gobierno poseyese semejante secreto. Pintóse en todos los rostros el disgusto.

—¡Estamos vendidos! gritaron de todas partes. Florencia no ha respondido á nuestro llamamiento y sin duda la pérfida señoría se liga con Borgia.

¿Teneis miedo? añadió el cardenal de la Rovera con guerrera alegría, tanto mejor. Razon de mas para obrar sin tardanza....¡Pero, señores, silencio! Oigamos á esta muger que habla en nombre de una ciudad independiente.

Marina continuó:

—Los enemigos de Valentinois serán los aliados naturales del duque de Urbino, y la causa de este noble principe ha sido siempre la de los hombres libres de San Marino. Nuestra república, aunque pobre, sabrá defender sus instituciones; y mas aun, desea contribuir al restablecimiento del hijo de Federico de Montefeltre en la herencia de sus padres. Si teneis delante de vosotros á una muger encargada de una importante mision, es por que en este momento en la montaña todos los hombres toman las armas y se aprestan al combate, aunque nuestro santo fundador nos haya recomendado la paz del Salvador.

—¡Bravos San Marinenses! exclamó la Rovera; jamás olvidaré su virtud....Ya lo veis, señores, las mañas de la política no valen lo que los golpes de lanza. La mejor política es la victoria. Pero, continúa, digna ciudadana. Tienes el alma de una romana.

—Súbditos fieles de Guidobaldo, prosiguió Marina, porque los buenos principes los conservan siempre en su infortunio, los habitantes de Urbino, de Cagli, y aun de San Leo, cuya inespugnable fortaleza es el orgullo de Borgia, han corrido á nuestra montaña, á fin de concertarse con nosotros. Los ciudadanos de estas tres ciudades secundarán á la primer señal que se les dé, las tentativas de insurreccion y libertad: pero, señores, nuestros magistrados han pensado, que en la union está la fuerza, y han encargado á Marino Giangi que se ponga de acuerdo con vosotros. Este valiente ciudadano á la cabeza de cincuenta de nuestros mas intrépidos jóvenes, pide que vaya uno de vosotros á su misterioso retiro, no lejos de San-Leo. Trátase de una empresa atrevida, pero de éxito seguro. A la puerta de esta sala aguarda un guia fiel y seguro al que deba de llevar por caminos desconocidos al sitio donde le espera

Giangi. Adios, señores, ha terminado mi mision y me apresuro á marchar. El que yo busco no está entre vosotros y la Italia es grande.

Dijo y se alejó.

—¡Un casco, un casco! gritó inmediatamente el cardenal de la Rovera, arrojando lejos de sí su sombrero de cardenal que vino á caer en medio de la sala.

Quitóse despues su ropa talar, dejándose ver armado de pies á cabeza, arrojó la púrpura, y blandiendo sus brazos con impaciencia:

—Tomad, dijo, esto es un peso inútil para mi caballo. ¡Hola! señores, que os presida el que pueda. Yo voy volando á San Leo, á servir vuestra causa en cuerpo y alma!

—Mi querido colega, dijo el cardenal de los Ursinos: Dios os guie, y si encontrais á Borgia herid en el nombre del Padre, del Hijo, y del Espíritu Santo!!....

XVII.

La Rovera siguió al guia que le aguardaba. Era este un pastor de las montañas de Montefeltre. Al atravesar la ciudad habia bajado el cardenal la visera de su casco, y á su paso entristeció sus miradas el desolante cuadro de una soldadesca entregada al desórden y la embriaguez, mientras que su guia se persignaba devotamente delante de las Vírgenes que adornaban las esquinas de las calles de Magione. Este marcado contraste chocó un momento al cardenal soldado, pero las resoluciones de este hombre eran inflexibles, y así alejó de su ánimo todo esto que podia embarazarlas ó combatir las.

—Respiro aqui, lejos de aquellos malditos habladores, decia para si afirmándose en los estribos de su montura. ¡Cuánto tiempo se pierde en charlar que se emplearia mejor en obrar!.... ¡Ah César!... y tú, bribon, zorro viejo pontifical, yo os haré conocer quién es el cardenal de San Pedro Advíncula.... ¡Mis vínculos! Los rompo si no tengo muy pronto la tiara sobre mi cabeza, y en las manos la espada del gran San Pablo. ¿Qué se necesita para esto? Adular ó prometer; lo uno cuesta mas que lo otro: ¡ánimo! La cristiandad aguarda un príncipe, si se ha de creer á todos esos razonadores cuya ciencia es leer el porvenir. La mia será cumplir la profecía, y si á mi vez tengo que escoger un nombre para

reinar en Roma, será el del primero de los emperadores romanos: ¡Julio! ¡Bonito nombre! A su lado palidece el de Alejandro.

Las pisadas de un caballo interrumpieron la ambiciosa meditacion del cardenal, y volviendo la cabeza vió á Spinelli que venia corriendo á reunirse con él.

—¿Sois vos, Spinelli? dijo. ¿Qué os trae? Daos prisa á hablar, el tiempo es precioso cuando va uno á batirse, y espero dar sendos golpes, para los que se están preparando hace veinte años mis brazos.

—No os sorprendais, monseñor, de verme correr á vuestro lado. Nuestros confederados están ya cansados de sus trabajos, cual si previesen su inutilidad.

—¡Cobardes!

—Yo no esperaba en nadie mas que en vos, monseñor, y os marchais. ¿Quién los arrancará á su culpable molicie?

—Mis triunfos.

—Los harán mas vanos sin hacerlos mas valientes.... Pero mandad á ese rústico que ande mas adelante: no podremos sino hablar con toda confianza.

—¡Hola! vasallo, ¿por qué camino nos llevas? Jamás saldrán nuestros caballos de las gargantas de estas montañas.

—Las cabras pasan por ellas, respondió el paisano con mucho aire de honradez.

—¿Y sin duda los hombres de armas de San Leo, valiente jóven? dijo Spinelli al pastor.

—¡Caramba! Mi buen señor, por donde habeis pasado pasarán otros, si Dios quiere.

Tranquilizado Spinelli por la sencillez del guia, no tuvo ya mas temores.

—En todo pensais, Spinelli, le dijo con burlona risa el cardenal, sois un hombre raro. Si; podemos ocuparnos ahora en nuestro plan de campaña, porque ¡por San Pablo y su espada! ninguno pensará en él en Magioni; alli cada uno disputará por obtener la proteccion de todos, y cada uno rehusa conceder á otro la suya.

—Es preciso, monseñor, que tengais mejor voluntad al congreso, y yo me tomo la pena de rogároslo.

—Hola, señor Tomás, ¿creeis enseñarme á mí lo que es preciso que haga? Hace mucho tiempo que el espiritu del Altísimo me ha aconsejado hacer querer lo que yo mismo deseaba.

—Con maña y astucia.....

—No, no, ¡por San Pablo! sino por la fuerza.... Se entiende, la de la razón.

—Pero, monseñor, las tropas de Borgia son superiores á las nuestras.

—Por eso obligándolas á dividirse, no nos agobiará su número; podremos en todas partes disputarles la victoria.

—Pero este número no será menos terrible en todas sus divisiones.

—¿Y contáis por nada á los pueblos impacientes por sacudir el yugo de un traidor? Además, sobre el campo de batalla los miembros del congreso se convertirán en gefes de armas, en condottieros llenos de bravura. ¡San Pablo y su espada! ¿Honor excita la sed de carnicería? La sola idea de que la señora Spinelli....

—¡Monseñor, monseñor!

—Tengo la fuerza de Sanson.

—Pues bien, en todas partes encontrareis su arma, señor Tomás, y ved ahí diez mil filisteos menos en el ejército enemigo.

—Chanzas aparte: admiro la osadía de vuestro plan, y echo de menos que no lo hayais hecho adoptar antes de vuestra marcha.

—Era preciso concebirlo, encargaos ahora de presentarlo á los señores confederados.

—Las objeciones, monseñor....

—Las temo menos que sus pretensiones.

—¿Está bastante maduro este proyecto?

—Marchad, marchad; no tengo necesidad de mirar dos veces las cosas. Este plan es prudente: se seguirá ó abandono completamente la confederación. ¿Lo entendéis, Spinelli?

—Veo, pues, que atacaremos á Borgia sobre todos los puntos.

—Sin perder tiempo. Volved á Magione, señor conde. ¿No sois conde, Spinelli? Si no lo sois, lo sereis. Hacedles comprender la necesidad de obrar, guerra sin cuartel á los esbirros de San Pedro....

Embriagado con su alegría el cardenal, aflojó la brida de su caballo, y dió un tropezon.

—¡Pícaro animal! añadió con un movimiento de cólera. Os poneis pálido ¿qué teneis?

—Monseñor.... Vuestro caballo....

—Ha tropezado por la vez primera....

—Por la primera vez, monseñor....

—Cerca de un precipicio.... Mi colega de los Ursinos hubiera caído al fondo del abismo y estaria arreglando sus cuentas con el Padre Eterno.

—¡Un plan tan bien concebido!.... ¡Y la corona de conde!

—Pero Spinelli, os he probado qué sé mantenerme firme en la silla. Bien ha de manejar la lanza el que me haga perder los estribos. Tranquilizaos.

—Monseñor, eso es mal presagio; me acordaré toda mi vida de que el día en que volví al castillo de mis padres, despues que lo hubo abandonado Borgia, mi caballo Turco se arrodilló delante de la Virgen que hay en los cuatro caminos....

—Eso prueba, señor Tomás, que vuestro caballo se ha vuelto cristiano. Pero lejos de estar en este momento entre cuatro caminos, apenas está trazado el que seguimos.

—Decid lo que querais; es mal pronóstico....

—La noche se nos viene encima.... ¿Os acompañaré?

—Ni por pienso: volvedos al congreso, y tened valor, si quereis inspirarlo á los confederados. Marchaos, señor Tomás, y no os perdais en el camino.

—Buen viage, monseñor, y tened firme la brida....

—Spinelli, que Dios os guarde, y os libre de los cuatro caminos.

Se separaron.

En la imposibilidad en que nos hallamos de seguir á los dos personajes á la vez, creemos dar la preferencia al cardenal de la Rovera. Ocupada su alma con proyectos ambiciosos, penetró en el territorio de Urbino, sin que le turbase la menor impresion de temor. Cerrada la noche, fuéle preciso buscar un asilo, y la miserable cabaña de un pastor situada en el fondo de un valle, fué el único que se ofreció á la vista de los viajeros. El príncipe eclesiástico, bajo su vestido de acero, no echó menos los almohadones de terciopelo; todo le gustaba en su aventurera excursion, hasta el aspecto de una mala cena compuesta de pan negro y leche ágrida, deseando una ocasion en que ejercitarse en la esgrima, que hasta entonces solo habia ensayado con sus maestros encerrado, para que no le incomodasen, en el oratorio de su palacio.

Dos soldados suizos del ejército de Valentinois se hallaban sentados á la mesa del pastor, y su tono de autoridad suplía al idioma italiano que no hablaban. El huésped y su familia, victimas de su mal trato, daban gritos de desesperacion, cuando entró la Rovera. Su rica armadura adamascada de oro, y su caballeresco porte intimidaron desde luego á los sayones.

—La paz, dijo, la paz sea en la casa del pobre, donde el primero que se desmande tendrá que habérselas con mi daga. ¿Qué exigen estos insolentes extranjeros?

—Vino, señor caballero, dijo el huésped, en seis días se han bebido la cuba que debía servir todo el año para mi familia.

—Beberán agua en el charco de tus puercos, buen pastor. ¡Vamos, plaza, plaza, soldados! Levantaos delante de un caballero.

Obedecieron los soldados: pero la sombría mirada que arrojaron sobre el cardenal anunciaba la cólera y la venganza. Después de la comida el paisano, devotamente arrodillado en medio de su familia, recitó las oraciones de la noche, y pidió á Dios perdon de las injurias. Ofrecia este grupo un interesante cuadro, donde la fé sincera daba á los rostros la espresion de una momentánea tranquilidad, para olvido de los pesares de la vida. Las gentes mismas de armas dobladas las rodillas participaban de aquellos piadosos sentimientos de esperanza y de sumision. La Rovera solo, de pie derecho, parecia representar allí, bajo el hierro, ese porvenir de materialismo político, ese poder de la espada, que ya en el pensamiento de Borgia reemplazaba á la superioridad moral de la palabra. Cuando todos los habitantes de la cabaña se hubieron retirado para dormir, solo tambien la Rovera no llamaba al sueño. Tenia proyectos que meditar, y esperanzas que alimentar. En medio de la noche sacóle de su profunda meditacion una conversacion que oyó á los soldados, en que trataban de apoderarse de su persona, ya para robarle, ya para entregarle prisionero á sus gefes creyéndole el duque de Urbino.

No dudó el cardenal que los soldados vendrian de un momento á otro á atacarle. Atizó la lámpara que débilmente alumbraba, abrió la puerta del cuarto, y poniéndose en guardia al acercarse los espadachines, les gritó que se defendiesen. Incapaces estos de apreciar esta accion enteramente caballeresca, y creyéndose seguros de la victoria, se arrojaron con rabia sobre él, y trabaron una obstinada lucha en la que el hombre de iglesia dió pruebas de destreza y valentía, hirió á los dos, y viéndolos fuera de combate, añadió, limpiando con sangre fria su ensangrentada espada:

—¡Por San Pablo! Dad gracias á Dios y á los santos, compadres, si os dejo la vida que queriais quitarme.

Satisfecho de este ensayo, comprendió que era prudente apresurar su llegada al punto de la cita dada por los ciudadanos de San Marino, antes que se esparciese entre las tropas de Borgia la noticia de esta aventura. Despertó á su guia, púsose en camino, y bien pronto llegó á donde se hallaba Marino Giangi, que á la cabeza de los suyos aguardaba impaciente á un miembro de la liga formada contra Valentinois.

El objeto del gefe San Marinés era hacer aprobar el proyecto que ha-

bia concebido, de apoderarse por un golpe de mano de la fortaleza de San Leo á nombre de Guidobaldo. El cardenal de la Rovera no se tomó tiempo para examinar las probabilidades de la empresa, lo aprobó todo. Para él el punto importante era obrar.

El arte de la guerra desde la invencion de la pólvora habia quedado estacionario. Esta invencion, aunque contaba ya mas de un siglo, no se habia aun aplicado con éxito, y Maquiavelo no habia demostrado á los principes que las ciudadelas son mas dañosas que útiles. Despues de la toma del ducado de Urbino por las tropas de Borgia, el primer cuidado de don Hugo, uno de sus generales, habia sido poner las fortalezas en estado de defensa obligando militarmente á los paisanos de las inmediaciones á hacer estos trabajos.

Pareciendo favorable esta circunstancia á los amigos de la familia de Montefeltre, los habitantes de San Leo, de acuerdo con los enviados San Marinese, habian formado el complot de hacer entrar en el recinto de las trincheras á hombres de armas con el disfraz de trabajadores, y la Rovera al escuchar esta proposicion se habia estremecido de placer.

No entra en el plan de esta relacion detallar estensamente este hecho histórico: diremos ligeramente que el cardenal y sus compañeros lograron penetrar por sorpresa en lo interior del fuerte. Cayeron allí de improviso sobre los soldados desarmados y los degollaron á los gritos de *San Marcos* y de los *Ursinos*, y á la señal convenida los habitantes del pueblo pasaron á cuchillo sin compasion á todos los extranjeros. Así se recobró aquella importante plaza, antes de que ni uno solo de los oficiales de Valentinois hubiese podido tener tiempo ni pensado en pedir socorro á las ciudades vecinas.

El cardenal de la Rovera fatigado con tanta matanza no pensó, sin embargo, en descansar, sino despues de haber escrito al duque de Urbino dándole parte de esta noticia é invitándole á venir á presenciar la defensa de la señoría de Sinigallia y demas puntos que se proponia reconquistar.

XVIII.

Volvamos al lado de César Borgia. Dos dias hacia que habitaba su hermana en el castillo y tanto en este como en el campamento pasábase el tiempo en continuas fiestas.

Hallábase la noche muy avanzada, y sin embargo, aún no habia so-

nado la hora del sueño y del descanso para el señor de la Romaña. Solo en su aposento acababa de recorrer un mensaje del Santo Padre, y aguardaba la hora de diversas entrevistas que con misterio habian solicitado de él importantes personajes.

Paseábase lentamente, con la cabeza baja, mirando al suelo, y deteníase algunas veces delante de una mesa, para tomar una bebida, cuya receta le habia dado Leoni, célebre médico de Espoleto. Bebia algunos sorbos y el efecto de ella era tan pronto que á cada vez sentia una nueva energía; pero no se atrevia á abusar de este cordial. La carta de Roma se hallaba tambien sobre la mesa. Creyó prudente destruirla, y mirando á la llama consumir un papel tan precioso, reflexionaba en la importancia de las cosas que habia leído en él.

—Terribles secretos confia mi padre á su pluma. Por fieles que sean los correos, pueden caer en manos de nuestros enemigos. No se armaria mala zambra en la cristiandad, si llegasen á saber el contenido de este papel... Sin embargo el espíritu divino inspiraba al sucesor de los apóstoles, al trazar su mano estas ardientes líneas.

Y con curiosa mirada veia correr y apagarse las chispas sobre la negra ceniza del papel, cuya forma no habia destruido aun el mas ligero soplo.

—Ahí cada palabra ocultaba un fecundo pensamiento, continuó: veo brillar como las estrellas del firmamento los rasgos atrevidos de su genio... Sí, sí, razon tiene mi padre, es un crimen derribar lo que no se puede reemplazar: nunca faltan pretendientes al cardenalato: la sangre no mancha los vestidos encarnados... ¡Vive Dios! Disminuir el número de sus enemigos y aumentar sus tesoros, es una milagrosa concepcion. Los Colonas, los Ursinos, y el cardenal de San Pedro Advíncula, alborotan el Sacro colegio: es demasiado preciosa la ocasion para dejarla escapar. El dinero escasea, estos hombres arreglados lo apilan, lo acumulan, y el papa es su heredero... Que imprudencia nombrar á los que es preciso que nada sospechen... El buen anciano no se acuerda ya de la elocuencia de Tarquino. Pero este grande y sabio golpe político reclama mi presencia en Roma. Iré... ¡Marcharme! ¡En estos momentos! Cuando la rebelion me estrecha en sus poderosos brazos... ¡Ah! Si Lucrecia..... Pero es muger y ligera...

Detúvose el pensamiento de Borgia sobre su hermana. Una sonrisa casi graciosa animó sus lábios, y su mirada brillando con mas vivo ardor pareció, levantándose, buscar la imágen de la duquesa de Este.

—¡Pobre Lucrecia! dijo, la acuso de ligereza y un no sé qué de grave

y de religioso se deja conocer en sus acciones como en sus palabras. Es una excelente criatura, la mejor de su sexo... Tal vez por miedo de alligirme, me oculta los secretos tormentos que devoran su alma. Habían bastado algunas horas para que el hermano observase las mudanzas que se habían verificado en la conducta de la hermana. El sentimiento que los unía, se componía de infinitos cálculos, diversos matices venían á fundirse en él, y Borgia observaba la turbación de Lucrecia, sin adivinar su causa: así es que aguardaba con impaciencia una explicación porque con razón pensaba que un motivo de mas alto interés la había empeñado en venir á verle.

Esta personalidad tan absoluta en los hombres poderosos, fué la transición natural que llevó el pensamiento de Valentinois desde Lucrecia á Maquiavelo. La casualidad que le había reunido á aquel embajador de Florencia durante su aventurera escursión al Titan, había también hecho dueño á este último de algunos secretos importantes. Contando con la superioridad del alma de aquel republicano, se alegró de haber tenido ocasión de estudiar su carácter, y dispuesto á la benevolencia, aunque fuese agente de una potencia que odiaba, se propuso no omitir nada para seducirle. Tal vez la ventaja que se lisongeaba conseguir sobre un escritor cuya celebridad era general en Italia, contribuía á esta favorable disposición. El amor propio satisfecho, es frecuentemente el secreto de la bondad de los príncipes.

El nombre de los personajes que aguardaba Valentinois á aquella hora, disminuía los temores que le había causado la asamblea de Magione. Apresuróse, pues, á recibirlos para saber lo que aun podía temer ó esperar, y arreglar por el resultado de estas secretas entrevistas su conducta con el embajador florentino. El primero que introdujeron á la presencia del duque, con todo el misterio que reclamaba su conducta, era Spinelli. Aproximóse con aire sumiso y respetuoso, é hizo todos los cumplidos que la lisonja usa en las córtes. Oyólos Borgia con la tranquila indiferencia y política complacencia que es para los grandes una máscara engañosa.

—Démonos prisa, señor Spinelli; la noche se pasa: vamos al caso, ¿que han resuelto los confederados de Magione?

—Atacar á su excelencia....

—¿Dónde, cuándo, cómo y con qué fuerzas?

Spinelli explicó el plan del cardenal de la Rovera, pero dándole aun mas importancia, como para hacer valer mas el servicio que prestaba al duque.

Este lo escuchó con paciencia y calma. El hombre mas bribon se hubiera desconcertado de esta especie de indiferencia por un plan que parecia al agente secreto de los dos partidos una concepcion sublime. Quedó interiormente turbado al oir á Borgia darle las gracias con un tono despegado, y preguntarle en seguida por la salud de la señora Spinelli con ese aire burlon que humillaba siempre la vanidad del gentil hombre.

Borgia se valia de los traidores, pero se ponía siempre en guardia contra ellos, y por miedo de que no llegasen á penetrar su pensamiento, jamás preguntaba. Poseia ademas el arte consumado de obligar á los que venian á darle semejantes partes, á concretarse en ideas sumarias: su propio genio suplía el resto.

—La señora Spinelli, respondió ruborizado el esposo, está buena.

—Dadle memorias mías cuando la veais, replicó el duque. No quiero abusar mas de vuestros momentos, que son preciosos. Tomad este oro, añadió presentándole una bolsa; los viages que haceis son costosos, lo sé. Esto no entra en nuestro trato.... Retiraos, tengo necesidad de descansar. Muchas gracias, y buenas noches.

Llamó el duque á su gentil-hombre de servicio para que acompañase al agente, ó mejor dicho, para que lo vigilase. En cuanto se quedó solo echó en derredor suyo una sombría mirada. Hallábase enteramente solo, podia tomar aliento; llevóse su mano helada á la frente, y sintió en ella el súbito estremecimiento de la calentura.

—¡Concepcion satánica! murmuró apretando sus dientes con un temblor involuntario. Reconozco el genio de la Rovera. ¡Me amenaza! ¡Infatigable rival, toca el término de sus deseos, marcha á la cabeza de un ejército! ¡A la cabeza de un ejército! ¿Pero no soy ya el dueño de la victoria, el hijo de Alejandro VI, el aliado del rey Luis? ¿No tendré entre mis manos los tesoros de la cristiandad para pagar tantos brazos cuantos puedan suministrarme las naciones para el sosten de la sagrada causa del pontífice?.... ¿Está ese Goliath á las puertas de mi palacio? ¿Me ha vencido acaso?

Levantó altivo la cabeza, cual si la frescura de los laureles hubiese calmado de pronto sus ímpetus, llamó despues á su gentil-hombre haciendo resonar en la sala una horrible carcajada. Su mirada, de una singular viveza, anunciaba un pensamiento de triunfo, y su gesto parecia decir: ¡con cuán poco se perturba el espíritu humano!

Entró un gentil-hombre. Era el caballero de los Ursinos, el único de la familia que habia quedado al servicio de Valentinois, y cuya fide-

lidad le era conocida. El duque le habia designado secretamente para velar aquella noche; sin embargo, fingió quedar admirado al reconocerle.

—¿Sois vos, señor Carlos? dijo: no sabia que estuviéseis de guardia al lado de mi persona. Preciso es que nos perdoneis el no dejaros dormir á vuestro gusto, pero ya veis que los negocios turban nuestro descanso. Sabeis que vuestra noble familia contribuye no poco á invertir el orden natural de nuestros trabajos....

—Conozco la orgullosa presuncion de los Ursinos, pero todo su poder no podrá vencer el vuestro.

—¡Vencerlo! ¡Vive Dios! ¿Quién ha podido pensarlo, señor Carlos? El oso salta, pero el águila vuela. Vais á comprenderme mejor. Bajad al cuarto del canceller; un hombre aguarda allí mis órdenes. Os ruego que no reconozcais en él á vuestro primo el cardenal.

—¡El cardenal! exclamó el caballero.

—Me alegro por vos y por él de que seais el único que esté enterado de esta nocturna visita.

Carlos de los Ursinos, despues de haber encendido unos candeleros, dejó al duque entregarse á la esperanza que le inspiraba la presencia del cardenal. Era esto un bálsamo que calmaba su herida, y un favorable agüero el paso de tan alto dignatario. Si las acciones del cardenal de la Rovera no eran contrabalanceadas por las del cardenal de los Ursinos, podian al menos compensarse. Arregló su semblante; no era ya el príncipe que escucha á un vasallo, sino el caballero vencedor que sabe doblar una rodilla delante de los signos exteriores del poder divino.

El cardenal embozado en una capa de color oscuro, y con el rostro medio cubierto con un sombrero de fieltro gris, sintió el mayor disgusto al reconocer un miembro de su familia en el oficial encargado de llevarle á la presencia del duque.

Siguióle al principio en silencio, pero no pudiendo resistir al sentimiento y orgullo que dominaba su alma, empezó á dirigirle algunas palabras de reprension á que procuraba contestar éste.

Notólo al entrar Borgia. y con templanza le dijo:

—Poco á poco, señor Carlos, no turbemos el sosiego de palacio; nuestra hermana duerme tranquila, respetemos su sueño.

Borgia salió al encuentro del cardenal, que se adelantó lentamente con toda la dignidad de un príncipe de la Iglesia. Despues de haberle saludado, le presentó un sillón, sobre cuyo alto respaldo se veia una corona ducal: era su sillón de honor. El cardenal, equivocándose con estas exteriores señales de respeto, se hinchó de vanidad y recibió este

homenaje con una altivez que reemplazó de pronto á la viva emoción que no habia podido menos de sentir al entrar.

—Sírvasse, monseñor, tomar asiento, dijo el duque.

Tenian sus facciones una especie de gracia en que se descubria la ironia, y permaneciendo en pie como por deferencia, tuvo placer en mostrarse á los ojos de un antiguo cólega con la armadura guerrera, que le hacia mas alto.

—Monseñor debe estar cansado de su largo camino, continuó; cuando yo estaba aun apoltronado con el terciopelo sacerdotal, el galope de un caballo me fatigaba para un mes, si mal no me acuerdo. Los caminos no están siempre en buen estado. No se va por todas partes por la hermosa y antigua via Flaminia desde aqui á Roma.... Porque supongo que monseñor vendrá enviado por nuestro Santísimo Padre?

—Puesto que tiene la bondad de permitirlo mi ex-cólega, me siento, dijo el cardenal, esquivando la pregunta del duque.

—Perfectamente, monseñor, replicó éste. Ya habeis visto como me apresuro á recibiros y el misterio con que lo hago, como habeis deseado. Semejantes precauciones me anuncian que el mensaje de que es portador el cardenal de los Ursinos debe tener un objeto importante y de graves consecuencias....

—Para el duque de Valentinois, prosiguió el cardenal interrumpiéndole.

—Gracias, monseñor, por la amistad que teneis la bondad de conservarme, cuando desertan de mi bandera vuestros hermanos. Os suplico que me espliqueis el motivo de tan penoso viage. Os escucho con tanta atencion, cual si se tratase de vuestro interés.

—Suplico á mi ex-cólega que no vea en el paso que doy mas que mi amor á la concordia y á la justicia.

—Monseñor, si existen disensiones entre los barones italianos, no es á mi á quien puede acusarse de haberlas causado. No ignorais de que origen emana toda justicia. No toca á ninguno de los que tienen derecho al trono de San Pedro vituperar los decretos del gefe de la iglesia.

Agitóse el cardenal en su silla, y no siendo ya dueño de dominar su cólera, entabló impaciente una discusion en que Valentinois procuró meterle con destreza haciéndose dueño, sin que el cardenal lo conociera, de la situacion.

—Es singular, exclamó el cardenal, que César Borgia impute á su padre las acciones de que Alejandro VI echa la culpa á su hijo.

—Esplicaos, monseñor, respondió Borgia, gozoso del indiscreto mal

humor que debia dar para él á esta conversacion el mas alto interés. ¿Habeis salido del Sacro colegio despues de un ataque cerebral para hablar de este modo delante del duque de la Romana?

Produjeron estas palabras una esplosion tal de cólera en el cardenal que su cara se puso tan encarnada como su sagrada vestidura.

—¿Y con que derecho, César Borgia, hijo ilegítimo, se atreve á declararse señor de la Romana?...

—Con el derecho del mas fuerte, monseñor, le respondió con un carácter de magestad tal que impuso de repente miedo al gran dignatario. No es un hombre vestido con la cota de malla el que deberia, cuando pisamos el suelo de la Pentápoli y del Exarcado, recordar al cardenal de los Ursinos las cartas pontificales, las devotas liberalidades de Constantino y las de los hijos de Carlo-Magno.

¿Tan pronto olvida un miembro del Sacro colegio la bula de Alejandro VI? ¿El que ha dividido el mundo, el que tiene bajo el anillo del pescador las riendas de los estados cristianos, no podrá disponer de su propio patrimonio?...

—Ese lenguaje pomposo, lo sé, es necesario, cuando se habla á los pueblos, pero mi ex-colega olvida que soy aprendiz de papa.

—Debeis acordaros de eso para obedecer al maestro.

—No, no dejaremos á los Borgias apoderarse de la Italia entera; esta bella Italia por tan largo tiempo espuesta á las invasiones de los ambiciosos, no será la presa de uno solo.

—¿Prefeririais que lo fuese de muchos?

Deseando terminar esta conversacion, trató Borgia de precipitar bruscamente su desenlace, pero el prelado no era hombre que se daba tan pronto por vencido.

—Los altos barones, dijo, tienen derechos consagrados por una larga posesion.

—Un poder unitario debe destruir, en fin, ese feudalismo, que rechaza hoy el espíritu humano mas ilustrado. ¿Y qué seria hoy del pontificado si abdicase su mision divina, universal?...

—Confundís lo espiritual con lo temporal.

—Es profanar á Dios intentar desunirlos.

—Cristo ha desarmado al apóstol para probar que el poder de la espada debia ser secundario...

—Pero monseñor, ¿para entablar una disputa inútil os rodeais de tanto misterio y venís á quitarme el sueño? Hablad, pues, ¿qué quereis? Daos prisa, porque estoy cansado de oiros.

—Quiero... Vengo... Tartamudeó el cardenal, que reconoció demasiado tarde que habia perdido la ventaja de su posicion... Lo repito, por un impulso de mi alma, solo en mi nombre, y por mi cuenta hablo.

—¿Acabemos, exclamó Valentinois, qué podeis decirme que yo ya no sepa? ¿Venís á solicitar el perdon de los rebeldes reunidos en Magione? Son vuestros hermanos, ó la Rovera ó Petrucci, tirano del estado de Siena, ú Oliverotò, mónstruo sin fé, los que os envian á mi campamento? ¿Por qué no contaís ya con la probabilidad de las armas? ¿Se ha deslizado la discordia entre vosotros, ó vuestros seis mil hombres no os parecen fuerzas mas que suficientes para mediros conmigo? ¿Temeis la traicion de Vitellozzo? ¿Os falta dinero? ¿Os falta valor ó audacia? ¿Qué quereis? ¿Un gefe, una causa mas justa, una voluntad superior para dirigiros en esta grande empresa?

Pasmado estupefacto se quedó el cardenal: la palidez cubria su rostro y su mirada no sabia donde detenerse.

—¿Qué opinion teneis formada de Valentinois en vuestros conciliábulos? continuó el duque con vehemencia. Pensáis que los hubiera tolerado si hubiese podido temerlos, sino hubiese debido verlos muy pronto á mis pies... Monseñor, si no habeis venido aqui para implorar mi clemencia, volveos á Magione, y decid al cardenal de San Pedro Advíncula, bajo los muros de San Leo, que no temo sus ardides, ni los de los hombres del Titan. Anunciad á vuestros cómplices que mis tropas entrarán en la Marca de Ancona antes de que hayan tenido tiempo de juntar las suyas. ¡El rey de Francia está por un lado, el Gran Capitan por otro y algunos rebeldes que no saben ni aun entenderse entre si meditan derribarme! Cuando Venecia me haya dado hasta su último escudo de oro, cuando no haya quedado en vuestras tierras ni un solo villano para segar las tierras, saldrá siempre triunfante el gran pensamiento que anima los proyectos de mi padre y los míos. Esto es cuanto tenia que deciros.

El porte embarazado del cardenal, encontrando al duque tan bien enterado de todo, revelaba á Valentinois la duplicidad de Spinelli. La union, asi como él lo habia previsto hacia largo tiempo, no habia podido sostenerse entre los confederados. El plan de la Rovera, por atrevido y bien concebido que fuese, no era aprobado, sin duda, por todos los gefes rebeldes, y la situacion del congreso le parecia fielmente representada por la en que se hallaba el cardenal en aquel momento. Los cálculos de Borgia descansaban sobre datos morales tan ciertos, sobre un conocimiento tan profundo de los hombres, y todas sus conjeturas se ha-

llaban tan perfectamente exactas, que confundido, aterrado el enviado secreto no profirió mas una sola palabra. Los confederados despues de la marcha de la Rovera á quien acusaban de querer andar á cintarazos solo por el gusto de blandir una arma, se encontraban en efecto sin un lazo que los uniese, sin un gefe que los mandase. Los Ursinos no habian pensado mas que en buscarse diestramente una salida.

El cardenal no dudando que le fuese á él facil tratar de paz con condiciones ventajosas, entregando sin compasion á los otros confederados al resentimiento del duque, aun cuando no hubiesen sido culpables sino á instigaciones de su familia, habíase puesto secretamente en camino con este interesado fin, y habia hecho pedir á Borgia una misteriosa visita. El duque, hábil en aprovechar las menores circunstancias, sacó partido de la victoria que acababa de conseguir sobre su antiguo colega, Cambió de lenguaje y lo trató con las mayores consideraciones. Fingiendo despues hasta sentimientos de benevolencia se dignó, á nombre de la antigua amistad que habia unido á las dos familias, darle á entender que olvidaria esta deplorable tentativa para reanudar los rotos lazos. Segun su costumbre, esforzándose en dejar á su antagonista tan satisfecho de él mismo, cuanto el quedaba descontento, recurrió á la ruda lisonja, contra la cual jamás está uno en guardia contra un hombre tan poderoso.

—¡Vive Dios! monseñor, que medrados estamos los dos con habernos recíprocamente dicho buenas claridades. La cólera es un pecado capital y siempre quedamos castigados de ella *ipso facto*. Este es el caso de decir con el rey David: *Et peccatum meum contra me est semper*. Ya veis, nuestro querido colega, que no hemos perdido en el ejercicio de nuestras funciones militares la memoria de las lecturas que han ocupado nuestra juventud.

Espero un dia libre de todo temor ir en la tranquilidad de vuestro palacio á gozar de vuestro elocuente saber. Los favores de la fortuna no me serán gratos sino puedo partirlos con mis amigos: pero, monseñor, salid de un mal camino. Unicamente con vos quiero yo capitular á nombre de la confederacion. Os aguardo á que vengais provisto de plenos poderes, y á pesar de la multitud de negocios que nos rodean, hallaremos aun algunas horas alegres para celebrar el restablecimiento de la concordia, que yo me encargo de cimentar *per papam*.

Rehabilitado el cardenal en su propia opinion salió de la sala en una disposicion de ánimo bien opuesta á la con que habia entrado. El duque, sin embargo, á pesar de su triunfo no quedó menos convencido de la

necesidad de hacer concesiones, pero queria que no pareciesen á las miradas de los otros, sino actos de su generosidad. Cuando introdujeron á su presencia al pronotario Bentivoglio, tomó un aire de candor y de franqueza.

—Señor pronotario, le dijo, cuanto me alegro de ver un miembro de vuestra familia. Queria enviar á Bolonia un mensaje á vuestro hermano, espero que os encargareis con gusto de llevarle palabras de paz. Teneis buenos amigos, y no me admira. El rey Luis me escribe en vuestro favor; la señoría de Florencia ha encargado á su embajador Maquiavello hablarme de mis proyectos sobre Bolonia: mi hermana la duquesa de Ferrara ha solicitado por vos, á nombre de Alfonso de Este: creo deber tomar bajo mi responsabilidad el no emprender nada aguardando la decision del Santo Padre. Espero que vuestra familia no se negará á algunos arreglos secretos que puedan indemnizar el tesoro pontifical... Tenemos muchos enemigos, señor pronotario: pero con la gracia de Dios y de mi espada triunfaré de ellos. Esto me obliga á grandes gastos, necesito dinero. Tal vez ignorareis la defeccion de los Ursinos y de los Vitelli: reunen con gran misterio á todos los descontentos, ¡y cómo no hacerlo en mi posicion!... Sin embargo, no temo su audacia, bien pronto quedará castigada. Ya Vitellozzo reclama su perdon: se lo he otorgado: sus tropas son mias. Gonzalo de Córdoba me envia cuatrocientas lanzas españolas. El marqués de Mántua y el general de Saboya tienen orden de marchar sobre Bolonia... Pero yo escribiré al Santo Padre... Por vuestra parte ved á vuestro hermano, y pronto. El papa tiene empeño en Bolonia, que mira como la capital natural de la Romaña. Os aconsejo á que lo reflexioneis, señor pronotario. Os prometo permanecer algunos dias sin obrar, aguardaré vuestra vuelta. Deseo muy sinceramente una alianza con vuestra familia.

Nada deseaba tanto Bentivoglio como semejante proposicion. Sondeó al duque sobre sus pretensiones, pero éste la echó de muy desinteresado, aunque sin cesar de lamentarse de los tiempos, y de la escasez del numerario.

—Os entenderéis con mi secretario, añadió llevándolo paso á paso hácia la puerta: le hablaré dos palabras sobre este negocio. Adios, dadme la mano en prenda de paz y de amistad. Yo no vierto sangre, sino á pesar mio y con dolor.

Agobiado despues de fatiga y de cansancio echóse el duque sobre su cama y no tardó en dormirse mas tranquilamente que lo que en un principio habia esperado.

XIX.

Mientras que los Ursinos y los Bentivoglios abandonaban cobardemente la causa de la confederacion para regatear algunas ventajas personales, mientras que de nuevo se doblaban al yugo de Borgia, el cardenal de la Rovera preparábase á dar rudos golpes á este poder aun no muy bien afortunado. Dueño de la fortaleza de San Leo, organizaba, á la cabeza de los cincuenta marinenses mandados por Giengi, un ejército cuyas filas se apresuraban á engrosar los súbditos del duque de Urbino, á medida que soplabá el viento favorable á su bandera. Valentinois habia mostrado á los habitantes de Montefeltre la dulzura y confianza, que miraba como la mas segura política con un pueblo conquistado. La huida de Guidobaldo acababa de destruir todo el efecto de este sistema, y este suceso sirvió mas tarde para las profundas meditaciones de Maquiavelo, haciéndole decir: «que era preciso reinar por el terror cuando el principe legitimo podia ser el alma de un complot.»

La noticia del triunfo del cardenal de la Rovera llegó al campo de Borgia antes de que éste se hubiera despertado. El temor de sufrir su mal humor, y tal vez la vergüenza de tener que darle tan triste noticia, era el objeto de una discusion secreta entre varios oficiales franceses, cuando se llegó á ellos el justicia mayor. Encargóse Ramiro de este mensaje, sin que conociese que por su conducto era mas terrible. No tenia ni aun el instinto del perro alano, que muerde á todo el mundo excepto á su amo.

Sin embargo, Borgia sumido en un ligero sueño que permite seguir el curso de los pensamientos, y que deja al alma percibir los sonidos exteriores, gozaba uno de esos momentos de tranquilidad tan raros en los reyes: muellemente mecido en este estado de vaguedad que tiene como la vida sus fantasmas y realidades, sonreíase en su porvenir, otro sueño engañador.

Aguardaba el justicia mayor á que despertase su amo, así es que al abrir los ojos éste, lo primero que vió fué su larga y teñida toga.

—¡Vos aqui, Ramiro! ¡Vive Dios! Puedo entregarme tranquilamente al sueño cuando tales servidores velan á mi lado.

—No sé cómo dar gracias á vuestra excelencia....

—Hablad, Ramiro. ¿Qué motivo tan urgente os trae tan temprano? ¿Se trata de algun prisionero, de algun conde trovador?

—No, señor; he hecho arrestar muchos vagos esta noche, pero aun no les he tomado declaracion. Esos señores franceses, que he encontrado reunidos en medio del campamento, me han encargado os hiciese saber la toma de la fortaleza de San Leo por el cardenal de la Rovera.

—¡Vive Dios, Ramiro! ¿Sabeis bien lo que decis?

—No es un secreto para nadie en el ejército.

—¡Y sois vos, Ramiro, á quien encargan de que me deis esta noticia!

—¿Qué mal hay en ello? Ya sé que esta comision no es de mis atribuciones, pero ¿qué no hace uno por favor?

Guardó silencio el duque. Sintióse á la vez herido en sus intereses y en su orgullo, y pensando menos en una desgracia pasada que en las que habia aun que temer, calculó si existiria alguna secreta inteligencia entre la Rovera y los franceses de su ejército, pero le tranquilizó la insolencia del mensaje que acababa de recibir, y aunque él disimulaba alguna vez con la audacia, el carácter de los caballeros de Francia no le permitia sospechar una traicion.

—Verdad decis, buen Ramiro, respondió con sangre fria; ¿qué no hace uno por un favor? Nadie mejor que yo conoce los servicios que me habeis hecho, y la naturaleza de los que espero me hareis aun..... A propósito, ¿qué habeis hecho del conde de Astorre?

—He prevenido los deseos de su excelencia.

—Muy bien; ahora, mi fiel y digno justicia mayor, cuento con vuestro acostumbrado celo para llevar vos mismo á esos señores franceses la orden de asistir al consejo que voy á reunir.

En este momento entró el secretario del príncipe, y leyó en sus ojos el dolor que le causaba la triste noticia.

—Agapito, dijo Valentinois, es un revés, pero no me ha abatido: llamad al consejo á nuestros oficiales. Ventajosa es la posicion de San Leo, pero es ancho el espacio alrededor de la montaña.

—El embajador de la república de Florencia, dijo el secretario, aguarda en la sala de audiencia.

—Voy al momento, y cuidad de que nadie venga á interrumpir nuestra conferencia.

La entrevista de César Borgia y Maquiavelo tuvo desde luego el carácter diplomático que exigian los intereses de ambas potencias. El príncipe escuchó las protestas de amistad y adhesion que el embajador

se hallaba encargado de presentarle, y los esfuerzos intentados por los rebeldes amigos de la señoría para comprometerla á tomar parte en la conjuración: por su lado, mostrándose sensible á esta conducta, el duque de Valentinois esplicó sus agravios hechos á la república, escusándose con los que le imputaba á la señoría.

—Soy franco y sincero, señor embajador, y podeis creerme, dijo; contra mis órdenes han penetrado en el territorio de Florencia Vitellozzo y los Ursinos. Jamás he tenido intencion de favorecer á los enemigos de la república, y he rehusado admitir en mi ejército á Pedro Médicis. ¿Qué mejor prueba puedo dar de mi franqueza que esa traición de los Vitelli que me habeis denunciado, y cuyos sordos manejos conocia?.... Pero los confederados de Magione son tal vez mas enemigos de Florencia que míos, y no porque no esté entre ellos Pedro de Médicis dejan de pensar en él.

Después, á fin de no conservar desagradables recuerdos acogió favorablemente las reclamaciones que le habían hecho. Sea que quisiese parecer á los ojos de Maquiavelo con todo el aparato moral de sus elevadas miras, sea que su gusto por las discusiones metafísicas fuese para él un estímulo ó una distracción; se apresuró á tomar un lenguaje que le dejase mas libertad.

—¡Vive Dios! señor embajador, dijo con alegría, quiero dejar por un momento de ser príncipe y volver á ser simple ciudadano de Pisa. Como en la montaña de San Marino, no quiero ver en vos mas que un ciudadano de Florencia. Quiero mirar en Maquiavelo un amigo.

—Este título me honra, excelencia.... respondió Maquiavelo.

—Dejémonos de excelencias y de embajadas. Hablemos con aquel abandono, con aquella libertad que tan bien sentaba á nuestras palabras en medio de los toscos republicanos de San Marino, que Dios confunda. No debeis ignorar su audaz empresa.

Maquiavelo creyó deber no responder sino á la proposición del duque.

—Difícil me será olvidar que hablo á uno de esos hombres que pocas veces envia el cielo, dijo con cortesía.

—Los envia el cielo cuando son necesarios. Hasta aquí habeis participado de la opinión de la Italia sobre los Borgias, espero Maquiavelo que los juzgareis mejor en lo sucesivo. Sois muy superior al vulgo, y deseo combatir vuestras opiniones. Comenzaré por deciros que he olvidado completamente algunas palabras que han salido de vuestra boca contra nuestro Santo Padre y contra mí mismo.

—Eso me prueba que las conservais perfectamente en la memoria, pero perdonádselas á un admirador de Bruto y de Casio.

—¿Por qué tanto entusiasmo por hombres de alma mezquina y sin miras de porvenir? Se mancharon con un crimen inútil: el héroe que inmolaron tenia la mision de preparar la humanidad á recibir inmensos desarrollos. César, mas avanzado que su siglo, ha sobrevivido hasta la caida de Roma, y Roma ha hecho marchar al mundo desde César. Para llegar á donde hemos llegado, tal vez eran precisos los crímenes, las extravagancias de los señores del mundo. La humanidad tiene sus descansos en su gran camino; se queda descansando algunas veces, pero no llega.

—Para admitir semejante sistema seria preciso convenir que nos hallamos en un estado mas perfecto, mas grande, que el de Roma con sus cónsules, con sus virtudes y con su poder.

—¿Quién lo duda al comparar á Roma con Roma? Pero no encerremos el espíritu humano en una ciudad: es de suyo inconstante, caprichoso: hoy bajo la capucha, mañana bajo el casco, se burla de las gerarquías, corre de un polo á otro, y su trono reside siempre en el pueblo mas adelantado. Examinad el movimiento progresivo de la humanidad, vedla crecer con todo lo que destruye; establecer la igualdad cristiana en el Capitolio....

—Me parece que esa perfeccion es lo que nosotros llamamos democracia.

—Los nombres no significan nada.

—¿Pero sanciona el duque de Valentinois esta noble y bella igualdad en sus conquistas?

—Podria deciros lo que Cristo; *dad al César lo que es del César*, pero invoco otra autoridad; la autoridad moral para destruir pieza por pieza.....

—Un orden de cosas gastado.

—Que dejen obrar á Valentinois, y tal vez lo vereis colocarse á la cabeza de la humanidad.

—El mundo ofrece una idea tan gigantesca cuando se trata de mandarlo, que semejante proyecto me parece superior á la naturaleza humana.

—Mi querido Maquiavelo, la vida del hombre es tan corta que raramente llega á realizar una gran concepcion. Los pensamientos generosos forman la herencia de los que dota el cielo de un vivo amor por la humanidad. Cada uno de estos cuenta con esta noble sucesion; un siglo acaba los trabajos del otro.

—Abramos siempre el camino, que ya nos seguirán. La Italia se parece hoy á un espejo hecho pedazos. Se la busca en treinta ciudades rivales y no se la encuentra en ninguna parte. Es preciso devolverle su antigua influencia. El poder central, imágen de la Providencia, tendrá bien pronto un antecedente.

—Reducido el universo á la Italia, lo comprendo. Sin embargo, cuanto mas se aproximan los límites de este sistema menos veo la posibilidad de establecerlo... Mucho temo que el universo se reduzca á la Romaña.

—¡Infeliz! Me habeis hecho pensar en la Romaña que disputan á su nuevo señor. El duque de Urbino puede volver á presentarse de un momento á otro.

—Yo puedo asegurar que ha salido ya de Venecia. Es amado de sus súbditos.

—En cuanto á mí, *oderint dúm metuant!* Maquiavelo; los hombres rompen fácilmente los vínculos de la amistad, es preciso ser terrible cuando no se puede ser amado, ¡terrible á la cabeza de un ejército!... Si yo hubiese seguido siempre esta terrible máxima, tal vez no tendria que temer á los rebeldes de Magione. Mi demasiada indulgencia ha comprometido mis intereses... No he hecho caer mas que tres cabezas en mi ducado de Urbino, y esas eran las de tres enemigos de mi padre..... Va á reunirse mi consejo, yo castigaré la audacia de los Ursinos, de sus amigos, y el porvenir...

—Todo lo que nace del genio de vuestra excelencia está sobre nuestro nivel. El poder absoluto sentaria tal vez bien á un hombre animado de un vivo amor por la humanidad, pero nosotros los republicanos miramos la libertad como la primera necesidad.

—Sin ver que no es mas que una alternativa entre la licencia y la esclavitud.

—Pero parece preferible al capricho de uno solo, excelencia.

—No: para devolver á la Italia su antigua influencia se necesita la unidad de un principe.

—O de un principio.

—Como querais entenderlo, quien dice lo uno dice lo otro.

En este momento un gentil hombre vino á entregarle unos pliegos que habia traído un correo. Los leyó, y dirigiéndose despues á Maquiavelo, le dijo con una especie de fatuidad política:

—¡Pobres confederados! Imploran su perdon, soy generoso... Me aguarda ya el consejo. Adios, Maquiavelo, tengo que pedirlos un favor.

Se trata del jóven Agosto, sabeis los vínculos que nos unen, no suspiramos que por su montaña, y allí, Maquiavelo, yo quiero y debo establecer por él, para él, la dominacion de Valentinois. Nos entenderemos para esto.

—Pero, y su libertad ..

—No se comprometerá, si elige por magistrado á este hijo, amigo fiel de sus instituciones. Es hábil y prudente respetar los estados pequeños que no nos hacen sombra.

Maquiavelo salió asombrado de la confianza de Valentinois, aunque receloso siempre de que sus gigantescas ideas no ocultasen algun lazo. Apresuróse á ir á escribir á los *magníficos señores*, que tal era el título que se daba á los miembros del gobierno de Florencia.

XX.

La duquesa de Ferrara rodeada de sus camaristas hallábase en su tocador muy ocupada en su peinado y ataviarse. Largo tiempo inmóvil delante de un espejo, no buscaban en él sus ojos su graciosa imágen, porque se hallaba toda concentrada en su melancolía. Dejóse vestir, sin emplear esa minuciosa y escrupulosa atencion que desespera á las camareras. La agitada vida de la hija de Alejandro VI habia alterado prematuramente los sencillos y preciosos dones de su juventud. Aunque los recursos de un arte consumado prolongasen el brillo de su hermosura, al lado de ella, en la intimidad veíase cesar bien pronto el efecto mágico del adorno. Las astucias del arte no soportan las vivas emociones de la alegría ó del dolor, y la voluptuosidad es una ilusión que con una nada se destruye. Además, Lucrecia padecía hacia largo tiempo una enfermedad lenta y secreta, que debilitaba las delicadas fibras de sus contornos. Su alma fuertemente enérgica, su alma de Borgia hacia mover tan diestramente sus gastados resortes, que aun conseguia á fuerza de artificios el objeto á que antes llegaba sin trabajo. Su imaginacion llena de juventud y de frescura reflejaba sobre toda su persona dulces y delicados matices, y tanto talento animaba su coquetería que encantaba siempre y enamoraba.

Terminado su tocador, el instinto secreto de agradar, mas poderoso que el dolor en las mugeres alejó los sombríos pensamientos que absorbían á Lucrecia. En la triste é importante necesidad de ocultar las

huellas de su padecer abrió una caja de ébano guarnecida de oro ricamente cincelado, para usar algunos preciosos cosméticos que componia un alquimista espresamente para ella. Asomóse á la ventana del jardin, tomó un laud, púsose á cantar para distraerse con su deliciosa voz, y poco tiempo despues vió pararse delante de ella un guerrero como fascinado por sus acentos. Estremecióse Lucrecia, estrañando al pronto la presencia de un hombre en el jardin que creia haberle reservado exclusivamente para ella su hermano.

Ofrecióse una camarista á ir hacer alejar al descortés soldado de orden de la duquesa, pero al contrario ésta dió orden de que lo llamase.

Aquel hombre era Agosto. Llegóse á él la camarista y le dijo:

—Caballero, ignoran los hombres de armas que es una indiscrecion plantarse asi derecho como un palo delante de la ventana de una dama. La duquesa de Ferrara desea saber quien sois, y en su nombre os mando que levanteis la visera de vuestro casco.

El jóven todo temblando mostró sus facciones.

—¡Virgen santa! exclamó la camarista al verle: es el arcángel de Pietro Perugino... Acercaos, hermoso jóven, sois tan novicio en la córte que necesito esplicaros que el mensaje es una orden, y que es grande el honor de conversar con la hermana del duque de Valentinois... Vamos, vamos, no nos disgusta el ruido de vuestra cota de malla. Acercaos: la duquesa de Este os aguarda ya en la ventana. ¡Pobre niño, tan jóven encerrado en una armadura!

La camarista hizo adelantarse á Agosto, pero una turbacion nueva para él retardaba sus pasos, dejando á Lucrecia tiempo de estudiar la espresion de sus facciones. Lucrecia creia encontrar al jóven conde de Astorre, reprimió un suspiro, único indicio que dejó ver de su burlada esperanza. Sin embargo, la buena traza, el aire distinguido del jóven montañés, produjeron en su alma el instintivo deseo de agradar, dirigióle la palabra saludándole con agrado:

—No sois llamado á un tribunal de amor, caballero, le dijo con dulcísima voz. Pero hablad, no os hacemos un crimen por haber penetrado en este jardin reservado á nuestros placeres: pareceis tan jóven que se os debe perdonar el coger fruta verde y saltar las paredes.

—Si no soy caballero, señora, trato de merecer serlo, respondió Agosto sentido de la reprension. Se me ha concedido como un favor la entrada en este jardin, y no creia ser indiscreto.

—¡Hola! replicó Lucrecia, os incomodais por unas palabras con que no he querido afligiros, reponeos de la emocion que siento haberos causado.

—Perdonadme, señora, si soy culpable, respondió el jóven, acusad à vos misma de ello.

—¿Cómo es eso, señor escudero?

—Cantábais unas trovas, señora.

—¡Bien! hermoso jóven, conocer la gaya ciencia es ya amarla. ¿Estais iniciado en los misterios de Apolo?

—No señora, hace pocos días que por la primera vez he oido esas trovas, en este mismo sitio... Pero hoy no es ya una prision.

—Hablad, hablad, dijo Lucrecia con voz conmovida: ¡una prision! ¿Quién se hallaba en ella?...

—El conde de Faenza. La carta que me encargó hacer llegar à vuestro poder, os la habrá entregado sin duda el duque de Valentinois.

—¡Una carta del conde de Astorre! ¿Conocias su contenido? ¿La ha leído el duque?

—La ha leído el duque, señora, pero ignoro lo que os decia el prisionero.

Lucrecia pareció agitada con una turbacion, que intentaba en vano dominar y tomando un aire severo, añadió:

—¿Y qué motivo ha podido llevaros à hacer traicion à un desgraciado que confiaba en vos? No es accion esa digna de vuestra edad.

—¡Hacer traicion yo! respondió Agosto herido con esta palabra, hacer traicion al que he querido devolver la libertad! Señora, no debeis dirigirme semejante cargo, y si el conde vive aun...

—¡Vírgen santa! exclamó palideciendo la duquesa, ¿están sus dias en peligro?... Por Dios, esplicaos, no me oculteis nada. ¿Queriais salvarlo? ¡Esceleste jóven!... Queriais salvarlo.

—Suspiraba en el sitio en que os hallais. Despues de haber obtenido su perdon, en vano me apresuré à buscarlo, se me habian adelantado otros, el conde Astorre no me respondió...

—¿Qué ha sido de él? ¿Cuál es su crimen? Decis que César os habia concedido su libertad...

—Sí, señora, pero existen en la córte del duque hombres que llevan la prudencia hasta el escrúpulo, y el escrúpulo hasta el crimen.

—¡Astorre! ¡Astorre! ¡la mas noble criatura de la tierra!... ¿Quién me dirá donde se halla?... Buen escudero, lo habeis visto, dejadme contemplar vuestras facciones, os ha hablado, dejadme oir vuestra voz... sois jóven, teneis una alma hermosa... ¡Ah! encontradle para gloria de las artes cuyo sagrado fuego entusiasma su pensamiento... ¡Astorre! ¡Astorre! ¡por mí está espuesta tu vida!... No, no, la sangre del mártir no ha

corrido aun... la causa de mi hermano no se manchará con un horrible asesinato! Un príncipe inocente no puede desaparecer así!...

Deteniéndose con horror delante de una terrible idea, lanzó un grito, dejó caer su cabeza entre sus manos, y sus camaristas, que se habían retirado, acudieron á prodigarla cuidados y consuelos.

Agosto fijaba una tétrica mirada sobre aquella escena de desesperación, cuya fuerza no comprendía enteramente.

Calmóse aunque aparentemente la duquesa, y se dirigió de nuevo al joven escudero:

—Si haceis parte de los hombres de armas del duque de Valentinois, olvidad que habeis visto á la hermana de vuestro amo, la duquesa de Ferrara, con los ojos bañados de lágrimas... pero buen escudero, deseamos conocer vuestro nombre. La casualidad os ha colocado en el camino de la fortuna. A vuestra edad es menester aprovechar todas las ocasiones que os presentan.

—Me llaman Agosto, señora.

—Sois aun casi un niño, y no habeis aprendido aun que es preciso perder en la carrera de las armas la dulce costumbre de oirse llamar como os llamaba una madre. No me ocultéis el nombre que debeis ilustrar, el que lleva vuestro padre en su patria.

—No tengo padre que me haya dotado de un nombre, señora. Jamás muger alguna me llamó su hijo. Soy Agosto, en la montaña, que me ha visto nacer, y cuando me han vestido esta rica armadura, el duque de Valentinois me ha dicho: Agosto sigue la senda del honor.

—Sois huérfano, joven, y me inspirais la mas dulce compasion. Venid á sostener mis pasos, voy á pedir á mi hermano la libertad del conde Astorre. Vuestra benevolencia por un prisionero no quedará sin recompensa.

—El duque de Valentinois preside en este momento su consejo.

—¡Todavía mas obstáculos!... Agosto, os concedemos nuestra protección. Alejandro VI, el duque de Valentinois, y Alfonso de Este, nada niegan á Lucrecia Borgia... Hemos espuesto la vida de un desgraciado caballero, venid á contarnos lo que sepais de sus dolores, venid á secundar mis esfuerzos, por reparar los males que he causado.

La camarista volvió á salir á buscar al joven escudero para introducirlo en las habitaciones de la duquesa.

XXI

La fortuna habia servido á Borgia tan poderosamente como su genio: pero aunque tuviese en ella una casi confianza, desconfiaba como de una pérfida enemiga. El paso de los Ursinos y de los Bentivoglios hallábase apoyado por el de Vitellozzo, y por segura que fuese la desunion de los confederados en aquel momento, creia prudente estar en estado de resistirlos en el caso en que la Rovera llegase á reunirlos. Asi trataba de proporcionarse grandes sumas de dinero y soldados. Entre los rebeldes el cardenal era el solo hombre á quien temia. Habia podido reconocer en él cualidades de que carecian la mayor parte de los príncipes de la Iglesia. Su fogoso carácter, sus bruscos modales se habian mostrado mas en relieve en el sacro colegio, cuanto que era costumbre ya seguir en él la ciencia y las artes de la etiqueta diplomática. Esta conducta que formaba tan fuerte contraste por la de sus colegas parecia á estos mas que una politica peculiar un noble desprecio por todo género de disimulo.

Es preciso decir que el cardenalato buscado por las grandes familias italianas no ofrecia mas que un palenque abierto á la avaricia, y asi es como se preparaba el triunfo de la reforma que se disponia á dividir la cristiandad. Asi conducia al escepticismo, cuyo espíritu desorganizador debia penetrar en las masas viniendo desde los grandes á los pequeños mientras que la ley religiosa se habia establecido segun el espíritu evangélico, siguiendo una marcha enteramente opuesta. El papa y César Borgia comprendiendo el mal, basaban su poder sobre la caida de los grandes, y se apoyaban en la causa de los débiles. Querian volver á la humanidad aquella existencia colectiva que tan fuertemente le habia constituido despues del siglo XI. Pero las almas vulgares incapaces de poder elevarse á la idea de este esfuerzo sublime, empequeñecian á Alejandro VI y al duque de Valentinois con el epíteto comun de ambiciosos insaciabiles, y no separando sus ojos de los medios humanos de que es preciso valerse siempre no podian descubrir el objeto que debia justificarlo todo.

Sin embargo, el pontífice y su hijo seguian una marcha asegurada, y para no tener que luchar muchas veces contra los mismos enemigos, los anonadaban sin compasion. La energía de estas acciones habian irritado á los barones, y daba un testo á sus declamaciones, un prétesto á

su audacia; pero los pueblos conquistados encontraban bajo la nueva dominacion, en el mismo terror una seguridad que no se ocultaba á los hombres reflexivos. La Romaña temblaba bajo la planta de su vencedor; sin embargo, á medida que la tranquilidad reemplazaba al desorden inevitable de la guerra, una organizacion fuerte aseguraba los ánimos. Los ciudadanos de mas nombradía por sus virtudes eran investidos de la autoridad civil; la religion, el juicio de los pueblos, refugio tranquilo, inviolable, hablaba con sus solemnidades un lenguaje de paz; los santos invocados por los habitantes de las cabañas, les daban su reposo. La esperanza cristiana prometia asi la felicidad, mientras que imprevisores los señores, despues de haber desgarrado el velo del templo, desapiadadamente castigados por el sucesor de los apóstoles, no tenian ni aun un abrigo moral para escapar del hijo exterminador.

Aguardaba impientemente el consejo la llegada de Borgia. Reinaba en él tal espíritu de insubordinacion que no bastaba á acallarlos la presencia de los confidentes del duque. Pero estos imitando á su amo en esta ocasion, miraban con calma aquella secreta tormenta. Agapito, teniendo en la mano muchos mensajes que acababan de llegar al campamento, hallábase de pie al lado del elevado sillón que debia ocupar su escelencia, y el canciller á pretesto de preparar los trabajos de la sesion, escribia allí de prisa y corriendo todo lo que podia interesar al duque de las conversaciones que atentamente escuchaba bajo la apariencia de la mas completa preocupacion.

Entró Borgia precedido de los pages y gentiles-hombres, que se retiraron inmediatamente que ocupó su puesto. Comprendió de una ojeada que tenia que calmar una viva irritacion, no hallando en sus condottieros italianos ni en los extranjeros el servilismo ordinario.

Saludó á los gefes de su ejército con fria dignidad, y recibió de manos de su secretario los papeles, entre los que el canciller habia colocado las importantes notas que habia recogido. Mientras recorria el duque aquellos papeles, el mas sombrío silencio hacia solemne é imponente su lectura. Los ojos de todos clavados en el dueño de la Romaña, trataban de encontrar en sus facciones el temor ó la esperanza. Lo hemos dicho ya; en las circunstancias importantes Borgia no dejaba penetrar nada de sus impresiones. La prudencia paralizaba su fisionomia. Las notas de Spanochi le avisaban de que paisanos acabados de llegar habian esparcido la alarma y la consternacion en el campamento dando malas noticias. Le avisaba de que los gefes allí presentes murmuraban, pidiendo unos la paga atrasada, hablando otros de abandonar su bande-

ra, siendo los franceses los mas exaltados. Las cartas que abrió el duque confirmaban las malas y alarmantes noticias estendidas por los aldeanos. El trono sobre que se hallaba colocado Borgia, era un cadalso para él en aquel momento. Dejando los papeles que tenia en la mano con tanta sangre fria cual si hubiesen contenido noticias indiferentes, se escusó de haber hecho aguardar al consejo haciendo valer la importancia de las cartas que acababa de recorrer. Sus espresiones eran mas escogidas que de costumbre. Conociase que trataba de ocupar algunos instantes a la asamblea con palabras, para dejar tiempo á su pensamiento de desembrollar el caos que trastornaba su espiritu. Viniéronle á su memoria instintivamente las ideas de la politica militar de Maquiavelo, y comprendió toda su sabiduría al presente que se hallaba á merced de tropas mercenarias. Confiándose inmediatamente á las inspiraciones que hacian hacer la inminencia de los peligros á que se hallaba espuesto, se separó de la lentitud que acompañaba siempre á sus resoluciones. No ignoraba que la audacia vale frecuentemente mas que la prudencia, y por no haber sabido precaver á tiempo los golpes que le daban iba él á darlos sin exámen.

—Señores, continuó, os he convocado á consejo para aprovechar vuestras luces. Voy á esponer el cuadro fiel de mi situacion. La victoria ha coronado demasiado largo tiempo la bandera pontifical, para que yo no pueda confesar altamente una derrota. Mis tropas, sorprendidas de improviso, acaban de ser batidas en mi ducado de Urbino por los rebeldes. Yo no podia preveer una traicion en los gefes de mi ejército. Con mis dineros, con mi artillería, me hacen hoy la guerra los Ursinos y los Vitelli.

Hallábanse todos muy lejos de aguardar esta franqueza. Habia tanto abandono y dignidad en la confesion de Borgia, que venciendo al pronto el sentimiento del pundonor al descontento, le aplaudieron con entusiasmo los gefes, pero se apresuró á reclamar silencio, y no tratando de mostrarse insensible á las pérdidas que acababa de sufrir, hizo la enumeracion de sus tropas con un orgullo que lisonjeaba á cada gefe. Asombró á la asamblea por los detalles mas circunstanciados sobre la marcha del enemigo, sobre sus fuerzas, y apoyado en la verdad, no ocultó la entrevista secreta que habia concedido al cardenal de los Ursinos y al pronotario de Bentivoglio. Dueño ya de nuevos proyectos, continuaba su hábil táctica para madurarlos en libertad, y consultando al consejo añadió, haciendo concordar sus esplicaciones vagas en la apariencia con sus secretas miras:

—Todo hace creer que el enemigo va á reunir sus fuerzas en Sinigallia para cortarnos la Marca de Ancona y detener el curso de nuestras conquistas. Allí es donde el cardenal de la Rovera trata de medir sus armas conmigo y defender el territorio de su familia.... Vuestro parecer, vuestro parecer, señores.

El acento de la voz del duque no era ya el mismo. Sus confidentes, acostumbrados á observarlo, recobraron de pronto el aplómo que visiblemente habían perdido.

Delante del sillón de Valentinois habia una mesa, sobre la que sus secretarios habian tenido cuidado de preparar todo lo que podia servirle para tomar notas, como frecuentemente fingia hacerlo por lisonja, y esta costumbre protegía una correspondencia que mantenía con el canciller y el secretario, colocados á cada extremo de la mesa. Por temor de que se estraviasen algunos de estos billetes, el duque los arrojaba en una urna de bronce, en cuyo fondo habia una lámpara encendida. Mientras los miembros del consejo se disponían á emitir su parecer, Borgia pasó á su secretario esta orden:

«Agapito; sin perder un instante salid á buscar á Roco, nuestro correo, y que se disponga á marchar inmediatamente á Roma. Va en ello mi vida, es decir, la vuestra..... Devolvedme este papel.»

El escrito cayó en la urna, y un ligero humo apareció en su superficie. El secretario salió del salón, y Borgia, con la pluma en la mano, trazando de un momento á otro algunas palabras, parecia prestar una sostenida atención á los diferentes votos emitidos en el consejo. Sin embargo, el canciller recibió á su vez órdenes mas detalladas.

«Spanochi; escribid al duque de los Ursinos que he consultado á nuestro Santo Padre, á fin de fundar una alianza sobre bases sólidas. Pedidle una entrevista solemne en Sinigallia, á menos que no prefiera venir á encontrarme aquí.... Hablad separadamente á cada uno de mis enemigos de sus derechos, dándoles á todos cita para Sinigallia: aseguradlos que me hallo muy favorablemente dispuesto á la union, al olvido, al perdón.... Daos prisa y despachad los correos. Volvedme este papel.»

Todos los gefes militares, encontrando al duque en lo que parecia á sus ojos el camino del honor, pidieron marchar sin tardanza á castigar á los rebeldes, antes que nuevas ventajas diesen mas consistencia á su causa. Un condottiero italiano sintió que el duque no hubiese retenido prisioneros al cardenal de los Ursinos y al pronotario Bentivoglio, pero el duque recordó la fe de los salvo-conductos, y esta respuesta leal,

exaltando á aquellos caballeros fatigados de estar tanto tiempo sentados sobre almohadas se levantaron para obtener la orden de marcha y la señal de las batallas.

—¡Vive Dios! señores, exclamó Borgia, animado él mismo de un ardor marcial que se oponia á sus proyectos, nadie tiene mas impaciencia que yo por blandir una lanza y responder á estocadas á la insolencia de nuestros enemigos. Señores, tenemos la mas grande confianza en vuestro valor, en vuestra adhesion. Os damos gracias por vuestros buenos consejos, los pesaremos en nuestra sabiduría.

En aquel momento apareció Agapito en la puerta de la sala, y el duque continuó:

—Basta por hoy de ocuparnos de cosas graves. Vamos á distraernos á la mesa de la gravedad de esta sesion. Vamos á sacar en los ojos de las hermosas fuerzas contra la traicion. ¡A la mesa, señores! ¡que las damas están ya aguardando!

Salió seguido de sus dos confidentes. El correo Roco le esperaba en su gabinete.

—Marcha, dijo entregándole el mensaje que habia preparado para Alejandro VI; revienta los caballos, y no entregues este escrito sino en mano propia del Santo Padre. Todas las bendiciones papales te aguardan en Roma, y conoces el oro de nuestro tesorero.

(La continuacion en los números siguientes.)

REVISTA POLITICA.

Muy escaso interés ofrecen los sucesos de nuestro país durante el mes de agosto y para darlos á conocer basta una muy sucinta reseña. Suspendidas aun las sesiones de las Cortes Constituyentes, falta el pábulo principal de la vida política en los gobiernos representativos. Cuando enmudece la tribuna y el ministerio hace poco ó nada, apenas tiene qué decir la imprenta. Y corroboran de plano esta especie los periódicos de todos los colores correspondientes al mes finado, y agenos de todo interés en punto á lo acaecido dentro de casa. Fuera del escándalo de la cuestion entre los señores Gamindes, sobre quién es padre de uno de ellos, y que no es para ventilada sino en los tribunales para el triunfo de la justicia, y en el confesonario para el desahogo de la conciencia; fuera de la curiosidad que haya podido despertar en algunos el consentimiento pedido con cierto aire de zumba al director de *La Epoca*, señor Coello, por el que, durante los postreros meses del gabinete Lersundi y todos los del gabinete Sartorius, figuró de ministro de Fomento, para publicar ciertas cartas suyas, y la enérgica prontitud é ilimitada extension con que el interesado le ha incitado á hacerlo antes hoy que mañana; fuera de la polémica en que *El Diario Español* ha demostrado no ser verdad lo que *La Nacion* supuso acerca de que publicara el año pasado ningun artículo original ni con apariencias de completa originalidad, clamando por la caida de la reina doña Isabel II, bien se puede decir que nada ha llamado la atencion de lo impreso en las columnas de los periódicos, y no referente á otros países.

Por dicha las facciones montemolinistas no dieron ya grande asunto á noticias ni reflexiones. Aunque ciertos cabecillas como los Tristany, Marsal y Borges, se ocultan en las fragosidades de las montañas de Cataluña; aunque los

Hierros no hayan acabado de desaparecer de las sierras de Burgos, es la verdad que no llevaron á cabo nada que de contar sea, si se exceptúa la actividad con que hacen uso del conocimiento práctico de las breñas por donde andan errantes para esterilizar la persecucion de las tropas y de la milicia.

No habiendo ocurrido cosa notable, y necesitando de pasto continuo las conversaciones de los noticieros y ociosos, se echaron á volar especies que algunos periódicos acogieron no de mal grado, siquiera porque les proporcionaban recursos para amenizar sus publicaciones. De otro origen no han emanado, segun toda verosimilitud, los rumores reiterados de que en el real sitio de San Lorenzo, y aun dentro del mismo palacio, se urdian tramas contra la situacion creada en el penúltimo julio. Una vez y otra ha calificado *La Gaceta* los susurros de chismes y de habladurías; y el señor general Quirós, gefe de alabarderos, al leer la aseveracion aventurada de haber sido presos por aquel motivo algunos de sus subordinados, se ha visto en la imprescindible necesidad de desmentirlo con estas rotundas palabras: «Si todas las demas noticias, que tan repetidamente vienen comentándose desde que empezó la jornada, son tan exactas como esta (á lo cual me inclino por los motivos que tengo para asegurarlo como comandante general que soy de este real sitio), pueden los noticieros procurar ser mas veraces y prudentes, sino quieren caer en el ridículo.» Pruebas muy sobradas son estas de que los rumores sobre conjuras nacen ó de recelos de pusilánimes, ó de donaires de bromistas, ó de fantasmagorías de visionarios.

Ya se sabrian las últimas resultas de la anticipacion voluntaria, á no ser porque el gobierno, al expirar el plazo dentro del cual habia de tener este carácter á tenor de lo resuelto por las Córtes y sancionado por la Corona, lo prorogó hasta fines de agosto. Se calcula que hoy por hoy las suscripciones voluntarias ascenderán á una tercera parte de los 230 millones de reales, votados al gabinete presidido por el señor duque de la Victoria, para cubrir el déficit del presupuesto de este año. Algunos atribuyen al terrible desarrollo del cólera-morbo en muchas provincias la necesidad en que se ha de ver el gobierno de apelar á la anticipacion forzosa. No pensamos de igual manera, pareciéndonos que, aun cuando nada dejara que desear el estado sanitario de toda España, poco mas ó menos hubiera sucedido lo propio, á la par que entendemos que, hasta con la epidemia encima, se completara la anticipacion voluntaria, sin mas que haber regulado esta operacion de crédito de suerte que la generalidad de los prestamistas viera y palpara sus ventajas. Se hubiera conseguido fijando reglas para el reembolso en plazo mas ó menos largo, y no limitándose á dar valor á los billetes que emita el Tesoro solamente para la redencion de censos y compra de bienes nacionales. Como los mas de los contribuyentes no tienen censos que redimir, ni es verosímil que traten de ser postores en las subastas de aquellas fincas, han de venir á parar en ser víctimas de agiotistas ó logreiros; y no de otro modo se puede explicar la circunstancia de que los que han perdido de una mano á otra un cinco por ciento para que otro satisfaga las cuotas, á cuyo pago estaban sujetos, se jacten de haber hecho un grande negocio; y que haya quienes se brinden á pagar cualesquiera cupos á tal de ganar el ocho por ciento, y lo propongan públicamente creyendo ponerse en lo justo. Estos hechos bastan á comprobar que, no el cólera-morbo, sino la desconfianza de reembolsar lo que se anticipe, es la que retrae á los contribuyentes de figurar como prestamistas voluntarios, y les induce á querer mejor cargar á otro por el tanto cuanto sus respectivas cuotas, ó pagar forzosamente en dos plazos, que ganarse un diez por ciento sin mas que aprontar antes del último de agosto lo que desde el primero de setiembre les es obligatorio pagar duro á duro.

Lo importante bajo todos aspectos es cuanto se refiere á nuestros altercados y nuestra ruptura con Roma; pero nada podríamos añadir á lo que resulta de los documentos oficiales publicados en la *Gaceta* del día 21 de agosto. De la Santa Sede han partido además quejas sobre los sucesos de que son teatro el canton de Friburgo y otros, y rayos espirituales contra Cerdeña.

Ya el soberano de Portugal se halla de vuelta de su viage: el que la reina Victoria ha hecho con su esposo el príncipe Alberto á Francia ha dado ocasion á magníficos y espontáneos festejos. De la guerra de Oriente no se han sabido mas noticias que el bombardeo de Sweaburgo, y la derrota de los rusos junto al Tchernaiá. Aun Italia permanece tranquila segun las apariencias. Todo hace creer que á estas horas habrá terminado ya en Méjico la dictadura de Santa Ana.

F.

CRITICA LITERARIA.

HISTORIA GENERAL DEL BRASIL.

1.

Nada mas interesante y fecundo en elocuentísima enseñanza que la historia, ya sea de un país que de la mas alta ventura cae en el infortunio y se despeña á cierta ruina, ya de otro que sale de la insignificancia y sube á hacer brillante figura en los fastos del globo. Sin mediar gran trascurso de tiempo, ni apartar los ojos del continente, cuya existencia reveló un genovés preclaro á la asombrada Europa, se nos presenta ocasion propicia de estudiar ese gran contraste que tan distintas impresiones despierta en el alma. Ayer, con la *Historia de Méjico* de don Lucas Alaman en la mano, deplorábamos la situacion de este país tan privilegiado como sin ventura, donde se recuerda el bienestar general debido á la dominacion española «como en la antigua Italia el siglo de oro y el reinado de Saturno (1).» Hoy, con la *Historia general del Brasil* á la vista, nos encanta el espectáculo grandioso de esta re-

(1) Tres artículos críticos publiqué sobre este importantísimo libro en la *Revista española de ambos mundos*, tomo II., págs. 40, 149 y 294.

gion bien dotada asimismo por la naturaleza, que hace menos de medio siglo no pasaba de una colonia aislada, donde la civilizacion apenas obtenia progresos, y es ya nacion independiente, regida por sabias instituciones, á cuyo amparo manan y corren abundantes las fuentes de su riqueza pública inmensa, y el desarrollo intelectual adquiere proporciones de mucha monta.

Dos puntos culminantes de estudio y de meditacion en la esfera de los intereses y de las trasformaciones políticas halla un autor español insigne parangonando á Méjico sin «mas porvenir que su absorcion por otra nacionalidad enemiga, que borrará de su territorio el idioma, la religion y las costumbres,» y el Brasil «puesto al frente de los esfuerzos de regeneracion y de reforma que se han notado en lo que va de siglo en las naciones de nuestro continente,» dos puntos culminantes que ponen de relieve el contraste en que nos fijamos ahora, y destruyen una preocupacion de perjudicialísimo influjo; dos puntos culminantes que se formulan de esta manera exacta: 1.º «la necesidad del elemento monárquico para hacer posibles la libertad y la organizacion entre las naciones de nuestra raza, que se separan del tronco en que nacieron:» 2.º «la posibilidad de afianzar los principios liberales en naciones que salen de las tinieblas del despotismo y de la ignorancia (1).»

Méjico, habiendo roto de repente con todas sus tradiciones, sin ningun centro de unidad en su seno, prendándose de ideas abstractas, ha tenido un emperador improvisado, presidentes sin cuento y aun dictadores, todos incapaces de domar la anarquía feroz que esteriliza los grandes recursos de aquel territorio y trae de continuo agitados á sus habitantes. Por el contrario, el Brasil no ha prescindido de su pasado, y con el principio eminentemente conservador de la monarquía por base, obrando á impulsos de la razon sana y no de la acalorada fantasía, ha visto y ve crecer lozano y robusto el árbol de la libertad, y formar con su hermoso ramaje el mejor dosel para el trono, erigido por uno de los héroes de este siglo, y ocupado ahora por un príncipe que sigue animoso la senda que le trazó su insigne padre, y conduce al templo de la inmortalidad en derechura; por un príncipe de inteligencia privilegiada, de aplicacion suma al estudio y tambien al gobierno, y que, guiándose por lo que la opinion pública reclama, y estando en proporcion de conocer sus legítimas aspiraciones, como colocado en esfera muy superior á la que sirve de palenque á los partidos, y no solo por la gerarquía, sino

(1) Don José Joaquin de Mora, Brasil, don Pedro II de Portugal. Véase la obra titulada *Reyes contemporáneos*.

por la elevacion del carácter y la superioridad de las luces, se ha conquistado el amor y el respeto de sus súbditos todos, cuya ventura labra sin tregua; y lo que es mas aun, obliga á la admiracion y al aplauso á cuantos en América y en Europa, y en todo el mundo, blasonan de monárquicos y liberales, y no hallan fuera del gobierno representativo atmósfera en que respirar con desahogo, ni horizonte despejado y risueño que halague á la vista, ni aun tierra donde asentar con vigor la planta.

Ante perspectiva tan lisonjera ha habido un brasileño muy instruido é infatigable que, trasladando al papel y á la prensa el fruto de sus continuas vigiliass y fecundas meditaciones, acaba de tributar á su soberano el mas respetuoso homenaje, y de hacer á su patria el magnífico presente de una historia.

Para conocerle, no basta leer la portada del libro que nos pone la pluma en la mano, porque allí la modestia le permite solo decir que es socio del Instituto histórico del Brasil y natural de Sorocaba; es menester fijarse en la dedicatoria, dirigida al esclarecido emperador don Pedro II, y á cuyo pie «don Francisco Adolfo de Varnhagen» estampa su nombre, porque la veneracion y la gratitud no le consienten ya ocultarlo.

Desde la edad mas tierna concibió el pensamiento de hacer tamaño servicio al pais en que tuvo cuna: á la improba tarea de recoger datos y noticias para apurar la verdad en muchos hechos, unos desconocidos, otros trastrocados ó ya oscuros, hubo de dedicar no pocos años. Segun adelantaba provechosamente en las investigaciones, iba inclinándose á creer que para levantar de planta edificio tan magno se requería mas hábil arquitecto, puesto que sin dar mas ensanche á las proporciones, y sin perder de vista la unidad por condicion precisa, se debía sacar provecho de la creciente profusion de los materiales, y distribuirlos y trabarlos de la manera mas adecuada. Asi al plan antiguo, lleno de fe y de esperanza como todos los que la mocedad concibe, siguióse el desánimo y el abandono, vencidos al cabo, porque impulso mas eficaz vino á sostenerle en la prosecucion de la digna empresa.

¡Cuántas y qué diversas emociones habrá experimentado el autor insigne por consecuencia de estas alternativas! Primero la del férvido entusiasmo, despues la de la mortificante zozobra, y la del aridisimo desaliento, y la de la recapitacion sosegada, hasta satisfacer un anhelo antiguo y un deber reciente, llevando á feliz remate la obra. Sin duda han sido imponderables las fatigas que le ha costado, como lo son las de

todos los trabajos mentales que requieren activísima diligencia, singular constancia, meditacion prolija, sazonado estudio; pero quedan muy sobradamente remunerados cuando lo que se produce de esta suerte retrata con exactitud á los que pasaron, mueve á los que hoy viven al mas sincero encomio, y se ha de trasmitir sin duda á los que vendrán siglo tras siglo. Nada mas equivalente que goce tan puro á lo que seria la realizacion puntual de un mágico sueño.

A nuestro ver, esto ha conseguido el señor Varnhagen inquiriendo afanoso y enseñando muy doctamente cómo y cuándo se enteró Portugal de la existencia de la vasta region que se llamó de Santa Cruz, y es el Brasil ahora; cómo la descuidó al principio y la benefició y aprovechó luego; y cómo, á vueltas de muchas vicisitudes, vino á surgir en la extension de aquel territorio y á figurar entre las naciones civilizadas del orbe ese imperio de ayer y ya florecientísimo y pujante, á la cabeza del cual se halla una de las primeras dinastías de los tiempos actuales.

Por grande que sea la copia de datos para emprender y acabar una historia (que de no tener la verdad por sola raíz, esencial sosten y única mira, no fuera merecedora de tal nombre), poco vale y se malogra de seguro en manos de quien desfigura los hechos ó de quien desvaria en los juicios. Sin la imparcialidad severa no es posible la historia: por su parte el distinguido autor de la del Brasil considera que, solo poseyendo tal dote, cabe hallar armonía entre los sucesos; asegura que ni la vil lisonja ni el torpe miedo le han de inspirar una sola frase, y se propone referirlo todo segun se lo haya presentado el maduro exámen de los numerosos documentos que le sirven de guia, sin renunciar de ningun modo á emitir oportunamente cuantas ideas le fueren sugeridas por sus íntimas convicciones, pues (como dice con gran seso) «triste del historiador que no las tiene respecto de su pais nativo, ó que, teniéndolas, no osa exponerlas á pesar de que los ejemplos de lo pasado le ayudan para indicar las conveniencias de lo futuro.»

A propósito del temor general que, ya entrado el siglo XVII, habia en el Brasil de una invasion de gente extraña, encuentra ocasion de declarar terminantemente que no es fatalista en las materias de gobierno, y por lo tanto no lo es tampoco en las de historia.

«Cuándo el enemigo nos amenaza (escribe con este motivo) fuerza es prepararnos á recibirle á las puertas de casa y no dentro de ella, y despues de habérnosla saqueado para matarnos con nuestras propias armas si no le aprontamos los tributos que nos impone. Aho-

ra bien: tales preparativos se hicieron de mala manera, pues debían consistir principalmente en poseer, no fortalezas fijas, sino plazas de guerra movibles; una marina colonial respetable. Dejemos al fatalismo embrutecedor explicarnos cómo el Brasil irritaba á los cielos con sus pervertidas costumbres, realizándose en castigo la invasión que por tantos años llegó á tener separada la una mitad de la otra, y de modo que no se comprende bien cómo vino á soldarse á la postre... Dirán que en la tierra de Santa Cruz la corrupcion, el robo y el escándalo habian llegado á su colmo; que los ministros de justicia por precio de cuatro cajas de azúcar doblaban la rectitud de sus varas; que ya en el Brasil se conjugaba por todos los modos y tiempos el verbo *rapio*, sirviéndonos de la frase usada posteriormente en el sermón famoso del *Buen ladrón* por el P. Vieira; que el hábito de cubrir apenas la desnudez de los esclavos embotaba los sentimientos del pudor y de la delicadeza, de donde resultaba que fuesen comunes los vicios del libertinaje; que eran los asesinatos frecuentes, y que á menudo la venganza de la ofensa fiábase cobardemente á algun esclavo, el cual recibía la carta de manumision por recompensa de uno de los mas atroces delitos, así ante Dios como ante los hombres; que... en suma todo lo cubria la cargazon precursora de la tormenta. Creémoslo de plano; pero tambien creemos en Dios, y en que, vencido el enemigo, todo lo hubiera remediado con el poder de la ley un corazón fuerte para hacer que se cumpliera por todos. Mito podrá bien ser la existencia de Licurgo; fabula de ninguna manera. La observancia de la religion y el poder de las buenas leyes pueden mejorar á los hombres y á las generaciones, y para Dios y para la sociedad son las que les mejoran con efecto.»

Cuanto dijéramos sobre el método con que procede el señor Varnhagen, para que no falte el gran requisito de la claridad á su historia seria menos de seguro que lo que sugerirá á todos y cada uno de nuestro lectores una sucinta reseña de lo que abarca el primer tomo. Su punto de partida es la explicacion del plan, recomendado por Raimundo Lulio, sobre renunciar á las cruzadas marítimas, por cuyo medio nunca se haría pie en Tierra Santa, é ir rechazando á los musulmanes de los países por donde rayaban con la cristiandad, obligándoles á abandonar todas sus conquistas mas acá de Arabia, y á desandar el propio camino por donde avanzaron triunfantes: principio de la cruzada terrestre habia de ser la conquista de Granada, tras de la cual se trasferiria la guerra á Africa desde Ceuta hasta Egipto, el cual se debía tirar á empobrecer con un apretado bloqueo que diera otro rumbo al lucroso comercio de la es-

pecería de Oriente. A este profundísimo plan se ajustaron las empresas de los portugueses, coronadas por Vasco de Gama, y las de los españoles que, siguiendo la gloriosa bandera de los Reyes Católicos, expulsaron de Granada á los moros, y que guiados por Cristóbal Colon arribaron á un nuevo mundo, y que á las órdenes de Magallanes hallaron en fin el paso á las Indias por las regiones del Ocaso. De todo provino tambien la convencion de Tordesillas entre los monarcas castellanos y portugueses para modificar la famosa linea imaginada por el papa Alejandro VI con el designio de demarcar lo que habia de pertenecer á cada corona de los descubrimientos que pudieran efectuar sus intrépidos navegantes. Lo que dos siglos atrás habia concebido un varon insigne, merced á la luz de su genio, llegóse á realizar casi del todo; «tan cierto es á la par que demostrativo de la pequeñez nuestra, que en la historia del progreso del espíritu humano, hasta las ideas mas fecundas, han menester de largo tiempo antes de germinar y de dar fruto.»

Por efecto de la convencion de Tordesillas, segun cuida el señor Varnhagen de consignar oportunamente, gran parte de las tierras que ahora componen el imperio del Brasil, y que los europeos desconocian aun entonces, vinieron á pertenecer á Portugal, no en virtud del llamado derecho de conquista ó del de descubrimiento, equivalente al del primer ocupante, sino en virtud de un tratado solemne con la nacion descubridora de las Indias Occidentales y sancionado por el Sumo Pontífice á tiempo en que, figurando como gefe de una especie de confederacion formada por las naciones cristianas de Europa, aun no disidentes de resultados de las turbaciones suscitadas por los cismáticos y los hereges, tenia para las mismas la fuerza y la autoridad de un derecho á que todas se habian sometido sin réplica alguna.

A su término tocaba el siglo XV cuando se esforzaba Portugal por establecer factorías para asegurarse el comercio de Oriente: con este fin zarpó de las orillas del Tajo á 9 de marzo de 1500 Pedro Alvarez Cabral en clase de capitan mayor y al frente de una escuadra de trece naves, llevando instrucciones para desviarse cuanto pudiese de las costas luego que se hallara á la altura de Guinea por evitar las calmas que alli reinan muy á menudo. Observando lo que se le previno y ayudado por las corrientes, á los cuarenta dias de navegacion descubrió tierra desconocida hasta aquella hora: creyóla isla y le puso Veracruz por nombre. A este descubrimiento siguiéronse poco despues las exploraciones: dos flotillas, en las cuales fue de piloto y cosmógrafo el célebre Américo Vespucio, recorrieron en 1501 y 1503 mucha parte de aquellas costas,

por cuya extension grande se adquirió pronto la certeza de no ser de isla, sino de continente, que despues se llamó Brasil como el palo de tinte que se producía allí en abundancia; continente que hoy ocupa casi la mitad del meridional americano, dilatándose desde el Atlántico hasta la falda de los Andes, y casi desde las márgenes del Rio de la Plata hasta el origen de las vertientes mas septentrionales del de las Amazonas.

Aunque se fundára alguna factoría en aquel territorio, antes de 1532 no hubo allí colonia regular europea. Entonces fué cuando se dividió el país en doce grandes capitanías, señalando para cada una alrededor de cincuenta leguas sobre la costa, desde Pernambuco al Rio de la Plata, y cediendo la corona muchos de sus derechos magestáticos á favor de los gobernadores, de modo «que se puede casi decir que Portugal reconocia la independencia del Brasil aun antes de colonizarlo.»

Al llegar aquí pinta el señor Varnhagen á los habitantes de aquel mal poblado territorio, cuya verdadera fé consistía en el espíritu de venganza; que eran antropófagos, no por gula, sino por aberracion del orgullo; cuya metafísica no pasaba de un temor innato á las tronadas, sin que verosimilmente concibieran la idea de un Ser Supremo inmaterial é infinito rigiendo el orbe, ni mas existencia que la errante, y hostilizándose unos á otros. Despues reseña las capitanías florecientes y las que no lograron medrar, y puntualiza las relaciones entre los primeros colonos y los indios. Naturalmente se efectuaba el cruzamiento de las dos razas: muchos usos bárbaros de los indigenas en los objetos domésticos y de pura necesidad fueron adoptados por los cristianos: generalmente con la persuasion se atraían estos á aquellos, empezando por obsequiarlos con bujerías, siguiéndose los contratos, y las querellas de resultas de su inobservancia por parte de los indios, quienes desconocían los derechos de la razon y la supremacia de la conciencia, y tomaban por ardid de ataque ó de desagravio lo que para nuestra racional manera de ver es traicion y es alevosía. Del menor altercado nacia un desórden, en que peleaba cada cual por su compañero, y que producía la retirada de los indios y la declaracion de hostilidades. Por tanto no había otro remedio que el de refrenarlos con una indispensable tutela para que aceptaran el cristianismo y la cultura; sistema no continuado á causa de las exenciones decretadas en favor de los indios, y de ser lícita la esclavitud de los negros.

Examinando los peligros de las colonias, considéralos derivados; primero, de la desmoralizacion espantosa de algunas de ellas, trasfor-

madras en semillero de contrabandistas ó piratas, que hacian mas inseguros los mares del Brasil, que lo eran los de Argel y Tunez por aquel tiempo: segundo, del espíritu de insubordinacion contra lo humano y lo divino, que los degradados de la metrópoli llevaban á todas, de suerte que la religion y la moral, columnas fundamentales de la felicidad de los hombres, estaban muy socavadas y aun casi por tierra, y á la honradez se sustituia el egoismo, y comenzaban á desaparecer de aquel pais la justicia equitativa, la buena fe y la confianza: tercero, de las expediciones maritimas de enemigos, y con especialidad de franceses, amenazantes hasta el punto de que las naves portuguesas no osaban asomar fuera de los principales puertos sus proas.

Para hacer frente á tan críticas circunstancias, establecióse el año 1549 un gobierno central en la bahía de Todos los Santos. Lo ejerció antes que nadie Tomas de Sousa, y tan felizmente que á los cuatro años y medio dejó el Brasil constituido, logrando que la autoridad y la ley hicieran sentir sus benéficas fuerzas, y que la moral pública ganara mucho. Su sucesor don Duarte de Costa marchó por senda tan contraria, que todo el pueblo clamaba á la metrópoli, invocando las llagas de Jesucristo, á fin de que se le retirara de su puesto, y haciendo uso de la expresion vigorosa de que «ya bastaba para penitencia de pecados.»

Importante por demas es cuanto escribe el autor ilustre sobre la introduccion de las órdenes religiosas, y principalmente de los Jesuitas; sobre la circunstancia de que, á medida que los indios se veian mas protegidos y mimados, se tornaban mas insolentes y propensos á tumultos y conmociones; sobre la division de aquel territorio en dos gobiernos, el del Sur y el del Norte, y su nueva reduccion á uno solo; sobre la fundacion de nuevas colonias, como la de San Sebastian de Rio Janeiro y Parahiba; sobre no haber introducido novedad en aquel pais la incorporacion de Portugal á España, siendo el Brasil la colonia mas importante adquirida entonces por Felipe II, pues las de Asia iban en descenso, y el comercio de Oriente, lejos de arraigarse en Lisboa, solo sirvió para dar mayor importancia al mercado de Amsterdam y ser origen del prodigioso florecimiento de Holanda.

Viniendo al siglo XVII pinta el señor Varnhagen los lastimosos disturbios, procedentes de descentralizarse otra vez la autoridad, por tener un gobernador la ciudad de San Salvador en la bahía de Todos los Santos para las colonias del Norte, y otro para las colonias del Sur la ciudad de San Sebastian de Rio Janeiro. Despues expresa cómo de resultas vinieron á tal situacion las colonias, que se llegó á temer allí una invasion

hasta de turcos, mientras pugnaban por establecerse en el Marañon los franceses, y las naves de Inglaterra surcaban á sus anchuras aquellas aguas, y fundaban los holandeses la compañía denominada de *Las Provincias Unidas*, para hacer suyo todo el territorio brasileño.

Y aquí empieza la relacion interesante de las hostilidades que produjeron el predominio de los holandeses sobre las colonias del Norte, mas afianzado desde que la compañía de Holanda envió allá al príncipe Mauricio de Nassau por gobernador, capitán general y almirante á principios de 1637, y sobre todo cuando al plan excelente de la metrópoli de reanimar á los colonos enviándoles por caudillo y con facultades semejantes al conde de Montalvo, don Jorge Mascareñas, se substituyó el mal designio de delegar la autoridad en un triunvirato; esto ya despues de emanciparse el reino de Portugal del de España.

No habiendo podido los holandeses asentar su dominacion sino en las colonias del Norte, á pesar de sus tentativas sobre las del Sur, era indispensable decir que era de estas mientras se lidiaba en las otras, á lo cual dedica el señor Varnhagen las últimas páginas del primer tomo, y en verdad que bosquejando con exacto pincel un cuadro bien triste. Porque allí no habia guerra honrosa, sino intrigas mezquinas y hediondos disturbios civiles, emanados principalmente del ahinco de los administradores eclesiásticos y sus sustitutos en arrogarse de tal modo el poder temporal, bajo el aspecto de comisarios del Santo Oficio y de Cruzada, que el pueblo se les declaraba hostil siempre, y acabaron mal todos, y con sospechas de ser envenenados algunos.

Imperfecta como es la reseña que dejamos trazada, ya indica algun tanto que todo cae en su lugar oportuno, y que de lo esencial nada se olvida. Cuanto fué prolijo el señor Varnhagen en escrudiñar los archivos del Brasil y de Portugal, de España y Holanda y otras naciones, y en compulsar datos, ya de los documentos de oficio, ya de las relaciones particulares, para depurar la verdad hasta donde es posible en lo humano, ha sido, al redactar su trascendentalísima obra, compendioso y preciso, sin menoscabo de la puntualizacion de los sucesos. Tras de profundizar con escrupulosa analisis su origen, causa y consecuencias á sus solas y sin pasar nada por alto, los ha condensado en perfecta síntesis á impulsos del gran pensamiento de generalizar la lectura de lo que tanto importa saber á sus compatriotas. Se conoce muy á las claras lo perseverante de su estudio hasta dominar la materia; y únicamente así ha podido conquistar la envidiable palma de decir mucho en poco.

Numerosas notas, así al pie de las páginas como al fin del volumen,

revelan el esmero con que el señor Varnhagen ha procurado y conseguido que el carácter de autenticidad de su trabajo no se ponga por nadie en duda. Jamás se interrumpe la serie de documentos oficiales que le sirven de guía, ni de los autores contemporáneos de los sucesos que refiere: ya son Pero Vaz de Caminha y el físico maese Juan los que le dan exacta noticia del descubrimiento de la *tierra de Santa Cruz*, como testigos oculares: ya Gabriel Suarez y Fernando Cardim los que le suministran luz completa para avalorar el estado de las colonias en 1587: ya en la obra titulada *Razon de estado del Brasil en el gobierno del Norte como lo tuvo don Diego de Meneses hasta el año de 1612*, escrita ó dirigida por este mismo personaje, ve una preciosa piedra miliaria, colocada en su tiempo sobre la tierra de Santa Cruz á distancia de un cuarto de siglo mas acá que la debida á Gabriel Suarez: ya en las *Memorias diarias* de don Duarte de Albuquerque (1) halla curiosísimos datos sobre las hostilidades contra los holandeses, que le inspiran el propósito de narrarlas alguna vez, si la suerte guiare sus pasos á aquellos antiguos campos de batalla, con el título de *Historia de la guerra de los veinte y cuatro años*. De estas comprobaciones hay abundancia por donde quiera que se abra tan acabado libro. Nada mas queremos decir sobre su estructura; y aqui terminaria naturalmente nuestro agradabilísimo trabajo si la *Historia general del Brasil*, escrita con elegante, pintoresco y brioso estilo, no fuera mas que una ordenada relacion de hechos, como algunos áridos preceptistas, sin prosélitos por fortuna, quisieron que se dieran á conocer las cosas pasadas. Pero dicho queda ya cómo el señor Varnhagen no renuncia á emitir cuantas ideas le fueren sugeridas por sus íntimas convicciones, y compadece al historiador que no las abrigue respecto de su pais nativo, y al que, no atreviéndose á exponerlas, desaprovecha las lecciones de lo pasado tan indispensables para los aciertos en lo futuro. Esta máxima fructuosa le induce á no darse por satisfecho con plantear las cuestiones que le salen al paso; y por consiguiente se dedica á dilucidarlas con aplomo y á resolverlas con valentía. Sin juzgarle bajo este aspecto, no se comprenderia el espíritu de su gran obra, que procuraremos explicar del modo menos imperfecto que esté á nuestro alcance.

(1) Obra castellana, impresa en Madrid el año de 1654.

II.

Para cumplir lo prometido necesitamos empezar diciendo que el señor Varnhagen hace gala de católico en toda su obra, bien que, acérrimo contra el fanatismo, se muestre amante de la tolerancia, y que á fuer de hombre de razon y de sentimiento no pueda citar la Inquisicion sin que le horrorice hasta su memoria. Por dicha han llegado los tiempos en que toda cabeza se enardece y todo corazon se subleva, invocando á Dios y á la humanidad, contra el que se llamó Santo Oficio, y en que si algunos, muy contados, osaran lanzarse á su defensa, no se podrían eximir de la nota de ignorantes ó de crueles. Ni mas ni menos que el distinguido autor que nos ocupa juzgamos sobre la imposibilidad de conocer la forma de los procedimientos de tribunal tan furibundo sin maldecirle, y sobre calificar generalmente de perniciosas las influencias de este *Estado dentro del Estado*, cuyos dictámenes, superiores á toda ley, disminuian al monarca la magestad, al gobierno el poder, á la magistratura la justicia, á los prelados la autoridad, y á los pueblos la libertad, no solamente de la discusion, sino hasta casi del pensamiento. Y por si algunos de los que discurren poco ó nada supusieren que en tal manera de pensar hay reminiscencias de volteranismo, bueno es sincerarse diciendo que en nuestra patria, donde la Inquisicion echó mas profundas y dañinas raices, hubo españoles, miembros por mas señas de todos los Consejos Reales, que reunidos en junta magna opinaron poco mas ó menos de igual modo, y eso que á la sazón corria el año 1696 de la era cristiana, y que se dirigian á un soberano, cuyo nombre era Carlos II (1).

Naturalmente la cuestion capital, asi en la *Historia general del Brasil* como en la de cualesquiera regiones americanas, es la de la legitimidad de la ocupacion del territorio y del avasallamiento de sus moradores. Ya hoy, segun la mas sana filosofia, á nadie ocurre ir contra las conquistas de la civilizacion sobre la barbarie. Por demas elocuente habla nuestro autor de este punto, no alcanzándosele que aun haya poetas y hasta filósofos que vean en el estado salvaje la mayor ventura del

(1) «Representacion hecha á S. M. por la junta de doce ministros de diferentes tribunales sobre la jurisdiccion que ejercen los inquisidores en perjuicio de la jurisdiccion real, y la providencia que debe darse para el remedio.»

hombre, á pesar de no ser dudoso que, sin el auxilio mútuo de la sociedad y sin el cultivo de la tierra, siempre se sufren privaciones y á menudo hambres, que hasta á los mas civilizados convierten en caníbales, segun la historia de tantos asedios y naufragios lo demuestra á las claras. — «Nó, (estampa con vigorosa pluma) el filósofo de Ginebra, guiado por su ingenio y por sus filantrópicas intenciones, ideó, pero no conoció al salvaje. Desdichadamente el estudio profundo de la barbarie humana en todos los países prueba que, sin los vínculos de la religion y de las leyes, propenden tanto á la ferocidad los tristes mortales que se transforman casi en fieras.»

Tratando de la colonizacion de aquel país fértil y hermoso, que los indígenas disfrutaban errantes sin los beneficios de la paz y de la cultura, asienta que se ha declamado muy injustamente contra la propension de los primeros colonos á llevarlo todo á sangre y fuego para aherrajar á los indios, pues, si algunos hubo faltos de caridad y conculcadores de las leyes divinas y humanas, no fueron sino excepciones de la regla. Esta se redujo, aun por interés propio de los donatarios, á usar de la persuasion, y sobre todo á los principios; despues, no la arbitrariedad ni la tiranía, sino la experiencia, enseñó el verdadero modo de tratarlos, imponiéndoles una tutela necesaria para que aceptaran el cristianismo y alguna cultura. A la monomanía de fray Bartolomé de las Casas en declararse protector de la ilimitada libertad de los indios, atribuye las providencias de mal entendida filantropía, decretadas por la piedad de los reyes y sustentadas por la política de los jesuitas, á las cuales debióse que aquellos comenzaran poco á poco á ser llamados á la civilizacion solo por los medios lentos del catequismo, y de cuyas resultas aun hoy quedan tantos vejando el país y degradando la humanidad con devorarse unos á otros.

Nos complace afirmar que, así en defender á los conquistadores de la nota de crueldad con que procuraron mancillarles plumas extranjeras, como en impugnar el sistema de fray Bartolomé de las Casas, á que se adhirieron los jesuitas, coincide el señor Varnhagen en ideas con un español muy ilustre y de tanta autoridad entre los doctos como don Pedro Rodriguez Campomanes (1). Igual espíritu les impulsa; el autor de la *Historia general del Brasil* dice á propósito de las declamaciones contra los que se extendieron por las regiones americanas: «Tendencia reprehensible del ánimo es la de escudriñar por el lado desfavorable los he-

(1) *Apéndice á la educacion popular*, Parte I, nota 123 á la *Extension política y económica* de don Miguel Alvarez Osorio y Redin.

chos, para referir despues cual verdad lo que sugirió la malicia: » el autor del *Discurso sobre la educacion popular de los artesanos* dijo relativamente á lo propio. — «Se dan por sentados los hechos, y de una suposicion se pasa á otra.» — Tambien expuso que los encomenderos tenian interés en tratar bien al indio, de cuya conservacion les resultaba provecho considerable y permanente, y que este método pacificó inmenso espacio de tierra hasta que en el reinado de Felipe IV prevaleció, bajo la influencia de los jesuitas, el de las Casas, reducido á plantear una teocracia á su modo, dependiente de su arbitrio y perjudicial á los intereses verdaderos de la religion, del Estado y de la corona, que es en sustancia lo que viene á sostener el señor Varnhagen, consignando la blandura del trato por parte de los donatarios á los indios, la inconveniencia de aislarlos en aldeas ó reducciones en lugar de atraerlos á las ciudades y promover el cruzamiento de las razas, y el error de emplear solo el catequismo para trasformarlos de salvajes en hombres cultos; catequismo que no pasaba de enseñarles á recitar ó á cantar la doctrina como papagayos, y á estar de rodillas en misa, empleando el azote á veces para lograrlo, «sin considerar (como escribió agudamente un insigne prelado) que en muchas capillas hay muchos fundadores figurados de piedra que, sin azotes, están juntas las manos y de rodillas, y con toda esta compostura no oyen misa (1).»

Varias veces necesita discurrir el señor Varnhagen sobre el instituto de San Ignacio, y se conoce que se le hace muy cuesta arriba y le duele que la imparcialidad no le permita hacerse lenguas en su alabanza. A pesar de que no disimula el espíritu de benevolencia que le mueve á disculparle en ocasiones, su amor á la verdad le prohíbe disfrazar ni callar los hechos, que hablan en su contra muy alto. No los oculta de ningun modo; quien se oculta es él para ponerlos de relieve. Asi, para pintar su ingerencia en los negocios políticos del Estado, copia diferentes pasajes de los despachos del gobernador don Diego de Meneses á la corte, de cuyos textos resultan contrarios á la jurisdiccion de la corona, granjeros con los indios y faltos de verdad en sus quejas de los gobernadores pasados; todo lo cual representaba este á propósito de haber excitado al obispo de la Bahía de Todos Santos á que le pusiera entredicho, sia mas causas que la de indisponerse ambas autoridades en una procesion del Corpus sobre cuestiones de etiqueta, y la de censurar el gobernador al prelado por «no proponerse otro fin que juntar dinero.»

(1) *Estado de los Reverendos Padres y sus misiones*, por el obispo de Buenos Aires, 1767.

Así, para explicar las turbaciones que promovieron en la capitania de San Pablo, y de cuyas resultas les expulsaron los habitantes, no hacemos que transcribir algunos párrafos de la representacion enviada por estos á Portugal con especiales procuradores. Así sobre el primer caso límitase á decir «que deja que sentencien de parte de quien estaba la razon los hombres de órden y de gobierno;» y en cuanto al segundo «se abstiene de entrar en consideraciones sobre la representacion de los paolistas, para dejar mas libre el juicio de los lectores, que la verán naturalmente con el espíritu de partido que les anime en la materia.» Tambien nosotros nos abstenemos de examinar á fondo hasta qué punto debe llegar la indulgencia de los historiadores; y dejamos á los que nos leyeren la tarea de resolver si aqui se ha hecho el señor Varnhagen mas ó menos digno de elogio ó censura, determinándonos á apuntarles un solo dato; que el Brasil es un imperio que florece á la sombra de la paz y se ilustra sobremanera, y que entre sus órdenes religiosas no figuran los jesuitas.

Magistralmente, y sin rodeos ni filigranas, arrostra la cuestion de la esclavitud de los negros, introducida en el Nuevo Mundo por el pseudo-filántropo fray Bartolomé de las Casas, y fomentada por la necesidad de brazos para el cultivo de la tierra, vedándose la servidumbre de los indios, y siendo notoria la mayor resistencia de los africanos, que forman hoy uno de los tres elementos de la poblacion brasileña, y á quienes se debe principalmente la fabricacion del azúcar desde antiguo y el cultivo del café en lo moderno. Su afán es la extirpacion de este cáncer que tiene aquel pais en sus entrañas. Ya figuró el señor Varnhagen entre los que mas cooperaron á que se prohibiera absolutamente un tráfico tan inhumano; ahora suspira por el instante en que desaparezcan del todo de su patria los que en la piel llevan el sello de su origen nativo; y por consiguiente la acusacion de procedencia de una raza, cuyos troncos fueron llevados alli entre hierros desde el continente fronterizo. No se le pasa por alto apuntar que, sin embargo de sufrir las cadenas de la esclavitud los africanos, quizá en ninguna region del Nuevo Mundo es mas suave que en la brasileña, empezando por los Estados Unidos del Norte, donde acompaña el anatema á su condicion y color en sus diversos grados. Tanto en este punto como en otros considera á la monarquía del Brasil con mas tolerancia que á la república arrogante y ufanísima de sus libérrimas instituciones, y cuyo aristocrático ciudadano no admite junto á sí en las reuniones políticas, ni en las civiles y sociales, al pardo mas claro por grandes que sean sus talentos y sus

virtudes. Se le alcanza muy bien que tal como allí se introdujo la esclavitud aleja la ternura de la familia, endurece el corazón de los esclavos, quienes rehúsan adquirir afecciones que de un momento á otro les serán contrariadas, y no se pueden interesar de plano en la felicidad de su dueño, de la cual nada les cabe en suerte desde que pasan á ser propiedad de otro. Así y todo reconoce que el mejor amigo de un buen negro es generalmente su amo, no solo porque la religión y la opinión le obligan á no ser cruel ni déspota, sino porque el individual interés, el instintivo amor á la propiedad le aconsejan igual conducta. Reflexionando sobre que un negro bozal llegado de Africa al Brasil sin amo, sin protector natural alguno, sin poseer nada, sin nadie que se interesara en las quejas por sus padecimientos, hubiera perecido en el abandono, añade que aun hoy sucedería lo mismo á muchos de ellos, si de repente se les emancipara antes de irlos preparando para hacer que lleguen á disfrutar sus descendientes el bien compatible con el del Estado y el de la familia. Gran problema es sin duda el de la abolición de la esclavitud de los africanos que, según el progreso de las ideas, se debe resolver lo mas tarde en lo que resta de este siglo; especie de certámen á que son convocados por la civilización todos los países americanos, y en que es verosímil que el Brasil merezca la palma, si se ha de juzgar por el afán con que lo procura, y si se ha de dar vuelo á las esperanzas que engendra y robustece y multiplica el pensamiento de que la solidez de sus excelentes instituciones y la alteza de miras de su monarca y la buena voluntad de sus mas insignes patricios permiten ensanches para todo.

Al decir de algun primitivo donatario de una de las capitanías brasileñas, lejos de sacarse provecho, se originaba mucho perjuicio de que la metrópoli enviara á colonizar aquel territorio no pocos individuos degradados en pena de sus crímenes por las leyes. De la misma opinión es el señor Varnhagen, si bien concibe la imposibilidad de que se atajara el mal entendido celo del gobierno en fomentar la población de aquella colonia, aun á costa de enviar algunos degradados, cuando los portugueses, pervertidos moralmente por tantas fortunas, no eran lo que en el siglo antecedente; cuando habia desaparecido el espíritu caballeresco, y por tanto el desinterés, la buena fé y la ambición de gloria, nacida de la elevación de las ideas; cuando del afán de adquirir emanaba la sed de conquista; cuando persuadidos los magistrados de la insuficiencia de los esfuerzos y de los rigores de la legislación vigente para poner cotos al vicio, que estaba mas en la sociedad que en el hombre, veíanse á

menudo obligados á conmutar en pena de degradacion la de muerte. Aquí es donde se ve mas á las claras que el autor distinguido no rehuye cuestion alguna: con ser esta árdua y espinosa por extremo, pues se refiere á una sociedad civilizada, cuyo origen data de ayer y no admite fábulas que lo poeticen como el de aquellas que se pierden en la noche de los tiempos, la desentraña y fija de modo que destruye ó atenúa considerablemente la especie de baldon que ante el orgullo humano puede manchar á los descendientes de los que fueron criminales. Como hecho averiguado asienta el de que en las capitanías aristocráticas de Pernambuco, San Vicente, y despues en la bahía de Todos los Santos, de donde procedieron los pobladores de las del Rio Janeiro, del Marañon y de las Minas, blasonando las familias mas principales de su limpia alcurnia, esmeráronse de continuo en evitar alianzas con personas de antecedentes desconocidos. Y hace observar tambien oportunamente que por lo general no es aristocrática la cuna de ningun pueblo, y que de los estupros consumados por los bandidos que robaron á las Sabinas, trajeron su origen los nobles patricios de Roma.

Ni la pueril vanidad estimula al señor Varnhagen á trazar este rasgo, ni el nimio escrúpulo de no herir susceptibilidades, ni el fútil empeño de redondear un período; antes bien se deriva de muy otra causa, y por tanto, lejos de pecar de superficialidad mezquina, resplandece por la gran trascendencia, como se colige de estas muy discretas palabras con que realza otro pasaje.—«Por mucho que trascurren siglos, hasta los paises que se precian de mas republicanos estiman su aristocracia, esto es, la nobleza de la cuna; pues, andando el tiempo, la tradicion de las familias viene á constituir la historia patria. Una nacion acata en los hijos, y todavia mas en los nietos, el nombre y la sombra, digámoslo asi, de los que la dieron lustre y gloria, al modo que en sociedad veneramos sus restos mortales, y no menos la espada del héroe que murió por la independencia de la patria, y la pluma del escritor que la ilustró con las letras, y el anillo del prelado que fué modelo de sabiduría y virtudes; fuera de que la experiencia acredita que las aristocracias, sustentáculo de los tronos, son al par la mas segura barrera contra las invasiones y despotismo del poder y contra los desbordamientos intolerantes y tiránicos de las democracias.»—Véase aquí el secreto de parar el señor Varnhagen la consideracion en distinguir bien el origen de la alta clase brasileña, y en señalar su entronque legítimo con familias de antigua y clarísima estirpe, y en propender á que nada oscurezca su brillo, ni desvirtúe su ascendiente beneficioso; digna tarea á

que el sentimiento monárquico le excita, y que su amor á la libertad lleva á cabo.

Realmente lo que piensa en conjunto sobre el Brasil su historiador insigne, mas se vislumbra que se descubre, yendo solo por la mitad su importante obra; sin embargo, ya se puede puntualizar en mucha parte su pensamiento. Como la union simboliza la fuerza, le parece esencialísima la integridad del territorio, de manera que el Brasil forme perpétuamente una nacion sola; y es á sus ojos atencion primordial la de colonizarlo y acrecentar sus pobladores, para que la grandeza y prosperidad que le prometen sus condiciones privilegiadas no se malogren tristemente, y antes bien produzcan sezonados y ópimos frutos, yendo en auge y llegando á colmo. Allí deben ser atraídos, por tanto, en su concepto, los cultivadores é industriales con la evidencia de que ni para su admision ni para su establecimiento sea obstáculo ni embarazo el pais donde cada cual tuvo cuna ó la religion que profese. Todo hombre de bien, sumiso á la ley, debe ser tenido por buen ciudadano de aquel imperio.

Tanto domina al señor Varnhagen este espíritu de tolerancia la mas absoluta que, tal vez el hecho de verla completamente practicada por el principe Mauricio de Nassau á la cabeza de los de Holanda, es la raiz de cuanto propala en su elogio, sobre el cual se puede hacer algun reparo. Aunque el de Nassau descendiera de reyes, y se hallara dotado de insignes prendas, y las acreditára en la gobernacion de las colonias que pudo señorear con las armas, y supo impeler hácia el florecimiento de todo, siempre figura como el extranjero que se lanza á despojar á los súbditos de otro monarca de las posesiones que descubrieron afortunados, y exploraron activos, y ganaron con el poder de su brazo, y cultivaron con el sudor de su frente, representando la civilizacion y combatiendo á la barbarie. Bueno es que no ciegue al que escribe pasion alguna, ni aun la muy noble del patriotismo, y plausible es la imparcialidad que reconocè las virtudes del adversario hasta cuando se presenta como usurpador y verdugo de la independencia de un pueblo; mas á nuestro ver los encomios han de tener tasa y medida en circunstancias tales, para que la admiracion no tome visos de entusiasmo; y por mas que atenerse á la verdad pura y estricta sea deber de historiadores, nada les sujeta á manifestar como fruicion expansiva en conocerla y revelarla, si por su índole es lo regular que les indigne, ó les ofenda, ó les amargue; pues á todo esto mueve el espectáculo de la nacionalidad propia amenazada y en sendero de ruina.

Se comprende muy bien que á propósito de la cuestión que nos ocupa escriba el eminente historiador brasileño:—«Lo que el día de hoy pasa en la nación mas próspera de este continente, que tal vez debe el prodigioso crecimiento de su población á una idéntica tolerancia, nos hace concebir cuánta sería la prosperidad del país nuestro si hubiéramos aprendido de las lecciones de nuestros dominadores y de los norte-americanos á ser generosos y tolerantes, á ser políticos en suma.»—Por el contrario nos disuena bastante lo que le ocurre sobre la ciudad fundada por el príncipe de Nassau en la isla de San Antonio y denominada entonces Mauricia.—«Si hoy no es posible que se la restituya este nombre, justo fuera á lo menos que la gratitud pernambucana inaugurara junto al palacio del gobierno ó sobre uno de los puentes de la ciudad del Arrecife alguna memoria al caudillo extraño, á quien el engrandecimiento y ornamentación de su capital debió tan solícito esmero.»—Mayor servicio prestó Napoleon á los españoles aboliendo la Inquisición antes de penetrar en la capital de su monarquía: no menos ilustrado y benéfico se mostró despues José Bonaparte en España que el príncipe de Nassau en la colonia brasileña; sin embargo, épocas tales que imponen á los pueblos la gloriosísima obligación de vencer ó morir por su independencia, nos parecen mejor recordadas con pirámides funerarias cual *la del Dos de Mayo*, y con cuadros tristes como *el del Hambre*. Y no es odio á los naturales de otras naciones, sino á su yugo, lo que revela esta conducta. No los que hostilizan á una nación, sino los que la defienden, aun no contándose entre el número de sus hijos, son los merecedores de alta y perpétua fama. Así, por ejemplo, el italiano conde de Bagnuolo, que á la cabeza de los brasileños se opuso con tesón grande y suma gloria al príncipe de Nassau y á los holandeses, es muy digno de reconocimiento que nunca acabe, sin que obste la ojeriza con que, solo por ser extranjero, le miraron, segun el mismo señor Varnhagen asegura, los brasileños y los portugueses y los castellanos; es muy digno, como el historiador distinguido anhela, de que la ciudad de Bahía, liberada por sus esfuerzos de rendirse á los invasores, le dedique algun monumento cuando se introduzca allí la costumbre laudable de eternizar los hechos heroicos con el auxilio de la escultura. Bien es que los que sirven á un Estado, como al Brasil el conde de Bagnuolo, no pueden ser considerados como extranjeros; pues con el bautismo de sangre se adquiere la mejor carta de naturaleza, el mas legítimo título de ciudadanía.

Quizá nos mostramos rigurosos de sobra; quizá insistimos algo mas

de lo regular sobre esta materia; quizá abultamos el que nos parece defecto de un libro precioso, donde la dignidad nacional y el patriotismo están siempre en juego; quizá nuestras reflexiones envuelvan estrechez de miras, ya entrado en la segunda mitad el presente siglo; pero sirvanos de disculpa el pertenecer á un país en que los caminantes contemplan con solemne recogimiento las ruinas de Sagunto, y que fué el último en someterse á los romanos, y que día tras día lidió ocho siglos por expulsar á los sarracenos, y que antes que otro alguno humilló al César de la edad moderna, enseñando á los demas á hacerle cara para domar su orgullo hasta encadenarle sobre una aisladísima roca; y todo por aversión ingénita á la extraña coyunda.

Ya tocamos al fin de nuestra agradable tarea. Consignando el señor Varnhagen que el estado del Brasil antes de su descubrimiento por los portugueses era de barbarie y atraso, y que la infancia moral de la humanidad, como la física del individuo, va siempre acompañada de pequeñez y de miseria; haciendo por consiguiente que date su historia desde que se introdujeron allí el cristianismo y la cultura; abogando porque la esclavitud se extinga del todo y desaparezca la raza africana; alentando á la colonización de continuo y al avasallamiento de los indios salvajes, empresa que no por lo dificultosa debe de producir desmayo, pues ciudades florecientes hay en Europa que fueron manida de fieras; reflexionando sobre que la poesía y el arte realzan hasta los asuntos mas sagrados, á propósito de la conveniencia de que las provincias y aun las ciudades posean blasones ó escudos de armas alusivos á su pasado; no queriendo que este se remonte mas allá de la colonización europea; pronunciándose abiertamente contra el patriotismo descarriado y no de buena ley por cierto, y allí dichosamente muy de caída, que propende á considerar á los indios como legítimos señores del territorio; subordinando como es justo á la civilización vivificante otras consideraciones de menos tamaño; dotando, finalmente, al Brasil con una *Historia general* que no poseía hasta el presente, y sin la cual no hacen ya honroso papel las naciones, ha ganado el autor ilustre un timbre señaladísimo y muy capaz de satisfacer la noble ambición de aquellos preclaros varones que se desvelan por superar á sus conciudadanos en ser útiles á su patria y merecer sus bendiciones.

Con la importancia de esta obra, apoyada en tan numerosos y auténticos datos, y escrita con superior inteligencia, adquiere un nuevo título á la estimación grande que ha debido siempre al Instituto histórico brasileño, corporación que, por sus provechosos y esmerados trabajos, ocupa

ya lugar preeminente en la república de las letras, y única de su clase, de que sea director un monarca, no por vano título de lisonja, sino porque preside efectivamente sus sesiones, entrando en esto por lo menos la dignidad augusta, y por lo mas el amor personal á la sabiduría y la complacencia en frecuentar el trato de los que mas la rinden culto.

Tras de las fatigas intelectuales vienen los plácemes que indemnizan de todas. Escaso valer tiene el nuestro; inmensísimo el del Nestor de los hombres doctos de Europa, y sin duda el de autoridad mas irrefragable respecto de las cosas americanas. Alejandro Humboldt, con el vigor mental que á los 86 años poseen muy pocos, leyendo esa historia, «que sobre tener fundamento en las graves y laboriosas investigaciones practicadas dentro de los archivos, ofrece la rara ventaja de estar inspirada por la impresion individual de la fisonomía del pais, comprende la grandeza de los destinos que se deben abrir ante aquel vasto imperio bajo la influencia de sus sabias y libres instituciones » Este venerable acento de aplauso vale por muchos; y el anhelo de tan grande hombre por conocer toda la obra, debe de ser un nuevo estímulo para que su autor distinguido la acabe de dar á la imprenta, y nos proporcione la satisfaccion de ilustrarnos con su enseñanza, y de volver á emplear la pluma en su elogio.

ANTONIO FERRER DEL RIO.

LA REVOLUCION HISPANO-AMERICANA.

(APUNTES PARA LA MEJOR INTELIGENCIA DE LA HISTORIA DEL SEÑOR
DON MARIANO TORRENTE.)

Muchas preocupaciones existen todavía entre España y sus antiguas colonias, preocupaciones deplorables arraigadas hondamente en el pueblo ibero y el pueblo sud-americano, y que han sido y son el principal origen del desvío, por no decir encubierta malquerencia con que aun se miran.

Hay un libro que las reasume y epiloga en tres gruesos volúmenes; un libro que alcanza grande aceptación entre la generalidad, que ha merecido últimamente los honores de una nueva edición, y que ha servido, sirve y servirá de texto á todos los que, desde el conde de Toreno hasta los mas recientes defensores del sistema colonial, solo han visto en nuestra revolucion un incalificable motin, un hecho brutal, *consumado* merced á las circunstancias escepcionales en que se encontraba la metrópoli, y debido únicamente á la ingratitud y á la bastardía de los que le promovieron. Es inútil añadir que nos referimos á la Historia de la revolucion hispano-americana del señor don Mariano Torrente.

La influencia que esta obra ha ejercido en la esfera de las ideas, principalmente en España, es inmensa. Consideramos como un deber

de patriotismo, respecto de la América del Sud y como un homenaje á la verdad, como un tributo de aprecio hácia España, rectificar la opinion pública estraviada en uno y otro hemisferio. Quisiéramos, acallado el tumulto de la pelea, despertar en entrambos pueblos ideas mas altas, sentimientos mas fraternales de los que dejó en pos de sí la sangrienta y encarnizada lucha de quince años. No puede haber verdadera estimacion ni verdadera concordia entre los que se menosprecian reciprocamente y en vez de reconocer con generosa hidalguía sus mútuos errores y desaciertos, creen rehabilitarse y enconan mas y mas la llaga de su antiguo resentimiento, lanzándose á cada paso acusaciones, en las que va envuelta la propia condenacion de quien las hace: los españoles, humillados con la pérdida del Nuevo Mundo, recordando involuntariamente que fuimos sus colonos; y los americanos, infatuados con la victoria, exajerando nuestras proezas y olvidándonos que á la sombra del pabellon de Castilla:

Tendió sus áureas alas la civilizacion,
y por trescientos años la tierra americana
creció y durmió al abrigo del gótico leon.

En varios estudios anteriores publicados en las columnas de esta REVISTA, hemos manifestado imparcial é históricamente las causas que venian preparando desde mucho tiempo atrás, y dejando traslucir en la índole característica de ciertos acontecimientos, la próxima emancipacion del continente americano, apenas una circunstancia favorable diese impulso al irresistible anhelo que le arrojaba en brazos de la revolucion. Allí, sin negar los incuestionables derechos del monarca español, creemos haber demostrado lo que era mas conveniente á unos y á otros. El historiador pues, que pretendiera escribir la historia de la revolucion hispano-americana, debió hacerse cargo de estos y otros antecedentes, estudiando por sí mismo el pasado de esos pueblos y no superficialmente y sobre la fé de otros, despojándose por un momento de todas las preocupaciones de un nacionalismo mal entendido. Estaba en el deber de hacerlo aun cuando nos considerase como súbditos rebeldes; mucho mas, cuando el triunfo decisivo y completo sobre la madre patria habia sancionado un hecho innegable, la independendencia de las Américas; y que los veccedores podian replicarle con Chateaubriand: «poco importa el modo como llega la libertad á los hombres, con tal que llegue; todas

las interpretaciones posibles no destruyen el hecho que revela una importante revolucion en el estado social.»

Publicando su obra en 1830, es decir, seis años despues que concluyó la guerra de la independencia, pues á pesar del empeño de querer continuar su historia hasta 1828, no nos negará que la defensa de un fuerte, y algunas partidas que no llegaban á 300 hombres, en un rincon de América, insignificantes, ni siquiera dueñas del terreno que pisaban, olvidadas hasta por aquellos cuyos derechos pretendian defender, teniendo al fin que deponer las armas, no pueden considerarse mas que como un puñado de valientes, fieles á sus principios y á su soberano, pero de ninguna manera como continuadores de la sangrienta lucha que terminó el 24 de diciembre de 1824; cosa tan clara y sabida que él mismo, hablando de la batalla de Boyacá, dice: «que fué el paso para destruir en Ayacucho á los fieros leones de Castilla.» (*Historia de la revolucion hispano-americana*, T. III., pág. 344). Ahora bien: publicando su libro despues de seis años, bien pudo considerar la cuestion bajo este punto de vista: y si todavía queria considerarnos como rebeldes, no olvidar dos cosas: primera, que llenar de insultos al vencedor, que es el pueblo americano, arrojando al rostro de sus mas altos representantes toda la hiel y el lodo de las miserias de la época, es hacer el papel de esos mercenarios insultadores públicos que los romanos segun la bella frase de Nodier, colocaban en la senda por donde debian pasar los generales victoriosos, sin que por eso les impidiesen elevarse, al estruendo de los aplausos y coronados de laureles, hasta la cima del Capitolio; y segunda, que la emancipacion de un pueblo ganada con la punta de sus bayonetas y reconocida por las primeras potencias del mundo, constituye un nuevo derecho, que solo espera el curso de los años para cimentarse, ó un arreglo pacífico que haga caducar el antiguo.

Lejos de comprenderlo asi el señor Torrente, en su escesiva intolancia, suele olvidarse de que cuando un escritor de su indisputable valer se dirige al público, y á un público ilustrado, al emitir sus opiniones, guarda aquel decoro y moderacion propios del que cree tener razon y sabe que su modo de pensar no es infalible, ni le autoriza para quererle imponer *velis nolis* á todo el que lee su obra. Pondremos algunos ejemplos para que se vea que él no pertenece á este número.

«Los entendimientos formados con las teorías de una vana é insustancial filosofia (es decir, los que no participan en Europa y en América de sus ideas) son unos insensatos que dejándose arrastrar por la corriente de sus vicios, han tratado de separarse de la senda trazada por el ho-

nor, por la conveniencia, por la justicia, por la sabiduría y por la larga experiencia.» (T. III, pág. 287).

De modo que para ser honrado, justo, sabio y experimentado, es forzoso, indispensable, pertenecer al gremio absolutista!

«¡Cuántos ejemplos nos ofrecen los anales del siglo presente de la vanidad de esas sublimes teorías y de los fatales resultados de su aplicación!» (T. II, pág. 527).

Y en fin, hablando del gobierno constitucional que llaman poéticamente la caja de Pandora (T. III, pág. 130) nos afirma paladinamente, «que era imposible conservar ligadas á la madre patria dichas posesiones ultramarinas bajo aquella clase de gobierno.» (T. III, pág. 447).

Como una consecuencia necesaria de este primero y capital defecto, la pasión y parcialidad con que escribe le ponen una venda sobre los ojos.

Al tener que explicar el alzamiento en masa de unos pueblos tras otros, nos descubre un hecho nuevo, inaudito y sin ejemplo en la historia, á saber:

En una parte, *un puñado de bandidos, sin plan, sin concierto, sin apoyo en la opinion, sin mas elementos que los del despecho y la desesperacion* (T. II, pág. 110) son los únicos que se levantan y derriban el solio español: en otra *solo han aparecido á la palestra como verdaderos enemigos, los ayuntamientos, algunos individuos del clero, la clase de los letrados y los jóvenes discolos y viciosos* (T. II, pág. 70): en otras *la causa de la independencia no tenia mas apoyo que el terco y desesperado valor de los cabecillas mas comprometidos, quienes hallaban siempre algunos secuaces entre la pillería y hiez de las poblaciones, atraídos por el cebo del saqueo.* (T. II, pág. 204).

¡Cómo! ¿esos han sido los hombres que han derribado al temible leon castellano? ¿Esos los que han vencido á generales y soldados tan espertos, virtuosos, valientes y subordinados como los que nos pinta? ¿Unos hombres *cuya divisa era el desorden, el robo y la cobardía?* (T. II, pág. 409) ¡Por Dios, señor Torrente! yo no soy español y me indigno de una calumnia tan atroz.

De modo que casi toda la América, escepto esa chusma, estaba por el rey, y la mayoría no queria ser libre; cosa que aunque fuese cierta no debia maravillarle: la historia nos ofrece ejemplos todavía mas sorprendentes de esas anomalías. En 1305 Luis X el Pendenciero espidió unas cédulas concediendo la libertad de redimirse á los siervos que habia en sus estados, y fueron tan pocos los que se aprovecharon de esta

gracia, que el monarca se vió precisado á espedir otras cédulas, imponiéndoles multas considerables para obligarles á salir de su abyeccion.

Por consiguiente nada se prueba con decir que los pueblos no querian que se variase el antiguo régimen; y entre otras muchas razones que pueden aducirse para justificar su natural apatía, ¿por qué no ha tenido en cuenta el señor Torrente las que espone Humboldt (*Voyage aux reg. equinox.* T. IV, pág. 167) al explicar cómo y por qué un número tan reducido de españoles los mantenía en su dependencia? Los pueblos son como los niños; incapaces de reflexion, obedecen ciegamente al impulso que se les da; pero desde que conocen un camino mejor, mas por instinto que por cálculo, se lanzan en él con fé viva, y abandonan el antiguo. A menos de estar muy preocupado, á menos de ser muy parcial, es imposible no confesar que nunca llegó el caso entre nosotros de desconocer el pueblo sus verdaderos intereses. Desde el principio se agolpó bajo la bandera de la independencia. La recta razon así lo demuestra, y el mismo Torrente al fin se vió obligado á confesarlo. Sí, confiesa, calificándola de *necio alucinamiento*, y desfigurándola con subterfugios que en nada desvirtuan el hecho *«la decision que se notaba en los pueblos á favor de los insurgentes.»* (T. III, pág. 304, nota).

La contradiccion no puede ser mas clara; resalta de un modo mas notable cuando los hechos le ponen un dogal que le obliga á revelar lo que no quiere, como el tormento á los reos convictos pero no confesos.

Entre estos americanos tan fieles y adictos á la causa del soberano, *«era tan grande la propension á desertarse, que lo verificaban cuantos individuos podian separarse de sus columnas; cuyo mal no podia corregirse de otro modo que llevándolos encerrados en cuadros formados por los europeos, especialmente de noche.»* (T. III, pág. 489).

Un error trae otro error, *abyssus abyssum invocat*, dice David en sus salmos inmortales; así cuando el autor de la Revolucion hispano-americana trata de explicar los descalabros y desaciertos de los que han dirigido la guerra, se detiene en la superficie de las cosas, y á falta de sólidos argumentos descende á las trivialidades mas vulgares. Sin negar la parte de verdad que encierran sus observaciones á este respecto, vemos que frecuentemente tiene que acudir á resortes gastados y no muy honrosos para los que pretende defender; resortes que producen en el ánimo del lector que conoce los sucesos el mismo efecto que el *Deus machina* de los clásicos: el fantasma, la maldiccion, la fatalidad, el Dios adverso, etc.; invenciones pálidas y descoloridas con que en vano trataban de suplir la verdad y la belleza de la inspiracion. Así Torrente

unas veces son los celos de unos gefes con otros y la insubordinacion (T. II, pág. 152), otras el no convenirse todos en una misma opinion (T. II, pág. 426), ora su mala direccion (T. III, pág. 243), ya su imprevision y falta de cautela (T. III, pág. 275), tan pronto la misma confianza de los españoles (T. III, pág. 337), como su falta de pulso y firmeza (T. III, pág. 354), ó bien la revolucion constitucional en la Peninsula (T. III, pág. 29), y la proclamacion de la Constitucion (T. III, pág. 105); en suma, cuando ya no tiene con quien abrazarse, echa la culpa á los elementos y al clima (T. III, pág. 168), ó á la fortuna, ser veleidoso que acreditaba en tales ocasiones su vulgar calificacion. (T. III, página 243).

La solidaridad de ideas que presidió á la revolucion, la fé, la decision, la innegable capacidad de los gefes y el entusiasmo de los soldados, los sacrificios y prodigiosos esfuerzos de los patriotas, hasta en los momentos en que parecia que su causa iba á espirar, no resaltan á sus ojos ni los comprende, ó mejor dicho no quiere comprenderlos, ni aun cuando escribe:

«Que el ardor de los revolucionarios no cedia por mas golpes que recibiesen de las tropas realistas; jamás se ha visto mayor teson y constancia, ni mas desesperados esfuerzos.» (T. I, pág. 424).

«No se oia por todas partes mas que defeccion de unos, rendicion de otros, y levantamiento general de pueblos y provincias.» (T. III, página 282).

«Parece increíble que un fuego tantas veces apagado hubiera de renacer de sus propias cenizas.» (T. III, pág. 542).

Compara á los revolucionarios de América con los constitucionales de la Peninsula, cuya honra escarnece sin misericordia. No titubea en afirmar «que se abrieron empréstitos sobre empréstitos que henchian los bolsillos de algunos mandatarios, en vez de ser invertidos en satisfacer las cargas de Estado.» (T. I, pág. 103, Introd.); pues al nivel de esos supuestos defraudadores de la fortuna pública pone á los americanos, lo que no obsta para que arrastrado por la fuerza irresistible de la verdad, sin acordarse de lo que antes ha escrito, confiese mas tarde que algunos de ellos, sin un real y en medio de los infinitos tropiezos que les rodeaban, reunieron y equiparon en pocos dias un ejército de cuatro mil quinientos soldados, número extraordinario si se tiene en cuenta los recursos y circunstancias en que entonces se encontraba Chile.

«Empero por mas golpes que se diese á la faccion desorganizadora, y aunque por algun tiempo pareciese hallarse el pais enteramente libre

de enemigos, volvian luego á la palestra nuevos campeones que tenian la osadía de presentarse (y penetrar, podia añadir) hasta las mismas puertas de los pueblos ocupados por las tropas del rey.» (T. II, pág. 409).

Hasta que no le queda mas remedio que confesar que: «á fuerza de su indomable valor y constancia llegaron á hacerse superiores á la desgracia y á dominar á la misma fortuna.» (T. III, pág. 609).

Estas pocas citas del señor Torrente, nos dan á conocer, mal que le pese, que es necesario, indispensable para el triunfo de una causa, que la mayor parte de sus individuos profese ciertas ideas y sentimientos comunes á todos, y tenga un símbolo, una bandera que concrete, digámoslo así, los esfuerzos, las esperanzas y la voluntad general.

Deducimos tambien que en un pueblo que se levanta por una justa causa, el entusiasmo vence al arte, la constancia al número. Vemos con placer que el pendón de los emancipadores definitivamente debe triunfar, porque hay en él un germen de vida que tiene su raiz en el pueblo mismo, y el caudal de ideas, de hombres y de dinero de éste último es inagotable, al paso que el de sus adversarios, aunque extendido en un inmenso círculo, se circunscribe y estrecha á medida que sufre el contacto de las ideas liberales. Vemos que los campos de batalla sirven de tumba únicamente á los que las combaten, mientras nuevas generaciones se levantan que vienen á engrosar las falanges libertadoras. Y no podemos menos de reconocer que no lo hacen por ningun móvil mezquino, sino por una ley de la humanidad que las arrastra involuntariamente á alistarse bajo la bandera que halagando sus nobles instintos, simboliza la perfectibilidad y el progreso, blanco intangible que huye á medida que nos acercarnos á él, pero al cual se dirigen constantemente los esfuerzos del hombre civilizado.

Estas reflexiones nos obligan á considerar la revolucion hispano-americana, no como un suceso aislado ó la rebelion de una provincia española, sino como un hecho de alta trascendencia, en cuya solucion estaba y está comprometido el porvenir de todo un mundo.

Asi nos esplicamos cómo ella es mas fuerte que sus autores y sigue su marcha aunque estos desaparezcan; como la bala, que una vez lanzada, no se detiene hasta que cae despues de haber recorrido todo el espacio que estaba á su alcance ó estreillándose contra un cuerpo que la rechaza ó sucumbe á su embate.

Desde que se inicia la lucha, ella aparece en la cúspide de los Andes oculta entre una nube de fuego; desciende al llano cubierta de heridas, envuelta en su manto desgarrado y teñido de sangre, caminando

sobre escombros y cadáveres, sofocando sus gemidos, y sin volver atrás los ojos por no retroceder.

Pero cuando se disipa el humo del combate, aparece de nuevo sentada en la cima del Gorden kanki, orlada su frente de una diadema, donde el cañon de Ayacucho ha escrito el nombre de diez naciones.

Es glorioso y consolador por la humanidad reconocer que en todas partes donde una idea grande y de interés general ha absorbido á la multitud, han prevalecido al fin los principios, y el triunfo de los opresores ha sido momentáneo, ó para cimentarlo han tenido que recurrir en vano á inícuas medidas que el raciocinio y la religion condenan. La España en la guerra de su independencia, cuna de la libertad europea; la Francia de 1830; la Grecia que ha perdido la mitad de su poblacion; la Turquía de 1854; Polonia, ese glorioso pais, baluarte de la civilización, que algun dia contuvo con su espada la barbarie que se desplomaba sobre la Europa; la patria del Dante y Miguel Angel.

. encore tante fumante
Desfeux qu'a rallumé sa liberté mourante. (Corneille.)

¿no han demostrado hasta la evidencia que las revoluciones no se encarnan en los individuos, sino que se infunden en la vida inmortal de las naciones, y que es inútil pretender ahogarlas, porque al sonar la hora marcada en el reloj del destino, si un pueblo conserva el sentimiento de su nacionalidad, el recuerdo de lo que ha sido, vencido una y mil veces volverá á la palestra y de su mismo seno surgirán nuevos apóstoles, nuevos mártires que harán pedazos el coloso que les oprime, ó sellarán con su sangre el juramento de sus padres?

Este punto es capital en la cuestión de que nos ocupamos, y él nos sirve de preámbulo para examinar el modo que tiene el señor Torrente de juzgar á los prohombres de la revolucion.

Desde las primas páginas de su obra se ensaña contra el doctor Moreno, con tanto encarnizamiento y poco tino que se echa de ver al instante el odio que le profesa. Parece que se ha propuesto agotar el diccionario de la impolítica y de la maledicencia, *sanguinario, feroz, atroz, corrompido, inmoral, ambicioso, revolucionario*, son las frases que hace preceder á su nombre, como si fueran un titulo nobiliario todas las veces que tiene que hablar de él.

Creerá injusto el señor Torrente le hagamos observar, que cuando

se hacen acusaciones tan graves debe el escritor, so pena de pasar por libelista, indicar las fuentes, dar á conocer, poner á la vista del público, si es posible, los documentos auténticos ó de un carácter oficial, los hechos notorios y conocidos, siquiera de algunas personas cuyo testimonio pueda invocarse, porque no todos están obligados á creerle bajo su palabra, y mucho menos á ver con indiferencia que se calumnie á un hombre, cuya memoria respetan y bendicen hoy todos los hombres de alguna inteligencia en las dos Américas.

Puede alguno haber abusado de la buena fé del señor Torrente, pero de todos modos, él, que ha estudiado la historia americana, él, que ha tenido la mayor parte, por no decir todas las publicaciones hechas en las varias secciones de América, en el período de su revolucion, y muy especialmente las gacetas de Buenos-Aires, debia saber que el doctor Moreno no era capaz de escribir ese *informe secreto que la casualidad ha puesto en sus manos* (Introd., pág. 94.) *que no era hombre capaz de cortar cabezas, verter sangre, sacrificar á toda casta, declarar enemigo de la patria á todo el que no pensara como él, decapitar á cuantos realistas cayesen en poder de los patriotas; en fin, aconsejar la hipocresía, el secuestro, la expoliacion y el robo.* Acaso alguna vez, arrebatado por la fogosidad de su genio y el vértigo revolucionario, se espresó con vehemente, avasalladora energía, y propuso medidas no muy templadas, pero que creia indispensables para el triunfo de la causa que sostenia. Mas nunca descendió á esas villanías. Si ha habido algun hombre ilustrado, verdadero patriota y que se ha lanzado en la revolucion con la mas buena fé del mundo, ha sido él. Los que han leído el discurso preliminar que encabeza su traduccion del *Contrato social* de Rousseau, asi como la noticia biográfica de su vida al frente de sus obras, publicadas en Lóndres por su hermano don Manuel, ex-plenipotenciario de la Confederacion argentina en aquella capital; los que saben que salió de Buenos-Aires con destino á Inglaterra por no sacrificar sus convicciones, y que murió envenenado (segun se dice) y fué arrojado al Océano..... tal vez porque solo en su inmensidad podia encontrar digna tumba aquella noble cabeza donde la mano de Dios habia impreso el sello del genio, esos harán justicia al elocuente tribuno, al esforzado patriota, al eminente republicano y glorioso mártir de la democracia.

No sabemos en que playa solitaria descansan sus huesos, que roca desierta les sirve de urna funeraria en la inmensidad de los mares; pero era deber nuestro apartar de su preclaro nombre la lava de injurias que el señor Torrente ha vomitado sobre su ignoto sepulcro, y que en vez

de petrificarse, se convertirá con el tiempo en inmarcesible guirnalda de laurel y siemprevivas.

Dejemos á Moreno y veamos como considera las hazañas y hechos que honran á sus autores por mas que al referirlos trate de desfigurarlos segun su costumbre.

Artigas, el terror y azote de los españoles, el primer caudillo del Rio de la Plata, el hombre que con 500 gauchos se batia contra 2,000 veteranos, el montonero á quien España antes de la revolucion, no pudiendo contener, recelosa de su prestigio le colmaba de honores y distinciones y nombraba comandante de campaña para que la mantuviese bajo su obediencia: Artigas, acuchillando briosamente á los realistas en las *Piedras*, lanceándolos hasta debajo de los cañones de las murallas de Montevideo, «no es mas que un bullicioso que se habria cubierto de gloria, si la causa que sostenia no llevára el sello de la reprobacion.» (Tomo I, pág. 166).

Si un ciudadano á quien antes llama prudente y sagaz (T. II, página 5) prefiere á las dulzuras y comodidades del hogar doméstico, á la pompa y brillo del mando supremo para el cual habia sido electo, batirse contra uno de los mejores ejércitos y generales realistas, y la suerte de las armas le es contraria, «es un altanero que huye precipitadamente sin saber en donde ocultar su vergüenza y deshonor.» (T. II, pág. 145). ¡El vencedor del Cerrito deshonorado por una sorpresa! ¡El hombre que ha capitaneado algunos ejércitos, regido los destinos de dos repúblicas, y que ha muerto en Montevideo en 1844 sin dejar un peso para sus funerales!

Bolívar y Páez atacando por tres veces á los cuadros de infanteria veterana de Latorre, con masas inorganizadas de caballeria, y por tres veces rechazados, ordenando que la caballeria echase pie á tierra y los cargase con sus lanzas, lo que se efectuó... 4,600 cadáveres tendidos en el campo de batalla, de un ejército que apenas llegaba á 4,000... nada le inspiran, nada ve en ellos, sino «víctimas sacrificadas á la terquedad y estúpida arrogancia de estos gefes.» (T. II, pág. 453).

Cuando tiene que hablar de nuestros aliados los condena sin apelacion; todos son aventureros; y gracias si alguna vez la fuerza de los sucesos, no su voluntad, le obligan á conceder cualidades de guerrero á alguno. Lord Cochrane, Miller, English y sus soldados, peleando por los patriotas, «no son mas que una porcion de corrompidos extranjeros,» (T. II, pág. 527) pero Boves, extranjero tan célebre por su valor como por sus atrocidades, peleando por la monarquía, es un hombre insigne,

un guerrero esforzado, un héroe á pesar que «*daba facultad á sus tropas para degollar á todo traidor ó enemigo del rey.*» (T. II, pág. 84).

No es extraño que se espresase de este modo un escritor que olvida su ministerio hasta el extremo de afirmar que, en toda la revolucion, *no hay tal vez mas que un solo revolucionario* cuya historia merezca ser trazada con benignas tintas por una pluma española. El señor Bravo: y esto, porque al recibir la noticia del fusilamiento de su anciano padre por los españoles, generosa y dignamente ponía en libertad á los oficiales realistas que tenia en su poder. Y todavía el señor Torrente pide disculpa por esta digresion *en obsequio á la imparcialidad que es su divisa.* (T. II, pág. 403).

Este empeño de rebajarlo todo, de no hacer caso de las cualidades que recomiendan á sus adversarios, le ciega hasta el punto de dar esplicaciones tan absurdas de su conducta, que es preciso estar muy preocupado ó ser muy torpe para no comprender su falsedad.

El despecho y la desesperacion á que tan frecuentemente apela, atribuyéndoles la tenaz resistencia de los revolucionarios y la facilidad con que reponian las pérdidas que sufrían, ni dan una esplicacion satisfactoria de ese fenómeno, ni pueden soportar dos minutos de análisis y critica. Cualquiera conocerá, por ejemplo, que no era, «*aguijoneados por el despecho y la desesperacion, despues de la completa sorpresa y destruccion de todo un ejército, que concurrían de todas partes los fanatizados patriotas, á reemplazar las inmensas bajas sufridas en Cancha-rayada.*» (T. II, pág. 427).

El despecho y la desesperacion no podían traer bajo las banderas de los patriotas á unos hombres que acababan de ser derrotados y que no tenían mas que presentarse á los realistas para ser recibidos con los brazos abiertos. Esos dos sentimientos no pueden tener jamás, pasados los momentos del peligro, cabida en el pecho del simple soldado, libre de compromisos, exento de ambicion en general, y deseoso de volver á sus hogares cuando pelea en tierra extraña; y ¿qué mejor oportunidad para hacerlo impunemente que despues de un contraste tan completo como el que refiere?

Hé aquí, sin embargo, como se espresa sobre ese suceso y sus consecuencias otro escritor un poco mas imparcial que el señor Torrente. «*El general Osorio batió el 18 de marzo de 1818 al ejército enemigo en Cancha-rayada, pero rehecho éste á las inmediaciones de la capital, derrotó quince dias despues al ejército realista en la batalla de Maipú.*» (Personajes célebres en el siglo XIX, Biog. de Pezuela, T. III).

Causa estrañeza por cierto el ver al señor Torrente tan acérrimo enemigo de la forma republicana, ridicularizar al vencedor de Maipú, porque creía como Bolívar, Sucre, García del Río y otros muy ilustres americanos, que el gobierno monárquico, si mas difícil de plantearse, una vez cimentado, era mas estable y conveniente. Pero como San Martín quería la monarquía representativa y no la absoluta, cosa que calla el historiador, no desperdicia una sola oportunidad de hacer resaltar la ambición, la perfidia, los artificiosos manejos, etc., etc., de un hombre que cuando sus adversarios le atacan por la prensa, le calumnian, ultrajan y deponen á su ministro y amigo el señor Monteagudo, viene á Lima, no á vengarse, no á imponer la ley á un puñado de revoltosos, con el brillante, bien disciplinado y adicto ejército que tenia bajo sus órdenes, sino para reasumir el mando supremo, convocar el Congreso, y dos dias despues, el 22 de setiembre de 1822, resignarle ante él y renunciar solemnemente á su autoridad.

El Congreso le da la mas espresivas gracias y le nombra generalísimo del ejército, pero ese ambicioso... leal y sincero patriota, se hace sordo á sus ruegos, no admite el mando, y se embarca esa noche para el Callao.

Hablamos de San Martín, y se nos oprime el corazón, como si una mano de hierro nos lo quebrantase: si estas líneas llegan por casualidad á manos de la familia de ese ilustre prócer de la independencia que renunció á su país nativo y ha muerto en Europa por no enlodarse en el fango de la guerra civil, admita con ellas, por medio de nosotros, el homenaje de aprecio y veneración con que invocan hoy su nombre las primeras inteligencias y toda la juventud ilustrada de las dos riberas del Plata, Perú, Bolivia y Chile.

Aun resalta mas la injusticia del señor Torrente cuando trata de examinar alguna de las medidas de los patriotas cuya benéfica influencia y espíritu humanitario es imposible desconocer. Así, dar libertad á los que nazcan de padres esclavos, para preparar de ese modo la emancipación gradual de las gentes de color sin exponerse á los gravísimos inconvenientes que una medida semejante trae consigo; hacer que naciesen libres unos hombres que no podían ser útiles al país lo menos en diez y seis años, es á sus ojos una afectada humanidad, un odioso recurso del ingenio para arraigar en la capital los principios democráticos (T. I, pág. 344); y nada dice sobre la ley del 4 de febrero de 1813 en la que, con perjuicio de las rentas nacionales, se declaran libres á todos los esclavos que de países extranjeros se introdujesen de cualquier mo-

do, desde dicho día; por el solo hecho de pisar el territorio de las Provincias unidas (1).

Se ve que los hechos desmienten á cada paso sus asersiones: sin embargo parece que eso no es bastante; hay ocasiones en que por dejar en buen lugar á los que defiende se olvida de lo que ha escrito hace pocos instantes. Vaya un ejemplo.

Obligado, bien á su pesar, á narrar la completa derrota de Latorre en las llanuras de Carabobo, en esa batalla que aseguró la independencia de Venezuela, el despreciable, el terco, el irreflexivo Bolivar se convierte en un enemigo *formidable y de gran prestigio*. (T. III, página 239).

Hemos indicado las principales causas á que atribuye la pérdida de las colonias, é insistiendo en la posibilidad de reconquistarlas (T. III, pág. 608); no ve que «en tan inmensos paises, totalmente desprovistos de recursos y obstruidos por ásperas montañas, caudalosos rios, interminables llanos é insuperables atolladeros,» (T. II, pág. 484) se necesita algo mas que la táctica europea y el valor personal para sujetarlos. No ve que la misma naturaleza los defiende y los condena á formar naciones distintas. Y aplicando estos principios á lo que anteriormente hemos dicho sobre su parcialidad, no ve que si los realistas sufren horriblemente, los americanos invasores se hallan en el mismo caso, y que aun los acostumbrados al clima no son de bronce. No ve que si son dignos de elogios Morillo, Canterat, Carratalá y demás generales que han hecho estas ásperas campañas, no lo es menos Bolivar llevando sus soldados desde las áridas y ardientes playas de Cartagena hasta los confines de la Guayana desierta, pedregosa y devastada por los rayos abrasadores de el sol de los trópicos; de la Guayana á la Nueva Granada, por la inmensa y terrible cordillera que la separa; de Bogotá hasta los límites de Venezuela, sobre las riberas del Orinoco; desde este rio hasta el Apurima, mas allá de la capital del Perú: así como el ejército de San Martin en su segunda expedicion sobre Chile, en 1817, atravesando la cordillera cerrada en muchos parages por el hielo, arrostrando en medio de aquellos páramos la sed y el hambre por algunos dias y llevando á brazo su artillería. ¡Heróica empresa que fué coronada con la libertad de aquel pais!

Tan apasionado como inconsecuente, lleno de ira levanta un nivel de

(1) Sobre la utilidad de la supresion del tributo, escusamos hablar: en cuanto á lo de la *mita*, le enviamos al cap. V del lib. II, pág. 339, del Ensayo sobre la Nueva España, de Humboldt.

plomo para igualar á todos los que tienen la osadía de no pensar como él. En su concepto, los hombres juiciosos y pensadores que comprendieron desde el principio cual seria el resultado de una lucha tan desigual, y seguian el imprescriptible derecho que tiene todo ser dotado de razon de pensar y creer lo que le dicte su conciencia, aunque sea equivocándose, no obraban impulsados por alguna idea política, social ni patriótica. ¡Ellos! capaces de alguna concepcion grande y generosa?..... «los liberales no se conducian de ese modo sino porque tal vez, como pensaban algunos, el vacilante estado del nuevo sistema les impelia á mendigar la amistad de los americanos con menoscabo y detrimento de los intereses de la madre patria, á fin de proporcionarse un ventajoso asilo, si la mal calculada aplicacion de sus nuevas instituciones y su impopularidad les derribaban de su encumbrado puesto.» (T. III, página 409).

¡Risum teneatis!

Hasta aqui le hemos juzgado como escritor y segun las ideas que vierte: pero si pasamos á sus impresiones personales, si buscamos en él esos arranques nobles y espontáneos del corazon que revelan los sentimientos del que escribe, nada encontramos que nos haga simpatizar con el señor Torrente.

Cuando Bolivar y Morillo se abrazan en Santa Ana, cuando esos dos hombres, prototipo cada uno del sistema que representaba, confunden sus antiguos odios, recuerdos y esperanzas, en un sincero abrazo de paz y fraternidad, en vez de levantar su mente á la altura de las sublimes ideas que despierta este cuadro verdaderamente patético y grandioso que trasladado al lienzo seria una obra digna del ilustre pintor cuyo nombre es casi igual al del caudillo español, con una dureza que da la mas triste idea de su sensibilidad, observa friamente: «que no dejó de extrañarse un trato tan familiar y cariñoso de parte del grave y circunspecto general castellano, con un revolucionario tan feroz y obstinado.» (T. III, página 444).

«La causa de la independencia se perdia en el momento en que se sometiera al irrevocable fallo del recto raciocinio.» (T. II, pág. 66) pero asimismo, no solamente le parece impropio que el soberano ó sus representantes, usando de su real bondad, traten de desengañar á sus ilusos vasallos para conjurar los males que pueden resultar por atrincherarse en una dignidad y respetos mal entendidos, oyendo sus quejas y prestándose á sus ruegos si son justos, cosa de que abundan las historias hasta de los reyes mas absolutos, como lo sabe mejor que nosotros

el señor Torrente, sino que nos descubre medio confuso y dudoso esta nueva doctrina *sui generis*.

«Un gobierno por el mero hecho de entrar en esplicaciones debilita tal vez ese inatacable derecho de legitimidad que es lo que constituye su fuerza y seguridad.» (T. y pág. cit.)

En cuanto á las continuas invectivas sobre la anarquía é inestabilidad de nuestra nueva forma de gobierno, y que son las mismas que se nos hacen diariamente, sentimos que la falta de espacio no nos permita entrar de lleno en la cuestion como desearíamos. Espondremos sin embargo algunas reflexiones y ellas bastarán para el objeto que nos proponemos. No vayan á creer los que tal se imaginan que callamos porque nos han convencido sus argumentos.

¿Qué razon hay para decir que todas las nuevas repúblicas han ido caminando á pasos agigantados hácia su ruina, en vez de haber consolidado con el curso de los tiempos su gobierno naciente? (T. III, página 342). Consolidar con el curso de los tiempos un gobierno naciente nos parece un absurdo y una contradiccion, porque no puede haber transcurrido tiempo sobre una cosa que empieza á existir. En la vida de las naciones los años son minutos y los siglos dias.

Puede ser que el señor Torrente, con su tolerancia é imparcialidad acostumbradas, nos conteste teológicamente que el gobierno republicano estaba marcado con sello perdurable de reprobacion, desde que fué concebido por el primer hombre, y solo en ese caso podremos concederle lo que dice. Eche el historiador la vista sobre las páginas sangrientas de la historia de todos los pueblos y díganos cual ha sido el que no ha sufrido todos los males inherentes á las diversas revoluciones políticas ó sociales por que ha tenido que pasar antes de constituirse. Si fuéramos tan presuntuosos que nos creyéramos autorizados para dar lecciones de historia al autor de la Geografia universal, le recordáramos la edad media, y sin salir de Europa le probaríamos, que lo que ha pasado y está pasando en América es una friolera en cambio de lo que ha pasado en el viejo mundo, si no mienten sus anales.

Si: el señor Torrente afecta ignorar que no se pasa de un sistema á otro con la facilidad con que se cambia en el teatro una decoracion por otra; que hay entre ambos un abismo, un mar de sangre á veces, que inunda el terreno de la lucha y no le abandona hasta que ha arrancado de raiz viejos intereses, ideas y preocupaciones; que él sabe ó debia saber que en política, como en moral, como en artes, como en todo, no se pasa impunemente de un extremo á otro; que puede la fuerza de los

hombres ó de los sucesos desviar por un instante el curso de los antiguos hábitos é ideas, pero si el cambio que quiere efectuarse no se ha preparado antes, si no está basado en el interés y en las convicciones de la mayoría, si los que han de realizarle no son capaces de elevarse á la altura de su mision; esos mismos hábitos é ideas, tal vez disfrazadas con otros nombres, pero en el fondo las mismas, vienen á arrojarse como un elemento disolvente en medio de la sociedad desquiciada, á conmoverla hasta en sus cimientos y á dar inevitablemente por resultado, despues del desórden y la anarquía, el triunfo del principio retrógrado, del absolutismo en una palabra: justamente lo que ha sucedido al pie de la letra en las repúblicas de que nos ocupamos.

Si: parece que una ley de la fatalidad ha dispuesto que un bautismo de sangre sea el crisol, donde se purifiquen las nuevas ideas y creencias que sucesivamente han enriquecido, en épocas dadas, el patrimonio político y social de las diversas porciones de la humanidad. Todas con mas rapidez ó lentitud han pasado por ese camino: ¿por qué, pues, se ha de exigir de los pueblos americanos una excepcion á la regla general?

Sería cosa de nunca acabar, si tratásemos de seguir al señor Torrente en todos sus estravíos, y examinar su historia bajo todas las fases de que es susceptible: para hacerlo dignamente, seria preciso escribir un libro con materiales que no poseemos, ni sería fácil proporcionarse en Europa. Seria por otra parte, prescindiendo del labor, y tiempo indispensables para llevar á cabo una obra de ese género, un trabajo ingrato, en el cual tendríamos por necesidad, so pena de mentir, que lastimar el amor propio, el sentimiento nacional, y las preocupaciones del pueblo español. Y tampoco nos creemos capaces, aun suponiendo queuviésemos la suerte de vencer tan insuperables obstáculos, de volver á abrir con este objeto la obra del señor Torrente. Nos causa una sensacion muy desagradable, y sentimos con dolor y contra nuestra costumbre, que nos falta la serenidad indispensable para investigar la verdad histórica.

Cerraremos por lo tanto nuestras citas con la siguiente, como el epílogo de todos los períodos que hemos entresacado de su voluminosa obra.

«Esta misma falsedad de principios sobre que estaba fundado su nuevo gobierno, la fermentacion general que se notaba en los ánimos, la escasez de recursos, la paralización del comercio y de la industria, los golpes dados á la agricultura, la rivalidad entre los mismos gefes, su precaria y efímera opinion en el país, el descontento que iba crecien-

do de dia en dia, la adhesion á la metrópoli, cuyos sentimientos, de que se veia animada la mayor parte de la poblacion, no habian sabido extinguir los independientes á pesar del estremado rigor que habian desplegado para ello; todo, pues, concurría á evidenciar la inseguridad del gobierno revolucionario, etc.» (T. I, pág. 227).

Desde los primeros capítulos de su historia, al hablar de todas las provincias y épocas regularmente favorables á la causa española, insiste, repite y descompone de mil modos las ideas contenidas en este período, para expresar con ellas siempre el mismo pensamiento, sin advertir que sus vaticinios nunca se cumplen, que los mismos resultados que describe le contradicen, y que aun antes de concluir la tarea que se ha impuesto, queremos decir antes de llegar á la fecha á que le place dilatar la lucha, diez pabellones libres flamean desde el Plata hasta el Pacífico, desde el istmo de Panamá hasta las márgenes del San Lorenzo.

No será estéril nuestra tarea, si con el fin primordial que nos propusimos al examinar rápidamente su libro, logramos precaver á los que no conocen los hechos, de la tergiversacion que hace de ellos, de las falsas ideas, falsas apreciaciones y puntos de vista todavía mas falsos de que está lleno. No sabemos que nadie en América haya emprendido una seria refutacion de él; porque el buen sentido y lo que han oido decir desde la cuna hasta los mas jóvenes é ignorantes, basta para que lo lean con recelo y le consideren solo por esta circunstancia, como un tejido de fábulas, como un violento desahogo del espíritu de partido, como una de tantas publicaciones del dia, que se escriben para halagar las pasiones del momento y que no es necesario combatir, porque llevan la muerte en su seno, semejantes á esos insectos que en las abrasadas llanuras que riega el Amazonas hace el sol, en un dia de verano brotar á millares al pie de los plátanos y mangueras, y mueren cuando el mismo astro desaparece tras las montañas.

Por nuestra parte, prescindiendo de lo que dejamos espuesto, no podemos sin injusticia desconocer en el referido escritor dotes que le recomiendan altamente. El espíritu laborioso é investigador, aunque frecuentemente ofuscado por torcidas interpretaciones en los sucesos contemporáneos, el buen método, la claridad y orden con que están divididos los sucesos de cada pais, su vasta instruccion, el estilo animado, á veces vehemente, siempre fácil y puro. Su intachable exactitud en la cronología de los acontecimientos, mérito no pequeño si se considera su inmensidad en el dilatado campo que recorre el historiador, y que hace

de su obra una fuente donde están reunidos inmensos datos que ahorrarán a los futuros historiadores americanos y extranjeros no pocas vigiliass y laboriosas investigaciones.... Estas recomendables cualidades que nos complacemos en reconocerle, que han cimentado su bien merecida reputacion, nos hacen mas sensibles los cargos que nos vemos en la necesidad de dirigirle, porque sabemos por experiencia lo que cuesta la menor investigacion histórica cuando se escribe con conciencia, cuando en vez de dejarse arrebatar por el torbellino de la época, un autor estudia y medita su asunto, y no lo vierte sobre el papel hasta que se cree en posesion de todo lo que puede disipar sus dudas, afianzar sus convicciones y disculparle ante la critica mas severa. Pero está en la fragilidad humana el ser débil é inconsecuente, en dejarse arrebatar por falaces y transitorias impresiones. Los hombres mas sabios se equivocan á veces: el mismo Homero en medio de su inmortal epopeya, se duerme de cuando en cuando; y en este tiempo en que no se cree ya en la infalibilidad de nadie; en que todo se examina y analiza; en que se busca lo que es al lado de lo que era ó debia de ser, y nada pesan las preocupaciones ante la verdad ó el raciocinio, negar los hechos cuando contradicen nuestros sistemas, ó sus consecuencias cuando no se puede negar la existencia de ellos, es confesarse vencido, es declarar que toda discusion basada sobre la naturaleza de las cosas y la razon es imposible.

A pesar de alguna frase ofensiva que puede habernos arrancado el sentimiento de nuestras mas caras afecciones y recuerdos de patria, honor y libertad, tan cruelmente pisoteadas, creemos que esta ligerísima critica está hecha como pide el autor: *«cara á cara y en regla, es decir, urbana y decorosamente, como conviene á gentes de honor.»* Grande será nuestra satisfaccion *«si considera como menor gloria la de deshacer victoriosamente nuestros argumentos, que la de vencer los punzantes estímulos de su amor propio, confesando sencillamente los errores en que ha incurrido y que estará pronto á rectificar en las siguientes ediciones.»* (T. III, pág. 648).

Confiados en su palabra, nos hemos permitido hacerle estas observaciones: él reconoce que *«las duras acriminaciones, siendo infundadas, deben producir el descrédito del historiador y la animaversion pública hácia él.»* (T. III, pág. 454). Por consiguiente, tenemos derecho para exigirle que no se muestre tan parcial, injusto, intolerante y poco generoso. Tenemos derecho de exigirselo, á él, que se manifiesta tan celoso, benévolo é indulgente en todo lo que concierne á su patria y á sus conciudadanos: á él, que al tener que hablar de las faltas y estra-

vios de algunos de sus paisanos, alega: «que todos sus vicios y defectos están sobradamente indicados, si bien con el decoro debido á los tiempos y á la moderacion y prudencia que es propia de su carácter, inclinado mas bien á merecer este cargo, que la nota de desvergonzado, descortés y violento.» (T. III, pág. 603).

¿Por qué, aunque sea en una escala muy inferior y sin las preocupaciones del amor patrio, que disculpan al escritor hasta cierto punto, no ha de aplicar estos principios á nuestros hombres y á nuestras cosas? ¿Por ventura la verdad es un Proteo que toma todas las formas que quiere darle el pensamiento y se nos escapa cuando de buena fé la buscamos?

A nosotros nos parece tan despreciable y digno de vituperio Artigas *enchalecando* (1) á los españoles (Véase á Sarmiento, vida de Quiroga, pág. 73), como el general Ibero dando muerte con su propia mano á diez y ocho vencidos en la isla de la Margarita. (Véase á Torrente, T. II, pág. 351).

Nosotros no pedimos al señor Torrente que nos sacrifique sus convicciones, que se adhiera á nuestros principios, que alabe lo que realmente sea inícuo. Le pedimos justicia y nada mas: ¿acaso es esto un esfuerzo superior á la naturaleza humana? Porque yo sea americano ¿he de desconocer, por ejemplo, la valentía de Boves, provocando á singular combate á Bolívar, poco antes de empezar la sangrienta batalla de la Puerta? ¿La fortaleza y el brio inquebrantable del general Latorre y sus soldados, prefiriendo morir sofocados entre el torbellino de humo y fuego de las sábanas abrasadas de las llanuras de Caracas, metidos en un gran pantano con el fango hasta la cintura, antes que entregar su espada? ¿La serenidad y arrojo del teniente Saenz, con sesenta y cuatro infantes haciendo retroceder á mil cuatrocientos ginetes?

¿Por que yo sea americano me ha de parecer menos noble y generosa la conducta de Valdés perdonando á Barbarucho que habia atentado contra su vida y traicionado su confianza? ¿menos dignos de elogio los desesperados esfuerzos de Rodil y su tropa, capitulando en el Callao cuando muchos de sus heroicos soldados apenas podian sostener el fusil con

(1) Dábase este nombre en la guerra de la independencia á un suplicio diabólico inventado por el referido caudillo. Consistia en coser á los prisioneros desnudos y con la cabeza fuera dentro de un cuero de un novillo recién muerto, y en este estado dejarlo en la cima de un cerro ó *cuchilla*. Los rayos del sol iban secando poco á poco el cuero, cuando no engendraban la corrupcion y los gusanos, que devoraban viva á la víctima, ya estenuada y sin movimiento por el dolor, el hambre y la sed.... La imaginacion del lector suplirá los detalles de tan horroroso cuadro.

que se defendían? ¿menos honrosa, recomendable y digna de ser imitada la acción del comandante Sinosiain, cuando sorprendidos y envueltos los realistas entre Saldia y Chillan en un desfiladero, en vez de huir amedrentado, se arroja heroicamente con su escuadron desde la retaguardia sobre los vencedores, los desbanda y destroza, y abre paso a toda una columna que le debe su salvación? ¿Por que yo sea americano no me ha de arrancar un aplauso involuntario, no he de simpatizar con la conducta de este digno compatriota de Pelayo, al contemplar que ya cuando todo se ha perdido, cuando el hosanna triunfal resuena de un confin a otro del territorio antes español, y cuando ya ni siquiera es razonable abrigar la mas leve esperanza, él, seguido de 150 hombres se refugia entre los indios de las montañas de Arauco; y allí, privado de todo, en la mas completa desnudez, sin mas alimento que la carne de yegua y de caballo, atemperándose a las costumbres de los indios hace una resistencia tenaz y gloriosa por espacio de sesenta y nueve meses?

El señor Torrente, tan bien como nosotros sabe los ejemplos de valentía, nobleza, heroicidad y abnegación patriótica que ilustran nuestros anales, y que pueden parangonarse con los que citamos.

Acabemos de una vez: nos olvidamos que escribimos un artículo: la materia es larga y resbaladiza y no es culpa nuestra si nos sobra el deseo y la voluntad de escudriñarla. Concluiremos, pues, haciendo notar al escritor que nuestra familia no debe a la revolución mas que ruina, pesares y lágrimas: que a pesar de la superioridad que reconocemos en él, en cuanto a talento, instrucción y experiencia, ciertamente no habrá examinado ni indagado, con mas buena fé y ardor que nosotros, las causas de nuestro desquiciamiento social; ni deplorado con mas vehemencia a la faz de todos el mal uso que hacemos de nuestra libertad: ni vertido lágrimas mas sinceras sobre el infortunio que nos abruma; ni perdido tal vez en la lucha algunos de sus deudos mas cercanos, ni visto desaparecer con la bandera española el esplendor de su casa, cuya fortuna era una de las mas pingües de América...y sin embargo, eso nada pesa en la balanza de nuestros juicios. Los infortunios de un pueblo, de una generación, de una familia, de un hombre, hemos dicho en otra ocasión y repetimos hoy, ¿qué son ante el bien y progreso de la humanidad?—Un grano de arena, una lágrima arrojada en la inmensidad del Océano.

Todos nuestros escritos y nuestra vida entera patentizan la sinceridad de esta creencia. Desde que pisé las playas del extranjero, he procurado siempre poner en consonancia mis actos con mis palabras. Un último sacrificio me faltaba que hacer, y lo hago con gusto, espontánea-

mente, sin necesidad y contra el consejo de mis mejores amigos. La suerte me sonreía en Europa despues de nueve años de constancia y laboriosidad; la existencia en París tiene muchos atractivos....pero mi patria mas desgraciada que nunca, reclama el auxilio de todos sus buenos hijos, y alli voy sin otra esperanza ni otro anhelo que contribuir á su paz y ventura hasta donde mis fuerzas alcancen y en la humilde esfera de la inteligencia. Cualquiera que sea el destino que la suerte me reserve, jamás renunciaré á mi pais, á menos que él me rechace...

Asi pues cuando estas líneas vean la luz, yo estaré, señor Torrente, muy lejos de las costas de Francia, (se lo prevengo por si quiere contestarme) navegando hácia el Rio de la Plata, en la misma disposicion de espíritu, con las mismas ideas y sentimientos que me dominaban al despedirme de Montevideo en 1846 en un largo canto que se publicó allí, y repitiendo ahora como entonces:

«¡Oh patria! antes de verte por siempre envilecida
«Marcada con el hierro de servidumbre atroz,
«Estréllese en las rocas mi nave maldecida
«Y el huracan te traiga mi postrimer adios!

Paris 15 de Setiembre de 1855.

A. MAGARIÑOS CERVANTES.

HISTORIA LITERARIA.

ESTUDIOS CRITICOS SOBRE LA JERUSALEM LIBERTADA DEL TASSO.

SUS TRADUCCIONES CASTELLANAS.

ARTICULO SEGUNDO.

Indicamos, al poner término al artículo que consagramos exclusivamente á examinar la *Jerusalem Libertada* tanto respecto de los elementos que constituyen este celebrado poema, como de los medios artisticos empleados para desarrollarlo, que procuraríamos reconocer en el presente la influencia que ha podido tener en la poesia épica española, inclinandonos principalmente al estudio de sus traducciones castellanas. De dos maneras podia en efecto ser considerada dicha influencia: ó penetrando en el campo de la poesia heróica, cultivada en el siglo XVI por nuestros ingenios, para fijar lo que debió el arte en dicha época á la imitacion del Tasso, compartida la república literaria en dos bandos, que fluctuaban entre la *Jerusalem* y el *Orlando furioso*; ó deteniéndonos á contemplar los esfuerzos hechos desde el momento que aparece la obra del vate de Sorrento, para traerla á nuestra lengua y literatura. El primer estudio, nuevo en verdad, pero vago y mas extenso por su propia indole de lo que conviene á una *Revista* literaria, satisfaría principalmente á los muy eruditos: el segundo, no tan difícil, si bien no menos nuevo y peregrino, prestándose mejor á las condiciones de este linage de

obras, puede acaso ser mas aceptable á la mayoría de los lectores. Asi, pues, hemos preferido encaminar nuestras fuerzas al exámen de las referidas traducciones, cuya influencia ha podido ser mas amplia y directa, pues que poniendo al alcance de todos las bellezas, gozadas en el original solamente por los que poseian la lengua toscana, han contribuido de una manera eficaz á hacerlas estimables, enalteciendo al propio tiempo la gloria del Tasso.

Ni se crea que pueda ser este el único mérito de los que desde el siglo XVI acometieron la empresa de hacer española la *Jerusalem liberada*. La dificultad de intento semejante, ya reconocida por el primero de los traductores, recomienda singularmente todos estos ensayos. «Muchas cosas (decia Juan de Sedeño) suenan bien en una lengua que en otra dan poca satisfaccion y deleite;» y este aserto que tiene en general fuerza de axioma, es grandemente aplicable á la lengua italiana, por mas que, su identidad de origen y su semejanza con la española parezcan hacer mas accesible el referido propósito. Esta aparente y engañosa facilidad que tal vez seduce en la lectura, hace olvidar con frecuencia, segun observó ya el divino Herrera, «que tienen algunas propiedades y virtudes la hermosura de la lengua toscana...y la agudeza y manifiencia de la española que trocadas entre si, aunque guarden el sentido, pierden aquella flexion y medida de palabras ó números y aquella viva claridad y elegancia de luz, con que resplandecen en las orejas de los mismos naturales (1).»

Y crecen los inconvenientes, cuando se considera que ademas de las diferencias características de uno y otro idioma, formado el dialecto poético de la literatura italiana sobre mas anchas bases que el de la española, gozan los escritores de aquella nacion tan amplia libertad, que á ser ensayada siquiera entre nosotros, seria reputada por desenfrenada licencia. Estiéndese la misma dificultad á las leyes de la metrificacion, que rigen en uno y otro parnaso: mientras es licito en el italiano ya alterar las terminaciones de las voces, ya mudar, cortar y acrecentar los vocablos, ya unirlos entre sí, acumulando sinalefas, á fin de llenar los versos de armoniosos sonidos, con lo cual es fácil nutrirlos de ideas y conceptos haciéndolos numerosos y elevados; no es dado en el español cortar ni añadir sílaba alguna á las dicciones, ni trocar, ni alterar sus formas; y recatada y observante, como la lengua, apenas consiente la poética algunas moderadas licencias. A estas desventajas de no escasa

(1) Anotaciones de Garcilaso, Sevilla, 1580, pág. 74 y 75.

consideracion por cierto, tratándose de traer á nuestra lengua cualquier poema escrito en italiano, agrégase la circunstancia de estar compuesta la *Jerusalem Libertada* en octava rima, combinacion artificiosa y difícil que por haber nacido en Italia á mediados del siglo XIV con las celebradas producciones de Juan de Boccacio (1), y haberse aclimatado en nuestro suelo, cuando contaba ya dos siglos de existencia, no se ofrece con tanta docilidad á la expresion poética, si bien ha sido cultivada con harta frecuencia por nuestros mas felices versificadores. Siendo, pues, tan distintas las formas del lenguaje y no habiendo mayor semejanza en los medios y condiciones de uno y otro parnaso, es evidente que la empresa de poner en octava rima castellana el poema de que tratamos, presentó en el siglo XVI graves dificultades, que á ser vencidas con acierto y fortuna, debian dar subido precio en la estimacion de los doctos á la version en que se congregaran estas notables circunstancias.

No hay para que demostrar que jamás se alcanzaría el fin indicado sin que mereciese el traductor el título y verdadero galardón de poeta. Para comprender la belleza y sublimidad de los pensamientos hasta el punto de trasladarlos con toda su magestad y brillo; para apoderarse de las imágenes, sin que pierdan parte alguna de su espontaneidad, energía y candor; para conservar y transmitir, en una palabra, los variados acentos de las pasiones y su mas propio colorido, necesario es hallarse dotado de aquella elevacion de espíritu, de aquella fuerza de imaginacion y de aquella sensibilidad exquisita que resplandecen en el que logra conquistar con sus creaciones el envidiado lauro de las musas. Puede, en efecto, estar hecha una traduccion con admirable exactitud gramatical: puede estar escrita con cierta castidad y elegancia, ostentando una versificacion robusta y esmerada y haciendo gala de todas las perfecciones exteriores del arte; y aparecer sin embargo desmayada, descolorida y pobre, sin que dé razon alguna de la grandeza del original y sin que logre en consecuencia despertar ninguno de los sentimientos excitados por el poeta, al hablar en su lengua nativa. Tal sucede entre otros muchos ejemplos que pudiéramos recordar con la traduccion de la *Iliada* del caballero Salviati, primer detractor de la *Jerusalem Libertada*: los

(1) El mismo Boccacio decia sobre este punto al final de la *Thescida*, dirigiéndose á la musa que le inspiraba:

. Per cio che tu primo col tuo legno
Seghi quest' onde, non solcate mai
Devanti á te da nessun altro ingegno.

simples gramáticos y helenistas elogiarán sin duda la nimia y pobre fidelidad, con que el celebrado *Infarinato* se aplicó á poner en lengua toscana la primera creacion de Homero: los críticos buscarán en vano la *Iliada* en la version referida; y no hallando en Salviati ninguna de las dotes que forman al verdadero poeta, colocarán su obra entre los estériles ensayos que hizo en el siglo XVI la escuela ultra-clásica para poseer las obras de la antigüedad: los lectores de puro deleite, devorados por el hastío, arrojarán siempre el libro, sin terminarlo y sin que les aqueje el remordimiento, que hubo de experimentar Boileau despues de haber desdeñado la *Jerusalem* del Tasso, porque habia osado este apartarse algun tanto de la imitacion greco-latina.

¿A cuál de estas dos maneras de traduccion pertenecen, pues, las que poseemos en castellano de la *Jerusalem Libertada*?... Injusto por demas será el suponer que las versiones hechas hasta nuestros dias adolecen de los defectos de la *Iliada* de Salviati: aunque escritas la mayor parte en octava rima, como el original, puede asegurarse por punto general que atendieron más sus autores al espíritu y sentido de éste que á su mera y gramatical interpretacion, logrando asi conservar en parte el interés y colorido de las situaciones. Cinco son las traducciones mas notables que en verso tenemos de la *Jerusalem libertada*: pertenecen las dos primeras á la época mas floreciente de nuestra literatura nacional, y son las tres restantes debidas al presente siglo: publicáronse aquellas en 1587 y 1649 por Juan de Sedeño, castellano de la ciudadela de Alejandria en la Pulla, y por don Antonio Sarmiento de Mendoza, caballero de Calatrava y mayordomo del segundo don Juan de Austria: hándase dado á luz la tercera y cuarta por don Melchor de Sás, y don J. Caamaño y don A. Ribot en 1817 y 1841. La quinta debida á don Juan de la Pezuela é impresa magníficamente bajo los auspicios de la reina doña Isabel II, aguarda solo el momento de aparecer al público. Al notar las fechas de estas diversas traducciones, llama ante todo nuestra atencion el largo paréntesis que en tan meritoria empresa nos ofrece el siglo XVIII. ¿Puede ese significativo silencio considerarse como efecto de indiferencia ó desden respecto de un poema de tan altas virtudes y cualidades artísticas? ¿O arguye mas bien cansancio y postracion en nuestra literatura? En una época, en que los admiradores del arte latino, del arte toscano y del arte francés pugnan por imprimir de nuevo el sello de cada una de estas literaturas á la ya decaida castellana, no es racional siquiera suponer que era desconocido de los doctos el *Poema* del Tasso: vacilando, sin embargo, entre tan contrarias influencias, y faltos

de un verdadero criterio, si no tuvieron aliento para volver la vista á las primeras fuentes de la poesía nacional, tampoco abrigaron la generosa idea de enriquecerla con las mas preciosas joyas de las extrañas, considerando sin duda la version de obras de la magnitud de la *Jerusalem* como empresa muy superior á sus fuerzas. Y no sea esto decir que el siglo XVIII no aspiró á apoderarse de las preseas, que fuera de nuestro suelo ostentaban ajenas literaturas: precisamente en su primera mitad y gran parte de la segunda no es otro el carácter que lo distingue; pero en tan reducidas proporciones respecto de la importancia, extension y mérito de las creaciones, á cuyo dominio aspira, que segun va indicado, lejos de mostrar un verdadero progreso, en la esfera del arte, daba claras señales de postracion é impotencia.

Mas volviendo á las versiones existentes de la *Jerusalem*, y fijando la vista en la de Sedeño, hecha cuando todavia no habia logrado Italia un texto completo y correcto de aquel poema, cúmplenos advertir que fué aplaudida de los escritores del siglo XVI, asegurando el celebrado Gracian Dantisco «que estaba escrita con mucho ingenio y cuidado? (1). Pero si estas y otras semejantes calificaciones gratificaron entonces el trabajo de Juan de Sedeño, no es dado á la critica de nuestros dias confirmarlas enteramente, reconociendo que no adornaron á este ilustrado capitan todas las dotes que dejamos arriba mencionadas, siendo infinitamente superior su aficion literaria á los medios y facultades de que le era posible disponer, al dar cima á sus empresas. No debe por otra parte olvidarse que aun cuando habian pugnado durante el siglo XVI los admiradores de la literatura clásica por dar á las versiones del griego y del latin carácter distinto del que ofrecieron en tiempos anteriores, era todavia excesiva la libertad de que usaban los traductores, traspasando sin duda los justos limites, y haciendo mas bien interpretaciones que verdaderos traslados. Aspiró en verdad Sedeño á seguir en este punto la reforma introducida en los estudios; pero si con laudable fidelidad siguió frecuentemente las huellas del Tasso, no escasean en su traduccion los momentos en que, ya por ser verdaderamente insuperables las dificultades, ya por no comprender del todo los conceptos, desfiguró la obra que traducia y le prestó acaso extraño colorido. En cambio ostenta toda su traduccion un mérito especial, bien que propio de los escritos del siglo de oro de nuestras letras. No desfigurado aun el lenguaje con los extravios de la escuela culterana, si carece Sedeño en esta, como en las demás produccio-

(1) Aprobacion de la *Jerusalem*, inserta al frente de la misma, 1537.

nes que debemos á su pluma, de aquella diction selecta y esmerada, de aquellos giros varios y elegantes, de aquellas maneras graciosas de decir que constituyen el dialecto del verdadero poeta, no faltan en él cierta gravedad y decoro, cierta sencillez y soltura que hacen la frase flexible, al par que digna y á menudo elegante, no desdiciendo de la elevacion y magestad de la epopeya. No podemos detenernos demasiado á confirmar todas estas observaciones con numerosos ejemplos que darian excesiva estension á este artículo: oigamos, sin embargo, cómo el castellano de Alejandría traslada el bellissimo retrato de Armida, pasage en que no careció por cierto de fortuna:

Argo no vió jamás, ni Cipro ó Delo
De hábito y de beldad sombra tan cara;
A trechos del cabello un sutil velo
El oro muestra su viveza rara;
Como cuando sereno no está el cielo
Y por cándida nube el sol se aclara;
Y por medio y en torno la trasciende,
Porque su paso sólito defiende.

Tiene el cabello en trenzas repartido,
Que aquí y allí en mil ondas se responde,
Y el mirar con astucia recogido
Que los tesoros del amor esconde.
Con púrpura el bláncor entrometido
A la mezclada leche corresponde;
Mas en la boca dulce y amorosa
Una se vee pequeña viva rosa.

El pecho, con que amor hace la guerra
Y en la nieve sus llamas entretiene
Si se descubre amor, allí se encierra
Y de lo que le cubre envidia tiene;
Y cuando el paso á su mirar se cierra
El pensamiento poco se detiene:
Que no contento del vistoso efetto,
Pretende penetrar lo mas secreto.

Como por agua ó por cristal entero
Entra el rayo solar y no lo parte,
Asi va por el manto el verdadero
Pensamiento á la mas vedada parte:
Allí contempla y goza placentero
Las altas maravillas parte á parte;

Despues lo junta y dice á su deseo,
 Do forma amor de fuego gran trofeo.
 Pasea alabada y festejada Armida
 Entre las francas gentes deseosas;
 Y aunque ella lo conoce, va advertida,
 Porque pretende presas mas honrosas; etc.

(Canto IV, oct. 29 y siguientes).

Y veámosle, al traducir el interesante pasage, en que viste la simpática y enamorada Erminia las armas de la animosa y varonil Clorinda:

.

Erminia de su ropa descompuesta
 Lo viril es forzoso que se pruebe;
 Una sucinta vestidura puesta,
 Con grave paso aqui y allí se mueve:
 Que solo está en la cámara con ella
 La escogida solícita doncella.

Del durísimo acero se compuso
 El pecho y la cabeza radiante,
 Y el recio y ancho escudo al brazo puso,
 Para su fuerza peso intolerante:
 Assi doma su orgullo con el uso
 Del hábito al de Marte semejante:
 Riyóse en esto Amor, como ha reido
 Quando la saya Alcides ha vestido.

Lleva con debilísima pujanza
 El grave peso y mueve el passo lento
 Y la sierva fiel con gran crianza
 Ayuda al torpe y flaco movimiento:
 Mas el astuto Amor y la esperanza
 Le dan fuerza, valor y atrevimiento,
 Y donde estaba el escudero fueron
 Y sobre tres caballos se pusieron.

(Canto VI, oct. 91 y siguientes.)

Impertinente nos parece notar aqui los defectos de metrificación y las impropiedades de lenguaje que en la traduccion de Sedeño descubrirá fácilmente una crítica poco lince: las bellezas de diction y de estilo se alcanzan con no mayor empeño, siendo la claridad y la sencillez

las dotes más estimables de este escritor, en quien según va indicado no reconocemos las grandes cualidades del poeta, por más que mereciese el aplauso de sus coetáneos.

No lo obtuvo escaso don Antonio Sarmiento de Mendoza, logrando que el clásico traductor y comentador de la *Poética de Aristóteles* declarase, al tributarle otras alabanzas, que «excedía á cuanto se pudo esperar de una no dificultosa, sino imposible empresa (1)» su traducción de la obra maestra del Tasso. Pero este elogio, más característico de la época que propio de la obra encomiada, no puede hoy ser parte para que cierre la crítica los ojos ante los defectos de la versión de Sarmiento, así como tampoco debe menospreciar sus bellezas. Era sin duda el mayordomo de don Juan de Austria más poeta que Sedano: su imaginación, más ardiente y lozana, le ponía en estado de contemplar de lleno y sorprender los perfiles y matices de los magníficos y apacibles cuadros trazados por la musa del cantor de Gofredo, siéndole en consecuencia más fácil trasladarlos á su lengua nativa con las galas que en el original ostentaban. Mas contaminado ya el gusto literario, corrompido el lenguaje poético con las extravagancias culteranas, exageradas por los discípulos del gran lírico de Córdoba, veíase Sarmiento arrastrado en la comun corriente, obligándole con frecuencia el afán de mostrarse culto á traducir con afectada hinchazón aquellos mismos pasajes en que más resplandecía la magestuosa sencillez del Tasso. Daba esta circunstancia, harto notable en toda la obra, cierta aspereza y oscuridad al poema, haciendo no poco desagradable y penosa su lectura, y desluciendo las dotes poéticas que al traductor exornaban, distinguiéndole entre el vulgo de los poetas de su tiempo. Para que puedan nuestros lectores apreciar la exactitud de cuanto llevamos dicho en uno y otro concepto, nos bastará traer aquí las octavas en que traslada el bellissimo cuadro de Erminia entregada á la vida pastoril después de su azarosa fuga:

La donzella real se viste y liga
Toscos despojos, toca áspero velo;
Mas en el movimiento y el semblante
No parece de bosques habitante.

(1) Don Jusepe Gonzalez de Salas, *Aprobacion de la Jerusalem*, del mismo Sarmiento.

No hábito vil la noble luz desluzce,
 Ni quantos tiene en sí brios gentiles;
 La régia magestad fuera trasluzce
 Aun en actos humildes y serviles.
 Guia al pasto el ganado y le reduce
 Con el cayado pobre á los rediles
 Y de las uvres hispídas exprime
 Leche en giro, y despues junta la oprime.

A veces que en estivos yacia ardores
 Gozando de la sombra su ganado,
 En cortezas de lauros vívidores
 Grabó el nombre, en mil formas, de su amado;
 Y en plantas mil de sus raros amores
 El suceso infeliz dejó entallado,
 Y sus notas volviendo á leer en tanto
 Sus megillas regó con bello llanto.

En vos guardad (despues decia llorando)
 Esta doliente historia, ¡amigas plantas!....
 Porque si en vuestras sombras descansando
 Algun amante fiel pone sus plantas,
 Sienta en el corazon afecto blando
 De mis tan varias desventuras tantas,
 Y diga: ¡Ay!... ¡cómo dieron paga injusta
 Fortuna y el amor á fé tan justa!....

Quizá avendrá, si al pio cielo agrada
 Algun ruego mortal, afectuoso,
 Que venga esta gran selva á ser hollada
 De aquel que de mi mal no está penoso;
 Y viendo donde fuere sepultada
 Esta enferma piel frágil, más piadoso
 Tardo premio conceda á mis tormentos
 De suspiros escasos y lamentos.

Donde, si triste el corazon vivia,
 Sea feliz mi espíritu en la muerte
 Y de sus llamas la ceniza fria
 Goce lo que gozar no tuvo suerte, etc.

(Canto VII, oct. 17 y siguientes.)

Indigna de competir con las anteriores bajo todos aspectos, es la version debida á don Melchor de Sás, única de las castellanas citada por Brunet, y sin duda (para mengua de nuestro Parnaso) la más gene-

ralmente conocida. Ni dicción poética, ni elevación de estilo, ni fluidez, armonía y robustez de metrificacón, en una palabra, ninguna de las condiciones y virtudes que hacen estimables las obras del arte, se hallan en esta versión, que por distante del original, parece traída á nuestra lengua por medio de otra no muy fiel traducción de la *Jerusalem libertada*. No sucede lo mismo con la hecha por los señores Caamaño y Ribot, quienes con mejor gusto literario, con más respeto á la obra del Tasso, y sobre todo con más facultades poéticas que Sás, no solamente llegaron á oscurecerle, sino que lograron también superar en muchos pasajes á Sedeño y Sarmiento. Mas no se crea por esto que aprobamos en todas sus partes la versión de la *Jerusalem* dada á luz en 1844. Como en la de Sedeño son con frecuencia excesivos la llaneza y prosaismo de la frase; como en la de Sarmiento ofenden los fueros del buen gusto su oscuridad é hinchazón, así en la de que tratamos nos parecen reprensibles cierta dureza y escabrosidad y cierta impropiedad en el uso de las voces, abundando al par los neologismos, que caracterizan por desgracia la mayor parte de las obras modernas. Ningun medio más propio para confirmar estas observaciones generales que el de poner aquí algun ejemplo: veamos cómo estos traductores aspiraron á hacer española la pintura de los maravillosos jardines de Armida, universalmente celebrada, bien que ágríamente censurada en el siglo XVI:

No allí vibra sus fuegos el estío,
Ni allí acopia sus nieves el invierno:
Siempre es sereno el cielo en aquel llano
Y su azul es purísimo y eterno:
Se viste el prado de verdor lozano,
Crece la flor bajo su influjo tierno;
Y en medio hay un alcázar que domina
El anchuroso mar y alta colina.

Mil pájaros graciosos y diversos
Ensayan su dulcísima armonía
Y el aura riza los cristales tersos
Y murmuran las hojas á porfía:
Plantas, auras y pájaros dispersos
Asocian su preciosa melodía;
Que por arte parece se conducen
Y un concierto dulcísimo producen.

Un ave vióse de gentil plumage,
Cuyo pico la grana remedaba;
Imitaba su voz nuestro language
Y palabras, cual hombre articulaba;
Las demás le rendian homenaje
Y callaban en tanto que cantaba,
Dejando la paloma sus arrullos,
Su son el agua, el aire sus arrullos.

—«Ved, cantó, abrirse la modesta rosa
Que medio abierta aun, medio escondida,
Cuanto menos se ostenta es mas hermosa
En su verde capullo guarecida:
Cuando su seno enseña ya orgullosa
Se marchita al momento, y aterida
No van ya los amantes en pos della,
Ni la busca el doncel, ni la doncella.

«La flor de nuestra vida dura un dia,
Como la rosa en el jardin pintada:
Abril sucede á la estacion mas fria,
Pero no vuelve nuestra edad pasada.
La flor cojamos que la tierra cria,
Antes que la marchite la alborada:
Ea; la rosa del amor cojamos,
Mientras amar y amados ser podamos.»

Calló, y las demas aves á su canto,
Como señal de aprobacion volvieron:
Sus besos dobla la paloma, en tanto
Que el influjo de amor todas sintieron:
Hasta las plantas el precioso encanto
Del dulce amor de súbito bebieron;
Y hasta la tierra, el agua, el aura pura
Suspiraban amantes su ternura.

(Cantos XV y XVI).

El señalar aquí las bellezas y los defectos, seria con razon tachado de impertinente, cuando un mediano criterio basta para descubrir los últimos y son tan palpables las primeras. Caamaño y Ribot, justo es reconocerlo, prestaron un servicio de no escasa importancia á las letras españolas, segundando en nuestros dias los esfuerzos, hechos durante los siglos XVI y XVII por traer á la lengua de Mendoza y de Cervantes la *Jerusalem Libertada*. ¿Puede decirse otro tanto de la novísima traduccion

del señor Pezuela, última de las que nos propusimos examinar en este artículo?... ¿Debe ser ó no considerada como una verdadera novedad literaria?... ¿Ganará algo en popularidad el poema del Tasso, al ser nuevamente interpretado por las musas castellanas?... Si fuera posible responder á estas preguntas de un modo negativo, claro se mostraria que las tareas del señor Pezuela, aunque árduas y penosas, eran de todo punto estériles. Ceguedad reprehensible ó parcialidad vituperable seria no obstante el negarle el galardón que de derecho le corresponde, celebrada ya su traducción por cuantos han acertado á escuchar la lectura de algunos cantos en los altos círculos literarios. Sin ofensa, pues, de los que en la empresa le han precedido y sin tomar plaza de lisonjeros, bien podemos asegurar que es el señor Pezuela quien mas gallardamente ha triunfado hasta ahora de las grandes dificultades que ofrece tamaño intento. Recatándonos de seguir el ejemplo de Dantisco y de Gonzalez de Salas y ahorrando en consecuencia los no moderados elogios, procuraremos probar con la claridad de los ejemplos la exactitud de nuestras palabras. Resaltarán sin duda de esta manera las galas de estilo y de lenguaje, con que el nuevo traductor ha sabido matizar todo el poema, ennobleciendo uno y otro con frases, giros y arcaismos, consagrados por los grandes ingenios castellanos del siglo XVI, testimonio irrecusable de su fructuosa y abundante lectura.

Verdad es que al confesarle, con estas singulares dotes, otras virtudes poéticas, podría tachársele de haber introducido peligrosas novedades respecto de la dición, aspirando á dar carta de naturaleza á ciertos vocablos no admitidos hasta ahora en nuestro idioma, ó procurando rehabilitar otros ya olvidados; pero si se atiende por una parte á la sobriedad de estas licencias en un trabajo de la extensión de la *Jerusalem Libertada*, y se repara por otra en que las palabras, traídas de nuevo á la castellana, tienen su origen en la lengua latina, madre natural de aquella, no faltará racional disculpa á la innovacion, recordando lo que á este propósito decia el preceptor de los Pisones:

Et novu fictaque nuper habebunt verba fidem, si
Graeco fonte cadant, parce detorta.

Ni es menos digna de tenerse en cuenta la doctrina que con el mismo intento asentaba en el siglo de oro de nuestras letras el mas clásico y autorizado de los comentadores: «Los italianos, hombres de juicio y

erudicion y amigos de ilustrar su lengua (escribia Hernando de Herrera), ningun vocablo dejan de admitir, sino los torpes y rústicos. Mas nosotros olvidamos los nuestros, nacidos en la ciudad, en la corte, en las casas de los sabios, por parecer solamente religiosos en el lenguaje; y padecemos pobreza en tanta riqueza y en tanta abundancia. Permitido es que el escritor se valga de la diction peregrina, cuando no la tiene propia y natural ó cuando es de mayor significacion. Pero nosotros solo por huir el nombre de ignorantes, publicamos la ignorancia de la prudencia y el poco juicio nuestro... Si esto es enriquecer la lengua y adornalla, júzguenlo los que saben y tienen verdadero conocimiento destas cosas... Para esto (decia despues, tratando de la introduccion de voces nuevas) conviene que no sean humildes, hinchadas, tardas, luxuriosas, tristes, demasiadas, floxas y sin sentido: sino propias, altas, graves, llenas, alegres, severas, grandes y sonantes; y las propias que sean generosas: que parezca que nacieron en las cosas y crecieron con ellas; y las traslativas, modestas y templadas, no atrevidas ni duras (1).» Ahora bien: si ha logrado el señor Pezuela cumplir estos preceptos, bien puede, no ya perdonársele, mas tambien agradecersele la referida innovacion, como agradece y celebra hoy la crítica las introducidas por el mismo Herrera en el dialecto poético, por mas que fueran duramente censuradas por ciertos Zoilos de su tiempo. Veamos ya de presentar algunas muestras de esta quinta version de la *Jerusalem*, donde sea facil á nuestros lectores formar completo juicio de su mérito: tomaremos los mismos pasages arriba citados, á fin de que pueda establecerse holgadamente la comparacion entre esta y las mencionadas traducciones. Asi transfiere el señor Pezuela el bellissimo retrato de Armida, al presentarse esta encantadora en el real de Gofredo:

No vieron Chipre y Argos, no vió Delo
Tanto esplendor de galas y belleza:
El oro del cabello en blanco velo
Trasluce envuelto, ó brilla en su pureza
Como el sol, cuando paz recobra el cielo,
Cándida nube á remontar empieza
Y por ella al romper va derramando
Lumbre mayor, el dia redoblando.
Mas riza el aura el pelo desparcido
Que ya en ondas enrespa la natura;

(1) *Anotaciones de Garcilasso*, págs. 124 y 293.

Avaro su mirar guarda escondido
 Milagros del amor y la hermosura:
 Dulce rojo color se mezcla unido
 Con el terso marfil de la faz pura;
 Mas al labio, que expide aura amorosa,
 Solo simple carmin pinta la rosa.

Muestra el seno su nieve alli desnuda
 Donde el fuego de amor se enciende y vuela:
 Ves de su pecho apretada y nuda
 Parte: otra esconde la envidiosa tela;
 Mas si á los ojos ella el paso anuda,
 Da al pensamiento enardecida espuela:
 Que no bien hartó en la hermosura externa
 Por los misterios últimos se interna.

Como el rayo en el agua se clarea,
 O traspasa el cristal y no le parte,
 Por entre el vasto velo osa la idea
 Entrar así por la vedada parte:
 Se espacia allí y en la verdad recrea,
 Y de milagros tantos con el arte,
 Y al deseo los narra y los describe
 Y el fuego en el más fervido revive.

Pasa entre aplausos y halagada Armida
 La ansiosa multitud: dulce sonríe;
 Y aunque esconder su gozo astuta cuida,
 De muy altas conquistas ya se engrie, etc.

En la siguiente forma pasan á nuestra lengua las delicadas estrofas,
 en que el Tasso pinta á Erminia, vistiendo las armas de Clorinda para
 llevar la salud á su amado Tancredo:

Quitase Erminia en tanto su modesta
 Túnica, que la cubre hasta la planta,
 Y en escueto vestir álzase apuesta
 Cual nunca linda con belleza tanta;
 Mas entonces la electa á la partida
 Sólo doncella de su adorno cuida.

Arranca el pelo el casco y el contorno
 Del blanco seno el fierro tosco raya:
 Al peso del escudo, raro adorno,
 La muelle diestra tímida desmaya.

Así toda de acero brilla en torno,
 Y apostura marcial resuelta ensaya.
 Ríe presente Amor, como aquel día
 Que entre tocas á Alcides envolvía.
 ¡Oh cómo el peso desigual sostiene
 Con harta pena y con andar escaso...!
 Como á la compañera fiel se atiene
 Y en ella apoya el vacilante paso!
 Mas Amor á prestarle fuerzas viene
 Y la conforta el alma y cuerpo laso,
 Con que acierta á llegar do el escudero
 La aguarda, y monta corredor ligero.

Narrada despues su sobresaltada fuga, se leen estas octavas, en que se traslada la imágen de la vida pastoril, descrita por el vate de Sorrento:

La rapaza real de tosca lana
 Vistese y ciñe ya rústico velo;
 Mas su mirar, su marcha, todo grita:
 No es esa, no, la que en el bosque habita.
 Pues no en el traje rústico se empaña
 La gala y esplendor que en ella luce:
 Que hasta en la humilde ocupacion y extraña
 Su altivo aspecto y dignidad trasluce.
 Ya el hato guía y con la pobre caña
 Del redil al encierro le conduce:
 Ya las vellosas uvres ruda exprime
 O el cuajado licor prensa y oprime.
 ¡Cuántas veces huyendo su manada
 Estuvo ardor del bosque en la maleza,
 La cifra de su bien dejó estampada
 Del laurel y el aliso en la corteza!
 ¡Cuántas grabó tambien de su pasada
 Desdicha y sus amores la tristeza
 Y al releer despues su propio escrito
 Suave el árbol regó llanto infinito!...
 Y llorando exclamaba: «En vuestro seno
 Esta ¡oh troncos! guardad doliente historia,
 Con que si un día á vuestro asilo ameno
 Llega quien de infeliz busque la gloria,

Sienta su corazon de piedad lleno
De mi largo sufrir con la memoria,
Y diga: ¡Ay! crudo premio, paga esquivada
Dieron suerte y Amor á fé tan viva!

Quizá sea, si al cielo no le insulta
Ruego de una muger tan abatida,
Que algun dia á esta selva llegue inculta
Aquel que hoy de mi duelo no se cuida;
Y los ojos volviendo á do sepulta
Tocará mi ceniza no querida
A mis males dará (¡premio tardío!)
Lágrimas breves junto al mármol frío.

Halague así al espíritu la muerte
Ya que al cuerpo la vida fué traidora,
Y mi mortal despojo de esta suerte
Goce lo que gozar no puede ahora, etc.

Y pasando á los cantos XV y XVI, notemos como se conserva por el señor Pezuela la gala y frescura de los maravillosos jardines de Armida:

No se cambian allí hielo y ardores
Ni tiempo claro con nubloso alterna:
El cielo con fulgentes resplandores
Luce inmutable su belleza externa.
La flor regala al césped con olores
Y el árbol á la flor con sombra eterna.
En medio al lago con mármoreo adorno
Manda el palacio al monte y mar en torno.

De lindas aves que su seno esconde
Suenan gorgoros por el verde umbrío
Y el aura busca la ribera, en donde
Se agita bullidor el cauce frío.
Canta el ave y el río alto responde:
Cesa el ave y humilde calla el río,
Y arte ó acaso su mover sonoro
Acompaña al rumor de dulce coro.

Vuela entre todos pájaro precioso
A quien rinden las turbas homenaje,
De harpada lengua en metro cadencioso,
De pico rojo y verdegay plumage.

Este imita la voz ¡mónstruo asombroso!
 Y el nuestro humano espléndido language:
 Canta, y las aguas callan y los vientos;
 La grey volante escucha sus acentos
 —Mirad (cantó) la rosa delicada
 En su lindo verdor tierna doncella,
 Que medio abierta aun, medio cerrada
 Cuanto se oculta más, tanto es más bella:
 Vedla, despues de al céfiro entregada,
 Cual se marchita y muere; y no es ya aquella
 Intacta flor, por que anhelaron antes
 Mil doncellas á un tiempo y mil amantes.
 «Asi se pasa en el ardor de un dia
 De la vida mortal la flor más verde:
 No por que torne abril con su alegría,
 Será que el brillo antiguo nos recuerde.
 Coged la rosa, pues, en la natia
 Dulce estacion que tan veloz se pierde:
 Coged de amor la rosa: amemos, cuando
 Se puede ser correspondido amando.»
 Calla, y el tierno cántico aprobando,
 Lo repite la turba vocinglera:
 Van sus besos las aves redoblando,
 Respira amor la mágica ribera.
 Ama el casto laurel, el cespéd blando
 Y la frondosa estirpe toda entera:
 El aire mismo flébiles suspiros
 Lanza de amor en sus sonantes giros.

Los fragmentos que acabamos de insertar, son en nuestro concepto suficientes á demostrar la exactitud de las observaciones anteriores: sin duda se hallarán rasgos en donde hayan sido mas felices que el último traductor los que le han precedido; pero muy apasionado será y poco depurado tendrá el gusto literario quien al hacer el cotejo de los pasages citados, no encuentre notable diferencia entre unos y otros: en todos resalta la dificultad de la empresa y todos revelan no despreciables dotes; mas en los tomados de la version del señor Pezuela (justo es confesarlo) se reconocen mayor número de giros y locuciones poéticas, mas esmerada eleccion en las voces, y en una palabra mas flexibilidad y gala en las formas de expresion, principal gloria á que puede aspirar quien intenta traer á su lengua nativa una obra de la magnitud y lustre de la

Jerusalem Libertada. Establecida ya la comparacion con las anteriores, por medio de los trozos arriba transferidos, licito nos será poner aqui, para conocimiento de los lectores, otros ejemplos que completen la idea que debe formarse de la obra del señor Pezuela: los rasgos y pasages felices en la descripcion de las batallas, ya generales, ya singulares, son numerosos. Citaremos algunos. En el infeliz encuentro que sostiene Gernando contra Reinaldo, hallamos estas octavas, que terminan el retrato del hijo de Sofia:

Trueno la voz, relámpago el acero
Parecen, con que el rayo el golpe advierte.
Aquel tembló; ni fácil vió sendero
Por do evitar la irreparable muerte.
Mas, siendo allí testigo el campo entero,
Hace cara de intrépido y de fuerte
Y el duro fierro en desnudar no tarda,
Y firme, en acto de defensa, aguarda.

Casi en un punto espadas mil ardientes
Brillar se ven, y Aleto las esgrime;
Espesa multitud de incautas gentes
Acorre de do quier, lucha se oprime;
Y de blasfemas voces ó dolientes
Un eco vago por los aires gime,
Como en la playa braman confundidos
De las olas y el viento los sonidos.

Mas del ofenso príncipe no alcanza
Grito comun á suspender la ira:
Desprecia toda voz y á la venganza,
Vallas rompiendo, su violencia aspira:
Ya por entre armas y hombres se avalanza,
Ya la fulmínea espada en torno gira,
Ya el campo limpia, y solo y afrontando
A defensores mil, llega á Gernando.

Y con la mano, aun en furor maestra,
Cien golpes sobre aquel tira y comparte;
A la cabeza, al pecho; ya á la diestra
Con cauto ardid, ó á la contraria parte.
¡Ay! su espada veloz, cruda, siniestra
No es posible seguir: que engaña el arte;
E imprevista y fatal, yelmo y coraza
Y miembros rompe, trunca y despedaza.

(Cant. V., estr. 27 y sig.)

El primer combate de Argante y de Tancredo, cuadro trazado por el Tasso, ofrece las siguientes estrofas:

Enristran pues y elevan á lo alto,
Ambos guerreros la nudosa entena,
Como arrancan los dos al crudo asalto
Con furia extraña que de asombro llena;
No hay carrera tan rápida ni salto,
Ni pluma así, veloz batiendo, suena.
Crujen las astas en los yelmos broncos
Y por el aire van chispas y troncos.

Cada uno á su rival no da sosiego
La mano, el pié, la vista en asechanza;
Ya de ataque y defensa cambia el juego,
Ya gira en torno, retrocede, avanza:
Aquí herir amenaza, y allá luego
Donde no amenazó la punta alcanza,
O del cuerpo tal vez descubre parte,
O diestro engaña con el arte al arte.

De la espada Tancredo y del escudo
Indefenso al contrario el flanco muestra;
A herirle corre aquel, mientras desnudo
Deja el cuerpo de amparo á la siniestra:
Tancredo con el arma el golpe crudo
Para, y le hiere con acción maestra:
El pie después en retirar no tarda
Y con el fierro se recoge y guarda.

Cual tigre que su furia desenvuelve
Si en el flanco el agudo fierro cuenta,
Contra las mismas armas ya revuelve
Y ni riesgo ni muerte le amedrenta:
Tal el circaso indómito se vuelve
A juntar golpe á golpe, afrenta á afrenta,
Y el afán de venganza así le ofusca,
Que sin defensa los peligros busca.

Uniendo á fuerza atroz horrenda ira
Y el pecho ansiando vengador consuelo,
Tan rudos golpes espantosos tira
Que el aire arroja luz y tiembla el suelo.

Ya ni avanza el rival ni se retira
Ni halla respiro en su angustioso anhelo:
Que no hay guarda ni coto á la presteza
Y al arrojo de Argante y fortaleza.

(Canto VI, oct. 40 y siguientes.)

¿Será necesario seguir copiando para dar á los lectores completa idea de la inteligencia artística con que todo el poema ha sido traducido?... La grande fama del Tasso y lo subido del precio de la *Jerusalem Libertada*, infundirán siempre legítimas dudas sobre el éxito de empresas tan difíciles como la llevada á término por el señor Pezuela; pero esa prevención, racional hasta el momento en que es conocida obra de tanto bulto, truécase en justa consideración, cuando se repara en el cúmulo inmenso de dificultades vencidas, bien que no siempre se mantenga el traductor á igual altura, agotadas alguna vez sus fuerzas por el continuo afán del acierto. La responsabilidad del traductor excede, sin embargo, á los mismos riesgos á que se expone, y es infinitamente superior á la gloria que le es dado alcanzar, cuando son mayores su fortuna y su merecimiento. Galardonemos, pues, con nuestra gratitud, ya que no con nuestra admiración, á los que pagándose de tan modesta gloria, han aspirado á enriquecer nuestra literatura con la creación inmortal del vate de Sorrento; y tributemos, por último, cumplidas gracias á quien en medio de otras ocupaciones de más trascendencia en la sociedad, aunque acaso no tan meritorias, ha consagrado todos sus ocios á empresa tan útil como honrosa. Si el Parnaso francés se gloria de poseer, entre tantos ensayos hechos desde el siglo XVII, una versión de la *Jerusalem Libertada*, tan aplaudida como la de Mr. Baour-Lormian, no menos pagado debe mostrarse el español al contar entre las inextimables joyas que lo avaloran, la traducción que debe aparecer en breve en la república de las letras bajo los auspicios de la reina de España.

Todos estos conocidos esfuerzos, interrumpidos sólo en una época de lastimosa decadencia, prueban la predilección con que han visto constantemente nuestros ingenios la obra del Tasso, anhelando hacer suyas las bellezas que tan alta celebridad le han conquistado. Su influencia, más sensible en los momentos en que la poesía española tomaba por modelo de sus cantos los de la musa italiana, no solamente se insinuaba bajo el aspecto de las formas exteriores, sino que trascendía acaso con mayor fruto á la estructura artística de la poesía heroica. Ni podía ser de otro modo: recogiendo el Tasso todos los elementos,

capaces de dar vida á la epopeya cristiano-heróica, habia mostrado nuevo y ancho sendero á los que apartándose de la imitacion de Ariosto, preferian las creaciones históricas á las fantásticas (y ya poco autorizadas) del mundo caballeresco. Ayudábale tambien la inclinacion general de los estudios á la gran literatura del siglo de Augusto, la cual le habia suministrado no escaso número de bellezas, segun en el artículo anterior dejamos manifestado; y cautivada al par la atencion de nuestros ingenios por la magestad del conjunto y la pulcritud de los medios de espresion, cuya riqueza se multiplicaba en cada uno de los cuadros del poema, apenas hubo quien no se preciara de discreto imitador de la *Jerusalem Libertada*, ya siguiera en el todo las huellas del Tasso, ya se contentara con esmaltar sus obras de vistosas y ricas pre-seas, tomadas de aquel inmenso arsenal é inagotable depósito. Que en estos dos linages de imitadores debieron influir las versiones de la *Jerusalem*, no es lícito dudarlo, cuando se atiende á que ni todos habian pasado al suelo de Italia, ni á todos era familiar tampoco la lengua del Dante y de Petrarca; y mientras consideramos que un Lope de Vega, estudiando y admirando en su original la obra maestra del vate de Sorrento, aspira tal vez á emularla con su *Jerusalem Conquistada*, así como osa competir en su *Hermosura de Angélica* con el *Orlando Furioso*, no olvidemos que otros muchos poetas, no tan fecundos como el *Fénix de los ingenios españoles*, y mas moderados por tanto en sus empresas, atendian principalmente á aclimatar en nuestro Parnaso las formas particulares de la epopeya heróica, así como habian tomado ya carta de naturaleza las formas líricas desde la época de Garcilaso y de Mendoza.

Difícil tarea, aunque no estéril para la historia de nuestras letras, seria la de fijar el desarrollo de estas dos maneras de imitacion desde el momento en que la *Jerusalem Libertada* se hace española hasta el en que llega á formularse por última vez en la lengua de Cervantes (1). Pero ya lo hemos dicho: este trabajo que no podia reducirse á las dimensiones de un artículo de *Revista*, sobre requerir ya otros estudios, satisfaria únicamente á los muy eruditos, siendo tal vez impertinente al mayor número de los lectores. Así, alcanzado el objeto que al empezar este artículo nos propusimos, pondrémosle término observando que si el

(1) Entre las imitaciones excesivamente obligadas citaremos el poema escrito por don Juan Antonio de Vera y Figueroa sobre la *Conquista de Sevilla*, dado á luz en Milan, 1632, 4.º—Tiénese por cosa averiguada que este autor hubo de traducir la *Jerusalem* del Tasso y que aspirando despues á ser original, ó mejor dicho á pasar por tal, la convirtió á la empresa gloriosa de San Fernando.

Tasso dió á nuestros poetas del siglo XVI mucho que imitar (lo mismo en su *Jerusalem* que en las demas obras de su pluma), el primero de los imitadores y sus numerosos discipulos (1) ofrecian en el siglo XVII abundante materia de estudio á los dramáticos italianos, probando que debian mirarse como hermanas las dos literaturas, que hace tanto tiempo se acaudalan mutuamente con las inmortales creaciones de sus mas señalados ingenios.

(1) Aludimos claramente al fundador del teatro español y á su famosa escuela.

JOSE AMADOR DE LOS RIOS.

EL PRINCIPE DE MAQUIAVELO.

CESAR BORGIA,

O LA ROMAÑA EN 1502.

XXII.

El clarín de las batallas hacia oír su sonido llamando á los gefes militares, á los dignatarios de la corte y á los embajadores que habian sido convidados al festin. Habitaban estos últimos en pobres cabañas de la aldea de Cattólica. Trasladáronse con pompa al campamento, donde reinaba la mas bulliciosa alegría. Ninguno de ellos hubiera podido adivinar que pocos momentos antes acababa el temor de producir la mas sombría consternacion; pero esta feliz facultad de pasar repentinamente á las sensaciones mas opuestas, es inherente á la vida nómada y aventurera del soldado. Canta antes y despues del peligro, cuando el príncipe que le confia su destino se consume en cálculos y en esfuerzos de prevision. Para éste no hay descanso mas que en el sepulcro.

El duque vino á buscar á su hermana; encontró á Agosto á su lado.

—Hermano mio, dijo Lucrecia al verle, reclamamos las bondades de vuestra escelencia para este jóven escudero, que nos ha parecido digno de ellas.

—Nada podemos reusaros, respondió Borgia echando una investigadora ojeada sobre su hijo y la duquesa de Ferrara.

Agosto tiene derecho ahora á pedirme la gracia que quiera.

—Su excelencia sabe mejor que yo lo que puede convenir á un pobre huérfano, respondió el jóven inclinándose.

—Bien dicho, amigo mio: tenemos miras sobre ti, y no tardaremos en dártelas á conocer.... Y bien, hermana mia, continuó observando la palidez de Lucrecia, ¿ha perturbado tu descanso el ruido de las armas? No estamos aqui en vuestro palacio de Ferrara.... Vuestros ojos están abatidos ¡Vive Dios! En el momento de presentaros en el banquete que damos para celebrar vuestra bienvenida ¿qué pensará nuestra corte al ver la frente de la reina de la belleza cargada de nubes?....

Un estremecimiento de terror agitó á la duquesa, pero encontrando en su emocion un valor que estaba lejos de esperar, le respondió con calma:

—La estancia que me habeis hecho habitar, hermano mio, no puede inspirarme mas que sombríos pensamientos.... Aprovecho esta ocasion para pedir os una carta que me habia escrito el conde de Faenza, y que este jóven ha puesto en vuestras manos.

—No hay mas conde de Faenza que yo, hermana mia. Si me he permitido leer la carta que os dirigia el conde Astorre, su propio interés nos guiaba en esto, porque es nuestro prisionero.... Pero hemos ordenado que se le ponga en libertad.

—Señor, no han sido ejecutadas vuestras órdenes, dijo Agosto con firmeza.

—¿Quién se ha atrevido á ello, jóven?

—El que habla y hiere en nombre de la justicia.

—¿Ramiro? ¡Vive Dios! Grande es tu audacia en acusar á nuestro fiel podestá.

—En San Marino, señor, mi audacia se llama virtud; el conde se consume en otra prision.

—¿Lo ois, hermano mio? exclamó Lucrecia fuera de si: ¿lo ois? Astorre no está libre. ¿De qué crimen pueden acusar á tan noble criatura?

—¡Poder de Dios! ¿Qué grande interés os inspira ese malhadado conde?

—El amor de la equidad, señor....

—¡Silencio, jóven, silencio!

—Venid, señora; los clarines anuncian que no se aguarda mas que á nosotros en el banquete.

Presentóle su mano con marcada afectacion de caballeresca galantería. El paso mas difícil estaba dado. Al encendimiento de cólera en el rostro de la duquesa, reemplazó el abatimiento y el dolor. Díjole esta cuando iban andando:

—Me escucharás, César; me debes el perdon de Astorre, me lo debes en nombre....

—¿De Alfonso de Este? dijo interrumpiéndola con ironía.

—Te burlas de mí, pero soy la hija de Alejandro VI, añadió Lucrecia; soy la hermana del duque de Gandía.

—¡Pues bien! Acuérdate de su suerte, prosiguió Valentinois lanzándola una terrible ojeada.

Tembló, pero una cierta cosa sobrehumana sostenia su valor, y le contestó desafiando con horrible calma aquella mirada.

—Cayó atravesado con nueve puñaladas, y conozco la mano que se las dió.

Su llegada á la sala del festin hizo cesar este singular coloquio. Encerrándose entonces en el ceremonial encontraron en presencia de sus cortesanos, el uno el talento político de los príncipes, la otra la coquetería femenina. La etiqueta que con su pesadez tanto fastidia á los príncipes vulgares, ofreció á Borgia y á su hermana un asilo para sus secretas meditaciones. Sentados bajo un dosel, acogieron con graciosa sonrisa y frente serena á cuantos se les presentaron. Para todos tuvieron palabras benévolas y pródigas de esperanzas, y á fuerza de colmar de ellas á los demas, concluyeron por concebirlas tambien ellos mismos. El único que quedó exento de esta liberalidad del príncipe fué el justicia mayor. Pero Ramiro no estaba celoso de esto.

A medida que la alegría del festin se iba comunicando á los convidados, los personajes que lo presidian se aislaban del contacto general, y podian ocuparse libremente de sus penas. Lucrecia, delante de tantos caballeros, llegaba á olvidar el objeto de sus lágrimas, arrastrada por el deseo de agradar y sostener la celebridad que le habia valido su belleza en toda la Italia, pero el pálido y descarnado rostro del justicia mayor traía á su imaginacion al conde de Astorre, y un agudo dolor contraía al punto la sonrisa formada en sus hermosos labios.

Dominada la duquesa de Este por un sentimiento que no abandona jamás á los que padecen, la esperanza, trataba de atraerse la atencion de su hermano; pero cuando en la concurrencia todos los ojos se fijaban sobre ella y la admiraban, á la distancia señalada por el respeto, la mirada de Borgia que no desvanecía ninguna ilusion, solo descubría en

ella las huellas del dolor. Sin embargo, al sonido de su voz, á esta melodía que calma las tempestades del corazon, y que hace vibrar las cuerdas mas sensibles, experimentaba Valentinois aquella indecible expresion que impone al genio mas feroz la ley comun, la de las mas dulces emociones. Valentinois escuchó á su hermana, y distraído por un momento de sus graves meditaciones volvió á entrar en la humanidad.

—César, le dijo con coqueteria, quisiera conocer lo que pasa en tu alma; porque he perdido la costumbre de leer en tus ojos: no sé como conseguir agradarte. Bajo el acero que te cubre en esa penosa vida de soldado ¿no palpita ya tu corazon por otro sentimiento que el de la gloria? No comprenderás hoy aquel vago lenguaje que hablabas en otro tiempo... Responde, César, hazme oír tu voz, que tanto quiero.

—¡Pobre Lucrecia, me das lástima!... En vano busco en ti la verdad de tus palabras, tu rostro no sabe ya mentir, el dolor deja ahora las huellas que estampaba en otro tiempo el placer, y el cerco amorotado que rodea tus ojos no hace pensar, hermana mia, en goces voluptuosos... ¡Ah! tristes secretos pesan sobre tu conciencia, ¿no es verdad? Si viese brillar aun los felices dones con que dotó el cielo tu hermosa juventud creeria que Alfonso tiene justos motivos de temor y que puede sospecharse de la hermana de César... Es preciso perdonármelo, señora, se me habia puesto en la cabeza que este viage no tenia por objeto sino uno de esos caprichos que es preciso disculpar antes en la hija de Alejandro VI: pero la edad hace menos frívolo el corazon y la razon sigue de cerca al pesar de perder los hermosos dias de la primera edad.

Un suspiro fué desde luego la respuesta de Lucrecia. Acababa uno de los guerreros de levantarse y echar un brindis á la salud de su ilustre gefe. El ruido de las músicas que respondieron á esta cortesania tan natural en aquel momento interrumpió una conversacion que un mismo interés, aunque con un diferente objeto, llevaba á continuar á ambos. Para César era una estimulante curiosidad, tal vez unos secretos celos de saber lo que pasaba en el alma de Lucrecia. Para esta el objeto de todas sus acciones era volver á anudar la interrumpida conversacion. Y en cuanto lo permitió el silencio prosiguió:

—Al oiros, monseñor, parecia que no me queda mas recurso ya que transformar la corte de Ferrara en un asilo de penitencia, y mis vestidos en un sombrío cilicio. ¿Se ha cambiado tanto por sus brillantes victorias el duque de Valentinois, que se haya vuelto lo que me supone ser yo misma, indiferente y sin facultad para emplear plácida y voluptuosa mi

vida? Juro por el Santo Padre, César, que poco conoces á tu hermana, si crees que á su edad haya muerto para el amor.

—¡El amor! ¡El amor! Repitió asombrado el duque. ¿Es el amor el que te trae aquí? ¿El amor por Astorre, ese conde?... un niño, si he de creer á nuestro podestá don Ramiro... Miradle, señora, delante de vos: ha adivinado que estoy hablando de él en este momento...

Estremeciöse Lucrecia á la mirada de aquel hombre, pero queriendo aprovechar esta circunstancia para obtener la libertad de Astorre, añadió:

—Tú sabes, hermano mio, que la juventud tiene un instinto que la arrastra hácia mí: que encuentra á mis pies el encanto que experimentamos nosotros mismos al vernos. Tú no sabes que el corazón no envejece sino en la calma y que el amor redobla á cada instante la vida y las fuerzas...

Continuaba hablando sin ser escuchada: la mirada de Valentinois se habia vuelto á quedar fija y sombría. Su rostro mudo anunciaba una profunda reflexion. Y asustándose de este silencio, mas que de sus palabras por duras que fuesen, Lucrecia lo atribuyó á su situacion de etiqueta. Acababa de notar que eran objeto de la observacion de los convidados, y dándole un pretesto esta circunstancia propuso á su hermano dejar la mesa. Levantóse el duque, y despues de haber dirigido palabras corteses para algunos de los convidados, dijo en voz baja á la duquesa de Este:

—Dentro de una hora, en tú cuarto, hermana mia... Dentro de una hora..... solos..... ¿me entiendes!..... Es preciso que sea aun principe aquí.... Mira, todos espían una ojeada, interrogan mis movimientos. Es preciso que diga al enviado de Florencia algunas palabras sin objeto, para que cada cual las intérprete en un sentido político: es preciso que lisonjee á los franceses, para que mis suizos y mis alemanes deseen el mismo favor: es preciso que engañe aquí á todo el mundo, en tanto que tengo el placer de volverme á hallar al lado de mi Lucrecia.

Llena de una dulce esperanza la duquesa de Ferrara atravesó el salon dirigiendo á todos graciosas sonrisas que reflejaban la repentina alegría de su alma.

XXIII.

Al volver á entrar en su aposento, Lucrecia vió á Agosto de pié delante de las rejas de su ventana. Tenia alzada la visera de su casco, pero en la actitud de la meditacion, su cabeza parecia encorvada bajo el peso de serios pensamientos. Levantaba á veces altiva aquella cabeza de arcángel sobre un cuerpo de acero.

Lucrecia suspiró.

Si el suelto talle, la apostura un poco ruda del jóven montañés no ofrecian á la hija de Alejandro VI los nobles modales del conde de Astorre, si no hallaba en el rostro del escudero la mirada tan dulce de sus ojos de un azul tan puro, el tinte pálido, y los graciosos contornos que habian hecho palpar su corazon, veia al menos en él los tesoros de la juventud que solo se aprecian cuando locamente se han disipado. Detuvose frente á frente de Agosto, y con la esperanza que dejaba mas libertad á su espíritu, tuvo un placer en detallar con una rápida mirada, pero mirada de muger que todo lo abarca á la vez, la regularidad de las facciones del jóven á pesar de su moreno color y el naciente y negro bozo que formaba sobre su boca una graciosa media luna, y sus ojos en que brillaba una ardiente llama: suspiró de nuevo.

La coquetería mas aun que el desenfreno de sus costumbres, habia acostumbrado á Lucrecia á fantasías que se complacia en satisfacer, á caprichos muchas veces inesplicables. Al presente que la edad debia calmar aquella vagabunda imaginacion, patrimonio singular de su familia, sentiase, á pesar suyo, inclinada á todo lo que presentaba la idea de la pureza de un corazon virgen.

Casada tres veces por la politica de su familia, y tal vez por ella tambien, entregada á una vida de crímenes y de abominaciones, Lucrecia tenia, como Alejandro su padre, como su hermano César, uno de esos talentos que saben comprenderlo, distinguirlo todo; pero les llevaba la ventaja de su naturaleza femenina, mas lista, mas impresionable. Asi en Ferrara, al lado de Alejandro de Este, á quien no amaba, aislada en medio de una corte culta, lo pasado se debilitaba en su memoria; y la violencia de las impresiones de que habia sido objeto su vida haciéndole casi indiferente las que se le presentaban, dejaba al porvenir favorables eventualidades. Hay en la organizacion fisica de la muger una molicie que debe disponer á la indulgencia. Deberia acusarse solo de

muchas cosas de las que se las culpa á los que las dirigen. Lucrecia resignada á sufrir el fastidio que experimentaba, al menos hasta que las armas de Valentinois hubiesen triunfado de la Romaña, Lucrecia abandonada á sus propias inclinaciones, á su naturaleza, sintió poco á poco esas nuevas sensaciones que asombraban á César Borgia al presente, que habian ocasionado mudanzas tan notables en su lenguaje como en su vida.

Desde luego era insensiblemente y por los caminos ordinarios, como se iba verificando la mudanza en aquella alma ocupada toda entera de los goces positivos. Viviendo ademas en una sociedad de mugeres, las emociones mas raras, debian ser naturalmente mas fuertes y producidas por cualquiera circunstancia. La voz varonil y ronca del soldado chocaba al presente sus oidos que procuraban halagar los armoniosos y dulces acentos de tantos cortesanos á porfia. El rostro duro, sino feroz, del condotiero ó del caballero, le era familiar y parecia insensible á él: los hombres de iglesia no le ofrecian sino una estraña amalgama, y en su ociosa y muelle languidez echaba sus miradas sobre los pages para soñar en un porvenir de amor.

En tan singulares y tan naturales disposiciones segun la vida que habia llevado Lucrecia, disposiciones á que daba libre rienda la ociosidad de su alma, se presentó ante su vista el conde de Astorre, cuando obligado por las armas de Borgia á huir de su señorío de Faenza fué á refugiarse á Ferrara. Tembló al verlo la duquesa de Este. Su edad y las gracias de su persona, el interés que inspiraba su infortunio escitaron en su favor un sentimiento nuevo, un sentimiento verdadero, puro, extraño para la hija de Alejandro VI. Su existencia tuvo un objeto, y cada dia la mudanza que se habia manifestado en ella se desarrollaba mas, iluminando su espiritu y realzando su alma.

Cuando tocamos en la felicidad, las circunstancias que la han hecho nacer, ó cualquiera cosa que á ella se refiere toma cuerpo y grandes proporciones en nuestra alma, causándonos vivas y dulces ilusiones. Así por grados todo se purifica y se idealiza en la vida. Lucrecia, viéndolo al jóven escudero pensativo y triste delante de su ventana, recobró todo su poder, y por una coquetería tan natural en las mugeres, cuando la esperanza reanima sus abatidas facultades, sacó al jóven de su meditacion paseando sobre su laud una perezosa mano.

Estremecióse Agosto.

—Estábamos segura, bello escudero, dijo sonriendo, que el sonido de este instrumento os advertiria nuestra presencia.

—¿Quereis, señora, que me retire?

—No, porque tenemos que deciros que el duque, cediendo á nuestro ruego va á poner pronto en libertad al conde Astorre, vuestro protegido...

—Me llena de júbilo esta noticia, señora.

—Lo decis con un tono tan lastimoso, jóven. ¿De que proviene que á vuestra edad bajeis tan tristemente la cabeza? ¿Qué penas tan terribles absorben constantemente vuestro pensamiento? Sois huérfano, si tengo buena memoria, pero nuestro hermano os quiere bien.

Viéndola sonreir, Agosto con aquella tristeza que contiene tantos secretos no pudo comprimir un suspiro. No se escapó este suspiro á Lucrecia.

—Vamos, acercaos á esta ventana, y confiadnos vuestros pesares, deseamos consolaros. Hablad sin miedo ¿qué os entristece tanto?

—No puedo decirlo, señora, yo mismo lo ignoro. Busco la causa de la perturbacion secreta de mi alma y no la encuentro. Sufro un mal desconocido, pero mi sufrimiento es vago, encantador, lo acaricio, y estiendo frecuentemente mis brazos para estrechar una imágen indecisa que pasa y repasa por delante de mis ojos.... Sois tan buena, señora, que me siento consolado al oiros y al veros....porque en mis sueños resuena en mi oido atento una melodia al mismo tiempo *que ella* se presenta á mis miradas.

—¿Ella?.....¿Qué significa esa palabra?

—La vision. Mas jóven la hubiera tomado por un ángel, ahora creo que es una muger: lo creo desde que os he visto, señora.

La sencillez de esta declaracion hizo nacer en el corazon de Lucrecia una emocion indefinible. Tanta fuerza tienen en las mugeres los sentimientos verdaderos. La hija de Alejandro VI sintió en su alma, aunque muger experimentada, la misma turbacion que hubiera experimentado una jóven doncella al sentir por primera vez estas dulces sensaciones.

Vino á distraerla de ellas una camarista que le anunció la llegada al campamento de dos nigrománticas que deseaban pronosticarle su porvenir.

Mandólas entrar y á poco se presentaron dos mugeres.

Era la Zingana y en su compañía Agosto inmediatamente reconoció á su querida Marina. La sorpresa y la alegría suspendieron los latidos de su corazon, pero la idea del peligro de su madre en el campamento de Borgia presentóse al punto á su imaginacion. Calóse la visera de su casco, y no pensó mas que en salvarla. Conocia que era perdida si lle-

gaba á verla el duque por que los príncipes no sufren en medio de su poder las verdades severas. ¡Estaba allí su madre! y no podia darla este nombre sagrado, y la prudencia le impedia arrojarse en sus brazos... Venia pálida y fatigada buscando á su hijo, como su único bien, y este hijo hallábase delante de ella, sin poder decirla una palabra. Propúsose no abandonar un momento á su madre y recurrir despues á la intervencion de Maquiavelo. Aprovechóse pues del olvido en que le habia dejado la duquesa, y de la atencion que prestaba ésta á la Zingana para tratar de hacerse notar de Marina y hacerla señas para que se marchase del salon. La Zingana cogiendo entre sus descarnadas manos la linda y hermosa mano de Lucrecia la dijo:

—Yo soy, si tengo buena memoria, la que en vuestro palacio de Roma os predije desgraciados amores. Esto sorprendió mucho á vuestra ilustre compañía, señora, por que si bella sois mas lo erais entonces.

Impacientada Lucrecia, contestó:

—Vamos, muger, vamos, pocas dilaciones.... Aguardamos á nuestro hermano, al duque de Valentinois.

La Zingana indiferente á este encargo comenzó sus operaciones misteriosas y cabalísticas con pausa.

Agosto, cuya turbacion se aumentaba á cada instante temiendo ver llegar al duque, hacia todo lo posible por atraerse una mirada de Marina. Despues de inútiles esfuerzos durante los que corrian sus lágrimas bajo su velo de acero, en el momento mismo en que la ansiedad iba tal vez á hacerle cometer alguna imprudencia que perjudicase sus desig-nios, volvióse Marina hácia él, cual si secretamente hubiese oido el grito del mudo dolor que devoraba el corazon de su hijo. Desde luego sorprendida con las señas que le dirigia aquel hombre de armas, sin comprenderlas ella, mostróse indiferente: pero el sufrimiento y el misterio son las correlaciones de todo violento deseo que absorbe el pensamiento, é interpretando al fin en su verdadero sentido aquellas señas de un compasivo extranjero, se acercó á él y una voz que la hizo estremecer pronunció estas palabras: ¡Ni una palabra, ni un suspiro, Marina, en nombre de tu hijo!.... los mas eminentes peligros os amenazan á los dos.

Entonces alzando con una mano su visera y recomendándole el silencio con la otra, Agosto enseñó á los ojos de su madre sus queridas facciones y una mirada de felicidad. Indicándole despues en voz baja un solitario retiro le recomendó que abandonase el salon.

Apenas habia salido de él, cuando un page, precediendo á corta distancia al duque de Valentinois, vino á anunciar su presencia.

—¡Hola! ¿qué es esto? dijo Borgia viendo á la adivina: ¿qué hace al lado de la duquesa de Este ese satélite de Satanás?

—¡Ah! ¡ah! bueno va, mi prediccion se cumple, dijo la Zingana reconociendo al duque.

—Lástima es, hermana mia, prestar oídos á las impiedades de esta bruja.

—¿El duque de Valentinois, respondió con arrogancia la vieja, olvida que su padre Alejandro VI, el que divide el mundo, el que da y reparte los tronos, ha hecho tres veces el signo de la redencion sobre mi cabeza?

—¡Mentira! gritó César con cólera, mentira!.... Afuera de aquí, loca, si no quieres servir de pasto á los cuervos.

—Morir sobre la horca, ó sobre almohadones, todo es morir, respondió con flema.

—Vamos, sal, y da gracias á mi hermana, de que no te trate como mereces.

La gitana levantó altivamente la cabeza y añadió con aire burlon:

—Me marchó, príncipe; salgo de tu presencia pues que te ofusca la mia. Despues añadió volviéndose: sígueme, Marina.... ¿Marina?..... ¿Dónde está? No he venido sola aquí.... ¿Dónde está la hija de la montaña, Marina de San Marino?.... Venía á este campamento en busca de un traidor.... ¿lo ha encontrado?

El nombre de Marina hizo palidecer á Valentinois. Dirigiéndose despues á la Zingana la despidió arrojándola un bolsillo.

—Márchate, vieja, la dijo, y no vuelvas mas al campo de un príncipe irritado. Toma esa paga por mi hermana.... ¡Hola! páge, llevad esta muger á Ramiro de Orco, á fin de que pueda atravesar por el ejército sin que nadie la insulte.

La Zingana sintió un temblor en todos sus miembros.

—¿Qué acaba de pasar en mí? dijo poniendo la mano sobre su corazón.... Siento una singular impresion.... ¿Pero que importa? El gefe de la Iglesia me ha dado su bendicion.

XXIV.

Valentinois hizo una señal con la mano, y se retiraron las camaristas de la duquesa.

—Ya estamos solos, Lucrecia, dijo dando á su voz una seguridad que

estaba muy lejos de tener. Todos nuestros instantes pertenecen á la política de la Santa Sede, de quien somos el débil instrumento, por tanto robamos al pontífice el tiempo que os consagro, hermana mia.....Pero hablad, ¿qué os decia aquella bruja? Esas mugeres hecen á veces extrañas revelaciones.

Lucrecia, viendo á donde iba á parar, sintió una emocion extraordinaria, bajó sus ojos involuntariamente, y tuvo miedo de encontrar la mirada de su hermano. Interpretó groseramente éste la especie de pudor que sentia su hermana, sin poder apreciarla.

—Lucrecia, ¿conmigo esos manejos? Coqueterias, fingimiento. ¡Pobre muger! ¿Siempre serás la misma?

—No, respondió Lucrecia.

Esta palabra cortada y seca, junta á la vivacidad de su gesto la dieron una repentina dignidad. César Borgia quedó estupefacto.

Acababa de herir en lo mas querido, en sus sentimientos, á la hija de Alejandro VI. ¡Todos los movimientos de su alma eran puros sin saberlo!

La muger de Alfonso de Este no habia dicho á su señor, el dia en que la política habia unido su destino al suyo: yo te doy una vida sin mancha. El duque de Ferrara no se habia mostrado escrupuloso. El ejemplo de lo pasado no le habia asustado para el porvenir. La hermana de Valentinois era una garantía para la posesion de su ducado. En las combinaciones de la política hay alianzas, y no matrimonios.

—¡Vive Dios! mi hermana Lucrecia, dijo Borgia volviendo de su sorpresa, que habeis dicho una palabra muy lacónica, y que hace mucho tiempo que no habiamos oido pronunciar de ese modo. ¿De qué sirve ser duque de Romaña y poseer coronas?

—Entre nosotros, hermano mio, dijo, no hay títulos ni territorio. Solo hay la virtud que pueda separarnos y marcar la distancia.

—¡La virtud! Esa es demasiada sinrazon.... Vamos, vuelve en tí, hermana mia: cuando estamos solos no debemos volver á encontrar sino la dulce embriaguez de los pasados tiempos.

—¡Ah! Por favor olvidemos ese tiempo, no lo recuerdes á mi memoria.... ¡Ni una palabra de las de entonces, ni una, si no quieres que me muera de vergüenza!

Y al hablar así juntaba sus manos en ademan suplicante, y Valentinois sentia aumentarse su sorpresa.

—¿Eres tú la que me hablas? la dijo cual si dudase de la verdad de aquella escena. No veo en tus facciones el signo de una burla satánica.

Dime al fin qué ha pasado en tu corazón, y cuál es la clave de tu misterio.

—¡El amor! respondió Lucrecia con apasionado acento.

—¡El amor! repitió el duque con violencia, es la segunda vez que Lucrecia dice esta extraña palabra, ¡a mí!

—Sí, ¡yo amo! añadió Lucrecia con audacia; sí, ¡amo á Astorre, y tú quisieras robarlo á mi ternura!.... ¡le amo, sí, cual jamás esperaba amar!.... ¡No es un sueño vago de la infancia, no es el fogoso impetu de la juventud, aquella sed inestinguible de sensaciones.... es un placer, pero puro y dulce, y sin remordimientos! ¡Es un sueño que mece los días demasiado cortos y que quisiera una detener, es una realidad que reanima las noches en el seno del sueño!... ¡Oh, hermano mío! ¡Es la felicidad!

—¡Hermana, hermana!.... Tu cabeza se pierde, la fiebre te agita. ¿No es verdad? Dímelo; me asustan tus miradas.... ¡Tengo miedo! Se dilatan tus pupilas, y me han dicho que es un presagio de muerte.

Entregada enteramente á sus ilusiones, no escuchaba Lucrecia esta siniestra observación: ella que temblaba á la sola idea de la muerte; ella á quien también le habían dicho, cual una observación frecuentemente hecha en el pontificado de su padre, que el veneno producía este efecto singular en la dilatación de las pupilas. Llena de dulce éxtasis, dominada por la exaltación, revelaba su alma y sus miradas por el sonido de su voz, por ese no sé qué de poético y de encantador que embellece á la mujer en sus momentos de delirio y entusiasmo. Así se explicaba la mudanza verificada en ella más que por sus palabras. Un furor concentrado, involuntario, inesplicable, devoraba al duque, y con mano trémula estrechando el brazo de su hermana la preguntaba con timidez, y más dirigiéndose á él mismo que á ella, quien había producido aquel milagro.

—¡El! Mi Astorre, un joven hermoso, pero que es preciso ojos de mujer para mirarle, un corazón de mujer para comprenderle.... Es á la vez la esperanza y la realidad de nuestros primeros deseos, de nuestros deseos de la niñez, y de todos los que se han formado en nuestro corazón durante la vida.... Es el porvenir, la eternidad. En una palabra ¡es Astorre!

Borgia permanecía agobiado, silencioso, con la mirada triste.

—¡César mío! continuó Lucrecia dejándose llevar de todos los transportes del entusiasmo, recuerda que he querido joyas que no tenían precio; pues bien, me son indiferentes hoy.

—Y yo, pensaba el duque, he querido provincias despues de haber tenido placeres.... Creia completar con esto mi vida; tenia ilusiones, las que dan la gloria y la fama.... Todas las siento desvanecerse al escucharte, y me aterra el horroroso vacio que reina en mi alma.

—Tú sabes que agradar era todo mi placer, hermano mio, prosiguió Lucrecia, tú sabes que gozaba con los homenages que tributaban todos á la hermana de César Borgia; me complacia en enamorar con mi belleza á todos en Roma. Hoy solo en algunos momentos deseo estar hermosa, pero solo para sus miradas, para las tuyas; ¿qué me importan los demas? No vivo mas que para él; ¡es el objeto de todas mis acciones, es mi polo, es mi vida!....

—¿Dónde encuentra esta fuerza, esta voz que apenas comprendo? dijo Valentinois hablándose á si mismo maquinalmente en voz baja.

—¿Dónde, hermano mio? respondió Lucrecia, ¡en el amor! ¡Ah! ¡Cuánto le amo, y cuán orgullosa estoy con amarle!.... La muger que la ambicion de su familia ha prostituido á tantos maridos ha encontrado en un sentimiento verdadero una resistencia. Mi corazon ha tornado á su juventud, y vuelvo á comenzar la vida; la vuelvo á comenzar noble, pura y virtuosa.

Por un movimiento de frenesí, Valentinois con los brazos estendidos y llamándola con conmovida voz, se habia acercado á ella.... Palideció Lucrecia y le rechazó de si con horror....

—¡Márchate, márchate! ¡No manches con impúdica mirada la muger regenerada!.... Ya no soy mas aquella Lucrecia Borgia que osaste envilecer con tus caricias.... Soy tu hermana ¿entiendes? ¡Soy tu hermana y no lo olvidaré mas!

—Sin embargo, tú me recordabas á Roma y el tiempo de nuestros placeres. A tu llegada me sonreías con coqueteria.... hacias esfuerzos para agradarme...

—¿He dicho eso?... Si, sin duda: el dolor debilita mis facultades.... Y débil muger recobra á veces el hábito su tiránico imperio... Y cuando se viene á pedir gracia é inclinar la voluntad de un poderoso es preciso bajarse... Pero me levanto al fin...

Guardando de pronto silencio, cual si tristes pensamientos se agolpasen á su corazon, dejó caer sin fuerza su graciosa cabeza, quedando embarazado con su comportamiento su hermano, porque era incomprendible para él cuanto pasaba. El duque, que por primera vez sentía aquellas emociones, la decia con voz débil, cual si hubiese encontrado reposo en oirla:

—Habla, pues, Lucrecia, habla.

—¿De él, exclamó ésta, de él, César? ¡Ah, si tú le vieras! ¡Vuélvemele, hermano mio! Sin él me consumo, me muero... ¡Vuélvemele, y bendeciré tú nombre, diré con orgullo: ¡Cesar ama aun á su hermana!...

—Si, Lucrecia, si, respondió Valentinois preocupado de ideas que se multiplicaban en su imaginacion: si, Lucrecia... te he comprendido... le quieres bien... y yo habia pensado ya que este poder que me hace temer de la Italia entera, no es la soberana grandeza... Me ha sucedido algunas veces creer vagamente en el seno de los placeres, y todo se sometia á mis placeres, que la felicidad no consiste en el delirio de los sentidos.... Se ha destruido el prestigio.... No, no, yo no he amado.... Yo no he amado aun. Tenia necesidad de oírte, hermana mia. Tú me revelas un porvenir, porque al fin yo no he sentido todos los transportes de una pasión pura y verdadera..... Mira mi cabeza encanecida, encorvada... ¡Pero, Lucrecia, mi corazón está hirviendo! Oye los saltos que da dentro de mi coraza.

Lucrecia sintió una dulce compasión por aquel, de quien ella la aguardaba. Prodigóle consuelos y caricias: y Valentinois conmovido pero tranquilo, la miraba con ojo ávido, y la decía lentamente: hermana mia, déjame tomar en tus ojos, en tu frente, en tu porte, esa virtud que da tanta energía... Quiero conocer la virtud, quiero amarla...

—César, César mio, respondia ella, volved la libertad á Astorre, es volverme la mia.

—Si, yo le veré, Lucrecia, si, yo le veré... ¡Qué tiemblen si han tocado á uno solo de sus cabellos!

—Te doy gracias, hermano mio, y en mi impaciencia cuento los momentos.

—Yo tambien, hermana mia.

Y saliendo bruscamente, con la cabeza baja, con aire meditabundo dejó á la duquesa de Este en el colmo de la alegría y de la esperanza.

Empero sondeando su pensamiento, tratando de explicar sus sensaciones, no encontró en su alma mas que unos punzantes celos una rabia secreta de que en vano queria rechazar el objeto y cuyo misterio penetraba sin embargo poco á poco.

—¡Cómo ama! pensaba, ¡y cuán feliz es en amar!... ¡Hé ahí la felicidad que faltaba á mi existencia y que buscaba en la victoria!... Mi corazón está vacío, lo conozco en este instante: no lo llenan todos los favores de la fortuna... ¡Feliz Lucrecia!... ¡Amar!... ¡si amar!... Amar un ser que no es uno mismo, consagrarle su vida, estrecharle en su em-

briaguez, y temblar de respeto y de amor en su presencia, al ruido de sus pasos... Vivir con su pensamiento, con su recuerdo... ¡Oh! si esa es la felicidad... ¿Me será negada? ¿No puedo yo tambien volver á mi juventud, regenerar mi vida como la bienaventurada Lucrecia? ¿Purificarla como ella, por el amor?... ¡Cuán hermosa estaba, cuán grande era al revelarme su alma, al hablarme de su amor, y de su Astorre!!!... ¡Astorre! voy á verle. No se dirá que envidio los tormentos de mi hermana, sus lloros, su esperanza, sin conocer al que ha causado tantas mudanzas...

Despues, llamando á un guardia, dió orden de que hiciesen venir á su presencia á don Ramiro de Orco.

XXV.

Al entrar en su aposento Valentinois encontró en él á sus confidentes que le aguardaban con impaciencia. Los papeles que tenian en la mano anunciaron al duque que importantes negocios reclamaban su atencion. Un gesto enérgico espresó solo el fastidio que experimentaba por la inoportunidad de aquellos trabajos, pero resignado escuchó una larga racion del canciller, que por embrollada que fuese la cuestion no se le escapó ningun detalle, y dictó sus ordenes con claridad y precision. Habia en su juicio alguna cosa de equitativo y superior, y podia asegurarse esto desde luego, aun cuando la cabeza del principe se hallaba agitada en aquel momento y era presa de unos celos sin objeto como los del envidioso...

Terminado este trabajo, escucho á Agapito; y dueño de si mismo, sus escribientes pudieron notar en el color de su rostro, mas pálido que de costumbre, en su frente arrugada y en su ojo apagado, que todo esto era indicio y efecto del interior movimiento de esa psicologia que producen las decisiones de una alta política y notables previsiones...

Hubo, sin embargo, don Ramiro por su presencia de apartar al Valentinois de estas graves y saludables ocupaciones. Solo con el podestá tembló, que aquel hombre de sangre hubiese cumplido fielmente las ordenes terribles que las circunstancias hacian necesarias para la seguridad de su poder. No se atrevió á abordar francamente el punto que tanto le importaba esclarecer, y fijando sobre la sombría cara del justicia mayor una penetrante mirada, pensó que seria un dia de equidad aquel

en que los habitantes de tantas ciudades sometidas á su jurisdiccion viesen el cadáver de aquel servil instrumento, servir á su vez de espectáculo á la muchedumbre, y respondiendo á sus saludos con un aire cortés, que era para aquel personage la mas dulce recompensa,

—Si tengo buena memoria, don Ramiro, le dijo, teneis en vuestras prisiones al conde Astorre de Faenza... ¿Lo teneis aun, no es esto?

—Excelencia, respondió el podestá con un tono de temor; preciso es que me perdoneis... No sé que razon me ha hecho tomar sobre mí.... No pareciais dar grande importancia á su vida....

—¿Le habeis muerto? exclamó el duque interrumpiéndole.

—¡Ay, señor, no! reconozco mi falta; pero ocupaciones constantes me han impedido dirigirle á Roma con buena escolta cual habiais mandado...

—En efecto, lo recuerdo; queriamos que el conde de Faenza y la condesa de Forli fuesen tambien vecinos en el castillo de Sant-Angelo, como lo eran sus señoríos en Romaña... Y bien, Astorre está en la Cattedralica...

—La prision es alegre, convengo; sin embargo es segura; no nos ha permitido el tiempo transformar las mezquinas casas de la aldea en un bueno y sombrío calabozo; en lo sucesivo lo haremos mejor.

—¿Está el conde solo en su calabozo?

—Si, excelencia, aunque la prudencia nos ha obligado á encerrar un gran número de vagos sobre cuya suerte no trataré de llamar vuestra atencion. La recomendacion que me habeis hecho relativa á este prisionero, nos ha hecho tomar cuidado...

—Gracias, buen Ramiro.

—Serán cumplidas con exactitud vuestras intenciones. El conde tiene grillos en los pies y en las manos, y dudo que intenten libertarlo aun en la nueva morada, hasta que una ocasion favorable nos lo haga conducir á Roma.

Una involuntaria contraccion, pero rápidamente comprimida, fué la respuesta de Valentinois. Su ojo lanzó el relámpago de una repentina cólera, é inmediatamente quedó mudo, cual si su boca habituada á ocultar tantos secretos, temiese pronunciar mentirosas palabras.

—Ramiro, dijo, queremos ver al conde de Astorre sin ser conocido; ¿lo entendeis? Queremos observarlo, sin que lo sepa, y poderle hablar; tal es nuestra voluntad.

—Tendré el honor de acompañar á su excelencia.

—Haced de modo que nadie pueda pensar que estoy fuera del cam-

pamento; bajo la armadura de un simple escudero seguiré vuestros pasos, fiel podestá... Esos grillos estaban de mas... Marchaos; no tardaremos en haceros llamar...

El justicia mayor obedeció, según su costumbre, sin replicar una palabra, sin concebir un pensamiento, y el duque permaneció unos momentos absorto en sus meditaciones. A medida que preguntaba á su conciencia, encontraba en ella mas turbacion; érale mas difícil dar un nombre al extraño sentimiento que le hacia esperar y temer, rugir como el leon, y suspirar como la paloma; sentimientos que parecia reunir á todos los éstasis de una muger alguna cosa de la voluntad del hombre, tan terrible algunas veces en los príncipes. Despues ofrecíasele á su fantástico pensamiento el brillo de un jóven confundiéndose con el de su hermana, y esta union mística de las almas le asustaba como un espectro, que estendiese sus brazos hácia él... Bien pronto ya no eran mas que unos sombríos celos, que pesaban fuertemente sobre su corazon, que le sujerian ideas de venganza y el triste placer de turbar una felicidad de que él estaba privado; despues una emocion repentina sucedia á proyectos siniestros, y el recuerdo de Lucrecia renacia con todos los encantos de su fogosidad apasionada, con todo el entusiasmo de su amor.

Don Ramiro, con una prudencia digna á veces de él mismo, y de su amo, habia dado orden de asegurar á todos los viajeros extraños al ejército del duque, y sus esbirros cumplian con una puntualidad rara el cuidado de llenar las prisiones. Si despues del arresto prévio, los que lo sufrían querian hacer valer sus cualidades, ó mostraban algunas veces los salvo-conductos, se les llenaba de consideraciones, y se les ponía en libertad, escoltándolos con tanta galanteria como crueldad habian puesto en prenderlos. De esta suerte se llegaba á coger á los espías, se conocian los secretos y se llegaba á detener la marcha de los portadores de noticias. Altos personajes, tratados de propósito como indignos impostores, reflexionaban á veces entre cuatro paredes sobre el poder del nuevo señor de la Romaña, y siempre sacaban algun provecho de estas meditaciones. Era el Papa, ó su hijo, su fiel intérprete, el autor de este sistema.

El justicia mayor habia convenido en que la pobre aldea de la Católica, hablando del lugar que servia de residencia momentánea á sus huéspedes, era una hermosa y buena prision para ser improvisada, y en ella yacía el conde Astorre. En un patio cuadrado, cercado de altas paredes, los habitantes de la triste estancia respiraban el aire en co-

mun, y desaparecía la diferencia de sus condiciones por la semejanza de su fortuna. Allí, es donde bajo una sombría capa, el cardenal de los Ursinos, y pronotario de Bentivoglio se habian reconocido reciprocamente con gran sorpresa; allí es donde Marina y la gitana se habian vuelto á encontrar, asombradas las dos de verse prisioneras, despues de las órdenes que se habian dado para proteger su retirada, allí es, donde todo imprudente tenia que meditar, durante algunos dias al menos, los peligros de esponerse á las sospechas de los agentes de César Borgia.

Sin embargo, por orden espresa de su amo, el cardenal de los Ursinos y el pronotario Bentivoglio habian sido detenidos. Sus salvo-conductos, y sobre todo su calidad debian hacer á don Ramiro circunspecto, pero una irregularidad deslizada de propósito en el uno, y el testimonio de un soldado que jura no reconocer en ellos los dos altos personajes y á quienes habia tenido ocasion de ver muchas veces, segun decia, daba cierto aire de legalidad á su arresto. Esta comedia protegia ademas un plan hábilmente concebido, por que falsos prisioneros esparcian falsas noticias, y gente se encontraba allí para dejarse corromper, y para servir la correspondencia, que era importante que estos nobles mantuviesen con su familia durante su detencion. Ademas, por esfuerzos que intentasen para recobrar su libertad, veíanse obligados á resignarse, por que se les habia dicho que el duque habia ido al encuentro de un refuerzo de infanteria francesa destinada á detenerse en Bolonia, y de que don Ramiro el gobernador civil, bajo cuya jurisdiccion se hallaban, acompañaba á su excelencia. Todas estas falsas noticias, unidas á noticias estrañas de otra especie, falsas tambien y contradictorias, no hacian mas que estimular la necesidad de una pacificacion indispensable.

Cuando la Zingana vió en la prision á la madre de Agosto, cruzando sus ennegrecidos brazos sobre su pecho, y meneando la cabeza, habia hecho oír estas siniestras palabras:

—Hija del Titan, hé aquí lo que se encuentra al lado de los príncipes, cadenas, calabozos, y las dos gustábamos de respirar libremente el aire de las montañas.

—Zingana, he vuelto á ver á mi hijo; le he estrechado en mis brazos, y mi corazon ha palpitado al dulce sonido de su voz.

—Hija del Titan, ¿tú corazon de madre ha olvidado que lo han robado á tus brazos y que era prisionero de Valentinois?

—Prudencia, Zingana, porque me ha dicho mi Agosto que el misterio protege su vida y la mia, y mi Agosto no ha faltado á la verdad.

—Pero ¿si el traidor le engaña como á tí?.....¡Desgraciado el que

se fia de las palabras de los príncipes! Su boca no contiene mas que mentiras.

—Cesa en semejante lenguaje, Zingana. Me ha dicho que espere un tiempo mas feliz. Cuando guiaba mis pasos fuera del campamento, cuando me enseñaba nuestras montañas, lloraba de ternura y de amor, y el respeto se hacia sentir en sus discursos, cuando hablaba de su padre....

—Pero estás en poder de ese hombre sangriento, cuyo oficio es encontrar crímenes en todas partes. ¿Y quién te defenderá contra su espada que llaman justicia? ¿No sabes que en la comitiva de los príncipes se encuentran verdugos?

—Mi hijo tomara mi defensa, y Dios es justo, si bien los hombres son perversos.

—La piedad es un triunfo para los príncipes; los poderosos no tienen compasion, y estamos prisioneras. Un ciudadano de Florencia me ha visto pasar en compañía de mi hijo, y no ha dado muestras siquiera de haberme visto; á mi, que estoy pagada para decirle los secretos.

—No acuses sino el cielo de esos hombres groseros. Estoy sin miedo porque no tengo culpa; bien pronto estaremos libres.

Así en aquella triste estancia cada uno se alimentaba de sus pensamientos, porque el poder y la fuerza de la esperanza es lo último que muere en el fondo de los calabozos. La diferencia de los caracteres daba una especie de variedad á esta vida monótona. Todo recién llegado allí servia de alimento á la multitud curiosa y ociosa al mismo tiempo. La gitana fué recibida con risas, que bien pronto reprimieron sus palabras severas.

—¿De que os reís? les decia, ¿de que soy vieja? No echaria de menos la vida. ¿De que soy pobre? Moriré mas tranquila, y despues que el gefe de la Iglesia ha hecho tres veces el signo de la redencion sobre mi cabeza.... Reid, reid, desgraciados, cuando la muerte se mece sobre vuestra cabeza; del cielo pende siempre vuestro espiritu.... Si Borgia no ha escrito encima de la puerta de esta prision lo que el Dante leia sobre la del infierno, es porque Borgia es mas maligno que el mismo Satanás.

Por un efecto moral de su carácter, llegó á tomar sobre todos un ascendiente de que ninguno se podia sustraer.

Al penetrar Valentinois en aquella sombría morada, recibió una de esas impresiones que pesan largo tiempo sobre el corazon, cuyo estremecimiento es lento al extinguirse como el sonido de una campana en

noche silenciosa. El primer objeto que chocó á sus miradas, fué Marina, rodeada de curiosos que se agolpaban alrededor de la Zingana. La actitud imponente de la muger engañada, le hizo echar mano á su visera, como para asegurarse de que era imposible le reconociese; cerca de aquel grupo el cardenal y el pronotario hablaban misteriosamente. De una ojeada el señor de la Romaña, reconociendo el recinto y tratando de reconocer ademá á los que contenia, comprendió que la severidad de su agente era una parte del secreto de su tranquilidad.

—Plaza, plaza al maestro verdugo, dijo la Zingana con una voz de trueno.

Habia en esta imprecacion algo de siniestro y de solemne que impuso fuertemente el alma de Valentinois, el cual en aquel momento bajo su modesta armadura no era el príncipe sino el hombre de quien la verdad podia hacerse oír, y comprendió que una parte del terror que inspiraba su ministro recaía sobre él. Así, sea que la emocion nueva que le agitaba secretamente le hiciese accesible á los remordimientos, sentia un impulso generoso, una veleidad de perdon y de olvido; pero examinándole los prisioneros sin abandonarle, y la gitana apostrofándole con vehemencia, se apresuró á dejar su lugar.

—Y bien, decia la vieja adivina siguiéndole con tono burlon, ¿no podrá verse tu cara, hombre de hierro? Tu presencia es de un triste presagio, porque marchas seguido de un cuervo.... Responde, ¿á quién vas á matar? ¿Quién de nosotros debe servirse hoy en la mesa de tu amo?

Habia visto Borgia cerrar sobre sí las ferradas puertas de muchos cuartos, y aun resonaba en sus oidos la voz de la Zingana.

El calabozo en el cual habian encerrado al conde Astorre era oscuro, y Ramiro despues de haberle hecho abrir, ordenó que le trajesen una lámpara; despues, colocándose cerca del prisionero, se sentó y le interrogó. Borgia de pie, á algunos pasos de él, silencioso, observaba todo, y ocultaba bajo su visera las mudanzas de su emocion. Indiferente á las preguntas de su ministro, recogía con avidez las menores palabras del jóven; el sonido de su voz le causaba una sensacion indefinible, y al mismo tiempo interrogaba tambien á las facciones, á los movimientos, á los suspiros de la víctima. Sus miradas le contemplaban sin que pudiese apartarse de ellas, y sin pararse tampoco en su alma para hacer nacer en ella sentimientos encontrados, la rabia ó la compasion, un pensamiento de celos ó el abatimiento mas absoluto.

—¡Hele ahí; lo veo! pensó él; ese es el que Lucrecia ama con passion.... ¿Y qué encanto encuentra mi hermana en el amor de un niño?

Hay en él la natural debilidad, acaso gracia.... ¡Pobre Lucrecia! ¿Y por eso ha dejado á Ferrara? ¡Para venir á verlo ha atravesado la Romaña; para venir á pedírmelo, ella que en otro tiempo no encontraba un hombre que valiese un suspiro!.... ¡Y yo la he visto á mis pies suplicándome por ese niño!.... Si; pero el amor que experimenta, esa felicidad que le da tanta fuerza, me ha dicho, no es una impresion grosera que nace y se estingue, ni es de esos afectos que brillan y se abaten; es una cosa duradera, renaciente, que da cada dia mas embriaguez; es una ocupacion constante para todos nuestros sentidos; es la vida sin limites.... ¡Y yo no tengo corazon para semejantes sentimientos, ó al menos mis miradas no han encontrado miradas que se lo revelasen!.... ¡Yo, el señor de tantas provincias!!.... ¡Y mi hermana será feliz en su egoismo por él; olvidará todos los temores que da el trono!.... ¡Y yo he de tener presente siempre el espectáculo de su alegría, yo desheredado de todo afecto puro.... yo que no aguardo sino la hora en que deba ver un ser querido para hallar mi felicidad en verle, en oírle!.... Pero ya veo, ya orgo á este Astorre: tenia razon Lucrecia; es hermoso y debe serlo en los dulces momentos que pasen bajo su mirada, como dice, y entre sus brazos en un cambio de palabras enamoradas, en el olvido del mundo....

Una turbacion desconocida se apoderó entonces de su alma, confundíendose todas sus ideas en una sola, vaga, sin objeto; las lágrimas se agolparon á su pupila sin que las sintiese correr. Ramiro, despues de haber agotado todos los motivos de preguntas que se le habian ocurrido, preguntas á las que el conde respondió con desdeñosa dignidad, que anunciaba la elevacion de su alma, Ramiro escribió lentamente algunos renglones insignificantes, hasta que al fin Borgia dió la señal de partir como habian convenido entre ellos.... Pasábase el tiempo; de repente, saliendo de su meditacion, el señor exclamó con un tono brusco:

—Marchemos.

XXVI.

Pasando la débil distancia que separaba la aldea del castillo, caminaba Valentinois silencioso, con la visera siempre baja. Ramiro á su lado aguardaba sus órdenes para tener un pensamiento.

En este camino, á poca distancia de la entrada del campamento, hallábase sentado Agosto, cuando Maquiavelo le dirigió la palabra.

—¿Qué haces ahí, tú, jóven, con la cabeza baja y la vista fija? ¿Estás pensando en tu montaña?

—¡La montaña! Vedla allí, señor embajador, y la buena Marina sin duda ora en este momento por los que le son queridos.... Pero os debo decir la verdad, á vos que sabéis decirla en todas ocasiones; la patria y mi madre no ocupan ya mis pensamientos; aguardo aquí á una dama... ¡Cuán bella y cuán graciosa es! No os sorprendais, ciudadano de Florencia, es la duquesa de Ferrara. Me ha mandado que la aguardase, y me siento muy feliz en acompañarla en el paseo; nada hay que no esté dispuesto á hacer en obsequio suyo, por el honor de agradarla y de merecer una sonrisa.

—Es un buen sentimiento, Agosto, y la hermana de Valentinois no es estraña para ti.

Al decir Maquiavelo estas palabras, hizo conocer toda su intencion con la mirada y con el acento. Habia visto brillar tanto los ojos de Agosto cuando hablaba de su dama, que debió pensar desde luego que el amor ocupaba ya el corazon de aquel jóven; pero el nombre de la duquesa de Este venia á cambiar enteramente la faz de las cosas: quería recordar al jóven aquel título de tia que por los vínculos de la sangre destruía las seductoras ilusiones de las primeras emociones que causa en nosotros la vista de una muger; pero el montañés no se asustó de la idea que semejante sentimiento debia producir, venciendo su entusiasmo el mal cuya posibilidad trataba de demostrarle el florentino.

—No podrá desmentir esa sangre de Borgia de que ha nacido, pensó Maquiavelo. Sin embargo, me tranquiliza su inocencia; y esta efervescencia de los sentidos que despierta por primera vez, esa secreta inquietud que queda sin motivo, ese ascendiente de la belleza tan poderoso á los ojos que se admiran de ver lo que la imaginacion comienza á comprender, todo este brillante prestigio que rodea á Lucrecia, debe desaparecer cuando á la vista de alguna jóven doncella adornada de las sencillas gracias del pudor admire la que puede querer.

Cesando de concebir estos temores, dió un giro mas serio á su conversacion.

Bien pronto precedida de sus pages, seguida de sus camaristas, la duquesa de Este se adelantó lentamente, porque su delicada salud la hacia fatigarse. Si la esperanza no la habia devuelto la ligereza de la edad, habia, sin embargo, en sus pasos una graciosa magestad, y tanta delicadeza en los contornos de su persona, que encantado á su pesar Maquiavelo, no pensó mas que en agradarla.

—Señor enviado de Florencia, le dijo saludándole Lucrecia; mi buen ángel ha hecho que os encuentre. Queremos gozar de la hermosura de la tarde, y tendremos mucho gusto en hablar de Toscana: es el país de las maravillas; el Dante desterrado lloraba á su patria.

—Hablar de mi país á la duquesa de Ferrara es servirla, y no hay nada noble ni generoso de que la señora no participe.

—Galante sois, caballero; el Arno corre entre palacios, y las artes han dulcificado las costumbres de vuestros conciudadanos.

—Sin debilitarlos, señora; amamos la libertad, y las virtudes de la república tienen allí su culto también.

—La libertad.... ¿Vale tanto como el yugo de un ser querido? No os tengo rencor, por haber arrojado á los Médicis; son gente bien intencionada, que no desea mas que la gloria de la Toscana.

Inclinóse Maquiavelo con respeto y guardó silencio; pero Agosto á quien el arte cortesano no le era familiar hasta hacerle callar con prudencia los sentimientos de su alma, respondió con varonil seguridad:

—En Florencia, como en la montaña en que he nacido, no se quiere, señora, reconocer yugo alguno.

—Os habeis puesto encarnado, grave y digno político, dijo la duquesa con un tono medio burlon. Sospechaba que el duque de Valentinois llamase á su lado á hombres consumados en el arte de reinar; tendreis sin duda voto en el consejo.

—Puedo asegurar á la señora, replicó Maquiavelo, que hay pocos hombres hechos que valgan tanto como el joven romano Papiro, que instado por una mujer para conocer lo que se había tratado en el senado durante la sesión á que asistía, respondió por una chanza....

—La conozco, señor embajador. Veo que hay alianza entre vosotros, y no me siento con fuerza luchar; me declaro vencida. Allí viene don Ramiro en compañía de un hombre de armas. Agosto, decid al guerrero que la duquesa de Ferrara le aguarda aquí.

Al recibir Borgia el mensaje de su hermana, sintió un secreto movimiento de cólera. Aquella impaciencia que la traía á su encuentro le hizo salir de su meditacion y experimentar una de esas pueriles contrariedades que no siempre tenía fuerza de vencer. Aproximóse á la duquesa, y sin disimular el mal humor que le causaba su presencia en aquel momento, iba á hablar cuando vió á Maquiavelo; pero este aspecto suspendió menos las palabras que se disponía á decir, que el súbito sentimiento que penetró en su corazón al ver mas de cerca á la duquesa. Hacía muchos años que no le parecía tan bella. La alegría y la esperan-

za animaban aquel rostro encantador y sus facciones finas y delicadas respiraban tanta dicha, que no tuvo valor de turbar su serenidad. Entonces levantándose la visera de su casco, dijo con tono cortés:

—Hágase vuestra voluntad, hermana mia; cedemos á vuestra invitación, á pesar del deseo de llegar pronto al campamento donde negocios importantes nos aguardan.... Pero ¡vive Dios! que es un capricho de muger pasear en el camino real, cuando un jardín ofrece mas verdor y frescura con las hermosas fuentes que hay en él.

—No encontréis extraño, hermano mio, que tenga impaciencia en veros, cuando vuestra presencia da la felicidad, y la promete aun.

No respondió Valentinois, pero su mirada pintó cuanto pasaba en su corazón. Felizmente Lucrecia, entregada á sus meditaciones, no interpretó esta mirada siniestra. Volviéndose el duque inmediatamente hácia Maquiavello, halló en la necesidad de una secreta conferencia pretexto para escaparse por aquel momento de su hermana. Tomóla la mano, se la besó estrechándola tiernamente, y engañando este mudo lenguaje á la pobre muger, respondió á él con una sonrisa y una dulce súplica.

—Una palabra, César, le dijo en voz baja, una palabra de él; ¿lo has visto? Dime que lo has visto, y aguardaré que quieras venir al lado de tu hermana para hablar de él.... de él....

—Le he visto, Lucrecia, y no tardaremos en daros cuenta de nuestras escursiones.

Después se alejó de ella, dejándola encantada al saber que Astorre se encontraba tan cerca de ella, y que iba á ser devuelto á su amor. Agosto la acompañó hasta la playa, donde fué á sentarse y meditar contemplando las olas del Adriático que venian muelle y suavemente á espirar á sus pies, mientras el duque y el enviado florentino entraban en palacio.

Durante el camino, Borgia pensaba en su hermana. Hábiale sorprendido la emoción que acababa de producir en él, encanto á que se creía ya insensible, y un nuevo sentimiento producido de repente en su corazón, calmó la fiebre que mantenía el deseo de una extraña felicidad, volvió la libertad á su imaginación, y le permitió mostrarse con Maquiavello tal cual él deseaba darse á conocer en Italia.

—Os veo muy rara vez, señor embajador, dijo; me lisonjeaba que adivinaríais que es preciso el concurso de todas las fuerzas; se siente gran placer siempre en veros, y espero que habreis obtenido inmediatamente de mi canciller el despacho de las reclamaciones de la república. ¿Qué sabeis de nuevo?

—He comunicado á los secretarios de su excelencia una nota de Juan Ridolfi sobre el movimiento de las tropas de los confederados, y principalmente de las de Vitellozzo.

—¿Un movimiento de tropas, respondió el duque, y tropas de Vitellozzo? Una parte de su artillería me pertenece, y se la he hecho pedir estos dias pasados. Puede decir á mis soldados que me envia esas piezas y con escolta, de miedo que los confederados no se las arrebaten, mientras que dará á entender á aquellos que su desigüo es prestarles socorro.... Todo es de temer de parte de este hombre, y aunque ha protestado recientemente de su adhesion á mi causa, este movimiento me inquietaria si no estuviese seguro de que los Ursinos no se moverán.... Ya veis bien, Maquiavelo, que está en el interés de la señoría florentina aceptar mi alianza.

—Florencia es amiga del duque de la Romaña, como del papa y del rey Luis. La señoría acaba de conceder públicamente el perdon de Grecheto y de Bianchino, solicitado por su excelencia.

—Los menores servicios que recibo de la república son muy grandes á mis ojos; mis adversarios me parecerán tanto menos de temer, cuanto que cada dia los conozco mas. ¡Vive Dios! Ese Vitellozzo, al que tanta nombradía han dado, jamás le he visto un rasgo de valor. No es bueno sino para devastar un pais sin defensa, saquear á los que no se defienden, y cometer perfidias de todo género. Nadie puede dudarlo, ahora que me ha vendido, aunque ha estado á sueldo mio y recibido mi dinero. Esta mañana el obispo de Tívoli, nuncio del papa en Venecia, me ha hecho saber que informado el gobierno veneciano de la rebelion del castillo de San Leo, ha protestado contra los gritos de San Márcos que allí se han oido.

—Ahora comprendo, excelencia, porque vuestro secretario Ramolino ha marchado con tanta diligencia á Venecia.

—Sin duda está en mis intereses dar gracias á la señoría veneciana de sus ofertas y amistosas disposiciones... Digo sus ofertas, señor embajador, porque no creo que ignorais que Venecia no ha renunciado á atacaros, y su amistad para mí en estos momentos lo es condicional. Que vuestro gobierno se esplique conmigo, Maquiavelo, que conocerá todo lo que puede aguardar de un amigo verdadero. Es singular que sus enemigos no quieren tratar sino conmigo, y á espensas de la república de Florencia.

—La república no tiene inquietud alguna sobre sus plazas, y el rey de Francia, su buen aliado, acaba de dar á la señoría fiel, armas que

podrán serla tan útiles como á sus amigos. El marqués de Mantua está hoy á sueldo de Florencia. Los florentinos son felices en impedir que instrumentos de tanta importancia pasen á manos de los que miran con celos la grandeza del rey. Este monarca no podia hacerles tomar un partido mas prudente, y que debiese ser mas agradable al duque de Valentinois.

—¡El marqués de Mantua! respondió Borgia reprimiendo el disgusto que le causaba esta noticia, es un hombre de bien, y le cuento en el número de mis amigos. Puedo enseñaros algunas cartas en que me ofrece ayudarme en todas mis empresas; me alegro mucho de tenerle por vecino.

—Comprenderá su excelencia que en la circunstancia presente la señoría debe estar orgullosa de poder hacer por el duque de la Romaña lo que el duque de la Romaña haria por ella en una ocasion. Los Ursinos y los Vitellis quieren contemporizar, nada mas; tal vez seria imprudente no fiarse nunca de ellos. Sin duda en su desesperacion piensan arrojarse sobre las tierras de los florentinos, pero contamos con el leal socorro de su excelencia, tanto como sobre los soldados del marqués de Mantua.

—No se moverán, Maquiavelo, porque mis tropas se han apoderado de Fosombrone y de la Pergola, y mis victorias los desanimarán.

Duraba aun esta conversacion cuando llegaron al cuarto del duque. Maquiavelo quiso retirarse, pero Valentinois le retuvo rogándole que aguardase mientras recorria unos papeles que le habian dado al entrar. El exámen duró mas de una hora, dando á medida que leia, sus órdenes en voz baja á Spanochi. Despdió despues á sus secretarios dando orden de introducir á Antonio de Venafre inmediatamente que se presentase. Despues, haciendo sentar á su lado á Maquiavelo, continuó:

—El confidente de Pandolfo, Petrucci, me ha pedido una entrevista; le creo enviado de los Ursinos. Veremos; escuchad Maquiavelo, recibo en este momento cartas de Francia. Vedlas aqui, leed. El embajador florentino se ha presentado á S. M. para instruirle de la sublevacion de los Ursinos y de su reunion contra el pontífice; ha manifestado las consecuencias que de esto podian seguirse, y le ha invitado á que interponga su poder para evitarlas, prometiéndoles que la señoría estaba dispuesta á sostener con todas sus fuerzas los intereses de la Santa Sede. Ya veis, Maquiavelo, que bien me sirven. Asi, pues, escribid á la señoría que me envíe diez escuadrones de caballeria; decidla que estoy dispuesto á concluir con ella una alianza estable, indisoluble, y de

que reportará todas las ventajas que puede esperar de mi poder y de mi fortuna; además, es preciso que me sirva contra los Ursinos, porque se dirigen sobre Fano, y los momentos son preciosos. El cardenal de la Rovera se dirige también sobre Fano en el momento en que recibo las cartas más sumisas; podéis leerlas también. Antonio de Venafre viene á tratar en su nombre..... Se dicen amigos míos y penetran en el territorio de Fano; ya veis como se portan. Cada uno de ellos me propone marchar sobre Florencia, cambiar el gobierno de la república...

—Su excelencia ve con que franqueza se ha conducido la señoría rodeada de inminentes peligros. Me ha encargado que os asegure de su amistad, sin inquietarse si os haran un cargo de aumentar vuestro poder y debilitar el de vuestros enemigos; ha roto todo vínculo con ellos, y ha dejado libre paso sobre su territorio. Esperamos que S. E. al tratar con los Ursinos ó con los demás, se acordará de nuestro comportamiento, y no consentirá nunca tratos contrarios á las protestas amistosas que nos ha hecho.

—Todo esto no hay que ponerlo en cuestion. Estad seguro que prevendré todo lo que pueda ser útil á mis negociaciones; porque yo trataré con los rebeldes, señor embajador, trataré con ellos, estoy decidido... Es preciso concluir con ellos; este drama pide un desenlace... La buena fé de estas nobles gentes debe ser recompensada... la de Venecia también.

Valentinois habia dejado, poco á poco, penetrar en su discurso un calor que manifestaba cuanto le interesaban estos manejos, y cuan impaciente estaba por triunfar de ellos. La especie de confianza que concedia á Maquiavelo, aunque subordinada siempre á sus grandes intereses políticos, dió el carácter de una confianza y abandono, de una dulce expansion, á esta entrevista diplomática. Además, encontraba sin saberlo en esta conversacion el olvido de sus recientes penas, de estas penas morales que raramente conceden tregua al alma, y el florentino le escuchaba con un sentimiento involuntario que parecia admiracion, ó al menos habia en el aspecto de un hombre poderoso que escitaba la atencion de la Italia uno de esos prestigios inseparables del poder. Este recuerdo y esta consideracion, influian naturalmente sobre el alma de un ciudadano tan superior á él mismo.

Como Maquiavelo escribia á la señoría, hallábase atento á las menores palabras de Valentinois á fin de grabarlas bien en la memoria y referirlas testualmente. Esa ocupacion mental debida al estudio que trataba de hacer del carácter del duque para juzgarle, tanto por induccion

como por sus discursos y sus acciones, le hacía ocupar una posición contraria á la que recomienda la política; pero había entre ellos aquella especie de simpatía que nace de la recíproca convicción de comprenderse.

—Si, prosiguió Valentinois, estoy dispuesto á concluir con los confederados... Quiero la paz, una alianza que no se pueda romper mas... Me aborrecen, pero me temen. He querido que fuese así, mi nombre es aborrecido como el de mi padre, y no se alza voz alguna para vengarnos de las injurias de que somos objeto..... No se saben apreciar nuestros esfuerzos; no se toman la pena de fondear nuestros proyectos, se detienen en los medios... ¿Somos acaso dueños de escogerlos? ¿Somos nosotros los que hemos puesto la Italia en el estado en que está?... ¡Ah! Si la religion hubiese podido mantenerse en la república cristiana tal cual su divino fundador la había establecido, los que la profesan hoy estarían muy unidos y serían mas felices que lo son hoy; pero ¡cuánto ha degenerado! La prueba mas grande de su decadencia es ver los pueblos mas inmediatos á la iglesia romana, á la capital de nuestra religion, obedecer al escándalo y á la impiedad de la rebelion..... Tocamos el momento de la ruina ó del castigo... Pero, ¿qué quieren, pues, los pueblos?

—La libertad.

—¿La libertad? Esa es la que yo quiero darles; y si examino las causas que les hacen desear ser libres, veo que los que la reclaman tan apasionadamente no la quieren sino para mandar, para oprimir...

—Ese es un número muy pequeño, pero el gran número de ciudadanos la apetecen para vivir con seguridad.

—Pero la seguridad está al abrigo del trono, y no de esas instituciones tumultuosas que agitan los ciudadanos sin conducirlos al objeto que deben alcanzar. ¿Habeis visto la Francia, Maquiavelo, y habeis reflexionado sobre el orden que reina en ella? ¿Sabeis la historia del rey Luis XI, y qué frutos ha sacado de su despotismo la causa popular? Moisés, Licurgo, Solon, no consiguieron establecer leyes favorables al bien público, sino porque obtuvieron de los pueblos la autoridad mas absoluta. El ejemplo de Agis, rey de Esparta, debe ser un motivo de reflexion para cualquiera que tenga el proyecto de ser un profundo legislador, ó un príncipe hábil. Agis intentó poner en vigor entre los lacedemonios las leyes que Licurgo les había dado; le parecía que Esparta al separarse de ellas había perdido sus antiguas virtudes, y por consecuencia su fuerza y su poder. Desde las primeras tentativas fué asesi-

nado por los eforos, como aspirante á la tiranía. Cleomene, su sucesor, se mostró animado del mismo deseo; pero ilustrado por las instrucciones de Agis y por los escritos en que este príncipe habia desenvuelto sus ideas y el espíritu que le dirigia, vió claramente que no podía hacer gozar á su patria de semejante beneficio sin reasumir en sus manos toda la autoridad. Convencido de que la ambicion de los hombres no permite hacer el bien general, cuando el interés de unos pocos se opone á él, aprovechó una ocasion favorable que le deparó la suerte, é hizo asesinar á todos los eforos, que tanto se oponian á sus proyectos. Entonces volvió á poner en vigor las leyes de Licurgo....¿Os asombra esto, Maquiavelo? ¡Y quereis responder! ¿Qué quereis?....Creedme bien, es preciso no reprender las acciones, cuya violencia al menos tiene por objeto mas reprimir que destruir. Los confederados me han dado una buena leccion, yo la aprovecharé. Me hacen conocer la necesidad de afirmarme en mis estados, antes de adquirir otros.... Yo no quiero el mando sino para volver á los pueblos como Agis y Cleomene la fuerza, el poder, ó las antiguas virtudes que han perdido....El mejor medio de mantenerse es poseer un buen ejército, hacer á sus súbditos felices, y tener buenos amigos....¿Me comprendéis, señor embajador?

Maquiavelo admirado no pensó en tomar la palabra.

—Si consultamos lo pasado, continuó el duque, si preguntamos á la historia, cuyas lecciones nos sirven para preveer, debemos encontrar un estímulo para el bien que Dios nos manda hacer. Entre los mortales que han merecido alabanza, los mas dignos de memoria son los gefes ó fundadores de religiones. Despues de éstos vienen los fundadores de repúblicas ó reinos, celébrase en seguida á los que colocados á la cabeza de los ejércitos han estendido el dominio de su reino ó de su patria. Deben agregarse á esto los hombres instruidos en las letras, y como hay muchas especies cada uno obtiene la gloria reservada á su clase. En fin, entre el número infinito de los humanos ninguno pierde la porcion de alabanzas que le es merecida por su arte ó por su profesion....Al contrario, se cubren de oprobio, de infamia y de odio los destructores de las religiones, aquellos que han visto perecer en sus manos las repúblicas ó los reinos confiados á su cuidado; los enemigos de la virtud, de las letras y de las artes útiles á la humanidad; tales son los impíos, los furiosos, los ignorantes, los ociosos, los cobardes, los hombres de nada.... y no hay nadie tan insensato ó tan sábio, tan corrompido ó tan virtuoso, que si se le diese á elegir entre estas dos especies de hombres no llenase de alabanza al que es digno de ser alabado, no cubriese de vituperio

al que es digno de ser vituperado. Sin embargo, la mayor parte de estos conmovidos por el atractivo de un falso bien ó vana gloria, se dejan seducir voluntariamente por la ignorancia como por el engañoso brillo de los que merecen mas el desprecio que la alabanza; y cuando podrian tener un honor inmortal fundando una república ó un reino, se arrojan á la tiranía, sin percibir bien al abrazar este partido que huyen de la fama, de la gloria, del honor, de la seguridad, de la paz y de la satisfaccion del alma, y que se esponen á la infamia al evitarse los peligros y las incomodidades. Es preciso dar un grande ejemplo. ¿Qué le echan en cara á mi padre y á mí, que no pueda vituperarse en ellos? ¿Cuál es el hombre bastante fuerte y puro en su conciencia para arrojarnos la primera piedra? ¡Ah! en vano busca mi memoria todos los que ocupan los tronos, todos los que tienen señorios y feudos. Yo me siento animado por una sincera conviccion, y me crezco á mis propios ojos. En cuanto á los prelados y á esos cardenales tan colorados de lujuria, existe uno solo, la Rovera....El solo....¿Pero que importa? Esos principes de la Iglesia acurrucados al lado de sus queridas.....

Detúvose de repente como herido de un rayo.... Su vista irritada se fijó sobre Maquiavello; un movimiento involuntario anunció alguna cosa de extraordinario y de espontáneo en su pensamiento, pero despues se apresuró á decir:

—Ya lo veis, Maquiavello; en vuestra presencia pienso en voz alta; me dejo arrebatarse de la indignacion que llena mi alma. Os la descubro toda, abrasada del amor de las grandes cosas, de las cosas útiles, de esas cosas que dotan el porvenir para siglos de felicidad y de tranquilidad....la unidad, he aquí la fuerza del principe, he ahí su representante, y Dios en seguida fecundándolo todo con su bondad sin límites....

El embajador florentino, el republicano Maquiavello al soplo del despota, penetrado hasta el fondo de su corazon de una admiracion que queria sofocar y disimularla, guardaba el silencio que impone siempre la superioridad. Desde que habia visto á Valentinois este personage habia sido para él el objeto de un estudio particular. Sus observaciones le traian profundas meditaciones, y en aquel momento absorto á pesar suyo por un pensamiento que acariciaba hacía algunos dias, no vió que el duque aguardaba una respuesta.

—¡Vive Dios! señor embajador, exclamó éste, que estais muy pensativo....habeis olvidado vuestro papel y yo estoy en el mio.... Vamos, habladme amistosamente como sobre el monte Guaita, si os acordais aun;

en cuanto é mí me complazco en recordarlo....¿Será una indiscrecion preguntaros el objeto de vuestras meditaciones?

—No, excelencia. La corte del duque de la Romana, aqui olvidado de los intereses de mi patria, el carácter del escritor se deja conocer, y he concebido el plan de una obra....

—¿Alguna sátira contra Valentinois, y toda la posteridad le juzgara á vuestro antojo?

—Si no tuviese el honor de aproximarme á su excelencia, podria tal vez ser eco del odio interesado de sus enemigos, pero debe ser muy otra cosa....Jamás los resortes, la conducta de esos hombres á quienes están confiados los destinos de las naciones han ocupado mas enteramente mi imaginacion; y seria tal vez un libro útil consagrar al *príncipe*, á sus acciones, á sus cualidades las reflexiones que me agitan.

—Muy bien: ¿quereis hacer el breviario de los reyes?

—No, excelencia; el manual de los pueblos.

—Maquiavelo, los hombres os maldecirán.

—Tanto, cuanto no sepan comprenderme.

—¡Ilusion de escritor! ¿Y cuándo lo podrán? El interés personal es el gusano que corroee el corazon antes que la fruta esté madura....Pero si vuestro *príncipe* estuviese en una situacion semejante á la mia, si se encontrase en la alternativa de castigar á los rebeldes ó perdonarles, responded, ¿qué partido le aconsejariais tomar?

—Que perdonase, excelencia.

Nada manifestó sobre el rostro de Valentinois que aprobase ó desaprobase el consejo, y su boca permaneció tan muda porque disfrazó su conciencia con las palabras siguientes:

—¡Ah! importante cosa es para un príncipe saber como se ha de conducir con sus súbditos y con sus amigos.... para hablar de lo que es y no de lo que el vulgo imagina.... Se veneran muchas veces repúblicas y otras gobiernos que no han existido jamás.... Hay tanta distancia de la manera con que se vive á la con que se debería vivir que se tiene por real y verdadero lo que debería ser sin duda, pero que desgraciadamente no lo es; corre á una perdicion inevitable, y asi yo no temeré decir á cualquiera que quiera ser enteramente bueno, que los que no lo son no dejarán de perecer tarde ó temprano. Un príncipe que quiera mantenerse debe aprender á no ser siempre bueno, para serlo tal cuando las circunstancias y el interés de su conservacion pueda exigirlo.... pero ser igualmente clemente y cruel á propósito de todo.... Los hombres, preciso es decirlo, son generalmente ingratos, mudables, disimulados, tími-

dos y dispuestos á ganar. En tanto que se les da son buenos, os ofrecen sus bienes, su vida, su sangre, hasta la de sus hijos, cuando la ocasion está remota, pero si se presenta se rebelan contra vosotros, y el príncipe que creyendo en tan bellas palabras descuida el tomar medidas de defensa contra los sucesos, corre riesgo de perecer, porque los amigos que se procura á costa del dinero, y no por las cualidades del espíritu y del alma, raramente están á prueba de la tortura y os abandonan en el momento en que se tiene necesidad de ellos.....Maquiavelo, creed á mi experiencia, y consignad en vuestra obra del *príncipe* estas máximas que encontrarán partidarios entre los reyes.....

Al hablar así meditaba proyectos importantes....pero un oficial vino á anunciarle la llegada de Antonio de Venafre. Maquiavelo se retiró con el alma comprimida por el poder intelectual de un hombre que se asustaba de comprenderse él mismo.

(La continuacion en los números siguientes.)

FILOSOFIA ALEMANA ⁽¹⁾.

KANT-FICHTE-SHELLING Y HEGEL.

Figuráos un filósofo que buscando un principio *á priori* del conocimiento humano, cierra herméticamente las ventanas de su estudio, se sienta de codos sobre una mesa, abisma la cabeza entre las manos, y despues de abstraerse hasta tocar en los limites del sueño, lanza en el vacío el principio de Descartes —«yo pienso, luego soy»—y despues de despojarle de toda evidencia *sentida*, dejándole solo una evidencia *lógica*, analiza —«el principio de todo conocimiento humano»—que quiere decir —«el conocimiento del conocimiento.» —Buscando este *noumeno*, que

(1) De algun tiempo á esta parte se está viendo en España á algunos jóvenes de grandes esperanzas mostrar una afición decidida por la filosofía alemana, afición que mas bien la creemos nacida de la imitación que del convencimiento. Además del sabio profesor don *Julian Sanz del Rio* y otros, uno de los jóvenes que con mas ahínco se propone popularizar entre nosotros dicha filosofía es el señor don *Emilio Castelar*, pues en pocos días le hemos visto hacer la apologia de *Kant* y de *Fichte*, apologias hechas con mas entusiasmo que exactitud.

Para desvanecer algun tanto las mentidas ilusiones que admiradores exagerados pueden hacer nacer en la juventud, copiamos la rápida esposición que de la filosofía alemana hace nuestro amigo el señor *Campoamor* en su libro del *Personalismo*, próximo á publicarse, y del cual ya se ha hecho un análisis en nuestra *Revista española de ambos mundos*.

Despues de hacer una estensa crítica del Panteísmo de *Espinosa*, sigue el señor *Campoamor* hablando de *Kant* y de sus sucesores.

en su lenguaje significa *una cosa como es en sí*, un principio absolutamente simple, *Kant* procede á fundar ese artificio metafísico que se llama *idealismo trascendental*.

Segun el método de *Kant*, su *noumeno* todavía es un fenómeno, pues antes del—«conocimiento del conocimiento»—está el—«conocimiento del conocimiento del conocimiento»—y, antes de este, otro, y así indefinidamente hasta llegar al último—«conocimiento de conocimiento»—que pudiese extraer una imaginacion toda india con una paciencia toda china.

Desde esta subjetividad indeterminada; desde este—«pienso»—difundido en el éter; desde esta demencia metafísica, *Kant* procede á crear su *idealismo trascendental*, la mas claravidente, la mas ingeniosa y la mas admirable pesadilla que un sueño de los diablos ha podido engendrar jamás en una cabeza humana. Es inútil advertir que partiendo de esa—«razon de la razon»—que es la frontera del *cáos*, el término del viage debe ser el pais de la *nada*. Despues de todo su artificio metafísico, *Kant*, lo mismo que Sexto Empírico, deduce como última consecuencia de su ponderado criticismo—«que nosotros no podemos afirmar la realidad objetiva de nada, porque todo lo que está fuera de los límites de la experiencia se nos escapa absolutamente.»—Francamente no valia la pena de explorar tantos horizontes, para descubrir tan pocos paises. La conclusion del *criticismo* se parece bastante á la relacion del demente de que habla Shakespear que perora y perora:

«Hasta que al fin conocen los oyentes,
que la conseja no les cuenta nada.»

Algo, sin embargo, se deduce de esta *crítica*, y este algo, en verdad, es mas tremendo que risible. El investigador de la—«certidumbre absoluta»—ha fundado la *negacion absoluta*. Entre las garras de su crítica, y en el abismo de su *razon pura*, arrojando todo lo particular y contingente en el sumidero *receptivo* de lo universal y necesario, ha proclamado el mas radical escepticismo, no solamente enterrando en él todo lo creado, sino que en el período álgido de su inspiracion ha llegado hasta á matar al mismo criador. Mas no os horroriceis de este deicidio nominal cometido por la lógica del bueno de Manuel *Kant*, porque á los siete años de haber perpetrado este asesinato científico en la *Crítica de la razon pura*, una mañana de esas que divinizan todo lo objetivo, y en la cual el inocente criminal se bajó de la nebulosa cumbre de

su desenfrenada subjetividad, tuvo el buen sentido de resucitar á Dios, acabando su escepticismo por un acto de *fé religiosa* fundada sobre la *crítica de la razon práctica*. ¡Cosa rara! *Kant* quita á la *razon teórica* la *posibilidad* de conocer la existencia de Dios y la espiritualidad del alma, y las recibe como *ciertas* en virtud de la *razon práctica*. Es decir que lo mismo que niega por la *razon* de la *razon*, lo concede por la *razon* de la *necesidad*: reniega de Dios en *teoría* porque *no lo necesita*; pero lo adora en la *práctica*, porque *lo ha de menester*. Este modo de ir á Dios por la *razon práctica* se parece bastante á la voluntad de los forzados á galeras que nunca conocen ni la conveniencia ni la justicia de su viage.

Concretándonos. Segun el modo de ver de *Kant*, ¿qué se entiende por *sugeto*? *Sugeto* es una cosa *en si misma*, es decir, un *noumeno*, un *ser de razon*, y como resultado de la *crítica de la razon pura* nos es absolutamente desconocido. Y siéndonos desconocido el *sugeto* ¿qué es el *objeto*? Segun el *criticismo*, el *objeto* es un *fenómeno* que no tiene mas realidad que la que le supone el *modo de ver del sugeto*, de modo que las causas de los fenómenos, es decir, los cuerpos, causas de nuestras sensaciones, no está en manera alguna probado que tengan una existencia fuera de nosotros.

Asi *Kant*, queriendo estudiar el *conocimiento* antes que la cosa *conocida*, le ha sucedido lo que al escultor que queriendo afilar demasiado el cincel lo desgastase completamente, quedándose de este modo sin cincel, y por consiguiente sin estatua; exactamente lo mismo que *Kant*, sin *conocimiento* y sin cosa *conocida*. De este exámen del conocimiento del entendimiento; de esta diseccion de la *razon* que no es mas que una parte de nuestra naturaleza moral, es decir de nuestro *yo*; no podia menos de resultar el cansancio, el desvanecimiento, la nada. No sé cuales serian las verdaderas intenciones de *Kant* al emprender una crítica que concluye por convertir al *sugeto* en un *presentimiento*, y al *objeto* en una *ilusion*; pero, aun suponiendo que fuesen buenas, se debe colocar á *Kant* al frente de esa tropa de filósofos que profesan el materialismo mas mazorral, mas ilimitado y mas profundo. Su idealismo universal, su subjetividad adelgazada, fundida, pasada por tamiz y perdida por último entre los filtros del disector, acaba por convertirnos en cuerpo y alma en la mas completa de las ilusiones. Sumida la *razon* en este caos, no solo no puede tener certidumbre de lo que sabe, sino que se declara incapaz de saber nada. Asi, despues de mal gastar muchas veladas en extraer las últimas consecuencias de todo el ultra-psicologismo de *Kant*

nos hallamos en el mismo caso que despues de haber leído este argumento de *Gorgias*—«lo que es finito y variable es mera ilusion; lo infinito es incomprensible para el hombre, luego nada puede afirmar la razon humana.»—Este argumento por lo menos tiene la ventaja sobre la última consecuencia de la filosofia de *Kant*, de ser sencillo, claro, y sobre todo, conciso.

El *criticismo* de *Kant* no es ese materialismo sencillo, aunque algo brutal, que precedió á la revolucion francesa, y que creía á pies juntillas en el cuerpo, si bien dudaba algunas veces del alma; sinó que es el escepticismo mas perfeccionado, mas universal, mas profundo, que jamás se ha predicado á los hombres, pues en él no solo el alma es una *ilusion*, sino que el cuerpo es una *mentira*, mentira é ilusion que nos causaria la mas completa de las desesperaciones, si no nos promoviera antes el mas profundo de los desprecios.

No sirviéndonos para ningun resultado práctico la ilimitada negacion de *Kant*, pasemos á la afirmacion de *Fichte*. Este, desubjetivizando un poco el impalpable *noumeno* de *Kant* abre un sí es no es la ventana de su estudio, y á una de esas luces que como dice Milton—«solo sirven para ver las sombras»—enseña un personage llamado *yo*, mas determinado que el *priorismo* ó primer principio de *Kant*, pero infinitamente mas indómito, mas voluntarioso, mas intratable, y mas fantasmagórico. Este sér tan natural y tan sencillo de Descartes—«pienso, luego soy»—lo convierte *Fichte* en una especie de Hugolino que, encerrado en la torre del hambre de su cerebro, se ve precisado á engendrar hijos para devorarlos. Este prisionero feroz y sin ventura, á fuerza de hallarse solo, de no ver nada, de sentir hambre, y de roer sus mismas creaciones, acaba por figurarse—«que las cosas no tienen realidad mas que en él mismo.»—Que él (Hugolino, el *yo*) es todo, y todo es él.»—«Que el *yo* es igual al *yo*.»—«Que él, es quien es.»—«Que lo exterior procede del *yo*, y no tiene verdadera existencia mas que en el *yo* y por el *yo*.»—Todo esto creo que quiere decir: que no existe nada, que todo es creacion de nuestro espíritu.

Segun estas fórmulas variadas y siempre equívocas, el *yo fenomenal* de *Kant* llega á ser para *Fichte* el *yo absoluto*, sér único, creador del universo y de Dios, fuera del cual no hay realidad alguna, ni aun aparente ó fenoménica. Vamos á cuentas. Dice *Fichte*—«que el *yo* se forma por si mismo en virtud de su propia actividad.»—Esto se entiende bien. ¿Y el no *yo*? *Fichte* asegura: «que el no *yo* no existe antes del *yo*, ni independientemente del *yo*.»—¿Quiere esto decir que el *yo* y el

no yo son completamente idénticos, como nos lo enseñará luego Schelling?.....

¿Y este yo es uno ó múltiple, particular ó general, colectivo ó individual? *Fichte* asegura—«que la conciencia de todos es una sola y misma conciencia.»—¿Quién es entonces ese yo? ¿Es *Fichte*, que piensa por el espíritu de la humanidad, ó es el espíritu de la humanidad que piensa por *Fichte*? El autor no lo sabe, ni nadie lo ha podido averiguar tampoco.

Sin embargo, los que estamos un poco iniciados en los secretos de la historia de la filosofía, sabemos que la creación de *Fichte* es una especie de subjetividad universal copiada exactamente de uno de los sistemas filosóficos de los Baudddhas—«que no admite otra sustancia real mas que la del yo, y supone que este yo es eterno, y que todos los fenómenos son emanaciones de su sustancia.»—El yo de *Fichte*, tan solitario como salvaje, puerco-espín de las abstracciones, que por donde quiera y como quiera que se le mida, de arriba abajo, de fuera adentro, de derecha á izquierda, solo muestra inexorables puas, es un verdadero Segismundo en el drama de Calderon *La vida es sueño*. Segismundo se siente en su cárcel, fuerte, enérgico, inteligente, y se impacienta y gruñe y maldice; y cuando se le saca á dar una vuelta por el exterior, comete desafueros, hace mil fechorías; y despues que se le vuelve á encerrar por su mala índole, adormecido con un narcótico, filosofa al volver en sí, asegurando que cuanto ha pasado es un sueño; que todo lo objetivo es una ilusión, y construyendo lo real por lo ideal, se abisma en su conciencia como un caracol en su concha, y á fuerza de cabilaciones cae en el sistema de *Fichte*, es decir, en el *idealismo transcendental*.

Este *idealismo* es un panteísmo moral. El yo, causa y objeto, principio y fin, actor y espectador, creador y criatura, unas veces es Dios y otras es hombre; ora se difunde en la naturaleza, y ora es un inmenso ladrón que todo se lo apropia. Enigma de sí mismo, este encantador, este fantasma que siempre se aparece por cualquier lado que se le busque, confuso, activo, palpitante, vive para poder delirar, y delira para poder vivir. Traidor á todas las causas, primero se hace objeto para negar al sugeto, y luego sugeto para negar al objeto. Siendo el yo un problema de sí mismo, tiene la arrogancia de crear á Dios. Este Proteo fantasmagórico que lo es todo en teoría, en la práctica acaba por ser nada. Luz y reflejo de sí mismo, el yo de *Fichte* parece un mono ocioso y solitario haciendo muecas en frente de un espejo, y despues

de estudiado el conjunto de todos sus gestos y todas sus actitudes solo se saca por consecuencia que el *yo* de *Fichte*, que el sistema del *idealismo trascendental*, es el gran caricato de la farsa de este mundo.

Schelling, combatiendo el idealismo subjetivo de *Fichte*, refundió el *sugeto* y el *objeto*, es decir, el *yo* y el *no yo* en un principio superior, en cuyo seno se confunden é *identifican*, por cuya razón se le llamó el sistema de la *identidad*. Este principio superior es lo *absoluto*, en el que se confunden lo *finito* y lo *infinito*, y cuyo desenvolvimiento constituye el universo, la naturaleza y el hombre. De esta manera *Schelling* crea un panteísmo idealista. No pareciéndole el *yo absoluto* bastante abstracto, buscó un principio mas indeterminado, mas subjetivo, mas incomprensible todavía, y sobre lo ideal y lo real del *yo* y de la *naturaleza*, puso una esencia que ni él ni nadie sabía lo que era, lo *absoluto*.

¿Y qué es lo *absoluto*? Son muy varias las formas dadas por *Schelling* para hacerlo comprender; unas veces poéticas, otras ambiguas, otras contradictorias, y todas ininteligibles. Para empezar á formarse una idea aproximada de lo que es lo *absoluto* de *Schelling*, recuerde el lector aquel toro misterioso formado por Ormuzd; éste ser puro y bueno por excelencia, la luz, la palabra creadora. El toro misterioso, símbolo de la fuerza orgánica, origen de toda vida, era una especie de alma universal que animaba á toda la naturaleza. Lo *absoluto* no es el toro de Ormuzd objetivado, sino su *fuerza orgánica* considerada en abstracto. Veamos lo que *Schelling* entiende por lo *absoluto*. Lo llama en su *Bruno*:—«el *santo abismo* del que sale todo lo que es, y al que todo vuelve.»—Otra vez dice que—«lo *absoluto* ni es infinito ni finito; ni ser ni conocimiento; ni sugeto ni objeto.»—¿Entonces que es? Dejemos hablar al mismo *Schelling* en otra parte:—«Lo absoluto es aquello en que se confunden y desaparecen toda oposicion, toda diversidad, toda separacion, como la de sugeto y objeto, de ciencia y existencia, de espíritu y naturaleza, de ideal y de real.»—Y por si todavía no lo entiende el lector, continuamos dando otra descripción de *Schelling*:—«Lo absoluto es la fuerza universal en estado de simple poder.»—Por último, *Schelling* otras veces llama á su *absoluto*—«Dios;»—y entonces distingue en Dios dos estados; primero, Dios en si mismo, en estado de idea; y despues Dios manifestándose al mundo y por el mundo, llega á su existencia completa. Y para no tener fijeza en nada, en otras partes no hace de Dios mas que una de las formas de lo *absoluto*, uno de los puntos de vista bajo los cuales se le puede considerar.

Resumiendo. Parece que aquella fuerza única que crea eternamen-

te el universo, y que se puede llamar *natura naturans*, no es, hablando propiamente, el universo, *natura naturata*, mas que en tanto que se halla en el estado de desarrollo ó de actualidad.

Pero ya se considere la naturaleza en *potencia* ó en *acto*, en realidad es siempre una sola y misma cosa, esto es, lo *absoluto*. La naturaleza manifestada en sus individuos, es siempre la naturaleza, y sus individuos no son mas que sus formas, sus fenómenos, porque *todo es uno y lo mismo*.

En razon de un hecho primitivo que *Schelling* no esplica, porque es inesplicable, el *yo* y el *no yo*, lo subjetivo y lo objetivo, el espiritu y la materia, se desprenden del seno de lo *absoluto*: uno y otro van á recorrer cada uno por su lado una serie de trasformaciones y de evoluciones. El mundo real no es mas que el mundo ideal, pasando de *potencia* al *acto*, y *objetivándose*, es decir, manifestándose progresivamente bajo una forma visible y palpable.

He espuesto á mis lectores todo lo mas claramente que me ha sido posible el principio del sistema de *Schelling*. Sin embargo, para mas claridad añadiré la descripcion de lo *absoluto* que hace Mr. Cousin, discípulo del mismo *Schelling*:—«Lo *absoluto* es la sustancia comun y el comun ideal del *yo* y del *no yo*, del hombre y de la naturaleza, es Dios.»

Es decir, que despues de tanto divagar nos hallamos de nuevo sumidos en la *sustancia única*, en el *santo abismo de Espinosa*. ¡Qué diferencia, sin embargo, hay entre la poderosa, clara y matemática inteligencia de este primer Adán, y la de sus exíguos y pecadores hijos! Cuando despues de haber leído á *Espinosa* se quieren investigar los sucesivos sistemas filosóficos, parece que se están viendo una coleccion de *monos sábios* esforzándose con gesticulaciones ridículas en imitar las hercúleas acciones de un gigante.

Fichte construye lo real por lo ideal; *Schelling* hace salir lo ideal de lo real; aquel llega por la operacion del entendimiento al mundo de los hechos; por el pensamiento él crea la naturaleza; por lo ideal, lo real. Este, al contrario, el mundo de los hechos lo resuelve en puras ideas, la naturaleza en pensamiento, lo real en ideal. *Fichte* enseñaba la *identidad* de lo ideal y de lo real. *Schelling* la *identidad* de lo real y lo ideal. Decia *Fichte* que *Schelling* era un *plagiario* de su sistema, y tenia razon. Cuando *Vasco de Gama* llegó á la India por el cabo de Buena Esperanza, con igual motivo Colon podria llamarle *plagiario* de su idea, pues no hizo mas que llegar al punto designado por éste aun-

que llegó por diferente camino. Desgraciadamente la India descubierta por nuestros dos filósofos tiene mucho menos precio que la de aquellos ilustres marinos, pues no solo no se encuentra en ella oro ni cosa que lo valga, sino que no se puede hacer pie en sus costas para evitar un naufragio.

Habiendo *Schelling* concebido á Dios como la razon absoluta é impersonal, como el mundo ideal, la *idea* de todas las ideas, tomó de aqui *Hegel* la base de su *idealismo lógico*, ó por mejor decir, su *ideismo*.

Antes de hablar de *Hegel*, tengo que hacer la confesion de que me es el autor mas antipático de todos los filósofos del mundo. Siempre me ha parecido risible ver á sus innumerables adeptos ocuparse del sistema de *Hegel* con toda formalidad. Este sistema carece de los dos méritos principales de toda obra científica, de la *originalidad* y de la *claridad*. *Hegel* es el gran mistificador del género humano. La mayor parte de las veces no solo no sabe lo que dice, sino que sabe que no lo sabe. Cuando *Hegel* se sienta en su tripode espande sin misericordia oráculos sobre oráculos sin mas objeto que dejar hechas un bombo las cabezas del vulgo de nuestros sabios. Con los principios de este gran embaucador se crean *centros*, *izquierdas* y *derechas*; *constitucionales*, *demócratas* y *monárquicos*; *deistas*, *ateos* y *místicos*; en una palabra, de este sistema no se puede deducir nada, porque se deduce todo. Jamás puedo leer á *Hegel* sin que se me figure que su sombra está detrás del libro riéndose de mi *credulidad* con un aire pedantesco. Si es asi, su respetable sombra está muy equivocada, pues si alguna vez lo leo, no es por gusto, sino por contagio, porque lo lee todo el mundo, y porque algunas veces no tengo presente que la opinion comun suele no ser mas que la necesidad comun.

El sistema de *Hegel*, segun dice *Mr. Weise*, se anuncia, no solo como el fin de la filosofia, sino como el perfeccionamiento de la ciencia en general. Añade que es el primer sistema que, tendiendo rigurosamente á la unidad de la filosofia especulativa, no excluye ninguna ciencia, y se declara pronto á responder á toda cuestion científica, ó al menos cree estar en posesion de una clave cuyo uso legitimo suministra infaliblemente una respuesta á todo: es el primer sistema que no solamente se juzga verdadero, sino que asegura poseer toda especie de verdad. Vamos á verlo.

Decia, pues, que habiendo *Schelling* concebido á Dios como la razon absoluta é impersonal, como el mundo ideal, la *idea* de todas las ideas, combinándola con un poco de la objetividad *fenoménica* de *Kant*,

y otro poco del *idealismo absoluto* de *Fichte*, produjo *Hegel* su *idealismo lógico*, ó por mejor decir su *ideismo*.

Segun *Hegel* todo parte de un principio y vuelve á él. Este principio es la *idea*. La *idea* es una especie de *archi-idea*, una *esencia lógica* que el entendimiento contempla como un *sér distinto de sí*. Esta *idea* primitiva, esta *idea en sí*, es Dios *antes de la creacion*, no teniendo conciencia de sí mismo, no conociéndose y no existiendo todavía por entero; es Dios al nacer, sumido aun en la estupidez de su infancia. Esta *idea* luego sale *de sí misma*. ¿En virtud de qué principio? En virtud de la orden de un *arquitecto interior*. ¿Y para qué sale esta *idea de sí misma*? Para contemplarse. Esta *idea incógnita*, se vuelve *idea conociente y conocida*: por medio de sus *momentos ó movimientos* se trasforma de *nulidad en realidad*; se objetiva; y en esta *evolucion*, que dicen que quiere decir *desarrollo orgánico por crecimiento*, la *idea* va produciendo la naturaleza universal, el entendimiento y Dios. Ya tenemos la *idea teórica* convertida en *idea práctica*; la *idea en sí*, con el conocimiento *de sí*; la nada ó casi nada, hecha naturaleza, pensamiento y Dios. ¿Y despues? Despues que la *idea* se ha manifestado como naturaleza, pensamiento y Dios, se vuelve otra vez á la *idea en sí*. ¿Por qué razon? No se sabe. ¿Vuelve tan ignorante como ha venido? No señor; vuelve todo lo sábia que es posible serlo, pues vuelve con la *esperiencia*, con el conocimiento *de sí misma*. ¿Y qué es esto para *Hegel*? La *idea* revertida, concentrada, la conciencia, el espíritu, la consumacion de las cosas, la terminacion de Dios. ¿No es verdad que lo mismo la ridícula, pero sincera creacion de *Fichte*, que la desvanecida, pero inspirada, modificacion de *Schelling*, son dos sistemas, si bien tan inobjetivables, tan indóciles y tan infecundos como el de *Hegel*, infinitivamente superiores en sencillez, en entusiasmo y en claridad?

Para hacer mas obvia el desarrollo de la *idea* de *Hegel* supongamos que esta *idea* es la *sustancia* de Espinosa. *Hegel* declara de la manera mas formal que su *idea*, su espíritu divino, universal, no es la *sustancia única* de Espinosa. Pero no hagamos caso de *Hegel*; lo mismo en este punto que en otros muchos tengo el sentimiento de no creerle una palabra. Supongamos digo, que la *idea* de *Hegel* es la *sustancia* de Espinosa. Esta *idea* se desarrolla como la *sustancia*, por su propia *virtualidad*, en *naturaleza y espíritu*, así como la *sustancia* en *pensamiento y estension*. ¿No es cierto que apoyándonos en Espinosa pasamos con mas seguridad por encima de los abismos de *Hegel*? Pues continuemos asidos de tan seguro guía. ¿Qué son el cuerpo y el alma con respecto á

la sustancia? El cuerpo un átomo de la *estension infinita*, y el alma un rayo del *pensamiento infinito*. ¿Y que son el cuerpo y el alma con relacion á la *idea*? Dos diferentes tiempos, dos diferentes apariencias de un mismo principio, de una misma *idea*, de una misma *sustancia*. En *Hegel* como en *Espinosa*, el pensamiento *individual* es una abstraccion, es un rayo, una parte de la actividad del espíritu universal. El genio humano es *uno*: en su marcha á través de los siglos, todas sus direcciones en la apariencia tan diversas, tienden sin cesar al mismo fin; se adelanta en una progresion interrumpida, sufriendo metamorfosis, mas siempre idéntico en el fondo, hácia un mismo objeto *fatalmente predeterminado*.

Despues de la objetividad fenoménica de *Kant*, del *yo* de *Fichte* que produce lo real por lo ideal, y de lo *absoluto* de *Schelling* que crea lo ideal por lo real, ¿esta idea-veleta de *Hegel* que, sin marcar ningun norte, señala á tiempos y de un modo fatal los cuatro vientos, no les parece á mis lectores una invencion miserable? ¿No es verdad que en este dialecticismo mecánico hay un no sé qué de frio, de caprichoso, de hinchado, de *puff*, tan estéril como repelente? Despues de leer á *Hegel* no es difícil preveer la caida del imperio filosófico de la Alemania moderna. Todos los doctores del bajo imperio no han reunido en sus cabezas la mitad del sofistiquismo del gran metafísico alemán. Despues de tan alta degradacion de la ciencia filosófica, solo falta un emperador *Justiniano* que mande cerrar las aulas como si fuesen boticas donde se confeccionan potingues para envenenar el sentido comun, hasta que despues de algunos siglos aparezca de nuevo otro *Descartes* iniciando la ciencia con conviccion, sencillez, sinceridad y entusiasmo.

Y ya que hemos hablado del fondo, digamos algo en cuanto á la forma.

En su modo de raciocinar *Hegel* casi siempre sienta una primera proposicion llamada *tesis*, opuesta á otra segunda llamada *antitesis*; y por fin procura conciliarlas á ambas en una tercera llamada *síntesis*. Este procedimiento general es la *triplicidad* de las proposiciones, ó lo que la escuela de *Hegel* llama la *trichotomia*, y que considera como el *ritmo de la ciencia*, como la forma absoluta del saber. A mí esta especie de estribillo recitado me parece un juego monótono y pueril que convierte el pensamiento en una gabetta cuyos cajones están colocados bajo la influencia armónico-mecánica de una simple adoracion al número tres. Así toda la filosofía, es decir toda la gabetta de *Hegel*, está dividida en tres partes ó cajones, los cuales se vuelven á subdividir en otros tres cajones ó partes. La FILOSOFIA se divide en *lógica*, *filosofía de*

la naturaleza, y filosofía del espíritu. Y fraccionando inexorablemente nuestra subjetividad bajo la material presión de su número sacramental, cada una de estas tres partes principales las vuelve á subdividir en otras tres secundarias. LA LÓGICA en *teoría del ser, teoría de la esencia, y teoría de la noción*. LA FILOSOFÍA DE LA NATURALEZA: en *mecánica, física y orgánica*. LA FILOSOFÍA DEL ESPÍRITU: en *espíritu subjetivo, espíritu objetivo y espíritu absoluto*. Y, continuando del mismo modo, se vuelven á resubdividir EL ESPÍRITU SUBJETIVO: en *antropología, fenomenología del espíritu, y psicología*. EL ESPÍRITU OBJETIVO: en *el derecho, la moralidad y las costumbres*. En fin, EL ESPÍRITU ABSOLUTO: en *el arte, la religión revelada, y la filosofía*.

Para cosas tan formales como la filosofía, no se pueden inventar cosas mas ridiculas que la *triplicidad de Hegel*.

Supongo que los lectores españoles habrán entendido muy poco de todo este galimatias. Mas claro: supongo que los lectores españoles habrán conocido que yo tampoco lo entiendo mucho. Acaso la repulsión que me inspira *Hegel* será despique por la dificultad que me cuesta penetrar su doctrina. En este caso disculpo mi torpeza, con la torpeza de los filósofos mismos. *Kant* en su vejez no entendía las objeciones que se hacían á su doctrina. Y esto no será estultez de viejo, pues decía *Fichte*, su discípulo, — «que *Kant* no se entendía á sí mismo,» — lo que creo firmemente. Cuando *Reinhold* pensaba como *Fichte*, aseguraba este que — «aquel era el que mejor le había comprendido» — y despues que *Reinhold* se separó de su doctrina, dijo: — «que nunca le había comprendido,» — lo cual honra menos á *Fichte* que á *Reinhold*.

Llevando *Hegel* su representacion teatral hasta donde ya no es lícito llevarla, hasta el mismo lecho de muerte, dijo: — «un solo hombre me ha comprendido» — y añadió en seguida — «y ni aun este me ha comprendido.» — Y una vez que *Hegel* ha asegurado tan sinceramente que nadie le ha comprendido, siendo así que en la hora en que él lo dijo debiera haber asegurado, despojándose de su túnica cómico-doctoral, — «nadie me ha podido entender» — permítaseme aplicarle las palabras de *Fichte* á su maestro — «y ni aun él se entendía á sí mismo.»

Despues de todo, la filosofía alemana no se separa del sistema de *Espinosa* mas que en diferencias nominales. Escepto el nombre, es uno mismo el principio, y unas mismas las consecuencias. Al principio del infinito de *Espinosa*, es decir á la *identidad universal de la sustancia*, *Fichte* la llama el *yo*, *Schelling* lo *absoluto*, y *Hegel* la *idea*. La sustancia de *Espinosa* es un pensamiento determinado, perceptible, único.

Esa quisi-cosa llamada *yo*, *absoluto*, ó *idea*, es un principio vago como un presentimiento, indeterminado como un sueño, incoloro como una alucinación. El desarrollo de la *sustancia* de *Espinoza* es un acto sencillo como las leyes de la naturaleza, claro como la luz del sol. El *proceso*, esto es, el desarrollo del *yo*, de lo *absoluto* y de la *idea*, es una obra de romanos explicada por los griegos, quiero decir, es una elaboración interminable descrita por medio de un sofistiquismo mas interminable todavía. La consecuencia del sistema de *Espinoza* es la de suprimir al hombre en este mundo y en el otro. Pido perdón á *Kant*, pero las consecuencias de los sistemas filosóficos de los discípulos de este divino orate de la Alemania, son las de volver al hombre loco en la tierra y suprimirle en el cielo.

Si ha habido algun lector, que lo dudo, que haya tenido la constancia de seguirme hasta esta parada ¿qué me diga si no es verdad que todos estos filósofos no parecen, mas bien que hombres leales, una sociedad de mineros en comandita que están concertados en dar á sus acciones un valor inmotivado sobre la garantía de un filon imaginario...?

¡Atrás! ¡atrás! volvamos á desandar nuestro camino, pues prefiero ver á los filósofos empíricos con mucho egoismo y un poco de filantropía; hablando algo de los demas, y haciéndolo todo por sí; riéndose de lo subjetivo, mientras esplotan lo objetivo; todo con mucha franqueza y con estremada alegría; que presenciar esos aquelarres tenebrosos donde los brujos de la filosofía, llamando trascendental á lo que á nada trasciende, con unas hipótesis risibles y un charlatanismo dialéctico indijerible, arman unas danzas tan fantásticas que parecen sonámbulos que bailan al compás de unos estribillos mentales ventrilocuamente tarareados por algun Pan evocado, por algun espíritu invisible....!

Entre la sociedad de beodos alegres y la de locos lúgubres, prefiero la compañía de los beodos alegres.

R. DE CAMPOAMOR.

LA LUNA Y LOS VAPORES.

En una noche de estío
de la luna la luz clara
iluminaba la tierra
mientras que, las frescas auras
respirando, puro incienso
llevan de su diosa al ara,
de mirto y fragantes rosas
las vírgenes coronadas.
Envidiosos los vapores
que de una inmensa cloaca
nacieran, y pretendían
aspirar á gloria tanta;
viendo que subir no pueden
á la altura en que se halla,
ni lucir; exasperados,
lentos de furor y rabia,
entre la luna se ponen
y la tierra iluminada.

De los benéficos rayos
la priva su impía saña,
á fin de que ya por ellos
no mas le tribute gracias
el hombre reconocido.
La candidez de su alma
mostrando, dice la luna,
¿Podré conocer la causa
por que tan mal me quereis
que me privais que un bien haga?
Contestaron los vapores:
«Brillas en region mas alta.»

¡A qué extremo de la envidia
conduce la negra saña!

EL ARROYO.

Surtia de agua pura, cristalina,
á la aldea cercana
bullicioso arroyuelo, que, serpeando
en torno á la colina,
la pradera regando
y la vega frondosa cual galana,
en su curso llevaba la frescura
por do quiera, y la vida, y la hermosura.
Cuando, al romper el dia,
la jóven, que la aurora

arrancára del lecho, con viveza
el cántaro ponía
en su linda cabeza,
y coqueta á la par que vividora
á llenarlo á la vez se dirigía,
y en el limpio arroyuelo
á mirarse, gozosa espejo hallaba,
donde en medio al azul del claro cielo
el rostro en los remansos dibujaba
fiel su linfa serena;
mientras que en la corriente,
las blancas piedrecitas que arrastraba,
de la ondulante imágen de la frente
de la jóven belleza
al cruzar el contorno,
cual diamantes servíanle de adorno,
y resaltar hacían su pureza.
Solo del matorral en la espesura
posado se escondía
el asqueroso cieno,
ó de los socavones en la hondura
de su profundo seno,
cual hez súcia, tendido se veía.
Una noche el silbido
á la jóven despiértale del viento:
el fulgor que penetra en su aposento
del rayo, que deslumbra y le amedrenta;
del trueno el estampido,
todo anuncia el furor de la tormenta.
Cesa; y marcha la jóven diligente,
apenas los collados el sol dora,
el agua á recoger madrugadora;
y en furioso torrente
el arroyuelo encuentra convertido:
el fango removido
al agua sobrepuesto, la domina:
su rápida corriente
todo arrastra, destroza y extermina;
y donde la riqueza
llevaba el arroyuelo bonancible,
en su curso apacible,
sobrenadando el cieno y la maleza,

su destructor desbordamiento, aciago ,
lleva terror, desolacion y estrago.

Como la bella jóven, patria mia ,
en las revoluciones
que bastarda ambicion promueve y guia,
hallarás que dominan de igual modo
que al arroyuelo el súcio fango y lodo
las sórdidas pasiones,
y destruyen, y arrasan las naciones.

PASCUAL FERNANDEZ BAEZA.

SONETOS.

EN EL SEPULCRO DE GUZMAN EL BUENO.

Mas que el de Palas, en los tiempos brilla
el fuerte escudo del sin par guerrero,
que asombro fué del árabe altanero,
y orgullo de los héroes de Castilla.

¡Vedle en el muro! No con vil mancilla
abatir sabe el estandarte ibero,
padre que arroja el ponderoso acero,
y á la sangre de un hijo no se humilla.

De la infiel hueste á la cobarde saña
Guzman con gritos de lealtad responde,
y á los del niño con dolor profundo:

Mientras el ángel tutelar de España,
desde dó nace el sol á dó se esconde,
de Carteya el portento anuncia al mundo.

A ITALICA.

No podré cual los béticos cantores
Quirós, Rioja y el profundo Caro
pintar tu soledad y desamparo,
¡oh víctima de vándalos furores!

No cual ellos con lúgubres colores,
que ya en bronces, ya en mármoles de Paro
venzan al tiempo, de tu dicha avaro,
sabré ceñirte de lozanas flores.

Mas, si prenda es de amor acerbo luto;
al contemplar la triste desventura
que en ominosos hados te ha cabido,

Lágrimas ¡ay! te rendiré en tributo,
lágrimas de dolor y de amargura;
y á tus ilustres manes un gemido.

FRANCISCO RODRIGUEZ ZAPATA.

REVISTA POLITICA.

Nada agradable es la tarea que hoy nos incumbe, pues cuanto en nuestro país está pasando es mejor para relegado al olvido que para consignado en la historia. Si no fuéramos hombres de fé segura, ignoraríamos adonde volver los mustios ojos, porque lo pasado no es para que se eche de menos, lo presente atribula y lo por venir se nos muestra como horizonte encapotado con negras nubes. Una rápida ojeada que se dirija sobre los partidos que se disputan la victoria produce el triste convencimiento de que todos se descaminan ciegos de pasión y de encono y de que en ninguno de ellos se vincula el alivio de las penalidades que abruma á nuestra infeliz patria.

Tercos y contumaces los absolutistas pugnan por inaugurar una época semejante á la de 1814 ó la de 1823 como el no mas allá de las felicidades; y para conseguirlo se lanzan á la guerra civil y entre sus horrores y estragos aclaman al que denominan Carlos VI, y se ofuscan hasta el extremo de considerarse adalides de nuestra religion santa, suscitando en su país terribles disturbios y vertiendo la sangre de sus hermanos. Ya van formando una red de facciones en Cataluña, y osados cabecillas las conducen por las fragosidades, siempre en acecho para caer sobre alguna poblacion desprevenida; siempre con segurísimas confidencias de los movimientos de las columnas, que les persiguen sin reposo, y procurando hacerlas dar en funesta emboscada, si les favorece el terreno, ó dispersándose hombre á hombre por entre las escabrosidades y malezas, cuando se les estrecha á reñir batallas. Asi pueden prolongar la contiendá sin avanzar nunca hácia la victoria; que el siglo actual no produce laureles para quienes se afanan por borrarlo del catálogo de los tiempos y por resucitar no sabemos cual otro de los que pertenecen al número de las cosas pasadas.

Como si los españoles formáran una nacion de reciente fecha desearian los demócratas hacerles romper con su historia y marchar por donde ellos les lleva-

ran exaltados con ideas concebidas por gente extraña y sin aplicacion entre la propia. A la verdad aun no han explicado su sistema de modo que se pueda juzgar totalmente con conocimiento de causa: quizá no lo tienen formado: tal vez se limitan á ciertas bases y arrancan de allí para lo demas á la aventura; pero nos basta saber que son adversarios del trono y amigos de que en materias religiosas sea indiferente el Estado, para afirmar que profesan opiniones anti-españolas, cuyo triunfo costaria arroyos de sangre y que no podrian subsistir sino bajo tiránicas dictaduras. Democracia en nuestro país la hubo siempre: de setenta á ochenta mil frailes, cuya cuarta parte eran franciscanos, representáronla de continuo: un mendigo que aprendia un poco de latín y otro poco de canto llano, y vestia el tosco sayal, y adelantaba en virtud y ciencia, y merecia que el capítulo de su orden le eligiera General de la misma, sin mas circunstancia se cubria delante del Rey como Grande de España de primera clase: de una oscura celda salió Jiménez de Cisneros á ser admiracion de Europa: Calomarde, que ha dado nombre á una época, bien que de recordacion lamentable, sin ponerse á servir no hubiera podido empezar ni acabar sus estudios.

Tarde concluiríamos de enumerar lo hecho por nuestros antepasados en favor de los infelices y guiados por la divina máxima de *que no solo de pan vive el hombre*. Seis colegios mayores hubo en Salamanca, Alcalá y Oviedo para que los pobres pudieran seguir con holgura diversas carreras, sin otro requisito de cuna que el de la limpieza de sangre: objeto fué de muy graves atenciones la *educacion popular de los artesanos*: por Reales decretos se declararon nobles ciertos oficios que insensatamente se habian reputados como infames, y fueron reconocidos los incluseros por legitimos para todos los efectos civiles. Tanto intervino la opinion popular en el gobierno que ella cabalmente fué años y años apoyo firme de todo abuso y grande obstáculo á toda reforma: por ser popular llegó la Inquisicion á preponderante: por ser popular el que se enterraran los cadáveres en los templos, costó un triunfo el establecer los campos santos: para ir mejorando las ideas y acreditando las reformas, un célebre monge, que llegó á frisar con los noventa años, hubo de consumir su vida en *desterrar errores comunes*. Y basta lo dicho en demostracion de que el atender esmeradamente á los infelices no es privilegio de los tiempos actuales, y de que la preponderancia de las clases ínfimas de la sociedad no puede ser en ningun caso ni origen, ni señal de progreso.

Lo es sin duda el liberalismo, representado entre nosotros por dos grandes partidos, bien que sus enemistades sañudas les dañen y dañen á España. Ayer los moderados anularon á los progresistas: hoy los progresistas anulan á los moderados: cada uno de estos bandos tiene su ley fundamental, sus leyes orgánicas y hasta su personal distinto para los puestos de mayor ó menor esfera: no parece sino que vienen de opuestas razas: ni el uno ni el otro sube al poder sin agitar el país todo y proceder como quien se lanza á una conquista. Cuando el vencido es vencedor procura extirpar hasta la memoria de su contrario y aun suprimir hasta donde puede el tiempo en que el predominio fué suyo. No hay que dudarlo, España combatida por las políticas tempestades, se hallaria á punto de naufragio sin la tabla de salvacion del trono. Poco mas de un año ha transcurrido desde la llamada revolucion de Julio, aun distan mucho las Cortes constituyentes de acabarla de dar el color que mejor les parece, y ya la situacion creada entonces sufre tremendas acometidas y apenas basta á ir la sacando adelante la inmensa popularidad del señor duque de la Victoria.

Ya el gabinete que preside tuvo necesidad de que se le autorizara con facultades extraordinarias para prevenir los disturbios, y de que se le concediera un empréstito de 230 millones de reales para cubrir el presupuesto: ni las fa-

cultades extraordinarias por cuya virtud *han mudado de domicilio varios ciudadanos*, ni el empréstito que ha producido como 200 millones de suscripciones voluntarias, restando solo algo mas de treinta para el reparto forzoso á los contribuyentes, dan consistencia á la situacion por que estamos pasando.

Recientemente se han aumentado las complicaciones de resultas de sucesos muy tristes. Al ministerio pareció oportuno presentar á la aprobacion de S. M. lo que se ha dado en llamar arreglo de Palacio. Antes de que la Reina lo rubricara fué menester que se dirigieran al Real sitio de San Lorenzo primero el general O'donnell y despues el señor duque de la Victoria, y al fin se publicó en la Gaceta del domingo 16 de setiembre. Segun su texto los altos gefes de Palacio deben ser el mayordomo mayor, la camarera y el intendente, nombrados todos por la Reina á propuesta del consejo de ministros, y en vez de gentiles-hombres de lo interior tendrá S. M. el rey ayudantes, uno de la clase de mariscales de campo y los demas de las de brigadieres y coroneles.

No bien entró este documento bajo el dominio de la prensa, comenzaron fuertes polémicas sobre la base en que dicho arreglo aparece fundado, que es la de afirmar *que la índole de los gobiernos constitucionales está cimentada en un principio de desconfianza entre el pueblo y el trono*. Tambien se vino á discutir sobre si es ó no práctica constitucional de otros países que el gobierno proponga á los reyes que nombren á determinadas personas para formar su alta servidumbre.

De pronto la cuestion del arreglo de Palacio tomó aspecto mucho mas grave, pues varios periódicos en cartas del Real sitio de San Lorenzo, y *El Leon Español* en dos artículos editoriales del 17 y del 18 anunciaron que los síntomas de embarazo que sentia S. M. habian desaparecido del todo. Estos dos artículos fueron denunciados; pero un señor juez de primera instancia, don Cipriano Dominguez, creyó que debia proceder de oficio en este asunto, y el dia 20 dió auto de prision contra el director y editor del periódico don José Gutierrez de la Vega, que fué llevado á la cárcel del Saladero, donde aun continúa, siempre visitado por hombres políticos de todos los colores.

Esto dió márgen á varias representaciones, una de los promotores fiscales sobre si los delitos de desacato al gobierno, que el Código penal menciona, deben someterse á los tribunales ordinarios, aunque se cometan por la via de la imprenta; otra de los directores de todos los periódicos de la corte, considerando vulnerada la libertad del pensamiento; y otra del muy entendido letrado don José Gonzalez Serrano, abogado del señor Gutierrez de la Vega, al juez de primera instancia señor Dominguez, pidiendo que se inhibiera del conocimiento de este negocio por no ser de su competencia. De la suya no creyó el gobierno el resolver sobre las dos primeras representaciones y remitiólas á la Audiencia territorial de esta corte, á la cual, tambien ha acudido en apelacion el señor Gonzalez Serrano contra el juez de primera instancia que ha denegado su recurso.

Tal es el estado que hoy tiene este asunto ruidoso. Ahora hay que añadir que el triste suceso, que se dió por consumado cuando se ha dicho, no se verificó hasta el 23 de setiembre; bien que ahora se pide por varios periódicos la publicacion de un primer parte de los médicos de cámara no insertado por la Gaceta.

Durante este tiempo trascurrido desde que S. M. la Reina firmó el arreglo de Palacio han sido confirmados en sus puestos de Mayordomo mayor el señor duque de Bailen, de Camarera mayor la señora duquesa viuda de Alba, de Intendente el señor don Martin de los Heros; y nombrados ayudantes de S. M. el Rey el mariscal de campo señor Fitor, los brigadieres Barcaiztegui y Falcon y los coroneles Gutierrez Teran y Ametller (don Victoriano). Don Agustin Pera-

;

les, excedente de la secretaria de la Real estampilla á consecuencia del arreglo, fué sorprendido á deshora en su casa y traído desde el Escorial á la cárcel del Saladero, complicándosele en la causa á que ha dado motivo el hallazgo de catorce mil ejemplares de una proclama ó un manifiesto que se finge en boca de la Reina, papel incalificable en que hay humos de democracia y ribetes de absolutismo. Nada aparece, segun se susurra, contra el señor Perales y se anuncia su excarcelacion como muy cercana. Ni ha sido este la única víctima de las resultas del arreglo de Palacio, pues el caballerizo mayor de S. M. la Reina, señor conde de Puñonrostro, brigadier, ha sido enviado de cuartel á Segovia. Hallándose indispuesta S. M. no regresó á Madrid la Corte el 23, segun estaba anunciado, sino el 30 á las seis de la tarde.

Tantas complicaciones penden de desenlace definitivo: lo han podido tener con la retirada del ministerio del general O'donnell que, segun noticias, desistió de su propósito á instancias del señor duque de la Victoria, quien tambien lo formó de volver á la vida privada á Logroño, y aun parece que lo hubiera llevado á cabo sin la intervencion oportuna y eficacísima del respetable señor Luzuriaga.

Con tales incidentes se ha recrudescido la irritacion de los partidos: es natural que los absolutistas procuren sacar ventaja de las disidencias de los liberales: se habla de manifestaciones democráticas y de proyectos de proposiciones tremebundas de sus representantes en las Cortes: entre los progresistas se alzan quejas contra el Gabinete, porque atribuyen á sus miramientos con los vencidos el mal rumbo que llevan las cosas; y por su parte los moderados propenden á unirse para volver á alcanzar el triunfo.

Nos agradan poco las conjeturas, y asi no las hacemos sobre lo que sucederia en el caso de que lo obtuvieran ahora; solo exponremos algunas dudas que nos ocurren por de pronto. Suponiendo que hoy ó mañana vencieran los moderados. ¿Cuál seria su punto de partida desde el instante de la victoria? ¿Acaso arrancarían del mes de enero de 1851, en que anunciando economías derribó el señor Bravo Murillo al señor duque de Valencia? ¿ó del mes de diciembre de 1852 en que el señor Bravo Murillo cayó bajo el peso de la opinion pública abiertamente pronunciada contra el golpe de Estado? ¿ó de los ministerios Roncali-Llorente y Lersundi-Egaña que tuvieron el golpe de Estado sobre el tapete y desterrado al señor duque de Valencia? ¿ó del ministerio Sartorius-Collantes que llegó á cansar la paciencia pública y se hundió con general alborozo en julio de 1854? ¿Qué ha sucedido para que se diriman las funestísimas disensiones que estallaron en el seno del partido que mas hombres contaba de gobierno y de suficiencia notable? ¿Señalaría su elevacion al poder una era de ventura?

Nosotros nada bueno aguardamos del exclusivismo, ya sean moderados ó progresistas los dominantes: nada de los que no aprenden en la próspera ó adversa fortuna; nada de los que blasonan de intransigentes; nada de los que todo lo reducen en suma á ser empleados ó cesantes para decir bien ó renegar de la política vencedora; nada por último del espíritu de partido. Siendo mira principal de los que gobiernan durar lo mas posible en el mando, manteniendo viva la discordia el estudio que ponen de continuo en desacreditar y zaherir á sus contrarios, ya con acriminaciones furibundas, ya con menosprecios ultrajantes, ya con amenazas tremendas, ya con persecuciones sañudas, no se labra la felicidad de los países. A este grande fin se camina olvidando las mútuas ofensas; procurando calmar los ánimos y concordar las voluntades; no tratándose como enemigos los que nacieron y son hermanos; investigando juntos las necesidades de su patria; poniéndose de acuerdo para satisfacerlas y para reprimir el anhelo desordenado de los promovedores de trastornos; no mezclando la

religion con la política bajo ningún aspecto, ni haciéndola arma de partido de ningún modo.

Acerca de esto distamos por igual de los ultramontanos y de los enciclopedistas, amamantados como estamos en la escuela del regalismo que es la verdaderamente española, no habiéndola dejado de representar dignamente muy esclarecidos varones ni aun cuando la Inquisición preponderaba hasta sobre el trono. Tan á mal estuvimos con las tendencias teocráticas del tornadizo don Ventura Gonzalez Romero, que mas que ministro de Gracia y Justicia pareció subsecretario de monseñor Brunelli, como estamos hoy con el sistema por cuya virtud se cree existente la representación nacional en unas Cortes que tratan de constituirnos y en las que ha sido impedimento para entrar el tener mitra ó llevar sotana; por cuya virtud no pueden tampoco los prelados ni los vicarios capitulares imprimir sin previa censura sus representaciones al gobierno; y por cuya virtud finalmente se podría sospechar si se tira á que la calidad de eclesiástico excluya de la de ciudadano. Y ya se ve como nada decimos de la ruptura entre España y Roma, proveniente en último análisis del propósito firme de no cejar en la desamortización propuesta por el Gobierno, votada por las Cortes y sancionada por la Corona, pues el dar á la propiedad nueva forma es punto de derecho civil y humano, cuya completa realización no emana de la revolución de julio, sino de mas de dos siglos de reclamarlo incesantemente las corporaciones mas insignes de España, nuestros escritores políticos de mas nota, y la miseria siempre creciente de los seglares; sobre lo cual diríamos no poco, si lo consintieran los límites á que hemos de reducir la Revista presente.

Por lo que hace á los sucesos interiores la terminaremos indicando cómo es de presumir que, lejos de mejorar de pronto, se agrave enormemente la situación de resultas de la reunion de las Cortes, donde pocos sin duda pondrán freno á su lengua, suceda lo que sucediere, con tal de atacar al Gobierno, cuando el principio de autoridad va tan de caída; donde abundarán las interpelaciones, y la pasión hará casi todo el gasto, y el interés común se hallará en último término siempre. No sucedería esto si fuera realizable la maravilla de que llegará á predominar en las Cortes constituyentes el espíritu que en 1843 produjo la coalición contra los ayacuchos, en 1847 la elevación al poder de los puritanos, y en 1854 la union liberal contra el polaquismo. Lo aseguramos con íntimo convencimiento: mientras lo que se ha intentado ya tres veces distintas no se lleve á feliz remate: interin los verdaderos liberales de color mas ó menos subido no entren resueltamente en las vías constitucionales para nunca apartarse de ellas, sin abjurar ninguno de sus opiniones, luego de concordar en el código fundamental que debe regirnos y en las demas leyes que complementan el sistema de administración y de hacienda, solo habrá en España un gobierno representativo de nombre; de período en período mas ó menos largo subirán al poder los que representen diversas doctrinas, no de resultas de una votación importante y desde la tribuna, sino de un pronunciamiento y desde el campo de batalla, como va sucediendo hasta ahora; y así los partidos se vestirán alternativamente de gala, pero la Nación siempre irá de luto.

Desviando los ojos de nuestra patria y fijándolos donde converge la atención de la Europa entera se espacia el ánimo abatido y renacen vigorosas en el corazón las esperanzas amortiguadas. Desde el 14 de setiembre de 1854 están siendo Francia é Inglaterra, unidas en alianza muy fecunda, la admiración de todo el orbe, sin permitir hora de triunfo al imperio que se nos presentaba como pujante mas que todos, y con millones de soldados para extender sus dominios hasta donde su ambición anhelara. Bien pronto se pudo conocer que se realizaba aquello de que de luengas tierras luengas mentiras. Pujante fué Rusia en amenazar por boca

del príncipe de Mechinkoff á la Puerta Otomana: pujante en caer sobre la indefensa y desprevenida Sinope con sus naves é incendiarla inhumanamente: pujante al marchar desde el Pruth al Danubio, sin tropezar con enemigos, fijando la vista en los Balkanes y soñando con la conquista de Constantinopla; pero sus bríos, sus alardes de superioridad incontrastable solo llegaron hasta los muros de Silistria. Luego la guerra que los rusos llevaban al país ageno, la hubieron de sostener en el propio.

Su principal deslustre data desde el desembarco de ingleses y franceses en Eupatoria, para ganar los laureles de Alma y de Balaklava, y de Inkerman y del Tchernaiá y del Mamelon Verde, y de Traktir y últimamente de Malakoff, donde el 8 de setiembre (seis días antes de cumplirse un año de haberse lanzado a tan inclitas glorias, dignas de la trompa de Homero) hicieron pie firme para meterse en Sebastópolis que ya es suya. Todo despues de haber ahuyentado las ponderadas escuadras de los rusos de los mares Báltico y Negro, y de haberles quemado en el de Azoff los numerosos y bien provistos almacenes.

Francia é Inglaterra, juntas en bien de la civilizacion del mundo, nada intentarán á que no den venturosa cima: ellas representantes de la libertad contra el despotismo están mereciendo alabanzas, que de padres á hijos repetirán las generaciones. Atrayendo á su alianza á Cerdeña, mirando á Nápoles de reojo, robustecen las legítimas esperanzas de los italianos; en este hermoso cuanto infortunado país debe terminar la epopeya magnífica á que están dando asunto en la península de Crimea. Haciendo cada vez menos cuenta con Austria, con ese país á que se ha llamado agudamente la China de Europa, donde aun prevalece la política de triquiñuelas, mal tenuta por de sublimidades; se ponen dichosamente en franquía para hacer la paz sin su mediacion y sin su arbitraje y hasta contra su gusto. Inmensos, inauditos, admirables son los sacrificios que llevan á cabo esas dos gloriosas naciones; á ellos debe de corresponder los frutos de sus colosales empresas, para que no sea infecunda la sangte vertida por tantos valientes, para que no se ma ogre lo que Pelissier y Simpson realizan con su inteligencia y su espada, para que las sombras de Saint Arnaud y de Raglan no se levanten airadas y amenazadoras sobre sus sepuleros.

Con celeridad y excitando al júbilo circulaba por toda Europa la fausta nueva de haber caído Sebastópolis y con esta plaza el poder ruso en el mar Negro, cuando, llegado á la edad requerida, se coronaba por rey de Portugal Pedro V. Sobre este jóven príncipe se habian aventurado especies vagas de propender al absolutismo: contra ellas estaban los antecedentes de ser nieto de uno de los héroes de este siglo, cuyo brazo clavó el pendon de la libertad en países del Antiguo y del Nuevo Mundo; de ser hijo de doña Maria de la Gloria; de habersele educado en las ideas liberales; de atribuirsele nada comun inteligencia; de no ser verosímil que, teniéndola efectivamente, y despues de viajar por muchos países de Europa, viniera prendado del sistema que allige á los napolitanos, en vez de anhelar para sus súbditos el que impulsa hácia la ventura á los sardos, hace florecer á los belgas y constituye la grandeza de los ingleses.

A estos antecedentes corresponde la inauguracion del reinado de don Pedro V. Inmediatamente despues de jurar este jóven príncipe la ley fundamental del Estado ante los pares y diputados, su augusto padre que tan dignamente ha regentado el país desde la muerte de la reina doña Maria de la Gloria, se expresó con estas palabras: «Puedo declarar á la faz de los representantes de esta ilustre nacion, que jamás perdí de vista lo que reputé el primero de mis deberes; hacer amar el sistema representativo que nos rige; mantener los derechos y las garantías de los ciudadanos portugueses; borrar hasta los últimos vestigios de nuestras pasadas disensiones; y por este medio conservar siempre

vivas las esperanzas de un reinado feliz, objeto del amor del pueblo portugués, durante el cual se consoliden nuestras instituciones liberales, y se arraigue profundamente la confianza en su duracion y en el carácter leal y generoso del nuevo monarca.

«De la índole con que la Providencia divina dotó á este príncipe, y de los esfuerzos empleados por su augusta madre, de grata memoria, y por mí, debo esperar que el señor don Pedro V merecerá siempre el amor y el respeto de sus súbditos; que S. M. será el primer mantenedor de sus fueros y libertades; que dentro de los límites de sus prerogativas constitucionales contribuirá poderosamente á sustentar los derechos de la nacion, su gloria y dignidad, promoviendo el mayor desarrollo de la riqueza y la fortuna pública, de que esencialmente depende el esplendor del trono.»

Por su parte don Pedro V pronunció tambien un discurso de elevada naturalidad y suma nobleza de sentimientos, del cual trascribimos estas palabras:

«Cumpliendo el juramento que he prestado, mi mayor empeño será promover el bien de la nacion, cuyo sόlio ocupo. Fiel á los principios del gobierno representativo, y respetando los sagrados preceptos de la ley fundamental del Estado, velaré por su sincera ejecucion.

«Haré mantener en cuanto esté á mi alcance, los derechos, las garantías y la libertad de los ciudadanos portugueses. Ofrezco, dentro de la esfera de las prerogativas reales, promover todos los medios de la pública prosperidad.

«Espero que las Cόrtes de la nacion continuaran cooperando con mi Gobierno, y prestándole el apoyo necesario para realizar los beneficios de que carece el pueblo, á fin de gozar de las ventajas de la civilizaci6n, y de recoger el fruto de los trabajos útiles, de que proviene su felicidad y la gloria del trono.»

A la edad en que se halla el nuevo rey de Portugal, se ignoran las artes del fingimiento, y lo que articulan los labios es fiel expresi6n de lo que el cora-z6n siente. Razon asiste á los portugueses para cifrar en tal monarca las esperanzas de su mayor ventura.

Cada vez se desvanecen mas las de que Méjico llegue á estar siquiera en camino de salir de tribulaciones. *Todo hace creer que á estas horas habrá terminado ya en Méjico la dictadura de Santa Ana*, dijimos al final de nuestra última Revista. Y efectivamente, ya habia terminado entonces. De Méjico salió el día 8 de agosto; para rescatar á su familia del poder de los que le hacian guerra, tuvo que dar una batalla, y perdió dos hijas: próximo á embarcarse con rumbo á la Habana dirigió desde Perote un manifiesto á los mejicanos, cuya fecha es de 17 de setiembre. Allí consigna que el poder supremo que ejercia con las mas ámplias facultades, se lo habia conferido la nacion para que restableciera el órden social y la observancia de las leyes, sacándole de su retiro. Allí califica de ladrones, asesinos, facinerosos, á los sublevados en su contra por considerarle *usurpador y tirano*, á los que al grito de *viva la libertad y muera la tiranía!* se entregaban á toda clase de crímenes y excesos. Allí dibuja la situacion del país con estas negrísimas tintas: «Mi permanencia en el poder es el pretexto de la rebelion infame que asuela á los pueblos, entrega al saqueo á las ciudades, destruye las fortunas, y hace llover sobre este infortunado país un sin número de calamidades. Los robos, las violaciones, los asesinatos, se cometen por los ladrones y facinerosos que invaden á las poblaciones indefensas ó atacan los destacamentos aislados á pretexto de la usurpacion y tiranía contra la que afectan combatir; y el escándalo, la deshonor y la perfidia se lleva al extremo de asociarse, no solo con los filibusteros del Norte, sino con las tropas de los Estados-Unidos, que pasan la frontera, fingiéndose desertores, conducidos por los rebeldes é indignos mejicanos, que les enseñan el camino

por donde deben invadir á su patria para asesinar con sus rifles á los soldados mejicanos que defienden la soberanía é integridad de su territorio.»

A nosotros no nos asombra este desenlace; ya en nuestra Revista dijimos hace tiempo que la dictadura de Santa Ana seria de las mas infecundas en bienes, porque muy luego erró el camino. Con todo, asevera en su manifiesto que estaba seguro de poder triunfar de los rebeldes, y de que la revolucion era impotente para destruir al Gobierno, y que se retira porque entretanto los pueblos se sacrifican y sufren las depredaciones de los malvados, y porque su deber es alejar los horrores de la guerra civil, quitando el pretesto de la *usurpacion y tiranía* que se le imputaba falsamente. Santa Ana ha distado mucho de proceder como debia, si se consideraba fuerte para vencer á los que llama á boca llena *facinerosos*: si con ausentarse de su patria cree que los horrores de la guerra civil cesan de golpe, ya pudo obrar asi hace mucho tiempo. Sea de esto lo que fuere, no cabe duda en que la nacionalidad mejicana está próxima á ruina. Ni con Santa Ana ni sin Santa Ana parece que tienen remedio aquellos males. Aun es provisional el gobierno que alli ha sucedido á la dictadura, y ya ha tenido que batallar en las mismas calles de Méjico y no es reconocido por muchas poblaciones. No cabe duda en que están de pláceme los americanos del Norte.

F.

LA NOVELA

Y LOS NOVELISTAS EN ITALIA.

LA ESCUELA DE MANZONI.—LA NOVELA DEMOCRÁTICA Y EL DOCTOR GUERRAZZI.—LA NOVELA ÍNTIMA Y M. CÁRCANO.

A ningún país es dado separar completamente sus destinos políticos de sus destinos literarios, y hoy vemos á la Italia llevar en los trabajos del espíritu la misma aspiracion hácia la independendencia y la unidad que marca desde el principio del siglo el desarrollo de su vida nacional. Lo único que hay que reconocer es que, en el dominio de las letras esta noble aspiracion no encuentra los mismos obstáculos que en el dominio de los intereses públicos. Si en este momento faltan las grandes obras y las direcciones fecundas, por lo menos algunas conquistas durables han abierto una vía en donde no queda mas que asegurarse. Al lado de los maestros, ya apreciados aquí mismo (1), continúa toda una escuela joven, con un ardor infatigable, si no siempre victoriosa, la obra de la renovacion literaria principiada hace cincuenta años. Espectáculo es este que la Europa desatiende algun tanto, y que sin em-

(1) Véase principalmente á *Manzoni* en la *Revue des deux mondes* del 4.º de setiembre de 1834; á *Pellico*, 15 de setiembre de 1842; á *Leopardi*, 15 de setiembre de 1844, y á *Nicolini*, 15 de setiembre de 1845.

bargo merece una atención seria. Saber en qué proporción participa la Italia de la vida intelectual de nuestro siglo, no es una cuestión que conviene tratar con indiferencia; y el que quiera interrogar de cerca á los recientes trabajos literarios de la península transalpina, esperamos que sobre este punto se acercará á nuestra opinión.

Antes de todo, para no caer respecto á los escritores italianos en un esceso injusto de severidad, no deben olvidarse las circunstancias en que se hallan para producirse, y qué clase de obstáculos pesan sobre la expresión de su pensamiento. El público del lado de allá de los Alpes conoce estos obstáculos, y por lo mismo tiene indulgencia con aquellos que procuran vencerlos. Un atractivo mas poderoso que el mérito literario hace que el lector italiano se aficione al escritor; pues sabe que bajo lo que se le dice, hallará lo que no pueden atreverse á decirle; y no teniendo otro pensamiento que la resurrección de la patria, todo lo acepta, todo lo perdona, con tal que se le mantengan sus deseos y sus esperanzas. De ahí su predilección por la filosofía que establece los principios, y por la historia, que demuestra su aplicación ó violación en los hechos. Otros géneros literarios,—la poesía y la novela,—se ocupan en celebrar las glorias pasadas de la patria ó en formular sus esperanzas presentes. Por las letras y en las letras es como la Italia realiza en cierto modo esta unidad tan deseada, que se le escapa en el orden de los hechos políticos. Ante las obras del arte y del talento, caen las barreras municipales, las preocupaciones provinciales desaparecen y se desvanecen los rivalidades de concejo; la gloria de Manzoni pertenece á Nápoles y á Roma no menos que á Milan; Leopardi no es romañol, es italiano. Esta voluntaria solidaridad así en la gloria como en la desgracia, dígame lo que se quiera, es un argumento serio en favor de las aspiraciones unitarias. En todos los casos, provoca manifestaciones que debe haber placer en estudiar.

En la novela es en donde se traduce quizá mas precisamente esta tendencia de Italia á hacer de las obras literarias la expresión indirecta de las preocupaciones políticas. La novela histórica, por ejemplo, es la que ha tenido mas lugar, despues de la historia, propiamente dicha, en la literatura contemporánea de Italia. Los escritores que han sucedido á Manzoni y á su escuela han conservado este cuadro, pero introduciendo en él un nuevo espíritu, que personifica el doctor Guerrazzi, en su violencia un tanto declamatoria. Mas recientemente todavía, se ha dado una nueva dirección, y la novela de costumbres se ha colocado al lado de las leyendas sacadas de las crónicas italianas. Bajo estos tres aspec-

tos,—novela histórica, novela democrática, y novela de costumbres,—quisiéramos examinar la literatura contemporánea de Italia.

I.

Puede afirmarse sin vacilar, que el período en que ha florecido la novela histórica propiamente dicha mas allá de los Alpes ha terminado al presente; pero le ha sobrevivido la tendencia nacional que fué su carácter. Conviene pues, hacerse cargo de esta tendencia tal como nos la ofrece la primera mitad del siglo, si queremos seguirla y apreciar con exactitud su estension por sus manifestaciones mas recientes.

La novela histórica ha nacido en Italia con el autor de *I Promessi Sposi*; sin embargo, hay un novelista que, en el orden de los tiempos, ha precedido á Manzoni. Walter Scot tuvo en Giambattista Bazzoni un imitador tan dócil como celoso. Mas tarde, debía obedecer Bazzoni no menos complacientemente á la influencia de Manzoni. Sin embargo, era mucha ventaja haber venido primero: *Il Castello di Trezzo* fué leído con mucha diligencia. Olvidáronse desde luego la debilidad de la accion y del diálogo, las negligencias de estilo, los errores de hechos y aun de color histórico; apenas notaron que el autor hacia bien la pintura de los trages, pero nunca la de las personas; y que si narraba mucho y estensamente, aun podrian despues de haberle leído, preguntarse cual era por último el objeto de su libro. No hubo ojos ni oídos sino para las escenas de subterráneos, de salteadores y de calabozos que entonces causaban emocion, y que á la vez habian apasionado á la Inglaterra y á la Francia. Hoy que el gusto ha hecho justicia á estos entusiasmos pasajeros, ¿quién lee, pues, aun en Italia, la primera novela de Bazzoni? Por mas que hizo el autor de *Il castello di Trezzo* para desquitarse mas tarde en una nueva narracion, *Falco della Rupe*, infinitamente superior á la primera; esta obra pasó casi desapercibida. Acaso la posicion oficial del autor en la administracion austriaca le perjudicó á los ojos de los patriotas italianos; pero una causa mas seria esplica la indiferencia del público: *I Promessi Sposi* (1) habian salido á luz.

(1) De dos maneras se ha traducido en español el título de esta magnífica novela: *Los esposos prometidos*, y *Los novios*. Aunque esta última sea la mas común en nuestra lengua, estamos por la primera por parecernos mas culta.—La citada novela no ha tenido todavía una buena version española.

(Nota del traductor.)

No entra en nuestro plan detenernos en la notable novela de Manzoni; importa solo, para apreciar la escuela de escritores que ha originado este libro, decir algunas palabras de las cualidades que han estendido y prolongado hasta hoy la influencia del ilustre novelista. Resignado, por conviccion religiosa, á todas las voluntades del cielo, tranquilo vecino de Milan por tantos años sin que las revoluciones le hayan enseñado el camino del destierro, Manzoni ha infamado á la ocupacion estrangera con el simple relato de los males que ocasiona, y su misma moderacion, su imperceptible sonrisa, y su dulce pero incisiva ironia, hablan mas elocuentemente en favor de la autonomia de los pueblos que pudieran hacerlo las imprecaciones mas enérgicas. Dudo que fuese este el objeto que se proponia: indudablemente no quiso sino hacer una novela de costumbres nacionales al gusto de su tiempo; pero por inclinacion, eligió la época de la dominacion española, tan propia para hacer alusiones contra la dominacion austriaca. La conciencia del erudito y el talento del narrador forman el resto; y la Italia, no solo ha contado una bella obra de mas, sino un acto, un primer paso en esa via de recuerdos históricos y nacionales que le han devuelto el sentimiento de sus derechos y de sus deberes.

La alianza de la ficcion y de la historia ha llegado á ser para la Italia, merced á Manzoni, un medio de meditar, de oponer su pasado al presente, y en cierto modo de recobrar la posesion de si misma. Desde entonces se formó una escuela, y en un grupo de escritores decididos, unos por la simple ambicion del triunfo, otros por los móviles mas serios, en seguir la via trazada, pueden notarse algunas fisonomías dignas de una mencion ó de un recuerdo, aun en el rango secundario en que los había colocado la imitacion. Hubo novelistas puramente eruditos al lado de los discípulos mas fieles al ejemplo del maestro; y hubo tambien algunas tentativas originales que conviene no echar en olvido.

Un anciano hoy casi octogenario, Rosini, profesor en la universidad de Pisa, y conocido ya por varios trabajos serios y algunas poesias, fué el primero en marchar sobre las huellas de un maestro mas joven que él. Mejor hubiera hecho en no dejar nunca la ciencia por la novela: nadie posee menos imaginacion que el erudito profesor, aun de esa imaginacion exterior que sirve á veces para ocultar bajo el esplendor de la forma la pobreza del fondo. Historiador sobrado escrupuloso para tratar libremente los temas proporcionados por la historia, Giovanni Rosini hace de sus narraciones otros tantos procesos verbales, redactados en el estilo oficial y frio de un escribano sin entrañas. Jamás hay un sentimien-

to, nunca se encuentra una palabra que salga del corazon y que afecte; los personajes se agitan, la historia los conduce; por todas partes no hay mas que hechos ó diálogos como pudieran hallarse en una acta de acusacion. Unase á esto su mediana habilidad en la eleccion del asunto, y se tendrá una idea de lo que es Rosini como novelista. Rosini ha publicado muchas *leyendas*, porque despues de lo que acabo de decir, ya no me atrevo á emplear la palabra novelas. En la una, *Ugolino della Gherardesca*, el héroe, como el título indica, es aquel famoso gibelino cuyo horrible suplicio han inmortalizado los versos de Dante. ¿No es temerario, pregunto, tomar al poeta florentino uno de sus grandes muertos? y ¿puede hablarse de Ugolino despues de él, aunque fuese para contar su vida? Es indudable que hay cierto interés en saber cómo un hombre semejante ha podido merecer tan desastroso fin; pero en esto veo cuando mas la materia de una nota, de una disertacion histórica, y no el asunto de una novela.

El *Ugolino* de Rosini nos recuerda *l' Inferno* y la torre del hambre; su *Monaca di Monza* nos recuerda á Manzoni. Trátase en efecto de esa Gertrudis cuyas sombrías aventuras forman uno de los episodios mas notables de *Los esposos prometidos*. Con una sobriedad, que es un carácter de su talento, deja Manzoni á Gertrudis en su celda desde que ya no tiene parte en los infortunios de Lucia; abandónala á sus remordimientos, y nada nos dice del resultado de su intriga criminal. El lector, sin embargo, no olvida á esta estraña criatura, y cuando se le dan noticias de ella, las escucha con mucho gusto. Véase ahí indudablemente por qué la *Monja de Monza* tiene mas de doce ediciones: el título ha hecho la fortuna de la obra. ¿Es posible, en efecto, atribuir este resultado á otra causa distinta? Rosini no tiene ninguna de las cualidades que le permitirian salir con honor de una lucha con Manzoni: esponerse á la comparacion era ó mucha audacia, ó demasiada modestia. Si Gertrudis inspira interés, es á causa de los tormentos de su juventud; pero ya criminal ¿cuál puede ser su porvenir, sino una larga y monótona espioncion, ó una série de crímenes nuevos? Entre estas dos alternativas, Rosini escogió la primera; para ello debió desnaturalizar los caracteres tan bien establecidos por Manzoni; y los detalles de la narracion no redimen esta infidelidad.

La tercera leyenda de Rosini, *Luisa Strozzi*, no es de tal naturaleza que nos haga modificar nuestro juicio. Supérfluo es, pues, invocar á este nuevo ejemplo de una equivocacion tan sensible. Rosini ha desconocido completamente la diferencia que existe entre la tarea del erudito

y la del novelista; felizmente tiene otros títulos que sus leyendas á la estimacion pública. Sin hablar de su enseñanza, sus numerosos trabajos de historia y de filología, le aseguran un lugar honorífico en los anales literarios de su país. Por ejemplo, no se olvidará su edicion y su excelente comentario á Guicciardini.

Un erudito habia sido el primer discípulo de Manzoni, el segundo fué un poeta. Esta vez la imitacion se acercó mas y pareció mas digna del modelo. Pocos meses hace que todo Milan seguia gimiendo los restos mortales de Tommaso Grossi. Ligado con Manzoni en una amistad estrecha, marchó Grossi por mucho tiempo al lado suyo, pero por una vía diferente. Sus poemas y sus cuentos en verso le dieron una gran reputacion, y tal era la seducccion de sus cantos, que pudiera llamársele el Lamartine de Italia. Esto no obstante, contra este hombre tan pacífico y tan bueno se lanzaron varias criticas, algunas veces serias, pero casi siempre acerbos é injustas. Mal templado para la lucha, Grossi no intentó hacer frente á sus enemigos; renunciando á esa poesia que habia constituido su gloria, y en una cierta medida, la de su generacion, resolvió seguir á su amigo sobre el terreno no menos disputado de la novela histórica. Los que conocian á esta naturaleza delicada y tierna, hubieran podido admirarse de que no prefiriese escribir una novela de costumbres intimas; su genio hubiera estado mas á su placer; pero era tal todavia la influencia del triunfo obtenido por Manzoni, que parecia temerario tentar fortuna, é imposible esperar el triunfo en otro género. Grossi era sobrado modesto y demasiado entusiasta de aquel á quien llamaba su maestro para pensar de otra manera que todo el mundo. Dejose ir tranquilo con la corriente, hasta que un dia se vió salir á luz á *Marco Visconti, storia del trecento cavata dalle cronache di quel secolo e raccontata da TOMMASO GROSSI*.

La intencion de imitar á Manzoni era evidente: veíase la huella en la eleccion del asunto, en la dedicatoria, en el estilo, en la composicion, y hasta en las menores espresiones. Sin embargo, el conjunto de la obra no es mas que un largo rodeo de lo que hay de mas profundo y de mas escogido en la poética del autor de *I Promessi*. Despues de estar bien inspirado del genio de la época, cuyos rasgos principales queria retratar, Manzoni habia inventado una fábula y personajes que no tenian otra vida que la que él mismo les daba. A su ejemplo, Grossi hojeó los libros y los manuscritos; pero fué mas bien para hallar en ellos un tema de fácil desarrollo que para saber la historia. Tomó, pues, una aventura bastante brutal, en la cual ejecuta un gran papel el condottiero Marco

Visconti; solamente que para hacerla romancesca se vió obligado á desnaturalizarla, y así su obra tuvo todos los inconvenientes de la narración histórica sin tener su fidelidad. En vez de un pueblo, Grossi no resucita mas que á un hombre, y aun presta al feroz capitán de la edad media costumbres dulces y generosas que no tiene en la historia, y que se parecen mucho á las del modelo que en sí mismo encontraba el autor. Sea como quiera, tomemos á Visconti tal como nos le pinta. ¿Por qué permanece éste fuera de la acción? ¿Por qué parece que hay dos líneas paralelas que el famoso condottiero y los demás personajes siguen sin encontrarse nunca? Tartufo, aun estando ausente, es el alma de la casa de Orgon, nada se hace en ella sino por él ó para él; Marco Visconti, al contrario, por presente que se halle, no obra en nada sobre los acontecimientos.

Pero si se hace abstracción de las inexactitudes históricas del poeta milanés, si se consideran su asunto y sus personajes como puras creaciones de su talento, será imposible no admirar el conocimiento del corazón humano que demuestra Grossi en esta novela. Si falta al autor el sentido histórico, tiene por lo menos el sentimiento moral en grado sumo. Conoce las pasiones, sabe hacerlas hablar su verdadero lenguaje, nos conmueve, nos arranca lágrimas, nos hace amar á sus personajes, y á él mas que á todos ellos, porque se conoce bien que es su alma quien los anima. De modo que, á pesar de las dilaciones, de las digresiones é inverosimilitudes, este libro merece un lugar distinguido entre las novelas de la Italia contemporánea.

Grossi habia dado á la novela histórica una especie de gracia elegiaca. Cantú hizo dominar en ella la erudición, como Rosini, pero con mas habilidad. Su novela de *Margherita Pusterla* es muy estimada en Italia, y digna, bajo ciertos respectos, de su reputación. Las aventuras trágicas que cuenta Cantú en esta obra, dan mas bien asunto á escenas patéticas que á una novela. Si superabunda el dolor, faltan las pasiones, ó por lo menos son demasiado necesaria y constantemente las mismas. Desde el momento primero está decidida la suerte de las víctimas; y si el lector se empeñase en concebir alguna esperanza, Cantú se apresuraria á quitársela, advirtiéndole que la historia que cuenta está sembrada de desgracias. La novela, pues, se encierra en los episodios, y esto es un defecto; pero no obstante, alguno de estos episodios forma una notable novela, y da una alta idea del talento del autor. Cantú trata además la letra de la historia con un respeto digno de elogio. Tiene también un conocimiento perfecto del carácter del desterrado político y un sen-

timiento muy pronunciado de la inaptitud cívica del vulgo. *Margherita Pusterla* data ya de veinte años, y sin embargo, este libro parece haberse escrito ayer, pues lleva el sello de la triste realidad, tal como nos la han demostrado los acontecimientos. ¿Veis al pobre desterrado figurándose que todo el mundo va á armarse para devolverle una patria? ¿Adivinais sobre su arrugada frente los sentimientos acerbos á los cuales se abre su alma ulcerada? El jóven patriota se indigna de ver que á pesar de las calamidades públicas, los artesanos prosiguen sus trabajos, los comerciantes dan de mano á sus negocios, y los ciudadanos todos saborean como antes las tranquilas alegrías de la familia. Admírase de que estos hombres, que hubieran gemido si un pedrisco hubiese destruido sus sembrados, permanezcan insensibles á la opresion de la patria, al destierro de sus defensores. De buena gana sacudiria á esos muchachos que siguen con alegría á los soldados, á sus trompetas y tambores. ¿No es esto un doloroso y verídico retrato?

Cantú parece haber tomado en la intimidad de Manzoni y de Grossi sus mejores inspiraciones; no es él el último á quien haya sido fructuosa esta intimidad. A este historiador sucedió muy luego un hombre que casi no habia conocido de la naturaleza y de la fortuna sino sus mas amables sonrisas. La naturaleza le habia hecho artista; su buena fortuna le hizo yerno de Manzoni, soldado, diputado, y aun ministro. La politica ha dado á Máximo d'Azeglio un brillo de que su nombre no necesitaba para traspasar los Alpes; su triple talento de pintor, de novelista y de poeta, hubiera asegurado su reputacion. Lo que hay sobre todo digno de elogio, es que, entre tantas aptitudes ó funciones diversas, haya sabido dar unidad á su vida. Imitador de Manzoni, no por carencia de talento, sino por piedad filial, ha sabido abstenerse, merced á sus hábitos activos, de imitar esa resignacion al mal que no quiero llamar cristiana, porque en el estado en que se encuentra hoy la Italia no podria ser una virtud. Antes que todo, Máximo d'Azeglio es italiano. Mas que otro ninguno, ha consagrado su vida á combatir por la independencia de la patria. Cambia de armas y de trage, pero está siempre sobre la brecha: novelista cuando ha dejado la espada, hombre de Estado cuando ha soltado la pluma; siempre activo, decidido, convencido.

Dos novelas han señalado el sitio de M. d'Azeglio en primera linea despues de su maestro. *Ettore Fieramosca*, la produccion primera de este elegante ingenio, daria, sin embargo, de él una idea muy incompleta, aunque esta obra haya tenido en Italia un éxito popular. El hecho de armas de Barletta, ese combate caballeresco entre italianos y

franceses (1), le ha proporcionado una ocasion de lisongear á algunos antiguos rencores, que hubiera valido mas dejarlos dormir. Esta es una rehabilitacion un poco sospechosa del valor de los italianos. La ligereza con que nosotros hablamos á menudo de la valentia italiana, puede excusar únicamente la importancia que se da en Italia al desafio de Barletta, como á la novela que ha popularizado la relacion de él. Séame permitido decirle, sin embargo: los descendientes de los Piccinini, de los Malatesta, de los Braccio de Montone, de los Ferrucci, y los compatriotas de los defensores de Venecia y de Brescia no necesitan atenerse á tan poca cosa; su pasado y su presente nos responden de su porvenir.

Si Máximo d'Azeglio no hubiese publicado mas que el *Ettore Fieramosca*, gozaria con justo título del favor público en Italia, pero no hubiera obtenido de los hombres de gusto esa estimacion reflexiva y motivada á la cual le da incontestables derechos *Niccolò dei Lapi*. El *Ettore Fieramosca* era un homenaje tributado al gusto gótico del tiempo, hacia los torneos y desafios de la edad media; *Niccolò dei Lapi* es un retorno feliz á una estética menos comun. «Por todas partes se encuentra, dice el autor en su prefacio, la narracion de las guerras y de los acontecimientos políticos;» pero la vida íntima, las pasiones de esos hombres que han desempeñado su papel, con brillo ó sin él, sobre la escena del mundo, he aqui lo que casi no se encuentra en parte alguna, y lo que Máximo d'Azeglio ha querido darnos á conocer, colocándose en una de las épocas mas gloriosas de la historia de Florencia. Alli los

(1) Los dos historiadores que refieren este hecho, Paulo Jovio y Guicciardini, no están acordes. El primero, á quien sigue Azeglio, echa la culpa á los franceses. El segundo, sin disimular su derrota, pone la provocacion y las bravatas del lado de sus adversarios. Sabido es hasta qué punto es disputable la autoridad de Paulo Jovio. En cuanto al desafio mismo, ¿hay que darle tanta importancia, puesto que uno de nuestros campeones era piamontés, y que Bayardo, aunque presente, no fué llamado á tomar parte en el combate?

(Nota del autor.) (*)

(*) Por mucho respeto que nos merezca el autor del presente artículo, no podemos menos de decir que, como francés, no es extraño haga poco aprecio de nosotros, cuando no indica que hubo guerreros españoles en el combate caballeresco de Barletta, autorizado precisamente por el Gran Capitan Gonzalo de Córdoba. Los primeros campeones que se presentaron en la liza fueron Iñigo, Azevedo, Correa, el viejo Sagredo, el celeberrimo Diego Garcia de Paredes, y otros que, aunque menos conocidos, eran todos valientes caballeros. El famoso artillero Pedro Navarro habia recibido de Gonzalo el encargo de servir de padrino. Veamos algo de lo que sobre el valor de los españoles dice el mismo Azeglio en el cap. 48 de su *Fieramosca*: «Non ostante si riaccese la zuffa, e duró finché il sole già cadeva verso occidente, ed i Francesi bravissimamente seguitarono la loro difesa, tantochè convenne alla fine alle due parti di rimanersi: i giudici decretarono uguale l'onore della giornata, dando agli Spagnuoli vanto di più valenti, e quello di più costanti ai Francesi.»

(Nota del traductor.)

hombres mas oscuros son dignos de que se investiguen sus actos, y estos actos realzan sus menores sentimientos. ¿Cómo no admirar á esta raza enérgica que cree en las promesas de un fraile ahorcado y quemado (1) por ella, y que cree en aquellas hasta el punto de resistir á la hambre, á la peste y á la traicion? ¡Locos, si se quiere, pero locos sublimes, que bajo el reinado de la violencia han querido, con peligro de su vida, creer en la fuerza del derecho!

Y no quiere decir esto que *Nicolò dei Lapi* sea una obra perfecta. Podrianse sin duda censurar en el estilo varios giros demasiado exclusivamente piamonteses; podria uno sentir que el autor tuviese demasiada sensibilidad para conmoverse fácilmente, y señalar en fin, cierta vulgaridad en las combinaciones de la intriga y en la mayor parte de los caracteres; pero podria tacharse sobre todo á M. d' Azeglio de no haber permanecido bastante fiel á su programa, y de haber entrado con suma frecuencia en el detalle de los hechos históricos. Despues de Nardi, y sobre todo despues de Varchi, ¿qué necesidad habia de contar diversos episodios del sitio ó batalla de Gavinana? De estos acontecimientos lamentables, no deberia verse en la novela sino la influencia que han ejercido sobre los destinos de los principales personajes: el lector deseoso de conocerlos mejor recurriria entonces á la historia; ademas, se podian reunir en un apéndice los textos importantes de los cronistas. De esta manera al menos, la grandeza del hecho y sus consecuencias politicas no harian olvidar las consecuencias privadas, y la novela no dejaria de ganar en ello.

Tambien era de desear ver en el desarrollo de las pasiones algo de nuevo y original; pero de las dos hijas de Nicolò, la una tiene demasiada abnegacion para estar muy seriamente enamorada; al paso que nos repugna el amor que la otra tiene á un traidor. La atencion gusta fijarse mas sobre Nicolò de los Lapi. Este carácter está bien concebido, y desarrollado con talento. Nicolò es un anciano de ochenta y nueve años, amigo en otro tiempo de Gerónimo de Savonarola, hoy inalterable partidario y propagador celoso de sus ideas. En esta alma fuertemente templada, el patriotismo no ahoga los demas sentimientos, pero los domina; y ¿qué cosa mas natural en el momento en que la patria corre los ma-

(1) Fr. Gerónimo de Savonarola, dominicano, prior del convento de San Marcos de Florencia, célebre predicador, adversario violento de la casa de Médicis y de la corrompida corte del papa Alejandro VI, mirado como santo y profeta, fué quemado despues de ahorcado en la plaza pública de Florencia el 23 de mayo de 1498, por orden del antedicho papa.

(Nota del traductor.)

yores peligros? Nicolò, casi siempre en escena, hace olvidar la insuficiencia de los otros personajes; interesa y conmueve siempre, aun cuando sus sentimientos, como los del viejo Horacio, sean demasiado heroicos para ser humanos. Es menester oírle reprender á su hija por haberse deshonrado no tanto por la pérdida de su virtud cuanto por la eleccion que ha hecho de un enemigo público para amante suyo. Es menester aun oírle responder con una calma estóica al nombre de cada uno de sus hijos, cuando le preguntan por ellos: ¡muerto por la patria! No sé si hay en toda la obra una escena mas noble y magestuosa que aquella en que, rodeado de toda su familia, recibe á esa hija que primero habia echado de casa, y con ella á su seductor, no porque un casamiento haya lavado la falta, sino porque este casamiento ha devuelto un ciudadano á Florencia que se halla apurada. Se dirá que son sentimientos forzados; pero no olvidemos que este anciano de costumbres antiguas habia adquirido en su intimidad con Savonarola la conviccion de que debe amarse mas á la patria que á la propia familia, y sacrificárselo todo. Pero si existe este deber, aun en circunstancias ordinarias, ¡cuán imperioso se hace al estar la patria en visperas de sucumbir! En fin, la traicion abre al estrangero las puertas de la desventurada ciudad, y el anciano octogenario da un adios con firmeza á la casa que le habia visto nacer, en donde habia vivido, en donde contaba morir; toma con su familia entera el camino del destierro, por no permanecer una hora mas dentro de sus muros deshonrados, y á la traicion de su yerno debe el que le hundan en los calabozos, y que haga caer su cabeza el hacha del verdugo. Asi perece con Florencia este hombre, la personificacion mas pura del patriotismo, y á este noble sentimiento debe tambien el autor de *Nicolò dei Lapi* sus mas bellas inspiraciones.

Máximo d' Azeglio habia encaminado á sus límites verdaderos el género ilustrado por Manzoni. Despues de él casi no hay que indicar mas que extravíos. La escuela se continúa, pero como por tradicion, y con una marcada decadencia. Debe nombrarse, solo por recuerdo, á los escritores que la representan todavia: Canale ha publicado á *Gerolamo Adorno*; Varese, á *Folchetto Malaspina*, *Sibilla Odaleta*; Colleoni, á *Isnardo*; Cabianca, á *Giovanni Tonesio*; Rovani, á *Lamberto Malatesta*; Bresciani, al *Judio de Verona*; Travisani, á *Los Mercenarios de Monteverde*; Madama Sajani, á *Los últimos dias de los caballeros de Malta*. Todas estas obras se distinguen por algun mérito; esta por laboriosas investigaciones, aquella por cierta facilidad; pero ninguna se recomienda por su originalidad é invencion. Hubiera ya concluido con la novela

histórica, si no conviniese decir una palabra de la última obra que ha producido esta escuela, para convencernos mejor de que su gloria está toda en el pasado.

El autor de la novela de que nos queda que hablar, M. Corelli, ha buscado un modelo, y, despues de maduras reflexiones, se ha fijado en G. Rosini. Ciertas afinidades naturales le hacian casi una necesidad de esta eleccion. Ignoro si Corelli tiene tanto saber como Rosini, pero á ciencia cierta tiene mas imaginacion que él. Nada diré de su *Oliverio Capello* que remonta al año 1846, y que no es una obra bastante distinguida para detenernos en ella. En cuanto á *Fra Girolamo Savonarola*, la última novela de Corelli, publicada en Turin en 1852, el autor tenia una ruda tarea que llenar despues de la sencilla y encantadora narracion de Burlamacchi. Esta narracion no dejaba lugar sino á la historia propiamente dicha; y Corelli, adoptando para su asunto un cuadro romancesco, daba motivo á una comparacion peligrosa entre sus invenciones y la cándida crónica de Burlamacchi. Ya no tiene hoy la credulidad sus privilegios antiguos; y si todavia la queremos en los monumentos del pasado, nos reimos de ella en nuestros contemporáneos. Corelli ha sucumbido, pero, en vez de narrar simplemente, ¿por qué siempre ese lujo de una erudicion fácil, y esas descripciones de lugares que estarian mejor en un diccionario de geografía ó en una guía de viajeros? ¿Por qué remontarse hasta la conjuracion de los Pazzi y parafrasear los historiadores, despojándolos de todo su interés, de todo su brillo? Glosa de Nardi y de los demas analistas florentinos, ó reminiscencia mal disfrazada de un drama de Revere (*I Piagnoni e gli Arrabbiati*), el libro de Corelli no es ni una historia ni una novela; es una série de escenas sin enlace, una galería de personajes monótonos todos parecidos; y que el autor, sin andarse en escrúpulos, atribuye á sus antecesores. Su Lora, ¿no es una pálida y desgraciada copia de la Selvaggia de M. d'Azeglio? Savonarola al menos está estudiado concienzudamente, pero la ejecucion es débil; y encuentro mejor al atrevido predicador en las páginas sencillas y parciales de sus discípulos inmediatos.

Vemos pues, que la novela histórica en Italia, separada de su poética natural y primitiva, casi nada tiene de novela; nada debe al arte, es una crónica de segunda ó tercera mano, esceptuando el encanto que presta la sencillez á las antiguas relaciones. Hoy, pues, es esta una forma manoseada. Manzoni habia dado un modelo casi completo; cada cual al punto tuvo á honor marchar sobre sus huellas; y todos, como si se hubiesen convenido de antemano, se mostraron infieles á lo que tiene su

método de mas esencial, de mas verdadero, de mas delicado, de mas sublime. Manzoni toma la historia no como un tema, sino como el lazo de los personajes que quiere poner en movimiento; inventa una fábula, puebla la escena de seres fantásticos, pero mas verdaderos, sin embargo, que muchos de los héroes tomados de las crónicas. Introduce entre ellos algun hombre ilustre, cuyo carácter y hechos describe con mucho cuidado y exactitud, lo arroja al centro de la ficcion, toma inspiraciones de los cronistas y de los historiadores para dar á cada uno el trage, las costumbres, las ideas de su tiempo, de su estado; pero se guarda muy bien de hacerlos concurrir por una imitacion poco hábil, y sabe sujetarse; la historia y el arte ganan á la vez en ellos. Sus discípulos infieles, escepto uno solo, hacen todo lo contrario: toman por asunto principal algunas circunstancias de los anales de un pueblo, por héroe algun personaje de estos anales; dan las unas á luz, ponen los otros en escena con mas ó menos detalles; disimulan cuanto pueden la pobreza de sus invenciones bajo un aparato pomposo de hechos, y alcanzan de este modo un mediano resultado, una honorífica mediocridad. Ocupados únicamente del objeto, aplauden los lectores italianos; pero nosotros que vemos las cosas á sangre fria y de mas lejos, somos forzosamente mas severos. Bajo el punto de vista del arte, la decadencia es completa. Si el mismo Manzoni se dignase entrar en la lid, temo que quedasen sin efecto sus ejemplos y sus lecciones. Bajo el punto de vista politico, la novela histórica ha contribuido al sacudimiento de 1847: esta será su gloria; pero este movimiento se ha frustrado. Para nuevos esfuerzos se necesitan nuevas armas.

II.

El doctor Guerrazzi, ¿tenia, antes de 1847, el presentimiento de la impotencia final de la novela histórica? Tentado estaba uno á creerlo viendo las modificaciones profundas hechas por él en la estética del género. Los acontecimientos marchaban á su placer demasiado lentamente, los italianos demostraban una paciencia suma, y quiso acelerar el desenlace. Para eso ¿qué habia que hacer? Puesto que la multitud de los lectores parecia no comprender la leccion encerrada en los hechos históricos que se ponian á su vista, necesario era hablar mas claramente; y esto no era cosa fácil en un país en que el poder ejerce una inquisición

tan minuciosa sobre la palabra y el pensamiento; Güerrazzi resolvió hacer el ensayo.

Ignoro si se impuso esta tarea porque la creyó útil, ó si la creyó útil porque convenia á sus gustos ó á su temperamento; lo que hay de seguro es que, ninguno mejor que él era á propósito para desempeñarla. Naturalmente moroso y declamador exacerbado por las desgracias públicas en medio de su propia fortuna, y á pesar de la posicion brillante que habia adquirido como letrado, no tenia esfuerzo que hacer para gemir y maldecir; bastábale decir en voz alta lo que pensaba callando desde mucho tiempo. De esta manera se constituyó el cantor de la desesperacion. Para el doctor Güerrazzi, Dios es el gran destructor, las mugeres ocultan un alma pérfida bajo rostros seductores; en la vida, no hay mas que miseria y crimen; entre los hombres, nada mas que victimas y perseguidores; todavía se hallan mil verdugos para un mártir. La lira de Güerrazzi tiene una cuerda sola, y desde luego se ve, que aunque pueda resonar en su hora con algun vigor, un canto tan monótono fatiga á la larga. En él es este un vicio orgánico ó por lo menos un mal sin remedio mientras Italia no sea independiente y libre. Y aun está la maldicion de tal manera en el giro de su espíritu, que si sus ideas triunfasen, se le veria casi al dia siguiente en las filas de la oposicion.

Era necesario un testo á las declamaciones; ¿en dónde hallarle mas abundante y mas variado que en la historia? Habia, pues, lugar á no salir enteramente del cuadro que por otra parte consagraba la autoridad de un talento feliz, y Güerrazzi comprendió que no podia hacer mejor que encerrar en él sus liricos arranques. Una vez adoptado este sistema, y cualesquiera que sean sus inconvenientes, es justo reconocer que con un eserúpulo raro en Francia, el novelista se abstiene de desnaturalizar los hechos históricos: son en sus libros tales cuales están en los cronistas, por lo menos en cuanto á su sustancia. Si carece de color, hay que atribuirlo, no á la voluntad, sino al ánimo de Güerrazzi. Para reproducir fielmente la historia, hubiera convenido ser menos personal, saber identificarse con los hombres, comprender sus pasiones, sus costumbres y su tiempo, y no rebujarlos todos en una librea y darles á todos sus ideas, sus sentimientos, y hasta su lenguaje.

No obstante este vicio capital, que hace de la novela histórica el mas falso de todos los géneros, Güerrazzi ha obtenido en Italia un gran resultado, que creo es necesario atribuir principalmente á dos causas. Desde luego bajo sus verbosas é hinchadas amplificaciones, hay un talento real de esposicion y de narracion, una verdadera poesia, un co-

lorido digno de revestir un pensamiento mas nutrido. En seguida la lengua de que se sirve el autor no está estropeada por los idiotismos lombardos ó piamonteses, de que no saben abstenerse Manzoni y Máximo d'Azeglio: es ese puro toscano, ese ideal de la lengua italiana que la academia de la Crusca conserva con un cuidado religioso. Y no solamente habla toscano Güerrazzi, sino que lo habla y escribe mejor que nadie. Aunque sepa muy bien el francés, ha permanecido italiano, y el genio de esta gran nacion revive en sus obras con sus cualidades, pero sobre todo con sus defectos. No puede negarse que esto es una causa muy legitima de buen suceso; y si á esta ventaja se junta la naturaleza de los asuntos tratados, esa lisonja continúa á las preocupaciones italianas, la vehemencia de las imprecaciones contra todas las tiranías bajo las cuales la Italia se ahoga y procura desasirse en vano, la novedad de sus ataques contra la Iglesia católica en un país en que ésta ha reinado hasta ahora sin rival, se comprenderá no solo el triunfo, sino tambien la influencia inmensa que ha debido conquistar el doctor Güerrazzi. ¿Cómo no olvidarse de notar las numerosas imperfecciones de sus obras, cuando habia que leerlas en secreto, cuando se las saboreaba como fruto prohibido?

Sin embargo, Güerrazzi no entró en la liza completamente armado; y aunque en la obra que le dió á conocer se puedan ver ya todos sus defectos y presentir sus cualidades, seria injusto juzgar á este talento por la primera y mas imperfecta de sus producciones. Si la *Battaglia di Benevento* merece que nos detengamos, es sobre todo, como ensayo de transicion entre la escuela histórica y la que Güerrazzi pretendia crear.

La *Battaglia di Benevento* es la derrota de Manfredo por el hermano de San Luis, es la caida de los gibelinos en la Italia Meridional. Por la eleccion misma de este asunto se revela toda la inesperienza del escritor. Se sabe su objeto: combatir con los remedios mas violentos la enfermedad de languidez de que está atacada la Italia, y que los extranjeros se apresuran demasiado á declarar incurable. Pero, ¿de qué parte puede venir la alusion que se busca? ¿por qué punto puede enlazarse la conquista de Carlos de Anjou con la historia contemporánea? Para evitar toda equivocacion, Güerrazzi procura decirnos que su héroe es Manfredo, representante de la nacionalidad italiana y de la patria oprimida. Echar mano de un malvado para representar un principio tan noble, es una insigne torpeza; pero no insistamos mas. Los alemanes ¿eran, pues, menos extranjeros en Italia que los franceses? ¿tenian otro derecho con-

tra ellos que el del primer ocupante? La patria, en fin, el sentimiento nacional ¿existía en esta época, y los güelfos no podían llamarse al menos tan buenos patriotas como los gibelinos?

Poco importa la exactitud de los detalles cuando el espíritu de la historia está tan estrañamente violado. De buena gana se dispensaría al novelista el abuso de los adornos románticos, si se viese que pintaba en su relacion una verdad moral é histórica. Por desgracia hay en el escritor tanta ligereza como pretensiones. No vaya á creerse que Güerrazzi se coloca entre los novelistas: la *Battaglia di Benevento* es una historia. Si no se ha atrevido á darle este nombre, «es porque no es el libro quien constituye el título, sino el título el que hace al libro, y porque ya no sabemos lo que es la historia.» Mr. Villemain piensa al contrario, y con mucha mas razon, «que en las épocas cercanas á las grandes crisis sociales y políticas, todo el mundo tiene el sentimiento histórico.» Además de esto, Güerrazzi mismo condena sus pretensiones científicas y su capricho, imaginando una intriga amorosa que nada tiene de real, nada aun de verosímil, nada de simpática, y que nos lanza desagradablemente al mundo de la ficcion. El interés que no se puede conceder á Manfredo, no se fija tampoco en los dos príncipes jóvenes, que son los únicos personajes algo honrados de este libro; y con mas razon falta á la turba que los rodea. Ningun carácter vigoroso se destaca de él, ningun incidente dramático viene á despertar la atencion del lector, sin cesar fatigado por oscuras complicaciones.

A pesar de tan grandes defectos, han aprobado á Güerrazzi los elementos nuevos que presentaba en un género comprometido por una imitacion servil. Apasionáronse por sus trozos de melodrama y sus maldiciones patrióticas; y no cuidaron de preguntarse si estas no eran inútiles digresiones. La cuestion del arte quedó oscurecida. Habia lugar, sin embargo, á notar que las innovaciones del novelista liornés se reducian á bien poca cosa: sus antecesores veian en la historia un texto para descripciones; él la toma como un texto para declamaciones, y aun en esta parte oratoria, que constituye toda la originalidad de sus libros, no es siempre original. No es raro hallar en las páginas mas bellas de Güerrazzi reminiscencias un tanto disfrazadas de Goëthe, de Chateaubriand, y en particular del lord Byron. Yo no acuso ciertamente al novelista italiano de haber querido ocultarnos lo tomado de otro; estoy seguro que no tiene conciencia de ello, y que cree crear cuando no hace sino acordarse. Además, él mismo se ha caracterizado un dia con una dureza de espresiones cuya responsabilidad le pertenece. «Yo seria un hombre

eminente, decia, si tuviese un poco menos del mono y un poco mas del águila.»

L'Assedio di Firenze es muy superior á la *Battaglia di Benevento*. Guerrazzi en esta novela toca ciertamente los recuerdos mas grandes de la historia florentina. A este sublime sacrificio de un pueblo que se sepulta en la gloria, no ha faltado mas que un poeta capaz de rivalizar con Homero ó Dante. ¿Habrá quien diga por qué solo entre los historiarres ha encontrado vengadores la causa de los vencidos? En el *Assedio di Firenze* puede notarse mas de una página elocuente; pero es de sentir que para este escritor sea siempre la historia un accesorio y las declamaciones lo principal. Por fortuna la pasion politica anima esas *tiradas* tan repetidas. Guerrazzi como toscano, ama y celebra á los heróicos defensores de su patria; gime por su derrota, de la cual jamás ha vuelto á levantarse Florencia; maldice á los traidores que la han vendido y á los impíos que la han comprado; á veces llega á estar realmente conmovido, y otras comunica tambien su emocion. Hay que aplaudir lo que introduce de natural al través de su hinchazon ordinaria; una cita dará mejor á conocer los defectos y las cualidades de la obra de Guerrazzi. Tomemos la introduccion de *L'Assedio di Firenze*. Este trozo contiene el pensamiento esencial del libro; él nos dará á conocer la disposicion de ánimo en que estaba el autor cuando lo compuso.

«Sola te encuentras ¡oh alma mia! no procures engañarte; levanta la voz y deja salir tus sollozos. ¡La paciencia! ¡oh! la paciencia es una cosa dura; mejor conviene al bruto que al hombre; haz un azote de esta cadena espiritual para cruzar con él el rostro de tus opresores. ¡Los poderosos de la tierra te flagelan con varas de hierro y aun con escorpiones! (1) Emplea contra ellos las varas de tu paciencia exasperada. ¡Atrévete! David triunfó con la honda, y tus enemigos no son gigantes, ó cuando mas son gigantes de locura. Si exhalas tus gemidos, no es en tí ni cólera ni cobardía: es que la desgracia va pesando cada dia mas sobre la raza mortal. Cuando el estoico levanta la cabeza y dice: «Nunca he llorado,» ha mentido. Porque no hayan corrido lágrimas de sus ojos, ¿afirmará el soberbio que no ha llorado nunca? ¿Corre menos rápida el agua hácia la mar bajo la helada superficie del rio? Todo llora aqui abajo; todos los dias vierte lágrimas la naturaleza, —el rocío de los cielos, —sobre las miserias de la creacion. Gime, gime, ¡oh alma mia! Ya no

(1) *Pater meus cecidit vos flagellis, ego autem cædam vos scorpionibus.* (Reg., l. III, cap. 42, v. 44.)

existen las musas, los genios, las hadas ni Apolo. El dolor, que, antes de ellos, inspiraba los cantos de los hombres; el dolor, que sobrevive á los sepulcros; el dolor, que abre y cierra las puertas de la vida; el dolor, que mide el tiempo,—he ahí lo eterno, he ahí la única musa del hombre!

»Mucho tiempo hace ya que he aprendido á estar en guardia contra las esperanzas humanas. Vivo en medio de los hombres, pero nada les pido; nada espero ni temo de ellos. Mortales ¿qué podriais darme? ¿Vuestro odio? ¿la prision? ¿el destierro? Todo esto ya lo he recibido de vosotros. Esto ha sido como la piedra que lanza el loco por el aire y que le cae sobre la cabeza. ¿Vuestra compasion? ¡Oh! bebed esa copa de vinagre y de hiel; yo sé sobrellevar vuestro odio, pero no vuestra compasion; guardáosla para vosotros mismos, porque como yo habeis venido al mundo, como yo vivís, y sufrireis la muerte como yo; en vosotros como en mí reinan las enfermedades del cuerpo y del espíritu, el error, el sufrimiento, la necesidad, la culpa.

»Nuestro globo está poblado de una raza que por decrepitud, por embrutecimiento, por ceguedad ó por cobardía, se arrastra sin esfuerzo sobre esta morada de destierro y grita á los que la preceden: ¿A qué ir tan de prisa? La dicha está en el reposo. ¡Cómo! ¿no sabeis que vivir es correr hácia la muerte? El reposo no es la vida. Pasar de una desgracia á otra, agitarse incesantemente en la inquietud y la tristeza, castigar y ser castigado, amar, aborrecer, ser unas veces ángel, otras demonio, gusano y Dios, he aquí la vida. ¿Es ésta un bien? ¿es un mal? Preguntadlo al que pudiendo crear solamente el bien, no lo ha querido. Si la ausencia de la pasion fuese la felicidad, la tumba no tendria menos vida que el hombre. Pero la diferencia que hay entre el hombre y la piedra, os la dirá San Estéban, que murió apedreado. ¡Seres impasibles! ¡preguntad á los sacerdotes de Júpiter la suerte de Niobe! Sin embargo, guardaos bien: vuestros sacerdotes tienen el poder de trasformar los corazones en piedra; pero, lo mismo que la hidrofobia, este poder no pasa á la segunda generacion, y en el tiempo en que estamos, es menester mirar esto como un bien.

»¡Escuchen, pues, esos hombres, pero no oigan: miren, pero no vean! Aborrezco sus juicios; y aunque mi voz se haga oír cerca de sus moradas, deseo que resuene solitaria como el rugido del leon en las arenas del desierto, como el grito del águila sobre las rocas de los Alpes.»

Segun estas últimas palabras, habia fundamento para creer que Guerrazzi habla solo para sí, á fin de aliviar su corazon, que rebosa de

amargura; sin embargo, un poco mas abajo nos dice que se dirige solo á los jóvenes, «porque el tiempo le ha enseñado que los cabellos blancos no son sobre la cabeza de los ancianos una aureola de sabiduría, que cada año borra una virtud, y que mucho tiempo antes de morir el hombre no es mas que un cadáver.» Pero, ¿que dice á estos jóvenes de quienes hace su auditorio? «La fuerza no ha concluido con nadie un pacto eterno. Mientras que vuestros brazos, levantándose hácia el cielo, sientan el peso de las cadenas, no pidais gracia.... Dios está con los fuertes. La medida de vuestra abyeccion está colmada; ya no podeis descender mas abajo; la vida consiste en el movimiento; luego volveréis á salir. Tened la cólera en el corazon, la amenaza en los lábios, la muerte en la mano, romped todos vuestros dioses; no adoreis á otro que á Sabaoth, al genio de las batallas, os volveréis á levantar. Nuestra bandera terrible á los hijos de los cimbro flotará una vez todavía sobre las torres enemigas; la antigua tumba de Mario se abrirá y dejará ver su espectro; una vez todavía arrastraremos en el polvo hácia el campo de Marte, las coronas de los tiranos. ¿Seremos entonces felices? ¿qué importa? ¡Que vuelvan! ¡oh! ¡que vuelvan, esos dias deseados, esos dias de ventura para el orgullo italiano! Amor es el placer de oprimir, pero hay todavía un placer: la venganza regocija el espíritu de Dios.»

De manera que todo este desaliento no es mas que una figura de retórica, y este libro un grito de guerra. Demostrar á los italianos la virtud y el infortunio de sus antepasados, ¿no es enseñarles á elevarse á la altura de la una y á librarse del otro?

Aun hay en esta introduccion algunas páginas elocuentes. Guerrazzi nos pinta la naturaleza bella y risueña como se le presentaba en los dias de su juventud, cuando, semejante á la viagera alondra, se levantaba para recibir sobre su cabeza las primeras bendiciones de la luz y del sol. Entonces todo lo admiraba, las formas del leon, las manchas del tigre, los colores de la digital, las ondulaciones del océano. Mas tarde descubre el mal y el veneno oculto bajo estos brillantes exteriores: maldice á la mar enfurecida, al sol que arroja igualmente sus rayos sobre el hierro del asesino y sobre la herida de la víctima. Huella con sus pies la cicuta que habia dado muerte á Sócrates. Si el pesimismo de Guerrazzi no tuviese otro fundamento que el que él presenta en la brillante introduccion que intento yo resumir, sería bien superficial y bien poco racional; porque para que ciertas cosas sean *bien*, es menester que otras sean *mal*. El raciocinio de Guerrazzi ha sido el de un espíritu llevado al último extremo: no viendo si no el mal en el orden de los he-

chos políticos, concluye preguntándose si no constituía este por todas partes el fondo de las cosas, y si no se encontraba el bien solamente en la superficie. Esta es la lógica de la pasión, y así debía ser la del autor de *L' Assedio di Firenze*.

Fácil es comprender cuan á gusto suyo debió encontrarse este genio atrabiliario en presencia de un asunto semejante. La ruina de la florentina república era mas que una catástrofe municipal: era el estertor de la libertad italiana acosada en su último asilo; era el dolor mas grande y juntamente la gloria mayor del pasado, una lección de heroísmo y una escitación á la venganza. Con todo, en vez de una obra maestra, Güerrazzi no nos ha dado sino una obra en que la brillantez del estilo no sería bastante á libertarla de sus mortales dilaciones; pero tambien es necesario reconocer que esta obra es la que ofrece la mas viva y la mas sincera espresion de su talento.

El Assedio de Florencia principia por la relacion de los últimos momentos de Maquiavelo. Este grande hombre, en su lecho de muerte, dicta á sus desconsolados amigos su testamento político, ó mas bien comienza estensamente con ellos la historia de Florencia, las agitaciones del pasado y las amenazas del porvenir. ¿Hay necesidad de decir que las últimas palabras de Maquiavelo á los hombres de corazon que rodean su tumba entreabierta son presentimientos fatídicos, ó mas bien oráculos razonados que dan la clave de todo lo que va á seguir? Y esta clave no es inútil, porque los acontecimientos van á sucederse sin transición, sin otro enlace que los que en ellos ha puesto la historia. Así es que asistimos sucesivamente á los últimos esfuerzos de la independencia en las provincias italianas, despues á no sé qué conferencia entre Carlos V y Clemente VII, que se dicen uno á otro duras verdades, cuando el autor está cansado de decirlas á entrambos; despues asistimos á los singulares pasatiempos del emperador con su astrólogo y á las fiestas que demuestran el tratado de alianza que ha concluido con la Santa Sede. Poco á poco el drama adelanta un paso. Los primeros complotes de los traidores, las últimas tentativas de los florentinos cerca del papa, compatriota suyo, para conjurar el peligro, las deliberaciones interiores de los magistrados de Florencia, los discursos patrióticos de los predicadores formados por Savonarola, son las escenas principales que constituyen lo que podria llamarse la parte segunda del poema. En fin, principian los combates, los desafios solemnes, un tanto multiplicados, el proceso de los traidores subalternos, insuficiente para sujetar á los otros mas hábiles y mas peligrosos. Ya entonces se van estrechan-

do los sucesos con estremada rapidéz, y despues de la batalla de Gavi-nana, despues de la muerte del heróico Ferruccio y de los últimos defen-sores de Florencia, sigue la relacion de los castigos terribles que la jus-ticia de Dios impuso mas tarde á casi todos los verdugos.

El peligro casi inevitable de una série tan larga de escenas, era la monotonía. Algunos episodios notables que se desprenden de ellas no atenuan sino imperfectamente este defecto. Citaremos en particular la escena entre un tráfuga florentino y dos campeones que se presentan para combatirle. Ludovico Martelli y Dante de Castiglione han enviado al campo imperial á desafiar á Bandino Bandini, florentino que ha ido á asociarse á los opresores de su patria. Bandini acepta el cartel, pero es menester encontrar un caballero que consienta en prestar al traidor el apoyo de su brazo y en medirse con Dante el patriota.

—«Ilustre príncipe, dice el tráfuga Bandini á Filiberto de Chalons, príncipe de Orange y general en jefe del ejército imperial, ruego á vuestra señoría que designe entre los caballeros nobles que os rodean al que debe asistirme.

—«Con mucho gusto, Bandini. Conde de Lodron, este lance ¿no es-cita vuestro valor? ¿No quereis añadir un nuevo hecho de armas á los que ya os honran?

»Oyese el ruido de una pesada armadura de hierro, y se ve adelan-tar á un coloso aleman. Tenia el rostro blanco como la cera, los cabellos la mitad grises y la otra mitad de un rubio flavo. Sobre su lisa frente se veia que con dificultad se fijaba un pensamiento, y que apenas nacido desaparecia; sus músculos tenian la rigidez del hierro de que estaban constantemente revestidos; el corazon era en su pecho como un ataúd de mármol: si por acaso nacia en él algun sentimiento, bien pronto era sepultado allí como un cadáver en su féretro, y sin embargo el conde de Lodron era un valiente y leal caballero.

—«Príncipe, respondió con rostro impasible, todos mis abuelos desde Varnefrido el Sajon, duermen con honor en sus sepulcros de piedra. Tal vez el moho de los siglos haya corroído su escudo guerrero, pero ni en vida ni en muerte ha empañado su brillo la vergüenza. Tengo por una infamia asociarse á la querella de un traidor, y no hay ni recompensa ni castigo que pueda hacerme combatir por él.

—«Conde, interrumpió el príncipe de Orange encendido de cólera, ¿qué significan esas palabras? ¿Luego todos los florentinos que se hallan en mi campamento deben ser mirados como traidores? Os engañáis, pelean por los Médicis, que son los legítimos señores de Florencia; pe-

ro vos mismo, conde ¿no combatis para ponerlos en posesion de su antiguo dominio?

—»Yo combato por S. M. Cárlos V. mi señor, replicó el conde, y llevó la mano á la frente en testimonio de respeto. En cuanto al papa y á su familia, lejos de darles mi vida, no me bajaria siquiera para levantarlos. Hasta ahora, nadie ha mirado á los Médicis como príncipes....

—»Basta, conde; elegiremos á alguno que esté mejor dispuesto.»

En vano se dirige sin embargo el príncipe de Orange á los caballeros que le rodean. Un gentil hombre italiano y un hidalgo español son consultados sucesivamente y responden como el conde aleman. Entonces se retratan vivamente las angustias de Bandini.

«En cuanto á Bandini, se hallaba agoviado bajo el peso de su ignominia; su rostro estaba pálido como la ceniza; tenia los ojos fijos en el suelo, y hubiera querido que este se hubiera abierto para tragarlo. Jamás sacerdote alguno ni ningun tirano imaginaron en su ferocidad un tormento que se acercase á lo que entonces sufría Bandini, y es bastante dicha, por que los ojos de los hombres no se levantarían ya hácia el cielo, si no estuviese habitado por un Dios terrible para el alma de los traidores.

»Habia á la sazón en el campamento un jóven hermoso y brillante, apenas de diez y ocho años de edad. Bettino Aldobrandi hubiera podido ser el orgullo y la esperanza de su patria, si la hubiese conocido; pero conducido á Roma desde su infancia, educado en la corte del papa, su corazon latia solamente por los Médicis. No menos valiente que aturdido, corria tras los combates como á una fiesta. Movido de compasion por Bandini, no se preguntó si este hombre habia merecido su desventura, ni si era aquel el principio de la terrible pena que reserva la divina justicia á los traidores; vió á un hombre humillado, y sintió la necesidad de tenderle una mano auxiliadora. Sin embargo vacilaba por modestia. Acercóse á Bandini de puntillas, y le dijo al oido:

—»¿Me aceptariais por vuestro compañero?

»¿Habeis leído en el Génesis la historia interesante de Agar, cuando, vencida por la sed en medio del desierto, deja á su hijo debajo de un árbol y se aleja para no verle morir? ¿Y qué de repente aparece el ángel consolador que le enseña donde hay una fuente? Pues así pareció á Bandini la generosa oferta de Aldobrandi. Miróle permaneciendo inmóvil por algun tiempo, despues le echó impetuosamente los brazos al cuello, le estrechó con fuerza, y, acercando su rostro al del jóven, ver-

tió una lágrima, la mas amarga y la mas triste que jamás hayan derramado los ojos de los mortales.

—»Si, ¡te acepto! exclamó, ¡te acepto! Pero si hubieras tardado siquiera un minuto, me hubiera atravesado el pecho. La vida no es para mí mas que un desierto, y tú eres el único que te ofreces á acompañarme en estas soledades de la infamia. Tú te has ligado á mi destino; ahora ya no es tiempo de aborrecer su horror y su fatalidad: ya no te suelto, te agarro como el demonio agarra su presa, y te rodeo con mis brazos cual una serpiente con sus ondas.

»Y Bettino, sonriéndose con una angélica dulzura, le respondió:

—»¿Por qué intentas infundirme turbacion? ¿No sabes que el que no conoce los remordimientos es inaccesible al temor?

»Y volviéndose al príncipe de Orange, le dijo:

—»Con permiso de vuestra señoría me uniré á este caballero para responder al desafio.....»

Cada cuál podrá notar cierta exageracion en los detalles de esta escena; pero tampoco dejará de reconocer en ella alguna grandeza. Por toda la obra se hallan esparcidas semejantes bellezas; pero lo que en ella quisiera yo ver mejor, son caractéres. Solo dos ó tres figuras se distinguen por la vida y la firmeza del dibujo. Citaremos al mendigo Pieruccio, que es el Jeremías de la ciudad asediada. En algunos de los discursos que el autor pone en boca de Pieruccio, hay el verdadero sentimiento de lo que constituia la originalidad de Florencia en el siglo XV. Además, en esta novela las pasiones democráticas no son un anacronismo, como sucede en la *Batalla de Benevento*. ¿Por qué no las espresa el autor con mas sencillez? ¿A qué, pues, mezclar en ellas una aspereza de genio que pertenece mas bien al novelista que á su héroe? Tengamos odios vigorosos, así lo quiero, pero al menos que estén compensados por afectos poderosos. Para tener derecho de maldecir tan obstinadamente á los hombres y á las cosas, al presente y al pasado, convendría marchar á un objeto, y tener este objeto por el mejor de todos, ó aun por el único que sea permitido seguir al hombre honrado. Pero Guerrazzi no se atiene á esto. Despues de haber espresado amargamente su horror por la tirania, y su desden por el régimen constitucional, añade: «Quizá podrian convenir á Italia las formas americanas con las modificaciones que piden el carácter de los hombres y la naturaleza de las cosas, quizá tambien no le convendrian. El régimen federativo parece deber adaptarse en gran manera á la contrariedad de pareceres que existe entre las diversas naciones italianas; pero si las confederaciones contienen

gérmenes de discordia, perpetúan el mal. Tiempo tenemos, sin embargo, de pensar en esto. Lo que es ahora, nuestros amos no me incitan á sentarme en sus consejos ni á tomar parte en la deliberacion de sus leyes.»

Guerrazzi no ignoraba, cuando escribia estas líneas, que bien pronto estaria en el caso de pronunciarse sobre tan graves cuestiones; y fácilmente se ve que estaba preparado á la dictadura. Por cierto que á un hombre cuyas ideas son tan poco atrasadas, le sienta mal el venir á burlarse y á maldecir á aquellos que con peligro de su gloria y de sus vidas han propuesto una solucion, aun cuando se hayan engañado. Desgraciadamente Guerrazzi no perdona á nadie: reyes y ministros, nobleza y ciudadanía, instituciones y costumbres, gobiernos y religion, todo es perseguido con su áspera censura. ¿Debemos admirarnos si los príncipes italianos han puesto y ponen todavía tantos obstáculos á la introduccion de un libro semejante en sus estados? Solamente en París pudo hallar Guerrazzi un editor. Semejante hecho, digámoslo de paso, no explica suficientemente los sarcasmos y las injurias con que con tanto gusto regala á nuestro país el escritor liornés.

Isabella Orsini, su tercera leyenda, no tiene, como cuadro histórico, la misma importancia que el *Asedio de Florencia*; pero el narrador no se entrega en ella con tanta frecuencia al mal gusto y á la ampulosidad. El asunto mismo indica mas inteligencia de las condiciones de la novela: si los personajes están todavía tomados de la historia, no figuran en ella sino por la casualidad de su nacimiento ó por alguna escena trágica de su vida privada, cuyo recuerdo se ha perpetuado. El interés en *Isabella Orsini* nace mas bien de algunas escenas interesantes, que del hábil desenvolvimiento de los caracteres. Entre los personajes que rodean á *Isabella*, y que están todos vaciados en el mismo molde, no hay verdaderamente que señalar sino la picante pero fugitiva silueta de una dama de honor, cuya obsequiosa docilidad para con su señora presta al narrador algunos agradables detalles. Deseáramos encontrar con frecuencia en Guerrazzi estos análisis finamente irónicos; pero su genio no es este: solo se encuentra bien cuando puede inspirar terror ó celebrar la desesperación, y casi no conoce otro medio para conseguirlo que el abuso de la palabra. Podria explicarse esta tendencia pesimista si las tres novelas que han dado á Guerrazzi una celebridad tan justa mas allá de los montes, fuesen posteriores á la revolucion de 1848. Cualquiera que haya sido la conducta de este abogado, de este literato arrojado por la borrasca á la cabeza de la república toscana, su castigo ha superado ciertamente á sus errores y á sus faltas. Ha visto desvanecerse su popu-

laridad en algunas horas, y caer su poder ante una simple manifestacion de la municipalidad florentina; ha pasado muchos años en una dura prision, ha sufrido las angustias de un largo proceso, y en fin, ha debido partir para un destierro provisionalmente perpétuo. Por menos seria cualquiera pesimista; pero ¿no es una enojosa disposicion de espíritu el serlo decididamente y en todo el curso de su vida?

Como estamos viendo, era imposible que la revolucion de 1848 dejase de determinar en el escritor liornés un doble aumento de amargura. La última obra de Guerrazzi ha aparecido despues de su condena, y bastaria para demostrárnoslo la exageracion que reina en ella. Sobre las orillas de Córcega, en donde al presente se halla desterrado el ex-dictador, ha escrito el *Marqués de Santa-Prassede ó la Venganza paterna*. Esta obra rara puede caracterizarse con una palabra: es un tejido de horrores. El marqués de Santa Práxedes, viudo ya y cercano á la vejez, se casa con una jóven bella, con una siciliana, que habia sido la querida de Marco Antonio Colonna, uno de los vencedores de Lepanto. Irritados de este casamiento, cuatro de los hijos del marqués asesinan á esta madrastra que deshonra su nombre, y huyen de la casa paterna. Al volver el marqués del Vaticano, en donde le detenian sus funciones de camarero del papa, no halla mas que un cadáver, y muere al momento, atacado de apoplegia, no sin haber maldecido antes á sus parricidas hijos. Esta maldicion fatal los persigue en su huida y pesa sobre sus culpables cabezas. Devorado el uno por la sed del oro, principia por entregarse á la usura, y muere despues envenenado por uno de sus hermanos, que regatea al sacerdote la misa de sus funerales y su atahud al carpintero. El mismo envenenador, apasionado por la alquimia y las ciencias ocultas, comete una multitud de asesinatos para arrancar á las entrañas sangrientas de sus víctimas el secreto de la vida, y muere bajo el hacha del verdugo. El tercero, un disoluto, un beodo, muere quemado por los licores de que abusa, de ese espantoso mal que se llama combustion espontánea. El cuarto, que llega á ser capitán de buque no puede desechar los remordimientos, quiere poner término á ellos concluyendo con la vida, y se hace matar por los turcos. En cuanto al quinto, que no habia tomado parte en el asesinato, se libra de la maldicion y sobrevive solo á todas estas catástrofes; pero el autor, que hubiera podido sacar un gran partido del contraste de un hombre de bien entre tantos malvados, mira sin duda su existencia como una escepcion, sus aventuras como una digresion, y ni aun se digna decirnos cómo vive ni cómo muere.

Por monótona, por desprovista de intriga que sea esta narracion horrible, hay que tomar en consideracion á Güerrazzi, primeramente por su insistencia laudable en escribir en una lengua y en un estilo que pueden servir de modelo en donde la hinchazon no sobrepuje; en segundo lugar, por algunas escenas hábilmente descritas, la de la combustion de Marco Massimi, el hijo tercero; por el carácter del usurero, poco original, es verdad, y demasiado recargado, pero en fin, en donde se encuentran las huellas de un estudio serio; y es menester tomarlo en consideracion, sobre todo, por la modificacion que parece haberse obrado en sus ideas sobre la moral. Hasta aqui nos habia presentado siempre al crimen triunfante, á la virtud perseguida; pero en esta obra no hay una falta que no tenga su castigo, ¿Principiaria Güerrazzi á creer que la justicia vengadora no siempre espera á la otra vida para castigar á los culpables? Por desgracia, si el asunto es honorífico, los medios empleados para conseguirlo carecen completamente de habilidad.

Lo que hemos dicho del novelista florentino basta para demostrar que no tiene ni la flexibilidad ni la libertad de espíritu necesario para escribir una novela. Es demasiado claro que carece á la vez de imaginacion para crear y de arte para componer, segun las leyes del gusto y de la razon. Acaso la nueva obra que anuncian de él, y que dicen aparecerá dentro de poco, el *Apéndice al Juicio final, ó el Asno abogado*, nos manifieste una feliz trasformacion de su talento; pero mucho tememos que Güerrazzi no sea lo que ha sido hasta hoy, un declamador elocuente.

Un crítico italiano espresaba últimamente su parecer diciendo, que la escuela de Güerrazzi se concluia con él. Este parecer no era temerario, y lo creo muy cerca de realizarse. Eugenio Maestrazzi ha sido el único que ha tenido el singular capricho de imitarle, no diré en lo mas inimitable, sino seguramente en lo menos racionalmente imitable de los novelistas italianos, y el resultado de sus esfuerzos da lugar á esperar que el género declamatorio quedará siendo un accidente aislado en la literatura italiana. *La Liga lombarda* y *Juana d'Anjou*, merecen apenas mencionarse, porque Maestrazzi no ha sabido tomar del autor del *Asedio de Florencia* sino sus defectos.

III.

Acabamos de ver á la novela histórica desarrollarse en Italia bajo una doble influencia. En la escuela de Manzoni la conciliacion entre la

historia y la ficción es el objeto de esfuerzos por lo común muy poco diestros ó estériles. Para Güerrazzi, la historia llega á ser un tema de declamaciones políticas. La Italia parece haber sacado del cuadro elegido por el autor de los *Prometidos* todo cuanto podía esperar de él. ¿Por qué, pues, no se interrogaría mas de cerca? Procurar por la evocación de los recuerdos del pasado despertar el sentimiento nacional, es una tarea noble que se ha ejecutado; resta una obra mas delicada que ensayar. Los escritores de Italia apenas han estudiado la vida contemporánea. ¿Temen tocar quizá á algunos dolores demasiado agudos? ¿No hay fuera de los hechos políticos todo un dominio moral é íntimo en que pueda pretender establecerse la novela? «Para abordar la novela de costumbres, dicen los italianos, no tenemos nosotros esa vivacidad de los franceses que pica sin herir, que pone el ridículo en evidencia sin exagerarlo; y en cuanto á la novela de carácter, carecemos de un centro político para estudiar el carácter nacional en su expresión mas condensada. No conociendo la vida pública, no podríamos hacer mas que arrastrarnos servilmente bajo las huellas de los franceses.» ¡Pero qué! con un poco de estudio y de talento ¿no se llega á hacer un retrato en vez de una caricatura? ¿Hay necesidad de estar iniciado en la vida pública para describir la vida privada, para contar las escenas del hogar doméstico? El enfermo conoce su mal; no tiene razón en creerlo incurable; para curarse de él, le bastaría quererlo. Sé que esta voluntad se concilia poco con las pasiones políticas que animan al mayor número de los italianos; pero se encuentran algunos talentos mas dulces, algunos ánimos menos dispuestos á subir á la brecha, que tienen en las letras el atrevimiento de que carecen para la vida pública, y que no temen entrar en la nueva vía. Sus esfuerzos tienen para nosotros tanto mas precio cuanto que parecen un piquete ó mira plantada en el camino del porvenir. Además, emplear el arte para el arte, como se dice hoy, no es tan inútil como podría creerse. En las cosas que dirige la Providencia se alcanza tanto mejor el objeto cuanto menos se preocupa uno de él; solamente que como es menester desprenderse del mundo exterior, y arrostrar de un modo estóico los dolores mas agudos, pocos hombres en Italia son capaces de este esfuerzo á menos de no haber sido quebrantados en la lucha, ó de no ver de ella sus peripecias ni consecuencias. En todos los casos tienen admiradores, pero no discípulos; por mas armoniosos que sean sus cantos, quedan sin eco.

Esto es lo que ha sucedido á Nicolás Tommaseo. Conocido es este respetable mártir de la independencia; se sabe la mansedumbre y la

virtud de que dió pruebas durante la última insurreccion de Venecia, en donde marchó siempre al lado del heróico Manin, participando primero de sus esperanzas en la hora del combate, y despues de su firmeza en la hora de la derrota. Hoy casi ciego, olvida en el seno de su familia los amargos deberes de la vida pública, y busca en sus creencias religiosas un consuelo supremo. Sin embargo, enteramente no ha renunciado á las antiguas esperanzas: desde el fondo de su retiro, publicaba, apenas hace tres años, una obra escrita en francés bajo el título de *Rome et le Monde*. La eleccion de la lengua francesa indica bastante que Tommaseo intentaba dirigirse á toda la Europa católica. Como solución del problema social pendiente hoy todavía, y para salvar á la religion amenazada, proponia quitar al papa todo poder temporal. Si esta proposicion es de un católico, al menos es de un católico como hay pocos.

Sin embargo, en cualidad de escritor francés no debe ocuparnos Tommaseo. Su reputacion está fundada en títulos mejores: interesantes trabajos filológicos, algunas poesias, escelentes consejos sobre la educacion, y en fin dos obras á las cuales, á falta de un nombre mas propio, convienen en darle el de *novela*. Un estilo lleno de capricho, de abandono, de dulce languidez y de gracia realzan en ellas las menores cosas; solamente que este estilo carece de naturalidad. Diríase que el autor se ha molestado mucho para atormentar su pensamiento; pero parece que tal es el giro de su espíritu; su correspondencia mas íntima no lleva menos que sus libros ese carácter de rareza y extravagancia. Los italianos tienen una palabra particular para designar este género de estilo: le llaman *sazievoli*; es decir que sacia facilmente.

Si, antes de llegar á los ensayos de los italianos en la via de la novela íntima, señalamos las dos narraciones de Tommaseo, *Il Duca d'Atene*, y *Fede e Bellezza*, no es porque podamos unir las directamente al grupo de escritos en donde comienza á reflejarse la vida contemporánea de la Italia. Lo que mas nos choca en las novelas de Tommaseo, es que la una introduce en el género de la relacion histórica una manera nueva, y que la otra parece un llamamiento dirigido á los italianos en favor de la novela de analisis. *Il Duca d'Atene* es el relato de la conjuracion patriótica que tuvo por resultado la expulsion de aquel Gualtero de Brienne que los florentinos, siempre en busca de expedientes para restablecer la paz dentro de sus muros, habian llamado tan imprudentemente. Villani y Maquiavelo habian ya escrito esta bella página de historia. Tommaseo era hombre de sobrado gusto para querer luchar

con esos grandes maestros. Lejos de semejante cosa, según una costumbre honorífica y bastante comun en Italia, cita él mismo, como piezas justificativas, las relaciones de sus dos modelos; pero en lugar de mezclar con los acontecimientos históricos aventuras imaginarias, se limita á presentar los detalles mas dramáticos, y á prestar á los actores los discursos propios de la situacion. *El duque de Atenas*, como se ve, es mas bien una brillante amplificacion dialogada, que una novela.

En cuanto á *Fede e Bellezza* es un estudio psicológico en el género de *Werther* ó mas bien de *Jacopo Ortis*, pero con una parte mayor dada al elemento dramático. Tommaseo hace en él el retrato anónimo de dos personas queridas y que han gozado de cierta celebridad; esto manifiesta por qué no se ha reimpresso este brillante estudio, despues de tantos años: si no estamos mal informados, es porque no ha querido el autor. Sin esto dificilmente se explicaria que los editores no se hubiesen engolosinado por el éxito de la primera edicion. En esta obra mejor que en otra ninguna, Tommaseo no marcha sino por vivos y caprichosos arranques; talento esencialmente personal y lirico, es incapaz de seguir una idea ó un plan con el rigor del lógico. Esta es una disposicion de espiritu poco favorable á la novela; y por lo mismo *Fede e Bellezza* casi no es susceptible de análisis. Yo compararia esta obra al agradable volúmen intitulado *Desiderii sull'educazione*, en que Tommaseo pasa incesantemente de un objeto á otro, de la disertacion á una narracion cuyo fin algunas veces deja mas bien adivinar que contarle. No es el espiritu, ni la elegancia, ni el sentimiento lo que falta á Tommaseo, es la fuerza y el nervio; es sobre todo la voluntad tan necesaria para no dejarse apartar del objeto por los accidentes y las curiosidades del camino. El autor de *Fede e Bellezza* es un moralista, un meditador espiritual mas bien que un novelista.

Todo lo contrario puede decirse de Julio Cárcano. Hombre de imaginacion, poeta no menos en su prosa que en sus versos, Cárcano es el primero, el único que haya obtenido en Italia un triunfo tan grande y legítimo en el género casi inexplorado de la novela doméstica. Dos obras, *Damiano* y *Angiola-Maria*, han fundado su reputacion. No hablaré de la primera. El autor intenta presentar en ella la lucha valerosa pero impotente del hombre contra las dificultades sociales con qué tropieza incesantemente: la intencion de despertar de este modo la actividad, y la voluntad humana que protesta noblemente y sin desesperacion contra la derrota, es honorífica; pero su desempeño es demasiado insuficiente. Me atenderé á *Angiola-Maria*, que es el mejor trabajo de alguna estension que ha publicado Cárcano, y que al presente es un

modelo del género íntimo en Italia, como *I Promessi* lo son del género histórico. Ocioso es decir que, por estimable que sea esta novela, no puede sostener la comparación sobre ningún punto con la de Manzoni; y que solo debe al acaso y á las circunstancias de que he hablado el honor de ser señalada como modelo. Para probarlo, bastará indicar las objeciones á que da origen este libro; pero antes de espresar nuestros escrúpulos, es justo que digamos cuales son las cualidades que hacen de *Angiola-Maria* una de las mejores novelas de la Italia contemporánea. El sentimiento verdadero de las bellezas de la naturaleza transalpina, la emoción, lo patético obtenido por los medios mas sencillos, y aun los mas vulgares, un cierto conocimiento de la realidad, bastante raro en este país, véase aquí en lo que sobresale Julio Cárcano, y en lo que me parece merecer que se salude su advenimiento.

Cuando se leen las obras de imaginación de los italianos, hay que adoptar una resolución; ninguno de ellos, exceptuando siempre á Manzoni, duda de los recursos que pueden hallarse en la invención. Entre nosotros, un novelista procura agradar por el desenvolvimiento del asunto, por el movimiento y lo imprevisto; en Italia, se pide únicamente á la forma el éxito. Una obra superior debe reunir indudablemente estos dos méritos; pero ¿no es justo reconocer, considerando todo, que el pueblo que se apasiona por las bellezas de la forma ha nacido mejor para el arte que aquel cuya atención toda se dirige á las combinaciones, tanto mas aplaudidas cuanto son menos naturales? Los italianos se encaminan á esto simplemente; toman las circunstancias mas ordinarias de la vida, y procuran interesar en ellas á sus lectores. El problema es difícil, pero está resuelto en parte cuando, sin expedientes romancescos, y sin caracteres se llega, como Cárcano, á hacer llorar por la suerte de una joven aldeana, y á excitar en el alma dulces emociones.

Nada mas sencillo que esta historia: *Angiola-Maria* acaba de perder á su padre. Su hermano Carlos, vicario de una parroquia bastante lejana, que ha acudido á tributar á aquel los últimos deberes, hace conocimiento con un joven inglés, Arnoldo Leslie, cuya familia pasa en la casa concejal de la aldea, habitada por ella, la estación del verano. Arnoldo se enamora de la encantadora lugareña. Bien pronto sus hermanas se hacen amigas de Angiola, y luego que viene el invierno, la conducen á Milan, con el consentimiento de su madre, de quien se separan con pesar. Allí, en una intimidad diaria, se atreve Arnoldo á hablarla de sus sentimientos. Angiola-Maria, aunque guarda silencio, se cree

ya culpable por haber respondido en el secreto de su corazón. Escribe al vicario, quien acude al punto; la arranca del peligro y la conduce á una casa segura, pero de gente pobre. Desde este momento y como para recompensarla de su virtud, la desgracia abruma á la jóven. Encarcelado por un supuesto delito político, el vicario muere en un calabozo; su madre le sigue al sepulcro poco despues; y Angiola, para no continuar siendo gravosa á una gente estraña, se pone á servir. En todas las casas en que se acomoda, su belleza la espone á indignos insultos; y se ve obligada á volver á la aldea. Arnoldo arrostra entonces la maldición paterna para ir á buscarla y á casarse con ella; pero la desgraciada rechaza con valor una union concluida bajo auspicios tan poco favorables, y ademas es acometida de una enfermedad de pesar que la consume y se la lleva en dos estaciones.

Ya puede verse que nada hay mas complicado que esta historia. Sin embargo se pueden poner contra algunos detalles, aun en el punto de vista de la verosimilitud, muchas objeciones graves. Sin espresar aqui el sentimiento de que la escena se coloque en Italia, para poblarla de ingleses, preguntaré al menos cómo una pobre viuda, privada de su hijo, puede consentir, por no sé qué humillo de vanidad ó interés hipotético, en separarse de su hija y en dejarla en una casa en donde hay un jóven. Aun en el punto de vista de la verosimilitud, casi no se puede aceptar la resolucion de Angiola cuando la muerte de su madre la ha dejado sola en el mundo. ¿Por qué se dirige ella primero á una tienda de modista, despues al servicio de un viejo libertino, mas bien que volver al pais, á aquella casa, desierta es verdad, pero que todavia le pertenece, en donde puede vivir de su módica renta, y en donde estaria rodeada de amigos que la conocian desde su infancia, y que respetarian su juventud, su pureza y su desgracia? Despues que su historiador la ha paseado bastante por Milan de miseria en miseria, la hace tomar en fin este último partido, el único racional, y que no tenia otro inconveniente que el que ponía fin demasiado pronto á su narracion.

Tal vez séamos severos con un libro que no se lee sin placer; pero Cárcano es un escritor sério y de bastante talento para que deje de decirsele la verdad sobre los defectos de sus obras. En cuanto á los méritos que señalan á *Angiola-Maria* un rango distinguido en la literatura contemporánea, algunos, los de la forma, de la lengua y del estilo son apreciables dificilmente para nosotros. ¿Cómo hacer sentir ese dulce abandono, y esa graciosa y espiritual familiaridad del lenguaje que está tan lejos de lo que nos permite el genio de la lengua francesa?

Voltaire se quejaba vivamente de esta sujecion que nos impone una necesidad exagerada de nobleza en el estilo, y todo hombre de gusto será de su parecer, especialmente cuando vea á los pueblos extranjeros gozar de esa libertad preciosa de decir simplemente las cosas mas sencillas. Bajo este punto ninguna lengua es mas estensa que la italiana, y ningun escritor entre los mejores de aquella nacion, usa con mas medida y exactitud de esta liberalidad que Julio Cárcano.

Si dejamos á un lado esta ventaja, á la cual no podemos oponer mas que una estéril envidia, lo que especialmente nos agrada, y lo que buscamos en una novela italiana es todo lo que nos haga conocer la Italia, sus costumbres, y las bellezas incomparables de su rica naturaleza. Cárcano se ha limitado en *Angiola-Maria* mas bien á describir los sentimientos del corazon humano que las costumbres mas particulares y mas originales de su pais. No obstante, algunos parages de su libro indican un verdadero talento de observacion. Desearia que la traduccion no perjudicase demasiado á la escena siguiente, tan agradable en el original.

«¿Quién de nosotros en los hermosos dias del otoño, en el campo, no ha tomado asiento mas de una vez en medio de la brillante compañía colocada en circulo en la tienda del boticario? ¿A quién no le ha tocado hallarse entre los concurrentes á esta oficina, que es el centro, el corazon del lugar, por ociosidad ó costumbre, ó casualmente paseándose? ¿Quién no se ha sentado al lado de esas pobres gentes que discurren sobre cosas grandes, y no ha sufrido un tiroteo de chistes rancios y sin gracia, de noticias políticas añejas, de anécdotas de la ciudad, siempre las mismas, alimento cotidiano de chismes y de intriguillas despreciables?

»La tienda del boticario es la cámara legislativa, la academia, el club, el café, la corte enciclopédica del pais. No hay cuestion de estado ó de conflicto ministerial en ninguno de los cinco grandes gabinetes europeos, y aun hasta en el divan del Gran señor, cuyos motivos no sean atacados, combatidos, defendidos, pesados y decididos en la rebotica de un farmacéutico de lugar. No hay cuestion de paz ó guerra, de despacho telegráfico, de ley nueva tocante al estado ó al concejo mas pequeño, que allí no se lea, medite y comente de una manera que avergonzaria á todos los pares y á todos los diputados de Francia y de Inglaterra; y esto bajo la fé de un solo testimonio irrecusable, timbrado, bajo la fé de una miserable gaceta de provincia, que esperada con una ardiente curiosidad, llega fresquita al lugar, cuando mas, cinco ó seis dias despues de su fecha.

»Las notabilidades de.... estaban en la *Oficina químico-farmacéutica de Samuel D....* En estos términos inesplicables y sorprendentes para aquellos buenos campesinos estaba escrita la muestra colocada encima de la puerta de la botica. Los parroquianos eran el señor cura, el síndico del lugar, un señor viejo que se contaba entre las personas notables del distrito, el médico, y un grueso propietario. La reunion estaba reducida una tarde á los tres primeros. El viejo señor era uno de esos nababes de pie pequeño que habitan á las orillas del lago, uno de esos hombres que habiendo partido en su juventud con el palo y el cajon de buhonero á la espalda, viajan por Francia é Inglaterra, y que despues de haber hecho una modesta fortuna, vuelven á la cabaña en donde han nacido, la hacen levantar un piso, la revocan de amarillo de arriba abajo; despues pasan alli en el seno del reposo el resto de sus dias, haciéndose llamar *señores*, y siempre dispuestos á contar las maravillas de que han sido autores ó testigos.

»El cura rayaba en los sesenta; tenia el aire autoritativo, y el cuerpo obeso; era un viejo bonachon que parecia hecho para vivir tranquilamente sus cien años; era de costumbres fáciles, con tal que no hubiese cogido ni reuma ni resfriado al dar su paseo por la ribera, con tal que una digestion difícil, despues de una comida de etiqueta en casa de alguno de los señores que pasaban la estacion del verano en el pais, no le hubiese trastornado la cabeza; y es justo decir que estos accidentes no dejaban de suceder. Segun su costumbre, el cura se arrellanaba en una gran poltrona que el señor Samuel habia puesto en el rincon mas abrigado, esclusivamente para el reverendo personage. Alli, á la luz de una mala bugia, leia la gaceta que acababa de llegar. Las tres personas que le rodeaban prestaban oidos á aquella lectura como las gentes sencillas de la antigüedad á las palabras del oráculo. Solamente el señor Gaspar (que asi se llamaba el viejo hidalgo pelon) meneaba la cabeza de cuando en cuando para manifestar su disentiimiento, ó se sonreia de una manera particular. El farmacéutico y el síndico escuchaban con la boca abierta las noticias políticas, que el cura entremezclaba con gusto al leerlas, con glosas y comentarios, como puede creerse.

»*Se asegura que va á mudarse el ministerio inglés.*—¡Ya habia dicho yo que esto debia concluir asi! Esto no podia durar. Esos señores de las cámaras jamás han podido ponerse de acuerdo con los ministros. ¡Chistosa cosa en verdad querer gobernar y no saber entenderse para hacer las leyes!

—»Alli sucede como en nuestras reuniones, en donde cada uno

quiere decir lo que le pasa por la cabeza, repuso el sindico....

—»*La compañía de las Indias Orientales ha tenido en la última semana una sesión, á la cual han asistido....* Paso este párrafo y todos estos nombres diabolicos; esto no tiene importancia ninguna.

—»Pero al menos decidme, exclamó el farmacéutico, ¿qué compañía es esa de la que con tanta frecuencia se habla en los diarios?

—»Debe ser, respondió el cura, una sociedad de sabios, de filósofos, de literatos que han enviado hace mucho tiempo á las Indias personas encargadas de descubrir allí antigüedades; pero ignoro con qué interés.

—»Os engañais, señor cura, interrumpió el señor Gaspar con una sonrisa burlona. La compañía de las Indias es una sociedad de negociantes, de ricachones que no saben lo que tienen. De otra cosa se trata que de sabios y literatos.

—»¡Oh! por el pronto no me dejo atrapar, dijo el cura, picado vivamente de aquella nueva interrupcion. Bien veo yo que os burlais. ¿Qué quereis que vayan á hacer unos negociantes en aquel pais de barbarie y de miseria? Pero si no se tratase mas que del gasto del viage.... Y despues, ya ve vd., con esas lindas maneras de empalar á las gentes y de quemarlas vivas!.... Algo de esto saben esos pobres misioneros que van á llevar la palabra de vida á aquellos diablos encarnados de indios. ¡Negociantes, ya, ya!

—»Pues señor cura, ya sabe vd. bien que yo he visto á Inglaterra. Yo la he recorrido á lo ancho y á lo largo; y de esos Cresos que hablan de millones como nosotros de escudos, he visto y conocido algunos como os conozco yo. Debeis creerme, á mí que he visto tantos países, que apenas recuerdo sus nombres.

—»Entonces hay otra compañía; pero en cuanto á esta....

—»¡Pues bien! querido cura, esta vez....

—»Os sostengo que no es una compañía de mercaderes....

—»¿Si será quizá una compañía de comediantes? dijo el sindico, que queria conciliar los pareceres de ambos adversarios.

—»¡Silencio!—Aquí el pobre cura, que en toda su vida no habia perdido nunca de vista su campanario, se acaloró, y mirando fijamente á su contradictor, le dijo: —Me parece que he leído bastantes buenos libros, y que esto vale tanto como haber viajado, porque los que escriben tienen siempre razon, y saben en esa materia mucho mas que vos y yo. De manera, mi querido señor Gaspar, podria suceder que yo tuviese razon y que no la tuvieseis vos.

—»Calmaos, señor cura, y permitid que....

—«¡Pataratas! prosiguió éste tirando el periódico sobre la mesa lleno de cólera. Siempre estais contra mí; hace mucho tiempo que lo he notado....

»Mientras que el cura hablaba, el boticario y el síndico se veían apurados para hacer que se mantuviese en su sillón; ya trataba de levantarse con desden; había tomado su bastón y su sombrero, y se disponía á marchar. No fué pequeña faena el impedirselo; murmuraba diciendo que era ya muy tarde, que tenía otras cosas en la cabeza que no todas esas miserias; y sacando del bolsillo su abultado reloj de plata, contaba con cuidado las horas y los minutos. Por su parte el señor Gaspar, que al menos por esta vez estaba seguro de tener razón, había retirado atrás su silla, y vuelto de espaldas al cura, decía entre dientes: ¡Vaya un ignorante obstinado! Indudablemente hoy ha hecho mal la digestion.— Acaso las cosas no se hubieran quedado aquí, si el médico del lugar no hubiese entrado con aire afanoso en la oficina, como aquel que tiene algo nuevo que contar. La curiosidad hizo mas en un instante para la reconciliación que todos los esfuerzos del señor Samuel. El cura soltó su bastón y su sombrero; el señor Gaspar acercó su silla, y tácitamente se concluyó una tregua hasta la llegada de la próxima gaceta, ó hasta la próxima digestion laboriosa.»

Este último rasgo de costumbres es la coronación natural de la escena picante y verdadera que acaba de leerse. Acaso se dirá que son caracteres demasiado generales, y que es permitido ver bajo los rasgos del señor Gaspar ó del cura mas de un cacique, mas de uno de esos curas ecónomos de nuestros lugares franceses. Convenidos; pero en donde se reconoce el estudio verdadero de las costumbres italianas, es en el esceso mismo de esta ignorancia, poco verosímil en general en nuestro país. Desgraciadamente es demasiado cierto que tales son en los campos de la Lombardía, y aun en otros puntos de Italia, los representantes de la ciencia, de la inteligencia, y de las clases ilustradas: Julio Cárcano no ha hecho su caricatura, sino su retrato.

Cuando Cárcano describe la naturaleza italiana, no está menos inspirado que cuando pone en escena á sus compatriotas. Los novelistas lombardos sobresalen en general en la descripción de las bellezas de la naturaleza en su maravilloso país. En las líneas siguientes ¿no se conoce que Cárcano escribe sin preparación y casi sin reflexión?

«El que vea la aurora de un día de primavera en nuestra Italia, bajo este cielo sereno y trasparente de la Lombardía, y no sienta ensancharse libremente su corazón, y alzarse su pecho ligero y sereno respi-

rando este aire que le alimenta y que conoce le pertenece, este no tendrá nunca ese sentido divino que Dante llama con tanta verdad y profundidad *la inteligencia del amor*. Este sentimiento tan puro, no es alegría, no es admiración ni aun éstasis: es un amor profundo de las bellezas de la naturaleza, es la verdadera poesía. Si habeis contemplado algunas veces una de esas auroras en las venturosas orillas del lago de Como, decidme ¿no habeis pensado, casi sin quererlo, que la vida no puede ser mas dichosa, los años mas lentos y mas ligeros, y el corazón mas justo y mas apacible? ¿No habeis entonces pedido á Dios que haga mejores á los hijos de este dulce pais al cual ha prodigado las bellezas y las bendiciones de la naturaleza? Si no lo habeis hecho, lo he hecho yo por vos. Era una mañana: el dia se anunciaba lleno de encanto; apenas principiaba la primavera; la pureza del aire y el esplendor del cielo, la armonia de la vida y de la naturaleza, todo resplandecía en una belleza misteriosa. Este es el tiempo dichoso en que el poeta sueña en la juventud del mundo, en los dias de la creacion, cuando el cielo y la tierra llevaban acaso el mismo nombre; este es el tiempo feliz que renueva esos milagros de la produccion, que son una revelacion para el sábio, devuelven al rico su agotada salud, y hacen al pobre la promesa de una pingüe cosecha. Entonces especialmente es cuando sentimos la necesidad de amar á nuestros hermanos, de amar á la tierra en que nacimos, los lugares en que nuestro corazón ha aprendido tantos nombres queridos, en donde tuvo tantos bellos ensueños de inocencia y de amor, en donde hemos conocido el dolor, y en donde hemos llorado por la vez primera!

»¡Oh patria mia!—He ahí ese sol que, en la plenitud de su luz hermosa, lleno el cielo de alegría, derrama la fecundidad en los campos, la tranquilidad en la vida y el amor en todas las almas! He ahí esas llanuras sin fin en donde la vista se pierde, esos lagos que reflejan la serenidad de los cielos, esos rios magestuosos, esas corrientes irrigadoras; he ahí las campiñas de verdes moreras, de mieses florecientes, las risueñas colinas, las montañas cubiertas de viñedos, de pastos, de cabañas y de aldeas! Aquí los cielos son hermosos, la tierra es bella, los hombres muchos, las mugeres lindas. Este es el pais de nuestros padres, de nuestra religion y del pequeño número de recuerdos sagrados que nos quedan.

»Era un domingo. A la orilla y sobre las laderas de las montañas que coronan las tranquilas aguas del lago de Como, se oían por intervalos las campanas numerosas de las parroquias resonar en los aires y

reunir sus bulliciosos acordes. La mayor belleza de esta escena, cual es la risueña perspectiva de tantos pueblos que el sol ilumina y que se reflejan en el lago, esa mezcla de luz y de colores, esas tintas indefinidas de sombras y vapores, todas estas maravillas desafían al pincel y hacen impotente la palabra. Sin embargo, no hay mas que pobres cabañas esparcidas acá y allá sobre la cima de un collado, sobre la pendiente de la montaña, ó bañadas por las orillas del lago; apenas se destacan algunas por su blancura resplandeciente, por la viña verdegueante que las rodea, y el caprichoso follage del árbol secular que las protege. Y no obstante, basta esto para regocijar la vista y el corazón; basta haberlo visto una vez para no olvidarlo ya. Por todas partes, pueblos y aldeas encantadoras se estienden á la ribera del lago, de donde parece que salen por encanto para rivalizar en bellezas pintorescas. Sobre cada orilla, sobre cada colina, detienen nuestras miradas nobles y vastos palacios, á donde se sube por escalinatas suntuosas; quintas pequeñas aisladas y elegantes se alzan al pie de la montaña ó sobre el declive de una colina, rodeadas de jardines floridos, adornadas de plantas raras y abrigadas de arboledas; mas arriba se ve la cabaña del campesino y su pequeño y pobre pegujar. Muy luego se hace mas rápida la pendiente y solo dominan los matorrales; y mas arriba todavía, no se ven sino anchas fajas de tierra de un gris pizarroso, una vegetación rara, y riachuelos que serpentean y descienden hacia la llanura....

»Un hermoso promontorio coronado por algunos grupos de pinos, presenta á nuestra presencia el paisaje mas encantador, panorama pintoresco de casas modestas y tranquilas, de viñedos y de jardines; retiro que seduce y atrae al que se halla fatigado de las cosas de este mundo. Y por detrás de estas aguas, de estas sombrías arboledas, de estas habitaciones silenciosas, se ven otras montañas, y por detrás aun otras cimas, los Alpes, despues el brillante horizonte, el sol que derrama á torrentes su esplendorosa luz sobre la superficie agitada del lago, y que reina en medio del cielo con toda su magestad, como la mirada de Dios que se dirige hacia la tierra para llamarla á la vida.»

En este gracioso cuadro, mejor que el indicio de un talento descriptivo, hay un sentimiento vivo y original de lo que constituye la belleza del paisaje lombardo. Sin embargo, por agradable que sea la narración en donde se hallan tales páginas, prefiero todavía á *Angiola-Maria*, una pequeña novela, una leyenda de costumbres aldeanas,—*La Nunziata*,—encerrada por Cárcano en menos de cien páginas. El embarazo evidente que tienen los italianos para crear caracteres ó imaginar un

imbroglio romancesco de alguna estension, los lleva á sobresalir mejor en la leyenda que en la novela. Aun en este género, despues de la poesia, es en donde han obtenido el éxito mas brillante, antiguo y legitimo. En él, el cuadro es menos vasto y menos difícil de llenar; en vez de una pintura de contornos determinados, puede uno contentarse con un bosquejo; y se acepta del autor una intencion ligeramente indicada, como si la ejecucion correspondiese á ella.

La idea esencial de *La Nunziata* es una sencilla pero elocuente protesta contra esa aglomeracion horrible de muchachos y muchachas en las fábricas, contra el embrutecimiento prematuro y la promiscuidad que son su consecuencia. Esta moral de la narracion está espuesta de una manera picante en una conversacion de café entre las personas notables de aquel punto. Nada es mas digno de interés que esta jóven casi maldita por su padre, arrojada de la casa como boca inútil, y ganando un pan amargo á espensas de su salud en la fábrica; nada mas templado y más casto que la relacion de los asaltos que sostiene su virtud, nada mas lastimero que su resignacion, sus presentimientos y su muerte. Tambien aqui volvemos á encontrar las cualidades de Cárcano, lo patético y la mesura en la espresion; y no tenemos que censurarle ninguno de los defectos que deslucen á *Angiola-Maria*.

Este gracioso talento pudiera considerarse como gefe de escuela, si hubiese tenido imitadores. Casi no le conozco otro que Caccianiga; pero este jóven autor parece haberse formado mas bien en la escuela de los novelistas franceses. En 1848, cuando Milan se creia libre porque habia cerrado sus puertas á los austriacos y que ya no los veia, Caccianiga redactaba alli con talento y buen éxito *El Espiritu Foletto*, diario del género del *Charivari*. Algunos chistes inocentes le obligaron, en el dia de la derrota, á tomar el camino del destierro. En Paris, su viva inteligencia se ha penetrado facilmente de las cualidades mas pronunciadas del genio francés; y cuando ha vuelto á coger la pluma, el jóven periodista estaba ya demasiado naturalizado entre nosotros para encontrarse exclusivamente italiano. Este sin duda es un inconveniente, pero no ha quedado sin compensacion: Caccianiga evidentemente ha ganado mucho con ser proscrito. La emigracion política no es un propagador menos poderoso de la civilizacion que la telegrafia eléctrica ó los caminos de hierro; que haya algunos destierros todavia, y los Alpes caerán á su vez como en otro tiempo los Pirineos, pero para no volver á levantarse mas.

El Proscrito, escenas de la vida contemporánea, es el titulo de una

novela en que Caccianiga sostiene esta proposicion poco disputable, que el destierro es una fuente de desgracias; pero para salir de lo comun, el autor toma por héroe á uno de esos jóvenes patricios que de ordinario se creen por todas partes que están en su país, porque el oro les abre todas las puertas. Si á pesar de los goces de la fortuna, la proscricion destruye bien pronto la felicidad, es claro que la tésis de Caccianiga, ya mas original, será tanto mas concluyente.

Desde luego tocamos aqui en el escollo principal de un asunto semejante; y es que en vez de escribir sobre lo que conoce demasiado, sobre la Italia y las costumbres de su país, Caccianiga se ve fatalmente conducido á colocar la escena, al menos para una parte de su novela, sobre la tierra de destierro, en medio de París, en que hace muy poco que habita, antes de que una amnistia honorífica lo hubiese llamado á sus hogares. Pero cinco años de permanencia no han podido enseñarle tanto en París, como veinte y cinco en Italia: ademas, tiene el alma sumamente honrada para penetrar á fondo ciertos misterios de la vida parisiense; y las aventuras vulgares que ocupan la segunda parte de su novela, no tienen interés para el público italiano ni para el público francés. Por fortuna la parte primera de la novela nos indemniza de la segunda. Allí al menos la escena es en Italia, ya en las seductoras orillas del lago de Como, ya en Milan, en medio de los ruidos precursores y aun del tumulto de la revolucion. Allí el futuro proscrito ama á una joven encantadora, forma parte de las sociedades mas inofensivas, echa brindis imprudentes á la independendencia, gime en esa prision de Santa-Margarita, ilustrada por Pellico, oye desde el fondo de su calabozo el tiroteo victorioso del pueblo, combate hasta lo último por su patria, y no se destierra sino en el momento en que le amenaza una nueva cautividad, y quizá la muerte.

Todas estas escenas y otras aun, las cuenta Caccianiga con entusiasmo, con mucho talento y atractivo, con una viveza mas bien francesa que italiana. Su estilo tiene esos rasgos, ese mordiente, esos giros netos y decididos que tan raramente se hallan del lado allá de los Alpes, y que casi únicamente posee Manzoni sin dejar de ser italiano. Por un privilegio notable, esta impetuosidad de espíritu no excluye la discrecion y la moderacion mas severa. Caccianiga ha sabido encerrar su narracion, por elástico que fuese el asunto de ella, en un pequeño volumen, y evitar las alusiones políticas, las declamaciones y las imprecaciones que los desterrados se creen permitidas. El, indudablemente, siente y expresa con suma viveza las llagas sociales de nuestra época; pero nunca

su desaprobacion ni su ironía esceden de lo que un hombre bien educado puede confesar y firmar.

Los italianos podrán notar en el estilo mismo de Caccianiga visibles huellas de la influencia estrangera. Mad. Carletta-Calani, autora de la última novela de que tenemos que hablar, escribe igualmente en una lengua en que los puristas toscanos hallarian muchas incorrecciones que indicar. Aunque Mad. Calani haya fijado su residencia en Toscana, su *Palmira* prueba claramente que no ha nacido en la patria de Dante y de Boccaccio. El talento del novelista no salva por desgracia en Madama Calani la inexperiencia del escritor; pero poco le importa sin duda la crítica; ella no ha entrado en el palenque con el designio de hacer una vana ostentacion, arrojase á él con la lanza en ristre y la visera baja, y bien resuelta á dar un combate á muerte. El enemigo que se propone derribar, es la funesta negligencia que tiene la sociedad en la educacion de las mugeres. De ahí vienen, segun la autora de *Palmira*, todas las desgracias conyugales. Si hemos de creerla, viene tambien de ahí esa declinacion moral, esa universal decadencia que no es tiempo ya de negar, y que acaso es demasiado tarde para combatir. Esas infortunadas criaturas, educadas únicamente para agradar y lucir, gobernadas por su instinto y condenadas á una eterna infancia, hacen la desgracia de una sociedad cuya providencia y salvacion serian, si estuviesen mejor dirigidas!

De modo que *Palmira*, novela de costumbres domésticas, tiene una tendencia social muy marcada. La autora aboga mas bien que cuenta, y en su inexperiencia, no sabe evitar el doble escollo de la novela-alegato. El primero, es caer en la exageracion del principio, y referir todos los males á la causa que le preocupa. Que estando las mugeres mejor educadas, educarán mejor á los hombres, es indudable; pero habrá mucho que hacer todavía, y ademas la educacion no suprime ni las pasiones, ni el fastidio, estas dos causas ordinarias de las desgracias domésticas. El segundo escollo, es que, ante la soberanía del asunto, la narracion desaparece ó se retira modestamente al lugar segundo para dejar el primero á los raciocinios y á las demostraciones. Apenas han dado un paso los personajes, cuando una mano, que no se toma el trabajo de ocultarse, los detiene; y al interés de la novela se sustituye el movimiento de un litigante.

No obstante se pasaria por un defecto tan grave, pero no sin ejemplo, si la ficcion probase realmente lo que la autora quiere probar. Por desgracia las trágicas aventuras que pone á nuestra vista pueden pro-

venir de otras mil causas que de la mala educacion de las mugeres. Una jóven educada al gusto del dia se casa con un jóven que reúne todas las ventajas, nacimiento, belleza, fortuna, talento y reputacion; pero poseido de sí mismo, es déspota desdeñoso y burlon, en una palabra, uno de esos tiranos domésticos que matan á alfilerazos las víctimas que ponen entre sus brazos, sin faltar jamás á los deberes que al pie del altar han urado cumplir. Lleno de desden para su muger, á quien halla inferior á él para vivir en comunidad de espíritu con ella, renuncia á formar su educacion, y se avergonzaria de llevarla al gran mundo. Bien pronto la envia al campo. Sin embargo, viene un dia en que la pobre abandonada encuentra un hombre mas justo que habla á su inteligencia y la eleva hasta sí. El corazon se pone al momento de parte suya, y el marido, informado demasiado tarde de estos amores adúlteros, no puede tomar mas que una horrible venganza de su honor ultrajado; y aun él mismo muere de la horrible enfermedad que ha inoculado á su muger para desfigurarla.

¿Qué prueba todo esto? si el matrimonio es desgraciado desde un principio, la falta es del marido. Soberbio como se nos pinta, hubiera siempre desdeñado á su muger, aun cuando ella hubiese recibido aquella instruccion relativa que no puede menos de ser inferior á la del hombre. Hay mas: por una singular coincidencia, el dia en que se dilatan el espíritu y el corazon de la jóven esposa, esta le es infiel. Hay tambien un accidente sensible que la autora, por el interés de su tesis, hubiera debido evitar.

De lo dicho se infiere que, para hacerse un nombre en las letras, Mad. Carletta-Calani necesita estudiar todavía y madurar su talento. Es menester que adquiera mas igualdad en el tono, mas acierto en la marcha, mas enlace en las ideas. Pensamientos elevados, sentimientos generosos, un patriotismo sincero, y un santo horror á la hipocresía, pueden señalar algunos lugares de la novela de *Palmira* dignos de nuestra estimacion, pero no bastan para recompensar sus defectos.

Vemos pues, que la vida contemporánea principia á preocupar á los novelistas italianos. Si procurásemos sacar una conclusion de este cuadro en que acabamos de comprender tres escuelas distintas, diriamos que la novela histórica ha cumplido su mision y constituido su tiempo. Bajo la influencia de Manzoni, ha contribuido con obras mas ó menos poderosas, pero siempre recomendables, para despertar el espíritu nacional de las poblaciones italianas. El esfuerzo de Güerrazzi para darle un temple nuevo y una nueva vida, ha quedado sin efecto; porque la reforma estaba en las palabras mas bien que en las cosas y en las ideas.

Hoy la novela íntima ocupa el lugar de la novela histórica, y á ella pertenece el porvenir; sin embargo, hay mucho que hacer para captarse enteramente las simpatías del público italiano, porque las pasiones políticas no dejan allende los Alpes calma bastante á los ánimos para entregarse con gusto á observaciones minuciosas y á estudios tranquilos. Esperamos que haya algunos escritores felizmente dotados para conciliar la emoción del patriota con los deberes del novelista, para pintar la sociedad italiana sin amargura y sin frialdad en su vida diaria, como Manzoni había sabido presentarla en su glorioso pasado. Esperamos también que se abrirá una era mas tranquila para esas poblaciones que casi no pueden seguir, al través de tantos obstáculos y preocupaciones dolorosas, la gloria literaria. Una vida política mejor es lo que garantizaría á la Italia un desarrollo mejor de su genio feliz. «No insultemos al genio de la Italia porque duerme, decía un crítico ilustre. Creemos que esta nación, que estaba á la cabeza de todas las demas en el siglo XIV, tan brillante en el siglo XVI, tan espiritual, tan viva, tan bien nacida para la política y las artes, creamos que esta nación, si pudiese gozar de si misma y de favorables instituciones, manifestaria al punto todo el ardor y genio que el cielo del mediodía mantiene en los habitantes de estos climas venturosos.» Tiempo hace ya que M. Villemain pronunciaba estas palabras. El espíritu italiano, madurado por la desgracia, nos autoriza cada vez mas para participar de tan nobles esperanzas; quiera el cielo que se vean un dia plenamente justificadas!

F. T. PERRENS.

(Version de A. Martinez del Romero.)

LOS CABALLEROS

DE SAN JUAN DE JERUSALEN (1).

SU ORIGEN, SU PRIMITIVO ESTABLECIMIENTO, SU TRAGE, SUS REGLAS, SUS COSTUMBRES Y SUS VICISITUDES Y PROGRESOS DESDE QUE SE REUNIERON EN FORMA DE INSTITUTO PIADOSO HASTA QUE TOMARON EL CARÁCTER DE ÓRDEN MILITAR.

I.

Mas allá de los últimos confines del mar Mediterráneo, y entre los abrasadores desiertos de la Arabia y del Bajo Egipto, se halla situada esa region eternamente memorable denominada la *Tierra Santa*, que se extiende de Norte á Sur desde el monte Líbano hasta la estremidad del mar Muerto, y de Oriente á Poniente desde el pais de los Ammonitas hasta el monte Carmelo. Borrados por la mano del tiempo los nombres de las tribus que la poblaron en épocas remotas, subsiste aun hoy, sin embargo, el de aquel pueblo desventurado, á quien en el enojo de su

(1) En este interesante artículo se contienen, con la separacion conveniente, los capitulos primero y segundo de una obra que con el titulo de *Historia de los caballeros de San Juan de Jerusalem* está escribiendo su autor, y que verá muy pronto la luz pública. Interin la anunciamos, llamamos la atencion de nuestros lectores hácia este trabajo, prometiéndonos desde luego que no podrá menos de escitar el interés de una clase numerosa en España, y á la que hasta ahora no se ha consagrado entre nosotros un libro de la importancia del presente.

ira condenó el Señor á andar errante por todo el mundo y á no encontrar asilo en parte alguna sobre la faz de la tierra.

En este pequeño territorio, conocido con el nombre de la *Judea*, y hácia la parte oriental del mismo, cuyo áspero y escabroso terreno se compone de peñascos y pendientes inaccesibles, cuyos ardorosos valles no riegan las aguas de un solo arroyuelo, y cuyos únicos horizontes son las montañas de la Arabia y de Jericó, calcinadas por el fuego de los volcanes, y las aguas estancadas é infectas del mar Muerto, es donde se encuentra grabada la memoria de la redencion del linage humano, y donde se encargan de trasmitírnosla todavía algunas ruinas abandonadas y algunos monumentos desfigurados con el trascurso de mil y ochocientos años.

Allí existen aun, tocando con las murallas de Jerusalem, el monte de las Olivas, cuyos añejos troncos refiere la tradicion á aquella época memorable en que el Salvador vino á ocultar junto á ellos sus mortales agonias: el valle de Josafat, rodeado por todas partes de monumentos fúnebres, angosto y solitario recinto, donde se albergan las ideas de la muerte, de la resurreccion y del juicio: el torrente del Cedron, cuyos abismos secos solo ofrecen en el verano un fondo de cayados blancos, semejante á la osamenta de un cementerio: el huerto de Getsemani, oculto en lo profundo del valle de Josafat, donde el Hombre Dios se acogió en sus momentos de amargura bajo la sombra de los árboles y de la noche: la colina de Sion, apenas separada de Jerusalem por un estrecho valle, donde se asentaba el templo de Salomon, y donde escogió el lugar de su residencia el autor del Cantar de los Cantares; y el sepulcro de la Santísima Virgen Maria, lindo y elegante templete que defienden de los ardores del sol las copas de ocho olivos.

En medio de estos antiguos monumentos y de otras muchas ruinas desiertas, elévase sobre la colina de Sion la ciudad de Jerusalem, con sus muros almenados, con su mezquita azul adornada de blancas columnatas, con sus miles de cúpulas de pizarra que reflejan la vaporosa luz del sol de la Palestina, con sus antiguas torres que sirven de centinelas á sus murallas; sobresaliendo por encima de este Océano de casas y de este monton de techos que las ocultan, una cúpula negra, rebajada, mas ancha que las demas, bajo cuya bóveda se cubre ese recinto angosto en que la planta del hombre no penetra sino con paso incierto y vacilante, y donde al corazon no es dado sustraerse al terror santo que inspira aquella mansion mil veces adorable.

Aquel lúgubre y silencioso lugar, en que reposó tres dias el cuerpo

del Señor; en que se encuentra todavía la piedra donde estaban sentados los ángeles cuando vinieron á buscarlo Maria y Magdalena; en que se conserva aun el sarcófago de mármol blanco que oculta la primitiva roca en que se abrió la tumba del Salvador: aquella fúnebre capilla, donde arden incesantemente muchas lámparas sepulcrales, cuyas columnas están hoy ennegrecidas con el trascurso de los años, en cuyos muros no se ven frisos ni adornos, cuyos altares son de informe piedra y sus candelabros de tosca madera, es la que guarda hace diez y ocho siglos la memoria de aquel acontecimiento providencial y solemne, que cambió repentinamente el curso de las edades, que separó el mundo antiguo del moderno, y que ha sido el principio de la regeneracion y de la santificación del linage humano.

Fácil será, pues, comprender cuánto interés ha debido escitar en todo tiempo al mundo cristiano el privilegiado territorio de que hablamos, y con que inesable dulzura han debido volver hácia él sus ojos las personas piadosas, que esperaban hallar en aquel suelo regado con la sangre de un Dios de misericordia el perdon de sus pecados. Asi la peregrinacion de Jerusalem, tan rara en estos tiempos de tibieza y de decaimiento del fervor religioso, fué tan frecuente desde que en el reinado de Constantino la religion del Crucificado llegó á ser la dominante en aquellos estados hasta entonces gentiles; y los cristianos griegos y latinos acudian de todas partes á la ciudad santa, por largo y penoso que fuese el camino que habia de llevarlos al suspirado término de sus afanes.

Un acontecimiento funesto vino, sin embargo, á impedir el pacífico curso de estas devotas peregrinaciones. Hácia principios del siglo VII apareció en el mundo el genio ardiente y destructor de Mahoma, y la raza de esos falsos profetas, que ejerciendo su ministerio á fuego y sangre, y llevando por norte de su empresa la guerra y el esterminio, conquistaron la Arabia, se apoderaron de Damasco, de Antioquía y de toda la Siria, penetraron en la Palestina, tomaron á Jerusalem, subyugaron el Egipto, destruyeron hasta en sus cimientos la monarquía de los persas, y se hicieron dueños de la Media, la Bactriana y la Mesopotamia, al mismo tiempo que se estendian en el Archipiélago por las islas de Chipre, Rodas, Candia, Sicilia y Malta, y que dilatándose por los arenales del Africa, se prepararon á salvar cien años despues el estrecho de Gibraltar y á invadir el territorio de nuestra España, de donde solo pudo lanzarles al cabo de siete siglos el incansable celo y heróico esfuerzo de los esclarecidos Monarcas Católicos.

Estos sucesos vinieron á hacer en extremo difícil la peregrinacion que en aquellos siglos acercaba tantas almas cristianas al sepulcro del Redentor. El paso á través de los territorios sometidos á la dominacion árabe era cada vez mas peligroso, y ademas los infieles, con el objeto de aumentar los rendimientos de aquellos paises, impusieron grandes contribuciones á los peregrinos. Esto, sin embargo, no bastó á resfriar el celo de los cristianos de aquellos tiempos. Trescientos años de trabajos, de peligros y de injustas exacciones no disminuyeron la afluencia á aquel lugar sagrado, no solo de las naciones vecinas, sino de las regiones mas apartadas del imperio de Occidente.

Así trascurrieron los años hasta la mitad del siglo XI, en que el sentimiento de su propio interés inspiró á los musulmanes algunas ideas de hospitalidad que parecieron al pronto favorables á los cristianos. En esta época los califas de Egipto, dueños á la sazón de la Palestina, permitieron á los cristianos griegos que les estaban sometidos albergarse dentro de la misma Jerusalem; y á fin de que no se confundiesen con los musulmanes, el gobernador de Judea les señaló para su morada el cuartel mas inmediato al Santo Sepulcro. Un monge francés, llamado Bernardo, que vivia en el año 870, cuenta en la relacion de un viage hecho á la Ciudad Santa, que habia encontrado en ella un hospital para los latinos, y que en él se conservaba una biblioteca formada á espensas del emperador Carlo-Magno, á quien el califa Aaron-Raschid, admirador de sus hazañas, habia enviado las llaves del Santo Sepulcro y un estandarte, como las insignias de su autoridad, que ofrecia ante las gradas de su trono.

Pero con la muerte del califa Aaron y de sus sucesores inmediatos los europeos perdieron todas las consideraciones que se les guardaban en Palestina. Desde entonces ya no se les permitió tener hospicios en Jerusalem, y despues de haber comprado á fuerza de oro la entrada en la ciudad y de pasar el dia recorriendo en piadosas estaciones aquellos lugares honrados en otro tiempo con la presencia del Salvador, apenas lograban con gran trabajo tener un lugar en que albergarse durante la noche.

Hácia mediados del siglo XI fué cuando la Providencia deparó á los peregrinos de Europa en las personas de unos comerciantes de Amalfi, unos benévolos mediadores cerca de los implacables musulmanes. Introduciéndose en Egipto á favor de las preciosidades que todos los años llevaban de Europa, lograron acercarse al califa Mustafér-Billah y alcanzar para los cristianos latinos el permiso de establecer un

hospicio en Jerusalem á las inmediaciones del Santo Sepulcro. Al cabo sonaba para aquellos desventurados la hora de tener un lugar de reposo junto á la tumba adorable que iban á regar con las lágrimas de su corazón. No bien el gobernador de la Judea les señaló por orden del califa una porcion de terreno para el objeto que deseaban, cuando se elevó en él una capilla bajo la advocacion de *Santa María de la Latina*, para distinguirla de las iglesias en que se celebraba el oficio divino conforme al rito griego; y el culto del nuevo templo quedó encomendado á los religiosos del orden de San Benito. Allí, bajo la proteccion de la Madre de la misericordia, se construyeron dos hospicios para recibir los peregrinos de uno y otro sexo, sanos y enfermos; y mas tarde cada uno de estos hospicios tuvo su capilla particular, una bajo la advocacion de San Juan el limosnero, y otra dedicada á Santa María Magdalena.

Nada mas interesante que el espectáculo de religioso celo y de ferviente caridad que ofrecian estos dos asilos destinados al albergue y socorro de los peregrinos. Allí lo encontraban todos los cristianos sin distincion de griegos y latinos, no obstante las rivalidades suscitadas entre ambas iglesias; vestíase de nuevo á los que en su peregrinacion habian sido despojados por los bandidos; curábase con el mayor esmero á los enfermos, y cada clase de miseria encontraba su remedio en la bondadosa compasion de los hospitalarios. Conmovidas á vista de este espectáculo algunas personas seglares de varias naciones de Europa, renunciaron á volver á su patria, y se consagraron al servicio de aquella casa. Los religiosos de San Benito dirigian todas las operaciones, atendiendo á sus gastos con las limosnas que los comerciantes de Amalfi les llevaban todos los años. Entre las personas piadosas del orden seglar que aparecen consagradas á esta interesante obra, nos ha trasmitido la historia el nombre del frances GERARDO TOM, que, llevado á Jerusalem por el deseo de visitar los Santos Lugares, era al poco tiempo administrador del hospital de San Juan, en tanto que una dama romana de ilustre nacimiento, llamada Inés, dirigia la casa destinada á las personas de su sexo.

He aqui pues la humilde y honrosa cuna, el origen altamente cristiano, de los caballeros hospitalarios de San Juan de Jerusalem. Este solo timbre es el mas glorioso que pueda ostentar jamás una orden militar y religiosa.

Pero este piadoso instituto se vió amenazado de muerte muy poco tiempo despues de su nacimiento. Apenas contaban los hospitalarios diez y siete años en el ejercicio de su mision, cuando apareció en aquel

pais la indómita raza de los Turcomanos, que llevando por do quiera la guerra y el esterminio, conquistaron la Palestina y se apoderaron de Jerusalem, desbaratando la guarnicion del califa de Egipto.

No nos detendremos en referir la historia y los orígenes de esa raza guerrera, cuya irrupcion en el imperio de Oriente es un hecho conocido en la historia de la edad media. No contaremos las escenas de desolacion y de sangre que siguieron á esta terrible aparicion. Nos bastará decir que despues de haber tomado á Jerusalem, degollaron á muchos de sus habitantes y no pocos cristianos, saquearon el hospicio de San Juan y hubieran profanado con sus manos impías el Santo Sepulcro, si un sentimiento de sórdida avaricia no les hubiera contenido. El temor de perder las cuantiosas sumas que producian las visitas de los peregrinos hizo que se conservase ilesa la tumba del Salvador. Pero deseando al mismo tiempo satisfacer su odio contra todos los que llevaban el nombre de cristianos, aumentaron las exacciones hasta tal punto, que los peregrinos, despues de haber agotado sus recursos en el viage y de verse muchas veces saqueados por los bandidos, no pudiendo satisfacer los escesivos tributos que se les demandaban, espiraban junto á los muros de la ciudad sin alcanzar de aquellos bárbaros el consuelo de ver en su última hora el suspirado objeto de sus afanes.

Las dolorosas nuevas que traian á Europa los que lograban escapar de tantos peligros, y la triste pintura que hacian del estado de servidumbre á que se veia reducida la ciudad célebre por los misterios de la redencion, fué la que, vivamente esforzada por Pedro el Ermitaño, dió origen á esa epopeya de la edad media, á esas famosas *Cruzadas*, en que la Europa entera, armada en batalla, se trasladó al Asia para rescatar el Santo Sepulcro de las manos de los infieles. Renunciaremos aquí á describir aquel viejo venerable, de rostro macilento y descarnado, notable por su humildísimo trage y por su extraordinaria abstinencia, que recorriendo la Europa con el crucifijo en la mano y los pies descalzos, y penetrando del mismo modo en la cabaña del pobre que en el palacio del monarca, arrebatava los ánimos con su elocuencia desordenada y vehemente, llegando á alistar en sus banderas cerca de trescientos mil hombres de todas las clases y condiciones sociales. No nos detendremos tampoco en pintar el fervoroso celo con que acogieron esta empresa, primero el patriarca griego Simeon y despues el pontífice Urbano II, ni el noble entusiasmo que se manifestó en los concilios de Plasencia y de Clermont, donde interrumpido el discurso del Pontífice con las aclamaciones de *¡Dios lo quiere!* sirvieron mas tarde de enseña á aquella

campana inolvidable, y eran el lema que llevaba grabado en sus banderas el grande ejército al emprender su salida para la Tierra Santa en la primavera del año 1096. ¿Quién no ha leído u oído referir alguna vez las aventuras de aquella célebre Cruzada? ¿Quién no recuerda entre los nombres de sus héroes los de Godofredo de Bullon, de sus hermanos Eustaquio y Baduino, de Hugo el Grande, de los dos célebres Robertos, el duque de Normandía, hijo de Guillermo el Conquistador, y el conde de Flandes, llamado la *Espada de los cristianos* por su valor en los combates; y de tantos otros insignes varones, señores y hombres de armas, que á las órdenes del obispo Adhemar y de Raimundo conde de Tolosa, figuraron en aquella expedicion verdaderamente grandiosa y gigantesca?

Interesa no obstante á nuestro propósito dejar aqui consignado que de aquel formidable ejército cuyas inmensas fuerzas juntas en las playas de Constantinopla, llegaron á constar de setecientos mil hombres de á pie y cien mil de á caballo, no quedaban, despues de las penalidades del camino, de las frecuentes deserciones, de las traiciones de sus falsos aliados y de la toma de Nicea, de Tarsis, de Edesa y de Antioquia, sino veinte mil hombres armados que se presentaron delante de los muros de Jerusalem el 7 de junio del año 1099, y debian luchar con una guarnicion de cuarenta mil soldados que el califa habia introducido en la plaza, además de veinte mil mahometanos á quienes se habia obligado á tomar las armas. Pero el propósito de los cruzados era demasiado firme y su fé demasiado viva, para que al tocar al término de su empresa vacilasen en combatir contra las fuerzas triplicadas y aguerridas de sus adversarios. La Ciudad Santa era el objeto de sus conquistas, y sus muros debian ser en esta ocasion teatro de la mas cruel y encarnizada lucha.

Jerusalen, una de las mas bellas ciudades del Oriente, eternamente memorable por los misterios de la redencion, habia presenciado dentro de sus muros en diversas épocas todos los horrores de la guerra. Conociendo es por sus desastrosas consecuencias el sitio que mandaba Tito, que sin saberlo vino á cumpliren la Ciudad Santa todas las profecias: el templo fué destruido hasta en sus cimientos, á pesar de los esfuerzos del vencedor mismo. Reedificada ya, la destruyó mas tarde el emperador Adriano y la construyó de nuevo bajo la denominacion de Elia. Entonces hubiera llegado hasta perder su primitivo nombre, si no se lo hubiese devuelto Constantino. Mas adelante fué nuevamente asolada por Cosroes en el reinado de Focas; treinta mil hombres fueron pasados á cuchillo y destruida la iglesia del Santo Sepulcro. Afortunadamente Heraclio, sucesor de Focas, la volvió á conquistar é hizo reedificar sus iglesias. El califa

Omar tambien se apoderó de esta ciudad hácia mediados del siglo VII: y ya contaban los sarracenos cuatro siglos de posesion en ella cuando los arrojaron los Turcomanos; pero el sultan de Egipto la recobró otra vez durante el sitio de Antioquia. El que los cruzados pusieron ahora delante de Jerusalem no duró sino cinco semanas. Godofredo de Bullon se lanzó el primero dentro de la ciudad por medio de una torre de madera que hizo acercar á sus muros, siguiéndole el conde de Tolosa que dirigia el ataque por otro lado. Todo el ejército cristiano penetró luego en tropel dentro de la ciudad, arrollando y desbaratando la guarnicion enemiga. Seguros ya de su conquista, se dirigieron al siguiente dia con los pies descalzos y en el mas profundo recogimiento, á depositar en el sepulcro del Salvador los trofeos de su victoria. Era un espectáculo verdaderamente admirable el que ofrecian aquellos valientes guerreros, pocos momentos antes en lucha encarnizada con sus enemigos, prosternándose ahora humildemente ante el sepulcro del Dios de las misericordias, que tambien es el Dios de los ejércitos. El piadoso Godofredo fué, como el primero en escalar las murallas, el primero en ofrecer sus laureles en el sepulcro del Redentor. En vano quisieron sus soldados colocar sobre sus sienes una corona de oro en señal de la soberania que de la nueva conquista acababan de conferirle. Protestando que no ostentaria jamás una corona de oro alli donde el Redentor de los hombres habia ceñido una corona de espinas, rehusó el título de rey y solo quiso aceptar el de Patrono ó defensor del Santo Sepulcro.

Uno de los primeros cuidados de este principe fué el de visitar la casa hospitalaria de San Juan, primitiva fundacion que los cristianos habian tenido en Jerusalem. Recibiéronlo con gran agasajo el piadoso Gerardo y sus consocios. Los cruzados heridos durante el sitio y conducidos alli despues de la toma de la plaza, elogiaban á porfia su caridad y la tierna solicitud con que eran tratados. El cardenal Vitri refiere que el pan de los religiosos era casi todo de salvado y harina gruesa, y que reservaban la mas fina para la manutencion de los enfermos. ¡A tal extremo llegaba la abnegacion de los primeros hospitalarios!

Muchos fueron los jóvenes que edificados con este ejemplo, renunciaron á volver á su patria y se consagraron en la casa de San Juan al servicio de los pobres. Godofredo perdió en los nuevos hermanos algunos valientes guerreros; mas no por eso dejó de aplaudir tan noble propósito: y ya que su interés por la conservacion de Jerusalem lo retenia á la cabeza del ejército, quiso á lo menos contribuir por su parte al sostenimiento del hospital, transfiriéndole el señorío de Monthoire con

todas sus dependencias, que formaba en otro tiempo parte de sus dominios en el Brabante. Este acto de munificencia fué imitado por otros principes y señores cruzados, y en poco tiempo el hospital se enriqueció con un gran número de tierras y señoríos, así en Europa como en Palestina.

Aunque el venerable Gerardo no tenia en aquella casa otra dignidad que la de administrador secular, desde que se verificó la toma de Jerusalem por los cristianos y concibió que pudiera aumentarse el número de sus consocios, propuso á estos y á las hospitalarias que adoptasen el traje de una órden regular é hiciesen profesion religiosa. Esta indicacion fué gustosamente acogida por todos. Por su consejo y á ejemplo suyo, los hospitalarios y las hospitalarias renunciaron al siglo y tomaron el traje regular, que consistia en un hábito negro con una cruz de trapo blanco con ocho puntas sobre el costado izquierdo; y el patriarca de Jerusalem, despues de haberlos revestido con estas insignias, les recibió los tres votos solemnes que pronunciaron al pie del Santo Sepulcro.

Algunos años despues, el papa Pascual II aprobó el nuevo instituto, declaró exenta la casa de Jerusalem y las que de ella dependian del pago de los diezmos, autorizó todas las fundaciones que se hubiesen hecho ó en adelante se hiciesen en favor del hospital, y dispuso que despues de la muerte de Gerardo solo los hospitalarios tuviesen derecho á la eleccion de un nuevo superior, sin que ninguna potestad eclesiástica ni secular pudiese intervenir en la direccion y gobierno de la órden.

II.

La toma de Jerusalem por Godofredo puso término á aquella espedicion gloriosa, en que la Europa entera, alistada bajo el estandarte de la cruz, se habia trasladado al Oriente para rescatar de las manos de los infieles el sepulcro del Redentor. Alli, como la embravecida ola que va á morir en las arenas de la playa, habia ido á exhalar su último grito de guerra aquel ejército formidable, y habian ido á desbaratarse aquellas legiones que poco antes ostentaban una fuerza de setecientos mil hombres junto á los muros de Constantinopla. Dueños al fin de la Ciudad Santa, por cuya conquista habian abandonado sus hogares y derramado su sangre en los campos de batalla, algunos cruzados regresaban de

nuevo á su pais natal, ansiosos de publicar sus conquistas y las maravillas que Dios habia obrado por medio de sus armas en aquella tierra ardorosa, regada con su sangre.

Imponderable es la alegría que causaron estas nuevas en todo el Occidente, y el deseo que se suscitó de visitar aquellos lugares santos, rescatados ya de la tiranía de los infieles. Salían entonces de todas las naciones de la cristiandad y de todas las profesiones y rangos sociales, inmensas caravanas de peregrinos, que abandonaban su patria para tener el consuelo de ver nuevamente restablecido el imperio de los cristianos en la ciudad donde se verificó la grande obra de su redencion. La bondadosa y cordial acogida que encontraban en el hospicio de San Juan, y el agasajo con que en él eran tratados, dejaba siempre en sus corazones un recuerdo difícil de borrar. A su regreso no se cansaban de elogiar la caridad y dulzura de los hospitalarios, creciendo con esto de tal suerte la estimacion y el favor de los príncipes de Occidente, que todos se apresuraban á colmarlos de mercedes, y difícilmente se encontraba en toda la cristiandad una provincia en que la casa de San Juan no tuviese grandes bienes y acaso establecimientos considerables.

Bien pronto, merced á tan copiosas dádivas y al celo del piadoso Gerardo, se levantó un magnífico templo á la advocacion de *San Juan Bautista*, en un lugar que, conforme á la tradicion, habia servido de retiro á Zacarías, padre de este gran santo. Construyéronse en las inmediaciones de la iglesia varios edificios con vastos departamentos, destinados, ya para la habitacion de los hospitalarios, ya para recibir los peregrinos, ó para servir de asilo á los pobres y á los enfermos. Los hospitalarios los trataban á todos con la misma caridad, en tanto que los sacerdotes ascritos á la misma casa cuidaban de su asistencia espiritual.

Pero el celo de los hospitalarios no se encerraba dentro de los muros de Jerusalem y de su escaso territorio. Los cuidados de esta naciente asociacion se estendian hasta las fronteras del imperio de Occidente. Con los bienes que habian recibido de la liberalidad de los príncipes cristianos fundaron hospitales en las principales provincias marítimas de Europa; y sus casas, que eran como las hijuelas de la de Jerusalem y que debemos considerar como las primeras *Encomiendas* de la órden, estaban destinadas para recoger y albergar á los peregrinos que se decidían á emprender su viage á la Tierra Santa. Cuidábase allí de su embarque, proporcionábaseles medios de transporte, guías y escolta, y se atendía con esmero á los que caían enfermos y no se encontraban en estado de continuar tan largo viage. Tales eran entre otras la célebre

casa de *Sevilla* en nuestra pintoresca *Andalucia*, la de *Provenza*, la de *Tarento* en la *Apulia*, la de *Mesina* en *Sicilia*, y muchas otras que el Papa Pascual II tomó despues, como la de *Jerusalen*, bajo la proteccion especial de la Santa Sede, y que sus sucesores enriquecieron con varios y muy notables privilegios.

Una desgracia irreparable vino por entonces á turbar la alegria y la paz que habia devuelto á los cristianos la conquista de *Jerusalen*, y la satisfaccion con que veian el acrecentamiento de la Orden. El 48 de julio del año 1100, cuando acababa de cumplirse el aniversario de la toma de *Jerusalen*, murió el virtuoso y valiente Godofredo, que siendo un perfecto cristiano, era al propio tiempo el terror de los sarracenos y el protector mas celoso de los caballeros hospitalarios. Doce años despues falleció tambien Gerardo. La muerte de estos insignes varones dejaba en *Jerusalen* recuerdos inolvidables. Godofredo habia bajado al sepulcro con los mismos sentimientos de acendrada piedad que lo habian animado en aquella expedicion gloriosa. Gerardo, despues de haber llegado á una extrema ancianidad, espiró en los brazos de sus hermanos casi sin dolencia alguna, y cayó, por decirlo asi, como un fruto maduro para la eternidad. Por su muerte los caballeros hospitalarios se reunieron para nombrar sucesor conforme á la bula del Pontifice Pascual II, y todos los votos recayeron unánimes en el religioso RAIMUNDO DUPUY, uno de los mas valientes caudillos de la primera cruzada, y de los que, terminada la conquista de *Jerusalen*, se consagraron con mas celo y abnegacion al servicio del hospital de San Juan.

Su virtuoso antecesor no habia prescrito á sus hermanos otras reglas que la práctica de la caridad, la abnegacion y la humildad. Raimundo creyó deber añadir á estas escelentes máximas algunos estatutos, y de conformidad con todo el capítulo, los estableció para procurar en aquella santa casa la mas segura y estricta observancia de los votos solemnes que como religiosos habian contraído. Otra inspiracion no menos acertada y feliz fué la de añadir á la práctica de los deberes de la hospitalidad la obligacion de tomar las armas para defender los Santos Lugares, sacando asi de aquella casa un cuerpo militar y una especie de cruzada perpétua, sometida á la autoridad de los reyes de *Jerusalen*, y que se obligase por voto y profesion particular á combatir á los infieles.

Véase pues como la *Orden de San Juan de Jerusalen* comenzó á ser guerrera sin dejar de ser hospitalaria, y como sus individuos comenzaron á ser caballeros militantes sin dejar de ser los humildes servidores de los peregrinos. Aqui principia para la orden una nueva existencia:

de aquí trae su origen una série de hechos memorables y gloriosos, cuya relacion causará mas de una vez la admiracion y el asombro de nuestros lectores.

Los motivos que inspiraron á Raimundo este feliz pensamiento no podian ser mas poderosos. En los tiempos á que nos referimos la Ciudad Santa solo estendia su dominacion por un pequeño territorio, en que algunas otras ciudades se hallaban todavía en poder de los mahometanos, de los turcomanos y de los sarracenos de Egipto: el odio que todos ellos profesaban á los nuevos conquistadores de Jerusalem espiaba con ánsia la ocasion de hacer cada dia nuevas victimas; y los cristianos que atravesaban la Palestina eran objeto de las mas inauditas crueldades. Los latinos que habitaban las aldeas y las plazas abiertas de este territorio, no estaban tampoco mas seguros de sus temibles persecuciones. De ordinario se veian obligados á sostener con ellos una guerra perpétua; y cuando el invierno no les permitia mantener gente armada en los campos y despoblados, los infieles recorrían á mansalva el pais, saqueaban las ciudades, asesinaban á los hombres y se llevaban á las mugeres y á los niños para reducirlos á la esclavitud.

El nuevo Rector del hospital de San Juan, hombre dotado de un celo ardiente é inagotable, de un corazon á la par sensible y animoso, y cuyos elevados sentimientos correspondian á la nobleza de su alta alcurnia, no podia olvidar estas escenas de desolacion y de terror de que por do quiera era teatro el territorio de la Palestina. Representábase á cada instante esos combates sangrientos en que los pelotones de infieles armados atacaban á las caravanas de peregrinos cristianos: figurábasele ver á los primeros sufriendo el peso de las cadenas y la lóbrega oscuridad de los calabozos, en tanto que sus mugeres y sus hijos quedaban á la merced de los bandidos y habian de sufrir escesos mas insoportables todavía que sus mismas crueldades: imaginábase por último ver á los cristianos espuestos á renunciar á Jesucristo á trueque de salvar su vida ó de evitar por este medio horribles tormentos. Raimundo no cesaba de pedir á Dios que le inspirase el medio de poner coto á tan grandes males; y una inspiracion divina fué sin duda el pensamiento de convertir en militante á la órden hospitalaria.

Así es como la consideraron y como la acogieron sus virtuosos hermanos, que á buen seguro ignoraban entonces cuantas glorias les estaban reservadas en los tiempos venideros. Tambien ellos, como el valiente Raimundo, como el cristiano y bizarro Godofredo bajo cuyas banderas habian servido con honra, sentian latir en sus pechos el entusiasmo

guerrero y recordaban haber desbaratado dentro de los muros de Jerusalem una guarnicion de sesenta mil hombres: el mismo sentimiento que entonces puso las armas en sus manos para rescatar el sepulcro del Salvador, les armaba ahora para proteger á sus hermanos en Jesucristo y para auxiliar á los peregrinos en su paso á través de la Palestina. Convínose pues, en que sin abandonar sus anteriores compromisos podrian armarse para combatir á los infieles, cuya santa resolucion aprobó y bendijo el patriarca de Jerusalem.

Créese que Raimundo, despues de haber realizado su propósito, dividió en tres clases el cuerpo de los hospitalarios, colocando en la primera á los que por su nacimiento y por la posicion que habian tenido en otro tiempo en el ejército, estaban destinados á llevar las armas; formando otra segunda clase con los sacerdotes y los capellanes, que además de las funciones anejas á su ministerio servian de limosneros en la guerra en caso necesario; y creando con los que no eran ni de familia noble ni eclesiásticos, los llamados *hermanos sirvientes*. Con este carácter ejercian los ultimos ciertos oficios en que los caballeros los ocupaban, ya en el ejército, ya en la asistencia de los enfermos: y se distinguieron en lo sucesivo por una cota de armas de distinto color que la de aquellos. Esto no obstante los religiosos no formaban sino un solo cuerpo y participaban por igual de todos los derechos y privilegios de la órden, que daremos á conocer al final de la presente obra.

El rápido incremento de la órden hospitalaria, en cuyas filas se alistó en poco tiempo la flor de la juventud y de la nobleza de Europa, hizo necesaria una nueva division, conforme á la cual se distinguieron el pais y la lengua de cada caballero en las de *Provenza, Auvernia, Francia, Italia, Aragon, Alemania é Inglaterra*. Esta division se ha conservado hasta nuestros dias, con sola la diferencia de que en los primeros tiempos de la órden los bailios y encomiendas eran comunes á todos los caballeros, y en adelante se asignaron á cada lengua y á cada nacion los suyos propios. Conviene asimismo hacer notar que desde que la heregia infestó el reino de Inglaterra dejó de contarse la lengua de este nombre, añadiéndose en el territorio de nuestra España las de *Castilla y Portugal*.

El traje de la orden consistia en un ropage negro con un manto del mismo color, al cual iba cosida una capucha puntiaguda, y sobre el costado izquierdo una cruz blanca de ocho puntas: traje que en los primeros tiempos era comun á todos los religiosos asi como el nombre de *hospitalarios*.

Mas luego que la órden llegó á hacerse militar, como las personas de alto nacimiento experimentaban alguna repugnancia en entrar en ella confundidos con otras de diferente clase, creyó conveniente Alejandro VI establecer una distincion entre los *caballeros* y los *hermanos*. Determinó, pues, que en lo sucesivo solo aquellos podrian llevar en la casa el manto negro, usando en campaña una cota de armas encarnada con la cruz blanca, semejante al estandarte de la religion y a sus armas; y por un estatuto particular mandó que fuesen despojados del hábito y de la cruz los caballeros que en alguna batalla hubiesen huido ó abandonado sus filas.

La forma de gobierno de la órden era desde entonces, como lo ha sido despues, puramente aristocrática: la autoridad suprema residia en el Consejo, cuyo presidente era el gefe de los hospitalarios y tenia dos votos en caso de empate. A cargo de este Consejo corria la direccion de los grandes bienes que poseia la órden en Asia y en Europa. Para su manejo y administracion nombraba algunos hermanos con el título de *Preceptores*, cuyo encargo duraba mientras el Consejo y el Rector lo creian conveniente: de suerte que los preceptores no se consideraban en aquel tiempo sino como ecónomos y simples administradores de una porcion de los bienes de la órden, siendo responsables á la misma de su administracion. De estos fondos, que una previsora economía iba aumentando sin cesar, salian los auxilios para el mantenimiento de la casa de Jerusalem y para los gastos de la guerra.

Casi todas estas rentas pasaban integras del Occidente á la Palestina; los hermanos preceptores no se reservaban sino una pequeña parte para su subsistencia. Estos religiosos observaban en sus obediencias la misma austeridad que en el convento y á veces vivian en ellos en forma de comunidad. La caridad con los pobres y los peregrinos se practicaba en estos asilos privados como en el hospital de San Juan. La pureza de las costumbres no era alli menos recomendable que el espíritu de desinterés; y desde que la órden tomó en Oriente las armas contra los infieles, los hospitalarios que residian en las casas de Occidente, deseando seguir en todo su vocacion y cumplir con estas nuevas obligaciones, iban cada poco tiempo y conforme á las órdenes del Rector, ya á afiliarse en los ejércitos de Palestina, ya á tomar parte en la guerra que en nuestra península se sostuvo contra los moros, y mas tarde contra los albigenses en el territorio francés. Ninguno de ellos tomó partido en las guerras que se suscitaban entre los príncipes cristianos. Un caballero hospitalario no era mas que un soldado de Jesucristo; y cuando los intereses de la reli-

gion no le obligaban á tomar las armas, no se ocupaba sino en servir á los pobres y á los enfermos. Tal era el espíritu de la órden y su práctica constante y uniforme.

El patriarca de Jerusalem, no contento con haber aprobado la resolución de Raimundo, quiso atraer sobre él y sus hermanos las gracias del cielo, dando su santa bendición con gran solemnidad al cuerpo de caballeros hospitalarios, armados de todas armas y con su gefe á la cabeza. Fortalecido con este auxilio, Raimundo fué sin demora á ofrecer sus servicios á Baduino, rey de Jerusalem. El príncipe quedó agradablemente sorprendido, considerando este noble y aguerrido cuerpo como un socorro que el cielo le enviaba.

No consta en las memorias escritas sobre la órden el año en que los hospitalarios tomaron por primera vez las armas; pero puede fijarse entre el 1118 y el 1130 de la era cristiana. En el primero fué cuando subió Raimundo á la dignidad rectoral. Del segundo conocemos una bula espedita por el papa Inocencio II, en que habla de los importantes servicios que los hospitalarios prestaban á los reyes de Jerusalem, luchando con los infieles. Acaso se verificó esta innovacion poco despues de haber ascendido Raimundo á la dignidad rectoral. En esta opinion nos confirma el que por los años de 1119 y 1120 tomaron parte en las guerras á que dieron lugar las tentativas de los moros para arrojar á los cristianos de la Siria, en cuya época, contribuyendo poderosamente á la derrota de los árabes, facilitaron á Baduino la entrada en Antioquia, amenazada de caer en manos de los infieles; y el que en 1124 tomaron parte activa en el sitio de Tiro y mas adelante en la toma de Ráfa, en cuyas conquistas marcharon siempre al lado del monarca Baduino.

La órden de San Juan dió origen por entonces á otra no menos célebre por sus proezas; la de los *Caballeros Templarios*. Segun Brompton, historiador contemporáneo, algunos discípulos de los hospitalarios que no subsistieron muchos años sino con los auxilios que estos les facilitaban, concibieron el pensamiento de formar esta órden, que aprobó el pontífice Honorio II, y cuya regla escribió San Bernardo, condecorándola Eugenio III con una cruz encarnada sobre el pecho. Esta nueva milicia se aumentó considerablemente en poco tiempo: príncipes de casas soberanas, señores de las mas ilustres familias de la cristiandad, quisieron combatir bajo la insignia y el hábito de los templarios, prefiriendo, por una delicadeza mal entendida, esta profesion exclusivamente militar á los servicios que los hospitalarios, aunque soldados, prestaban á los pobres y enfermos. Estos príncipes y señores llevaban consigo al

entrar en la órden riquezas inmensas, y ademas el renombre de sus hazañas les valió cuantiosas donaciones; y el mismo Brompton asegura que esta asociacion militar, apenas nacida del seno de la órden de San Juan, parecia querer oscurecerla con su brillo deslumbrador.

Mas adelante veremos que esta bizarra milicia fué esterminada al cabo de tres siglos. No parece sino que la Providencia quiso darle el castigo de su mundanal orgullo, así como realzando el humilde origen de la órden de San Juan y su noble y piadoso instituto, la conserva aun hoy dia, no obstante haber cesado de todo punto el objeto de su creacion.

De cualquier modo que sea, es un hecho indudable que los hospitalarios y los templarios fueron en la época á que nos referimos el mas firme apoyo de Jerusalem, y que Baduino y los reyes sucesores en su trono no emprendieron en adelante ninguna empresa considerable sin el auxilio de sus armas. Oigamos sino al pontífice Inocencio II en una bula dirigida por este tiempo á todos los prelados de la Iglesia. «Los hospitalarios, dice, esponiendo todos los dias su vida por defender la de sus hermanos, y combatiendo valerosamente con los infieles, son hoy el mas firme sosten de la Iglesia cristiana en el Oriente. Mas como sus recursos no bastan para mantenerse en estado de guerra perpetua, os exhortamos á socorrerlos con el supérfluo de vuestros haberes y á recomendarlos á la caridad de los fieles sometidos á vuestra vigilancia pastoral. Ademas os declaramos que hemos tomado á la casa de San Juan y á toda la órden bajo la proteccion especial de San Pedro y la nuestra.» Tan visible y marcada fué esta proteccion, que aunque legitima y justa, no dejó de producir algunas desavenencias entre el estado eclesiástico y el cuerpo de la órden.

Los caballeros hospitalarios llegaron á hacerse tan notables en pocos años, que sobre confiárseles la defensa de algunas plazas importantes, se les encomendaron asimismo algunas graves negociaciones políticas. Su fama y su prestigio en el Occidente era tal, que no habia testamento que no contuviese un artículo en favor de las órdenes militares, que muchos príncipes quisieron ser sepultados con el hábito y las insignias de una ú otra órden, y que algunos soberanos, llevando mas adelante su devocion, se alistaron en ellas, abandonando el gobierno de sus estados, al paso que otros les dejaban la soberania despues de su muerte.

Un ejemplo notable de esta verdad nos ofreció el monarca aragonés Alfonso I de Aragon y Navarra y VII de Castilla, apellidado el *Batallador*, que por testamento otorgado en el cerco de Bayona en 1131, declaró que por carecer de sucesion directa, queria que muerto él pasaran sus

reinos á poder de los hospitalarios y templarios, estimulándolos á proseguir la guerra contra los sarracenos. Gran trabajo costó á sus sucesores en el trono impedir que se llevase á cabo su voluntad, como lo intentó el cuerpo de los caballeros y señaladamente Raimundo Dupuy, que vino á España con otros diputados de la orden para lograr tan apetecida herencia. Pero si al cabo sus esfuerzos no obtuvieron en esta parte una realizacion completa, por la entereza y decision de los señores aragoneses, no por eso dejó de adquirir la orden, á virtud de una transaccion honrosa, grandes territorios y señoríos en Zaragoza, Huesca, Barbastro, Calatayud, Daroca y otros puntos, el diezmo de los tributos que se cobraban en todo el reino, y el quinto de lo que satisfacian las tierras de los moros. Estas y otras concesiones importantes que alcanzó en Aragon Raimundo Dupuy, fueron las que le valieron el título de *Maestre*, que usó el primero y que llevaron despues de él todos sus sucesores.

JOSE MARIA DE ANTEQUERA.

EXPOSICION UNIVERSAL DE PARIS DE 1855.

CARTA V.

Muy señor mio y digno amigo: Prosiguiendo hoy la empezada tarea con la descripcion del palacio de las bellas artes, juzgo necesario fijar un tanto los hechos relativamente al éxito de la Exposicion universal y á lo que dije á Vd. en mi primera carta. La falta de animacion que entonces se notaba era tan estraña, atendido el número, el estraordinario mérito y la manera brillante con que se presentaban los objetos, que fué preciso investigar las causas que la producian. Indudablemente la concurrencia no correspondia á la magnificencia del acto: la falta de espíritu verdaderamente industrial en los franceses me dió fácilmente la solucion del enigma, fijándome principalmente en el descontento de los estrangeros de la clase media, que se resistian á dejarse espoliar por la codicia francesa. Afortunadamente la ligereza proverbial, cualidad más nacional que ninguna de los hijos de San Luis, ha dado al fin al traste con sus combinaciones y sueños de riqueza, y ayudando los regocijos públicos que no ha escaseado el gobierno, París ha vuelto á ser como siempre, una ciudad hospitalaria y alegre, y el parisiense aquel ente alegre, pedante y comunicativo, que

todo lo facilita, y á quien el mundo entero conoce como el más agradable compañero de sociedad, si no como el mejor amigo. Una inmensa concurrencia, única cosa que faltaba para el completo triunfo de la Exposicion, ha sido la consecuencia de este cambio efectuado en un par de meses; y para darle una idea de ella, á falta de datos completos y positivos, le diré que segun los registros de la policía se cuentan sobre sesenta y dos mil españoles en París en este momento; que los extranjeros en general pasan de seiscientos mil, y que añadiendo los provincianos franceses, se puede asegurar que la poblacion es casi doble hoy de lo que es habitualmente.

Consignados estos hechos, que al par que de testimonio de exactitud, servirán para que la imaginacion de Vd. comprenda con mas facilidad mis mal coordinadas descripciones, lleguemos al palacio de bellas artes. Su situacion no parece al pronto favorable, encontrándose demasiado lejos del centro activo, al final de la carrera llamada *Avenue Montaigne*; pero esta circunstancia se reconoce luego ser provechosa, debiéndose á ella el no verse invadido por la muchedumbre tosca é ignorante que en el otro suele encontrarse. Su forma es bastante irregular y su principal fachada algo mezquina para el pomposo nombre de palacio que lleva, aunque como Vd. sabe, esta palabra en Francia se prodiga, y se da casi indistintamente á todo gran edificio. Su área representa un gran rectángulo, en uno de cuyos pequeños lados está la dicha fachada en forma de hemicíclo y con dos alas laterales adornadas de frontones y pilares corintios. El centro circular ofrece siete puertas arqueadas que dan paso á un estrecho vestibulo: las dos alas tienen una respectivamente cuadrada, y que solo sirve para la administracion, como tambien las piezas á que dan entrada. En cuanto á la distribucion interior, consiste en primer lugar, en una galería que ciñe en derredor todo el edificio, única que hay doblada, cuyo piso alto está destinado á láminas de todas clases y acuarelas, y el bajo, que tiene luces laterales, á obras de escultura, depósitos y almacenes. Todo lo restante se distribuye en tres grandes salones; uno central, rectangular, y dos menores cuadrados, rodeados en todos sentidos por una segunda galería interior que los separa entre sí, y que dividiéndose en los ángulos, forma otras nueve piezas más pequeñas. Encontrándose todas ellas libres de piso alto, obtienen fácilmente sus luces por el centro de los techos, y estas luces, sabiamente calculadas, esparcen en todos sentidos una claridad dulce, igual y uniforme, que en nada se refleja sino en los colores que cada pintor ha querido dar á sus cuadros, mientras estos se destacan perfectamente y sin que nada

choque del fondo verde oliva de las paredes; color escogido por los mismos artistas como el mas conveniente. En el gran salon central se han colocado los lienzos de mayores dimensiones, y en todos los restantes se encuentran clasificados separadamente los de los diferentes paises.

Con tal distribucion, con tales condiciones, y con cinco mil doscientas obras de diferentes escuelas y naciones, pero casi todas de algun mérito, *el palacio de las bellas artes* es una verdadera mansion de delicias, hasta para los menos aficionados. Cuatro mil cuadros próximamente (la pintura domina) representando asuntos de actualidad, pues hasta los históricos se refieren á las épocas, de que hoy más nos curamos, y cuyo colorido y entonacion ofrece todo el vigor y frescura de la juventud, palabra que significa gala y atractivo por do quier y hasta en las obras de arte, forman el conjunto más arrebatador, el más bello museo que pueda verse.

Vd. me conoce, amigo mio, y sabe que no soy aficionado á meter la hoz en mies ajena, mucho menos tratándose de pintura, que á buen derecho amenaza de continuo al imprudente con el famoso *nec sutor ultra esepidem*; pero pues que solamente cuento y no juzgo, séame permitido formular mejor ó peor mis impresiones. Las horas, que no corren sino vuelan, para el visitante, en aquel privilegiado recinto, no dejan durante muchos dias sino una agradable confusion en el espíritu, la sensacion vaga de su goce y el deseo de repetirlo. Allí las figuras de los reyes, de los potentados, de las altas capacidades, de las notabilidades de todo género, forman una gran galería, un rico acopio que el retratista pone á disposicion del que quiera representar la historia; el paisagista por su parte, le ofrece un teatro tan grande y rico en decoraciones como le puede necesitar, y entonces la mente creadora del verdadero artista evoca y fija las escenas que el espectador ve y comprende sin esfuerzo con una sola mirada. Allí se encuentran cogidas infraganti, en el momento crítico, en lo mas interesante, las mil peripecias de nuestra pobre y grande humanidad; allí todo lo marcado y notable, las más bellas acciones y las más grandes infamias, las mayores heroicidades y las más bajas villanías, la dicha más pura y la más honda desgracia, el más elevado triunfo y el más atroz desastre.... ¡hasta lo indiferente para más contraste, *si datur indifferentia*! Todas las consecuencias, en una palabra, de esa continua lucha de un espíritu divino enlazado á una carne maldita, pasan, en todos los paises y al través de los diferentes siglos, una grandiosa y fantástica revista. Nada más bello, sí, ni más terrible en su conjunto; pero tambien cada cual tiene en su mano el

buscar y fijarse en aquello que más le agrade. Esta es una de las mil ventajas del hombre que se estudia y se domina. Si la historia, en su acepcion más lata, ofrece lo que llevo dicho, la poesía tiene tambien sus pinceles y colores, y alli lo demuestra palpable y magníficamente.

Por lo demas yo tenia, lo conozco, alguna razon más para que aquello me agradase: desde luego, como español, advertí que nuestra pobre y siempre querida patria hacia en este palacio mejor papel que en el de la industria. No era necesario ser inteligente, para juzgar de lo que decian los que lo eran; y eso que hay mucho menos de lo que pudiera haber, no pasando de ochenta las obras españolas presentadas y faltando casi absolutamente la representacion de esa escuela sevillana moderna, que á pesar de la falta de proteccion y aun de los inconvenientes de la rivalidad, á pesar principalmente de esa conspiracion del silencio, hoy la más terrible de todas y de la que viene siendo víctima hace tiempo, crece sin embargo y se afirma en su género.

No nos precipitemos tampoco en acusar de incuria á los sevillanos ni á los artistas españoles en general. La misma reconvencion merecerian los romanos, los toscanos, los sardos, los bávaros, los sajones, los napolitanos, en una palabra, las naciones más reconocidamente artísticas, cuya representacion parece casi nula en el palacio de las bellas artes; mientras por el contrario, otros paises que como la Gran Bretaña y el Austria han disfrutado hasta el dia de escaso concepto en pintura, figuran con un número portentoso de cuadros. La Bélgica, los Paises Bajos y la Suiza son tal vez los únicos que no ofrezcan esta contradiccion: ¿cómo podrá explicarse?

No conoceria Vd. á los franceses, si creyera que se han detenido á indagar las causas de ello. Su método es más breve y espeditivo para resolver dificultades de este género, y sobre todo más conforme con su bendito orgullo. Los paises que han cometido el nefando crimen de no querer someter sus obras al fallo inapelable de sus críticos, han sido borrados de la lista de los vivos para las bellas artes; se les ha considerado como decaidos, como impotentes y se les ha cantado el *De profundis*; con grandes consideraciones sobre la inestabilidad de las cosas humanas y los caprichos del genio, que á su antojo salta de un punto á otro y que por el momento ha encendido su antorcha en Roma y Florencia y ostentándola brillante y refulgente en Lóndres y en París.

La verdad es á mi modo de ver, que el tono adoptado hace mucho tiempo por los artistas franceses y su vanidad creciente, como el poder de su nacion, ha debido retraer á muchos pintores de mérito, cuyas obras

faltan. Lea Vd., amigo mio, las revistas de bellas artes escritas en los primeros periódicos políticos y aun en las publicaciones especiales; segun ellas la pintura nació en Francia y alli solamente puede florecer: solo por incidente podrá haber hecho cortas apariciones en otra parte... Y de exigencia en exigencia han ido con la pluma invadiendo el género de cada escuela, como sus huestes invadieron con las armas los diversos paises á principios del siglo. No se les presentará un colorido, una idea de escorzo, un simple diseño que si parece bueno no lo refieran en origen á algun pintor francés; y es seguro que si asi continuan, va a llegar el dia en que afirmen que el colocar los ojos en la cara, es un género puramente francés y lamenten la falta de originalidad de los demas que lo hagan asi.

En suma, puede decirse, que el palacio de bellas artes abunda en obras medianas, en cuadros agradables que es hoy realmente el género francés; pero las obras de precio escepcional son muy pocas, contándose un gran número que no deberian verse alli.

Volviendo á la parte española, á pesar del corto número de cuadros que la constituyen, vense en ellos algunos de gran valor. El que representa el *Origen de la familia de los Girones*, debido al pincel clásico y vigoroso de Ribera, lo mismo que los tres lienzos del malogrado é inolvidable Villa-amil son cuadros dignos de verdadero lauro bien que de distinto género. Agrada tambien muy generalmente un panorama de la *feria de Sevilla*, lleno de animacion y originalidad, del señor Becquer; y atraen asi mismo las miradas de los inteligentes, aunque en muy distinto género, un *sueño del profeta Elías* del señor Clavé, establecido en Méjico, y unos pastores de Virgilio del señor Murillo Lopez, pensionado en Roma muchos años por el duque de San Lorenzo, y que no sé por qué figura en el catálogo como discípulo del señor Dumas. Pero en lo que realmente sobresale nuestra esposicion es en retratos, descollando entre ellos y muy por encima de los mejores que en todo el palacio se encuentran, el de la señora condesa de Vilches por don Federico de Madrazo.

Terminaré para ser justo diciendo que si entre la multitud de cuadros que componen las esposiciones francesa é inglesa, no se ven muchos de sobresaliente mérito como espresion de un verdadero númen artístico, se advierte sin embargo en la mayor parte cierto esmero en la ejecucion y combinaciones difíciles llevadas á cabo con buen éxito. En esa parte industrial, por decirlo así, que tiene la pintura, ambas naciones conservan la superioridad adquirida ya de tiempo y que induda-

blemente resalta en toda la esposicion. Asi por ejemplo el escorzo se encuentra perfeccionado en Francia hoy dia y sujeto á reglas casi matemáticas de un resultado admirable: un gran número de cuadros y una *Parisina* italiana parecen estar ejecutados con el objeto de demostrar la utilidad de estas reglas. Asi tambien el estudio en los efectos de luz más encontrados ha dado motivo á algunos pintores ingleses para presentar contrastes de una verdad y de un efecto sorprendentes.

He hablado hasta ahora, ó más bien, he contado lo que dicen los inteligentes: séame lícito, siquiera al concluir, librarme un instante de su tiranía, para decir algo de mi gusto que coincide con el de otros muchos tan ignorantes como yo. Hay en el primer salon un gran cuadro de retratos en el cual la emperatriz se encuentra en su hermoso parque (el de St. Cloud), rodeada de sus damas de honor. No habrá una sola persona que involuntariamente no se dirija hácia este lienzo en cuanto entre y no se detenga largo rato á contemplarlo. Verdaderamente hay motivo para ello: con un cielo alegre y en un campo verde y fresco cinco mujeres á cual mas hermosas, elegantemente vestidas con telas tan ricas como ligeras, ocupadas en recoger flores que parecen saltar de sus manos para ofrecerlas á la que desde luego se reconoce como reina, es un conjunto que no puede menos de encantar. Los inteligentes, sin embargo, no le conceden sino muy escasa importancia artistica: en cambio los simples aficionados lo aplauden con entusiasmo. Ignoro que agradará más al pintor, que es Mr. Winterhalter del gran ducado de Baden; pero se me ocurre por ello recordar nuevamente esos cuadros sevillanos modernos, que tanto encantan á la muchedumbre por la hermosura y viveza de su colorido, y armonia habitual de sus concepciones, mientras los sábios, los sacerdotes del arte sonrien, al verlos, de lástima: yo preguntaría ¿cuál es el objeto de la pintura? ¿para qué sirven las bellas artes?

En mi próxima carta diré el breve estudio que he podido hacer de la esposicion industrial española.

París 28 de agosto.

CARTA VI.

Amigo mío: Los productos españoles figuran como los de los demás países en dos locales separados, á saber; en el palacio de la industria los géneros ó artefactos concluidos y de uso inmediato, y en la galería anexa ó de las máquinas, las materias primeras, sustancias alimenticias y objetos mas ó menos toscos ó de gran peso y tamaño. En cualquiera de las dos partes que uno se detenga, se echa de ver inmediatamente algo que choca y desagrada, y son tantas las cosas que dan razón de este sentimiento que no se sabe en fin en que fijarse, siendo lo más razonable atribuirlo á todas ellas. Me limitaré, sin embargo, á indicarle algunas.

En primer lugar y comenzando por el palacio, tenemos allí un local perfectamente situado en uno de los ángulos de la galería alta, del cual se ha sacado muy poco partido. La estanteria que peca de modesta en su adorno, no ha sido bien calculada en sus cierres de arriba, que continuamente se encuentran en la oscuridad mas completa: en ella se ven apiñadas con gran perjuicio de su lucimiento telas de seda de Barcelona y Sevilla por un lado, encajes por otro y sucesivamente paños, platería, armas etc.; pero todo con la evidente intención de ahorrar espacio, y esto, para ver despues, en el centro, un gran cuadro entarimado, ocupado únicamente por un tocador, un buffete, dos sillones, un piano y dos remates de nogal esculpido.

En cuanto á la galería anexa ó de las máquinas, allí no se encuentra ningun vacío: el sistema de apiñamiento no sufre escepcion alguna y para completar su efecto concurren la pobreza de los envases, la mezquindad de los rótulos, las roturas no remediadas y el polvo por doquier. ¿A quién hay que culpar de estos males? no lo sé á punto fijo. Yo he visto á los dignos individuos de la comision ocuparse constantemente, aunque un poco tarde, en dar el mejor arreglo posible á los objetos; pero es menester confesar que la mejor voluntad del mundo no basta para llevar á cabo ciertas cosas. Estas requerian, práctica en primer

lugar, y en la comision solamente figuraba el señor Villanueva á quien se le pudiera suponer; pero el solo no bastaba ya para remediar errores de otros ni para contener las exigencias de algunos espositores. Requerían en segundo lugar ciertos gastos que en tales ocasiones aumentan precisamente por la prisa que se tiene, y aqui tambien faltó tiempo por una cuestion que fué preciso sostener con la comision imperial, sobre demanda de mayor local. Todos estos son inconvenientes de cierta magnitud, y sin embargo estoy seguro de que hubiera sido posible remediar mucho, si hubiese habido cierto tino en los nombramientos y una persona de antecedentes y circunstancias adecuadas, haciendo cabeza.

Lejos de mí la idea de poner en duda ni la suficiencia, ni los buenos deseos de los señores que han formado la comision ni mucho menos los de la persona que ha hecho de presidente; pero sin duda al nombrarlos se procedió, como desgraciadamente suele hacerse entre nosotros, buscando unas veces la conveniencia y comodidad de las personas en el desempeño de los empleos y procurando otras dar brillo á estos con la posicion de las personas; pero nunca teniendo en cuenta la aptitud para el buen desempeño. Y sin embargo, todos hemos visto alli á un hombre que, por su posicion, por los servicios que habia prestado en la esposicion de Lóndres y por otras mil circunstancias hubiera servido maravillosamente para dar la direccion y el impulso que segun las consecuencias, ha faltado; pero don Ramon de la Sagra, á quien todos creíamos nombrado presidente de la comision, no tenia más carácter ni atribuciones que las de *vocal ponente*, y así es que limitado á sus tareas, como miembro del jurado, sus conocimientos, su práctica y las deferencias de que siempre es objeto entre las personas de alta posicion científica, que tan útiles debieron ser para los espositores españoles, han sido casi nulas por falta de su carácter oficial conveniente, qué él no ha podido suplir con la mejor voluntad del mundo.

A estas circunstancias contrarias, hay que agregar tambien la esencialísima, de que nuestra esposicion es realmente pobre. Escasamente representadas en ella algunas manufacturas de Barcelona y Sevilla, vése muy poco del resto de Cataluña y Andalucía, nada casi de Valencia, nada en absoluto de Málaga, de Antequera, de Santander, de Tolosa, de Segovia, ni de ningún otro, en fin, de esos mil centros industriales que cuenta hoy la Península, y que ocupan una poblacion obrera bastante considerable para que economistas como Blanqui hayan creído deber estudiarla y contar con ella para calcular el porvenir industrial de la

Europa, al disertar sobre la exposicion de Lóndres. Quien, al calcular por la poblacion de España y su comercio de importacion, la produccion de sus fabricas, quiera tomar idea de ella en el palacio de la industria, se lleva un solemne chasco.

En medio de todo, ya le dije que nuestra exposicion no era tan insignificante como algunos han querido presentarla. Con efecto, si en ella no se encuentra una idea, siquiera aproximada, de nuestra produccion industrial, dice al menos algo en cuanto al grado de perfeccion que han llegado á alcanzar ciertos productos. Los primeros que sorprenden agradablemente las miradas del hombre entendido, son las sederías de Barcelona y Sevilla; ya en la exposicion de Lóndres nuestras sederías merecieron un lugar honorifico, inmediatamente despues de las tan famosas de Lyon; pero han sido tales los adelantos de esta fabricacion en los cuatro años transcurridos, que era de temer no se hubiera podido conservar tan honroso puesto. Nada de eso, sin embargo; el pabellon se sostiene bien y no creo hacer nada de mas con citarle los nombres de los que á ello contribuyen. El señor Vilumera, de Barcelona, presenta raso y telas negras de una calidad y un tinte superiores á todo elogio: sus paisanos los señores Oliver, Font y Coll, ofrecen, el primero mantones de crespón, lisos, ligeros y vaporosos, como los de la China, y de colores en extremo delicados; los segundos felpillas finisimas y en extremo variadas. Don Manuel del Castillo, de Sevilla, nos enseña un damasco de sillería amarillo y blanco de gran dibujo, tan rico como elegante: tambien presenta telas negras superiores de todas clases. Pero el que verdaderamente sobresale en sederías, el que puede vanagloriarse de haberse ostentado digno émulo de los mejores fabricantes de Lyon, es el señor Escuder, de Barcelona; su aparador es una maravilla de lujo y de buen gusto, ante el cual me he detenido más de una vez embelesado y para recrearme, dejando vagar la vista por entre los ondulosos y brillantes pliegues de aquellas telas tan lucidas como tersas, y cuyo solo aspecto revela su fuerza y su riqueza: damascos superiores de seda, *moirés* riquísimos, mantones *brochés* de un gusto sin igual; pero sobre todo ¡trages para señoras!.... No puedo menos de citarle entre ellos uno de baile, *broché* color de oro recamado en blanco, otro negro que lo estaba en azul, un manton cobre y acero, y en fin, otro vestido fondo verde oscuro y dibujo de los llamados á *disposicion*, en brocado de diversos colores. Le repito, amigo mio, que es imposible ver nada que deba considerarse superior á lo que alli he podido admirar.

Siguiendo el orden de los objetos de mayor mérito, preséntase la

industria vascongada á rivalizar con la catalana por medio de sus armas de lujo, y bien difícil será por cierto determinar á quien corresponda la victoria. Si las sederías catalanas pueden rivalizar con las de Lyon, las armas de los señores Zuluaga (Eybar y Madrid), son á mi modo de ver superiores á cuanto allí se ha presentado en su género, y segun los mismos franceses, están al nivel de lo mejor que es dable hacer, confesando que por sus cincelados dichos señores deben colocarse en la categoría de los *grandes artistas*. Este mérito, sin embargo, se lo atribuyen á la permanencia que uno de ellos hizo, no sé cuando, en París, por lo que creen que esta industria y su gran adelanto entre nosotros debe considerarse, cuando menos, de origen francés: por toda contestacion me bastará recordar que de tiempo inmemorial los cañones vizcainos han gozado entre nosotros de una justa reputacion, y que la preferencia que se les ha dado, no fué jamás interrumpida, ni aun en las épocas de mas decadencia para todas nuestras industrias. Hablen por mí en este punto los magníficos arcabuces, escopetones, pistoletes y escopetas de nuestra Armería Real.

Como fabricantes de armas de fuego, la casa de Zuluaga presenta escopetas de todos calibres y de variados modelos, que el jurado podrá apreciar en las pruebas que para ello haga: como artistas, nos enseñan en primer lugar un grupo de pájaros muertos de tamaño natural cincelados en hierro, para adorno de un trofeo de cacería. Es imposible espresar la delicadeza y perfeccion del cincelado, que parece hecho con la misma facilidad y descuido que un simple dibujo, ni lo graciosamente agrupadas que se encuentran las figuras: con harta razon han sido distinguidos por la emperatriz, que los ha comprado. Vése en seguida, variando el género de trabajo, un gran escudo trofelado en hierro admirablemente concebido y ejecutado, que seguramente deja atrás cuanto de esta clase de trabajo se ha admirado hasta hoy de los antiguos. Encuéntrase despues unas cartoneras para album, adamasquinadas por fuera y grabadas al agua fuerte por dentro: ambos dibujos son complicadísimos y en extremo elegantes; la perfeccion con que están ejecutados es digna de la de las demas piezas. Hay en seguida un par de pistolas con su caja, hechas para el duque de Valencia, todas cinceladas y adamasquinadas en el estilo árabe, de una riqueza de trabajo singular; y finalmente, aparecen como las verdaderas joyas de esta magnífica esposicion, un sable y una daga con hojas y vainas admirablemente grabadas, y cuyas empuñaduras, de indescriptible elegancia y adornadas con figuras de medio relieve, son superiores á todo encarecimiento. Tambien en el mismo género presentan

escopetas de un lujo de ornamentacion extraordinario. Permítame Vd. terminar lo referente á los señores Zuluaga, como corta compensacion de las satisfacciones que han dado á mi orgullo patrio, copiándole siquiera tres líneas del elogio que de ellos hace uno de los autores más caracterizados que han escrito ya sobre la esposicion universal: «Los productos de estos hábiles artistas (dice) bastarian para indemnizar á la esposicion española de los vacios que se notan en ciertas industrias: jamás el cincelado en hierro, el adamasquinado, los grabados al agua fuerte, ni el arte de troquelar, pudieran encontrar intérpretes de más notable mérito ni de talento mas variado (1).»

Volviendo á la industria catalana, es forzoso reconocer que conserva el alto puesto que hace ya tiempo se conquistó en la fabricacion de encajes y que en la esposicion está principalmente sostenido por los productos de la casa de Fiter. Su coleccion es tan hermosa como variada en blondas blancas, en mantillas y pañolones negros, y en ricos adornos de cabeza, ya lisos, ya mezclados y entretejidos con oro y colores; pero puede considerarse como la pieza más notable de esta preciosa esposicion un magnifico delantero de altar de encaje de hilo, que presenta en armonioso conjunto y en diversos cuadros todos los atributos de la Pasion distintamente representados. Es tambien muy notable por su riqueza y buen gusto un gran volante de encaje de colores. En este género el señor Roldós, de Mataró, se hace acreedor tambien á una buena mencion por lindísimo *quipures* que presenta: igualmente el señor Corominas, de Barcelona, por sus tejidos de seda recamados de oro para ornamentos de Iglesia.

En el orden de colocacion viene despues don Jacinto Barran, de Barcelona, ofreciendo chalecos imitaciones de cachemir, notables por más de un concepto; pues, no solamente sus telas presentan ese aspecto rico y suave de las que se propone por modelo, sino que sus dibujos están agradablemente combinados y sus precios sumamente cómodos y al alcance de todas las clases. Tambien los señores Brugera y Buñol, de la misma Barcelona, esponen imitaciones de cachemir en chales y mantones muy baratos y de buen efecto.

Doña Dolores Clavé (Barcelona y Valencia) y los señores Margarit y Lleonard, de Barcelona, han llevado sedas crudas y flojas de una calidad superior y que corresponden á lo que ya les dije del adelanto de esta industria en aquella antigua metrópoli.

(1) Tresca, pág. 153.

Otra fabricacion que entre nosotros ha tomado gran desarrollo en estos últimos años y cuyo porvenir no ofrece ya duda, es la fabricacion de paños. Los catalanes han concurrido únicamente á la esposicion, y gracias á ellos, hacemos un buen papel, á pesar de lo mucho que de la brillante esposicion de paños belga y alemana se ha dicho. Tres grandes aparadores se encuentran llenos de paños de todas clases y matices, sobresaliendo en primer lugar los de don Juan Sallarés de Sabadell: buena calidad, flexibilidad estremada, tintes tan delicados y tan iguales como firmes... nada puede echarse de menos en las numerosas muestras que presenta de paños, satenes, pañetes, castores y lanillas. Vienen despues buen número de piezas, formando una lujosa y variada coleccion de los señores Amat, Frias y Vieta de Tarrasa, que dignamente compiten con los anteriores: tambien son excelentes los del señor Gurizna de Sabadell, cerrando dignamente la marcha los que algunos inteligentes decian estar á la altura de lo mejor que puede fabricarse, bien que limitado á los colores negro y azul; y son los de los señores Antonio Gali y compañía de Tarrasa.

Los demas tejidos de lana se encuentran representados por los señores Barran y Voltá de Barcelona que concurren con telas para pantalones; Bouvies y Laffite, de la misma, con tartanes perfectamente impresos, y alguno otro que no recuerdo. Para concluir con Cataluña diré á Vd. que el señor Puig, la casa de Brunet y Serrat, ambos de Barcelona, presentan hilos torcidos notabilísimos por su finura, igualdad y blanqueo como por su excelente calidad, y en algodones son tambien dignos de mencion el señor Palmerola de Barcelona por sus madejas y ovillos, asi como sus paisanos los señores Sadó hermanos, que presentan ademas un tapete de algodón perfectamente impreso. Nada quiero decirle de los tejidos, porque mas me valiera no haberlos visto en la esposicion: el proverbial mal gusto de los dibujos de los algodones catalanes sufre como por encanto todas las transiciones de lo raro y estrambótico hasta llegar al feo mas apurado.

Definitivamente puede decirse, que Cataluña figura en el palacio de la industria como la primera provincia industrial de España; pero por lo mismo merece fijar la atencion del observador un hecho que al propio tiempo que parece una anomalía es una leccion elocuentísima para calcular las consecuencias del sistema prohibitivo, de que se muestra tan partidaria. Sus adelantos en sederías, encajes, tejidos de lana, etc., son extraordinarios, á pesar de la competencia que ha sostenido con las similares extranjeras en todos los mercados de la península, mien-

tras que en telas de algodón, con una proteccion que bien puede calificarse de exorbitante é injusta, pues que ha sido á costa de enormes sacrificios por las demas provincias, se presenta en el atraso más lamentable.

Otra de las fabricaciones que mejor figura hacen en la esposicion y que data de muy pocos años en España, es la de la loza de mesa, fina, *porcelana* ó china opaca. Las fábricas la *Caprichosa* de Madrid, la de Sargadelos y las de los señores Royo y Sanchez de Valencia, presentan primeras materias y lozas de variado género de gran mérito por su baratura; de Valencia se ha hecho notar un azulejo con una figura que representa un gañan bebiendo montado sobre un burro, de tan perfecta ejecucion y buen efecto, que ha merecido ser comprado por la emperatriz. Pero la palma en este género corresponde sin duda á la fábrica de la Cartuja de Sevilla. La esposicion de esta fábrica, tan rica como variada, está al nivel de las mejores de Inglaterra, lo mismo en el género inferior que en lo más fino. Elegancia en las formas, brillo y fijeza en los colores y dorados, perfeccion en el dibujo; nada falta en la hermosa coleccion de servicios de mesa, juegos de café, jarrones, floreros etc., etc., que se presentan, algunas de cuyas piezas podrian confundirse con los mejores productos de Sevres. Mucho me equivocaré si esta fábrica no obtiene una marcada distincion.

En vidrios solamente los he visto planos, blancos y de colores de los señores Braña y Abella de la Coruña y algunos huecos de Madrid: nada han enviado las fábricas de Málaga y Cartagena.

Como transicion á un género ya algo artístico hay dos magníficos sillones de madera rica, embutidos en laca y metal dorado, tan ricos como elegantes: son procedentes de los señores Darde, hermanos, de Barcelona; la fábrica de Boisselot del mismo punto presenta dos buenos pianos, uno de cola y otro vertical: la platería de Martinez un sable cuya empuñadura y vaina son de un trabajo notabilísimo, una escribanía y algunas otras piezas; finalmente, la litografia de Martinez, de Madrid, ha presentado una série de láminas en cuyo elogio me bastará decirles que, segun el mismo escritor francés que ya le cité, con motivo de la fábrica de los señores Zuloaga, bastan sus muestras para dar una alta idea del estado de adelanto del arte del litógrafo en España y en Madrid.

Olvidaba mencionar dos industrias madrileñas que se hacen notar por más de un concepto: hablo de la sombrerería, representada por los productos de la casa de Aimable, que nada dejan que desear en cuanto á elegancia y buen aspecto, y la guantería de los fabricantes Dubóst y

Lafin, que segun su apariencia, sostendrán la superioridad de que disfrutan hace tiempo sobre todas las demas, inclusa la parisiense.

Involuntariamente he prolongado esta carta y advierto que es ya demasiado larga. Dejémos, pues, para otro dia la continuacion de mis observaciones sobre los objetos contenidos en la *Galeria anexa*.

París 10 de setiembre.

MANUEL CASADO.

EL PRINCIPE DE MAQUIAVELO.

CESAR BORGIA,

O LA ROMAÑA EN 1502.

XXVII.

Sentada sobre la playa al declinar una hermosa tarde de otoño, frente á frente al sol que desaparecía en el horizonte, al soplo de una ligera brisa, al murmullo suave de las olas que venían á estrellarse á sus pies, bajo el azulado cielo de la bella Italia, se hallaba Lucrecia melancólica y meditabunda. Su pensamiento en el seno de aquella hermosa naturaleza, buscaba en la oscuridad de los calabozos á aquel que iluminaba su vida, al alma de su alma, á aquel Astorre, cuyo aspecto tanto había confundido y perturbado el corazón de Valentinois bajo el nombre de celos.

—Me será devuelto, se decía mezclando á sus secretos pensamientos oraciones, cual las formula la boca de una muger enamorada; le veré muy pronto, pues que mi hermano lo ha visto. ¡Dios mio! Apiádate de la hija del que reina en tu nombre sobre la tierra, y purifica por un sentimiento verdadero el corazón en que por tan largo tiempo ha dominado el error de los sentidos. Todo se idealiza por el amor. El corazón es un santuario donde tú vives, espíritu, llama, porvenir!.... ¡Ah! ¡cuán

groseros son los placeres cuando se conoce la felicidad! ¡Y la felicidad es amar, es olvidarse uno de sí mismo por otro! ¡Es la union de las almas, y los recuerdos pueblan el espacio y burlan la ausencia! ¡Sí, amar es quitar á la vida cuanto tiene de impuro, es trasformar en idea hasta las caricias!.... Astorre es el cielo donde he hallado los piadosos pensamientos que me elevan y me sostienen.... Astorre es el perfume en su aliento, la armonia en su voz, que me revelan á Dios Todopoderoso.... Desfallezco cuando desfallece, y mi prision es la naturaleza, porque estoy encadenada á su pensamiento, cual él lo está á una fria pared de su calabozo. ¡Astorre mio! ¡que no fuese yo un ligero vapor para penetrar cerca de tí, para permanecer eternamente á tu lado! ¡Que no fuese un sonido para resonar en tu oido y decirte siempre nuevos secretos! Entonces no habria calabozos, porque la facultad de vivir dos con una misma mirada, con una sola alma, cambia los cuerpos en sensaciones, y todo cuanto los rodea es viva y purisima luz.... ¡Astorre mio! ¡mi trono está á tus pies cuando sin fuerzas al mirarte, me siento tu esclava, yo, la hija, la hermana, la muger de principes; y tú reinas, tú, juguete de su ambicion, tú reinas sobre ellos, pues que yo los mando á todos!

Y á su pesar sus ojos se llenaron de lágrimas.

Durante esta meditacion Agosto la contemplaba estasiado: recibia al verla desconocidas emociones, alegrías de instinto, y tristes presentimientos á la vez. El ser que mas le habia amado en el mundo, que habia abierto su alma á sentimientos delicados, Marina, su madre, se unia por el recuerdo á esta muger que era su polo, que le atraia con la fascinadora magia de su mirada, y le contenia con su presencia: el misterio de su nacimiento ocupaba entonces, por un inconcebible capricho, su pensamiento virgen sin aterrarlo; ¡tanto candor habia en el fondo de su alma! Era una cosa natural é invencible que obraba en él y le arrastraba á su pesar.... Era tal vez, como lo habia adivinado Maquiavelo, la sangre de Borgia que influia sobre la vida material del jóven montañés; empero esa sangre se hallaba mezclada con la de una pura doncella, con la de una ciudadana de San Marino.

Hay en los primeros sentimientos de un jóven una timidez impetuosa, una fogosidad sin objeto, una indecision que presta á todos los objetos un colorido de predileccion, y las menores cosas reflejan una luz que los ojos no han visto aun. Así la impaciencia se descubre por una agitacion interior, hay una vaga necesidad de moverse, es una negligencia inexplicable que parece clavarlos en un mismo sitio para alcanzar lo que por todas partes se busca, y no viene, lo que á toda costa se quiere, en fin,

lo que se tiembla tener y no tener, es un ensueño que se siente, un deseo que se reviste de formas, una forma que varia delante de la mirada, una imágen que tiene voz, un lenguaje, y que se escucha estendiendo los brazos delante de ella sin que la accion obedezca al alma.

Meciase Agosto en estas misteriosas sensaciones, cuando Lucrecia repasaba lo positivo de su vida anterior para perderse en los vagos é inciertos pensamientos del porvenir.

Aquel hijo de un príncipe, aquel hijo de una ciudadana, aquel educando de las instituciones cristianas, nada aun en la vida política, todo esperanza por sus facultades, sensible al estoicismo de la virtud, así como al brillo de la gloria, se hallaba allí delante de una muger que hacia palpar su corazón, solo porque era muger y hermosa. Y aunque comprendió su nueva situacion, no olvidaba la que otro tiempo le habia hecho tan feliz. Pareciale, sin embargo, no ser ya el mismo; no habia huido con Marina, cuando podia haber tornado á la montaña: hallábase allí ocioso y con el corazón agitado. Pero un recuerdo, un impulso del alma no pueden ser contados por algo en su existencia, una intencion no equivale á una accion. Y jóven, pero pervertido en su carrera de pronto por la voluntad de otro, detenido en su porvenir por el soplo de una ambicion estraña, viviendo en la atmósfera del poder, presentaba una estraordinaria mezcla de vicios y virtudes, de dos principios opuestos, el poder unitario y la democracia; porque los individuos son siempre lo que les hacen ser las instituciones políticas: por eso es la política una ciencia tan importante.

En esta escena de tristeza y de silencio, el sentimiento producía los mismos efectos sobre dos tan distintos corazones; el de una muger consumada en los ardides de su sexo, y el de un jóven cándido, para el que eran nuevas todas las impresiones; y es que para ambos la causa se hallaba exenta de interés personal, la adhesion formaba su principio, y las cosas que son puras en si mismas tienen consecuencias regulares, deducciones lógicas, lo mismo que ciertas palabras primitivas no pueden tener dos acepciones, dos sentidos diferentes. Tímido y sencillo Agosto, no apartaba sus miradas de la que tanto le encantaba ver; sin embargo, como el instinto de todo lo que es natural y verdadero adelanta la apreciacion exacta que solo da la esperiencia, al ímpetu de su admiracion venian á mezclarse los escrúpulos y recelos de su alma recta y pura.

—Soy muy feliz en su presencia, pensaba entre sí, [mi corazón] se turba cuando mis ojos se encuentran con los suyos, causa una viva emocion en toda mi existencia, se despiertan mis sentidos al aproximar-

me á ella, y sin embargo tiemblo de miedo al sentir estas extraordinarias impresiones que tan vivamente me agitan.....¿Habrá en esto algun mal, que yo ignoro? Nada semejante sentia en mí, en presencia de mi madre; y su sangre misma corre por mis venas, es la hermana de mi padre, y la debo tambien un respeto y una veneracion que sin embargo no me inspira....Lejos de ella, como en su presencia, la espresion de su mirada me estremece de placer á mi pesar. Me recuerdo los deliciosos contornos de su cuerpo, los dulcísimos rasgos de sus facciones, cuando no pueden devorarlos mis ansiosos ojos.....Jamás he sentido por ella el respeto que debia inspirarme la sangre.....¡Ah! sin duda el misterio de mi nacimiento es el secreto de esta estraña contradiccion: ¿y por qué no puedo decir altamente quien soy, estoy destinado á sufrir estos sentimientos que reprueba mi conciencia?....¡Ay! ¿qué hay de culpable en hallarla hermosa y consagrarla toda mi vida? Cuando estaba en la montaña solo deseaba vivir para mí. Seguir la senda del deber, merecer por premio una sonrisa, una de esas palabras que hacen palpar el corazón.... Hoy es por ella, por lo que ambiciono la gloria de un caballero, y todos los honores que da mi padre; por atraer su atencion desafiaria la muerte....Y si su boca pronunciase una sola palabra en mi favor, fecundaria todo mi porvenir....Si, lo conozco, este presentimiento ha penetrado en mi alma con su primera mirada, con su primera palabra: mi vida es suya, ella sola dispondrá de ella: mi destino se ha unido al suyo, y me envanezco al pensamiento de vivir esclavo suyo, y de morir por ella....

—Bello escudero, ¿qué os hace alzar tan bruscamente la cabeza? dijo Lucrecia que acababa de detener sus miradas sobre Agosto. ¿Alguna valerosa resolucion sin duda?

—¿Se necesita acaso valor para tratar de complaceros, señora? Hay que admirarse de que se comprometa uno á obedecer vuestras menores insinuaciones y consagrar sus dias á vuestra buena voluntad?

—Gracias, señor mio, venid aqui, mas cerca de mí, y que mi mano recompense ese celo que mostrais por nuestra persona.

Alargó con deliciosa coqueteria una mano, que el jóven, rodilla en tierra, besó tímidamente. Estaba tan cerca de ella, que se estremecieron todos sus miembros. Notó Lucrecia esta turbacion, y concibió el proyecto de hacer servir la pasion de aquel niño á los intereses de sus amores. Sin querer animar un amor, que miraba como una de esas impresiones, que sabia ella que causaba siempre, no era bastante indiferente al poder de sus gracias que no sintiese un secreto placer en ello:

trataba además de asegurarse con algunas sonrisas la adhesión de un escudero tan en favor con su hermano, y después ¡quién es capaz de comprender todos los caprichos del corazón de una mujer! Descubría en la expresión de las facciones de Agosto un no sé qué de enérgico y apasionado que hubiera deseado ver brillar en el semblante de Astorre: y este no sé qué de altivo y varonil viniendo á adornar de pronto el objeto de su amor en su pensamiento, dejó pasar, sin saberlo ella, en su ademán y en su voz el sentimiento que llenaba su alma, y el pobre montañés recibió su poderosa influencia.

—¡Oh, señora, dijo, cuán buena sois! ¡cuánto me hará amar la vida el favor que me dispensáis! Al veros meditabunda, meditaba: y permitidme que os lo confiese; era feliz pensando que es glorioso para un hombre vestido con una armadura de acero, colocar sobre ella los colores de una dama..... Y yo llevaré, señora, vuestros colores.

—¡Pobre niño! respondió la duquesa mirándole con bondad: poco tiempo habeis necesitado para iniciaros en el lenguaje de la caballería... Cuánto me gustaría veros recibir las lecciones de Astorre, él que es tan joven y que conoce todas sus leyes, y todos sus deberes.

—El nombre de Astorre, dijo con aplomo Agosto, señora, añade un encanto mas á vuestro rostro, y aunque se me oprime el corazón al oírlo pronunciar, me siento vivamente conmovido al nombre de Astorre, el joven prisionero.... ¡Era tan dulce su voz!

—Es dulce su voz ¿no es verdad, Agosto?

—Y sus miradas llenas de lágrimas me han hecho comprender por la vez primera esa palabra, *amor*, que hacía oír en su lastimera canción.

—¡Lágrimas y la palabra amor! ¿No es verdad, joven, que hay en esas miradas, y en esa voz algo de irresistible?.... Y vos me habeis visto también llorar al recuerdo de sus penas.... Pero muy pronto estará en libertad; tengo la palabra de mi hermano, porque él se ha indignado al saber los injustos tratamientos que le han hecho sufrir. El duque de Romaña le ha visto, y yo he adquirido nuevas fuerzas para poder aguardar, al ver á mi hermano, al oírle. Aguardar ¡ay! es forzoso..... Estar tan cerca de él, y sin que sepa que estoy aquí, que cuento los instantes que me faltan para verle, que ruego por él..... Señor mío, sois joven y valiente, pronunciáis con respeto el nombre de una mujer, vuestro corazón es noble y generoso..... ¿Si os hiciese yo una súplica?

—¡Ah, señora, hablad, hablad! serviros es mi mas vivo deseo.

—El está en un oscuro calabozo, y nosotros respiramos la brisa fresca y pura de la tarde, y vemos sumergirse el sol en las olas....

—Sí, ese sol que con sus últimos reflejos dora las fantásticas cimas de la Dalmacia. ¡Señora! cuando yo estaba en la montaña venia á contemplarlo á estas horas, y me postraba delante de Dios, admirando su creacion.....Y muchas veces lloraba sin saber la causa; pero en este momento, aqui la misma emocion tambien produce lágrimas, y tal vez las debo á una cosa mas grave, á una cosa que vivamente siento y á que no puedo dar un nombre.

—Pero, jóven, él está en un calabozo..... y conoceis sin duda su prision, pero á vuestra edad se penetra en todas partes ¡Ah! cuán dulce me sería pensar que esta noche pudiéramos pasarla él y yo en el seno de la esperanza..... ¿Sabeis que es noble mision la de llevar palabras de consuelo y alivio á los que padecen?

—Iré, señora, le veré: ó si no puedo al menos en el silencio de la noche, mi voz resonará en su oido; porque es ligero el sueño del que está ausente y separado de lo que ama.... Iré cual el perro fiel á hacer oir un grito de desesperacion y vuestro nombre.

—¡Niño! despertar á los carceleros no es servir á su víctima. Y el nombre de la duquesa de Ferrara no debe de ser pronunciado sino con respeto.....Pero hay una cancion que nosotros solos conocemos, y quiero enseñárosla....Volvámonos, Agosto, volvamos á palacio, la noche está ya encima. Retened bien el tono de esta cancion que compuso para mi; ¡son tan dulces las palabras, y tan interesante su música!.... La aprendereis bien, y con caballos se pasan pronto las distancias. ¿Iréis?

—El corazon tiene su memoria, señora, y todo se graba en él..... Iré, si, iré.

Levantóse Lucrecia, y pausadamente se puso á andar. Apoyaba su mano sobre el guante de acero del jóven escudero, sonriéndose con él con misterioso aire, y henchido de emociones el pecho respiraba con dificultad, no obstante de que reinaba en él la esperanza de ver pronto aliviada la suerte de su amor.

XXVIII.

En tanto que Lucrecia con su laud en la mano arrebatava los sentidos del jóven montañés arrodillado delante de ella: en tanto que se mezclaban y confundian sus voces y repetían como un eco las palabras de amor que una cancion lenta, triste, apasionada hacia penetrar en todos

los rincones del corazon; en tanto que el discípulo aprendia las lecciones que le daba una muger amada: Valentinois, bajo su voluntad de príncipe, ocultaba una vaga é involuntaria inquietud, y á medida que todo le salia bien en política, esta inquietud sin nombre se extendia en su alma, esta secreta voz hablaba alto y sin descanso. Es que es condicion de la humana naturaleza el no estar jamás completamente satisfecha. Asi como el horizonte huye siempre delante del viajero, asi hay en el pensamiento una facultad de accion que tiende siempre á sacarnos del reposo, que tiene sus apetitos que satisfacer, y que crecen y se aumentan á medida que se satisfacen.

No era ahora ya el campo de la gloria y el poder político de príncipe lo que estimulaba la insaciable alma de César Borgia; sin embargo, durante su entrevista con Antonio de Venafre, hombre hábil y astuto, le habian servido tan bien sus inspiraciones que habia engañado completamente al ministro de Petrucci. Como lo habia previsto, aquel hombre venia á entrar en tratos á nombre de los confederados. Pero demasiado bien informado de todos los movimientos de sus enemigos para temerlos, y contando con la fortuna que los entregaba en sus manos, nada quiso concluir hasta que no tuviese en su poder al único que temia entre ellos, al cardenal de San Pedro Advíncula: las órdenes secretas que habia dado para tenderle emboscadas por todas partes á donde dirigiese sus pasos, la recompensa que habia ofrecido al que se lo entregase vivo ó muerto, le hacia concebir la esperanza de satisfacer á la vez dos pasiones de príncipe, la venganza y la ambicion. Asi se presentaba en la conferencia con tantas mas ventajas, teniendo interés en ganar tiempo y retrasar toda clase de arreglo.

—Aun no he vuelto en mí del todo del terror que me inspiró la confederacion, señor Antonio, dijo: vuestra presencia y las palabras de paz de que estais encargado, no me tranquilizan enteramente. Pandolfo Petrucci cree que yo codicio su señorío de Siena, como nuestro Padre Santo tiene interés en poseer el de Bolonia: agravios son estos que jamás se perdonan, y que no bastan á hacer olvidar los tratados.... Señor Antonio gozais de una reputacion demasiado bien sentada para que yo os disimule mis temores, y por tanto os confesaré, que el medio de las armas me parece preferible algunas veces al de las negociaciones: la victoria ratifica mejor las cláusulas mas dificiles, y hace aceptar los tratados..... Teneis buenas tropas, lo sé, con su ayuda he conquistado la Romaña..... Pero no os ocultaré que resuelto á ponerme al abrigo de la traicion, estoy decidido á imponer condiciones severas: vos las aproba-

reis, porque veis muy lejos y desde grande altura. Pero los Ursinos.... pero los Vitelli..... Seria poco razonable entablar negociaciones inútiles tal vez..... No es decir esto, que me niegue á todo arreglo, al contrario, lo deseo; pero hubiera querido que os acompañase un miembro de la familia de los Ursinos.

—Excelencia, el duque de los Ursinos aguarda á la entrada de vuestro campamento.

—¡Por qué no lo decíais, señor mio! Tenemos gran placer en recibir á los altos y poderosos barones romanos con todos los honores que se merecen..... Grande alegría seria para mí el ver al duque de los Ursinos: el cardenal su hermano ha debido asegurarle en mi nombre, asi como á los demas miembros de su ilustre familia, de mi sincera adhesion á sus personas..... Mañana recibiré al duque de los Ursinos, señor mio, á la cabeza de mis gefes de armas. Id á reuniros con él; yo voy á dar las órdenes para que os dispongan una tienda á la entrada del campamento..... Por esta noche tengo, señor Antonio, ocupado todo mi tiempo..... El duque de los Ursinos tiene derecho á presentarse á cualquier hora delante de nuestra persona, mucho hubiéramos celebrado que os hubiese acompañado sin vacilar..... Me han dejado, yo no he despedido á nadie: han desertado de la bandera del Soberano Pontífice; pero el gremio de la Iglesia no rechaza jamás á los arrepentidos.... Adios por hoy, señor Antonio; presentad mis respetos á vuestro noble compañero..... ¡Hasta mañana, hasta mañana!

Y el ministro del tirano de Siena sufría la influencia de una superioridad que asombraba á su astucia. Apenas habia salido éste, cuando un mensaje de Marco Antonio de Fano, gefe de su infantería en la Marca de Ancona, vino á anunciar al duque la noticia mas importante, tal vez para él: el cardenal de la Rovera al llegar á las orillas del Metauro habia caido en poder de las tropas pontificias, y bajo buena escolta lo traian al cuartel general, á donde debia llegar al amanecer. Muchos otros prisioneros estaban con él, y algunos habian conseguido escaparse.

—¡Qué importa! se dijo Valentinois, sobre el Metauro el cónsul Levius despues de la derrota de los cartagineses, exclamó, queriendo poner fin á la matanza: «Dejad vivir á algunos para que puedan contar su derrota y nuestro valor.» ¡La Rovera en mi poder! ¡Vive Dios!..... contaba con ello: Asdrubal, para no sobrevivir á su desgracia, pereció con las armas en la mano en las filas de los romanos; empero el cardenal de San Pedro Advincula no renuncia tan prontamente á la esperanza, virtud cristiana..... Nuestro Santo Padre decidirá de su suerte..... Todo secunda

mis proyectos; pero no seré yo á quien vean pasar de repente, sin intervalo de la modestia al orgullo, de la clemencia á la crueldad. ¡Prisionero la Rovera!..... ¡Justo!..... sufrirá mi mirada. ¡Es una dulce venganza!..... Me basta con esto. ¡Ya no tengo mas enemigos que temer! ¡Me queda la Italia por conquistar!..... ¡Pero no tengo ya enemigos! ¿Podré contar jamás con traidores? Si están aun á sueldo mio, necesitare vigilarlos y temerlos..... y por todas partes conservarán el recuerdo de su derrota! El sentimiento íntimo de su inferioridad me hace de ellos eternos, implacables enemigos, y los perseguirá sin cesar.... ¿Por qué dudar? ¿Por qué tratar de retroceder en una resolucion tomada, cuando es necesaria y buena en política? ¿No estamos anticipadamente seguros de la aprobacion del Soberano Pontífice?..... Los Ursinos están de rodillas, y la Rovera cabalga en este momento bajo la escolta de mis gentes de armas..... Le devolveremos su sombrero encarnado y su muceta de armiño para que se presente arreglado en trage delante de Alejandro VI.

La delirante alegría que experimentó César Borgia no hizo mas que pasar rápidamente por su alma. Reinaba en ella una preocupacion que al momento volvió á recobrar su imperio, y el nombre de la duquesa de Ferrara que llegaron á pronunciar, disipó enteramente la nube que ocultaba el objeto de sus secretos pensamientos.

—Decid á la duquesa, que voy á ir al momento como desea, respondió Valentinois al gentil hombre encargado de llevar el mensaje.

Y de pie, con la mirada clavada sobre la puerta por donde acababa de salir aquel, añadió mentalmente, entregándose á sus meditaciones:

—¡Mi hermana! ¿Qué decirle? ¿qué respuestas dar á sus preguntas? Impaciente de volver á hallar el objeto de su pasion.... ¡de su pasion!... ¡Si, ama mi hermana! ¡Lucrecia es feliz con amar! Y yo, agobiado con el peso de mi poder, no tengo nadie que me responda, cuyo corazon palpita con el mio, cuya boca forme para mí una dulce sonrisa, para hacerme olvidar los sombríos negocios del Estado, cuyas palabras cautiven y encanten mi atencion... Yo estoy solo en la vida, como solo estoy en el trono. Con una esposa, Carlota de Albret, que la ambicion ha colocado en mi tálamo, y que la prudencia ó la indiferencia retiene en Navarra; con tantos súbditos y vasallos que el temor y la obediencia pueden echar en los brazos del duque de Romaña; con todo cuanto mi voluntad puede producir de servilismo y de vergüenza, ¡estoy solo!.... ¡Y mi hermana puebla su existencia de deliciosas sensaciones! ¿Por qué habré querido ver á Astorre? ¿por qué no se lo he vuelto á su ternura?... ¡En este momento estarian juntos, y no me llamaria á su lado la coque-

ta! En este momento olvidando el recuerdo de sus malos dias confundirian su porvenir en una misma esperanza!... Y yo en espiarlos, en sorprender la llama de sus ojos, en recoger el rumor de sus suspiros, bajaría mi coronada frente junto al resquicio de una puerta como un marido burlado, como un amante desdeñado: iría á devorar en silencio esos éxtasis que jamás he conocido, que me han sido negados: sentiría yo retroceder en mi corazon todos los impulsos que de él se escapan.... ¡No! yo he llorado, y las lágrimas de Borgia no corren sin devastar como los torrentes por donde pasan...

Habia llegado la noche, y las antorchas con que alumbraban los pasos de Valentinois reflejábanse sobre su rostro. Fácil era ver en él aquella contraccion con que de ordinario anunciaba sus inflexibles resoluciones. En efecto, á medida que se aproximaba á la estancia de la duquesa de Este, afirmábase en el pensamiento de turbar la felicidad que aguardaba esta.

—No volverán á verse, se decia deteniendo sobre sus labios el sonido de estas terribles palabras; ¡no volverán á verse mas! La idea de su felicidad me ofusca. ¿Sé acaso yo lo que pasa en el alma del conde de Faenza? Bajo el cándido aire de juventud ¿no se oculta un enemigo del poder de los Borgias? Esa loca pasion de mi hermana ¿no habrá sido de propósito inspirada para penetrar en el corazon de la familia?.... Hagamos volver á Lucrecia á Ferrara; el esposo me agradecerá que le detenga aqui preso el amante, y Alfonso de Este será tanto mas fiel á nuestros pactos, cuanto que me deberá el honor de su nombre, y la tranquilidad en su matrimonio.

Sostenido por este sentimiento, iba ya á entrar en el aposento de su hermana, cuando Ramiro se presentó de repente á su vista: adelantábase á un caballero que conducian dos esbirros.

—Os lo traigo aqui, excelencia; se le ha sorprendido á caballo en el momento de salir de los limites del campamento, y el obstinado silencio que se ha empeñado en guardar, me da lugar á creer que he obrado prudentemente arrestándolo.

No tuvo tiempo Valentinois de hacerle pregunta alguna, porque el caballero venia sin casco, y al momento reconoció en él á Agosto. Un gesto suyo hizo retirarse á algunos pasos al podestá y á sus agentes, y el jóven con paso firme se adelantó hácia su padre. Jamás habia visto en las facciones del duque una espresion mas dura y sombría: temblaban sus labios, lanzaban sus miradas un siniestro pensamiento, y la palidez de su rostro al reflejo de las luces, aumentaba la impresion de

terror que la idea de su poderosa voluntad hacia nacer en el alma de los testigos de esta escena, que respetuosos y tímidos permanecían en la más completa inmovilidad. El ruido de las espuelas del escudero interrumpió este horroroso silencio. El paso atrevido, la altiva apostura y segura mirada del joven montañés impusieron involuntariamente al príncipe. El sentimiento que oprimió su corazón, se unió de pronto al misterioso deseo que le dominaba enteramente, y la confianza que el joven parecía tener en él mismo, inspiró secretamente igual confianza á aquel príncipe, á aquel padre, cuyas menores palabras tenían tanta consecuencia.

—Agosto, dijo Borgia dominando su voz; ¿abandonabas el campamento á estas horas, y yo no sabía el motivo! Respóndeme, tú que no sabes mentir; ¿es acaso algún secreto que yo no deba saber, hijo mío? Es preciso que hables; deseo saber dónde ibas á caballo á estas horas.

—El duque de Romaña, respondió Agosto sin revelar la menor emoción, tiene mucha razón en pensar de que yo no me rebajaría hasta mentir en su presencia. Una causa que me es enteramente extraña, me alejaba momentáneamente de palacio: iba á Cattólica al pie de los muros de una prisión.

—¿Y qué ibas á hacer allí? replicó el duque estremeciéndose al recuerdo de Marina; nada de lo que allí pasa transpira fuera; y nadie sabe quién entra ó sale en los dominios de don Ramiro. ¿Qué te lleva, hijo mío, á los muros de una prisión?

—Excelencia, este secreto no es mío, pero pienso que no cometo una indiscreción repitiendo estas palabras de la duquesa de Ferrara: ¿es una noble y santa misión ir á consolar á los que sufren!

—¡Ah, ah! ¿un mensaje para el conde Astorre? dijo Borgia con un aire terrible.

—Sí, para dulcificar el fastidio de las horas que debe aun pasar en un calabozo, voy á hacerle oír una lastimera canción; la duquesa acaba de enseñármela.... Era tan dulce su voz, que la he retenido muy bien. Para ella la compuso el conde en días más felices, y el pobre prisionero, si mi voz puede llegar hasta él, sabrá que la hermana del duque de Romaña solicita de vos su perdón.

—¡Está eso bueno!.... ¡Ah! ¡qué ingenioso es el corazón!.... ¡bello aprendizaje por cierto, hace en estas circunstancias un joven á quien reserva un brillante porvenir el hijo de Alejandro VI!

—Señor, cuando una mujer manda, es un deber obedecerla.

—Mejor que mejor, Agosto, añadió el duque con singular ironía: reconozco en esto los efectos de la severa educación que reciben los niños

en la montaña de San Marino al soplo del republicanismo.... ¡Vive Dios! que hacia mal en tener por rústicos á hombres tan corteses.

—Señor, replicó el jóven sosteniendo la mirada de su padre, ¿ha dependido acaso de mí el no haberme quedado en la montaña, y no habeis contado para amoldarme á los usos de vuestra corte, con la fuerza del ejemplo? Y cuando la hermana de mi padre me dirige una súplica....

—¡Una súplica, hijo mio, una súplica!

—¿No es una orden para mí? Seria injuriar á los buenos y nobles habitantes de San Marino suponer que pudiesen permanecer pasivos cuando pueden servir á complacer ó alguno. Ignoro el destino que me prepara el duque de Romaña, pero seguiré siempre el impulso de mi corazon, y cuando éste me diga: haz esto, lo haré.

—Con que Agosto, ¿vas á cantar al pie de las paredes de la prision? ¡y eso es obrar bien! ¿y es la duquesa de Este la que te ha enseñado la cancion?.... Pero yo quiero saber la letra de esa cancion; tú me la dirás.... Canta, canta, te digo.... No debo yo oir lo que puede repetirme el eco.... ¿Te intimidó yo.... yo, tu padre?

—Dispensadme, señor, no me atrevo.... Es una chanza de vuestra excelencia el quererme oir cantar.... ¿Qué importancia podeis dar á esa cancion?.... Os repito que no me atrevo. Es una cosa original ver al duque de Valentinois escuchar en presencia de su justicia mayor la voz trémula de un escudero.... Ya, señor, otra vez vuestro capricho me hizo cantar, y no podré olvidarlo; era un lazo tendido á mi respeto.... Bajábamos por el camino de la montaña, por aquel camino que temblaba yo no volver á subir jamás.... Pero veo brillar la cólera en vuestros ojos.... Obedezco, señor, obedezco á mi padre.

Con voz tímida cantó la cancion que acababa de aprender, y al escucharle Borgia sentia desvanecerse el enojo que se habia levantado en su pecho; experimentaba poco á poco la influencia del sentimiento que habia inspirado aquella cancion; el reconocimiento y el amor se mezclaban con tanta gracia y abandono en ella, que la calma volvió enteramente á su alma.

—Gracias, hijo, gracias; la costumbre de mandar hace á veces caprichoso á uno, como has dicho. Marcha á cumplir la mision que te ha confiado nuestra hermana Lucrecia.... ¡La compasion es tan poderosa en el corazon de las mugeres! Quiero hacer aun mas por ella. Penetrarás en el calabozo del conde de Astorre; le dirás que la duquesa de Ferrara acaba de obtener que sea puesto en libertad, y que el soberano de la Romaña está muy contento de haber complacido á su hermana.

—¡Ah, señor! exclamó el jóven besando las manos de su padre; ¡voy á romper unas cadenas! Esta vez no será burlada mi esperanza.

—Agosto, respondió el duque moderando esta impaciencia, la política paraliza frecuentemente los buenos movimientos del corazón de los príncipes. Tenemos razones para retardar por un día, por dos tal vez, la salida de la prision del conde Astorre, y con nuestros agentes es siempre prudente explicar por motivos plausibles nuestra conducta. Escucha, hijo mio, y que mis palabras te hagan comprender que el que es dueño de tantos señoríos no lo es siempre de sus propias acciones.... Don Ramiro, acercáos, exclamó; vais á acompañar á nuestro escudero Agosto á vuestra prision de la Cattólica, á fin de que inmediatamente ponga en libertad, colmándoles de obsequios y atenciones, al cardenal de los Ursinos y al pronotario de Bentivoglio, á los que dareis una escolta que los lleve á donde gusten: les direis ademas que el duque de Valentinois les envia este jóven con encargo de presentarles sus excusas por la equivocacion que han cometido vuestros agentes arrestándolos arbitrariamente, á pesar de su salvo-conducto. Hareis abrir en seguida el calabozo del conde Astorre, á fin de que nuestro escudero Agosto pueda hablar libremente con él. Marchad, tal es nuestra voluntad.... Una palabra aun; si entre los prisioneros se hallase alguna muger, alguna mendiga, ¿qué sé yo? alguna persona sin importancia política, que quisiese poner en libertad nuestro escudero Agosto, que se haga lo que mande: tal es tambien nuestra voluntad; marchaos.

Habia en la voz, en el porte del duque un carácter tal, repentino de bondad y grandeza, que enterneció al jóven, y apoderándose de nuevo de la mano de su padre, estampó en ella un ardiente beso.

Valentinois, bajándose un poco, añadió con el acento mas tierno, pues se dirigia únicamente á su hijo:

—Acabo de confiarte, hijo, uno de los mas nobles atributos de mi poder: sé un ángel de paz en las tinieblas de la prision: sé un mensajero de esperanza: da á los demas la felicidad que yo no tengo..... ¡Yo! palabra que frecuentemente está en mi boca: ¡yo! palabra impia para el gefe: ¡yo! no debo tener nada en la tierra, si quiero dominar en la tierra; yo, con esperanza ó terror no podré gustar los placeres, las alegrías cedidas á los que rodea y protege mi poder. ¡Yo soy príncipe!

Hablaba Borgia con voz débil, apagada, y atrayendo involuntariamente al jóven á sus brazos, túvole un momento estrechado en ellos, y fijando su mirada sobre su sencilla y candorosa frente leia en sus ojos la dulce emocion que le causaba, buscaba en el desórden de su cabellera

como ocultos secretos, como misterios que deseaba sorprender....Y el estremecimiento de aquel ser sensible, que poseía así, que estrechaba por la fuerza de un sentimiento, dándole el primer éxtasis que había jamás sentido, le hacía olvidarse del mundo.... Pero Agosto viendo correr lágrimas por las mejillas de su padre, cedió él mismo á la voz de la sangre y no pudo contener esta exclamacion natural: ¡padre mio! ¡padre mio! Entonces la cabeza del árbitro de la Romaña cayó lánguidamente sobre su pecho, secóse su llanto, apagóse su mirada: pasó su mano por su rostro, cual si despertase de un penoso ensueño: y de repente, con voz fuerte, exclamó dando una palmada en la espalda de su escudero, y levantando la cabeza:

—Marcha, hijo, marcha á cumplir las órdenes de la duquesa de Ferrara, y piensa que eres un enviado del duque de Romaña, investido del derecho de poder dar la libertad....

Despues con aire enternecido añadió:

—Agosto, piensa en tu padre, que nunca mejor que ahora ha comprendido el placer que causa el hacer bien.

Hizo una señal, los criados que le alumbraban echaron á andar, y agitado siempre de las impresiones que por la vez primera acababa de sentir, entró en el aposento de su hermana.

XXIX.

Acostumbrado Ramiro á ver solamente las cosas que se le permitia ver, á pensar lo que le mandaban pensar, tomó de las manos del esbirro que lo llevaba el casco de Agosto, se lo entregó con el mas profundo respeto, y se puso en camino para la Cattólica con el mismo celo que si se hubiese tratado de una mision enteramente contraria. Eso hay de bueno en los hombres-instrumentos, que se mueven en cualquier sentido con una abnegacion verdaderamente admirable. Cuando se ha abdicado una vez el libre arbitrio humano, cuando se ha entregado en alma y cuerpo un hombre á otro hombre, este individuo se convierte en una fraccion del otro.

Llegados á la prision, la imágen de Lucrecia apareció á los ojos del jóven ciudadano del Titan. Se estremeció y suspiró despues. Era un pesar resignado. Ignoraba él mismo lo que pasaba en su alma.

Al penetrar Agosto por la temible puerta recibió una de aquellas im-

presiones siniestras que jamás se borran del alma, y de que en vano intenta ésta conocer la causa. Sintió como frío en el fondo de su corazón, y su alma pura sentía la influencia del ruido de los cerrojos.

—Aquí, pensaba interiormente, siguiendo á su sombrío guía, falta el aire, esto es un sepulcro. ¡Ah, cuándo volveré á mi montaña! allí es pura y ligera la vida. ¿Sabia yo acaso cuando estaba en ella lo que era un calabozo? Pero tampoco conocia estos nobles movimientos, que asombran mi pensamiento, que tan dulces ensueños me causan, que someten nuestra voluntad á la de otra.....No habia visto á Lucrecia!

Oyó en aquel momento un suspiro, y aun creyó que acababan de pronunciar su nombre; deteniendo sus pasos escuchó, pero el silencio de la noche habia vuelto á recobrar su imponente calma.

—¿No es una voz de muger la que ha venido á herir mi oído? se dijo á sí mismo. ¡Ay! todo está callado ahora, era tan dulce esta equivocación..... La duquesa de Este me acompaña con sus suspiros, y mi alma los recibe á pesar de la distancia que nos separa.... ¿Qué muger estaría en una prision sino una miserable aventurera? Sin embargo, en memoria de mi presencia en esta triste morada, usemos del derecho que se me ha confiado. Demos libertad á una muger.... ¡Una muger! mi padre lo ha dicho, ¡una muger! ¿Qué importancia política puede tener una muger? Mi corazón se conmueve al solo pensamiento de poner en libertad tal vez una madre, tal vez una amante..... y en los brazos de un hijo ó de un esposo me deberá la felicidad y sus caricias.... ¡Ah, yo sé cuanta felicidad se goza en los brazos de una madre! conozco el valor de las caricias de una madre, y sobre el seno de la que me ha dado el ser, no hay sueños que fascinen las miradas....Marina á estas horas en la montaña piensa en su hijo; si no cierra el sueño sus párpados repite suspirando mi nombre.... ¡Buena madre! Cuán feliz seria y con cuánto orgullo querria mostrar un día á nuestros conciudadanos de que no soy indigno de llamarme hermano suyo!

Durante esta meditacion don Ramiro habia ido á buscar á los ilustres prisioneros. El cardenal y el pronotario, despertados de improviso, murmuraron al pronto, pero la idea de verse libres les consoló al punto del disgusto de un viage nocturno, y el justicia mayor, empleaba por otra parte, tan buenas formas y tanta dignidad en su mision, que era imposible que pudiesen guardarle rencor.

—Estais libres, señores, dijo, ningun cargo pesa sobre vuestras augustas personas, y el error de mis agentes será debidamente castigado: asi lo quiere su excelencia el duque de Valentinois, y su excelencia ha

encargado á uno de sus escuderos que presente á vuestras señorías sus excusas y la espresion de su sentimiento por este malhadado suceso. Tengo además orden de proporcionaros una escolta que os acompañe á donde quiera que gustéis.

El cardenal habia recibido esta especie de arenga con el aire digno y porte de un príncipe de la Iglesia: por su parte el pronotario mostró al justicia mayor el poco caso que hacia de tales excusas. Llegados á la presencia de Agosto, el jóven desempeñó con tal gracia su comision, que se desvaneció en sus almas hasta la menor sombra de resentimiento, y unida su libertad á las consideraciones y buen trato que habian experimentado durante su permanencia en la prision, hizo que desapareciese completamente su mal humor.

—Señores, dijo Agosto acompañándolos hasta la puerta fatal, pertenecéis á un rango y familia que tiene tambien el poder de hacer abrir las puertas de una prision.... No olvidéis el tiempo que habeis pasado en esta. La libertad es el primero de los bienes, como habeis podido comprender.

—Gracias por el buen consejo, señor mio, respondió el cardenal; en efecto, hemos maduramente reflexionado bajo los cerrojos de este lugar de seguridad, y si fuésemos bastante débiles de espíritu para creer en lo que una vieja bruja nos ha pronosticado esta madrugada misma, bien pronto estaremos en el caso de poder usar de represalias. Pero....

—¿Está presa la Zingana? preguntó con viveza el jóven.

—Si, gracias al cielo y para tranquilidad de nuestros campos, señor escudero: pero á fé de cardenal que no hemos vuelto á pensar en sus impías predicciones.... Decirnos que la causa de los Ursinos debe quedar decidida dentro de tres dias, con gloria de la justicia, es mucho prometer: pero añadir que nada turbará ya nuestra tranquilidad, es demasiado contar con la intervencion divina. Los hombres son siempre hombres y Satanás dirige sus pasiones.

Agosto al nombre de la Zingana recordó á su madre. Dió gracias á Dios de poder dar libertad á aquella buena anciana mendiga, que tantas veces la habia sostenido con sus consejos, y muy recientemente aun, en su penoso viage.

—Volverá á la montaña, se dijo para sí: verá á Marina y le contará que el piadoso recuerdo de una madre protege por do quiera que su hijo puede algo: irá á darle un beso y decirle: he visto el hijo de tus entrañas: el jóven ciudadano ha roto mis cadenas.

Interrumpido en su meditacion por la marcha de los nobles cautivos,

solo pensó en seguir el impulso de su corazón, y en cuanto quedó libre para hablar á Ramiro, le dijo:

—El duque de Romaña me ha dado el derecho de poner en libertad un prisionero, señor justicia mayor, lo habeis oido: os pido, pues, la libertad de la gitana. No pienso que tengais motivo ninguno para rehúsarmela.

—Sereis obedecido, señor mio, respondió el podestá. Las órdenes de nuestro amo son siempre obedecidas: pero en medio de la noche, sin guia, espuesta á los insultos de la soldadesca, ¿quién la defenderá? En interés mismo de vuestra protegida, jóven, mandaremos que se haga vuestra voluntad en cuanto amanezca.

—Don Ramiro, esa muger debe ser portadora de un mensaje consolador; quiero hablarla.

—Mañana estaremos prontos á vuestra obediencia, señor Agosto; el favor con que os honra nuestro amo os da el derecho de contar con nuestra promesa.

—¿Con que me lo prometeis, señor podestá? mañana volveremos juntos; veré á esa pobre muger y la dire: estás libre.

—Si, señor escudero, tal es la voluntad del duque la Romaña.

—Ahora llevadme al lado del conde Astorre.

Entraron en el calabozo.

Mientras que el enviado de la duquesa de Ferrara penetraba en el oscuro asilo del jóven prisionero, y cumplia su mision; mientras que el ciudadano de una república pobre consolaba á uno de esos seres privilegiados á quienes el acaso daba el poder por derecho de herencia sin darle siempre los medios de ser poderoso; el que se habia hecho á sí mismo fuerte, y solo debia á su genio su superioridad sobre los demas, César Borgia, se hallaba muellemente sentado al lado de su hermana, y Lucrecia le hacia oir cuantas palabras dulces puede contener la boca de una muger.

—Mi querido hermano, le decia, te has mostrado bueno y generoso en no haber detenido los pasos de ese jóven, en haber permitido que penetrase en el calabozo de un prisionero.... Ya ves, César, la calma que da la esperanza. ¡Esta noche me verán en sueños los ojos de Astorre, y mañana su primer pensamiento será bendecirte!.... Si, hermano mio; se olvidan fácilmente los dolores cuando se ve el término de ellos.... Y el conde debe ser devuelto á las artes que ama, que cultiva.... ¿No es esto?.... Y yo, César mio, no olvidaré jamás que te debo su vida y mi felicidad....

Dejóse ver en la fisonomía de Valentinois un no se qué de extraño y sardónico, y se contrajo su lábio inferior, poniéndose á jugar con la cadena de oro esmaltado que llevaba sobre su pecho.

—Jamás habia comprendido mas vivamente, querida hermana, la felicidad que dá la clemencia, dijo con aquel tono compuesto que ocultaba siempre algun pérfido proyecto. ¡Qué contenta queda el alma despues de una buena accion! Impaciente estoy ya de ver en libertad al conde Astorre. Ha encontrado el secreto de fijar todas las miradas de Lucrecia Borgia, ha concentrado en él todos los pensamientos, le hace olvidar á su padre el pontifice y sus hermanos, principes poderosos, maridos errantes, y Alfonso de Este, cuyo tálamo honra.... ¿Sabes, Lucrecia, que es afortunado el doncel? Porque yo te encuentro hermosa, ¡siempre hermosa! Ahora que la inquietud no altera tu dulce semblante, vuelvo á ver en él tus gracias de otro tiempo.... Verdad es que no tengo como él largos rizos de rubios cabellos y la fresca palidez de la juventud; pero tengo un corazon, tú lo sabes, un corazon que palpita fuerte, cuando palpita.... Mira, pon aquí la mano, ¿no lo sientes?.... Pues bien, es tu presencia la que lo agita cual lo agitaba en otro tiempo....

—Cállate, César, cállate.

—¡Cómo me echas fieros á mí, Lucrecia! ¿Soy acaso algun Tarquino para lanzarme una mirada tan terrible?..... ¡Vamos! ¡No podré olvidar que me has dicho hace poco, que la inocencia ha vuelto á renacer en tu alma, y debo creerte; confidente de tus amores, tercero coronado puedes pensar que quiero hacerte pagar un servicio!... Si se lo hiciese á nuestro padre, podria encontrar chistoso el soplarle su querida, y volvérsela despues de haberla besado y rebesado bien... Pero tú ¿qué puedes temer?... Vamos, menos dengues, y no tengas miedo...

—No puedo menos de tenerlo, ¡tiemblo!..... El infierno brilla en tus ojos.

—¡Ah! ¡Ah! ¡Ah!

—¡No te rias de ese modo, hermano mio! Te lo pido de rodillas. Si supieses cuánto mal me causa tu risa y tu mirada... ¡No puedo comprenderte! ¿No tienes compasion en tu corazon? ¡Porque en fin, tú has visto, tú has oido al prisionero!... y tú no te has apresurado á devolvérmele y á decirme: hermana mia, aqui le tienes... ¡Ah! ¡César, tú no has amado jamás!

—Calla, Lucrecia, te digo yo ahora, cállate: hay llagas que no pueden tocarse sin causar terribles dolores...

—¡Dios mio! ¡Dios mio! ¿Qué pasa en tu alma?... Hermano mio, ten compasion, mírame de rodillas delante de tí como delante del Todopoderoso, y soy tu hermana! ¡y te lo repito, siento una cosa pura y santa que sostiene mis fuerzas! ¡Es el placer de los ángeles de que él es la imágen!... ¡César, tú le has visto! ¿es acaso un príncipe temible? ¿es un malvado, un ambicioso? ¿es un enemigo peligroso?... ¡Tú le has visto! Tú debes escusarme de querer iluminar su calabozo con una dulce esperanza, porque tú me lo devolverás; tengo tu palabra, hermano mio... Mañana, ¿no es esto? Tú me lo has dicho. ¿Es un exceso de prudencia el que lo tiene aun preso?..... y ahora que el jóven escudero le habla y le mira, ¡no querrás desmentir tus promesas, no querrás matar á tu hermana!

—¡Loca! levántate... ¡levántate pues! ¡Me has conmovido! ¡Y me acusas de no tener compasion cuando las lágrimas se agolpan a mis ojos!

—¡Ah! exclamó Lucrecia arrojándose al cuello de su hermano, déjame besarlas y alimentarme de ellas. ¡Lágrimas! ¡en los ojos de César! ¡Cuán grande eres para mí de repente! Cuánto respeto me impones, ahora que te hallo sensible, ahora que llevas un corazon de hombre bajo esa corteza de príncipe... Perdóname, loca estoy en efecto... ¡He dudado del fervor de mis oraciones y de mi fé!.... ¡Mal, muy mal hecho! He osado acusar á mi hermano en mi pensamiento... ¡Cuán feliz soy!... Aguardaré tranquilamente, César mio, aguardaré un dia, un dia entero... ¿Estarás contento?

Y arrojando, en su desórden, los velos que cubrian su cabeza la reclinaba sin temor sobre el pecho del duque, le rodeaba con sus brazos y sus cabellos, sonreia con él tierna y apasionada: besaba sus manos y su boca entreabierta daba salida á ardientes suspiros. ¡No pensaba que hubiera crimen en esto! tan santo y poderoso era el sentimiento que la protegía!... ¡Valentinois tambien se embriagaba puramente con estas caricias! Pero poco á poco se alteró la expansion de su semblante, una expresion de duda oscureció sus facciones, y el pensamiento que destrozaba su corazon dejóse ver mas terrible que nunca.

No me ha sido dada esta felicidad, se dijo á sí mismo, jamás he amado... Jamás he gozado bajo el peso del poder, lo que ella goza. ¡Y voy envejeciendo tan pronto!

Despues, por última caricia, dando un casto beso en la frente á su hermana, volvió á tomar aquella actitud de príncipe, que raras veces abandonaba y su lenguaje ocultó la turbacion de su alma.

—Muy ingratos seríamos, Lucrecia, en rehusar hoy á los demas la

tranquilidad que Dios nos concede. ¡Vive Dios! nunca he dudado de la proteccion especial de la Providencia. Participarás la alegría que experimento, Lucrecia. ¡Mi mas mortal enemigo, mi rival, el cardenal de la Rovera, es mi prisionero!... Antes de venir á tu lado he recibido tan importante noticia. Mañana podrá contemplarme en toda mi gloria: mañana le veré confuso... Mañana tambien el duque de los Ursinos y el ministro de Petrucci vienen á ajustar un tratado de paz...

—¡Con que los rebeldes están sometidos y arrepentidos, César! No mas temores...

—No están castigados: viven, y lo que no pudieron hacer ayer, podrán intentarlo aun mañana... é instruidos por la experiencia, se vence, ¡hermana mia!...

—¿Qué quieres hacer? Los pueblos te miran: aguardan de ti justicia y seguridad.

—Los pueblos se alegrarán, Lucrecia... Adios.... Duerme, hermana mia: sé feliz y está tranquila, porque Astorre, en su prision, ha recibido tu mensaje... tambien está tranquilo y feliz...

Detúvose: una involuntaria emocion agolpó de nuevo las lágrimas á sus ojos; empero el esfuerzo que hizo las ocultó á las miradas de la duquesa de Ferrara, y se apresuró á separarse de ella.

Así que hubo llegado á su cuarto, se colocó delante de la ventana, y desde lo alto de la torrecilla buscó en la aldea que dominaba la casa que habian convertido en prision en nombre de su soberaña autoridad; pero la noche era sombría y si algunas luces resplandecian como estrellas, no tardaban en desaparecer, cual en el firmamento desaparecen ligeras las exhalaciones.

¡El ambicioso príncipe hubiera dado al presente sus coronas por uno de esos abrazos que no proporciona el oro! lo positivo de las cosas materiales no tenia ya atractivo para sus sentidos. No le causaban ilusion ya las miradas de algunas mugeres que atraia su córte por el deseo de agradarle. No encontraba en sus recuerdos nada de lo que ahora deseaba. Y el sentimiento del amor puro, que jamás lo habia conocido, lo llamaba como un nuevo medio de agrandar su existencia, de espiritualizar sus menores concepciones. Lo llamaba porque sus conquistas no tendrían ya valor sino con esa condicion. Lo llamaba como una esperanza, como una promesa, como una revelacion. Valentinois tiene el instinto de esta pasion: y su pensamiento errante, inquieto, le dice todos los vagos secretos que contiene ese vago tormento, esa necesidad de salir de un egoismo impio, círculo estrecho que sofoca siempre á los príncipes.

— Me mata la soledad de los campos, ¿y dónde hallaré, se decia, lo que hace á la vida tan bella, tan pura, tan llevadera, sino en las grandes ciudades?.... ¡A ellas iré!.... Necesito muchedumbre para mis triunfos, y en la muchedumbre encontraré tal vez, por que lo buscaré, y Dios me lo enviará, ese objeto de mis deseos.... Quiero un ser que salga de mí mismo, quiero tambien al despertarme dirigir un pensamiento á Dios por otra persona que no sea yo.... Cerremos aqui mi vida pasada, puesto que es posible empezar una vida nueva.... ¿Posible?.... Si la Marca de Ancona me lleva á Roma, seguiré la vía Flaminia y Sinigaglia; no me detendré, lo espero largo tiempo.... Roma, Nápoles, París, ¡el mundo! Lo necesito todo para encontrar la felicidad.... lo necesito para distribuirlo despues en beneficios.... lo quiero como es de mi padre, como debe ser de cualquiera que sepa dirigirle hácia el progreso que reserva el porvenir.... Amar es, lo conozco, el manantial de todo bien en la tierra, y yo amo, sí, amo un ser que no conozco aun; que jamás he visto, que llamo, que vendrá. ¡Amo á una muger! una muger que me volverá amor por amor, caricia por caricia: una muger cuyo recuerdo me dará un pensamiento á cada latido en mi corazon, por quien viviré, por quien querré la gloria.... Y mi nombre resonará bendecido en su oido. Y su boca querida lo repetirá sin temor al universo.... Una muger que esté orgullosa de mí, como yo estaré loco con ella, y para siempre.... por que la felicidad es el cambio de sentimientos, la reciprocidad constante....

Detúvose, y despues de algunos momentos de silencio, prosiguió:

—¿Empero basta amar para inspirar las mismas emociones, los mismos trasportes?.... ¿Corresponde en efecto Astorre á la ternura que Lucrecia ha concebido por él con tanta violencia?.... ¿Esta pasion tan poderosa se halla exenta de dolores?.... ¿Quién me dirá si dos corazones que se entienden, se entienden verdaderamente en los mas lijeros matices del sentimiento, en los mas profundos pliegues de los mas delicados pensamientos? ¿Quién me dirá si mi hermana es tambien para Astorre un manantial de felices ilusiones, y el objeto de todos sus deseos, sino es Astorre mismo?.... Le hablaré.... Ganaré su confianza.... Sabré distinguir todo cuanto el amor produce en el corazon del hombre.... Iré á su calabozo, con un modesto traje.... con el que llevaba en la montaña.... fingiré ser enviado por el duque de Romaña.... O mas bien por Lucrecia.... ¿qué importa?.... nada debe permanecer oculto á los ojos del principe que tiene la facultad y la voluntad de ver: quiero ver, y veré.

XXX.

—Deliciosa mañana, señores, exclamó Borgia al despertarse: ¡qué hermoso día anuncia!

Algunas horas de un sueño tranquilo, una dulce serenidad de alma, momentánea, es verdad, pero tanto mejor sentida cuanto era rara, y de ordinario de corta duración, hacían nacer esta exclamación: por que era una mañana de Italia, una de esas cosas á que se hallaba acostumbrada la vista. El alma es el criterio que nos hace apreciarlo todo: la piedra de toque de nuestros sentimientos, el crisol donde todo se purifica: vemos siempre al través de nuestras sensaciones pasajeras: ellas son las que oscurecen ó iluminan el horizonte, y el sol mismo sufre su influencia ó al menos no triunfa de ella.

El duque de Romaña dirigía la palabra á sus oficiales, á los que desde la vispera había invitado á que viniesen á hacerle la corte á la hora de levantarse. Los movimientos secretos ó los caprichos de su alma, no podían, por constantes que fuesen en atormentarle, hacerle olvidar los intereses positivos de su ambición. El espíritu de príncipe le era demasiado familiar, tanto el hábito había adelgazado los órganos secretos, las ruedas ocultas de su carácter, para que desconociese un solo instante la prudente y pomposa hipocresía, la saludable é imponente autoridad. La naturaleza que le sometía como cualquiera otro hombre á las leyes de la vida vegetativa, debía inspirarle también sentimientos comunes á todos los seres sometidos á los mismos sentidos: ¿pero qué efectos podían producir los gérmenes ocultos en su alma? ¿Por qué formas debían revelarse impresiones ordinarias, fecundadas por su poderosa energía? ¿Qué resultado debía traer su individualidad distintiva? ¿El príncipe y el hombre se hallaban tan perfectamente unidos que no debiesen separarse mas?

—Señores, añadió, al concedernos Dios el descanso de la noche, no ha permitido que estuviese pronto á hablar con vosotros cual lo hago de costumbre. Os pido la libertad de dirigirme desde luego á Dios, señores: todo viene de arriba.

Hízose traer su relicario: era un pedazo de la verdadera cruz, encerrada en un armario de plata sobredorada, engastado de pedrerías. Sobre

el paño del fondo, Pedro Perugino había pintado un Cristo en la agonía, y sobre las portezuelas se veía en la una un papa arrodillado con la tiara en la cabeza: y en la otra un jóven guerrero de pié, apoyado sobre una lanza. Estas dos figuras de santos, por un capricho habitual á los pintores de aquella época, representaban retratos: el uno era el del artista, el otro el de su discípulo Rafael Sancio.

Colocado el relicario sobre un tapete de terciopelo carmesí, bordado con las armas pontificales, Valentinois se santiguó devotamente doblando las rodillas; y recitó en voz baja el *confiteor*, dándose golpes de pecho. Entre los asistentes, admiraban unos el trabajo de la platería, otros la belleza de las pinturas: aquí se asombraban de una devoción tan poco en armonía con la conducta ordinaria del duque, allí participaban de sus piadosos sentimientos. Pero lo que mas merece contarse es lo que ninguno podia ver, lo que solo Dios estaba en estado de conocer, la sinceridad, el candor de este movimiento religioso. La importancia de cada palabra de la fórmula sagrada, crecía en el alma del príncipe que la recitaba mentalmente: era un arrepentimiento sin nombre, un espíritu de penitencia interior, y filtrándose en el corazón, sin saberlo la voluntad, era una exaltación desconocida á aquella alma entregada toda hasta entonces á los vínculos del mundo y de la carne, que por primera vez se deshacía de ellos, libre y pura por la oración.

Con los ojos fijos sobre las imágenes del relicario, el señor de la Romaña, en su recogimiento, las miraba al principio vagamente, con la distracción de un espíritu preocupado; y despues poco á poco encontrando un involuntario atractivo en ellas, fueron el objeto de sus pensamientos. El sentimiento en su mas elevado punto es el sentimiento religioso, porque comprende todo, como Dios hácia el que se transporta. El arte es el signo exterior del sentimiento, y la idea se adhiere fuertemente á la obra, cuando la mano que la ejecuta está guiada por una fé viva, una convicción sincera. El hijo de Alejandro VI, el conquistador de tantas provincias, el príncipe temido, era el esclavo allí, el juguete del pobre artista á quien le había creído pagar con liberalidades pecuniarias. ¡Permanecía arrodillado delante de la obra del arte! El sentimiento le había llevado primero á presencia de la imagen; ahora era la imagen la que le retenía en la humilde postura, y prolongaba así el sentimiento. Es muy difícil, en efecto, cuando el pensamiento coloca á uno sobre el vulgo, cuando las facultades intelectuales obran noblemente, dejar de experimentar un no sé qué de santo, de solemne y de dulce á la vista de las pinturas de Pietro Perugino. Hay tanta vida en sus

personajes, tanta espresion y fé en sus miradas, tanta alma en su postura, tanta gracia y abandono en el conjunto de sus cuadros, que hablan á la imaginacion y revelan muchas cosas ignoradas á los que los contemplan. Valentinois, bajo el encanto de este arte poderoso, meditaba delante de aquellas nobles figuras; empero en aquel mismo piadoso acto hallaba el recuerdo de su hermana Lucrecia: la imágen de su amante prisionero se ofrecia involuntariamente á sus sentidos: arqueó las cejas: recibió su corazon una de esas impresiones desagradables que turban frecuentemente, sin que nada las explique, la calma de nuestra alma. Separando inmediatamente los ojos del relicario, besó el lugar en que se veia el precioso pedazo de la cruz del Salvador: despues levantándose, dijo cubriendo su cabeza con una toca de terciopelo:

—Ahora, señores, os saludo. Os he convocado aqui para daros una noticia muy conforme con vuestros deseos y mi impaciencia de volver á ver la Ciudad Santa y nuestro Santo Padre. El duque de los Ursinos y Antonio de Venafre van á venir aqui esta mañana para concluir un tratado de alianza. Dios nos manda el olvido de las injurias, señores, y estamos á la cabeza de los pueblos para darles este ejemplo de la observancia del precepto cristiano. Por otra parte, aguardamos á un prisionero que es nuestra voluntad recibir con todo el aparato de nuestro poder guerrero. Su nombre es un misterio: no tardareis en conocerlo. No sé lo que sucederá de todo esto, porque los hombres son mudables y los sucesos frecuentemente muy imprevistos, pero suceda lo que suceda, cuento con vuestra adhesion. Nuestra causa es santa, señores, y no nos abandonará la Providencia.

En aquel momento entraron el secretario y el canciller: el duque vió sobre su rostro el abatimiento que no podian dominar en las malas circunstancias, pero continuó:

—Los confederados, que yo ayer llamaba aun rebeldes, tratan conmigo de potencia á potencia. Nunca es cara la paz aunque sea á costa de mi vanidad. La política de la Santa Sede es de esencia evangélica. Todo lo que puede evitar la efusion de sangre debe ser la regla ordinaria de los príncipes que militan bajo la bandera pontifical. Los confederados ocupan á Fano y el ducado de Urbino; pero conocen vuestro valor porque han combatido con vosotros por nuestra causa, y os temen. Yo haria otro tanto en su lugar. Sin embargo, por muy dispuesto que esté á terminar amigablemente las diferencias que prolongan el malestar de la Italia, la prudencia de una sana política nos manda estar dispuestos á combatir y marchar adelante.

Habíase escuchado con un silencio glacial la alocucion del duque, pero estas últimas palabras escitaron un murmullo de aprobacion. Los combates eran para aquellos gefes de armas toda su ambicion: para los unos, y era el mayor número, el botin, las exacciones, todo el desorden que acompaña á un ejército en marcha, les proporcionaba ventajas, con las que contaban siempre secretamente al estipular las cláusulas de su alistamiento, palabra honrada con la que disfrazaban la venta de sus servicios y la vida de sus soldados: para los otros, el deseo de adquirir nombradía y perfeccionarse en el oficio de la guerra, les hacia mirar como un tiempo perdido el que se pasaba en el descanso. Ademas, es un sentimiento natural de todo guerrero el amar las escenas de sangre y los azares de la guerra. Valentinois conocia demasiado bien el espíritu de sus condottieri y la manera de disponerlos favorablemente, para no sacar de ellos cuando queria esos rumores de aprobacion que le lisonjeaban siempre á pesar suyo, aun cuando los despreciase cuando él mismo era el motor de ellos. Lo mismo que el artista goza con los sonidos que produce sobre un instrumento, asi se escitaba con el entusiasmo que hacia nacer. Esta es una ilusion de príncipe.

Durante estos aplausos, Agapito, aproximándose á su amo, le habia anunciado que los habitantes de Camerino se habian insurreccionado.

—¿A instigacion de los Ursinos, Agapito? habia preguntado en voz baja, ocultando la turbacion que le causaba esta inesperada noticia. ¡Traidores! ¡Bien meditados estaban sus complots! ¡Estallar aun despues de renunciar á aprovecharse de ellos!.... Pero ¿quién me asegura que renuncian á ellos? La Rovera es mi prisionero, el duque de los Ursinos está á la puerta del castillo. ¿Tal vez será un lazo?.... Con tales enemigos no hay mas que un medio para concluir con ellos....

Estas amenazas tan frecuente y tan vagamente espresadas, pero siempre tan bien justificadas, asomaban apenas á sus labios; impaciente por verse libre, prosiguió dirigiéndose á sus oficiales:

—Repito otra vez, señores, que ignoramos completamente el aspecto que podrán tomar los sucesos, pero que á toda hora, asi de dia como de noche, estén vuestros soldados prontos para ponerse en marcha. No se hace la paz noblemente sino cuando se está decidido á sostener la guerra. Marchaos, señores; os damos gracias de los sentimientos de adhesion que habeis mostrado por los intereses de la Santa Sede.

El ruido y el movimiento que produjo la salida de los hombres de armas, permitió al duque reponerse del golpe que acababa de recibir. Recorrió su pensamiento con la rapidez del relámpago la situacion de

sus enemigos, tal como las notas de sus agentes se la pintaban. Pero para apreciar las ventajas que podían hallar los rebeides en hacer la paz ó en continuar, sin el socorro de la Rovera, una guerra en la que infaliblemente debían sucumbir, y avergonzado de haberse inquietado sin motivo, respiró con toda la libertad que reclamaban sus vastos pulmones; después, solo con sus confidentes, les dijo:

—Siento una viva alegría siempre al ver el marcial ardor de mis gefes de armas, y estoy tentado á esponerme al azar de las batallas.... Pero hablad, Agapito, ¿los habitantes de Camerino se han sublevado contra mi autoridad? ¿Quién os ha dado la noticia? ¿Se sabe en el campamento?

—No, excelencia: el embajador de Florencia solo ha recibido el parte al mismo tiempo que yo, y se ha apresurado á venir á comunicármelo.

—Agapito, Maquiavelo es un hombre hábil de quien es preciso desconfiar prudentemente.... Oídló también, Spanocchi.... Cuanto mas celo y apresuramiento manifiesta en servirnos, mas debemos creer que está interesado en lo contrario: es preciso tratar á los hombres por la medida del mal que pueden hacernos. En vuestras conferencias con el florentino sed circunspectos, ó decid la verdad: este es el mejor medio de desconcertar á las gentes diestras.... ¿Han sido cumplidas puntualmente todas mis órdenes? Spanocchi, ¿habeis visto á Tomás Spinelli? ¿se ha apoderado del cardenal de los Ursinos á la salida de su prision para alejarlo de aquí lo mas pronto posible?

—Excelencia, el cardenal ignora que el duque su hermano se halla en el campamento para tratar á nombre de los confederados, y en este momento camina sobre las tierras de Baglioni.

—Está bien; es preciso ganar tiempo y hemos escrito á nuestro Santo Padre que no ratifique el tratado que vamos á concluir, mientras que el cardenal no lo haya suscrito él mismo y todos los señores contratantes, ¿entendeis? En cuanto al pronotario de Bentivoglio, Agapito, ¿lo habeis detenido á vuestro lado? ¿Le habeis hecho entender de parte nuestra que para concluir arreglos igualmente ventajosos á nuestras familias se podría, si consiente en abandonar el estado eclesiástico, formar una union íntima.... un matrimonio?.... ¿Habeis hablado de nuestra prima? ¿Habeis dicho que la hermana de Borgia es hermosa y rica?

—Jamás fallan las previsiones de su excelencia. El pronotario es ambicioso....

—Le habeis hecho entender que me interesaba menos poseer á Bolo-

nia, en definitiva, que conservar mis posesiones en Romaña, y que podríamos obtener en este punto cuanto quisiésemos del papa.

—Está en nuestra naturaleza el creer fácilmente lo que está conforme con nuestros deseos. El pronotario ha comprendido este razonamiento. Pienso que los Bentivoglios están ahora interesados en particular y separados enteramente de la causa de los rebeldes: además Spinelli no se separará de él.

—Perfectamente, podemos sin riesgo deslizar en nuestro tratado una cláusula que los señores de Bolonia no puedan firmar, y nuestras convenciones con los otros paralizarán su propio movimiento... ¡Cuántas astucias para llegar á este objeto, que ni nos da la tranquilidad ni satisface enteramente nuestras facultades! Está todo previsto para nuestra entrevista con la Rovera?... ¿Habeis visto al duque de los Ursinos? ¿Os habeis entendido con él sobre todos los puntos?

—Una entrevista de muchas horas ha servido para los preeliminares de esta alianza: el duque y Antonio de Venafre muestran aplomo, hasta audacia.

—Lo creo, esta rebelion de Camerino los anima. Pero os lo repito, sacrificad en esta circunstancia mis intereses, y si es necesario, mi dignidad. Es preciso que se haga esta paz: es preciso que dé una ventaja á mis enemigos: con todo, disputad, no cedais el terreno sino con trabajo, aparentad, sufrir la influencia de su superioridad... Es preciso darles seguridad, seguridad es lo que yo quiero inspirarles. Sentáos, escribid. Es bueno siempre saber todo lo que se debe hacer... Además, un borrador facilita mucho el trabajo.

Sentáronse los confidentes y Valentinois paseándose por el salon, comenzó á dictarles:

Acuerdo entre el duque de Valentinois y los confederados.

Acuerdo, me importa que sea esa la palabra.

«Sea notorio á las partes mencionadas que suscriben, y á todos los que las presentes vieren, como el duque de Romaña de una parte, y de otra los Ursinos, así como sus confederados, deseando poner fin á las diferencias, enemistades y mala inteligencia que han surgido entre ellos... al margen:

»Se unen por una paz y una alianza verdaderas y perpétuas, olvidando los agravios é injurias que puedan haberse inferido hasta el presente dia. ¿Habeis puesto *olvidando*? Está bien. Prometiéndose recíprocamente no conservar resentimiento alguno: y en conformidad de las espresadas paz y union, su excelencia el duque de Romaña recibe en

su confederacion, liga y alianza perpétuas á todos los precitados señores y á cada uno de ellos, y promete defender los estados... de todos en general y de cada uno en particular. *Defender los estados*, hé aqui lo que es preciso que obtengan de vos, Agapito. Defender los estados de todos en general y de cada uno en particular contra.... toda potencia que quisiese molestarlos ó atacarlos... por cualquier causa que fuese... ¿Por qué os asombráis, Agapito? Yo sé lo que me hago, continuad escribiendo. El honor y las consideraciones debidas á la Santa Sede exigen que insistáis sobre la cláusula siguiente... Será admitida ó rechazada... escribid:

»Exceptúanse, sin embargo, siempre el papa Alejandro VI y su magestad cristianísima Luis XII, rey de Francia... Hé aqui bien entendido Agapito, que si reclamais todo lo que es peligroso para mí no cedereis sobre esta cláusula... No quiero discusiones largas con esos plenipotenciarios. Pero ¿qué piden? ¿Qué exigen?

—Que su excelencia prometa continuar á los Ursinos y á los Vitelli sus antiguos compromisos del servicio militar bajo las mismas condiciones.

—Lo prometo.

—Pero piden que su excelencia no obligue mas que á uno de entre ellos á su eleccion á servir en persona.

—Adelante.

—Que se comprometa ademas á hacer ratificar el tratado por el Padre Santo, con la condicion ademas de que, Su Santidad no podrá obligar al cardenal de los Ursinos á fijar su estancia en Roma.

—Basta, escribid.

«Prometiendo por otra parte, en los mismos términos, los espresados señores concurrir á la defensa de la persona, estados de su excelencia, así como á la de los ilustrísimos don Zofre Borgia, príncipe de Squillaci don Rodrigo Borgia, duque de Sermoneta y de Biselli, don Juan Borgia duque de Camerino, todos hermanos ó sobrinos de su excelencia, el duque de Romaña.

»Ademas, como la rebelion y la invasion del ducado de Urbino y de Camerino acontecidas durante las mencionadas malas inteligencias. Insistireis sobre el hecho de Camerino, Agapito. Todos los mencionados confederados y cada uno de ellos de por sí, se obligan á concurrir con todas sus fuerzas al recobro de estos estados y demas plazas y lugares sublevados é invadidos. Es de toda justicia, que sea así, ademas yo accedo á todas sus demandas. Continúa:

»Su excelencia el duque de Romaña, se obliga á continuar á los Ursinos y á los Vitelli sus antiguos alistamientos en el servicio militar, bajo las mismas condiciones...

»Promete ademas no obligar sino á uno de entre ellos á su eleccion, á servir en persona: el servicio que podrán hacer los demas será voluntario. ¡Soy clemente!

»Se obliga tambien á hacer ratificar el presente tratado por el soberano pontífice, el que no podra obligar al cardenal de los Ursinos á permanecer en Roma viviendo, sino en tanto que tal fuese su voluntad. ¡Puede creerse que Alejandro VI, el gefe de la cristiandad, suscriba este artículo! Seria demasiado insulto... Pero escribid Agapito.

»Ademas, existiendo algunas diferencias entre el papa y el señor Juan Ventivoglio, los mencionados confederados convienen en que se someterá al arbitraje sin apelacion y el cardenal de los Ursinos, del duque de Romaña y el señor Pandolfo Petrucci. Dejareis pensar al protonotario, que Pandolfo y el cardenal no harán en esta materia mas que lo que me agrade... Los Bentivoglio no suscribirán á este arreglo. Añadid:

»Se obligan tambien los mencionados confederados todos y cada uno de ellos á que tan pronto como sean requeridos por el duque de Romaña entregarán en sus manos, como rehenes uno de los hijos legítimos de cada uno de ellos, en el lugar y tiempo que tenga por conveniente señalarles. La dureza de esta clausula debe tranquilizarlo sobre todo. Proseguid:

»Prometen ademas los mencionados confederados todos y cada uno de ellos á advertirse y comunicarse cualquiera trama, que contra alguno de ellos llegase á su conocimiento.

»Convenido ademas entre el duque de Romaña y los mencionados confederados, el mirar como enemigo comun de todos al que faltare á las presentes estipulaciones, concurriendo á la ruina de los estados que con ellas no se conformaren. Agapito, no firmaré mas que este acuerdo, con esta fórmula, sin cambiar ni una sola sílaba: tal es mi soberana voluntad. Id á buscar al duque y al ministro de Petrucci, y que todo esté listo en poco tiempo. Spanocchi, dadme vuestra copia.

Anunciaron la llegada de Maquiavelo, y se retiraron el secretario y el canceller.

—¿Y bien? ¿Qué me decís de esa noticia de Camerino, señor enviado de Florencia? exclamó Valentinois adelantándose á recibir á Maquiavelo: es un plan arreglado, fijo: aqui el duque de los Ursinos para ador-

me cerme con la esperanza de un arreglo, y allá abajo los otros ganando terreno cada día, estendiendo la rebelion.... ¡Estoy resignado!.... Os doy gracias, Maquiavelo, de la prontitud con que me habeis hecho prevenir de este nuevo contratiempo.... Con la ayuda de Dios, yo saldré de esta situacion, y la paz.... Si, la paz que vamos á concluir me proporcionará, lo espero, el medio de reparar todo el mal.... ¿Qué me quereis en este momento? Tengo empleado todo este día. Pero, os lo repito, teneis mas que nadie derecho de hablarme á todas horas, y os suplico que hoy esteis lo mas que podais á nuestro lado....

—La conclusion del tratado ocupa todos los ánimos: corren los rumores mas contradictorios sobre él, como es costumbre, y miraria como un favor especial que el duque de Romaña se dignase decirme lo que deba creerse como cierto en este asunto....

—¿Por qué dar la menor importancia á esas hablillas sin fundamento? No creais á nadie mas que á mí, Maquiavelo; yo os diré la verdad. Este arreglo con los confederados está enteramente terminado. Si quereis conocer las condiciones, vedlas aqui: el papa les concede un perdón general. Renuevo á los Ursinos y á los Vitelli su alistamento militar. Pero no recibirán ni del pontífice ni de mí seguridad ninguna respecto á esto: al contrario, ellos son los que entregarán en mis manos como rehenes, sus hijos, sus sobrinos ú otros, á eleccion del papa. Deben ayudarme á recobrar el ducado de Urbino y á castigar á Camerino. Os prometo una copia de este acuerdo tan pronto como lo hayamos firmado.

—Pero vuestra excelencia ha tenido á bien decirme que Antonio de Venafre, á nombre de los confederados, le habia propuesto obrar contra Florencia, y que una de las condiciones de la paz era el marchar contra la república, y cambiar la forma de su gobierno.... La república es aliada de la Francia....

—Estad sin inquietud en ese punto. No se ha hecho mencion de Florencia. Yo no sufro que me hagan dos veces proposiciones desfavorables á mis aliados.... Porque aunque la señoría pierde un tiempo precioso y vacila largo tiempo en pactar conmigo, yo la miro como una amiga.... Me habeis dado seguridad de ello....

—Os la renuevo.

—Basta.

—¿Y Bolonia, excelencia?

—Los negocios de los Bentivoglios se arreglarán por el arbitraje del cardenal de los Ursinos y de Petrucci. Si veis al pronotario, mantened-

le en disposiciones favorables.... Voy á dar órden de que mis tropas evacuen los alrededores de Bolonia.... Los franceses se reunirán con Nemours. Queremos ir á reposar en Roma, y cuando nos lo permita la paz abandonaremos este sitio siempre con la ayuda de Dios, y gracias á la alianza que se prepara.... ¿Qué mas quereis saber para poder tranquilizar plenamente á Florencia? Escribid que el duque de Romaña está tranquilo; que el general de Milan ha levantado á su costa quinientos suizos que han llegado á Pavia.... La llegada de este refuerzo es aun para todos un secreto.... Podria, ganando tiempo, no terminar nada aun con los rebeldes, pero he dado mi palabra, y la palabra de un príncipe es sagrada.... deben creerle. Por otra parte, nos traen un prisionero, cuya presencia facilitará todos los arreglos.... ¿Quereis entre tanto acompañarme á la estancia de la duquesa de Ferrara? Esperamos que ya estará levantada.

Maquiavelo se escusó, y el duque salió muy contento de poder olvidar los negocios un momento.

—¿Dormir Lucrecia á aquella hora? pensaba entre sí. Sin duda en aquel momento Agosto está á su lado hablándole de su Astorre; y ella atenta á su relacion, le escucha, y le escucha aun despues que ha cesado de hablar.... Tal vez llora.... En fin, es feliz.

¡Borgia lo habia adivinado todo! Es que hay en el sentimiento tal fuerza é instinto, que obra sobre el alma como el fluido eléctrico sobre los sentidos. El príncipe que desea y que ora, que se arrodilla sin hipocresía ante la imágen de Dios, tiene toda la fuerza de un hombre, junta á la de su soberanía. Hay una cosa superior á su voluntad de príncipe, y es el sentido moral que le juzga á él mismo interiormente, que dirige sus pensamientos en apariencia de una manera vaga y fantástica, pero en el fondo con lógica y sujecion á sus facultades intelectuales. Lo que Borgia pedia, hasta en sus ocupaciones políticas, era la felicidad de amar, felicidad vulgar que comienza de ordinario la vida; pero parecia que en la suya se hubiese invertido el órden natural: habia comenzado por una baja seduccion, bajo la influencia de los sentidos, sin que estuviesen poetizados por lo vago de las primeras impresiones; y hoy sintiendo aquella enérgica languidez que habia faltado á la juventud, podia avergonzarse de los medios por los que se habia revelado su carácter; podia, cada vez que reposaba su mirada sobre Agosto, comprender que hay sobre los reyes una naturaleza que rebaja á su nivel los soberbios y los impíos, y que la sed de placeres egoístas se apaga sin satisfacerlos.

XXXI.

Cuando el duque llegó á la estancia de su hermana, lanzóse ésta delante de él. El entusiasmo daba á la hija de Alejandro una ligereza que habia dejado de tener: sorprendido de aquella juventud que encontraba hasta en sus movimientos, Valentinois recibió de nuevo esa penosa impresion á la que no se puede dar mas nombre conocido que el de celos. Y sin embargo, habia en ellos algo de interesante y generoso: eran como un impulso del alma, como un ensayo secreto de apasionamiento. Pero en los hombres acostumbrados á ser obedecidos, en cuanto manifiestan su voluntad, no siempre tiene el bien tiempo para madurar, y á falta de darse una escrupulosa cuenta de lo que sienten, engañanse por acciones vituperables, cuando el íntimo sentido que los anima no hubiera debido producir tal vez mas que virtudes. La impaciencia convierte frecuentemente nobles deseos de un objeto contrario.

—¡Hermano mio! exclamó Lucrecia, ¡el jóven escudero ha roto las cadenas de Astorre, le ha consolado en su prision, y mensajero de esperanza y de ventura, ha llenado fielmente su mision!

—Me alegro mucho de ello, Lucrecia.

—Despues de haberle llevado nuestras palabras, me ha repetido las tuyas, hermano mio, y ha comprendido á Astorre el jóven escudero.

—Todo lo que me decís me colma de alegría, hermana mia.

—¿Qué hareis por amor mio, en favor de este jóven escudero?

—¡Vive Dios! ¿Qué puedo hacer por él, hermana mia, sino lo que debe ser el hijo de vuestro hermano?

—¡Tú hijo, César! tú hijo, ¡y no lo he adivinado!

—Ven, Agosto, acércate, y dobla una rodilla en tierra para recibir sobre la frente el beso de una tia.... Su nacimiento es un misterio, Lucrecia.

—¡Es tú hijo! Corre en sus venas la sangre de nuestro padre.... Si, encuentro ahora en él, todo cuanto yo descubria en tí cuando yo era jóven, á su edad.... ¡César, amo á tú hijo! ¡es el fruto del amor, yo te acusaba de ser insensible!.... Vamos, levántate, mi gallardo sobrino, puedo estrecharte en mis brazos.... Pero mira, César, tu hijo está pálido y temblando de emocion.... ¿Por qué tiemblas tú en mis brazos, ni-

ño? ¿No te place mi acogida? Tienes toda mi ternura, tal vez anticipada, á lo que ahora es un deber..... César, jamás me has hablado de su madre.

—Lucrecia, es el hijo de un estudiante. El fastidio del tiempo que he pasado en Pisa, no excusa hoy á mis ojos una seducción de que me arrepiento. Pero Agosto sabe lo que debe á su padre.... No es un hombre vulgar, hermana mia...

—¿Y te llamabas huérfano, Agosto?

—Solamente por la boca del duque de Romaña, puedo cesar de serlo, señora.

—¿Pero tú, me has hablado de tu madre?....

—Mi madre es una ciudadana de San Marino....

—Cuyo padre fué tres veces gefe del estado, hermana mia: acompañaba en Pisa, á un ilustre sábio, su tío, Juan della Penna era su nombre, si tengo buena memoria.

—Ese era su nombre, monseñor, y me causa grande alegría el oírlo pronunciar por la boca de.... mi padre....

—Todavía está conmovido, tartamudea, y la palidez cubre sus facciones.... Tranquilízale, César....

—¿Me sorprende ese estado, hijo mio! ¿Qué se ha hecho aquella audacia que mostrabas sobre la montaña? ¿Y tu alegría un poco burlona? ¿Y la serenidad de tú alma?

—Es que sobre la cresta del Titan, crecen las rosas, segun dicen, sin espinas.

—Y sin olores. La bondad de la duquesa de Ferrara merece ser apreciada, y esa frialdad ha debido sorprenderme.

—Monseñor sabe que yo no sé fingir. Yo no podré explicar lo que en mí pasa. No conozco palabras que puedan espresar el súbito frío que ha helado mi corazón, ni el presentimiento que en él se prolonga.... El recuerdo de mi madre y de mi patria han venido de repente á fundirse con otras ideas vagas, sin nombre....

—Tu madre, tu patria.... volverás á verlas.

—¿Volveré á verlas en efecto, monseñor?

—Agosto, te habíamos autorizado á poner en libertad una prisionera.... ¿Habrá olvidado don Ramiro lo que le habia mandado?

—No, monseñor: don Ramiro no ha querido esponer á una muger en medio de la noche, y debemos volver á la prision....

—Esta mañana.... No, Agosto: la presencia de nuestro justicia mayor es necesaria al lado de nuestra persona.... Pero mas tarde.... Además

vamos á dar órden para que te dejen penetrar libremente en la prision. La órden de libertar una muger.... Hijo mio, antes de entrar en la prision, piensa en tu madre.

—Pensaba ya en ella ayer, excelencia.

Valentinois á esta sencilla respuesta, consultó la mirada del jóven, no vió en ella ni cólera, ni sentimiento, y pensando que ignoraba cual era la muger que tenia que poner en libertad, añadió:

—Estamos poco al corriente del número y de los nombres de nuestros prisioneros: sin embargo, don Ramiro en una relacion que sentimos no haber escuchado, nos ha hablado de algunas mugeres.... Agosto, pedirás verlas, consolarlas si han padecido, y les dirás: la madre de Dios padeció tambien, salid de aquí, y consolad á las madres.

Exhalóse un suspiro del seno de Borgia: pero un suspiro era poco para aliviar su oprimido pecho. Conmovida Lucrecia con los sentimientos que veia nacer en el corazon de su hermano, le colmó de caricias.

—¿No es verdad, hermano mio, que el ser elemento es una felicidad? ¿No es hermosa la vida cuando se consagra á amar? ¿No es amar, la mas noble, la mas dulce facultad del alma? ¡Es padre mi César! su corazon debe comprender el amor.... No quiero ya suplicarte en mi nombre, sino en el de este niño que adopto.... Ven, Agosto, que en un mismo abrazo, estreche yo sobre mi seno, al padre y al hijo..... ¡Ah! ¡si yo fuese madre! César, tu hijo, el amigo, el protector de Astorre, volverá á la prision, tornará á verle.... ¿No es verdad que le verás, Agosto? Le dirás..... Hermano mio, ¿qué le dirá?

—Que ningun otro mas que él debe volverle la libertad.

—¿Comprendes tú tu felicidad, jóven? ¡ningun otro mas que tú!.... ¿Y cuándo, César?

—Mañana, hermana mia.

—¡Mañana, Agosto! ¿lo has oído?.... Mañana se lo dirás tú.

—Los negocios del gobierno le reclaman.... Adios, Lucrecia, sé feliz.

El duque alargó su mano al jóven, que se la besó: despues le dijo:

—Volverás á ver á tu madre.

Cuando se hubo marchado, Lucrecia hizo sentar á Agosto á sus pies. Tenia necesidad de verle, y en tanto que le examinaba, maduraba su espíritu un proyecto, tal cual puede concebirlo una muger apasionada. Tenian sus miradas una espresion irresistible: hablaba su alma ese mudo lenguaje que solo el alma puede comprender.

—Mañana, mi gallardo sobrino, Astorre estará libre.... ¿Pero sabes tú cuantas angustias y suspiros puede causar á uno un dia tan largo y

una noche mas larga aun?... El duque te ha dejado libre de entrar y salir en la prision. ¡Ay! otros no salen mas que una vez de ella, vivos ó muertos.... ¡Pasar alli aun un dia! Tu edad, tu estatura es la suya.... Te callas, Agosto.

—Mi vida es vuestra, señora, hablad, seré feliz si á costa de ella puedo procuraros un instante de felicidad.

—¡Escelente jóven!... En su calabozo.... Estas últimas horas serán eternas.... Cuando se cuentan los instantes no concluyen nunca.... Si tú le dices tu armadura y tu casco, si tú le dijese sentándote en su lugar: salid, ella está allí y os aguarda..... Yo estaré allí.... Oh, yo estaré allí, nos aprovecharemos de la dudosa claridad que sigue al fin del dia.... ¡y quién lo reconoceria!.... Y bien, Agosto, ¿crees que todo esto sea posible?....

—Todo es posible, señora, cuando vos lo deseais. Mi porvenir es sacrificarme por vos.

—¡Ah, no, no! Tú porvenir será el nuestro.... Un porvenir de ventura y felicidad.... ¿Consientes, pues?

—Vereis al conde.

—¡Mucho misterio!

—Lo vereis, y yo ocuparé su lugar.

—Mi noble amigo, ¿sabes tú lo que yo puedo, yo la hija de Alejandro VI? ¿Sabes tú que en Roma, en Ferrara, en Spoleto, manda mi voluntad? ¿Sabes tú que el conde Astorre fué príncipe, tuvo súbditos y carceleros tambien? Es preciso tener compasion de los príncipes queridos: son tan frágiles los tronos ante la cólera de Dios, con la inconstancia de los pueblos.... Agosto, me pedirás una recompensa, y cualquiera que sea la obtendrás.

—Nada tengo que reclamar de la hermana de mi padre. Mi recompensa, señora, la veré en vuestra felicidad.

—Estas llorando, niño.... Bien sabia yo que Dios es mas grande que la tierra, y que es infinita su bondad. Bien sabia yo que envia por todas partes sus ángeles, para sostenernos á nosotros, débiles criaturas, en nuestros sentimientos generosos.... ¡Cuán feliz soy! pero el dia comienza, y debemos aguardar su conclusion.... Me encomendaré á Dios mi Salvador.

—Rezad por mí, señora.

—¿Por ti, hijo?

—Rezad tambien por la muger que es mi madre.

—¿Por qué esas tristes palabras?

—El cielo me las inspira, pues que mi boca no vacila en hacéroslo oír, ¿y quién puede decir por qué Dios ha hecho nacer pensamientos en nuestra alma y deposita los sentimientos en el corazón?

—Verdad es, añadió Lucrecia inclinando la cabeza.

En aquel momento resonaron las músicas militares, y un page vino en nombre del duque de Valentinois, á prevenir á la duquesa de Este, que era llegado el momento de presentarse á la corte y á los gefes del ejército.

—Es preciso obedecer, dijo resignándose á aquel importuno deber: la etiqueta es la esclavitud de los grandes.

Antes de salir Lucrecia entregó á su jóven confidente una pesada bolsa.

—Está llena de oro, querido sobrino, le dijo en voz baja, y el oro es necesario.

—No para mí, señora.

—Agosto, el oro triunfa de todos los obstáculos: el oro abre los cerrojos: el oro es el móvil de los hombres: es preciso tener oro.

Apoyó su mano sobre el brazo del escudero, y se puso en marcha obedeciendo los mandatos de su hermano.

Valentinois, rodeado de ese aparato militar que impone siempre, aun á los ojos mas acostumbrados á su brillo, atravesaba el puente levadizo del castillo en el momento en que el duque de los Ursinos, Antonio de Venafre, el pronotario de Bentivoglio, uno de los Savelli, y algunos otros señores de las familias coaligadas llegaban al punto preparado para esta entrevista. Era este una tienda abierta por todos lados, y el obispo de Euna con su clero con los vestidos sacerdotales, aguardaba en ella apoyado sobre la cruz episcopal para celebrar una misa. Habia ordenado el duque que se desplegase la mayor pompa en esta ceremonia, y por contraste, afectando una gran sencillez, venia vestido solo de terciopelo oscuro con el collar de San Miguel, y solo la pluma encarnada de su gorra se hallaba sujeta por una hebilla de brillantes de inmenso valor. Acercábase lentamente en medio de sus guerreros adornados con armaduras adamascadas de oro y de plata que cual espejos reflejaban sus movimientos. Su negro bigote parecia dividir su rostro pálido, pero tranquilo, y su paso asegurado realzaba su estatura, y los señalaba á todos como principe, entre los gigantes de hierro que con tantas muestras de respeto le rodeaban.

Espectáculo verdaderamente magestuoso era el ver en aquel campo, bajo las miradas de un ejército atento, adelantarse á la cabeza de aque-

llos capitanes cuyos cascos relumbraban, al hombre con vestido oscuro, rostro pálido, ojo penetrante, que con una palabra ó con un gesto hacia mover tantos brazos y palpar tantos corazones. Detrás de aquel grupo se veía otro donde los alegres y variados colores, los bordados de oro, las ricas telas de seda formaban ondulaciones bajo los rayos del sol. Allí no había barbas puntiagudas, bigotes, ni miradas fijas y feroces. Allí mugeres hermosas y bellas rodeaban á la duquesa de Ferrara sin eclipsar su hermosura: gallardos y frescos pages con su capa corta, y rostros risueños y animados del deseo de agradar, representaban la Italia entera con sus restos de la edad media y el brillo del porvenir. Al lado del altar el prelado, y no lejos del prelado los hombres encargados de recordar el nombre de las naciones al oído del hijo de Alejandro VI. Allí estaba la Francia representada en un diplomático, y mas aun en los guerreros que suministraba á la Santa Sede: allí la Alemania representada en sus soldados; y en Maquiavelo representada una nueva era para todos los paises, la astucia y la duda, pero la libertad por objeto: allí un círculo de seres humanos, que no son contados sino en virtud de los servicios que prestan ó del dinero que dan: en fin, allí una imagen del mundo, y del mundo por su mas hermoso lado.

En el campo del señor de la Romana, en su presencia, el representante de los confederados, este baron feudal, este feudatario sublevado, el duque los Ursinos, no tenia en su favor ni el lujo ni el aparato, pero cual un resumen de los siglos, ofrecia en su persona el orgullo de su raza y la autoridad de sus derechos. Frio é insensible á todo lo que no podian evitar sus miradas, la noble audacia de su alma le daba dignidad. Conocia que podia envidiar un ejército tan hermoso, y todo lo que la fortuna concedia á los Borgias, sin que pudiese olvidar la insolencia de su conducta: comprendia que la necesidad le forzaba á la paz, sin alterar en nada su opinion sobre aquellos hombres que, pasando por el pontificado, se servian de un poder respetado, de la fuerza espiritual, de la palabra apostólica, para fundar su poder temporal, cubriendo así la usurpacion y la tiranía con la infalibilidad pontifical por una parte, y por otra con el bajo servilismo con los soberanos que podian temer. El gefe de la familia de los Ursinos, se hallaba ademas en una muy buena posicion ante un principe temible, para no mostrar toda la dignidad de su carácter. Los insurrectos trataban no como rebeldes, no como súbditos, sino como principes; y gefe de partido, todo el brillo de la insurreccion realzaba al baron romano, bajo el vestido de su pasada magnificencia, y resplandecía por la sola idea de haber intentado sacudir el

yugo degradante á su propios ojos. Asi cuando Valentinois se aproximó era el duque el que parecia recibir á un huésped en su tienda; tanta autoridad le habia dado una larga série de gloriosos abuelos!.... Grande de ayer, conquistador de hoy, sintióse César Borgia turbado interiormente delante del primogénito legítimo de una ilustre familia: ¡los Ursinos tambien habian dado papas á la cristiandad!

Los confederados, por la habilidad del agente de Borgia, estaban acordes sobre todo lo que este habia pensado; habian ademas arreglado cual él deseaba el ceremonial del acto que iba á celebrarse. El duque de la Romaña, despues de haber tomado asiento sin decir una sola palabra, se puso en pie y descubrió la cabeza para oir la misa. A su derecha se hallaba arrodillada la duquesa de Ferrara, y detrás de ella y á cierta distancia, su comitiva. En frente el duque de los Ursinos y los señores de su partido, se hallaban agrupados, atentos y recogidos. Alrededor de la tienda permanecian, gerárquicamente colocados, todos los oficiales del campamento.

El obispo de Euna ofició pontificalmente, y despues de la consagracion los duques de Romaña y de los Ursinos se acercaron al altar para oir la piadosa exhortacion del prelado, despues de la que respondieron los dos:

—¡Así sea!

Lo cual fué repetido por todos los asistentes.

Despues Valentinois colocando su gorro sobre su cabeza, añadió:

—Yo César Borgia, de Francia, por la gracia de Dios, duque de Romaña y de Valentinois, príncipe de Adria y de Venafre, señor de Piombino y otros lugares, estipulando en mi nombre, bajo la proteccion del soberano pontífice, Su Santidad el papa Alejandro VI, declaro que habrá paz y acuerdo con los señores de los Ursinos y sus confederados.

—Yo, Juan Pagolo, duque de los Ursinos, dijo á su vez el gefe de los confederados, duque de Bracciano, príncipe de Roma-Vechia, marqués de Cantalupo, señor de otros lugares, estipulando en mi nombre y en nombre del duque de Gravina de los Ursinos, del cardenal de los Ursinos y demas miembros de la familia de los Ursinos, y á nombre de Vitellozzo Vitelli y demas de su familia, de los Savelli, barones romanos, de Pandolfo Petrucci, señor de Siena, de Juan Bagliani, señor de Brugia; de Juan Bentivoglio y demas de su familia, señores de Bolonia; de Oliverotto de Fermo, gefe de armas, condottiero, así como de los demas condottieros reunidos á la confederacion, declaro que hay paz y acuerdo con Don César Borgia duque de Romaña y de Valentinois.

Entonces un heraldo gritó por tres veces: ¡silencio! y despues Agapito y Antonio de Venafre leyeron cada uno separadamente y en voz baja el tratado á los duques de la Romaña y de los Ursinos, que ambos contratantes firmaron con la pluma bendecida por el obispo de Euna. Resonaron las músicas en todo el campamento y un grito de alegría en diversos idiomas pobló el aire y quedando luego otra vez todo en silencio, se concluye el oficio divino en medio del mas piadoso recogimiento. Despues de la bendicion, el duque de los Ursinos acercóse al trono de Valentinois para hacerle pleito-homenage como á gefe del ejército, y César Borgia levantándose, dijo alargándole la mano:

—Basta con vuestra buena voluntad, señor duque: Dios os guarde. Hemos prometido olvidar lo pasado, y ningun recuerdo de ello debe quedar en nuestro corazon, lo que he prometido, lo cumpliré. Esperamos que el papa por una parte, el cardenal vuestro hermano y los Bentivoglios por otra parte, ratificando el acto que acabamos de firmar fijarán para siempre entre nosotros la armonía que nunca hubiera dejado de existir, si de mí hubiese dependido. ¿No quereis ahora hacer vuestra corte á la duquesa de Ferrara? Os invitamos tambien á que paseis una revista á nuestras tropas. Quiero presentar al ejército pontifical el hijo que torna al giron de la Iglesia.

Al decir estas palabras, la graciosa sonrisa y la especie de franqueza que afectaba, acababan de probar que habia vuelto á recobrar la superioridad de su posicion. Sin embargo, en tanto que el duque de los Ursinos saludaba á Lucrecia, manifestaba Borgia á su canceller la inquietud que le causaba el no ver llegar al prisionero. Apenas acababa de espresar su inquietud, cuando vino Spinelli á anunciar la llegada del gefe de las tropas enemigas en la Marca de Ancona, hecho prisionero bajo las murallas de Fano.

Miró Valentinois hácia el lado donde se hallaba el duque de los Ursinos, y lo encontró impasible al escuchar aquella noticia; empero no escapó á su atenta mirada un gesto de Antonio de Venafre.

—No tenemos ya enemigos bajo las murallas del Fano, dijo, ¿no es verdad, señor duque? y entregaremos nuestro prisionero á quien de derecho pertenece, á su señor natural, porque no dudamos que las ratificaciones hacen inútil esta captura. ¿Seria acaso Juan Baglioni, el que nos traen bajo aquella escolta que parece un ejército?... Plaza, señores, plaza.

Y se distinguia entre esbirros un guerrero montado sobre un caballo riquísimamente enjaezado; su armadura sencilla; pero de gran pre-

cio anunciaba un gefe, y su visera calada revelaba la noble vergüenza de verse conducido así en presencia de todo el ejército. A su lado cabalgaba Tomás Spinelli, sobre cuyo rostro era difícil reconocer el dolor ó la alegría, tan vaga y falsa era la ordinaria espresion de sus facciones. Gozaba ó se entristecía secretamente este agente de Valentinois, con todo lo que podia halagar ó disgustar á su digno amo.

Los confederados sin hablarse, sentian interiormente un extremo abatimiento al ver en aquella situacion humillante al que habian mirado como el alma y el brazo de su empresa: porque aunque cubria el acero las facciones del prisionero, su talle y sus armas les eran demasiado bien conocidas para que dudasen de la desventura del cardenal de la Rovera. La paz concluida no era mas definitiva para ellos que para su enemigo; y la presencia de Spinelli no hacia mas que confirmar un suceso que daba el último golpe á sus proyectos, que destruia sus mas caras esperanzas. El estupor en que de repente habian quedado todos, aumentaba la embriaguez de Valentinois. Jamás desde que habia abrazado la carrera política una alegría mas deliciosa habia agitado sus sentidos: su rostro lleno de expansion, la demostraba por mas que hacia por ocultarla, y las brillantes miradas que cambiaba con su hermana, contenian tantas cosas, que rápidamente pasaban por su imaginacion, que sus facciones cambiaban á cada instante de espresion.

—Esa es su estatura, decian para sí, viendo llegar al prisionero: reconozco á ese fogoso la Rovera, que en el Sacro Colegio, á pesar de su edad, osaba competir conmigo en actividad y en energia: que en todas partes rivalizaba en lujo; pero jamás en galanteria con los hijos de Alejandro VI. ¡Héle ahí! es mi presa en este momento: es el regalo que quiero hacer al soberano Pontifice, porque si su sagrado carácter le garantiza públicamente contra mi venganza, la disciplina eclesiástica tendrá *vínculos* para el cardenal de San Pedro Advíncula. Vamos, es preciso aparentar ejecutar por grandeza de alma, lo que nos fuerza á hacer la necesidad... Pero Roma le pagará mi deuda. Un principe de la Iglesia cogido con las armas en la mano contra la bandera del gefe de la cristiandad...

En aquel momento, el oficial de la escolta se acercó á Valentinois, y le entregó segun las órdenes que habia recibido de sus gefes, al comandante de las tropas enemigas hecho prisionero en Fano, y ademas á un caballero, que durante el viage habia intentado darle libertad.

—¡Honrado Spinelli! pensó el duque de los Ursinos.

—¡Astuto Spinelli! dijo para sí César Borgia.

Volviéndose despues hácia el lado de los confederados con toda la cortesia que podia sugerirle la astucia; pero con aquel tono de autoridad que convenia á las circunstancias, les dijo el duque de Romaña:

—Son de los vuestros, señores; el uno fué cogido con las armas en la mano en Fano, y el otro el señor Tomás Spinelli, por quien siempre hemos mostrado tanta benevolencia, por haber intentado ponerle en libertad. Muy mal haciais, Spinelli, en querer arrebatarnos la ocasion de ejercer una de las mas bellas prerogativas de nuestra soberania; pero no nos sienta bien el mostrarnos severos, y olvidar tan pronto las hermosas palabras del obispo: os devolvemos la libertad, señor mio. En cuanto á vos, caballero, preciso es que sepais, que hay al presente paz y acuerdo entre el duque de Valentinois, y los Ursinos y sus confederados. Hasta el dia en que todas las formalidades tengan dado al acta que acabamos de firmar la sancion que le falta, no tendreis por prision mas que mi corte, quien quiera que seais á quien la suerte ha puesto en mi poder, apreciamos demasiado el valor, y sabemos respetar la desgracia.

Un solemne silencio que turbó al señor de la Romaña hasta en el fondo de su corazon, se siguió á esta alocucion tan vanidosamente amañada. El caballero permaneció tranquilo y sin voz sobre su palafren, y alrededor del duque imponia respeto su muda espresion. Sin embargo, sostenido César Borgia por una cólera concentrada, volvió á tomar de nuevo la palabra.

—Y bien, caballero, ¿no hareis el honor de decir vuestro nombre á quien puede disponer de vuestra vida? ¿no os alzareis la visera delante de él? Sentiríamos tener que mandároslo.

Llevó lentamente el caballero su mano á su casco, y dejó ver un rostro desconocido con general sorpresa. Un movimiento vino á descubrir en los espectadores, segun sus diversas opiniones, su despecho ó alegría, empero las facciones de Borgia, continuaron como las del extranjero, impasibles y tranquilas. Solamente en un abrir y cerrar de ojos, pudo leer en la fisonomía de Spinelli, el secreto contento que llenaba su alma, y la doblez cuyo motivo reconocia tan de repente.

—Se venga, pensó, y yo debia ser castigado! El príncipe debe de respetar la muger de su súbdito.

El temor y la esperanza que el desconocido guerrero acababa de destruir de pronto, pareció no haber hecho la menor mella en el alma de Valentinois. Tan firme era su continente. En el semblante de los confederados, se pintó el contento de verse libres de un terror, en los su-

balternos y agentes la espresion de una burlada esperanza, y en el príncipe nada, por que á nadie le era dado el sondear su pensamiento. La cólera como la satisfaccion, debian estar en él continuamente reprimidas y mudas, ó esponerse á perder su supremacia moral, y la autoridad de su palabra.

Vuelto en sí de su sorpresa Valentinois, dirigiéndose al prisionero:

—En vano consultamos nuestra memoria, dijo: no recordamos vuestra persona. Caballero, ¿vuestro nombre?

Entonces dejóse oír una voz bien conocida: Agosto se habia separado de Lucrecia, al reconocer al cautivo; se adelantó y dijo:

—Es Marino Giangi, ciudadano de San Marino.

—Marino Giangi, añadió Borgia sofocando un suspiro, me habeis arrebatado mi fortaleza de San Leo, no podré olvidarlo; pero ha sido cumpliendo un deber, y la fidelidad es una virtud que yo respeto, aunque sea en contra mia. La familia de Montefeltre, ha protegido siempre la libertad de vuestra república, no le habeis abandonado en su infortunio, eso es raro. Para daros una prueba de mi estimacion, juradme no volver á tomar las armas contra mi, y sois libre de volveros á vuestra montaña.

—El honor me prohíbe prometer, lo que no tengo intencion de cumplir, respondió con voz varonil el ciudadano.

—La causa que habeis abrazado no tiene ya ejército, añadió el duque: hay paz y acuerdo entre nos y los confederados.

—Guidobaldo, duque de Urbino, no se halla en el palacio de sus padres, respondió aun el ciudadano.

—Mariano Giangi, prosiguió Borgia, yo he aprendido á conocer la virtud de los habitantes de la montaña; empero la sencillez de sus costumbres los hace estraños á los grandes intereses de la politica, que hace largo tiempo trastornan la Italia. Lo que yo os pido á la cabeza de un ejército, de que vuestras miradas pueden contemplar una parte, os prueba que es una fórmula con que he querido honrar vuestro carácter. ¿Qué puedo temer de vos?

—Consultamos menos el mal que pueden hacer nuestras almas, que el motivo que nos ha hecho tomarlas. Los hombres libres de San Marino protestan contra la usurpacion del ducado de Urbino.

—Hombre libre de San Marino, marcha á volver á ver tu montaña.

Valentinois, dirigiéndose entonces á Agosto, le dió orden de velar sobre su compatriota, por que ya un movimiento maquinal de Ramiro le indicaba que la noble franqueza del montañés, tendria su castigo, si

por un gesto bien conocido del justicia mayor, no acabase de detener cuanto contra él pudiese emprender. Acercándose despues á su hermana, le ofreció su mano para acompañarla al punto, desde donde debian presenciar el desfile de las tropas. ¿Qué le importaba en aquel momento este brillante ejército? El cardenal de la Rovera no se encontraba allí para contemplarlo con celosos ojos. Habian quedado burladas todas sus esperanzas. Llamó á Maquiavelo á su lado, le encargó se reuniese con el ciudadano del Titan, y que lo trajese á sú estancia antes de que dejase el campamento.

—Se trata de libertad, le dijo, se trata del porvenir de mi hijo, y del de la república de San Marino: Maquiavelo, espero que quedareis contento de mí.

Durante este tiempo, Lucrecia, impaciente, buscaba con los ojos á su gallardo sobrino, condenada á soportar la mirada de aquellos millares de soldados que pasaban por delante de ella. Cuando todo hubo al fin pasado, el duque para quedarse libre, y ocupar á sus huéspedes, impuso á su hermana la obligacion de recibir sus cumplimientos. Se despidió de ellos, prometiendo volver muy pronto á buscarlos, y Lucrecia, de cuyos hermosos ojos estaban á punto de saltar las lágrimas, quedó para entretenerlos, esforzándose en parecer amable, cuando solo soledad é inquietud eran los elementos de su alma.

(La conclusion en el número de diciembre.)

DOLORA.

ACHAQUES DE LA VEJEZ.

Si no me atáran los pies
la gota, y la que no lo es,
contigo iria hasta el fin
de este encantado jardin.
Rompamos la marcha, pues,
éa, á la una, á las dos,
á las.... por vida de Dios!
ténme, no me caiga, Inés.
Ah! cómo enciende de amor
de tus ojos el color;
el mismo con que Rafael
nos pinta la Caridad!
A su dulce claridad
cien vueltas á este vergel
diera de buen grado, Inés,
¿mas qué importa ¡maldicion!

que me arrastre el corazon
si me flaquean los pies?

Bien! de nuevo tu beldad
nueva estension da á mi sér,
y de mi primera edad
ya casi siento el placer;
Inés, ¡qué felicidad
si ahora á mi voluntad
igualase mi poder!

Ya dí un paso. ¡Ven á mí
fuego de mi corazon
de ese éter universal
donde en deliquio inmortal
de expansion en expansion
toda la vida vertí!

Otro paso. Bien! muy bien!!
Como el de Venus tambien
Inés tu talle español
arrastra á cuantos lo ven
subiendo de sol en sol
derechos hasta el eden!

¿Ves? ya me siento ascender:
demos la vuelta hasta el fin
ahora de este jardin:

¿a ver cómo marchó, á ver?
¿dices que tiemblo? ¡No.... no....
es que la tierra cual yo
vibra tambien de placer!

¿Oyes? ¡Cuán bien con su amor
celebra ese ruiseñor
nuestro epitalamio actual!...

Pero, por vida de tal,
que á los tres pasos, Inés,
del exceso del sentir
se me van algo los pies....
y ademas, al percibir
como me hiela el sudor,
ya comienzo á presentir
que ese inocente cantor
á la entrada del eden,
en vez de este mútuo amor,
acaso ¡fatalidad!

está cantando mas bien
mi union con la eternidad!
Ay Inés! no puedo mas!
Pongamos al viage fin.
Aqui estoy bien, y ademas
siempre está donde tú estás
el oásis del jardin.

¡Gracias, buena Inés! tú aun crees
que este corazon senil
no es un árbol sin calor,
cuando con tan tierno amor
mi mano coges, Inés,
con el mismo aire gentil
con que se coge una flor!
Ay! ignora tu bondad,
como ignoró mi ilusion,
que es inútil la beldad
cuando ya en el corazon
queda solo la razon,
flor de la esterilidad!

Sentémonos, pues, aqui
á las puertas del eden,
y mientras maldigo así
este cuerpo baladí,
perdona el error de quien
se está muriendo por tí:
muriéndome, Inés, si! si!
por eso creyendo voy
que evaporado ya soy
errante espectro de mí!

Mas si no alcanzo al honor
de dar dos vueltas ó tres,
no es por falta de valor
como tú sabes, Inés,
tan solamente ¡oh dolor!
por estos malditos pies
no puedo entrar como ves
en el templo del amor!

Y ya que has llegado á ver
que, para poder entrar,
solo me falta tener
los pies que me han de llevar,

te prometo, hermosa Inés,
que, en cuanto yo tenga pies,
en tí, por tí y para tí,
iré hasta el templo que ves,
y alguna vez mas allá....
¿dices que ahora? ¡ay de mí!
el *querer* lo tengo aquí,
mas ¿y el *poder*? ahí está.

R. DE CAMPOAMOR.

REVISTA POLITICA.

A su término tocan ya las facciones de Cataluña: se está cumpliendo lo que teníamos previsto, lo que no se ocultaba á nadie; que ninguna bandera contraria á la reina doña Isabel II y á los principios que representa desde la cuna puede hallar mucho número de defensores en España, y que todo grito alzado á favor de Montemolin espirará sin eco así en Aragon como en Navarra y en el Maestrazgo y en todas partes. Vanamente cruzaron los Pirineos gefes osados, Marsal, Estartus, Juvani, Borges, los Tristanis: vanamente se diseminaron por los lugares donde tuvieron mas ascendiente durante las discordias pasadas: vanamente se les agregaron algunos centenares de hombres, de aquellos que aman la vida errante y de aventuras, si no tuvieron séquito entre el pueblo á pesar de sus proclamas y alocuciones, si los industriales perseveraron en sus talleres, si los labradores no cambiaron por el fusil la esteva, si los sacerdotes no profanaron la cátedra del Espíritu Santo como hubo quienes lo hicieran otras veces para exaltar las pasiones y servir á causas determinadas. Ya en el campo los montemolinistas dieron cima á alguna sorpresa, y fieles á sus mañas habituales cuando se les perseguia de cerca, al remontar cualquiera altura se dispersaron para reunirse mas lejos; todo en vano; los activos Ruiz, Basols, Rios, les acosaron sin reposo distribuyendo bien sus columnas, alzando somatenes en grande extension de territorio, no consintiéndoles respiro y obligándoles á esconderse ó á trasponer otra vez la frontera. Batidas completamente las facciones el general Zapatero ha creído llegada la ocasion de conceder pleno indulto á los que se presenten en el término de seis dias, no siendo gefes, oficiales ó desertores, en cuyo caso solo se les indulta de la pena de muerte; aquellos á quienes se coja con armas serán fusilados en el término de tres horas.

Siendo tal el estado de las cosas ¿tornarán los montemolinistas á probar fortuna? ¿Hasta cuándo han de ser ilusos y pertinaces? ¿No les basta aun tanto nú-

mero de escarmientos? ¿dónde buscarán las probabilidades de triunfo? Cesen ya, cesen, si un átomo de patriotismo les queda en el alma, de promover discordias cuyo origen es impopular en España, cuyo curso aumentaría nuestras desventuras y cuyo desenlace sería para ellos de desengaño ó de muerte. Aquí defienden á la reina doña Isabel II los que la aclamaron cuando heredó el trono, los que tras siete años de lucha se agruparon al rededor de su bandera en Vergara, los que tras ocho años de emigracion se acogieron á la amnistia que sin excepciones se dió en 1847 ¿dónde están pues los parciales con que el conde de Montemolin cuenta? Aunque se exageren los infortunios de nuestra patria, sin cerrar los ojos á la luz sería insensato buscarles remedio ó siquiera alivio en el primogénito de don Carlos, cuya cortedad de luces es pública y notoria, y que, despues de recibir una educacion digna de los tiempos del Santo Oficio, la está completando al lado de un príncipe que dista mucho de hacer á su nacion venturosa. No hay elemento alguno de triunfo para los montemolinistas en España y siempre que pugnen por desempolvar su malhadada bandera lo harán de cierto con la misma adversa fortuna.

Triste es el espectáculo que presentan las Córtes Constituyentes. Dentro de muy breves dias se cumplirá un año de su apertura: á los ocho meses de reunidas aun distaban mucho de constituir el país como era deber suyo, segun el texto de la convocatoria; pero se echaron encima los calores y los diputados no se atrevieron á hacerles frente y por dos meses se suspendieron las sesiones, usando la fórmula de que se avisaria á domicilio. Hízose asi para el dia 1.º de Octubre; pero se exacerbó por entonces el cólera-morbo, no tanto que los invadidos en un dia hayan pasado de 113 y los muertos de 84, y sin embargo, tanto bastó para que muchos diputados se quedaran á ver venir en los puntos donde les cogió la noticia. Un si es no es dados á la historia recordamos el mes de julio de 1834. A la sazón el cólera-morbo se habia desarrollado en Madrid en toda su fuerza: no se revolvía una calle sin tropezar con una camilla, ó el Viatlico, ó la Santa Uncion, ó un ataúd, ó una mortaja: para conducir los cadáveres á los cementerios hubo que valerse de carros: tantos eran los estragos de la epidemia que no los pudo concebir el vulgo, sino creyendo que estaban envenenadas las aguas; especie absurda que costó la vida á muchos inofensivos sacerdotes, vilmente asesinados hasta debajo de los altares. Tal era la situacion de Madrid el dia 24 de julio de 1834 en que por virtud del Estatuto Real se debían abrir los Estamentos de Próceres y de Procuradores; y los Estamentos se abrieron como estaba anunciado por doña María Cristina de Borbon, regente y gobernadora durante la menor edad de su augusta hija, y todos acudieron á su puesto, y siempre hubo número suficiente de próceres y de procuradores para deliberar hasta sobre los asuntos mas áridos.

¡Cuántas reflexiones se desprenden naturalmente de este recuerdo! Hágalas cada cual á su antojo: por nuestra parte nos limitaremos á insinuar que el verdadero patriotismo no se cuida de si hace frio en invierno y calor en verano, ni tiene miedo á las epidemias. Ya sabemos que en las Córtes se ha dicho que no están obligados á ser héroes los diputados; mas en su lugar hubiera estado decir que para ser diputados no se echan quintas, y que no se contraen compromisos cuando falta ánimo para satisfacerlos.

Naturalmente las Córtes no ganan en crédito de resultados de lo que pasa. No ha sido posible que traten de la ley fundamental del Estado y se han entretenido en aprobar una ley de emigrados políticos de escasa importancia; en tratar de colonias agrícolas de pasada; en consentir que el general San Miguel suba á gefe de Alabarderos y á Grande de España, aunque sujetándole á reeleccion como diputado, por lo que se queda de diputado sin subir á Grande ni á man-

dar los Alabarderos; en conceder libertad á todo español para imprimir el calendario, mediante el pago de una suma y la obligacion de publicar los cálculos astronómicos del observatorio de San Fernando. Para el año venidero han fijado la fuerza del ejército en setenta mil hombres y ahora tratan de la ley de reemplazos.

A los principios hubo conatos de resuelta hostilidad al ministerio, para lo cual se coligaron los demócratas y los que se llaman progresistas puros: su objeto era derribar todo el gabinete, y que presidiéndole el duque de la Victoria, se formara otro capaz de desenvolver las que dicen que son legítimas consecuencias de la revolucion de julio. Firmes en su idea redactaron una especie de programa, se reunieron varias veces, y acordaron no presentar la proposicion de censura, sino con la seguridad de tener mayoría: les faltó esta seguridad, y la proposicion de censura quedó simplemente en proyecto, aunque no rota la alianza entre los demócratas y los puros, que ha podido tirar hasta la discusion de la ley de reemplazos. Llegada que ha sido cada fraccion se volvió á sus reales, porque los demócratas no quieren quintas y sí los puros, y aqui es imposible la avenencia y ha sido irremediable la discordia.

Un incidente hubo en la discusion de este asunto, que demuestra que los demócratas de nuevo cuño, hablan y obran como si no hubieran nacido ó como si no vivieran en España. Con el mayor aplomo dijo el señor Ruiz Pons, que el convenio de Vergara fué *un acto de humillacion*: le contestaron y confundieron el señor Escosura y el señor ministro de la Guerra, proclamando la verdad pura, que es una gloria nacional aquel grande acontecimiento. Sin duda el señor Ruiz Pons se hubiera escandalizado, al oír allá por los años de 1837, en boca del señor conde de Toreno, que la discordia fratricida, latente entonces, acabaria por una transaccion, que es el mejor y mas natural término de las guerras civiles. Por transaccion acabó á la postre y la mas honrosa que se podia imaginar siquiera, pues se interpretó al celebrarla á fines de agosto de 1839 la voluntad de la inmensa mayoría de los españoles, y hasta se celebró de suerte, que no hubo oprobio para nadie y que la gloria y la dicha alcanzaron á todos. Razon tienen los diputados de todos los matices para pedir que se alce en Vergara un monumento que perpetúe la memoria del célebre y fraternal abrazo, que puso fin á una sangrienta lucha de siete años. En contraposicion de esta idea nacional, hallamos en un periódico democrático este pensamiento que horroriza: «Un numeroso ejército que tiene detrás á todo un pais oficial debe vencer al enemigo *con las armas y no con abrazos*, que traen fatales consecuencias.»—Esto es sobre cruelísimo, evidentemente inexacto. Nunca las consecuencias de las reconciliaciones son fatales, y lo prueban de una manera muy luminosa, los servicios que á la causa de la libertad y de la reina doña Isabel II, han prestado y prestan muchos de los que militaron bajo la bandera de don Carlos. Esas ideas de exterminio desdican de las que deben animar á los que blasonan de liberales.

A muy poco de inaugurar las Cortes otra vez sus trabajos, presentó el señor ministro de Hacienda los presupuestos que deben regir desde 1.º de enero de 1856, hasta 30 de junio de 1857. Se ocupan asiduamente en examinarlos la comision y subcomisiones respectivas y evacuarán sus dictámenes pronto; entonces analizaremos el plan del gobierno y las modificaciones que sufra, por ahora nos limitaremos á enunciar que el señor Bruil. no halla manera de cubrir los gastos sin recargar la contribucion territorial en 34.000,000 de rs. y sin restablecer la contribucion de puertas y de consumos impremeditadamente suprimida.

Ahora se está discutiendo el dictámen de la comision sobre el asendereado asunto del ferro-carril del Norte, y tropieza en la direccion que ha de llevar al

cabo. Aquí no hay pensamiento por fecundo que sea, que no se esterilice entre obstáculos y dificultades: aquí la tramitación y el expediente dan al traste con todo: aquí según el dicho agudo de uno de los contemporáneos de mas nota, es necesario hacer el bien como en otras partes el mal, á hurtadillas, á las calladas, cuando faltan voluntad y valor para realizarlo contra viento y marea. Y si no ahí está la Puerta del Sol llena de escombros, y ofreciendo perspectiva muy lastimosa, una empresa anhelando que se la autorice para hacer lo que desean todos, centenares de jornaleros mano sobre mano, ansiosos de ganar el pan con el sudor de su frente y sin pan que llevar á la boca; y sin embargo pasan dias, semanas y meses, y no se avanza sino en dar volúmen á un inconcebible expediente. Sin desembolso del Ayuntamiento ni del Estado, ofrecieron los señores Hamal y Mamby llevar á remate las obras: estas fueron declaradas de utilidad pública por las Cortes: á invitación del Gobierno se presentaron varios planos para las mismas: estos fueron sometidos al exámen de la Academia de San Fernando, y la Academia de San Fernando prefirió el plano de los señores Hamal y Mamby: no pareció este preferible al Gobierno y se decidió por el del señor Font, aunque modificándolo bastante para que sirviera de tipo á otra subasta: esta estuvo abierta durante seis dias; á su expiración se debían de abrir los pliegos: solo se presentó uno y este era de los señores Hamal y Mamby, en que pedían indemnización en el caso de que se adjudicara á otros que á ellos la ejecución de las obras, como que el pensamiento era suyo, y suyo tambien el de que las declararan de utilidad pública las Cortes: y suyos tambien y grandes los desembolsos que llevan hechos hasta ahora. ¡Buena manera por cierto de atraer capitales á España! ¿Quién no se aburre ante embarazos de tal especie? ¿Para cuando es la iniciativa de los gobiernos? ¡Trabajo y dolor juntamente cuesta adquirir el convencimiento de que las revoluciones se suceden á las revoluciones, y que se clama por el progreso á voz en grito, y que son mayores cada vez las trabas que imposibilitan la realización de todo aquello que hace florecientes y prósperas á las naciones!

Sobre la facultad de imprimir cada uno libremente sus pensamientos sin previa censura, se escribe y discute ahora mucho, como que varios editores de periódicos han sido encarcelados sin intervencion del jurado. Hasta hoy han sido estériles tanto los artículos como los discursos, pues continúan los encarcelamientos y la formación de causas por los juzgados ordinarios. Todo se ha remitido á la época en que se discuta y apruebe una nueva ley de libertad de imprenta. Según noticias, el presidente de la comisión de diputados que debe presentar las bases, les ha sometido estos apuntes:

«Para los efectos de la libertad de imprenta, consignada en el art. 3.º, título 1.º de la Constitución, los impresos se dividen en obras, folletos, en prosa ó verso, hojas sueltas y periódicos.

Artículo 1.º Son responsables legalmente de las obras, folletos y hojas sueltas:

En primer lugar su autor.

En caso de ausencia, fuga, insolvencia ó incapacidad del autor, el editor.

Siempre que contra el editor no pueda hacerse efectiva la responsabilidad, el impresor.

Es responsable de todo lo contenido en un periódico, el representante de la empresa que lo haya fundado ó lo sostenga.

Para publicar un periódico se necesita hacer un depósito de 50,000 rs. en Madrid y capitales de provincia de primera clase; de 40,000 en las de segunda; de 30,000 en las de tercera, y de 20,000 en los demás pueblos de la monarquía. Este depósito puede admitirse en metálico efectivo ó en títulos de

la deuda consolidada del 3, 4 ó 5 por 100, ó en acciones de carreteras.

Se exceptúan de la obligacion del depósito *los boletines oficiales* y el *Diario de avisos*, siempre que se limiten á los asuntos que declaren sus títulos, como igualmente los periódicos que no traten de materias políticas y religiosas.

Art. 2.º Son delitos cometidos por medio de la imprenta, los impresos subversivos, injuriosos, calumniosos, obscenos, inmorales y escandalosos.

Son subversivos:

Los impresos contra la religion del estado.

Los que tengan por objeto subvertir el orden social, predicando el repartimiento de bienes y la nivelacion de las fortunas.

Los que conciten á destruir violentamente la ley fundamental.

Los que ataquen de cualquiera modo la persona sagrada é inviolable del rey ó depriman su dignidad.

Los que nieguen la legitimidad de las Cortes ó de cualquiera de los cuerpos colegisladores, las ultrajen ó coarten con amenazas la libertad de sus deliberaciones.

Son sediciosos:

Los impresos que se dirijan á trastornar el orden, ó á turbar la tranquilidad pública.

Los que inciten ó aconsejen la desobediencia á las leyes ó á las autoridades.

Son injuriosos:

Los impresos que menoscaben con dicterios ó palabras ofensivas el crédito y la honra de alguna persona ó corporacion.

No se entiende por injuria la censura de la conducta oficial ó de los actos cometidos por los ministros y demas funcionarios públicos, ni el juicio crítico de cualquiera produccion científica, política ó literaria.

Son calumniosos:

Los impresos que imputen con objeto de perjudicarles, á una persona ó corporacion, algun defecto, vicio ó hecho falso, y que en caso de ser cierto daria lugar á procedimientos de oficio.

Son obscenos:

Los impresos contrarios á la decencia pública.

Son inmorales:

Los impresos que predicen la práctica de los vicios y ofenden las buenas costumbres.

Son escandalosos:

Los impresos que publican hechos de la vida privada, que divulgados pueden turbar el sosiego de una familia ó producir escándalo.

Tambien serán considerados escandalosos los impresos que publican actos del dominio particular sin consentimiento de los interesados.

Art. 3.º Todos los delitos que se cometan por medio de la imprenta serán castigados con multas proporcionadas á su mayor ó menor consideracion, excepto los de injuria y calumnia graves cuyos autores sufrirán ademas penas personales.

El máximo de las penas pecuniarias que podrá imponerse á la persona ó empresa responsable de cualquiera de los delitos que se cometan por medio de la imprenta, será de 15,000 rs. y el mínimo de 1,000.

Las multas que se impongan por algun artículo de periódico se extraerán siempre del depósito que ha de haber hecho la empresa y tendrá á disposicion de la autoridad. Si en el término de veinte y cuatro horas no quedare completo el depósito despues de hecha efectiva la multa, se suspenderá la publicacion del periódico condenado.

Las personas responsables de los libros, folletos, hojas sueltas y otros impresos políticos, para cuya publicacion no se exija depósito, si fuesen multadas, á consecuencia de denuncia, y estuviesen insolventes, sufrirán un día de prision por cada 100 rs.

Art. 4.º El único tribunal á que se someterán todos los delitos cometidos por medio de la imprenta será el jurado.

Habrà dos jurados, uno de acusacion y otro de calificacion.

Para ser jurado se necesita tener veinte y cinco años, ser ciudadano en el ejercicio de sus derechos y cabeza de familia con casa abierta y pagar por contribuciones directas la cantidad de 600 rs. en Madrid, 500 en las capitales de provincia de primera clase, 400 en las de segunda, 300 en las de tercera y 200 en los demas pueblos de la Monarquía.

Ademas tendrán derecho á ser jurados los doctores, los licenciados en leyes, cánones, medicina, cirugía y farmacia, los abogados, los individuos de las academias nacionales y de ciencias, los miembros de las sociedades económicas, los catedráticos en propiedad de los establecimientos públicos de instruccion, los profesores y los maestros de enseñanza, con tal que paguen contribucion.

No podrá ser jurado el que no sepa leer ni escribir.

La espendicion de cualquier periódico ó impreso se empezará precisamente y bajo multa, por entregar un ejemplar al gobernador, y donde no lo hubiere al alcalde primero nombrado y otro al promotor fiscal.

Siempre que se recoja algun impreso, despues de haber empezado á circular, de orden de la autoridad competente, por tener ésta motivo fundado para considerar que puede poner en peligro la tranquilidad pública, deberá denunciarse dentro de doce horas y calificado por el jurado de acusacion antes de las cuarenta y ocho.

Cuando se trate de una demanda de injuria ó de calumnia á instancia de parte, se reunirá á puerta cerrada el jurado de acusacion, donde la parte ofendida tendrá derecho á sostener la denuncia.

A toda demanda deberá preceder un juicio de conciliacion.

Cuando el jurado de acusacion declare que ha lugar á la formacion de causa contra la persona responsable, podrá la vista que haya de celebrarse luego ante el de la calificacion, ser tambien secreta á instancia del interesado, y siempre que así lo acuerde previamente el tribunal por mayoría de votos.

Si la parte ofendida no se conformase con el veredicto de este jurado, tendrá derecho de apelacion á un tercer jurado, cuya sentencia será definitiva.

Art. 5.º Los grabados y litografiados serán considerados como impresos para los efectos legales.

Art. 6.º Ningun cartel, manuscrito, impreso ó litografiado podrá fijarse en los parages públicos sin previo permiso de la autoridad.

Entre estas bases y las de la legislacion vigente es la diferencia poco notable; ni á la imprenta se la asegura mas de lo que está contra las arbitrariedades del gobierno, ni á la sociedad se le pone mas á cubierto de los desmanes de la imprenta. Por supuesto que hablamos de la periodística, siguiendo el uso, porque nunca se habla generalmente de si la libertad de emitir las ideas se halla mas ó menos restringida sino con relacion al periodismo: todos se fijan, por ejemplo, en las trabas y en la casi previa censura que abruma á los periódicos franceses desde fines de 1851; y nadie para mientes en que lo que es en libros se han publicado entre otros dos de Prudhon, en los cuales se predica la supresion de Dios, de la propiedad y del gobierno, y si se dudare, ahí están *La idea de la Revolucion Social del siglo XIX* y *la Revolucion Social demostrada por el*

golpe de Estado del 2 de diciembre. Sobre el periodismo pudiéramos hablar muy largo, y sobre el jurado en España tampoco dejaríamos de extendernos, á no ser porque recelamos si sabríamos limitarnos á lo justo. Una sola idea enunciaremos que mas ó menos tarde, sin duda, será admitida en la legislación de imprenta, se reduce á recomendar como urgente el exigir que cada cual firme lo que escriba, con cuyo requisito ya se pueden dar ensanches á la emisión del pensamiento en letras de molde.

Es de esperar, que las Cortes vuelvan ya pronto á sus tareas constitucionales, porque el cólera-morbo desciende, al parecer á impulsos del frio, y tambien deberá ir á menos la pavora de los señores diputados que han tomado posicion lejos de su influjo; y ya sabemos, que no solo del cúmulo de adiciones y enmiendas y de discursos vanos é insustanciales, sino del estado sanitario de esta coronada villa depende que el pais sea constituido mas temprano ó mas tarde, por cuya regla, los memorables diputados de Cádiz no hubieran sostenido allí el espíritu público, de modo de cerrar aquel baluarte de la libertad á los franceses, si la fiebre amarilla les hubiera impuesto lo que el cólera morbo á los actuales constituyentes.

Y baste ya por hoy de miserias humanas para espaciarnos en las glorias de la civilizacion europea. Con lo cual dicho queda que siguen en derrota los rusos, pagando muy caras la temeridad del difunto emperador Nicolás ante el mundo, y la altanería, ó mejor dicho, la insolencia del príncipe de Mechinkoff en Constantinopla. Desde la ciudad de Sebastópolis hostilizan de continuo los aliados los fuertes del Norte; avanzan por el valle de Baidar para flanquear las posiciones enemigas; envian refuerzos á Eupatoria, en cuyas inmediaciones el general Alonville derrota al general Korf, gefe de la caballería rusa; señalan por rumbo la embocadura del Dniester algunas de sus naves, que bombardean y rinden á Kimburn, donde se preparan á mayores empresas. Donde quiera son vencidos los rusos. Contra Kars hicieron el 29 de setiembre un esfuerzo desesperado, sin otras resultas que aumentar el número de sus reveses, pues los escarmentaron los turcos, haciéndoles perder no menos de cinco mil hombres; y entretanto Omer Bajá se dispone allí á renovar los triunfos insignes que alcanzó á orillas del Danubio á los principios de la guerra. No se la vé el término por ahora, y sin embargo ya se columbran las ventajas que traerá la paz á la independencia de las naciones: quizá al Austria no quede mas vestigio de su dominacion en Italia que Trieste: de seguro se ensanchará el territorio de Cerdeña; y no serán estas las únicas trasformaciones que se verifiquen sobre Italia, donde no se ocultan las simpatías de los mas ilustrados hácia las potencias occidentales, pues hasta trascienden dentro de Roma. Mucha parte de su juventud abrió una suscripcion para socorrer á los sardos heridos en Crimea, y por esta via tuvieron ocasion de manifestar el alborozo que la toma de Sebastópolis les produjo. Dícese que el cardenal Antonelli quiso proceder en su contra, y que su entusiasmo quedó impune, gracias al gefe de las tropas francesas que defienden allí la soberanía temporal del papa.

Quizá en la próxima Revista podamos narrar mas sucesos de bulto con relacion á la guerra de Oriente: lo dan á entender así las noticias que se propagan lo mismo desde París que desde Viena, y así desde Lóndres como desde San Petersburgo.

Ya don Alfonso Escalante ha puesto sus credenciales de representante de España en manos del presidente de la república de los Estados-Unidos. De su discurso tomamos el siguiente pasage:

«Mantener, y aun estrechar cada dia mas, las relaciones cordiales de amistad y mútuo interés que han unido de antiguo á la generosa nacion española y

los Estados libres de la confederacion americana, y orillar con la solicitud que recomiendan la justicia, la buena fé y la conveniencia de ambos paises, cualquier dificultad que pudiese nacer entre los mismos; es, señor presidente, el sincero y ardiente deseo de S. M. C., el de su gobierno y el de la España toda, y la expresa y noble mision que se me ha encomendado.

»Dichoso yo, si con el acendrado amor que profeso á mi patria, con la lealtad y gratitud que debo á mi Reina, y al profundo respeto con que miro y acato los derechos sagrados de la humanidad entera, acierto á cumplir este importante cometido, y pudiese contar con la benevolencia de V. E., señor presidente, y con el aprecio de un pueblo que ha inspirado á mi corazon desde la niñez tan justa admiracion.»

Por su parte el presidente, Pierce, le respondió de esta manera satisfactoria:

«Señor ministro: Tengo la honra de recibir de mano de vd. la carta de S. M. su Reina, con los mismos sentimientos de aprecio y alta consideracion hácia S. M., que vd. acaba de manifestarme en su nombre.

»No puedo olvidar el interés que España ha manifestado de tiempo atrás á este pais. Si bien es cierto que alguna vez que otra han ocurrido cuestiones que han venido á entibiar las relaciones existentes entre España y los Estados- Unidos, tambien lo es que unas se han arreglado ya y que las otras se arreglarán, espero, sin alterar la paz entre los dos paises. Estas dificultades han provenido generalmente de la inmediacion del territorio de ambos. Los intereses del uno están tan ligados con los del otro, que estoy seguro de que así como yo deseo la prosperidad de España, esta desea la prosperidad de los Estados-Unidos.

»La mejor prueba que S. M. la Reina ha podido darme de la sinceridad de sus deseos, ha sido el enviar un representante que, como vd., señor ministro, ha llenado una parte tan grande en la historia de su pais, y ocupado tan interesante puesto en su gobierno. Ahora conocerán los verdaderos sentimientos de ambos pueblos, respecto uno de otro; y se verán colmados sus deseos de paz y cordial amistad.

»Tanto á mí, señor ministro, como al secretario de Estado, aqui presente, nos encontrará vd. siempre dispuestos á facilitar y secundar sus miras para llenar el objeto de su alta mision.»

Con esto coinciden las noticias de la tranquilidad que se goza en la isla de Cuba, y del despecho que atosiga á aquellos de sus naturales que desde las playas de los Estados-Unidos han cifrado sus esperanzas en los triunfos de los filibusteros.

De la que se llamó Nueva España, solo se sabe la llegada á Méjico del general Alvarez, iniciador de la última revolucion de que aquel pais ha sido teatro, con lo cual habrá cesado, aunque no sea mas que por el momento, la anarquía feroz que tenia en alarma á todos.

F.

CARACTER DE LA MONARQUIA VISIGODA.

I.

Uno de los estudios mas importantes para el conocimiento de la legislacion y costumbres de un pueblo, es el relativo al origen, carácter y atributos del poder supremo: esta importancia crece con relacion á la monarquía visigoda, origen de la institucion real en España.

Antes de la fundacion de aquella monarquía, la Península estuvo sujeta cinco siglos al poder romano. Bajo dominacion tan larga, la España careció de historia, de instituciones y de legislacion propias, pues su legislacion, sus instituciones y su historia, fueron las del mismo imperio á quien estuvo subyugada. La legislacion y la historia propiamente españolas empezaron con la dominacion de los visigodos, pues aunque usurpadores como los romanos, esta dominacion preparó la fusion entre vencedores y vencidos, quienes formaron un solo pueblo. Ciertó que esta fusion fué lenta, y que los godos y romanos se diferenciaron originariamente en sus creencias, costumbres y leyes; pero la lentitud era inexcusable, pues solo el tiempo y una sana política pueden orillar las dificultades consiguientes al antagonismo de dos razas heterogéneas, como la conquistadora y la conquistada.

En su origen, los visigodos y los romanos (1) se gobernaron recíprocamente por sus costumbres y leyes escritas. Eurico fué el primer monarca compilador de las costumbres de los visigodos; pero esta compilación se hizo exclusivamente para uso de los mismos. Los romanos continuaron rigiéndose por sus propias leyes, á cuyo fin Alarico las compiló nuevamente, conociéndose esta compilación bajo los nombres de Breviario de Aniano ó Código Alariciano. Digno es de observar, sin embargo, que antes de la fusión de las dos legislaciones, y después de los reinados de Chindasvinto y Recesvinto, primeros compiladores del Fuero Juzgo, la legislación romana fué el elemento preponderante en la Península: muestra de respeto que la barbarie de los vencedores rindió á la civilización de los vencidos.

A pesar de aquella predilección por la jurisprudencia del imperio, la organización del poder supremo se vació principalmente en el molde de las costumbres germánicas primitivas. Los visigodos eligieron siempre sus caudillos, y el elemento electivo fué el preponderante desde que Ataulfo echó los primeros cimientos de la monarquía: pues, aunque tanto en el período del arrianismo como en el del catolicismo se dieron ejemplos de suceder los hijos en el trono de sus padres, estos ejemplos singulares no constituyeron derecho, antes bien hubo monarca á quien costó el trono el mero intento de proyectar su repetición, y en los casos coronados de buen éxito, hizo las veces de elección el reconocimiento de los grandes y prelados.

Hasta los tiempos de Recaredo, la elección real se rigió exclusivamente por la costumbre, no existiendo ley anterior á dicha época, prescriptiva de fórmula alguna concerniente á ella. La elección estaba, pues, abandonada á las eventualidades de los tiempos, y como en aquellos, y aun en casi todos, por desgracia, la fuerza ha impuesto á la sociedad su pesado yugo, la razón confirmada por la historia persuade que los caudillos fueron los verdaderos electores de los reyes visigodos; no quedando á la nación otro recurso sino someterse á la voluntad de los mas fuertes (2).

Las leyes existentes en la colección visigótica, relativas á la elección régia, son posteriores á la abjuración del arrianismo. Los concilios toledanos organizaron convenientemente el acto de elegir monarca después

(1) Así son llamados, en las colecciones legislativas de la época visigoda, los naturales de España.

(2) Véase la Crónica de los visigodos por Jornandez, capítulo 44, acerca de la elección de Turismundo por el ejército, y su reconocimiento por la nación.

de los días del reinante, y desde entonces la preponderancia del elemento militar, símbolo de la fuerza, cedió casi siempre ante la influencia de los prelados, personificación de la inteligencia. Los padres del cuarto sínodo, después de expresar su solicitud en favor de los monarcas, y de anatematizar los atentados contra su vida, ordenaron que muerto el príncipe reinante se reuniesen los mayores de los godos y los obispos, para elegir sucesor en el reino (3). Los prelados del quinto sínodo reprodujeron igual precepto, aunque generalizando el derecho activo de elección, pues ordenaron que ninguno aspirase al reino sino por voluntad de los godos (4). Los del sexto sínodo la repitieron del propio modo, requiriendo á la vez en el elegido que fuese del linage godo y de buenas costumbres (5), y finalmente, continuando siempre en el mismo propósito, los padres del octavo concilio toledano establecieron la verdadera pauta de elección de los monarcas visigodos, pues declararon el lugar donde debía hacerse, por quienes debían ser elegidos, las condiciones que el candidato debía reunir, las virtudes que le debían adornar, y el juramento que debía prestar antes de posesionarse del reino (6). La costumbre inmemorial entre los visigodos de elegir sus gefes

(3) Nullus apud nos præsumptione regnum arripiat; nullus excitet mutuas seditiones civium; nemo meditetur interitus regum, sed defuncto in pace principe primatus totius gentis cum sacerdotibus successorem regni concilio communi constituam, ut dum unitatis concordia à novis retinetur, nullum patriæ gestisque discidium per vim atque ambitum oriatur..... Canon LXXV, de donde está tomada la ley IX, libro I. De electione Principum, del Fuero Juzgo.

(4) Quapropter quoniam in consideratè quorundam mentes et se minimè capientes, quos nec origo ornat, nec virtus decorat, passim putant licenter ad regni potestatis pervenire fastigia, hujus rei causa nostra omnium cum invocatione divina profertur sententia: ut quisquis talia meditatus fuerit, quem nec electio omnium provehit nec gothicæ gentis novilitas ad hunc honoris apicem trahit, sit a consortio catholicorum privatus et divino anathema condemnatus. Can. III. y Ley V. tit. preliminar del Fuero Juzgo.

(5) Quamquam in concilio anteriori quod anno primo gloriosi Principis nostri habitum est de hujusmodi re fuerit promulgata sententia, tamen placet iterare quod convenit custodire.... Rege verò defuncto nullus tyranica præsumptione regnum assumat, nullus sub religionis habitu detonsus aut turpiter decalvatus aut servilem originem trahens vel estraneæ gentis homo, nisi genere Gothus et moribus dignus provehatur ad apicem Regni.... Cap. XVII.

(6) Abhinc ergo et deinceps ita erunt in regni gloriam præficiendi rectores, ut aut in urbe Regia, aut in loco ubi Princeps decesserit cum Pontificum majorumque palatii omnimodo eliguntur assensu, non forinsecus aut conspiratione paucorum aut rusticarum plevium seditioso tumultu, erunt catholicæ fidei assertores eamque et ab hac quæ imminet judæorum perfidia et à cunctarum hæresum injuria defendentes; erunt actibus, judiciis et vita modesti; erunt in provisionibus rerum tam parci amplius quam extenti, ut nulla vi aut factione scripturarum vel exigant vel exigendos intendunt; erunt in conquisitis oblationis graticimæ rebus non prospectantes proprii jura commodi sed consulentes patriæ atque genti; de rebus congregatis ab eis illas tantum sibi vindicent partes quas dicaverit auctoritas principis; verum quæcumque inordinata reliquerint, hereditabunt gloriam successores, propria eorum et ante regnum justisimè conquisita aut hæredes capiant jure proxi-

ó caudillos fué, pues, el origen del carácter electivo que tuvo en su cuna la monarquía española, y que no perdió sino siglos despues de estar empeñada la gloriosa lucha de su restauracion.

II.

Desde que el amor al estudio de la antigüedad tiene tantos apasionados, es comun ver empeñadas muy reñidas contiendas acerca de la exactitud de algunos hechos históricos importantes de la monarquía visigoda: tal es el relativo á la verdadera indole del poder de sus reyes. El punto investigado es antiquísimo: los materiales de aquella época escasos: á veces se presentan con caractéres al parecer contradictorios, y supuestas aquellas condiciones, la divergencia de pareceres es muy disculpable.

Los historiadores y publicistas que han examinado mas ó menos extensamente el poder y atributos de los reyes visigodos, están muy discordes sobre la naturaleza, extension y límites de las prerogativas de aquellos monarcas. Unos les han creído absolutos, sin mas freno que el de su conciencia (7): otros juzgaron calificarles propiamente llamándoles teocráticos (8): quienes han creído que los monarcas visigodos lo gobernaban todo á su albedrío, con las solas limitaciones de no poder senten-

mitatis. De affinium successione vel munere quamvis inordinata relictá, aut primum tantum filiis aut hæredibus sequenter proficiant vel propinquís, atque ita in eorum cunctis actibus, moribus atque rebus præfatæ legis erit auctoritas valitura, ut et perenniter maneat inconvulsa. Et non prius apicem Regni quisque percipiat, quam se illam per omnia suppleturum jurisjurandi taxatione definiat..... Canon X concordante con la ley 2. tit. 1.º prelim. del Fuero Juzgo.

(7) El señor Sampere, dice hablando del consejo y de la autoridad real en la monarquía goda..... «Pero ni los grandes, ni el clero, ni el oficio palatino, ni el consejo, como quiera que este fuese en aquel tiempo, ni aun los concilios mas autorizados y respetados por toda la nacion española, bastaron para contener el despotismo de los reyes godos. ¿Qué seguridad, ni qué libertad podia gozarse bajo un gobierno, por el cual los soberanos apenas tenian mas freno que su conciencia?... En el visigodo, realmente todo el poder legislativo y ejecutivo residia en los reyes.....» y mas adelante añade: «Los mismos concilios, esos mismos grandes y aquella misma nacion, tan fiera y tan amante de su libertad y de sus costumbres primitivas, esa misma vino á ceder á sus reyes el derecho mas precioso y mas fundamental de todos los Estados, cual es el poder legislativo, consintiendo que se sancionara en su código civil.....» Sampere, Historia del derecho español, cap. 14.

(8) El gobierno de los godos era en la apariencia una monarquía absoluta; pero el poder de su caudillo ó rey estaba tan limitado en su ejercicio por el influjo ó intervencion de los prelados, que calificándole con propiedad, bien podria llamarse teocracia. Los reyes godos, en los dias primeros de su monarquía, no estaban menos tenidos á raya por los nobles, siendo de hecho *primi inter pares*.... Dunham, Hist. de Esp., cap. 4.º

ciar sino con las formalidades ordinarias de la justicia, y de necesitar el concurso de los grandes y prelados para que sus decretos fuesen valederos mas allá de sus respectivos reinados (9); y aun existe, en fin, quien supone que, deseando los visigodos poner una barrera al poder de sus monarcas, sofocar las semillas de la tiranía y precaver las consecuencias del gobierno arbitrario, sujetaron la autoridad de los principes con el establecimiento de las grandes juntas nacionales, en que de comun acuerdo se debían ventilar y resolver los asuntos mas árdulos del Estado (10). Es, pues, evidente la contrariedad entre los juicios formados acerca del carácter de la monarquía visigoda: los unos sostienen que era absoluta: los otros le ponen algunas limitaciones, y aun existe quien vé en ella la division de poderes que constituye la esencia de las instituciones llamadas modernamente representativas.

¿Pero cuál de aquellas contradictorias opiniones es la verdadera? No sería indiscreto contextar que ninguna, porque todas parten de supuestos viciosos: de que la monarquía visigoda, ora se la crea absoluta, limitada ó representativa, tiene semejanza con la estructura propia de las de su género en los actuales tiempos. Aquella monarquía era *sui generis*: lo que podia ser entonces, con sus tradiciones del imperio, con sus instintos esencialmente militares y con la rudeza é ignorancia propias

(9) Nuestros reyes eran verdaderos monarcas independientes, que podían mover guerras y hacer paces, y disponer y mandar como querían en cualquier asunto de gobierno, con dos restricciones solas: la primera, que sin las formalidades legítimas de tribunal y proceso no podían dar sentencia odiosa; pero si favorable y de perdon, porque siempre se ha considerado como regalia propísima del soberano la graciosa dispensa del rigor de las leyes: la segunda, que sus órdenes y decretos no tenían fuerza sino durante su vida, y solo recibían perpetuidad y vigor de ley, cuando lograban la aprobacion de los dos estados eclesiástico y secular, con la firma de los obispos y de los grandes del reino. Masdeu, *Historia crítica de España*.—*España goda*, libro 3.º

(10) De tal suerte los godos traspasaron á sus principes el sumo imperio y el ejercicio de la soberana autoridad, que de ninguna manera consintieron en privarse absolutamente de la que naturaleza concedió á los pueblos, y permanece siempre en toda sociedad como en su fuente y origen primordial. Así fué que, siguiendo en esto como en otras muchas cosas las máximas políticas de los germanos, no otorgaron á los reyes un poderío ilimitado, libre y despótico.... La real dignidad estaba íntima y esencialmente enlazada con el mérito y virtud de los principes, y pendiente de la exactitud con que desempeñaban sus operaciones, y de la obediencia que debían prestar á las leyes, y de la religiosa observancia de los contratos, condiciones y pactos bajo los cuales habían subido al trono.... Pero la circunstancia mas notable de la constitucion del reino visigodo, y que siempre se consideró como ley fundamental del gobierno español, fué que deseando la nacion oponer al despotismo una barrera incontrastable y sofocar hasta las primeras semillas de la tiranía, y precaver las fatales consecuencias del gobierno arbitrario y de la ambicion de los principes, sujetaron su autoridad con el saludable establecimiento de las grandes juntas nacionales, en que de comun acuerdo se debían ventilar y resolver libremente los mas árdulos y graves asuntos del Estado. Martínez Marina, *Teoría de las Cortes de los reinos de Leon y Castilla*, 1.ª parte, cap. 1.º

de aquellos aciagos siglos. Pretender amoldar aquellas instituciones á las conocidas actualmente, seria como querer explicar los trages de entonces, por los que usamos en la sociedad moderna. No existe semejanza entre ellos, y si algunos pretendiesen hallarla, sus pareceres serian tan discordes como las opiniones emitidas sobre el punto histórico controvertido. Aunque no existiesen razones para creerlo así, esa misma divergencia nos convenceria de la escasa razon de los contendientes: porque cuando los hechos históricos están justificados suficientemente, la duda racional es casi imposible. ¿Quién puede hoy dudar del carácter representativo de la monarquía inglesa, ni del absoluto del imperio ruso? Pues esta evidencia es el signo distintivo de los hechos bien calificados.

La manera mas racional de investigar la índole de un gobierno consiste en observar donde reside la facultad de legislar y de ejecutar las leyes. La teoría de toda organizacion política está circunscrita á la fórmula de mandar y obedecer: el poder es quien manda y el súbdito quien obedece. Los gobiernos reciben sus diversas clasificaciones, segun la forma dada al ejercicio del poder. Donde la potestad de hacer y de ejecutar las leyes reside exclusivamente en los monarcas, la opinion universal apellida el gobierno absoluto. Este era, pues, el carácter esencial de la monarquía visigoda; pero sometido siempre su poder á influencias mas ó menos preponderantes, segun las prendas de quien le ejercia, y las circunstancias transitorias de quienes le auxiliaban. La opinion expresada por Sempere en su historia de la legislacion española parece la mas juiciosa, si bien un tanto inexacta, por los términos absolutos con que está formulada.

Las nueve leyes contenidas en el título de la Coleccion Visigótica, *de legislatore*, se refieren evidentemente al rey, en quien reconocen los poderes judicial y legislativo. «Las cosas que son comunales débelas gobernar con amor de toda la tierra: las que son de cada uno débelas defender omildiosamente, que toda la universidad de la gente lo hayan por padre, é cada uno lo haya por señor, é así lo amen los grandes, é lo teman los menores en tal manera, que ninguno non y aya duda del servir, é todas se metan aventura de muerte por su amor (11).» No es posible dudar acerca de que el rey es el legislador, cuyos deberes especifica el primer título, libro primero de la legislacion visigoda: solo á él cuadran los dictados de padre de la universidad y señor de ca-

(11) Ley 8, tit. 1.º, lib. I, Fuero Juzgo, versión romanceada.

da uno: *ut hanc universitas patrem, parvitas habeat dominum.*

La potestad legislativa de los monarcas visigodos se comprueba además por otras disposiciones del propio código. Las contiendas provocadas sobre puntos omitidos por la ley, debían los jueces elevarlas al conocimiento del príncipe, emplazando ante él á las partes para oír su real acuerdo, el cual se insertaba en el cuerpo de las leyes (12). Los reyes visigodos podían, en fin, decretar nuevas leyes cuando la necesidad lo aconsejase, y sus decretos tenían la misma fuerza que las preexistentes (13): se estrellan, pues, contra la autenticidad de los datos anteriores, los que suponen á los monarcas visigodos privados del ejercicio absoluto del poder legislativo.

Empero, además de legisladores eran también jueces, como lo indica el epígrafe: *qualis erit in judicando artifex legum* (14): es decir, que reunían en sí todos los atributos del poder, pues en aquellos remotos tiempos, la justicia absorbía todo lo que en los tiempos presentes está bajo la influencia de la moderna ciencia administrativa.

El rey administraba indistintamente la justicia civil y criminal en primera ó segunda instancia, y este atributo era tan esencial de aquella monarquía, que ninguno podía ejercerle sino en virtud de delegación expresa (15). Los padres del concilio de Toledo creyeron pernicioso el ejercicio de este poder, y rogaron á Sisenando y sus sucesores que abandonasen á los gobernadores la decisión de los pleitos civiles y criminales, reservándose meramente la prerrogativa de hacer gracia (16): esta súplica comprueba evidentemente la costumbre de ejercer por sí los monarcas visigodos las funciones judiciales.

(12) Nullus iudex causam audire præsumat quæ in legibus non continetur; sed comes civitatis vel iudex, aut per se, aut per exsequutorem suum conspectui principis utrasque partes præsentare procuret, quo facilius, et res finem accipiat, et potestatis regie discrezione tractetur, qualiter exortum negotium legibus inseratur. Ley 44, tit. 4.º, lib. 2 del Fuero Juzgo.

(13) Sane leges adiciendi, si justa novitas causarum exegerit principalis electio licentiam habebit, quæ ad instar præsentium legum vigorem plenissimum obtinebunt. Ley 42, tit. 1.º, lib. 2 del Fuero Juzgo.

(14) Erit iudicans in indagando vivax, in præveniendi fixus, in decernendo non auxius, in percutiendo parcus, in parcendo assiduus, in innocente vindex, in noxi, temperatus, in advena sollicitus, in indigena mansuetus. Personam tanta nesciat accipere, quanto et contemnat eligere. Ley 7, tit. 1.º, Fuero Juzgo.

(15) Dirimere causas nulli licebit, nisi aut a principibus potestate concessa, aut ex consensu partium electo iudice trium testium fuerit electionis pactio signis, vel subscriptionibus roborata..... Ley 43, tit. 1.º, lib. 2 del Fuero Juzgo.

(16) Nec quisquam vestrum solus in causis capitum aut rerum sententiam ferat, sed consensu publico cum rectoribus ex iudicio manifestu delinquentium culpa patiscat, servata vobis inoffensis mansuetudine, ut non severitate magis in illis quam iudulgentia polleatis..... Cap. LXXV. Concuerda con la ley 9, tit. preliminar del Fuero Juzgo.

La disposicion benévola de Sisenando y de casi todos sus sucesores á secundar los deseos de los sínodos toledanos, induce á la creencia de que en lo sucesivo escasearian el ejercicio del poder judicial; mas no le abandonaron totalmente, como se comprueba por varios textos de las colecciones civil y canónica. Los padres del sínodo XIII refieren como jurisprudencia inconcusa, que los reyes imponian por sí penas ligeras, como la de azotes (17), y aun despues de escasear el ejercicio de las funciones judiciales, conservaron intacto el de la alta justicia, por virtud de la cual resolvian las alzadas interpuestas de los fallos de los gobernadores de provincia (18).

Pero si los monarcas visigodos fueron de derecho legisladores y jueces de sus pueblos, de hecho vieron muchas veces limitado su poder, por el influjo mas ó menos legitimo ó preponderante de los próceres y prelados.

El uso frecuente del regicidio durante el periodo de la monarquía visigodo-arriana, demuestra la existencia de un derecho consuetudinario autorizado como poder moderador de la dictadura de aquellos monarcas. De diez y seis principes reinantes desde Ataulfo hasta Leovigildo, nueve murieron asesinados, dos en la guerra y solo cinco de muerte natural. El rey era ciertamente legislador y juez para decidir sobre la vida y patrimonio de sus vasallos; pero la sociedad visigodo-arriana empleaba un moderador eficacísimo: el puñal siempre alzado contra el príncipe que abusaba de su poder. La razon rechaza la existencia habitual de un poder público ilimitado; pero cuando el buen sentido ha olvidado establecer limitaciones legales á ese mismo poder, el instinto de conservacion se encarga de proporcionarlo, y lo encuentra siempre en el inmenso arsenal de las pasiones.

(17) Qui etiansi pro culpis minimis, ut assolet, flagellorum ictibus a principe verberentur, non tamen ex hoc aut testimonium amissuri sunt aut rebus sibi debitis privabuntur..... cap. II.

(18) Si quis judicem aut comitem vel vicarium comitis seu tiufadum suspectos habere se dixerit, et ad suum Ducem aditum accedendi poposcerit, vel fortasse eundem ducem suspectum habere se dixerit, non sub ac ocatione petitor, ac præsertim pauper quilibet patiatur ultra dilationem. Sed ipsi, qui judicant ejus negotium unde suspecti dicuntur haberi, cum episcopo civitatis ad liquidum discutiant, atque pertractent, et de quo judicaverint pariter conscribant, subscribantque judicium: et qui suspectum judicem habere se dixerat, si contra eum deinceps fuerit querellatus, completis prius quæ per judicium statuta sunt, sciat sibi apud audientiam principis appellare judicem esse permisum. Ita ut si judex vel sacerdos reperti fuerint nequiter judicare, et res ablata querelanti restituatur ad integrum, et a quibus aliterquam veritas habuit judicatum est, aliud tantum de rebus propriis ei sit satisfactum. Si certe injustam contra judicem querellam detulerit, et causam, de qua agitur, juste judicatam fuisse constiterit, damnum, quod judex sorti debuit, petitor sortiatur. Et si non habuerit unde compositionem exsolvat, C. flagelis.... judicis presentia verberetur.... Ley 22, tit. 4.º, lib. II, Fuero Juzgo.

Al advenimiento al poder del príncipe Recaredo, la condicion de los monarcas visogodos cambió ostensiblemente. Este cambio no fué debido á la promulgacion de leyes nuevas limitativas de su poder soberano, sino al saludable influjo de las nuevas creencias, y á la preponderancia casi absoluta de los consejos del clero en las decisiones del monarca.

La influencia que los prelados católicos ejercieron sobre el poder, desde la abjuracion del arrianismo, fué agena á la organizacion política de la monarquia, la cual continuó siendo la misma: nació del prestigio que el saber, la virtud y demás excelentes prendas de aquellos prelados ejercieron sobre los monarcas y sobre la generalidad de los ciudadanos. La autoridad del clero era pues moral: no estaba garantida por las leyes: se apoyaba meramente en la opinion, en el prestigio, que es la sancion mas eficaz y poderosa; pero legalmente no habia otro poder que el del monarca, quien reunia, consultaba y confirmaba despues las deliberaciones de los concilios. Los P.P. toledanos intentaron varias veces hacer anuales sus sínodos y nunca lo consiguieron: los asuntos que trataban eran previamente designados por el rey: sus decisiones se sancionaban por el mismo, y por último, ninguna ley obligaba á los monarcas á reunir sínodo periódicamente ni por causas determinadas, por cuya circunstancia unos lo reunieron mas, otros menos y algunos no convocaron ninguno. Tampoco habia reglas acerca de las materias de que se debian ocupar los concilios, razon porque unas veces lo hacian de asuntos meramente canónicos, y otras de políticos ó civiles. Los concilios de Toledo, tan célebres en el orbe cristiano por su sana moral, y en el político, por su preponderante influencia en el gobierno de la monarquia visigoda, no adquirieron su poder de las leyes política ni civil, sino de las creencias de la época, del amor de neófitos que, tanto los monarcas como los súbditos, tenian á los ministros de una religion que abrazaron con entusiasmo: del respeto que tanto á los unos como á los otros les inspiraban unos hombres llenos de virtudes y poseedores de toda la ciencia de aquellos tiempos. En una palabra, el poder de los P.P. de Toledo era moral y no político ni civil; estaba arraigado en el corazon de los visigodos, y por eso fué eficaz aun careciendo de la sancion de la ley.

III.

Para evidenciar la exactitud de esta opinion y el error de los que sustentan otras contrarias, es muy conveniente examinar esos mismos sinodos toledanos, sobre los cuales tan encontrados juicios se han emitido. Diez y siete son los mencionados en las colecciones canónicas mas autorizadas, pues aunque en otras se refieren hasta veinte y uno, se suprimen los restantes por causas ajenas del momento. De aquellos diez y siete concilios, los dos primeros fueron verdaderos sinodos eclesiásticos, celebrados, el primero en el año 400, en tiempo de los emperadores Arcadio y Honorio y del consulado de Stilicon, y el segundo en el de 517, año quinto del reinado de Amalarico, con cuya autorizacion se reunieron ocho prelados.

El primer concilio que debe ocuparnos es el tercero efectuado en el año 589, cuarto del reinado de Recaredo: sínodo muy célebre, pues en él se hizo la profesion de fé de los godos convertidos al catolicismo. Desde este concilio se observan en todos ellos ciertos caractéres generales muy dignos de atencion y exámen.

Dichos caractéres no aparecen siempre con igual evidencia; pero esta variacion procede sustancialmente de la mayor ó menor formalidad de las actas. Por ejemplo: los escritores eclesiásticos y profanos están conformes en que los monarcas reinantes convocaron todos los concilios toledanos, desde el III al XVII inclusives. El mayor número de sus actas refiere esta circunstancia, y sin embargo las del IX, X y XI guardan silencio sobre ella, ¿Querrá esto decir, que en estas tres ocasiones los P.P. se reunieron espontáneamente, sin llamamiento especial del príncipe? No: este silencio procede de omision de los redactores de las actas, y asi es que el último de esos concilios fué autorizado por diez y siete próceres, quienes no habrian concurrido sin autorizacion expresa del monarca. Partiendo, pues, de este supuesto, investiguemos los caractéres generales de los sinodos toledanos, para ver si podemos hallar en ellos su verdadera accion en la estructura de la monarquía visigoda.

El primer rasgo general que en dichos concilios se distingue, es su constante convocacion por el príncipe reinante: fundados algunos escritores en esta circunstancia, han calificado á aquellos concilios de córtes

generales del reino. La doctrina expuesta por los padres del segundo sínodo, acerca de que la convocatoria era un atributo propio del metropolitano (19), disculpa en cierto modo esta creencia; mas para desecharla deben tenerse en cuenta las circunstancias de aquellos tiempos, y que en punto á convocatorias, la disciplina eclesiástica no fué siempre la misma.

Convertidos los visigodos con Recaredo á la fé católica, natural era que los príncipes se constituyesen protectores de la Iglesia, y que se atribuyesen el derecho de convocar los concilios. Por iguales circunstancias, los emperadores romanos ejercieron ese mismo derecho, siendo dos ejemplos notorios y solemnes, la convocatoria de los dos primeros concilios generales nicenos por Constantino y Teodosio. Pero además del ejercicio constante de aquella prerogativa, los mismos papas la reconocieron alguna vez, como se comprueba por la carta que Leon II escribió á Ervigio, para que acogiese piadosamente la definicion del concilio tercero de Constantinopla contra la doctrina de los monotelitas y otros hereges, mandando que fuese predicada y suscrita por los piadosos prelados de la Iglesia española (20).

Mas no solo el rey convocaba los sínodos, sino que su convocatoria dependia exclusivamente de su voluntad soberana. Por lo mismo, hubo monarcas que reunieron uno, dos y aun tres durante su reinado, pero los mas no convocaron ninguno. Es muy cierto que los prelados intentaron varias veces erigir en ley del reino la reunion periódica del concilio (21); pero sus deseos no se vieron cumplidos sino dos veces en los reinados de Recesvinto y de Ervigio, las cuales no pueden servir de regla; pues en los siguientes años de sus respectivos reinados no hubo reunion de ningun género. Si, pues, los monarcas visigodos reunian el concilio cuando les placia, su existencia no se puede reconocer de derecho como un poder moderador de la soberanía del príncipe; mas bien como un gran consejo que el propio príncipe convocaba cuando queria ilustrarse sobre los graves asuntos concernientes al Estado. Me parece

(19) Sane juxta priorum canonum decreta concilium apud fratrem nostrum Montanum Episcopum, si Dominus voluerit, futurum pronuntiamus, ita ut frater et coepiscopus noster Montanus; qui in metropoli est, ad comprovinciales nostros Domini sacerdotes litteras de congreganda Synodo adveniente tempore debeat destinare. Cánón V, segunda parte, del concilio II Tolet.

(20) Coleccion canónica de España, publicada por don Francisco Antonio Gonzalez; tomo 4.º, fol. 439, Madrid, 1849. El rey convocó al efecto sínodos provinciales, y como tal el XIV. de Toledo, no reuniéndose el concilio nacional, por las razones expresadas en dicho sínodo, referidas al mismo Sumo Pontífice.

(21) Asi lo acordaron los padres del concilio IV, cap., III; los del IX, al pié de sus actas, y los del XI cap. XV.

un delirio de imaginaciones preocupadas, la pretension de identificar estos sínodos con los cuerpos colegisladores existentes en las monarquías constitucionales de Europa. Los concilios toledanos carecian en lo temporal de vida propia, pues la recibian de los monarcas, y bien se alcanza la insuficiencia de instituciones de este género para tener á raya el poder ilimitado del príncipe, siendo él quien se lo limitaba voluntariamente á sí mismo.

Otro de los rasgos generales de los concilios toledanos es, que solo se ocupaban en los asuntos señalados por los mismos monarcas, especialmente con relacion á las materias políticas y civiles. Acerca de este punto se ofrece igual variedad que sobre el anterior, pues las actas sinodales no son siempre explícitas; pero esta variedad no desmiente la realidad de su existencia. Del mayor número de concilios resulta, que reunidos los prelados en virtud de la real convocatoria, el príncipe entraba en su seno, les saludaba mas ó menos expresivamente y les decia el objeto de su convocatoria. La exposicion de asuntos se hacia de dos modos: de palabra ó por un escrito llamado *tomo régio*. La primera fué mas frecuente al principio; pero la segunda, empleada ya en el III convocado por Recaredo, fué la fórmula casi constante de inaugurar los últimos sínodos toledanos. Observemos lo ocurrido en los casos de este género, y nos convenceremos de que los concilios toledanos se ocupaban solo en los asuntos señalados por los monarcas, que es el segundo rasgo general que constituye su especial fisonomía.

En el concilio III, Recaredo recomendó al sínodo que se diese prisa á proclamar la abjuracion del arrianismo y á oír de los obispos, religiosos y próceres del reino, la fé con que creyeron en Dios, y el sínodo formuló su profesion de fé. El mismo Recaredo recomendó despues al sínodo el establecimiento de algunas prescripciones para firmeza de la religion Católica y refrenamiento de las costumbres, y sus deseos quedaron cumplidos. Todo lo acordado en aquel memorable concilio fué por excitacion del católico Recaredo, y así lo dió éste á entender en su edicto confirmatorio (22).

El ortodoxo Recesvinto autorizó en su tomo régio al sínodo VIII para terminar en justicia las quejas que se le presentasen, y para reformar las leyes en la forma que estimase conveniente. Reducid, dijo, á la claridad del medio dia las oscuridades y dudas que se encuentren en

(22) Véanse las actas del concilio III de Toledo en la coleccion de cánones de la Iglesia española de don Francisco Antonio Gonzalez antes citada.

los cánones, y tratad de concordar con justicia, piedad y templanza todos los negocios que se presenten á vuestra audiencia (23).

En el tomo régio presentado por Ervigio á los padres del concilio XII de Toledo, recomendó entre otras cosas la correccion de las leyes que encontrasen absurdas ó les pareciesen contrarias á la justicia: que estableciesen nuevas leyes sobre los puntos descuidados, y por último excitó á los padres santos y á los varones ilustres de Palacio, para que sin tener en cuenta la clase de personas, examinasen y resolviesen con sano criterio los asuntos á su audiencia presentados (24). En el tomo régio presentado por el propio monarca al concilio XIII, para que no pudiera olvidarse ni omitirse nada de cuanto pudiera decir de palabra, refirió todos los particulares de que debia ocuparse el sínodo; cuya exposicion hacia á fin de que los padres y varones palatinos reunidos, los tratasen y discutiesen para su estabilidad y firmeza (25).

En los concilios XV, XVI y XVII, celebrados durante el reinado de Egica, este monarca presentó tambien tomos régios, expresando en ellos mas ó menos menudamente, los particulares sometidos á su deliberacion y exámen. Sin embargo, para no cansar con repetidos ejemplos, citaré solo el tomo régio presentado al concilio XVI celebrado en el sexto año *del inclito y ortodoxo señor y príncipe Egica*. En dicho tomo, las materias sometidas al sínodo están expuestas con un método, precision y claridad admirables. Cada período es un asunto, y cada asunto tiene su decreto en las actas del concilio. El rey se quejó de la perfidia de los judios, y el sínodo los castigó en su primer capítulo. El monarca se lamentó del culto de la idolatria, y el concilio proveyó á ello seguidamente. Se indica el exterminio del pecado nefando, y el canon tercero lo anatematiza. Se reclama contra los eclesiásticos malversadores de los bienes de sus iglesias, y el capítulo V satisface los deseos del príncipe. El monarca, en fin, se queja de la soberbia de los maquinadores contra su real persona, contra la nacion y gente de los godos, y el sínodo los castiga, prescribiendo ademas en el canon VIII que se digan plegarias por el rey al celebrar en todas las iglesias el Santo Sacrificio de la Misa (26).

(23) Véanse las actas del VIII concilio id.

(24) Véanse las actas del concilio XII de Toledo.

(25) Id. las del XIII.

(26) Sed et quod his potius est, zelo Dei zelantes abrogandam judeorum utriusque sexus perfidiam radicitus demite, ut et legum nostrarum sententias quæ ob perfidiam eorum et in preteritis edite et hodiernæ sunt tempore condite, omni valeant robore subnixæ; et excessus nequitie ipsorum earundem legum dispereant sanctione..... Inter cetera tamen obscenum crimen illud de cuncubitoribus masculorum extirpandum decernite, quorum horrenda actio et honestæ vitæ gratiam maculat, et

No cabe, pues, mejor armonía entre las preguntas y las respuestas, entre los deseos del monarca y los acuerdos del concilio. Solo así se concibe la solicitud con que los monarcas visigodos sometían frecuentemente al examen y resolución de los sínodos toledanos, los asuntos más áridos concernientes al gobierno del Estado.

Empero los concilios de Toledo, no solo se reunían y deliberaban en virtud de la convocatoria y señalamiento de materias especificadas en las alocuciones verbales ó escritas que les dirigía el príncipe reinante, sino que sus deliberaciones no adquirían fuerza obligatoria sino después de la promulgación regia; cuya circunstancia es el tercer rasgo general observado en los referidos concilios.

La existencia de este carácter en las actas de los concilios toledanos es tan evidente, que aun los escritores eclesiásticos le han reconocido, si bien disculpando su existencia con las prescripciones del bien del Estado. Apoyados en la autoridad de San Agustín y de San León, creen que los monarcas no pueden mostrar su piedad de un modo más conveniente, sino decretando la observancia de los preceptos de la Iglesia; *pues Dios no les ha dado solo la potestad real para el gobierno mundano, sino principalmente para proteger la Iglesia y defender sus estatutos*. En comprobación de las autoridades invocadas, refieren el suceso del segundo sínodo general, cuyos padres dieron cuenta á Teodosio el Magno de sus decretos, pidiéndole la confirmación de sus actas, *así como favoreció á la Iglesia con sus cartas convocatorias*. Con estos precedentes, los mismos escritores eclesiásticos creen muy natural que los monarcas visigodos siguiesen el ejemplo de los emperadores, de convocar y confirmar los concilios; viendo solo en ello una muestra de lo muy unidos que se hallaban con los P.P. de la Iglesia (27).

Aun cuando estoy conforme con los escritores aludidos en punto á reconocer el hecho constante de la real convocatoria para la reunión de los concilios toledanos, disiento de ellos en cuanto suponen que los prin-

iram coelitus superni vindicis provocat. Et quia plerique perfidorum cothurno superviæ dediti non ex Deo regale fastigium sed solo jactantie tumore appetere dignoscuntur; quicumque amodo ex palatinis, cujuslibet sit ordinis vel honoris persona, in necem regiam vel excidium gentis ac patriæ gothorum fuerit conatus intendere, aut quodcumque conturbium intra fines Hispaniæ tentaverit escitare, tam ipse quam omnis ejus posteritas ab omni palatino expulsa officio sub tributali impensione fisco debeant perpetui inservire, amisis insuper facultatibus propriis, quas cui voluerit licenter conferat clementia principalis..... Estos períodos están tomados del estenso *tomo régio* presentado al concilio XVI, cuyo original se halla en la colección canónica antes citada.

(27) Véase el tomo I de la colección de concilios de la Iglesia española; Madrid, 1849, fól. 494; de la confirmación de los cánones por la temporal potestad, y el tomo II de dicha colección, fól. 437.

cipes visigodos siguieron el ejemplo de los emperadores romanos, pues las circunstancias de los unos y de los otros fueron distintas. En efecto, los concilios convocados y confirmados por los emperadores versaban exclusivamente sobre asuntos eclesiásticos, y los toledanos deliberaban indistintamente sobre puntos canónicos, civiles y políticos: en los primeros definían solo los prelados de la cristiandad, y en los segundos deliberaron además de los prelados los varones ilustres de palacio, á quienes el monarca invitaba especialmente (28): en aquellos, los papas designaban el asunto, y en estos la designación procedía solo del rey. Estas y otras diferencias características de los concilios toledanos persuaden

(28) Sobre este esencialísimo punto existe también divergencia de pareceres, pues hay quien sostiene que la asistencia de los próceres á las reuniones de los concilios, fué con el solo objeto de que se impresionasen del espíritu de los padres, y aprendiesen á gobernar los pueblos en justicia (V. el pár. 3.º de la disertación compuesta por el padre M. Fr. Enrique Florez, inserta en el tomo VI de la España Sagrada). Sería necesario un trabajo muy extenso para demostrar el error de la opinión referida; pero siendo impropia tal extensión al presente, me limitaré á exponer brevemente mis ideas.

Para mí es un hecho evidente que, al menos desde el concilio VIII, asistieron á sus sesiones los varones ilustres palatinos, con voz y voto deliberativo en los asuntos civiles y políticos; y este aserto se comprueba por la fórmula con que suscribían indistintamente las actas: por esta circunstancia el cardenal Tomasino, en su tratado *De vetus et nova ecclesiæ disciplina*, dice que los concilios de Toledo fueron juntamente cortes del reino.

Los adversarios de esta opinión sostienen que la asistencia de los laicos fué meramente para que se enterasen de la piedad y justicia con que debían gobernar los pueblos, apoyando esta idea en el cap. 48 del concilio III de Toledo, y en el tomo régio del concilio XII; pero estas disposiciones se referían á los jueces y gobernadores de las ciudades y provincias, los cuales no deben confundirse con los *magnificentissimis et nobilissimis viris.... optimatibus et senioribus palati*, que asistían á los sínodos por mandato del rey, para que discutiesen los asuntos que se designaban: sobre lo cual puede consultarse el tomo régio del concilio XII. Los primeros asistían meramente para aprender á regir con piedad y justicia los pueblos—*ut discant quam pie et juste cum populis agere debeant*—y los segundos concurrían por elección real, para que sin afección de personas.... discutiesen con sano exámen lo que á su audiencia se presentase.—*Quos interesse huic sancto concilio delegit nostra sublimitas.... quia sine personarum acceptione aliqua vel favore.... quæque se vestris sensibus audienda ingesserit sana verborum examinatione discutire*.—Los jueces y gobernadores asistían solo como oyentes, y los ilustres varones de palacio, como actores principales de aquellas asambleas.

Tan evidente es nuestra aseveración, que entre las firmas de los varones ilustres del oficio palatino que suscriben las actas del VIII concilio, no se halla ninguna de duque ni conde gobernador de ciudad ó provincia, sino de conde de los aposentadores, *cubiculariorum*; conde de las provisiones, *scanciarum*; conde de los notarios, *notariorum*; conde de los patrimonios, *patrimoniorum*; conde de los spatarios, *spatariorum*, y otros semejantes, cuyos cargos correspondían al servicio de la real casa.

En los concilios IX, XII, XIII, XV y XVI, aparecen también suscripciones de mas ó menos varones del oficio palatino; pero entre todos ellos no existe sino Valderino, conde de la ciudad de Toledo, que suscribe el concilio XIII; cuya excepcion no desmiente la regla general, ora por su singularidad, ora también porque al conde de la ciudad que era á la sazón asiento de la corte, no era extraño que alguna vez se le concediese la preeminencia de deliberar juntamente con los altos dignatarios de la real casa.

que, la conducta de los príncipes visigodos se apoyaba en razones muy diversas de las invocadas por los escritores eclesiásticos. Cuando Recaredo, Sisenando, Chintila y sus sucesores, sancionaron las actas de los concilios celebrados en sus reinados respectivos, no confirmaban meramente los estatutos eclesiásticos, sino que daban existencia á las prescripciones legales aconsejadas por los próceres y prelados consultados colectivamente por la real munificencia, para mejorar lo existente y proveer á las necesidades siempre crecientes de la sociedad contemporánea. Aun cuando desemejantes, las fórmulas mismas de los decretos de promulgacion justifican esta creencia; pues elogiada la autoridad sinodal, el respeto y veneracion que merecia, solia hacerse mencion de sus epígrafes, y concluian con el decreto de observancia, obligatorio á todos, bajo ciertas penas (29).

IV.

Las precedentes investigaciones sobre los concilios toledanos justifican la soberania ilimitada de los príncipes visigodos, aun despues de profesada la fé católica: la diferencia entre esta segunda época y la del arrianismo consiste sustancialmente en la variacion del influjo moderador de la soberania de los propios príncipes. Hasta los tiempos de Leovigildo, la omnipotencia real no tuvo otro limite que el temor á las conjuraciones multiplicadas, merced á las costumbres bárbaras de aquellos tiempos, segun expuse anteriormente; pero desde Recaredo en adelante, aquel influjo se trocó en otro civilizador: este nuevo influjo

(29) *Congruum satis genti ac patriæ nostræ atque expedibile perpenditur omni ecclesiæ, si ea quæ synodali definiuntur conventu principali confirmentur stylo. Idcirco per hujus legis decretum serenitatis nostræ mansuetudo decernit, ut omnium capitulorum sententiæ, quæ in hac sancta synodo promulgatæ noscuntur, firmissimæ stabilitatis obtineant robur; id est: De tribus diebus quibus in initio concilii nihil aliud agendum jubetur, nisi tantum de fide ac de aliis rebus spiritualibus, nullo secularium interposito; De obserandis ostiis baptisterii in initio quadragesimæ: De ablutione pedum in Cœna Domini faciendâ: De sacris ministeriis vel ornamentis ecclesiarum: De his qui missas defunctorum pro vivis audent malevolè celebrare: De diebus litaniarum per totos duodecim menses celebrandis: De munitione conjugis ac prolis regiæ: De judeorum damnatione.*

Quarum omnium constitutionum decreta quiqui temeranda crediderint, observare noluerint venerari neglexerint, cujuslibet sint generis, personæ vel ordinis, secundum præcedentium conciliorum leges, quæ in confirmationem eorum sunt promulgatæ, sive ex communicatione seu etiam damno maneant usquequaque damnati. Lex in confirmatione concilii edita. Conc. XVII de Toledo.

fué la influencia preponderante de los consejos de los sínodos toledanos en la voluntad de los monarcas.

Y digo consejos, porque estoy muy lejos de creer que las decisiones civiles y políticas de aquellas venerables reuniones tuviesen el carácter de preceptos obligatorios: las resoluciones de los concilios no limitaban legalmente el poder de los monarcas. Para suponer esta limitación sería preciso que una ley política estableciese su ejercicio, como sucede en las constituciones de las modernas sociedades; pero esa institución no existía. Ora califiquemos los sínodos toledanos de meros concilios, de cortes del reino, ó de reuniones mixtas, es un hecho ciertísimo que no se reunían por derecho propio, sino en virtud de convocatoria del poder real. ¿Y cuáles son los títulos de una institución cuyas funciones no empiezan sino cuando las vivifica un agente extraño?....

Para que los concilios se apellidasen propiamente cortes del reino; para que sus actos tuviesen vida propia; para ver en ellos legalmente un poder moderador del de los monarcas, era preciso que existiesen independientemente de estos, que funcionasen simultáneamente con ellos, y que sus deliberaciones fuesen en cierto modo impuestas. Pero sucediendo todo lo contrario; no teniendo los sínodos toledanos mas vida que la que los monarcas visigodos querían darles; ni deliberando de otros asuntos sino de los que los propios monarcas querían someterles, parece irracional considerarles como un poder represivo del de aquellos príncipes: mas bien como un consejo de personas ilustradas, á cuyo parecer se adherían gustosamente: *porque aprovecha mucho hacer lo bueno con consejo de los buenos*, según dijo Ervigio en su tomo régio presentado al concilio XIII.

La omnipotencia de nuestros monarcas durante el período de la monarquía visigodo-católica es tan cierta, como que dicha época fué la en que los reyes de España ejercieron un poder mas soberano. Su poder alcanzaba no solo á hacer las leyes; á cuidar de su ejecución; á declarar la guerra y ratificar la paz (30); á mandar los ejércitos, cuando su formación era necesaria (31); á nombrar y separar los funcionarios públi-

(30) Véase la historia de España por Cárlos Romey, cap. XVIII del estado moral, político y religioso de la península durante la dominación visigoda, donde dice, que los reyes encargaban las embajadas militares sobre tratados de paz á los obispos confirmandolo con ejemplos... Gibbon sostiene igual opinion, tom. 3, cap. 26, y añade, que Fritigerno, caudillo de los godos, mandó un eclesiástico al emperador Valente, con la embajada de tratar con el enemigo...

(31) Los reyes visigodos mandaron originariamente sus ejércitos; pero como su presencia no era siempre posible, se hizo necesario que delegasen sus facultades en los duques ó condes que al efecto designaban. Véase la historia de la Milicia española de Marín y Mendoza, part. 3.^a, cap. III.

cos (32): á la imposicion y exaccion de impuestos, y á cuanto constituye el cumplimiento de la soberanía; sino tambien á los asuntos meramente eclesiásticos, como son los de disciplina, interviniendo alguna vez tambien en los de fé. Estas atribuciones son ciertamente impropias del poder temporal de los católicos monarcas, quienes reconocen la division de poderes espiritual y temporal, de que habló bellísimamente el sábio autor de las Partidas (33); pero es preciso reconocer con la autoridad unánime de los escritores seculares y eclesiásticos, que en aquellos tiempos no estaban bien deslindados de hecho estos dos poderes, y que por virtud de su confusion, los monarcas ejercieron ámpliamente derechos que despues reivindicaron los representantes de la Iglesia. Como quiera que esto sea, es un hecho constante que en los concilio III y siguientes, y con especialidad en el V, VIII, XI, XIII, XVI y XVII, los príncipes designaron á los padres toledanos los puntos de fé y disciplina que debian tratar en sus sesiones. Apenas hay una alocucion ó tomo régio donde no se exprese la voluntad del monarca relativa á la profesion de fé católica y á la correccion de las costumbres y disciplina eclesiástica. Es frecuente ver á los reyes visigodos proponer y decretar la celebracion de letanías: referir los abusos de los eclesiásticos y proponer su canónico correctivo: denunciar los cultos idólatra y judáico y solicitar contra sus secuaces las censuras eclesiásticas. Pero fué tal y tan ostensible la intervencion de los monarcas posteriores á Recaredo en los negocios de la Iglesia, que segun el cánón tercero del concilio XII, el excomulgado que era recibido en la gracia del principe, ingresaba *ipso facto* en el gremio de la Iglesia (34), (35).

(32) Masdeu, historia crítica de España, tomo XI, España Goda, lib. III, números 20 y siguientes y leyes 43 y 25, tom. I, lib. II del Fuero Juzgo y sus concordatos del mismo código.

(33) Véase la introduccion á la Partida II... de don Alonso el Sábio.

(34) Sed quod regia potestas aut in gratiam benignitatis receperit, aut participes mensæ suæ effecerit, hos etiam sacerdotum et populorum conventus suscipere in ecclesiastica communione debet, ut quod jam principalis pietas habet acceptum nec á sacerdotibus Dei habeatur extraneum. Cánón III. concilio XII de Toledo.

(35) Pero no alcanzaban solo á alzarlas, sino que en calidad de ejecutores de los estatutos eclesiásticos, imponian tambien censuras espirituales, segun veremos en el ejemplo siguiente. El cánón VI del concilio XII toledano concedió al metropolitano de Toledo la potestad de consagrar los prelados de las demas provincias, y de confirmar los elegidos por el principe, si dicho metropolitano reputaba digna la eleccion. Este capítulo dió ocasion á un cisma de los obispos cartaginenses, los cuales intentaron sustraerse de la metrópoli toledana, y consagrar obispos sin acuerdo del primado. Este proyecto ocasionó largas disensiones que terminaron despues en el concilio provincial celebrado en la misma ciudad de Toledo á 23 de octubre de 610 y I del reinado de Gundemaro, en cuyo sínodo, los cismáticos reconocieron explícitamente la potestad de su metropolitano. Pero lo conducente á justificar la intervencion real en los asuntos eclesiásticos de aquella época, es el decreto promulgado por el mismo Gundemaro contra los prelados cartaginenses. Despues de referir que,

Pero si los príncipes visigodos eran de derecho soberanos absolutos, ¿cuál fué el carácter de los concilios de Toledo? ¿Cómo se justifica entonces toda su importancia en la gobernación del Estado, durante el período histórico de la monarquía visigodo-católica? Semejante extrañeza, pueden solo sentirla los que desconocen la excelencia de los medios indirectos de influir en la acción del poder. La preponderancia rara vez nace de la ley: las mas se ejerce moralmente por causas ajenas á la misma legislación. La influencia suele andar muy apartada de las instituciones escritas, y cuando las leyes vienen en su auxilio, es porque se van extinguiendo las costumbres públicas, que son su verdadero asiento. La influencia nacida de la moralidad, de la inteligencia y de la riqueza de una asociación ó individuo, podrá ser ajena á las leyes constitutivas ó secundarias de un país; pero tiene otro apoyo mas vigoroso: el apoyo de la opinión pública que recibe con solemne respeto y con sumisión religiosa todo lo que emana de su oráculo.

Entre los grandes sucesos ocurridos durante la edad media, hay uno que descuella magestuosamente, cual las pirámides en el desierto: este suceso fué la expedición de los cruzados hácia la conquista de la Tierra Santa.

Era aquella época de desarrollo del elemento feudal, de instintos im-

el especial atributo del príncipe consiste en el cuidado de las cosas temporales, añade que *su magestad se decoraba muy especialmente* de las que pertenecían á la divinidad y religion. Refiere en seguida el cisma de los prelados de la provincia cartaginense, y continua: lo que nosotros no permitimos de modo alguno que continúe así desde hoy para siempre, sino que manifestamos, que el honor del primado le tiene segun la antigua autoridad del concilio sinodal, por todas las iglesias de la provincia de Cartagena, el obispo de la sede toledana, y es el que entre sus coepiscopos sobresale tanto por la dignidad de su honor, como por la dignidad de su nombre... Ni tampoco consentimos que la misma provincia de Cartagena se divida en dos metropolitano en contra de los decretos de los padres, porque de aquí nacerá variedad de cismas, con los que se alterará la fé y se romperá la unidad; sino que esta misma silla, así como goza de la antigua veneración de su nombre y del culto de nuestro imperio, del mismo modo sobresalga por la dignidad de su iglesia en toda la provincia y aventaje á todas en potestad... Y porque es una é idéntica provincia, decretamos, que así como la Bética, la Lusitania, la Tarraconense y las restantes pertenecientes á nuestro reino, se sabe, que segun los decretos antiguos de los padres, cada una tiene su metropolitano; del mismo modo, la provincia cartaginense venerará como primado á quien declara la antigua autoridad sinodal... Ni permitimos que en adelante obren los obispos de igual modo por licencia desordenada; pero en atención á nuestra clemencia y teniendo presente la piedad, concedemos el perdón de la negligencia antigua... Y quedarán sujetas á censura mayor é inapelable los que intentaren violar temerariamente este nuestro decreto que procede de la autoridad de los padres antiguos: ni despues se concederá el perdón del delito cometido á cualquiera sacerdote de la provincia cartaginense que despreciase el honor de la misma iglesia, pues el *desobediente será degradado y excomulgado*, y además recibirá la censura de nuestra autoridad. Véase al pie del concilio XII de Toledo la constitución de los sacerdotes cartagineses y el decreto confirmatorio del príncipe Gundemaro.

pacientes, de ambiciones insaciables, de disensiones intestinas, de rencores y de venganzas privadas; pero todas estas y otras muchas malas pasiones estaban mezcladas con un gran sentimiento religioso, y con una inclinacion invencible hácia la fé. Un pontífice concibe el pensamiento de arrancar los Santos Lugares de la dominacion de los infieles, y convoca los príncipes y señores temporales: les refiere los grandes padecimientos de sus hermanos en aquellas remotas regiones: les muestra la impiedad profanando el Sepulcro del Salvador del mundo: les enseña un pobre ermitaño venido de allí para implorar el socorro de sus hermanos de Occidente: les habla en fin, y les señala como la mas honrosa y santa empresa, la de volar en pos de aquella sobrehumana hazaña, y la reunion entera dió un solo y unánime grito de entusiasta asentimiento. La voz del padre de la Iglesia resuena y estremece los ángulos de la Europa: todos los corazones se inflaman: la cristiandad se alza como un solo brazo á impulsos de un solo pensamiento: los rencorosos olvidan sus venganzas, los avaros su codicia, los señores venden sus estados, realizan sus capitales, se rodean de sus deudos y vasallos, y todos corren en tropel de las diversas partes del mundo á consumir su fortuna y verter su sangre por el Sepulcro de su Dios y por el amor de sus hermanos. Suceso grande y maravilloso: el mas maravilloso y grande de cuantos vieron los siglos y referirán probablemente las historias hasta su consumacion.

¿Y cuál fué el móvil de tan maravilloso suceso? Las heroicas expediciones de los cruzados se consumaron solo por un influjo moral: todo el poder de los monarcas y de las asambleas laicales no hubieran obtenido ni un reflejo de lo que fueron realmente aquellas expediciones. La sociedad de la edad media no amaba sino á su Dios: no creia ciegamente sino en su fé, y para obtener su obediencia, para arrebatlarla, para precipitarla á las empresas mas árduas, era preciso arengarle en nombre del cielo. Grande habilidad fué la de quien lo entendió así y sacó de ello el partido conveniente. En diferentes épocas, el corazon humano fué guiado misteriosamente á grandes sucesos por influencias ajenas á las instituciones escritas: la excelencia de las influencias morales sobre las directas en favor del gobierno de los pueblos es un punto exento de duda.

Una influencia de aquel género fué la ejercida por los sínodos toledanos en el gobierno de la monarquia visigodo-católica. La autoridad de los monarcas visigodos fué absoluta: ninguna ley limitaba su poder, antes bien, las colecciones civiles y canónicas justifican su omnipoten-

cia. Los concilios toledanos no se reunían sino cuando el príncipe los convocaba, ni se ocupaban en otros asuntos sino en los que al propio príncipe placía, requiriéndose por último un edicto real confirmatorio de las actas sinodales. Los prelados y próceres que deliberaban en las asambleas toledanas carecían, pues, de autoridad propia; pero su influencia era sin embargo muy grande, pues tenía en su favor la obediencia amorosa de la sociedad contemporánea, que es la mejor de todas las sanciones.

V.

Para explicar satisfactoriamente la influencia de los concilios toledanos en la dirección de los negocios del Estado, se requiere un conocimiento profundo del estado social de aquella época remota. Es preciso iniciarse en las condiciones desiguales de los individuos; en los sentimientos religiosos de aquellos neófitos fervientes; en la general ignorancia, aun de la clase mas ilustre; en la suerte deplorable, en fin, de las grandes masas del pueblo, para persuadirse de las circunstancias legítimas de aquella influencia á nuestros ojos disculpable. Sería trabajo muy prolijo enumerar todas las concausas determinantes de la preponderancia del clero; pero guiado de la superioridad de la empresa y de la conveniencia de no hacer este ensayo demasiado extenso, me limitaré á la exposicion de las que en mi juicio ejercieron el principal influjo.

Una de ellas fué en mi concepto, la creencia á la sazón muy arraigada en el corazón de los príncipes visigodos, de que lo resuelto por los P.P. toledanos era inspirado por el Espíritu Santo. Este sentimiento fué tan profundo y consecuente, que casi en todas sus alocuciones, los monarcas le invocaron como fundamento de su conducta. Recaredo expuso al concilio III, que lo reunía teniendo fé en la sentencia del Señor, que dice, que donde hubiese dos ó tres congregados en su nombre allí estaría en medio de ellos (36). Ervigio se expresó del propio modo, pues dijo al sinodo que deseaba que purgase la tierra del contagio de la maldad, apoyándose en el texto evangélico que dice, que, si dos de los

(36) Unde valde pernecessarium esse proxpsi vestram in unum convenire veatitudinem, habens sententiæ dominicæ fidem quæ dicit: ubi fuerint duo vel tres collecti in nomine meo, ibi ero in medio eorum... Alocucion del concilio toledano III.

prelados se convinieren sobre la tierra, serian secundados por el Dios de los cielos (37). Egica dijo al concilio XV, que no le cabia duda de que en su seno se hallaba nuestro Señor Jesucristo, dando crédito á sus palabras, de que donde se hallasen dos ó tres congregados en su nombre alli estaria en medio de ellos. Y añadió ser tal su confianza en esto, que cualquier cosa que determinasen, la creeria dictada por inspiracion de Jesucristo (38). El propio monarca pidió al concilio XVI consejos saludables para seguir reinando en paz, y gobernar con piedad y discrecion el reino que le estaba encargado. Deseo ademas, les dijo, que os mostreis dignos en este santo concilio, para que iluminando la gracia del Espiritu Santo vuestros corazones, se halle este Señor en medio de vosotros (39). Por último, en la alocucion dirigida al concilio XVII, el mismo principe Egica exhortó *al colegio sacerdotal de la Iglesia católica... y á los ilustres varones del real palacio... á quienes nuestra alteza mandó que asistierais á esta escogida junta, que por considerar que es largo deciros de viva voz las cosas necesarias al provecho de nuestro reino os entregamos este tomo, en el que está contenido todo lo que hemos creído deber noticiaros, invocando al que dijo, que en donde quiera que estuvieren dos ó tres congregados en su nombre, alli estaria en medio de ellos: para que trateis con madurez y termineis con justicia y firmeza lo que contiene este pliego, y otras cosas relativas á la disciplina eclesiástica ó á los diversos negocios que se presenten á la audiencia de reunion tan venerable* (40).

(37) ...Et ideo quia Dominus in evangelio præcipit dicens; amen dico vobis: si duo ex vobis consenserint super terram de omni se quamcumque petierint fiet illis á patre meo qui in cælis est; ob hoc venerabilem paternitatis vestræ cætum cum lacrymarum effusi ne convenio, ut zelo vestri regiminis purgetur terra á contagio pravitatis... Alocucion régia del concilio XII de Toledo.

(38) Ecce, sublimissimi patris et cælesti jure honorandi nulli pontifices, speciosum vestri ordinis adiens cætum illa plus efferor potentia gaudiorum, quó in vestri medio positum non ambigo Dominum Jesumchristum, ejus quippe sermonibus fidem accomodans quibus ait: Ubi cumque fuerint duo vel tres in nomine meo collecti, ibi ero in medio eorum, tanta spei hujus fiducia feror, ut quidquid vestra fuerit sententia cætum non nisi eo dictante credam exorsum.... Alocucion régia del concilio XV.

(39) Igitur vobis coram positus vestris precibus supernam mihi clementiam suffragari efflagitans universitatem sanctitudinis vestræ christianæ mentis debotione convenio, ut quia ecclesiæ digna speculatione perstatis, votis meis fautores sitis vestrique pontificatus meritis in regendis populis præstantiora mihi subsidia præparetis, et conciliorum nutrimenta salubria afferatis; quo valeant sanctimoniam vestram adminiculo fultus et regnandi gresus in pace perficere, et gentem mihi subditam pio ac discreto moderamine regere... Alocucion Régia del concilio XVI.

(40)Ecce sanctissimum ac reverendissimum ecclesiæ catholicæ sacerdotale collegium et divini cultus honorabile sacerdotium, seu etiam vos illustre aulae regiae decus, ac magnificorum virorum numerosus conventus quos huic honorabili cætni nostra interesse celsitudo præcepit, quia satis longum est ea quæ regni nostri

Después de tan repetidos ejemplos, parece indudable que la influencia sinodal procedía en parte de las creencias religiosas arraigadas profundamente en las conciencias de los monarcas.

Otra de las principales razones determinantes de la preponderancia de los concilios toledanos en los negocios del Estado procedía, de la necesidad en que se hallaban los príncipes de contar con el clero, á quien el pueblo estaba amorosamente sometido. Donde quiera que existen fervorosos creyentes, el sacerdocio es objeto de veneración profunda; pero los prelados de la Iglesia visigoda tenían en su favor grandes motivos de gratitud, pues eran los patronos de los desvalidos, y muy particularmente contra la arbitrariedad de los jueces y gobernadores de las aldeas, ciudades y provincias.

Para conocer la necesidad en que se hallaban los monarcas visigodos de contar con el clero, bastará observar que en las grandes crisis, imploraban frecuentemente la intercesión de los sínodos toledanos para atraer en su favor la obediencia del pueblo: lo ocurrido al advenimiento al trono de los príncipes Sisenando y Ervigio, será la demostración de este aserto.

Reinaba Suintila por elección de los grandes y prelados, en memoria de su padre y rey Recaredo, cuando el año 626 y quinto de su reinado, asoció al gobierno á su hijo Rechimiro, con ánimo, al parecer, de asegurar la sucesión del reino en su familia, por cuyo intento se supone fué destronado; pero fuese este ú otro el motivo verdadero, lo cierto es que Sisenando, jefe de la conjuración, fué su sucesor en la monarquía.

No debía estar muy satisfecho del amor y obediencia de sus súbditos, pues al tercer año de su reinado convocó el concilio IV de Toledo para enseñarse contra la familia de su desgraciado predecesor y asegurar su puesto con la omnipotente influencia del brazo eclesiástico: *capa con que muchas veces suelen encubrirse grandes engaños*, según la severa sentencia del ilustre Mariana. Los prelados de aquel sínodo recomendaron al pueblo la religiosa observancia del juramento que prometieron al

utilitatibus seu genti et patriæ nostræ necessaria sunt vobis proprii oris nostri alloquio enarrare, ideo hunc tomum, quia universa quæ nostra mansuetudo ad peragendum vestris sensibus debuit intimare dignoscitur continere, contrado, præcipiens pariter et exhortans vos per eum qui dixit: Ubi cumque fuerint duo vel tres congregati in nomine meo et ego ero in medio eorum; quia ea quæ tomus iste continet vel alia quæ ad ecclesiasticam disciplinam pertinent seu diversarum causarum negotia quæ se venerabili cœtui vestro ingesserint audienda gravi ac maturato consilio pertractetis atque judiciorum vestrorum edictis justissime ac firmissime terminetis..... Alocución régia dirigida al concilio XVII.

glorioso rey Sisenando, relajando simultáneamente el que tenían hecho a su predecesor destronado (41).

Por medios muy análogos, Ervigio sucedió en el trono de Wamba. Los historiadores están discordes sobre los medios utilizados para obtener la abdicación de este monarca; pero fuesen cualesquiera, convienen en presentar á Ervigio como principal autor de aquellas maquinaciones. Muy escandalizada debía andar la opinión pública con motivo de aquel suceso, cuando los padres asistentes al sínodo XI, se vieron precisados á desvanecer los siniestros rumores esparcidos. Así fué que, por primera y única vez durante el largo período de aquella monarquía, se abrió un juicio público y solemne sobre los medios de llegar al trono el príncipe reinante. Allí se expuso que acometido Wamba de una enfermedad gravísima, admitió la venerable señal de la tonsura, y luego eligió por su sucesor á Ervigio. Seguidamente se refirieron las investigaciones hechas sobre el particular; se expuso la conformidad del sínodo acerca de ellas, y en su virtud el pueblo fué absuelto del juramento de fidelidad que tenía prestado á Wamba, y requerido simultáneamente para que sirviese con gozo á Ervigio, anatematizando á cualquiera que se levantase contra el mismo, ó buscase ocasión de dañarle (42).

(41) Quapropter nos ipsi sacerdotes omnem ecclesiam Christi ac populum admonemus, ut hæc tremenda et toties reiterata sententia nullum ex nobis præsentium atque æterno condemnet iudicio, sed fidem promissam erga gloriosissimum dominum nostrum Sisenandum Regem custodientes ac sincera illi devotione famulantes, non solum divinæ pietatis clementiam in nobis provocemus, sed etiam gratiam auctori principis percipere mereamur.

..... De Suintilane verò qui scelera propria metuens se ipsum regno privavit et potestatis fascibus exiit id cum gentis consultu decrevimus: ut neque eundem vel uxorem ejus propter mala quæ commisserunt neque filios eorum unitati nostræ unquam consociemus, nec eos ad honores a quibus ob iniquitatem dejecti sunt aliquando promoveamus, quique etiam sicut fastigio regni habentur extranei, ita et à possessione rerum quas de miserorum sumptibus hauserant maneat alieni, præter in id quod pietate piissimi principis nostri fuerint consequenti..... Cap. LXXV del conc. IV de Toledo.

(42) Etenim sub qua pace vel ordine Serenissimus Ervigius princeps regni conscenderit culmen, regnandique per sacrosanctam unctionem suscepit potestatem, ostensa nos scripturarum evidentia docet: in quibus et præcedentis Wambanis principis poenitentiae suspectio noscitur, et translatus regni honor in hujus nostri principis nomine derivatur. Idem enim Wamba princeps dum inevitabilis necessitudinis teneretur eventu, suscepto religionis debito cultu et venerabili tonsuræ sacræ signaculo, mox per scripturam definitionis suæ inclitum dominum nostrum Ervigium post se præelegit regnatorum et sacerdotali benedictione ugendum. Vidimus enim et pariter patulo alternæ visionis intuitu prelucente perspicimus hujus præmissi ordinis scripturas, id est notitiam manu seniorum palatii roboratam, coram quibus antecessor princeps et religionis cultum et tonsuræ sacræ adeptus est venerabile signum, scripturam quoque definitionis ab eodem editam ubi gloriosum dominum nostrum Ervigium post se fieri Regem exoptat; aliam quoque informationem jam dicti viri in nomine honorabilis et sanctissimi fratris nostri Juliani Toletanæ Sedis Episcopi, ubi eum speravit pariter et instruxit, ut sub omni diligentie ordine jam dictam

Es muy ageno de mi actual intento investigar si la solemnidad de aquel juicio fué una mera superchería. A mi propósito basta el convencimiento que produce su misma acta, acerca del estado de alarma en que se hallaba la opinion pública con motivo de la abdicacion de Wamba, y de que para alejar un conflicto, su sucesor Ervigio necesitó implorar la influencia del clero, para tranquilizar las conciencias sobre la legitimidad de su soberanía. Sensible es que tan augusto influjo se emplease alguna vez canonizando usurpaciones; pero la existencia misma de este abuso es un vigoroso comprobante del grande ascendiente del clero sobre el pueblo visigodo-romano.

Otra de las razones que influyeron en favor de aquella preponderancia consiste en que, los prelados católicos reunian en sí casi todo el saber de su época.

La superior inteligencia de los Leandros, Isidoros, Fulgencios, Eugenios, Julianes, y otros muchos prelados de aquellos tiempos, con relacion á los próceres sus contemporáneos, es una creencia llegada de generacion en generacion hasta nosotros; pero la inteligencia de aquellos prelados sobresalía aun sobre la de los demas del orbe cristiano: mereciendo los concilios toledanos el honor de ser considerados por escritores propios y estraños, como los monumentos mas célebres de su época (43).

Desde principio del siglo VI, las tinieblas de la ignorancia y de la barbarie se condensaron rápidamente. Los pueblos que destrozaron el

Dominum nostrum Ervigium in regno ungere deberet, et sub omni diligentia unctionis ipsius celebritas fieret; in quibus scripturis et subscriptio nobis ejusdem Wambanis principis clauit, et omnis evidentia confirmationis earundem scripturarum sese manifestè monstravit. Quibus omnibus approbatis atque perlectis dignum satis nostro coetui visum est, ut prædictis definitionibus scripturarum nostrorum omnium confirmatio apponatur, ut qui ante tempora in occultis Dei judiciis præscitus est regnaturus, nunc manifesto in tempore generaliter omnium sacerdotum habeatur definit omnibus consecratus. Et ideo soluta manus populi ab omni vinculo juramenti, quæ predicto viro Wambæ dum regnum adhuc teneret alligata permansit, hunc solum serenissimum Ervigium principem obsequendum grato servitii famulatu sequatur et libera, quem et divinum judicium in regno præelegit et decessor princeps successorum sibi instituit, et quod superest quem totius populi amabilitas exquisivit. Unde his præcopnitis atque præscitis serviendum est sub Deo coeli prædicto principi nostro Ervigio regi cum pia devotione, obsequendum etiam promptissima voluntate, agendum et enitendum quidquid ejus saluti proficiat, quidquid genti vel utilitatibus patriæ suæ consulat: unde non erit jam deinceps aut ab anathematis sententia alienus, aut á divinae animadversionis ulla securus, quisquis superbè contra salutem ejus deinceps aut erexerit vocem aut commoverit cædem aut quam cumque exquisierit lædendi occasionem.—Conc. XII, cap. I.

(43) Véase la historia eclesiástica del abate Ducreux, siglo VII, artículo 8.º sobre las costumbres generales, usos y disciplina.

Véase ademas á Mr. Guissot Historia de la civilizacion de Europa, leccion VI, y ademas la disertacion del padre Flores inserta en el tomo VI de su España sagrada sobre los concilios de Toledo en general, pár. I.

imperio de los Césares para constituir sobre sus ruinas nuevos estados, desconocían el amor á las ciencias, las cuales despreciaban por instinto y por creerlas el origen de la corrupcion y afeminamiento de la decadente civilizacion romana. Por fortuna, los prelados católicos eran casi todos romanos (44), por lo cual participaban de distintas creencias, y á esto se debió entonces que no se apagase por completo la antorcha de la ciencia, y que la Península viese repetido en su suelo el maravilloso ejemplo de quedar sometidos los vencedores al influjo de los vencidos. La conversion de Recaredo y de todo el pueblo visigodo se debió exclusivamente, despues del favor de Dios, á las santas costumbres y esclarecida ciencia de San Leandro, prelado insigne de la iglesia de Sevilla á fines del siglo VI (45) (46). Desde entonces continuó la influencia del clero en el gobierno del Estado, ejercida siempre en nombre de la civilizacion, cuyo estandarte llevó la Iglesia; de la sabiduría absoluta de Dios, y de la relativa que absorbían los prelados españoles.

Una influencia de este género es siempre natural y legitima; porque el orden mismo de las cosas nos enseña que, cuando las leyes del mundo siguen su curso natural, cada cual ocupa el puesto que merece. Si dos amigos se asocian, la direccion se confia al mas inteligente, y cuando amenaza un peligro, nadie disputa el timon al mas hábil piloto. El orden inverso es la violacion de las leyes imprescriptibles de la hu-

(44) Fleuri, troisiem discours, sur l'histoire ecclesiastique.

(45) En medio de la ignorancia de los siglos VI y VII, sobresalieron en España los siguientes escritores eclesiásticos: en el primer siglo, Orencio, obispo iliberitano: Apricio, de Badajoz: Liciniano de Cartagena: Severo, de Málaga: San Eugenio de Valencia: San Leandro de Sevilla: San Martin de Braga: San Juan de Baclara, ó sea el Viclarenses, y San Fulgencio de Ecija.

Del segundo siglo sobresalieron, San Isidoro, San Eugenio, San Ildefonso y San Julian de Toledo: San Braulio de Zaragoza: San Fructuoso de Braga: San Valerio, abad de San Pedro de Montes; y San Félix, obispo de Sevilla.

(46) En comprobacion del respeto que los prelados españoles merecian por su ciencia en todo el orbe cristiano, voy á referir un ejemplo notable por la importancia del asunto y por el éxito que obtuvo la doctrina de los obispos de España. Terminado el concilio constantinopolitano, VI general, celebrado con el principal objeto de anatematizar las doctrinas de los monotelitas y otros hereges, el papa Leon II escribió al rey y al primado de nuestra Iglesia, con el fin de que suscribiesen las doctrinas del ecuménico. Con dicho objeto se reunió el XIV concilio de Toledo, en el cual se leyó y aprobó la confirmacion conocida con el nombre de apologético, escrita por el primado San Julian, la cual se remitió á su Santidad por medio de legados especiales. Dicha acta de confirmacion no agradó por lo visto al referido pontífice, pues censuró en ella algunas proposiciones; pero no bien lo supieron nuestros prelados, cuando formaron una apologia de la pureza de su doctrina, la justificaron con textos de la Sagrada Escritura y de los padres mas señalados de la Iglesia, é impugnarón enérgicamente las opiniones del papa. Cuando esta apologia llegó á Roma, Leon II habia ya fallecido, y su sucesor Benedicto II la estimó en tanto, que la remitió con los mismos embajadores españoles al Emperador de Oriente, quien contestó al prelado de Toledo manifestándole su beneplácito. Coleccion canónica española, tomo II, fólío 520 y siguientes: Madrid 1849.

manidad. Cuando la ausencia del riesgo inminente permite el desarrollo de la ambición, es cuando los primeros puestos suelen estar reservados á los mas hábiles intrigantes: por eso suelen manchar tan bien las cosas.

Pero el clero español superaba á las demas clases no solo en inteligencia sino tambien en virtudes, y he aqui la cuarta razon determinante de su preponderancia en el período historico á que nos vamos refiriendo. En los prelados de los tiempos inmediatos á la abjuracion del arrianismo, esta cualidad está comprobada por la tradicion, por la historia y por la autoridad del mundo cristiano. La tradicion nos representa como modelos de santidad á los Leandros, Isidoros, Eugenios, Fulgencios, Ildefonsos, Julianes y otros ciento que ocuparon dignísimamente las sillas de las iglesias españolas desde fines del siglo sexto en adelante. La historia nos refiere, que solo á las esclarecidas virtudes de aquellos justificados varones se debió el florecimiento del catolicismo, en un terreno elaborado de muy antiguo para el culto arriano. Los historiadores eclesiásticos refieren que, la doctrina de los padres toledanos fué la norma de la moral y disciplina de todo el orbe católico.

Sensible es haber de confesar, sin embargo, que desde el concilio XI celebrado en el cuarto año del reinado de Wamba, se empiezan á notar en las actas sinodales signos evidentes de decadencia en las costumbres de ese mismo clero: decadencia que progresó hasta la gran catástrofe que dió fin en Guadalete á la monarquía visigoda.

Una de las causas mas influyentes en la relajacion del brazo eclesiástico fué la multitud de godos que entraron en su seno. En los primeros tiempos del catolicismo casi todo el clero era romano; pero desde que la raza dominadora aspiró á las prelacias como medio de realizar la ambicion que les devoraba (47), el clero español degeneró lentamente, hasta llegar al lastimoso estado que revelan las actas de los sínodos XI y siguientes. Harto influiria tambien en igual sentido el grado de esplendor y de opulencia á que llegó el clero visigodo-católico, merced á las bondades de los sucesores de Recaredo. Mientras los prelados españoles fueron perseguidos, atesoraron la virtud: don precioso que rara vez conserva su pureza sino en el crisol de la desgracia; pero cuando el clero se vió lisongeado por los seductores halagos del poder, la corrupcion siguió de cerca sus huellas.

La quinta y última de las principales causas determinantes, en mi

(47) Fleuri: Troisiem Discours sur histoire eclesiastique, VIII clers chafeurs et guerriers.

juicio, de la intervencion de los prelados en los negocios del Estado consiste, en el sentimiento que animaba á los monarcas visigodos á tomar consejo de sus principales vasallos, cuando su voluntad real lo estimaba conveniente.

El derecho de pedir y dar consejo es ciertamente una de las costumbres mas características de los germanos: costumbre que recibió carta de naturaleza en los pueblos que subyugaron. Los reyes visigodos conservaron gran deferencia hácia esta costumbre de sus predecesores, y por eso no desdeñaban consultar los asuntos mas áridos del estado, aun cuando el carácter absoluto de su poder hiciese innecesario aquel consejo. Mas adelantados los tiempos, el uso del consejo formó una de las páginas mas brillantes del feudalismo, de donde procedieron instituciones que, modificadas sensiblemente por el trascurso de los siglos, subsisten remozadas entre nosotros; pero el desarrollo de este vasto asunto no entra en el plan de estas investigaciones.

Lo conducente á mi actual intento es observar, que en las alocuciones orales ó escritas presentadas á los concilios toledanos, los monarcas hacian siempre indicacion mas ó menos expresiva, del deseo de oír el consejo de los grandes y prelados: sirva de ejemplo el tomo régio presentado por Ervigio al concilio XIII, á quien despues de manifestar su satisfaccion por ver reunido el sínodo, expuso que creia ilícito ejecutar por sí mismo aun las cosas mas excelentes: pues aprovecha mucho el hacer lo bueno con consejo de los buenos (48).»

VI.

Peró si la influencia de los sínodos fué meramente moral, no por eso careció de eficacia para templar el absoluto poder de los monarcas. Los concilios toledanos fueron muy perseverantes en su propósito de dulcificar el despótico poder de los príncipes, á cuyo fin les inculcaron incessantemente los sentimientos mas justos y humanos. Esta heroica perseverancia produjo al fin sus benéficos resultados: los monarcas visigodos

(48) Neque enim fas est quemquam, etiamsi bonum sit opus, sine concilio agere, quum tamen multum prosit bona cum consilio bonorum egisse.... conc. XIII, tomo régio.

dejaron de ser sangrientos y rapaces, merced á las prescripciones canónicas y civiles que recibieron espontáneamente.

La primera piedra de esta obra la sentaron los prelados del IV concilio, quienes aconsejaron á Sisenando la mansedumbre para con sus súbditos: que no juzgase por sí solo pleito alguno civil ni criminal, y que fuese menos cruel que misericordioso (49). El sínodo VIII celebrado el quinto año de Recesvinto, aconsejó á los príncipes que fuesen mansos y piadosos: que no tomasen por fuerza cosa alguna de sus súbditos, y que atendiesen menos á su provecho que al beneficio de sus pueblos (50). Estos consejos no fueron estériles, pues en el *decreto del juicio universal* de dicho concilio, Recesvinto hizo propias las sanas doctrinas morales, civiles y políticas de tal suerte que, tanto en la parte expositiva como en la dispositiva, la ley de dicho príncipe inserta al pie del referido VIII concilio es una compilacion de preceptos represivos del arbitrario poder de los monarcas. *Por que los príncipes han estado muy codiciosos de robar el pueblo en los tiempos que son pasados.....* Recesvinto mismo se impuso limitaciones que garantizasen en lo sucesivo la ausencia de aquellos excesos (51).

Empero la conquista principal de los concilios fué haber logrado que el mismo Recesvinto se sometiese, y sus sucesores, á las leyes generales del reino. Las ideas que cunden en la ley aludida son tan sublimes, que nos sentimos inclinados á insertarla aqui casi textualmente, tomándola de intento de la version romanceada de las leyes visigodas. «Nuestro Señor, dice, que es poderoso rey de todas las cosas, é facedor, el solo cata el provecho, é la salud de los omnes, é manda guardar justicia en la su sancta ley á todos los que son sobre tierra: y él que es Dios de justicia é muy gran lo manda. Conviene á todo omne, magüer que sea muy poderoso, someterse á sus mandados, é á él á quien obedecen la caballería celestial. Onde si alguno quiere obedecer á Dios, debe amar justicia, é si la amar, debe facerla todavía, y estonce ama omne la justicia mas verdaderamente, cuando tiene un derecho con su prójimo. Et por ende nos que queremos guardar los comendamientos de Dios, damos leyes en semble pora nos, é pora nuestros sometidos á que obedezcamos nos, et todos los reyes que vinieren despues de nos, et tod el pueblo que es de nuestro regno generalmente. E que ninguna persona, por

(49) Cap. 75 del conc. IV de Toledo, citado en la nota 46.

(50) Cap. 40 del conc. VIII, id. citado en la nota 6.

(51) Lex edita in conc. VIII á Recesvintho príncipe glorioso; corresponde á la ley V. tit., I, lib. II del F. J.

poder que haya, ni por dignidad, ni por orden, no se escuse de guardar las leyes en sí, que nos damos á nuestro pueblo (52).»

Después de la lectura de la anterior ley, es imposible desconocer la grande influencia que los prelados católicos ejercieron sobre los monarcas visigodos, quienes merced á ella olvidaron las tradiciones de su raza, las preocupaciones de su elevado puesto, y se confesaron iguales ante la ley á todos sus súbditos. Tanta moderacion es un prodigio en aquellos calamitosos tiempos en que la justicia parecia haberse huido de la tierra. Por lo mismo era preciso invocarla en nombre del cielo, y esta fué la gran mision del clero católico: mision que llenaron predicando incesantemente el amor á la justicia y procurando inculcar esta virtud en el ánimo de los monarcas. «*Rex ejus eris, les decian, si recta facis, si autem non facis non eris... Regiæ igitur virtutæ precipuæ duæ sunt, justitia et veritas....*» Por este medio consiguieron templar el ejercicio del poder absoluto de los monarcas, hasta el punto de que estos se sometiesen á la observancia de las leyes promulgadas para el buen gobierno de los pueblos.

Pero si la influencia de los sínodos toledanos impuso al poder real ciertas limitaciones, las compensó superabundantemente con el gran prestigio que la institucion monárquica debió al influjo de esos mismos sínodos.

Ya expusimos anteriormente el trágico fin que tuvieron la mayor parte de los monarcas visigodos reinantes durante el período del arrianismo. Pues bien, la cesacion respectiva de un estado de cosas semejante se debe esencialmente á los perseverantes esfuerzos de los concilios toledanos. Si los prelados y próceres á ellos asistentes fueron solícitos en aconsejar á los monarcas que fuesen mansos, desinteresados, misericordiosos y justicieros, no fueron menos enérgicos en reprimir las conjuraciones tramadas incesantemente contra los príncipes reinantes y contra sus desventuradas familias. Todas las leyes existentes en el título preliminar de la coleccion civil, y algunas otras incorporadas en otros lugares del propio código, fueron acuerdos tomados en los concilios de Toledo. Abranse sus actas, y no se hallará quizá una que carezca de anatemas contra los violadores del juramento de fidelidad hecho al monarca; contra los que intentasen cortar su vida; contra los que se propusiesen apoderar por fuerza del reino; contra los que designasen sucesor antes de morir el principe reinante; contra los que se apoderasen del

(52) Ley II, tit. I, lib. II, Fuero Juzgo.

trono sin el concurso de los obispos, de los grandes y del pueblo; contra los que no vengasen la injuria hecha al príncipe finado, y finalmente, contra los que vejasen á su viuda é hijos. El celo de los P.P. toledanos les inspiró, ademas, que se orase diariamente en el Santo Sacrificio de la Misa por el rey y la régia prole, apoyándose en las grandes bondades que la Iglesia debia á los monarcas.

Despues de todo lo expuesto creemos poder asegurar juiciosamente que, la monarquía visigoda fué absoluta, sin otro moderador que el temor á las conjuraciones durante el período del arrianismo, y el influjo moral de los concilios toledanos en el período del catolicismo.

DOMINGO RIVERA.

BIBLIOGRAFIA.

ALGUNAS CONSIDERACIONES CRÍTICAS SOBRE LA OBRA QUE ACABA DE PUBLICAR EL SEÑOR DON ANDRÉS BORREGO, TITULADA: DE LA ORGANIZACION DE LOS PARTIDOS EN ESPAÑA, CONSIDERADA COMO MEDIO DE ADELANTAR LA EDUCACION CONSTITUCIONAL DE LA NACION Y DE REALIZAR LAS CONDICIONES DEL GOBIERNO REPRESENTATIVO.

Vamos á tratar de la obra arriba indicada, no con la latitud que deseamos y ella se merece, tanto por insuficiencia nuestra, cuanto porque plumas mas autorizadas se ocuparán de libro tan importante. El laudable deseo de que los estudios políticos, á los que hemos consagrado con aficion suma los mejores años de nuestra juventud, tomen en España el vuelo de que han carecido hasta ahora, nos mueve, en lo que nuestras débiles fuerzas permitan, á trabajo tan necesario é importante, cuanto hasta el presente descuidado, por mas que se juzgue lo contrario, teniendo en cuenta la libertad y discusion de la prensa que hace muchos años funciona en nuestra patria. Y tan es asi, que libros de la naturaleza del que vamos á considerar son rarísimos en nuestra habla castellana, pudiéndose afirmar que, fuera de las lecciones incompletas de derecho politico de los señores Galiano, Donoso Cortés y Pacheco, explicadas en el Ateneo de Madrid y publicadas despues, apenas se hallan trabajos encaminados á resolver, sea en el sentido que fuere, los principios fundamentales de esta ciencia. Sensible y hasta vituperable es falta seme-

jante, que ha acarreado males sin cuento á la nacion y á los partidos, porque la influencia de los libros extranjeros acaba por estraviar nuestra personalidad como nacion, y nos hace abdicar la inteligencia en estas materias en aras de otra que juzgamos superior; abdicacion que es el colmo de la desventura á que puede llegar un pueblo, y que es tanto mas sensible cuanto que España es la segunda nacionalidad que existe en la Europa Occidental, no pudiéndose tal vez contar en el resto, despues de la Francia, otra mas homogénea y enérgica que tenga tambien mas grande y esclarecida historia desde los tiempos del romano imperio.

Error lamentable es el de aquellos que juzgan ser inútiles las grandes y fundamentales cuestiones del derecho público, apellidándolas con desden abstractas y estériles; como si pudieran regirse la humanidad, ni los pueblos en particular, por otros móviles que por principios supremos, tanto en política como en religion, en moral y en derecho, juzgando torcidamente que el empirismo puede construir algo *á priori*. Mientras no estemos de acuerdo sobre el principio ó principios de que ha de partir esto que se llama civilizacion del siglo XIX, es inútil que nos afanemos por edificar, puesto que faltando los cimientos ó basa, se derrumbará incesantemente, como la esperiencia demuestra, el edificio que se levante.

Prueba innegable de esto son las organizaciones de los pueblos que nos precedieron, y sabido es que la inmediatamente anterior, en cualquiera de sus mas simples manifestaciones, derivábase de una cuestion metafísica y científica resuelta de antemano. La soberanía de derecho divino en los reyes era de suyo cuestion abstracta: la del derecho patrimonial de las monarquías, teniendo por basa la primogenitura, era tambien altamente fisiológica y mista de derecho divino y humano, y lo mismo diremos de la de la voluntad ó libre albedrio, de la del deber y del derecho, y de tantas otras que en su aplicacion positiva organizaban la sociedad, sacando su fuerza de tan elevadas fuentes, que eran sus origenes, investigados, resueltos y con anterioridad plenamente discutidos. Este ejemplo deben tener presente los hombres de saber que se aventuran á gobernar las sociedades, y no procediendo á esperiencias funestas y siempre falsas por carecer de un principio racional de ser. Por eso anhelo para mi pais en esta materia un movimiento científico que no tiene, necesario para llevar á cabo sus destinos; porque la esperiencia me ha demostrado que los gobiernos, como los pueblos, son mas fuertes á medida que son mas creidos los fundamentos sobre que reposan, que es lo que se ha llamado fé.

Muévenos tambien á emitir nuestro juicio personal, independiente de los partidos, sobre el libro del señor Borrego, no solo su deseo de que se ocupen de él, sino la creencia de que fuere escrito bajo el patrocinio del partido moderado, asi que tambien para atenuar, si posible fuere, la influencia que puede ejercer persona tan autorizada, dueña de todos los resortes por que ha venido eslabonándose la política en estos últimos treinta años. Bajo este concepto, pues, emitiremos estas ligeras consideraciones, que asi recaerán sobre el autor como sobre el partido para quien escribe, procurando dar á nuestras opiniones algo de trascendental, á fin de que á su vez recaigan tambien sobre las diversas fracciones en que se halla dividida la escuela Monárquico-Constitucional; y esto se hará aqui con tanto mas desembarazo y libertad, cuanto que nunca he estado sometido á las exigencias de los partidos, ni he tenido patronos, ni soy cliente de nadie.

Una cosa nos ha sorprendido desde luego, y sorprendido sobremedida, por ser el autor persona de reconocida ilustracion y mérito, versada, como es notorio, en este género de materias. Consiste, pues, en advertir que en toda la obra no se menciona ninguna de las acertadas críticas que de algun tiempo acá se han hecho de los gobiernos parlamentarios por hombres de mérito indisputable. ¿Ignora el señor Borrego que las negaciones sobre esta clase de gobiernos son hoy una cosa demasiado seria para poder desentenderse de ellas absolutamente de la manera que lo hace? ¿Es posible pensar con seriedad en la organizacion de los partidos antes de afirmarles en sus bases contra negaciones radicales? ¿En dónde ha vivido el autor si ignora esto? Y si no lo ignora y ha presenciado las crudas controversias que se han entablado entre distinguidos publicistas, ¿cómo no se hace cargo de un hecho tan esencial que debia ser la base de su trabajo? No acertando á explicarnos este fenómeno, no insistiremos mas en él por ahora, puesto que muchas de nuestras observaciones tendrán por base algo de lo que hasta el presente se ha dicho del derecho público de los liberales. Como quiera que fuere, la falta es grave, mutila completamente la obra, la hace carecer de interés y respetabilidad científica, y da á conocer al autor como persona que no obra con franqueza, lo que estamos lejos de creer, ó que su buena fé da desde luego por verdadero lo cuestionable; buena fé que, si bien es verdad que honra al hombre, no ensalza al pensador: tan grave es la falta de no ocuparse ó desentenderse de las encarnizadas controversias que en esta materia han agitado y agitan al mundo científico.

Toda la obra del señor Borrego está consagrada á procurar en nuestra patria la verdadera organizacion de los partidos, y entre ellos especialmente la del monárquico-constitucional al cual pertenece con una fé digna de mejor causa, y no lo decimos aquí por ironía, sino por considerarla una causa perdida, como se procurará ir demostrando. A la falta de esta organizacion achaca todos los males porque ha pasado el país, para cuya comprobacion traza con verdaderos, si bien un tanto tímidos, rasgos, la historia de todos los que sucesivamente han venido dominando desde que apareció el régimen liberal en la Península: deduciendo de la historia presente que nuestros males no tendrán remedio, ó que si le tienen, debe esperarse de la organizacion que se propone y para la cual se dan reglas tan menudas y detalladas como pudieran serlo para una comunidad: tal es el espíritu de la obra encaminado á conseguir su objeto por medio de un socialismo que pudiéramos apellidar político.

Indicado queda que es imposible, porque es antilógico ó contra la naturaleza de las cosas, organizar antes de conocer los principios fundamentales sobre los que la cosa ha de organizarse, en una palabra: formar el reglamento antes de tener las bases que le han de preceder. Esto no sería mas que, y perdónesenos la espresion, un *arbitrismo* político que cualquiera puede inventar á medida de su deseo y que en sus infinitas combinaciones, tiene que ser siempre inseguro por lo arbitrario.

En prueba de que lo dicho es cierto, ¿qué ha establecido el señor Borrego ni la escuela parlamentaria, á que se gloria pertenecer, sobre los principios cardinales, no solo de su sistema, sino de todo gobierno? En nombre del orden, de la buena fé y de la ciencia en que todos estamos interesados yo pregunto al autor y á los hombres que capitanean á los partidos: ¿dónde reside la soberanía? ¿El poder encierra en si la idea de unidad ó la de variedad? ¿Es indivisible ó es fraccionable? ¿La razon humana se revela individualmente ó colectivamente? ¿La sociedad es un ser sensible ó un ser racional puro? ¿El poder es creacion de la sociedad ó coexistente con ella? ¿Tanto uno como otra nacen de un contrato? ¿La sociedad es un ser simple ó compuesto: esto es, tiene ó no tiene un doble organismo natural y artificial? ¿Cuál es la naturaleza del gobierno y cual la de la sociedad? ¿Los intereses y fuerzas sociales son elementos de gobierno ú objeto de gobierno? ¿La libertad y la igualdad pueden ser á la vez social y políticas? ¿Cuál es la naturaleza del sufragio? ¿Las mayorías que forman la ley son la espresion de la fuerza numérica ó de la justicia?

¿Pero á qué cansarnos mas sobre un interrogatorio que podia estenderse demasiado, cuando la escuela parlamentaria no ha respondido hasta hoy categóricamente á ninguna de las anteriores preguntas? ¡Y luego se quiere organizar un partido sin resolver antes todos los principios fundamentales, sobre que ha de reposar y vivir...! ¡tanto valdría organizar el caos antes de aguardar la luz! La sociedad antigua, cuando asistimos á sus orígenes, vemos que luchó mucho tiempo por resolver estas cuestiones, y que una vez resueltas, durmió en paz largas edades apoyada en tan sólidos cimientos. Verdad es que el mundo en sus evoluciones llegó á una época en que encontró angosto por demas el carril de su derrotero: tales eran algunos de los falsos principios, descubiertos á la luz de una mas clara civilizacion. Esta en su vigoroso empuje, y llevando á cabo un sistema completo de negaciones, no conoció que mezclaba y confundia en un mismo anatema lo verdadero y lo falso con grandes principios naturales y racionales que habian de conducir mas tarde á ciertas clases al estado en que hoy se encuentran. Claro se presenta que cuando la lucha se entabló entre lo pasado y el porvenir pudieran los hombres y los pueblos, á medida de las resistencias, levantarse hasta el heroismo; pero hoy, cuando aquella organizacion ha sido reducida á polvo, y cuando no ofrece ya obstáculo alguno al progreso ¿no es inconveniente escitar las pasiones en nombre de derechos y principios que no se esplican y organizar ademas para la lucha? La buena fé puede salvar y dispensar gracia en aras de la recta intencion; pero los hombres de ciencia que toman á su cargo la grave responsabilidad de gobernar, ilustrar y dirigir los pueblos, deben prever consecuencias tan lamentables; porque, á que repetirlo, cuando una teoría no da los resultados que se apetecen, á pesar de largas y costosas experiencias, necesariamente contiene en sí algun vicio radical que lo impida, y esto cabalmente sucede hoy con la doctrina parlamentaria.

El señor Borrego profesa una admiracion tal por esta que afirma es *una solucion tan procedente de nuestro estado moral, que si no existiera el gobierno representativo seria menester inventarlo para remedio de nuestros males y esplicacion de la situacion á que hemos llegado.* Para realizar esta doctrina deben agruparse en un mismo centro *todos los hombres de ciencia, nacimiento y fortuna;* en una palabra: todas las clases ó mas bien dicho la clase mas granada de la sociedad, la cual podrá dar gran brillo al trono y atemperarle, y añade: *que el partido organizado podrá y valdrá mas que el gobierno.*

Las palabras arriba subrayadas demuestran el espíritu de la obra,

cual su punto de partida, cual su desarrollo y aplicacion en nuestra patria; allegar un partido y organizarle por la disciplina para el poder. Afirmary á la manera que Voltaire de la religion, que si el gobierno representativo no existiera seria preciso inventarlo, es una asercion estrana y fuera de la órbita de la ciencia actual. Sostener que por él se pueden explicar todas las calamidades presentes, es cierto; pero que puede ser remedio de nuestros males, de ninguna manera; pues la razon y la esperiencia están demostrando, con mas certeza cada dia lo contrario. Ademas: establecer que un partido político bien organizado puede valer mas que el gobierno, es la suversion de la idea de autoridad; porque una de dos: ó un partido vale mas que el poder ó el poder mas que el partido: en ambos casos uno ú otro sobran para el buen orden y concierto de la república; que es contra la razon y la esperiencia que deba haber dos fuerzas de esta naturaleza, y si hay un partido que pueda y valga mas que el Estado, este partido será de hecho gobierno. Por último, sobre este particular vamos á emitir claramente nuestra opinion.

En España como en algunos paises de Europa, la organizacion política y sistemática de los partidos no seria otra cosa, que la lucha encarnizada de las diversas facciones y el triste sepulcro de la libertad humana, y si esta ha de conseguirse por los medios que se proponen y protesto en nombre de la libertad democrática contra la tiranía de los partidos regimentados por semejante forma, que daria lugar, ademas de sangrientas luchas á las mas tristes é inevitables explotaciones del hombre por el hombre. Yo protesto en nombre de la libertad individual, contra esta tiranía reglamentaria, y si la libertad estuviere condenada á vivir en esta forma para lo futuro, renuncio para siempre á ella. ¡Libertad! ¡qué idea tendrán de tí los que hoy quieren someterte, retrocediendo, al estrecho cauce de un mísero reglamento! ¡Cómo á veces las edades se copian! En los antiguos tiempos existias en las castas guerreras, en las castas sacerdotales, en ciertas razas, y andando estos mismos tuviste tu asiento entre los patricios, entre el cuerpo de señores feudales, entre las noblezas y aristocracias, y hoy entre la clase media; pero aun te restaba tu última forma, la mas terrible de todas las formas, la organizacion del partido, la union falaz y momentánea de los fragmentos de varias clases ó intereses de la sociedad contra otros; en una palabra, una guerra fratricida. No: la libertad no es la concesion gratuita de un guerrero, de un sacerdote, de una raza, de una aristocracia, de una clase, ni de un partido; es la voluntad sometida á la idea de lo moral y de lo justo en la region de la conciencia individual, y á la idea de autoridad.

en las trasgresiones manifiestas y tiranías mutuas de los asociados, de los intereses, de las clases y de los partidos, entre sí.

Pasando de este desahogo legítimo á quien ame racionalmente su libertad y la de sus semejantes, vamos á descubrir que es lo que viene á representar al mundo la escuela parlamentaria y cuales son sus aspiraciones. ¿Para qué ocultar la verdad de las cosas y hacer misterio por mas tiempo de lo que no puede serlo ya? Levantemos, pues, una punta del velo, ó descorrámosle, para que todo el munda vea patente lo que detrás se oculta.

El parlamentarismo es un sistema inventado por la *Mesocracia* ó clase media, en otro tiempo *Estado Llano*, para regir á los pueblos y dispensarles cierta gracia y libertad, como en otro tiempo lo verificó con ella su antigua dueña y señora la aristocracia. En una palabra, la *Mesocracia* es una clase, última en el orden cronológico, de las que han venido á regir al mundo. A imitacion de su rival, la nobleza, trató de circunscribirse en cuerpo politico limitándose y determinando por medio de leyes, cuales deben ser las aptitudes convenientes y necesarias para constituirse en cuerpo gerárgico. Se apropió los atributos de la monarquía y formuló una doctrina contradictoria, oscura y difícil por demas de desmarañar, para esconder por este medio á la vista de los profanos la flaqueza de su base. Pero como quiera que esto no bastase, y cundiere la duda entre otras clases sobre la legitimidad de su poder y advenimiento, gobernó y gobierna por la fuerza, para reducir á obediencia los disidentes, en nombre, á falta de principios mas sólidos, del alto principio del orden, que no le pertenece, puesto que contiene en si virtualmente el gérmen del bien y del mal; ademas de ser medio ó principio no nuevo y si comun á toda clase de potestad, incluso el despotismo. Esta es la realidad palmaria de las cosas, que no podemos esplanar mas en este corto artículo, y cuando, por otra parte, será suficiente lo dicho para que los avisados entiendan.

Ahora convenia investigar aqui; pero falta lugar para ello, si la *Mesocracia* es una clase social que tiene condiciones hábiles, racionales y posibles para gobernar la sociedad. Esta es la cuestion: que las aristocracias son idóneas para el mando lo vemos, y es y ha sido, ademas, posible, dadas ciertas condiciones sociales; pero considerada la *Mesocracia* como sustitucion de la nobleza es incapaz en estos tiempos, y un paralelo, si bien sucinto, entre las dos lo pondrá de manifiesto. La aristocracia estaba perfectamente circunscrita en el orden político y social; la *Mesocracia* tiene límites tan vagos que no se sabe con certi-

dumbre donde empieza ni donde acaba. Era la primera limitadísima; de la segunda se ignoran sus términos verdaderos. La una poseía riqueza sólida, estable, colosal y homogénea, que atravesaba las edades con el individuo; la otra la posee en desigualísimas proporciones, movediza hasta lo sumo, heterogénea y divisible hasta lo infinito. La primera representaba en sus individuos, cada uno de por sí, altas tradiciones y glorias nacionales adquiridas por medio de sus numerosas clientelas; la segunda no tiene gloria mas allá del individuo; su clientela es de un año y muchas veces de un día, y no puede decirle: «atravesaremos juntos el tiempo y el espacio, y tu vivirás á mis pechos y yo velaré por ti en cambio de tu lealtad y amor.» La aristocracia compartió lealmente con sus rivales el altar y el trono, el poder, porque comprendió su alteza y su razón; la Mesocracia es exclusiva y atea porque no cree mas que en sí; por eso gobierna en nombre de su propia suficiencia, y se ha burlado de la religion, de la monarquía, de las costumbres, de la historia, de las plebes, al par que la otra respetó, si bien aparentemente, todas estas cosas, y afirmó que solo en nombre de ellas tenía el derecho de regir al mundo y de consolar al pobre. Por fin, la primera, comprendiendo ser un despojo negarlo todo al estado llano y á los desvalidos, concedió algo al primero y cumplió con su conciencia con el segundo levantándole palacios y pingües rentas que han admirado al mundo.

Por este corto paralelo, espuesto solo bajo el punto de vista de las condiciones hábiles para gobernar, se podrá comprender si la clase media puede insistir en su propósito. Nosotros creemos que de ninguna manera: tal es el resultado de continuados estudios y observaciones á que nos hemos consagrado largo tiempo; en una palabra, la solución de esta sencilla pregunta: ¿puede gobernar la clase media en sustitución de las clases antiguas? Así, desde luego nos ha parecido inútil el intento del señor Borrego, ó de su escuela, de querer colocar en el gobierno una clase de la sociedad, ni menos un partido que pueda representarla, porque además de ser esto una confusión permanente, sería también una protesta á cada paso terrible de todos los partidos desheredados. Este es el error capital hoy día de todas las fuerzas sociales, de todos los partidos, incluso el democrático, querer ser gobierno, y no hay que dudarlo, lo mismo las clases, que los partidos, que los intereses que pugnen por absorber el gobierno ó gobernar, serán incesantemente lanzados por sus contrarios, lo cual basta para probar que la idea de autoridad no implica ni la idea de tutela, ni la idea de clases y partidos; que es una idea pura, libre é independiente, natural y necesaria, coexistente con la

sociedad, á la que todos estamos sometidos, y que un partido ó clase que quiera usurparla en provecho propio comete un atentado flagrante contra la libertad de todos los demas conciudadanos.

Creemos, por último, que los principios y consideraciones generales que hasta aqui hemos emitido nos dispensan de entrar en detalles mas prolijos sobre el libro que nos ocupa, puesto que habiéndose procurado demostrar ser falso en su aspiracion capital, erróneas deben ser todas las consecuencias que de ella se deriven. No debemos, sin embargo, olvidar aqui cuanto se esfuerza el autor, para dar mas autoridad á sus pensamientos, por introducir en España la organizacion de los partidos ingleses, y aun de los Estados-Unidos, si bien con aquellas modificaciones que la diversa índole, costumbres é intereses requieren. Error es este que ha estraviado clarísimos entendimientos, como se vió en los revolucionarios franceses de 1789, que pretendian estar verificando una copia mejorada de la Constitucion inglesa. Suponiendo que fuese posible copia de esta naturaleza, siempre quedaria en pie la dificultad de saber quién era la persona ó personas capaces de verificarla, y aun esto no bastaria, pues, á la manera que en la pintura, seria preciso, entre las muchas copias y modos de copiar, saber cuál era la mejor; puesto que cada uno, segun sus deseos y criterio particular, pudiera elegir lo que le pareciere, y esto seria un caos, una copia interminable. Cabalmente por andar imitando ya á la Francia, ya á la Inglaterra, hemos perdido nuestro carácter peculiar y nuestra independencia; véase sino como son mas poderosos los pueblos á medida que son mas originales ó tienen mas personalidad. Yo concibo posible algo de esta imitacion en nuestra revolucion del año de 1812, en que los grandes de Castilla podian formar la *Pairia* hereditaria, y el estado llano ó nobleza media, la Cámara de los Comunes, nombrada por las universidades, ciudades de voto en Córtes, y aun por algunas municipalidades; todo sostenido, por supuesto, por la gran base de la amortizacion civil y eclesiástica, ó cuando menos de la primera. Esto seria posible, porque estaria en condiciones semejantes, si no iguales, al gobierno semi-feudal inglés; lo que no sabemos es si seria duradero. Pero hoy, ¿qué hemos de imitar, si estamos en condiciones infinitamente distintas, tanto como pueden estarlo Marruecos y España? ¿Puede darse el caso que se cita en la página 219? ¿puede repetir aqui ningun patrono á los suyos lo que Roberto Peel á sus clientes? de ninguna manera. Y si hubiera un pobre hombre que capitaneando un partido le dijera, no diez años; aguardad cuatro, seguro estaba de quedarse solo en la palestra al siguiente dia. Aqui el

cliente no tiene espera porque no le mantiene su patrono; es un parásito del estado que necesita esperanzas largas y plazos cortos. Así, pues, en este punto es falso todo lo que se intente importar. Apenas hay escritor juicioso en Francia que no se lamente de las funestas consecuencias que ha ejercido y ejerce la manía de imitar á la Inglaterra. Nuestros escritores han protestado lo mismo contra una y otra, señalando como causa de todos nuestros males semejantes imitaciones, y han tenido sobrada razon, porque la experiencia diaria se la ha conferido plenamente. En una palabra, la Inglaterra es, como queda dicho, una organizacion semi-feudal, que ningun pueblo en progreso puede copiar racionalmente sin hacer traicion á sus principios. Los Estados-Unidos son, antes que una organizacion política, una organizacion social. El dia que haya pauperismo y proletariado agrícola y fabril, que haya un déficit en las subsistencias, y un empleo, por miserable que sea, valga mas que toda especulacion mercantil, veremos lo que es aquel pueblo. ¿Qué hay allí de nuevo y desconocido en Europa? nada: lo que hay es un pueblo joven y una produccion superiorisima al consumo: esto es lo que debemos imitar, y nada mas. Con respecto á Inglaterra, ya llegamos tarde, y no es un secreto revelar hoy que su decadencia es visible, es manifiesta; que aquel vetusto edificio empieza á cuartearse, y que *aquella patria de grandes ejemplos*, como la llamaba Mirabeau, lo es hoy de muy pequeños. En prueba de esto, véase lo que el señor Moron, con penetracion y claridad notable, escribia en 1844; época en que podia pasar por profético lo que hoy seria una vulgaridad decir.

«Esto prueba que las instituciones en Inglaterra no son nada, por que lo que domina su política y su marcha es su constitucion especial, aristocrática y tradicional. En nuestros dias se ha verificado la reforma parlamentaria, y están próximas otras de importancia. Las tendencias democráticas se presentan audaces y todos los hechos indican, que la constitucion inglesa va á perder su carácter especial *y asimilarse al de otros paises regidos por los parlamentos*. El dia en que este cambio esencial se realice, el gobierno de Inglaterra *ofrecerá el mismo espectáculo que el de otras naciones* y tal vez será inminente el peligro de una revolucion social, mas temible por la desigual distribucion de la riqueza pública en la Gran Bretaña que en ningun otro estado (1).»

El señor Borrego permanece fiel á sus ideas de política emitidas en el Correo Nacional de que fué fundador en 1838. Con placer cita sus

(1) Nos hemos tomado la libertad de subrayar algunas palabras en el testo para determinar mas la exactitud del pensamiento.

pensamientos de entonces y siente que por no haberlos querido escuchar el partido moderado echó por la pendiente de los desaciertos que mas tarde todos hemos presenciado. Nosotros, sin entrar aqui en estos pormenores ajenos á nuestro propósito, diremos que por lo espuesto en este artículo se viene sobrado en conocimiento de que, entonces como ahora, parte de un principio erróneo que tantos hechos posteriores han puesto de manifiesto; hechos que, como dicho señor pretende, no pueden esplicarse por la falta de organizacion de los partidos y si por otros motivos mas elevados y fundamentales.

Por nuestra parte, y para terminar, damos el parabien al señor Borrego por su deseo de fomentar aqui estas cuestiones cuya falta, como hemos indicado, va postrando mas y mas nuestra inteligencia; postracion que nos conduce á ser tratados y remediados en nuestros males por empiricos y curanderos que nos han puesto como estamos y que nos conducen sabe Dios á donde.

Ya hemos dicho al empezar que nuestra crítica recae igualmente sobre el libro del señor Borrego, cuya sinceridad y buena fé se palpa con la simple lectura, como sobre las doctrinas de la escuela para quien se escribe, incluso la democrática, tal como hoy se formula; puesto que no es otra cosa que un parlamentarismo mas ó menos disfrazado; esto es, la insistencia de querer gobernar con nueva forma á imitacion de las clases y partidos, prescindiendo por ahora de lo justo, racional y legitimo de sus esenciales aspiraciones.

Madrid 9 de noviembre de 1855.

D. MENENDEZ RAYON.

HISTORIA

DE LA LITERATURA ESPAÑOLA,

POR M. G. TICKNOR.

**TRADUCIDA AL CASTELLANO CON ADICIONES Y NOTAS CRÍTICAS, POR
DON P. DE GAYANGOS Y DON E. DE VEDIA.—TOMO I, II Y III.**

RIVADENEYRA, 1855, MADRID.

I.

El tomo tercero de la obra del historiador anglo-americano, comprende la historia del teatro español desde Calderon hasta la muerte de la literatura dramática bajo el reinado de Carlos II, estudia los poemas históricos y simplemente narrativos, cuenta las glorias y estravíos de la poesía lírica desde Garcilaso, analiza la poesía satirica, cuentos y novelas, traza el cuadro que presentan la elocuencia forense y del púlpito en este interesantísimo periodo, y sin omitir el estudio de la composicion histórica y de la prosa didáctica, concluye valorando este siglo de oro, sin disputa el de mas precio de cuantos encierran los anales literarios.

Esperábamos con ansiedad esta parte, la mas importante de la obra de Mr. Ticknor, por si descubríamos en ella lo que en las otras no aparece, esto es, la clave y esplicacion del sistema, que guia á nuestro crí-

tico en sus laboriosísimas tareas. Publicado ya el tercer tomo, gracias á los esfuerzos de su erudito anotador don P. de Gayangos, es cosa hacedera justipreciar el libro que se anuncia como Historia de la literatura española.

En vano hojamos las páginas del libro de Mr. Ticknor en busca de aquel felicísimo enlace que se nota en la historia de los pueblos, entre los diferentes géneros que forman su tesoro literario; y si volvemos los ojos deseosos de asistir al origen de nuestras formas literarias, á los primeros dias de su historia, solo encontramos las opiniones que respecto á puntos de tanto interés vienen repitiéndose desde fines del pasado siglo.

Descuidado por Mr. Ticknor el estudio de la civilizacion española, no conoce, ni es fácil con el sistema seguido conocer, la necesidad social que engendra uno y otro género literario, ni esplica las causas que motivan las trasformaciones del arte; y finalmente, desconociendo que el arte español es el arte religioso por excelencia de los tiempos modernos, queda ignorada y no aparece en el libro del historiador anglo-americano, la magestuosa série de sus inspiraciones, sostenidas siempre por la aspiracion y los sentimientos del pueblo.

No tacharíamos la obra de Mr. Ticknor si reconociendo las cualidades inherentes al título que escribió al frente de su libro, hubiera limitado sus conatos á estender el conocimiento de las letras españolas por las comarcas Americanas, sin hacer vanos alardes de historia y sin anunciarse en España como historiador de nuestras glorias literarias; pero no fué así, y precisa vindicar los derechos de la historia literaria de nuestra patria, y tan alta consideracion nos mueve á recorrer los tres tomos de la traduccion que publican los señores don P. de Gayangos y don E. de Vedia.

II.

No nos es dado asentir á la division establecida por Mr. Ticknor, por creer arbitrario y poco fundado en razon dividir la historia de la literatura española en dos grandes épocas que comprenden, la primera desde los orígenes hasta Carlos V, y la segunda hasta nuestra edad, cimentando esta division en la escuela Hispano-toscana, que nació en dias del emperador. Mr. Ticknor olvida que la mudanza debida á Nava-

giero es solamente de forma, que la influencia del genio y gusto italiano habíase ya presentado y sido acogida con aplauso en años anteriores, y por lo tanto, no es bien apoyar una division general de las letras españolas en un aumento de formas que recibe la poesía lírica.

No encontramos clasificacion ni punto de vista crítico en la obra de que tratamos, hasta el capítulo VI, y en los anteriores se analizan las primeras producciones de la literatura española, que como tales juzga Mr. Ticknor á los poemas del Cid y leyendas primitivas, á Berceo, al Rey Sabio, á Juan Lorenzo, el infante don Juan Manuel, al arcipreste de Hita, don Santo de Carrion y Pero Lopez de Ayala, es decir, un período que se estiende desde los primeros lustros del siglo XII hasta el reinado de Enrique de Trastamara. En el capítulo siguiente clasifica las formas de la poesía popular, y se ocurre preguntar ¿cómo considera Mr. Ticknor el periodo recorrido? porque sorprende mirar confundidos los poemas del Cid con las obras de Berceo, y á éste con el Rey Sábio. Si como es doctrina admitida, este período entraña y descubre lo que palpita de mas original, primitivo y español en nuestra literatura, si los cantos del Cid son ecos de la lira nacional, y los caracteres que pinta con tanta gallardía reflejos del ideal que concebía un pueblo guerrador y generoso, si los rasgos y sentimientos propios del arte erudito no se encuentran en los primeros cantos, ¿cómo escusar el que se presenten como hermanos, al desconocido autor de los cantares del Cid y á Gonzalo de Berceo, que vive con vida muy diferente? Y crece el asombro si se considera que el arte en Berceo tiende á convertirse en erudito, así en forma como en fondo, y que el elemento religioso sufre una trasformacion, que lo aparta á gran distancia de como aparece en los cantares de Gesta.

Pocos desconocen los caminos por los que viene á España la influencia oriental, que en el reinado de don Alfonso X se admiten principios y doctrinas no conocidas, y se llevan á cabo bajo su inmediata inspeccion traducciones de libros y fábulas orientales; y este hecho rompe mas y mas el parentesco que entre elementos tan diversos pretende establecer Mr. Ticknor en los primeros capítulos de su historia. Segura de Astorga, Juan Ruiz, don Santo de Carrion y Ayala, son nuevas faces del arte erudito, y escogen en sus obras nuevos elementos que procuran vestir á la usanza castellana, dando así curiosa enseñanza á los que se niegan á reconocer la originalidad y singular vigor, que anima al ingenio español en todas las edades de su historia.

Entrando en el exámen de la clasificacion anunciada, que se reduce

á establecer como formas de la literatura popular *los romances, las crónicas, los libros de caballería y el teatro*, conócese sin gran esfuerzo que este punto no ha sido tratado con el estudio y detención que su importancia exigia. En el estudio de la primera forma, ó sea de los romances, notamos que dar por terminado el debate acerca del origen del romance diciendo es «una forma sencilla que naturalmente se presentó,» es muy propio de quien se desentiende del origen del metro y de la rima, pero no lo es del que debe conocer la procedencia de los elementos que juegan en la literatura española. No nos indemniza la distribución de romances de las faltas notadas, que distribuye los romances en caballerescos, relativos á la historia de España, moriscos y de costumbres, y de la vida doméstica de los españoles, y como no se apuntan los fundamentos de semejante distribución, no alcanzamos á adivinarlos, pero sin temor afirmamos que ni filosófica ni históricamente considerada, admite razones que justifiquen las pretensiones de su autor.

«Si lo primero que llama la atención en los romances antiguos castellanos es el espíritu verdaderamente nacional que en todos y en cada uno de ellos domina,» ¿por qué se colocan los caballerescos en el primer término de la clasificación? Apuntando las formas de la literatura popular, escribe Mr. Ticknor en tercer lugar los libros de caballería, como que su aparición es muy posterior á la de las crónicas; y ahora al comenzar la historia de los romances, primera forma de la literatura popular, coloca en primera línea los caballerescos, y detrás los de la historia nacional, contradiciendo lo sentado en su primera clasificación.

Mr. Ticknor no ignora que el contenido sustancial de los romances, es el sentimiento y la creencia del pueblo, que la oración y el anhelo de combatir á los infieles son el alma del romancero, y que esa forma que es el espíritu vivo del pueblo, acoje cuantas ideas y altos hechos se suceden en nuestra patria, si son religiosas las ideas y heróicos los hechos. Así, cuando ya existían el romancero nacional y el religioso, que brotaron quizá en un mismo día, y volaron de los mismos labios, vistió el romance la forma caballeresca y mas tarde la morisca. Cuando se desea respirar el aire de los siglos heróicos de nuestra historia, y sentir los latidos de aquellas gloriosas generaciones, se respira ese aire y se cuentan esos latidos abriendo las páginas de nuestra Iliada popular. Si la clasificación de Mr. Ticknor fuera ajustada á razón y exacta bajo el punto de vista histórico-literario, no cabía celebrar al romancero, porque no se encontraría en su fondo el sentimiento propio, poderoso y vivo de un pueblo, sino el mísero reflejo de las influencias políticas y literarias,

que contára la historia española; no es así por fortuna, y la clasificacion de Mr. Ticknor es errónea y el romancero nacido de los himnos de entusiasmo guerrero y fé religiosa, que resonaban en nuestras montañas, es el alma de nuestra literatura, por mas que en alguna época se alimente con las glorias caballerescas y los recuerdos moriscos.

Prescindiendo de la estrañeza que causa ver unidos los *romances* á las *crónicas* bajo la denominacion comun de «formas populares,» ocupémonos únicamente de como nace la crónica y se convierte en historia, segun relata el escritor anglo-americano. Si bien al presentar la clasificacion considera las crónicas como forma popular, al entrar en su examen contradice lo sentado creyéndolas continuacion de los cronicones y leyendas monacales y atendiendo á su espíritu, ya cree Mr. Ticknor debieron aparecer primeramente en la corte. Creyendo así, dá Mr. Ticknor pruebas de sano criterio, por mas que combata su pretenciosa clasificacion de las formas «verdaderamente populares.» Recuerda sin duda el historiador anglo-americano, que le bastaban al pueblo en sus momentos de solaz los juglares de boca y los relatos de los poemas del Cid, para levantar su ánimo despertando en su pecho deseos de gloria y aquel belico ardimiento que si siempre no triunfa, nunca desmaya.

En efecto las crónicas son como sombra de los cronicones latinos y su cuna son los santorales y apuntamientos de los monasterios, y lo atestiguan los anales que se conservan de nuestras primeras edades. Señalar los pasos dados por la historia desde aquellas apuntaciones hoy oscuras, triviales y cándidas que se leen en los monumentos eclesiásticos hasta la Crónica general, es estudio que estimó como poco interesante el escritor anglo-americano y comienza á tejer la sucesion de nuestras crónicas por la inmortal del hijo de San Fernando.

¿No le sorprendió al erudito escritor al comenzar este estudio, el ver en los dias que, segun él, son los primeros de nuestras crónicas, el pensamiento de una historia general? ¿Qué civilizacion no acusan los libros de Herodoto y Tito Livio? Que la Crónica general es un poema no hay para que negarlo, pero confiésese, que no con otro carácter se presentan las rapsodias de los escritores griego y latino, y convengamos en que al mandar don Alfonso á los buenos caballeros presten atencion á las hestorias de los grandes fechos de armas que otros fecieron, tenia muy en cuenta la importancia de un libro que presentára el origen, vicisitudes y luchas de un pueblo acampado en los solares donde levantaron sus antepasados suntuosos templos, que Dios mandaba reedificar con los escombros de las mezquitas agarenas.

Siguen en la enumeracion las crónicas de Sancho el Bravo y Fernando IV, las de Villaizan y Ayala, las de Juan II, Enrique IV y Fernando é Isabel, sin tener en cuenta aparece rota la tradicion de la Crónica general y desconocidos los elementos históricos latinos, de siglos anteriores, los cuales no le merecen una mirada, condenándose á no comprender como se genera en España el pensamiento de la historia general.

«A mediados del siglo XVI se ve claramente que el tiempo de las crónicas habia pasado ya en España» segun dice Mr. Ticknor, y continúa su relato ocupándose de Guevara, Ocampo, Sepulveda y Mejía. Cuales eran las causas que motivaron esta trasformacion y cuales los elementos que unidos á la primitiva crónica, hicieron posibles los escritos de Mariana, toca al lector adivinarlas, que Mr. Ticknor despues de contarnos los asuntos que ocuparon á Gomara, Bernal Diaz y Fernando de Oviedo, dedica algunas páginas á describir y valorar los trabajos de Zurita, Morales, Sigüenza, Mariana y de los historiadores particulares.

En verdad que tememos no ser creidos por los que desconozcan la Historia de la literatura de Mr. Ticknor y aun nosotros mismos temerosos de dirigir falsas imputaciones á tan celebrado autor, hojeamos los tomos publicados de su historia recelosos de que se oculte á nuestra diligencia algun capítulo, que convierta la vaguedad é incoherencia de este libro en armonía y razonado concierto. Pero ya que no encontramos tal clave apuntaremos que así al leer lo que escribe Mr. Ticknor respecto á Mariana como lo que hace relacion á Mendoza, Melo y Moncada, no queda satisfecha la curiosidad, que se despierta aun en el ánimo del menos cuidadoso de las cosas de su patria, al leer nombres tan principales.

¿Fué el engrandecimiento de la corona española durante el reinado de Carlos V, lo que hizo nacer el pensamiento de la historia general? Quizá fuera este el estímulo que movió al docto jesuita, pero en el desarrollo sucesivo de las formas históricas desde los anales hasta la Crónica general y desde esta hasta la historia del padre Mariana, se descubren los elementos que aseguraron el éxito de su empresa, y atendiendo al carácter de los estudios históricos en nuestro suelo, puede valorarse la concepcion del historiador español, por mas que Mr. Ticknor no se ocupe en investigaciones de este linage, tan apropiadas al juicio y examen que reclama la historia literaria de un pueblo.

Y si pasamos á los historiadores particulares, el estado político y social de la nacion española bajo el cetro de la casa de Austria y el es-

tudio reflexivo de sus obras, ¿no nos permiten sospechar eran los escritos de Mendoza y Melo el folleto político como podía existir en aquellos días? Creemos no rayaría en lo absurdo si sostuviéramos como verdad lo apuntado como sospecha, pero como nuestro historiador cuida poco de marcar las relaciones que existen entre la sociedad y la literatura que es su reflejo y la espresion del sentimiento de los pueblos, nos es preciso consignar solamente la enojosa série cronológica de los varones que se dedicaron á los estudios históricos, sin otro objeto que el de conocer algunas noticias biográficas y los títulos de las obras en que consumieron sus vigiliass.

Son los *libros de caballeria* la tercera forma de la literatura «verdaderamente popular,» y los considera Mr. Ticknor como «intermedios entre el entretenimiento vulgar de los romances y la gravedad de las crónicas.» Sin parar mientes en este *intermedio* que su clasificacion, asi como la historia condenan y rechazan, diremos que ya un distinguido escritor ocupándose de esta materia, sostuvo como es razon, no eran los libros de caballeria producto nacional. Mr. Ticknor conoce que si á principios del siglo XII eran conocidas y gustadas en Bretaña las historias de los caballeros de la Tabla Redonda, era asi, porque el estado social de aquellos pueblos y su constitucion feudal favorecian este linage de producciones; pero considerar la literatura caballeresca como elemento patrio, es desconocer las circunstancias que acompañaron á su tardia aparicion en nuestro suelo, como una de las muchas consecuencias que tuvo aquella revuelta é intervencion extranjera, que rompió el cetro español en la frente de don Pedro de Castilla.

No es por cierto mas completo el estudio sobre los libros de caballeria que el analizado respecto á la historia, y aunque no es fácil confundir la dinastía de los *Amadises*, con los *Palmerines* y la *Caballeria celestial*, porque se ve en cada una de estas gradaciones como se amortigua la influencia extranjera y cobran vigor los elementos propios de la nacionalidad española, sin embargo, Mr. Ticknor, fiel á las tradiciones de su escuela, se contenta con apuntar cuantas ediciones ha registrado de libros de caballeria.

Es el *Teatro* la cuarta forma de la literatura popular, y por esta vez no anduvo descaminado el escritor anglo-americano, calificando el Teatro de popular, que lo es y en tal grado, que las censuras que en nuestro sentir merece Mr. Ticknor en esta materia las motivan faltas originadas del olvido en que puso el carácter de esta forma, la primera y mas principal de cuantas encierra nuestra historia literaria.

De popular califica Mr. Ticknor á nuestro teatro y muy pronto, al estudiar sus orígenes, dió al olvido esta calificación. Si siguiendo el método adoptado, solo encuentra en este estudio «especies vagas, inciertas é inseguras,» si las palabras del Rey Sábio sirven solo para aumentar su confusión, y las noticias del marqués de Santillana acerca de su abuelo don Pedro Gonzalez de Mendoza que escribió poemas escénicos á la manera de Plauto y Terencio, no le fuerzan á estudiar con detención punto tan importante, si por otra parte es indudable, que los espectáculos de asuntos religiosos eran comunes y muy conocidos á mediados del siglo XIII y tenían historia por haber sufrido ya variaciones y resentirse en aquella sazón de abusos que se habían introducido, ¿cómo cúmulo tal de noticias, no le hicieron sospechar á Mr. Ticknor la existencia de una forma dramática española, del drama cristiano hijo de elementos propios, y que Lope de Vega y Calderon esplicarian en siglos no remotos? No de otra suerte se concibe la historia, y si en vez de seguir esta senda vemos empeñarse al nuevo historiador en las sendas vulgares recorridas y recurrirá Juan de la Encina, Gil Vicente y Torres-Naharro para explicar el nacimiento y primeros días del teatro, ¿qué mucho que no comprenda el arte español y sea repugnante para este historiador la Devoción de la Cruz de Calderon de la Barca?

Si en el siglo VII se representaban comedias, si durante la dominación goda subsistió este espectáculo, si la vida de las razas muzárabes bajo el yugo de los caudillos árabes, fué por largo tiempo vida propia y el sentimiento religioso y la forma dramática que es inseparable de aquel, cobran vigor y aliento durante la dolorosísima epopeya que escriben los mártires de Córdoba y Sevilla á cuyos ayes se enciende el espíritu de asturianos y leoneses, ¿por qué Mr. Ticknor coloca el nacimiento del teatro español en 1472 con las coplas de *Mingo-Revulgo*? Al ver que la *Sofonisba* de *Trissino* se escribió en 1515, que *Juan de la Encina* vivió en Roma en el siglo de Leon X, que *Naharro* pretende corregir los preceptos de Horacio respecto al teatro, ¿no conoce Mr. Ticknor que el teatro nacional no viene á España con tales hombres, ni podía venir con la *Soldadesca* y la *Tinelaria*?

¿No recuerda que calificó al teatro de popular? Es empeño absurdo narrar como eruditos los orígenes del teatro español, cuando todas las naciones europeas, los consideran como populares, y entre todas descuella España por la rara originalidad de su ingenio. Alguna vez como que reconoce Mr. Ticknor no es este el sendero recorrido por el teatro y confiesa la ninguna influencia de las obras de Torres-Naharro, al leer

en Sandoval la relacion de los festejos celebrados en Valladolid en 1527 y «al encontrar alli hecha mencion de nada menos que cinco dramas *í lo divino*» deja en aquel momento á los imitadores de Naharro, y á las traducciones de Plauto y Sophocles, porque «ningun efecto produjeron ni podrán producir en el teatro nacional,» se detiene ante la egloga de Juan de París, titubea al estudiar las producciones de Lope de Rueda y como con el gozo del que concluye penosísima jornada escribe el venerando nombre de Lope de Vega, á quien consideramos sino como el fundador del teatro español, como al que le dió forma propia y ajustada á los elementos nacionales que venian alentando su engrandecimiento.

Desconociendo, como se ve, los elementos que concurren á la formacion del teatro, cuantos pasos adelanta Mr. Ticknor son nuevos embarazos que dificultan y confunden su relato. Colocado delante de Lope de Vega, no acierta á definir su genio ni encuentra el lazo que une amorosísimamente su teatro con las tradiciones del arte español. Indeciso, confuso y como fatigado, da vueltas en torno del coloso, y analizando las comedias que él llama de capa y espada, y al estudiar las heroicas, no le es posible formular clara y distintamente la significacion é influencia de Lope de Vega en la historia de nuestra literatura.

Ocasion era esta de recordar á Mr. Ticknor su clasificacion de las formas de la literatura popular, y como prueba de nuestras doctrinas mostrar como el teatro toma su forma en la Iglesia, su sentimiento y caractéres en el romancero, trayendo la historia al servicio de la inspiracion popular de nuestros poetas dramáticos. El teatro, como espresion la mas alta del genio nacional, se alimenta con tradiciones y sentimientos nacionales, al mismo tiempo que abraza armonizando cuantas influencias literarias dejan huella en nuestra historia; pero abandonando esta cuestion harto conocida, resta el estudio de la forma y el averiguar como se fué ajustando á la norma que aparece despues generalmente seguida. Es muy fácil repetir lo escrito por Lope de Vega en su «Arte nuevo de hacer comedias,» y creer que desdeñadas las prescripciones de los preceptistas antiguos, nace la forma dramática del gusto del vulgo, al cual se acomodan criticos y poetas, como si ese gusto no fuera la nueva forma estética, la nueva espresion que nace, crece y se desenvuelve, rigiéndose por altas leyes, y recogiendo rica herencia de influencias y aspiraciones populares. En esta como en otras muchas cuestiones, sigue Mr. Ticknor el juicio vulgar, naciendo de aqui el escaso interés que ofrece su libro, por no corresponder á las exigencias de la época presente.

Levantado y enaltecido el teatro por Lope de Vega, los diferentes y aun encontrados elementos que se miran en sus producciones, á su vez, y con separacion los unos de los otros, se desenvolvieron, originando necesidades que el fecundo ingenio español se apresuró á satisfacer por medio de ingenios tales como Montalvan, Tirso, Moreto y Rojas. Deslindar la influencia bajo la cual se inspiraron cada uno de estos poetas, y conocer los medios ya hijos de su preclaro ingenio, ya prestados por el arte, que ayudaron y sostuvieron su empresa, es tarea grave y para el crítico de quien nos ocupamos dificultosa en alto grado, si no imposible. Asi los juicios que le merecen Tirso y Alarcon reunen á una superficialidad que lastima á cuantos tengan en algo las glorias españolas, tal inexactitud en la apreciacion, que no titubeamos en asegurar son de los de menos valer de cuantos se leen en los archivos de la literatura moderna.

Los capítulos que en el tomo III dedica Mr. Ticknor á Calderon de la Barca, necesitan correctivo mas severo, en razon al juicio que le merece el gran poeta, asi como por la manera injustificable con que trata las comedias *á lo divino*, segun la culta frase con que designa al drama católico. En verdad que las continuas acusaciones que dirige Mr. Ticknor á la intolerancia y estrechas miras de la Iglesia católica, nos hicieron creer que colocado en la esfera del arte, consideraria al español con aquella elevacion y dignidad que prestan los estudios filosóficos y que resplandecen en la mayor parte de los críticos modernos; pero el modo con que juzga las inmortales producciones del cantor del *Principe Constante*, nos hace creer peca asimismo de intolerancia y estrechas miras la doctrina de algunas comuniones protestantes.

Bien se nos alcanza que quien no ha conocido el movimiento del arte español desde los poemas del Cid y Santa María Egipciaca, la transformacion que sufre en Berceo, el nuevo aliento que le inspira Juan Ruiz, los horizontes que le abre el rey Sábio, ni valora las riquezas que rinden á sus pies las literaturas orientales, la de la Provenza é italiana, mal podia mirar en el gran dramático la sintesis de ese arte maravilloso, la forma de la inspiracion católica, y el portentoso enlace de los elementos nacionales que se concentran en su vasta inteligencia para producir un monumento de tal precio como es el teatro de Calderon de la Barca. Quien no pierde ocasion de zaherir los autos sacramentales y las comedias *á lo divino*, quien de tal modo desconoce la influencia del catolicismo en el arte y no valora el sentimiento religioso como es justo discurrendo sobre la historia de las artes españolas, ¿cómo podrá

apreciar el «Purgatorio de San Patricio» y la «Devocion de la Cruz» sino diciendo que la «primera no es tan repugnante como otra titulada la Devocion de la Cruz?»

La religion católica, por los principios morales que predica, favorece y es mas propia para el drama que otra ninguna. Las virtudes que preconiza y las reglas de conducta que establece, hicieron volver los ojos á las acciones humanas, y de tal consideracion nació el arte dramático dotado de larga vida y con vastos campos que recorrer. Bien efecto de condiciones físicas ó quizá con mas verdad como producto de nuestra azarosa historia, el sentimiento religioso se tinturó en España de un carácter ferviente y apasionado, que prestó nuevo realce al sentimiento dramático, y que Calderon espresó con felicísima inspiracion en la mayor parte de sus obras, añadiendo como tintas que completan y hermocean su obra, la altivez y delicadeza del carácter castellano.

El arte católico no tiene cantor mas celebrado ni espresion mas acabada y completa que ese rico joyel que forma la diadema de nuestra literatura; pecaria por lo tanto de ridículo el entretenernos aquí en combatir las apreciaciones de Mr. Ticknor, renovando las controversias literarias de que ha sido objeto el autor de que tratamos. Somos poco dados á la critica de minuciosidades y poco ganosos de sacar á plaza faltas y lunares, que si así no fuera llenaríamos algunas páginas en notar como Mr. Ticknor censura amargamente en ocasiones lo que merece disculpa en otras, y preguntaríamos ¿cómo, si los autos sacramentales respondian al sentimiento popular, se tachan por enojosos, grotescos y ridículos en un libro de critica literaria?

No nos estraña que «pasando el escritor anglo-americano de las *comedias á lo divino* y autos de Calderon á sus comedias profanas, tropieze con la dificultad de clasificarlas y dividir las. No se funda una clasificacion en lo arbitrario ó en el juicio y buen parecer de un escritor, sino que estriba en el conocimiento exacto y profundo de los elementos que prestan vida á las diferentes producciones que se pretenden clasificar, y como ya hemos apuntado, no se encuentra este conocimiento en la obra que venimos estudiando, así que aparece lógica y necesaria la dificultad de que nos habla Mr. Ticknor.

En un capítulo historia Mr. Ticknor el Teatro posterior á Calderon, y en él se encuentran los nombres de Moreto y Rojas confundidos con los de Leiva, Zárate, Matos-Fragoso y Zamora, y en el mismo capítulo reseña la decadencia de la poesía dramática, que sienta como un hecho, hablando de Cañizares, sin curarse de inquirir las causas de tan rápi-

da caída, como juzgarán muchos cumplia á un historiador literario.

De este modo concluye en este libro la Historia del Teatro Español, y tal es el trabajo de Mr. Ticknor, y tal el estudio que le merece el fenómeno literario mas grande que cuenta la edad moderna, así por su nacimiento y sagrada influencia que presidió á su desarrollo, como por los elementos literarios que se agruparon en torno suyo y por la grandeza de los ingenios que lo animaron y sostuvieron con sus originales y maravillosas inspiraciones.

III.

Uniendo los nombres de Berceo, Juan Lorenzo, Juan Ruiz, el Rey Sabio y Ayala, llegamos á los dias de don Juan II. Pocos periodos literarios ofrecerán mayor interés que éste, en que vivieron Juan de Mena, el marqués de Villena y el de Santillana, que son los nombres que caracterizan esta época, mostrando uno el renacimiento clásico, el gusto provenzal el otro, y éste la influencia toscana. Estos elementos juegan durante los años que median hasta los Reyes Católicos, como prueban los Cancioneros, que permiten seguir esta curiosa historia y la del renacimiento, desatendida por nuestro historiador, desde sus primeros albores en la corte del rey poeta, hasta que crece en la de los Reyes Católicos convirtiéndose en culto reverente y estudiada imitacion de las letras orientales, griegas y latinas.

Llegando á los dias de Boscan, conviene advertir que el nombre de Garcilaso no causó mudanza tan general por mas que fuera muy preparada, que no sean dignos de la mayor atencion y deferencia los defensores de la antigua forma nacional, que una y otra vez renovaron la discusion contra los poetas de la escuela toscana. Arrancando de la influencia toscana, se ocupa Mr. Ticknor de Mendoza y fray Luis de Leon, y en breves páginas analiza toda la poesia lirica, uniendo Herrera á Góngora, á Paravicino y Arquijo, á Quirós con los Argensolas, y Jáuregui á Villegas y Rioja, etc., etc., como si bajo la denominacion general de poesia lirica cupieran cuantos se creyeron poetas en aquel siglo de glorias y guerras, de poetas y soldados. La confusion que venimos notando en este libro crece de tal modo en los capítulos consagrados al exámen de la poesia lirica, que se nos aparecen como una página del infierno del Dante, y es imposible poner orden ni concierto en aquella rapidísima espo-

sición, donde se siguen poetas de distintas escuelas y gusto literario, de diferentes tradiciones sagradas y profanas, como si fueran hermanos que compusieran dilatadísima familia.

¿No advierte Mr. Ticknor desde los primeros días de la poesía lírica española la existencia de dos escuelas que hablan un lenguaje poético distinto y que beben sus inspiraciones en fuentes literarias, que no tienen el menor punto de contacto? La escuela Sevillana con su Herrera, Arquijo, Quirós, Rioja, etc., no sigue los pasos de la escuela Salmantina, que en sus diferentes vicisitudes llegó á caer bajo el dominio de Góngora y de sus imitadores. Cómo se formaron estas escuelas, cuál era el estado de los estudios clásicos y de los orientales en nuestras universidades, y qué influencia se dejó sentir con mayor fuerza en la Sevillana, y cómo las letras greco-latinas influyeron en la Salmantina y prepararon y sostuvieron el vuelo del culteranismo, son cuestiones muy propias para una historia, pero inoportunas en un artículo crítico, y en aquella debían encontrarse.

Confesamos de buen grado que el estudio de la poesía lírica desde su origen hasta la decadencia del culteranismo, es difícil y está sembrado de escollos, porque aun prescindiendo del genio nacional que desconoce Mr. Ticknor, de la particular propensión de la lengua al metro y á la rima que Mr. Ticknor no analiza, contamos, con la influencia arábigo-oriental, la provenzal, la escuela toscana, la historia de los estudios clásicos que no relata Mr. Ticknor, con la influencia de la poesía dramática en la lírica y viceversa, que no sospecha el escritor anglo-americano, y por último, con el estado moral y político de la sociedad española en los siglos XVI y XVII, que no le merece particular atención al autor de la historia de nuestras letras.

Si damos por averiguado, como pretende el distinguido orientalista don P. de Gayangos, y en nuestro humilde juicio con mucho fundamento contra lo sostenido por Mr. Dozy, que existieron, si no una poesía popular (que no diremos tanto) formas poéticas vulgares entre los árabes, es incuestionable que desde los primeros lustros del siglo XIV, se siente en España la influencia arábica, como se había sentido la hebráica en días anteriores, según acusan monumentos literarios del siglo XIII. Que esta influencia en materia de gusto no llegó á nuestra literatura popular, es indudable, y que quedó en las altas regiones de la poesía lírica, no hay para que dudarlo, así como que los estudios clásicos destruyeron de consuno con la escuela toscana la influencia provenzal, reanimada en algún tanto por los libros de caballería.

Descuidadas las formas populares ó absorvidas por el Teatro, con los elementos extraños ya enumerados y con los caracteres poéticos de nuestra lengua, coloreadas por el sentimiento de patria y religion, nació la poesía lírica, adquiriendo en el siglo XVI vuelo tan prodigioso que asombra y sorprende por su fecundidad, y maravilla por lo original y atrevida y por el inagotable raudal de poesía, que mana de continuo de los labios de nuestros poetas al través de las sombras y embarazos, con que oscurecen su fantasía elementos nacidos en suelo extraño.

La verdad de las tesis que venimos sosteniendo, nos procura á cada paso nuevos testimonios que confirman los hechos apuntados. En la escuela sevillana predomina el elemento religioso y el elemento poético oriental, en nuestro sentir mas apropiado al genio poético de nuestro idioma que el greco-latino, y esta y no otra es la causa de las diferencias, que se notan entre los vates que se entregan á los delirios culteranos.

No es la historia literaria de un pueblo otra cosa que el estudio de su civilizacion por medio de las letras. Perdidos ó dados al olvido en aquel siglo los elementos nacionales y sin aliento los sentimientos del pueblo, preso el ingenio en dobles hierros, la poesía lírica, que como elemento subjetivo del arte expresa la inspiracion del momento, hija de sucesos que la historia no refiere, y que solo se graban en la mente del poeta, no podia buscar ni el sentimiento de la patria, ni en el imperio de la inteligencia calor que diera forma y vida á sus creaciones. La escuela Sevillana idólatra de la forma queriendo suplir el genio con una expresion digna y levantada cayó en el culteranismo. Mas dada á los estudios filosóficos la escuela salmantina, quiso inspirarse ya en fuentes paganas, ya en el terreno que la alegoria presenta y delira procurando ocultar sus ideas escribiéndolas con un idioma oscuro y nebuloso, que desorientase á los censores mas hábiles en la tarea de perseguir al pensamiento. Si la mitología, envuelve alta significacion política y religiosa en la cuna del arte griego, significado tiene tambien en manos de nuestros poetas Salmantinos, aleccionados con las sutilezas de las controversias escolásticas y de la mística teología.

Basta lo dicho para conocer cuán á bulto ha procedido Mr. Ticknor al historiar nuestra poesía lírica y cuanto estudio y minucioso exámen requiere esta empresa y es muy de sentir, que las páginas del historiador anglo-americano embaracen mas y mas esta senda y la dificulten para el que sienta en sí aliento bastante para narrar las glorias y vicisitudes de la poesía lírica en las dos centurias recorridas.

IV.

Un capítulo dedica Mr. Ticknor á la poesía heróica, que desde el Emperador no son para contados los poemas que salieron á luz con este título ú otro semejante. Nosotros creemos el poema nacional imposible si el poeta no es el pueblo y por lo tanto juzgamos que en la edad moderna el laurel épico pertenece á España por sus poemas del Cid y su Romancero. Entre el sinnúmero de poemas que cuenta nuestra literatura, tres únicamente alcanzan justo renombre, porque entran en su composicion elementos españoles, que los cantos de Ercilla guardan la entonacion de nuestros himnos de guerra, el sentimiento religioso de Virues es el que sentia el pueblo, y Bernardo respira con el generoso aliento del castellano que lucha por su Dios y por su adorada independencia.

No de otra suerte acertamos á esplicar la voga de estos poemas y el demérito de los demas, cuando sus dotes literarias no rayan tan bajo como pretende Mr. Ticknor, al esplicar las causas del desgraciado éxito de tantas tentativas como se hicieron para llegar á escribir nuestro poema épico, olvidando los principios constitutivos del arte español.

Hay en todas las literaturas nombres que no es lícito considerar como unidos al movimiento general de las letras, por la mayor individualidad que revelan sus obras y por el modo peculiar con que visten las ideas y sentimientos que sirven de materia á sus creaciones. Tres cuenta de estos seres singulares nuestra literatura y son *Hurtado de Mendoza*, *Cervantes* y *Quevedo*. Guerreros, políticos, poetas, prosistas, profundos pensadores, humoristas (perdóneseme la palabra), ó destruyen una época, ó iluminan á un siglo, ó crean para sí renombre imperecedero. Estos nombres han sido acariciados con amorosa solicitud por nuestros críticos, venerados por el pueblo y en su patria y en el extranjero sus obras han recogido solamente aplausos y loores. El estudio de Mr. Ticknor sobre los dos primeros deja poco, muy poco que desear; tambien merece elogios el que dedica á Quevedo, por mas que en nuestro sentir, y quizá sea efecto del culto que rendimos á su privilegiada inteligencia, no peque por estenso y profundo. Estos juicios nos confirman mas y mas en el nuestro respecto al libro de Mr. Ticknor: cuando no se encuentra frente á frente con el pueblo, ni necesita

valorar el pensamiento de una generacion que palpita en las producciones de aquel siglo, su pluma corre con libertad, crece su ingenio critico y como que ve con luz mas clara.

V.

Réstanos solo el estudio de la prosa castellana. Damos por averiguados los orígenes de la lengua española y por hecho el exámen de sus primeros monumentos, y creemos en vista de los datos que pueden aducirse, no sea exagerado señalar los primeros años del siglo XI como los que presenciaron el nacimiento y primeros pasos de nuestro idioma.

Sospechamos que alguno de los documentos latinos que se citan escritos en aquellos y en anteriores dias, en vez de ser latinos, el intento de su autor al escribirlos fué el de acercarse á la lengua sin nombre que abjuraba de las desinencias, conjugaciones y régimen de la lengua del Lacio y arrojaba lejos de si en calles y en plazas tan pesadas vestiduras al pasar á los labios rudos y vigorosos del soldado; pero sea de esto lo que quiera, lo cierto es, que Mr. Ticknor despues de citar la carta-puebla de Avilés no encuentra prosa castellana hasta el Rey Sábio, en cuyos dias despliega ya la lengua castellana riquísimo tesoro de gracias, flexibilidad y gallardía, prestándose asi á la espresion de los sentimientos delicados, como á las discusiones jurídicas, al carácter preceptivo de la ley como á la entonacion y magestad propia de la historia. Es ya la lengua castellana con leyes propias y con su génio y carácter.

Leyendo á Mr. Ticknor aparece como por ensalmo y por la virtud de un conjuro, sin precedentes y sin historia, y no suple tamaña omision la ilustracion ó nota que se dedica á estudiar como punto filológico los orígenes de la lengua, que aqui era preciso mostrar sus pasos al través de los sucesos referidos por la historia al narrar la de los siglos X, XI y XII.

Desde el siglo de don Alfonso X al cual sigue el de don *don Juan Manuel* y su *Conde Lucanor* no encontramos prosistas, si se esceptuan las crónicas ya mencionadas, hasta los tiempos de don Juan el Segundo en el que ademas de Juan de Mena y el Centon Epistolario, aparecen *Juan de Lucena* que indica la introduccion de nuevos elementos en la

prosa y el bachiller *Alfonso de la Torre*, que en su *Vision Delectable* acepta el giro que tomaban los estudios teológicos en nuestras aulas y que pasados algunos años, se convierten originando nuestra escuela de escritores ascéticos y místicos. *Fernando del Pulgar* resucita la noble prosa del siglo del Rey Sábio acentuándola con aquella magestad é imperio, que cuadra con perfeccion tan rara al orgullo y fiereza de los antiguos castellanos.

Es muy de estrañar no haya percibido Mr. Ticknor estos ensayos y precedentes, y no haya notado la rara coincidencia de que crece y se desarrolla la prosa por el camino de la historia, aumentando de dia en dia, el ya copioso caudal de sus giros, voces y acepciones, de tal modo, que aun no olvidados los tristes dias del reinado de Enrique IV y los laboriosos de los reyes Católicos y los guerreros de Cárlos V le permite á Hurtado de Mendoza recoger justisimos laureles, resucitando bajo su encantada pluma, en vez de narrar, los sucesos de la rebelion de los moriscos. Por sí adolecia el habla castellana de cierta rudeza contraída en la continua ocupacion de contar guerras y horrores, fray Luis de Granada y despues el de Leon le prestan la dulzura de su alma y Cervantes aquella armonía inimitable que nace de su espontánea y no artificiosa colocacion de las palabras.

Las dos formas que reviste la *fiction* ó sea la novela en los siglos XVI y XVII, no son debidas á la buena ventura que dirige al ingenio español, como podria creerse leyendo al escritor anglo-americano, sino que son las mas conformes con la cultura y carácter peculiar de la sociedad española bajo el férreo cetro de la casa de Austria. La novela pastoril no nace de lo comun que fué en España la vida pastoril, como supone Mr. Ticknor, sí, es mas lógico suponer y la crítica fortalece esta suposicion, que nacida y alentada la novela, en la imposibilidad de presentarse como cuadro de costumbres, vistió el pellico, y celebrando los goces de la vida campestre, dió rienda suelta á los sentimientos individuales ya que la vida social vigilada por el poder eclesiástico y oprimida por el poder real, no se prestaba á las ingeniosas fábulas y pinturas que bullian en la mente de nuestros prosistas. Sannazaro dió el ejemplo contando la historia de sus amores, con nombres fingidos, pero con hechos reales, y los escritores españoles comprendieron que en aquella *Arcadia* podrian espresar los sentimientos de su alma, sin temor de los alcaldes reales, ni de los familiares del Santo Oficio. Declaran al tenor que Sannazaro, Montemayor y Figueroa, y cuantos se ejercitaron en este género aluden mas ó menos á la situacion social y

política de su patria, y hablan por los hombres que descollaban entre los magnates, poetas y guerreros.

La novela vulgarmente llamada picaresca, es un paso mas audaz y de mayor intencion. Los engaños, astucias y bajezas pintados por la diestra mano de Mendoza ponen en relieve los vicios de las clases que componian aquella singularísima sociedad, sin sacar á plaza ningun tipo de las poderosas y aristocráticas, por la misma razon que impedia á los poetas romanos poner en escena nombre alguno de las orgullosas familias patricias. Pero sino directamente de una manera sagaz y simulada Mendoza, Aleman, Espinel, etc., daban á conocer las costumbres y sentimientos de las gerarquías sociales mas elevadas.

Dejando á un lado los nombres del gran número de novelistas y omitiendo el cumplido elogio que merecen el ingenio y donaire con que abrazaron los mas variados matices del género novelesco, dando curso al pensamiento que instituciones potentes se esforzaban por debilitar y comprimir, entremos en el capítulo que intitula Mr. Ticknor «elocuencia forense y del púlpito,» y «prosa didáctica» y aqui como siempre que hablamos de alguno de los florones de nuestra corona literaria, censuraremos al escritor anglo-americano. Nuestros escritores *Leon Granada, Juan de Avila, San Juan de la Cruz, Santa Teresa, Malon de Chaide*, etc., ¿no le descubren el pensamiento de la civilizacion española en el siglo de la Reforma? Las modificaciones que sufre en sus manos la teologia moral y los nuevos tesoros que descubren en la mística, ¿no son digno objeto de concienzuda meditacion? Los estudios teologico-filosóficos de nuestras aulas, y la influencia ejercida por los doctores nombrados, ¿son puntos, que pueden pasar desapercibidos en la historia de nuestras letras? Las modificaciones que sufre la lengua las novedades que introducen y su influencia en la poesia lírica y en el arte católico en general, ¿no son cuestiones dignas de prolijo exámen? ¡Cómo esplicar tal incuria y tan ridículo é injustificable abandono!

En el exámen general del pensamiento europeo, en los azarosos dias de la reforma y de su propagacion, se mira inferior al catolicismo en aquel solemne debate, sino se vuelven los ojos á la *escuela de Misticistas* como escribe Mr. Ticknor, y se contempla, como despues de los padres de los primeros siglos y de los tiempos medios, la escuela española abre nuevos horizontes á las almas de los creyentes, oponiendo el vuelo del espíritu por la via mística, al libre exámen racionalista de los profundos reformistas alemanes. No es este asunto (como todos los apuntados en este bosquejo critico) para tratado de ligero, que se enlaza con la

historia interna del catolicismo y con la de movimiento general de la inteligencia tan osadamente promovido por Lutero.

VI.

Es ya tiempo de dar por concluida nuestra tarea, por demas ingrata y enojosa. No será, sin embargo, la última vez que nos ocupemos de Mr. Ticknor.

No se creará por cierto apasionado el debido tributo de respeto, y los aplausos que tributemos al libro anglo-americano. Mas completo que los estudios publicados hasta hoy, lo copioso de sus datos bibliográficos y lo exacto de sus noticias biográficas merecen repetidas alabanzas, y mas si se recuerda su rara constancia y continuos cuidados por conseguir los materiales necesarios para su obra, y se adivinan sus afanes, vigiliass y dispendios al consagrar su vida á la realizacion de esta empresa.

Al escribir estas consideraciones sentimos moverse nuestra alma á la gratitud hácia el extranjero, que así se aficiona á nuestra pobre España, y buscamos palabras para espresarle nuestra veneracion y el afecto que nos inspira.

Las faltas notadas, hijas son de circunstancias que en su mano no estuvo evitar: cuanto requeria investigaciones y reclamaba diligencia y laboriosos afanes, se encuentra en esas páginas. Nosotros pediamos un alma española para ese libro, sin curar de que nació su autor en suelo extraño y no vió correr los dias de su infancia bajo las bóvedas de nuestras catedrales, ni delectó los romances del Cid, ni escuchó las tradiciones heróicas de nuestra patria repetidas por los que cultivan nuestras fértiles llanuras, ni por los que moran en las altas cumbres de nuestras ásperas montañas.

Ya no concluiremos este artículo, como era costumbre en todos los de su clase, lamentándonos por la falta de un libro tan deseado como es una Historia de la Literatura Española. Dias ha que se dió al público la fausta nueva de que el distinguido literato don José Amador de los

Rios habia emprendido un trabajo de este género, y alguna vez que otra han anunciado los diarios noticias, que demostraban no desmayaba el laborioso académico en su loable empresa. Poco ha anunció esta Revista como próximo á darse á la estampa su tomo I, y en efecto hemos visto ya corregidos y revisados, y prontos para la imprenta los tomos I y II, y su autor se ocupa en dar la última mano al III, que comienza con el exámen de los primeros monumentos escritos en lengua castellana.

Conocidos algunos capítulos de esta obra, y aplaudidos y encomiados en los altos círculos literarios, no se tendrá como efecto del acendrado amor de un discípulo á su maestro, el que consignemos aquí que, si por mucho tiempo se ha hecho esperar una Historia de la Literatura Española, la que anunciamos satisface los deseos concebidos, y realiza cuantas esperanzas alimentó la fantasía.

Habia en nuestra historia como una oscura noche que se extendia desde los últimos dias del imperio godo hasta fines del siglo XIII, y nuestra historia de la edad media, á pesar de los esfuerzos de propios y estraños, continua siendo escollo para historiadores y madre de confusiones para los amantes de las glorias nacionales. Sospechábamos desde que años atrás escuchamos las lecciones dadas por don José Amador de los Rios en la Universidad Central, estudiando nuestra edad media, que el estudio de las letras era el camino que podia conducirnos al conocimiento de la historia de la nacionalidad española. Hoy nuestra sospecha se ha convertido en firmísima conviccion, y ademas de este beneficio que procura el libro que anunciamos, el ingenio español y el arte patrio brillan con luz tan nueva, que no parece sino que se despierta de profundísimo letargo.

No elogiaremos las tareas, afanes, desvelos, investigaciones, estudios, viages y disgustos, en que ha consumido su existencia el catedrático de la Universidad Central; la gloria y justo renombre que le aguardan, recompensarán su laboriosa existencia. Obra filosófica que une dichosamente la historia civil, política y religiosa con la literaria, escrita con la hermosa frase castellana de los mejores dias del siglo de oro, la Historia de la Literatura Española de don José Amador de los Rios, sobrepuja las esperanzas concebidas aun por los admiradores mas entusiastas de sus talentos, vasta instruccion y altas cualidades de escritor.

1855, Noviembre.

F. DE PAULA CANALEJAS.

EL PRINCIPE DE MAQUIAVELO.

CESAR BORGIA,

O LA ROMAÑA EN 1502.

XXXII.

Después de la toma del fuerte de San Leo, el cardenal de la Rovera fastidiábase de mirar desde lo alto de las murallas que había conquistado el campo enemigo: su primer ventaja no hacía más que escitar más su ardor guerrero: ejercitaba como por pasatiempo á sus valientes Sanmarineses en la esgrima y hacía simulacros en las plataformas del castillo, empero esto no era más que un medio de distraer el fastidio sin acabarlo de vencer. Érale preciso lo positivo de la gloria, porque su objeto no era únicamente el distinguirse por su destreza en el manejo de las armas, ni ejercitar la fuerza de su brazo: príncipe de la Iglesia, ambicioso de ocupar la cátedra de San Pedro, se hallaba demasiado interesado en destruir el partido de los Borgias cuya influencia debía serle contraria á la muerte del pontífice, para permanecer largo tiempo ocioso en la carrera que acababa de abrirse delante de él. Atusándose el bigote y con paso enteramente caballeresco, veíasele andar meditando campañas ó trazando sobre la arena planes de batallas, maldiciendo las for-

talezas que condenan á tantos valientes soldados á una vida inerte. Muchas veces dirigiéndose á Marino Giangi le decia:

—¿Qué hacemos aquí? Los habitantes de San Leo están decididos por Guidobaldo: confiémosle la custodia de estas murallas, y abrámonos paso hasta el mar, aunque tengamos que combatir con todos los condottieri del mundo. Juan Baglioni se dirige con las tropas de la confederación sobre el Metauro: trátase de atacar á Fano y de defender Sinigaglia.... sin duda hay gefes hábiles entre nosotros: pero yo tengo confianza en mí y en vuestros cincuenta republicanos.... ¡Por la espada de San Pablo! ¡vamos á batirnos!

Y una mañana vino á despertar, antes de amanecer, al gefe de la cohorte de San Marino, y le dijo:

—Yo no duermo en esta maldita ciudadela.... ¡Si quereis, marchemos! Tomás Spinelli, un buen gentil-hombre, que aunque un poco poltron, ha venido ayer y me ha puesto al corriente de todo lo que pasa: los confederados temen y están dispuestos á capitular. ¡San Pablo! tratar con un Borgia, un usurpador, un devastador, un emponzoñador..... que sé yo... ¡Vamos á batirnos! batiremos á los mercenarios extranjeros, y reanimados por nuestro valor, no doblarán los Ursinos la rodilla delante del despurpurado.

Ya se habían puesto en camino los fieles ciudadanos del Titan. Los piadosos y valientes hijos de la vieja república, teniendo á su cabeza un cardenal vestido de hierro, desafiando todos los peligros que presentaba semejante empresa: y como la fortuna favorece la audacia, llegaron á los alrededores de Fano, sin tener que lamentar la pérdida de un solo hombre, aunque muchas veces se habían visto obligados á luchar contra las bandas errantes de Valentinois. Pero allí, á consecuencia de una escaramuza, sea que hubiesen sido vendidos, lo que hace presumible la presencia de Spinelli, sea que la casualidad sirviese á sus contrarios; la Rovera y Giangi á la entrada de la noche, separados un momento de sus soldados, cayeron en manos de los esbirros enemigos. Conducidos á la cabaña de un aldeano para ser custodiados en ella, hasta el momento en que la claridad del dia permitiese llevarlos con seguridad á la ciudad, el príncipe eclesiástico no habia tardado en reflexionar sobre su posición. Por la primera vez despues que se habia quitado la púrpura, esa respetada ropa talar, ante la cual todo se inclina en la cristiandad, que podia dar á sus estocadas alguna cosa del sagrado carácter de que se hallaba revestido, y que debia protegerle contra un ejército entero, comprendia que la gloria no es el efecto del valor.

—¡San Pablo, dijose á sí mismo, no es tu espada la que me salvaría en esta circunstancia, si no tu elocuencia, tu fé, tu convicción, para convertir á los infieles! héme aquí prisionero de guerra, bajo una armadura, entregado á merced de codiciosos soldados que venderán mi cabeza al que quiera pagársela. Me matarán si quiero defenderme: me matarán si saben quien soy, porque conozco demasiado la manera expeditiva de los Borgias: se mata un hombre de armas, es negocio del oficio..... me matarán, aunque deban hacerme despues los honores que me son debidos y esponerme públicamente en una capilla ardiente..... ¡Morir así! ¡renunciar á la tiara, á la vida, á la venganza, á la guerra! ¡Si pudiera llorar lo haría! ¡Pero soy príncipe de la Iglesia! ¡Nadie debe tocar á mi persona, cardenal! ¿Pero bajo una coraza?.... Yo se lo diré, pero ¿me creerán esos glotones alemanes, esos orgullosos franceses?..... Si yo hablo se harán los sordos, los incrédulos: me enviarán encadenado á su Satanás, padre ó hijo....; ¡y qué es la vida! ¡es el baldon! antes morir de un golpe.... primero vender caros mis días.... todo esto es triste, y no basta tener valor, y que la prudencia sea una virtud.

Durante este coloquio, el republicano de San Marino participaba tambien de sus sombríos pensamientos hasta olvidándose del interés de la causa que habia venido á defender. Pero rompiendo inmediatamente el silencio se aproximó al cardenal y le dijo en voz baja:

—Sois un hombre superior á los otros, monseñor, y yo un pobre ciudadano de una república pobre. Estais llamado á representar en el mundo un papel importante, á influir sobre el destino de la Italia: y yo de vuelta á la montaña, no tengo otro porvenir que la vida de lo pasado, el trabajo y la oracion. Si uno de nosotros debiese morir no sería justo que fuese yo.

—Es verdad. Pensaba en ello.

—Estais cubierto con una armadura bien cincelada de acero pero que vale mas que si fuese de oro y que la pagarian bien.

—¡Y muchísimo! En las fábricas de Milan.

—Y yo no ofrezco á la codicia mas que una ropilla de paño pardo y unas calzas oscuras, que en cualquier parte pueden comprarse por un escudo: si los mercenarios quisiesen vender el despojo de uno de nosotros ¿á quién matarian?

—Al que lleva la rica armadura.

—Pues entonces yo debo ponérmela desde este momento, monseñor.

—¿Hablas de veras?

—¿Quién tiene derecho de dudar de la palabra de un hombre del Titan?

—Tal vez morirás.

—Vos vivireis, monseñor. En la balanza en que se pesan los hombres, el que es útil á los demas hace inclinar á su favor el platillo. ¿Qué puedo yo, yo? Y vos podeis librar la Italia. Podeis devolver á Guido-baldo de Montefeltre la herencia de sus padres.

—Es verdad.

—La oscuridad nos favorece.... cambiemos de corteza: el buen árbol es el que debe dar frutos.

—El hábito no hace al monge, como la armadura no hace al guerrero.

—Vos sereis siempre grande, cualquiera que sea el vestido que lleveis, monseñor.... Vamos, quitaos pronto esa coraza inútil ahora. Grande alegría tengo al ver que un vestido de mi montaña protege á un príncipe de la Iglesia, á quien destina el cielo tal vez para bendecir el mundo.

—Siempre lo he pensado así, valiente mio, y mas de una vez he ensayado mi papel.

—¡Cuando seais papa, monseñor, no olvideis la república de San Marino: domina la Romaña!

—La respetaré.

—Pero quitad vuestra armadura.... no han visto nuestras facciones los esbirros del traidor, y mañana cuando el dia los atraiga hacia su presa, vos respetareis en mí al cardenal de la Rovera: mañana podreis huir tal vez: la vigilancia que se observa con un hombre poderoso permite frecuentemente á los pequeños engañar sus miradas.

—Cuento con eso.

—Pero quitaos esa armadura.

—Un instante. ¡Mariano Giangi, de rodillas! ¡de rodillas! porque yo tengo el poder de absolver y de bendecir: ¡de rodillas! porque voy á hablar en nombre de Dios.

Y poniendo su terrible mano sobre la cabeza del montañés, devotamente arrodillado, alzó al cielo sus negros ojos y habló con voz lenta y solemne, produciendo en el corazon de ambos la santa conviccion de sostener sus nobles resoluciones. Asi que hubo concluido, se desnudó y se puso el sencillo vestido de montañés.

—Tambien yo siento una viva alegría, dijo, dando un golpe en la espalda de Giangi, al ver mi armadura en el pecho de un valiente como tú: yo la he llevado largo tiempo bajo la sotana encarnada, la sangre la

ha enrojecido en la pelea, adquiere mas valor á mis ojos aun desde que veo que tú la llevas. Vamos, ánimo, monseñor.... Es preciso que me acostumbre á postrarme delante de vos.

—Y yo, yo me siento crecer desde que llevo el peso de este acero. ¡Ah! si Dios me concediese la vida, si debiese gozar largo tiempo de la dicha de haber salvado la vuestra, monseñor.... Pero yo debo perder la costumbre de daros este título.... no os pido mas que el poder conservar esta armadura para gloria de mi familia.

—¡Amen! Marino Gangi.... ¡San Pablo! la noche es larga y voy teniendo sueño.

—Dormid, monseñor, dormid; podeis hacerlo: yo velo, y si entran durante vuestro descanso, creerán, es una verdad bien conocida que un villano duerme en todas partes en paz; creerán en nuestra estratagema.

—¡Amen! volvió á repetir otra vez la Rovera abriéndosele la boca.

Y se durmió profundamente.

Como el digno ciudadano del Titan lo habia previsto, los soldados que vinieron á buscarlo no tuvieron consideraciones y vigilancia sino con el hombre cubierto de la armadura, cuando supieron cuál era el carácter de su prisionero. Asi es que antes que llegasen á Fano, encontró el cardenal ocasion de escaparse. Y bien pronto, mientras que el príncipe buscaba su seguridad, no en el ejército confederado, sino tratando de irse á Roma, el ruido de la captura del cardenal de San Pedro Advíncula, valia á la armadura cincelada de acero todos los respetos y consideraciones que se hubieran desdeñado de tributar al generoso ciudadano, al noble republicano de la montaña que con riesgo de su vida se habia cubierto con ella.

Por un noble desden, un silencio obstinado, una conducta fria y tranquila, y teniendo constantemente calada su visera, habia logrado Marino Gangi prolongar el error de todos cuantos se apresuraban á verle pasar hasta el momento en que como hemos dicho el duque le habia forzado á decir la verdad. Colmábale de caricias y festejos á Agosto cuando se le reunió Maquiavelo. No sin asombro encontraba el cándido ciudadano en el campamento donde pensó hallar la muerte, al hijo adoptivo de la montaña, y al ciudadano de Florencia que se habia mostrado amigo de las instituciones de su patria. Pero en el uno debió ver el hijo del dueño de la Romana, en el otro al embajador de la señoría florentina: él solo era el que sentia una dulce satisfaccion por no dejar de ser un ciudadano del Titan.

Los sucesos forman bien pronto á los hombres, y los hechos dan

una provechosa instruccion, asi yendo al lado de Valentinois, Marino Giangi se hallaba vivamente impresionado por cuanto veian sus ojos y sentia en su alma una horrorosa duda que á todo trance combatia su virtud. El sentimiento secreto de un poder que no debia encontrar en su patria, obraba sobre su alma, y producía poco á poco el desarrollo de todo lo que habia permanecido en gérmen sobre la montaña.

—¿Será el mal una cosa necesaria? pensaba.

Y una voz misteriosa, íntima, le respondía en su conciencia: Sin el mal no hay bien.

—Estos hombres que es preciso mirar como azotes ¿son útiles en la tierra? continuaba el pensamiento.

Y respondió á su vez la voz: Sin un déspota mil tiranos; sin los abusos, la prolongacion de mezquinas costumbres: sin la ambicion de un hombre, la parálisis de las facultades de todos. El mal es el elemento de los progresos, y los que fecunda abren las puertas de un porvenir siempre mejor.

—Esto es falso, replicaba el pensamiento; nada hay mas justo y mas grande que ser ciudadano de la república de San Marino.

Asi pasa todo siempre intelectualmente en nosotros.

XXXIII.

Valentinois habia sido constantemente favorecido por la fortuna, y asi sintió mas el desengaño y contratiempo que acababa de experimentar. La especie de grandeza de alma que la necesidad le obligaba á aparentar frecuentemente, y de que acababa de dar una prueba en esta circunstancia, no era uno de esos movimientos que calman las conciencias agitadas, y que dan la paz do quiera que se manifiesten. Las astucias de la política pueden calmar la imaginacion, empero no satisfacen el corazon. Por la primera vez, esta vida de sentimientos, esta existencia continuamente agitada le agobiaba. Es que una felicidad hasta entonces desconocida de él, le habia revelado la necesidad que agujoneaba su alma. El hábito de los negocios presidia solo á un mecanismo intelectual: la fuerza moral, aunque débilmente velada por una trasparente nube, no funcionaba ya. Aguardaba entretanto á Maquiavelo y al republicano del Titan: la ocasion era favorable de realizar el proyecto que habia concebido para su hijo, y tal vez sin explicárselo demasiado, con

el único objeto de realizar su vanidad de príncipe. Tenia ahora gran fuerza en él este sentimiento, para que no consagrarse á él toda su atención, toda la superioridad de su genio.

—¡Hermosa cosa, pensaba entre sí, llegar á dominar sobre la cima de esa indomable montaña, ver tremolar en ella mi bandera de púrpura en nombre de la libertad! No es solo una ambicion pueril, no; es una victoria moral la que yo logro, son ventajas inmensas las que de ella deben resultar: la veneracion de los pueblos entre ellas, y hoy conozco que no es ilusoria la fuerza de la virtud. La virtud en las masas del pueblo, como en los que las dirigen hace duraderos los vinculos de la amistad, y produce la fidelidad hasta el heroismo. La familia de Montefeltre, desposeida hoy del trono, y los duques de Urbino, que en todo tiempo han protegido la libertad de San Marino, conservan amigos en aquella montaña: ¡empero yo soy duque de Urbino, y yo reclamo á nombre de mis derechos el de ser tambien el protector de la vieja república! Yo no quiero un tributo; no quiero oro de los que tienen virtudes; al contrario, yo les debo auxilio y apoyo para su existencia, hasta salario por sus trabajos.... Hace largo tiempo que en mi pensamiento estudio el resolver el problema de la mejor forma de gobierno: hagamos allí como los médicos, una experiencia *in anima vili*: establezcamos una cosa mista é intermedia para ver sus efectos.... Por ejemplo, la autoridad de príncipe bajo el nombre de magistratura, unida á legisladores nombrados por el pueblo.... ¡Poderes que se combatan para convenirse!.... ¡Eso es el desorden!.... El magistrado que debe combinarlo todo, podrá siempre influir en todo: el poder ejecutivo, administrativo; sus ventajas son inmensas.... Reflexionando en esto: ¡veo que es hermoso, que es grande! Es la tiranía mejor disfrazada, la única que no perjudica al que se aprovecha de ella, la única que le permite bajo el manto de las leyes hacer cuanto le dé la gana: mirándolo bien.... puesto que los pueblos necesitan cadenas, que los pueblos mismos se las den: que ellos mismos forjen sus hierros y sean los fautores de sus penas.... ¡Seductora utopia! ¡verdadera piedra filosofal, te hallé al fin!.... ¡Admirable concepcion, y que tiene el aire de ser la sabiduría misma! No hay extremo sino en el vicio y en la virtud, y este es un término medio que debe engañar á todo el mundo. El déspota mas cruel es el que nada oye, el que permanece inflexible; y ese es la ley, ese es el juez que la aplica. Dicen que la justicia da la felicidad á las repúblicas y á los reinos, empero nada hay mas raro que el que la aplicacion de sus testos sea la justicia aquí en el mundo.... Las ideas y las necesidades cambian cada dia, y el có-

digo se ha escrito una vez para todos. Los nuevos decretos no abolen los antiguos.... No hay arsenal mas formidable, y armas mas crueles que el tribunal y las leyes.... ¡En verdad que es grande y noble la idea que me ha sido revelada! ¿Me la ha sugerido el cielo ó el infierno? ¿Qué importa? ¡La idea producirá sus frutos en la tierra! ¡Tal vez llegará un dia para castigar á los hombres de su egoismo, en su ceguedad por la vanidad de ser algo en el Estado, pagando cara esta pueril ventaja, en que mirarán este sistema como un beneficio, y será bendito mi nombre entre la risa de Satanás!....

Detúvose César Borgia, asustado de sí mismo: estenuado con esta espresion de desesperacion, y elevando su alma con un piadoso pensamiento, buscó un refugio en el recuerdo de Lucrecia.

—¡No, no haré eso, díjose, no seré ante Dios, y ante mi mismo tan perverso! respetaré los pueblos: seré noblemente déspota á cara descubierta, sufriendo el castigo ó recompensa durante mi vida, para verme libre de una parte de este peso en el dia del juicio... en la eternidad... ¡Por qué yo creo en la inmortalidad; creo en ella á mi pesar, y es un poderoso freno! ¡Sofoquemos para siempre la culpable idea, y ójala no haya nunca un príncipe bastante bribon para concebirla! ¡Renuncio á ella, Dios mio! Quiero vivir y morir como un caballero... Con los poderosos seamos lo que ellos mismos son: con los pueblos imitemos sus virtudes.

Y aliviado con esta resolucion, asomó una sonrisa á sus lábios, y volvió á cobrar la serenidad su semblante.

—¡Qué hermosa religion! dijo en voz alta, con entusiasmo, ¡qué idea tan sublime es el cristianismo! ¡tenemos para merecer una vida de algunos instantes, y el reino eterno de Dios por recompensa! En este mundo dueños de nuestra voluntad, en el otro tendremos que sufrir sus consecuencias. Aquí la materia, allí el espíritu. ¡Ah! conozco hoy que el amor, la abnegacion, el sacrificio son obras santas, y un preludio de la vida sin fin, que nadie puede evitar.

En estas disposiciones hallaron al señor de la Romana, Maquiavelo y el ciudadano de San Marino. Acercóse á ellos con una cordialidad que realzaba la ordinaria magestad de su porte, y no viendo con ellos á su hijo, manifestó su disgusto.

—Hubiera deseado que os acompañase, dijo: las cosas serias que oyen, sirven de profundo estudio á los jóvenes; pero puesto que nuestra hermana Lucrecia se ha apoderado de él, segun decis, señor Maquiavelo, aprovecharemos nosotros el tiempo. Sentaos, Marino Giangi, sen-

taos vos tambien, señor embajador de la señoría de Florencia: á mí me toca quedar en pie, porque las cosas que os voy á decir, merecen vuestra atencion, y á mí me agitan. Escuchadme: Roma es siempre la metrópoli del mundo, y á ella debo cuanto soy: al poder espiritual, á la fuerza de la palabra evangélica ha recurrido hoy mi brazo. La debilidad ó el egoismo de algunos papas han suscitado la incredulidad de los principes: se rien de las excomuniones; pero si conoceis la historia de Ildebrando, si sabeis cuantas luchas tuvo que sostener contra el emperador de Alemania Enrique IV, rey de romanos, podeis ver de que parte estaba y debia estar la autoridad, y si los rayos fulminados desde lo alto de la cathedra de San Pedro son merecidos. El papa es infalible, porque habla en nombre de Dios. Pues que los principes y los poderosos en su ceguedad no se postran ya ante el anillo del pescador, pues que dan á los pueblos el funesto ejemplo de la insurreccion contra el poder, que solo puede sancionar su poder, caerán, y su orgullo será castigado, porque los pueblos son los instrumentos de la divina venganza. Necesita, pues, un ejército el soberano pontifice, yo soy el gefe de él. ¡La bandera de la Iglesia debe de ondear, por do quiera donde se alce en los aires el venerado signo de la cruz! ¡por do quiera á donde se reunan los hombres para recibir la bendicion de un sacerdote! Marino Gangi, yo he subido al Titan, y he paseado mis miradas sobre la Romaña desde lo alto de la Guaita, y no he descubierto tierra alguna que no haya hecho sumision y rendido homenaje á la Santa Sede, escepto la roca que yo hollaba. Conozco el espíritu de vuestra república, sé apreciar la virtud de sus ciudadanos, yo quiero respetar sus instituciones, transmision de siglos; pero yo soy duque de Urbino, y aspiro á mi vez al honor de ser su protector y su protegido, á ser su aliado hasta tal punto, que no se haga nada sobre esa cima que no sienta yo, y que no apruebe las causas y sus efectos. La república de San Marino es respetada, el duque de Valentinois es temible: el nombre del uno debe añadirse al de la otra... Ya lo veis, hablo con sinceridad, aunque me acusan de ser muy disimulado, me esplico de un modo positivo.....

Una astuta y burlona sonrisa reprimida por la escrupulosa observancia de las conveniencias diplomáticas asomó á la fisonomía de Maquiavello; pero en tanto que permanecia éste impassible, se levantó el ciudadano del Titan y dijo con tono brusco:

—En nosotros la libertad es la vida: la esclavitud es la muerte. Nada de sumision, nada de amo y señor: ved aquí mi respuesta, y otro tanto os dirán todos los ciudadanos de San Marino.

Aguardaba ya Valentinois esta enérgica y fiera indignacion y asi no se mostró sorprendido de ella.

—Espliquémonos con calma, señor Marino Giangi, dijo con un aire de interesante benevolencia, ese es el medio que lleguemos á entendernos. El embajador de Florencia que participa de vuestros sentimientos, os lo dirá como yo... ¿No es asi, Maquiavelo?

—Cuanto mas se discuten las cosas, mejor se entienden, respondió el florentino.

Valentinois prosiguió,

—Yo no sé que haya nada mas respetable en el mundo que la libertad: desgraciado el príncipe que intente destruirla cuando produzca los efectos que yo mismo he observado sobre el Titan. El incógnito que guarda el hombre poderoso tiene por objeto hacerle conocer frecuentemente la verdad, y la verdad debe de ser la compañera, la hermana de la libertad... ¿No es esto, Maquiavelo?... Me acuerdo que estando en Pisa hizo su entrada en ella el rey de Francia Cárlos VIII, y solo se oyó un grito en todo su tránsito, ¡libertad! ¡libertad! podria haberse oido desde Florencia. Y el rey como buen príncipe se sonreía á los gritos de los pisanos. Mi juventud se ha pasado en contacto de las santas cuestiones que suscita el amor de la libertad: esto se graba en la memoria. No podré olvidar que he luchado con Pico de Mirándola en griego, tomando por asunto la libertad de Roma... Os lo repito, Marino Giangi, yo no quiero atentar á las instituciones republicanas de San Marino. Siempre ha habido hombres que sirvan y otros que manden. Los hay que sirven mal de su grado, y otros de buena voluntad: los hay que se insurreccionan, y son reprimidos... Si para mantenerse un príncipe en sus estados no debe fundarse en la amistad de los estados rivales ó celosos: sino pudiese fiarse de las milicias auxiliares, de las tropas extranjeras, de los condottieri asalariados, puede emplearlos con éxito en conquistas, porque la guerra entonces alimenta la guerra... Yo me he presentado en la Romaña armado de franceses, con cajas llenas de oro para pagar á los suizos y á los mercenarios de todos los paises... Aun cuento muchos en mi ejército... Maquiavelo, vedme ahora á la cabeza de diez mil caballos, escribidlo á Florencia porque una alianza con ella es mi objeto, y me abandono á ella con toda lealtad... Señor Marino Giangi, tal vez ignorais que hay dos modos de combatir, el uno con las leyes, el otro con la fuerza. El primero es propio de los hombres, el otro nos es comun con las fieras. Pero cuando son impotentes las leyes, es preciso recurrir á la fuerza: un príncipe debe saber combatir con las dos clases de ar-

mas. Debe tomar las formas de la zorra y del leon. La primera se defiende mal contra el lobo, y el otro se deja coger facilmente en las redes que se le tienden. Es preciso, pues, del uno aprender á ser sagaz, y del otro á ser fuerte.. ¿No es esto, Maquiavelo?... Señor Marino Giangi, las leyes de San Marino serán mis armas en San Marino: aunque la guerra sea santa y sagrada, cuando es necesaria, no es la guerra la que quiero yo llevar á la Guaita, es mi hijo, es Agosto, el hijo adoptivo de vuestros conciudadanos, el discípulo de vuestras instituciones. Es digno de vosotros y de mí. Los historiadores hacen mas aprecio de Hieron, simple ciudadano de Siracusa, que de Perseo rey de Macedonia; porque no faltaba á Hieron para ser príncipe sino el poder supremo, y Perseo no tenia de las cualidades de rey mas que el serlo. Nuestro hijo debe de ser un vínculo de amistad entre nosotros, que nada deberá romper... Agosto es el que me representará en la montaña. Júntese el Arringo, deliberen los ciudadanos sobre esto: ved aqui lo que os autorizo á proponer á nombre del soberano pontífice, á nombre del señor de la Romaña. Entre vosotros la muchedumbre es mas prudente que un príncipe, y sobre todo, mas constante. Hé aqui mis proposiciones, llevadlas al consejo. De un lado la paz, la proteccion del duque de la Romaña y su hijo como prenda de ella, bajo el nombre de gese. Si yo no tuviese un hijo, diria á los hombres del Titan, elegid entre vosotros al mas justo, al mas virtuoso para que ejerza á nombre de César Borgia la influencia de su carácter y la autoridad que le habreis conferido... De otro lado, la guerra con sus horrores; una guerra de esterminio... Ahora, ciudadano del Titan, vos que habeis bajado de él para combatirme, volved á subir á él encargado de mis palabras, para hacerlas oir á hombres libres: sed mi embajador: es vuestra causa y no la mia, la que podreis defender. Pensad en que os doy mi sangre, mi sangre mezclada con la sangre de una hija de la montaña. Dígase cuanto quiera, la prudencia humana tiene una gran parte en las cosas de este mundo: Dios al darnos el libre albedrío, nos ha dejado dueños de combatir á la Providencia, y de vencer el destino. Suceda lo que suceda, vosotros lo habreis resuelto.

Sin voz quedó Marino Giangi, al oir esta comunicacion: tan solemne habia sido el carácter con que le habia sido hecha en presencia del embajador de Florencia. Inclínóse respetuosamente, y respondió que iba á transmitir á sus conciudadanos la proposicion del duque de la Romaña. Antes de salir, consultó con la vista al amigo de la montaña; empero el rostro de Maquiavelo permaneció tan mudo como su boca: á la entrada

del palacio halló una escolta de honor para acompañarle hasta las puertas de la ciudad.

—¿Estais contento de mí, embajador de la señoría? decidme, preguntó el duque en cuanto se vió solo con Maquiavelo: habeis estado callado.

—¿Cree su excelencia que pueda yo olvidarme del carácter de que estoy revestido?

—Yo no es al embajador de Florencia al que hago asistir á esta importante entrevista, sino al amigo y al consejero en cierta ocasion, de la república del Titan.

—Tal vez me hubiese aprovechado de esta libertad que me da el duque de Romaña si lo hubiese sabido en tiempo útil.

—¿Qué hubierais dicho, pues, Maquiavelo?

—Hubiera dicho que no debe jamás dejarse establecer un desorden por huir una guerra, porque esta guerra no se evita y solo se difiere con desventaja del que la teme.

—¡Un desorden! ¿Pensais que mi hijo?...

—No, excelencia; yo hago al jóven Agosto toda la justicia que se merece. Pero el señor de la Romaña sabe que es preciso halagar ó destruir los hombres. Sabe que se vengan ofensas ligeras y que no pueden vengarse ofensas graves. La ofensa que se haga á un hombre debe de ser tal, que no se tema su venganza.

—Yo sé tambien, Maquiavelo, lo que los Ursinos ignoran, sé que es preciso no tocar á los hombres poderosos sino para matarlos. Tiempo vendrá, y gracias á vos que proyectais haceros el preceptor del poder, en que harán tales progresos los reyes en el arte de ejercer su oficio, que sabrán segun el proverbio, *desplumar la gallina sin que cacaree*.

—¿Pero piensa su excelencia, que los pueblos no aprenderán tambien su oficio de pueblo? Al menos con el objeto de enseñárselo quiero yo escribir.

—Bueno, yo os proporcionaré apuntes.

Inclinó la cabeza Maquiavelo, ¿era por ocultar una sonrisa?...

XXXIV.

En un espléndido festin, en las inmediaciones de Rimini y de Pésaro, el duque de los Ursinos y los otros confederados habian recibido

de parte del duque y de su hermana, tantas muestras de benevolencia, que pudieron pensar y decirse entre sí al salir de la mesa todo lo que el vino inspiraba de franqueza.

—Nos ha burlado este hombre. El miedo de Spinelli ha abultado los objetos, doblado los números: nos temia. ¡Su alegría de haber hecho un tratado, era demasiado viva!

—Pero, decia el pronotario, mi hermano no ha ratificado nada.

—Afortunadamente el cardenal está ausente, añadía el gefe de los Ursinos.

—¡El papa tiene caprichos! decia en voz muy baja Antonio de Venafre.

—No espereis nada por ese lado, replicaba el duque de los Ursinos, los ladrones se entienden en el reparto, y apostaria el valor de una villa á que su caja está viuda de cequies. ¿No sabeis cuán pocos franceses le quedan al despurpurado?

—Han ido á reunirse con Nemours á quien el gran Gonzalo de Córdoba zurra grandemente por sus pecados y nuestra venganza.

—¡Amen!

—Menos alto, caballeros, decia Spinelli, porque Spinelli debia meter en todo su cucharada, nuestro huésped puede oiros.

—¡Ah! ¡se hará el sordo! Está demasiado contento con haber comprado la paz.

—¡La paz! mucha hambre habia de haber tenido de ella para hacerla en perjuicio suyo.

—Esa es una verdad, la justicia de nuestra causa ha triunfado de su orgullo, de los obstáculos.

—Silencio, aqui llega Borgia el astuto, Borgia el zorro.

—¡Mirad qué aire tan cortés, y qué amorosas ojeadas dirige á Lucrecia su digna hermana! quisiera que ese pobre Alfonso de Este estuviese en medio de nosotros.

Pasaba este alegre coloquio en el jardin del palacio, despues de beber, porque los criados de Valentinois habian recibido la orden de no escasear el vino: y el amo aprovechándose de estas disposiciones venia á hacerlas valer ventajosamente para su política.

—¡Vive Dios, monseñor Valentinois que sois un digno huésped, exclamó el duque de los Ursinos, y que la paz que hemos firmado no puede menos de ser duradera con modales como los vuestros!

—Estamos encantados de oiros discurrir así, señor duque, respondió César Borgia con un tono de dignidad política, pero fria, que debia turbar un poco el aplomo de aquella alegría. Hemos hecho cuanto estaba en

nuestro poder para recibiros bien. Pero si por mi parte el interés de mis súbditos, me obliga á continuar mis penosas, tareas por la vuestra debéis estar impaciente por llevar á vuestros confederados una paz que hemos concluido con las condiciones que habeis exigido. Mi amor á la concordia, mi obediencia á las órdenes del soberano pontífice han superado en esta circunstancia á todo cuanto podia serme puramente individual. Las ratificaciones no se harán sin duda aguardar mucho, al menos así debo creerlo. Sin embargo, pienso que es necesario una entrevista entre nosotros. Tenemos que arreglar los detalles de interés particular, relativos á los alistamientos militares. Estoy dispuesto á acudir al lugar que al efecto os parezca conveniente indicarme. En mi campamento si quereis... pero tal vez Oliveroto no se creeria seguro en él: Vitellozzo tambien podria temer mi resentimiento... Sin duda he sido ofendido; pero lo olvido, señores míos: la religion y no la necesidad me impone un deber de hacerlo... Vuestras tropas están en la Marca. Alejándolas de Fano, tal vez el cardenal de la Rovera querria conducir las á Sinigaglia, á esa señoría tan prontamente abandonada por el prefecto de Roma... ¿Quereis darme la hospitalidad en esa ciudad?... Yo tengo confianza, sé que se está bien en cualquier parte entre los aliados, en medio de sus fuerzas, bajo la bandera de Barones romanos. No os haré la injuria de vacilar un solo instante en ir allá. Vamos á enviar un correo para invitar á Vitellozzo á que venga á esta conferencia: nuestro correo se encargará de vuestros despachos.

Vueltos á su sangre fria los confederados por la importancia de estas palabras aceptaron en efecto, una cita que debia en apariencia terminar las diferencias, y saludando cada uno de ellos al señor de la Romaña y su hermana Lucrecia, pensaba aprovecharse hábilmente de las ventajas de su posicion si como lo proponia Borgia se esponia éste á venir en medio de ellos.

—El éxito corona todas las astucias, les dijo Antonio Venafre en cuanto se hubo retirado el duque: ¿no podemos obrar con el traidor, el usurpador, cual él tantas veces ha obrado con nosotros, y notablemente con Guidobaldo de Montefeltre? Su seguridad es un inesperado socorro de la Providencia. El tratado de paz no tendrá efecto sino despues de la ratificacion. No hemos firmado tregua alguna... Misterio, prudencia y la muerte del despurpurado nos vengará de todos sus crímenes..... Vamos, señores, á escribir á Vitellozzo, á comprometerle á que acepte la proposicion del bastardo. No hay pícaro tan diestro que no se deje alguna vez coger en sus propias redes.

Valentinois al acompañar á Lucrecia á su aposento se sonreía con ella con ternura. Había en aquella sonrisa la espresion de la secreta tristeza de su alma y de la momentánea satisfaccion que le causaba el éxito de las negociaciones.

—Ved aqui, hermana mia, la dijo con melancólico tono, cual es nuestra raquítica vida de príncipe: esperanza, desengaños y nunca seguridad. Creía tener á la Rovera, y me traen otro en su lugar, un hombre leal, hermana mia, uno de esos hombres que pueden vivir sin peligro para nuestro poder. Se halla en camino para su montaña, va allí á llevar mi ley: y mi hijo desde lo alto de esa torre, guardará para mí la Romana.... Y bien, ¿qué has hecho de nuestro jóven escudero, Lucrecia?

—Mi gallardo sobrino aguarda nuestra vuelta en su aposento. ¡Qué carácter tan noble tiene!

—¿No es verdad, hermana? Franqueza, energia, un poco de rusticidad tal vez, pero un corazon tan recto.

—¡Es un Borgia!.... Pero antes de hacerte oír un nombre que me es muy querido, permíte, César mio, que una muger te dé un consejo: tú sabes que las mugeres tenemos el don del presentimiento. Los Ursinos te aborrecen: ¿irás á esponer tu vida, metiéndote en medio de ellos?

—Iré, hermana mia: ¿no han estado ellos en mi poder? Escucha, Lucrecia, tu presencia causaba en otro tiempo placer, hoy produce pensamientos dulces y puros.

—¿Hablas de veras, César? ¡cuánto me envanezco de ello!

—Sí, tú me has hablado de virtud, y esta palabra ha resonado en mi alma. Yo te he visto feliz, vivir desprendida del agoviador pensamiento que nos rebaja sin cesar, y he querido imitarte. Veo la felicidad de mi porvenir.... Pero la política tiene exigencias terribles: vive de cosas positivas..... Tranquilízate; los confederados no podrán tramar nada contra su señor, que éste no lo tenga previsto.... y tu hermano no los teme.

—Te comprendo: tú eres el que los engañas.

—Hermana mia, un príncipe debe colocarse siempre en una situación, en que le sea posible perdonar ó castigar.

—¿Y ahora puedo hablarte de Astorre?

—Siempre.

—¿Le veré?

—Mañana.

—¿No han cambiado tus proyectos?

—Mis proyectos son los mismos.

—¿Y recibirás bien á Astorre?

—Lucrecia, estoy impaciente por conocerle: y si merece el sentimiento que le concede el duque de Romaña, estaré muy contento de verle en mi corte.

—¿Entonces, quieres que viva siempre en ella?

—¡Local! siempre apasionada, mañana, hermana mia.... mañana, puede que todo sea nuevo. ¿Te ama él tambien mucho?

—Me lo ha dicho una vez, y el corazon es crédulo cuando está enamorado.

—¿Pero y si la ausencia hubiese alterado su amor?

—¿Ha producido en mi semejante efecto?

—Hermana mia, es jóven.... muy jóven.

—¿Por qué quitarme una ilusion?

—Por que yo no puede apoyar esta intriga misteriosa, si no hay reciprocidad de sentimientos de una y otra parte.

—¡Intriga! ¿Por qué usas, César, esa palabra que me ofende? ¿No sabes que todo entre nosotros es puro, hasta el pensamiento? ¿No has comprendido que los sentidos nada pueden añadir á la felicidad de amarle?

—¡Oh! ¡si, si! Lucrecia, todo lo he comprendido.

Llegaban á la puerta del aposento, y al separarse de su hermana, apresuróse Valentinois á retirar su mano, que ésta habia cogido entre las suyas, para ocultarla el temblor involuntario que le agitaba.

—Agosto, sobrino mio, exclamó Lucrecia, el cielo me inspira una feliz idea. Es preciso que yo vea á Astorre: su porvenir, el mio, dependen de las impresiones que el duque debe recibir: es preciso que mi ternura le aconseje é inspire.

—Señora, la noche está próxima. Pero en el momento de ir á esa prision, siento una tristeza de que en vano busco la causa: por que Dios sabe cuanto deseo lo mismo que vos quereis....

—Niño ¿será preciso rogártelo?

—No, lo que necesito es ánimo, por que si se ofendiese el duque....

—Sus disposiciones son siempre benévolas. Mi hermano quiere tu felicidad, cual quiere la mia. Marcha.

—Voy corriendo.

—Detente.... aturdido. ¿Dónde quieres que él se reuna conmigo? ¿Dónde debo yo estar?... ¿Cerca de esa prision hay algun punto oculto?

—La noche estiende por todas partes su sombra: pero enfrente de la puerta he visto una grande encina.....

—Aguardaré debajo de la encina.

—¡Sola, señora, sola la duquesa de Ferrara!

—La muger que encuentra fuerzas en su corazon, y valor en su amor, puede ir sola.

—¡Pero de noche! espuesta á la brutalidad de la soldadesca! Don Ramiro temia por una muger pobre y anciana.

—¿Qué puedo yo temer, apoyada en el brazo de Astorre?

—¡Adios, pues, señora!

—¡Adios, Agosto! Tu recompensa te aguarda á la vuelta. Mañana yo, yo solo, quiero con la órden del soberano libertar un hijo querido.... Ven, que yo te bese en la frente, Agosto... Y bien, ¿por qué doblas las rodillas y juntas asi las manos?....

—Porque despues de haber recibido una vez la bendicion de una muger.... era mi madre.... he podido salvar al duque de Romaña.

—Yo te bendigo, Agosto: salva al conde de Faenza.

—Dios lo quiere ahora, señora.

Salió lleno de un piadoso entusiasmo, y Lucrecia, llamando á la camarista, púsose un vestido sencillo, y con un santo recogimiento aguardó el momento de dirigirse hácia la Cattólica. Algunas de sus criadas y dos pages, debian acompañarla hasta los limites del campamento.

Durante este tiempo, por su parte el duque de Valentinois, se despojaba tambien del collar de San Miguel, y de su vestido de terciopelo, para sustituirlo con otro pardo, y el peto y cintura de búfalo. Desde su escursion sobre la montaña de San Marino, no habia vuelto á tener ocasion de ponerse aquel sencillo vestido, y en el espejo de Venecia, delante del cual le ayudaban á vestir sus camareros, parecia mirarse como un ser extraño á él mismo: y los sucesos que le recordaba aquel vestido renacian en su memoria, causándole una emocion indefinible, pues con él habia visto la primera vez á su hijo.

—¡El admiraba esta arma! pensó para sí en el momento en que un escudero le presentó el puñal que llevaba entonces en la cintura. Si, es el mismo, lo reconozco, y habia prometido regalárselo, cual prenda del sentimiento que debia unirnos. ¡Con que ánsia devoraban sus ojos esta arma!.... ¡Pobre jóven! ¡cuántas mudanzas en su vida! Su infancia, como la mia, se ha pasado en la oscuridad. Cual yo, vivió quince años sin pronunciar el nombre de su padre, y despues, de repente, siempre como yo, colmado de honores por la voluntad paterna, ha sido colocado en la cumbre del poder. Destino singular, extraña semejanza.... ¿Pero no he dado crédito en mi juventud á las predicciones de un astrólogo, que en-

gañaba mi credulidad? He creído que mi estrella.... Así me lo predijo.... Unia mi vida, á la vida de aquel á quien yo debia la vida, mi fortuna á la suya: y me ha predicho tambien que mi hijo, por que me pronosticó que tendria un hijo, ofreceria la misma conformidad de signos, debiendo nacer bajo la influencia de la misma constelacion.... Lenguaje impostor! ¡Mentirosa ciencia!.... ¿Pero no me ha dicho tambien el astrólogo, que mi padre me daría la muerte? ¿Y que yo no prolongaría mi existencia sino en las entrañas de un caballo vivo...? Todo esto ha dicho el digno sábio. Antes que el cardenal Borgia subiese al trono del apóstol, antes de que hubiese llegado yo á la edad de poder tener un hijo.... La casualidad sirve frecuentemente á los que pretenden leer en el porvenir de los astros, y tantas cosas suponen, que algunas siempre han de verificarse....

Ensayando sus modales delante del espejo, discurría así, y por un movimiento de vanidad satisfecha, olvidando lo pasado, sonreíase al contemplar su feliz porvenir.

Comenzaba á declinar el día; don Ramiro aguardaba con su impasibilidad ordinaria á que el duque, á las órdenes del cual habia acudido, le mandase echar á andar. Embozado en una capa bajo la cual acostumbraba ocultar su toga, cuando acompañaba á su amo en alguna expedicion secreta, ignoraba siempre hácia qué lado debian dirigirse sus pasos. Sin embargo, acabado de vestirse Valentinois, permanecía inmóvil. Habia enviado uno de sus gentiles-hombres á prevenir á su hermana que no se inquietase por su ausencia en aquella noche: el mensajero al cabo de algunos minutos habia vuelto á decirle que la duquesa de Ferrara acababa de salir de palacio, y esta circunstancia, tan poco importante en la apariencia, preocupaba su pensamiento.

—¿Dónde se habrá ido? se decía á sí mismo. Sin duda con Agosto á pensar en el prisionero.... Necesitan las almas meditabundas parages solitarios: el ruido de la brisa, del acompasado canto de las olas del mar, agradan á la imaginacion de una muger; y en la forma de las nubes doradas por el sol poniente, encuentra fugitivas imágenes.... He ahí lo que ella me ha hecho comprender y que yo ignoraba.... Pero en tanto que ella se engaña con ilusiones, yo voy.... voy á saber.... Si, un no sé qué instintivo en mi existe, que no concibo y que quiero conocer.... Bien pronto estaré á su lado.... ¡Hola! don Ramiro, ¿ha usado nuestro escudero Agosto del derecho que le hemos conferido?

—Excelencia, el temor de esponer á la muger por quien se interesaba Agosto, y á la que queria hablar antes que se marchase, no han permi-

tido que se la pusiese ayer en libertad, en medio de la noche. Pero he dado órdenes terminantes para que pueda entrar y salir libremente en la prision.... Sin duda en la impaciencia que mostraba ha puesto ya en libertad la prisionera.

—Basta, nuestro digno podestá. A la prision vamos á ir tambien nosotros.

Inclinóse Ramiro: Valentinois se embozó en su capa, echóse sobre los ojos un gran sombrero de fieltro, y el sol habia desaparecido ya enteramente del horizonte, cuando atravesó el campamento. Pero á la entrada, percibiendo un grupo de mugeres y de pages, pensó que su hermana se hallaba descansando de su paseo, y echó á andar con paso tan rápido, que al justicia mayor le costó gran trabajo seguirle.

XXXV.

Preceden siempre á los sucesos algunas secretas advertencias que no se saben interpretar. Agosto al dejar á la duquesa de Ferrara, contristado y oprimido el corazon sin motivo, encontró á Maquiavelo, y el embajador florentino trató de detener sus pasos.

—Tenemos que hablar, señor escudero, le dijo; tengo que daros una noticia que os alegrará, y tengo, sobre todo, que haceros oir algunas verdades importantes que comprendereis, porque habeis vivido al contacto de la libertad, y amais las virtudes republicanas, y habeis gustado el reposo y felicidad que proporcionan.

—No me detengais, señor embajador, en este momento. Voy á llevar un mensaje de la duquesa. Siempre siento el mayor placer en oiros; pero si no se interesa en ello la vida de alguien, podríamos dejar para mañana esta conversacion, que podré comprender mejor no estando tan preocupado como estoy ahora.

—Si no conociese tan bien al jóven ciudadano del Titan, si no supiese cuánto ama las instituciones de su patria, concebiria sospechas de él al ver su turbacion.... Podria creer que estraviado por la fogosidad de su edad.... Vamos, noble Agosto, tranquilizaos. No se interesa solo la vida de uno en lo que voy á deciros, para preparar vuestra alma al porvenir que os destinan: si, no es la vida de uno solo, sino la de una nacion, la de vuestra madre adoptiva, la antigua y santa república de San Marino.

—¡Ah, señor! ¡de veras!... pero no, yo he dado mi palabra.... Mañana, señor embajador, iré á sentarme á vuestro lado, iré á recibir las lecciones de vuestra elocuente sabiduría.... ¡Oh! mañana tengo presentimiento de que mi alma recibirá una nueva luz.... ¡Patria mia! ¡mi querida montaña! siempre escucharé cuanto me hablen de ellas.

—Me escuchareis, porque hablaré de ellas.... pero no quiero ya deteneros mas, príncipe.

—¿Por qué me dais este título? ¿por qué vacilo en ir á donde iba?.... ¡Ved cuanta es la magia de los santos nombres que me recuerdan mi madre y mi infancia! Me estoy parado con vos y olvido que la duquesa de Ferrara.... Adios, señor Maquiavelo, adios: ¡mirad qué hermoso y apacible está el campo! ¡Cuán magestuosa es la puesta del sol!.... Sin embargo, los árboles están ya en parte despojados de sus hojas.... La naturaleza tiene sus estaciones, cuya marcha es regular; los hombres solos pasan sobre la tierra sin volver jamás á ella.

—Empero no es sin dejar una huella en pos de sí.... He ahí lo que os aconsejo que mediteis. El hombre útil produce sus frutos, Agosto.

—¡Qué no diese yo los míos!

—Vuestra infancia ha recibido un saludable rocío....

Quiso hablar el jóven y no pudo; las lágrimas embargaron su voz, y se retiró sin responder.

Al llegar á la prision, se abrió la puerta. Don Ramiro habia dado órdenes terminantes. Todos saludaron á Agosto, y oprimido el corazon díjose éste para sí:

—¡Se saluda á los muertos cuando pasan!

Al penetrar en el patio descubrió dos mugeres: la una era su madre, y á su vista recobró toda su energía, haciendo desaparecer de su corazon todos los vagos temores que exaltada su imaginacion le presentaba hacia algunos momentos.

—¡Mi madre en una prision! exclamó mentalmente; ¡una ciudadana del Titan en la esclavitud! No, el duque no ha querido esto, y yo estoy encargado de reparar el error de sus agentes. En este rasgo reconozco á mi padre; cada dia me ama mas. Escuchando un piadoso sentimiento de su alma, me ha encargado cumplir su voluntad.... Y la montaña está aquí inmediata.

Marina reconoció tambien á su hijo viéndole dirigirse hácia ella.

—¡El es, Zingana! dijo; es mi Agosto. Bien sabia yo que velaba por su madre.... ¿Ves su noble paso, su varonil belleza?....

—Veo tambien que con un gesto nos recomienda la prudencia.

—¿No ves cómo aleja de nosotros á esos carceleros sin entrañas?

—¡Silencio, Marina! ¿no me has dicho que el misterio protegía su vida y la tuya?

—Yo lo he dicho, lo he dicho, pero él manda aquí....

—Tal vez obedece. ¡Silencio!

—¡Oh, madre mia! dijo Agosto cuando pudo esta oírle: debía volveros á ver y ¡en un calabozo! ¡y cuando os vuelvo á ver no puedo cubriros de besos! ¡Madre mia, yo vengo á abriros la puerta que os impide volver á vuestra montaña! ¡Gemíais aquí, y yo os creía en mi patria, y os seguía allí con el pensamiento!.... ¡Ahora recuerdo que el eco de vuestra voz ha resonado en mi corazon, que os he oído pronunciar mi nombre!

—¿Hay otro acaso á todas horas en mi boca? Ven, querido mio, salgamos pronto de este lugar, que yo pueda llenarte de caricias: no bastan mis esfuerzos á contenerme....

—¿Salir? Yo no puedo hacerlo hoy, madre mia.

—¡Quedarte tú en este sepulcro, Agosto!

—¡No, madre querida, no! Una noche solo, una noche por amor de otra, para servir á una noble señora, para hacerme acreedor á las bondades que prodiga á vuestro hijo.

—Y bien, esta noche la pasaré á tu lado, en los brazos de mi hijo, en verle, en oírle.

—Bueno, madre, la libertad....

—Nada vale para mí sino participándola contigo.

—Pero tal vez es comprometer la esperanza de una noble señora, es despertar sospechas: yo debía poner en libertad una muger, vuestra compañera la Zingana.

—Ella es la que debe de salir libre. ¿La noble señora no tendrá mañana bastante influjo para hacer poner en libertad á una pobre muger á quien ningun cargo pueden hacer en esta tierra?

—¡Verdad es, buena madre!.... ¡Pero entre tanto esta noche estaremos separados por paredes! Debo de penetrar en un calabozo muy sombrío.

—No hay vigilancia por activa que sea, que no logre burlar mi amor. Además, nuestros guardas solo velan por miedo de que se escapen los presos. En lo interior de esta triste mansion no hay miradas que observen: cada cual vive como quiere. ¡Fuera del bien, todo es lícito aquí! ¿Quién se admiraría de ver á una muger seguir los pasos de un hombre de armas de Valentinois? Vamos, Zingana, quedas libre, la mano de mi hijo descorre tus cerrojos.

:

—¡Libre! y ¿qué haré yo de mi libertad? ¿á donde llevaré mi vejez? dijo la anciana. Desde que me han quitado mi mágico báculo estoy sin apoyo, no, hija del Titan! No quiero mi libertad sino con la tuya. No saldré de este lugar sino sostenida por ti. La cautividad ha matado mi alma y tengo necesidad de un brazo hasta el momento en que el espíritu venga á reanimar mi existencia.... La noche última me hallaba en este sitio cuando tú dormías, y me decia á mi misma mirando á la luna llena: este el tiempo en que el espíritu desciende á iluminar mi mente, pero todo está ahora triste.... y no veo por donde andar. ¡La noche está clara como otras veces, empero muda! Si, yo nada oigo... sino el aullido de un perro, siniestro presagio!

Un involuntario terror se apoderó de nuevo de los sentidos de Agosto al oir estas palabras: asustóle la idea de separarse de su madre: y no halló ya obstáculos que oponer al proyecto que ésta habia concebido, y dirigiéndose á la vieja adivina la suplicó que se marchase.

—Lo haré, si tú así lo quieres, por amor de tu madre, respondió ésta.... Porque no eres ya el chiquitin de otras veces á quien hacia yo bailar sobre mis rodillas: hoy eres un hombre de hierro, y no se te engaña y separa de tus caprichos con una golosina.... adios, hijo del Titan, adios: te aguardaré en el camino de la montaña.

Volvió una tímida mirada, sobre la tierna madre, y á un gesto del escudero, el carcelero descorrió el temible cerrojo.

Presentando Agosto entonces una orden del duque, hizole abrir el calabozo del conde, porque aunque Ramiro en sus instrucciones no hubiese previsto esta circunstancia, no osaron negarle nada. Las atenciones que debian tener con el prisionero daban la certidumbre de que el conde de Astorre debia ser puesto en libertad: habíale permitido pasar el dia fuera de su cuarto, y aun ahora la puerta de su calabozo no estaba cerrada sino por un cerrojo echado por la parte de afuera, como las de los otros cuartos durante la noche.

Habia muy poca luz: era la hora en que de ordinario cada cual se retiraba á su calabozo: Marina pudo seguir los pasos de su hijo sin ser vista del carcelero que marchaba al lado de él y llegó á una pieza oscura que servia de entrada á este calabozo de lujo: retiróse el guia y quedó la madre en el colmo de todos sus deseos.

—¡Madre mia! dijo Agosto dejándose caer en sus brazos.

Al eco de estas palabras levantóse de la cama en que se hallaba echado el conde. El pálido crepúsculo de la noche que iluminaba aquel lugar, dejó ver la sorpresa sobre el apacible rostro del prisionero: pero

apresurándose á explicarle los motivos de su nueva mision, Agosto se despojó de su armadura.

—Apresuráos, conde, le decia, la duquesa de Ferrara os aguarda á la entrada de esta mansion, debajo de la encina que hay en frente, sola: apresuráos, la oscuridad os favorece: caláos bien la visera, no digais mas que esta palabra: ¡abridme! es la única que he pronunciado. Id corriendo, os aguarda el amor: es decir, la felicidad.

Entonces disfrazado con los vestidos de Astorre ocupó su lugar, y habiendo hecho la señal para llamar al guarda, salió el conde de Faenza sin que nadie pudiese sospechar lo que acababa de suceder.

Por un lado Lucrecia con Astorre.... No los seguiremos, son felices y seria turbar su felicidad.... empero en el calabozo de la aldea de Catolica tambien habian quedado el amor y la felicidad! el amor maternal, la felicidad que un hijo gusta sobre el seno de su madre! en voz baja contaba Agosto á su madre, que le escuchaba con la mayor atencion, todas las ocupaciones de su nueva vida, y la madre á su vez le hacia la triste relacion de sus pesares.

—Ya están olvidados, hijo mio, decia, ahora que puedo enseñarte á todos dándote el dulce nombre de hijo. He merecido sin duda un castigo, debia sufrirlo: si, cuando lejos de la montaña natal, indigna de mi patria, cometí una falta: ya está espiada... Querido Agosto, tú puedes ahora hablar de tu padre, le he perdonado... la ternura que te profesa repara un olvido demasiado largo.... ¿Pero por qué te obstinas en guardar silencio cuando te pregunto qué posicion ocupas en la corte de Valentinois? ¿Por qué está en peligro mi vida permaneciendo en el campamento? ¿Hay algun misterio que yo no pueda penetrar, hijo mio? Era el estudiante Lenzoni, que destinaban á la iglesia, cuando su mentirosa boca me encontraba hermosa... ¿Cuál es su rango en la gerarquía de los guerreros, para que desprecie á una hija de San Marino? Pero yo soy hija de príncipe: tres veces mi padre fué gefe de un Estado libre, independiente!.... Y aun cuando tuviese un trono, ¿son mas que hombres los que inclinan su frente al peso de una corona?.... ¿Tú te callas?...

—¡Madre mia! madre mia!.... respeta mi silencio....

—¿Y quién es tambien ese prisionero que tú reemplazas aqui y que te debe su libertad?

—Astorre Manfredi; arrojado de sus estados por el duque de Valentinois.

—Y sin embargo, ¿es al lado de la hermana del traidor á donde iba?... Si, están juntos en este momento...

—¿Por qué ese tono de tristeza, hijo mio?

—¡Tristeza en los brazos de mi madre! Oh! nada puede turbar mi embriaguez.... Al presente yo sabré protegerte, volverás á subir sin riesgo á la montaña.

—¿A la montaña sin tí, Agosto? Sino has de volver á ella mas, déjame morir en esta prision: el aire que se respira en la patria es un veneno mortal, cuando no se tiene el corazon libre como ella.

—Volveré, madre, tengo esperanzas: volveré á orar sobre la tumba del piadoso fundador de nuestra república, para hacer cesar en ella esas largas divisiones que separan los ancianos de la juventud.... Verás á tu hijo realizar el gran pensamiento de la union entre todos los hombres, no solamente de familia á familia, sino tambien de ciudad á ciudad, de provincia á provincia, de nacion á nacion.... esa idea sublime de Dios al morir en la cruz!... Gozaremos sobre la cumbre del Titan de todas las dulzuras de la civilizacion: las artes y las letras encontrarán alli un palacio como en Florencia, como en Ferrara... Si, lo espero, y todo vive ya en mi espíritu por la voluntad de mi padre.

—¡Cuánto me envanezco al oírte de haberte llevado en mis entrañas!... Si, Agosto, vuelve á la montaña: alli serás rey, el primero entre tus iguales...

—Iré, madre mia, pero el sueño cierra ya mis párpados.

—Duerme en mis brazos, hijo mio, duerme: que un rayo de la luna ilumine tu rostro, que yo te vea! hace tanto tiempo que no tengo este consuelo!

Colocó la cabeza de Agosto sobre sus rodillas, y el jóven guardó silencio durante algunos instantes... Ay! era fuera del calabozo donde se lanzaba su pensamiento! su imaginacion le transportaba en pos de la duquesa de Ferrara!... Veíala sonreirse, oía su dulce voz... Empero un suspiro de su madre le hizo volver inmediatamente al lado de esta.

XXXVI.

Oculto en su ancho sombrero, envuelto en su capa, desembarazado el paso, el hombre poderoso á la faz del sol lo era tambien en la noche. Llevado por una idea bien fija no se distraía en vagos proyectos: y en medio de las tinieblas acompañado de Ramiro, los pensamientos que su hermana y su hijo habian suscitado en su alma, cesaron de sostenerle

con su influencia moral, y Satanás recobró su imperio. ¿Qué quería pues Cesar Borgia? ¿Qué habia resuelto con su firme voluntad?

El duque de Romaña llegó á la prision sin que su compañero hubiese turbado ni con una sola palabra sus meditaciones. Sin embargo, al descubrir á la luz de las antorchas al mudo confidente, al Ramiro sin voluntad, al hombre sin instinto de su esencia, tuvo Borgia un movimiento de disgusto y de horror, cual si desmintiendo de pronto sus pensamientos, hubiese contenido su boca una retractacion solemne, una piadosa y santa máxima: una palabra de contriccion: pero es inherente á la autoridad soberana el no retroceder jamás; parece que sea tan imposible á un príncipe el volverse atrás, como al espíritu humano el retrogradar: y tal vez porque es falible el director social, progresa la sociedad.

Borgia, en la bujía encendida que servia á los dependientes de la prision, parecia interrogar, lo que venia en semejantes horas á hacer en aquel sitio. Pero por una de esas combinaciones satánicas que envuelven en una red á los grandes, Ramiro en el ejercicio de sus funciones hacíase dar cuenta circunstanciada de los sucesos del dia, y estas palabras llegaban á los oídos del amo: «el escudero encargado del mensaje de su excelencia ha venido un poco antes de oscurecer: ha puesto en libertad á una prisionera: ha penetrado en el calabozo del conde Astorre y despues de un rato ha salido de él. Mas tarde la muger ha vuelto á la puerta de la prision y llamando, ha pedido volver á entrar en ella, por no verse espuesta á pasar una noche fria y sin abrigo.»

¿Está aun aqui? preguntó vivamente el duque.

—Mañana al amanecer se marchará, si otra orden no se opone á ello.

—¿Qué ha dicho?

—Ha dicho estas palabras: he querido marcharme y mis miembros se han opuesto á ello. No me dejeis sin asilo: la noche está muy fria. Mañana tendré tal vez fuerzas.

—¿No tienen piedad los habitantes de esta aldea?

—Ha preferido esta mansion, contestó el podestá, prueba de que no le va tan mal en ella.

—¿Y ahora duerme? preguntó el príncipe.

—En la cama en que su compañera estaba sola.

Valentinois, queriendo conservar el mas severo incógnito, hizo una señal á su agente y los dos se dirigieron solos hácia el calabozo.

Despedia la luna una claridad tan viva al atravesar el patio, que no

podía descubrirse la lámpara que en la mano llevaba Ramiro; llegaronse, pues, cerca de una muger que sola, con la mirada fija sobre la única estrella que brillaba en el cielo, hablaba en extraordinario lenguaje.

—La turbacion que me agita, decia esta, me anuncia la vuelta del espiritu. Leo.... nada hay para mi oculto en el porvenir.

Borgia reconoció á la Zingana, y con un gesto impuso silencio á su compañero.

—¿Do está ella? ¿Do está la hija del Titan? mientras que yo estoy aqui: mientras que la duquesa de Ferrara se halla en los brazos de su querido.... Todo duerme, todo está tranquilo, la luna está en su plenilunio: yo velo, aguardo al espíritu, y el espíritu viene á reanimar mi vejez.

Asomóse al rostro del príncipe una risa de compasion, empero el nombre de su hermana mezclado al de la madre de Agosto le hirió en el corazon. Púsose en marcha, y un estremecimiento inesplicable vino á apagar el ardor que hasta alli habia mostrado.

—¡La duquesa de Ferrara en los brazos de su querido! repitió en su pensamiento. ¡La bruja ha mentido! Astorre está durmiendo en la prision... y Lucrecia en palacio!... ¿Lucrecia?... hallábase fuera del campamento cuando yo ahora salia de él... condenacion! ¿si fuese juguete de los que amo? ¿si sus caricias no fuesen mas que para engañarme?...

Por un movimiento involuntario echó mano su puñal.

—Pero prosiguió, esa vieja está loca... Agosto ha vuelto al lado de mi hermana: ella aguarda el dia de mañana con toda la impaciencia de la pasion. Ese mañana llegará para ella como para mí, como para todos; pero mi voluntad solo reinará mañana.

Antes de penetrar en el calabozo el duque mismo echó los cerrojos con tanta precaucion que el mas ligero ruido no turbó el silencio. Después mandando á Ramiro que velase á la puerta, puso la luz en el suelo, atravesó en la oscuridad la primera pieza guiado por el rayo de la luna que iluminaba la estancia del prisionero, y deteniéndose sobrecogido de una estraña emocion aplicó el oido... Ningun sonido turbaba el silencio.

Duerme, pensó entre sí, está tranquilo y yo inquieto, con el corazon agitado vengo... vacilo... Esta Lucrecia lo ha querido. Yo vivia en paz conmigo mismo, feliz con mi ignorancia: no sabia nada de esta vida del corazon; me eran desconocidas las estrañas impresiones que ahora recibo... Ha sido preciso que abandonara á Ferrara, que me hablase de su

felicidad para turbar la mia... Y estoy en un calabozo temblando, al lado de mi víctima... En aquel momento rompió el silencio Agosto, y con una voz débil, con esa languidez que la tristeza y la soñolencia producian, porque á su edad es mas fuerte que las penas del corazon, pronunció estas palabras que respondian á sus pensamientos y á los de su madre.

—Si, tienes razon, la libertad es la felicidad.

Borgia escuchaba.

—La felicidad es vivir en los brazos del que se ama, ¿no es así, ángel mio? dijo á su vez Marina con una voz debilitada por la emocion.

—¡No está solo! díjose Borgia, no es un sueño que me engaña... ¡He oído bien! una muger ha hablado! una muger!... ¿Qué muger puede ser sino Lucrecia?

—Dulce pensamiento, dijo aun Agosto, Astorre es feliz al lado de la duquesa de Ferrara.

—¡Ella es!

—Los diamantes de la corona ducal no valen uno de estos abrazos.

—¡Ella es, no hay duda! Esta muger que entra y que sale... ¡Todo se explica, adivino la trama!... ¡Ah! Lucrecia! Ah! hija condenada de nuestro padre... ¿Ha olvidado ya la muerte del duque de Gandía?... Pero no se burlarán de mí como de un anciano.. ¡Hélos ahí! los veo á los dos sobre esa cama...! los veo... gran Dios! son felices... felices con una embriaguez que jamás he sentido, que yo venia á buscar á su lado... Si, yo queria tambien uno de esos puros abrazos á costa de mi corona ducal... ¡Quería tambien estrechar la mano de un amigo! Quería ver en sus ojos la mirada de un amigo, queria sacarle de este calabozo donde se consume, y volverle todo el brillo de su fortuna... y sorprendo aquí la traicion. Mi corazon se subleva á esta idea... ¡Lucrecia! bajo un vil vestido! Lucrecia! olvidando su rango en un calabozo, á merced de groseros subalternos...

Quiso llevar la mano á su corazon, pero por un movimiento convulsivo se detuvo sobre su puñal.

—¡La amistad no puede existir para mí, se dijo, y al presente todas las ilusiones del amor están destruidas!....

Un sonoro beso se dejó oír, y Marina, al depositarlo sobre la frente de su hijo, le dijo:

—Duerme ahora, querido mio.

—La vida de este hombre, será, lo conozco, un suplicio para mí.

—Lucrecia me debe una sonrisa, dijo Agosto.

—Tengo sed de su sangre.... Espectro viviente, vendria cada hora de mi vida á atormentarme con un recuerdo. No.... ¡Soy príncipe!

—¡Duerme, duerme! volvió á decir aun su madre con dulcísima voz.

—¡Para no volver á despertarte mas! gritó Borgia con voz terrible.

Y lanzándose sobre el jóven, le hundió el puñal en el pecho, y dirigiéndose á la que creía su hermana, añadió:

—¡Caiga sobre tí su infame sangre!

—¡Espiro! dijo Agosto con voz moribunda.

Marina dió penetrantes gritos.

—¡Agosto! ¡Hijo mio! ¡Socorro!

Atraído por estos gritos, entró Ramiro en el calabozo, lo iluminó con la lámpara que llevaba en la mano: siguió sus pasos corriendo la Zingana.... Vinieron á contemplar esta escena de desesperacion.

—¡Un crimen, un crimen! dijo la adivina; ¡lo he presentido!

Y volviéndose hácia el justicia mayor, prosiguió:

—¡Verdugo! tú no has tenido el valor de herir tú mismo. ¡He ahí el hijo de tu amo! Los Borgias son asesinos por sí mismos. Los padres matan á los hijos, los hermanos matan á los hermanos en esta familia.

—¡Agosto! ¡hijo mio! exclamaba Marina arrancándose con desesperacion los cabellos.

—¡Madre mia! ¡madre mia! respondió el jóven tratando de reanimar un resto de vida, y abriendo sus apagados ojos.

Y sacando el puñal de su herida, lo contempló un momento: besó el puño que tenia la forma de una cruz, y añadió entregándosele á Ramiro:

—Esta arma me estaba destinada: volvédsela á vuestro amo, y decidle que bendigo al morir la mano que me ha herido.

Cayó sin fuerzas, y del hijo adoptivo de los ciudadanos de San Marino no quedó mas que un cadáver que la madre cubria de infinitos besos.

Embozado en su capa, encasquetado el sombrero en su cabeza, en el rincon mas oscuro del calabozo, asistia el duque al horroroso espectáculo del horror de una madre. El autor de aquel drama de desolacion, taciturno, sin ideas, presa de la mas completa agonía, estúpido, veía sin ver, escuchaba sin oír: ser degenerado, poderoso vulgar, principe en la acepcion mas baja de la palabra, el genio habia abandonado su cerebro: dejaba caer la cabeza sobre su pecho, temblaba con todos sus miembros delante de un niño sin vida, delante de dos mugeres, delante del instrumento ordinario de sus venganzas: el infierno no le dejaba un momento de tregua; la sangre que corria siempre humeante era la suya; sentia el desfallecimiento, doblábanse sus rodillas, y la palabra de compasion deteníase sobre sus helados labios. Sin embargo, Ramiro sintió

en si su compasion de verdugo: preguntó si era preciso matar á aquellas dos mugeres. César Borgia no respondió nada.

No podian apartarse sus miradas de aquella sangre que habia vertido, la suya; en su oido vibraban aun las últimas palabras de su hijo espirando, y las predicciones del astrólogo, cual amenazadores espectros, se agitaban en su mente....

—Esa es tu obra, le decia una voz misteriosa: la muger que has seducido, el hijo que lisongeaba tu orgullo, ¡helos ahí bajo tu mano de príncipe! ¡Oh, hijo de Alejandro VI, hermano del duque de Gandía, sobre tu hermana Lucrecia querias verter la copa de tus festines! ¡La embriaguez seria dulce y la orgía sin pesares si el nombre de Astorre resonase bajo aquellas bóvedas! ¿Tú querias felicidad? ¡Pues bien, gózala, digno príncipe!.... ¡El hijo de Marina tenia el corazon noble y puro, amaba la libertad! ¡Gózate, pues, príncipe! ¿Por qué no sonries á las dulces proposiciones de tu justicia mayor, príncipe? ¿Por qué esa muda y sombría actitud? Esa no es la de los príncipes. ¡La sangre ha manchado tu capa, pero la sangre no aparece sobre la púrpura de los príncipes! ¡Vamos, despierta: la sangre no es nada, el espíritu solo es algo: deja esa muger republicana y vuelve á tu palacio de príncipe!

—¿Volver á él? se dijo Borgia: ¡Lucrecia respira alli en los brazos de Astorre!

Entonces, alejándose de aquel sepulcro, ordenó respetar el dolor de aquellas mugeres, ordenó que las permitiesen salir de la prision con el despojo del muerto.

—¡Muchísimas gracias, príncipe!!!

XXXVII.

El sol se mostró radiante como en los dias precedentes, empero todo ora ruido en el campamento de Valentinois. Relinchaban de impaciencia los caballos, resonaban las trompetas, los gefes en medio de sus oficiales daban órdenes, los soldados proferian impíos juramentos, y la gran bandera de púrpura en que se hallaba escrito este lema, *Aut César, aut nihil*, ondeaba á la entrada del campamento hácia la parte de Ancona: el duque de la Romaña abandonaba el antiguo palacio de Guido de Montefeltre, y se dirigia sobre Fano. Todos se preguntaban el motivo de

aquella repentina partida, pero nadie sabia lo que habia pasado en tan pocas horas.

Sin embargo, el canciller de Ferrara, Maquiavelo y el nuevo enviado de la señoría veneciana, habian ido al aposento del duque, empero ninguno podia penetrar ante su excelencia. Todos los rostros tenian un aire severo, el silencio reinaba en el interior del palacio, y los confidentes que salian de la presencia de su amo pálidos y temblando, anunciaron que el duque de Romaña no recibiria á los embajadores sino en Fano, á donde debian acudir. Pero Maquiavelo, á quien el favor que gozaba autorizaba intentar un nuevo esfuerzo, habiéndose quedado solo con Agapito, éste respondió á sus preguntas con un tono lacónico.

—La señoría de Florencia, le dijo Maquiavelo, está sinceramente unida á los intereses de su excelencia. El duque de la Romaña me ha dado muchas veces en presencia vuestra, pruebas de su estimacion: sabeis que tengo el honor de poseer algunos de sus secretos... ¿Qué ha pasado?

—Es un misterio impenetrable. En medio de la noche, el duque ha entrado en el cuarto de la duquesa de Ferrara, despues de haber hecho guardar todas las salidas: al cabo de algunos instantes, ha hecho llamar al obispo de Euna. Todas sus órdenes han sido dadas por escrito, y antes del amanecer, una escolta de cien hombres, conducia sobre el camino de Roma un caballero, el escudero Agosto. Otra escolta, está prevenida para acompañar á la duquesa de Este, que vuelve á Ferrara. Por lo demas, con nosotros no se ha ocupado el duque sino de asuntos de gobierno.

—Marcharé para Fano. ¿Sábese á que hora saldrá para alli el duque?

—No se ha dado aun ninguna orden sobre esto: el obispo de Euna vuelve á Rimini, con las funciones de gobernador. Don Ramiro seguirá al ejército.

No sacó luz alguna Maquiavelo de sus informes, y la brusca mudanza del humor de Valentinois, le hizo temer que su hijo hubiese incurrido en su cólera. Propúsose calmarla, sabiendo bien con que palabras habia de calmar el corazon de un padre.

En la antecámara del aposento de Valentinois, dos camareros hablaban en voz baja, y estos subalternos que saben ordinariamente todo, se preguntaban recíprocamente

—¿No sabes tú nada, Sabino?

—Nada, Español. La tempestad ha estallado sobre nuestras cabezas, mientras dormíamos, pero no ha herido á nadie.

—¡A nadie! Y nuestro pobre camarada Giovanni, que ha tenido la

torpeza de ver una mancha sobre el vestido de su excelencia, ¿dónde está ahora que don Ramiro le ha echado el guante? ¡Viva Jesus!

—Por eso me ha hecho quemar en su presencia, el justillo, el peto, la capa, el sombrero; ¡y cómo brillaba su mirada delante de las llamas!

—Pobres de nosotros, á quienes de justicia tocaba el desecho de ese buen vestido, que solo se ha puesto tres veces, porque la primera, era para trepar á esa roca, allá abajo.

—¡San Marino! Delante de esa montaña, permanece con los ojos clavados, ahora que está solo. Si tú le vieras, de pie derecho delante de la ventana, la vista fija, y yo creo.... ¡Dios me lo perdone! uno ve mas que lo que debe ver, cuando el sol da en la cara.... los lábios descoloridos, y trémulos.

—Pienso que la fiebre le devora lentamente, sin que quiera escuchar su médico: solamente abusa de su pocion ordinaria.... Tres veces ha tomado la dosis, esos calmantes le matarán.

—¡A él! Es de hierro.

—Pero no es así la señora Lucrecia, ¿sabes tú que se teme por sus dias y que el obispo de Euna, que es un santo, ha venido á exhortarla en medio de la noche?.... En fin, está fuera de peligro, lo que me ha dicho un page.

—Ya ha enviado hoy tres mensajes, y ninguno ha sido admitido por su excelencia.

En aquel momento un nuevo mensajero de la duquesa de Este, venia á solicitar para ella una entrevista antes de su marcha; pero una seca negativa fué la única respuesta de Valentinois. Entonces el page se adelantó para poner entre sus manos un billete de su ama. Habia escrito en él con mano trémula algunas líneas. Borgia leyó en él estas palabras: *en nombre de nuestro padre, su vida por la mia*. Pero trazando en él esta respuesta: *rogad á Dios por los muertos*, despidió al page sin proferir una palabra.

A la mañana siguiente, revestido de una riquísima armadura empavonada de oro, el casco con un penacho de plumas de color de púrpura, con noble continente, la cabeza altiva, mirada firme y rostro frio, salió sobre un fogoso caballo del palacio de Fano, á donde habia llegado por la noche: acompañábanle todos los gefes del ejército. Atravesó las calles de la ciudad, en medio de las aclamaciones de los habitantes, marchaban delante de él los escuderos, arrojando monedas de plata al pueblo, y despues de haber pasado revista á sus tropas, volvió á palacio escitando el mas vivo entusiasmo en su tránsito.

—¡Viva el duque! gritaban de todas partes; ¡viva el príncipe!

—Si, pueblos, por todos los crímenes que vuestros vicios engendran, ¡viva el príncipe!

XXXVIII.

Cuando el duque de Romaña admitió en su presencia, en su palacio de Fano, al embajador de Florencia; Maquiavelo, á quien la inesplicable conducta del príncipe habia asombrado y tal vez humillado, en el fondo del corazon, llegaba con la secreta intencion de conocer el misterio que nadie habia aun podido penetrar. Habia preparado tan diestramente sus redes, y habia disfrazado de tal modo su adulacion, que se lisonjeaba con la esperanza de conseguirlo. Empero el hombre de estado, no habia aun reflexionado bastante, para apreciar el carácter de César Borgia, no habia aun escrito estas importantes líneas: «los príncipes no tienen otro medio de apartar los aduladores, que el de mostrarles que la verdad no puede ofenderles: empero si todos tuviesen la libertad de hablar alto, ¿qué seria del respeto debido á la magestad del soberano? Un príncipe prudente, debe tener un justo medio, eligiendo hombres sábios á quienes solo les dará la libertad de decirle la verdad, pero *únicamente sobre las cosas que pregunte*. Debe sin duda interrogarlos, oir su parecer sobre todo lo que le concierne, pero *determinar en seguida segun su propia opinion*, y conducirse de tal modo, que convenza á todo el mundo que cuanto mas libremente se le habla, mas se le agrada. *En cuanto á los demas* el príncipe no debe oirlos, pero seguir el camino que se hubiese trazado sin apartarse de él.»

Maquiavelo buscó desde luego en el porte del duque, algo que le indicase el lado débil, el flaco de la coraza. Jamás habia hallado en su continente mas aplomo, mas seguridad en sus miradas, mas tranquilidad en sus facciones, y cuando despues de las fórmulas ordinarias de respeto, usando del favor que el duque le habia concedido de decir la verdad, quiso comenzar su ataque por una de esas conversaciones mitad filosóficas, mitad políticas, que tanto gustaban al ex-cardenal, *el príncipe prudente* la hizo recaer *sobre las cosas que queria preguntar y únicamente* sobre ellas.

—Maquiavelo, le dijo, ¿no sabeis tal vez que yo tambien tengo la pretension de escribir? Es muy raro que una pequeña vanidad pueril, no

se apodere del alma de los que gobiernan: siempre pertenecen y tienen algun flaco de esa pobre naturaleza humana, tan miserable, tan insolente, tan necesitada: y ordinariamente tienen un flaco que nada puede justificar. Podria citaros el ejemplo de grandes reyes.... Es un camino que reserva el cielo, para dejar llegar al corazon de los poderosos la voz suplicante de los pequeños. ¿Pensais, Maquiavelo, que Dionisio de Siracusa hizo buenos versos?

A esta pregunta el embajador florentino creyó ver pendiente sobre su cabeza la espada de Damocles. La libertad de talento que manifestaba Borgia le asombraba mas y mas, y cuando iba á responderle continuó el duque:

—Tranquilizaos, no os someteré al tormento de que tengais que oír una lectura, señor embajador: esta cualidad no os permitiria ademas decir vuestra opinion.. En una obra literaria ¿haceis consistir el mérito en el pensamiento ó en la ejecucion?

—En las dos cosas.

—Yo creo que el pensamiento no debe sujetarse á reglas que son otras tantas barreras y trabas. Aristóteles que me hicieron estudiar en Pisa, y que tengo aun presente en mi memoria, hay momentos en que me ha parecido un frio pedante. El sentimiento que inspira el poeta debe producir todo á la vez y el pensamiento da la forma. Yo miro como una cosa mezquina la ley que obliga á un escritor á fundir su pensamiento en el molde comun comenzando de tal manera para concluir de tal otra, no dejando libertad sino para peripecias facticias. Las catástrofes que terminan siempre la obra que desenlazan los hilos del drama, no producen jamás el efecto que deberian producir porque son un fin, que por un hábito vulgar se cree que debe haber siempre, y que todo concluye en el mundo: nada concluye sin engendrar lo que le sigue. La catástrofe, objeto final del escritor, que os deja despues tranquilo, libre de vagar ó de dormir deberia de ser, sino el punto de partida, al menos el intermediario, la causa de los desarrollos humanos, el motivo de las observaciones filosóficas, el testo de poderosas palabras. Despues de los acontecimientos, es preciso juzgar á los hombres, es preciso apreciar sus discursos y sus acciones: entonces solo puede conocerseles. El cadáver no nos dice nada, nada nos puede enseñar. Asi la obra que se detiene en el momento en que hay grandes cosas que hacer valer, ¡es un cadáver! ¡nada mas que un cadáver! ¿Pareceis sorprendido, Maquiavelo? ¿Os asombra este lenguaje mio aqui, en Fano, cuando me he metido en medio de mis enemigos? Empero os hablo asi para mostrarme á vuestros

ojos tal como soy: un príncipe á quien su fuerza de voluntad sostiene á despecho de cuanto puede herirle en el corazon. El hombre corre frecuentemente tras de ilusiones; pero cuando es la espresion de una grande idea, vuelve la unidad que presenta á la mision que debe cumplir sobre la tierra porque su destino no es tal vez el de un hombre ordinario, y es preciso sufrir su destino... Volviendo á mi opinion sobre la poesia, una obra en tanto tiene mérito en cuanto instruye retratando la vida humana, por ejemplo, la de los hombres á quienes está confiada la direccion de los pueblos. En materia literaria solo lo que sirve al porvenir es digno de nuestra atencion... Supongamos que en una epopeya, un padre, por una funesta equivocacion se mancha con su propia sangre... Maquiavelo, ¿á quién compadeceriais al padre que sobrevive, ó al hijo que ya no existe?... ¿Sobre quién hariais resaltar el interés, sobre el que no tiene mas que comparecer ante Dios, ó sobre el que debe aun presentarse á los ojos de los hombres? Lo veis, todos los libros concluyen por donde debian comenzar. Deducir consecuencias de los hechos, sacar moralidad de los actos, es lo que debe hacer un escritor útil. Recordaos que el Genesis comienza por estas palabras: Dios hizo el mundo en seis dias.

Aunque habia larga materia para disputar, Maquiavelo aprobó todo; el diplomático habia comprendido al príncipe en esta ocasion. En las circunstancias en que se hallaba el duque y en su afectacion en dar gravedad á cosas tan poco importantes para hombres que tienen en su mano las riendas de cosas positivas, no vió mas que un medio de evitar responder, pensando que habia sido adivinado, y lisongeándose tal vez de ser temido. Maquiavelo resuelto á no soltar su presa, formuló su curiosidad de una manera bien clara y categórica.

—Si su excelencia gusta, dijo, en otra ocasion continuaremos hablando de esta materia porque hoy tengo que someterle consideraciones mas urgentes é importantes y le suplicaria se dignase escuchar.

El silencio de Borgia fué una especie de triunfo para el embajador florentino, y cobrando repentinamente fuerzas con él, prosiguió:

—Su excelencia ha abandonado bruscamente su campamento de la Cattólica. Se ha interpretado de diferentes maneras esta precipitada marcha y la de la duquesa de Este para Ferrara, y la del escudero Agosto para Roma, bajo buena escolta... Seria de temer, que en las córtes estrangeras interpreten bajo un falso punto de vista estas circunstancias: y yo que deseo presentar á su excelencia bajo el aspecto mas favorable á la señoría, vengo á suplicarle me dé las esplicaciones que

guste... Tambien me será permitido interesarme en el porvenir de la república del Titan, en ausencia de su embajador natural...

—Sois muy generoso y os doy gracias, señor embajador. Correspondo al interés que os tomáis por mí, y os lo pagaré dándoos un consejo. Sois jóven aun, Maquiavelo: teneis en el corazon la noble ambicion de hacer fortuna sirviendo á vuestro pais como buen republicano; pero sabed que en la carrera que habeis comenzado con lucimiento en la corte de Francia y cerca de nuestra persona, la franqueza, otros dirian la audacia que acabais de mostrar, puede tener dos resultados: la mas completa desgracia ó un favor sin límites. Voy á daros las esplicaciones que me habeis pedido. Cuando se envia á nuestro lado esos hombres que no tienen para representar su corte mas que el lujo de su persona y el esplendor de su nombre, se les dice únicamente lo que son capaces de comprender: la mentira se halla entonces sobre su propio terreno, se la siembra, germina, se desarrolla, y la diplomacia es el arte de engañar. Pero esto es muy mezquino, poco digno de mí, poco digno de vos. Los hombres necesitan la verdad, cuando saben oirla y decirla: y yo se la debo decir no al enviado de la señoría, sino al osado escritor que proyecta anatematizar los príncipes en interés de los pueblos... Yo estoy en Fano: mi hermana se halla al lado de Alfonso su marido, y Agosto mi hijo se halla delante del trono de Dios... Si, Maquiavelo, ese jóven que yo amaba, no existe, ha perecido... y la razon de todo esto, es que el príncipe es un hombre, es que tiene sus pasiones..... ¿Comprendeis ahora lo que yo queria deciros, la terrible epopeya que el poeta puede sacar de este suplicio de sobrevivir al que tanto se ama?... Agosto, víctima inocente, ha muerto delante de mis ojos: su última palabra fué un perdon, su vida entera fué la de un ángel..... Maquiavelo, el príncipe, Satanás por sus mas pequeños defectos, por sus puerilidades, por sus caprichos de muger, por su vacilante voluntad: el príncipe, Dios por el vigor de su pensamiento, por la firmeza de su genio, por la flaqueza de su querer, por la fuerza de su brazo: el príncipe está encima de los hombres para castigarlos, para impelerlos sin cesar en el camino que deben recorrer hácia el punto que deben llegar. Si, la república de San Marino, es una existencia dormida porque no ha tenido su príncipe..... En las repúblicas tan elogiadas, el príncipe figura alli por todas partes: en Florencia está en diez personas, en Venecia en su dux: aqui, en la aristocracia de los grandes, alli en la de los ricos, en otra parte accidentalmente en el motin popular... el príncipe está por todas partes, os digo, porque la autoridad es el mal necesario: contiene en sí el prínci-

pio destructor que tiende á renovar todo sobre la tierra, purificándolo todo. ¿Dónde estaría la humanidad sin el mal? El príncipe la ha hecho marchar de Egipto á Grecia, de Grecia á Roma, de Roma á Francia. El príncipe, es el hombre indispensable, es la espada fulminante de la justicia divina. ¿Ahora escribireis á los magníficos señores de vuestra república, que un niño ha bajado al sepulcro porque su padre estuvo celoso de un bien que no estaba en su naturaleza poseer? ¿escribireis que la duquesa de Ferrara se ha vuelto allí como había venido, muger enamorada sin otro objeto que un sentimiento individual? ¿escribireis lo que todo el mundo ignora, que bajo la armadura de mi hijo, un amante de mi hermana, cabalga hacia el castillo de Sant-Angelo? Creedme, no busqueis la causa frecuentemente imperceptible de los sucesos que trastornan el mundo. Yo he dado un paso, se estremece la Italia, es una noche sin sueño, una nada que va tal vez á cambiar la faz de todo. Después de los tristes sucesos, después del golpe que me priva de un hijo, después de haber visto á mi hermana desolada arrastrarse á mis pies, si fuera un hombre ordinario desfallecería en una sombría desesperación: príncipe, he blandido la espada, un ejército se ha puesto en marcha, y vos enviado de una nación, habeis buscado largo tiempo en vano el motivo de mi conducta, y no debeis el saberlo sino a mi condescendencia... Todo lo sabeis.

Maquiavelo respondió:

—Su excelencia se ha confesado conmigo. Tendré la virtud del sacerdote. Lo que acabo de oír, me parece en efecto superior á inteligencias vulgares, y haré de ello el objeto de mis meditaciones. Pero el duque de la Romaña ¿no se espone un poco temerariamente en medio de los confederados?...

—Yo marchó á la cabeza de mi ejército.

—¿Pero debeis ir solo á Sinigaglia, al lado de los Vitellozzos, de los Oliverotos?

—¡Vive Dios! ¿Olvidais que soy príncipe? ¿qué teméis?

—Las conjuraciones.

—La historia está llena de ellas; ¿pero cuántas se cuentan que hayan triunfado? Además, ¿qué es una conspiración? una asamblea como la de Magioni: Maquiavelo, nadie conspira solo, y aquellos con quienes se comparte los peligros de la empresa son descontentos que frecuentemente por el aliciente de una buena recompensa del mismo del quien tienen que quejarse, denuncian á los conjurados y hacen abortar su plan. Los que se han visto obligados á asociarse á la conjuración, se hallan

entre la tentacion de una ganancia considerable y el temor de un gran peligro: de modo, que para guardar el secreto confiado, es preciso ó ser un amigo extraordinario, ó un enemigo irreconciliable del príncipe. Preguntad á mi secretario qué es una conjuracion y vereis como se echa á reir; preguntad á mi tesorero cuánto valen los conspiradores y os lo podrá decir á punto fijo. El príncipe no teme las conspiraciones cuando tiene el amor de su pueblo; pero tampoco le queda ningun recurso si llega á faltarle este apoyo. Contentar el pueblo y contemporizar con los grandes, he aqui la máxima de los que saben gobernar... Mañana marcharé para Sinigaglia, señor embajador, y no soy yo el que debe temer la entrevista que debe verificarse en esa ciudad.

XL.

Fano y Sinigaglia, escribe Maquiavelo (1) son dos ciudades de la Marca de Ancona, situadas sobre las orillas del mar Adriático distan entre sí cinco leguas. Los Vitelli y los Ursinos habian dado las órdenes necesarias para prepararlo todo y recibir al duque convenientemente: para colocar á su ejército habian distribuido sus soldados en diferentes fortalezas á los alrededores de Sinigaglia y no habian dejado en la ciudad sino á Oliveroto con su tropa compuesta de mil infantes y ciento cincuenta caballos.

Estando todo preparado, el duque de Valentinois se puso en marcha para Sinigaglia. Salieron á recibirle Vitellozzo, el duque Pagolo de los Ursinos y el duque de Gravina á caballo, saludándole con mucha cortesía, y siendo recibidos con aire risueño.

—Señores, dijo Valentinois, me encanta volveros a ver y recibir de vosotros la hospitalidad que antes os hemos dado: señores de los Ursinos, os saludo como antiguos amigos: Vitellozzo Vitelli, os doy gracias de haber venido á nuestro lado, á pesar de vuestros padecimientos.... porque no atribuimos sino á ellos el aire triste y preocupado de vuestro rostro.... Sentimos mucho no ver en medio de vosotros al cardenal de los Ursinos, y á nuestro feliz competidor el cardenal de San Pedro Advincula. Pero, señores, contábamos con la presencia de Oliveroto.

(1) Del modo tenuto dal duca Valentino nello ammazzar Vitellozzo Vitelli, etc. Opera, t. III.

—Excelencia, dijo el duque de los Ursinos, Oliveroto ha quedado en la plaza de armas á la cabeza de sus tropas.

—Don Ramiro, replicó Borgia, id al lado de nuestro condottiero Oliveroto, y decidle que no es este el momento de tener sus tropas fuera de su cuartel, porque seria de temer que las mias, no teniendo nada que hacer, tratasen de apoderarse de él. Aconsejadle que las haga retirar y venga cerca de nuestra persona....

Hizo un gesto el duque, marchó el justicia mayor, y poco despues el gefe de armas se presentó á Valentinois, que se dirigió hácia el alojamiento que le tenian preparado.

El duque de la Romaña hallábase cubierto con la armadura, pero al entrar en la ciudad entregó su espada á uno de los que se hallaban á su lado: era Ramiro de Orco. A la mañana siguiente Maquiavelo escribia á su gobierno las cartas que vamos á copiar. Testigo ocular de los hechos, los refiere: es preciso dejar hablar al gran historiador.

MAGNIFICOS SEÑORES (1):

Os he escrito antes de ayer desde Pésaro lo que sabia sobre Sinigaglia. Me trasporté ayer á Fano. El duque ha salido esta mañana temprano y ha venido á esta ciudad, donde se encontraban los Ursinos y Vitellozzo. Le rodearon á su llegada, pero tan pronto como entró con ellos en Sinigaglia, volviéndose hácia su guardia, la dió la orden de arrestarlos y los hizo á todos prisioneros. La plaza está amenazada de saqueo. Estamos en una inquietud terrible. Son las seis de la tarde y no he podido encontrar á nadie que lleve la carta. Mi primera contendrá mas detalles. Dudo que los prisioneros vivan mañana. Sus tropas han sido tambien hechas prisioneras. Las circulares que escriben dicen que se ha cogido á los traidores, etc.

Entregareis tres ducados al portador de esta carta. Yo ya le he dado tres, que os suplico reembolseis á Biagio.

Sinigaglia, el último dia de diciembre de 1502.

NICOLAS MAQUIAVELO.

(1) Legacione al duca Valentino.

MAGNIFICOS SEÑORES:

Os he escrito ayer en dos cartas lo que habia pasado en Sinigaglia despues de la llegada del duque, y como habia arrestado á Pagolo de los Ursinos, al duque de Gravina, de la misma familia, Vitellozzo y Oliveroto. El primer despacho contenia sencillamente esta noticia: el segundo daba detalles particulares. Contaba en ellos la conversacion del duque conmigo y el juicio que formaba de este paso. Envié estas cartas con dos espesos, el uno de Urbino, mediante seis ducados, y el otro de Florencia, mediante tres. Debeis haberlas recibido, pero por si no fuese asi, os referiré sumariamente los sucesos. El duque salió ayer mañana de Fano con todo su ejército para ir á Sinigaglia, que habia sido ocupada, á escepcion de su ciudadela, por los Ursinos y Oliveroto de Fermo. La víspera habia llegado alli desde Castello, Vitellozzo. Fueron los unos despues de los otros al encuentro del duque, entraron con él en la ciudad, y le acompañaron hasta su alojamiento. Cuando estuvieron en su aposento, el duque los hizo arrestar, mandó desarmar su infantería, que se hallaba en los arrabales, y envió la mitad de sus tropas para hacer otro tanto con los hombres de armas que se encontraban en algunos castillos á seis ó siete millas de Sinigaglia. Me hizo llamar en seguida, me manifestó con el aire mas sereno la alegría que le causaba el éxito de esta empresa de que dijo haberme hablado el dia anterior, pero no de una manera terminante, lo que era verdad. Esplicóse en seguida en términos muy sensatos, y lleno de afecto por nuestra ciudad, sobre los diversos motivos que le hacian desear vuestra alianza, deseo al que esperaba que correspondiéseis. Ha concluido por exigirme que hiciese tres invitaciones á su señoría: la primera que se congratulase con él de un suceso que hacia desaparecer los mortales enemigos del rey, de su excelencia, así como de nuestra república, y destruía todos los gérmenes de turbaciones y disensiones propias á devastar la Italia, servicio que debia escitar vuestro reconocimiento con respecto á él: la segunda rogaros le deis en esta circunstancia una prueba marcada de amistad, haciendo pasar vuestra caballería hácia Borgo, á fin de poder en caso de necesidad marchar con él sobre Castello ó sobre Perusa, camino que queria tomar sin dilacion, y que hubiera tomado desde ayer noche á no haber temido dejar á su salida espuesta Sinigaglia al pillage. Me reiteró sus instancias para obligarme á escribiros que os mostreis sin reserva

amigos suyos, no debiendo tener la menor inquietud y temor desde que veis á su excelencia con las armas en la mano, y presos á vuestros enemigos. Desea, en fin, que hagais arrestar al duque Guidobaldo si se refugiase desde Castello á vuestro territorio, al saber la prision de Vitellozzo. Yo le hecho presente que seria indigno de la república el entregárselo, y que jamás consentiriais en ello vosotros, y ha aprobado mi modo de pensar, dándose por satisfecho con que le detengais y no le pongais en libertad sin participárselo. He prometido á su excelencia comunicaros todo esto, de lo que aguardo respuesta.

Os he hecho notar ayer que muchas personas inteligentes de la ciudad me habian manifestado que deberiamos aprovechar la ocasion tan favorable que se nos presenta para mejorar nuestras relaciones. Todos están persuadidos que podemos contar con la Francia, y que seria muy oportuno enviar alli pronto uno de los ciudadanos mas distinguidos de la república. Si ese embajador llegase en los momentos presentes con proposiciones admisibles, seria muy bien acogido. Ved aqui lo que me han repetido personas muy celosas por nuestros intereses. Os lo trasmito de nuevo con la fidelidad de que he tratado siempre de daros pruebas.

El duque ha hecho morir esta noche sobre las diez á Vitellozzo y á Oliveroto de Fermo. Se ha conservado la vida á los otros, aguardando probablemente á que se sepa si el papa tiene en su poder, como se cree, al cardenal de los Ursinos y á los demas que estaban en Roma. Entonces se decidirá de la suerte de todos á un mismo tiempo.

La ciudadela de Sinigaglia se ha rendido esta mañana al amanecer: así el duque se encuentra absolutamente dueño de esta plaza. Ha salido esta mañana y ha venido aqui con sus tropas. Es cierto que iremos de aqui hácia Castello ó Perusa. No se sabe si se adelantará hácia el lado de Siena. Recorrerá en seguida los alrededores de Roma, y para hacer entrar en orden todos los castillos de los Ursinos, se apoderará á viva fuerza de Bracciano, lo que facilitará sus demas expediciones. Permaneceremos aqui mañana, y pasado mañana nos pondremos en camino para ir á dormir en Sassoferrato. La estacion es malísima, como podeis conocer, para hacer la guerra. Dificilmente se concebirán las penalidades que sufre el ejército, y los que van en su comitiva. Es uno feliz cuando logra conseguir un alojamiento bajo techado.

Goro de Pistoia, enemigo y rebelde de esta ciudad, y que estaba con Vitellozzo, se halla ahora prisionero en manos de algunos españoles. Creo que lo entregarán á alguno de vuestros rectores, si quereis sacrifi-

car sobre unos doscientos escudos. Meditadlo, y comunicadme vuestras intenciones.

Corinaldi, 1.º de enero de 1503.

MAGNÍFICOS SEÑORES:

Os he repetido en mi última, lo que os escribía en mis dos anteriores desde Sinigaglia. Desearia que el portador de aquella la haya entregado en buen estado. Cuando sepais en medio de la confusion en que vivimos, disculpareis mi tardanza. Los aldeanos se esconden, los soldados solo tratan de enriquecerse con el pillaje: los que están conmigo, no quieren separarse de mi lado, por miedo de ser victimas del latrocinio que reina en este pais; todo esto hace, que apenas encuentre persona alguna, que quiera encargarse de llevar mis despachos. He buscado un amigo, y le he ofrecido una buena recompensa, y asi y todo, no sé si podrá llevar esta carta y la de anoche, que es importante. Poco puedo añadir á lo que en ella os decia, hallándose aun el duque en Corinaldi. Hoy ha dado la paga á su infanteria, que se halla á tres millas de aqui, y ponen en orden la artilleria que se va á dirigir hácia Agobio, desde donde la enviará á Castello ó Perusa, segun crea mas á propósito. Yo he tenido hoy una entrevista, con uno de los principales personajes de esta corte. Despues de haberme reiterado una gran parte de las protestas amistosas del duque hácia nosotros, me ha dicho, hablándome de este último, que su excelencia habia hecho perecer á Vitellozo y Oliveroto, como á tiranos, asesinos y traidores; pero que queria conducir á Roma á Pagolo de los Ursinos, y al duque de Gravina, á fin de que se les procesase en toda forma, con los cardenales de los Ursinos y de la Rovera, que debian hallarse ya en poder del papa. Añadió, que la intencion del duque era quitar á los facciosos y á los tiranos, todas las tierras dependientes de la Iglesia, y devolvérselas al soberano pontífice, no reservándose mas que la Romaña; lo que deberia merecerle el reconocimiento de Alejandro VI, que no seria asi esclavo de los Ursinos y de los Colonnas, cual lo habian sido sus predecesores. He creido daros parte de esta conferencia de que hará el uso conveniente vuestra sabiduría.

Corinaldi, 2 de enero de 1503.

Las ciudades de Castello y de Perusa, amagadas por las fuerzas de César Borgia, mandaron su sumision, y éste las puso en poder de la

Santa Sede. Faltábale solo verificar la expedición de Siena, cuyas puertas había resuelto abrirse de grado ó por fuerza, resuelto á arrojar de allí á Pandolfo Petrucci, su enemigo capital, y uno de los miembros de la liga formada para despojarle de sus estados. Había enviado á intimar a los sieneses que arrojasen ellos mismos al tirano, prometiéndoles su protección y evitándoles así la guerra.

XL.

Todo se hallaba sometido: había cesado el pillage, y los soldados de Valentinois, después del movimiento de descontento que habían experimentado por no tener los despojos de las tropas de Oliveroto, se habían recordado que César Borgia, mas poderoso que nunca, podía castigar sus motines. El asesino de Juan Togliani, el usurpador de Fermo, sufriendo tristes represalias, daba ahora sus cuentas con la cuerda al cuello: Vitellozzo no tenía mas traiciones que cometer. Pagolo de los Ursinos y el duque de Gravina, aguardaban en el castillo de la Pieve, á donde habían sido encerrados, á que se supiese que el papa había hecho igualmente arrestar á los cardenales de los Ursinos y de la Rovera: aguardaban para ser estrangulados! Tal había sido la justicia y la voluntad del príncipe. Los gefes de las tropas extranjeras, hallábanse mudos de asombro: aplaudían los condottieros, adulaban los cortesanos, y absteníanse de presentarse al duque de la Romaña los enviados extranjeros.

En medio de este terror, Ramiro de Orco recorría tranquilo y reposado, en medio de sus esbirros, la ciudad de Sinigaglia, para enseñar á sus habitantes aquella temida toga, aquel signo de la alta jurisdicción de su nuevo dueño. Ejecutor de órdenes terribles, habíalas cumplido con una conciencia y humanidad raras. Había escuchado todas las palabras de los pacientes, y cuando se había presentado delante de Borgia para anunciarle la ejecución de su buena voluntad, no olvidó transmitirle la súplica que Vitellozzo dirigía al papa, de que le concediese indulgencia plenaria por todos sus pecados. César, que se hallaba sentado en medio de su corte, descubrió su cabeza, y dijo: *Amen*.

Hallábase tan tranquilo y reposado el príncipe, que tan cruelmente había castigado á traidores por una traición. Recibía el homenaje y sujeción de la señoría de Sinigaglia, de que acababa de apoderarse, sin

combates, por el terror de su nombre, por la sangre de los señores, y no á costa de la vida de los ciudadanos. Los escesos que no habia podido impedir, debian ser reparados, dió palabra de hacerlo; y el pueblo al llegar la noche, durmió tranquilo y reposado tambien.

¡La noche! ¿cómo pasó el príncipe estas horas silenciosas en su palacio de Sinigaglia? Durmió: el dia habia sido muy cansado en medio de los homenajes de sus nuevos súbditos. ¿Pero no se despertó sobresaltado, agitado por el sueño? No, nada: solamente al despertarse, una muelle pereza le detuvo en su cama mas tiempo que de costumbre; y repasando en su pensamiento los sucesos de la vispera, los analizó con conciencia: y satisfechos los intereses de su ambicion, sintió un ligero estremecimiento: una idea importuna se deslizó en su corazon, pero apresurándose á llamar á sus secretarios, triunfó de la naturaleza.

—Agapito, dijo: es preciso enviar á los hombres de San Marino un comisario, encargado de entenderse con ellos y de representarme. La eleccion de sus magistrados deberá hacerse en mi nombre. Eso es todo cuanto exijo de la montaña.

Y añadió en su pensamiento: fué la cuna de mi hijo, es hoy su última morada, que mi poder la proteja!

Despues prosiguió:

—Cuando hayais hecho una eleccion, me presentareis al que juzgueis digno de semejante mision: yo mismo le daré sus instrucciones.

—Si lo aprueba su excelencia, Romolino cumplirá bien ese cargo.

—Sea Romolino: que lo llamen. Entre tanto, Spanochi, dadme cuenta de vuestros informes sobre los principales habitantes de esta ciudad.

—Ved aqui los documentos mas exactos que he podido procurarme.

—Dádmelos.

Tomó los papeles que le presentó el canceller, y los recorrió.

—«Pietto Dionigi, hombre íntegro:» Nos le creamos presidente del tribunal..... «Ludovico Charamonti, hombre de energía, amado de sus conciudadanos, pero adicto á Francisco de la Rovera:» Nos le nombramos comandante de la guardia urbana. «Francisco de la Rocca, anciano venerable, perseguido por la familia destronada, por motivos puramente personales:» Que sea gefe del consejo de la señoria. Nos consultaremos á estos nuevos magistrados, sobre las otras elecciones que hay que hacer..... Ahora, Spanochi, escribid: «Señor Spinelli, en recompensa de vuestros leales servicios, el duque de Romaña os gratifica con cien escudos de oro: teneis orden de no salir de vuestra casa de campo, sin su espreso permiso. Dado en Sinigaglia.....» Hareis entregar esa carta.....

Escribid todavía: «Monseñor obispo de Euna, don Ramiro de Orco, nuestro justicia mayor, os entregará en persona esta carta. Las crueldades de este ministro, han hecho frecuentemente murmurar á mis nuevas provincias. Nos deseamos, que no tengan en lo sucesivo motivo de queja. La paz y el orden que debeis establecer de una manera estable, tienen necesidad de una garantía, y quiero darla á mis buenos romañeses. En cuanto recibais la presente, mandareis dar muerte á don Ramiro de Orco....» ¿Por qué os deteneis, Spanochi? escribid, escribid, estas son mis órdenes mas terminantes.... «Ramiro de Orco, recibirá la muerte inmediatamente que hubiereis ordenado todo para la ejecucion de su justo castigo. Despues de lo que, hareis esponer su brazo derecho en la plaza pública de Imola, en la punta de un palo, con un cartel que contenga el nombre y los crímenes del ajusticiado: el brazo izquierdo, será espuesto en la plaza de Cesena del mismo modo, y la cabeza en Rimini del mismo modo. Tal es nuestra voluntad. En nuestro palacio de Sinigaglia.....» Dadme esa carta para firmarla.

Y con mano segura escribió estas palabras *Ne varietur*, despues firmó: Cesar Borgia, duque de Romaña, señor de Sinigaglia.

—Spanochi, dijo en seguida, sellad esa carta con nuestro sello grande.

En este momento entró Agapito conduciendo á Romolino. El duque, despues de una instruccion detallada de sus voluntades, añadió en voz baja nuevas órdenes.

—Hay en la montaña una muger: su nombre, Maria de la Penna, es respetada, porque todos vivieron sin mancha en su familia: será por parte tuya objeto de una particular atencion: sus deseos serán órdenes, y jamás deberá conocer ninguno de donde proceden estos favores especiales. Te serán entregados doscientos escudos de oro para erigir un sepulcro al hijo cuya muerte llora; y cada mes me escribirás tú una carta, á mi solo, en que me hablarás de ella. Tal vez no tendrás que escribir por mucho tiempo, porque su corazon maternal está herido de muerte. Ahora, vete.

Los gefes de armas, los enviados de las córtés estrangeras, los cortesanos, los principales ciudadanos de Sinigaglia, fueron admitidos á la presencia del duque despues.

—Os saludo, señores, dijo.

Agapito, presentó entonces á Francisco de la Rocca, nombrado gefe del consejo de la ciudad, inclinóse éste delante del duque, y dijo:

—Juro y prometo fidelidad al muy alto y poderoso príncipe, don Cé-

sar Borgia, duque de Romaña y de Valentinois, señor de Sinigaglia, como súbdito y como gefe del consejo de la ciudad.

Ludovico Chiaramonti, repitió el mismo juramento, en su cualidad de comandante de la guardia urbana, y Dionigi, como presidente del tribunal.

—Señores, les dijo el duque, lo que hagais por mí, lo hareis por vosotros, y los vuestros. Los intereses de los súbditos, son siempre los del príncipe: cuento con vuestra adhesión.

Entonces llamando con voz fuerte á Ramiro, le dijo:

—¿Cuánto tiempo necesita nuestro digno podestá para ir á Rímini?

—Menos de un día, excelencia, con buenos caballos.

—Marchad, pues, allí; ved una carta muy importante para el obispo de Euna, que os reemplaza momentáneamente como gobernador civil: os encargo que la entregueis en propia mano... don Ramiro, os va en ello la vida...

Graciosa era la sonrisa en los labios del príncipe. El justicia mayor, inclinó su cabeza, con su ordinaria tranquilidad.

—¿Dónde me he de reunir con su excelencia? dijo éste.

—Ese mensaje contiene la recompensa que os es debida.

Palpitó el corazón del hombre instrumento por la vez primera, porque él también tenía ambición, la de volver á ver la España, su patria, y se marchó bendiciendo al duque.

Volviéndose en seguida hácia los hombres de armas, les dijo el duque:

—Preparaos, señores, á marchar. Me aguardan en Roma, y tenemos unas cuentas que ajustar al tirano de Siena, Pandolfo Petrucci. Pasaremos por Perugia, si Dios quiere.

Después adelantóse hácia los embajadores, los saludó con aire cortés, diciendo una palabra á cada uno de ellos.

—¿Habeis tenido noticia de nuestra hermana Lucrecia, señor canciller? ¿Ha llevado feliz viage hasta Ferrara?... Me han avisado, conde Pigtigliano, que Guidobaldo se habia embarcado para volver á sus estados.

—Yo venia á haceros saber, que ha llegado ayer á la fortaleza de San Leo, contestó el diplomático.

—Bueno, añadió el duque, que se quede allí. Esa es una prision como cualquiera otra. Haremos de suerte que esté allí bien guardado... Después acercándose al embajador de Florencia, Maquiavelo, le dijo en voz baja:

—Reino en ese nido de águila de San Marino: lo que no ha podido

producir el oro y la fuerza de las armas, lo han hecho palabras afables y dulces.

—Excelencia, los pueblos son confiados, no abuseis de su virtud.

—¡Virtud! virtud! Esa es una palabra... como la del amor... Maquiavelo, yo solo creo en la sangre fría y en la fiebre... empero si mencionais alguna vez mis acciones en vuestro tratado del *Príncipe*, no olvidéis mostrarlas como un ejemplo que deben seguir los reyes...

—Así debe ser, excelencia, cuando se escribe en interés de los pueblos.

XLI.

Sobre la antigua via Flaminia, ultraje indestructible de aquellos tiempos, en que la república romana no producía mas que gigantes, no emprendía mas que obras útiles: cerca de un cerrillo, aquel tal vez donde Cesar, ¡Julio Cesar! se detuvo para ver pasar sus legiones cuando marchaba contra Roma, hallábanse sentadas dos mugeres, silenciosas, con la cabeza caída sin fuerza sobre el pecho, pero con la vista vuelta á un mismo lado: contemplaban el objeto de su culto, el motivo de aquel mudo y profundo dolor, que sigue á la desesperación, de aquel dolor sin término que sostiene el corazón de las madres. Sobre unas parihuelas, formadas con ramas de encina, rodeadas de esas hojas que resisten á los inviernos, debajo de una mortaja debida á la piedad de los pobres, yacía tendido Agosto, el hijo del duque de Romaña. Ofrecía su rostro la imagen de un tranquilo sueño; y las largas pestañas negras de sus ojos cerrados, su boca muda para siempre, revelaban la pureza de su vida sobre aquel pálido rostro, sobre aquella dormida frente.

—Vamos, Marina, ya el sol está bastante alto, y aun estamos lejos de la montaña... ¡Vamos, valor!

La Zingana, al concluir estas palabras, ayudóse de su báculo para ponerse en pié.

—Desde que me han quitado el báculo mágico, precioso regalo del Egipto, que me inició á mí, cristiana, hija de la Italia, en la ciencia de adivinar, no tengo ya fuerzas, y siento el peso de los años.

La madre desolada, no respondió, y permaneció inmóvil; entonces continuó la vieja:

—¡Yo era joven, muy joven! Dos hombres llegaron á la cabaña donde

habia nacido. El uno me dijo, mirándome con ternura: ¿quieres mi corazón? es tuyo; y llevaremos la vida de los felices de la tierra. Iremos á las ciudades en busca de placeres. El otro me dijo: ¿quieres mi corazón? es tuyo, y llevaremos la vida de los virtuosos de la tierra: permaneceremos en esta morada, para encontrar en ella la tranquilidad. Una voz secreta me dijo: hé ahí el bien, y he ahí el mal: elige. ¿Pero se sabe discernir, cuando se tiene un corazón que palpita, y ojos desvanecidos que miran sin ver? Para mí la vida no fué bien pronto mas que un arrepentimiento, ¡ay! ay! ¡el manantial de nuestras lágrimas se seca, y no mueren nuestros recuerdos!... ¡Vamos, Marina, levántate! Es preciso ponernos en camino: dos mugeres agoviadas por el dolor, no andan mucho con el peso que deben llevar...

Marina no oyó aun. Ocupada siempre con sus propios pesares, continuó la Zingana hablándose de nuevo á sí misma.

—¿Qué se quiere á esta edad que decide de la eternidad? Por que ahí comienza á hilarse en la rueca el estambre que es preciso continuar hilando hasta el fin.... Se quiere lo que brilla á los ojos, lo que lisongea la vanidad.... ¡Y bien, hija de la montaña; si el peso de tu pena es el cadáver de tu hijo, yo tambien llevo el mio! Bajo este grosero vestido oculto mas diamantes, mas perlas, mas rubies y zafiros que ostenta en un dia de fiesta la hija de Alejandro VI, ú otras damas de alta condicion: ¡si! ¡entre dos trapos no se reflejan los tesoros, no tientan á las inocentes doncellas, y yo no duermo jamás sin que estos pedruscos de tan alto valor y precio no rompan mis viejos huesos! Y si alargo mi mano á los señores que cabalgan, ó si ellos me alargan la suya para conocer lo que no tienen el buen juicio de querer ignorar, tengo lágrimas en los ojos: ¡perlas son tambien, empero, á las miradas de Dios! Y la burlona sonrisa que contrae mis labios, es una imprecacion para el oido de Satanás, y yo los desprecio.... porque soy mas rica que ellos; porque he arruinado á los que me han perdido.... y arrastro estas inútiles riquezas á la morada del pobre, ó al chirivital de los criados, ó bajo la colgadura de terciopelo del poderoso desdeñando cuanto veo. ¡Podria si quisiese, tener un palacio con colgaduras de terciopelo y criados que me sirviesen!.... ¡Podria cubrir de brillantes mis plateados cabellos, que fueron antes tan negros! ¡podria tener una litera que me llevase!.... Vamos, Marina, echemos sobre nuestras espaldas ese pobre niño que han muerto.

Llegaron estas palabras al corazón de la madre; levantóse sin decir una palabra, pero en su pensamiento dirigió á Dios su alma una elocuente oracion.

En tanto que caminaban, la Zingana continuaba su murmullo, y de distancia en distancia repetía cual un conjuro estas palabras pronunciadas lentamente con solemnidad:

—¡Que no haya un sepulcro para quien le ha herido!.... ¡Que su memoria sea maldita!.... ¡Que caiga si se eleva!.... ¡Que desaparezca su raza, y que Dios le devuelva en la eternidad todos cuantos dolores nos ha causado! ¡Amen!

Bien pronto vino á envolverlas una nube de polvo, é hirieron sus oídos el ruido de caballos.

—Detengámonos aun, replicó la vieja: dejemos pasar á esos caballeros.... los hombres que van en bandada están siempre dispuestos á cometer el mal, y delante de dos mugeres arrodilladas al lado de un muerto, inclinarán la cabeza y se santiguarán si no son malos creyentes.

Era una tropa de hombres armados. Relinchaban los caballos, y en medio de aquella escolta de honor, veíase una litera cerrada, con cortinas de gasa y de seda; mugeres, pages y caballeros, cabalgaban á su alrededor. De pronto oyóse un ruido terrible.

—¡Al diablo con el muerto! exclamó el gefe de la tropa. Las mugeres son supersticiosas, y la duquesa está ya demasiado melancólica....

Reinó de repente un gran tumulto entre las mugeres: detúvose la litera; la duquesa se hallaba desmayada.

—¡Al diablo con el muerto! volvió á decir de nuevo el gefe: vereis que todavía tendremos que quedarnos esta noche en Rímini.

Era Lucrecia: arrancada brutalmente de los brazos de Astorre, obedecía las órdenes de su hermano. Las lágrimas, los ruegos, no habían podido doblarle; y la política, el frío respeto que impone, las consideraciones del rango y del poder, cerraban aquella boca de amante: insensible, dejábase arrastrar, sus miradas se fijaban sobre el campo sin ver nada; su vago pensamiento no se detenía, no era bastante fuerte aun para sentir vivamente su desgracia. Empero al divisar en el camino el traje de la Zingana, salió de su languidez ¡ay! para reconocer el pálido rostro de Agosto en su mortaja. Ignorante de la suerte de aquel niño, su aspecto fué un golpe terrible. Penetró la verdad cual un relámpago por entre las nubes de su dolor, y los remordimientos la hicieron sentir su aguda y acerada punta.

Al volver en sí, la idea del crimen que ella había causado paralizó todos sus movimientos. Quiso ir á orar y llorar sobre el despojo mortal, pero volvió á caer sin fuerzas, y apenas pudo su boca dar la orden de que se aproximase la adivina.

—¡Señora! dijo la vieja en cuanto estuvo al lado de Lucrecia; ¡ved lo que han hecho de este hermoso niño! ¡Ved lo que ha sido de su pobre madre!.... ¿Qué crimen habia cometido?.... Por vos iba á un calabozo, mensajero de amor.... y la muerte fué el premio de su sacrificio.... Pero el sacrificio no tiene recompensa en esta vida, y la otra es eterna, ¿no es así, señora?

Lucrecia hizo una señal con la cabeza; gruesas lágrimas corrian de sus ojos. La Zingana prosiguió.

—¡Sois tambien muy desgraciada!.... He ahí que estais insensible y sin voz como la pobre madre.... Pero Dios prueba tambien las débiles criaturas; es preciso valor.... ¡Que su matador no halle sepulcro! ¡Que su memoria sea maldita!.... ¡Que caiga si se eleva!.... ¡Que desaparezca su raza!....

—¡Perdon! ¡Perdon! exclamó Lucrecia.

—¡Y que Dios le devuelva en la eternidad todos los dolores que nos ha causado! ¡Amen!

—¡Perdon! dijo la duquesa: ¡eres anciana y maldices!

—Agosto será vengado.

—Las maldiciones de los pobres que van á abandonar la tierra, son la herencia que dejan á los ricos.

—¡Dios mio! exclamó Lucrecia juntando las manos: ¡perdon! ¡perdóname!

—¿Por qué luchais así conmigo, señora? Vuestro rango sobre la tierra no será visto del juez de lo alto. El impulso del corazón es lo único que aprecia, y si maldigo es porque tengo razones para aborrecer.

—¡Dios mio! ¡Perdóname! repitió Lucrecia con mas fervor: ¡perdóname como nosotros perdonamos!

—No creia que esas palabras pudiesen salir jamás de boca de los poderosos de la tierra.... ¡Ah, señora! ¡veo que sois muy desgraciada: es un sentimiento generoso el que puede elevaros hasta perdonar!....

—Muger, responde, ¿dónde llevais así ese cadáver?

—A San Marino, señora, para que descansa tranquilo donde ha vivido irrepreensible; para que su tumba esté cerca de su cuna; para que su madre pueda allí orar á todas las horas del día.

—Muger, toma este oro para cambiarlo por una piedra, por una cruz, por una flor para el sepulcro de Agosto.

—¡No, no: nada de oro, señora, nada de oro! pero sí una oración y serán cumplidos vuestros deseos. El oro es Satanás: la oración es Dios.

Nada de oro para el sepulcro del pobre: es un metal que atrae al demonio, aun cuando tenga una forma sagrada.

—¡Una oracion, muger! ¡yo la haré! ¡Adios: consuela á la madre!

—¡Adios, señora! ¡Animo, hija de Alejandro VI!

Lucrecia corrió las cortinas de su litera, y la escolta se puso en marcha. Por su parte, las pobres mugeres caminaron con su preciosa carga, y al pie de la montaña, dos ciudadanos de ella, que por sus negocios habian ido á Rimini, las ayudaron en las piadosas funciones que iban á llenar.

Sobre el Titan tañia la campana, no lentamente como para un funeral, sino con el rápido movimiento que anunciaba una convocacion general de los ciudadanos. Hallábase llena la gran plaza de gente: los jóvenes mezclados con los ancianos, y al lado de los magistrados, bajo la bandera nacional, á cuyo alrededor se hallaba formado el clero con las vestiduras sacerdotales, veíase á Marino Giangi.

Cual en la mar agitada, todo era ruido y ondulaciones en la muchedumbre. Algunas mugeres de luto llegaban con sus familias, y por todas partes se les abria libre paso: inclinábanse delante de este grupo formado de las viudas, de los huérfanos y de los padres de los que habian perecido en la escursion guerrera dirigida contra Valentinois. La desgracia les daba un derecho escepcional en todas las ceremonias, como tambien el de ser declarados pensionistas del estado.

Veíase en todos los rostros las disposiciones mas favorables á la concordia y á la union. En fin, dada la señal para reclamar silencio, dejóse oir la voz del magistrado: dió una cuenta circunstanciada de la expedicion, cuyo mando habia sido confiado á Marino Giangi. Este contó sencillamente como habia sido conducido á la presencia del duque de Valentinois: y despues de un corto preámbulo, dió parte de las proposiciones que habian sido hechas por el señor de la Romaña en favor de su hijo Agosto, hijo adoptivo de los ciudadanos.

Esta noticia escitó desde luego una gran sorpresa. ¡Agosto, el hijo de Marina della Penna, hijo del duque de la Romaña! pero habiendo perdido la palabra un anciano, restablecióse inmediatamente el silencio y escucharon religiosamente este discurso.

—Ciudadanos, lo que acaban de proponer al Arringo, es una voluntad estrangera, una órden dictada por un conquistador. El señor que nos proponen ha nacido en esta montaña, es el educando de nuestras instituciones; pero es un señor y jamás nuestros antepasados quisieron reconocer dominacion alguna, ni aun la que se trataba de imponerles á

nombre de Dios, por orden del soberano pontífice. ¿Habremos degenerado de tal modo de esta sublime independencia á que nos habian elevado los siglos que no podamos trasmitirla á los que vengan despues de nosotros, pura y santa cual nos fué trasmitida? Libres eran los compañeros de Marino, cuando alrededor suyo se juntaron para escuchar la palabra sagrada, para seguir sus piadosos ejemplos, libres cual las águilas que se mecian en el aire sobre sus cabezas. Libres han permanecido de siglo en siglo, todos los habitantes de este respetado monte. Nosotros hemos dado hospitalidad á reyes, y los duques de Urbino nos han protegido. Siempre hemos vencido en la balanza de nuestras relaciones con los señores extranjeros. Pero el tiempo, es verdad, hizo nacer en las almas nuevas pasiones: descuidáronse las antiguas y saludables costumbres: y la juventud sin experiencia despreció los sábios consejos de la ancianidad. Los republicanos del Titan pudieron bien pronto juzgar por sí mismos lo que valia la palabra de un príncipe. Borgia ha subido sobre nuestra roca para sembrar en ella disturbios, para robarnos un niño que no le pertenecia aun. Ahora, ciudadanos, ese niño no os pertenece ya. Acaban de deciros, que su corazon, late siempre por la libertad y por la patria: ¿á qué esponernos sin motivo, sin necesidad, á lejanas traiciones? ¿A qué comprometer con un mal antecedente la independencia de la patria? Sabemos lo que ha producido en lo pasado la santidad de nuestras instituciones ¿sabemos acaso lo que producirá una innovacion que ataque su carácter sagrado? Pretenden que no podemos permanecer estacionarios, que es preciso marchar y salir de los estrechos limites que nos encierran como un rebaño. El rebaño, ciudadanos, tiene por pastor á su Dios: no se está encerrado en la altura en que estamos, no podemos caminar sin bajar. Y cuando se ha conseguido el objeto de las sociedades, cuando se posee la independencia y la felicidad, ¿á qué agitarse en el círculo que debe llevarnos siempre al mismo punto? Porque no tenemos necesidades, ¿somos acaso menos felices? Porque sabemos limitar nuestros deseos, ¿somos acaso pobres? Por que no tenemos influencia ninguna exterior, ¿estamos acaso sin seguridad?..... ¡No, no, nada de señores! Que Valentinois sea grande; pero que la república de San Marino permanezca virtuosa. El hijo de Alejandro VI desea plantar su bandera sobre la Guaita, eso no debe asombrar á nadie. El mismo ha visto nuestras virtudes y nuestro amor por nuestros amigos. Pero todos los pueblos, todos los siglos venideros con justicia se asombrarian de nuestra voluntaria sumision. ¡Un pueblo que ha sido libre, no puede obligarse á la esclavitud. ¿Por qué promesas, César Borgia, cuenta se-

ducirnos dándonos su hijo? Los desgraciados solos son los crédulos, los esclavos solos desean mudanzas; pero nosotros somos dichosos y libres, y dichosos porque somos libres. Que al ruego de Borgia irritado, el cielo nos ciegue, San Marino, entonces podrá odiar lo que hace su felicidad y desear lo que debe causar su pérdida; pero en tanto que veamos las calamidades que pesan sobre las señorías de la Italia y la tranquilidad que disfrutamos, debemos envanecernos y compadecerlos: debemos conservar las instituciones de la república cual lo mas sagrado que hay despues de Dios... Se nos amenaza con la guerra, ciudadanos; empero ¿habéis cesado de ser hombres libres para temerla? ¿Nos faltan brazos y valor? La montaña ¿no está sobre la llanura? La cruz del Salvador, ¿no domina ya en la montaña? ¡La guerra antes que un Señor! Con la guerra hay probabilidad de victoria; con un señor no hay impulso para la libertad...

Un sordo y prolongado murmullo interrumpió al anciano; pero como no podia comprender el sentido de él redoblando sus esfuerzos, prosiguió:

—Yo sé como vosotros todas las garantías que pueden dar el caracter de Agosto: es hijo nuestro; empero que venga en medio de nosotros como ciudadano y no como gefe impuesto por el duque de la Romaña, y nosotros le veremos con alegría y con el tiempo podremos decretarle una recompensa si la merece. Aquí el derecho de mandar á nombre de la ley, no se adquiere sino por la obediencia á la ley.

Aplausos casi unánimes cubrieron la voz del orador. Entonces salió un jóven de las filas y reclamó silencio; pero cuando iba á hablar, oyóse un grito, un grito de horror que se comunicaba de unos en otros, y se vió adelantarse lentamente á Marina, á su anciana compañera y á los ciudadanos que conducian el despojo de Agosto.

—¡Lo han muerto! decia la Zingana.

—¿Y cuál era su crimen? preguntaban.

—¿Qué crimen puede haber cometido un niño, un ciudadano del Títan? respondia ésta.

—¡Venganza! ¡venganza! gritaron de todas partes.

Llegados bajo la bandera, depositaron allí el muerto. La Zingana tomó la palabra, y mostrando á Marina, dijo:

—¡Respetad el dolor de una madre! ¡Ciudadanos, vuestro amigo amaba la libertad, vuestro hermano! ¡Y lo han muerto!

—¡Venganza! ¡venganza! repitieron.

Entonces Marina arrodillada, soltó la helada mano que besaba, y se levanto imponente.

—¡No, no, dijo: nada de venganza, sino una oracion y un perdon: Dios solo es el juez!

Produjeron estas palabras sobre la asamblea un efecto mágico. De repente, las campanas doblaron con fúnebre tañido, descubriéronse todas las cabezas y con piadoso recogimiento aquella poblacion entera repitió mentalmente la oracion de los muertos, que el clero recitó. Despues, los magistrados disolvieron la asamblea ó Arringo. Podíase sobre la montaña aplazar una cuestion política para interesarse en una desgracia privada. Ademas, la muerte del jóven lo dejaba todo en suspenso. Maquiavelo hubiera tal vez dicho en estas circunstancias: la muerte es del partido de los pueblos, porque los pueblos no mueren nunca, y los que son llamados á reinar sobre ellos tienen sus dias contados.

A la mañana siguiente, al amanecer, comenzaron en la iglesia los cantos fúnebres. Habíase abierto cerca del sepulcro de los ciudadanos muertos por la patria, la sepultura del hijo de Marina. Hallábase abierto su atahud, y veíase en él el vestido de oro que habian hallado sobre él. Los magistrados llegaron á la cabeza del pueblo. Mudo era el dolor, nadie osaba gemir y llorar: antes de cerrar para siempre su sepulcro, un anciano hizo oír algunas palabras á nombre de sus conciudadanos, despues la Zingana arrojando flores, pronunció lentamente su conjuro. Acabábalo apenas cuando se presentó una muger estrangera sostenida por otras dos mugeres: sus cabellos en desórden cubrian enteramente su rostro; sus pies descalzos hallábanse énsangrentados, su saco de grosero paño estaba ceñido alrededor de su cintura con una cuerda. Besó el velo de Marina é insensible á cuanto pasaba á su alrededor, oró con fervor, y se alejó en seguida, sin que se hubiese sabido quién era, sin que se tratase de saberlo.

La Zingana no abandonó ya mas la montaña. Marina ofreció un ejemplo de longevidad rara en aquel clima. Tenia mas de cien años cuando la llevaban aun al sepulcro de Agosto. El duque de la Romaña, dicen los historiadores, hizo perecer al conde Astorre en el castillo de Sant-Angelo; pero Voltaire es el único que esplica las razones. Voltaire para destruirlo todo, creía que todo le era permitido. Hoy pensamos que las verdades útiles son las únicas que deben presentarse desnudas.

Traducido por DON JOSE MUÑOZ Y GAVIRIA.

EXPOSICION UNIVERSAL DE PARIS DE 1855.

CARTA VII.

Señor don José Amador de los Rios. Mi siempre querido amigo: constándome sobradamente que su cualidad de académico no le hace estar mal con nuestros antiguos refranes, principiare con uno, esta mi carta, última de las referentes á la esposicion universal. *El hombre propone y Dios dispone*. Todo lo que estas palabras tienen de consoladoras, cristianamente hablando, me es necesario hoy para aminorar el sentimiento que experimento al tener que sacrificar el propósito de darle detenida cuenta de los mas notables adelantos que la esposicion universal demuestra en la industria y en las artes. Por mil circunstancias que á nuestra vista le diré, tengo que precipitar mi viage, de modo, que el tiempo se me hace estremadamente corto, y para no sacrificar del todo mi plan, no pudiendo remitirle un estudio, mas ó menos acertado, tengo que contentarme con trascribirle los breves apuntes que he podido tomar y que debian servir para cumplir lo prometido; anudo, pues, el hilo de la narracion de mi anterior, y ya que hemos podido recorrer la parte española del *Palacio de la industria*, contentémonos, haciendo lo mismo con la de la *Galería anexa*.

Ya indiqué á vd. cuán poco habia que esperar de la colocacion y aspecto

exterior de los objetos contenidos en este local. La malhadada cuestion, sobre ensanche de terreno, fué precisamente aqui, de modo que aunque nuestros buenos hermanos de Portugal, nos hicieron el favor de terminarla, cediéndonos su parte de galería alta, de la que necesitaban muy poco, con todo; la precipitacion presidió á casi todas las operaciones necesarias para aprovecharla y ¡es tan mala la precipitacion cuando no hay dinero para cubrir sus faltas con algun dorado barniz! pero... ¡oro y barniz!... Dios lo dé! Polvo y manchas si se quiere, que no podia menos de haberlas, tratándose de aceite y carbon, y faltas de ortografia en las notas y rótulos, lo cual era tambien preciso, cuando tanto catalan se oía hablar por todos lados: pero estos lunares, que al fin lo son, tal vez lleguen á redundar en beneficio, sinó de los espositores, pues de seguro no estarán contentos, al menos del país que tan parco ha estado al enviar sus muestras al gran teatro de la competencia y que así oculta algo su pobreza.

Dos órdenes de cosas echa de menos cualquiera que conozca á España, sus productos y el estado de su industria, en la Galeria anexa. En primer lugar la falta de maquinaria y herramientas; en segundo la de los vinos y frutos de las provincias meridionales, que son precisamente las que mas contribuyen al gran renombre de que el país goza en esta materia. La primera, ha sido atribuida, quizá con alguna razon, al carácter particular de nuestra naciente industria que necesita servirse de instrumentos estraños: yo sin embargo encuentro otro motivo mas plausible y que dice algo mas en favor de nuestros industriales y es que reconociendo, modestamente, su inferioridad, no pretenden luchar en ese terreno, sin embargo de que su fabricacion está, hasta cierto punto, á la altura de sus necesidades. Para apoyar esta opinion solo recordaré á Vd. el número y la importancia, respetable por cierto, de los establecimientos de fundicion y maquinaria que hoy cuenta España; añadiendo que todo lo que se encuentra en este género es un cañon de la fábrica de Truvia que, por cierto, atrae las miradas y provoca los elogios de los inteligentes; pero ni una máquina de vapor, ni una gran pieza de fundicion se deben á la industria particular que, sin embargo, como, con razon, hace observar un entendido crítico francés, está suministrando la magnífica entubacion que requiere la grande obra para llevar á Madrid las aguas del Lozoya y da en Barcelona y otros puntos, no ya solamente máquinas á precios favorables para los barcos, sino tambien locomotoras para los ferro-carriles. La segunda, es decir, la falta de los productos de las provincias de Valencia, Murcia y Andalucía, se explica

tambien suficientemente, por la epidemia y la revolucion que han debido hacer sentir mas su influjo, relativamente á la esposicion, en aquellas localidades cuyas comunicaciones son mas dificiles con el vecino imperio.

Ya que incidentalmente he principiado citando la esposicion del Gobierno, y supuesto, tambien, que es lo mas notable que en este local figura, continuaré con ella, diciéndole á Vd., desde luego, que en esta parte, nuestros funcionarios son acreedores á los mayores elogios y nuestros cuerpos facultativos justifican sobradamente la preferencia con que, hace algun tiempo, se les mira: procediendo por antigüedad principiaremos por el de artilleria. La fábrica y fundicion de Truvia que este sirve y dirige, se ostenta, por sus productos, digna émula de las mas acreditadas del extranjero; recorriendo toda la escala de tan importante y dificil fabricacion, principia esponiendo mineral de hierro calcáreo, hierros fundidos, escorias de altos-hornos, ullas y cok, barros y ladrillos refractarios, y terminan con el mencionado cañon que es de á 32, aceros, herramientas de todas clases, una máquina para hacer balas para las carabinas rayadas y un hipo-celómetro. Como prueba de la facilidad y acierto con que funden el hierro, presentan dos retratos en bustos parecidisimos de SS. MM. la reina y el rey. Todos estos objetos son dignos de elogio, los unos por la inteligencia que ha presidido á su eleccion, los otros por el ingenio de sus mecanismos y lo perfecto de su acabado; ¡lástima que no haya habido tambien artilleros para dirigir su colocacion, formando algun bonito trofeo, como se ha hecho con sus similares los franceses! pero ¿á qué insistir en las faltas de colocacion? confio en que, á pesar de ellas, la ilustracion del jurado sabrá dar en la clasificacion relativa de los productos mejor lugar á los de la fábrica de Truvia que el que tienen en la *Galeria anexa*. Del cuerpo de artilleria tambien se encuentran algunas muestras de mineral de azufre y azufre estraido de él procedentes de las cercanias de Albacete.

Los inspectores de minas de Madrid y de Murcia, han presentado, el primero muestras de magnesita, y el segundo de traquita utilizable para la fabricacion del alumbre: ambos productos son admirados por los inteligentes y hacen honor cuando menos, á la solicitud de los dichos ingenieros.

Una de las cosas mas notables que hay en toda la esposicion, apesar de su humilde aspecto, es nuestra coleccion de maderas de construccion. Seguramente hay otras de diferentes paises, que ofrecen mayor lucimiento, por la magnitud y el pulimento dado á las muestras, y la del

Canadá, en particular, se puede decir que es deslumbradora en su género; pero ninguna se encuentra presentada tan científicamente, permítaseme la expresión. La serie de muestras sacada de los bosques de la corona, enriquecida y completada con las de los de Alicante, Córdoba y Villaviciosa, se presenta clasificada rigurosamente, según el sistema de Linneo, y con una inteligencia que nada deja que desear, pues hace comprender al observador con una sola mirada, todo cuanto puede importarle en la materia; los trozos de tronco, cortados transversalmente, para poner en evidencia las diferentes capas y la calidad de la fibra, tienen después una cala vertical que permite apreciar el veteado y demás cualidades: revestidos además de su corteza, se reconoce mejor cada especie, por muestras de las hojas y aun de las flores y de los frutos, que justifican la clasificación anotada en una tarjeta: una colección de instrumentos del arte, acompaña y adorna esta exposición.

Los ingenieros de minas de Zamora, de Almería, de Linares y de Riotinto, presentan preciosas muestras: el primero, de minerales ferruginosos y de hierro extraído de ellos por conversión directa; los demás, ejemplares variados y ricos de minerales de plomo y cobre, y de ambos metales extraídos: el de Hiedelacina, ofrece minerales de plata, y productos varios metalúrgicos; el de Valencia, presenta muestras de cal hidráulica del mejor aspecto y cuyas propiedades apreciará sin duda el jurado; también el ya citado de Zamora, ofrece barro refractario para altos hornos, de excelente calidad.

Para terminar digna y brillantemente lo que se refiere al gobierno español, me tomaré la libertad de citar á nuestra augusta Soberana, en cuyo nombre se presentan magníficas muestras de fina lana, procedente de los ganados del real patrimonio, que dan buen testimonio de la solícitud con que mira este importante ramo de producción, y nos hace esperar que con las envidiables condiciones de nuestro clima, y con tan alta protección, volverán nuestras lanas á adquirir la supremacía que, tanto por su abundancia como por su calidad, han gozado, durante tanto tiempo, en todos los mercados del mundo.

Como es natural, la exposición de los particulares en la parte española de la *anexa*, es rica, principalmente en productos agrícolas y en materias primeras: una sola máquina me dijeron había, y no me ha sido posible verla; pero sobre todo, las sociedades mineras han hecho gala de una actividad, que debería elogiarse sin restricciones, si no se advirtiese tal vez, alguna segunda intención en su afán de figurar. Solamente de ulla, he podido contar hasta ciento veinte muestras de todas clases

y calidades, alguna de las cuales da excelente cok, aplicable á las operaciones de la metalúrgia; en parecida proporcion, hay minerales de hierro, cobre, plomo, zinc, manganeso, plata y mercurio. Yo preguntaría ¿están en explotacion las minas todas, cuyos productos he visto alli? Mucho lo dudo; por lo demas la presentacion, hecha con tino é inteligencia, da una gran idea, no solamente de nuestra riqueza mineral, sino de lo que es mejor y mas positivo, de nuestros adelantos en el conocimiento de la ciencia y de los procedimientos de explotacion.

Los cereales que he encontrado, y que se deben en su mayor parte á las autoridades municipales de varios pueblos, en cumplimiento sin duda, de los mandatos del gobierno, no corresponden ni por su aspecto, ni por su variedad, á la riqueza bien conocida de nuestra produccion en este ramo: ignoro cuales serán sus condiciones de peso, y si merecerán, despues de probados y vista su aptitud á la panificacion, mas elogios de los que hoy se atraen, pero desde luego puedo asegurar, que se echa de menos al examinarlos, en primer lugar, las muestras de ese trigo racimal que tanto se propaga hoy en Andalucía, y que tan bien se multiplica; en segundo, una indicacion que acompañe á cada muestra, como las que se ven en los productos coloniales franceses, donde se viera el número de medidas, de producto, que se obtiene por cada igual de sembradura, cosa que debe tenerse muy en cuenta, al par que la calidad para juzgar del estado del cultivo en un pais, y esto es lo que aqui debe atenderse y premiarse. Debo hacer, tratando de cereales, una especial mencion del Instituto agrícola catalan, que presenta los suyos con un cuidado especial: igual distincion merece por su coleccion de frutos; las harinas y almidones siguen, naturalmente, la suerte de los granos de donde proceden.

Los caldos, vinos, aceites, etc., están aun mas pobremente representados que los cereales. Unicamente las provincias catalanas puede decirse que han acudido al concurso; pero los malos envases dan á su exposicion tal aspecto de pobreza y confusion, que seguramente nadie diria al verla que aquello representaba la produccion del pais mas vinífero del mundo. Como le digo á vd., casi no se ven mas que vinos catalanes, y aun cuando por el catálogo se sabe que existe alguna que otra muestra de otras localidades, se las ha colocado detrás de aquellas, de modo que es inútil buscarlas; únicamente he podido ver una de nuestro celebrado vino de Málaga, que se debe al señor Rubio de Velazquez: y ciertamente que este señor es digno de elogio en doble concepto: primeramente por su patriotismo y noble anhelo, gracias al cual mi provincia no pasará

desapercibida en tan notable ocasion: en segundo lugar, por su oportunidad en presentar una muestra de ese vino blanco, color de topacio, claro y trasparente como la mas fina de esta clase de piedra, puro y sin mezcla de ningun género, que tanto por estas cualidades, como por su fuerza, su gusto especial y su exquisito aroma, es el que verdaderamente está destinado, en un porvenir cercano, á levantar la reputacion de los vinos malagueños á la altura que tuvieron hasta hace poco, y de la que han principiado á decaer por los malos métodos de confeccion. Nada quiero decir á vd. de los frutos; los pocos higos y uvas que han sido enviados han llegado en tan deplorable estado, que con razon los han puesto un tanto apartados de la vista; únicamente se ven con buen aspecto algunas muestras de aceitunas de Sevilla, que por su tamaño hacen detener á los transeuntes para admirarlas; y una caja de pasas de Málaga de la clase moscatel, que presenta la casa de don Eduardo Hue-lin, y que, como todas las que llevan esta acreditada marca, son de una calidad inmejorable y de hermosísima vista.

Los demas productos naturales que alli se encuentran, habas, habichuelas, altramuces, rubia, colza, higos chumbos, etc., etc., sirven para dar una idea de la infinita variedad de nuestras producciones agrícolas, y de la maravillosa aptitud de nuestro suelo para suministrar toda clase de semillas.

La parte industrial de la exposicion española de la anexa es tambien bastante escasa en su representacion. Una escepcion merecen, sin embargo, los productos químicos, cuya importancia es grande por su número y calidad; tratándose, por ejemplo, de velas esteáricas, las tenemos de Sevilla, de Hernani, de Berlanga y de Barcelona; con mas, de tres distintas fábricas de Madrid. De estas últimas, la de Perla, es mas notable que ninguna otra, por la variedad de productos semejantes que ofrece, como son, bugías de la Estrella, fabricadas por saponificacion, otras de la Aurora, obtenidas por destilacion; materias vegetales destiladas, velas vegetales obtenidas por la misma destilacion; bugías y cirios de cera vegetal ó stearina de aceite de palma, fabricadas del mismo modo, ácido esteárico; jabones de la Estrella, hechos al vapor; jabones de oleina de palma y de oleina de aceite, y otros: ademas, como muestra de la importancia de este establecimiento, que fabrica tambien los elementos con que trabaja, presenta ácidos sulfúrico y azótico, de diferentes concentraciones.

La *Sociedad manchega industrial de Madrid*, concurre con sulfato de sosa, sacado, ya del sulfato de magnesia, ya de la sal comun; tam-

bien presenta sulfato de magnesia purificado, ácido azótico, ácido muriático y las materias primeras que sirven para la estraccion de estos productos. Tambien los presentan muy variados los señores Cros, de Barcelona, Lopez Prebe, de Sevilla, la sociedad *Purísima Concepcion*, de Murcia, y finalmente, los señores Urgelles y Viñas, tambien de Barcelona.

En jabones, los he visto muy buenos de Alvarez, hijo, y Pinillos, de la Coruña, Jimenez, de Sevilla, Lizarbe, de Berlanga, y Gerar y Germain, de Barcelona; estos últimos fabricantes abrazan tambien el ramo de perfumería: asimismo tenemos muestras, aunque ya mas inferiores, de papel, de objetos de goma y de cueros; á propósito de estos últimos, debo hacer especial mencion de dos fabricantes, á saber: el señor Vidal, de Barcelona, que presenta pieles de vaca y ternero charoladas para capotas de carruages y para calzado, de mucha solidez y lucimiento; pero sobre todo de don Salvador Roig, de Madrid, que ostenta en un aparador particular, una coleccion de tafiletes de todos colores de un aspecto que encanta. Es imposible pasar y no detenerse ante aquellas pieles que ofrecen todos los colores, desde los mas vivos hasta los mas delicados, comprendiendo todas las transiciones y matices, cuyo brillo y grano son tan notables y forman pliegues tan especiales, que hacen comprender desde luego una superioridad en tinte y curtido, muy marcada sobre todos los productos semejantes que alli he visto; posteriormente he sabido que el señor Roig fué premiado en la Exposicion de Lóndres.

De los demas ramos de industria me queda muy poco que decir; lo mas notable me parece ser un reloj de iglesia y unos aparatos para telegrafía eléctrica que presenta don T. de Miguel, de Madrid; pero hay tambien, de Barcelona, una máquina de telar y cardadores para las mismas de bastante mérito; asimismo y de la dicha ciudad, hay algunos buenos anteojos, pesos y balanzas modernos, contadores de gas, bronce de adorno y alguno que otro objeto de fundicion.

He terminado la enumeracion que me propuse hacer á vd. de lo mas notable que presenta la exposicion española en la *anexa*. Aqui, lo mismo que en el Palacio de la industria, falta una representacion, siquiera aproximada, de lo que es la produccion y la industria española en los ramos designados; pero sin embargo, tal como está, lo que hay, basta para comprender que nuestros adelantos industriales marchan hoy á paso de gigante. La actividad é inteligencia de nuestros cuerpos facultativos, la pefrerencia con que se ven tratadas ciertas materias, el gran desarrollo de

la fabricacion de productos químicos, etc., son todas señales inequívocas del grande ensanche á que propende nuestra industria y de lo brillante y sólido de un porvenir que descansa en tan estensa base; y si bien se consideran las circunstancias porque hemos atravesado mientras se preparaba la esposicion, con una revolucion reciente, con un cambio completo en el personal de los empleados y con un desquiciamiento general en la administracion de las provincias; si se piensa que lejos de verse invitados, como en Francia, los espositores españoles han encontrado obstáculos de toda clase para la remision de sus productos, sin medios de transporte, sin garantías, sin instrucciones de lo que les convenia hacer, é impresionados al mismo tiempo por una terrible epidemia que casi simultáneamente tenia invadidos todos los grandes centros industriales, no se podrá menos de admirar la conducta de los que han tenido suficiente teson, mas diré, bastante patriotismo para presentarse sin esperanzas de triunfo en el campo de batalla, únicamente por el honor del pabellon y para tener el derecho de volver á presentarse en otra igual solemnidad cuando las circunstancias sean mejores para probar fortuna.

Nada he dicho á Vd. de nuestras colonias por su escasa produccion industrial. Lo poco que de ellas figura se debe á la solicitud del gobierno: asi es, que la presentación se ha hecho á nombre de las comisiones provinciales de la Habana y Puerto Rico. Como es natural, el tabaco es entre todo, lo que mas llama la atencion, tanto por la calidad, como por la buena elaboracion, y no tendrá vd. dificultad alguna en creer, que la superioridad, en absoluto, de estos productos es incontestable: lo mismo, casi se puede decir de los azúcares que presentan un envidiable aspecto; hay ademas muy buenas muestras de café, y lo que es mas, de excelente cacao de Puerto-Rico; vense, en fin, ademas de una buena coleccion de maderas finas para muebles, algunas curiosidades ú objetos raros, fabricados por los indigenas, como son: una silla de montar con sus correspondientes arreos, todo de palma, de Puerto-Rico y una gorra blanca de crin hecha en la Habana, cuyo tegido es de un trabajo admirable.

Creo dije á vd. pensaba darle alguna idea especial de la esposicion de nuestros vecinos de Portugal, que apesar de antiguas prevenciones bien amortiguadas hoy, gracias á Dios, (y que siempre han sido mas parecidas á quisquillas de hermanos que á verdaderos rencores), debe inspirar gran interés á todo buen español. Como quiera que, lo mismo en el mapa que en la historia, nos encontramos siempre juntos, no me

pareció sino muy natural ver sus productos al lado de los nuestros en el Palacio de la industria, lo mismo que en la *anexa*; escuso repetirle, que apenas podré dar á vd. de ellos una rápida enumeracion, como es lo que voy haciendo en todas estas cartas.

En el Palacio de la industria, la esposicion portuguesa se encuentra como dije, al lado de la nuestra; pero mucho mejor colocada, asi bajo el punto de vista del arreglo de los objetos como por el buen gusto y el tino con que están contruidos y adornados los aparadores. Lo primero que en ellos llama la atencion son las porcelanas ó chinas opacas de la fábrica de los señores Ferreira Pinto-Basto, en Vista Alegre cerca de Aveyro: de ella, se presentan piezas en todo género tanto para el uso diario de las casas, como para el adorno, ya en liso, ya con preciosos dibujos y colores; de un lado y otro de ellas se ven otras de trasparente cristal, notables ademas por la elegancia de sus formas; un poco mas allá se recrea la vista en una coleccion de figuritas de filigrana de plata, perfectamente trabajadas, y que representan en su mayor parte trages y costumbres populares.

De Evora han enviado multitud de muestras de maderas de lujo y de construccion, que creo gozan de justo renombre; rivalizan con ellas otras no menos preciosas enviadas por el señor Pareira Loulé, y para construcciones marítimas completan la coleccion, las llegadas á nombre del arsenal de Alentejo, entre las que, se cuentan, segun tengo entendido, muchas que provienen de las numerosas colonias que aun posee el Portugal, en Africa y en la India Portuguesa.

Como producto natural é industrial á la vez, presentan nuestros vecinos oro laminado de diferentes colores, cuyo aspecto deslumbrador fascina á mas de un codicioso que dificilmente calcularia, por su aspecto, el escaso valor real de tal materia, y como contraposicion figuran á su lado muestras de oscura piedra que lo tienen, quizá inmenso en un porvenir cercano; hablo de algunas muestras de excelente piedra litográfica, procedentes de una cantera descubierta en Coimbra en 1844 y que podria, si se esplotase convenientemente, libertarnos de la dura precision en que hoy estamos, de proveernos de tan precioso artículo en algunos de los mas apartados confines de Alemania. Tambien es muy notable la rica y variada coleccion de mármoles que presentan con el necesario pulimento para hacerlos lucir, entre las cuales he podido admirar el famoso amarillo de Siena que alli únicamente se encuentra hoy.

Los paños de Portugal, sino se presentan muy notables por su tinte

y finura (habiéndolos, sin embargo, muy buenos) lo son, en extremo, por su baratura, que no es menos importante; lo hay hasta de á 8 reales vara que es el que sirve para el ejército y lo digo, porque diariamente tenemos ocasion de ver soldados portugueses y sabemos, que sus casacas no parecen inferiores á las de los militares de otros paises.

Como efectos de lujo, he podido ver calzado de señora en extremo variado y de suma elegancia en su forma: un poco mas allá piezas de encaje de hilo de la clase *Valenciennes* perfectamente trabajado y de precioso dibujo: tambien hay lindisimas flores contrahechas, que cuesta trabajo distinguir de las naturales; y en clase de objetos de adorno, trabajos en paja, corcho y médula ó corazon de higuera, de un efecto agradable y sorprendente, por lo nuevo.

Finalmente y para terminar con lo que en el Palacio de la industria se encuentra, hay que notar algunas piezas de alfarería comun de un señor Damazio que son sumamente ligeras y de muy poco precio; sillas y arreos para caballo de muy buena forma y esmerado trabajo, algunos regulares instrumentos quirúrgicos, y en joyería, piedras perfectamente engastadas por un señor Ribeiro.

En la *anexa* tienen los portugueses muestras bien presentadas de sus productos naturales, que son casi como los nuestros, de las que podrá Vd. formar idea diciéndole, que solamente en vinos y aceite presentan sesenta y cinco muestras de los primeros y sesenta del segundo. Pero lo que hace sumamente curiosa esta esposicion, son los productos de las numerosas colonias portuguesas que aun se sostienen en las regiones mas apartadas del globo, como son: los de Macao, en China; los de Solor y Timor, en la Oceanía; los de Goa y Damao, en la India; los de las islas del Cabo Verde, los de Santo Tomé y Príncipe, en el golfo de Guinea; los de Mozambique, Angola y Bengala, en Africa, etc., sin contar Madera y las Azores: el cuidado especial que el gobierno portugués ha tenido para el mejor lucimiento de su esposicion resalta en la presentacion de tan variados y raros productos, entre los que solamente le citaré las muestras del agave ó seda vegetal y las del cebo tambien vegetal de Mafarra, sustancias ambas, que la opinion general considera como de gran porvenir para la industria.

Ya que me he permitido esta pequeña correría fuera de nuestro territorio, séame licito prolongarla hasta la América española, que no debe merecer menos nuestras simpatias que Portugal. No nos intimide, para ello la distancia, que en toda ocasion la cabeza sigue facilmente lo

que el corazon aficiona y esa raza española que anima nuestra misma sangre, que tiene nuestras mismas cualidades y cuyas familias llevan en su mayor parte, nombres escritos en nuestra historia con gloriosa aureola, los cuales son la mejor respuesta que podemos dar hoy á ese brutal sarcasmo con que las naciones preponderantes en Europa nos acusan de incapacidad, esa raza, repito, no puede nunca sernos indiferente.

De todas las potencias de la América Meridional, la república mejicana es la que primero ha traído sus productos á la esposicion: tal diligencia en medio de los horrores de la guerra civil, ha debido sorprender á todo el mundo y mucho mas cuando ha podido apreciarse la naturaleza de las cosas que presenta.

La seccion de minas, es naturalmente lo mas importante que entre ellas se ve; pero es tambien lo mejor que hay en su género en toda la esposicion. Solamente la coleccion mineralógica perfectamente clasificada que, por la escuela de minas de Méjico, presenta don Joaquin Velazquez de Leon, contiene cuarenta y tantas especies diversas de minerales, seguramente los mas ricos y curiosos del globo, ya en metales como en plata, oro, cobre, mercurio, zink, manganeso, hierro, plomo y estaño; ya en piedras preciosas como topacio, granate, kaolin, ágata, malaquita y otras; ademas de esta coleccion hay otras de varios departamentos, como son los de Veracruz, Puebla, Guanajuato, etc., ricas por sus mármoles y por alabastro de singular belleza. A estas siguen otras de maderas, entre las cuales hay una que cuenta doscientas doce especies, ya sean para construccion, ya para muebles ó ebanistería y muchas en fin, de propiedades olorosas y tintoreras.

Despues de estos productos, hay otros muchos no menos notables por su valor, que por su calidad y abundancia. Todo lo que en Europa conocemos con el nombre de géneros coloniales, café, cacao, azúcar, especias de toda clase, etc., se encuentra representado de un modo importante; ademas hay hermosas muestras de añil de varias clases, de algodón y de tabaco: esto es lo que recuerdo como lo mas digno de mencion en cuanto á materias primeras, y por lo que respecta á la industria, si bien nada hay que pueda sorprendernos, debe sin embargo advertirse, que las muestras de tejidos de hilo, algodón y lana, así como sus papeles, sus cueros curtidos, sus lozas y chinas opacas, sus calzados y muebles, denotan un adelanto en toda clase de fabricacion que, á muy poco que se viera favorecido por las circunstancias, podria bastar para el consumo del pais; y si se atiende á objetos de lujo, el landó de cere nonia,

presentado por el señor Vilson de Méjico, sostiene dignamente la competencia con la brillante carruagería francesa, entre la cual se encuentra colocado. Son dignas en fin, de especial atencion, ciertas industrias particulares del país, en las cuales no tienen que temer competencia alguna: tales son el modelado en cera, con la cual hacen de tiempo inmemorial los mejicanos, figurillas representando costumbres populares y aun personajes idílicos, que ofrecen una verdad y animacion extraordinarias. La comision ha tenido la buena idea de aprovechar la habilidad de los artistas que las hacen, para presentar una multitud de facximiles de las diferentes frutas, propias de aquel suelo, y que son poco conocidas en el nuestro. En el mismo caso se encuentran esos mantones de seda de un tejido particular que ignoro por qué, son de extraordinaria duracion y hacen graciosísimos pliegues; se conocen con el nombre de paños de rebozo y visten admirablemente. Lo mismo, en fin, debo decir de las sillas de caballo, arreos y guarniciones, hechos principalmente en cueros superiormente curtidos y admirablemente labrados. En suma, puede asegurarse que la esposicion mejicana es bastante completa y muy superior á cuanto de ella se habia dicho y se esperaba.

Los demas paises hispano-americanos, han sido menos diligentes que Méjico. Nada he encontrado de Chile, cosa estraña, sabiéndose el estado de prosperidad y adelanto que disfruta esta república; nada tampoco de Bolivia ni del Perú. La Nueva-Granada figura con algunos productos de valor, como son nácar, concha, carey, y diferentes clases de café, quina y vainilla; tambien presenta algunos productos minerales, aunque de escasa importancia; en cuanto á la fabricacion, únicamente figura en sombreros de jipi-japa ó Panamá, sobre los cuales básteme decirle que han sido considerados superiores á su reputacion y á su elevado precio. Los mismos ó semejantes productos presenta el Paraguay, aunque en menor escala. En cuanto á Buenos Aires, solamente ha enviado una regular coleccion mineralógica.

Tal es en globo el contingente de la esposicion hispano-americana, cuyo aspecto general, poco brillante para el gran valor de los objetos, da como una última idea de esa civilizacion española, dislocada por el torrente de las nuevas ideas y por los apóstoles anglo-sajones de otra civilizacion que, podrá estar mas de moda, lo concedo, pero que hasta ahora no es más grande.

He terminado la ligera descripcion que le prometí, amigo mio, y ahora debí acremplender con el estudio; ya le he indicado las circuns-

tancias que me impiden hacerlo, ¿y quién sabe si tampoco alcanzarían mis fuerzas para ello? Me limitaré pues, á consignar en su obsequio, ya al terminar, alguna de esas impresiones de bulto, que todo el mundo ha experimentado al ver la esposicion.

En primer lugar, ella en sí, es un inmenso adelanto. Hubiera podido temerse despues de la de Londres, que no siempre los productores se encontrasen dispuestos á concurrir, que el disgusto y la envidia de los no premiados, les hiciese reacios para encontrarse de nuevo en el gran campo de la competencia. Nada de eso: la mayor parte de los concurrentes á Londres, se han visto en París acompañados de otros muchos nuevos espositores, y algunos he visto que, con toda confianza se han dado cita al separarse, para dentro de cinco años en Viena ó donde se les llame.

Es evidente, que si se logra hacer periódicas estas magnificas reuniones, la economía política y la humanidad, habrán dado un paso inmenso; ya no será con cálculos é hipótesis como se juzgará la produccion de cada pueblo y la aptitud particular de sus habitantes, sino tocando y comparando sus obras; y esto conseguido, animados los gobiernos con ese espíritu de paz que mas clama mientras mas se prolonga la actual funesta lucha, será sumamente fácil llegar á entenderse, para ese soñado arreglo de produccion tan conveniente y provechoso para todos, nivelando por decirlo así cada quinquenio la prosperidad de las naciones.

Una cuestion, la mas vital de todas, ha querido abordar la comision imperial, é ignoro si obtendrá algun éxito: hablo de la satisfaccion en las primeras necesidades del hombre, haciéndole mas fácil la obtencion de lo que para ellas se requiere. Por una disposicion reciente, se ha mandado habilitar una galeria, aparte, donde puedan competir *en baratura* los objetos mas necesarios para la vida. La galeria se ha visto concurrida, en efecto, con telas de todas clases: los paños principalmente han sido puestos en evidencia, habiéndolos, alemanes, ingleses, franceses y suizos que varian entre los precios de 3, 7 y 10 francos. Con razon, sin embargo, dudan algunos de la verdad de estos precios, que puede ser desfigurada por el calor de la competencia; así es que, hasta hoy, la voz pública, á quien distingue, es á un fabricante inglés que por 10 francos proporciona un vestido completo, no de paño, sino de una especie de pana suave, de abrigo y de duracion, demostrando, al mismo tiempo, que hace ya mucho, suministra dichos trages á corporaciones enteras de obreros que los encuentran muy de su gusto. Nada diré de los

tejidos de algodón para ropa interior cuyo bajo precio á nadie admira ya.

Pero si en ropa puede decirse que el pobre ha ganado mucho en estos últimos tiempos, no sucede lo mismo con la alimentacion. Las conservas de carnes saladas que alli he visto del Canadá y la América del Norte, es muy poco lo que pueden mejorar, por su precio, la suerte de nuestros pobres de Europa; sin embargo, cuando se piensa en la fabulosa produccion animal de algunas apartadas regiones como Buenos Aires por ejemplo, se siente renacer la esperanza de que muy pronto, mejorándose aun más los medios de trasporte, pueda verse una competencia que como la de ropas hoy, garantice mañana la subsistencia del hombre poco favorecido por la fortuna.

Por eso considero que el gran adelanto de nuestro siglo está principalmente representado en la Galería anexa. Le veo sobre todo en esa enorme locomotora que, con poco mas combustible que el que otras consumen, promete andar sesenta legüas por hora; le veo tambien en esas hélices colosales que pronto darán impulso y harán fácil el movimiento de barcos que, cargando treinta mil toneladas, abastecerán de una vez, y con prodigiosa baratura, una poblacion de cien mil almas; le veo, en esos aparatos eléctricos que, anticipándose á la tempestad y á los huracanes, avisarán á tiempo al barco para que no se esponga y al labrador para que resguarde sus frutos; le veo, en esos nuevos procedimientos de cultivo, en esos abonos artificiales, en esos sistemas de drenage con los que se harán feraces y productivos los terrenos mas estériles; ¡cuánta y cuán consoladora esperanza! ¿Será posible que llegue algun dia la vida á ser verdaderamente fácil y agradable para todos? ¿se parará entonces la humanidad? no lo teman los amigos del progreso; basta para convencerse de ello salir de la anexa y entrar en el Palacio de la industria; alli esperan á uno ricas telas que encantan los ojos, libros admirables que exaltan la fantasia, muebles de lujo que escitan la codicia, instrumentos armoniosos que conmueven dulcemente el alma, y de todo este gran conjunto resulta un deseo de gozar que multiplica nuestras necesidades y es el mas seguro garante de la continuidad del adelanto; yo añadiré, sin temor, de la perfeccion humana; porque para mí, lo mismo por el precepto divino que por el convencimiento racional, no es el mas meritorio el que se priva de lo necesario, sino el que, á fuerza de trabajo, se sabe procurar lo superfluo.

¡Trabajo! ¡entidad soberana! ¿cuándo te se honrará como es debido?

perdone este desahogo, amigo mio, he querido tenerlo con vd. que tanto y tan elevado culto rinde á esta deidad para gloria de nuestras letras y que próximamente, segun me consta, se dispone á darnos uno de sus mas sabrosos y sazonados frutos (1). ¡Ojalá tenga vd. imitadores, como de seguro será honrado y enaltecido en un porvenir cercano! Tal es al menos el deseo de su amigo que ansía verlo.

París 23 de setiembre, 1855.

(1) Una historia crítica de la literatura española.

MANUEL CASADO.

CRONICA LITERARIA.

Über die arabischen wörter im Spanischen (sobre las palabras arábicas que se hallan en la lengua castellana) por el baron Hammer-Purgstall. Viena, 1855.

Nuestra antigua literatura parece destinada en todos sus ramos á ser ilustrada y comentada por estudiosos extranjeros. Apenas hay departamento de ella que desde principios de este siglo no haya dado origen á trabajos mas ó menos exactos, mas ó menos oportunos, aunque siempre marcados del sello de la laboriosidad. Dejando á un lado nuestra historia nacional que como es notorio ha sido y es hoy dia objeto de nuevas é importantes investigaciones, como lo prueban las obras de Romey, Rousseu de St. Hilaire, Ashbach, Prescott, Stirling, Mignet y otros que pudiéramos citar, nuestra poesía lírica y nuestro teatro antiguo, han hallado por do quiera eruditos comendadores y para que nada falte, hé aqui que un docto aleman emprende la difícil tarea de inventariar y explicar las infinitas voces arábicas que el roze y contacto con los moros invasores de nuestro suelo ha introducido é incrustado en nuestra habla castellana.

Empresa es esta que aunque acometida ya por varios filólogos no ha tenido hasta ahora el resultado que era de esperar, ya por la misma dificultad del asunto, ya porque los que de él se han ocupado no reunian ni con mucho los conocimientos para dicho fin indispensables. Asi es que los trabajos hechos hasta ahora no pasan de meros ensayos, en que si bien se fija la etimología y origen de muchas voces, se incluyen otras que ni por asomo pertenecen á la familia semítica. Otra falta muy grave se nota en todas las obras de este género: tal es la ausencia de textos ó citas para probar que tal ó tal palabra castellana tuvo real y efectivamente la significacion que se le atribuye, porque de nada aprovecha decir que *alatar*, *alcora*, *alfanques*, *anezmes*, *chulamo*, y otras son de-

rivadas del arábigo, si no se demuestra que su significacion genuina ó trasladada es la misma que se les da y la que tenían ó tienen en arábigo. Y no basta para ello un texto solo; las palabras de una lengua cambian de forma y de sentido y preciso es por lo tanto ir las siguiendo de siglo en siglo para fijar con exactitud su significacion. Este es el principal defecto en que han incurrido cuantos hasta ahora se han ocupado del asunto, sin hallarse tampoco exento de él el erudito y laborioso orientalista cuya obra nos proponemos examinar.

Varios son los trabajos de este género que desde principios del siglo XVI se han hecho, y algunos de los cuales han visto la luz pública. Los árabes primero, en los tiempos de su mayor prosperidad, y mas tarde los desgraciados moriscos introdujeron en nuestro idioma castellano tal copia de voces de su algarabía, que muchos de nuestros doctos escritores y filólogos sintieron la necesidad de declararlas y explicarlas; así es que los editores del Diccionario de Nebrija hubieron de valerse de un tal Urrea, morisco converso, del racionero Francisco Lopez Tamarid, y de Alonso del Castillo; como mas tarde Aldrete y Covarrubias aprovechaban los conocimientos filológicos de un padre Guadix, de quien no sabemos mas sino que compuso un diccionario arábigo-español que no llegó á imprimirse. En 1623 John Minshew, un judío de Lóndres y profesor de idiomas en aquella capital, publicaba un diccionario inglés y castellano, al fin del cual imprimia para enseñanza y aprovechamiento de sus discípulos una lista bastante extensa de voces castellanas que en su sentir eran de origen arábigo. En 1789 el portugués Antonio Vieyra, catedrático de lenguas orientales de la Universidad de Dublin, daba á luz su *Etymologicum magnum* con una lista de voces latinas, francesas, inglesas é italianas derivadas del árabe, persa y otras lenguas orientales, juntamente con otra tabla mas extensa y copiosa de las castellanas y portuguesas que tienen igual origen. Siguióle de cerca otro escritor y orientalista, tambien portugués, llamado Fr. Joáo de Sousa el cual compuso un diccionario de voces portuguesas y algunas castellanas que se deriban del arábigo, y lo imprimió en 1796 con el título de *Vestigios da lingua arabica em Portugal*. Por último, en 1810 el inglés Weston, publicó en Lóndres un catálogo de las voces castellanas y portuguesas que traen su origen del arábigo, precedido de un bosquejo de la historia de España desde la batalla de Guadalete hasta la expulsion de los moriscos, y seguido de varias cartas y documentos diplomáticos de la India portuguesa; pero Weston hizo poco mas que reproducir el trabajo de Sousa y estractar ademas lo que éste habia dicho en sus *Documentos arábicos para la historia portuguesa, copiados dos originales da Torre do Tombo* (Lisboa 1790, 8.^o). El trabajo del Sr. Marina inserto en el tomo IV de las *Memorias de la Real Academia de la Historia*, es justamente apreciado de los eruditos y demasiado conocido para que nos detengamos á examinarlo. No contiene ni con mucho todas las voces de origen arábigo que hay en nuestra lengua; algunas de ellas no tienen la etymología que allí se las señala, y no pocas son tomadas del latin y de otros idiomas; pero así y con todo es un trabajo muy apreciable y que goza de bastante crédito entre los eruditos.

Desde Marina acá no sabemos que se haya hecho otro trabajo, si exceptuamos unas treinta voces de trages y vestidos que Mr. Dozy explica en su reciente *Dictionnaire détaillé des noms des vetemens chez les arabes* (Amsterdam, 1845, 8.^o); pero este escritor á quien sería injusto negar laboriosidad, y vasta erudicion, peca á vezes por demasiada ligereza é incurre en errores de mucha trascendencia, como el siguiente. Al tratar á la pág. 384 de la especie de manta llamada *alquicel*, cita un pasage de la *Descripcion de Africa de Marmol*, en que describiendo este trage de los berberiscos de la provincia de Heka, dice que: «su vestido mas comun son unos alquiceles, como mantas de lana, por

batanar, algo mas delgados, que traen revueltos al cuerpo,» y despues añade el autor: «el verbo *batanar* que se halla usado en este pasage, y al que muchos diccionarios españoles así antiguos como modernos por mí consultados dan una significacion que de ninguna manera le cuadra en este lugar, significa cubrirse y viene del arábigo *battana* que los árabes andaluzes parecen haber usado en dicha acepcion, como puede verse en el *Vocabulario arábigo* de Pedro de Alcalá y en el mismo Marmol (libro III, fól. 9.)» Escusado nos parece advertir que ni uno ni otro de los autores citados por el señor Dozy da al verbo *batanar* una significacion que nunca tuvo, y que tan contraria es á su etimologia: *batanar* viene de *batan* que es el mazo con que se golpea y tunde en los molinos de papel, el paño y el trapo, y por consiguiente *alquiceles por batanar* son alquiceles bastos hechos de lana no sometida á la accion del *batan*. Esta palabra *batan* no es arábica, sino latina de *battare* ó *battire* que en francés se dijo *battre*, en italiano *battere*, y en romance *batir*, de donde vino el llamar *batibaja* y *batidor* de oro al operario cuyo oficio consistia en triturar y adelgazar planchas de oro. *Battanderius* y *Battanderia* era el nombre del instrumento empleado en la trituracion del cañamo, de donde nosotros tomamos, á no dudarlo, la voz *batan* y de esta el verbo *batanar*.

Muchas son las equivocaciones de este género que se encuentran en la citada obra de Mr. Dozy, y sobre las cuales pudiéramos llamar la atencion de los lectores; pero no cumpliendo por ahora á nuestro propósito el ocuparnos de él, pasaremos á emitir nuestro juicio acerca de la del Baron Hammer-Purgstall.

Ha reunido este escritor cuatrocientas noventa y ocho palabras castellanas, que explica en alemán y en latin y á cada una de las cuales asigna su etimologia arábica. Por de pronto hallamos en su trabajo el notable defecto ya antes indicado de no estar las voces suficientemente autorizadas con textos ó citas de los autores que las hayan usado; así es que el índice comprende no pocas tomadas de antiguos diccionarios como los de Victor, Oudin, Las Casas y otros, de las cuales bien puede decirse que dado caso que hayan existido, no tuvieron nunca la significacion que aquellos les dan. Y sino quien oyó ó leyó las palabras *ajevio* por admiracion; *alara* por huevo; *alcorde* por sordo; *alamar* por accion ó hecho; *albandola* por tapete ó alfombra; *almatrigue* por canal de riego; *almifor* por caballo ó mula y así, á este tenor. ¿Quién nos asegura que tales palabras se han usado en nuestra lengua en la acepcion que aquí se las dá? ¿y no hubiera sido mejor y mas conveniente para todos, así para el autor como para los lectores, aducir los textos y pasages en que se hallaban? De otro modo nos exponemos á que un error tipográfico, una mala pronunciacion, ó la ligereza de un lexicógrafo nos haga dar carta de naturaleza á voces que nunca pertenecieron al caudal de nuestra lengua. Aparte de esta imperfeccion comun segun ya dijimos, á todos los que de este asunto se han ocupado, y que si bien es disculpable en escritores extranjeros, no lo es ni lo puede ser en los nacionales, el trabajo del baron Hammer nos parece muy apreciable y bastante completo, digno á todas luces de la gran reputacion con que de cincuenta años á esta parte ilustra y ensancha con sus escritos la esfera de los conocimientos orientales. No es esto decir que estemos conformes con él en todas sus etimologías; muchas hay que le disputaríamos, si tuviéramos lugar para ello, como son la de «cigarro» que dice derivarse de la voz persa *dschagare*, la de «palurdo» que hace venir del arábigo *belid*, y las de *basto*, *box*, *haba*, *hito*, *matur*, y otras que siendo evidentemente latinas deriva igualmente del arábigo.

PASCUAL DE GAYANGOS.

REVISTA POLITICA.

Como ni la terquedad es nuestro númen, ni el espíritu de partido nuestro norte, nos complacemos en reconocer que la situación creada por julio de 1854 va entrando cada vez mas en caja contra los pronósticos de los que mas bien á impulsos del interés propio, que del patrio, la creyeron de corta dura. Desde que S. M. la reina sancionó por el mes de mayo la ley de desamortizacion, vinieron por el suelo de súbito las esperanzas de los que imaginaban que se les volvía el poder encima, aun antes de lo que era de su agrado. Desde que se deshizo como el humo la vasta conspiracion montemolinista, con la pronta derrota de los que en Aragon alzaron tan impopular bandera, ya se concibió que sus obcecados secuaces no podrian hacer pié firme ni en las cumbres de Navarra, ni en las quebradas del Maestrazgo, ni en las fragosidades de Cataluña. Aqui es donde ha ido mas allá la intentona, y sin embargo, ya solo quedan unos cuantos mas regueros de sangre desde los Pirineos hasta el cadalso, donde han sucumbido no pocos de los ilusos. Que los Tristany perseveren todavía con unos cuarenta hombres en su pais nativo, nada prueba en abono de su infeliz causa, sino de su testarudez ignominiosa ó quizá de su codicia culpable. Si con matiz un tanto democrático ha tremolado por un momento el estandarte de la rebelion dentro de la heroica Zaragoza, todos los hombres honrados, sin diversidad de opiniones, anatematizaron el alboroto, y de suerte que ha sido posible un expurgo en aquella milicia.

A todo esto las Cortes constituyentes van tocando al término de sus tareas legislativas, pues ya el código fundamental está casi formado, y falta poco para que las bases de las leyes orgánicas sean objeto de debate. Por lo que hace á los presupuestos solo tropezaran con oposicion mas ó menos fuerte en lo relativo á los medios de cubrir el déficit entre los ingresos y los gastos, contra lo

cual hay varios votos particulares, no pareciéndonos con algun fundamento si no el del señor Figuerola, firmado por otros dos compañeros suyos; pero la mayoría de la comision otorga al gobierno lo que pide, y es de esperar que las Cortes hagan lo propio, con lo que habrá recursos hasta mediar el año 1857; y un gobierno con recursos y voluntad de que sin menoscabo de las libertades públicas, prepondere el orden en pais como España tan necesitado de respiro, tiene muchos elementos de vida. Nosotros lo podemos aseverar así con lisura, no depuestos de ningun cargo por la revolucion de julio, no ascendidos á ninguna categoría de resultas de ella, no ambicionando que ninguna otra situacion haga el menor caso de nosotros, y atentos únicamente y ganosos de la prosperidad patria, llámese como quiera el que la dé impulso.

Bajo este aspecto aplaudimos sinceramente un buen libro del conocido publicista don Andrés Borrego *sobre los partidos en España*, publicado á principios del mes de noviembre. Sobre la parte doctrinal es posible en nuestro dictámen que se le impugne y quizá en algunos pasages con ventaja; mas las apreciaciones históricas están hechas de mano maestra. Que el partido llamado monárquico constitucional profesaba principios muy populares en toda España el año de 1837, lo prueba de una manera luminosa, expresando que con elementos progresistas en todas partes vencieron legal y noblemente en la lucha electoral los que se honraban de pertenecer á aquel partido. De imprudente lo califica por haber promovido la cuestion de haber de ser propuestos los alcaldes en terna para que la corona designara á quien debiera servir el cargo. No aprueba que la coalicion de 1843 tuviera el fin que tuvo: haciendo plena justicia á la alta suficiencia del general Narvaez, censura con severidad que, el partido monárquico constitucional se le entregara en cuerpo y alma, cambiando así sus principios por un hombre; y consigna atinadamente el hecho, de que derribado por el señor Bravo Murillo el duque de Valencia, perdió el partido monárquico constitucional el hombre por el cual habia trocado sus principios, quedándose de resultas sin nada; todo lo cual explica muy de sobra los acontecimientos posteriores. Por supuesto que el señor Borrego sigue abogando por la union liberal, aunque hasta ahora haya tenido mala fortuna.

Nosotros fiamos en que ha de triunfar un dia ú otro. Desde luego puede tener por ancha base el trono constitucional de la reina doña Isabel II, acatado hasta por los demócratas, segun declaracion del señor Rivero, uno de sus mas fuertes adalides, desde que las Cortes lo pusieron en discusion hace un año, y lo reconocieron por inmensa mayoría de votos. Nosotros nos permitimos creer que con la votacion y sin la votacion de las Cortes, la monarquía no corre ningun peligro en España, y que si la reina doña Isabel II hubiera sido vencida en las Cortes, se alzara en masa la nacion para sacarla vencedora; pero algun desahogo se ha de conceder á los que bajo el título de demócratas ocultan mas ó menos la inclinacion republicana.

Y ya que hablamos de demócratas y de desahogo, no es posible guardar silencio sobre lo acaecido el sábado primero de diciembre en las Cortes. Con insinuar que hizo una interpelacion el marqués de Albaida y que fué sobre los sucesos de Zaragoza, ya hay predisposicion del espíritu á esperar escándalos deplorables. Pero de Zaragoza dijo poco ó nada, pues la interpelacion no sirvió sino de pretexto para dirigir al general O'donnell un ataque personalísimo, brusco en la forma, inmotivado en la sustancia, y no continuamos las calificaciones por que involuntariamente nos apartariamos de la templanza. A la verdad es muy árduo perseverar en ella tratándose del señor Orense, que animado de excelente intencion sin duda, dice y hace como si no se propusiera otro objeto que la ruina final de España. Contra el general O'donnell descargó su furia, llegan-

do hasta aseverar que para continuar de ministro se habia agarrado á los faldones de la casaca del general Espartero. No queremos aventurar ninguna especie sobre lo que se propuso el marqués de Albaida, por mas que entendamos que designó con claridad bastante el sucesor que deseaba para el señor conde de Lucena.

Este, vigoroso en el raciocinio, templado en el tono, pulverizó cuanto habia dicho el señor Orense: con rebajar un poco el estilo podemos expresar el efecto de su discurso, significando que le dió una carrera de baquetas. Sin linage alguno de duda patentizó su fidelidad al programa de Manzanares: hizo justos elogios del señor duque de la Victoria, manifestando que estaban unidos, no por que el uno se agarrara de los faldones de la casaca del otro, sino por que los dos se estrechaban las manos resueltísimos á combatir á todos los enemigos de la libertad española. Otros demócratas metieron tambien su cuarto á espadas y quedaron no menos mal trecho que su caudillo.

Pero al cabo el ataque al general O'donnell se habia dado impunemente, y aunque las Córtes resolvieran pasar á otro asunto, quedaba el ministro de la Guerra amenazado para el lunes con una proposicion de censura, anunciada por el señor Orense. Hábil, oportuna y muy justamente el señor Ulloa presentó una proposicion con otros señores diputados, pidiendo que declararan las Córtes como el general merecia su entera confianza. Aquí fué lo de poner los demócratas el grito en el cielo, y escasos como son en número desobedecer al presidente y provocar una especie de tumulto, y exacerbar los ánimos hasta de los mas pacíficos discutidores, de diputados que peinan canas, y á quienes hace mucho tiempo que tributan justa veneracion los que desinteresadamente observan y juzgan la marcha política seguida ya hace años en nuestra patria. Motivo hay para creer que unos cuantos demócratas, no todos los que pertenecen á las Córtes constituyentes, entre los cuales hay alguno de muy buen seso, propendian á poner al presidente, á fuerza de vocerío, en el caso extremo de calarse el sombrero y de dar aquella sesion por terminada, neutralizándose de esta suerte el efecto que necesariamente habia de producir la proposicion del señor Ulloa. Nada consiguieron sino que al fin se les impusiera silencio, y que la proposicion de confianza en el conde de Lucena se tomara en consideracion por 106 votos contra 6, que fueron los señores Orense, Ruiz Pons, García Ruiz, Figueras, García Lopez y Uzuriaga. Ya sabemos que mas que el número, vale sin duda la razon, pero aunque no tuviéramos noticia alguna del debate, solo con leer muchos nombres de los que figuran entre los 106 votos y parangonarlos con los susodichos, nos bastaría para afirmar que la razon estaba de parte de aquellos.

Y cuenta que en nada de lo escrito entendernos hablar con lo que se llama legitimamente democracia: si está de Dios, ella se hará paso en el mundo; mas para hacer pie, se habrá de despojar de los instintos turbulentos, de las doctrinas disolventes con que asoma por el horizonte de nuestra patria; se presentará con plan fijo y tal, que á los ciudadanos pacíficos y laboriosos no inspire zozobra ni sobresalto: traerá mas vastas miras que las de poner al nivel de las Provincias Vascongadas los antiguos reinos de Aragon y Castilla. Ignoramos lo que sucederá en Europa; mas lo que es en España hay afortunadamente trono y liberalismo para muy largo tiempo.

Aun cuando la institucion monárquica no tuviera en nuestro pais tan profundas raices, de seguro adquiririan consistencia bajo el cetro de la reina doña Isabel II, cuyo magnánimo corazon tiene toda la amplitud que requiere la felicidad de los españoles. Nada mas grande que ver á esa augusta señora presidir el acto solemne de apertura de la Universidad central de España, complacién-

dose en acercarse á las fuentes de la sabiduría y soltar sus benéficos y fecundos raudales, y galardonar con su propia mano á los alumnos mas sobresalientes en el estudio. ¿Cuándo olvidarán los que merecieron tal honra el dia en que la recibieron de su reina ante un lucido y numeroso concurso? ¡Ah, jamas se apartará de su mente! Impresiones supremas son esas que se arraigan en todo corazon noble, que estimulan á superar las dificultades de una larga carrera y que sirven como de talisman para hacer frente á los contratiempos de la vida. Nada mas patético que ver á esa misma Señora atribulada por haber atropellado el gefe de su escolta, sin poderlo evitar de ninguna manera, á una pobre muger que por dar á la Reina un memorial en mano propia, se metió indiscretísimamente entre los pies de los caballos, y no contenta con hacer que la metieran en el coche de respeto y la condujeran á su hogar humilde, ir en persona allí con su augusto esposo y su primer médico de cámara á consolarla en su mismo lecho y á dejarla una esplendente muestra de la generosidad de su alma. No mas que buenos consejeros ha menester la Reina doña Isabel II para alcanzar que España florezca y prospere á buen paso.

Mas si teniendo en el trono á tan ilustre reina es imposible abrigar temores por la monarquía, tan amada en're los españoles; tampoco la naturaleza de la época ni el camino andado permiten el restablecimiento de lo antiguo, fantasma al cual tienden en ademan suplicante los brazos, unos porque echan de menos las ollas de Egipto, otros porque se amilanan ante cualquier ruido que altera su reposo, y otros porque sin exámen ninguno consideran mejor cualquiera de los tiempos pasados. Lo ha dicho uno de los hombres mas eminentes de Europa: quienes tal desean y procuran *ni tienen razon, ni aunque la tuvieran les valdria*; y Mr. Guizot, á quien pertenece esta idea, no es de los que pueden ser tachados de buscar ganancia entre las revueltas. Ciertó es, que la mano de hierro del absolutismo corta el vuelo de ilegítimas ambiciones y al par comprime las manifestaciones de la opinion pública mas pronunciada; ciertó es que bajo el sistema liberal no reina la paz de los sepulcros, y que á veces resuenan voces de tumulto en calles y plazas, ó de subversion en la imprenta, ó de escándalo en la tribuna. Pero ademas de que el liberalismo no presume de restaurador del paraíso terrenal en el mundo, por boca de otro varon eminente y español de cuna, podemos decir muy de plano: «El estado de libertad, es un estado continuo de vigilancia y frecuentemente de combate. Asi sus adversarios, considerando aisladamente la agitacion de las pasiones y el conflicto de los partidos que acompañan á la libertad, dicen que no es otra cosa que una arena sangrienta de gladiadores encarnizados. Este espectáculo á la verdad no es agradable; pero hay otro mucho mas repugnante todavia, y es el de Polifemo en su cueva devorando uno tras otros á los compañeros de Ulises.» Con los ochenta años frisaba ya don Manuel José Quintana, cuando escribía estas líneas de oro.

Recientemente se ha expresado en igual sentido otro escritor de justo renombre: llámase Mr. Thiers, ha escrito en Francia sobre Napoleon el Grande y bajo el imperio de su sobrino, con cuyas advertencias á nadie se puede ocultar la grave importancia de lo que transcribimos en esta forma. «Acercá del genio de Napoleon ante la historia no hay cuestion posible; pero entiendo que si la hay en punto á la libertad que se le dejó de quererlo y hacerlo todo. Tal convicción mia data, no de 1855, ni de 1852 sino del dia en que empecé á pensar. Poder todo lo que uno es capaz de querer es, en mi sentir, la mayor desventura. Los jueces que ven en Napoleon un hombre de genio, no lo ven todo: conviene ademas reconocerle como uno de los espíritus mas sensatos que han existido y desembocando á pesar de todo en la política mas insensata. Todo lo

»puede el despotismo sobre los hombres cuando alcanzó á pervertir en Napo-
 »leon el buen seso... Conozco todos los peligros de la libertad, y lo que es peor
 »aun, sus miserias. ¿Y quién los conoceria, ignorándolos aquellos que han pro-
 »curado fundarla sin salir airoso? Pero hay cosa peor todavía, y es dejar la fa-
 »cultad de hacerlo todo al mejor y aun al mas cuerdo de los hombres. Frecuen-
 »temente se repite que la libertad estorba hacer esto ó lo otro, erigir tal
 »monumento, ó ejercer tal accion sobre el mundo. Profundísimas reflexiones me
 »han llevado á pensar que si los gobiernos han menester á veces ser estimulados
 »es mas comun que necesiten ser contenidos, que si degeneran en la inaccion á
 »veces, con mas frecuencia propenden á emprenderlo todo en materias de polí-
 »tica, de guerra, de gastos, y que nunca será un mal que se les ponga alguna
 »traba. Verdad es que se añade: Pero á esa libertad, encargada de contener
 »el poder de uno solo ¿quién la contiene? Respondo sin titubear que todos. Sé
 »perfectamente que ocurre que un pais se estravie, y lo he visto con mis propios
 »ojos; pero se estravia con menos frecuencia y no tan del todo como un solo
 »hombre!»

No pertenecemos á la escuela antigua de aquellos que ante la fórmula sabi-
 da de *el maestro lo dijo*, cerraban al exámen toda puerta, y anulaban comple-
 tamente el propio discurso; y se nos alcanza muy bien que el argumento de
 autoridad no convence solo por serlo, sino á proporcion de la razon en que se
 funda; pero despues de reflexionada, nos parece tan obvia la que asiste á los
 tres autores citados, que no son sino intérpretes fieles del espíritu de la época
 en que vivimos, que no hay mas arbitrio que el de acatarla. Y acatándola ha-
 cémosla nuestra, y si por desgracia nos equivocáramos pensando de este modo,
 á la hora del desengaño siempre nos quedaria el grande consuelo de habernos
 perdido en excelente compañía.

Donde quiera que se vuelvan los ojos, se hallan testimonios para afirmar-
 se mas y mas en tal creencia, y el mas culminante de todos es el de cuanto se
 relaciona con la gigantesca guerra de Oriente. Allí los aliados, señores de la
 disputada Sebastópolis, ensanchan mas cada dia el campo de sus operaciones,
 mientras los rusos llevan trazas de alejarse de Kars, ante cuyos muros se han
 estrellado sus esfuerzos una vez y otra. Mientras el czar Alejandro recorre va-
 rios puntos amenazados mas ó menos de cerca por las potencias occidentales,
 sin que se noten muestras de que reanima los espíritus é infunde verdadero en-
 tusiasmo, puesto que sus huestes no se lanzan á empresa osada, y antes bien
 perseveran en una laboriosísima defensiva: el rey de Cerdeña, Victor Manuel, en
 quien se cifran las mejores esperanzas de Italia, visita las córtes de sus podero-
 sos aliados, y recibe en universales aclamaciones el galardón mas puro que
 Dios concede en esta vida á los monarcas que rigen las naciones á tenor de las
 necesidades de su tiempo; y el general Canrobert, afamado por sus recientes
 operaciones en la península de Crimea, es brillantemente acogido por los sobe-
 ranos de Suecia y de Dinamarca.

No podemos seguir siendo todos los meses cronistas entusiastas de los gran-
 des hechos que se están cumpliendo á nuestra vista; y así, como si leyéramos en
 lo venidero, nos limitamos á decir por conclusion de nuestras actuales tareas,
 que no se puede dudar del triunfo de las potencias occidentales sobre la Rusia,
 que por final desenlace se variará no poco el mapa de Europa, y que lo ganará
 de resultas la libertad de todo el mundo.

F.

DESPEDIDA.

Mucho nos aflige decirlo, y todavía mas no poder obrar de otro modo; pero con este número termina por ahora la publicacion de la *Revista española de ambos mundos*. Cuando la comenzamos há dos años la predijimos larga vida, fundando los cálculos en nuestra voluntad y en la cooperacion de los suscritores: firme se ha mantenido la primera; nos ha faltado la segunda, y vinieron al fin por el suelo nuestras risueñas esperanzas. Al principio mostrósenos propicia la suerte; así en España como en las regiones ultramarinas, que fueron suyas, galardonaron nuestros esfuerzos los amantes de la literatura y de las artes, y era nuestra *Revista*, en la periodística esfera, como nave gallarda suavemente impulsada por el viento en mar tranquilo y siempre á rumbo. Poco llevaba de existencia, cuando semejóse mas bien á bagel azotado por los temporales y próximo á estrellarse en las rocas, hasta que finalmente es trasunto del que naufraga á pesar de la energía de los pilotos.

Muy distantes nos vemos de juzgarla con este dato; pero la revolucion de julio fué la que, atravesándonos de por medio, nos hizo desmayar por sus inmediatas resultas concernientes á la publicacion en que nos habiamos empeñado, no como especulacion de lucro, sino por des-

interesado amor á las letras. Verificándose en nuestro país que todo movimiento político trae consigo el relevo casi absoluto de la sociedad oficial española, cuyos individuos en mucha parte viven con cierta holgura cuando están en servicio activo y vienen á grande estrechez de cesantes, todos ó casi todos los suscritores de nuestra *Revista* que se hallaban en este caso han dejado de serlo, sin haberles sustituido en proporcion grande ni pequeña los que han pasado al activo servicio desde la cesantía. Ni es de extrañar que así suceda, y no por la vulgaridad de si tal ó cual partido es mas ó menos literato ó iliterato que el otro, sino porque agitadas las pasiones de una manera extraordinaria, fogosos los ánimos de los que hacen ó pretenden hacer figura, puestas á la órden del día todas las cuestiones, no es menester averiguar qué denominacion tienen los vencedores ni cuál es la de los vencidos; con solo existir el hecho basta para tener por seguro que la política lo absorbe todo y que por muy bajo quedan las pacíficas discusiones y las fructuosas enseñanzas de las ciencias, de las letras y de las artes.

No hay mas que tomar los tiempos segun vienen, con serenidad de espíritu, mientras duran las tempestades, alimentados por la esperanza racionalísima de que no son perpetuas, y de que antes bien las suceden las calmas. Lectores tuvimos ayer muchos, hoy tenemos pocos, mañana quizá tendrémoslos mas numerosos y constantes que nunca. Además, si el país lo ganare, ¿qué importa que nuestra *Revista* lo pierda?

Tampoco debemos atribuir totalmente al trastorno político reciente la decadencia de nuestra publicacion mensual y su final ruina; hánla trabajado tambien mucho los efectos de la mortífera epidemia que ha infestado todas nuestras provincias, y puesto en movimiento de peregrinacion y de fuga á los pudientes y aun á los no tan acomodados, que dispersos aquí y allá y sin hacer en parte alguna pié firme, no se cuidaron (é hicieron perfectamente) mas que de sofocar su miedo enorme, poniendo tierra entre sus personas y el terrible huésped del Asia, con el laudable fin de salvar la vida. Unos ni aun así lo consiguieron por su desgracia, y en su huida al azar hallaron abierta la tumba; otros salvaron por bien de ellos; mas de retorno á sus hogares, con las glorias se les olvidan las memorias, y no renuevan sus suscripciones.

¿A qué aglomerar ya mas datos? Sin fingimientos, ni artificios que son de costumbre en trances como el que hoy nos aflige, con toda lisura declaramos que nuestra *Revista* perece por lo que el árbol falto de jugo. Nos sonrojára esta confesion pública sobremanera si fuéramos cómplices de su muerte; pero ninguna otra culpa nos toca sino la de haber-

la dado existencia. En cuanto á si procuramos que fuera lozana, impresos están los cuatro tomos de que consta para testificarlo por siempre. Apenas hay firma de crédito en nuestra patria que no dé á sus páginas lustre; y esta coyuntura, aunque triste, no es para desperdiciada, como lo fuera sino consignáramos aquí el agradecimiento por la cooperación que nos han prestado todos aquellos á quienes hemos acudido, sirviéndonos de guía su legítimo y bien conquistado renombre. Nos consuela poder afirmar que ninguna puerta hallamos cerrada. Cuantos nos podían auxiliar con su ingenio, nos lo brindaron á porfía: no encontramos sordos, sino á los que solo con un desembolso insignificante cada año hubieran bastado á sostener un periódico de literatura, ciencias y artes, bien acogido ya por las corporaciones sabias de Europa, y que perfeccionado de dia en dia, á lo cual hubiéramos dedicado todos sus rendimientos, aunque fueran muy abundantes, hubiera sido constante muestra de que son llegados para España los tiempos de no economizar fatiga hasta incorporarnos en la senda de la civilización y el progreso bien entendido con las naciones que marchan al frente del saber humano.

Nuestras ilusiones están marchitas; pero su raiz no se ha estirpado de la mente: acaso reverdecerán mas pomposas: entre tanto sepan que son partícipes de nuestro reconocimiento los suscritores perseverantes, que reciben hoy de improviso, y sintiéndola como nosotros sin duda, la infausta nueva de que nuestro periódico *de literatura española y extranjera, historia, ciencias, filosofía, viages, industria, etc.*, pertenece ya al número de los finados.

ÍNDICE.

- Don Pedro de Castilla, ps. 5, 129 y 257.
Estudios críticos sobre la Jerusalén libertada del Tasso, ps. 26 y 418.
Un paseo á las ruinas de Herculano y de Pompeya, p. 44.
El Príncipe de Maquiavelo.—Cesar Borgia ó la Romaña en 1502, ps. 63, 199, 334, 440, 570 y 686.
Revista política, ps. 110, 240, 374, 488, 617 y 758.
Crónica literaria, ps. 125 y 755.
Exposición universal de París de 1855, ps. 149, 312, 556 y 740.
Historiadores primitivos de América, ps. 159 y 276.
Sobre los cantos de Leopardi, p. 178.
El Manzano y el Castaño, poesía, p. 238.
Análisis sintético del dibujo, considerado bajo todos sus aspectos y relaciones, p. 295.
Historia general del Brasil, p. 377.
La revolución hispano americana, p. 397.
Filosofía alemana.—Kant-Fichte-Schelling y Hegel, p. 472.

- La Luna y los Vapores.—El Arroyo, poesías, ps. 484 y 485.
 La novela y los novelistas en Italia, p. 497.
 Los caballeros de San Juan de Jerusalem, p. 539.
 Achaques de la vejez, poesía, p. 613.
 Carácter de la monarquía visigoda, p. 625.
 Bibliografía, p. 656.
 Historia de la literatura española, por M. G. Ticknor, p. 667.

INDICE

Don Pedro de Castilla, ps. 5, 133 y 237.
 Estudios críticos sobre la literatura literaria del Tercio, ps. 26 y 418.
 Un paseo a las ruinas de Hierosolima y de Tiberias, p. 44.
 El Principado de Asturias.—Historia de la familia de 1602, ps. 69, 100, 201, 410, 570 y 608.
 Novelas populares, ps. 110, 210, 270, 488, 617 y 708.
 Crónica literaria, ps. 193 y 233.
 Exposición universal de París de 1889, ps. 149, 312, 500 y 740.
 Historiadores primitivos de América, ps. 199 y 270.
 Sobre los cantos de Leopoldo, p. 178.
 El Marqués de Cádiz, p. 213.
 Análisis crítico del libro, comparando las ideas, las expresiones y relaciones.
 p. 233.
 Historia general del Brasil, p. 277.
 La revolución hispano-americana, p. 327.
 Filología alemana.—Karl-Friedrich Schlegel y Hegel, p. 471.